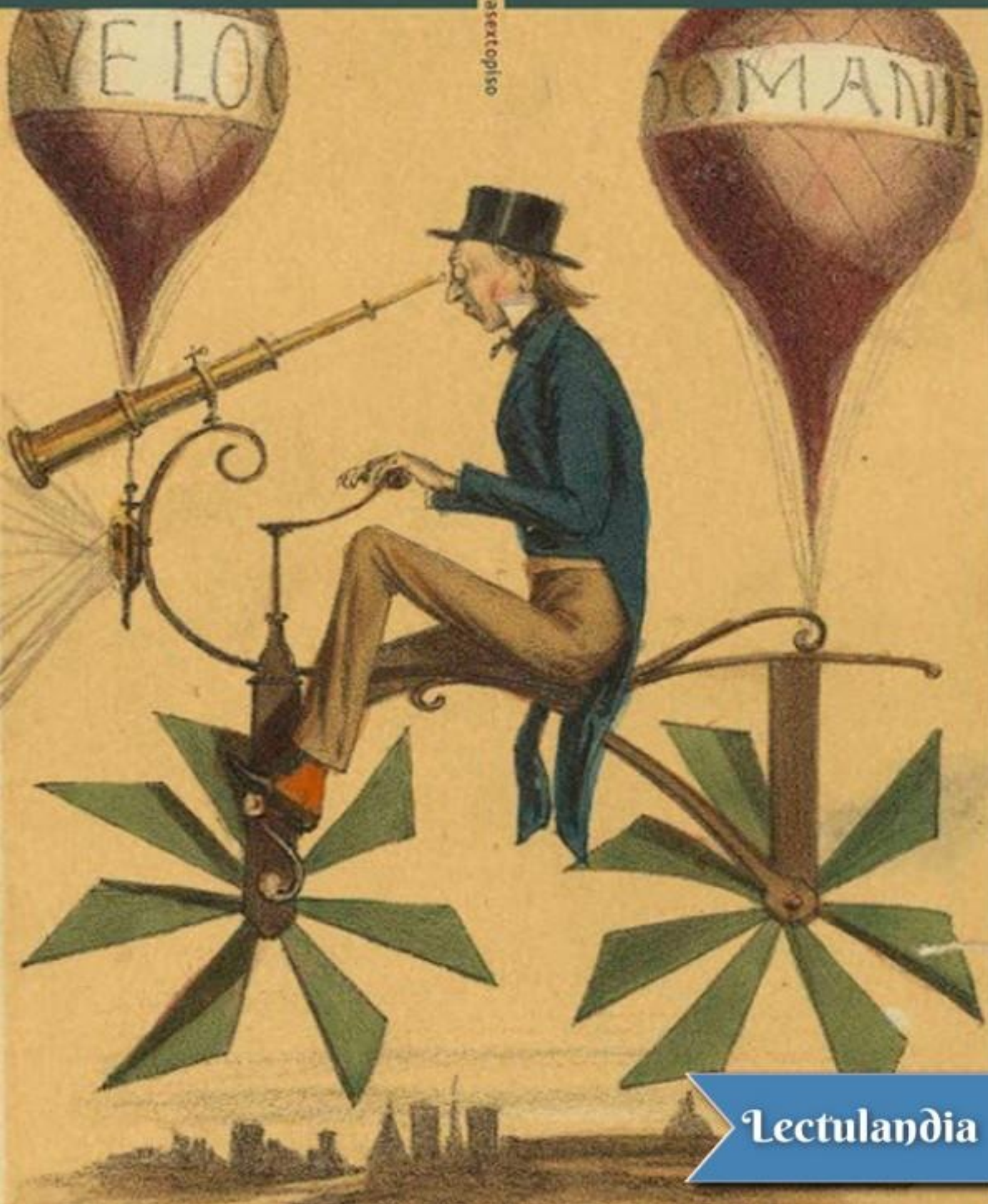


El plantador de tabaco

JOHN BARTH

Traducción y prólogo de
EDUARDO LAGO

narrativa sexotopiso



Lectulandia

Transcurren los últimos años del siglo XVII, y el desafortunado y torpe Ebenezer Cooke es enviado al Nuevo Mundo desde Londres para hacerse cargo de la plantación de tabaco de su padre y escribir *La Marylandiada*, un poema épico sobre la vida en la colonia de Maryland.

Durante su odisea, Cooke es capturado por piratas e indios, pierde la herencia de su padre a manos de unos impostores sin escrúpulos, se enamora de una prostituta campesina, es víctima de conspiraciones secretas, tanto por parte de hombres como de mujeres que quieren robarle su virginidad, y tropieza con una extraordinaria galería de personajes traicioneros que cambian constantemente de identidad.

Considerada por los críticos como la obra maestra indiscutible de Barth, «El plantador de tabaco» ha adquirido el estatus de clásico contemporáneo y es una obra relevante para los lectores de cualquier época.

Lectulandia

John Barth

El plantador de tabaco

ePub r1.1

Akhenaton 31.10.13

Título original: *The Sot-Weed Factor*

John Barth, 1960

Traducción: Eduardo Lago

Ilustraciones: Voyage a la lune, France, s.n., between 1865 and 1870. Library of Congress

Diseño/Retoque de portada: Estudio Joaquín Gallego

Editor digital: Akhenaton

Corrección de erratas: Castroponce

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO. EL MAR DE TODAS LAS HISTORIAS

Cuenta John Barth que cuando tenía 12 años soñaba con que algún día llegaría a ser un gran escritor francés. No está del todo claro qué quería decir con eso, aunque resulta de lo más intrigante. Es posible que tuviera en mente a Rabelais, maestro supremo de la sátira burlesca, una de las vetas más prominentes en *El plantador de tabaco*, obra cumbre de la producción del autor. O puede que estuviera pensando en llevar a cabo un antiguo proyecto de Flaubert, quien durante años le estuvo dando vueltas a la idea de escribir una gran novela que careciera por completo de tema, es decir, a entronizar a la escritura por la escritura, prescindiendo de todo lo demás. En todo caso, a los doce años, la vocación del artista preadolescente no estaba aún nítidamente perfilada. Para empezar, el no tan pequeño Jack creía que estaba destinado a ser músico, y de hecho, cuando no muchos años después terminó el instituto y el jazz se había convertido en una de sus grandes pasiones, solicitó el ingreso y fue aceptado en la prestigiosa y selectiva Juilliard School of Music de Manhattan, donde cursó estudios de armonía, teoría musical y orquestación. Su dedicación a la música resultó ser un paso en falso y, al cabo de unos meses, encontramos a Jack Barth recién desembarcado en el campus de la Universidad de Johns Hopkins de Baltimore, en la orilla occidental de la bahía de Chesapeake. Tal vez la geografía fuera un factor determinante en su decisión de regresar a Maryland. Nacido en 1980 en la ciudad de Cambridge, en la orilla oriental de la bahía, las aguas del fondeadero de Chesapeake estaban destinadas a ser el centro de gravedad tanto de su vida como de su obra.

La literatura y el mar. El arte de navegar y el de contar historias. Esas son las coordenadas alrededor de las que gravitaría su trayectoria como escritor. En la Universidad de Johns Hopkins, el joven Barth tuvo la inmensa fortuna de estudiar con Pedro Salinas, bajo cuya dirección leyó el *Quijote*. El poeta español dejaría una honda huella en el futuro novelista, no tanto porque los vericuetos narrativos por los que se ramifica sin cesar el discurso cervantino tendrían su contrapartida en las infinitas digresiones características de la prosa barthiana, sino, sobre todo, porque la presencia de alguien como Salinas supuso para el estudiante norteamericano la prueba viviente de que valía la pena consagrar la vida a la literatura. A partir de entonces, los límites entre los dos dominios, el de la vida y el de la literatura, no estuvieron nunca demasiado claros.

De sus años en la Universidad de Johns Hopkins, Barth afumó que más que del magisterio vivo de sus profesores, se benefició de la lectura de ciertos textos ancestrales con los que se tropezó de manera fortuita mientras trabajaba archivando manuscritos en la biblioteca del departamento de estudios orientales de la universidad. Sobre todo, ejercieron una gran influencia sobre él los cuentos y

anécdotas de la *Gesta Romanorum*, texto latino compuesto entre Anales del siglo XIII y principios del XIV, los diecisiete volúmenes que integran *El mar de historias*, recopilación de cuentos sánscritos del siglo X, así como diversas obras de Virgilio, los cuentos de Boccaccio y, por encima de todo ello, la traducción de *Las mil y una noches* realizada por sir Richard Burton a finales del siglo XIX.

Primera coordenada: el arte de contar historias. Barth solía hablar del terror de Dunzayade, testigo de la lucha que su hermana mayor, Sherezade, entablaba cada noche con la muerte, a la que no podía enfrentarse más que con las armas de la fantasía. Sherezade pasó a ser la musa protectora del escritor. Presencia constante en todas las fases por las que atravesó su obra, la narradora, arquetipo por excelencia del arte de contar historias, jamás estaría demasiado lejos de lo que siglos después hizo su pupilo a lo largo de su dilatada trayectoria.

Segunda coordenada: la presencia benéfica del mar, del que el escritor tampoco se alejaría nunca demasiado, un mar doble: el real, cuyos confines delimitan la orillas de la bahía de Chesapeake (cuyas aguas surcó siempre con sumo júbilo y placer el escritor a bordo de una pequeña embarcación de recreo), pero también y sobre todo, el mar metafórico de la literatura, que alberga en su seno el caudal de todas las ficciones que ha sido, es y será capaz de concebir la imaginación humana. El mar de todas las historias.

En lo que supone un gesto cargado de sentido, Barth no repara en el terror primario que se apodera de Sherezade, sino en el que experimenta de manera vicaria su hermana menor, Dunzayade. ¿Qué quiere decir esto? Que le interesa sobre todo lo que te ocurre a ti, lectora o lector. El papel de Dunzayade no es otro que ser testigo de los avatares del relato, la contrafigura que contempla el destino que aguarda a los protagonistas de la historia, aunque con Barth, en realidad, el verdadero protagonista no es Sherezade, como tampoco lo somos Dunzayade, tú y yo, lectora o lector. Con Barth, el verdadero protagonista, el único que puede haber jamás, no es otro que la historia misma. El terror que compartimos con Dunzayade nos sitúa en un plano que hace iguales al silencio y a la muerte. En la poética de John Barth ocupa un lugar central la idea, repetida por el autor hasta el cansancio lo largo de los años, de que dejar de narrar equivale a morir. Como tabla de salvación contamos con la literatura, por supuesto; frente al terror, el placer de contar una historia, de escucharla, de sumergirse a ciegas en ella. Así las cosas, la pregunta que procede formularse es: ¿a quién representa el sultán Sharyar, señor y verdugo de la contadora de historias? Conmino a quien leyere a que responda. Por lo que al texto se refiere, su función en él es consumir la ejecución de Sherezade no bien ésta termine de referir su historia. Sólo que esto no llegará a ocurrir. El sultán postergará la condena en mil y una ocasiones, y al final, vencido por la belleza de las fábulas que escucha, asistimos a un desenlace feliz. Cabe resumir todo lo anterior en una frase que encierra una verdad

inexorable: la literatura no es más que el intento por derrotar a la muerte.

Volvamos por un momento al arte de navegar. Si todos los cuentos y novelas que integran el repertorio esencial de la imaginación universal yacen en el fondo del mar, la única metáfora posible para el escritor es la del marinero. El escritor es un pescador de historias, un navegante que surca el piélago incierto que es la noche, paréntesis durante el cual las narraciones, imitando a los humanos que las refieren o, en su caso, escuchan, flotan suspendidas en una dimensión impermeable a la realidad. Se encierra aquí, de manera vertiginosa, el misterio más hondo de la creación literaria: el temor con que el escritor se adentra en los dominios del sueño, pues nada le garantiza que, al despertar, la historia que dejó a medio terminar siga allí, como el dinosaurio de Monterroso.

Un paseo por los títulos de Barth arroja como resultado el vislumbre de una prodigiosa arquitectura marina. En *Quimera* hay un templo que tiene la forma de un Nautilus gigantesco al que se van agregando cámaras o estancias a medida que avanza la historia. En una de las transfiguraciones esenciales de su mundo narrativo, Barth invoca al arquetipo del héroe del mar (Ulises, conocido también por los nombres de Odiseo o Nemo, vocablos griego y latino, respectivamente, que significan *nadie*), y le confiere el don de convertirse en su contrafigura, es decir, le devuelve el nombre y, con él, la posibilidad de tener una existencia propia, una identidad anclada en lo real. En una novela escrita por Barth en 1991 el capitán del Nautilus deja de llamarse *Nadie* para convertirse en *Alguien: The Last Voyage of Somebody the Sailor*, reza en inglés el título de la novela. Ese alguien no es más que un avatar del viejo Simbad, cuya singladura se perpetúa en un viaje final al fondo del océano donde dormitan todas las historias. En cuanto a éstas, veamos lo que ocurre con ellas en el mar de títulos que es la obra de John Barth.

El autor de Maryland se inicia en las lides de la escritura en un momento crucial de la historia de la novela norteamericana. La tradición narrativa de aquel país había tenido un arranque formidable a mediados del siglo XIX, con dos narraciones que tienen como trasfondo el mar: *La narración de Arthur Gordon Pym* (1838), de Edgar Allan Poe, padre a su vez del cuento norteamericano, *Moby Dick* (1851), de Hermán Melville. Una centuria después, la novela americana se encuentra en una singular encrucijada. Barth explicó bien lo que estaba sucediendo en un ensayo publicado en la revista *Atlantic*, en 1967, que lleva el título apocalíptico de *La literatura del agotamiento*, y que no es otra cosa que un manifiesto del llamado (con no mucha fortuna) postmodernismo, una manera de narrar que, si es preciso resumirla en una idea, consiste en expresar una marcada preocupación por la vida interior de las historias: lo que importa no es tanto, o tan sólo, lo que se cuenta, es sobre todo cómo se cuenta. El artículo tuvo una gran repercusión por razones equivocadas. La gente creyó que Barth hablaba del agotamiento de la literatura, cuando lo único que decía

era que la novela, el más joven de los géneros literarios y el que más cargado estaba (y sigue estando) de futuro, había quemado una etapa: la del alto modernismo. Joyce y tras él Beckett, y después de ellos Nabokov, uno de los pioneros del nuevo movimiento, habían llevado las cosas a un punto sin retorno. Se trataba ahora de ver por dónde era posible seguir. En el fondo no se trataba más que de llevar a cabo un relevo estilístico y generacional, anteponiendo al vocablo *modernismo* el prefijo *post*. Dos autores que circulaban por distintas carreteras habían llegado de manera totalmente fortuita al mismo motel: Vladimir Nabokov, quizá, el primer escritor propiamente postmoderno, y Jack Kerouac, cuya sensibilidad *beat* no se había desgajado por completo de los modos del realismo. Más que chocar, sus poéticas habían discurrido por caminos paralelos y tan distintos entre sí que jamás llegaron a encontrarse. Salvo su coincidencia en el tiempo, *Lolita* y *En el camino*, posiblemente las dos mejores novelas de carretera jamás escritas, no tenían mucho en común. La década de los cincuenta resulta un tanto confusa. En 1951 Salinger había publicado *El guardián entre el centeno*, en 1953 Saúl Bellow dio a conocer *Las aventuras de Augie March*, en 1955 salen a la luz *Lolita* (en París, aunque originalmente está escrita en inglés) y *Los reconocimientos*, de William Gaddis. Por si no hubiera suficiente mezcla de estilos y tendencias, en 1957 Jack Kerouac publica *En el camino*. Se podrían añadir nombres, pero con mencionar *El almuerzo desnudo* (1959), la audaz novela de William Burroughs, probablemente sea suficiente. Este es el panorama al que se asoma John Barth, que lleva bajo el brazo un programa de regeneración de la novela en el que ni mucho menos está solo (habría que mencionar, como mínimo, a William Gass, Robert Coover y Donald Barthelme). Lo importante es hacer hincapié en el hecho de que se trata de un mero paso adelante en la cronología del género novelístico: tras la modernidad, algo a lo que nadie supo poner un nombre mejor que postmodernismo (hay quien habla de *metaficción*, y el término es adecuado, aunque se trata de una forma de jugar con el relato que encontramos ya en Cervantes).

* * *

Toda la obra de John Barth se puede entender como una gigantesca reflexión, hecha desde el acto narrativo mismo, acerca de los resortes más ocultos capaces de poner en movimiento el mecanismo que provoca el nacimiento de una historia. La relación entre el proceso de la creación y la narración pura fluctúa en sus diferentes realizaciones. El autor inició su andadura como novelista escribiendo una trilogía dedicada a la cuestión del nihilismo, asunto que a la sazón le preocupaba porque estaba en el ambiente. Tanto *La ópera flotante* (1956), texto un tanto apocalíptico, como *El final del camino* (1958), título que se puede aplicar tanto a la situación del

protagonista como a la de la historia en la que se encuentra (ninguno de los dos sabe cómo seguir), son novelas altamente gratificantes pero menores, que no acaban de romper del todo con la estética de la era anterior. El milagro vendrá con la tercera entrega de la trilogía, *El plantador de tabaco* (1960), para mí, el título más logrado de toda la carrera de John Barth, y que en modo alguno relaciono ni con el nihilismo ni con ninguna categoría de signo pesimista o negativo. *El plantador de tabaco* es una de las celebraciones más gloriosas que conozco del arte de novelar y una de sus ejecuciones más brillantes. Más adelante volveré sobre ella. En *Giles, el niño cabra* (1966), Barth hace coincidir el mundo con los límites de un campus universitario. Sus experimentos sobre las peculiaridades del comportamiento de la unidad narrativa que es una historia considerada de manera aislada, se prolongan en *Perdido en la casa encantada*, magnífica colección de relatos publicada en 1968. En *Quimera* (1972) se dan cita tres novelas cortas que reformulan otros tantos mitos: el de Belerofonte, el de Dunyazade y el de Perseo. En *Letters* (1979), el autor convoca a personajes de sus seis libros anteriores y en *Sabático* (1983), vuelve sobre los motivos apocalípticos que marcaron sus comienzos como narrador, inoculando en el lector (y en los personajes) la duda acerca de qué acabará antes si el mundo o la novela en cuyo interior nos encontramos. En *The Tidewater Tales* (1987), narrada como la anterior en primera persona del plural, la bahía de Chesapeake hace las veces del escenario en el que tienen lugar encuentros con personajes tan dispares como Odiseo, Don Quijote, Sherezade (cómo no) y Huckleberry Finn... Todos, viejos conocidos. Cuando se inicia *El último viaje de Sinmás el Marino* (1991), el lector siente la necesidad de asegurarse de que hay sitio en los estantes de la imaginación para seguir acumulando la ingente cantidad de variaciones que va gestando Barth en torno al tema infinito de las formas que son capaces de adoptar las historias. Repasemos de manera sumaria algunos títulos que ponen de relieve este fenómeno: *Erase una vez* (1994), *La historia continúa* (2001), *De próxima aparición* (2002), *El libro de las diez y una noches*, (2004), *Donde se encuentran tres caminos* (2005), tres novelas cortas entrelazadas cuyos títulos respectivos son: *Dime, Me han contado la historia de una historia* y *Como iba diciendo*. Así, hasta llegar a *Uno de cada tres pensamientos: novela en cinco sesiones* (2011).

Supongo que están esperando que les diga algo acerca de *El plantador de tabaco*, y la verdad es que me gustaría reducir mi intervención al mínimo, más que nada porque de lo que se trata es de que se abandonen a la lectura de este texto prodigioso. Pertenece a la muy noble estirpe de las novelas que rondan el millar de páginas, lo cual exige un verdadero compromiso por parte del lector, y salvo que éste haya sucumbido a la enfermedad de nuestro tiempo, caracterizada por la incapacidad de pasar unas largas horas a solas con uno mismo a la vez que en conversación con una gran mente, la lectura de esta novela portentosa proporcionará a quien decida

sumergirse en ella un prolongado placer: el de contemplar el despliegue fascinante de una serie interminable de historias maravillosamente bien concatenadas.

Una de las personas que mayor influencia ejerció sobre mí durante la adolescencia fue el profesor de literatura que tuve en el bachillerato. Sus alumnos lo adorábamos. Recuerdo que en una ocasión nos anunció que se disponía a leer de cabo a rabo los tres volúmenes de *Las mil y una noches*, una edición preciosa, encuadernada en piel, de la editorial Aguilar. Tardó un mes, durante el cual, transformado en portavoz de Sherezade, mantuvo encandilados a quienes tuvimos la fortuna de estar en su clase. Jamás olvidaré la emoción con que, más de treinta años después, di con aquella misma edición en una librería vieja del D. F. Ocurre con algunos libros cuyos títulos no voy enumerar, con la excepción tan sólo del ciclo interminable que son los siete volúmenes de *En busca del tiempo perdido*. Digo interminable porque desde los 17 años lo primero que hago nada más cerrar el séptimo volumen es iniciar la lectura del primero y parar en algún momento, para volver al cabo de unos meses o unos años al punto en que lo dejé. De manera parecida, Faulkner regresaba al texto de el *Quijote* cada cierto tiempo con la intención, decía él, de ver cómo había cambiado su alma desde la última lectura. *El plantador de tabaco* es una novela extraordinaria, aunque no pertenece al reducidísimo número de libros de gran extensión y envergadura que hacen que el lector sienta la imperiosa necesidad de regresar a él. No alcanza la grandeza de los títulos que acabo de citar, ambos, cristalizaciones de lo más excelso que ha logrado plasmar jamás la imaginación humana, aunque tengo que decir que el viaje que efectué por el texto la única vez que transité por él es una de las experiencias más fascinantes que he tenido en mi larga vida de lector. Claro que lo hice como traductor, la forma más rigurosa de lectura que puede existir. Ahora que lo pienso, *El plantador de tabaco* es el libro al que más esfuerzo he dedicado jamás. Tardé cinco años en traducirlo, y aún conservo el ejemplar original, pese a que se cae a pedazos. Mientras realicé la traducción viajé a cuatro continentes. Cuando me vine a Nueva York para quedarme en esta ciudad para siempre, me lo traje conmigo. Cuando terminé el trabajo, tomé la decisión radical de no volver jamás a traducir un texto literario (en más de veinticinco años tan sólo ha habido una excepción, no diré cuál). A petición mía, mis mejores amigos se embarcaron en la lectura de mi traducción y todos me lo han agradecido, aunque siempre he detectado en ellos un amago de reproche: en el fondo nadie está muy seguro de querer dedicar tanto tiempo a una novela. Recuerdo que poco después de llegar a Nueva York empecé a dar clases en el City College, en Spanish Harlem. Un día le regalé el volumen recién editado al decano de la facultad donde me habían contratado, un hijo del exilio republicano a quien acabé profesando gran afecto. El venerable profesor miró el volumen con asombro, lo sostuvo en alto como tratando de calcular cuánto podía pesar, debió de efectuar un segundo cálculo

consistente en determinar cuánto tiempo le llevaría leer aquello y, por fin, sentenció: «Esto es una falta de respeto al lector». De todos modos, era un regalo, así que no le quedó más remedio que aceptarlo y llevárselo a casa. Al cabo de bastantes meses, no recuerdo cuántos, se acercó al minúsculo cubículo sin ventanas que era mi despacho y, con gran solemnidad, me comunicó que había terminado de leer la novela y quería darme las gracias.

En cuanto al propio autor, John Barth, cuando le envié una carta contándole que había terminado de traducir su novela, me propuso que lo fuera a visitar a Baltimore. Almorzamos en el elegante *faculty club* de la Universidad de Johns Hopkins, tras lo cual mantuve con él una larga conversación en su despacho. Fue la primera de una larga serie de entrevistas en profundidad que, a lo largo de los años, he ido publicando en la prensa española. Unos meses después, en verano, durante un encuentro que se celebró en El Escorial y al que asistió una impresionante representación de los mejores autores norteamericanos, al final de una de las sesiones, John Barth se acercó a saludarme y me felicitó por la traducción. Al parecer, un periodista que le acababa de entrevistar había elogiado mi trabajo. Mi recuerdo personal de Barth es el de alguien extraordinariamente lúcido, pero un tanto gruñón. Cuando estuve con él en Baltimore me prestó unos libros que tenía interés en que leyera. Al cabo de tres semanas recibí la carta más escueta que me han escrito jamás. «Querido Eduardo —decía—, supongo que ya no necesitas mis libros. Firmado: John Barth». Se los remití ese mismo día por correo urgente. La edición de *El plantador de tabaco* que publicó la editorial Cátedra en la colección Letras Universales se mantuvo en circulación bastantes años, hasta que al final desapareció de todas las librerías. De vez en cuando recibía una carta o un correo de alguien que me preguntaba dónde podía conseguirse un ejemplar. Era el volumen más grueso de toda la colección de la que formaba parte. Por fin, no hace mucho, el dueño de una editorial independiente se puso en contacto conmigo porque quería rescatar mi texto, pero la agencia americana que representaba al autor le puso más dificultades de las que el intrépido editor podía afrontar y acabó por renunciar. Cuando sucedió eso, le envié una larga nota al director de una prestigiosa editorial que hace gala de publicar lo mejor de la literatura norteamericana, proponiéndole la publicación de mi traducción. No se dignó responderme, y cuando no le quedó más remedio que hacerlo, cuando insistí a través de mi agente, se limitó a decir que no lo haría porque el número de ejemplares que se vendería sería tan exiguo que no llegaría a recuperar gastos. Por fin, no hace mucho, llegó hasta mis oídos la noticia de que una editorial independiente había adquirido los derechos en español de cuatro novelas de John Barth. No me cabía la menor duda de que *El plantador de tabaco* era una de ellas. Durante meses estuve especulando sobre qué editorial podía ser. Por fin, una tarde en Barcelona me crucé con Eduardo Rabasa, de Sexto Piso. Nos habíamos visto otras

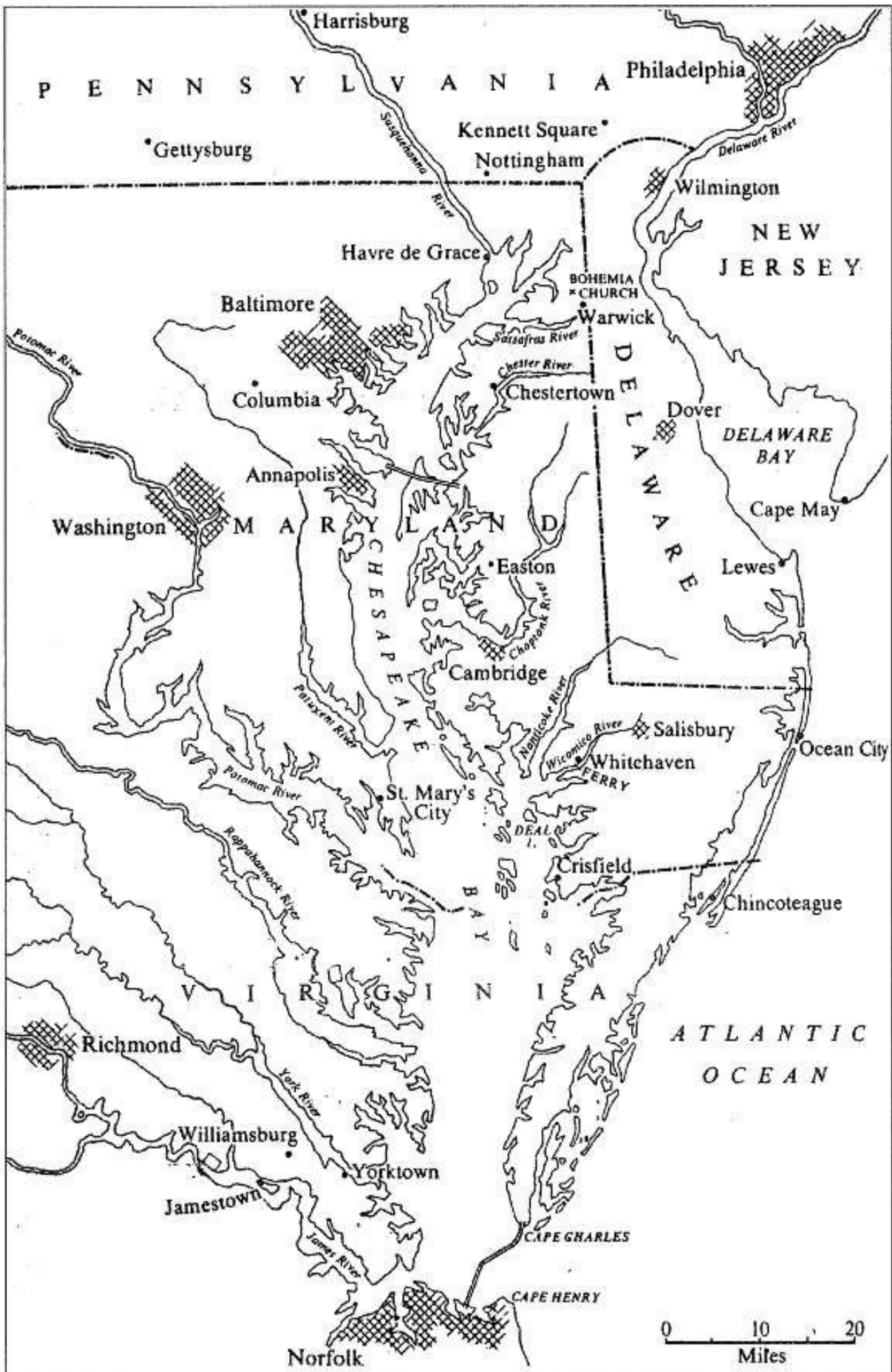
veces, aunque no nos conocíamos bien. Tras saludarlo le pregunté a quemarropa: «¿No habrás sido tú el que ha comprado los derechos de *El plantador de tabaco* en español?». Me miró asombrado y dijo: «Sí, ¿por qué me lo preguntas?». «Tengo una larga historia que contarte», respondí, y nos fuimos a charlar al bar más cercano.

* * *

Estos días en los que he repasado lo que se dice de John Barth con el fin de escribir estas líneas, he descubierto que ahora que el autor ha llegado al final de su trayectoria, el consenso entre críticos y lectores con respecto a *El plantador de tabaco* es que se trata de la mejor novela de John Barth. No seré yo quien lo niegue. ¿Ah, que esto es un prólogo y no he dicho nada del texto? Tienen toda la razón. ¿Por dónde quieren que empiece? Veamos. *El plantador de tabaco* es una larga narración escrita en clave burlesca, cuyo protagonista, Ebenezer Cooke, virgen y poeta, se basa en un personaje homónimo del siglo XVIII. Puedo seguir diciendo que la narración reconstruye la historia de los primeros años de la colonia de Maryland, que se trata de una parodia de la novela dieciochesca, que el personaje histórico en que se basa el protagonista había escrito un poema épico-burlesco titulado *El plantador de tabaco*, que entre los numerosos textos que integran esta fascinante suma de narraciones figuran seis páginas de insultos que se intercambian dos prostitutas, una inglesa y otra francesa, en sus respectivos idiomas; que en su revisión de las crónicas del pasado se encuentra una reescritura de la *Historia General de las Indias*, del capitán Smith; que las páginas dedicadas a la travesía trasatlántica realizada por Cooke están a la altura de los mejores textos jamás escritos sobre la vida en alta mar. Colonos, indios, leguleyos, rufianes, prostitutas, bebedores, magníficos contadores de historias, todos, con el personaje fascinante de Henry Burlingame III, tutor de Ebenezer, y su hermana gemela, Anne, a la cabeza. También podría decir que las descripciones de las tierras y las marismas de Maryland... ¿De verdad que quieren que les hable de todo eso? O lo que es peor: ¿no querrán que me ponga a perorar acerca de la estructura, los cambios de registro, la manera de visitar la historia, etc.? Ahórrenme tan tediosa labor. Por más que la tilden de metaficcional, postmoderna o cualesquiera otros epítetos malignos a los que son tan proclives los académicos, la novela va de lo único que van las novelas de verdad: contar, con la pureza con que Sherezade quería que se hiciera, una historia prodigiosa tras otra. La novela empieza en la página siguiente: ¿por qué no se sumergen de una vez en su lectura? Arránquenle a quienes han secuestrado su imaginación, apoderándose de la totalidad de su tiempo, un buen número de horas y dedíquenselo al placer estético e intelectual más exquisito que jamás ha tenido a su alcance el ser humano: el de perderse en la lectura de una buena historia..., de un sinfín de historias que yacen en un mar que carece de fondo.

**PRIMERA PARTE:
LA APUESTA TRASCENDENTAL**

MAPA DE LAS TIERRAS DE MARYLAND DONDE SE DESARROLLA LA NOVELA



1. PRESENTACIÓN DEL POETA, DIFERENCIÁNDOLO DE SUS SEMEJANTES.

En los años finales del siglo XVII había entre los juerguistas y petimetres que frecuentaban los cafés londinenses un individuo delgaducho y zanquilargo llamado Ebenezer Cooke, con más ambición que talento y, sin embargo, más talento que prudencia, el cual, al igual que sus compañeros de juerga, que en teoría estaban educándose en Oxford o Cambridge, encontraba en los sonidos de la madre lengua inglesa más un motivo de juerga y diversión que algo con sentido, con lo que se podía trabajar y, en consecuencia, en lugar de entregarse a los sinsabores de la erudición, el tal Ebenezer aprendió el arte de versificar, dando en desgranar, conforme a la moda de entonces, cuadernillos de pareados plagados de Joves y Júpiteres espumeantes, entre el estruendo de las rimas estridentes y símiles que de tanto tensar la cuerda, a punto estaban de romperla.

Como poeta, el tal Ebenezer no era ni mejor ni peor que sus colegas, ninguno de los cuales dejó tras de sí nada más noble que su misma posteridad; pero había cuatro cosas que lo distinguían de los otros. La primera era su aspecto: de pelo y ojos claros, huesudo, los pómulos hundidos, levantaba —más bien al sesgo— ocho o nueve palmos del suelo. Sus ropas eran de buen material, bien confeccionadas, mas pendían de su esqueleto cual velas orzadas de altos palos. Hombre garza, de patas flacas y pico largo, caminaba y se sentaba con pose descoyuntada; su porte mismo era una sorpresa angulosa, cada uno de sus gestos, una semiagitación. Su rostro era, además, desconcertante, como si los rasgos no encajaran: el pico de garza, la frente de perro lobo, la barbilla, puntiaguda, la mandíbula descarnada, los ojos de un azul aguado y las cejas rubias y huesudas; tenía cada uno de dichos elementos voluntad propia; movíanse como les venía en gana, adoptando extrañas posturas que la mitad de las veces no guardaban relación alguna con lo que en un momento dado se pudiera suponer que era el estado de ánimo de Ebenezer. Y tales configuraciones tenían una vida corta, ya que, al igual que ocurre con los inquietos patos silvestres, sus facciones no bien se habían aposentado cuando, ¡tris!, levantaban de repente el vuelo y, ¡tras!, venga a revolotear, y no había ser humano capaz de decir lo que ocultaban.

La segunda era su edad: en tanto que la mayor parte de sus colegas apenas rebasaba la veintena, Ebenezer, en la época que corresponde a este capítulo, frisaba los treinta, no teniendo, sin embargo, ni un ápice más de juicio que ellos, que tenían la disculpa de ser seis o siete años más jóvenes.

La tercera era su origen: Ebenezer era norteamericano de nacimiento, aunque no había visto el lugar donde naciera desde la más temprana infancia. Su padre, Andrew Cooke segundo, de la parroquia de Saint Giles in the Fields, condado de Middlesex (un viejo libertino de cara rojiza, piel blancuzca, voz estentórea, mirada vidriosa y

lisiado de un brazo), pasó su juventud en Maryland, ejerciendo de agente comercial al servicio de un fabricante inglés, al igual que hiciera su padre antes que él, y como tenía buen ojo para las mercancías y aún mejor para los hombres, a la edad de treinta años añadió al patrimonio de los Cooke unos mil acres de buenos bosques y tierra arable, a orillas del río Choptank. Al emplazamiento de aquellas tierras lo llamó Puntal de Cooke, y a la pequeña casa solariega que allí erigió, Malden. Se casó ya entrado en años y tuvo hijos gemelos, Ebenezer y su hermana, Anna, cuya madre (como si una fundición de hierro excesiva hubiera resquebrajado el molde) murió al alumbrarlos. Cuando los gemelos contaban sólo cuatro años de edad, Andrew regresó a Inglaterra, dejando Malden en manos de un capataz, para en lo sucesivo ejercer de comerciante, enviando a las plantaciones a sus propios agentes. Sus negocios prosperaron y los niños estaban bien atendidos.

La cuarta cosa que distinguía a Ebenezer de sus contertulios de café era el temperamento: aunque ni uno sólo de ellos había sido agraciado con más talento del preciso, todos los amigos de Ebenezer se daban grandes aires cuando estaban juntos, declamando sus versos, denostando a todos los poetas célebres de la época (y a cualesquiera miembros de su propio círculo que por casualidad no estuvieran presentes), alardeando de sus conquistas amorosas y de las inminentes perspectivas de éxito, por lo demás, comportándose de un modo tal que, de no ser porque el resto de las mesas del café exhibían círculos de fatuos similares, hubiera resultado de lo más molesto. Pero el propio Ebenezer, si bien su apariencia descartaba por completo la posibilidad de que pasara desapercibido, tenía propensión a la taciturnidad. Era incluso frío. A excepción de algunos infrecuentes estallidos de locuacidad, rara vez tomaba parte en la conversación; antes bien parecía contentarse la mayor parte del tiempo con simplemente contemplar cómo los demás pájaros se acicalaban las plumas. Algunos consideraban tal renuncia como un signo de desdén, y en consecuencia se sentían o intimidados o irritados por ello, según el grado de confianza en sí mismos que tuvieran. Otros lo tomaban por modestia; otros por timidez; otros por despego artístico o filosófico. De haber sido efectivamente síntoma de cualquiera de esas cosas, no habría ningún relato que contar; la verdad, sin embargo, es que el temperamento de nuestro poeta nacía de algo mucho más complicado que justifica el referir su infancia, sus aventuras y, por fin, su deceso.

2. LA EXTRAORDINARIA MANERA EN LA QUE SE EDUCÓ EBENEZER Y LOS NO MENOS EXTRAORDINARIOS RESULTADOS DE DICHA EDUCACIÓN

Ebenezer y Anna se educaron juntos. Al darse la circunstancia de que no hubiera otros niños en la heredad de Saint Giles, crecieron sin más compañeros de juego que ellos mismos, como consecuencia de lo cual estaban desusadamente unidos. Compartían los mismos juegos y recibían instrucción en las mismas materias, ya que Andrew tenía dinero suficiente para procurarles un tutor, si bien no tutoría por separado. Hasta la edad de diez años compartieron incluso el dormitorio; y no porque faltara espacio, ni en la casa que tenía Andrew en Londres ni en el ulterior establecimiento de Saint Giles, sino porque la vieja ama de llaves de Andrew, la señora Twigg, que durante algunos años fue institutriz de los niños, se tomaba tan en serio el hecho de que fueran gemelos que se propuso tenerlos siempre juntos y, más adelante, cuando la circunstancia de que estuvieran más crecidos junto con la suposición de que ya se daban cuenta de las cosas empezaron a azarar al aya, disfrutaban tanto los niños de su mutua compañía que la señora Twigg fue incapaz durante un tiempo de resistir las protestas conjuntas que hacían en cuanto se mencionaba la posibilidad de ponerlos en habitaciones separadas. Cuando finalmente se llevó a cabo la separación, por orden de Andrew, ésta consistió meramente en situarlos en dos cámaras adyacentes cuya puerta de comunicación se dejaba normalmente abierta a fin de posibilitar la conversación.

A la luz de todo esto no es de extrañar que incluso después de la pubertad hubiera escasa diferencia, dejando aparte las manifestaciones físicas del sexo, entre los dos niños. Ambos eran vivaces, inteligentes y de buen comportamiento. Anna era la menos tímida de los dos, e incluso cuando, de modo natural, Ebenezer se hizo más alto y de mayor fortaleza física, Anna siguió siendo más rápida y de movimientos mejor coordinados, siendo, por tanto, quien ganaba habitualmente los juegos que compartían: *shuttlecock*, *fives*, *squails*, *jackstraws* o *shove ha'penny*. Ambos eran grandes lectores y les gustaban los mismos libros: entre los clásicos, la *Odisea* y *Las metamorfosis*, el *Libro de los mártires* y las *Vidas de los santos*; los romances de Valentine y Orson, Bevis y Hampton y Guy de Warwick, los cuentos del buen Robin, la paciente Griselda y los niños abandonados en el bosque; y entre los libros, más novedosos, *Muestra para niños*, de Janeway; *El modelo de la Virgen*, de Batchiler, y *La Virgen prudente*, de Fisher, además de *El oneroso legado de la conducta errónea*, *El ejemplo de paz para el joven*, el *Libro de los alegres acertijos*, así como *La senda del peregrino* y la obra de Keach titulada *Guerra contra el demonio*, libros estos dos

últimos que adquirieron poco después de su publicación. Tal vez, de haber estado Andrew menos ocupado por sus asuntos comerciales, o la señora Twigg por su religión, su gota y su autoridad sobre los demás servidores, Anna hubiera quedado circunscrita a sus muñecas y bordados, en tanto que a Ebenezer lo hubieran dedicado al aprendizaje de las artes de la caza y de la esgrima. Pero es muy raro que se les sometiera a directriz alguna, de ahí que distinguieran poco entre qué actividades eran adecuadas para niñas y cuáles eran propias de niños.

Su entretenimiento favorito consistía en hacer representaciones teatrales. Dentro o fuera de casa, hora tras hora, representaban el papel de piratas, soldados, clérigos, indios, miembros de la realeza, gigantes, mártires, damas y caballeros de la nobleza o cualesquiera otras criaturas sobre las cuales recayera la fantasía de los niños, que se inventaban la acción y el diálogo sobre la marcha. A veces mantenían el mismo papel durante días, a veces tan sólo unos minutos. Ebenezer se las ingeniaba especialmente bien para disfrazar la identidad que hubiera adoptado en presencia de los adultos, revelándosela sin embargo a Anna con claridad suficiente, para gran delicia de ella, por medio de cualquier gesto o comentario aparentemente inocentes. Por ejemplo, a lo mejor se pasaban una mañana de otoño en el huerto, representando a Adán y Eva, y cuando a la hora de comer su padre les prohibía volver allí porque había barro, Ebenezer asentía, respondiendo con un gesto de inteligencia: «Lo peor no es el barro: además he visto una serpiente». Y la pequeña Anna, una vez recuperado el aliento, afirmaba: «A mí no me asustó, pero la frente de Eben no ha dejado de sudar desde entonces», y a continuación le pasaba el pan a su hermano. Por la noche, tanto antes como después de que separaran sus habitaciones, o bien proseguían con el simulacro (necesariamente confinados al diálogo, que era fácil de mantener en la oscuridad) o bien hacían juegos de palabras; de estos tenían gran variedad, desde el sencillo «¿cuántas palabras riman con deprisa?», hasta los códigos complicados, las pronunciaciones al revés y los lenguajes que se inventaban hacia el final de su infancia.

En 1676, cuando los niños contaban diez años de edad, Andrew contrató para ellos a un nuevo tutor, que respondía al nombre de Henry Burlingame III, un joven nervudo, de ojos castaños, piel atezada, veintipocos años, vehemente y no exento de atractivo. El tal Burlingame, por razones no explicadas, no había terminado sus estudios universitarios; sin embargo, dada la amplitud y profundidad de sus capacidades, le faltaba poco para ser un Aristóteles. Andrew se lo encontró en Londres, sin empleo y subalimentado y, siempre buen negociante, dadas las circunstancias, pudo, a cambio de un salario miserable, proporcionarles a sus hijos un tutor que con idéntica facilidad cantaba el papel de tenor en un madrigal de Gesualdo, diseccionaba un ratón de campo o conjugaba el verbo *éiuí*. A los gemelos les cayó bien inmediatamente y él, a su vez, al cabo de tan sólo unas semanas, les cobró tal

afecto que no cupo en sí de contento cuando Andrew lo autorizó, sin que mediara un aumento de sueldo, a convertir el pequeño cenador sito en la heredad de Saint Giles en una mezcla de laboratorio y residencia, donde podía dedicar toda su atención a sus tutelados.

Henry Burlingame halló que ambos niños eran rápidos en aprender y que estaban especialmente dotados para la filosofía natural, la literatura, la redacción y la música; Lo estaban algo menos para las lenguas, las matemáticas y la historia. Incluso les enseñó a bailar, aunque Ebenezer, a la edad de doce años ya era demasiado torpe como para hacerlo bien. Primero le enseñaba a Ebenezer a tocar la melodía al clavicordio; después le hacía practicar los pasos a Anna, con acompañamiento de Ebenezer, hasta que los dominaba; a continuación, ocupaba el lugar de Ebenezer al instrumento, a fin de que Anna le enseñara los pasos a su hermano, y, finalmente, una vez aprendida la danza, Ebenezer ayudaba a Anna a dominar la melodía al clavicordio. Aparte de su evidente eficacia, aquel sistema estaba en consonancia con el segundo de los tres principios pedagógicos del maestro Burlingame, a saber, que la mejor manera de aprender una cosa es enseñarla. El primero era que de los tres motivos usuales por los que se aprenden las cosas (necesidad, ambición y curiosidad), la simple curiosidad era el más digno de estímulo, por ser el más «puro» (en cuanto a que el valor de lo que nos induce a aprender es, más que un instrumento, un fin en sí mismo), el más propicio a un estudio continuado y exhaustivo, en lugar de superficial y limitado, y el que más probabilidades tiene de hacer del aprendizaje una tarea grata. El tercer principio, íntimamente relacionado con los otros, era que el juego de enseñar y aprender jamás debiera asociarse a ciertas horas ni a determinados lugares, para evitar que tanto el discípulo como el maestro (y en el sistema de Burlingame no había mucha diferencia entre uno y otro) cayeran en el hábito vulgar de perder el estado de alerta, cosa que sólo podía suceder a dichas horas y en dichos lugares, evitándose así la perniciosa conclusión de hacer distingos entre el aprendizaje y otros tipos de comportamiento natural.

Así pues, la educación de los gemelos ocupaba desde la mañana hasta la noche, Burlingame se sumó con prontitud a sus representaciones teatrales y, de haberse atrevido a pedir permiso, también hubiera dormido con ellos, a fin de dirigir sus juegos de palabras. Si bien su sistema carecía de la disciplina del de Locke, que obligaba a todos sus discípulos a mantener los pies sumergidos en agua fría, era hartos más deleitoso: Ebenezer y Anna querían a su profesor y los tres eran grandes camaradas. Para enseñarles historia, orientaba sus representaciones teatrales hacia hechos históricos: Ebenezer representaría al Pequeño John, quizá, y Anna al fraile Tuck^[1], o Anna, a santa Úrsula, y Ebenezer, a las cincuenta mil vírgenes; para mantener su interés por la geografía sacaba a relucir volúmenes de láminas exóticas y relatos de aventuras; para agudizar su bagaje lógico, hacía les recorrer las paradojas de

Zenón como si les estuviera diciendo adivinanzas, y los adiestraba en el escepticismo de Descartes con tanto desenfado como si la búsqueda de la verdad y del valor en el universo consistiera en jugar a «¿quién tiene el botón?». Les enseñó a admirarse ante la contemplación de una hoja de tomillo, unos compases de Palestrina, la configuración de Casiopea, las escamas de una sardina, el sonido de ciertas sobreesdrújulas, la elegancia de un sorites.

El resultado de aquella educación fue que los gemelos le cobraron un gran amor al mundo, en especial, Ebenezer, ya que Anna, más o menos desde que cumplió los trece años, comenzó a mostrarse más recatada, menos expansiva. Pero Ebenezer era capaz de estremecerse viendo el descenso en picado de una golondrina, de llorar de risa al contemplar la urdimbre de una telaraña o el estruendo de las notas de un órgano cuando se pisan los pedales, así como de prorrumpir en súbito llanto ante el ingenio de *Volpone*^[2], la tensión de la caja de resonancia de un violín o la verdad del teorema de Pitágoras. A la edad de dieciocho años ya había alcanzado la plenitud de su estatura y desgarbo; era un joven torpe y nervioso, que, aunque por entonces superaba con mucho a su hermana en imaginación, era muy inferior a ella en belleza física, pues a pesar de que en tanto que gemelos sus facciones eran casi idénticas, la naturaleza juzgó adecuado, merced a ciertas alteraciones sutiles, hacer de Anna una mujercita encantadora y de Ebenezer, un espantapájaros de ojos saltones, del mismo modo que un escritor inteligente puede, merced a unos cuantos ajustes delicados, parodiar un estilo hermoso.

Fue una lástima que Burlingame no pudiera acompañar a Ebenezer cuando, a los dieciocho años, el muchacho estuvo en condiciones de matricularse en Cambridge, pues si bien es cierto que un buen profesor enseña bien independientemente de la teoría pedagógica a la que se adhiera, y aunque la de Burlingame resultaba singularmente atractiva, no existe, sin embargo, ningún método educativo perfecto, y es preciso admitir que, al menos en parte, debido a la educación recibida, Ebenezer hallaba el mismo tipo de placer en la historia que en la mitología griega o la poesía épica y distinguía poco o nada entre, por ejemplo, la geografía de los atlas y la de los cuentos de hadas. En suma, debido a que el aprender había sido para él un juego de lo más placentero, Ebenezer no era capaz de tomarse los hechos referentes a la zoología o a la conquista normanda con seriedad genuina, ni era tampoco capaz de someterse a una disciplina que le permitiera afrontar un trabajo prolongado si la tarea era tediosa. Ni siquiera su gran imaginación y entusiasmo por el mundo eran virtudes verdaderas si se combinaban con su alegre falta de resolución, pues aun cuando aquellas cualidades hacíanle extraordinariamente sensible a la arbitrariedad imperante en el mundo concreto y real, no conseguían hacerle comprender al mismo tiempo que también el mundo tenía una finalidad. Sabía muy bien, por ejemplo, que «Francia tiene forma de tetera», pero le resultaba muy difícil aceptar el hecho de que existiera

realmente en aquel preciso instante un lugar llamado Francia, donde la gente hablaba francés y comía caracoles, independientemente de que Ebenezer pensara en aquella gente o no, así como le costaba trabajo aceptar que, pese a la virtual infinitud de las formas imaginables, la antedicha Francia tuviera que seguir pareciendo eternamente una tetera. Y de la misma manera, aunque todo aquello de Grecia y Roma era algo incuestionablemente delicioso, encontraba absurda, casi impensable, la idea de que aquel fuera el único modo en que pasaron las cosas: cuando pensaba en todo aquello se ponía nervioso y se irritaba.

Tal vez, de haber seguido bajo la guía de su tutor, Ebenezer hubiera superado con el tiempo aquellos defectos, pero una mañana de julio de 1684, Andrew se limitó a anunciar durante el desayuno:

—No hace falta que vayas al pabellón hoy, Ebenezer. Tus lecciones se han acabado.

Los dos hijos alzaron la vista, sorprendidos.

—¿Queréis decir, señor, que Henry va a dejarnos? —preguntó Ebenezer.

—Así es, en efecto —repuso Andrew—. De hecho, no debo andar muy errado si digo que ya se ha ido.

—Pero ¿cómo es eso? ¿Sin siquiera despedirse? ¡No dijo ni palabra de que fuera a dejarnos!

—Vamos, calma —dijo Andrew—. ¿Vas a ponerte a llorar por un simple maestro de escuela? Cualquiera semana había de suceder, ¿no es así? Su labor contigo ha terminado.

—¿Sabías tú algo de esto? —le preguntó Ebenezer a Anna. Ella negó con la cabeza y salió disparada de la habitación—. ¿Le ordenasteis que se fuera, padre? —preguntó con incredulidad—. ¿Por qué tan de repente?

—¡Así es la vida! —exclamó Andrew—. ¡A tu edad yo me hubiera echado unos buenos tragos al verle marchar con viento fresco, en lugar de armar tanto alboroto! Ese señor había cumplido con su cometido, así que lo licencié. ¡Y no hay más! Si a él le pareció conveniente largarse pitando, eso es cosa suya. ¡Debo decir que su actitud fue mucho más viril que todos estos aspavientos!

Ebenezer se dirigió inmediatamente al cenador. Casi todas las cosas se encontraban exactamente como antes: había una rana a medio diseccionar, fijada mediante agujas a la tabla de madera de haya; sobre la mesa de trabajo había libros abiertos y papeles dispersos encima del escritorio; estaba incluso la tetera, medio llena, encima de la chimenea. Pero, efectivamente, Burlingame se había ido. Estaba Ebenezer mirando incrédulamente en torno a sí cuando Anna se le unió, enjugándose las lágrimas.

—¡Henry querido! —se lamentó Ebenezer, también él a punto de estallar en lágrimas—. ¡Es como si hubiera caído un rayo del cielo! ¿Qué vamos a hacer sin él?

Anna no respondió; corrió hacia su hermano y lo abrazó.

De modo que, por ésta o por otras razones, cuando, no mucho después, Ebenezer se despidió de su padre y de Anna, y se estableció en el Magdalene College de Cambridge, resultó ser un mal estudiante. Iba a la biblioteca, sacaba los ensayos de Newton, recogidos bajo el título *De motu corporum*, y se pasaba en cambio cuatro horas leyendo la *Historia de los bucaneros*, de Esquemeling, o algún bestiario latino. Participó poco en bromas o deportes, hizo pocos amigos y pasó virtualmente desapercibido para sus profesores. Fue durante su segundo año de estudios cuando, aunque él no se dio cuenta entonces, le clavó su doloroso aguijón el tábano de la musa. Ciertamente que en aquella época él no se consideraba poeta, pero la verdad es que, después de oír a sus profesores razonar sutil y extensamente contra, pongamos por caso, el materialismo filosófico, Ebenezer salía del aula magna sin haber escrito en el cuaderno más que lo siguiente:

Mente más materia vio el viejo Platón;
«Sólo lo segundo», dijo Thomas Hobbes.
Arde en el infierno el alma del buen Tom;
«Era inmaterial», vino a decir DIOS.

O bien:

De virtud y verdad fuente
para los mortales
es y será siempre
la *lumen naturalis*.

Como cabía esperar, cuanto más afectado se sentía Ebenezer por aquel mal, tanto más perjudicados se veían sus estudios. La suma de la historia se convirtió en su cabeza en no más que un compendio de metáforas. De los filósofos de su época (Bacon, Hobbes, Descartes, Spinoza, Leibnitz, Locke) aprendió poco: de los científicos (Kepler, Galileo, Newton), menos; de los teólogos (lord Herbert, Cudworth, More, Smith, Glanville), nada. Pero *El paraíso perdido* se lo sabía de cabo a rabo; *Hudibras*, de arriba abajo. Al final del tercer año, con gran desconsuelo por su parte, suspendió unos cuantos exámenes y tuvo que afrontar la perspectiva de abandonar la universidad. Mas ¿qué podía hacer? No soportaba la idea de volver a Saint Giles y decírselo a su formidable padre; a Ebenezer le gustaría ausentarse sin revuelo, desaparecer de la vista y buscar fortuna en el mundo por su cuenta. Pero ¿de qué modo?

Aquí, en la dificultad para responder a aquella pregunta, se hicieron patentes los efectos más profundos de la amable pedagogía de Burlingame: todas las personas que conocía, dentro o fuera de los libros, capaces de hacer con destreza y discernimiento alguna cosa, cualquiera que ésta fuera, encendían la imaginación de Ebenezer:

expertos en cetrería, eruditos, albañiles, deshollinadores, prostitutas, almirantes, rateros, fabricantes de velas para barcos, mozas de taberna, boticarios y artilleros, todos por igual le hacían sentir una pronta admiración.

¡Ah, Dios mío —le escribió en una carta a Anna por aquella época—, si fuera asunto fácil elegir una llamada, sentir sólo una en la vida! ¡Por mí sería cincuenta años abogado, cincuenta médico y cincuenta soldado! ¡Sí, y cincuenta ladrón y cincuenta juez! Todos los caminos son buenos, amada hermana, ninguno lo es más que otro, así que, disponiendo tan sólo de una vida, soy un hombre que está en el sastre con el trasero al aire y sólo tiene peculio para un par de calzones, o como un erudito que está en la librería con dinero para un solo libro: elegir diez no sería problema; elegir uno, ¡imposible! Todos los oficios, todas las artes, todas las profesiones son prodigiosas, pero ninguna es mejor que las demás juntas. No puedo elegir, dulce Anna: ¡entre los taburetes caen mis calzones al suelo!

Es decir, carecía por temperamento de inclinación hacia cualquier carrera y, lo que es peor (como si aquello no fuera de por sí desgracia suficiente), consecuentemente, Ebenezer no parecía corresponder a ningún tipo de persona: la variedad de temperamentos y caracteres que le fue dado observar en Cambridge y en la literatura le resultaba tan seductora como la variedad de trabajos que había en la vida, e igualmente difícil elegir entre ellos. Admiraba por igual al sanguíneo, al flemático, al colérico, al melancólico, al esplénico y al equilibrado; al necio como al sabio; al entusiasta, al chapado a la antigua, al charlatán y al taciturno, y el dilema mayor de todos: tanto admiraba al coherente como al incoherente. De manera similar, parecíale tan bueno ser gordo como ser flaco, ser bajo o alto, feo o guapo. Para completar sus dudas —lo cual probablemente fuera consecuencia de lo que antecede—, a Ebenezer podía convencerlo, al menos teóricamente, cualquier filosofía del mundo, incluso cualquier opinión que se sostuviera con firmeza, bien porque estuviera poéticamente concebida, bien porque tuviera una exposición atractiva, ya que él no parecía sentirse emocionalmente predispuesto en favor de nada. Antojábasele una idea bella que el mundo estuviera hecho de agua, según afirmaba Tales, o que fuera de aire, *a la* Anaximenes, o de fuego, *a la* Heráclito, o las tres cosas a la vez y además, de barro, como juraba Empédocles; que todo fuera materia, como mantenía Hobbes, o que todo era espíritu, como proclamaban algunos de los seguidores de Locke, parecíanle cosas igualmente probables a nuestro poeta, y por lo que se refiere a la ética, de haber podido elegir las tres cosas y no sólo una, hubiera disfrutado muriendo una vez como santo, otra, como un gran pecador, y entre ambas, una más como tibio.

Nuestro hombre —en resumidas cuentas—, gracias tanto a Burlingame como a sus inclinaciones naturales, sentía vértigo ante la belleza de lo posible; deslumbrado, alzaba las manos cuando se trataba de elegir. Aunque había terminado el curso, él seguía en Cambridge. Por espacio de una semana se limitó a languidecer en sus habitaciones, enfrascado en la lectura y fumando pipa tras pipa de tabaco, al que habíase hecho adicto. Por fin leer se tornó imposible; fumar, una molestia excesiva: se paseaba incansablemente por la habitación. Parecía que la cabeza siempre estaba a

punto de dolerle, pero nunca empezaba.

Finalmente, un día ni siquiera se dignó vestirse ni comer, sino que permaneció sentado, inmóvil, junto a la ventana, en camión, mirando fijamente la actividad que había abajo, en la calle, incapaz de elegir un solo movimiento cuando, unas horas más tarde, su vejiga, que no había conocido tutor, le sugirió uno.

3. EBENEZER ES RESCATADO Y OYE UN DIVERTIDO RELATO EN EL QUE APARECEN ISAAC NEWTON Y OTROS NOTABLES

Afortunadamente para él (de lo contrario le hubiera podido crecer musgo en el asiento), se oyó en su puerta un estrépito súbito y considerable que sacó a Ebenezer del profundo trance en que se hallaba poco después de la hora de cenar.

—¡Eben! ¡Eben! ¡Por favor, déjame entrar enseguida!

—¿Quién es? —dijo Ebenezer, poniéndose en pie de un salto, alarmado: no tenía en la residencia ningún amigo que pudiera ir a visitarlo.

—Abre y lo verás —dijo el visitante, riéndose—. ¡Pero date prisa, te lo ruego!

—Espera un momento nada más. Tengo que vestirme.

—¿Qué? ¿Sin vestir aún? ¡Menudo holgazán estás hecho! Da igual, muchacho; ¡déjame pasar inmediatamente!

Ebenezer reconoció aquella voz, la cual no oía desde hacía tres años.

—¡Henry! —exclamó, y abrió la puerta de par en par.

—El mismo —rio Burlingame, abrazando a Ebenezer con fuerza—. ¡Santo cielo, lo que has crecido! ¡Por lo menos mides seis pies! ¡Y en la cama a estas horas! —Palpó la frente del muchacho—. Sin embargo, no tienes fiebre. ¿Qué achaque tienes, muchacho? Bueno, es igual. Un momento... —Burlingame salió disparado hacia la ventana y miró abajo con cautela—. ¡Ah, ahí está el muy canalla! ¡Míralo, Eben!

Ebenezer corrió hacia la ventana.

—¿Pero qué pasa?

—¡Allí, allí! —Burlingame señalaba calle arriba—. ¡Ahora está junto a la tabernucha! ¿Conoces a ese caballero del bastón de nogal?

Ebenezer vio a un hombre con el rostro alargado, de mediana edad, vestido con una túnica profesoral que avanzaba calle abajo.

—No; no es del Magdalene College. Su cara me es desconocida.

—¡Qué vergüenza! Pues fíjate bien. Es nada menos que Isaac, del Trinity College.

—¡Newton! —Ebenezer miró con más interés—. No le había visto nunca, pero se dice que la Royal Society va a publicar antes de un mes un libro suyo en el que se explican los mecanismos que rigen todo el universo. ¡A fe mía que te agradezco las prisas! Pero ¿te he oído llamarle *canalla*?

Burlingame se volvió a reír.

—Confundes los motivos de mi prisa, Eben. Le pido a Dios que mi cara haya cambiado en estos quince años, pues estoy seguro de que el Hermano Isaac me ha echado el ojo encima antes de haberme metido en tu portal.

—¿Es posible que *lo conozcas*? —le preguntó Ebenezer, muy impresionado.

—¿Conocerlo? Una vez casi me viola. ¡Quieto! —Burlingame se apartó de la

ventana—. No le quites la vista de encima y dime cómo podría escapar en caso de que se dirigiera hacia tu puerta.

—Muy fácil: la puerta de esta cámara da a una escalera al aire libre por la parte de atrás. ¿Qué demonios pasa, Henry?

—No te alarmes —dijo Burlingame—. Es una hermosa historia y te la voy a contar toda enseguida. ¿Viene hacia aquí?

—Un momento... Está justo frente a nosotros. Ahí. No, espera un poco; está saludando a otro catedrático. El viejo Bagley, el latinista. Bueno, ya se va.

Burlingame se acercó a la ventana y los dos se quedaron contemplando cómo el gran hombre proseguía calle arriba.

—No aguanto ni un momento más, Henry —dijo Ebenezer—. Dime inmediatamente qué misterio se oculta tras este juego de escondite y tras el apresuramiento cruel con que nos dejaste hace tres años; de lo contrario, prepárate a verme fenecer de curiosidad.

—Bien está, así lo haré —replicó Burlingame—; vístete ahora mismo; vamos a comer y beber, y dame buena cuenta de ti. No soy el único que tiene que disculparse.

—¡Cómo! ¿Entonces te has enterado de mis suspensos?

—Sí, y he venido a ver cómo están las cosas, y puede que a meterte un poco de sentido común a base de varazos.

—Pero ¿cómo es posible? Si sólo se lo dije a Anna.

—Basta, lo sabrás todo, te lo juro. Pero ni una palabra hasta que me eche al colete un poco de vino y de cabrito. No permitas que la excitación trastrueque tus cualidades, muchacho. ¡Vamos ya!

—¡Ah! que Dios te bendiga, eres un griego de la *Ilíada*, Henry —dijo Ebenezer, y empezó a vestirse.

Acudieron a una taberna cercana, donde, delante de un poco de cerveza, después de haber cenado, Ebenezer explicó lo mejor que pudo su fracaso universitario y sus indecisiones subsiguientes.

—El meollo del asunto parece estribar —concluyó— en que no soy capaz de tomar decisiones en ninguna cuestión de importancia. ¡Santo cielo, Henry, cuánto he echado en falta tus consejos! ¡Cuántas agonías hubieras podido ahorrarme!

—Nada de eso —protestó Burlingame—. Bien sabes que te aprecio, Eben, y que siento tus aflicciones como si fueran mías. Pero juro que el consejo no es la peor medicina para tu enfermedad por dos razones: primera, la lógica del problema es tal que, en mayor o menor medida, siempre tendrías que seguir tomando decisiones, puesto que si yo te aconsejara que vinieras conmigo a Londres, aun así tendrías que decidir si seguir mi consejo; y si yo fuera más allá y te aconsejara que siguieras mi primer consejo, aun así tendrías que decidir si seguir mi segundo consejo... La sucesión es infinita y no conduce a ninguna parte. En segundo lugar, aun cuando

optaras por seguir mi consejo, eso no serviría de cura en ningún caso, sino que sería una simple muleta en la que apoyarse. De lo que se trata es de que te sostengas sobre tus pies, no de que prescindas de ellos. Este es un asunto serio, Eben; me preocupa. ¿Cuáles son tus sentimientos con respecto a tu fracaso en los estudios?

—Debo reconocer que no tengo ningún sentimiento —dijo Ebenezer—, aunque puedo imaginarme muchos.

—Y en cuanto a esta indecisión, ¿cómo te sientes con respecto a ti mismo?

—¡Santo cielo, no lo sé! Supongo que simplemente siento curiosidad.

Burlingame frunció el entrecejo y le pidió una pipa de tabaco a un mozo de taberna que estaba trabajando cerca de donde ellos se encontraban.

—Eras el mismísimo retrato de la apatía cuando te encontré. ¿No te hiere el orgullo ni te duele no haber llegado a bachiller después de tenerlo tan cerca?

—En cierto modo, me imagino que sí. —Ebenezer sonrió—. Y, sin embargo, el hombre a quien más respeto ha salido adelante sin ser bachiller, ¿no es así?

Burlingame se rio.

—Mi querido amigo, ahora me doy cuenta de que te tengo que contar muchas cosas. ¿Te sirve de consuelo saber que yo también padezco tu misma enfermedad, y que la padezco desde la infancia?

—No, eso no puede ser —dijo Ebenezer—. Jamás te he visto titubear, Henry: ¡eres la antítesis misma de la indecisión! Siempre pienso en ti con envidia y desespero por alcanzar jamás una seguridad semejante.

—Permíteme que sea tu esperanza en lugar de tu desesperación, pues así como un pequeño acceso de viruela, aunque deja el rostro marcado, salva por siempre a quien lo padece de morir por causa de tal enfermedad, así también la inconstancia, la veleidad, la muda periódica de entusiasmos, aun siendo vicios, pueden preservar de una falta de decisión paralizante.

—¿*Veleidad*, Henry? —preguntó Ebenezer, intrigado—. Explica la veleidad que te hizo abandonarnos.

—No lo digo en el sentido que te lo tomas —dijo Burlingame, al tiempo que sacaba un chelín y pedía otras dos jarras de cerveza—. Oye, ¿tú sabías que yo era huérfano?

—Pues claro que sí —dijo Ebenezer, sorprendido—. Ahora que lo mencionas, creo que lo sabía, aunque no recuerdo que nos lo dijeras nunca. Casualmente lo dimos por supuesto. Por mi fe te lo digo, Henry, después de que hace tantos años que nos conocemos, resulta que en realidad no sabemos nada de ti, ¿verdad? No tengo ni idea de dónde naciste, ni de dónde te criaste, ni de quién te crió.

—Ni de por qué os dejé tan descortésmente, ni de cómo me enteré de tu fracaso académico, ni de por qué huí del gran Newton —agregó Burlingame—. Pues muy bien, échate un trago conmigo y desvelaré el misterio. ¡Eres un buen chico!

Bebieron un buen trago y Burlingame comenzó su historia.

—No tengo ni la más remota idea de dónde nací, ni siquiera cuándo, aunque debió de ser en los alrededores de 1654. Menos aún sé qué mujer me engendró ni qué hombre me concibió en ella. Criáronme un capitán de barco de Bristol y su esposa, que no tenían hijos, y albergo la sospecha de que nací o en el continente americano o en las Antillas, pues mis primeros recuerdos son de un viaje por el océano cuando no contaba más de tres años de edad. Se apellidaban Salmon, Avery y Melissa Salmon.

—¡Me dejas estupefacto! —afirmó Ebenezer—. ¡Jamás imaginé ni en sueños que tus comienzos fueran tan extraordinarios! Entonces, ¿cómo es que acabaste llamándote Burlingame?

Burlingame suspiró.

—Ah, Eben, del mismo modo que hasta ahora no has sentido curiosidad por mi origen, otro tanto me ocurrió a mí hasta demasiado tarde. Burlingame me he llamado desde mi recuerdo más temprano y, como suele suceder con los niños, jamás se me ocurrió extrañarme de ello, a pesar de que hasta el día de hoy no he conocido a nadie que tenga ese apellido.

—¡Debe de ser que la persona de quien te recibió el capitán Salmon era tu padre! —dijo Ebenezer—. O puede que fuera algún pariente tuyo que sabía tu nombre.

—Querido Eben, ¿crees acaso que no me he mortificado pensando en tal posibilidad? ¿Crees que no daría una mano a cambio de cinco minutos de conversación con mi pobre capitán o con la gentil Melissa? Pero debo posponer mi curiosidad hasta el día del Juicio Final, puesto que ambos reposan en la tumba.

—¡Pobre Henry!

—A lo largo de toda mi infancia —prosiguió Burlingame— fue mi única meta hacerme a la mar, como el capitán Salmon. Los barcos fueron mis únicos juguetes; los marinos, mis únicos compañeros de juegos. El día que cumplí los trece años me embarqué como ayudante de cocina en el navío del capitán, un barco antillano, y tanto me gustó la vida marinera que me volqué en cuerpo y alma para aprender. Antes de arribar a las Barbados ya gateaba por la arboladura como el mejor, para recoger una vela o calafatear la jarcia, y era tan útil con un pasador como cualquier otro de a bordo. Eben, Eben, menuda vida para un chicuelo. ¡Incluso ahora me estremezco al pensarlo! Tostado como un grano de café estaba yo, y ágil como un mono, y antes de que me hubiera cambiado la voz o se me hubieran cubierto de pelo mis partes (a una edad en que la mayoría de los chicos todavía huelen a útero y sueñan con viajar al condado vecino), yo ya había capturado esponjas en los grandes bancos de las Bahamas y había luchado contra los piratas en el golfo de Paria. Lo que es más, hallándonos en cierta ocasión anclados frente a las costas de Curasao, después de haber logrado preservar mi inocencia en el castillo de proa frente a los intentos de un viejo degenerado, nativo de la Isla de Man, el cual me ofrecía dos libras a cambio, al

tiempo que me amenazaba con un cuchillo pescadero, recorrí a nado una milla por aguas infestadas de tiburones, para acabar dilapidando mi pureza una noche de agosto con una muchacha mulata, en la playa. Ella apenas tenía trece años, Eben, medio holandesa, medio india, flexible y cimbreante como un potrillo de ocho meses; mas a cambio de un pequeño catalejo de latón que tenía yo y al que ella le había cobrado gran afición aquella mañana en el pueblo, se levantó las faldas riéndose y la desfloré bajo unos naranjos de fruto amargo. Yo no tenía ni quince años.

—¡El Señor nos asista!

—Jamás hubo hombre que amara su profesión más que yo —prosiguió Burlingame— ni que trabajara con mayor abnegación y diligencia; yo era la niña de los ojos del capitán y creo que mi carrera hubiera ido en pronto ascenso.

—¡Alto ahí entonces, Henry!, ¿cómo es que me reprochas que haya suspendido? Porque yo en tu historia no veo más que una diligencia y determinación asombrosas, que por tener yo la mitad de las mismas daría una oreja.

Burlingame sonrió y se bebió el último trago de cerveza.

—*Inconstancia*, mi querido amigo, inconstancia. Esa misma determinación que me llevó a superar a los demás chicos del barco fue lo que arruinó mi carrera náutica.

—¿Cómo puede ser eso?

—Hice cinco travesías en total —dijo Burlingame—. Durante la quinta (la misma travesía en que perdí la virginidad) nos hallábamos un día detenidos por falta de viento en las *horse latitudes*^[3] frente a las islas Canarias cuando, de modo completamente casual, buscando por ahí algo con que mantenerme ocupado, resulta que me tropecé, entre los efectos personales de un compañero de barco, con un ejemplar de el *Quijote* de Motteux; me pasé el resto del día con el libro, pues aunque Mamá Salmon me había enseñado a leer y escribir, aquélla era la primera historia verdadera que leía. Tanto me cautivaron el gran manchego y su fiel escudero que perdí la noción del tiempo, y el capitán Salmon me echó una regañina por presentarme tarde ante el cocinero.

»Aquel día dejé de ser marino para convertirme en estudiante. Leía cuanto libro encontraba a bordo y en el puerto: trocábalos por ropa, hipotecaba mi paga; daba igual de qué trataran los libros. Leíalos una y otra vez cuando no había ninguno nuevo a mano. Todo lo demás fue por la borda; el trabajo que me obligaban a hacer lo hacía con desgana, prisa y descuido. Me dio por esconderme en el pañol de las cuerdas, o bien en el almacén de entrecubiertas, donde me podía pasar una hora leyendo sin que me molestaran antes de ser descubierto. Por fin, el capitán Salmon no quiso tolerarlo más: ordenó al piloto que confiscara cuanto volumen hubiera a bordo, dejando sólo a salvo los mapas, el cuaderno de bitácora y las cartas de navegación, y todo se lo echó a los tiburones, hallándonos frente a las costas de Puerto Príncipe; después me propinó tal tunda por mis pecados que mi pobre trasero me estuvo

escociendo durante quince días, y además me prohibió que jamás volviera a leer una página impresa mientras estuviera a bordo de su navío. Aquello me hizo sentirme tan frustrado y agraviado que en el siguiente puerto (que resultó ser Liverpool) salté a tierra y abandoné carrera y benefactor para siempre, sin siquiera darle las gracias o despedirme de la gente que me había vestido y alimentado desde que era un infante de pecho.

»Yo no tenía nada de dinero, y para comer, sólo un trozo grande de queso duro que le había robado al cocinero del barco, así que muy pronto empecé a pasar hambre. Me ponía en las esquinas y cantaba para ganarme el condumio. Yo era un mozo de buen ver y me sabía muchas canciones, así que cuando les cantaba a las damas aquello de «¿Qué es el amor?» o a los hombres aquello otro de «Erase un hermoso pato», rara vez seguían de largo sin dedicarme una sonrisa y dos peniques. Por fin me oyó cantar una banda de gitanos nómadas que se dirigían a Londres, procedentes de Escocia, y me invitaron a sumarme a ellos, de modo que durante el año siguiente trabajé con aquellas gentes tan curiosas. Eran caldereros, comerciantes de caballos, adivinos, cesteros, bailarines, trovadores y ladrones. Vestíame a su usanza, comía, bebía y dormía con ellos, y ellos a su vez enseñáronme todos sus trucos y canciones. ¡Querido Eben! ¡Si me hubieras visto entonces, no hubieras dudado ni un instante que yo era uno de ellos!

—Me he quedado sin habla —dijo Ebenezer—. ¡Ésta es la mayor aventura que he oído jamás!

—Avanzábamos despacio, haciendo numerosos desvíos, de Liverpool a Manchester, luego, Sheffield, Nottingham, Leicester y Bedford; dormíamos en las carretas cuando llovía o al aire libre, bajo las estrellas, cuando hacía buena noche. De la troupe de treinta almas que éramos, yo era el único que sabía leer y escribir, así que les serví de gran ayuda de múltiples maneras. En una ocasión, para gran deleite de aquellas gentes, les leí en voz alta cuentos de Boccaccio (a todos ellos les encanta oír y contar historias) y se quedaron tan sorprendidos de saber que los libros contenían chanzas tan maravillosas, cosa que hasta entonces no habían ni sospechado, que empezaron a robar cuantos libros encontraban para dármelos a mí. ¡Aquel año me faltó poca lectura! Un día aparecieron con una cartilla escolar y les enseñé a muchos de ellos las letras, por cuyo servicio se sintieron infinitamente agradecidos. A pesar de ser un «payo» (así llaman a los que no son gitanos), me iniciaron en sus asuntos más secretos y me expresaron su más ferviente deseo de que me casara en el seno de su tribu y viajara siempre con ellos.

»Pero a finales de 1670 llegamos aquí, a Cambridge, tras haber dejado Bedford, errando en dirección sur. Les caímos muy bien a los estudiantes y a algunos profesores, y aunque se tomaban demasiadas libertades con algunas de nuestras mujeres, nos trataban con suma cordialidad, llevándonos incluso a sus habitaciones a

fin de que cantáramos y tocáramos para ellos. Así se me abrieron los ojos por vez primera al mundo del aprendizaje y la erudición, y supe en aquel mismo instante que mi época con los gitanos había concluido. Resolví no proseguir camino: me despedí de mis compañeros y me quedé en Cambridge, decidido a pasar hambre en las esquinas antes que dejar este magnífico lugar.

—¡Santo cielo, Henry! —dijo Ebenezer—. ¡Tu valor casi me hace llorar! ¿Qué hiciste después?

—Bueno, pues en cuanto me empezaron a sonar las tripas me paré en seco allí donde me pilló (que resultó ser a la altura del Christ's College) y entoné «Cuando mis lágrimas caen», por ser de entre todas las canciones que conocía la más lastimera. Y cuando había terminado la última estrofa...

¡Oíd! Sombras que en la oscuridad moráis,
la luz aprended a despreciar.
Dichosos, dichosos los que en el infierno
ajenos son del mundo a su desprecio eterno.

... cuando había terminado, digo, apareció en una ventana cercana un catedrático delgado y ceñudo que quiso saber qué clase de cainita era yo, que consideraba dichosos a quienes debían consumirse eternamente entre las llamas del infierno. Y otro catedrático que se asomó a la ventana junto al primero, un individuo gordo, me preguntó si es que no sabía dónde me encontraba, a lo que respondí: «Buenos maestros, yo no sé sino que estoy en la ciudad de Cambridge y a punto de perecer por causa del estómago». Entonces, el primer catedrático, que sin yo saberlo se estaba divirtiendo a mi costa, me dijo que me encontraba en el Christ's College y que él y todos sus colegas eran unos poderosos adivinos y que por blasfemias menores que la mía habían mandado descoyuntar gente en el potro de tortura. Yo no tenía más que dieciséis años entonces y estaba no poco alarmado, pues aunque había leído lo bastante como para dar crédito a su historia, no sabía sin embargo si efectivamente podían causarme algún daño, aunque no fuera tanto como mandarme al potro. Por lo tanto imploré humildemente su perdón y aduje que no era más que una canción ociosa, en cuyas palabras apenas si me había bajado, por lo que, de contener algo blasfemo, no había que torturar al cantante, sino al autor, John Dowland, que como había muerto hacía mucho, necesariamente habría pagado por su pecado en los hornos de Satanás. ¡Y eso era todo! Yo creía que después de haberme oído hablar así aquellos chuscos catedráticos se iban a echar a reír de buena gana, pero sus rostros se revistieron de una severidad aún mayor, y me ordenaron que entrara en su aposento. Allí me fustigaron más, aseverando que si mi primer delito ya había sido bastante grave, por haber minimizado los tormentos del infierno, esta última observación mía atufaba ya a la hoguera. «¿Cómo puede ser eso?», les pregunté. «¿Cómo?», exclamó el delgado, «sostener, como lo has hecho tú, que los que perpetúan un pecado ajeno,

aun siendo por ignorancia, no son culpables, equivale a negar la doctrina misma del pecado original, pues ¿quiénes son Adán y Eva sino los John Dowland de este mundo, cuya canción pecaminosa tiene que cantar, quiéralo o no, la humanidad entera, muriendo por ello?». «Y lo que es más», dijo el catedrático gordo, «al negar el misterio del pecado original, desprecias asimismo el misterio de la redención de las culpas ajenas, pues ¿cuál es el sentido de la salvación para quienes no están perdidos?».

»—¡No, no! —dije, y púseme a lloriquear—. ¡Por el amor de Dios, buenos maestros, no fue más que un comentario intrascendente! ¡Os ruego que no le deis importancia!

»—¡Un comentario intrascendente! —contestó el primero, y me sujetó los brazos—. ¡Caramba, muchacho! ¡Te burlas de los dos misterios cardinales de la Iglesia que como columnas gemelas sostienen el edificio entero de la Cristiandad; se puede decir que consideras la crucifixión como un espectáculo de feria, y como remate de todo ello dices que tan espantosas blasfemias son comentarios intrascendentes! ¡Ése es un pecado aún más horrendo! ¿Se puede saber de dónde vienes?

»—De Bedford —contesté, asustado casi hasta el borde de perder el juicio—, con una tribu de gitanos.

»Al oír aquello los profesores fingieron consternación y dijeron que cada año por aquella época pasaban los gitanos por Cambridge, con el propósito exclusivo, ya que son gentes paganas, de ocasionarle algún daño a los adivinos. Tan sólo el año anterior, dijeron, uno de mis cofrades se había introducido secretamente en la cervecería del Trinity y había envenenado un barril de cerveza, con el resultado de que tres profesores, cuatro escolares y un par de becarios ociosos murieron antes del atardecer. Entonces me preguntaron qué intenciones tenía, y cuando les dije que abrigaba la esperanza de ponerme a disposición de algún profesor en calidad de sirviente para mejora de mi entendimiento, llegaron a la conclusión de que había ido allí con la intención de envenenarlos a todos. Y afirmando tal, me dejaron allí mismo en cueros, pese a mis protestas de inocencia, y con el pretexto de que buscaban frascos de vitriolo que yo podría llevar ocultos, me hurgaron y tantearon hasta la última pulgada de mi persona, retorciéndome y pellizcándome en lugares alarmantes. Mejor dicho, debo confesar que me pusieron las manos encima como degenerados y que pronto hubieran cometido violencia conmigo de no ser porque interrumpió sus juegos otro catedrático (un caballero entrado en años, de aspecto pío y que era evidentemente de superior categoría), el cual ordenóles que me dejaran, reconviniéndoles por importunarme. Arrójeme a sus pies; alzome él y, tras mirarme de arriba abajo, preguntóme por qué razón me habían desnudado. Yo le contesté que tan sólo había entonado una canción, a fin de complacer a aquellos caballeros, los cuales la calificaron de blasfema, para acto seguido someterme a un registro tan

concienzudo, en busca de frascos de vitriolo, que seguramente me aguardaba pasarme toda la semana asustado.

»Entonces el anciano profesor me ordenó que entonara al punto la canción, para poder juzgar si era o no blasfema, así que cogí mi guitarra, en cuyo uso me habían adiestrado los gitanos, y lo mejor que pude (pues estaba llorando y temblando de miedo) volví a cantar «Cuando mis lágrimas caen». A lo largo de la interpretación mi salvador me sonreía con dulzura angelical, y cuando hube concluido no dijo ni palabra de blasfemia, sino que me besó la frente, me ordenó vestirme y tras censurar de nuevo a mis verdugos, que se habían sentido sumamente avergonzados de haberse visto de tal modo sorprendidos en su vil chanza, me ordenó que acudiera con él a sus aposentos. Lo que es más, tras interrogarme por fin en lo concerniente a mi origen y triste condición y haber expresado sorpresa y agrado por la amplitud de mis lecturas, allí mismo me nombró miembro de su casa, poniéndome a su servicio personal y autorizándome a utilizar libremente su biblioteca.

—Es preciso que sepa quién era esa persona tan piadosa —interrumpió Ebenezer—. ¡No puedo contener la curiosidad!

Burlingame sonrió, alzando el índice.

—Te lo diré, Eben, pero no debes repetir ni una palabra, por razones que pronto entenderás. Pese a sus defectos, aquel hombre se portó noblemente conmigo y no quisiera ver que nadie mancilla su nombre.

—No temas tal —le tranquilizó Ebenezer—. Será como si te lo susurraras a ti mismo.

—Muy bien, pues. Te diré tan sólo que era platónico hasta las orejas y que odiaba a Tom Hobbes^[4] tanto como al demonio y además se ceñía tanto a las cosas del espíritu (tales como *la densidad esencial, la indivisibilidad, la extensión metafísica* y cosas por el estilo, que para él eran tan reales como las piedras o las empanadillas de ternera) que podría decirse que apenas si vivía en este mundo. Y por si no fueran estos indicios suficientes, has de saber por fin que en aquella época nuestro hombre se hallaba muy enfrascado en un grandísimo tratado de filosofía materialista, tratado que dio a la imprenta al año siguiente bajo el título de *Enchiridion Metaphysicum*.

—¡Santo cielo! —musitó Ebenezer—. Mi querido amigo, ¿fue el mismo Henry More ante quien cantaste? ¡Yo diría que es para presumir, no para sentirse corrido por ello!

—Espera a que termine mi cuento. ¡Era en efecto el gran More en persona con quien yo vivía! Nadie conoce mejor que yo la nobleza de su carácter, y nadie está en mayor deuda que yo para con su generosidad. Puede que entonces yo anduviera por los diecisiete años; intenté por todos los medios a mi alcance ser un modelo de inteligencia, buenos modales y laboriosidad, y al cabo de no mucho tiempo el anciano no consentía la presencia de ningún otro criado junto a sí. Le causaba gran placer

conversar conmigo, al principio, de mis aventuras en el mar y con los gitanos, pero después, sobre cuestiones de filosofía y teología, campos con los que hice un especial esfuerzo por familiarizarme. Era notorio que More me había cobrado un gran afecto.

—¡A fe mía que eres un individuo con suerte! —suspiró Ebenezer.

—No; sigue escuchándome. A medida que fue pasando el tiempo dejó de dirigirse a mí llamándome «querido Henry» o «chicuelo», para decir «hijo mío» y «querido mío»; y después de eso, «queridísimo» y por fin, «cosita», «preciosidad» y «gitano mío». En resumen, como pronto sospeché, el afecto que sentía por mí era tan ateniense como su filosofía... Me da no sé qué decirte que en más de una ocasión me acarició y me llamó «su pequeño Alcibíades».

—¡Me dejas pasmado! —dijo Ebenezer—. ¡El muy canalla te rescató de los otros sinvergüenzas sólo para tenerte a disposición de sus lubricidades contra natura!

—Bueno, bueno, no era lo mismo en absoluto, Eben. Los otros eran hombres de treinta y tantos años, llenos hasta reventar (según expresión de mi amo) de «la inmundicia y las sucias tinturas de la corporeidad». Por otra parte, More tenía casi sesenta años, era el alma más gentil del mundo y apenas si era consciente, creo yo, de la naturaleza de su pasión: yo no le tenía ningún miedo. Y llegados aquí he de confesar, Eben, que hice algo bochornoso: tal era mi ansiedad por ingresar en la universidad que en lugar de dejar el servicio de More tan pronto como lo permitiera el tacto, no perdía ocasión de alimentar su chochez vergonzante. Me sentaba en el brazo de su sillón como una muchachuela impúdica y leía por encima de su hombro, o le tapaba los ojos de broma, o me ponía a saltar por la habitación como un mono, sabiendo que él admiraba mi energía y mi gracia. Sobre todo, cantaba y tocaba la guitarra para él; muchas noches (¡me sonrojo al contarlo!), cuando le permitía que se me echara encima como por accidente, me reía y me ruborizaba, y entonces, como para dejarlo todo en pura broma, cogía la guitarra y cantaba «Cuando mis lágrimas caen».

—¿Es preciso que diga que el pobre filósofo estaba simplemente embelesado? Su pasión cobró hasta tal punto preeminencia sobre el resto de sus facultades; estaba tan completamente enamorado de mí que, a cambio de la concesión por mi parte de ciertos favores insignificantes, los cuales yo sabía que él codiciaba pero apenas se atrevía a esperar, invirtió la casi totalidad de sus exiguos ahorros en vestirme como al hijo de un conde y matricularme en el Trinity College.

Aquí Burlingame encendió una pipa y suspiró, ensimismado en sus recuerdos.

—Mis lecturas, creo, eran de una amplitud infrecuente en un muchacho de mi edad. En los dos años que pasé con More llegué a dominar el latín, el griego y el hebreo; había leído todo Platón, Tulio, Plotino y varios otros de entre los antiguos, y había estudiado con cierto detenimiento la mayoría de las obras clásicas de la filosofía natural. Mi benefactor no mantuvo en secreto que esperaba que yo acabara

siendo un filósofo tan notable como Herbert de Cherbury, John Smith o él mismo... ¿Y quién sabe lo que hubiera llegado a ser yo si las cosas hubieran acabado felizmente? Mas, ay, la misma desvergüenza en virtud de la cual alcancé mi objetivo labró también mi infortunio. Fue bastante poético.

—¿Qué pasó, por favor, di?

—Yo no andaba fuerte en matemáticas —dijo Burlingame—, y por tal razón dedicaba muchas horas de estudio a aquella materia. Pasaba todo el tiempo que podía en compañía de matemáticos, especialmente con aquel joven tan brillante que sólo dos años antes, en 1669, había ocupado la cátedra de Barrow en calidad de *profesor lucasiano* de matemáticas, puesto que aún ocupa.

—¡Newton!

—¡Sí, el prodigioso Isaac! Contaba entonces veintinueve o treinta años, como yo ahora, y su rostro era el de un semental pura sangre. Era delgado, fuerte, poseía una energía maravillosa y era muy dado a los cambios de humor; tenía esa arrogancia que a menudo acompaña a los grandes talentos, pero por otra parte era bastante tímido y rara vez se mostraba dominante. Podía ser despiadado con las teorías de los demás; sin embargo, él era desmedidamente sensible a la crítica. Tenía tan poca confianza en su propio talento que siempre se mostraba muy reacio a dar sus descubrimientos a la imprenta. Era, sin embargo, tan vanidoso que a la menor sugerencia de que alguien se le hubiera adelantado casi se volvía loco de ira y celos. ¡Un tipo espléndido, imposible!

—¡Dios mío, ese hombre me da miedo!

—Ahora debes saber que en aquella época More y Newton no sentían el menor aprecio uno por otro, y que la causa de su enemistad era el filósofo francés Renatus Descartes.

—¿Descartes? ¿Cómo puede ser eso?

—No sé muy bien qué caso les haces a tus tutores —dijo Burlingame—, debieras saber que todos estos caballeros platónicos del Christ College y del Emmanuel College suelen cantar las alabanzas de Descartes, del mismo modo que él se da mucho pisto con sus devaneos en el campo de las matemáticas y los movimientos de los cuerpos celestes, como si fuera un Galileo cualquiera; y, sin embargo, a diferencia de Tom Hobbes, Descartes afirma la existencia de Dios y del alma, lo que causa a los mentados caballeros un placer infinito. Tanto más aún porque todos ellos son protestantes: el tan alabado rechazo de la sabiduría de su tiempo del que alardea Renatus en su *Discurso del método*; la búsqueda interior en que fundamenta sus axiomas, ¿no es ése el primer principio del protestantismo? Por eso se enseña el sistema de Descartes por todo Cambridge, y More, al igual que los demás, elogiaba al filósofo y juraba por él como si fuera un santo de nuestros días. Dime, Eben, ¿cómo crees que tiene lugar el movimiento de los planetas en sus órbitas?

—Pues —dijo Ebenezer— consiste en que el cosmos está lleno de pequeñas partículas que se mueven en vórtices o torbellinos, cada uno de los cuales tiene su centro en una estrella; y es el sutil movimiento de estas partículas en el seno de nuestro vórtice solar lo que mediante tirones y empujones hace que los planetas se deslicen por sus órbitas, ¿no es eso?

—Eso dijo Descartes —dijo Burlingame, sonriendo—. ¿Y acaso recuerdas cuál es la naturaleza de la luz?

—Si estoy en lo cierto —contestó Ebenezer—, es un aspecto de los torbellinos, de la presión que las fuerzas en ellos contenidas ejercen hacia dentro y hacia fuera. El fuego celestial sale despedido por el espacio desde los vórtices por medio de dicha presión, que le imprime un movimiento transitorio a unos minúsculos glóbulos de luz...

—... que Renatus tuvo la amabilidad de incubar especialmente para la ocasión —interrumpió Burlingame—. Y lo que es más, les confiere a sus glóbulos un movimiento rectilíneo y otro rotatorio. Si tan sólo se produce el primero, cuando los glóbulos nos alcanzan la retina, vemos luz blanca; si se producen ambos, vemos color. Y por si esto no fuera lo bastante mágico —*mirabile dictu*—, cuando el movimiento rotatorio sobrepasa al rectilíneo, vemos el color azul; cuando es al revés vemos el rojo; y cuando los dos son iguales vemos el amarillo. ¡No son más que necedades y fantasías!

—¿Quieres decir que no son verdad? Debo decir, Henry, que a mí me parece razonable. En realidad ahí se encierra una semilla poética; es elegante.

—Sí; encierra todas las virtudes posibles y tan sólo un pequeño defecto, que consiste en que el universo no funciona así. Santo cielo, no es ningún crimen, digo yo, enseñar la filosofía escéptica de nuestro hombre, o su geometría analítica. Ambas entrañan mucho mérito. Pero su cosmología es puramente fantasiosa, su óptica, simplemente estrambótica y el primero en demostrarlo fue Isaac Newton.

—¿De ahí su enemistad? —preguntó Ebenezer.

Burlingame asintió con la cabeza.

—Por la época en que Newton fue nombrado *catedrático lucasiano* ya había dado al traste con la óptica cartesiana merced a sus experimentos con prismas (¡y bien que los recuerdo por sus conferencias!), y entonces estaba ocupado con la refutación de la teoría de los vórtices, para lo cual se servía de las matemáticas, aunque todavía no había publicado sus propias hipótesis cósmicas. Pero su aborrecimiento por Descartes es más profundo todavía: tiene su origen en la diversidad de sus temperamentos. Descartes, como tú sabes, es un escritor inteligente y posee una suerte de genio para los ejemplos que confiere fuerza a sus hipótesis más descabadas. Tiene mucha mano para obligar al cosmos a que se adapte a sus teorías. Newton, por el contrario, es un experimentador paciente y brillante que siente un respeto sagrado por los

hechos de la naturaleza. Por ende, desde que aparecieron las lecciones de Newton reunidas en *De Motu Corporum* y sus papeles sobre la naturaleza de la luz, el hombre que sus críticos escogieron para enfrentársele fue Descartes.

»Así pues no existía la menor simpatía entre Newton y More; de hecho, reinaba una hostilidad sorda desde hacía años. Y cuando yo me convertí en el foco de la misma, aquel antagonismo se desbordó.

—¿Tú? Pero si tú no eras más que un simple estudiante, ¿no? Sin duda, dos gigantes así jamás se rebajaban a entablar batalla con sus estudiantes.

—¿Es preciso que te pinte la escena, Eben? —dijo Burlingame—. Yo estaba deseando saber cuál era la naturaleza del universo según Newton, pero sabiendo que era el protegido de More, el primero se mostraba frío y nada comunicativo conmigo. Empleé todas las estrategias que conocía para apartar aquella barrera y, ¡ay!, gané más de lo que luchaba por conseguir... En inglés llano, Eben, Newton se enamoró de mí tanto como More, con esta sola diferencia: que la pasión de Newton no tenía nada de platónica.

—¡No sé qué pensar! —exclamó Ebenezer.

—Tampoco lo sabía yo —dijo Burlingame—, bien que había una cosa que sí que sabía muy bien, y era que, salvo el respeto impersonal que les profesaba a ambos, ninguno de ellos me gustaba un pedo. Es juicioso, Eben, no confundir las dos clases de afecto. Pues bien, señor mío, con el correr de los meses, mis dos pretendientes acabaron por percatarse de la pasión que sentía el otro, y los dos se pusieron tan celosos como *El celoso extremeño* de Cervantes. Se comportaron vergonzosamente, y cada uno por su cuenta me amenazó con arruinar mi carrera universitaria si no dejaba al otro. Por lo que a mí se refiere, no le prestaba a ninguno de los dos más atención de la precisa, sino que me sumergía en las bibliotecas de los *colleges* cual delfín en la espuma. Bastante trabajo tenía con acordarme de comer y dormir como para cumplir con el millón de obligaciones que ellos pensaban que les debía. ¡A fe mía que formaban una buena pareja!

—Te suplico que me digas en qué acabó todo.

Burlingame suspiró.

—Los mantuve enfrentados durante más de dos años, hasta que por fin Newton no pudo soportarlo más. Por entonces la Real Sociedad había publicado sus experimentos con prismas y telescopios reflectantes, y Newton se había convertido en blanco del fuego que disparaba Robert Hooke, que tenía sus propias teorías sobre la luz; también disparaban sobre él el monje francés Pardies y el belga Linus. Tan alterado se encontraba nuestro hombre por la conjunción de las críticas y sus celos que de repente, en un solo día, juró no volver a publicar jamás ningún descubrimiento y, dirigiéndose a los aposentos de More, se presentó ante el mismo con la intención de desafiarlo y acabar de una vez por todas con la rivalidad que reinaba entre ellos

por medio de un duelo a muerte.

—¡Ah, qué gran pérdida para el mundo, independientemente del resultado! —comentó Ebenezer.

—A la hora de la verdad no hubo derramamiento de sangre —dijo Burlingame—; el cuento tiene un final feliz para ellos dos, ya que no lo tiene para el narrador. Después de mucho discursar, Newton descubrió que la posición de su rival era tan incierta como la suya propia y que yo parecía ser indiferente a los dos por igual; cuya conclusión, en la medida en que afectaba a los asuntos particulares que tenían ellos en mente, era tan sólida como cualquiera de las que se contienen en los Principia. Por añadidura, More le mostró a Newton su *Enchiridion Metaphysicum*, en donde expresaba rotundamente un desafecto creciente hacia Descartes; además, Newton le aseguró a More que si bien era la gravitación universal y no los ángeles ni los torbellinos lo que gobernaba las órbitas de los planetas, quedaba aún espacio suficiente para que la Divinidad, como causa primera, pusiera en rotación las esferas cósmicas, incluso en los términos sostenidos por el buen Renatus. En resumidas cuentas, muy lejos de entablar un duelo a muerte, tan convencidos quedaron uno y otro que, al cabo de unas horas de coloquio (cuyo desarrollo perdí por completo, pues me encontraba en la biblioteca, absorto), se fundieron en llorosos abrazos y decidieron largarme sin un penique, arreglar mi expulsión del college e irse a vivir juntos a los mismos aposentos donde, así lo afirmaron, emparejarían los esplendores del mundo físico con las glorias del mundo ideal, dedicándose a escuchar embelesados la música de las esferas. Esto último nunca lo llevaron a cabo, pero su amistad perdura hasta el día de hoy y, por lo que llega hasta mis oídos, More se ha lavado las manos de cuanto tenía que ver con Descartes, en tanto que Newton se ha enamorado bobamente de la teología y anda detrás de explicar el Apocalipsis por medio de la aplicación de sus leyes sobre las series y los flujos. Por lo que respecta a la primera de sus resoluciones, la cumplieron al pie de la letra: me echaron, consintiendo en que pasara hambre, y pusieron de tal modo a todo el mundo sin excepción en mi contra que nadie me dio un chelín ni logré una sola comida a cuenta. Y así fue como me fui a Londres cuando no me faltaba ni un año para ser bachiller. De aquel modo, en 1676, dio tu padre conmigo, y merced a mi veleidad para con la musa de los estudios, volqué en ti y en tu querida hermana todo el entusiasmo que hasta entonces reservaba para mis investigaciones. Vuestra instrucción se convirtió en mi bien principal, mi causa primera, lo que confería a todo lo demás forma y orden. Y mi veleidad fue entera y cabal: ni por un instante lamenté mi modo de vida ni pensé en Cambridge con nostalgia.

—¡Henry, querido Henry! —exclamó Ebenezer—. ¡Cuánto me conmueve tu relato, cómo me hace sentirme avergonzado por haber dejado pasar perezosamente lo que tú en vano tanto luchaste por conseguir! ¡Si Dios me diera otra oportunidad!

—No, Eben, me temo que tú no tienes madera de sabio. Puede que tengas el amor del escolástico por la sabiduría, pero no tienes ni la paciencia, ni la destreza, ni tampoco, mucho me temo, ese cierto olfato para detectar lo que es relevante, ese dominio del mundo que distingue al pensador del chiflado. Hay algo en ti, una disposición de ánimo, por así decirlo, que te haría seguir siendo ingenuo aunque destilaran en tu cerebro toda la sabiduría de todos los libros que hay en todas las librerías de Europa. No, olvídate del bachillerato; he venido aquí no para exhortarte a que lo intentes de nuevo ni para reprenderte por tu fracaso, sino para llevarte conmigo a Londres durante algún tiempo, hasta que veas con claridad cuál es tu camino. Fue idea de Anna, que te quiere más que a sí misma, y yo lo juzgo conveniente.

—¡Mi preciosa Anna! ¿Y cómo es que llegó a saber de tu paradero?

—Bueno, digamos —dijo Burlingame riéndose— que eso es harina de otro costal. Sería preciso otro relato entero y ya habrá ocasión para ello. Vente conmigo a Londres y te lo contaré en la diligencia.

Ebenezer dudaba.

—Es un gran paso.

—También es grande el mundo —repuso Burlingame.

—Me da miedo pensar lo que diría mi padre si lo supiera.

—Mi querido amigo —dijo Burlingame—, henos aquí que sentados encima de una roca que navega a ciegas por el espacio todos nos dirigimos presurosos de cabeza a la tumba. ¿Crees por ventura que a los gusanos les va a importar cuando dentro de poco les sirvas de banquete si dejaste pasar tu momento encerrado en tu habitación, al abrigo de regañinas, o si te dedicaste a saquear las áureas ciudades de Moctezuma? Mira, ya casi se ha pasado el día, el tiempo es una veloz carrera que jamás se detiene. Hace que nos metamos la comida en los intestinos lo que se tarda en contar un cuento, y ya se quejan pidiendo más. Somos hombres que caminan hacia la muerte, Ebenezer: ¡a fe mía que sólo hay tiempo para adoptar resoluciones audaces!

—Me infundes valor, Henry —dijo Ebenezer, levantándose de la mesa—. Vayámonos, pues.

4. PRIMERA ESTANCIA DE EBENEZER EN LONDRES JUNTO CON LAS CONSECUENCIAS DE LA MISMA

Aquella noche Burlingame durmió en la habitación de Ebenezer y al día siguiente salieron de Cambridge en diligencia, rumbo a Londres.

—Creo que todavía no me has contado —dijo el joven cuando ya estaban de camino— por qué te fuiste de Saint Giles tan de repente ni cómo Anna llegó a saber de tu paradero.

Burlingame suspiró.

—Es un misterio hartamente sencillo, bien que triste. El caso es que tu padre, Eben, se imagina que abriga intenciones para con tu hermana.

—¡No! ¡Increíble!

—Pues sí, resulta que no es tan increíble; Anna es una muchacha dulce e inteligente, con un encanto poco común.

—¡Pero piensa en la diferencia de edad! —dijo Ebenezer—. Es absurdo por parte de mi padre.

—¿Te parece que es absurdo? —preguntó Burlingame—. Hablas con mucha inocencia.

—Bah, perdóname —dijo Ebenezer, riéndose—. Es un comentario descortés. No, no tiene nada de absurdo: tú andas por los treinta y pocos y Anna tiene veintiuno. Tal vez el hecho de que hayas sido nuestro maestro me hizo verte mayor.

—No es ninguna sospecha absurda, entiendo yo; *cualquier* hombre podría mirar a Anna con los ojos del amor —afirmó Burlingame—. La verdad es que yo os amé a los dos durante bastantes años, y os quiero todavía; es algo que jamás intenté ocultar. No es eso lo que me aflige; es el hecho de que Andrew piense que mis intenciones con respecto a tu hermana no son limpias. ¡Qué demonios, la cosa más improbable del mundo es que una criatura tan maravillosa como Anna llegue a mirar con buenos ojos a un pedagogo sin blanca!

—No, Henry, a menudo le he oído decir que, en comparación contigo, ninguno de sus conocidos era digno de ser tratado con atención.

—¿Anna dijo eso?

—Sí, en una carta de no hace ni dos meses.

—Ah, bien; sea como fuere, Andrew se tomó mi interés por ella como algo lascivo y una tarde me amenazó con emprenderla a tiros conmigo como si fuera un perro y, por ende, azotar a la pobre Anna si no me iba antes del amanecer. Yo no temía por mí, pero para no correr el riesgo de causarle daño a ella partí al punto, bien que la partida me destrozaba el corazón.

Ebenezer se quedó pasmado ante tal revelación.

—¡Cómo lloraba Anna aquella mañana! Y, sin embargo, ni ella ni mi padre me han dicho una palabra de esto.

—Ni tampoco debes hablar tú de ello —le advirtió Burlingame—; le harías pasar un apuro a Anna, ¿no crees? Y se despertaría la cólera de Andrew con fuerza renovada, pues en el seno de una familia no hay estatuto que señale los límites. No vayas a creer que razonando le sacarías esta idea de la cabeza: está totalmente convencido.

—Supongo que es así —dijo Ebenezer dudando—. ¿Entonces has mantenido correspondencia con Anna desde aquello?

—No con la regularidad que yo hubiera deseado. ¡Oh, Dios, cuánto he anhelado tener noticias vuestras! Me instalé en la calle del Támesis, entre Billingsgate y las aduanas (¡bien lejos de nuestro cenador de Saint Giles, como ves!) y me empleaba como tutor cuando podía. Durante más de dos años no me fue posible comunicarme con Anna por miedo a que tu padre se enterara, pero hace unos cuatro meses dio la casualidad de que me contrataron como profesor de francés de una tal señorita Bromly, que vive en Plum Street y que se acordaba de cuando Anna y tú jugabais con ella antes de iros a vivir a Saint Giles. Por medio de ella pude decirle a Anna dónde vivía, y aunque yo no me atrevo a escribirle, tu hermana se las ha arreglado para enviarme dos o tres cartas. Así fue como me enteré de cuál era tu situación, y me alegré muchísimo de actuar conforme a sus sugerencias, sacándote de Cambridge. ¡Anna es una muchacha maravillosa, Eben!

—¡Tengo muchas ganas de volver a verla! —dijo Ebenezer.

—Y yo —dijo Burlingame—, pues la estimo tanto como a ti y hace ya tres años que no la veo.

—¿Crees que podría venir a vernos a Londres?

—No; me temo que eso es imposible. Andrew no lo permitiría.

—¡Pero yo no me puedo resignar a no volver a verla jamás! ¿Y tú, Henry?

—No es mi costumbre mirar tan lejos —dijo Burlingame—. Más vale que consideremos a qué te vas a dedicar en Londres. No debes quedarte cruzado de brazos, si no quieres que se vuelvan a adueñar de ti la languidez y el estupor.

—Ay —dijo Ebenezer—. A largo plazo no tengo metas por las que luchar.

—Entonces sigue mi ejemplo —le aconsejó Burlingame— y proponte como meta a largo plazo la consecución satisfactoria de todas las metas que te hayas trazado a corto plazo.

—Es que tampoco tengo ninguna meta a corto plazo.

—Ah, pero la tendrás antes de que pase mucho tiempo, cuando te suenen las tripas pidiendo comida y se te haya acabado el dinero.

—¡Día aciago! —rio Ebenezer—. No soy diestro en arte o comercio alguno. Ni siquiera sé tocar «Cuando mis lágrimas caen» a la guitarra.

—Entonces es claro que vas a ser pedagogo, como yo.

—¡Rayos! ¡Sería como un ciego guiando a otros ciegos!

—Sí —dijo Burlingame con una sonrisa—. ¿Quién puede comprender los tormentos de la ceguera mejor que el que ha perdido la vista?

—Pero ¿qué enseñar? Sé algo de muchas cosas, pero de ninguna lo suficiente.

—Entonces a fe mía que tenemos el campo libre y puedes pacer donde te plazca.

—¿Enseñar algo de lo que no sé nada? —exclamó Ebenezer.

—Y por ese mismo motivo, elevar tus honorarios —contestó Burlingame—; pues no entraña esfuerzo enseñar lo que se sabe, mientras que enseñar aquello de lo que no se sabe nada requiere una cierta dedicación. Elige algo que tengas un gran interés por aprender e inmediatamente proclámate erudito en la materia.

Ebenezer negó con la cabeza.

—Sigue siendo imposible; siento curiosidad por el mundo en general, y jamás podría elegir.

—Muy bien, entonces: te nombro doctor en la naturaleza del mundo, y como tal te anunciaremos. Sea lo que fuere lo que tus alumnos deseen aprender, eso será lo que tú les enseñarás.

—¡Estás de broma, Henry!

—Si broma es —repuso Burlingame—, es una broma feliz, lo juro, pues exactamente así es como me he llenado las tripas estos tres años. ¡Por mi fe, las cosas que he enseñado! Lo grandioso es estar siempre enseñándole algo a alguien. Importa una higa el *qué* o a *quién*. No hay ningún truco.

Independientemente de lo que pensara Ebenezer de aquella proposición, no halló medios para rechazarla: nada más llegar a Londres se trasladó a los aposentos que tenía Burlingame junto al río, compartiendo su vida con él. Unos días después, Burlingame le trajo su primer cliente (un zoquete de sastre que vivía en Crutched Friars y por fortuna no deseaba que le enseñaran nada más complicado que el abecedario), y los meses siguientes Ebenezer se ganó la vida como pedagogo. Trabajaba seis o siete horas al día, tanto en sus habitaciones como en las casas de sus discípulos, y se pasaba la mayor parte del tiempo libre que le quedaba estudiando como un desesperado las lecciones del día siguiente. Sus escasos momentos de ocio los pasaba en tabernas y cafés, en compañía de un pequeño círculo de conocidos de Burlingame, en su mayoría poetas sin ocupación. Impresionado por la aparente confianza que tenían aquéllos en su propio talento, también Ebenezer intentó en varias ocasiones escribir poemas, pero siempre desistía del empeño por falta de asunto sobre el que escribir.

Merced a la insistencia de Ebenezer, establecieron una correspondencia tortuosa con su hermana por medio de la señorita Bromly, la discípula de Burlingame, y al cabo de dos meses Anna se las arregló para visitarlos en Londres, invocando como

excusa la enfermedad de una tía solterona que vivía cerca de Leadenhall. Los hermanos gemelos, como era lógico imaginar, no cabían en sí de gozo cuando volvieron a verse, pues aunque no habían vuelto a conversar desde que Ebenezer se marchara de Saint Giles hacía ya tres años, cada uno de ellos le seguía profesando al otro, al menos en abstracto, la mayor consideración y afecto. También manifestó Anna una alegría considerable, si bien dentro de los límites de la propiedad y el decoro, por volver a ver a Burlingame. Estaba algo cambiada desde que Ebenezer la viera por última vez: su pelo castaño había perdido algo de brillo y su rostro, aunque todavía hermoso, era más enjuto y menos aniñado de lo que recordaba él.

—¡Mi querida Anna! —dijo por cuarta o quinta vez—. ¡Cuánto bien me hace oír tu voz! Dime, ¿cómo has dejado a nuestro padre? ¿Está bien?

Anna negó con la cabeza.

—Bien encaminado al manicomio, me temo, o camino de llevarme a mí. Es por tu desaparición, Eben; lo encoleriza y le da miedo al mismo tiempo. Desconoce la causa de la misma y no sabe si escudriñar hasta el último rincón del reino o renegar de ti. Una docena de veces al día me pregunta si sé algo de tu paradero, o bien la emprende conmigo diciendo que le oculto cosas. Se ha vuelto muy suspicaz conmigo, y sin embargo hay veces que me pregunta por ti con tanta congoja que me hace llorar. Ha envejecido mucho estas últimas semanas, y aunque no chilla ni brama menos que antes, no pone el alma en ello y se le minan las fuerzas.

—¡Ah, Dios mío, cómo me duele oír eso!

—Y a mí —dijo Burlingame—, pues aunque el viejo Andrew me tenía poco aprecio, no le deseo mal.

—Lo que yo creo —le dijo Anna a Ebenezer— es que deberías hacer un esfuerzo por establecerte en algo fijo y ponerte en contacto con nuestro padre en cuanto encontraras un puesto, porque a pesar de que te armará sin duda una buena, su alma se aliviará cuando sepa que estás bien y bien establecido.

—Y mi alma se aliviará de aliviar a la suya —dijo Ebenezer.

—¡Por todos los demonios, pero si se trata de tu vida! —exclamó Burlingame con impaciencia—. ¡Que le den viento fresco al amor filial! ¡Me duele en lo más vivo veros a los dos sojuzgados por ese sinvergüenza petulante!

—¡Henry! —le recriminó Anna.

—Te ruego que me disculpes —dijo Burlingame—. Lo digo sin mala intención. Pero, mira, Anna, no es la salud de Andrew la única afectada. Tú misma tienes mala cara, estás pálida, y me parece detectar que has perdido un tanto la alegría. Tú también deberías escapar de Saint Giles y venirte a Londres como acompañante de tu tía o algo así.

—¿Que estoy pálida y seria? —preguntó Anna con delicadeza—. Puede que no sea más que la edad, Henry: a los veintiún años no se es una niña atolondrada. Pero te

suplico que no me pidas que deje Saint Giles; sería matar a papá.

—A lo mejores que tiene un pretendiente allá —le dijo Ebenezer a Burlingame—. ¿Es así, Anna? —dijo, bromeando—. ¿Por ventura ha ganado tu corazón un rústico galán? A los veintiún años no se es una niña, pero tampoco queda mucho tiempo para dejar de ser una joven casadera, ¿verdad? ¡Mira, Henry; mira cómo se ruboriza la moza! ¡Paréceme que he dado en el clavo!

—A fe mía que sería un patán con suerte —observó Burlingame.

—No —dijo Anna—; no me tomes más el pelo, hermano.

Era tan evidente su fastidio que Ebenezer le pidió inmediatamente disculpas por la broma. Anna le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo me voy a casar si el hombre a quien más quiero ha tenido la mala ocurrencia de ser mi hermano? ¿Qué dicen los libros de Cambridge, Eben? ¿Ha habido alguna vez doncella más desafortunada?

—¡A fe mía que no! —rio Ebenezer—. ¡Vivirás y morirás doncella antes de encontrar a quien me iguale! No obstante, te aconsejo que repares en mi amigo aquí presente, el cual, si bien algo entrado en años, es un tenor de mérito y vale tanto como el mismísimo diablo.

No bien hubo pronunciado Ebenezer aquellas palabras, se dio cuenta de la falta de tacto que entrañaban a la luz de lo que Burlingame le había referido unas semanas antes respecto de las sospechas de Andrew; los dos hombres enrojecieron al instante, pero Anna salvó la situación depositando un leve beso en la mejilla de Burlingame, como hiciera con su hermano, diciendo despreocupadamente:

—No sería una mala captura, si hablaras con sinceridad. ¿Sabe leer y escribir?

—¿Cómo, cómo? —preguntó Burlingame, sumándose a la broma—. Cualquier cosa que no sepa me la puede enseñar aquí el amigo, o al menos de eso se jacta.

—¡Diantre, eso me recuerda —dijo Ebenezer, levantándose de un salto— que tengo que ir corriendo en este instante a Tower Hill para darle al joven Farmsley su primera lección de flauta! —Cogió una flauta contralto de la repisa de la chimenea—. ¡Deprisa, Henry! ¿Cómo se toca este trasto?

—No, nada de prisas: despacio —dijo Burlingame—. Sería un error lamentable aprender un arte demasiado deprisa. Bajo ningún concepto debe tu Farmsley tocar una sola nota sin antes haberse pasado una hora mimando el instrumento, sosteniéndolo adecuadamente, desmontándolo y volviéndolo amontar. Y jamás, jamás debería el maestro hacer despliegue de su destreza, a fin de que el discípulo no se sienta desalentado al ver el trecho que le queda por recorrer. Esta noche te enseñaré las notas de la mano izquierda y por la mañana podrás interpretar «Les Bouffons» para él.

—¿Te tienes que ir? —preguntó Anna.

—Sí, de lo contrario el domingo comeremos pan rancio, pues Henry no tiene

discípulos esta semana. Te confío a su cuidado hasta mi vuelta.

Anna se quedó una semana en Londres, escabulléndose de la cabecera de su tía tanto como podía, para ir a visitar a Ebenezer y Burlingame. Al cabo de aquel tiempo, como su tía se había recuperado lo bastante como para valerse por sí misma, Anna anunció su intención de regresar a Saint Giles y, para gran sorpresa y desolación de Burlingame, Ebenezer manifestó que se iba con ella... y todos los reproches del mundo no bastaron para hacerle cambiar de idea.

—Es inútil —decía, negando con la cabeza—. No valgo para enseñar.

—¡Que caiga una maldición sobre mí —le decía Burlingame— si lo que haces no es rehuir tus responsabilidades!

—No, si es que huyo, huyo para afrontarlas. Fue una cobardía ocultarme de la ira de mi padre. Le pediré perdón y haré lo que me pida.

—¡Que le den morcilla a su cólera! Yo no hablo para nada de responsabilidad para con él, sino de responsabilidad para contigo mismo. Sería una acción noble, si fuera verdad, pedirle perdón y recibir tus buenos varazos como un hombre, pero no es más que una excusa para soltar las riendas de tu propia vida. ¡Maldita sea, mucho más viril es que te traces una meta y cargues con las consecuencias!

Ebenezer dijo que no moviendo la cabeza.

—Pongas la cara que pongas, Henry, mi deber es irme. ¿Puede por ventura un hijo permanecer inmóvil viendo cómo su padre se cava prematuramente la tumba?

—No se lo tomes a mal, Henry —imploró Anna.

—Sin duda alguna, *a ti* tampoco te parece una acción sensata.

—No puedo juzgar la sensatez que encierra —contestó Anna—, pero lo cierto es que no se trata de una acción equivocada.

—¡Diantre! —exclamó Burlingame—. ¡Le ruego al cielo no conocer a mi propio padre si eso significa que te echen semejantes grilletes!

—Yo antes bien le ruego al cielo que algún día lo encuentres —dijo Anna con calma— o que tengas noticias tuyas por lo menos. El padre de una persona es su vínculo con el pasado, el nexo existente entre esa persona y el mundo en el que ha nacido.

—En ese caso le vuelvo a dar las gracias al cielo por habérmelo quitado —dijo Burlingame—. Me deja libre de toda traba.

—Así es en verdad, Henry —dijo Anna, un tanto emocionada—, para bien o para mal.

Cuando llegó la hora de partir, Ebenezer preguntó:

—¿Cuándo te volveremos a ver, Henry? Te voy a echar muchísimo de menos.

Pero Burlingame se limitó a encogerse de hombros, diciendo:

—Quédate aquí y así no te dolerá tanto.

—Te visitaré tanto como pueda.

—No, no corras el riesgo de disgustar a tu padre. Además, puede que cuando vengas me haya ido.

—¿Irte? —preguntó Anna, tenuemente alarmada—. ¿Irte adonde, Henry?

Burlingame se volvió a encoger de hombros.

—No hay nada que me retenga aquí. Mis alumnos me importan todos un rábano, sólo me valen para pasar el rato en tanto alguna otra cosa absorbe mi interés.

Después de despedirse, cosa que resultó embarazosa debido a la acritud de su amigo, Ebenezer y Anna alquilaron un coche de caballos para trasladarse a Saint Giles in the Fields. Los dos disfrutaron del breve viaje, aunque no se registrara ninguna incidencia durante el mismo, pues pese a que Anna se sentía turbada hasta el punto de saltársele las lágrimas alguna vez por causa de la actitud de Burlingame, y pese a que Ebenezer se sentía más inquieto a cada milla que pasaba ante la perspectiva de vérselas con su padre, el trayecto en coche era la primera oportunidad de la que disfrutaban los gemelos en bastante tiempo para conversar largo y tendido a solas. Cuando por fin llegaron a la heredad de los Cooke, encontráronse, para alarma suya, con que Andrew guardaba cama desde hacía tres días por indicación de su médico; la señora Twigg, el ama de llaves, se ocupaba de él como si fuera un inválido.

—¡Dios santo! —exclamó Anna—. ¡Y yo en Londres todo el tiempo!

—No es culpa tuya, pequeña —dijo la señora Twigg—. Tu padre nos dijo que no te fueran a buscar. Sin embargo, estoy segura de que le hará bien verte.

—Yo también iré —anunció Ebenezer.

—No, aún no —dijo Anna—. Déjame ver en qué estado se encuentra y cómo le puede sentar verte. Es mejor preparar el terreno, ¿no crees?

Ebenezer convino en ello, un poco a regañadientes, porque tenía miedo de que le faltara valor si retrasaba su propósito demasiado tiempo. Sin embargo, aquel mismo día, el médico de Andrew visitó la heredad y después de enterarse de cuál era la situación y de asegurarle a Ebenezer que su padre estaba demasiado débil como para hacer una escena, asumió la responsabilidad de anunciarle a Andrew, con el mayor tacto posible, que su hijo había vuelto.

—Desea verte inmediatamente —le comunicó luego el médico a Ebenezer.

—¿Está muy irritado?

—Creo que no. El regreso de tu hermana le ha levantado el ánimo, y yo me he encargado de hacerle recordar la parábola del hijo pródigo.

Ebenezer subió al piso superior y entró en la alcoba de su padre, estancia que no había pisado más de tres veces en toda su vida. La imagen que ofrecía su padre no tenía nada que ver con lo que él se temía: postrado en la cama, demacrado y sin peluca, más que cincuenta, parecía tener setenta años; tenía las mejillas hundidas, los

ojos sin brillo, el pelo se encanecía, la voz era quejumbrosa. Al verlo, Ebenezer olvidó por completo un pequeño discurso apologético que había urdido; se le saltaron las lágrimas y se arrodilló junto al lecho.

—Levántate, hijo, levántate —dijo Andrew, con un suspiro—, y déjame que te mire. Me hace bien volver a verte, lo juro.

—¿Es posible que no estéis encolerizado? —preguntó Ebenezer, hablando con dificultad—. Mi conducta lo justificaría.

—Por mi fe que ya no tengo ánimo para eso. En todo caso eres mi hijo, mi único hijo, además; y si es cierto que podría desear tener un hijo mejor, también tú podrías desear un mejor padre. No es cuestión baladí ser buen padre.

—Os debo muchas explicaciones.

—Considera la deuda saldada —dijo Andrew—, porque tampoco tengo fuerzas para eso. Es privilegio del mal hijo arrepentirse y del mal padre perdonar, y no hay más que hablar. Ahora escucha, tengo muchas cosas que decirte y muy poco fuelle para decirlas. En aquella mesa hay un papel que redacté ayer, cuando el mundo me parecía algo más oscuro que hoy. Tráelo aquí, haz el favor.

Ebenezer hizo lo que le indicaban.

—Y ahora —dijo su padre, ocultando el papel de la vista de Ebenezer—, antes de que te muestre esto, di sinceramente: ¿estás completamente dispuesto a acabar con tanto ir y venir de acá acullá y a afrontar tu destino de hombre como tal? Si no es así, puedes volver a dejar ese papel donde estaba.

—Haré lo que vos queráis, señor —dijo Ebenezer con gravedad.

—¡Dios mió, no esperaba tanto! La señora Twigg suele decir que los infantes ingleses jamás debieran mamar de una teta francesa, y cree que si has llegado a ser un hijo pródigo, la raíz está en la mezcla de leche francesa con sangre inglesa. Yo, sin embargo, siempre he mantenido la esperanza, y la mantengo aún, de que tarde o temprano te he de ver un hombre hecho y derecho, todo un *Ebenezer* digno de nuestra casa.

—¡Os ruego que me disculpéis, señor! Debo confesar que no os sigo en esta conversación de leche francesa y Ebenezers. ¿No sería francesa mi madre?

—No, no, eres vástago de hembra y varón ingleses, puedes estar seguro de eso. ¡A la porra el médico, qué narices! Tráeme una pipa y siéntate, muchacho, que te voy a desvelar tu historia de una vez por todas, así como el asunto que más me preocupa.

—¿No es imprudente que os canséis? —inquirió Ebenezer.

—¡Bah! —dijo Andrew, despectivo—, según esa misma lógica es necesidad vivir. No, pronto descansaré en la tumba.

Se incorporó un poco, aceptó la pipa que le daba Ebenezer y, después de probarla con placer, comenzó su historia:

—En el verano de 1665 —dijo— llegué a Londres, procedente de Maryland, para

tratar cierto negocio con el comerciante Peter Paggen, allá, junto al castillo de Baynard; fue entonces cuando conocí a tu madre. Fue un galanteo breve y, huyendo de la gran epidemia de peste, hicímonos enseguida a la mar con destino a Maryland a bordo de un bergantín que tenía por nombre *Reducto*, y que transportaba productos de mercería y ferretería. Tuvimos tormentas desde el día en que dejamos atrás el cabo del Lagarto, y vientos en contra desde la isla de Flores hasta los Cabos; catorce días duró la travesía y cuando por fin pusimos pie en la ciudad de Saint Mary, en el mes de diciembre, la pobre Anna ya llevaba tres meses de embarazo. Fue una circunstancia desdichada, pues has de saber que todo recién llegado a las plantaciones sufre un periodo de adaptación, unas semanas de adecuación al clima, y almas más fuertes que Anna han sucumbido. Era una mujer menuda y delicada, cuyo lugar estaba más bien en la sala de costura que en el entrepuente: no llevábamos ni una semana en Saint Mary cuando un resfriado que había cogido en el barco dio paso a unas terribles fiebres intermitentes. Crucé la bahía con ella y me la llevé a Malden enseguida; la habitación que mandé construir para que fuera su cámara nupcial se convirtió en su enfermería. Allí languideció durante el resto del embarazo, débil y febril.

Ebenezer escuchaba considerablemente emocionado, pero no se le ocurría nada que decir. Su padre le dio otra chupada a la pipa.

—Toda mi casa —prosiguió— y yo también esperábamos que Anna tuviera un aborto o que el niño naciera muerto, dada su salud. No obstante, me ocupé de buscar un ama de cría por si sobrevivía el vástago, pues sabía muy bien que la pobre Anna jamás podría darle de mamar. Así las cosas, un día de febrero me encontraba en el muelle donde se alza en la actualidad Cambridge, haciendo tratos con unos colonos, cuando oí un gran ruido de agua en el río Choptank, detrás de mí, volviéndome a tiempo de ver cómo la cabeza de una mujer joven se hundía bajo el hielo.

—¡Cielo santo!

—Por aquellos días yo era un nadador aceptable, a pesar del brazo, y como no parecía haber nadie dispuesto a darse un baño helado, salté tras ella, con peluca y todo, logrando sujetarla hasta que los demás nos sacaron. Pero ¿crees que ella me dio las gracias por la molestia? No bien volvió en sí, la mocita empezó a lamentarse del rescate y a recriminarme por no haberle dejado ahogarse. Aquello nos sorprendió muchísimo a todos, tanto más en cuanto que era una linda mozuela de no más de dieciséis o diecisiete años.

»—¿Cómo es que ya queréis acabar lo que apenas habéis empezado? —le pregunté—. Muchos son los cuentos felices que tuvieron mal comienzo.

—La causa no importa —contestó—. En verdad que tengo poco que agradeceros; al salvarme de una muerte rápida por ahogo me condenáis a una muerte lenta por congelación, o a una muerte más lenta aún, por inanición.

»Me disponía a insistir para que revelara la causa cuando di en observar algo en lo que todavía no había reparado: que si bien su rostro y brazos eran flacos y descarnados tenía el vientre florecientemente abultado.

»—Ah, ahora lo veo —dije—. Seguramente vuestro amo os envió a ver si las hojas de tabaco estaban lo bastante secas como para guardarlas en barriles y, entonces, un trabajador del campo os arrastró al cobertizo donde se seca el tabaco.

»—Se lo dije medio en broma, pues supuse por su vestido andrajoso y su piel sucia que sería una criada. No me respondió; hizo un gesto negativo con la cabeza y lloró aún con más fuerza.

»—Vaya por Dios, pues entonces —le dije—, si no fue un trabajador del campo, sería el amo en persona, y si no fue en el secadero, sería en el cuarto de la ropa blanca o en el establo. ¡Un vientre como el que tenéis no sale de la iglesia, eso está claro! Ahora resulta que el sembrador no se ha quedado a recoger la cosecha, me apuesto algo.

Después de que le hube seguido preguntando, la chica reconoció que efectivamente *había cenado antes de que el sacerdote hubiera bendecido la mesa*, cosas de la juventud; pero sólo una vez, y no porque la forzara un criado, sino porque cedió a las súplicas del hijo de un colono que le había jurado su amor. Y a fe mía que lo que aquel muchacho se llevó no fue la virginidad de una tonta y vulgar ordeñadora, pues se trataba de Roxanne Edouard, hija huérfana del gran caballero francés Cecil Edouard, de Edouardine, heredad situada al norte del Puntal de Cooke, río arriba. Tras la muerte de sus padres se ocupó de su crianza un tío acaudalado que vivía en Church Creek, en el interior del condado, quien se tomaba tan en serio la nobleza de sangre de su sobrina que no permitió que la pretendiera ningún joven del lugar. Pero ella tuvo la mala fortuna de enamorarse del hijo mayor del vecino de su tío, otro colono de las plantaciones, y el muchacho a su vez estaba tan prendado de ella que le pidió matrimonio. Ella era una criatura que tenía el suficiente sentido del deber como para no casarse con un joven en contra de la voluntad de su custodio, pero no tenía tanto como para no darle antes al muchacho ocasión de estar con ella, lo que sucedió en el vientre de una piragua, río adentro. Después se negó a seguir viéndolo, y el necio del joven sintióse tan desolado que renunció a su patrimonio, haciéndose a la mar como marino raso, sin que jamás se volviera a saber de él. Roxanne se encontró enseguida con que esperaba un niño, e inmediatamente se lo confesó todo a su tío, que la expulsó de casa al instante.

—¡Cómo! —exclamó Ebenezer—. ¡Bonita manera de tomarse en serio su crianza, la verdad! ¡Que el cielo proteja a los niños de semejante solicitud! ¡No lo puedo comprender!

—Ni yo —dijo Andrew—, pero así es como sucedió, o como yo lo oí. Lo que es más, amenazaba violentamente a quien osaba acogerla, de modo que la pobre

Roxanne pronto se vio en una situación calamitosa. Intentó emplearse de doméstica, aunque sabía poco de trabajar; pero los propietarios de los alrededores se sentían poco inclinados a tomar una criada que previamente iba a estar necesitada de cuidados durante bastantes meses. Todo el mundo que la conocía sabía de su triste situación y muchos hombres a los que el tío de Roxanne había dado con la puerta en las narices por haberse mostrado en el pasado mínimamente cordiales con ella, le hacían las proposiciones más sucias ahora que la suerte se había vuelto contra ella.

—¡Santo cielo! ¿Es que esos desgraciados no se apiadaban de su estado?

—No, incluso en esto fue su vientre una ruina, pues lejos de disuadirlos, parecía más bien inflamar sus deseos cuanto más patente se hacía. ¿No has observado tú mismo...? —Andrew le echó una ojeada a su hijo—. No, es igual. En resumidas cuentas, Roxanne no veía ante sí más perspectivas que la prostitución y la ignominia, por un lado, o la violación y morir de hambre, por otro, y como lo primero la avergonzaba y lo segundo le daba miedo, eligió una tercera vía, en lugar de las dos anteriores, que consistía en lanzarse al Choptank.

—Y, os lo ruego, ¿qué hizo después de que la salvarais? —preguntó Ebenezer.

—Pues ni más ni menos que intentar con todas sus fuerzas volverse a echar al río —contestó Andrew—. Por fin se me ocurrió invitarla a venir a casa, ya que tenía las trazas de ir a parir como una semana antes que la pobre Anna; me comprometí a cuidarla bien y que se la atendiera durante el parto, a condición de que diera de mamar a nuestro hijo, si sobrevivía, a la vez que al suyo. Estuvo de acuerdo, redactamos los papeles del contrato y me la llevé a Malden.

»Entretanto, tu madre, que Dios tenga en su gloria, estaba cada vez peor. Era una protestante admirable, muy dada a leer la *Biblia*, y siempre que yo dejaba traslucir lástima, ella solía responder: «No temas, marido mío, el Señor nos ayudará».

—¡Bendita sea! —dijo Ebenezer.

—Tenía a gala —prosiguió Andrew— considerar sus diversas dolencias como una hueste enemiga, y a todas horas andaba detrás de mí para que le leyera del *Antiguo Testamento* los pasajes en que se habla de las intervenciones militares que hace Dios a favor de los israelitas. De ahí que cuando se le pasó la fiebre intermitente sin causarle la muerte (bien que la dejó lamentablemente débil), se sintiera tan orgullosa como un general, proclamando, como hizo el profeta Samuel al contemplar la desbandada de los filisteos: «¡El Señor ha tenido a bien ayudarnos!». Por fin llegó la hora, y tras atroces esfuerzos dio a luz a Anna, que pesó ocho libras y media. Le dio por nombre el de su propia madre y volvió a decirme: «¡El Señor ha tenido a bien ayudarnos!». No hubo nadie en la casa que no pensara entonces que sus sufrimientos se habían acabado, e incluso yo, que no soy ningún santo católico, ni protestante tampoco, le di gracias a Dios por el alumbramiento. Pero no había pasado ni una hora desde que naciera Anna cuando le volvieron los dolores del parto y, tras mucho

clamor y griterío, te trajo a ti a la luz, casi tan grande como tu hermana. Diecisiete libras de niño sacó en total de, bueno, de un molde tan delicado que una simple flatulencia le causaba dolor. No es de extrañar que cayera en coma antes de que te asomaran los hombros ni que jamás se recobrara. Murió aquella misma noche y, como hacía mucho más calor del que corresponde normalmente a mayo, al día siguiente la cogí y la enterré bajo un gran pino, en la parte de nuestras tierras que da a la bahía, donde aún yace.

—¡Dios me asista! —dijo Ebenezer, llorando—. ¡No soy digno de ello!

—Sería deshonesto por mi parte no reconocer que tales fueron exactamente mis sentimientos por entonces, que Dios me perdone. Incluso cuando leían los oficios, durante el entierro, podía oírlos berrear a los dos, allá en la casa, y cuando coloqué una piedra para tapar la sepultura de arena —nuestro cantero apenas tuvo tiempo para grabar la lápida—, me vinieron a la memoria aquellos versos del *Libro de Samuel*, cuando Dios aplasta a los filisteos y Samuel consagra la prueba de su ayuda: la piedra que los hebreos llamaron Ebenezer. Entonces fue, muchacho, cuando amarga, sacrílegamente, te puse ese nombre; te bauticé yo mismo, antes de que Roxanne pudiera impedírmelo, con heces de sidra de pera que quedaban en una frasca, pronunciando ante todos los habitantes de Malden estas palabras: «¡El Señor ha tenido a bien ayudarnos!».

Andrew vació los restos de la pipa en una escupidera que había junto a la cama, y tras descansar un poco, reanudó su historia.

—En todo caso —dijo con sosiego— ni a ti ni a tu hermana os faltaron los cuidados maternos. Roxanne había parido a su propio vástago, una niña, ocho días antes, pero la criatura se estranguló con el cordón umbilical antes de proferir el primer vagido; de modo que, pese a ser dos en vez de uno, ella no tenía más bocas que alimentar que pechos con que alimentarlas; así que había leche en abundancia para todos. Desde que empezó a criar se la vio siempre hecha una moza sana: rostro colorado, pechos pletóricos y más vivaracha que una lechera, pese a toda su nobleza de sangre. Los cuatro años que duraba el contrato os crió como si fuerais sus hijos. La señora Twigg afirmaba que nada bueno podía salir de mezclar teta francesa con sangre inglesa, pero vosotros crecisteis tan rollizos y contentos como cualquier otro mamoncillo de Dorset.

»En 1670, año último de los servicios de Roxanne, resolví dejar Malden e ir a Londres. En primer lugar, estaba cansado de comerciar; en segundo lugar, no veía ocasión de mejorar mis propiedades tabaqueras; y aunque el Puntal de Cooke es, de cuantos lugares hay en la Tierra, el más caro a mi corazón, así como la primera y más grande de mis propiedades, de todos modos me llenaba siempre de congoja vivir como viudo en la casa que había erigido para mi desposada. Además, he de confesar que mi posición con respecto a Roxanne se había vuelto un tanto delicada después de

la muerte de la pobre Anna. Que Roxanne no pensaba mal de mí fue algo que di por descontado, pues estaba ligada a mí por el vínculo de la gratitud, aparte del documento legal. Yo, a mi vez, me sentía más que un poco en deuda con ella, por cuanto no sólo había amamantado al doble de niños del que estaba legalmente obligada, sino que, además, lo había hecho con amor de madre, aparte de asumir la mayor parte de las obligaciones de la señora Twigg en calidad de aya, por puro cariño que os tenía. Ya he mencionado que era una beldad poco común, y por entonces yo era un hombre fornido, de treinta y tres años, próspero y hasta puede que no carente de atractivo, una persona que en razón de la aflicción que le causaba la muerte de la pobre Anna, se veía forzada a dormir sola y desconsolada desde su llegada a aquellas tierras. Por ello, no ha de sorprenderte que algunos metomentodo de miras estrechas pensaran que Roxanne ocupaba el lugar de Anna en el lecho, además de en la habitación de los niños, con mayor motivo dado que los difamadores habían andado tras ella con fines lúbricos. Así es el hombre, es algo que he aprendido: achaca a los demás los pecados que él no tiene el valor o la ocasión de cometer.

—¡Dios mío, qué chismorreos tan mal intencionados!

—Sí —dijo Andrew—, pero si te creen un pecador, pecador serás para la gente. Lo que un hombre es a los ojos de Dios, importa poco en el mundo de los hombres. Considerando todas las cosas en conjunto, juzgué adecuado dejarla en libertad; no obstante, no podía en modo alguno enviarla, a la muerte o la prostitución, de modo que fue una agradable sorpresa cuando un día, en el mismo embarcadero donde había conocido a Roxanne, se me acercó un hombre que se presentó como su tío y me interrogó encarecidamente por su sobrina.

—Espero que para entonces se le hubiera pasado el enojo.

—Así era —dijo Andrew—, hasta tal punto que sólo pensar en lo cruel que había sido le hacía prorrumpir en lágrimas; y cuando le hablé de las estrecheces que pasó Roxanne, así como de la muerte de su hijo, casi se arranca los cabellos de remordimiento. No tenían fin sus protestas de agradecimiento por haber salvado y cuidado a su sobrina, y me suplicó que hiciera uso de mi ascendiente sobre Roxanne para hacerle volver a casa de su tío. Yo le recordé que fue su irracionalidad en el asunto de los pretendientes de su sobrina lo que condujo a ésta a su anterior desgracia, y él me contestó que, lejos de persistir en aquella irracionalidad, tenía en mente en aquellos momentos una boda excelente con un rico de los alrededores, el cual siempre había mirado a Roxanne con buenos ojos.

»Puedes imaginarte lo sorprendida que se quedó Roxanne cuando se enteró de todo aquello. Se alegró del cambio de actitud de su tío, y, sin embargo, dejaros a Anna y a ti era para ella como abandonar a sus propios hijos. Lloró y se lamentó, como hacen las mujeres siempre que se opera un gran cambio en sus vidas, y me suplicó que la llevara a Londres, pero me parecía a mí que sería un flaco servicio para

ella y para mí seguir manteniendo aquella relación, tanto más en cuanto que su tío había arreglado un matrimonio de interés para ella. Así fue como el mismo día en que le devolvía a Roxanne la mitad de su contrato, significando con ello que sus servicios habían concluido, su tío se presentó en Malden, con un coche descubierto, y se la llevó. Y eso fue todo. No habían pasado ni quince días cuando yo me despedía también de Malden, abandonando Maryland para siempre. No creas que era cosa fácil irse: ¡Rara es la vez que la vida te presenta una opción clara, a fe mía! Tiene más bien por costumbre disponer las cosas de tal modo que, escojas lo que escojas, lo pagues caro. ¡En fin! He vagado y disertado hasta casi quedarme sin voz. Fíjate en esto — dijo, entregándole a Ebenezer el documento con el que había estado jugando y gesticulando a lo largo de todo su relato—; léelo mientras yo recobro el aliento.

Ebenezer cogió el papel, entre curioso e incómodo, y leyó, entre otras cosas:

Andrew Cooke, de la parroquia de Saint Giles in the Fields, condado de Middlesex, Gentilhombre, establezco mi última voluntad y testamento como sigue... Imprimus lego a mi hijo Ebenezer Cooke y a Anna Cooke, hija mía, todos los títulos y derechos de y sobre... toda mi tierra denominada Puntal de Cooke, situada en la desembocadura del gran río Choptank, en el condado de Dorchester, Maryland..., que compartirán a partes iguales.

—¿Te das cuenta, muchacho? —preguntó Andrew—. ¿Lo entiendes, maldita sea? Se trata nada menos que del Puntal de Cooke, de mi querida y dulce Malden, donde vosotros dos visteis la luz, donde aún descansa vuestra madre; Malden es mi mansión querida que yo levanté en tierras salvajes. Es tu legado, Eben, tu herencia; es un trozo de este mundo inmenso que te pertenece y que tú has de saber gobernar y hacer fructificar. ¡A fe mía que te llevas una buena herencia!, que compartirán a partes iguales, pero gobernar una heredad es trabajo de hombres, no de mujeres. ¡Para esto te crié y te di estudios; para esto debes trabajar y prepararte, maldita sea, para ser digno de ello! ¡Y para que dejes de una vez todas tus indecisiones, tanto que si sí que si no!

Ebenezer se puso colorado.

—Soy consciente de haber sido remiso y nada tengo que alegar en mi defensa, salvo que no fue la estupidez lo que me hizo fracasar en Cambridge, sino el haber carecido de una guía adecuada. ¡Si Dios hubiera querido que yo tuviera a mi querido Henry Burlingame para dirigirme y estimularme!

—¡Burlingame! —gritó Andrew—. ¡Puaf! Se quedó tan lejos de ser bachiller como tú. Más aún, fue el desvergonzado de tu querido Burlingame quien labró tu ruina, me parece a mí, por no haberte enseñado a trabajar. —Andrew enarboló el papel del testamento, agitándolo—. ¿Es que crees que tu Burlingame va a heredar jamás algo como Malden? ¡Que el oprobio cubra a ese bribón! ¡No vuelvas a mencionar su nombre, te lo pido, si no quieres que me dé un ataque!

—Lo siento —dijo Ebenezer, que había mencionado el nombre de Burlingame a propósito, para ver la reacción de su padre, concluyendo entonces que sería

imprudente dar ningún detalle de su estancia en Londres—. No se me ocurre cómo mostraros hasta qué punto vuestra magnanimidad me hace sentirme avergonzado de mi fracaso. Enviadme de nuevo a Cambridge, si es vuestro deseo, y os juro solemnemente no volver a repetir mis errores pasados.

Andrew enrojeció:

—¡A la mierda Cambridge! ¡*Maryland* va a ser tu Cambridge, y un campo de tabaco, tu biblioteca! ¡Y como diploma, si te aplicas, puede que le pongas marco a una letra de cambio por valor de diez mil pesos del Orinoco!

—¿Entonces queréis decir que me enviáis a *Maryland*? —preguntó, incómodo, Ebenezer.

—Así es, a que labres la tierra que te vio nacer. Lo que pasa es que ni muchísimo menos estás preparado para eso todavía; mucho me temo que la universidad te ha podrido y debilitado de tal modo que no tienes ni cabeza para administrar tierras ni espinazo para ararlas. Va a costar trabajo sacarte a base de sudores lo que han dejado dentro de ti Burlingame y la facultad, pero *antes de aprender a correr hay que saber andar*. A ti lo que te hace falta es un aprendizaje honrado; tengo intención de mandarte enseguida a Londres, como empleado del comerciante Peter Paggen. ¡Estudia bien los entresijos del comercio en las plantaciones, como hice yo, y antes de mí, mi padre, y te juro que te será de más utilidad que todo lo que has oído en Cambridge cuando sea el momento de que ocupes tu lugar en Malden!

No era precisamente ésta la vida que Ebenezer hubiera elegido por sí mismo; claro que tampoco hubiera elegido ninguna otra. Más aún, cuando reflexionó sobre ello, no fue ciego a ciertos encantos que entrañaba la vida del plantador, conforme se la imaginaba: se veía a sí mismo inspeccionando las labores del campo a lomos de su montura favorita; fumando el tabaco que era origen de su riqueza; bebiendo licor de membrillo o sidra de pera procedentes de su propia destilería, en compañía de unos pocos amigos distinguidos; dejando pasar las tardes ociosamente en la galería de su casa solariega, observando los movimientos de los ánades en el río, y acaso componiendo de cuando en cuando estrofas sencillas y dignas. No era, ay, ciego a los atractivos que pudiera entrañar cualquier tipo de vida. Y, de manera más inmediata, la perspectiva de volver a Londres con la conciencia limpia le agradaba.

Por consiguiente, dijo, con poco entusiasmo, mas no sin algo de alegría:

—Sea como deseáis, padre. Intentaré hacerlo bien.

—¡Menos mal, gracias sean dadas al cielo! —exclamó Andrew, que incluso se esforzó por esbozar una sonrisa—. ¡El Señor ha tenido a bien ayudarnos! Déjame ahora antes de que me derrumbe de puro cansancio.

Andrew se tumbó, volvió la cara a la pared y no dijo más.

5. EBENEZER COMIENZA SU SEGUNDA ESTANCIA EN LONDRES, LA CUAL TRANSCURRE SIN ESPECTACULARIDAD

A causa de la gran inquietud que reinaba en la nación por aquella época, ocasionada por el conflicto entre Jacobo II y Guillermo de Orange, Ebenezer, por consejo de su padre, no regresó de Londres hasta el invierno de 1688. Para entonces, Guillermo y María se hallaban firmemente establecidos en el trono de Inglaterra. El año de ocio que pasó en Saint Giles quizá fuera, aunque entonces a él no le era posible darse cuenta, cuando Ebenezer más cerca estuvo de la felicidad. No tenía nada que hacer, excepto leer, pasearse por los campos de los alrededores, o por las afueras de Londres, y hablar largo y tendido con su hermana. Aunque no podía contemplar con entusiasmo el futuro que le aguardaba, al menos no tenía que soportar la responsabilidad de haberlo elegido él. Durante la primavera y el verano, con el buen tiempo, se adueñó de él tal desasosiego que no podía ni leer. Se sentía a punto de estallar a causa de las posibilidades mal definidas que en potencia se le presentaban. Muchas veces se pasaba la mañana entera sentado a la sombra de un peral que había detrás de la casa, tocando melodías con la flauta tenor, cuyos secretos había aprendido de Burlingame. No le interesaba el ejercicio físico; ni siquiera deseaba ver a nadie, excepto a Anna. El aire, impregnado de sol y aroma de trébol, volvía a Ebenezer etéreo. En diversas ocasiones se sintió tan henchido de sentimiento que temía desmayarse si no conseguía vaciarse. Pero cuantas veces intentó escribir versos, no pudo ni empezar: su fantasía no encajaba en estrofas y conceptos. Pasó los meses cálidos en una suerte de exaltación nerviosa que, aunque en el momento era más perturbadora que placentera, le dejaba al acabar el día un sabor dulce en la boca. Al anochecer, la mayor parte de las veces se quedaba contemplando cómo los meteoritos surcaban el cielo, hasta que le entraba vértigo.

Y aunque tampoco esto lo podía saber entonces, aquella temporada de ocio le proporcionó a Ebenezer lo que había de ser la última comunión verdadera con su hermana durante muchos años. Aun así, tratábase de una comunicación no articulada la mayor parte del tiempo; no sabían dónde, pero habían perdido la facilidad para hablar en términos íntimos. De las cosas que, sin duda, les eran más importantes no hablaban nunca: el fracaso de Ebenezer en Cambridge, su inminente viaje; la incierta relación que en el pasado mantuvo Anna con Burlingame y el aislamiento que entonces mantenía frente a cualquier clase de pretendientes, junto con la falta de interés por los mismos. Pero salían mucho a pasear juntos y un mediodía muy caluroso de agosto, al sentarse bajo un sicómoro, cerca de un arroyuelo pedregoso que atravesaba la propiedad, Anna cogió a Ebenezer con fuerza del brazo derecho, lo oprimió contra su frente y estuvo llorando varios minutos. Ebenezer la reconfortó

como mejor pudo, sin indagar la causa de las lágrimas: supuso que sería algún sentimiento relativo a la madurez de ambos hermanos lo que afligía a Anna. Por entonces, en el vigésimo segundo año de su vida, Anna parecía algo mayor que su hermano.

En cuanto parecieron quedar ordenados los asuntos de su hijo, Andrew fue recuperando fuerzas poco a poco, y en otoño daba la impresión de volver a gozar de una salud excelente, aunque el resto de su vida representó más edad de la que tenía. A principios de noviembre afirmó que la situación política era lo bastante estable como para permitir que el muchacho se fuera. Una semana más tarde Ebenezer se despidió de la casa y partió en dirección a Londres.

Lo primero que hizo, después de encontrar alojamiento en una pensión de Pudding Lane, fue presentarse en la dirección de Burlingame, para ver cómo le iba a su viejo amigo. Pero para su sorpresa se encontró el lugar ocupado por nuevos inquilinos (un pañero y su familia) y ninguno de los vecinos sabía nada del paradero de Henry. Aquella noche, pues, tras ocuparse de instalar sus pertenencias, se dirigió a la taberna Locket's, con la esperanza de encontrarse allí, si no al mismo Burlingame, sí al menos a algunos amigos comunes que pudieran darle referencias de él.

Se encontró a tres componentes del grupo que le había presentado Burlingame. Uno era Ben Oliver, poeta grande y gordo, de ojos menudos y brillantes, y pelo negro y rizado, un auténtico calavera de quien algunos decían que era judío. Otro era Tom Trent, un joven bajo y cetrino, del Christ's College, también poeta: lo habían enviado a Cambridge a fin de que se preparara para el sacerdocio, pero le resultaba tan aborrecible aquella idea que cogió el mal francés, sirviéndose de una ramera a la que alojaba en sus habitaciones por desprecio a la vocación que le imponían, siendo finalmente expulsado por extender el contagio a su tutor y, por lo menos, a otros dos catedráticos que habían trabado amistad con él. Desde entonces se había tomado un gran interés por la religión; no le gustaba ningún poeta, salvo Dante y Milton; se mantenía virtualmente célibe, y cuando llevaba unas copas encima le daba por recitar a gritos versículos de las *Sagradas Escrituras*, acompañándose de su voz de bajo profundo. El tercero, Dick Merriweather^[5], era, a pesar de su apellido, un pesimista que se pasaba la vida contemplando la idea del suicidio y que sólo escribía versos elegiacos sobre el tema de su propia muerte. Sin embargo, pese a lo dispar de sus temperamentos, los tres hombres vivían en la misma casa y casi siempre se los veía juntos.

—¡Dios, si es Eben Cooke, el estudiante! —exclamó Ben al verlo—. ¡Bébetes una botella con nosotros, muchacho, y enséñanos la verdad!

—Creíamos que te habías muerto —dijo Dick.

Tom Trent no dijo nada: bienvenidas y despedidas le dejaban impassible.

Ebenezer correspondió a los saludos, se echó un trago con ellos y después de

explicar su regreso a Londres, preguntó por Burlingame.

—Hace un año que no lo vemos —dijo Ben—. Nos dejó poco después que tú. Alguna vez he dicho que estaríais los dos por ahí juntos, de juerga.

—Ahora recuerdo haber oído que se ha vuelto a hacer a la mar —dijo Dick Merriweather—. Puede que ahora esté en el fondo del mar, o nadando en el vientre de una ballena.

—Espera —dijo Ben—. Ahora que lo pienso, ¿no le he oído decir a Tom, aquí presente, que Henry había vuelto al Trinity College para ganar el título de bachiller?

—Eso es lo que me dijo Joan Toast, a quien se lo dijo Henry la noche antes de irse —dijo Tom con indiferencia—. He de confesar que hago poco caso de los chismorreos sobre idas y venidas, así que no es imposible que haya entendido mal a Joan.

—¿Quién es, decídmelo, os lo ruego, esa tal Joan Toast y dónde puedo encontrarla? —preguntó Ebenezer.

—No hace ninguna falta buscarla —dijo Ben, riéndose—, no es más que una alegre puta del lugar, le podrás preguntar lo que quieras dentro de un rato, cuando venga a buscar compañero de cama.

Ebenezer aguardó a que llegara la moza, sacando en claro tan sólo que Burlingame había hablado de su intención de saquear las bibliotecas de Cambridge por espacio de quince días; con qué fin, eso no lo sabía Joan, así como tampoco las muchas pesquisas llevadas a cabo en la taberna arrojaron nueva luz sobre cuáles pudieran ser las intenciones o el paradero de Burlingame. A lo largo de la semana siguiente Ebenezer no perdió ocasión de preguntar por su amigo, pero cuando se hizo patente que no iba a dar con ningún indicio, desistió de mala gana de sus esfuerzos, le escribió a Anna una nota desoladora, informándole de las novedades, y durante los meses y años siguientes casi llegó a olvidarse de la existencia de Henry, aunque, por supuesto, sentía vivamente su pérdida siempre que mencionaban su nombre.

Entretanto se presentó en el establecimiento del comerciante Peter Paggen y, una vez hubo mostrado las cartas de su padre, lo pusieron a hacer cuentas con los aprendices jóvenes, en un pequeño escritorio perdido entre otros muchos que había en una habitación de grandes dimensiones. Se dio por entendido que si Ebenezer se aplicaba diligentemente y demostraba una cierta habilidad en su trabajo, al cabo de una semana o cosa así, lo ascenderían para que ocupara un puesto desde el que pudiera estudiar mejor los mecanismos del comercio en las plantaciones (el señor Paggen efectuaba numerosas transacciones en Maryland y Virginia). Desgraciadamente, jamás le fue concedido tal ascenso. Para empezar, por más que se esforzara, Ebenezer no era capaz de concentrar la atención en las cuentas. Principiaba a sumar una hilera de cifras totalmente carentes de sentido y, al cabo de cinco minutos, se daba cuenta de que se le había ido el tiempo mirando fijamente un

lobanillo que tenía en el cuello el chico que se sentaba delante de él, o bien representándose mentalmente una conversación entre él y Burlingame, o dibujando laberintos en un papel borrador. Por la misma razón, aunque no tenía ni muchísimo menos un carácter problemático, su imaginación indomable fue causa de que más de una vez se le tachara de irresponsable: un día, por ejemplo, se enfrascó por completo en un juego en el que participaba una hormiga pequeña, de color negro, que cruzó errática la página en que la Ebenezer hacía sumas. La norma que regía el juego, a la cual él le confirió la inexorabilidad de la ley natural, era ésta; cada vez que la hormiga, inconscientemente, se tropezaba con el 3 o con el 9, Ebenezer cerraba los ojos y golpeaba la página tres veces, velozmente y al azar, con la punta de la plumilla. Si bien su papel de *Deus civi natura* le impedía tener piedad, sus sentimientos estaban inequívocamente de parte de la hormiga. Esforzándose hasta el punto de que le brotaba sudor de la frente, intentaba por medio de la fuerza del pensamiento alejar los pasos de la desdichada criatura de los números que entrañaban peligro; tras cada serie de golpes, abría los ojos, medio temeroso de mirar el papel. El juego era de lo más emocionante.

Después de unos diez o quince minutos, la hormiga tuvo la mala suerte de que, a menos de media pulgada de distancia del 9 que había desencadenado el bombardeo, la alcanzara una gota de tinta: agitándose a ciegas, dejó tras de sí un rastro diminuto que la llevó directamente de vuelta al 9, y esta vez, después de que los dos primeros golpes cayeran uno a cada lado, el tercero la alcanzó de lleno, aplastándola. Ebenezer miró y la vio retorcerse, agonizante, dentro del círculo que forma el dígito. En los ojos se le agolparon lágrimas de compasión, atemperadas por la generosidad con que comprendía y aceptaba la vida como totalidad, así como las inalterables leyes que rigen el universo; el órgano genital se le puso rígido. Súbitamente cohibido, Ebenezer miró en derredor para ver si se había dado cuenta alguien, y todos los que estaban en la habitación estallaron en risas: habían presenciado todo el proceso. A partir de aquel día consideraron que estaba más o menos loco, en lugar de pensar simplemente que era raro; afortunadamente para él, sin embargo, creían que la relación de Ebenezer con el patrono de todos ellos era algo especial, de modo que el incidente tuvo escaso eco, salvo entre ellos mismos.

Pero no sería justo dar a entender que Ebenezer era enteramente responsable de la situación en que se hallaba. Hubo a lo largo del primer año unas pocas ocasiones en las que, durante varias semanas seguidas, logró desempeñar satisfactoria e incluso inteligentemente su trabajo, sin que no obstante se mencionara la posibilidad de trasladarlo al puesto prometido. Tan sólo en una ocasión reunió el valor suficiente para preguntar al respecto: el señor Paggen le dio una contestación vaga que él aceptó ávidamente, para que así concluyera la entrevista, y jamás volvió a hablar de aquello. En realidad, excepción hecha de algunos infrecuentes cosquilleos de conciencia,

Ebenezer se sentía muy contento de languidecer entre los jóvenes aprendices: ya conocía aquel oficio y le asustaba la perspectiva de tener que aprender otro. Además descubrió que la ciudad se adaptaba a su languidez; se pasaba las horas libres con sus amigos, en cafés, tabernas o teatros. De vez en cuando dedicaba el domingo, sin mucho éxito, a escribir. Y a grandes rasgos, acabó por olvidar completamente con qué fin estaba en Londres.

Por lo demás, fue una época curiosa de su vida. Si no satisfactoria, de todos modos su rutina no era en absoluto desagradable, y Ebenezer flotaba en la misma como alguien que tiene el sueño inquieto y se ve arrastrado por una cálida avalancha de somnolencia. Muchas veces, cual camaleón, no era sino el reflejo de la situación en que se encontraba: si sus compañeros se quejaban de lo precario de su situación, era muy probable que Ebenezer afirmara, en un estallido de camaradería: «Si el viejo Andy^[6] se enterara de cómo estoy me despacharía a Maryland sin dudarlo, señores». Otras veces se apartaba de su actitud habitual, marcando distancias con respecto a ellos, y medio suspiraba por la vida tonificante de las plantaciones. Veces había también en que se pasaba la tarde entera sentado como una cigüeña atiborrada, sin decir palabra. Y de tal guisa, un día seguro de sí, al otro irresoluto; un día intrépido, al otro acobardado; ora un cortesano ingenioso, ora una piltrafa de poeta..., tres pepinos importaba cuál fuera el tono que momentáneamente coloreara a Ebenezer; él ya contemplaba con desasosiego el resto del espectro. ¿Qué significa el color rojo para el arco iris?

Todo lo cual viene a decir, si se quiere, que puesto que ser es ser en esencia, don Fulano Jueves resultaba luego ser el señor Zutano Viernes..., o sea, para decirlo de una vez, que este nuestro Ebenezer Cooke de persona humana no tenía nada. En cuanto a Andrew, seguramente se despreocupó de la vida que llevaba su hijo en Londres, si no creería en el proverbio que reza *un buen puesto bien vale una espera larga*. El idilio duró no uno, sino cinco o seis años, o lo que es lo mismo, hasta 1694. En el mes de marzo de dicho año, cuando una apuesta desastrosa dio súbitamente al traste con todo aquello, comienza nuestra historia.

6. LA APUESTA TRASCENDENTAL QUE CRUZARON EBENEZER Y BEN OLIVER, JUNTO CON EL EXTRAORDINARIO RESULTADO DE LA MISMA

El alcahuete del círculo en que se movía Ebenezer era un ex dublinés enjuto, fuerte y pecoso que respondía al nombre de John McEvoy; contaba veintiún años de edad y no había ido a la escuela; andaba tan sobrado de energía y recursos como escaso de dinero y estatura. Se pasaba los días tumbado en la cama y las noches ejerciendo de proxeneta para sus privilegiados compañeros; avanzada la noche, se dedicaba un buen rato a componer aires para laúd y flauta, y de las cosas mundanas a las que el hombre confiere valor, él sólo estimaba tres: su amante Joan Toast (quien, aparte de puta, era su enamorada y su sustento), su música y su libertad. No era Joan una retozona que costara una corona, sino una hembra que bien valía el oro que cobraba por irse a la cama con ella, como sabían todos los miembros del círculo, excepción hecha de Ebenezer; amaba a su John, pese a ser su puta, y es que jamás es ningún hombre *exclusivamente* proxeneta, ni mujer alguna *únicamente* puta. Lo cierto es que daban la impresión de ser una pareja fiel, celosa incluso.

Toda espíritu e imaginación, los ojos castaños y audaces, el cuerpo menudo, los pechos grandes y la piel prieta (si bien, la verdad sea dicha, tenía el cutis algo basto, el pelo nada fino y la dentadura no en óptimas condiciones), era la tal Joan Toast, durante la noche, de quien quisiera darle dos guineas, pudiendo quien lo hacía someterla a cambio a las indignidades que tuviera a bien: ella le devolvía su oro con creces, pues le causaba tanto placer su trabajo que parecía ella quien compraba y él quien vendía; mas al llegar la mañana se tornaba fría cual pez y volvía con su John McEvoy; y si a su amante nocturno se le ocurría meramente guiñarle un ojo al cruzarse con ella a la luz del día, a ése se le acababa Joan Toast para siempre, pagara lo que pagara.

Por descontento que Ebenezer había reparado en ella a lo largo de los últimos años, viéndola a ella y a sus acompañantes ir y venir en el trasiego del puterío, y por lo que se decía en el café, llegó a saber, de segunda mano, con gran detalle, una serie de cosas que, por obra de su desorganización personal, al principio no era capaz de comprender. Cuando, en momentos de virilidad, pensaba algo en ella, la veía como una simple ramera a quien, si algún día se veía lo bastante decidido, sería bonito comprar para que lo iniciara, de una vez por todas, en aquellos misterios. Pues era el caso que, pese a frisar la treintena, Ebenezer seguía siendo virgen, y ello por la razón aducida en los capítulos precedentes: que de persona humana no tenía nada. Era capaz de representarse a cualquier clase de hombre hablando con una mujer (al

osado, así como al tímido, al muchachuelo limpio, verde todavía, como al viejo chocho y degenerado, ya gris), y de imaginarse mentalmente los discursos propios de cada uno de ellos bajo circunstancias diversas. Pero siendo así que no se identificaba con ninguno más que con los otros, y que los admiraba a todos por igual, cuando se presentaba la ocasión, Ebenezer era capaz de elegir y representar un papel de entre todos los que se sabía, de modo que siempre acababa ora por dejar pasar la oportunidad, ora —y esto era mucho más frecuente— batiéndose en torpe retirada, confundido, por no decir que siempre lo hacía sobremanera azorado. Así pues, por lo general, las mujeres no lo miraban una segunda vez, y no era porque careciera de atractivo (bien se había fijado él en que algunos de los más grandes seductores tienen cara de cabra y modales de lagarto), sino porque una vez que una mujer había reparado en su físico desgarrado, no le quedaba ya más en qué fijarse.

Ciertamente no hubiera sido nada raro que Ebenezer llegara virgen a la tumba (pues hay urgencias que si no se atienden de un modo, por fuerza han de atenderse de otro, siendo así que la misma mano nudosa que le escribía sus pareados no exigía galanteos para convertirse en su veloz amante), mas aquella noche de marzo de 1694 reparó en él Joan Toast de la siguiente manera: los galanes estaban sentados en círculo, en Locket's, como tenían por costumbre, bebiendo vino, chismorreando y alardeando de sus conquistas, tanto con respecto a la musa como a otras féminas de menor entidad. Allí estaban Dick Merriweather, Tom Trent y Ben Oliver, ya bastante cargados de vino; John McEvoy y Joan Toast, a la caza del cliente; y Ebenezer, incomunicado.

—¡Ayayay! —suspiró Dick en una tregua de la conversación—. Ojalá viviéramos en un mundo donde la riqueza recompensara al ingenio, pues es el oro el mejor señuelo para hacer caer en la trampa al conejo. Entonces, nosotros, los poetas, seríamos todos unos tramperos temibles.

—No hace falta el oro —replicó Ben—; con que Dios dotara a las mujeres de la mitad de la vista que tienen para proteger sus intereses bastaría. ¿Qué se precisa para ser buen amante sino fuego y fantasía? Por lo que queda claro que de entre los hombres todos, el poeta es el más deseable como amante: si su enamorada posee belleza, él es quien posee la mirada que más se regocija en ella; si no la tiene, él es quien posee la imaginación que mejor puede enmascarar su defecto. Si no le es grata al poeta y éste se deshace de ella en breve, ella al menos ha gozado durante un tiempo de lo mejor que le es dado alcanzar a la mujer; si le es grata, acaso fije él su belleza para siempre en verso, de modo que ni la edad ni la viruela podrán echarla a perder. Y siendo así que los poetas, como clase, son más de desear a este respecto que ningún otro ser humano, por lo mismo debiera ser el mejor poeta el mejor amante; si las mujeres fueran lo bastante avisadas para defender sus intereses, consagrarían la búsqueda del poeta como la labor de su vida, y cuando dieran con él, depositarían

trémulas sus favores en su regazo —mejor dicho, en su mismísimo escritorio— y le suplicarían que las mirara benignamente.

—¡Entonces alto ahí! —le dijo Dick a Joan Toast—. Ben dice la verdad, así que eres tú quien me tiene que pagar a mí dos guineas esta noche. ¡Demonios! ¡Si no fuera porque esta semana estoy más pobre que un ratón de iglesia y porque no me queda mucho tiempo de vida, no te iba a salir tan barata la inmortalidad! Mi consejo es que aproveches la ocasión mientras dure. ¡Los poetas no moran durante mucho tiempo en este mundo!

A lo cual respondió Joan, sin acalorarse.

—¡Bah! Si cualquiera de vosotros supiera versificar con la misma facilidad con que habla, o se le diera tan bien holgar con hembra como pavonearse, bueno, vuestros tersos estarían en boca de todo Londres y aceptarían vuestro culo en cualquier cama. ¡Pongo la mano en el fuego! Pero... *hablar no cuesta dinero*; yo no quiero aplacaros el oído ni el culo a ninguno de vosotros, sólo a mi dulce John, que ni se pavonea ni anda diciendo fanfarronadas por ahí, sino que ahorra palabras para componer melodías y la fuerza la guarda para la cama.

—¡Sí, señor! —aplaudió Ben—. ¡Bien dicho!

—Sólo que mal calculado —agregó John McEvoy, mirando a Joan con el entrecejo levemente fruncido—. No dejes que semejantes sentimientos se interpongan esta noche entre tú y dos guineas, amor mío, de lo contrario tu dulce John no tendrá ni fuerza ni canciones, y lo único que podrá llevar a tu cama mañana por la mañana serán sus tripas rugientes.

—¡Qué narices! —observó Tom Trent sin emoción—. Si el razonamiento de esta dama es correcto, hay uno entre nosotros que es, con mucho, más merecedor de sus favores que tú, John McEvoy, pues si tú dices una palabra por cada dos que decimos nosotros, dices diez por cada una que dice él. Me refiero aquí al amigo Ebenezer, que si es por falta de palabras se le debería considerar el poeta y la picha más eminentes de ésta y de cualquier taberna. ¡John Milton y don Juan Tenorio, en el mismo pellejo!

—En verdad puede que así sea —se pronunció, con cierta solemnidad, Joan, quien, hallándose por casualidad sentada al lado de Ebenezer, le dio una palmadita en la mano.

—Sea como fuere —dijo McEvoy sonriendo—, puesto que no he oído un solo verso suyo, no tengo pruebas de que no sea poeta.

—Ni yo de que no sea lo otro —añadió, avisadamente, Joan—, y son dos cosas que puedo alabar más en él que en ninguno de vosotros. —Luego se ruborizó un poco y agregó—: He de confesar que he oído decir que *el matrimonio gordo pero el amor flaco*, y es que así como los gordos suelen ser maridos alegres y pacientes, y los largos y huesudos lo tienen largo todo y en la cama son elásticos. No obstante, no tengo pruebas de esto que hablamos.

—Pues entonces, ¡que muera si no las vas a tener! —exclamó Ben Oliver—, porque la longitud no es la única dimensión del espacio. Cuando el asunto que se tiene entre manos es la herramienta del amor, por favor, tengamos en cuenta el tema del diámetro, ya que es el diámetro lo que le confiere peso a la herramienta del amor... Que le llamemos asunto, que lo tengamos entre manos, ¡eso qué más da! Además, buena moza, le seguiré siendo fiel a mi gordura, así como ella me ha sido fiel a mí. *Un gallo gordo es el mismísimo diablo cuando anda entre gallinas*, eso se suele decir. ¡Las maneja con autoridad!

—Es una cuestión de demasiado peso como para dejarla sin resolver —afirmó McEvoy—. ¿Tú qué piensas, Tom?

—No me interesan los asuntos de la carne —dijo Tom—, pero siempre he reparado en que a las mujeres (al igual que ocurre con los hombres) lo que más placer les causa son las cosas prohibidas, y no hay para ellas conquista más preciada que un cura o un santo. Me hago además la conjetura de que encuentran tal trofeo doblemente dulce, pues, para empezar, es difícil de ganar, y una vez ganado, es algo fresco y poderoso como el coñac añejo, por haber estado tanto tiempo embotellado.

—¿Dick?

—No le encuentro sentido —dijo Merriweather—. Lo que convierte al hombre en amante no es el peso, sino las circunstancias. El más dulce de los amantes, diría yo, es el hombre cuya vida está a punto de concluir y que decide despedirse de este mundo mediante el acto amoroso, pasando al otro en el momento culminante.

—Bien, en ese caso —dijo McEvoy— es vuestro deber para con Inglaterra dar respuesta a esto. Lo que propongo es lo siguiente: que cada uno de vosotros ponga toda la carne en el asador esta misma noche y que Joan le cobre ocho guineas a quien nombre perdedor. De tal modo el vencedor gana gloria para sí y los suyos, y por añadidura, el haber holgado; los perdedores ganan de todos modos el haber holgado —haber holgado, ay, por partida doble—; y mi mujercita y yo salimos ganando que, en vez de mondongo, comemos chuletas por un día. ¿Hecho?

—Por mí, no —dijo Tom—. Es la lujuria una actividad lamentable que convierte al hombre en un animal esclavizado en el momento de abrazar a su amante y en un vegetal dolorido después.

—Por mí, tampoco —dijo Dick—, pues si tuviera ocho guineas me pagaría tres putas y una botella de madeira y me correría una orgía definitiva antes de que mi vida acabara.

—Cielos, nadie quiere, menos yo —dijo Ben—, y de buen grado, por demás, pues en estos dos últimos meses tu Joan Toast no ha recibido nada del buen Ben.

—Ni quiero volver a recibir nada más —juró alegremente Joan—, pues no eres más que una sudadera pestilente, sí, señor. Valdrá con lo que recuerdo de nuestro último encuentro, cuando salí tan magullada y maltratada como si fuera una perra que

se hubiera metido en la pocilga de un verraco y necesité que me trataran con linimento para eliminar el dolor, y con baños calientes para borrar el olor. En cuanto a la apuesta, puede quedar reducida al señor Cooke frente a un sí o un no.

—Así sea —dijo Ben, encogiéndose de hombros— aunque de haber sabido cuando ejercía de semental que se me iba a juzgar, habría puesto al descubierto que tengo más de toro que de verraco, y puede que hubiera llegado a Minotauro. ¿Tú qué dices, Ebenezer?

Ahora bien, Ebenezer había seguido toda aquella broma con suma atención y tal vez hubiera tomado parte en la misma de no ser porque en su nutrido repertorio no encontró ningún estilo inmediatamente utilizable. Entonces, cuando Joan Toast lo tocó, la mano que ella tocaba se estremeció como si estuviera galvanizada, y en aquel momento Ebenezer sintió que el alma se le elevaba para dar una respuesta. ¿No había demostrado Boyle y enseñado Burlingame que la atracción eléctrica tiene lugar en el vacío? Bien, pues allí estaba Boyle representado en aquel poeta vacío: la picara muchacha ejercía una extraña atracción sobre él, haciendo saltar una chispa del vacío de su personalidad. Ebenezer, súbitamente, sintió dentro de sí un ardor y un zumbido.

Mas, ¿lograba aquel agujoneo dotar de entidad a nuestro hombre? Al contrario: cuando Ebenezer vio en qué dirección derivaba la chanza y oyó a McEvoy formular la apuesta, el ardor y el zumbido no hicieron sino aumentar; su inteligencia corrió enloquecida, sin meta alguna, cual rata despavorida, sin ser capaz de hacerse con la situación. Su sensibilidad toda entró en erección; sintió que se acercaba el momento cuando todas las miradas se volvieron hacia él, portando una pregunta a la que esperaban que él diera respuesta. Fue el tiempo de espera, junto con el estremecimiento que sintió cuando le tocó Joan, y la urgencia por encontrar una cara con que afrontar la apuesta lo que le hizo sentir vértigo a Ebenezer cuando sus orejas oyeron decir a Ben: «¿Tú qué dices, Ebenezer?», y sus dos ojos vieron diez que lo miraban, aguardando una respuesta.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —Tenía la tráquea obstruida por el exceso de alternativas; pero si él empujaba una hacia arriba como si fuera un eructo a baja presión, las demás la succionaban, quitándole el gas. Las miradas revelaban una curiosidad creciente; las sonrisas cambiaron de carácter. Ebenezer enrojció, no de vergüenza, sino por la presión interna.

—¿Qué te duele, amigo? —McEvoy.

—¡Pero habla, hombre! —Ben Oliver.

—¡Truenos! ¡Va a estallar! —Dick Merriweather.

A Cooke se le agitó una ceja. Una comisura de la boca le temblaba. Abría y cerraba las manos y la boca, y el esfuerzo casi le hace vomitar, pero todo se quedó en arcadas, fue un parto en falso: de allí no salió persona alguna. Ebenezer boqueaba y sudaba.

—Gah —dijo.

—¡Rayos! —Tom Trent—. ¡Está enfermo! ¡Son los vapores! A este tío le hace falta un enema.

—Gah —volvió a decir Ebenezer, y a continuación se quedó completamente rígido y no dijo más ni movió un solo músculo.

Para entonces los demás clientes de la taberna ya habían reparado en su comportamiento y se había formado un corro de curiosos en torno a él, que seguía sentado, rígido como una estatua.

—¡Venga, suéltalo ya! —le instó uno, chascando los dedos, casi rozándole la cara.

—A lo mejor es que el vino lo ha atascado —sugirió un guasón y le retorció al poeta la nariz, también sin efecto—. Sí —afirmó—, está anegado en vino. Fijaos bien, ¡éste es el destino que nos aguarda a todos nosotros!

—Si tú lo dices —dijo Ben Oliver con una sonrisa burlona—: Yo sostengo que es *un* simple caso de parálisis por miedo y reclamo la victoria por incomparecencia. ¡Y sanseacabó!

—Sí, pero ¿tú que beneficio sacas? —preguntó Dick Merriweather.

—¿Cuál sino la compañía de Joan Toast? —rio Ben, soltando de un manotazo tres guineas en la mesa—. Por tu honor en tanto que juez, John McEvoy, ¿me rechazas? Comprueba mis monedas, compañero: el sonido demostrará que son auténticas, como las de cualquier hijo de vecino, y además, hay tres.

McEvoy se encogió de hombros y miró interrogativo a su Joan.

—Nada de culos de cerdo —dijo ella, y aspiró brevemente por la nariz. Se levantó con brusquedad de la silla y haciéndole un guiño a los presentes echó los brazos al cuello de Ebenezer y le acarició la mejilla—. ¡Ah, cariñito, pichoncito mío! —le arrulló—. ¿Vas a dejarme a merced de esa bola de sebo para que me unte de manteca como si fuera una pobre perdiz? ¡Sálvame!

Pero Ebenezer seguía sentado, sin conmovearse ni moverse.

—La carne no es cosa tuya —dijo Ben—. Lo tuyo es el palo del asador.

—¡Huy! ¡Huy! —gritó Joan, como si se sintiera aterrorizada, y, encaramándose a su regazo, hundió el rostro en el cuello de Ebenezer—. ¡Estoy temblando de miedo!

La concurrencia daba gritos de regocijo. Joan agarró con las manos las enormes orejas de Ebenezer y acercó hacia sí su rostro, hasta que las narices de ambos se tocaron.

—¡Llévame contigo! —le imploró.

—¡Al asador con ella! —instó un mirón—. ¡Rocía bien a esta lagartona!

—¡Sí! —dijo Ben, haciéndole a Joan gestos de que se acercara, torciendo el índice—. ¡Vente ya, corazoncito!

—Si eres hombre y poeta, Eben Cooke —le recriminó Joan, poniéndose en pie de

un salto y gritándole al oído—, te conmino a que iguales con el tuyo el oro de ese canalla y zanes el asunto. Si no hablas y te portas como un hombre, soy de Ben, y a ti, ¡que te den morcillas!

Ebenezer dio un ligero respingo y, súbitamente, se puso de pie, pestañeando tal y como si se acabara de levantar de la cama. Le temblaban las facciones y, alternativamente, palidecía y enrojecía, mientras abría la boca, disponiéndose a hablar.

—Esta misma mañana mi padre me ha mandado cinco guineas con un recadero —dijo débilmente.

—Eres tonto —dijo Dick Merriweather—. Sólo te pide tres, y si hubieras hablado antes te hubiera costado sólo dos.

—¿Subes tú también dos monedas, Ben? —preguntó John McEvoy, que había observado todo el proceso con serenidad.

—¡Naturalmente que no! —saltó Joan—. ¿Es que estamos en una subasta de caballos y yo soy una yegua que se ha de llevar el mejor postor? —Cogió a Ebenezer cariñosamente por el brazo—. Basta con que iguales las tres guineas de Ben, pichoncito mío, y no se hable más de ello. Se está acabando la noche y estoy harta de toda esta burla lasciva.

Ebenezer papaba moscas. Después tragó saliva y movió todo el cuerpo.

—Aquí no puedo igualarlas —dijo—, porque sólo tengo una corona en la bolsa. —Miró en derredor, la mirada extraviada—. Tengo el dinero en mis habitaciones —añadió, tambaleándose como si se fuera a desmayar—. Venid conmigo allí y será todo para vos.

—¡Oye, éste no tiene un pelo de tonto! —dijo Tom Trent—. ¡Sabe lo que se trae entre manos!

—¡Menudo judío que está hecho! —convino Dick Merriweather.

—*Más vale pájaro en mano que ciento volando.* —Ben Oliver se rio e hizo tintinear sus tres guineas—. Es una broma de mal gusto, aparte de un fraude, tender trampas a mujeres honestas para buscarles la ruina. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

—No le hagas ningún caso a ese zopenco —dijo Joan.

Ebenezer volvió a trastabillar y varios de los presentes soltaron risitas.

—Yo os juro... —empezó a decir.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —exclamó Ben una vez más, haciéndole un gesto a Ebenezer con uno de sus dedos gordezuelos, para delicia de la concurrencia.

Ebenezer lo volvió a intentar de nuevo, pero sólo fue capaz de levantar la mano y dejarla caer.

—¡Apartaos! —advirtió alguien con inquietud—. ¡Se está volviendo a poner tieso!

—¡Qué vergüenza! —rugió Ben.

Ebenezer miró un segundo a Joan Toast con los ojos desorbitados, y acto seguido, dando bandazos a toda velocidad, cruzó la estancia y salió de la taberna.

7. LA CONVERSACIÓN QUE TUVO LUGAR ENTRE EBENEZER Y LA PUTA JOAN TOAST, INCLUYENDO EL CUENTO DE LA GRAN SANGUIJUELA MACHO

Después de tanto ajetreo lo normal hubiera sido que Ebenezer se pasara varias horas reflexionando, inmóvil, en su habitación. Tenía por costumbre (pues accesos de rigidez como el que le sobrevino en Locket's no eran nuevos para él), una vez recuperado, sentarse ante el escritorio, espejo en mano, y contemplar fijamente, con mirada inexpresiva, su propio rostro, que sólo se estaba quieto durante aquellos trances. Pero en esta ocasión, aunque sí que efectuó el vis a vis, la cara que contemplaba era cualquier cosa menos algo vacío: por el contrario, en lugar del semblante inexpresivo cual de lechuza que siempre contemplaba, veía ahora un tumulto como de golondrinas revoloteando en torno a una chimenea; así como en otras ocasiones escuchaba en el interior de su cabeza un murmullo cósmico, como si su cráneo fuera una caracola varada, ahora sudaba, se ponía colorado y le sobrevenían, incomprensiblemente, cuarenta sueños distintos. Estudió las orejas que tocara Joan Toast, como si al estudiarlas pudiera volver a sentir en ellas aquel hormigueo, y como no lo conseguía, por más que lo intentaba, reconoció alarmado que ahora aquellas manos le tocaban el corazón.

—¡Oh, Dios! —dijo en voz alta—. ¡Si hubiera aceptado la apuesta!

El timbre viril de su voz lo detuvo. Además, era la primera vez en su vida que hablaba para sí en voz alta, aunque no se sintió turbado.

—¡Si tuviera otra oportunidad —se dijo a sí mismo— no me dolerían prendas, la aprovecharía! ¡Señor, qué agitación han levantado en mí esos ojos! ¡Qué acaloramiento, esos pechos!

Volvió a coger el espejo, compuso el rostro e inquirió: ¿Quién eres *ahora*, oh, extraño sujeto? Fíjate; te hierve la sangre, veo que tu alma tiembla. ¡Si Joan Toast quiere averiguar a qué sabe un hombre de verdad, aquí es donde puede hacerlo esa muchacha!

Se le ocurrió volver a Locket's en busca de Joan, por si no hubiera sucumbido a las súplicas de Ben Oliver. Pero, en primer lugar, no le hacía mucha gracia volver a ver a sus amigos tan poco tiempo después de su huida, y en segundo lugar...

—¡Maldita sea mi inocencia! —se lamentó Ebenezer, dando un puñetazo encima de unos papeles en blanco que había en el escritorio—. ¿Qué conocimiento tengo yo de semejantes cosas? ¿Y si se hubiera venido conmigo? ¿Entonces, qué?

—Sin embargo, ahora o nunca —se dijo, lúgubre, a sí mismo—. Esta tal Joan Toast ve en mí algo que jamás ha visto mujer alguna, ni yo tampoco: un hombre

como los demás. Y yo creo que ha hecho de mí un hombre, pues ¿cuándo he conversado yo conmigo mismo? ¿Cuándo me he sentido tan poderoso? ¡A Locket's —se ordenó a sí mismo— o virgen a la tumba!

No obstante, no se levantó, sino que se abandonó a ensueños lujuriosos y complicados, imaginando rescates y agradecimientos, naufragios o epidemias de peste a los que sobrevivían ellos dos; secuestros, fugas y asaltos violentos; y, el ensueño más dulce de todos, en el que alcanzaba gran fama y se mostraba despreocupadamente indulgente. Cuando por fin comprendió que no iba a ir a Locket's de ninguna manera, sintió un inmenso aborrecimiento de sí mismo y, desesperado, regresó al espejo.

Se calmó al ver el rostro que allí se reflejaba.

—¡Eh, tío raro! ¡Uh! ¡Uh! ¡Oye, yuju, yuju! ¡Fa! ¡La!

Miró de reojo y le hizo muecas al espejo, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, y entonces, agotado, hundió el rostro entre sus luengos brazos. Enseguida se quedó dormido.

Transcurrido un tiempo difícil de precisar, llamaron abajo, en el portal, y antes de que Ebenezer estuviera lo bastante despierto como para preguntarse quién sería, abrió la puerta de su habitación su criado, Bertrand, enviado por su padre hacía pocos días. El tal Bertrand era un solterón de cuarenta y muchos años y rostro enjuto a quien Ebenezer apenas conocía, pues Andrew lo contrató cuando él estaba todavía en Cambridge. Llevaba consigo, cuando llegó de la propiedad de Saint Giles, en un sobre lacrado, la siguiente nota de Andrew:

Ebenezer:

El portador de esta nota es Bertrand Burton, sirviente mío desde 1686, y ahora tuyo si lo quieres. Es un individuo bastante diligente, si bien un tanto presuntuoso, y hará de ti un buen hombre si lo mantienes en su sitio. La señora Twigg y él se llevaban mal, hasta tal punto que tuve que elegir entre despedirlo a él o perderla a ella, sin quien no sabría gobernar mi casa. Aun así, considerando que era muy duro despedir sin más ni más a alguien cuyo solo defecto es que, aunque nunca olvida su trabajo, a menudo olvida cuál es su lugar, he resuelto transferirlo de mi servicio al tuyo. Pagaré su salario del primer trimestre; después de eso, si lo quieres, presumo que el puesto que tienes con Paggen te permitirá mantenerlo.

Aunque el sueldo que le pagaba por entonces Peter Paggen, que, por cierto, seguía siendo el mismo de 1688, apenas le llegaba para su propia manutención, Ebenezer, de todos modos, aceptó el servicio de Bertrand, al menos durante los tres meses que no le iba a costar nada. Afortunadamente, la habitación contigua a la suya estaba entonces desocupada, así que Ebenezer acordó con el propietario que Bertrand se alojara allí, donde siempre lo tendría a mano.

En aquel momento entró el criado en la habitación, con gorro y camisón, todo guiños y sonrisas, y dijo:

—Una dama quiere veros, señor. —Y, para gran sorpresa de Ebenezer, hizo pasar a Joan Toast al cuarto.

—Me retiraré enseguida —anunció Bertrand, haciendo otro guiño, y los dejó antes de que Ebenezer se recuperara lo bastante como para protestar. Se sentía sumamente azarado y no poco alarmado de verse a solas con ella, pero Joan, que no estaba turbada ni un ápice, se acercó hasta él, que estaba sentado ante la mesa del escritorio y lo besó levemente en la mejilla.

—No digas ni media palabra —le ordenó, quitándose el sombrero—. Sé bien que llego tarde y te pido perdón.

Ebenezer siguió sentado, mudo, demasiado asombrado como para hablar. Joan avanzó alegremente hacia las ventanas, corrió las cortinas y empezó a desvestirse.

—¡La culpa es de tu amigo Ben Oliver, con sus *tres* guineas y sus *cuatro* guineas y sus *cinco* guineas y sus dos manazas encima de mí, venga a sobarme! Pero no podía subir un chelín por encima de tus cinco guineas, o no quería, y puesto que tú fuiste el primero en ofrecerlo, me he deshecho de ese bestia con la conciencia tranquila.

Ebenezer la miraba fijamente; la cabeza le echaba humo.

—¡Vamos, ven ya, mi vida! —dijo enseguida Joan y se volvió hacia él completamente desvestida—. Pon tus guineas encima de la mesa y metámonos en la cama. ¡A fe mía que hace fresquito! ¡Brrr! ¡Vamos, salta ya! —Saltó ella a la cama y se acurrucó bajo la colcha, recogéndola alrededor del cuello.

—¡Vamos, ven! —volvió a decir, con un poco más de brío.

—¡Ah, Dios, no puedo! —dijo Ebenezer con el rostro extático y la mirada perdida.

—¿Que no puedes qué? —exclamó Joan, retirando la colcha y sentándose, alarmada.

—No puedo pagaros —declaró Ebenezer.

—¡Que no puedes pagarme! ¿Qué broma es ésta, Eben Cooke? ¡No te burles de mí, después de que he desdeñado a Ben Oliver y sus cinco guineas de oro. Saca ya tu dinero, quítate los calzones y no me gastes bromas!

—No es ninguna broma, Joan Toast —dijo Ebenezer—. No os puedo pagar ni cinco guineas ni cuatro ni tres. No os puedo pagar ni un chelín. Mejor dicho, ni siquiera un cuarto de penique.

—¿Qué? ¿Así pues estás sin blanca? —Lo asió por los hombros, como si fuera a zarandearlo—. ¡Vive el cielo, abre bien esos enormes ojos de vaca para que te los pueda arrancar de las órbitas! ¿Crees que se me puede tomar el pelo así como así? —Sacó las piernas por un lateral del catre.

—¡No, no, señora! —exclamó Ebenezer, postrándose ante ella de rodillas—. No; tengo las cinco guineas y más... Pero ¿cómo tasar lo que no tiene precio? ¿Se puede comprar el cielo sólo con oro? ¡Ah, Joan Toast, no me pidáis que os abarate de ese modo! ¿Acaso Tetis, la de los pies de plata, compartió el lecho con Peleo, padre de Aquiles, a cambio de oro? ¿Creéis vos que Venus y Anquises efectuaron sus trabajos

de amor pensando en cinco guineas? ¡No, dulce Joan, no debe el hombre buscar en el mercado los favores de una diosa!

—Que las alcahuetas extranjeras lleven su negocio como les plazca —dijo Joan, algo más calmada—. Son cinco guineas la noche, por esta vez, y se paga antes de jugar. Si te parece barato, alégrate de la ganga: a mí me da lo mismo. ¡Menudo humor se me ha puesto cuando has dicho eso de *ni siquiera un cuarto de penique!* Casi te salto encima. Vamos, vente ya y reserva tus agudezas para escribir un soneto de amor por la mañana.

—Ah, Dios santo, Joan, ¿es que no queréis ver? —dijo Ebenezer, aún postrado de rodillas—. El ferviente deseo que me inspiráis no tiene por fin la meta vulgar que acaso buscan otros: semejante lascivia la dejo para los simples puteros glotones, como Ben Oliver. ¡Lo que deseo fervientemente de vos no se puede comprar!

—¡Ajá! —dijo Joan, sonriendo—, así que se trata de una cuestión de gustos extraños, ¿no? No lo hubiera adivinado, con la pinta de honrado que te gastas, mas no creas tan luego que es algo descartado. Bien sé yo que *hay más de un camino para llegar al bosque*, y si no hay que trabajar en demasía ni causa daño duradero, qué demonios, para mí es mera cuestión de precio, señor mío. Explícame tu juego que yo fijaré un precio.

—¡Joan, Joan, no habléis más así! —dijo Ebenezer, sacudiendo la cabeza—. ¿Es que no veis que se me desgarran el corazón? Lo pasado, pasado está: me es insoportable siquiera pensar en ello, cuanto más oírlo de vuestros dulces labios. Querida niña, os juro en este punto que soy virgen, y así como yo acudo a vos puro y sin mácula, así mi espíritu os ve a vos acudir a mí; no habléis de dónde habéis ido antes. ¡No! —dijo admonitorio, pues a Joan se le había abierto la boca de asombro—. ¡No, ni una sola palabra sobre eso, pues ya está hecho y ha pasado! ¡Joan Toast, os amo! ¡Ah, eso os sorprende! ¡Sí, juro por Dios que os amo, y era para declarároslo que os quería aquí! ¡No habléis más de vuestro horrible comercio, pues amo vuestro dulce cuerpo hasta lo indecible y el dulce espíritu que aquél tan bellamente alberga hasta lo inimaginable!

—Eben Cooke, es una broma fuera de lugar que te tildes de virgen —dijo Joan, llena de dudas.

—Pongo a Dios por testigo —juró Ebenezer— de que jamás he conocido carnalmente a mujer alguna hasta esta noche, y que jamás me he enamorado de ninguna.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —preguntó Joan—. Pero si cuando yo era un comino de nada, que aún no había cumplido los catorce y era inocente frente a la villanía del mundo, recuerdo que una vez me puse a decir a voces en la mesa que me había venido una extraña pérdida de sangre, preguntando de qué estaba enferma y pidiendo que mandaran rápido a por sanguijuelas. Y todos se rieron e hicieron burlas

extrañas, pero nadie me dijo cuál era la causa de aquello. Entonces mi tío Harold, que era joven y soltero, se me acercó aparte, me besó en los labios, me acarició el pelo y me dijo que a mí no me hacía falta una sanguijuela común, puesto que ya estaba perdiendo mucha sangre, y que lo que tenía que hacer cuando cesara la pérdida era acudir a él en secreto, pues tenía en sus habitaciones una gran sanguijuela macho como jamás me había mordido ninguna igual, y cuya virtud consistía en que, por medio de unas dulces infusiones, me haría recuperar lo perdido. Me creí sin dudar todo lo que me contó, pues era mi favorito, más que un tío era un hermano para mí, y por lo tanto no le dije nada a nadie, sino que en cuanto desapareció la maldición que me aquejaba, me fui directamente a su dormitorio, tal como él había prescrito.

»—¿Dónde está la gran sanguijuela macho? —le pregunté.

»—La tengo preparada —dijo él—, pero le da miedo la luz, así que sólo funciona a oscuras. Prepárate tú —dijo— y yo te aplicaré la sanguijuela donde procede.

»—Muy bien —dije yo—, pero tienes que decirme cómo me tengo que preparar, Harold, porque no entiendo nada de sanguijuelas.

»—Desnúdate —dijo— y échate en la cama.

»—Y de aquel modo, alma simple que era yo, me quedé completamente desnuda delante de él y me eché en la cama, como me dijera —yo, una mocosa flacucha, todavía sin pechos ni vello— y él apagó la vela.

»—¡Ah, querido Harold! —exclamé—. Ven y échate en la cama a mi lado, te lo ruego, pues me da miedo el mordisco que me va a dar tu gran sanguijuela en la oscuridad.

»Harold no respondió, sino que enseguida se vino a la cama conmigo.

»—¿Cómo es esto? —dije, al sentir su piel encima de mí—. ¿Es que tú también te vas a poner la sanguijuela? ¿También has perdido sangre?

»—No —rio él— es que es así como se aplica mi sanguijuela. Ya te la tengo preparada, querida niña, ¿estás lista?

»—¡No, querido Harold —dije—, tengo miedo! ¿Dónde me va a morder? ¿Me va a doler mucho?

»—Te morderá donde debe —dijo Harold— y el dolor te durará sólo un momento; después te dará bastante gusto.

»—Ah, bueno —suspiré—, entonces que duela y pasemos al gusto con toda rapidez. Pero, por favor, cógeme de la mano para no gritar cuando me muerda el bicho.

»—No vas a gritar —dijo entonces Harold— porque te besaré.

»—Y al punto me abrazó y me besó con fuerza, tapando con su boca la mía y, mientras nos besábamos, sentí de pronto la temible picadura de la gran sanguijuela macho. ¡Y dejé de ser doncella! Al principio lloré, no sólo por el dolor, del que él me había advertido, sino porque me alarmaba lo que había descubierto sobre la

naturaleza de la sanguijuela. Mas, tal y como Harold prometiera, el dolor se esfumó pronto, y su gran sanguijuela macho arremetió picadura tras picadura hasta casi despuntar el sol; para entonces, aunque yo no estaba ni muchísimo menos cansada de sanguijuelear, a mi Harold ya no le quedaba sanguijuela para seguir, sino sólo una pobre cucaracha o una simple hormiga, incapaz de hacer aquella labor y que se escabulló con las primeras luces. Entonces fue cuando aprendí la rara virtud que posee este animal: es como la picadura de una pulga, cuanto más te rascas, más te quieres rascar; así también, una vez me hubo picado aquella criatura, yo sólo deseaba que me volviera a picar más veces, y andaba siempre tras el pobre Harold y su sanguijuela, igual que un comedor de opio tras su redoma. Y aunque desde entonces me han picado sanguijuelas de todas clases y tamaños (ninguna más temible ni más voraz que la de mi buen John), sigo siendo presa de un deseo insaciable, hasta tal punto que todavía me estremezco cuando pienso en la gran sanguijuela macho.

—¡Deteneos, os lo suplico! —imploró Ebenezer—. ¡No soporto oír más! ¡Y encima le llamáis «querido tío» y «pobre Harold»! ¡Ah, el muy bellaco, el muy canalla, engañaros así a vos, que le amabais y confiabais en él! ¡Más que tratamiento hubo aprovechamiento, y donde postró vuestro cuerpo virginal para siempre fue en el lecho de la prostitución! ¡Lo maldigo junto con toda su estirpe!

—Lo dices con regodeo —sonrió Joan—, como alguien a quien le gustaría hacer lo mismo con fuego en la mirada y sudor en el culo, si se encontrara a una niña tan cariñosa como yo. No, Ebenezer, no denuestes a mi pobrecillo Harold, que ya lleva varios años bajo tierra por culpa de unas fiebres que le vinieron de agitarse acaloradamente en alcobas frías. Es lo que yo digo, está en la naturaleza de la sanguijuela el picar y en la de quien tiene sanguijuela el querer picar, y lo que me asombra e intriga, puesto que son tantos los que ansían darle a la sanguijuela y ni la mejor de todas tiene alimento bastante, ¿cómo es posible que la tuya lleve, según afirmas, treinta años sin probar bocado? Pues, qué, ¿no eres más que un holgazán de tomo y lomo? ¿O por ventura perteneces a esa extraña especie que sólo desea a los de su propio sexo? ¡Es algo que no alcanzo a comprender!

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Ebenezer—. Soy hombre en espíritu, además de en cuerpo, y mi inocencia no es del todo algo que yo haya elegido. Antes de ahora he estado bastante dispuesto, pero para moler el grano es menester mortero amén de maja; no hay hombre que ejecute solo la danza de las campanillas y hasta esta noche jamás mujer alguna me miró con buenos ojos.

—¡Mi madre! —dijo Joan, riéndose—. ¿Acaso va la oveja tras el carnero o la gallina tras el gallo? ¿Acude por ventura el campo hasta el arado para que éste lo labre, o busca la vaina a la espada para enfundarse? ¡Tú ves el mundo culo arriba!

—Eso lo concedo —suspiró Ebenezer—, mas no sé nada del arte de la seducción ni tengo paciencia para ello.

—¡Bah! ¡No cuesta gran cosa llevarse a una mujer a la cama! Te juro que, en lo tocante a la mayoría, todo lo que ha de hacer el hombre es pedirselo llana y cortésmente, sólo que los hombres no saben hacer eso.

—¿Cómo es posible? —exclamó Ebenezer atónito—. ¿Tan depravadas son las mujeres?

—No —dijo Joan—. No creas que nos apetece a todas un puro y simple meneo, como les pasa siempre a los hombres; para nosotras suele ser un placer, rara vez, una pasión. Sin embargo, entre que los hombres se pasan la vida jadeando detrás de nosotras como sabuesos en pos de una perra salida, y suplicándonos que depongamos nuestra virtud y nos demos un revolcón con ellos, pese a lo cual, si accedemos, nos desprecian por putas y por guarras; entre que nos conminan a ser fieles a nuestros maridos y, no obstante, no pierden ocasión de ponerles los cuernos a sus más íntimos amigos; entre que nos instan a preservar nuestra castidad, y, sin embargo, la asaltan desde todos los ángulos, en todos los callejones, carruajes y salones; entre que se aburren enseguida de nosotras si no nos mostramos fogosas a la hora de holgar, y, sin embargo, nos sermonean por pecadoras si lo hacemos; entre que por un lado se inventan moralejas y por el otro son violadores y, en general, nos predicán la virtud al tiempo que tratan de arrastrarnos al vicio..., entre tanto tira y afloja, digo, las mujeres estamos siempre hechas un lío, confundidas, baqueteadas y divididas entre lo que deberíamos hacer y lo que nos gustaría hacer, y es tan completa nuestra confusión que de un minuto para otro nunca sabemos qué pensar del asunto ni cuánta licencia podemos tomarnos; de modo que si un hombre empieza con el consabido pavoneo, las caricias y los pellizcos, puede que nos lo quitemos bruscamente de encima (si no nos tira al suelo y nos ataca usando de su fuerza física); y si nos deja totalmente en paz, nos sentimos tan felices y aliviadas que no nos atrevemos ni a movernos; pero si alguna vez se diera el caso de que se nos acercara un hombre con ánimo de honesta amistad y nos mirara como a seres humanos, iguales a él, y no como un culo y unas tetas, con ojos que no fueran de semental y, tras charlar cortésmente un rato, nos propusiera holgar cordialmente con él, como quien propone echar una partida de whist (en lugar de invitarnos a jugar al whist con tanta lascivia como si nos estuviera invitando a ir a la cama)...., si alguna vez se diera el caso, digo, de que un hombre aprendiera a hacer una solicitud semejante de semejante manera, el catre se le rompería bajo el peso de mujeres agradecidas y él encanecería antes de tiempo. Pero en realidad eso es algo que jamás sucederá —concluyó Joan—, pues ello significaría recibir a un compañero y no tomar a un vasallo: el hombre no codicia el mero juego, sino la *conquista*, de lo contrario, los que se dedican a mariposear serían tan raros como la peste, en lugar de ser tan normales como la sífilis. Límitate a pedirlo, Ebenezer, con cordialidad y cortesía, igual que le pedirías un pequeño favor a un buen amigo, y rara vez se te negará lo que pidas. Pero es preciso que lo pidas, de lo

contrario, sentiremos un alivio tan grande al ver que no se nos presiona para conseguirlo que las mujeres te pasaremos por alto.

—En verdad —admitió Ebenezer, sacudiendo la cabeza— que jamás hasta ahora había reparado en lo triste que es el destino de las mujeres. ¡Los hombres somos unos seres bestiales!

—¡Ah, bueno! —suspiró Joan—, a mí me trae bastante sin cuidado, menos cuando me da por pensarlo: las putas pierden poco sueño por causa de tales lindezas. A mí mientras me venga un hombre que lleve en la bolsa lo que cobro, huela un poco mejor que un curtidero y me deje en paz al llegar la mañana, no le diré que no ni le dejaré ir descontento de su desembolso. Y los vírgenes me gustan más que a un niño un cachorro recién regalado; les hago ponerse de pie y mendigar mis favores o que se tumben, haciéndose el muerto. ¡Así que no estés más de rodillas y a la cama antes de que te cojas unas cuartanas con la corriente! ¡Te voy a enseñar unos cuantos trucos!

Así diciendo Joan extendió los brazos hacia Ebenezer, y éste, poniéndose súbitamente a sudar y a tropezarse como un ganso, a resultas del conflicto que libraban su ardor y las frías corrientes de marzo en medio de las cuales se había pasado un cuarto de hora arrodillado, la abrazó fervientemente.

—Santo Dios, ¿es eso cierto? —exclamó—. ¿Cabe en verdad un asombro mayor, alcanzar tan de repente lo que se ha estado anhelando sin esperanza como un sueño? ¡Corazón mío, qué aturdimiento! ¡No me salen las palabras! ¡Me fallan los brazos!

—Que no te falle la bolsa —comentó Joan—; el resto déjame a mí.

—¡Ante Dios declaro que os amo, Joan Toast! —gimió Ebenezer—. ¿Es posible que sigáis pensando en la sucia bolsa?

—Tú límitate a pagarme mis cinco guineas antes de empezar —dijo Joan—, y después ámame ante Dios o ante los hombres, a mí eso me da igual.

—¡Acabaréis llevándome a la casa de locos con vuestras cinco guineas! —dijo Ebenezer a voces—. ¡Os amo como jamás hombre alguno amó a una mujer, lo juro, y preferiría estrangularos o ser yo mismo estrangulado antes de hacer de mi amor un mero comercio carnal con vuestras condenadas cinco guineas! ¡Seré vuestro vasallo; huiré con vos por las costas de la tierra! ¡Deposito cuerpo y alma en vuestras manos sólo por amor; pero no consentiré en que seáis mi ramera mientras me quede aliento!

—¡Ah, o sea, que a fin de cuentas es todo un fraude y un engaño! —gritó Joan, echando fuego por los ojos—. ¿Crees que a mí se me da el pego con ese lenguaje pomposo y tanta cháchara sobre el amor y la castidad? ¡Te digo que pagues mi tarifa, Eben Cooke, o en este mismo instante me voy para siempre jamás; y vas a maldecir más de una vez tu tacañería cuando se entere de esto mi Johnny McEvoy!

—No puedo —dijo Ebenezer.

—¡Entonces que sepas que te desprecio por canalla y por imbécil! —Joan se levantó de la cama de un salto y echó mano a sus ropas.

—¡Y vos sabed que os amo por ser mi salvadora y mi inspiración! —repuso Ebenezer—. Pues hasta esta noche en que habéis venido a mí, jamás fui hombre, sino un mero patán chocho y un currutaco; y hasta el momento en que os abracé jamás había sido poeta, sino poetastro fatuo y huero. Con vos, Joan, ¿qué proezas no ejecutaré? ¿Qué versos no escribiré? Mejor dicho, si persistiendo en vuestro error me despreciarais y ya jamás volvierais a poner los ojos en mí, os amaría igualmente y de mi amor obtendría fuerza y determinación. Pues es tan fuerte que, aun sin ser correspondido, será capaz de sostenerme e inspirarme; mas quiera Dios daros inteligencia para que lo comprendáis, aceptéis y correspondáis, pues entonces vos, por fuerza, qué digo vos, el mundo escucharía versos tales como jamás se han dejado oír, y nuestro amor se alzaría como ejemplo y modelo para todas las épocas. Despreciadme, Joan, que entonces seré un loco egregio, un don Quijote que se tambalea por causa de su ignorante Dulcinea; pero aquí os desafío (si tenéis la vida y el fuego y el ingenio suficientes) a que me améis sinceramente, como yo os amo a vos, y entonces lucharé contra gigantes de verdad, y los sojuzgaré. Amadme y os juro lo siguiente: ¡Yo seré Poeta Laureado de Inglaterra!

—Me da la impresión de que no hay que esperar para llevarte a la casa de locos —le espetó Joan, abrochándose el vestido—. Y por lo que respecta a mi ignorancia, prefiero ser necia antes que canalla, y con todo, canalla antes que loca, y en verdad que creo que tú eres las tres cosas en el mismo pellejo. Puede que yo sea lo bastante mentecata como para no entender esta pasión grandiosa de la que tantas protestas haces, pero tengo el suficiente sentido común como para darme cuenta de cuándo se me toma el pelo y se me estafa. De esto se entera mi John.

—¡Ah, Joan, Joan! —imploró Ebenezer—. Así pues, ¿sois entonces indigna? Pues yo os proclamo solemnemente que jamás ningún otro hombre os ofrecerá un amor semejante.

—Ofréceme la tarifa que en justicia me corresponde y no le diré ni palabra a John: el resto del ofrecimiento puedes volver a guardártelo en el sombrero.

—Así pues —suspiró Ebenezer, aún transportado—, sí sois indigna. Así sea, si debe ser: no os amo menos por eso ni por los sufrimientos a los que en vuestro nombre daré la bienvenida.

—¡Así cojas el mal francés^[7], que entonces sufrirás, grandísimo asno! —replicó Joan y salió de la habitación muy acalorada.

Ebenezer apenas reparó en su partida, tan henchido estaba de amor; daba zancadas febriles por el dormitorio, con las manos entrelazadas por la espalda, cavilando acerca de la profundidad y la fuerza de aquel nuevo sentimiento.

—¿Despierto al mundo tras un sueño de treinta años? —se preguntó—. ¿O es ahora cuando empiezo a soñar? ¡Sin duda alguna, jamás ningún despierto sintió un poder tan vertiginoso ni hombre alguno conoció en sueños una vida tan pletórica!

¡Yupi! ¡Una canción!

Corrió a su escritorio, agarró la plumilla y con poco esfuerzo caligrafió la siguiente canción:

Ni Príamo por la ciudad de Troya asolada,
ni Andrómaca por su terne hijo desolada,
ni Ulises por Penèlope la casta
profesaron, querida Joan, el amor que yo os profeso.
Pero así como Semele premió a Endimión
y Fedra al dulce Hipólito, hijo de su corazón,
por ser él virgen, así yo os ruego, beldad
a la que amo, que améis mi castidad.
Pues no es don avaro mi inocencia,
sino que, dada, desafía toda recompensa.
No es gema vulgar, arrebatada a reluciente tesoro,
sino sublime, que arrancada, no es posible remediar su deterioro.
Pues se guardó mi inocencia, guardadme de la noria
de la vida, del tiempo, de la muerte, de la historia.

Sin ella debo respirar del hombre el aliento mortal ¡Comenzar así una vida de la que ha de ser la muerte su final!

Cuando hubo concluido su composición, escribió al final de la página *Ebenezer Cooke, Gentilhombre, Poeta Laureado de Inglaterra*, sólo para ver qué tal quedaba, y tras contemplarlo, se sintió satisfecho.

—Ya no es más que cuestión de tiempo —dijo, muy contento—. A fe mía que es raro encontrar un hombre tan sabio que se conozca a sí mismo: de no ser porque me he mantenido firme ante Joan Toast, es muy posible que jamás hubiera hecho este descubrimiento. ¿Puede decirse entonces que tomé una decisión? ¡No, porque no había ningún yo para tomarla! Fue la decisión la que me tomó a *mí*: una noble decisión, darle más valor al amor que a la lujuria, y si se toma una decisión noble, eso quiere decir que es noble el que la toma. ¿Qué soy yo? ¿Qué soy yo? ¡*Virgen*, señor mío! ¡*Poeta*, señor mío! Soy virgen y poeta; menos y más que mortal; ¡no soy hombre, sino la humanidad! Contemplaré mi inocencia como emblema de mi fuerza y prueba de mi vocación: la mujer que sea digna de ella que la recoja de mí.

En aquel preciso instante el criado Bertrand golpeó con suavidad la puerta y entró, candil en mano, sin darle a Ebenezer ocasión de hablar:

—¿Debo retirarme ya, señor? —preguntó y añadió, haciendo un guiño desmesurado—: ¿O va a haber más visitas?

Ebenezer se ruborizó:

—No, no, ve a acostarte.

—Muy bien, señor. Felices sueños.

—¿Cómo, cómo?

Pero Bertrand, tras hacer otro guiño exagerado, cerró la puerta.

—Verdaderamente —pensó Ebenezer—, este tipo es un presuntuoso.

Volvió al poema y lo releyó varias veces con gesto ceñudo.

—Es una joya —reconoció—, pero le falta el toque definitivo...

Lo escudriñó verso a verso; al llegar a «Profesaron, querida Joan, el amor que yo os profeso», se detuvo, arrugó las cejas enormes, apretó los labios, entrecerró los ojos, se dio golpecitos en un pie y se rascó la barbilla con la pluma.

—Hum —dijo.

Después de pensar un poco, hundió el palillero en la tinta y tachó *querida Joan*, escribiendo en su lugar *mi corazón*. Entonces releyó todo el poema.

—¡Un toque magistral! —afirmó con satisfacción—. Ahora queda perfecto.

8. UN COLOQUIO ENTRE HOMBRES DE PRINCIPIOS, JUNTO CON EL RESULTADO DEL MISMO

Cuando hubo terminado de revisar su poema, Ebenezer lo dejó en la mesilla de noche, se desvistió, se acostó y al poco tiempo cayó en el sueño que había interrumpido la visita de Joan Toast, pues los acontecimientos del día le habían fatigado bastante. Pero una vez más volvía a ser el suyo un sueño agitado (en esta ocasión no era la desesperación, sino su ánimo alterado lo que le inquietaba) que, como antes, duró poco: llevaba entre las sábanas una hora escasa cuando lo volvieron a despertar unos golpes estentóreos en la puerta, a la que se le olvidó echar el pasador tras la partida de Joan.

—¿Quién es? —dijo a voces—. ¡Bertrand! ¡Alguien llama!

Antes de que pudiera encender una luz, sin siquiera haberse levantado de la cama, abrieron la puerta con brusquedad y entró en la habitación, linterna en mano, John McEvoy. Se detuvo junto a la cama y acercó la luz al rostro de Ebenezer. Bertrand, al parecer, dormía, pues no hizo aparición, lo que causó una ligera inquietud a Ebenezer.

—Mis cinco guineas, si tenéis la merced —demandó McEvoy con calma, extendiendo la otra mano.

Al punto, Ebenezer rompió a sudar copiosamente, si bien logró preguntar roncamente, desde el lecho:

—¿Cómo es que os debo dinero? No logro recordar haber adquirido nada de vos.

—No hacéis más que probar vuestra ignorancia del mundo —aseveró McEvoy—, pues el primer principio de la prostitución dice que lo que el hombre compra de la puta no es tanto el culo como su voluntad y su tiempo; cuando alquilan a mi Joan no es asunto suyo ni mío el uso que hagan de ella, mientras se pague la tarifa. Si da la casualidad de que vos preferís hablar en vez de holgar, me parece de idiotas, pero tenéis derecho a hacer el idiota, si es lo que os place. ¡Y ahora, señor, mis cinco guineas!

—Ah, amigo mío —dijo Ebenezer, viniéndooos vagamente a la cabeza la identidad de quien le hablaba—, es preciso que os lo diga, por si Joan no lo ha hecho: ¡estoy perdidamente enamorado de ella!

—Eso da igual, así que pagad la tarifa —contestó McEvoy.

—Eso no puedo —dijo Ebenezer—. El modo mismo en que razonáis sobre el asunto lo descarta. Pues si es cierto, como afirmáis, que lo que convierte a una mujer en puta es el alquiler de su tiempo y de su voluntad, entonces pagaros por el tiempo que Joan pasó aquí sería convertirla en mi puta, pese a que yo no la toqué carnalmente. Y yo no quiero que sea mi puta..., no, ni aunque me torturen. No os guardo rencor, John McEvoy, ni tampoco debéis pensar que soy ruin: tengo oro

bastante y no me da miedo desprenderme de él.

—Entonces pagad la tarifa —dijo McEvoy.

—Mi querido amigo —sonrió Ebenezer—, ¿estáis dispuesto a aceptar cinco, mejor dicho, *seis* guineas mías en calidad de obsequio, sin más?

—Cinco guineas en concepto de tarifa —repitió McEvoy.

—¿A vos qué más os da que yo llame a esa suma regalo en lugar de pago? Tiene el mismo valor en el mercado, os lo garantizo.

—Si da lo mismo —replicó McEvoy— entonces llamadlo tarifa por prostituir a Joan.

—No creáis que a *mí* me da igual —dijo Ebenezer—. ¡Para mí es *muy* distinto! Ningún hombre trata de puta a la mujer que ama, y yo amo a Joan Toast como jamás hombre alguno amó a una mujer.

—¡Ya basta! —dijo McEvoy, burlón—. Cuanto decís demuestra que no sabéis absolutamente nada del amor. No penséis que amáis a Joan Toast, señor Cooke: lo que amáis es vuestro amor, y eso es lo mismo que decir que os amáis a vos y no a mi Joan. Pero da igual que la améis o que holguéis con ella, así que pagad vuestra tarifa. Para ningún otro hombre que no sea yo puede ser Joan otra cosa que una puta; soy un hombre celoso, señor, y aunque podéis comprar la voluntad y el tiempo de mi Joan en calidad de cliente, no os está permitido cortejarla como enamorado.

—¡Por todos los demonios que son unos celos de lo más peregrino, a fe mía! —exclamó Ebenezer—. ¡En mi vida oí nada igual!

—Lo que es decir que no sabéis nada del amor —dijo McEvoy.

Ebenezer negó con la cabeza y afirmó:

—No logro entenderlo, santo cielo, hombre, esa criatura divina, esa visión de todo cuanto es bello en la mujer, Joan Toast... ¡Si es vuestra amante! ¿Cómo podéis permitir siquiera que los hombres le pongan los ojos encima, cuanto menos...?

—¿Cuanto menos, cuanto más? ¡Cuán claro está que os amáis a vos mismo y no a Joan! No hay nada de divino en Joan, amigo mío. Es de barro mortal y tiene sus defectos, como todo el mundo. Y en cuanto a esa visión de que habláis, será la visión lo que amáis, no la mujer. No puede ser de otro modo, pues ninguna de vuestras mercedes conoce a esa mujer, sólo yo.

—¡Y aún así queréis ser su alcahuete!

McEvoy se rio.

—Voy a deciros algo sobre vos mismo, Eben Cooke, y puede que lo recordéis de tarde en tarde: no sólo no sabéis nada del amor, ¡no sabéis nada del *mundo concreto y real*! Os fallan los sentidos; vuestra imaginación bulliciosa os engaña y os llena la cabeza de imágenes insensatas. Las cosas no son lo que parecen, amigo; el mundo es una madeja enredada y hay muchos más nudos de los que suponéis. No entendéis nada de la vida: no diré más.

McEvoy sacó un documento del bolsillo y se lo entregó a Ebenezer.

—Leedlo deprisa y pagad vuestra tarifa.

Ebenezer desdobló el papel y lo leyó con consternación creciente. El encabezamiento rezaba: Al caballero Andrew Cooke segando, y comenzaba así:

Muy señor mío:

Es mi desdichado deber llamar vuestra atención sobre ciertos asuntos lamentables relacionados con el comportamiento de vuestro hijo Ebenezer Cooke...

La nota proseguía diciendo que Ebenezer se pasaba los días y las noches en tabernas, cafés y teatros, bebiendo, yendo de putas, y escribiendo aleluyas, y que no estaba haciendo esfuerzo alguno por procurarse un puesto de provecho para sí, como se le había indicado. Concluía así:

Pongo en vuestro conocimiento tan deplorable estado de cosas no sólo porque tenéis derecho, en tanto que padre del joven Cooke, a saberlo, sino también porque el joven en cuestión ha añadido a sus otros vicios el de atraer jovencitas hasta su dormitorio mediante engaños, prometiéndoles una remuneración generosa, para luego no satisfacer pago alguno.

Como agente de una de las jóvenes defraudadas, resulto ser acreedor del señor Cooke por la suma de cinco guineas, cuya deuda él se niega a honrar pese a que se le han dirigido las súplicas más razonables. Tengo la seguridad de que, en tanto que padre del caballero en cuestión, estaréis interesado en el saldo de esta deuda, bien sea directamente, satisfaciendo la tarifa de la joven, bien indirectamente, convenciendo a vuestro hijo de que salde la deuda antes de que el asunto se vea revestido de una mayor notoriedad. En espera de una comunicación vuestra concerniente a este asunto, queda muy humildemente a vuestra disposición.

Vuestro Seguro Servidor
John McEvoy

—*¡Por los clavos de Cristo, esto es mi ruina!* —murmuró Ebenezer cuando hubo terminado de leer.

—Si se echa al correo, sí —convino McEvoy—. Pero si pagáis la tarifa, vuestra es para que la destruyáis. De lo contrario, tengo la intención de echarla al correo inmediatamente.

Ebenezer cerró los ojos y suspiró.

—¿Es que esto tiene tanta importancia para vos? —dijo McEvoy, sonriendo.

—Sí. ¿La tiene para vos?

—Sí. Tiene que ser dinero de puta.

Ebenezer divisó su poema a la luz de la linterna. Sus facciones iniciaron el baile acostumbrado y luego, calmándose, se volvió hacia McEvoy.

—No puede ser —dijo—. Es mi última palabra. Echad al correo vuestra carta delatora, si esa es vuestra voluntad.

—Así lo haré —afirmó McEvoy, y se levantó, dispuesto a irse.

—Y adjuntad esto, haced el favor —añadió Ebenezer. Arrancando la firma: *Ebenezer Cooke, Gentilhombre, Poeta Laureado de Maryland*, le entregó el poema a McEvoy.

—¡Cuánto valor! —dijo el visitante sonriendo al tiempo que le echaba una ojeada al poema—. ¿Esto qué es? ¿Y *Fedra al dulce Hipólito, hijo de su corazón*? ¿Rimáis *Endimión con corazón*?

Ebenezer hizo caso omiso de su crítico:

—Por lo menos refutaré vuestra acusación de que escribo *aleluyas* —dijo.

—*Endimión con corazón* —repitió McEvoy, haciendo una mueca—. ¿Que lo refutaré, decís? ¡Santo cielo, señor, lo confirmará, dejándolo fuera de toda duda! Si yo estuviera en vuestro pellejo, pagaría mi tarifa de puta, cogería carta, *Endimión y corazón* y lo echaría todo al fuego —le devolvió el poema a Ebenezer—. ¿No queréis reconsiderarlo?

—No.

—¿Estáis dispuesto a ir a Maryland por una puta?

—¡Yo no cruzaría ni la calle por una puta —dijo Ebenezer con firmeza—, pero estoy dispuesto a cruzar el océano por un principio! Para vos es posible que Joan Toast sea, una puta; para mí es un principio.

—Para mí es una mujer —contestó McEvoy—. Para vos es una alucinación.

—¿Qué clase de artista sois —dijo Ebenezer con desdén—, que no sois capaz de ver el amor descomunal que me inflama?

—¿Qué clase de artista sois vos —replicó McEvoy— que no sois capaz de ver a través del mismo? Y además, ¿es verdad que sois virgen, como jura Joan Toast?

—Y poeta —declaró Ebenezer, nuevamente sereno—. Ahora idos y haced lo que os plazca. ¡Haced todo el mal que podáis!

McEvoy se rascó la nariz, divertido:

—De acuerdo —prometió, y se fue, dejando a su anfitrión en la más completa oscuridad.

Ebenezer había permanecido en la cama a lo largo de toda la conversación, al menos, por tres razones: primera, tras la partida de Joan se había retirado llevando por todo camisón nada más de abrigo que su propia piel blancuzca, y, no tanto por mojigatería como por timidez, se resistía a aparecer desnudo delante de otro hombre, aunque fuera su criado, bien que no siempre (como se verá) delante de una mujer; segunda, aun cuando no se hubiera dado el caso anterior, McEvoy le había brindado escasas posibilidades de levantarse; y tercera, Ebenezer tenía la mala suerte de que su sistema nervioso y su facultad de razonar operaban tan independientemente el uno de la otra como dos londinenses de temperamento radicalmente distinto que casualmente habitan en la misma casa de huéspedes, pero que van cada uno por su lado, en perfecta ignorancia del vecino: a pesar de su firme actitud, tanto por lo que respecta a Joan Toast como a las esencias que acababa de descubrir dentro de sí, cualquier emoción fuerte tendía a empaparle en sudor, privarle de músculos, cuando no de voz, y hacerle sentirse mareado. Aunque hubieran concurrido la determinación y la

oportunidad, habría sido muy difícil que Ebenezer hubiera logrado incorporarse.

Las sábanas estaban empapadas de sudor; él tenía el estómago revuelto. Cuando McEvoy se fue, Ebenezer saltó de la cama con la intención de echarle el cerrojo a la puerta por si había más visitas, pero nada más alzarse erecto le sobrevinieron náuseas y tuvo que cruzar corriendo la habitación, en busca de la silla-retrete. En cuanto fue capaz, se vistió el camisón y llamó a Bertrand, que esta vez apareció casi de inmediato, con bata y sin peluca. Llevaba en una mano la vela y en la otra la pesada palmatoria de estaño.

—Ya se ha ido ese sujeto —dijo Ebenezer—. Me da seguridad verte aparecer. — Sintiendo aún debilidad en las rodillas, se sentó ante el escritorio y hundió la cabeza entre las manos.

—¡El tipo ese ha tenido suerte de no haber perdido los nervios! —dijo Bertrand, blandiendo torvamente la palmatoria.

Ebenezer sonrió.

—¿Tenías intención de golpear la pared para que se callara en caso contrario?

—¡Su arrogante mollera, señor! Estuve todo el rato apostado ante vuestra puerta por miedo de que se os echara encima, y sólo entré en mi habitación de un salto cuando salió, por miedo de que me viera.

—¡Y tanto que por miedo! ¿No oíste que te llamaba?

—Confieso que no, señor, y os pido perdón por ello. Si él hubiera llamado abajo, como es propio de un caballero, no me hubiera burlado, teniendo en cuenta la intención que traía, os lo juro. Vuestra voces me despertaron y cuando cogí el hilo de la conversación no me atreví a entrar por miedo a parecer entrometido, ni a irme, por miedo a que os atacase.

—¡Por el amor de Dios, Bertrand! —dijo Ebenezer—. ¡Eres el auténtico criado modelo! ¿Entonces lo oíste todo?

—Nada más lejos de mi intención que escuchar a escondidas —protestó Bertrand—, pero no era fácil evitar coger el meollo. ¡Menudo alcahuete, estafador y sinvergüenza está hecho, pedir cinco guineas por una ramera con la que no pasasteis ni dos horas! ¡Por cinco guineas yo os podría llenar la cama de furcias!

—No, no es ninguna estafa; McEvoy es un hombre tan honrado como yo. Fue una colisión de principios, no un regateo del precio. —Ebenezer fue a coger una bata—. ¿Quieres encender la chimenea, Bertrand, y preparar té para los dos? Tengo pocas esperanzas de dormir esta noche.

Bertrand encendió la lámpara con su vela, echó leña al hogar y avivó las ascuas de la rejilla.

—¿De qué modo os puede causar daño ese canalla? —preguntó—. ¡No es nada probable que un chulo de puta llegue a entablar un pleito!

—No necesita los tribunales para nada. Se trata sencillamente de hablarle a mi

padre del asunto y a Maryland que me mandan.

—¿Por un simple asunto con una fulana, señor? ¡Pardiez, vos no sois un niño ni el amo Andrew un clérigo! Os ruego me disculpéis, señor, pero vuestro hogar paterno no es ningún convento papista, si me permitís decirlo. Allí pasan muchas cosas de las que ni la señorita Anna ni vos sabéis nada, ni tampoco la vieja Twigg, por más que mete la nariz en todas partes.

Ebenezer frunció el ceño:

—¿Cómo, cómo? Pero, por el amor de Dios, ¿se puede saber de qué hablas, hombre?

—No, no, ahorraos la cólera; maldita sea, vuestro padre merece todos mis respetos, señor. No quería dar a entender nada, excepto que el amo Andrew es un hombre natural, no sé si me seguís, como vos y como yo; un tipo con ganas, pese a su edad —sin ánimo de ofender—; lleva mucho tiempo viudo. Los criados, de vez en cuando, vemos cosas, señor.

—Los criados ven poco y se imaginan mucho —dijo Ebenezer con aspereza—. ¿Estás insinuando que mi padre va de putas?

—¡Santo cielo, señor, nada de eso! El amo Andrew es un gran hombre, honrado por ende, y me siento orgulloso de que haya depositado su confianza en mí durante tantos años. No es casualidad que me haya elegido a mí para que viniera a Londres con vos, señor: en el pasado le he gestionado asuntos de cierta trascendencia, de los cuales la señora Twigg, pese a todo el pisto que se da, ni se enteró.

—Escúchame un momento, Bertrand —le pidió Ebenezer con interés—, ¿estás diciendo que has sido el alcahuete de mi padre?

—No volveré a hablar más de ello, señor, si no os importa, pues parece que estáis de mal humor e interpretáis mal mis palabras. Yo lo único que quería decir, ni más ni menos, es que de hallarme en vuestro lugar no le pagaría ni un céntimo a ese canalla por más cartas que mande a vuestro padre. El hombre que diga que jamás ha pagado por yacer con una mujer, necesariamente ha de ser marica o *castrato*, si es que no es un embustero, y el amo Andrew no es ninguna de las tres cosas. Dejad a ese bribón decir que tenéis ese vicio; yo estoy dispuesto a jurar solemnemente que es la primera vez que vais de putas, que yo sepa. No es ninguna deshonra. —Bertrand le dio a Ebenezer una taza de té y él se quedó de pie junto al fuego, bebiendo la suya.

—Puede que no, aun cuando fuera cierto.

—De eso estoy *seguro* —dijo Bertrand, ganando confianza—. Estuvisteis con una fulana, cosa que hubiera podido hacer cualquiera, y sanseacabó. Su chulo pedía más de lo que valía ella, así que lo mandasteis con viento fresco. Yo os aconsejaría que no le pagarais ni un penique por todo el trajín con su fulana, y seguro que el amo Andrew estaría de acuerdo conmigo.

—Es posible que no me oyeras bien a través de la puerta, Bertrand —dijo

Ebenezer—. No holgué con la moza.

Bertrand sonrió.

—Ah, entonces fue una postura bastante inteligente la que adoptasteis frente al chulo, considerando que os despertó sin daros tiempo a pensar; pero al amo Andrew no se la pegáis con eso.

—¡Pero si es la pura verdad! Y aunque lo hubiera hecho, no le pagaría ni medio penique. Amo a esa muchacha y no estoy dispuesto a comprarla en calidad de puta.

—Bueno, eso es todo un toque de grandeza —afirmó Bertrand—. ¡Es digno de la espada más inteligente de Londres! Pero hablando en calidad de consejero vuestro...

Bertrand, incómodo, se movió:

—Sí, señor; es una manera de hablar, ya entendéis. Como dije antes, me enorgullezco de haber merecido la confianza de vuestro padre...

—¿Es que mi padre te ha enviado como institutriz? ¿Le pasas informes de lo que hago?

—¡No, no! —dijo Bertrand, tranquilizador—. Sólo quería dar a entender, como dije antes, que evidentemente no es ninguna casualidad que me asignara a mí y no a otro para vuestro servicio, señor. Tengo para mí, y me llena de orgullo, que es una prueba de la fe que tiene en mi juicio. Yo sólo quería decir que fuisteis inteligente al decirle al alcahuete que estabais enamorado de su fulana y no estabais dispuesto a rebajarla; pero si le repetís el cuento al amo Andrew sería conveniente aclarar que se trataba sólo de una estratagema, a fin de no alarmarlo.

—¿No te lo crees? ¿No crees que soy virgen?

—¡Qué gran bromista sois, señor! Lo único que me pregunto es si vuestro padre entenderá la chanza.

—Veo que no estás demasiado convencido —dijo Ebenezer, moviendo la cabeza—. Supongo que da igual. A fin de cuentas no es el asunto de las cinco guineas el que me va a arruinar, sino el otro.

—¿Otro? ¡Madre mia, menudo sinvergüenza!

—No, no, no se trata de otra mujer, sino de otro asunto. Tal vez te interese, en calidad de *consejero* mío. La carta delatora de McEvoy habla de mi posición en la empresa de Peter Paggen, posición que no ha mejorado en estos cinco años.

Bertrand dejó su taza.

—Querido señor mío, pagadle a ese canalla las cinco guineas.

Ebenezer sonrió:

—¿Qué? ¿Permitir que ese desgraciado me cobre de más?

—Tengo dos guineas guardadas, señor; en una botonera que tengo en el baúl. Vuestras son, para ayudar en la deuda. Pero dadme permiso para que vaya corriendo a pagarle antes de que eche al correo su sucia carta.

—Tu caridad me colma de alegría, Bertrand, y tu preocupación, también, pero el

principio sigue siendo el mismo. No pagaré.

—Diantre, señor, entonces no me queda más remedio que acudir a un judío para que me preste las otras tres guineas y hacerme yo cargo del pago, aunque se quede el hígado y los ojos en prenda. ¡El amo Andrew pedirá mi cabeza!

—De nada te serviría. Lo que McEvoy quiere no son cinco guineas, sino cinco guineas de mi mano en concepto de tarifa de puta.

—¡Si es así, a fe mía que estoy perdido!

—¿Y eso?

—Cuando el amo Andrew se entere de lo mal que habéis seguido sus directrices, seguro que me despide, a fin de castigaros. ¿Qué consuelo le queda al consejero? Si las cosas van bien es el pupilo quien se lleva las alabanzas; si van mal, la culpa es del consejero.

—En verdad que es un oficio desagradecido —dijo Ebenezer, solidarizándose; después, bostezó y se estiró—. Vámonos a hacer balance de esta noche durmiendo. Tu conversación es un somnífero prodigioso.

Bertrand no dio muestras de comprender aquel comentario, pero se levantó, dispuesto a irse.

—¿Entonces preferís que me despidan antes que pagar la deuda?

—Mucho dudo que despidan a tan inapreciable consejero —repuso Ebenezer—. A lo mejor mi padre te manda a Maryland conmigo, para que me aconsejes.

—¡Por todos los demonios, señor! ¡Estáis de broma!

—¡De eso nada!

—¡Maldición! ¡Perecer a manos de los salvajes!

—Ah, si es por eso, para luchar con ellos, dos mejor que uno. Ahora, buenas noches.

Y diciendo esto, mandó al aterrorizado Bertrand a su habitación y él intentó conciliar el sueño. Pero su fantasía estaba demasiado ocupada con diferentes versiones de la inminente confrontación que iba a tener lugar entre su padre y él (versiones cuyos detalles Ebenezer modificaba con el cuidado y desapasionamiento propios del artista) como para permitirle algo distinto de una somnolencia desasosegada.

Lo cierto es que al final no hubo confrontación alguna, pese a que desde Saint Giles hasta donde vivía Ebenezer había sólo un cómodo paseo en coche. Avanzada la tarde del segundo día después de la amenaza de McEvoy, llegó un mensajero a la habitación de Ebenezer (de donde éste, que había abandonado totalmente a Peter Paggen, apenas se había atrevido a salir desde hacía dos días), portando doce libras en metálico y una breve misiva de Andrew:

Hijo mío: Se dice con razón que los hijos son garantía de preocupaciones mas no de satisfacciones. Baste decir que me he enterado de tus inclinaciones viciosas; no quiero mancillarme siendo testigo directo. Te ordeno bajo

pena de desheredarte y renegar de ti total y absolutamente que te embarques con destino a Maryland en el buque *Poseidón*, que zarpará para efectuar la travesía entre Plymouth y Piscataway el día 1 de abril; una vez allí sigue inmediatamente viaje al Puntal de Cooke, para hacerte cargo del gobierno de Malden. Es mi intención residir por vez postrera en las plantaciones, puede que dentro de un año, y para entonces espero encontrar a Malden próspera y a mi hijo regenerado: que sean un legado digno de heredar y un heredero digno de recibirlo. Es tu última oportunidad.

Tu padre

A Ebenezer la carta le dejó más paralizado que asustado, pues había vaticinado un ultimátum así.

—¡Madre mía, pero si sólo falta una semana! —pensó alarmado. La idea de abandonar a sus camaradas, justamente cuando había logrado determinar cuál era su propia esencia y se sentía en condiciones de empezar a gozar de su compañía, le afligía bastante; la atracción fugaz que las colonias hubieran podido ejercer sobre él se desvaneció ante la perspectiva de ir allí de verdad.

Le enseñó la carta a Bertrand.

—Ah, lo que yo pensaba: vuestros principios han acabado conmigo. No veo aquí que se me convoque a mi antiguo puesto de Saint Giles.

—Puede ocurrir todavía, por medio de otro mensajero.

Pero el criado se mostraba desconsolado.

—¡Voto a tal! ¡Volver con la vieja Twigg! Casi prefiero enfrentarme a los indios salvajes.

—No quiero verte sufrir por mi causa —afirmó Ebenezer—. Te pagaré tu sueldo de abril y hoy mismo puedes empezar a buscar otro empleo.

El sirviente parecía incapaz de dar crédito a tanta generosidad.

—¡Bendito seáis, señor! ¡Sois un caballero de la cabeza a los pies!

Ebenezer le mandó ir y volvió a su problema ¿Qué iba a hacer? La mayor parte de aquel día se la pasó examinando con inquietud los diversos rostros que reflejaba el espejo cuando se miraba; la mayor parte del día siguiente se la pasó componiendo estrofas a la Tristeza y a la Melancolía, a la manera de *Il Penseroso* (si bien sus composiciones eran más breves e, intencionadamente, el impacto que causaban, de un orden diferente); el tercer día se lo pasó en la cama, levantándose sólo para alimentarse y aliviarse. Rechazó varias veces los servicios de Bertrand. Se operó un cambio en él: no se afeitaba la barba, no se cambiaba los calzoncillos y no se lavaba los pies. ¿Cómo iba a embarcarse con destino a las colonias salvajes e incultas ahora que se sabía poeta y estaba dispuesto a incendiar Londres con su arte? Y, no obstante, ¿cómo desenvolverse por Londres sin ayuda, sin un céntimo, desafiando a su padre a costa de su herencia?

—¿Qué debo hacer? —se preguntaba, tumbado en la cama por cuarto día consecutivo, sin asear. Era una mañana brumosa del mes de marzo, aunque hacía sol y calor; el resplandor neblinoso del exterior le levantaba dolor de cabeza. Las sábanas

no estaban limpias, como tampoco, su camión. El fuego de los últimos tiempos era ceniza y frío. Pasaron las ocho y las nueve, pero Ebenezer no podía resolver levantarse. Tan sólo una vez, como mero experimento, se aguantó la respiración para probar si conseguía provocarse la muerte, pues no veía otra alternativa; pero al cabo de medio minuto se puso a aspirar aire frenéticamente y no volvió a intentarlo. Las tripas le hacían ruido y los esfínteres manifestaban su incomodidad. No se le ocurría ninguna razón para levantarse de la cama ni tampoco para seguir en ella. El reloj marcó las diez y siguió andando.

Hacia mediodía, recorriendo por centésima vez la habitación con la mirada, divisó algo que hasta entonces se le había escapado: un trozo de papel que estaba en el suelo, junto a su escritorio. Lo reconoció, descendió de la cama sin pensarlo, lo cogió y lo miró con los ojos entrecerrados, en medio del resplandor.

Ebenezer Cooke, *Gentilhombre, Poeta Laureado...*

Faltaba el resto del epíteto, mas, pese a tal pérdida, o puede que a causa de la misma, se adueñó de Ebenezer una resolución tan grata que, al instante, su espíritu recobró el ánimo, borrando la melancolía de los tres días anteriores, igual que el viento de marzo arrástralas borrascas. Sentía un hormigueo en la columna vertebral; tenía el rostro arrebatado. Cayendo sobre un papel de carta, dirigió una salutación sin preámbulos a Charles Calvert, tercer lord Baltimore y segundo lord propietario de la provincia de Maryland. *Vuestra Excelencia* —escribió con la misma caligrafía segura de hacía unas noches:

Es mi intención embarcarme con destino a Maryland en la nave *Poseidón* dentro de unos días, al objeto de ocuparme de la heredad de mi padre, denominada Puntal de Cooke, en Dorchester. Vuestra Señoría me haría un gran honor y tal vez a vos no os cause trastorno concederme una audiencia antes de embarcar, a fin de que pueda comentaros ciertos planes míos, los cuales me atrevo a presumir no serán del completo desagrado de Vuestra Señoría, con el fin otrosí de poder saber por medio de la persona más cualificada en qué lugares he de buscar la compañía afín de hombres refinados y de calidad, con quienes poder compartir mis horas de ocio, ocupándonos de las actividades más civilizadas que existen, a saber, la poesía, la música y la conversación, sin las cuales la vida sería salvajismo difícilmente soportable. Queda por tanto respetuosamente a la espera de la contestación de Vuestra Señoría.

Vuestro más humilde y seguro servidor
Ebenezer Cooke

Y después de pensarlo sólo un momento, añadió audazmente, tras su nombre, una única palabra, poeta, considerando que era modestia sin sentido negar u ocultar su verdadera esencia.

—¡Santo cielo! —exclamó para sí, evocando las aguas calmas, en las que recientemente se había estancado—. ¡Otra vez he estado a punto de precipitarme en el abismo! Me da que es un peligro al que soy propenso; es mi Némesis, lo que me diferencia de los demás hombres, del mismo modo que las Furias al pobre Orestes.

Así sea: al menos conozco a mis temibles Erinias tal y como son, y podré saber con tiempo que se acercan. Lo que es más —¡gracias Joan Toast!—, ahora sé cómo protegerme de su ataque. —Consultó el espejo y tras varios respingos en falso se hizo la siguiente reflexión—: ¡La vida! Debo hundirme de lleno en la vida, correr a su encuentro, como Orestes corrió al templo de Apolo. ¡Que la acción sea mi santuario, la iniciativa, mi escudo! ¡Golpearé antes de que me golpeen; cogeré a la vida por los cuernos! Patrono de los poetas, que tu templo sea el mundo concreto y real hacia el cual voy corriendo con los brazos abiertos de par en par: que él me guarde del abismo y que mis Erinias, anonadadas por el vértigo de mi carrera, se vean convertidas en dóciles Euménides.

Entonces Ebenezer volvió a leer su carta.

—¡Sí —dijo—, leed y regocijaros, Baltimore! No todos los días recibe, vuestra provincia, la bendición de un poeta. ¡Pero cómo! ¡Si ya estamos a día veintisiete! He de entregarla carta en persona ahora mismo.

Habiendo adoptado tal resolución, Ebenezer llamó a Bertrand y, no encontrándolo en casa, se quitó el camisón maloliente y se aprestó a vestirse por sí mismo. Sin molestarse en importunar a su piel con agua, se puso sus mejores calzoncillos de lino, cortos, sin broches, muy perfumados, y una camisa limpia, blanca, de buena frisa de Holanda, amplia y suave, de tirilla estrecha, manga larga, las muñecas cogidas con una cinta de satén negro, de puños pequeños, con unos calzones sin adornos, de terciopelo negro, ajustados a los muslos y anchos de caja, y luego, unas medias de seda blanca que, siguiendo la última moda, enrolló por encima de la rodilla para que se vieran las ligas de cinta negra que las sujetaban. Acto seguido, los zapatos, que tenían quince días, de cordobán suavísimo, puntera cuadrada, tacón alto y hebilla, con las lengüetas, que tenían forma de arco de Cupido, vueltas del revés a fin de lucir el atractivo forro de color rojo. Respetando tanto la temperatura como la moda del día, dejó el chaleco colgado donde estaba, poniéndose después una casaca de sarga color ciruela forrada de seda gris plata (con los grandes puños vueltos hacia atrás, dejando al descubierto una alternancia de rayas color plata y ciruela), sin cuello, ajustada a los hombros, de faldones amplios, que dejó totalmente desabrochada para que se vieran camisa y corbata. Esta última era de muselina blanca, y en cada extremo estaba rematada por un lazo que pendía; Ebenezer se hizo un nudo holgado, retorció los lazos colgantes como si fueran cuerdas y, cogiendo los extremos, los hizo pasar por el ojal superior izquierdo de su casaca abierta conforme a la moda Steinkirk. Le llegó el turno al espadín con su vaina de cintas, que pendía, a media altura, de un cinturón bien pertrechado, al costado izquierdo; y tras el espadín, la peluca, blanca, de rizos prietos, que Ebenezer empolvó generosamente, ajustándola después con cuidado sobre la coronilla, que en estado natural era tan lisa como un huevo. Ya no faltaba nada, salvo rematar la peluca con el sombrero, que era negro, de corona redonda, ala

ancha, adornado con plumas, y calzarse los guantes de cuero, color gamuza, con respuntes de oro y plata (los guantes eran por la parte superior de encaje blanco, y el forro lo tenían de seda amarilla), empuñar el largo bastón (que tenía lazos de cintas color cereza y blanco, como los de la vaina del espadín); al cabo, Ebenezer contempló tan conseguido acabado en el espejo.

—¡Repámpanos! —exclamó de puro gozo—. ¡Menudo tunante! ¡*En garde*, Londres! ¡Oh, Vida, adopta un aspecto vital; voy a por ti!

Pero había poco tiempo para admirar el espectáculo: Ebenezer salió corriendo a la calle, contrató los servicios de un barbero y un limpiabotas, comió con apetito y cogió un coche para ir inmediatamente a la casa que Charles Calvert, lord Baltimore, tenía en Londres.

9. LA AUDIENCIA QUE LORD BALTIMORE CONCEDIÓ A EBENEZER JUNTO CON LA INGENIOSA PROPUESTA QUE ÉSTE LE HIZO AL MENCIONADO CABALLERO

Para gran alegría y considerable sorpresa suyas, cosa de minutos después de que Ebenezer se hubiera presentado en el domicilio de lord Baltimore y le hubiera hecho llegar su mensaje por medio de un criado de la casa, le fue comunicado verbalmente que Charles recibiría su visita en la biblioteca, y no mucho después condujeron a Ebenezer ante la presencia de aquel gran hombre.

Lord Baltimore se hallaba sentado en una enorme butaca de cuero, junto al hogar, y aunque no se levantó para recibir al visitante, le indicó a Ebenezer que ocupara la butaca situada frente a la suya. Lord Baltimore era un hombre mayor, de físico más bien insignificante, piel sin arrugas, pese a su edad, nariz prominente, bigote fino y cano, y ojos grandes, de color castaño y una viveza poco común; a Ebenezer se le ocurrió que parecía un Henry Burlingame añoso y ennoblecido. Sus ropas eran más formales y caras que las de Ebenezer, pero —conforme éste pudo ver enseguida— no estaban a la moda: en realidad tenían un retraso de diez años. Baltimore gastaba peluca de campaña, completa, mas no en exceso larga; los rizos prietos, que caían sobre los hombros sin llegar a tocarlos, terminaban en forma de tirabuzón; la casaca era de lino, con los bordes de encaje, de nudo holgado; la chaqueta era de brocado rosa, forrada de blanco, a la moda, de cintura más holgada y faldones más cortos de lo que se estilaba; los bolsillos no tenían tapas, y estaban cortados en sentido más horizontal que vertical, situados bastante abajo. Las mangas le llegaban casi hasta las muñecas; estaban vueltas, dejando al descubierto unas pulgadas del forro, que era de color blanco, con hilaturas de plata; por la parte de atrás se abrían y tenían un pequeño remate redondeado. Las aberturas laterales, cortadas a la altura de la parte superior de la cadera, estaban flanqueadas por botones de plata y falsos ojales, y el hombro derecho ostentaba un nudo de cintas plateadas. Bajo la chaqueta llevaba lord Baltimore un chaleco de seda, de color añil, completamente abotonado, y pantalones de seda, haciendo juego; de la camisa sólo se veían los puños, de delicado encaje blanco. Por fin, llevaba las ligas ocultas bajo las vueltas de las medias y las lengüetas de los zapatos eran largas y cuadradas. En la mano tenía la carta de Ebenezer, y en medio de la pobre luz que entraba por las ventanas, tapadas por gruesas cortinas, la estaba mirando con los ojos entornados, como si examinara de nuevo su contenido.

—Ebenezer Cooke, ¿no es así? —dijo Baltimore, dando comienzo a la conversación—. ¿Del Puntal de Cooke, en Dorchester?

Su voz, aunque seguía siendo en esencia poderosa, tenía ese temblor incierto que

revela el comienzo de la senilidad. Ebenezer se inclinó levemente, a modo de reconocimiento, y ocupó el asiento que le indicaba su anfitrión.

—¿Hijo de Andrew Cooke? —preguntó Charles, mirando a su invitado de hito en hito.

—El mismo, señor —repuso Ebenezer.

—Conocí a Andrew Cooke en Maryland —dijo Charles, pensativo—. Si no me falla la memoria, fue en 1661, el año en que mi padre me nombró gobernador de la provincia, cuando le concedí a Andrew la licencia para comerciar allí. Pero hace muchos años que no lo veo y puede que ahora no me reconociera, o yo a él. —Lord Baltimore suspiró—. La vida es una batalla que deja cicatrices en todos nosotros, vencedores y vencidos por igual.

—Sí —convino Ebenezer con prontitud—, pero la tarea de vivir consiste en librar dicha batalla, entrando a saco en ella, y que el buen soldado muestre sus cicatrices con orgullo, venza o pierda, pues las ganó luchando con bravura en honesto combate.

—No lo dudo —murmuró Charles, volviendo a refugiarse en la carta—. ¿Y qué es esto? —comentó—. *Ebenezer Cooke, poeta*. ¿Qué significado puede tener? Os ruego que me lo digáis. ¿Significa tal vez que os ganáis el pan haciendo versos? ¿O sois por ventura una suerte de juglar que va errante por el país; mendigando y recitando? Es éste un comercio del que poco sé, lo confieso.

—Poeta soy —respondió Ebenezer, ruborizándose— y puede que no de baja estofa; pero no he ganado por ello un penique ni lo haré jamás. La musa ama a quien la corteja por lo que ella es, sin más, y desdeña al hombre que la quiere utilizar en beneficio de su bolsa.

—Puede ser; puede ser —dijo Charles—. Pero ¿no es costumbre, cuando el nombre de uno adquiere cierta notoriedad, airearlo cual estandarte al viento público, de modo que así pueda el mundo saber de la fama alcanzada? Ahora bien, si yo hubiera leído aquí *Ebenezer Cooke, hojalatero*, probablemente os habría encargado que le dierais un repaso a las cacerolas; si hubiera leído *Ebenezer Cooke, médico*, os mandaría echar un vistazo a mis gentes, para que a todos los purgarais y tonificarais; si hubiera leído Ebenezer Cooke, hidalgo, o gentilhombre, no habría supuesto que necesitabais trabajo, y entonces os hubiera enviado coñac por medio de un criado. Pero ¿poeta? ¿Qué se puede hacer? *Ebenezer Cooke, poeta*. ¿Qué clase de comercio es ése? ¿Qué se puede hacer con vos? ¿Qué trabajo se os puede ofrecer?

—De eso precisamente quiero hablaros —dijo Ebenezer, incólume ante aquellas pegas—. Sabed, señor, que si bien no ha de servirle de sustento a ningún hombre el cortejar a la musa, ésa es sin embargo la vocación de algunos, así que no es osadía añadir a mi nombre el título de poeta; carece de importancia lo que yo hago, poeta es lo que soy.

—¿Del mismo modo que otro podría firmar como *hidalgo*? —preguntó Charles.

—Precisamente.

—¿Entonces no habéis acudido a mí en busca de trabajo? ¿No necesitáis empleo?

—No busco trabajo —aseguró Ebenezer—. Pues así como el enamorado no ansia sino el favor de su amada, que es para él suficiente recompensa, así también el poeta no ansia sino la inspiración feliz de su musa; y así como el fruto de los trabajos del enamorado es el tálamo y la esposa, y su símbolo una sábana carmesí, así la recompensa del poeta son los versos bien cincelados, y su símbolo una página impresa. Indudablemente, si da la casualidad de que la moza trae consigo cierta dote, no es cosa de despreciarla, como tampoco se han de despreciar los céntimos que reporte al poeta lo que publique. No obstante, son estos meros accidentes, felices, mas no buscados.

—¡Cómo! Entonces —dijo Charles, cogiendo dos pipas de un anaquel que había encima de la chimenea—, debo dar por hecho que no buscáis trabajo. Vamos a celebrarlo con una pipa, y a continuación os ruego que me digáis lo que queréis.

Los dos hombres llenaron las pipas y las encendieron. Ebenezer volvió a su asunto.

—El trabajo es algo que no me preocupa —repitió—, aunque por lo que se refiere a *empleo*, ésa es una cuestión completamente distinta, aparte de ser el resumen y la esencia de mi visita. Hace un momento me preguntabais qué clase de comercio es ser poeta y qué trabajo se le puede ofrecer a quien lo es. A modo de respuesta, señor, con vuestra venia, permitidme que os pregunte: ¿Hubiera tenido el mundo noticia alguna de Agamenón, o del fiero Aquiles, o del ingenioso Odiseo, o del cornudo Menelao, o del circo, todo lleno de griegos y troyanos que se iban pavoneando por ahí, de no ser porque el gran Homero habló de ellos en verso? ¿Cuántas batallas de mayor importancia creéis vos que se han perdido en el polvo de la historia por falta de un poeta que las cantara para la posteridad? Son muchísimas las Elenas que florecen cada primavera y acaban olvidadas, en poder de los gusanos; mas basta con que un Homero las pinte sirviéndose del cosmético grandioso de su astro, entonces su belleza hará hervir la sangre a veinte siglos de generaciones. ¿En qué descansa la grandeza del príncipe, os pregunto? ¿En las hazañas que libra en el campo de batalla o en las que libra en el blando lecho del amor? Pues bien, ¡no hace falta más que una generación para que todo quede olvidado por siempre jamás! No; yo sostengo que no depende la grandeza de los hechos, sino de la relación de los mismos. ¿Y quién ha de referirlos? El historiador, no, pues aunque tenga la endemoniada precisión de saber con exactitud cuántos hoplitas acompañaban a Epaminondas cuando sacudieron a los espartanos en Leuctra, o cuál era el nombre de pila del barbero de Carlomagno, nadie lo lee más que sus colegas cronistas y sus discípulos (los unos por envidia, los otros por obligación). Pero limitaos a dejar hechos y protagonista en manos del poeta, ¿qué pasa entonces? Miradlo: enderézase la nariz torcida, el cuerpo entero llénase de

carne, el mal francés tórnase rasguño; hechos oscuros pierden la costra que los priva de brillo y relumbran esplendorosos; al tiempo, todo cobra una musicalidad armoniosamente rimada, donde se pone freno al engreimiento, y la métrica cobra vida, de modo que se fija en la memoria, como «Greensleeves»^[8] y nos conmueve el corazón, como las *Escrituras*.

—Está tan claro como la luz del día —dijo Charles con una sonrisa— que un poeta es de utilidad en el séquito de un príncipe.

—Y lo que es verdad para un príncipe es también verdad tratándose de un notable —prosiguió Ebenezer, animado por su propia elocuencia—. ¿Qué sería Grecia sin un Homero, Roma sin un Virgilio cantando sus glorias?

Los héroes perecen, las estatuas sucumben, los imperios se desmoronan; pero la *Iliada* se ríe del tiempo, y los versos de Virgilio son hoy tan verdaderos como el día en que fueron compuestos. ¿Quién consigue hacer de la virtud algo aceptable y del vicio algo horrendo sino el poeta? Tan sólo él proporciona ejemplo y precepto al mismo tiempo. ¿Quién sino él moldea la naturaleza hasta adaptarla a su imaginación y pinta a los hombres mejores o peores según convenga a su intención? Canta como el verso lírico, elogia como el panegírico, llora como el elegiaco, hierde como el hudibrástico; ¿qué es?

—Nada que yo sea capaz de nombrar —dijo Charles—, y además, ya me habéis convencido por completo de que el amigo más útil del hombre, así como su más temible enemigo, es el poeta. Ahora, señor mío, os ruego excuséis más preámbulos y me expongáis llanamente lo que queréis.

—Muy bien —dijo Ebenezer, plantando el bastón en ambas rodillas y asiendo con firmeza el mango—. ¿Diríais vos, señor, que Maryland puede presumir de exceso de poetas?

—¿Exceso de poetas? —repitió Charles, pensativo, aspirando el humo de su pipa—. Bueno, ya que me lo preguntáis, creo que no. No, de buena fe, debo confesar, *entre nous*, que no se da un exceso de poetas en Maryland. Ni muchísimo menos. Vamos, aunque recorriera de arriba abajo una zona tan extensa como la ciudad de Saint Mary una tarde de mayo, no hallaría ni rastro de un poeta, tanto escasean.

—Lo que suponía —dijo Ebenezer—. ¿Llegaríais incluso al extremo de suponer que me resultaría difícil, aunque lo intentara, una vez establecido en Maryland, dar con cuatro o cinco colegas plantadores con quienes fuera posible echarse unos versos o intercambiar unas rimas?

—No es imposible —admitió Charles.

—Lo que me había figurado. Y ahora, señor, si se me permite: ¿Sería simple y vulgar vanidad y presunción por mi parte suponer que bien pudiera ser yo el poeta primero y principal, sin precedentes, genuino y original que pone pie en el suelo de *Terra Mariae*? ¿El primero que rinde pleitesía a la musa de Maryland?

—No está en mi ánimo negar —replicó Charles—, que de existir tal fémica como esa musa de Maryland de la que habláis, su virginidad bien pudiera ser para vos.

—¡Por mi fe! —exclamó Ebenezer, gozoso—. ¡Fijaos bien! ¡Una provincia, un pueblo entero... sin nadie que les cante! ¡Qué cantidad de hechos olvidados, de hombres y mujeres galantes que se han perdido en los recovecos del tiempo! ¡Por los clavos de Cristo, me entra vértigo! ¡Arboles talados, ciudades erigidas, toda una nación levantada en tierras salvajes! ¡Fundaciones, luchas, triunfos! ¡Menuda; es trabajo para un Virgilio! Fijaos, milord, pensadlo bien: la noble casa de Calvert, los barones de Baltimore, constructores de naciones, portadores de luz, fructificadores de la tierra baldía. ¡Una casa gloriosa y una historia aún sin música, para delicia del mundo! ¡Cielo santo, es un territorio virgen!

—Muchas son las cosas buenas que se pueden decir de Maryland —convino Charles—. Pero hablando llanamente, mucho me temo que las vírgenes escasean por allá tanto como los poetas.

—¡No os burléis, os lo ruego! —imploró Ebenezer—. ¡Sería una composición épica como jamás se ha escrito ninguna! ¡La *Marylandíada*, por mi fe!

—¿Cómo, cómo? —Pese a su tono de chanza, Charles se había ido poniendo progresivamente serio a lo largo del exabrupto de Ebenezer.

—¡La *Marylandíada*! —repitió Ebenezer, y declamó, como si estuviera leyendo una página titular—: Una obra épica que acabará con todas las obras épicas: la historia de la casa principesca de Charles Calvert, lord Baltimore y lord propietario de la provincia de Maryland, en la cual se refiere la heroica fundación de dicha provincia. El valor y perseverancia de sus colonos, batallando contra la naturaleza bárbara y los temibles salvajes, para rescatar su territorio inculto y transformarlo en un paraíso terrenal. La majestad y discernimiento de sus propietarios, quienes, cual jardineros reales, mimaron las tiernas semillas de la civilización en tan rudo suelo plantadas, tratándolas y cultivándolas para que fructificara una Maryland de belleza que no cabe describir; verde, fértil, próspera y culta; poblada por hombres valerosos y mujeres virtuosas, por gentes sanas, hermosas y refinadas: una Maryland, en fin, de pasado esplendoroso, presente majestuoso y futuro glorioso, la joya que más reluce en la bella corona de Inglaterra, poseída y gobernada, para beneficio de ambas, por una familia que nada tiene que envidiar a ninguna otra de las que figuran en los anales de la historia del mundo universal, todo ello, en rima heroica, impreso en lino, forrado en piel de becerro, estampado de oro... —al llegar aquí Ebenezer se inclinó, dando un sombrero— y dedicado a Vuestra Señoría.

—¿Y firmado? —preguntó Charles.

Ebenezer se puso en pie y le dedicó una sonrisa beatífica a su anfitrión, una mano en el bastón y la otra en la cadera.

—Firmado *Ebenezer Cooke*, *Gentilhombre* —contestó—, *Poeta Laureado de la*

provincia de Maryland.

—Ah —dijo Charles—, o sea que Poeta Laureado; eso sería darle un poco más de aire a vuestro nombre.

—Vos pensad tan sólo en cómo redundaría en beneficio de Vuestra Señoría —le instó Ebenezer—. El nombramiento probaría de un solo golpe vuestra autoridad y la gracia de vuestro gobierno, pues le conferiría a la provincia el sabor de un reino y el refinamiento de una corte el hecho de tener un auténtico Poeta Laureado que cantara sus alabanzas y esculpiera en verso sus grandes momentos; y por lo que se refiere a la *Marylandiada* en sí, inmortalizaría a los barones de Baltimore y los convertiría a todos en Eneas. Más aún, pintaría a la provincia de hoy con tan vivos colores que las mejores familias de Inglaterra se sentirían tentadas de establecerse allí; incitaría a los habitantes a ser industriosos y virtuosos, a fin de hacer realidad el cuadro que yo pintara; en resumen, ayudaría a realzar las cualidades y el valor de la colonia, y así, en la misma medida, le conferiría nobleza, poder y riquezas a quien la posee y gobierna. ¿Verdad que sería una formidable sucesión de acontecimientos?

Al oír aquello, a Charles le dio tal ataque de risa que se le atragantó el humo de la pipa, llenándosele los ojos de lágrimas, hasta el punto de que casi se le cae la peluca; fue preciso que dos criados personales, que se hallaban cerca de él, le dieran vivos golpes en la espalda, a fin de que recobrarla la compostura.

—¡Pardiez! —exclamó por fin, enjugándose las lágrimas con un pañuelo—. ¡En verdad que tal empresa enriquecería y ennoblecería al gobernador de Maryland! ¡Lamento deciros, señor poeta, que ese señor ya tiene un Poeta Laureado que le canta! No es posible añadir nobleza a la que ya tiene; y en lo tocante a enriquecerlo, creo haber contribuido personalmente a ello, y bastante. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué decís? —preguntó Ebenezer, totalmente desconcertado.

—Mi buen amigo, ¿es que nacisteis ayer? ¿No sabéis nada de la verdadera situación del mundo?

—¡Lo cierto es que se trata de vuestra provincia! —exclamó Ebenezer.

—¡Lo cierto es que *se trataba* de mi provincia! —corrigió Charles, sonriendo torvamente— y que los barones de Baltimore fueron los verdaderos y absolutos lores propietarios ininterrumpidamente desde el día que empezó a figurar en los mapas hasta hace tan sólo tres años. Aún percibo mis rentas por retiro y una cantidad ínfima por derechos portuarios, pero en cuanto a lo demás, señor, es hoy día propiedad del rey Guillermo y de la reina María, y no mía. ¿Por qué no le formuláis vuestra propuesta a la Corona?

—¡Santo cielo, no sabía nada de esto! —dijo Ebenezer—. ¿Puedo preguntaros por qué causa dejó Vuestra Señoría de gobernarla? ¿Fue acaso porque deseabais pasar apaciblemente el atardecer de vuestra vida? ¿O fue por ventura vuestra

inquebrantable devoción a la Corona? ¡Albricias, qué largueza de carácter!

—¡Basta, basta —exclamó Charles, que ya volvía a agitarse de regocijo—, de lo contrario tendré que volver a llamar a mi criado para recuperarme con sus golpes! ¡Ji! ¡Ja! —suspiró profundamente y se golpeó el pecho con el dorso de la mano. Cuando hubo recuperado el control de sí mismo dijo—: Veo que estáis completamente *in albis* por lo que se refiere a la historia de Maryland, y que os disponéis a sumergiros en un lugar sin conocer detalles ¡ni pormenores, ni quién es quién, ni qué hace allí! Vinisteis para hacerme un favor, según decís, y, ¡vive Dios!, para enriquecerme y ennoblecerme•, muy bien, pues entonces permitidme que a cambio os haga yo a vos una merced, la cual puede que algún día os sirva para evitar perder otra hora como hoy. Con vuestro permiso, señor Cooke, haré para vos un breve bosquejo de la historia de Maryland, que, como el regalo de un salvaje, fue primero donada y luego arrebatada. ¿Queréis oírla?

—Es para mí un placer y un honor —repuso Ebenezer, que, no obstante, estaba demasiado alicaído como para disfrutar en demasía de una lección de historia.

10. BREVE RELACIÓN DEL PALATINADO DE MARYLAND, SUS ORÍGENES Y SU LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, TAL COMO SE LA HIZO A EBENEZER SU ANFITRIÓN

—Se dice y es verdad —empezó Charles— que *no está segura la cabeza que ostenta la corona*, así como que *la envidia y la codicia jamás se ven satisfechas*. Maryland es mía por ley y por derecho; sin embargo, su historia es el relato de cómo luchó mi familia por mantenerla y de las estratagemas que urdieron innumerables bellacos a fin de arrebatárnosla; los principales entre ellos fueron Bill Claiborne «el Negro» y un verdadero anticristo llamado John Coode, el cual aún me sigue atormentando.

»Mi abuelo, George Calvert, como acaso sepáis, entró a formar parte de la corte de Jacobo I en calidad de secretario particular de sir Robert Cecil, y tras la muerte de aquel gran hombre, fue nombrado secretario del Consejo Privado y, dos veces, comisionado de Irlanda. Fue nombrado caballero en 1617, y cuando cesaron a sir Thomas Lake como secretario de Estado (debido a la lengua suelta de su mujer), designaron a mi padre en su lugar a pesar de que el duque de Buckingham, favorito de Jacobo, quería el puesto para su amigo Carleton. Tengo motivos para creer que Buckingham se tomó esto como una afrenta, convirtiéndose en el primer enemigo importante de nuestra casa.

»¡Malos tiempos para ser secretario de Estado! Era en 1619, recordadlo: la guerra de los Treinta Años acababa de comenzar; Jacobo había vaciado las arcas del tesoro; no teníamos ni un solo aliado fuerte. Había que optar entre España o Francia y elegir una significaba abandonar a la otra. Buckingham estaba a favor de España y mi abuelo lo apoyaba. ¿Qué hubiera sido más sensato, decidme? Casar al príncipe Carlos con la infanta María nos uniría a España para siempre; la dote de María llenaría las arcas del tesoro, y al apoyar al rey y a Buckingham, mi abuelo demostraba su lealtad para con uno al tiempo que hacía aparecer como vergonzoso el resentimiento del otro. Entre los protestantes, qué duda cabe, aquélla era una unión impopular, y a mi abuelo se le encomendó la odiosa labor (creo que fueron los Buckingham) de defenderlo urgentemente ante un Parlamento hostil. Pero aquello era lo tocante a la prudencia: nadie podía sospechar la traición del rey Felipe y de su embajador, Gondomar, que nos instaba a dejar de lado a Francia, a dejar de lado a los príncipes protestantes de Alemania, a dejar de lado incluso al yerno de Jacobo, Federico, así como a nuestra mismísima Cámara de los Comunes, para acabar rompiendo las negociaciones en el último minuto, dejándonos virtualmente sin apoyos.

—Ese Gondomar era un tunante —convino Ebenezer cortésmente.

—Aquello, por supuesto, junto con su conversión a la Iglesia de Roma, dio al

traste con la carrera pública de mi abuelo. Pese a las súplicas del rey, dejó sus cargos y, como recompensa a su lealtad, Jacobo lo nombró Barón de Baltimore, en el reino de Irlanda.

»Desde entonces hasta su muerte se entregó a la colonización de América. En 1622, Jacobo le hizo cesión de la península suroriental de Terranova, y mi abuelo, engañado por falsos informes sobre el lugar, invirtió una buena parte de su fortuna en un establecimiento llamado Avalon, donde se fue a vivir. Pero el clima era intolerable. Lo que es más, los franceses —con quienes, gracias a las cualidades de Buckingham como hombre de estado, estábamos en guerra— no paraban de capturar nuestros navíos ni de molestar a nuestros pescadores; y por si no fuera esto bastante problema, ciertos ministros puritanos empezaron a propagar en el Consejo Privado la especie de que estaban infiltrándose curas católicos en Avalon con el fin de minar allí a la Iglesia de Inglaterra. Por fin, mi abuelo solicitó del rey Carlos una cesión de tierras más al sur, en los dominios de Virginia. El rey le escribió respondiendo que mi abuelo debería abandonar sus planes y volver a Inglaterra, mas antes de recibir la carta, mi abuelo ya se había trasladado a Jamestown junto con su familia y cuarenta colonos. Allí fue recibido por el gobernador Potty su Consejo (el sinvergüenza de William Claiborne incluido), todos ellos más hostiles que los salvajes, y ansiosos de expulsar a mi abuelo, por temor a que Carlos le hiciese cesión de toda Virginia a costa de ellos. Le presionaron para que hiciera el juramento de supremacía^[9], a sabiendas de que, como buen católico, se negaría. Ni siquiera el rey se lo había pedido, pero ellos sí que se lo demandaron, y cuando se negó a hacerlo, tenían preparados matones y rufianes, para echárselos encima.

—¡Iniquidad! —dijo Ebenezer.

—¡Iniquidad! —repitió Charles—. Se portaron tan mal con mi abuelo que éste se vio forzado a abandonar esposa y familia en Jamestown y, tras explorar la costa durante algún tiempo, volvió a Inglaterra y le pidió a Carlos el territorio de Carolina. Se redactó el título, pero antes de sancionarlo, hizo aparición en Inglaterra nada menos que el señor Claiborne, quien se puso enseguida a conspirar contra aquello. Para evitar disputas, mi abuelo renunció noblemente a Carolina y, a cambio, solicitó tierras al norte de Virginia, a ambos lados de la bahía de Chesapeake. Carlos trató en vano de convencerlo de que viniera cómodamente a Inglaterra y dejara de preocuparse de cesiones y colonias, pero mi abuelo no deseaba aquella ociosidad y por fin logró convencer al rey de que hiciera la cesión de tierra, a la que quería llamar *Crescentia*, pero el rey le puso por nombre *Terra Mariae*, o Maryland, en honor de Henrietta María, la reina.

—Noble gesto.

—Entonces se redactó un documento investido de tal autoridad y amplitud como jamás había emitido ninguno la Corona de Inglaterra. Hacía cesión a mi abuelo de

toda la tierra comprendida entre el río Potomac, al sur, y el paralelo cuarenta, por una parte, y por otra, la comprendida entre la costa atlántica y el meridiano donde se ubica la fuente primigenia del Potomac. Para distinguirla, dándole preeminencia sobre todas las demás regiones del territorio, a Maryland se le dio la denominación de provincia, condado palatino, y a nosotros se nos nombró barones de Baltimore, siendo declarados los verdaderos y absolutos lores propietarios. Teníamos derecho de patronato sobre las iglesias; gozábamos de autoridad para promulgar leyes y crear tribunales y juzgados que garantizaran su poder; nos fue dado castigar a los malhechores, a quienes podíamos incluso privar de la vida, o de un miembro; podíamos conferir títulos y dignidades...

—Ah —dijo Ebenezer.

—... podíamos pertrechar ejércitos, hacer la guerra, promulgar impuestos, hacer cesión de tierras, comerciar con el extranjero, fundar ciudades y puertos de entrada...

—¡Cielo santo!

—En resumidas cuentas —dijo Charles—, a cambio del tributo de dos flechas indias *per annum*, Maryland era nuestra en virtud de un arrendamiento libre y normal, y podíamos gobernarla a nuestro antojo; y lo que es más, el documento especificaba que si por casualidad cualquier palabra, expresión o frase en el mismo contenidas era objeto de disputa, había que interpretarlo de modo que redundara en beneficio nuestro.

—¡A fe mía que me entra vértigo!

—Sí, era un título con grandes poderes. Pero antes de que le estamparan el Gran Sello, murió mi abuelo, agostado a los cincuenta y dos años escasos, y el título pasó a Cecil, mi querido padre, que de tal modo, en 1632, cuando sólo contaba veintiséis años de edad, se convirtió en el segundo lord Baltimore y primer lord propietario de la provincia de Maryland. Inmediatamente empezó a fletar navíos y a reunir colonos. ¡Había que oír las protestas de Bill Claiborne! ¡Cómo les rechinaban los dientes y se mesaban los cabellos los miembros de la antigua Compañía de Virginia, cuyo título había sido revocado hacía mucho tiempo! En Limehouse juraban que las naves *Arca* y *Paloma* se disponían a transportar monjas para España, y en Kensington juraban que mi padre quería los barcos para transportar soldados españoles. Eran tantos y tan astutos sus enemigos que mi padre se vio obligado a quedarse en Londres, para velar por sus derechos, confiándole el viaje a mis tíos Leonard y George, que zarparon de Gravesend con dirección a Maryland en octubre de 1633. Pero nada más levar ancla el Arca, uno de los espías de Claiborne salió corriendo a la Cámara Estrellada, con la esperanza de desbaratar nuestros planes y allí informar de que no habíamos pasado por la aduana y que nuestra tripulación no había hecho el juramento de lealtad. El secretario, Coke, envía emisarios al almirante Pennington, en el estrecho de Sandwich, y se nos da orden de volver a Londres.

—¡Connivencia!

—Tras un mes de arengas, mi padre quedó libre de las acusaciones, que pasaron por falsas y maliciosas, y volvimos a zarpar. A fin de no proporcionarle más munición a Claiborne, cargamos a los protestantes en Gravesend, les hicimos prestar juramento frente a las costas de Tilbury y, después, navegamos por el Canal de la Mancha hasta llegar a la isla de Wight, donde cargamos a los católicos y a un par de padres jesuitas.

—Muy inteligente —dijo Ebenezer, con menos seguridad.

—Entonces, oh, cielos, zarpamos para Maryland por fin, con instrucciones de mi padre de no celebrar misa a la vista del público, no tener disputas religiosas con los protestantes, no anclar a tiro de los cañones virginianos de Port Comfort, sino junto al Accomac, en la orilla occidental, y no tener ningún tipo de trato con el capitán Claiborne y su gente durante el primer año.

»Con los salvajes, nación de piscataways, no entramos en conflicto, pues les venía bastante bien sumarse a la defensiva con nosotros, contra sus enemigos, contra los seneques y los susquehannoughs: ¡El origen de nuestros problemas era el canalla de Claiborne! El tal Claiborne era agente comercial de Cloberry y Compañía, además de secretario de Estado de los Dominios, nombrado por Carlos I, a quien era fácil engañar. Lo que a Claiborne le interesaba por encima de toda otra cosa era la isla de Kent, río arriba, a mitad del recorrido del Chesapeake, donde se hallaba situado su establecimiento comercial; prefería perder un brazo antes que la isla de Kent, a pesar de que nuestros títulos especificaban claramente que se hallaba dentro de los territorios que se nos habían cedido.

—¿Y qué es lo que hizo? —preguntó Ebenezer.

—Pues esto es lo que se decía a sí mismo: «¿No dice el título de Baltimore que se le hace cesión de la tierra *hactenus inculta* (hasta hoy sin cultivar)? ¡Pues entonces tiene que renunciar a la isla de Kent, pues mis comerciantes se han ocupado de ella!». Así que presentó un alegato a los lores comisionados de las plantaciones. Mas, fijaos bien, esa condenada *hactenus inculta* no era más que una mera descripción de los territorios: es el lenguaje que se utiliza comúnmente en los títulos de cesión, y no tiene por fin imponer condiciones a la cesión. Y a decir verdad, los comerciantes de Claiborne no habían arado la isla: trocaban sus mercancías por grano con que sustentarse, aparte las pieles que se llevaban Cloberry y Compañía. Los lores comisionados desestimaron su alegato, pero él se negaba a entregar la isla de Kent. Los colonos de Maryland desembarcan en marzo de 1634 (este mes se cumplen 59 años), se establecen en Saint Mary y le comunican a Claiborne que la isla de Kent les pertenece; éste ni le jura fidelidad al propietario ni le reclama el derecho de propiedad sobre Kent, sino que consulta al Consejo de Virginia qué debe hacer. No os quepa la menor duda de que no les menciona la decisión de los lores comisionados, y además,

las noticias tardan en llegar desde el Consejo Privado hasta América; y es el caso que le dicen que se mantenga firme; mientras, él se dedica a inflamar cuanto oído queda a su alcance en contra de mi padre.

»Mi tío Leonard, instalado en Saint Mary, deja expirar el año de gracia concedido a Claiborne y le ordena reconocer los derechos de mi padre o padecer prisión y la confiscación de la isla. El rey Carlos le ordena al gobernador Harvey, de Virginia, que nos proteja de los indios y permita el libre comercio entre las colonias, y al mismo tiempo, como los agentes de Claiborne le habían engañado, haciéndole creer que la isla de Kent quedaba fuera de nuestra demarcación, el gobernador le ordena a mi padre que no importune a Claiborne. Ahora bien, Harvey era justo y buen cristiano, deseoso de vivir y de que le dejaran vivir; por lo tanto, nuestro Claiborne, desde hacía tiempo, dirigía un movimiento destinado a hacerle perder a aquel pobre hombre su cargo y forzarlo a abandonar la colonia. De modo que cuando Harvey, cumpliendo la orden del rey, declara su disposición de comerciar con Maryland, los virginianos se sublevan encolerizados con él y dicen que prefieren matar al ganado a golpes en la cabeza antes que vendérselo a nosotros.

»Entonces hubo guerra abierta. El tío Leonard captura una de las pinazas de Claiborne y arresta al patrón, Thomas Smith, por comerciar bajo una licencia que pertenece a mi padre. Claiborne arma una chalupa y le encomienda al capitán que ataque toda embarcación de Maryland que se encuentre. El tío Leonard envía dos pinazas para hacerle frente y, tras una batalla en el río Pocomoke, la chalupa se rinde. Dos semanas después, otra embarcación de Claiborne a las órdenes del mismo Tom Smith planta batalla frente a Puerto Pocomoke. El pobre gobernador Harvey se encuentra por entonces tan acosado por su Consejo que huye a Inglaterra por razones de seguridad.

»Entretanto, el tío Leonard deja incomunicados a los isleños de Kent y, puesto que la tierra está completamente inculta, aquellos empiezan a pasar hambre. Mi padre informa de la situación a Cloberry y Compañía y logra convencerles de que renuncien a sus pretensiones de titularidad sobre Kent y envíen a Maryland a un nuevo apoderado en sustitución de Claiborne. El diablo por fin cede, solicitando tan sólo que el nuevo enviado, George Evelyn, no le entregue la isla a las gentes de Maryland; pero Evelyn se niega a prometer eso, de modo que Claiborne se retira a Londres, donde Cloberry lo demanda y el gobernador Harvey le acusa de amotinamiento. Además, Evelyn incauta todas las propiedades de Claiborne en Virginia en nombre de Cloberry y Compañía.

—Se lo tenía merecido —dijo Ebenezer.

—Claiborne se dio cuenta de que por el momento le habíamos ganado, le compra a sus compinches los susquehannoughs la isla de Palmer, que se halla situada en la cabecera de la bahía de Chesapeake, en la confluencia con el río que atraviesa los

territorios indios, y allí establece su nueva factoría, aduciendo que el lugar queda fuera de nuestros dominios. Entonces le pide al rey Carlos que le prohíba a mi padre molestarlo y, a continuación, le pide (sin que se le altere un músculo de la cara, fijaos) la cesión de toda la tierra que se extiende doce leguas a cada lado del río Susquehannough, ocupando por el sur toda la bahía, hasta el océano, y por el norte, hasta el Gran Lago del Canadá.

—¿Qué me decís? —exclamó Ebenezer, alarmado, pese a no tener la más remota idea de la geografía a la que se hacía referencia.

—Sí —asintió Charles—. ¡Aquel hombre estaba loco! ¡Hubiera significado darle una franja de terreno de Nueva Inglaterra de veinticuatro leguas de anchura y casi trescientas de longitud, además de todo el Chesapeake y tres cuartas partes de Maryland! Tenía la esperanza de volver a engañar al rey, como había hecho en el pasado, mas los lores comisionados rechazaron su petición. Entonces Evelyn reconoció la titularidad de mi padre sobre Kent y el tío Leonard lo nombró interventor de la isla. Evelyn trató de convencer a los isleños de que le pidieran a mi padre títulos sobre las tierras que tenían, y acaso los hubiera convencido de no ser porque el bribón de Tom Smith se hallaba establecido allí junto con el cuñado de Claiborne. No se podía hacer nada con ellos; excepto reducirlos de una vez por todas. El tío Leonard en persona dirigió dos expediciones contra los isleños, los redujo, encarceló a Smith y a John Boteler, el pariente de Claiborne, y confiscó todas sus propiedades en la provincia.

—¡Confío en que eso le sirviera de lección a ese granuja!

—Durante algún tiempo, así fue —contestó Charles—. En 1638 le cedió una isla en las Bahamas y estuvimos cuatro o cinco años sin verlo. En cuanto a sus parientes, los teníamos encarcelados, pero como jamás se había convocado la Asamblea, no teníamos ni Tribunal que los juzgara ni jurado que los sentenciara.

—¿Cómo os las arreglasteis? —preguntó Ebenezer—. ¡Por favor, no me digáis que los pusisteis en libertad!

—Pues bien, convocamos la Asamblea para efectuar una investigación formal de la que surgiera la condena; después, como por arte de magia, la transformamos en Tribunal, el cual vio el caso y halló a los prisioneros culpables. Acto seguido, el tío Leonard condena a los prisioneros a la horca, el Tribunal vuelve a convertirse en Asamblea y dicta sentencia formal (puesto que el caso se había juzgado conforme a la ley), y el tío Leonard conmuta la sentencia a fin de asegurar que no se había cometido injusticia.

—¡Brillante maniobra! —proclamó Ebenezer.

—Fue el comienzo de nuestras cuitas —dijo Charles—. En cuanto se convocó la Asamblea, sus miembros reclamaron el derecho a promulgar leyes, pese a que el título decía claramente que tal derecho quedaba reservado al propietario, siendo tan

solo necesario el asentimiento de los hombres libres. Mi padre resistió algún tiempo, pero hubo de ceder en breve, al menos momentáneamente, a fin de evitar un motín. A partir de aquel día tuvimos a la Asamblea en contra; nos hacían jugadas en falso y no perdían ocasión de disminuir nuestro poder para agrandar el suyo.

Baltimore suspiró.

—Y por si esto no fuera suficiente incordio, por aquel entonces nos enteramos de que los misioneros jesuitas, que habían efectuado conversiones masivas entre los piscataways a cambio de ello, se habían ido apoderando de grandes extensiones de tierra en nombre de la Iglesia. ¡Y un buen día nos declaran su intención de que tan enorme territorio se mantenga independiente del propietario! Sabían que mi padre era católico, en consecuencia anunciaron que la provincia quedaba bajo la plena advocación de la ley canónica, así como que en virtud de la bula pontificia *In Coena Domini*, tanto ellos como las tierras que habían ocupado fraudulentamente quedaban fuera del alcance de la ley común.

—¡Ay, Dios! —dijo Ebenezer.

—Lo que ignoraban ellos —prosiguió Charles— era que mi abuelo, antes de hacerse católico, había visto jesuitismo hasta hartarse, en Irlanda, cuando el rey Jacobo lo envió allí a indagar las causas del descontento reinante. Para cortar el mal de raíz, antes de que, por un lado, los jesuitas se hicieran con toda la provincia, y por otro, los protestantes utilizaran el incidente como excusa para instigar una insurrección antipapal, mi padre apeló a Roma para que ésta llamara a los jesuitas y en su lugar enviara sacerdotes regulares; y tras varios años de disputa la Propaganda ordenó que así se hiciera.

»A continuación surgió el problema indio. Los susquehannoughs, que vivían al norte, y los nanticokes, que vivían en la orilla occidental, siempre habían hostigado a las demás tribus esporádicamente, ya que eran cazadores, no agricultores. Pero a partir de 1640 empezaron a atacar las plantaciones en puntos aislados de la provincia y se decía que incitaban a nuestros amigos los piscataways a unirse a ellos para llevar a cabo una masacre a gran escala. Algunos decían que los franceses estaban detrás de todo aquello; otros alegaban que era labor de los jesuitas, pero yo creo que tras aquellas maquinaciones estaba la mano de Bill Claiborne.

—¡Claiborne! —dijo Ebenezer—. ¿Cómo es posible? ¡Si no os he entendido mal, Claiborne se hallaba oculto en las Bahamas!

—Y lo estaba. Pero en 1643, entre el problema jesuita, el problema indio y una cierta disensión que habla en la colonia por causa de la guerra civil que enfrentaba al rey Carlos con el Parlamento, el tío Leonard regresó a Londres para tratar los asuntos de la provincia con mi padre, y no bien había zarpado cuando Claiborne se introdujo secretamente en la bahía, procurando provocar la sedición de los isleños de Kent. Fue por entonces cuando un tal Richard Ingle —capitán de barco, ateo y traidor— recala

en Saint Mary con un carguero que tenía por nombre *Reforma*, bebe hasta emborracharse y declara ante todo el mundo que el rey no es rey y que le arranca la cabeza a cualquier realista que se atreva a contradecirlo.

—¡Traición! —exclamó Ebenezer.

—Eso dijo uno de los nuestros, Giles Brent, que ejercía de gobernador en tanto regresaba el tío Leonard; encarceló a Ingle y le confiscó el barco. Pero no bien habíamos metido al canalla entre rejas, queda puesto en libertad por orden de nuestro propio consejero, el capitán Cornwaleys, se le devuelve el barco y se le deja ir, libre como un pez, sin registrar su barco ni hacerle pagar sus deudas.

—Estoy atónito.

—Ahora bien, el tal Cornwaleys era soldado, y últimamente había dirigido expediciones para hacer las paces con los nanticokes y hacer retroceder a los susquehannoughs. Cuando lo procesamos por liberar a Ingle, se dijo en su descargo que Cornwaleys le había exigido a aquel bribón la promesa de proporcionarnos un barril de pólvora y cuatro quintales de balas para la defensa de la provincia. Ni que decir tiene que el sinvergüenza regresa poco después, maldiciendo y arremetiendo contra todo lo que se encuentra y pide la munición como fianza para hacer frente a un futuro juicio. Mas antes de que veamos una sola bala, se hace de nuevo a la mar, burlando aduana y derechos portuarios, y se lleva a su amigo Cornwaleys en calidad de pasajero.

»Pronto quedó claro que Ingle y Claiborne, nuestros dos peores enemigos, se habían coaligado para acabar con nosotros, utilizando como coartada la guerra civil inglesa. Claiborne desembarcó en la isla de Kent, mostró un pergamino falso y juró que era un mandamiento que le había entregado el rey a fin de que se hiciera cargo de la isla. Al mismo tiempo, el «cabeza redonda»^[10] Ingle toma por asalto Saint Mary a bordo de un buque armado, llevando también él su propio pergamino falso; tras someter a la ciudad, fuerza al tío Leonard a huir hacia Virginia y, con la ayuda de Claiborne, reclama todo el territorio de Maryland, que por espacio de dos años padece una anarquía total. Ingle se dedica al pillaje, saqueo y robo de bienes; hurta hasta los goznes y cerrojos de las puertas y le echa mano al mismísimo Gran Sello de Maryland, cuyo valor eran cuarenta libras de buena plata. ¡Ni siquiera duda ante la casa y los bienes de su salvador, Cornwaleys, sino que entra a saco como en las demás y luego, para colmo, hace encarcelar a Cornwaleys en Londres, por ser deudor suyo y por traición! ¡Como toque final, jura ante la Cámara de los Lores que todo lo había hecho por motivos de conciencia, dado que Cornwaleys y sus demás víctimas eran papistas y maleantes!

—No acierto a comprenderlo —confesó Ebenezer.

—En 1646 el tío Leonard reunió una fuerza con la ayuda del gobernador Berkeley, reconquistó la ciudad de Saint Mary y, en breve, todo Maryland, siendo la

isla de Kent la última en caer. ¡La provincia era nuevamente nuestra, aunque el denuedo de tío Leonard se vio pobremente recompensado, ya que murió un año después!

—¡Ay! —exclamó Ebenezer—. ¡Menuda lucha! ¡Espero con todo mi corazón que no volvieran a importunaros gentes como Claiborne y que gozarais de vuestra provincia en paz y armonía!

—Teníamos derecho, vive el cielo. Pero no habían transcurrido ni tres años cuando de nuevo entraba en efervescencia la caldera de la facción y la sedición.

—Siento ganas de gemir al oírlo decir eso.

—Fue sobre todo Claiborne, esta vez coaligado con Oliver Cromwell y los protestantes, pese a que, hasta poco antes se jactaba de ser monárquico. Unos años antes, cuando los anglicanos expulsaron a los puritanos de Virginia, el tío Leonard les dio permiso para que erigieran una ciudad llamada Providence a orillas del río Severa para que nadie sufriera en Maryland por causa de su fe. Pero aquellos protestantes nos despreciaban por nuestra fe romana, y se negaban a jurarle obediencia a mi padre. Cuando decapitaron a Carlos I y obligaron a Carlos II a exiliarse, mi padre no protestó, sino que reconoció la autoridad del Parlamento; se ocupó incluso de sustituir al católico Thomas Greene, que fuera nombrado gobernador tras la muerte de tío Leonard, por un protestante, amigo del Parlamento, William Stone, a fin de no proporcionarles a los descontentos de Providence ocasión de rebelarse. En agradecimiento a su prudente actitud, se encontró con que Carlos II se exiliaba a la isla de Jersey, le declaraba «cabeza redonda» y le otorgaba el gobierno de Maryland a sir William Davenant, el poeta.

—¡Davenant! —exclamó Ebenezer—. ¡Ah, cuán grata y noble visión, el rey poeta! Y, sin embargo, me avergüenzo de mi oficio, porque Davenant aceptara un galardón tan injustamente otorgado.

—No llegó lejos, pues nada más zarpar hacia Maryland un buque crucero del Parlamento lo abordó en el canal, frente a Lands End, y eso acabó con él. Ahora bien, Virginia, cosa que acaso no supierais, era realista a ultranza, y cuando proclamó a Carlos II padre del territorio, quedó segregada y el Parlamento pertrechó una flota a fin de someterla. Justamente entonces, en 1650, nuestro gobernador Stone hizo un viaje rápido a Virginia por motivos de negocios y delegó en su predecesor, Thomas Greene, el gobierno de Maryland hasta su regreso. Fue una decisión de locos, teniendo en cuenta que el tal Greene seguía aún dolido por su destitución. En cuanto le delegaron el poder, se declara junto con Virginia a favor de Carlos II y, pese a que el gobernador Stone regresa apresuradamente y depone a Greene, el daño ya está hecho. El cobarde de Dick Ingle seguía siendo un hombre libre en Londres y nada más enterarse acudió volando al comité encargado de someter a Virginia y les indujo a incluir a Maryland en el título de propiedad. Pero esto llegó a oídos de mi padre y,

antes de que se hiciera la flota a la mar, expuso que la proclama de Greene se había efectuado sin su autoridad ni conocimiento, haciendo que se suprimiera el nombre de Maryland del título de propiedad. Pensando que aquella garantía bastaba, se retiró; inmediatamente aparece el taimado Bill Claiborne y, confiando como siempre en que el comité no supiera nada de geografía americana, se ocupa de que se vuelva a redactar el título de propiedad, con el fin de incluir todas las plantaciones que comprende la bahía de Chesapeake, lo cual equivale a decir todo el territorio de Maryland. Lo que es más, consigue que lo nombren comisionado suplente del Parlamento y zarpa con la flota. Había tres comisionados —todos, caballeros razonables, aunque les habían engañado— y dos suplentes: Claiborne y otro bribón, Richard Bennett, que se habían refugiado en nuestra ciudad de Providence cuando Virginia expulsó a los puritanos.

—¡Pero bueno! —exclamó Ebenezer—. ¡Jamás supe de tanta perfidia!

—Aguardad —dijo Charles—. No contentos con ser suplentes, Claiborne y Bennett se encargan de que dos de los comisionados se pierdan en el mar durante la travesía, y así ponen pie en tierra en Punta Comfort con plena autoridad sobre Virginia y Maryland.

—¡Ese hombre es un Maquiavelo!

—Reducen Virginia; Bennett se nombra a sí mismo gobernador y Claiborne secretario de estado; acto seguido se dirigen a Maryland, donde los bellacos de Providence los reciben con los brazos abiertos. Stone, que era buen gobernador, es depuesto; a los católicos se les despoja de sus derechos de un plumazo, y a mi padre lo privan de toda su autoridad. Como golpe definitivo, Claiborne y Bennett instan a la antigua Compañía de Virginia a que presente una solicitud cuyo fin es borrar enteramente a Maryland del mapa, restaurando las viejas fronteras de Virginia. Mi padre defendió su caso ante los comisionados de las plantaciones, y mientras se cocía el asunto, le recordó a Cromwell que Maryland se había mantenido fiel a la Commonwealth pese a que sus vecinos eran realistas. Cromwell oyó cuanto tenía que decirle y más adelante, cuando disolvió el Parlamento y se nombró a sí mismo lord Protector, le aseguró a mi padre su favor.

»Entretanto, el gobernador Stone había logrado recuperar el cargo y mi padre le ordenó que proclamara el Protectorado y declarara extinta la autoridad de los comisionados. Claiborne y Bennett reúnen una fuerza propia y de nuevo deponen a Stone en favor del puritano William Fuller, de Providence. Mi padre apela a Cromwell, Cromwell les envía una orden a Bennett y a Claiborne, diciéndoles que desistan, y mi padre ordena a Stone que haga una leva y marche sobre Fuller, en Providence. Pero Fuller disponía de más armas, de modo que obliga a los hombres de Stone a rendirse, bajo la promesa de una tregua. En cuanto los tiene a su disposición, asesina a cuatro de los lugartenientes de Stone allí mismo, y a éste, que estaba muy

malherido, lo encarcela. Acto seguido los matones de Fuller se apoderan del Gran Sello, se dedican a confiscar y saquear, y expulsan a los sacerdotes católicos de la provincia; Claiborne y su cohorte elevan nuevamente una protesta ante los comisionados de las plantaciones; mas todo es en vano, ya que, por fin, en 1658, le devuelven la provincia a mi padre y se le hace entrega del gobierno a Josias Fendall, a quien mi padre había designado representante suyo tras el encarcelamiento de Stone.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Ebenezer—. ¡*Bien está lo que bien acaba!*^[11]

—Y mal lo que acaba mal —repuso Charles—, ya que aquel mismo año Fendall cometió traición.

—¡Esto es demasiado! —exclamó Ebenezer.

—Es la pura verdad. Hay quien dice que era un instrumento de Fuller y Claiborne; fuera lo que fuere, muerto Cromwell y resultando ser su hijo débil de carácter, Fendall convenció a la Asamblea de que se proclamara independiente del propietario, derogó la constitución de la provincia y usurpó todo rastro de la autoridad de mi padre. Lo hubiéramos pasado mal si no hubieran repuesto a Carlos II en el trono poco después. Mi padre, sabe Dios cómo, hizo las paces con él y obtuvo cartas reales en las que se ordenaba a todos que apoyaran su gobierno, y a Berkely, de Virginia, que lo ayudara. Nombraron gobernador a mi tío Philip Calvert y toda la conspiración se vino abajo.

—¿Puedo albergar la esperanza de que todos vuestros males acaben aquí? —preguntó Ebenezer.

—Durante algún tiempo no padecemos más rebeliones —admitió Charles—. Llegué a Saint Mary en calidad de gobernador en 1661, y en 1675, cuando murió mi padre, pasé a ser el tercer lord Baltimore. Durante aquel tiempo nuestros únicos problemas auténticos eran los ataques de los indios y los intentos de arrebatarnos nuestra tierra por parte de los holandeses, suecos y otros, que utilizaban el viejo truco de *hactenus inculta*. Los holandeses se habían establecido ilegalmente a orillas del río Delaware, y el gobernador D'Hinoyossa, de Nueva Amstel, instigaba a los jhonados, a los cinagos y a los mingos en contra nuestra. Sopesé la posibilidad de declararle la guerra, pero la descarté por miedo a que el rey Carlos (que ya había quebrantado varios de los privilegios que figuraban en mis títulos) aprovecharse la ocasión para adueñarse de todo el territorio del Delaware. De todos modos lo perdí en 1664, año en que pasó a manos de su hermano, el duque de York, sin que yo pudiera hacer la menor protesta.

»El año en que accedí al título de lord Baltimore, los cinagos (a quienes los franceses llaman seneques) cayeron sobre los susquehannoughs y estos a su vez invadieron Maryland y Virginia. Los desafueros que vinieron a continuación fueron la excusa de la rebelión de Bacon en Virginia, así como causa de mucha inquietud en

Maryland. Algún tiempo antes, a fin de aplacar a los descontentos de la Asamblea, yo había restringido el derecho al voto de modo que sólo podían ejercerlo los ciudadanos notables, y había prolongado la duración de la Asamblea, para evitar el riesgo de nuevas elecciones; pero ni siquiera esto sirvió para calmar las cosas. Mis enemigos intrigaban contra mí desde todos los rincones. Incluso reaparece en escena, pese a tener los ochenta bien cumplidos, el viejo Claiborne, que finge de nuevo ser realista y eleva al rey una petición en mi contra. Felizmente, no surtió efecto y yo tuve el placer indescriptible; de saber que el canalla había muerto en Virginia.

—Es también para mí un placer oírlo decir ahora —dijo Ebenezer—, pues me había entrado miedo de que ese bellaco fuera inmortal.

—Me acusaron de todo, desde de ser papista hasta de haber cometido fraude con los ingresos del rey —continuó diciendo Charles—. Cuando Nat Bacon dirigió su ejército privado contra el gobernador Berkeley, de Virginia, un par de sinvergüenzas llamados David y Pate intentaron una rebelión similar en el condado de Calvert, sospecho que instigados por los chaqueteros de Fuller y Fendall, que andaban merodeando a escondidas por la provincia. Por aquel entonces yo estaba en Londres, pero cuando me enteré, le ordené inmediatamente a la persona en quien había delegado el cargo que los ahorcara. Sin embargo, no habían pasado todavía cuatro años cuando el traidor de Fendall conspiró con un nuevo villano a fin de incitar una nueva revuelta: se trataba del falso sacerdote John Coode, alias «el Negro», a cuyo lado palidece hasta el mismísimo Bill Claiborne. Sofoqué su juego a tiempo y desterré a Fendall a perpetuidad, si bien Coode, con la connivencia de la Asamblea, quedaría libre como un pájaro y causaría problemas más adelante.

»Después de aquello, las intrigas y tribulaciones nos llovieron a raudales. En 1681, a fin de saldar una deuda privada, el rey Carlos le hace cesión a William Penn (¡ojalá se esté derritiendo su grasa cuáquera en el infierno!) de una extensa área al norte de Maryland, e inmediatamente tengo que ponerme a defender mi frontera norte contra sus maquinaciones. En mi título de propiedad se especificaba que el límite norte de Maryland era el paralelo cuarenta, y para señalar dicho paralelo hacía ya mucho tiempo que había mandado construir un blocao, para hacer frente a los susquehannoughs. Penn estuvo de acuerdo conmigo en que su frontera discurriera al norte del blocao, pero cuando apareció su título de propiedad, no se hacía mención alguna de aquello. En su lugar había una retahíla de insensateces capaces de liar a un templario, y para asegurar sus planes, Penn despachó a un topógrafo mendaz, provisto de un sextante defectuoso, con el encargo de que efectuara sus mediciones. A resultas de aquello, Penn declaró que su frontera meridional pasaba ocho millas al sur de mi blocao, recurriendo a todo tipo de excusas y subterfugios, con el fin de evitar hablar conmigo de aquel atropello. Cuando por fin lo acorralamos y le propusimos efectuar las mediciones conjuntamente, alegó que el sextante estaba

estropeado; y cuando nuestro instrumento mostró la localización correcta de la línea divisoria, él nos acusó de subvertir la autoridad del rey. Tanto interés tenía porque la frontera cayera donde él quería que propuso una infinidad de tretas a fin de conseguirlo. «Medid al norte de los Cabos», decía, «efectuando las mediciones a menos de sesenta millas por grado; bajad vuestra frontera sur en treinta millas», decía, «y cogedle tierra a los virginianos; medid dos grados al norte de Watkins Point», decía. Entonces le pregunté: «¿Por qué estas mediciones y apropiaciones de tierra? ¿Por qué no vamos sextante en mano y calculamos el paralelo cuarenta de una vez por todas? ». Por fin se aviene, mas sólo a condición de que si la línea divisoria resulta hallarse al norte de donde él quiere, tengo que venderle la diferencia «a precio de caballeros».

—No acabo de entenderlo —reconoció Ebenezer—. Toda esta jerga de sextantes y paralelos me aturde.

—Lo cierto es —dijo Charles— que Penn le había jurado a su Sociedad de Comercio que sus títulos de propiedad incluían la cabecera de la bahía, y estaba decidido a conseguirlo. Cuando falló todo lo demás empezó a maquinarse con su amigo el duque de York, que era su vecino, y cuando para mi desgracia el duque accedió al trono con el nombre de Jacobo II, Penn invoca a aquel espectro de *hactenus inculta* y logra la cesión de todo el territorio de Delaware, que ni a él le correspondía recibir ni a Jacobo otorgar, pues era claro que me pertenecía.

»Las cosas tomaron tal cariz que, aunque me daba miedo dejar la provincia a merced de mis enemigos un solo minuto, no me quedó más remedio que embarcarme con destino a Londres en 1684, para luchar contra las intrigas de Penn. Ahora bien, ya hacía algún tiempo que se me venía acusando falsamente de consentir que los contrabandistas defraudaran los derechos portuarios del rey, así como de no prestar ayuda a los recaudadores de impuestos reales, e incluso hube de pagar una multa por ello. En cuanto levo anclas y parto hacia Londres, mi pariente George Talbot, de Saint Mary, consiente que un recaudador de impuestos, un canalla y un animal, despierte sus iras, y acaba con su vida a puñaladas. Fue un acto propio de un loco, y mis enemigos lo utilizaron inmediatamente. Contra toda justicia, se niegan a juzgarlo en la provincia, en lugar de lo cual se lo entregan a Effingham, por entonces, gobernador de Virginia (quien, dicho sea de paso, más adelante intrigó en el Consejo Privado con la finalidad de conseguir para sí la titularidad de todo el territorio de Maryland), y lo único que pude hacer por él fue salvarle el cuello. Poco después muere asesinado otro aduanero y, aunque fue en una disputa privada, mis enemigos no hicieron distinción entre los dos casos, haciéndome aparecer ante la Corona con los colores de la traición. Entre tanto, Penn inició un pleito *quo warranto*^[12] contra todos los derechos que me habían sido cedidos y estando su amigo en el trono no tengo dudas sobre cuál hubiera sido el resultado: sucedió entonces que el pueblo de

Inglaterra empezó a presionar al rey Jacobo, presentándole su propio *quo warranto*, por decirlo así, de modo que la revolución^[13] acabó momentáneamente con el juego de Penn.

—¡No me es posible expresaros el alivio que siento al oíros decir eso! —exclamó Ebenezer.

—De cualquier modo yo salía perdiendo —suspiró Charles—. Cuando Jacobo ocupó el trono, mis enemigos me acusaron de deslealtad hacia él; cuando fue al exilio y Guillermo desembarcó en Inglaterra, sólo quisieron acordarse de que Jacobo y yo éramos católicos. Fue entonces, en el peor momento posible, cuando el estúpido al que yo había nombrado gobernador en funciones juzga adecuado manifestar ante la Asamblea su fe en el derecho divino de los reyes y, necedad de necedades, hace que Maryland proclame oficialmente el nacimiento del hijo católico de Jacobo.

—Tiemblo por vos —dijo Ebenezer.

—Naturalmente, en el momento mismo en que Guillermo accedió al trono, envié al Consejo de Maryland la orden de proclamarlo. Pero, bien fuera por causas naturales o, como sospecho, por la maldad de mis enemigos, el mensajero murió a bordo y recibió sepultura en el mar, así como la comisión que portaba; de suerte que Maryland seguía guardando silencio incluso después de que Virginia y Nueva Inglaterra hubieran efectuado la proclama. Inmediatamente envié a un segundo mensajero, pero el daño estaba hecho y los que no me acusaban a voces de papista, me acusaban de jacobita. Como consecuencia de aquella desgracia, en 1689 mis enemigos de Inglaterra lograron que se me proscribiera en Irlanda bajo el cargo de haber cometido allí traición contra Guillermo, por ser partidario de Jacobo; y eso que yo en realidad jamás había puesto pie en suelo irlandés y me hallaba en aquel preciso momento en Inglaterra expresamente para combatir los esfuerzos de Jacobo y de Penn por arrebatarme Maryland. Como remate de todo ello, en marzo de aquel mismo año hacen correr por Maryland el rumor de que hay una conspiración gigantesca y que nueve mil católicos e indios han invadido la provincia con el fin de asesinar a todos los protestantes de aquellas tierras; a los hombres enviados a Mattapany, en la desembocadura del Potomac, les hablan de masacres llevadas a cabo en el nacimiento del río, por lo que acuden presurosamente a salvar la situación. ¡Y se encuentran con que los colonos se estaban armando para estar preparados, porque han oído hablar de las masacres que están teniendo lugar en Mattapany! Por más que mis amigos dicen que todo son temores e imaginaciones sin fundamento, la provincia entera se alza en armas contra los católicos.

—¡Ciegos! ¡Ciegos!

—No era peor que el antipapismo que reinaba aquí en Londres —dijo Charles—. ¡El único placer que me fue dado en aquella hora oscura fue ver que el cuáquero embustero de Penn era arrestado y encarcelado como un jesuita!

—¡Por mi fe que yo también me alegro!

—Nada quedaba ya, salvo que los conspiradores asestaran el *coupe de grâce*. Lo hicieron en julio, dirigidos por Coode, el falso sacerdote. Este marcha sobre Saint Mary al frente de una fuerza armada, se asciende a sí mismo al grado de general y, pese a haber sido católico, no para de propalar a voces las acusaciones de papistas y jesuitas, hasta que toda la ciudad se rinde. El presidente y el Consejo huyen a Mattapany, donde Coode los sitia en el fuerte hasta que le entregan, el gobierno. ¡Entonces, dándose a sí mismos el nombre de Protestantes Asociados, le suplican al rey Guillermo que se haga cargo del poder!

—¡Y entonces el rey Guillermo lo mandó ahorcar! —dijo Ebenezer.

Charles, que hasta entonces había hablado tan rápida y distraídamente como si recitara un rosario doloroso, pareció, por vez primera desde el comienzo de la historia, fijarse de veras en el visitante.

—Mi querido poeta... —dijo con una sonrisa escueta—. Guillermo está en guerra con el rey Luis. En primer lugar, todo el mundo sabe que la guerra podía extenderse a América, y él tiene muchísimo interés por ganar el control de todas las colonias para hacer frente a tal posibilidad. En segundo lugar, la guerra es cara y mis rentas podrían ayudar a pagar a sus soldados. En tercer lugar, Guillermo está en posesión de la corona merced a una revolución antipapista, y yo soy partidario del papa. En cuarto lugar, el gobierno de Maryland le estaba implorando que librara a la provincia de la opresión de católicos e indios...

—¡Basta! —exclamó Ebenezer—. ¡Me estoy temiendo que al final os arrebató Maryland! Pero ¿en virtud de qué derecho legal...?

—Ah, fue prodigiosamente legal —dijo Charles—. El rey Guillermo cursó instrucciones al fiscal general para que interviniera contra mi título de propiedad, mediante el procedimiento de *scire facias*^[14] pero luego, pensando en el tiempo que llevaría semejante litigio, así como en la necesidad extrema de alimentos que padecía el tesoro y en la posibilidad de que el Tribunal fallara a mi favor, le pide al magistrado supremo, Holt, que encuentre un modo de quitarme Maryland con menos molestias. Holt lo piensa hasta que recuerda que *jus est id quod principi placet*^[15], y a continuación declara, con toda solemnidad, que si bien sería mejor anular el título de propiedad por medio de una inquisición adecuada, y puesto que, en virtud de la misma palabra del rey, el asunto es urgente, da en pensar que el rey podría asumir el gobierno de la provincia inmediatamente, y proceder a las investigaciones más adelante.

—¡Pero cómo! —dijo Ebenezer—, ¡es lo mismo que ahorcar a un hombre hoy y juzgar su crimen mañana!

Charles hizo un gesto de asentimiento.

—En agosto de 1691, milord sir Lionel Copley se convirtió en el primer

gobernador real de Maryland, colonia de la corona —concluyó—. De conde palatino, con derecho de vida y muerte sobre mis súbditos, mi rango se vio rebajado al de nuevo propietario, teniendo derecho sólo a las rentas de arrendamiento, a un impuesto portuario de catorce peniques por tonelada sobre los buques extranjeros y a un impuesto sobre el tabaco a razón de un chelín por barril. Los comisionados del Sello Privado, dicho sea en su honor, pusieron en tela de juicio la decisión de Holt, y de hecho, cuando presentaron la *quo warranto*, los alegatos en mi contra se desmoronaron por falta de pruebas, y no se pudo dictar sentencia. Pero si el rey Guillermo saltó antes de mirar, fue precisamente porque había previsto aquello: sabed pues que se aferró con fuerza a Maryland y la estrechó cual enamorado a su amante; sabido es en todo caso que *la propiedad constituye nueve de cada diez partes de lo que es la ley*, y si media un rey, entonces, Parlamento, estatutos y tribunales, todo en uno, no son sino propiedad. Se dice y es verdad que el favor real no es hereditario, y también que *el rey lo promete todo y cumple lo que le place*.

—Y también —añadió Ebenezer— que *el que se come el ganso del rey se ahoga con las plumas*.

—¿Cómo? —preguntó Charles, irritado—. ¿Me estáis tomando el pelo, señor mío? ¿Acaso pensáis que Maryland fue jamás el ganso del rey Guillermo?

—¡No, no! —protestó Ebenezer—. ¡Habéis malinterpretado el proverbio! Viene a decir meramente que *un gran legado es un lecho plagado de zarzas*. ¿No habéis oído decir que *un gran hombre y un gran río son malos vecinos*, o que *el botín de un rey es una bendición dudosa*?

—Basta, lo comprendo. Así pues, ahí tenéis vuestra Maryland, señor mío. ¿La juzgáis adecuada para una Marylandíada?

—¡A fe mía —repuso Ebenezer— que sería más adecuada para una *Jeremíada*! Jamás me he encontrado ni en la vida ni en la literatura con una retahíla semejante de intrigas, cábalas, asesinatos y maquinaciones como las que hay en esta historia que me referís.

Charles sonrió.

—¿Y por ventura eso sirve de inspiración a vuestra pluma?

—¡Ah, Dios mío, cuán lerdo y patán debe considerarme Vuestra Señoría, presentarme bruscamente ante vos enarbolando grandes ideas sobre versos y panegíricos! Os juro que lo lamento: me iré ahora mismo.

—Quedaos, quedaos —dijo Charles—. Os confesaré que esta *Marylandíada* vuestra no deja de tener interés para mí.

—No —dijo Ebenezer—, lo decís para castigarme.

—Soy un hombre viejo —declaró Charles— al que le queda poco tiempo en esta tierra...

—¡El cielo lo prohíba!

—No, es la pura verdad —insistió Charles—. Lo mejor de mi vida, y aún más, lo he depositado en el altar de una Maryland próspera y bien gobernada, que me fue confiada por mi querido padre, y a él por el suyo, para que la administrara y mejorara, y la cual yo soñaba entregar a mi hijo transformada en una propiedad más rica y más digna, merced a mi gobierno.

—¡Dios mío, se me saltan las lágrimas!

—Y ahora, en la vejez, hallo que no ha de ser así —prosiguió Charles—. Además, estoy demasiado viejo y enfermo como para volver a cruzar el océano, de modo que he de morir aquí, en Inglaterra, sin volver a poner los ojos en esa tierra que tan cara es a mi corazón como mi esposa carnal, y cuyo rapto y violación me duelen tanto como a Menelao el robo de Elena.

—¡No puedo soportarlo más! —dijo Ebenezer, llorando, mientras se sonaba delicadamente la nariz con el pañuelo.

—Carezco de autoridad —concluyó Charles—, por lo que ya no puedo conferir títulos y dignidades como antes. Pero esto os digo, señor Cooke: id a Maryland; olvidaos de su historia y reparad en sus virtudes sin par. Estudiadlas; fijaos bien en ellas. Entonces, si podéis, transformadlo que veáis en verso. ¡Dadle melodía y música para que el mundo lo oiga! Haced la rima que os digo, Eben Cooke; erigid para mí una Maryland que ni el tiempo ni las intrigas sean capaces de robármela: ¡que pueda cedérsela a mi hijo y al hijo de mi hijo y a todas las generaciones del mundo! ¡Cantadme tal canción, señor, y por mi fe os digo que a los ojos y al corazón de Charles Calvert y al de todos los cristianos amantes de la belleza y de la justicia vos sois en verdad el Poeta Laureado de la provincia! Y si un día hubiera de acontecer —cosa que, contra toda esperanza y expectativa, ruego cada noche a la santa Virgen y a todos los santos— que cambiara todo el estado de cosas, y mi dulce provincia le fuera devuelta a su propietario, entonces, vive el cielo, os otorgaría el título, de hecho, caligrafiado en piel de oveja, atado con lazos de satén, firmado por mí y estampado, para que el mundo lo contemplara boquiabierto, con el Gran Sello de Maryland.

El corazón de Ebenezer estaba demasiado rebosante para que pudiera hablar.

—Entretanto —continuó Charles—, al menos os confiaré, si os place, la misión de escribir el poema. No, mejor aún, redactaré en un documento el nombramiento de Laureado, y si pluguiera a Dios, tendrá validez retroactiva desde este mismo día.

—¡Cielos! ¡Es más de lo que puedo creer!

Charles le ordenó a su criado que trajera papel, tinta y pluma, y, con el aire de quien está habituado al lenguaje de la autoridad, redactó rápidamente la siguiente encomienda:

CHARLES, LORD PROPIETARIO ABSOLUTO DE LAS PROVINCIAS DE MARYLAND Y AVALON, LORD BARÓN DE BALTIMORE. Nos saludamos a Nuestro leal, bienamado y carísimo Ebenezer Cooke, Señor del Puntal de Cooke, Condado de Dorset, y considerando que es Nuestro deseo que las diversas excelencias de Nuestra antedicha provincia de Maryland sean cantadas en verso para las generaciones venideras, y considerando

que es Nuestra convicción que vuestros talentos bien os habilitan para tal Labor, así pues, Nos deseamos y ordenamos, en nombre de la Fe que Nos debéis, que compongáis y elaboréis un poema épico que resalte la donosura de los habitantes de Maryland, su buena crianza y la excelsitud de sus mansiones, la majestad de sus leyes, la bonanza de sus fondas y posadas, etcétera, etcétera; y con tal propósito Nos os nombramos e intitulamos Poeta Laureado de la antedicha provincia de Maryland. Lo que Nos Mismo testimoniamos en la ciudad de Londres el vigésimo y octavo día de marzo en el décimo y octavo año de Nuestro dominio sobre Nuestra dicha provincia de Maryland, Armo Domini, 1694.

—¡Helo aquí! —exclamó, haciéndole entrega a Ebenezer del documento acabado—. Hecho está; os deseo una buena travesía.

Ebenezer leyó el nombramiento, se hincó de hinojos ante lord Baltimore y oprimió, agradecido, el borde de la casaca de aquel notable contra sus labios. Luego, mascullando y tropezándose, se guardó el documento en los bolsillos, se excusó y salió corriendo de la casa, perdiéndose en las bulliciosas calles de Londres.

11. EBENEZER REGRESA JUNTO A SUS COMPAÑEROS, CUYO NÚMERO HALLA MERMADO EN UNO, DEJÁNDOLO ÉL MERMADO EN OTRO, Y HACIÉNDOSE UNA REFLEXIÓN

A Locket's —le dijo Ebenezer al cochero y saltó al interior del vehículo con un flojo temblor de las extremidades, como si fuera una marioneta mal manejada. ¡Cuán súbitamente había escalado a las alturas del Parnaso, mientras sus compañeros seguían confundidos al pie de la montaña! Sacó el nombramiento, leyó de nuevo la dulce palabra Laureado y el catálogo de las excelencias de Maryland.

—¡Dulce tierra! —exclamó—. ¡Preñada de canciones! ¡Ya se acerca tu alumbrador!

Allí había una agudeza digna de ser preservada: la palabra alumbrador, por ejemplo, que evocaba simultáneamente a una comadrona y al portador de una luz liberadora... Se lamentó de no tener pluma ni más papel que la comisión de Baltimore, la cual, tras besarla, guardó en la casaca.

—Tengo que comprarme un cuaderno —decidió—. Sería una pena que flores silvestres como ésta murieran sin que nadie las recogiera. Ya no puedo pensar sólo en mis propios deleites, pues un Laureado es propiedad del mundo.

Poco después llegó el coche de punto a Locket's y, tras darle su recompensa al conductor, Ebenezer fue apresuradamente en busca de sus colegas, a quienes no veía desde la noche de la apuesta. Una vez dentro, sin embargo, anduvo con paso más lento, más digno, acorde con su posición, y fue sorteando las mesas atestadas hasta que divisó a sus amigos.

Dick Merriweather fue el primero en verlo.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo a voces—. ¡Mirad lo que se acerca! ¿Me confunde la vestimenta o es Lázaro salido de la tumba?

—¡Pero bueno, chico! —se sumó Tom Trent—. ¿Te ha deshelado el viento primaveral? Tenía miedo de que te hubieras osificado para siempre jamás.

—¿Deshelado? —dijo Ben Oliver, y guiñó un ojo—. No, Tom, ¿cómo podría helarse un amante de tal catadura? Lo que yo me imagino es que hasta ahora no había recobrado las fuerzas tras la formidable justa que entabló la noche de nuestra apuesta, y vuelve para llevarse a todos los que se apunten.

—Vamos quedo, Ben —le recriminó Tom Trent, dirigiéndole una mirada a John McEvoy, que estaba a su lado y que, sin embargo, estaba totalmente absorto en la contemplación de Ebenezer, y parecía no haber oído el comentario—. No está bien que un buen hombre se muestre rencoroso por semejante bagatela.

—No, no —insistió Ben—. ¿Qué hay más placentero o instructivo, os pregunto,

que escuchar las grandes hazañas de labios de sus protagonistas? Ven acá, Ebenezer. Tómate una copa con nosotros y dinos con toda claridad, como corresponde a un hombre que está entre hombres: ¿qué piensas de Joan Toast después de haberla gozado? Lo que quiero decir es: ¿cómo es en la cama y qué ganga descomunal obtuviste a cambio de tus cinco guineas para que no te hayamos visto en toda esta semana ni tampoco a ella? ¡Diantre, qué hombre!

—Refrena tu pérfida lengua —dijo Ebenezer con decisión, tomando asiento—. Conoces la historia tan bien como yo.

—¡Hola! —exclamó Ben—. ¡Cuánta valentía! ¿Qué? ¿No vas a decir nada a modo de explicación o defensa cuando hasta una puta te desprecia?

Ebenezer se encogió de hombros.

—¡Esa mujer está más cerca que nunca de la grandeza!

—¡Santo cielo! —exclamó Tom Trent—. ¿Quién es este desconocido que tiene respuestas tan osadas? Conozco ese rostro y conozco esa voz, pero ¡por mi fe que éste no es el Eben Cooke de antaño!

—No —convino Dick Merriweather—, es algún impostor fanfarrón. El Cooke que yo conocía se mostraba siempre tímido, tenía las articulaciones algo rígidas y no era gran cosa a la hora de las guasas. ¿Conocéis vos su paradero? —le preguntó a Ebenezer.

—Sí —Ebenezer sonrió—, lo conozco bien, pues yo fui la única persona que lo vio morir, y escribí su elegía.

—Y decidme, señor, os lo ruego, ¿qué es lo que acabó con él? —inquirió Ben Oliver, tratando de mantener la sonrisa burlona en la medida que se lo permitía la confusión en que se hallaba—. ¿Fue por casualidad el dolor del amor no correspondido?

—La verdad de la cuestión, señores, es —replicó Ebenezer— que pereció de sobreparto la noche de la apuesta sin saber jamás que sus sufrimientos eran los dolores del alumbramiento, tanto más intensos por cuanto que llevaba el feto desde la infancia y lo dio a luz con anormal tardanza. No obstante, el mundo ha tenido la suerte de que él fuera una comadrona capaz, que echó al mundo, plenamente adulto, al hombre que tenéis delante.

—¡Voto a tal! —dijo Dick Merriweather—. ¡Te he perdido completamente de vista en este Hampton Court Hedge de agudezas! Habla literalmente, haz el favor, aunque sea sólo una frase, y expón con claridad qué significa toda esta cháchara de muerte, comadronas y todo el resto de la alegoría.

—Así lo haré —Ebenezer sonrió—, mas quisiera que Joan Toast estuviera presente para escucharlo, puesto que fue ella quien, con total inocencia, representó el papel de la comadrona. Sí, id por ella, John McEvoy, que todo el mundo sepa que no os guardo rencor a ninguno de los dos. A pesar de que actuasteis por maldad, según

reza el proverbio, *muchas son las cosas que crecen en el huerto sin que nadie las haya plantado*: o incluso *la fortuna de un hombre pueden labrarla quienes lo envidian*. Cierto es que vuestra perfidia rindió más frutos de lo que yo hubiera soñado jamás. Una vez dijisteis de mí que no comprendo nada de la vida y puede que sea cierto; pero debéis ir más lejos y conceder que *los locos irrumpen donde los sabios no se atreven a pisar*, así como que *la tormenta puede tomar un castillo que jamás caería ante un asedio*. El hecho es que tengo novedades prodigiosas que contar. ¿Queréis llamar a Joan?

Desde que Ebenezer hiciera aparición en la taberna, McEvoy había permanecido sentado en silencio, hosco incluso.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ebenezer—. Este hombre quiso hacerme daño, ¿le irrita haber fallado el tiro, labrando mi fortuna? Era una solicitud cortés la mía; de conocer el paradero de Joan iría yo mismo a buscarla.

—No tengo la menor duda de que él obraría igual —dijo Ben Oliver.

—¿Qué dices?

—¿No lo oíste cuando te dijimos antes —preguntó Tom Trent— que a tu Joan no le hemos visto el pelo ni el pellejo desde hace tres días?

—Creí que era una broma —dijo Ebenezer—. ¿Es verdad que se ha ido?

—Sí —afirmó Dick—, la fulana se ha perdido de vista y ni McEvoy ni nadie sabe nada de ella. La última vez que se la vio fue el día después de la apuesta. Tenía un enojo de aquí te espero...

—¡Demonios! —interrumpió Ben—, ¿no había quien le hablara!

—Pensamos que tenía un sofocón —prosiguió Dick—; como tú..., es decir...

—Despreció cuatro guineas de un buen hombre —dijo Ben, en un último intento por ser desdeñoso— y a cambio se tragó gratis el sermón de...

—De Ebenezer Cooke, amigos míos —concluyó Ebenezer, incapaz de retener la noticia por más tiempo—, quien el día de hoy ha sido nombrado por lord Baltimore Poeta Laureado de toda la provincia de Maryland. ¿Y no habéis visto a la moza desde entonces, decís?

Mas nadie oyó la pregunta. Se miraban los unos a los otros y a Ebenezer.

—¡Diantre!

—¡Rayos!

—¿Es cierto? ¿Eres Laureado de Maryland?

—Sí —dijo Ebenezer, que en realidad sólo había dicho que lo habían nombrado Laureado, pero pensó que era demasiado tarde, entre otras cosas, para aclarar el malentendido—. De aquí a unos días zarpo para América, a fin de dirigir la propiedad en la que nací y, por orden de lord Baltimore, desempeñar el oficio de Laureado de la colonia.

—¿Tienes el nombramiento y todo? —Tom Trent no salía de su asombro.

Ebenezer no titubeó.

—El nombramiento de Laureado lo tengo por escrito —explicó—, pero ya me ha sido encomendado que elabore un poema. —Fingió rebuscar en los bolsillos y se sacó el documento de la casaca, haciéndolo circular por la mesa, causando un gran efecto.

—¡Santo cielo, es verdad! —dijo Tom, reverentemente.

—¡Laureado de Maryland! ¡Estoy atónito! —dijo Dick.

—He de confesar —dijo Ben— que jamás pensé que fuera posible. ¡Pero en fin! ¡Aquí hay una copa para vos, señor Laureado! ¡A ver, tabernero, una ronda de pintas!

»¡Vamos, Tom! ¡Eh, Dick! ¡A tu salud! Espero poder decirlo —prosiguió—, ya que muchas noches Eben se tomó mis bromas a bien, mientras que un espíritu más mezquino me hubiera guardado rencor. Para mí sería tanto honor brindar por tu salud como lo será pagar por ello. Te ruego que me lo concedas y será una prueba de que tu benevolencia es comparable a tu talento.

—Tus elogios me halagan tanto más —dijo Ebenezer— por cuanto sé (vaya si lo sé) que no eres adulador. Es doble honor —añadió— recibir un brindis de tal brindador, y cuanto más inmerecido es tu elogio, tanto más humilde me siento.

—¡Brindemos, pues, y que vivas muchos años!

Por entonces el tabernero ya había traído las pintas y los cuatro hombres alzaron sus vasos.

—¡Escuchad, borrachos y poetastros! —Ben se dirigió a voces a todo el local, poniéndose de un salto encima de la mesa—. ¡Dejad a un lado vuestros chismorreos y bebed a la salud más meritoria por la que jamás se ha bebido bajo este techo!

—¡No, Ben! —protestó Ebenezer, dándole tirones a la casaca de Ben.

—¡Escuchad! —exclamaron varios clientes, pues Ben les caía simpático.

—¡Sacad a rastras a ese currutaco esquelético y alzad las copas! —gritó alguien.

—Súbete aquí —ordenó Ben y, quieras que no, cogieron a Ebenezer en volandas y lo depositaron encima de la mesa.

—A la salud, longevidad e indesmayable talento de Ebenezer Cooke —propuso Ben, y todos los que estaban en el lugar alzaron la copa—, el cual, en tanto los que valemos menos disipamos nuestras energías alardeando y pavoneándonos, permanecía en las alturas, ahorrando fuerzas, sin graznar sus alabanzas, sabiéndose águila, sin que le importara un rábano lo que pensarán de él las aves de corral; el cual, por tanto, mientras que los demás gallos, débiles y envidiosos, teníamos que picotear en el estiércol, desplegó las alas y remontó el vuelo hasta ganar quién sabe qué nido de águilas. ¡Os presento a Ebenezer Cooke, muchachos, de quien todos se burlaban y reían (nadie más que yo), quien desde el día de hoy es Poeta Laureado de la provincia de Maryland!

Un murmullo general recorrió la estancia, seguido de un clamor de enhorabuena cortés que se le subió a Ebenezer a la cabeza como si fuera vino, pues era la primera

vez en su vida que vivía una experiencia semejante.

—Os doy las gracias —dijo, dirigiéndose al local con voz turbia—. ¡No puedo decir nada más!

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—¡Un poema, señor! —dijo alguien.

—¡Sí, un poema!

Ebenezer se recompuso y acalló el clamor con un gesto.

—No —dijo—, la musa no es ningún juglar que canta en las tabernas a cambio de un vaso de vino; además, no llevo ni un verso encima. Este lugar es adecuado para brindar, no para la poesía, y será para mí un gran placer que brindéis conmigo por mi magnánimo protector, Baltimore...

Se alzaron unos cuantos vasos, pero no demasiados, ya que el sentimiento anticatólico era muy fuerte en Londres.

—Por la musa de Maryland —añadió Ebenezer, percatándose de la escasa respuesta, logrando que se alzaran unas cuantas manos más.

—¡Por la poesía, la más sublime de las artes —se alzaron muchos más vasos— y por todos los poetas y buenas gentes que se encuentran en esta taberna, la cual, por la alegría y talento de sus clientes, no tiene parangón en todo el hemisferio!

—¡Muy bien! —saludó la muchedumbre y se echaron el brindis al colete como un solo hombre.

Era casi medianoche cuando Ebenezer regresó por fin a sus habitaciones. Llamó a Bertrand en vano y, algo bebido, empezó a desvestirse, aún muy henchido de su éxito. Pero, bien por causa de lo silenciosa que resultaba su habitación en comparación con Locket's, bien por la triste visión de su cama, que aún estaba sin hacer, tal como la dejara por la mañana, con las sábanas arrugadas y sobadas, tras los cuatro días de desesperación que llevaba Ebenezer, o bien por cualquier otra causa de orden más sutil, lo cierto es que la alegría pareció abandonarle al tiempo que las ropas; cuando por fin se hubo despojado de zapatos, calzones, camisa y peluquín, y se hallaba en pie, afeitado, rapado y desnudo como su madre lo echó al mundo en medio de la habitación, Ebenezer tenía la mente embotada, la mirada sin brillo y el equilibrio inestable. El gran éxito de su primera incursión aún hormigueaba en su interior cuando lo recordaba, pero ya no era una agitación meramente placentera. Sentía debilidad en el estómago. Todo lo que Charles le había referido de la historia de Maryland vino a la memoria como un mal sueño; apagó la lámpara y corrió a la ventana, buscando aire fresco.

A pesar de la hora, Londres bullía en la oscuridad, por debajo y en derredor de donde se hallaba Ebenezer. Hasta él llegaban de cuando en cuando el grito de un borracho, el juramento de un cochero, la risa de un viandante, el relincho de un caballo. Una húmeda brisa de primavera surgía del Támesis y su aliento llegaba hasta

Ebenezer: allá en el río estaban izando y levando anclas, desplegando velas en las vergas, tensándolas, calculando rumbos, sondeando a voces, mientras naves oscuras discurrían marea abajo, en dirección al oscuro Canal de la Mancha, y después, al océano sin límites, meciéndose y balanceándose bajo la luna. En las profundidades se agitaban y deslizaban criaturas enormes que no descansaban; en el viento nocturno revoloteaban y chillaban aves marinas de color gris claro, o bien planeaban a contraviento. ¿Cabía suponer que en algún lugar remoto, bajo las estrellas, existía Maryland, contra cuyas extensas costas de arena espumaba la mar negra? ¿Por ventura en aquel mismo instante algún indio desnudo se paseaba por entre las dunas erizadas de cañas o iba siguiendo a su presa por los susurrantes recodos del bosque?

Ebenezer sintió un escalofrío, se alejó de la ventana y ajustó bien las cortinas. El estómago le incordiaba sobremanera. Se echó en la cama y trató de dormir, mas sin éxito: la osadía de su entrevista con Charles Calvert y todo lo que vino después le hacían seguir dando vueltas y revueltas mucho después de que le empezaran a doler los músculos y a escocerle los ojos de sueño. Los espectros de William Claiborne, Richard Ingle, William Penn, Josias Fendall y John Coode —la energía extraña y terrible que poseían, sus intrigas e insurrecciones— le hacían sentir escalofríos y mareo, pero se negaban a alejarse de la conciencia de Ebenezer, que no podía dejar de recordar y pronunciar el título que le habían conferido, ni siquiera después de que, de tanto repetirlo, el epíteto hubiera perdido sentido y dejado de causarle placer, para quedar convertido en una retahíla de sonidos de pesadilla. La saliva le corría libremente; iba a ponerse enfermo. ¡Poeta Laureado de la provincia de Maryland! No cabía volverse atrás. Bajo el palio de la noche le aguardaban Maryland y su destino, mortal y único.

—¡Ah, Dios mío!

Por fin lloró y salió de la cama, bañado en sudor helado. Corrió hacia el orinal, quitó precipitadamente la tapa y, con una náusea, arrojó en el interior el vino de su triunfo. Una vez libre del mismo, se sintió algo más calmado: regresó a la cama, acurrucó las rodillas contra el pecho para aplacar la agitación del estómago y así logró, tras incontables suspiros de inquietud, conciliar una especie de sueño.

SEGUNDA PARTE: CAMINO DE MALDEN

1. EL LAUREADO ADQUIERE UN CUADERNO

Todos los estremecimientos y húmedas dudas nocturnas que habían asaltado el reposo del Laureado disipolos como a la niebla del Támesis por la mañana el sol, cuando se alzó sobre Londres. Ebenezer se levantó a las nueve, renovado de cuerpo y de espíritu, y cuando recordó los acontecimientos del día anterior y su nuevo cometido hizolo con alegría.

—¡Bertrand! ¡Oye, Bertrand! —Llamó, saltando de la cama—. ¿Estás ahí, hombre de Dios?

Al punto apareció su criado, que se hallaba en la alcoba contigua.

—¿Habéis dormido bien, señor?

—Como un inocente mamoncillo. ¡Hermosa mañana! ¡Me embarga el éxtasis!

—Parecióme oír anoche que teníais un ataque de náuseas.

—Vaya; una pinta agriada que me darían en Locket's, quizá —contestó despreocupado Ebenezer—, o acaso una jarra de cerveza mal fermentada. Acércame aquella camisa. Muchas gracias. ¡Diantre! ¿Y este olor tan grato a ropa recién planchada? ¿Y este tacto tan limpio?

—Es maravilla que vomitarais así. ¡Qué de bascas y gemidos!

—¿De veras? —Ebenezer se rio y empezó a vestirse lenta y cuidadosamente—. No, esos no; hoy, los de algodón hilado. ¿Bascas, dices? Alguna pesadilla pasajera, a buen seguro; no me acuerdo. Nada como para llamar al médico ni al cura.

—¿Al cura decís, señor? —exclamó Bertrand con un acento de alarma en la voz—. ¿Entonces es cierto lo que dicen?

—Tal vez sí o tal vez no. ¿Quiénes dicen qué?

—Hay quienes sostienen, señor —replicó deslenguado Bertrand— que estáis al servicio de lord Baltimore, quien, como todo el mundo sabe, es un papista famoso, y que os ha dado el puesto por haberos convertido a la fe de Roma.

—¡Pero qué demonios...! —Ebenezer se volvió, incrédulo, hacia su criado—. ¡Calumnia e ignominia! ¿Cómo ha llegado eso a tus oídos?

Bertrand se puso colorado.

—Os ruego que me perdonéis, señor, pero tal vez hayáis reparado en que si bien soy célibe, no dejan de interesarme las damas, y además, hablando claro, cierta criada del piso de abajo y yo mantenemos lo que podría llamarse...

—Un entendimiento —sugirió Ebenezer con impaciencia—. ¿Que si lo sé, desvergonzado? ¿Crees tú que no os he oído a los dos daros arrechuchos y revolcones noches enteras en tu habitación, cuando me creíais dormido? ¡A fe mía que bastara para despertar a los muertos! Si porque anoche vomité un poco perdiste una hora de sueño, eso no es ni la centésima parte de lo que te adeudo. ¿Es ella la que te ha ido con ese cuento falso?

—Sí —admitió Bertrand—, mas no es invención suya.

—¿De quién entonces? ¡Ve al grano, hombre de Dios! Lamentable es que un poeta no pueda recibir un galardón sin padecer al punto las calumnias de los envidiosos, y que no pueda escribir un tropo inofensivo sin que su criado lo acuse de papismo.

—Os ruego que me perdonéis, señor —dijo Bertrand—. No era ninguna acusación, sino preocupación; juzgué mi deber contaros lo que dicen vuestros enemigos. El hecho, señor, es que mi Betsy, que es moza cariñosa y de sangre acalorada, tiene la mala fortuna de ser casada, y por ende, con un sujeto frío y deslucido, cuyas únicas pasiones son la ambición y la avaricia, el cual, aunque le gustaría tener un hijo robusto que le llevara a casa unos dineros de añadidura, es tan pródigo en caricias como en monedas. Tan tacaño es que, tras pasarse el día trabajando en la aduana, como aprendiz de oficial, la mitad de la velada pásala tocando el violín en Locket's a fin de procurarse una corona más, con la excusa de ahorrar para cuando su mujer tenga un hijo. Pero ¡qué demonios!, eso le deja tan escaso de tiempo que apenas si la ve de un día para otro, y tan escaso de fuerzas que no le quedan las suficientes para atenderla el tiempo que con ella está. Parecíame pecado tan gran desperdicio, viendo por un lado a la pobre Betsy sola y desasosegada por falta de hombre, y por el otro a su marido Ralph guardando dinero sin ningún fin, de modo que, como el buen samaritano, hice lo que pude por los dos: mientras Ralph tocaba el violín, yo tocaba otras cosas.

—¡Será posible, bellaco! ¡Que hiciste lo que podías por los dos! ¡Flaco favor le haces al marido poniéndole los cuernos! ¡Valiente villanía!

—Al contrario, señor, si se me permite decirlo; hícele un favor doble, pues no sólo aré su campo, que de otro modo hubiera quedado en barbecho, sino que, además, lo sembré, y a juzgar por todos los indicios, generosa va a ser la cosecha. Mirad bien, señor, antes de juzgarme un monstruo; ese hombre antes no sabía más que de afanes y tareas ingratas, que no le procuraban placer ninguno, salvo la satisfacción de cobrar el salario. Al llegar a casa encontrábase una esposa quejosa y pendenciera por falta de amor, la cual estaba dispuesta a abandonarlo, lo que a él le hubiera supuesto la muerte. Ahora trabaja con mayor afán que nunca, orgulloso como un pavo real, pues le están gestando un hijo; sus trabajos en la aduana y como violinista han dejado de ser mero laborar para convertirse en entretenimientos dignos de un rey. En cuanto a Betsy, que antes siempre lo reñía y daba voces, hace vuelto dulce cual teta de azúcar y está pendiente de sus menores caprichos y fantasías; no lo cambiaría ni por el duque de York. Gracias a ello, marido y mujer son más felices.

—¡Y tú sales ganando una amante que no te cuesta ni un penique mantener —añadió Ebenezer— y con la cual puedes engendrar toda una estirpe de bastardos con entera impunidad!

Bertrand se encogió de hombros y le ajustó el lazo a su amo.

—La verdad es que sí —admitió—, aunque tengo entendido que la recompensa de la virtud es la virtud misma.

—¿Conque fue ese violinista cornudo quien dio pábulo a esa patraña? —preguntó Ebenezer—. ¡Llevaré a ese bellaco a los tribunales!

—No; él oyó el chismorreó y se lo contó a Betsy anoche, y ella me lo contó a mí por la mañana. El se lo oyó a los bebedores de Locket's, después de los brindis, tras haberos ido vos.

—¡Envidia y maldad sin escrúpulos! —exclamó Ebenezer—. ¿Tú le concedes crédito?

—¡Santo cielo, señor, no es asunto mío qué credo abracéis! He de confesar que, cuando me lo contó Betsy, me pregunté si tanta basca y tanta arcada como os traíais anoche no sería una reyerta que habíais trabado con vuestra conciencia, o acaso alguna extraña ceremonia papista, pues sé que esas gentes las tienen a puñados y para todas las horas del día. A fe mía que no es mal negocio, paréceme, rendirle a lord Baltimore sus supersticiosos votos, si tal es la condición que pone para daros el puesto. Tarde o temprano todos hemos de hacer pactos con el mundo. Todo tiene su precio y el vuestro no ha sido alto, teniendo en cuenta que ni milord Baltimore ni ningún otro jesuita pueden ver lo que en vuestro corazón se encierra. Lo único que habéis menester es soltar letanías cuando a él le plazca oírlas. En cuanto el resto del mundo, no es asunto de nadie qué oficio desempeñéis ni lo que os cuesta ni quién os lo facilitó. Vos callad la boca, coged la paga y que le den morcillas al papa y al mundo.

—¡Válgame Dios, menudo cínico! —dijo Ebenezer—. Te doy mi palabra, Bertrand, de que no he hecho ningún pacto con lord Baltimore, ni hemos apañado ningún *quid pro quo*. No soy más papista esta mañana de lo que lo era la semana pasada, y en cuanto al salario, mi cargo no me reporta un solo penique.

—Es la mejor postura que podéis adoptar —convino sagaz Bertrand— si os interrogan.

—¡Es la pura verdad! Y lejos de mantener el nombramiento en secreto, es mi intención proclamarlo a los cuatro vientos..., dentro de los límites de la modestia, claro.

—¡Ay, os arrepentiréis de eso! —advirtió Bertrand—. Si proclamáis el cargo, será inútil que neguéis que os hicisteis papista para conseguirlo. El mundo cree lo que le place.

—¿Y sólo le placen la calumnia, el rencor y las insidias fantasiosas?

—No es tan fantasiosa la historia —dijo Bertrand—, aunque, fijaos bien, yo no digo que sea cierta. La historia la escriben los apretones de manos que se dan en secreto, más que las batallas, las leyes y las proclamas.

—¡No! —protestó Ebenezer—. Semejantes libelos son el arma que esgrimen los mediocres para atacar a quienes poseen talento. Esos petimetres de Locket's me calumnian para solazarse. En cuanto a tu filosofía cínica, que te hace ver una intriga detrás de cada ascenso, paréceme que no es sino mera ilusión, la impronta de una mentalidad estrecha que quiere ver en el mundo los dramas y oscuros avatares que no se dan en la estrechez de su propia vida.

—Esa filosofía está por encima de mí —dijo Bertrand—. Yo sólo sé lo que se dice.

—¡Conque papismo! ¡Santo Dios, Londres me pone enfermo! ¡Tráeme mi peluca de viaje, Bertrand; no quiero quedarme en este lugar un solo día más!

—¿Dónde iréis, señor?

—A Plymouth, en el coche que sale después del mediodía. Ocúpate de hacer los baúles y llevarlos. Cielos, ¿cómo iba yo a ser capaz de soportar siquiera una mañana más en esta ciudad malintencionada?

—¿A Plymouth tan pronto, señor? —preguntó Bertrand.

—Cuanto antes, mejor. ¿Has encontrado empleo?

—Me temo que no, señor. Es mala época para buscarlo, me dice mi Betsy, y yo no cogería cualquier cosa.

—Ah, bueno, no importa demasiado. Estas habitaciones están alquiladas hasta finales de abril; eres libre de usarlas. Tu sueldo está pagado por adelantado, y tengo otra corona para ti si mi equipaje llega a tiempo al coche de Plymouth.

—Os doy las gracias, señor. Juro que no quisiera que partierais, pero podéis tener la seguridad de que vuestras cosas estarán en la diligencia. ¡Sabe Dios que no voy a encontrar pronto un amo más gentil!

—Eres una buena persona, Bertrand. —Ebenezer sonrió—. De no ser por lo exiguo de mi renta, te llevaría a Maryland conmigo.

—¡A fe mía que no tengo estómago para los osos ni para los salvajes, señor! Con vuestra venia, yo me quedaré y dejaré que mi Betsy me consuele de vuestra pérdida.

—Entonces te deseo buena suerte —dijo Ebenezer mientras salía—, y ojalá que tu hijo sea un mozo fornido. No volveré por aquí: tengo intención de emplear toda la mañana en la compra de un cuaderno para la travesía. Puede que te vea en la posta.

—En ese caso, que tengáis un buen día, señor —dijo Bertrand—, ¡y buen viaje!

Pese a lo fastidiosa que era la calumnia propalada por sus falsos amigos, ésta desapareció del ánimo de Ebenezer en cuanto se vio en la calle. Hacía muy buen día y estaba de muy buen humor como para parar demasiado las mientes en algo que no era más que simple envidia. «Dejemos los pensamientos ruines para las mentes ruines», se dijo, y zanjó el asunto.

Mucho más importante era lo que se traía entre manos: la elección y compra de un cuaderno. Ya el magnífico tropo del día anterior, el cual hubiera querido fijar para

las generaciones futuras, se le había ido de la memoria. ¿Cuántos otros, a lo largo de los años, habían pasado fugazmente por su cabeza, cual mujeres exquisitas por una alcoba, y habían desaparecido para siempre? No debía volver a suceder. Que los poetastros y los diletantes de las letras afectaran esa fecundidad despreocupada que se ríe de las notas y de los libros vulgares: el artista maduro y consagrado sabe bien a qué atenerse, por eso atesora todas las gemas de la veta madre que extrae de la mina de la imaginación, y con tranquilidad separa los diamantes de las piedras menores.

Dirigióse al establecimiento de un tal Benjamin Bragg, en el Signo del Cuervo, en Paternóster Row, el cual era impresor, librero y papelerero, y de quien eran clientes Ebenezer y muchos de sus amigos. La tienda era un foro abierto al chismorreo literario; el mismo Bragg —un hombrecillo de cuarenta y tantos años, mordaz, de ojos vivos y voz atiplada, de quien se rumoreaba que era sodomita— conocía virtualmente a todos los que alimentaban pretensiones literarias en la ciudad, y aunque a fin de cuentas no era más que un vulgar comerciante, su favor era muy solicitado. Ebenezer siempre se sintió incómodo en aquel lugar, desde que trabó conocimiento con el propietario y con la clientela, hacía algunos años ya. Siempre, hasta el día anterior, había tenido por lo menos dos opiniones distintas sobre su propio talento, como sobre todo lo demás: por un lado, confiaba (¡cuántos éxtasis que le ponían la carne de gallina, cuántos transportes de inspiración!) en haber sido bendecido con el más alto don, después del ciego Milton, así como que su destino unívoco era coger a la literatura por los cuernos y ponérsela por montera; por otro lado, tenía idéntica certeza (¡cuántos abismos de oscuridad! , ¡cuántas horas de vaciedad sin musa, cuánta inmovilidad absoluta!) de que carecía de talento, no digamos ya de genio; afectado y carente de ingenio, como tantos otros, se movía a trompicones, dando bandazos, y sus visitas al establecimiento de Bragg, donde los asiduos, que tenían tanto aplomo, lo reducían a una ataxia balbuciente en cosa de medio segundo, siempre le hacían adscribirse a la segunda opinión, aunque en otras circunstancias acertaba a darse una explicación de la inteligencia de aquéllos que redundaba en su favor. En todo caso, tenía la costumbre de disfrazar la incomodidad que sentía bajo la máscara de la timidez, y era raro que Bragg siquiera reparara en él.

Así que Ebenezer se sintió considerablemente satisfecho cuando en esta ocasión, al entrar en el establecimiento y pedirle discretamente a uno de los aprendices que le mostrara algunos cuadernos, Bragg despachó al chico y, abandonando a un cliente de baja estatura y desprovisto de peluca con el cual estaba hablando, lo atendió personalmente.

—¡Querido señor Cooke! —exclamó—. ¡Es preciso que aceptéis mis felicitaciones por vuestra distinción!

—¿Qué? Ah, claro. —Ebenezer sonrió con modestia—. ¿Cómo os habéis enterado tan pronto?

—¡Tan pronto! —gorjeó Bragg—. ¡En Londres no se habla de otra cosa! Me lo dijo el bueno de Ben Oliver y hoy se lo he oído decir a otras veinte personas. ¡Laureado de Maryland! Decidme —preguntó con ingenuidad estudiada—, ¿el nombramiento lo ha efectuado lord Baltimore o ha sido el rey? ¡Ben Oliver asegura que fue Baltimore y ha jurado hacerse cuáquero para obtener la misma merced de William Penn y ejercer en Pennsylvania!

—El honor me lo ha hecho lord Baltimore —contestó con frialdad Ebenezer—, el cual, pese a su fe romana, es un dignísimo caballero y posee un oído prodigioso para la poesía.

—Estoy seguro de que así es —convino Bragg—, aunque no tengo el placer de conocerlo. Decidme, señor, ¿cómo tuvo conocimiento de vuestro trabajo? Todos nosotros andamos revueltos y deseosos de leerlos, pero por más que busco no encuentro un poema vuestro impreso, ni ninguna de cuantas personas he interrogado ha oído un solo verso vuestro. Vive el cielo que os lo he de confesar: ni siquiera sabíamos que escribáis.

—Bien se puede amar la casa que se posee sin que sea menester encaramarse al tejado —observó Ebenezer—. De la misma manera, no se es menos poeta por no ir declamando versos por las fondas y tabernas ni por no dar a la imprenta a las criaturas de la imaginación para que las vendan en el puente de Londres como si fueran castañas.

—¡Bien dicho! —Bragg rio sofocadamente, aplaudió y saltó sobre los talones—. ¡Qué mordacidad! ¡Esto lo van a estar repitiendo en las mesas de Locket's por espacio de quince días! ¡Ah, por vida mía, qué maestría de expresión! —Se enjugó los ojos con el pañuelo—. ¿Tendréis la amabilidad de decirme, señor Cooke, si no es una pregunta demasiado entrometida, si lord Baltimore os ha hecho este honor en forma de recomendación para que la sancionen el rey y el gobernador de Maryland o si es que Baltimore aún tiene potestad para crear cargos oficiales y designar a quien ha de ocuparlos? Esta cuestión generó cierto debate aquí, anoche.

—Me lo puedo imaginar —dijo Ebenezer—. Afortunadamente, me lo perdí. ¿Estáis dando a entender que lord Baltimore sería capaz de ir deliberadamente más allá de lo que corresponde a su autoridad y ejercer derechos que no le han sido conferidos?

—¡Oh, Dios no lo permita! —exclamó Bragg, con los ojos muy abiertos—. ¡A fe mía que era una mera pregunta de cortesía! ¡No tenía intención de ofenderos!

—Bien está. Y ahora acabemos con las preguntas, no vaya a perder el coche a Plymouth. ¿Queréis mostrarme cuadernos?

—¡Por supuesto, señor, enseguida! ¿Qué clase de cuaderno tenéis en mente?

—¿Qué clase? —repitió Ebenezer—. ¿Es que hay distintas clases de cuadernos? No lo sabía. Da igual..., cualquier clase servirá, creo yo. Es para tomar notas.

—¿Notas largas, señor, o cortas?

—¿Cómo? ¡Qué pregunta! ¿Cómo voy a saberlo? De las dos clases, supongo.

—Ah. ¿Y queréis tomar estas notas largas y cortas en casa, señor, o mientras estáis de viaje?

—Pero, bueno, ¿y a vos qué más os da? Las dos cosas, digo yo. Lo único que quiero es un simple y vulgar cuaderno.

—Paciencia, señor, sólo quiero asegurarme de que os vendo exactamente lo que necesitáis. *El hombre que sabe lo que necesita, reza el proverbio, consigue lo que quiere*; pero el que no conoce su mente está siempre en discordia consigo mismo y le echa las culpas al mundo, que es inocente.

—Basta de sabidurías, os lo ruego —dijo incómodo Ebenezer—. Vendedme un cuaderno que valga para notas largas o cortas, para casa o para la calle, y acabemos.

—Muy bien, señor —dijo Bragg—. Sólo me es preciso saber otra pequeñez.

—¡Cielos, esto es un examen de Cambridge! ¿De qué se trata ahora?

—¿Tenéis por costumbre tomar siempre esas notas sentado ante un escritorio, bien sea en vuestra casa o fuera de ella, o las escribís según se os ocurren, bien sea paseando, en coche o descansando? Y en el segundo de los casos, ¿jamás las redactáis a la vista del público o bien os da un ardite el público y las escribís allá donde os place? Y si lo último, ¿placeos que se os tome por alguien cuyo gusto se refleja en todo cuanto posee, alguien que, pudiérase decir, ama el mundo? ¿Un Geoffrey Chaucer? ¿Un Will Shakespeare? ¿O más bien preferís que os tomen por un estoico a quien se le da una higa este valle de imperfecciones y tiene en cambio la vista puesta siempre en las bellezas eternas del espíritu: quiero decir, un John Donne? Me es absolutamente imprescindible saberlo.

Ebenezer dio un puñetazo en el mostrador.

—¡Maldito seáis, me estáis tomando el pelo a placer! ¿Es que habéis hecho una apuesta con aquel caballero de allí y queréis hacerme pasar por necio delante de él? Vive el cielo: el asco y el odio que me inspiran los bromistas y los hipócritas es lo que me ha traído hasta aquí, a fin de pasar mi última mañana londinense recluido entre las herramientas de mi oficio, como el soldado entre sus blasones, o el marinero entre sus aparejos; pero ni siquiera aquí hallo un simple santuario. Por el amor de Dios, creo que ni siquiera a los leones de Nerón se les permitía entrar en las mazmorras donde los mártires oraban y se fortificaban, sino que tenían que contener el hambre hasta que los desdichados estuvieran convenientemente en la arena. ¿Vais a negarme ese pequeño solaz antes de embarcarme para tierras salvajes?

—Calmaos, señor, os lo ruego, calmaos —imploró Bragg— y no penséis mal de ese caballero, que es para mí un perfecto desconocido.

—Muy bien. Pero explicaos inmediatamente y vendedme un cuaderno normal, que sea de utilidad para un poeta, tanto si es estoico como si es epicúreo.

—No es otro mi deseo —dijo Bragg—. Pero he de saber si lo queréis de tamaño folio o cuarto. Yo diría que el tamaño folio es bueno para poetas, ya que muchas veces cabe un poema entero en una cara, lo que permite verlo en conjunto.

—Muy razonable —reconoció Ebenezer—. Pues que sea tamaño folio.

—Por otra parte, el cuarto es más fácil de transportar, sobre todo, para caminar y montar a caballo.

—Cierto, cierto —admitió Ebenezer.

—En el mismo orden de cosas, las tapas de cartón son baratas y tienen un aire franco y natural; pero el cuero es más resistente para viajar, más agradable a la vista, y poseerlo es más gratificante. Lo que es más, os puedo proporcionar hojas sin pautas, que liberan a la imaginación de las restricciones mundanas, se adaptan a todo tamaño de caligrafía y, una vez escritas, sus páginas ofrecen un aspecto amable; o bien hojas pautadas, que ahorran tiempo, son de utilidad para escribir en vehículos o a bordo de un barco y le dan a la página un aspecto muy ordenado. Por último, podéis optar por un cuaderno delgado, que es fácil de transportar, pero que se acaba enseguida, o por uno grueso, que es engorroso para viajar, pero en el que se puedan almacenar años de pensamiento entre las dos tapas. ¿Cuál va a ser el cuaderno del Laureado?

—¡Rayos, truenos y centellas! ¡Estoy completamente confundido! ¿Ocho especies distintas de cuadernos normales?

—Dieciséis, señor; dieciséis, si me está permitido decirlo —dijo Bragg con orgullo—. Los tenéis delgados, con las tapas de cartón, sin pautar, tamaño folio; delgados, con las tapas de cartón, sin pautar, tamaño cuarto; delgados, con las tapas de cuero, sin pautar, tamaño folio; delgados, con las tapas de cartón, pautados, tamaño folio; gruesos, con las tapas de cartón, sin pautar, tamaño folio; delgados, con las tapas de cuero, sin pautar, tamaño cuarto; delgados, con las tapas de cartón, pautados, tamaño cuarto; gruesos, con las tapas de cartón, sin pautar, tamaño cuarto; delgados, con las tapas de cuero, pautados, tamaño folio; gruesos, con las tapas de cartón, pautados, tamaño folio; gruesos, con las tapas de cuero, sin pautar, tamaño folio; delgados, con las tapas de cuero, pautados, tamaño cuarto; gruesos, con las tapas de cuero, sin pautar, tamaño cuarto; gruesos, con las tapas de cuero, pautados, tamaño folio, y gruesos, con las tapas de cuero, pautados, tamaño cuarto.

—¡Basta! —exclamó Ebenezer, sacudiendo la cabeza—. ¡Es el abismo!

—También puedo decir que estoy esperando unos cuadernos preciosos, en semitafílete, para esta semana, y que si fuera necesario, puedo conseguir tipos de papel más fino o más barato que el que tengo en existencia.

—¡Teneos, sodomita! —gritó Ebenezer, desenfundando el espadín—. ¡Se trata de vuestra vida o de la mía, porque si me decís una sola más de vuestras malignas

opciones, estoy perdido!

—¡Paz! ¡Paz! —chilló el impresor, acurrucándose debajo del mostrador.

—¡Paz va a haber en cuanto os coja —amenazó Ebenezer— y os haga callar, porque os voy a hacer pedazos, y no dos, a fe mía, sino dieciséis contados!

—Deteneos, señor Laureado —le instó el cliente bajo y despelucado, acercándose desde el otro extremo de la tienda, desde donde había estado escuchando el coloquio con interés, y puso la mano sobre el brazo armado de Ebenezer—. Aplacad vuestra ira antes de que os lleve a empañar vuestro oficio.

—¿Eh? Ah, sí, claro —suspiró Ebenezer, y envainó el espadín con cierto embarazo—. Las batallas ha de librarlas el soldado, cierto, y la labor del poeta es cantarlas. Pero, cielos, ¿quién se atreverá a proclamarse hombre si no es capaz de luchar por conservar la razón?

—¿Y quién osa proclamarse razonable —repuso el desconocido— si se deja llevar por sus pasiones hasta el punto de blandir sus armas para atacar a un débil tendero? ¿Consiste, si estoy en lo cierto, vuestro aprieto en que todos esos cuadernos poseen ciertas virtudes por separado, y sin embargo ninguno de ellos es adecuado dado que vuestros propósitos se debaten entre contradicciones?

—Lo habéis entendido perfectamente —admitió Ebenezer.

—Entonces este pobre bribón no tiene culpa alguna de ofreceros diversas opciones, ¿no os parece? Más que apalearlo, habría que alabarlo. Deponed vuestra cólera, pues la cólera comienza con la locura y termina con el arrepentimiento; hace del rico un ser odioso y del pobre un ser despreciable, y lejos de resolver los problemas, los multiplica. Seguid más bien la amable luz de la razón, la cual, al igual que la estrella polar, guía a puerto seguro al timonel prudente por entre los mares ingobernables de la pasión.

—Me habéis dado una lección, amigo —dijo Ebenezer—. Salid de ahí, Ben Bragg, y no temáis: soy de nuevo dueño de mí mismo.

—¡Voto a tal que sois un tipo fogoso para ser poeta! —exclamó Bragg, emergiendo de debajo del mostrador.

—Perdonadme.

—¡He aquí un buen hombre! —dijo el desconocido—. La cólera posa su mirada en el pecho de los hombres juiciosos, mas sólo descansa en el seno de los locos. No prestéis oídos más que a la voz de la razón.

—Buen consejo, lo reconozco —dijo Ebenezer—. Pero he de confesar que escapa a mis entendederas cómo se las compondría el mismísimo Salomón para reconciliar los contrarios y convertir un libro feo en elegante o uno grueso, en delgado. ¡Ni toda la lógica de Tomás de Aquino lo conseguiría!

—Entonces dejadlo de lado y mirad más lejos, llegando hasta el mismo Aristóteles, y cuando halléis extremos opuestos, buscad siempre el justo medio. Tal

es el dictado de la razón: comprometeos, señor Cooke, comprometeos. *Adieu*.

Y con ésas fuese aquel sujeto, antes de que Ebenezer pudiera darle las gracias o siquiera saber su nombre.

—¿Quién era ese caballero? —le preguntó a Bragg.

—Un tal Peter Sayer —contestó Bragg—, que me acaba de encargarme que le imprima unas hojas... Más que eso no sé.

—No es nativo de Londres, me jugaría algo. ¡Su sabiduría es portentosa!

—¡Y lleva al descubierto el cabello propio! —suspiró el impresor—. ¿Qué pensáis del consejo que os ha dado?

—¡Es digno de un gran juez! —afirmó Ebenezer— y tengo intención de llevarlo a cabo inmediatamente. Traedme un cuaderno que no sea ni muy grueso ni muy fino, ni muy grande ni muy pequeño, ni muy sencillo ni muy elegante. ¡Aristóteles de principio a fin!

—Os ruego que me disculpéis, señor —protestó Bragg—; ya os he mencionado cuantas existencias tengo, y no hay entre ellas un justo medio. Sin embargo, creo que podríais comprar un cuaderno y modificarlo a vuestro gusto.

—¿Y cómo, decidme —preguntó Ebenezer, mirando con nerviosismos hacia la puerta por donde había salido Sayer—, teniendo en cuenta que yo sé tanto de encuadernación como un librero de poesía?

—¡Paz, paz! —le instó Bragg—. Acordaos de la voz de la razón.

—Así sea —dijo Ebenezer—. Cada cual a su oficio, conforme dicta la razón. Aquí tenéis una libra para pagar el cuaderno y las modificaciones. Comenzad inmediatamente y no consintáis que vuestra mirada se aparte ni por un instante de la estrella polar de la razón.

—Muy bien, señor —contestó Bragg, guardándose el dinero—. Así pues, ¿es razonable o no lo es aseverar que es posible aserrar un tablón largo para hacerlo corto, en cuanto que no resulta posible estirar un tablón corto? Y del mismo modo, ¿es verdad que se puede adelgazar un cuaderno grueso, pero nunca engrosar uno fino?

—Ningún cristiano os podría decir que no —convino Ebenezer.

—¡En ese caso —dijo Bragg, cogiendo de la estantería un hermoso cuaderno de cuero, grueso, de tamaño folio—, se coge un modelo grande y voluminoso, se abre tal que así y se le *compromete*!

Apoyando el cuaderno abierto en el mostrador, Bragg arrancó varios manojos de páginas.

—¡Eh! ¡Alto! —grito Ebenezer.

—A continuación —prosiguió Bragg, sin hacerle caso—, puesto que la razón nos dice que una buena casaca puede hacerse andrajosa, pero jamás volverse buena una casaca barata, comprometamos este tafilete por acá y por acullá... —Cogió un

abrecartas que tenía a mano y empezó a hacerle cortes y desgarraduras a la cubierta de cuero.

—¡Alto ahí! ¡Por vida de... mi cuaderno!

—En cuanto a las páginas —prosiguió Bragg, cambiando el abrecartas por una pluma de ganso y un tintero— se pueden pautar como gustéis, teniendo a la razón por guía: lateralmente —rayó sin piedad media docena de páginas—, longitudinalmente —trazó con rapidez rayas verticales en las mismas páginas—, o como se quiera —dijo, haciendo rayajos al azar por todo el cuaderno.

—¡Cielos! ¡Mi libra!

—Con lo que sólo resta la cuestión del tamaño —concluyó Bragg—: Ha de ser menor que un folio y mayor que un cuarto. Ahora, fijaos bien: me parece que la voz de la razón ordena...

—¡*Comprometerse!* —gritó Ebenezer, haciendo descender la espada sobre el cuaderno mutilado, efectuando un corte tan poderoso que, si Bragg no llegar a dar un paso atrás con ánimo de contemplar su creación, sin duda, hubiera contemplado a su Creador. Las tapas estaban separadas, la encuadernación deshecha, las páginas volando en todas direcciones—. ¡Eso por vuestro maldito «justo medio»!

—¡Loco! —gritó Bragg y salió corriendo a la calle—. ¡Oh, Dios mío, socorro!

No había tiempo que perder: Ebenezer enfundó la espada, cogió el primer cuaderno que vio —que resultó estar a mano, encima del cajón del dinero—, huyó hacia la parte posterior de la tienda, cruzó la imprenta (donde había dos aprendices que dejaron su trabajo y se quedaron mirando, asombrados) y salió por la puerta de atrás.

2. EL LAUREADO PARTE DE LONDRES

Aunque todavía faltaban varias horas para el momento de su partida, Ebenezer se fue directamente del establecimiento de Bragg a la posta, donde comió temprano y, presa de cierta inquietud, estuvo dándole sorbos a una cerveza en tanto esperaba que apareciera Bertrand con su baúl. Jamás le había parecido tan placentera la perspectiva de ir a Maryland: estaba deseando partir. En primer lugar, después de la aventura en el establecimiento de Bragg, Londres le repugnaba más que nunca; en segundo, tenía miedo de que Bragg, a quien había hecho mención del coche de Plymouth, enviara gente a por él, aunque tenía la seguridad de que una libra era un pago más que adecuado por los dos cuadernos. Y había otra razón; su corazón aún latía con más fuerza cuando recordaba cómo había hecho uso de la espada una hora antes, haciéndole ruborizarse.

—¡Menudo gesto! —pensó, admirado—. ¡Eso por el maldito «justo medio»! ¡Bien dicho y bien hecho! ¡Cómo se aterrorizó el bribón, voto a tal! ¡Buen comienzo! —Ebenezer puso el cuaderno encima de la mesa: era de tamaño cuarto, aproximadamente, de una pulgada de espesor, con las tapas de cartón y el lomo de cuero—. No es lo que yo hubiera escogido —reflexionó sin pena—, pero lo he ganado como un hombre y servirá, vaya si servirá. ¡Posadero! —llamó—. ¡Tinta y pluma, tened la bondad!

Cuando le trajeron el material para escribir, abrió el cuaderno con ánimo de estampar una dedicatoria; para sorpresa suya, vio que en la primera página ya había una inscripción: *B. Bragg, impresor y papelero; Signo del Cuervo, Paternóster Row, Londres 1694*. Y, en la segunda, tercera y cuarta páginas había anotaciones del siguiente jaez: *Bangle & Hijo, vidrieros; un vidrio de escaparate, 13/4*; o también: *Jno. Eastbury, impresión 1/3/9*.

—¡Maldición! ¡Es el libro de cuentas de Bragg! ¡Un vulgar libro mayor!

Prosiguiendo en sus pesquisas halló que sólo habían utilizado la cuarta parte del libro; la última anotación, con fecha de aquel mismo día, rezaba: *Coronel Peter Sayer, hojas impresas 2/5/0*. Las páginas restantes estaban intactas.

—Sea —se dijo, sonriendo, y arrancó las páginas usadas—. ¿No era mi intención llevar claras las cuentas de mi comercio con la musa? —Entintó la pluma y escribió en la primera página: *Ebenezer Cooke, Poeta Laureado de Maryland*, y entonces reparó (pues tratábase de un libro de cuentas de los que vienen divididos en dos partes) en que su nombre quedaba adscrito a la columna *Debe* y su título, a la columna *Haber*.

—No, jamás servirá —decidió—, pues decir que mi oficio está en deuda conmigo es lo mismo que decir que yo soy acreedor de mi oficio —arrancó la hoja e invirtió el orden de la inscripción. Sin embargo, *Poeta Laureado Eben Cooke* es tan falso como

lo otro— reflexionó, ya que así como yo espero ser digno de mi cargo, no tengo por qué estar en deuda con él. Sería más adecuado escribirlo verticalmente, con ánimo de significar que nombre y título se benefician mutuamente.

—Pero antes de arrancar la segunda hoja se le ocurrió que la palabra «debe» carecía de sentido a menos que se le debiera algo a alguien... y, sin embargo, cuanto se escribiera bajo aquel epígrafe adquiriría por ello un carácter de deuda. El frenesí se adueñó momentáneamente de él.

—¡Basta! —se ordenó a sí mismo, sudando—. La culpa no ha de achacarse a la naturaleza del mundo, sino a las categorías de Bragg. Me limitaré a pegar mi nombramiento en la página titular.

Pidió cola, pero cuando buscó en los bolsillos el nombramiento de lord Baltimore no lo encontró en ninguno.

—¡Diantre! ¡Está en la casaca que llevaba ayer en Locket's, y Bertrand la habrá guardado con el equipaje!

Ebenezer buscó a su criado por la fonda, sin éxito. Pero afuera, en la calle, donde estaban aprestando el coche, se quedó asombrado de ver nada menos que a su hermana Anna.

—¡Santo cielo! —exclamó y corrió a abrazarla—. ¡Últimamente la gente se esfuma y se me aparece como en una comedia de Drury Lane! ¿Cómo es que estás en Londres?

—Para despedirte antes de que te vayas a Plymouth —dijo Anna. Su voz ya no tenía un tono infantil; antes bien lo tenía duro, apagado, y se le hubieran echado unos treinta y cinco años y no los veintiocho que tenía—. Padre me lo prohibió, pero como él no venía, me escapé y que se vaya a la porra. —Dio un paso hacia atrás y examinó a su hermano—: ¡Vaya, pero si has adelgazado, Eben! He oído decir que es conveniente engordar antes de hacer una travesía oceánica.

—Sólo disponía de una semana para engordar —le recordó Ebenezer.

Durante su época de aprendiz con Paggen no había visto a Anna más de una vez al año, y se sintió muy conmovido al ver lo cambiada que estaba de aspecto. Ella bajó la vista y él se ruborizó.

—Estoy buscando al grandísimo cínico de mi criado —dijo en tono alegre, apartando la mirada—. ¿No lo habrás visto, verdad?

—¿Te refieres a Bertrand? Yo misma le he dicho que se fuera, no hará ni cinco minutos, después de que guardara todo el equipaje en la diligencia.

—¡Ay, qué pena! Le había prometido una corona por hacerlo.

—Se la di yo, del dinero de padre. Creo que volverá a Saint Giles, pues la señora Twigg tiene un fermento en la sangre y no le dan mucha vida.

—¡No! ¡La buena de la señora Twigg! ¡Qué pena perderla!

Estaban de pie, sin saber qué hacer. Al volver la cabeza para evitar mirar a su

hermana a los ojos, Ebenezer divisó al individuo de la papelería, el que no llevaba peluca, Peter Sayer, quien estaba de pie en la esquina, sin hacer nada.

—¿Te ha contado Bertrand lo de mi nombramiento? —preguntó alegremente.

—Sí, me lo ha contado. Me siento orgullosa. —Anna estaba un tanto distraída—. Eben... —Le cogió del brazo—. ¿Era verdad lo que decía la carta?

Ebenezer se rio, algo picado por la falta de interés que mostraba Anna con respecto a su título de Laureado. Era cierto que no había llegado a nada después de todos aquellos años trabajando con Peter Paggen. Y era cierto que había una mujer en su alcoba.

—¿Y la engañaste? —preguntó su hermana con inquietud.

—Sí —dijo Ebenezer. Anna volvió la cabeza y contuvo el aliento.

—¡Un momento! —exclamó él—. No fue en modo alguno lo que crees. La engañé porque era una ramera que acudió a mi alcoba para ofrecirme sus servicios a cambio de cinco guineas; mas contraí un gran amor por ella y ni holgamos ni le pagué conforme a los términos que establecía ella.

Anna se enjugó los ojos y miró a su hermano:

—¿Es eso verdad?

—Sí. —Ebenezer se rio—. Tal vez no me juzgues hombre por ello, Anna, pero yo te juro que soy ahora tan virgen como el día en que nacimos. ¡Pero, bueno, si estás llorando otra vez!

—Mas no por lástima —dijo Anna, abrazándole—. ¿Sabes, hermano, que había llegado a la conclusión, después de que te fuiste a Magdalene College, de que ya no nos conocíamos...?, pero puede que estuviera equivocada.

Ebenezer se sintió conmovido por aquella afirmación, pero se azaró ligeramente cuando Anna, antes de soltarlo, lo estrechó con más fuerza. Los transeúntes, incluyendo a Peter Sayer, que seguía en la esquina, se volvían a mirarlos: sin duda alguna, parecían amantes en trance de despedirse. Sin embargo, a él le daba vergüenza sentirse azarado. Acercose más a la diligencia para impedir que el malentendido fuera excesivo y cogió a su hermana de la mano, a fin de impedir nuevos abrazos.

—¿Piensas alguna vez en el pasado?

—Sí.

—¡Qué momentos pasamos! ¿Te acuerdas de cuando nos estábamos horas hablando después de que la señora Twigg hubiera apagado la lámpara? —A Anna se le saltaron nuevamente las lágrimas—. ¡Ay, Dios mío, cuánto te echo de menos, Eben!

Ebenezer le dio unas palmaditas en la mano.

—Y yo a ti —dijo él, sincero pero incómodo—. Me acuerdo de que un día, cuando teníamos trece años, tú estabas mala en la cama, con fiebre, así que Henry y

yo nos fuimos solos a ver la abadía de Westminster. Era la primera vez que pasaba un día entero sin ti, y a la hora de la comida te echaba tanto de menos que le supliqué a Henry que me llevara a casa. Pero en cambio fuimos al parque de Saint James y, después de cenar, al Teatro Dukes, en Lincoln's Inn Fields, y llegamos a casa mucho después de la medianoche. La aventura de aquel día me hacía sentirme diez años mayor y por mi vida que no sabía cómo iba a ser capaz de contarte todo lo que había pasado. Por primera vez había comido fuera de casa, por primera vez iba al teatro y me bebía un trago. Durante varias semanas no hablamos más que de aquel día, y sin embargo seguían viniéndome a la memoria pequeñeces que se me había olvidado contarte. Me dolía acordarme de aquellas cosas, hasta que acabé lamentando haberme ido, y así se lo dije a Henry, porque me parecía que después de aquel día tú ya no me alcanzarías nunca.

—Lo recuerdo como si hubiera sido la semana pasada —dijo Anna—. ¡Cuántas veces me he preguntado si lo habrías olvidado tú! —suspiró—. ¡Y jamás te di alcance! Por más vueltas que le daba, se me escapaba la esencia de la historia. La horrible verdad era *que yo no había estado presente, viendo aquello*.

Ebenezer la interrumpió con una carcajada.

—¡Cielo santo! En estos momentos me acuerdo de una cosa que se me olvidó contarte. Después de cenar aquella noche en alguna taberna de Pall Mall, me pasé media hora esperando solo ante la mesa, mientras Henry iba al piso de arriba por no sé qué razón... —Ebenezer se interrumpió y se puso de color escarlata al comprender de repente, al cabo de quince años, para qué había ido con toda probabilidad Henry Burlingame al piso de arriba. Sin embargo, Anna, para alivio suyo, no dio muestras de comprender—. Se me había subido el vino a la cabeza y todo el mundo me parecía raro, y otro tanto me pasaba con respecto a mí mismo. Fue entonces cuando compuse mi primer poema, mentalmente. Una simple cuarteta. No; debo confesar que no fue un desliz de la memoria: lo guardé en secreto, sabe Dios por qué. Incluso ahora soy capaz de recitarla:

Raras figuras que ningún DIOS creó,
Ajenas a la humana condición:
Fue Natura voluble...

Vaya, no me acuerdo del resto. ¡Diantre! —dijo, resolviendo alegremente registrar la breve composición en su cuaderno nada más abordar el carruaje—, y desde entonces, ¡cuántos años hemos pasado separados! ¡Cuántas crisis y aventuras hemos tenido los dos, de las cuales nada sabe el otro! De todos modos es una pena que aquel día tuvieras fiebre.

Anna negó con la cabeza.

—Yo también tenía un secreto que la señora Twigg conocía y Henry sospechaba, Eben, pero papá y tú no. No estaba en la cama por la fiebre, sino por mis primeros

problemas mensuales. Aquella mañana había dejado de ser niña para convertirme en mujer y tenía dolores, como les pasa a muchas mujeres.

Ebenezer le apretó la mano, sin saber bien qué decir. Ya era hora de subirse al coche: los lacayos y el conductor se ocupaban de los detalles de última hora.

—Pasaré mucho tiempo antes de que vuelva a verte —dijo él—. ¡Puede que te encuentre hecha una recia matrona, con media docena de hijos!

—No —dijo Anna—. Mi destino es el de la señora Twigg, cuando ella muera: ser un ama de llaves solterona.

Ebenezer dijo, desdeñoso:

—¡Tú eres un partido para los mejores hombres! Si yo pudiera encontrar quien te igualara, no sería ni virgen ni soltero mucho tiempo.

Ebenezer le dio a su hermana un beso de despedida, le pidió que le presentara sus respetos a su padre y se dispuso a subir al coche.

—¡Detente! —dijo Anna, impulsivamente.

Ebenezer vaciló, sin saber bien qué pretendía su hermana. Anna se quitó un anillo que lucía un sello de plata, el cual conocía bien el poeta porque era el único recuerdo que ambos conservaban de su madre, a quien no habían visto jamás; Andrew lo había comprado durante la breve etapa en que la cortejó y se lo había regalado a Anna hacía algunos años. En la superficie circular del sello, a intervalos regulares, se veían las letras A N N E B, pues su prometida se llamaba Anne Bowyer, y en el centro, entrelazadas y con un solo trazo horizontal común a ambas, había dos letras ribeteadas, que significaban la relación entre Anna y Andrew. El sello completo ofrecía el siguiente aspecto:



—Te suplico que cojas este anillo —imploró Anna, contemplando, pensativa, aquel objeto—. Tengo por costumbre alterar un tanto su significado..., pero da igual. Ven, déjame que te lo ponga. —Anna cogió la mano izquierda de Ebenezer y le calzó el anillo en el dedo meñique—. Prométeme... —empezó a decir, mas no concluyó.

Ebenezer se rio, y para terminar con aquella situación tan incómoda, prometió que, puesto que su parte de Malden era un componente importante de la dote de Anna, él la haría prosperar.

Era hora de partir. Ebenezer besó de nuevo a su hermana y subió al coche, ocupando un asiento desde el cual pudiera decirle adiós con la mano. En el último minuto, el sujeto que no llevaba peluca, Peter Sayer, se subió al coche y ocupó el asiento de enfrente. Un lacayo cerró la puerta y se subió de un salto a su puesto: al parecer no había más pasajeros. El conductor golpeó a los caballos con el látigo, Ebenezer se despidió, saludando con la mano, de la figura desolada que ofrecía su hermana gemela en el portal de la posta, y el coche se puso en marcha.

—No es cuestión baladí dejar a la mujer que se ama —opinó Sayer—. ¿Es quizá vuestra esposa o se trata de una querida?

—Ni una cosa ni otra —suspiró Ebenezer—. Es mi hermana gemela, a quien Dios sabe cuándo volveré a ver. —Se volvió hacia su compañero—. Vos sois quien me salvó en la tienda de Ben Bragg, creo..., ¿el señor Sayer?

El semblante de Sayer denotó cierta alarma.

—Ah, ¿me conocéis?

—Sólo de nombre; me lo dijo Ben Bragg —Ebenezer le tendió la mano—. Me llamo Ebenezer Cooke, y mi destino es Maryland.

Sayer le estrechó la mano con cautela.

—¿Sois de Plymouth, señor Sayer?

El hombre escrutó el rostro de Ebenezer.

—¿De verdad que no sabéis quién es el coronel Peter Sayer? —preguntó.

—Pues no. —Ebenezer sonrió con incertidumbre—. Vuestra compañía me honra, caballero.

—Soy del condado de Talbot, en Maryland.

—¡Maryland! ¡A fe mía que es una extraña coincidencia!

—No tan extraña —dijo Sayer—, puesto que la denominada Flota del Fumador es la primera en zarpar. Todo el mundo que se dirige a Plymouth estos días es casi seguro que tiene como punto de destino las plantaciones.

—Bien, será un viaje agradable. ¿El condado de Talbot está cerca de Dorchester?

—¡Caballero, os estáis burlando de mí! —exclamó Sayer.

—No, lo juro; no sé nada de Maryland. Es mi primera visita desde que tenía cuatro años.

Sayer seguía mostrándose escéptico.

—Estimado amigo, usted y yo somos vecinos, y entramos tan sólo media el caudaloso Choptank.

—¡Santo cielo, el mundo es un pañuelo! Caballero, estáis obligado a hacerme una visita alguna vez: voy a ocuparme del gobierno de nuestra propiedad, el Puntal de Cooke.

—Y vais a escribir mucha poesía, si oí bien al señor Bragg.

Ebenezer se ruborizó.

—Sí, tengo intención de escribir un par de versillos, si puedo.

—¡Bah, deponed vuestra modestia, señor Laureado! Bragg me ha contado el honor que os ha hecho lord Baltimore.

—Ah, bueno, por lo que se refiere a eso, seguramente lo entendió mal. Mi encargo consiste en escribir un panegírico sobre Maryland, pero no seré de hecho Laureado hasta el día en que Baltimore vuelva a ser propietario de la provincia.

—Día cuyo advenimiento —dijo Sayer— vos y vuestros amigos jacobitas aguardáis con anhelo, imagino.

—¡Un momento! —dijo Ebenezer alarmado—. Soy tan leal como vos.

Sayer sonrió un instante, mas dijo, en tono serio:

—¿Y sin embargo deseáis que el rey Guillermo pierda su provincia en beneficio de un papista?

—Soy poeta —proclamó Ebenezer, que estuvo en un tris de añadir *y virgen*, por la fuerza de la costumbre—, de jacobitas y papistas nada es lo que sé y menos aún lo que me importa.

—Y a lo que parece tampoco sabíais nada de Maryland —añadió Sayer—. ¿Qué sabéis de vuestro protector?

—Nada de nada, salvo que es un gran hombre, y muy generoso. Sólo he conversado con él en una ocasión, pero la historia de su provincia me convence de que ha sido víctima de una injusticia lamentable. ¡Cielos, la de canallas que le han esquilado y vituperado! Estoy seguro de que el rey Guillermo no sabe toda la verdad.

—¿Y vos, sin embargo, sí?

—Yo no he dicho tal. Con todo y con eso, ¡los villanos jamás dejan de ser villanos! Esos hombres de quienes he oído hablar, Claiborne, Ingle y John Coode, que acaudilló la última insurrección...

—¿Acaso no le asestó un golpe severo a los papistas en beneficio de la fe? —preguntó Sayer.

Ebenezer empezó a sentirse incómodo.

—No sé hacia dónde se inclinan vuestras simpatías, coronel Sayer; puede que seáis coronel de la milicia de Coode y me encerréis en prisión el mismo día que ponga pie en Maryland...

—¿No sería entonces prudente que midierais vuestras palabras? Fijaos, yo no afirmo ser amigo de Coode, pero por cuanto vos sabéis, bien pudiera serlo.

—Sí, en efecto, sería prudente que midiera mis palabras —dijo Ebenezer, ligeramente atemorizado—. Se puede afirmar que no siempre es prudente ser justo y que no siempre es justo ser prudente. No soy católico romano, señor, ni antipapista tampoco, y me pregunto si la cuestión de Maryland es un asunto entre protestantes y papistas o entre canallas y hombres de carácter, sea cual fuere su fe.

—Esas palabras, allí, os podrían costar la cárcel. —Sayer sonrió.

—Luego prueban la injusticia de aquellas gentes —afirmó Ebenezer, sin un ápice de inquietud—, pues yo no milito en ninguno de los dos bandos. A mí lord Baltimore me parece un hombre de carácter y ya está. Pudiera ser que yo estuviera equivocado.

Sayer se rio.

—No, no estáis equivocado. Sólo estaba poniendo a prueba vuestra lealtad.

—¿Hacia *quién*, decidme? ¿Y a qué conclusión habéis llegado?

—Sois hombre de Baltimore.

—¿Eso me costará la cárcel?

—Puede ser —Sayer sonrió—, pero no por obra mía. En estos momentos, en Maryland hay una orden de arresto contra mí por incitar a la rebelión contra Coode; la orden es de junio.

—¡No!

—Sí, junto con Charles Carroll, sir Thomas Lawrence, Edward Randolph y otra media docena de excelentes personas que se manifestaron de palabra en contra de ese canalla. Yo tampoco soy papista, pero Charles Calvert es antiguo amigo mío, y lo aprecio. ¡Que el día en que me dé miedo hablar contra los cobardes sea el último de mi vida!

Ebenezer dudaba:

—¿Cómo puedo saber que no es ahora cuando me estáis poniendo a prueba y no antes?

—Jamás lo podréis saber —contestó Sayer—, sobre todo, en Maryland, donde los amigos pueden mudar de color como si fueran ranas de zarzal. En fin, ¿no sabéis que el letrado Bob Goldsborough, de Talbot, amigo y vecino mío de muchos años, declaró en mi contra ante el gobernador Copley? ¡La última persona de la que hubiera sospechado un cambio de divisa!

Ebenezer meneó la cabeza.

—*El hombre es capaz de vender el corazón para salvar el pescuezo.* ¡A fe mía que es un cuadro triste!

—Sin embargo también hay que decir —dijo Sayer— que se trata de un dilema limpio: o sujeta uno la lengua delante de todos salvo la propia conciencia, o se dice lo que se piensa y acepta uno las consecuencias... La discreción sale por la ventana, y el compromiso también.

—¿La que habla es la voz de la razón? —preguntó Ebenezer.

—No, es la voz de la acción. El compromiso es de bastante utilidad cuando ninguno de los extremos nos da lo que precisamos, pero hay cosas que no deben serles necesarias a los hombres. Decidme, ¿de qué sirve tener el pellejo intacto si el alma está herida de muerte? Yo fui quien redactó para Baltimore el primer informe completo de la rebelión de Coode, y antes que vivir bajo la férula de sus falsos

aliados, preferí dejar mi casa y mis tierras y venirme a Inglaterra.

—¿Cómo es que volvéis? ¿No os meterán entre rejas?

—Eso puede ser —dijo Sayer—. No obstante, no lo creo. Copley murió en septiembre y el propio Baltimore intervino en el nombramiento de Francis Nicholson para sustituirlo. ¿Conocéis a Nicholson?

Ebenezer admitió que no.

—Bueno, tenía sus defectos (sobre todo, demasiado carácter y pasión por la autoridad), pero tiene buen sentido y los de la especie de Coode tienen poco que hacer con él. Antes de acceder a su puesto actual estuvo con Edmund Andros en Nueva Inglaterra y lo que le costó la expulsión fue la rebelión de Leisler en Nueva York (rebelión que sirvió de modelo a la que instigó Coode en Maryland). No, no temo ningún daño por parte de Nicholson.

—No obstante, es una resolución audaz —se atrevió a decir Ebenezer.

Sayer se encogió de hombros.

—La vida es breve; sólo hay tiempo para resoluciones audaces.

Ebenezer dio un respingo y miró a su compañero con gran atención.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Ebenezer—. Sólo que un amigo mío muy querido solía decirme eso. Hace seis o siete años que le he perdido la pista.

—Puede que él haya adoptado alguna resolución audaz —sugirió Sayer—, aunque es más fácil recomendar que obrar. ¿Seguisteis su consejo?

Ebenezer asintió.

—De ahí mi travesía marítima y mi condición de Laureado —dijo.

Como tenían un largo trayecto por delante, le refirió a su compañero de viaje la historia de su fracaso en Cambridge, su breve estancia en Londres con Burlingame, su larga estancia con Peter Paggen, la apuesta de la taberna y su audiencia con lord Baltimore. Le debió de soltar la lengua el traqueteo del coche, pues dio numerosos detalles. Cuando al concluir habló de la solución que dio al problema de elegir cuaderno y le mostró a Sayer el libro mayor de contabilidad de Bragg, éste se rio con tantas ganas que hubo de sujetarse los costados.

—¡Oh! ¡Ja! —exclamó—. ¡Eso por vuestro justo medio! ¡Ay, cáscaras! ¡Voto a tal que le dais prestigio a vuestro tutor!

—Fue mi primera acción como Laureado. —Ebenezer sonrió—. Lo vi como una especie de crisis.

—¡Santo cielo, pues la sobrellevasteis prodigiosamente bien! Y ahora ahí estáis, sentado, ¡poeta y virgen! ¿Creéis vos que morarán a gusto ambas especies bajo el mismo techo, sin pasarse día y noche entre disputas?

—Al contrario, no sólo viven en armonía, sino que se inspiran mutuamente.

—¿Pero qué narices va a cantar alguien que es virgen? ¿Qué tenéis en ese libro

mayor que ahí lleváis?

—Nada salvo mi nombre —admitió Ebenezer—. Había pensado pegar mi nombramiento, el cual redactó Baltimore, pero está guardado en el baúl. No obstante, tengo dos poemas que copiar de memoria, cuando pueda. De uno ya os he hablado; lo escribí la noche de la apuesta: versa sobre el tema de mi inocencia.

A instancias de su compañero, Ebenezer recitó el poema.

—Muy bueno —dijo Sayer al final—. Parece que vuestra idea queda correctamente expresada, aunque no soy ningún crítico. Sin embargo, es para mí un misterio saber qué cantaréis fuera de vuestra inocencia. Os ruego, me recitéis la otra pieza.

—No; se trata sólo de una cuarteta tonta que escribí siendo un muchacho..., mi primera rima. Y sólo conservo tres versos en la memoria.

—Lástima. La primera canción del Laureado: algún día tendrá un buen precio, me juego algo, cuando seáis famoso en el mundo entero. ¿Podría yo conocer esos tres versos que conserváis?

Ebenezer dudó.

—¿No os burláis de mí?

—¡No! —le aseguró Sayer—. ¿No os parece mera curiosidad natural admirar el vuelo de la poderosa águila cuando era un polluelo? ¿Acaso no admiramos los viejos cuentos de Plutarco cuando cuenta cómo el joven Alcibíades se arrojó al paso de una carreta, o habla de cuando Demóstenes se afeitó la mitad del cráneo, o de cuando César provocó a los piratas de Cilicia? Y vos mismo, ¿no os deleitaríais al oír un verso infantil de Shakespeare o del poderoso Homero?

—Sí, desde luego —admitió Ebenezer—. ¿Pero no vais a juzgar al hombre por lo que hizo el niño? Es sólo el poema en sí, entiendo yo, lo que cuenta, no sus orígenes, y ha de sostenerse o caer por sus propios méritos, aparte del hacedor y su edad.

—Sin duda, sin duda —dijo Sayer, haciendo un gesto de indiferencia con la mano—, aunque la palabra mérito es para mí un misterio total. Yo hablaba de interés, y por lo que respecta a que el poema sea bueno o malo por sí mismo, cierto que vuestro *Himno a la castidad* tiene un interés mayor para quien conoce la historia real del autor que para quien no sabe un pimiento de las circunstancias que dieron lugar a su alumbramiento.

—Vuestro argumento tiene su mérito —concedió Ebenezer, no poco impresionado de oír a un plantador de tabaco razonar con tanta finura.

Sayer se rio:

—¡Un pedo para vuestro *mérito*! Mi argumento tiene su interés, quizá, para quien conoce al argumentador y la historia de este tipo de debates desde la época de Platón.

—Sin embargo no cabe duda de que el himno tiene un cierto grado de mérito y que no tiene ni más ni menos por el hecho de que quien lo lea sea un catedrático de

Cambridge o un criado necio..., o si vamos a eso, da igual que se lea el poema o no.

—Puede ser —dijo Sayer, encogiéndose de hombros—. Se parece mucho a la cuestión que planteaban los escolásticos sobre si un árbol que cae en una isla desierta hace ruido o no, puesto que nadie lo oye. Personalmente, carezco de opinión al respecto, aunque estoy dispuesto a reconocer que la disputa no carece de interés: es una cuestión antigua, que entraña sustanciosas implicaciones.

—La palabra interés es la base de vuestro vocabulario —observó Ebenezer—, así como la palabra *mérito* parece serlo del mío.

—Al menos eso permite que haya conversación. —Sayer sonrió—. Decidme, os lo ruego, ¿quién cosecha un placer mayor a expensas de vuestro himno? ¿El criado que no distingue a Príamo del buen rey Wenceslao o el catedrático que llama a los antiguos por sus motes? ¿El indio salvaje que jamás ha oído hablar de castidad o el cristiano que ha aprendido a identificar la inocencia con un virgo intacto?

—¡Voto a tal! —exclamó Ebenezer—. Vuestro argumento tiene peso, amigo mío, pero confieso que me repugna reconocer que la musa canta con su voz más clara a los catedráticos. No pensaba en ellos cuando escribí mi obra.

—No, no me entendéis —dijo Sayer—. No es una mera cuestión escolástica, aunque nada se pierde por tener un poco de educación. Yo me refiero a la experiencia humana: el conocimiento del mundo, tanto el que almacenan los libros como el que se aprende del duro texto de la vida. Vuestro poema es un manantial de agua, señor Laureado..., rayos, si a eso vamos, todo cuanto nos encontramos son manantiales, ¿no os parece? Cuanto mayor sea la copa que hasta allí llevemos, tanto más recogeremos, y cuanto mayor sea el número de los manantiales de los que bebamos, tanto mayor se hará nuestra copa. Si me opongo a vuestra idea es porque dicho pensamiento asalta el banco de la experiencia humana, en el cual tengo un considerable depósito. No estoy dispuesto a beber con nadie que pretenda hacerme tirar la copa. En resumidas cuentas, señor mío, aunque no soy ni poeta ni crítico, ni siquiera un vulgar *Artium Baccalaureus*^[16], sino tan sólo un simple plantador de tabaco que en su época leyó algún libro que otro y que ha visto algo del ancho mundo, sin embargo, creo que vuestro poema tiene más significado para mí que para vos.

—¿Qué? ¿Sin ser virgen ni poeta?

Sayer asintió.

—En cuanto a lo primero, hubo un tiempo en que lo fui, y ahora lo contemplo desde la posición privilegiada que me confiere la experiencia, cosa que a vos no os sucede. En cuanto a lo segundo, como autor, lo que yos tenéis es una visión distinta. Y yo no soy lector lerdo: sé apreciar los juegos de palabras que hay en vuestra quarteta, por ejemplo.

—¿Juegos de palabras? ¿Qué juegos de palabras?

—Pues la *casta Penélope*, por ejemplo —dijo Sayer—. ¿Qué mejor juego de palabras para hablar de una esposa que lleva veinte años asediada por sus pretendientes? ¡Inteligente elección!

—Gracias —musitó Ebenezer.

—Y eso de *terne hijo de Andrómaca* —prosiguió Sayer—, eso es un grito que emerge de los muros mismos de Ilión...

—¡No, resulta grotesco! —protestó Ebenezer—. ¡Yo no quería dar a entender tal cosa!

—No tan grotesco. Tiene la sal de Shakespeare.

—¿Eso pensáis? —Ebenezer consideró mentalmente aquella expresión—. Pues sí, puede que la tenga. De todos modos, vuestra lectura extrae más de lo que yo pongo.

—Eso es admitir —dijo Sayer— que saco más conclusiones al leer que vos, lo cual es lo que yo sostenía: vuestro poema tiene más significado para mí.

—¡Por vida de...! No tengo medios para refutaros —exclamó Ebenezer—. Si vos sois un ejemplar fehaciente de lo que serán mis colegas plantadores, señor, entonces Maryland debe de ser el foro de las musas y un paraíso para los poetas. En verdad que sois la mismísima voz y aliento de la razón, y me siento honrado de ser vuestro vecino. Mi copa se desborda.

Sayer sonrió.

—¿Por ventura es menester agrandarla?

—Es ya mayor que cuando partí de Londres. No sois mal maestro.

—Si vuestro tutor soy, reclamo que satisfagáis mis honorarios con versos —replicó Sayer—. Las tres líneas que fueron origen de nuestro debate.

—Como gustéis —rio Ebenezer—, ¡aunque sólo Dios sabe lo que encontraréis en ellas! Fue en una taberna de Pall Mall, después de beber mi primer vino de Málaga, cuando las compuse, en un momento en que todo el mundo me parecía extraño y ajeno.

Ebenezer se aclaró la garganta:

Raras figuras que ningún DIOS creó,
ajenas a la humana condición.
Fue Natura voluble...

—La verdad es que son sólo dos versos y medio; ignoro cómo seguía el poema a partir de ahí, pero el mensaje global era simplemente que las gentes somos demasiado absurdas como para ser obra de una inteligencia sublime. Nada de retruécanos ni juegos de palabras, que yo sepa.

—Es una opinión cínica y pasajera, para ser de un mozalbete —dijo Sayer.

—Así es como yo veía las cosas tras haber bebido. ¡Vive el cielo que me fastidia no recordar el último verso!

Sayer se acarició la barba y miró de soslayo por la ventanilla. Un muchachuelo campesino, cubierto de polvo, de unos doce o trece años de edad, que iba caminando ociosamente por la carretera, hízose a un lado y los saludó al pasar el coche.

Raras figuras que ningún DIOS creó,
ajenas a la humana condición...

Recitó Sayer; luego, se volvió hacia Ebenezer y le dirigió una sonrisa maligna:

Fue Natura voluble, que en su holganza,
la arcilla modeló por pura chanza.

—¿Lo he dicho bien, Eben?

3. EL LAUREADO DESCUBRE LA VERDADERA IDENTIDAD DEL CORONEL PETER SAYER

—¡No, Dios Santo! —Ebenezer pestañeó, sacudió la cabeza y estiró el cuello hacia delante como si estuviera buscando un mensaje en el rostro de su acompañante.

—Sí, soy yo. ¡Qué vergüenza que no te hayas dado cuenta, ni tampoco Anna!

—¡Pero, por Dios, Henry, si estás tan cambiado que aún sigo sin darme cuenta! Sin peluca, barbado...

—Es que en siete años uno cambia. —Burlingame sonrió—. Ahora tengo cuarenta, Eben.

—¡Hasta los ojos! —dijo Ebenezer—. ¡Y tu manera de hablar! ¡Hasta tu voz es distinta, y tus modales! ¿Eres Sayer y te haces pasar por Burlingame o eres Burlingame disfrazado de Sayer?

—No es ningún disfraz, como puede testimoniar cualquiera que conozca al verdadero Sayer.

—Sin embargo, yo conocí al verdadero Henry Burlingame —dijo Ebenezer— y de no ser porque conocías mi poema, no podría afirmar que tú eras él. No le recité el poema más que a Henry, y eso en una sola ocasión, hace quince años.

—Cuando te llevaba a casa desde el parque de Saint James —añadió Henry—. Fue pasada la medianoche y el vino de Málaga te habría lubricado la lengua. Sin embargo, te quedaste dormido antes de que llegáramos a Saint Giles, con la cabeza recostada en mi hombro, ¿no es verdad?

—¡Santo cielo, es verdad! Se me había olvidado. —Ebenezer se inclinó hacia delante y cogió a Henry por el brazo—. ¡Ah, Dios mío, pensar que te he encontrado, Henry!

—¿Entonces crees que soy yo?

—Perdona mi duda; jamás supe de ningún hombre que hubiera cambiado tanto ni pensé que fuera posible.

Burlingame alzó el índice con gesto tutorial.

—El mundo puede modificar por completo a un hombre, Eben, o bien puede ser el hombre quien se modifique a sí mismo hasta lo más infinito de su esencia. ¿No habías resuelto tú, según tu propio testimonio, no que eras, sino que serías poeta y virgen a partir de cierto momento? No, el hombre, quiérase o no, cambia necesariamente mientras recorre el camino que a la tumba le lleva; es un río que corre en busca de la mar, y jamás es el mismo, de una hora para otra. ¿Qué queda del muchacho que recogí en Magdalene College en el Laureado de Maryland?

—¡Cuanto menos, mejor! —repuso Ebenezer—. Sin embargo, sigo siendo Eben Cooke, aunque puede que no sea el mismo Eben Cooke, al igual que el Támesis es el Támesis por más velozmente que discurra.

—¿No es tan sólo el nombre lo que permanece? ¿Y se llamó Támesis desde el día de la creación?

—¡Santo cielo, Henry, siempre estabas diciendo acertijos! Entonces, ¿es la forma la que hace al hombre, al igual que las orillas hacen el río, independientemente del nombre y del contenido? No, ya veo la objeción, que la forma no es eterna. El hombre va engordando o encorvándose con los años y el agua al correr recorta y modela las orillas.

Burlingame asintió.

—Es un cambio demasiado lento como para que reparen en él los hombres, si no es retrospectivamente. El anciano achacoso recuerda su primavera y las crónicas dicen —o las piedras, para quien conoce el lenguaje de las mismas— por dónde discurría antaño el río que ahora fluye por tal otro camino. ¿No es la imprecisión de nuestras percepciones, pregunto, lo que nos permite hablar del *Támesis* y del *Tigris*, o incluso de *Francia e Inglaterra*, pero sobre todo de *mí* y de *ti*, como si los objetos a que tales nombres hacían referencia en el tiempo pasado guardaran alguna relación con los objetos presentes? A fe mía que al hilo de esto que decimos, ¿cómo sería posible que habláramos de objetos de no ser porque la imprecisión de nuestra visión no alcanza a advertir los cambios que en los mismos se operan? El mundo es en verdad un flujo, como afirmó Heráclito: el universo mismo no es más que cambio y movimiento.

Ebenezer había prestado oídos a aquel discurso con aire de inquietud, pero ahora se iluminó:

—¿Al contemplar fijamente el precipicio no habrás errado el camino?

—No capto esa figura.

—¿Cómo has logrado convencerme de que eres Henry Burlingame siendo así que tanto tu nombre como tu forma han cambiado? ¿Cómo llegamos a saber de cambios que son demasiado sutiles como para que los aprecien los ojos? —Ebenezer se rio, satisfecho de su agudeza—. No, incluso el flujo y cambio de que tanto hablas: ¿cómo podríamos hablar de ello en absoluto, sea rápido o lento, de no ser porque recordamos cómo eran las cosas antes? Tus credenciales las ha presentado tu *memoria*, ¿no es cierto? El recuerdo es la casa de la identidad, la morada del alma. Tu memoria, mi memoria, la memoria de la raza: es una constante conforme a la cual medimos el cambio; el sol. Sin el recuerdo, todo sería sencillamente caos.

—En suma, pues; ¿se es lo que se recuerda?

—Sí —convino Ebenezer—. O mejor, yo no sé lo que soy, pero sé que soy y que he sido merced a la memoria. El recuerdo es el hilo que ensarta los abalorios, constituyendo el collar; o como el hilo de Ariadna, del cual hizo entrega al ingrato Teseo: indica qué camino he seguido por el laberinto de la vida, me vincula con el punto de partida.

Burlingame sonrió y Ebenezer reparó en que sus dientes, que antes fueran blancos, estaban amarillos y cariados..., y por lo menos le faltaban dos.

—Le das mucha importancia a la memoria, Eben.

—Reconozco que no había reflexionado antes sobre su importancia. Ahí hay miga para un par de sonetos, ¿no te parece?

Burlingame se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos, Henry, ¿seguro que no te has picado porque he sorteado tu abismo?

—Pluguiera a Dios que lo hubieras sorteado —dijo Burlingame—. Pero me temo que te has dejado seducir por las metáforas, como hiciera antaño Descartes.

—¿Cómo es eso? Te suplico que me lo digas, ¿puedes refutarme?

—¿Qué mejor refutación necesito hacer de tu dios Memoria que el hecho de que se te olviden cosas?

—¿Qué...? —Ebenezer se detuvo y se ruborizó al darse cuenta de lo que implicaba lo que había dicho su amigo.

—No te acordabas de que te habías quedado dormido sobre mi hombro camino de casa, al volver de Pall Mall —le recordó Burlingame—. Eso demuestra la primera debilidad de tu hilo salvador de almas, es decir, que tiene desgarraduras. Hay otras tres.

—Si eso es así —suspiró Ebenezer—, temo por mi argumento.

—Dijiste que aquella noche bebimos Málaga.

—Sí, tengo un claro recuerdo de eso.

—Y yo de que era Madeira.

Ebenezer se rio.

—En cuanto a eso, yo confiaría más en mi memoria que en la tuya, puesto que fue mi primer vino y no es probable que se me pueda olvidar su nombre.

—Muy cierto —convino Burlingame—, si te enteraste bien, en primer lugar. Pero siendo tu primer vaso, yo también me fijé bien, y bien sabía distinguir el Málaga del Madeira, mientras que para ti los nombres eran nuevos y carentes de significado, y por tanto ligeramente confusos.

—Eso puede ser, pero de todos modos estoy seguro de que era Málaga.

—Da igual —dijo Burlingame—. El hecho es que cuando los recuerdos discrepan a menudo no hay modo de zanjar la disputa, y ésa es la segunda debilidad. La tercera es que en gran medida recordamos lo que queremos y del resto nos olvidamos. Por ejemplo, hasta que no evocaste la cuarteta, yo no me acordé de que me había escabullido al piso de arriba en busca de una puta, mientras tú te quedabas abajo, componiendo el poema. La vergüenza que sentí por haberte dejado solo de aquella guisa provocó en primera instancia que el episodio se me borrara prontamente de la cabeza.

—¡A fe mía que mi estrella polar me guía hacia las rocas! —se lamentó Ebenezer

—. ¿Cuál es la cuarta objeción?

—Que la memoria tiende a colorear incluso las cosas que retiene —replicó Burlingame—. Es como si a cada vuelta Teseo enrollara el hilo y lo volviera a desplegar haciendo un trazado más vistoso.

—Mucho me temo que tus objeciones son fatales —dijo Ebenezer—. Son como los cuatro cuervos negros que se comieron los guisantes con los que Gretel señalaba su recorrido por el bosque.

—No, son sólo debilidades, no heridas mortales —dijo Burlingame—. No borran el camino, sino que solamente lo desdibujan, de modo que por más que nos esforcemos jamás estaremos seguros de por dónde va. —Henry sonrió—. Bien que aún hay una quinta objeción, capaz de ejecutar por sí sola todo el trabajo.

—Diantre, podías desenjaular a la fiera para que la viéramos bien.

—Mis credenciales las ha presentado mi memoria, como tú dijiste —afirmó Burlingame—. Una memoria borrosa e imperfecta como consecuencia del uso imperfecto que de la misma se hace, al igual que ocurre con la tuya; pero las dos memorias se han puesto de acuerdo en algunos puntos, de modo que ello ha bastado para convencerte de que soy Burlingame, aunque no pudiera probarlo de ningún otro modo. Pero supongamos que el hilo se perdiera por completo, como a veces sucede. ¿Y si yo no conservara ningún recuerdo de mi pasado?

—Entonces para mí serías simplemente el coronel Sayer —replicó Ebenezer—. O puede que si hubieras afirmado ser mi Henry pero no supieras nada más, entonces jamás le hubiera dado crédito a tu historia. Pero rara vez acontece una pérdida de memoria total, ¿no? Y más raro aún sería en caso de que no hubiera ninguna otra prueba de la propia identidad.

—Sin duda. Pero volvamos a suponer que me pareciera al hombre que te llevó a Londres y que hablara y me vistiera como él y que incluso Trent, Merriweather y el gordo de Ben Oliver me llamaran Burlingame. Más aún, supongamos que yo hubiera firmado ante testigos con el nombre de Burlingame, como él lo hacía. Supongamos luego que un buen día juro no haber sido jamás Burlingame ni saber nada de su paradero, sino que soy un actor inteligente que posee el don de imitar firmas y que me había hecho pasar por Henry por diversión.

—¡Tus suposiciones me hacen sentir vértigo!

—Por más convencido que estuvieras —prosiguió Burlingame—, jamás tendrías la prueba de que yo era él.

—Debo reconocer que eso es cierto, aunque me duele.

—Ahora, otro caso...

—¡Guárdate el caso, te lo ruego! —dijo Ebenezer—. Estoy de casos hasta la coronilla.

—No; es relevante. Supongamos que hoy afirmo ser Burlingame, pese a lo

cambiado que estoy, y que compusiera un verso para completar tu poema (o mejor aún: la historia de toda una vida), y que ello no encajara con tus recuerdos; en cuanto tú lo pusieras en duda, supongamos que fuera yo quien cuestionara tu propia identidad, y te hiciera pasar a ti por un impostor inteligente. En el mejor de los casos, carecerías de pruebas, ¿o no es así?

—Concedo que es así —admitió Ebenezer—. Exceptuando mi propia certidumbre. Pero creo que el peso de aportar pruebas recaería sobre ti.

—En ese caso, sí. Pero dije en el mejor de los casos. Sin embargo, si yo no supiera nada de tu pasado, las discrepancias podrían achacarse a tu mala interpretación, y si ulteriormente yo diera con alguien que se te pareciera, es muy posible que el peso de aportar las pruebas recayera sobre ti. Y si hiciera entrar en el juego a unos cuantos amigos tuyos, o incluso al viejo Andrew y a tu hermana, con el fin de desacreditarte, me apuesto que incluso tú dudarías de tu autenticidad.

—¡Piedad! ¡Piedad! —exclamó Ebenezer—. ¡Ni una sola más de esas hipótesis tan alambicadas o perderé el juicio! Estoy convencido de que eres Henry; te juro que soy Ebenezer. ¡Y sanseacabó! Tales especulaciones casuísticas sólo llevan al abismo.

—Muy cierto —dijo Burlingame, con buen humor—. Sólo quería dejar bien sentado que toda aserción sobre el tú y el yo, incluso de cara a uno mismo, es un acto de fe imposible de verificar.

—Lo concedo, lo concedo. Queda tan bien sentado como el... —Ebenezer, inseguro, hizo un gesto con la mano—. ¡Santo cielo, tu discurso me ha robado los símiles; no conozco nada que sea inmutable y seguro!

—Es el primer paso por la senda que lleva al cielo. —Burlingame sonrió.

—Eso puede ser —dijo Ebenezer—, o tal vez se trate del camino que lleva al infierno.

Burlingame enarcó las cejas.

—Es el mismo camino, o el buen Dante era un mentiroso. ¿Estás completamente convencido de que soy Burlingame?

—¡Completamente, lo juro!

—¿Y tú eres Ebenezer?

—Jamás lo he dudado y sigo siendo tu discípulo, como ha demostrado este viaje en diligencia.

—Bien. En otra ocasión te preguntaré a qué hacen referencia los términos tú y yo, pero ahora no.

—No, por vida de..., ahora no, pues tengo mil cosas que preguntarte.

—Y yo que contarte —dijo Burlingame—. Pero es un cuento tan fantástico que mi primera preocupación fue tu credulidad, por eso juzgué necesario todo este discurso sofista.

No mucho después, el coche se detenía en Aldershot, pues ya había pasado con

mucho la hora de la cena y los viajeros no habían comido. Por lo tanto, Burlingame, según era su costumbre, aplazó toda conversación sobre el tema y junto con Ebenezer cenó capón con patatas. Después, tras haber sido informados por el cochero de que había una espera de dos horas en tanto llegaban los caballos y el postillón que habían de proseguir viaje a Salisbury, Exeter y Plymouth, a sugerencia de Burlingame, los dos amigos tomaron asiento delante de la chimenea, pertrechados con sendas pipas y un cuarto de jerez de Bristol. Fuera había oscurecido; empezó a caer una lluvia fina. Ebenezer aguardó con impaciencia a que su amigo empezara a hablar, mas Burlingame, cuando tuvo la pipa encendida y el vaso colmado, exhaló un suspiro de comodidad y se limitó a preguntar:

—¿Qué tal le va últimamente a tu padre, Eben?

4. EL LAUREADO OYE EL RELATO DE LAS ÚLTIMAS AVENTURAS DE BURLINGAME

—¡Mi padre que se vaya al cuerno! —exclamó Ebenezer—. ¡No sé si está vivo o muerto ni tampoco me importa gran cosa hasta que no haya oído tu historia!

—Sin embargo, sabes quién es, vivo o muerto, ¿no? Y en ese sentido, por no mentar otros, sabes quién eres tú.

—Por favor, dejemos a un lado al viejo Andrew por el momento —imploró Ebenezer—, del mismo modo que él me ha dado a mí de lado. ¿Dónde has estado, qué has hecho y qué has visto? ¿Cuál es el origen del nombre de Peter Sayer y de los prodigiosos cambios que se han obrado en ti? ¡Comienza el cuento y al viejo Andrew que le den morcillas!

—¿Cómo darle de lado? —preguntó Burlingame—. ¡Qué alarma tan mortífera! ¡Dios mío, qué odio me cobró..., aún me infunde temor!

—Jamás se lo he excusado —dijo, lacónico, Ebenezer.

—Tienes derecho, en tanto que hijo suyo. Pero yo, Eben, yo le excusé al instante; le perdoné..., mejor dicho, incluso le admiré por ello. Si me hubiera mandado matar..., pero, bueno, da igual.

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Está por encima de mis entendederas. Pero dime, ¿debo renunciar a toda esperanza de oír tu historia?

—La estás oyendo —dijo Burlingame—. Es el pilar en que todo el relato se sustenta; el solo de laúd que anuncia la canción.

—Sea. Pero me estoy temiendo que va a ser una historia renacuajo, con la cabeza más grande que el cuerpo. ¿Así que lo perdonaste?

—Más; le cobré afecto y me escabullí avergonzado.

—¡Sin embargo, la acusación que te hizo era falsa y malintencionada!

Burlingame se encogió de hombros.

—En cuanto a eso, no fue su injusticia lo que me inspiró admiración, sino la gran preocupación que sentía por su retoño.

—Es portentosa la preocupación que siente por nosotros, eso sí —dijo Ebenezer—. ¡Nos va a hundir con su preocupación! Supón que hubiera azotado a Anna hasta hacerle sangre, como me contaste que amenazó en una ocasión; ¿no adorarías y venerarías semejante preocupación?

—Lo mataría —replicó Burlingame—, pero no le querría menos.

—¡Cielo santo, es increíble lo que has cambiado desde que te dejé en Londres! ¿Por qué no aplaudiste mi resolución de irme a casa con Anna, viendo que lo que la instigaba era pura solicitud filial?

—No me entiendes —dijo Burlingame—. Seguiría oponiéndome, como me

oponía a que Anna se plegara a todos sus cambios de humor. Si yo fuera hijo suyo, ya me habría repudiado por haber huido a la vista de su preocupación. ¡Pero eso es un bien inapreciable, Eben! ¡Cuán rico habría de ser yo, desprendiéndome de tal tesoro! La aflicción de tu pérdida le hace guardar cama; él traza el curso de tu vida con ánimo de hacerte digno de tu estirpe. ¿Quién sufre por mí, dime, o a quién le importa un pepino si soy un majadero o un filósofo? ¿Quién me traza metas a las que yo pueda volver la espalda? ¿Quién me señala valores de los que poder burlarme llevándome la mano a la nariz? En resumidas cuentas, señor, ¿qué asuntos tengo yo en este mundo, qué lugar del que poder huir, qué credenciales que despreciar? Si yo tuviera un hogar, probablemente lo despreciaría; si tuviera una familia, viva o muerta, probablemente la desdeñaría, y me iría como un extraño, vagando por ciudades desconocidas. Pero ¡qué peso y desesperación tan grandes ser un extraño en cualquier lugar del mundo y carecer de vínculos con la historia! Es como si hubiera brotado de novo, cual los gusanos de la carne, o como si me hubiera caído del cielo. ¡Aunque yo tuviera la lengua de los ángeles, jamás acertaría a expresarte lo que es la soledad!

—No alcanzo a entenderlo —dijo Ebenezer—. ¿Es éste el hombre que un día, en la calle Támesis, le daba las gracias al cielo por no saber nada de sus antepasados?

—Fue un discurso desesperado —dijo Burlingame, sonriendo—, como cuando un pobre lanza una diatriba contra la pecaminosidad de las riquezas. Cuando Anna y tú os fuisteis, sentí la soledad como jamás la había sentido, y pensé mucho en el capitán Salmon y en la gentil Melisa, que me criaron. ¿Te acuerdas de aquel día en Cambridge, cuando me preguntaste cómo era que me llamaba Henry Burlingame III?

—Sí, y tú me respondiste que era como te llamabas desde que naciste.

—Me pasé varias horas lamentándome en mi habitación —dijo Burlingame—, y al final di en considerar este nombre mío tan pomposo como el bien más precioso que poseo. ¿Quién me lo puso? ¿Por qué Burlingame III y no simplemente Burlingame?

—¡Rayos, ya sé lo que quieres decir! —dijo Ebenezer—. Es tu nombre lo que te vincula a tus antepasados; no vienes *ex nihilo* a fin de cuentas. ¡Es como la clave de un acertijo!

Burlingame hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Y no afirmaba yo ser hombre de estudios? —Volvió a llenar su vaso de jerez de Bristol—. En aquel lugar y ocasión me juré a mí mismo —dijo— averiguar el nombre y la naturaleza de mi padre, las circunstancias de mi nacimiento, y acaso el lugar y modo en que aquél murió; ninguna otra cosa tenía para mí un valor más alto; en mi búsqueda recorrería todo el planeta, hasta hallar respuesta a mis preguntas o morir en el empeño. Y a fe mía que indagué a lo largo de estos siete años. Es el único norte de mi vida.

—Entonces, vive Dios, tengo que oír esa historia, que ya llevo esperando demasiado tiempo. Bébete el jerez y comienza; y no voy a permitir ninguna

interrupción hasta que el cuento se haya acabado.

—Como quieras —dijo Burlingame. Se bebió el vino, rellenó la pipa y refirió la siguiente historia—: ¿Qué ha de hacer un hombre para descubrir el origen de su ascendencia cuando no sabe de dónde viene el nombre que lleva, ni siquiera si tiene alguna autenticidad? Porque no creas que yo era ciego, Eben, al hecho de que mi única esperanza pudiera ser falsa: ¿qué pruebas tenía yo de que mi nombre no era producto de una burla o de una circunstancia casual? O podía ser que otros guardianes me hubieran cuidado hasta que apareció el capitán Salmon. Para prometer que se va a construir un puente basta con tener el valor de decirlo; sin embargo, con el valor sólo no se construye el puente. Como primera medida eché una mirada en derredor y al cabo di con mis huesos en Bristol, donde pensé que tal vez pudiera encontrar a alguien que al menos conociera a mi capitán y se acordara del huérfano que había prohiado..., y, en secreto, lo reconozco, rezaba pidiendo dar con algún antiguo amigo íntimo del capitán Salmon, o con algún pariente que me hubiera podido contar la historia completa de mi origen. No era inimaginable que el capitán hubiera contado el cuento, razonaba yo, si no propagándolo a los cuatro vientos, sí a un par de personas, por lo menos, a no ser que la historia encerrara algún pecado grave.

Ebenezer frunció el ceño.

—¿Como, por ejemplo, qué? El hombre que me has descrito jamás se hubiera rebajado a cometer un rapto.

Burlingame apretó los labios, alzó las manos y las dejó caer.

—No tenía hijos, por lo que yo sé, y el ansia de tener hijos puede llevar muy lejos a un hombre y a una mujer. Además, hacer algo así no requiere gran cosa. Muchas son las anclas que se echan al oscurecer y se levantan antes de que salga el sol. No obstante, no era en un rapto en lo que yo más pensaba, bien que tampoco lo descartaba... Lo más probable, si es que fue impropia la manera en que fui a parar a sus manos, es que yo fuera hijo de alguna amante que tuviera en los puertos que tocaba.

—No —dijo Ebenezer—. He leído, en efecto, que los marinos son grandes mujeriegos, a veces, incluso bígamos, en razón de su oficio, pero el capitán Salmon, conforme yo me lo imagino, no tenía ni la juventud ni el temperamento que se requieren para hacer una locura semejante, tanto menos por cuanto que no era un vulgar marinero, sino el patrón de un navío. Sería tan improbable que un hombre así se echara un bastardo a las espaldas, como que Salomón parloteara necedades o un judío cerrara un negocio limpio.

Burlingame sonrió:

—Lo cual equivale a decir que no es una idea a descartar. Sigue, si quieres, a Horacio, a la hora de hacer poesía: *flebilis Ino, perfidus Ixion*^[17] y lo que viene a

continuación; pero no creas que la gente de carne y hueso es siempre así de simple. Hay muchos judíos que han perdido la camisa y más de un santo que le ha tirado los tejos en privado a su joven criado. *El hombre codicioso puede a veces ser generoso*; y también: *Hasta las hormigas son capaces de buscar venganza*. Te repito: aunque sea improbable que al capitán Salmon le diera por irse de picos pardos, no es en absoluto imposible, si su parcela no daba frutos, que se buscara a propósito un terreno más fértil. Puede que incluso Melissa lo empujara a hacerlo.

—¿Una esposa incitar a su marido a que sea infiel?

—Eso no sería quebrantar la infidelidad, creo yo, tratándose de un caso así. Si bien, no importa: en primer lugar me parecía lo más probable que yo no hubiera ido a parar a sus manos de modo tan siniestro; antes bien, simplemente adoptaría a un niño huérfano, como hubiera hecho cualquiera que tuviera un corazón cristiano; en segundo lugar, me importaba un bledo juzgar el modo en que fui engendrado, el caso era descubrirlo, y con ello, al progenitor.

—¿Y lo lograste?

Burlingame negó con la cabeza.

—Encontré a tres o cuatro personas mayores que habían conocido a Salmon y recordaban a su ingrata carga: una de ellas me dijo, cuando revelé mi nombre, que el capitán había muerto a consecuencia del dolor que le había infligido mi pérdida y que Melissa murió por el que le causó la pérdida del capitán. Ardo en deseos de dar crédito a semejante historia, pues de no ser así, me da miedo que mi conciencia pueda acusarme de rehuir una responsabilidad tan espantosa; sin embargo, hay cierta clase de temperamentos que son proclives a transformar el pasado en una obra de teatro, a confundir lo razonable con lo histórico, gentes a quienes les gusta sentarse como si fueran Radamanto durante el Juicio Final. Aquel hombre, te lo digo a mi pesar, tenía un temperamento así. En cualquier caso, nadie sabía nada de mi origen salvo el capitán Salmon, que me había recogido en alguna parte y me había llevado a su casa a bordo de su buque. Entonces pregunté quién era el mejor amigo del capitán, así como quién la mejor amiga de Melissa. Todos los hombres afirmaban ser el primero y todas las mujeres ser la segunda. Por fin les pregunté si alguno recordaba quién era el primer oficial del barco de Salmon por aquel entonces; pero Bristol es un puerto ajetreado en el que los hombres cambian de barco a cada travesía, de modo que era difícil que supieran algo del año anterior, no digamos ya de hacía treinta años. Sin embargo, como suele suceder, al preguntar a los demás, yo mismo caí en la cuenta de cuál era la respuesta, o si no la respuesta, al menos una esperanza nueva: el primer oficial de los cinco viajes que hice con el capitán Salmon había sido un tal Richard Hill, y tenía la impresión, más por la manera en que se trataban que por ninguna afirmación explícita, de que él y el capitán llevaban muchos años de compañeros en el mismo barco. No era imposible que Hill hubiera sido el primer oficial durante

aquel viaje de hacía diez años, aunque era una posibilidad remota; y si efectivamente era así, pues qué, entonces tenía que saber más que yo de aquel asunto. Por supuesto, por lo que yo sabía, el tal Hill podía llevar mucho tiempo muerto, o encontrarlo podría resultar tan difícil como encontrar a mi padre...

—Te lo concedo, te lo concedo —interrumpió Ebenezer—. Te suplico que confíes en que soy capaz de valorar los obstáculos con que te tropezaste sin que sea menester que los enumeres, exceptuando aquéllos que avanzan a la par que tu relato, así que dime rápidamente si los superaste. ¿Encontraste a ese Hill? ¿Tenía algo que contarte?

—Tienes que prestar atención al *cómo* —dijo Burlingame—; si no, serás tan beodo como el que al leer la *Ilíada* no pasa de la invocación, puesto que el final es algo conocido. El caso es que ninguno de mis informadores recordaba bien a Richard Hill, excepto dos que aún se iban a pasear por los muelles y que me dijeron que había un hombre llamado Richard Hill en la flota tabaquera. Sin embargo, aunque a veces recalaba en Bristol, dijéronme que Hill no era oriundo de la ciudad, ni siquiera de Inglaterra, sino que era de Maryland, o virginiano; además, no era primer oficial, sino el capitán de su propio navío.

»Aquella noticia me pareció más buena que mala. Cuando llegué al convencimiento de que por aquel entonces en Bristol no iba a obtener más información sobre él, me trasladé con toda premura a Londres.

—¿No a las plantaciones? —preguntó Ebenezer, fingiendo sentirse decepcionado—. ¡Eso no te cuadra, Henry!

—No, si yo estaba bastante dispuesto a irme a América —repuso Burlingame—, pero es más sabio preguntar en las cocheras que salir disparado por la carretera. Londres es el mismísimo hígado y la mollera del comercio tabaquero; sólo me hizo falta media jornada para averiguar que el capitán era en efecto originario de Maryland, del condado de Anne Arundel, y patrón del buque *Esperanza*, que estaba en aquellos mismos momentos atracado en el Támesis junto con otros barcos de la flota, descargando mercancías. Rápidamente fui al muelle donde estaba atracado y, con cierta dificultad (pues no tenía dinero), conseguí una entrevista con el capitán Hill. Pero no tuve necesidad de formular mi gran pregunta, pues nada más oír mi nombre me preguntó si era el chico de Avery Salmon, el que se había escapado del barco en Liverpool. Cuando los dos terminamos de menear la cabeza, significando que desaprobábamos mi juvenil desvarío, y asimismo acabamos de hacer elogios al capitán Salmon (quien, no obstante, díjome Hill, había muerto por causa de unos tumores, no de aflicción), le revelé el propósito de mi visita, suplicándole que me proporcionara cuanta información pudiera tener sobre el asunto.

»—Bueno —dijo—, es que por aquel entonces yo no era el primer oficial de Avery, Henry. Sé lo que hay que saber y no hay más.

»—¿Y qué sabéis, si tenéis la merced?

»—Nada, excepto lo que tú ya sabes —dijo él—: que te pescaron como a un cangrejillo de entre las olas de la bahía de Chesapeake.

—¡Alto ahí! —exclamó Ebenezer—. ¡Jamás te he oído hablar de eso, Henry!

—Era para mí entonces algo tan novedoso como lo es ahora para ti —dijo Burlingame—. Expresé la sorpresa que manifiestas tú ahora multiplicada por diez y acosé a preguntas al capitán Hill. Cuando por fin lo convencí de que yo no sabía absolutamente nada del asunto, me explicó que a principios del año 1654 o 1655, si no le fallaba la memoria, efectuando una travesía por la bahía de Chesapeake, yendo aguas arriba desde Piscataway hacia la isla de Kent, el barco del capitán Salmon se cruzó con una canoa vacía que iba arrastrada por el viento. Los marineros supusieron que algún salvaje la habría soltado en el río, y no le habrían hecho mayor caso de no ser porque, al tenerla más, cerca oyeron unos gritos extraños que de la misma procedían. Comunicósele el hecho al capitán Salmon, el cual dio la orden de poner al paio el barco y envió un bote para que indagara aquello.

—¡Santo cielo, Henry! —dijo Ebenezer sin aliento—. ¿Eras tú?

—Sí, un niño de dos o tres meses, completamente desnudo y que corría peligro de morir de frío. Tenía las manos y los pies envueltos con cuero sin curtir, y en la piel, como si fuera el tatuaje de un marinero, aparecía escrito el nombre de Henry Burlingame III, en letras pequeñas, de color rojo. Subiéronme a bordo...

—¡Espera, te lo ruego! Tengo que asimilar estos prodigios. ¡Conque caíste con la misma ligereza que la deyección de un ganso! ¡Desnudo y tatuado, vive Dios! ¿Todavía se puede ver?

—No, hace mucho que se borró.

—Pero ¿cómo fuiste a parar allí? ¡Sin duda fue una villanía!

—Nadie lo sabe —dijo Burlingame—. La canoa y los cueros con los que me habían envuelto revelaban la mano de los salvajes, sin embargo, no hay por allí salvaje ninguno que conozca el abecedario, que yo sepa, y tanto mi piel como mi cuero cabelludo estaban intactos.

—¡Repámanos! —exclamó Ebenezer—. ¿Qué criatura es capaz de desearle tanto mal a un infante ignorante, que, no contento con causarle la muerte, ha de infligírsela de un modo tan lento y terrible?

—Sigue siendo un misterio hoy día. Sea como fuere, el capitán Salmon me arropó entre mantas, en su propio camarote, donde pasé diez días debatiéndome entre aquí y el más allá, durante los cuales me alimentaron con leche fresca de cabra. Por fin remitió la fiebre y recobré la salud; el capitán Salmon me cobró cariño y antes de que su barco regresara a Bristol tomó la decisión de adoptarme como hijo suyo. Eso era cuanto sabía mi capitán Hill, y aunque era muchísimo más de lo que yo sabía hasta entonces, sin embargo, aquello, lejos de aplacar mi curiosidad, la avivó. Entonces, en aquel punto y hora, me ofrecí a enrolarme en la tripulación del Esperanza para

efectuar la travesía de regreso a Maryland, donde era mi intención volver las marismas del revés si era preciso, con tal de hallar algún indicio.

—Desesperada resolución la tuya —dijo Ebenezer con una sonrisa—. Tanto más cuanto que no sabías de dónde procedía la canoa ni dónde se cruzó con el barco.

—Sí que lo fue —convino Burlingame—, aunque hay veces en que una resolución desesperada puede verse coronada por el éxito. Sea como fuere, era preciso elegir entre aquello y renunciar a mi búsqueda. Disponía de quince días en tanto el Esperanza se hacía a la mar y, como es propio en un hombre de estudios, examiné de arriba abajo los archivos de la aduana.

En aquella ocasión tenía por fin dar con todos los Burlingame que hubiera en Maryland, pues en cuanto me hallara en la provincia, tenía la intención de entrar en contacto con todos, bien fuera recurriendo a medios limpios, bien, a sucios, para así encontrar lo que buscaba.

—Bueno, ¿y diste con alguno?

Burlingame negó con la cabeza.

—Hasta donde alcanzo a saber, ningún hombre ni mujer que lleve ese nombre vive en la actualidad en la provincia ni ha vivido en ella desde su fundación. Tras aquello resolví examinar los archivos de las demás provincias, ello de la misma manera, trabajando en dirección norte-sur a partir de Maryland. La tarea resultó ser más ardua por causa de los muchos cambios que sufrían los títulos y cartas de propiedad a lo largo de los años, así como por el temor a la guerra civil, que siempre socava de manera prodigiosa la fe que les profesan los aduaneros a sus semejantes. Empecé por Virginia, partiendo del año en curso, pero antes de acabar con la época de Cromwell, habían transcurrido los quince días de los que disponía, de modo que zarpé hacia Maryland. —Burlingame sonrió y vació las cenizas dándole unos golpecitos a la pipa—. Si se hubiera mantenido el viento desfavorable quince días más, hubiera dado con algo que habría reavivado enormemente mi esperanza. El caso es que hube de esperar dos años hasta encontrarlo.

—¿Y qué pasó? ¿Tuviste noticias de tu padre?

—No, Eben..., de ese caballero no sé más hoy de lo que sabía entonces, y otro tanto ocurre con mi madre y conmigo mismo.

—¡Ay! Habrías hecho bien en no decirme eso —dijo Ebenezer, chasqueando la lengua—, porque se ha echado a perder la historia. ¿Qué placer puede obtenerse de una búsqueda, o de la historia de la misma, si sabemos de antemano que se va a emprender en vano?

—¿Preferirías que me ahorrara el resto? —preguntó Burlingame—. La noticia sólo guarda relación con mi abuelo, o eso creo yo... Al menos he logrado saber algo sobre ese individuo.

—¡Ah, entonces te estás burlando de mí!

Burlingame hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se puso en pie.

—No sé más de mi padre de lo que sabía, pero eso no quiere decir que no esté más cerca de saberlo. No obstante, la historia habrá de aguardar.

—¿Qué? ¿No te sentirás afrentado, Henry?

—No, no —contestó Burlingame—. Pero estoy oyendo al postillón enjaezar el tiro en el patio. Estira un poco las piernas, muchacho, y alivíate antes de que partamos.

—¿Pero seguro que reanudarás el cuento? —preguntó, implorante, Ebenezer.

Burlingame se encogió de hombros.

—Más te valdría dormir, si puedes. Y, si no, bueno, pues entonces está bien tener un cuento a mano mientras se aguarda el amanecer.

En aquel momento irrumpió bruscamente el cochero, soltando denuestos contra la lluvia, y les dijo a los viajeros que se dispusieran a partir. Consecuentemente, estos salieron, encontrándose en el exterior un vigoroso viento de marzo que pulverizaba la llovizna.

5. PROSIGUE EL RELATO DE BURLINGAME, HASTA QUE EL NARRADOR CAE DORMIDO

Una vez instalados en el coche, el cual se disponía a cubrir la segunda etapa del viaje, Ebenezer y Burlingame intentaron conciliar el sueño, pero la carretera resultó ser muy accidentada. A pesar del cansancio, tras media hora de sacudidas y traqueteos, se convencieron de que el empeño era vano y desistieron.

—A la porra —dijo Ebenezer con un suspiro—. Hay bastante tiempo para descansar en la tumba, como dice mi padre.

—Muy cierto —convino Burlingame—, aunque retrasarlo demasiado equivale a llegar antes a la misma.

A sugerencia de Ebenezer, colmaron y encendieron las pipas. A continuación, el poeta dijo:

—Por lo que a mí se refiere, bienvenida sea la demora. Aunque tuviera la vejiga repleta de rocío del Lete^[18], en lugar de tenerla llena de jerez de Bristol, seguiría resultándome imposible olvidar lo que me has contado, y no albergo esperanzas de dormir en tanto no lo haya oído todo.

—¿No te has aburrido?

—¡Aburrido! Con la única salvedad de la historia de tus andanzas con los gitanos, que me contaste en Cambridge hace años, jamás he oído maravillas semejantes. Menos mal que sé que eres ajeno a contar patrañas, de lo contrario, me sería difícil dar crédito a tamaños prodigios.

—Entonces pareceme que más vale que lo deje —dijo Burlingame—, pues nadie conoce a fondo el corazón del prójimo, y lo que llevo dicho hasta aquí equivale a que hubiera estado afinando las cuerdas, como si dijéramos.

—Siendo así, te suplico que las pulses sin mayor demora y que confíes en mi credulidad.

—Muy bien. Tampoco es una historia mortalmente dilatada, pero debo reconocer que es en extremo enmarañada, con muchas vueltas y revueltas de acá acullá, y un ejército de nombres que es preciso retener en la cabeza.

—*No son menos las uvas porque esté la parra enmarañada* —replicó Ebenezer, y Burlingame, sin más preámbulos, reanudó el relato.

—A Dick Hill le hubiera gustado sobremanera —dijo— retenerme como miembro de su tripulación, pues una semana a bordo bastó para sacar a flote toda mi pericia de marinero, arte que llevaba más de quince años sin ejercitar. Pero una vez en Maryland, dejé su navío y, como no quería atarme a ningún lugar dedicándome a la enseñanza, acepté un puesto en la plantación de Hill.

—¿No estabas igualmente atado así? —preguntó Ebenezer.

—No por mucho tiempo. Empecé llevándole las cuentas, pues raro es el plantador

que sabe sumar debidamente. Pronto gané su confianza hasta tal punto que depositó en mis manos el gobierno entero de sus propiedades tabaqueras, sitas a orillas del Severn, diciéndome que pese a ser un negocio de considerable envergadura como para deshacerse de él, escaso era el apego que hacia el mismo sentía, de modo que prefería dedicarse a navegar.

—¡Pero, bueno, entonces has sido plantador de tabaco en Maryland antes que yo! Es menester que oiga cómo te las compusiste.

—En otra ocasión —contestó Burlingame—, pues en este punto la historia despliega velas y leva anclas. Corría el año 1688 y en las provincias, al igual que en Inglaterra, fermentaba una gran agitación por el asunto de los papistas y los protestantes. En Maryland y Nueva Inglaterra era el problema singularmente agudo: el propio Baltimore y la mayor parte de los miembros del Consejo de Maryland eran católicos, y tanto del gobernador como del vicegobernador de Nueva Inglaterra, sir Edmund Andros y Francis Nicholson, se sabía que no eran amigos del rey Jacobo. El cabecilla de los rebeldes de Maryland era un tal John Coode...

—Sí, Baltimore mencionó ese nombre —dijo Ebenezer—. Es el falso sacerdote que se apoderó del gobierno por la fuerza.

—¡Te juro, Eben, que es un sujeto extraordinario! Tal vez llegues a conocerlo, pues aún sigue en libertad. Su equivalente en Nueva York era Jacob Leisler, que tenía planes con respecto a Nicholson. Entonces sucedió que aquel invierno Leisler se vino a Maryland con el propósito de aliarse con Coode. Acabábamos de enterarnos del desembarco del rey Guillermo y el plan de aquellos dos conspiradores era atacar conjuntamente, uno en Saint Mary y el otro en Nueva York. Abreviando, la cosa llegó a oídos del capitán Hill, que me envió a Nueva York en enero a fin de que advirtiera a Nicholson antes del regreso a Leisler.

—¿Entonces el capitán Hill es papista?

—No más que tú o que yo —replicó Burlingame—. En Maryland no se trataba de una cuestión de fe. Al viejo Coode ya le da igual Guillermo que Jacobo: lo que aborrece es el gobierno en sí, al igual que cualquier tipo de orden. A su lado, Leisler no es más que un mequetrefe.

—¡Ojalá nunca me tope con el tal Coode! —dijo Ebenezer—. ¿Llegaste a Nueva York?

—Sí, y Nicholson se puso a jurar como un cañonero cuando le di la noticia. El mismo se había presentado ante Andros en 1686 en calidad de capitán de una tropa papista irlandesa, y en Nueva York había celebrado el nacimiento del hijo de Jacobo; sabía muy bien que los rebeldes lo tenían catalogado como hombre de fe romana y no hubiera dejado pasar la ocasión de acabar con Leisler. Nicholson trató en vano de mantener la noticia en secreto, y puesto que Dick Hill me había puesto a su servicio, me envió a Boston para que pusiera a Andros al corriente. Me gané la confianza de

los dos, y a petición mía me pasé los meses siguientes ejerciendo de mensajero privado entrambos (yo tenía la ventaja de no ser miembro de su familia oficial, por lo que podía desenvolverme con soltura entre los rebeldes). No, reconozco que en más de una ocasión me hice pasar por rebelde, de modo que tuve a veces la oportunidad de informar al gobernador en punto a lo que hacían.

—¡Henry, pero qué intrépido eres!

—¿Eh? Ah, bueno, intrépido o no, flaco fue el servicio que le presté a la causa del orden. Los rebeldes capturaron a Andros en primavera, en cuanto supieron que Guillermo llevaba las de ganar, y lo encarcelaron en Boston. En Nueva York hicieron correr la especie de que Nicholson tenía intenciones de prender fuego a la ciudad, y con la fuerza que le daba el rumor, Leisler reunió una tropa suficiente para tomar la guarnición.

—¿Y Nicholson? ¿Se escapó?

—Sí —dijo Burlingame—. En junio huyó en barco a Londres, y por más que Leisler lo acusó de ser corsario, llegó sin peligro para su integridad.

—¡Sin peligro! —gritó Ebenezer—. ¡Se escapó de un incendio para meterse en las llamas del infierno! ¿O no es lo mismo huir de Leisler para caer en brazos de Guillermo?

Burlingame se rio.

—No, Eben, el bueno de Nick no es tan simple y tan loco, como verás a su debido tiempo.

—Bueno, ¿y tú, Henry? ¿Regresaste a Maryland?

—Una vez más, no. ¡Eso sí que sería arrojarse a las llamas del infierno! Coode hizo su jugada en julio, y en agosto tenía al consejo del gobernador sitiado junto al *bicaco* de Mattapany. No, yo me quedé en Nueva Inglaterra; primero, en Nueva York, y luego, cuando Nicholson se escapó y yo estaba seguro, en Boston. Mi plan era sacar a sir Edmund Andros de la prisión de la isla del Castillo.

—¡Voto a tal! —dijo Ebenezer—. ¡Esto es un cuento de Esquemeling!

—Y en más de un aspecto —replicó Burlingame con una sonrisa—. En el puerto de Boston había una fragata inglesa, que tenía por nombre *Rosa* y por fin proteger a los buques locales de los piratas. John George, el capitán, era lo bastante amigo de Andros como para que los rebeldes lo retuvieran como rehén, no fuera a bombardear la ciudad con ánimo de liberar al gobernador. Eso era precisamente lo que yo quería hacer, en caso de necesidad, y después despachar a Andros a toda prisa rumbo a Francia, a bordo del *Rosa*.

—¿Y cómo diablos lo lograste?

—No lo logré, aunque la culpa no fue de mi plan. Me encontré a un amigo del capitán George, llamado Tom Pound, piloto y cartógrafo, y que estaba dispuesto a demostrar su lealtad hacia Andros si se le pagaba. El gobernador huyó y cinco días

después zarpamos a escondidas del puerto, llegamos a la bahía de Massachusetts, nos disfrazamos de piratas y empezamos a hostigar a la flota pesquera.

—¡Retruécanos!

—Teníamos la intención de incordiarlos hasta que acabaran por enviar al capitán George a bordo de la fragata Rosa para que nos redujera; luego continuaríamos viaje a Rhode Island, recogeríamos a Andros y pondríamos rumbo a Francia. Pero antes de poner en tales apuros a los pescadores, nos enteramos de que habían vuelto a capturar a Andros cuando iba camino de Inglaterra.

—En todo caso —dijo Ebenezer—, fue un digno intento.

—Puede que lo fuera, en principio —respondió Burlingame—. Pero al enterarse Tom Pound de que se había ido todo al garete, resultó que se había metido en un buen lío: no podía atracar en el puerto de Boston si no quería que lo colgaran por pirata; tampoco podía cruzar a Francia por falta de provisiones. Total, que acabamos por hacer de verdad lo que habíamos hecho ficticiamente.

—¡No, ay Dios mío!

—Sí, vaya si lo hicimos: nos convertimos en piratas y recorrimos la costa norte en busca de presas.

—Pero por el amor de Dios, Henry, ¿tú estabas con ellos?

—Había que elegir entre eso o que me echaran a los peces, Eben. Sí, luché junto con los demás, y no puedo decir que en verdad aborreciera aquello, aunque mis sentimientos me decían que obraba mal. Estar al margen de la ley tiene un encanto que el hombre de bien no es capaz ni de sospechar..., es un licor...

—¡Pido a Dios que no te durara mucho la borrachera! —dijo Ebenezer—. Parece un trabajo peligroso.

—*No es teta para mamoncillos*, debo reconocerlo. Durante dos meses enteros Pound se dedicó al robo y saqueo, aunque rara vez sacó algo por las molestias que se tomaba, salvo puerco en salazón y agua dulce. En octubre sufrió el ataque de una corbeta de Boston que se hallaba frente a las costas del lugar llamado Martha's Vineyard, y cuantas personas había a bordo fueron muertas o malheridas. Yo, gracias a Dios, había huido a Virginia hacía varias semanas, y como había adoptado otro nombre a lo largo de toda mi estancia en Nueva Inglaterra, había poco peligro de que me descubrieran. Como mejor pude, regresé a Marylandy en Anne Arundel me reuní de nuevo con Dick Hill, que me daba por muerto desde hacía mucho tiempo. Yo tenía gran inquietud por dejar a Pound, dado que John Coode sabía que el capitán Hill era enemigo suyo y no cabía dudar de que le causaría algún daño antes de que pasara mucho tiempo. Además, tenía otra razón, más egoísta, puede ser, pero no menos apremiante: ¡había oído decir que había Burlingames en Virginia!

—¡No! ¡Eso es portentoso! —exclamó Ebenezer—. ¿Parientes tuyos?

—Eso yo no lo sabía, como tampoco sabía si aún quedaba alguno con vida; lo que

había oído era que había un Burlingame —de hecho, un Henry Burlingame— entre los primeros colonos que se establecieron en aquel territorio, y mi intención era encontrar una excusa para irme allí y hacer indagaciones.

—¿Y cómo diantres te enteraste de eso si andabas, quieras que no, navegando por el océano? ¡Esto alcanza la envergadura del milagro!

—No fue ningún milagro, a menos que lo obrara un extraño Dios. Pero la historia no es un prodigio de brevedad, Eben.

—De todos modos es necesario que la cuentes —insistió Ebenezer.

Burlingame se encogió de hombros.

—Eso fue estando con Pound en el pináculo de mi actividad como pirata. Nuestras presas habituales eran barcos mercantes y buques de cabotaje; les dábamos alcance, robábamos a placer y los dejábamos en libertad, sin hacer daño a nadie, excepto a quienes ofrecían resistencia. Pero en cierta ocasión que un viento del nordeste nos arrastró a las aguas de Virginia, nos topamos con una pinaza añosa que se disponía a remontar la bahía de Chesapeake. Aconteció lo que digo en la desembocadura del río York, y cuando nos habíamos deshecho de toda la tripulación para cobrarnos el botín, nos encontramos con que el barco llevaba, además, tres pasajeros: un individuo de aspecto tosco, de unos cincuenta años o así; su esposa, que era algunos años más joven, y su hija, que aún no había cumplido la veintena. Esta última era un ejemplar apetitoso, de los que no se ven muchos: cabellos morenos y llena de vida, y su madre, punto menos. Al verlas, nuestros hombres olvidáronse totalmente del botín, que, la verdad, había sido exiguo, disponiéndose a gozar de ellas en aquel punto y sazón. El capitán Pound no osó impedirselo, bien que personalmente era hombre contrario a la violencia, pues tal era la ferocidad de sus hombres —que no habían visto pelo ni pellejo de mujer, valga la expresión, desde que zarpáramos de Boston— que se hubieran amotinado al instante. Y si yo hubiera hecho el menor ademán de detenerlos, me hubieran arrojado inmediatamente a los peces.

»En menos que canta un gallo los rufianes desnudaron a las mujeres y lleváronlas a la regala. Es costumbre entre los piratas llevarse a sus cautivas a la borda, sabes, y allí ora las recuestan de espaldas contra la misma, ora las atan con sogas, de pies y manos, por encima de ella. Un compañero mío vio en cierta ocasión cómo trece bandidos forzaban a una doncella haciéndole adoptar la primera de las posiciones que te he dicho, con la región lumbar contra el coronamiento, hasta que acabaron por quebrantarle el espinazo, arrojándola luego por la borda. Eso lo hacen así para que todo sea más cruel, creo yo; el capitán Hill me habló una vez de un canalla, un francés entrado en años, al que había conocido en la Martinica, el cual juraba que las mujeres no le satisfacían salvo cuando las tenía mirando de hito en hito a los tiburones, que darían cuenta de ellas una vez consumada la violación, y aseguraba que después de haber degustado deleite tan refinado, no era capaz de holgar con

mujer en tierra firme.

—¡No sigas, te lo ruego! —exclamó Ebenezer—. No es la historia de la barbarie lo que ansío oír, sino qué fue de las desdichadas víctimas.

—Eres sobremanera impaciente, pues —dijo con suavidad Burlingame— hasta la más vil de las acciones encierra una lección para quien tiene el ansia de aprender. En fin, ¿dónde dejé a las mujeres?

—En la regala del buque, con su virtud *in extremis*.

—Ah, es verdad; mal asunto ser mujer en aquellas circunstancias, ya que había dieciséis hombres puestos en hilera, prestos a violentarlas. El marido no paró en ningún momento de pedir piedad para sí, sin hacer una sola mención a las mujeres, mientras que la esposa se resistía con todas sus fuerzas; pero la muchacha, al ver las intenciones de los piratas, hablóle con premura a su madre en francés, lengua que todos desconocían a bordo sino yo, y no ofreció resistencia, antes bien les preguntó a los marineros, con toda tranquilidad y acento francés, qué era de mayor utilidad para ellos, si su castidad o cien libras por barba. Al principio los hombres no le hicieron caso, tan ofuscados estaban en viéndola desnuda. Pero mientras la llevaban hacia la borda, ella no dejó de implorar que la escucharan..., o más bien no dejó de reiterar su ofrecimiento, pues su voz sonaba fría y mercantil. Dijo pertenecer a la nobleza francesa, al igual que su madre, y que si se les infería algún daño podían estar ciertos de que ahorcarían a la tripulación toda, pero que si las dejaban salir indemnes cada uno de los hombres que había a bordo recibiría cien libras en el plazo de una semana.

»Entonces columbré una posibilidad de ayudarlos, toda vez que lograra detener la lujuria de los piratas un momento. A tal fin me sumé a sus manoseos —incluso aparté a algunos a empellones y lleveme por la fuerza a la muchacha hasta la regala, como si quisiera ocupar el primer lugar—, pero luego me demoré, y cuando ella repitió su ofrecimiento exclamé: «Deteneos, compañeros, y oigamos qué dice la moza antes de calafatearla. Se pueden pagar muchas mujeres con cien libras». A continuación les recordé que nuestro plan preveía cruzar a Francia cuando nos hubiéramos hartado de piratear, y pregunté si era prudente poner en peligro de aquella manera el recibimiento que allí nos harían. Era mi intención principal detenerlos, al menos momentáneamente, y hacerlos reflexionar, pues la reflexión es enemigo famoso de la violencia; ciertamente, quien comete una violación tras habérselo pensado no es hombre sino bestia. De entrada la estratagema dio resultado: los hombres empezaron a hacer mofa y befa de la propuesta, pero de momento no siguieron adelante.

»—¿Y cómo es que siendo damas de la corte viajan vuestras mercedes en un barco como éste? —preguntó uno—. Y la hija le contestó que no eran ricas, sino que tan sólo tenían lo suficiente como para pagar el rescate que habían prometido, tras lo cual serían pobres. Otro le preguntó, profanamente, a la madre: «¿Cómo es que una dama noble mira tan poco por su culo que se lo da en matrimonio a un patán, como es

el cobarde de vuestro marido?». Aquella pregunta parecióme más aguda que la primera, puesto que en efecto el marido era un comerciante burdo y vulgar, a juzgar por su apariencia. Pero la hija rápidamente se dirigió a la madre en francés y la dama replicó que su marido procedía de una de las familias de más rancio abolengo de Virginia. A lo cual la hija agregó: «Si quieren vuestras mercedes saberlo, fue un matrimonio de conveniencia». Y a continuación dijo que, en efecto, a pesar de que su padre había comprado el honor de su madre valiéndose de las propiedades que tenía, otro tanto haría ahora ella con nosotros, comprándonos su propio honor a cambio de aquellas mismas posesiones. Los hombres se tomaron aquello a chacota y escarnecieron al marido hasta decir basta, en tanto aquél parecía estar a punto de defecar en plena cubierta de puro miedo. A la sazón, los hombres estaban indecisos entre regalarse el cuerpo o coger las cien libras, pues no sabían bien si dar crédito o no a la historia de las mujeres.

»Ahora es menester que sepas que yo, siempre que me encontraba gente extraña, tenía por costumbre preguntarles si conocían o habían conocido a alguien que respondiera al nombre de Burlingame. Y explicaba luego que tenía un amigo llamado Henry Burlingame III, el cual tenía grandes deseos de probar que no era hijo bastardo. Todos los hombres de a bordo estaban habituados a aquello y se gastaban bromas entre sí, diciendo que Henry Burlingame III era un personaje de alto copete al que por fuerza todo el mundo tenía que conocer. Por dicha razón, cuando la dama hubo concluido su alocución, un guasón que había entre nosotros dijo: «Si ése fuera un caballero virginiano de alcurnia, no le quedaría más remedio que conocer a sir Henry Burlingame, el más noble virginiano que jamás haya soltado una cagarruta entre las hojas de tabaco». Y agregó que si no lo conocían eran sin duda gentes impostoras, por lo que había que llevarlos a la regala. En vista de aquello me pareció que el juego se había acabado, ya que el argumento era necio, una mera excusa para poder refocilarse con las mujeres. Pero la doncella respondió que en efecto conocía a un tal Henry Burlingame, de Jamestown, quien había llegado allí con los primeros colonos, y el cual afirmaba pertenecer a la nobleza, añadiendo luego la moza, a modo de prueba, que en los círculos que ella frecuentaba se dudaba seriamente de que el caballero en cuestión fuera en verdad de origen noble.

»Al oír aquello, los hombres se quedaron grandemente sorprendidos, si bien ninguno más que yo, y en éstas resolví arriesgar la vida, si fuera preciso, a fin de salvarlas de aquellas gentes, para así poder seguir interrogándolas más adelante acerca de aquel asunto. Dije a los hombres que todo lo que había dicho la muchacha sobre Burlingame era cierto, y que por lo que a mí cumplía me creía su historia de cabo a rabo y estaba dispuesto a canjear su virginidad por cien libras. La mayor parte de los hombres parecían bastante dispuestos a hacer lo mismo, ahora que se les había enfriado el primer ardor, tanto más cuanto que nuestra piratería había rendido escasos

beneficios hasta entonces. Planteó luego el capitán Pound la cuestión de los rehenes y se decidió que uno de los tres permaneciera retenido hasta que fuera satisfecho el rescate, perdiendo la vida y el honor de no hacer aquello. En aquel punto, madre e hija hablaron brevemente entre sí, en francés, después de lo cual ambas suplicaron quedar en calidad de rehenes con tal de que el padre quedara a salvo.

—¡Albricias, cuánta solicitud! —exclamó Ebenezer—. ¡Ese bellaco no merecía tanto afecto!

Burlingame se rio.

—Tal era el parecer de toda la tripulación, excepción hecha de mí, que entendía claramente lo que habían hablado. Has de saber, Eben, que aquellas mujeres tan distinguidas eran pura y simplemente unas farsantes. La hija concibió la estratagema y se la contó a su madre en francés. Y cuando surgió la cuestión de los rehenes, la madre dijo: «Pídele a Dios que se queden con Harry, así nos lo quitamos de encima limpiamente y sin perder un penique». Y la valerosa respuesta de la doncella fue la siguiente: «Es seguro que nos escogerán a ti o a mí para holgar, a menos que los convenzamos de que Harry es valioso». «Puaf» exclamó la madre. «¡Ese bestia no vale ni una *boucmerde!*», palabra que quiere decir excremento de cabrito. A lo cual la doncella respondió que sus sentimientos eran exactamente los mismos y que su único recurso era ofrecerse ellas e implorar que lo liberaran a él, confiando en la credulidad de la tripulación.

»Al principio no mordían los hombres el cebo, hasta que yo les pregunté a las damas de dónde venía tanta devoción, teniendo en cuenta que se trataba de un bruto y un cobarde que no había dado ninguna muestra de inquietud por ellas, limitándose a balbucir, implorando sólo por sí. A lo cual la doncella replicó que si bien era verdad que ellas no le importaban nada y que prefería quedarse sin las dos antes que perder diez coronas, ellas, sin embargo, lo adoraban, como mujeres infelices que eran, y preferían perecer antes que verlo sufrir el menor daño. El marido se quedó tan atónito al oír aquel discurso que al principio no acertó a hablar, por causa de la rabia y el terror, y antes de que hubiera recobrado el dominio de sí, yo manifesté que evidentemente no se le podía mandar a tierra, sino que debíamos mantenerlo como rehén y enviar a las damas a por el rescate, puesto que la devoción que le profesaban era garantía de que regresarían. Los hombres se mostraban sumamente reacios a dejarlas en libertad, pero el capitán Pound comprendió que mi argumento tenía peso y ordenó que así se hiciera. Al marido lo mandaron a la sentina cargado de cadenas; las damas cogieron ropas nuevas de sus arcones y los piratas aprestaron un bote para llevarlas a tierra; pero antes de irme hablé en secreto con el capitán y le imploré que me mandara con ellas para garantizar su regreso, dado que yo conocía su lengua y los demás no, por lo que estaría sobre aviso en caso de traición. Se mostró reacio a dejarme ir, mas al cabo logré convencerlo y partí con las damas, remando en la

chalupa. El plan consistía en que Pound se pasara unas semanas pirateando para luego regresar a los Cabos, donde yo me reuniría nuevamente con él a fines de setiembre. Además, para acallar las sospechas de la tripulación y la envidia que despertaba en ellos mi suerte, les dije en un aparte a mis compañeros que me ocuparía de que las mujeres trajeran personalmente el rescate a bordo, lo cual asegurado, ellos podrían holgar hasta que se descoyuntara la regala.

—¡Henry! —exclamó Ebenezer—. ¡No puede ser que...!

—Aguarda —interrumpió Burlingame— a que concluya el relato. Nos desembarcaron cerca de Accomac, cerca de la orilla oriental de Virginia, desde donde debíamos iniciar viaje al lugar de residencia de las damas. Era de noche cuando desembarcamos, pues temíamos ser descubiertos, y decidimos no ir más lejos hasta el amanecer, y en cambio encender en la playa una hoguera, para darnos calor. Cuando vimos que los piratas largaban velas y se ponían en camino, a la luz de la luna, las dos mujeres se echaron a llorar de pura alegría, y la madre dijo en francés: «Dios te bendiga, Henrietta; gracias a ti nos hemos librado de los piratas y de tu padre de un solo golpe». La muchacha respondió: «Más bien gracias a nuestro acompañante, que es tan portentosamente necio como para creerse mis mentiras». «La verdad», dijo la madre, «¿quién iba a pensar que bajo una piel tan hermosa haya alguien tan lerdo?». Dicho aquello, riéronse de su audacia, no soñando ni por asomo que yo comprendía cada una de sus palabras, y para llevar el juego aún más lejos, la hija dijo: «Sí, la verdad es que es un buen mozo, madre; ni tú ni yo hemos pasado jamás una noche con alguien así». «Ni la pasaríamos», dijo la otra, «si no nos hubiéramos quitado de encima a Harry. Debo reconocer que si éste hubiera sido el único en proferir la amenaza, le habría dejado que me violara y así nos ahorrábamos el dinero. Aunque no hubiera querido que te tocara a ti». «Ta, ta» replicó la hija, «no pienses que tengo intención de perder ni un penique: enseguida se quedará dormido este bribón tan apuesto, y nosotras, o bien huimos o bien acabamos con él. Y en cuanto a mi himen, es como el tapón de una botella de champán: hay que hacerlo saltar antes de empezar a pasárselo bien». Y mirándome a los ojos, dijo, burlándose: «¿Tú qué dices, muchacho: *veux tu être mon tire-bouchon? Eh? Veux-tu me vriller avant que je te tue?*»^[19].

—No conozco la lengua —dijo Ebenezer—, pero por el sonido, parece distar mucho de ser algo casto.

—Es una vergüenza que no la hayas aprendido —le recriminó Burlingame—. Es una lengua maravillosa para cortejar. No puedo expresar lo atractivo que resultaba oír aquellas obscenidades dichas en un tono tan dulce. «*Point çonne-tu mon petit liège...*»^[20]. ¡A fe mía que aún lo oigo, sudo y me estremezco! No vi necesidad de llevar más lejos el engaño, de modo que contesté en un impecable francés de París: «Será un honor, mademoiselle et madame, y no es preciso que me maten luego,

porque la alegría que vuestras mercedes sienten al librarse de esos bandidos no es mayor que la que siento yo». Casi se mueren de asombro y vergüenza cuando me oyeron, sobre todo la hija; pero cuando pasé a explicarles cómo había acabado entre piratas, y qué era lo que yo buscaba, enseguida se mostraron apaciguadas..., mejor dicho, cordiales, incluso más que cordiales. Apenas podían dejar de manifestar su gratitud, y cuando vieron que el gato estaba fuera del saco, nos pasamos la noche refocilándonos por la arena.

—Es un cuento hermoso, bien que no virtuoso —dijo Ebenezer—. ¿Pero no supiste más de ese Burlingame por cuya causa habías salvado la vida de las damas?

—Sí —dijo Burlingame—. Aquella misma noche les pregunté si era mera invención. Y la hija contestó que no había nada de invención, que su padre era un grandísimo farsante a la hora de darse aires distinguidos, y aunque en realidad era bastardo, se preocupaba mucho por la gloria de su linaje y se pasaba la vida corriendo de un lado para otro buscando archivos antiguos, los cuales su hija tenía que examinar a fin de dar con el nombre de la familia. Ésa era precisamente la razón por la cual habían viajado a Jamestown, donde, entre numerosos papeles cubiertos de moho, la muchacha había hallado lo que al parecer eran unas páginas de un diario escrito por un tal Henry Burlingame. No obstante, al ver que no se hacía mención a su familia, sólo lo leyó por encima y lo único que recordaba es que se hablaba de cierta travesía marítima, que los viajeros habían zarpado de Jamestown, que el capitán Smith estaba al mando de la expedición y que parecía existir cierto resquemor entre este último y el autor del diario. Ni había seguido leyendo ni recordaba otra cosa. No tardé mucho en sentirme saciado de amor —y es que a los treinta y cinco no hay mucho vigor para esos menesteres— y me quedé dormido junto al fuego. Cuando por la mañana me despertó el sol, vi que las mujeres se habían ido y desde entonces jamás las volví a ver. Fue la delicadeza, creo, lo que les hizo irse antes de que yo me despertara —tantas veces sucede que una acción por la noche semeja hallarse envuelta en un amable perfume y desprende hedor cuando la vemos a la luz del sol—. Y lo que es más, la reputación de aquellas damas estaba a salvo, pues en ningún momento, desde que diéramos alcance a su nave, habían revelado su gracia ni habían dicho más acerca del lugar donde vivían, salvo que se hallaba en la costa de Maryland.

—¿Y tú de allí fuiste a Jamestown?

—No, al condado de Arundel, para ver al capitán Hill. Estaba sobre ascuas por saber si Coode le había causado algún daño y además no tenía encima ni un céntimo para comer. Mis planes eran trabajar un tiempo para Hill y luego proseguir mi búsqueda, pues tengo que reconocer que la política local no me era indiferente y hubiera dado la bienvenida a una misión como aquélla de la cual volvía.

—Eres un glotón en tratándose de aventuras —dijo Ebenezer.

—Puede que lo sea, o mejor dicho, puede que sea un glotón en tratándose del ancho mundo, del cual nunca me parece bastante lo que veo ni lo que de él aprendo.

—¡A buen seguro que el capitán Hill se alegró y se sorprendió de verte!

—Así fue, en efecto, pues nada sabía de mí desde la rebelión de Leisler en Nueva York, y temía que hubiera muerto. Dijo que se hallaba en una situación sumamente peligrosa, pues Coode y sus hombres asolaban a diario las propiedades de sus enemigos, y si había condonado la suya era por capricho o porque no estaba seguro de la influencia que pudiera tener Hill en Londres. Coode tenía la fatuidad de autodenominarse Masaniello, como el rebelde de Nápoles; el coronel Henry Jowles, del condado de Calvert, su lugarteniente, representaba el papel del conde Scamburg; el coronel Ninia Beale, el del conde de Argyle, y Kenelm Cheseldyne, portavoz de la Asamblea, era el portavoz Williams. Mientras de tal guisa se entretenían reproduciendo teatralmente la corte, al tiempo que se dedicaban al fanfarroneo y al pillaje en Saint Mary, yo me pasé el invierno poniendo orden en las propiedades de Hill. Siempre que era de provecho, efectuaba excursiones por la provincia, al objeto de fomentar la oposición existente en los diversos condados, y en primavera, cuando se enteró, Coode resolvió acabar con nosotros. Nos acusó falsamente de instigar a la traición y despachó a no menos de cuarenta hombres con el fin de que nos aniquilaran. Aduñaronse de la nave Esperanza, en la que el capitán se había gastado setecientas libras, aprestándola para una travesía del océano, y saqueó la propiedad; nosotros nos dimos por satisfechos con poder escapar al monte, salvando la vida.

»Al principio acudí a varios capitanes de barco, amigos de Hill y enemigos del coronel Coode.

—¡*Coronel!* —interrumpió Ebenezer—. ¡Yo creía que era cura!

—Cada hombre es lo que elige llamarse a sí mismo —repuso Burlingame—. Coode no reconoce ninguna autoridad, salvo la suya, y se ha rebelado a la vez contra Dios y contra el hombre. En todo caso, me enteré por dichos capitanes de que Francis Nicholson, a quien Leisler había depuesto dada su condición de jacobita, era entonces vicegobernador de Virginia (lo que es lo mismo que decir que era la primera autoridad, puesto que el gobernador vive en Inglaterra), y ello por orden del mismo rey Guillermo. Al parecer, al rey poco se le da lo que digan de un hombre sus enemigos, siempre que cumpla bien su cometido, y la verdad es que el bueno de Nick, pese a todos sus defectos, como gobernador es el mismísimo diablo. Aquellas noticias me regalaron los oídos, pues Nicholson era precisamente el mejor protector que podíamos tener, y a Jamestown era precisamente donde yo quería ir. Les pedí a los amigos de Hill que despacharan misivas a Nicholson, describiendo la barbarie de Coode y pidiendo asilo para el capitán y los suyos, así que antes de finales de junio estábamos en Jamestown. Masaniello y su cuadrilla imploraron primero y amenazaron después a Nicholson, pidiéndole que nos echara el guante, pero maldito

el caso que aquél les hizo. Virginia tiene algo que es tanto una virtud como un defecto; los fugitivos de Maryland siempre hallan cobijo en aquella región.

—¿Pero tú hallaste el precioso diario que buscabas? —preguntó Ebenezer—. ¿O era una sarta de embustes todo lo que te contó la mozuela en la playa? Te suplico que no me tengas más tiempo sobre ascuas: ¡He de saber si semejante odisea dio fruto!

Burlingame se rio.

—No tengas tantas prisas por llegar al final, Eben; así se altera el ritmo de la narración y las figuras se entremezclan. ¿Y se puede saber cuándo se ha visto que una odisea dé frutos?

—¡Deja de burlarte! —exclamó Ebenezer.

—Muy bien, señor Laureado: sí que llegó a mis manos el diario, lo que quedaba del mismo; lo que es más, hice una copia, fiel a la letra, excepción hecha de un par de fragmentos tediosos, que resumí. Aquí lo llevo, en la casaca, y por la mañana podrás leerlo. Ahora baste decir que tengo la convicción de que se trata del genuino *Diario íntimo de sir Henry Burlingame*, pero con respecto a si es antepasado mío, sigo careciendo de pruebas.

—A fe mía que me alegra que lo hayas encontrado, y mira que me cuesta esperar a que amanezca. Menos mal que la historia aún no ha concluido, de lo contrario, mal asunto sería ir pasando las horas. ¿Qué portento te aconteció a continuación?

—No más por esta noche —dijo Burlingame—. Por aquí es más suave la carretera y queda poca velada. El resto del cuento puede aguardar hasta Plymouth.

Dicho aquello, no quiso prestar oídos a las protestas de Ebenezer y, estirando las piernas lo mejor que pudo, se puso a dormir inmediatamente. El poeta, sin embargo, fue menos afortunado: por más que lo intentó, no logró siquiera mantener los ojos cerrados, no digamos ya conciliar el sueño, pese a que le palpitaba la cabeza por causa del cansancio. Una vez más, tenía la mente rebosante de nombres, nombres que había oído primero mencionar a Baltimore y que ahora se encarnaban en la narración de Burlingame. Por su fantasía se paseaban personajes dotados de una energía y determinación fabulosas..., el primero de ellos, su amigo y tutor.

6. EL RELATO DE BURLINGAME VA AÚN MÁS LEJOS; EL LAUREADO LEE *EL DIARIO ÍNTIMO DE SIR HENRY BURLINGAME* Y DISERTA SOBRE LA NATURALEZA DE LA INOCENCIA

Cuando, después del amanecer, los viajeros se detuvieron para efectuar la colación matutina en Yeovil, Ebenezer pidió inmediatamente ver los documentos de los que había hablado Burlingame, pero su tutor se negó a oír hablar de ello hasta después de comer. Entonces, estando el sol alto y luciendo con fuerza, salieron al exterior para fumar y estirar las piernas. Burlingame extrajo del bolsillo de la casaca unos cuantos papeles doblados. En la parte superior de la primera hoja el poeta leyó: *Diario íntimo de sir Henry Burlingame*.

—Debería aclarar que el título es mío —dijo Burlingame—. Como puedes ver, el diario es un fragmento, pero el viaje que describe se halla registrado en la *Historia General* de John Smith^[21]. Tuvo lugar en enero de 1607, el primer invierno de la colonia. Remontaron el río Chickahominy en busca de la ciudad de Powhatan, emperador de los indios. Por aquel entonces había mucho resentimiento contra el capitán Smith en Jamestown: algunos estaban alarmados por sus maquinaciones encaminadas a derrocar al presidente Wingfield y al presidente Ratcliffe; otros le acusaban de burlarse de las instrucciones de la Compañía de Londres, pues dedicaba poco tiempo a buscar oro o a dar con un paso que permitiera trasvasar aguas a la zona oriental del territorio; otros simplemente tenían hambre y pensaban que Smith posibilitaría el comercio con Powhatan. Evidentemente, el viaje por el Chickahominy era una idea feliz, pues prometía dar solución a todos aquellos problemas: en primer lugar el capitán se retiraría durante algún tiempo de la política, y había quienes afirmaban que el curso del Chickahominy discurría de oeste a este; sea como fuere, casi se tenía la certidumbre de que la ciudad del emperador no se hallaba a muchas millas de distancia, río arriba. Smith refiere en su *Historia* cómo fue hecho prisionero por uno de los lugartenientes de Powhatan, llamado Opecanough, y cómo escapó de la muerte por medio de unos trucos mágicos efectuados con su brújula. A continuación, jura que lo llevaron a él solo a presencia de Powhatan, el cual lo condenó a muerte; se salvó merced a la intercesión de la hija del emperador. La versión que hace de estos hechos la tengo escrita bajo el epígrafe titular.

Ebenezer leyó la siguiente inscripción:

En hallándose ellos con las garrotas prestas, con ánimo de abrille la cabeza al prisionero, Pocahontas, la hija más querida del rey, cuando de nada servía ya súplica ninguna, cogiéndole la cabeza, protegióselo con los brazos y puso la suya propia por cima de la dél, a fin de salvarle de la muerte, ante lo qual el emperador dióse por satisfecho con que el prisionero siguiera con vida, aderezando para sí hachas y para su hija, campanillas, abalorios y objetos de cobre, pues pensaron que el prisionero, al igual que ellos, sería diestro en cualquier suerte de

ocupación.

—¡A fe mía que es un rescate prodigioso! —dijo Ebenezer.

—He ahí un romance maravilloso —corrigió Burlingame—, pues lo sustancioso del diario consiste en que el tal Burlingame fue testigo de todo el proceso, que a fin de cuentas no fue tan portentosamente heroico. No diré más, sino que te dejaré leyendo el fragmento sin mayor dilación.

Y diciendo así, Burlingame pasó al interior de la posada y Ebenezer, tras hallar un banco al sol, se puso cómodo y leyó el diario, donde halló lo que sigue:

Diario íntimo de sir Henry Burlingame

Yo... había puesto sobre aviso [a Smith] en diversas ocasiones diciéndole que en nuestro guía, un salvaje vil, capaz de hurtalle a cualquiera la bolsa en menos de lo que se tarda en abrir y cerrar los ojos, no se podía confiar de ninguna manera, pues a buen seguro que estaba a sueldo del emperador [Powhatan]. Mas él rehusaba prestalle oídos a tal, y cuando, menguada la hondura del río, de modo que no podíanse utilizar nuestras embarcaciones, aquel mismo salvaje propuso proseguir a pie hasta la ciudad del emperador, la qual, según él, hallábase muy próxima, nuestro capitán convino al punto en ello, pese al hecho, por mí señalado, de que los bosques eran espesos como selva, e bien pudiera ser que nos cayeran encima salvajes hostiles. El capitán hizo sus comentarios de costumbre, los cuales hace siempre que alguien pone de relieve su mentecatez e ignorancia, a saber: que yo era un cobarde y un parásito, con los redaños de un tierno infante, y puede que un eunuco por añadidura. Este último era para él el mayor de los insultos que podía proferir, pues sentíase desmedidamente orgulloso de su virilidad. Era en verdad nuestro capitán tan devoto de Venus que raras eran las veces que no presumía abiertamente y en los términos más procaces de sus conquistas e fazañas amorosas por todo el continente, así como de las que efectuó entre los moros, turcos y africanos. Imagina ser maestro en las artes venéreas y hace gala de haber conocido carnalmente toda suerte de mujeres que hay en la Tierra, en todas las posiciones del Aretino. Además de lo cual reconoce estar en posesión de una descomunal colección de objetos de orden erótico, los cuales ha ido reuniendo a lo largo de sus viajes, objetos que nos muestra en secreto a algunos de nosotros, dándose aires de *connoisseur*. Pronto volveré sobre esto, pero quisiera antes dexas constancia de que a juzgar por la preocupación que nuestro capitán sentía por aquellas cosas, las cuales en buena medida representaban vicios naturales y antinaturales, no me sorprendería ni un ápice que sus gustos fueran de una amplitud mayor que los del libertino común...

[Aquí el autor describe cómo desembarcó la partida, la cual, conducida por un guía traidor, cae en manos de los indios].

Así pues, en cayendo sobre nosotros los salvajes, tal y como habíanlo vaticinado hombres más juiciosos que nuestro capitán, hicimosles frente lo mejor que pudimos, con escasa fortuna, pues hallábase cerca su acuartelamiento y teníamos a los atacantes virtualmente encima de nuestras cabezas. Nuestro capitán, a su vez, sirvióse sagazmente del guía Ganelon, poniéndolo delante de sí a modo de escudo, retirándose luego con gran premura, al tiempo que nos exhortaba a que lucháramos como hombres. Felizmente tropezole el pie en una raíz de ciprés, y cayó de espaldas sobre el barro helado. Los salvajes, que para entonces habiánnos ya apresado, saltaron sobre él e mantuvieronlo de espaldas, inmovilizado, y cuando nosotros les diximos, en respuesta a su demanda, quién era nuestro cabecilla, que era él, entonces el cacique Opecanough y varios de sus lugartenientes regocijaronse abiertamente para sí y disimuladamente cara a nosotros, tras lo qual fizieron aguas sobre el capitán, guardando turno conforme el orden jerárquico.

[Los prisioneros, los cuales alcanzaban un total de cinco, son llevados hasta un claro, donde son atados uno a uno aun árbol de caucho, y aflechados luego, hasta no quedar ninguno salvo Smith y Burlingame].

Preguntáronle [a Smith] si tenía más [naipes], aprovechando él la circunstancia para sacar del bolsillo una brújula pequeña, cuya maravilla (pues para vergüenza mía yo la..., dirigiéndose entonces a mi capitán, hicieron además de ir a cogelle, para hacerle correr la misma suerte que habían padecido los otros. Hidalgo hasta el fin [Smith]... sugirió modestamente que yo le precediera. Dicho sea que en asuntos de este jaez mi generosidad está a la altura de la de cualquiera y, de haber sido menester, hubiera declinado firmemente el ofrescimiento de mi capitán. Empero, Opecanough hizo caso omiso, y cogiendo él mismo al capitán del brazo, arrastrolo hacia el árbol ensangrentado. En aquel preciso instante, el capitán (el cual me confesó más tarde que estaba buscando su amuleto africano de la suerte) extrajo de su jubón un paquete de naipes coloreados, los cuales dexó caer al suelo con fingida inocencia. Los salvages al punto alborotáronse, subiéndose los unos encima de los otros, pugnando por ver quién se apoderaba del mayor número de naipes. Al examinallos descubrieron que los naipes eran estampas, vivamente coloreadas, de damas y caballeros en pelota viva, los cuales participaban de consuno en actos amorosos de diversa índole. Formando grupos de dos, tres, cuatro y hasta cinco, veíase a tales personas ejecutando actos licenciosos, para llevar a cabo los cuales en la vida real sería menester, además de una lascivia fuera de lo común, una imaginación desbordante y no poco talento para la gimnasia.

Cabe imaginar las voces e alaridos de regocijo con que los salvages recibieron aquellas obras de arte pornográfico, dado que los mismos son una raza degenerada, que poco se lleva con las bestias, y como tales comparten con los hombres blancos del mismo cuño un amor por todo lo que es sucio y salaz. Al menos los primeros tenían a su favor el hecho de que jamás habían visto mujer blanca vestida, no digamos ya, desnuda, y menos aún, entregada a tan anticuadas acciones como las que ahora éranles reveladas. Reíanse y gritaban y se arrebatában los naipes los unos a los otros, al objeto de vellos todos.

Preguntáronle [a Smith] si tenía más [naipes], aprovechando él la circunstancia para sacar del bolsillo una brújula pequeña, cuya maravilla (pues para vergüenza mía yo la había visto ya) consistía en que no sólo indicaba los cuatro puntos cardinales, prodigio que de por sí, parecíame, hubiera bastado para asombrar a los salvages..., sino que también tenía unas pinturas minúsculas, representadas sobre unos vidrios pequeños que en el interior se hallaban montados, cuyas pinturas impresionaban el ojo del que por unas mirillas laterales las avizoraba con unas escenas semejantes a las de los naipes, sino que más reales, pues el diabólico creador del artefacto tenía la habilidad de conferir a las escenas impresión de profundidad, de modo que se tenía la noción (grata a los degenerados) de que se estaba mirando por una cerradura, viendo a los caballeros portarse como garañones y a las damas, como yeguas en celo.

No obstante, era absolutamente necesario sostener aquel artilugio reprobable de una cierta manera, de modo que las lentes captaran la luz del sol en un ángulo adecuado. Siendo así que los salvages, en especial Opecanough, eran totalmente incapaces de dominar una treta tan sencilla, hacía preciso preservar la vida del bellaco de mi capitán, presumiblemente a fin de que se ocupara siempre de manipular el artilugio, cual si de un charlatán de feria se tratara. Tan alterados estaban los salvages con tanto tesoro que, pese a lo que yo tomé por sugerencias que les hacía el capitán, dando a entender que él era la única persona que hacía falta para hacer que la brújula obrara milagros, los salvages nos llevaron a los dos hasta la ciudad de Opecanough, la cual hallábase situada, según nos dijeron, muy próxima a la ciudad del emperador..., olvidándose por completo, en su deleite vicioso, de llenarme el estómago de flechas...

[Ambos son llevados a la ciudad de Opecanough y de allí a la ciudad de Powhatan, y por fin, a presencia del emperador mismo].

[Dicha perspectiva] parecía agrandar sobremanera a mi capitán, pues de otra cosa no hablaba cuando se dignaba dirigirme la palabra sino del plan que había ingeniado para ganar, de la manera más eficaz posible, el favor del emperador tan pronto como lo llevaran a presencia de dicha dignidad. Yo... advertile, más, lo reconozco, por salvar mi propio pellejo, que me importaba perder, que por salvar el suyo, pues seguíamos siendo, conforme lo veía yo, meros prisioneros, y no emisarios del rey, y en tanto que tales, por lo que a mí respectaba, conformábame con salir del encuentro que nos aguardaba con la cabeza aún sosteniéndose sobre los hombros y el vientre libre de flechas, y no tener que volver a preocuparme por los favores imperiales ni por los mercantiles trueques. Mi capitán me obsequió con sus necios insultos de costumbre a modo de respuesta...

Cuando nos conducían a la morada del tal Powhatan mis temores se multiplicaron, pues juro que era el individuo de peor catadura que espero encontrarme jamás. Parecía frisar los sesenta años de edad; su carne atezada estaba tan reseca e cubierta de arrugas como la piel de una manzana que hubiera estado expuesta

demasiado tiempo al sol, y la expresión de su rostro era tan agria como el sabor que una manzana de tales características puede dejar en la lengua. No vi en aquel rostro ningún signo favorable... Más que ninguna otra cosa me desalentaron sus ojos pues, pese a que encerraban una cierta dureza, cual pedernal viejo, su rasgo más sobresaliente, pareciome, era una lujuria añosa, como la que se puede advertir en las miradas de los degenerados y otras personas disolutas cuando alcanzan una edad avanzada. Mi capitán, podría decir yo, empezaba a tener aquella suerte de mirada, y a mí me era grato pensar que cuando llegara a los sesenta se parecería bastante al tal Powhatan.

Otrosí los que rodeaban al emperador corroboraron mi juicio: además del cuerpo de guardia, había un buen número de hembras salvages por la estancia, vestidas con el traje de Eva: tan sólo un retazo de piel de animal, con el cual cubrían la parte que la madre de todos los hombres solía ocultar con una hoja. Esta le llevaba a su señor un poco de tabaco, estotra se inclinaba sobre él para encenderle la pipa con un tizón, aquélla le frotaba la espalda con grasa de oso o algún otro cocimiento igualmente hediondo..., y a todas y cada una de ellas él les daba a modo de recompensa un pellizco donoso o alguna otra lindeza semejante, cosas que, a su avanzada edad, no debieran ser para él sino gratos recuerdos. Aquel trato lo aceptaban las mancebas sin quejarse..., incluso parecían codiciar las atenciones del viejo sátiro, y cumplían aquellas obligaciones simples con la mayor voluptuosidad posible, como si quisieran incitar a su rey a cometer actos más propios de un hombre de mi edad que de un viejo achacoso como era él... Mi capitán observaba a aquellas doncellas con un interés excepcional y yo advertí en su mirada más atención de la que se precisaba simplemente para trasladar aquella escena a las páginas de su estridente historia. En cuanto a mí, hallábame demasiado ocupado tratando de no soltar las aguas, asunto que es tarea suficiente en tan temible trance como para reparar en los encantos que aquellas mujerzuelas paganas mostraban al emperador o en el comportamiento lascivo con que éste las respondía...

... debo ahora mencionar que Powhatan hallábase sentado en una suerte de catre elevado y que delante dél, sentada en el suelo, había una joven salvage, en verdad, lozana, tal vez de dieciséis años de edad, y a la cual, dada la riqueza de su atavío, así como la deferencia con que los demás salvajes la trataban, yo tomé por la reyna. A lo largo del banquete que tuvo lugar tras nuestra entrada en la mansión, aquella damisela apenas nos quitó los ojos de encima, e maguer, a diferencia de mi capitán, no soy hombre dado a la insensatez, en enfrentándome a los alicientes del bello sexo, no puedo sino decir con verdad que lo que encerraba aquella mirada excedía a la mera curiosidad que cabe sentir cuando se contempla a unos hombres de tez clara. Powhatan, creo yo, reparó en ello, pues su semblante íbase agriando a medida que avanzaba el banqueta. Por tal razón evité tenazmente la mirada de la reyna, con ánimo de no empeorar nuestra situación. A su vez, mi capitán... correspondía a sus miradas amorosas lanzándole otras de intención tan inequívoca que, de haber sido yo el emperador hubiérale muerto allí mismo. Mi pobre corazón temblaba por la seguridad de mi cabeza...

[Sigue una descripción del festín que se sirvió a los dos prisioneros. Trátase de un banquete pantagruélico, pero el autor es incapaz de alojar un solo bocado en el estómago. Por el contrario, Smith se atiborra cual puerco en matadero].

Mi capitán... resolvió entonces hacer un pequeño discurso que en esencia venía a decir (pues también yo entiendo algo de la jerigonza pagana) que llevaba consigo un presente singular, destinado al emperador, pero que, desdichadamente, hábale sido arrebatado a su persona por el lugarteniente del emperador (aquel mismo Opecanough que había causado anteriormente la muerte de nuestros compañeros). Al punto Powhatan ordenó que Opecanough hiciera acto de presencia, ordenándole entregar el presente, si lo tenía. Pese a que le repugnaba desprenderse del mismo, Opecanough sacó la brújula maligna antes descrita y se la entregó a su caudillo, que luego ordenó azotaran a su lugarteniente por interceptar el obsequio. Aquello era, cierto es, una descomunal injusticia, puesto que Opecanough no tenía conocimiento de que la brújula era para Powhatan, cosa que tampoco sabía mi capitán cuando le hizo entrega a Opecanough de la máquina vil para así salvar el pellejo. No obstante lo cual, sacaron al salvage de la habitación para azotarlo, y yo no veía que el futuro nos reservara nada bueno allí dentro...

Acto seguido, para gran asombro mío, mi capitán empezó a mostrarle a Powhatan los secretos de la brújula, dirigiendo las diminutas lentes de la misma hacia el fuego, a fin de iluminar las desvergonzadas escenas del interior. Yo tenía la certeza de que nuestro fin estaba cerca y me dispuse a morir como conviene a un caballero, ya que ningún hombre, ni siquiera un salvage (el nuestro, por demás, poseía cualidades que habíanlo elevado a la dignidad de príncipe, bien que en nación de paganos ignorantes), puede sentir sino repugnancia ante espectáculos

tales como los que ahora aparecían iluminados ante los ojos del emperador. Por milésima vez maldije a mi capitán por ser tan rematadamente necio.

Sin embargo, en lo tocante a aquel extremo, olvidé la degeneración propia del salvaje, cuya imaginación bestial se deleita indefectiblemente en lo más vil. Lejos de mostrarse ofendido, a Powhatan casi se le quiebran las lúbricas costillas cuando contempló las pinturas en miniatura; dábase palmotadas en las rodillas y le babeaban copiosamente los rugosos labios. Transcurrió mucho tiempo antes de que lograra apartar los ojos de la sucia mirilla, cosa que hizo sólo para volver a clavar, una vez tras otra, en ella la vista, aullando de placer a cada nueva ocasión.

Por fin mi capitán hizo saber que también la reyna debía recibir un obsequio. Al oír aquel pronunciamiento, cerré los ojos y me puse en paz con Dios, pues para entonces ya sabía lo suficiente acerca de los presentes de mi capitán, y previendo los celos del emperador, esperaba sentir en cualquier momento el *tomahawk* en mi cuello. Sin embargo, la reyna parecía de lo más complacida ante la perspectiva. Como hubiera debido prever, mi capitán había reservado para ella el regalo más deslumbrante de todos. Sacó del su bolsillo inagotable una suerte de librito fabricado con hojas de pequeño tamaño que iban sujetas por la parte superior (este milagro habíalo visto yo en Jamestown). En cada hoja había un dibuxo que difería muy levemente de los de la índole que a uno le repugnaría mostrar a su esposa, y a su vez cada dibuxo se diferenciaba muy levemente del contiguo, formando el conjunto una especie de sucesión, de modo y manera que si se cogía aquel libro lujurioso por la parte superior dexando que las páginas pasaran velozmente una tras otra ante la vista, el resultado era que las figuras parecían cobrar vida, pues se movían hacia atrás y hacia adelante, ejecutando aquel sucio comercio.

¡Ay! Quedó claro que la reyna era tan depravada como su consorte. Una y otra vez, tras haber aprendido la virtud del librito, hacía que los actores se pusieran en movimiento, y a cada ocasión reíase estentóreamente de lo que veía...

[Sírvense más viandas, ansí como una suerte de licor indio, cosas ambas con las que Smith se regaló abundantemente. El autor declina el ofrescimiento por las razones denantes expuestas. La reyna ocúpase de atender personalmente a Smith, lavándole las manos e trayendo ramilletes de plumas de pavo silvestre con que secárselas].

Durante el transcurso de este segundo festín logré reunir el valor suficiente para observar a Powhatan, con la esperanza de leer en su rostro el pronóstico de lo que vendría a continuación. Lo que vi no me alivió el ánimo... El emperador no apartaba un momento la vista de la reyna, la qual, a su vez jamás la apartaba de mi capitán, y en su mirada se encerraban toda suerte de promesas indecentes. No se apartaba un instante de su lado, trayéndole esto y llevándole lo otro, exagerando todos sus movimientos, ninguno de los cuales convendría a persona alguna, sino a una vestal de Drury Lane. Mi capitán, fuera por su ignorancia característica o, lo que es más probable, porque persiguiera algún fin enrevesado, respondía a su coquetería con amabilidad. Nada de aquello escapó al emperador que, parecióme, apenas podía detener su glotón yantar para observarlos. Cuando Powhatan convocó a su estrado a tres secuaces de los de peor catadura, todos tiznados de carbón, ungidos de aceite, pintarrajeados, cubiertos de borlas e toda suerte de adornos, e inició con ellos un largo coloquio a base de gruñidos e susurros paganos, cuya intención era inequívoca, de nuevo encomendé el alma a la piedad de Dios, pues en breve iba a encontrarme cara a cara con él. Mi capitán no hizo caso, sino siguió adelante con su juego.

Mis... temores, como pronto quedó demostrado, estaban justificados. El emperador hizo una señal y los tres fornidos salvajes arrojáronse sobre mi capitán. A pesar de sus protestas, que eran asaz estentóreas, alzáronlo hasta el catre de Powhatan, y allí obligáronle a hincarse de hinojos. Los salvajes situáronle la cabeza encima de un par de piedras enormes y le hubieran aplastado los pocos sesos que mi capitán podría afirmar poseer, de no ser porque en aquel preciso instante, para asombro mío, intercedió la reyna. Corriendo hacia el altar, arrojose con todo el cuerpo encima de mi capitán e díxole a Powhatan que antes prefería perder su propia cabeza que ver cómo aplastaban la del captivo. De haber sido yo el emperador, confieso que hubiera ordenado que les dieran muerte a entrambos, ya que una alianza tan clara irremediabilmente y en breve plazo acabaría en adulterio. Pero Powhatan detuvo a sus sicarios; dispersose la concurrencia, excepción hecha del emperador, la reyna, mi capitán y yo mismo (a quien todos parecían haber olvidado, gracias a Dios), y de momento, a lo que parecía seguiría el corazón latiéndome dentro del pecho...

[Siguió] un discurso del emperador, discurso que, según entendí, fue tan insólito como impropio. Concedo que

algo escapóseme, pues Powhatan hablaba con gran rapidez e otrosí masticaba las palabras. Pero el resumen de lo que alcancé a entender es que la reyna no era su reyna en absoluto, ni ninguna de sus concubinas, sino su hija, llamada Pocahontas. Dicho nombre significa, en la lengua de estos salvages, la pequeña o la dotada de pequeñez e impenetrabilidad, y ello, al parescer, no hacía referencia a la estatura de la doncella, bien que de hecho era menuda, ni a su inteligencia, la cual era fácilmente penetrable. Más bien reflejaba, aunque de modo grosero, un singular defecto físico de aquella criatura, a saber: su intimidad era tan exquisita y la membrana que la albergaba tan extraordinariamente resistente que resultaba inexpugnable. Este hecho turbaba sobremanera al emperador, dado que en su nación se practicaba la bárbara costumbre de que cuando una doncella se prometía en matrimonio, el salvage que quería desposalla, necesariamente debía quebrantar primero la membrana antedicha, tras lo qual considerábase al pretendiente hombre digno de su prometida, viniendo a continuación las nupcias. Ahora bien, Powhatan, según nos dixeron, había elegido en diversas ocasiones entre los guerreros de su pueblo a gentes que se casaran con Pocahontas, pero en todos y cada uno de los casos fue preciso renunciar a la ceremonia, en viendo que por más denodadamente que se afanaban, ninguno era capaz de desflorarla, e otrosí habíase dado la circunstancia de que la mayoría habían quedado maltrechos por causa de los esfuerzos; lo propio era causalle daño a la moza, e quanto más, mejor, pues el grado de daño causado era la medida de la virilidad. Siendo así que los salvages tienen por costumbre dar a sus hijas en matrimonio cuando éstas rondan los doce años de edad, considerábase una desgracia que el emperador hubiera una hija de dieciséis años que seguía siendo doncella.

Continuando con aquel discurso, [Powhatan] dixo que puesto que su hija había tenido a bien salvar la vida de mi capitán cuando el gusto del emperador era aplastalle los sesos, ahora el capitán estaba obligado a considerarse prometido de su hija y someterse a aquella misma labor (a saber, intentar traspasar la puerta de la gruta de Venus) como los pretendientes anteriores. Peor..., con aquesta diferencia: que así como cuando los galanes salvages fallaron, su condena limitose a que se vieran cubiertos de oprobio y ridiculizados como ancianas, si mi capitán no resultaba ser mejor, le volverían a poner la cabeza en las piedras a fin de proceder al aporreamiento de sus sesos sin cuartel ni dilación.

Todo aquello oyó Pocahontas con grande júbilo, pese a la naturaleza de lo oído, que hubiera mortificado a una dama inglesa; y también mi capitán aceptó de buen grado (en realidad, no tenía opción). Yo, a mi vez, era contento de la nueva suspensión de mi condena al tajo carnicero, aunque fuera por breve tiempo, ya que no acertaba a ver, puesto que los salvages eran de gran estatura y mi capitán de complexión tan ligera, cómo este último iba a triunfar donde aquéllos fracasaron, a menos que se diera en ambos casos una desproporción portentosa entre el tamaño de lo que era visible y lo que ocultábase a las eventuales miradas. Al parescer dependía mi destino del de mi capitán y por eso deseé buena fortuna, prefiriendo oírle presumir eternamente (lo qual, sin duda alguna, ocurriría tras su éxito) a embadurnar con mis sesos las garrotas de los salvages, que era el destino que me aguardaba tras mi fracaso. El duelo carnal fijose para el amanecer, en una especie de patio público que había ante la casa del emperador y se dio la orden de que toda la población estuviera presente. Conozco que esto sólo hubiera bastado de por sí para aflojar a un hombre normal, incluyéndome a mí, que le rindo adoración a Venus (a mi manera) en la intimidad de los lechos a oscuras; pero mi capitán no parecía estar preocupado ni un ápice, antes bien, daba la impresión de estar deseando hacer el intento en público. Esto yo lo juzgo una medida adecuada de su lascivia, pues siendo así que cuando se fuerza a un caballero a efectuar un acto abominable en contra de su voluntad, trata de zanjarlo con la mayor rapidez y el menor eco posibles, por el contrario, los disolutos e los locos airean ruidosamente el asunto, atrayendo las miradas del mundo hacia su locura y licenciosidad, y jamás se sienten más satisfechos que cuando hay una audiencia que presta oídos a su maldad...

[Aquí concluye la parte existente del diario].

—¡Demonios, vaya momento para acabar! —exclamó Ebenezer cuando hubo concluido el manuscrito, apresurándose a ir en busca de Burlingame—. ¿No había más, Henry?

—Ni una sola palabra, lo juro; rastree la ciudad de cabo a rabo buscando el resto.

—Pero, cielos, es preciso saber cómo fue la cosa..., y si ese odioso Smith hizo buenos sus alardes o si tu pobre antepasado perdió la vida.

—Ah, bueno —respondió Burlingame—, eso sí que lo sabemos; los dos se escaparon, pues aquel mismo año Smith siguió explorando la bahía de Chesapeake y

Burlingame al menos redactó este texto. Lo que es más, si yo no soy bastardo, necesariamente se tuvo que procurar esposa en los años sucesivos, ya que aquí no se menciona a ninguna. ¡Dios mío, Eben, no sabes cuántísimo deseo conocer el resto!

—Y yo —se rio Ebenezer—, pues aunque tal vez no fuera poetisa, esta Pocahontas era el doble de virgen que yo.

Para sorpresa de Ebenezer, Burlingame se sonrojó vivamente.

—No es eso lo que quería decir.

—Lo sé muy bien; lo que te preocupa es tu ascendencia. Sin embargo, esto otro no es curiosidad vulgar: la pérdida de la virginidad siempre es aleccionadora y el mundo jamás se cansa de oír el cuento. Y cuanto más dura sea la caída, tanto mejor.

—¿De veras? —Burlingame se rio, recobrando la compostura—. Y dime, te lo ruego, ¿qué lección enseña?

—¡Qué raro, ser yo el maestro y tú el discípulo! —dijo Ebenezer—. Sin embargo, confieso que es un asunto próximo a mi corazón y que requiere no poca atención. Mi conclusión es que la humanidad ve dos moralejas en semejantes cuentos: la pérdida de la inocencia y la pérdida del orgullo. La primera categoría tiene su arquetipo en Adán, la segunda, en Satanás. La primera por sí sola no tiene el aguijón de la tragedia, como lo tiene la segunda: la virgen pura y simple, como Pocahontas, no es ni buena ni mala por tener himen; sólo despierta envidia, como Adán, entre quienes ya han caído, los cuales se regocijan en secreto cuando las ven mancilladas, al igual que los pobres se sonríen cuando ven que le roban a un rico... Incluso aquéllos de entre los caídos que son virtuosos son incapaces de sentir por la víctima algo más que una piedad abstracta. La segunda clase es la esencia misma del drama, pues a menudo el hombre orgulloso despierta nuestra admiración, vivimos sus triunfos por poderes, valga la expresión, y por poderes recibimos una enseñanza y nos vemos limpios cuando tiene lugar la caída. Cuando cubrimos a Satanás de oprobio, ¿no estamos recriminándonos a nosotros mismos, pues lo que sucede es que admiramos en secreto su insurrección celestial?

—Todo eso parece razonable —dijo Burlingame—. De lo cual se sigue que cuando le profesas aborrecimiento al capitán, te estás recriminando a ti mismo de manera pareja, recriminando a la parte de ti que le desea éxito, ¿no es así?

—Sin ningún género de duda —convino Ebenezer—, a condición de que el crítico ya haya caído. Para mí es como si una doncella le hiciera fiestas a su violador, o como si milord Baltimore fuera partidario de John Coode.

—Creo que ninguna de las dos cosas es imposible, pero dejémoslo estar. Ahora me importa decir que tu propia caída, cuando sobrevenga, ha de ser por necesidad gloriosa, puesto que tú eres a la vez inocente y orgulloso.

—¿Y dónde está mi orgullo? —preguntó Ebenezer, claramente desconcertado por la observación de su amigo.

—En tu propia inocencia, que tú elevas por encima de las meras circunstancias, convirtiéndola en una virtud especial. ¡Le profesas una reverencia cristiana, te lo juro!

—Cristiana en un sentido —replicó Ebenezer—, pese a que tus cristianos, excepción hecha de san Pablo, le profesan escasa reverencia a la castidad del varón. Se valora como símbolo, mejor dicho, como doble símbolo, pues se remonta por igual hasta Eva y la Virgen María. En eso estriba su diferencia con respecto a las virtudes cardinales, que a nada hacen referencia fuera de sí mismas: el adulterio es un pecado mortal, proscrito por mandamiento de Dios..., no así la fornicación, creo.

—Entonces es que la virginidad es una virtud secundaria digna de menor admiración que la infidelidad. Creo que ni Tomás Moro negaría eso.

—Pero recuerda —insistió Ebenezer— que he dicho que sólo comparto el sentimiento de los cristianos en un sentido.

Me parece que las virtudes de la humanidad son de dos clases principales...

—Sí, eso se aprende en la escuela —dijo Burlingame, que parecía dispuesto a zanjar el coloquio—. *Instrumentales*, si nos conducen a algún fin, y *terminales*, si las amamos por sí mismas. Es jerga escolástica.

—No —dijo Ebenezer—, no era eso lo que yo quería decir; esos términos, creo yo, poco significan para el cristiano, que, por un lado, tiene la esperanza de llegar al cielo merced a todas las virtudes que practica, y por otro jura que la virtud es una recompensa en sí misma. Lo que yo quería decir es que las distintas virtudes se agrupan en dos clases, que serían las *vacías*, es decir, aquéllas que carecen de lenguaje propio, y las *significativas*. Entre las primeras se cuentan la honestidad de palabra y de obra, la infidelidad al padre y a la madre, la caridad, y otras sucesivamente; la segunda categoría comprende cosas como el comer pescado los viernes, el descanso dominical y el llegar virgen a la tumba o al tálamo, según sea el caso; ninguna de ellas significa nada si se consideran en sí mismas, igual que sucede con los trazos y garabatos que denominamos *escritura* (la virtud de los cuales radica en lo que representan). Ahora bien, en cuanto a la primera clase de virtudes, tanto si ésa es su finalidad como si no, trata cuestiones de comportamiento colectivo, y por ello van dirigidas a los hombres prudentes, sean cristianos o paganos. Las virtudes del segundo grupo poco tienen que ver con la prudencia, pues no son sino meros signos, y varían de una fe a otra. Las primeras son virtudes sociales, las segundas, religiosas; las primeras son pautas para conducirse en la vida, las segundas son fórmulas ceremoniales; las primeras son prácticas, las segundas, misteriosas o poéticas...

—Entiendo el principio —dijo Burlingame.

—En ese caso —aseveró Ebenezer—, de lo anterior se desprende que las virtudes del segundo grupo son más puras, conforme a un patrón, y en tal sentido no son en absoluto inferiores, sino todo lo contrario.

—Diantre, tienes alma de escolástico —dijo Burlingame, molesto—. Yo no veo ninguna pureza en ellas, a menos que se las prive de todo sentido..., en cuyo caso quedan vacías, son un sinsentido.

—Como quieras, Henry..., no tengo intención de discutir en torno al cristianismo, sólo sobre mi virginidad, que si carece de sentido, no por ello se convierte para mí en *sinsentido*, sino en *esencia*. No es más que una señal, como la de los cristianos, eso lo reconozco, pero que no apunta ni al Edén ni a Belén, sino hacia el alma. Valoro mi virginidad no como una virtud, sino como el emblema mismo de mi ser, y cuando me autodenomino poeta y virgen no se encierra en ello mayor presunción que cuando digo que soy inglés y varón. Te ruego que no me reconvengas más por eso. Acabemos con esta conversación que tan poco me place.

—No obstante —dijo Burlingame— será digna de ver tu caída cuando tropieces.

—No tengo intención de caerme.

Burlingame se encogió de hombros.

—¿Qué escalador la tiene? En tu caso es, sencillamente, lo más probable, puesto que viajas como dormido... En eso tu amigo McEvoy no tenía nada de lerdo, aunque carecía de sensibilidad. Con todo y con eso puede que la caída te abra los ojos.

—Pensaba que eras mejor amigo mío, Henry, pero en este asunto eres tan brusco como antaño en Londres cuando me fui con Anna a Saint Giles. ¿Te has olvidado de aquel día en Cambridge, el trance en que me hallaste? ¿O de aquella enfermedad de la que ayer mismo te hablé y de la cual me solían sobrevenir accesos en la taberna? ¿Acaso crees que no me congratularía —prosiguió, cada vez más agitado— ser de verdad un escalador que al tropezar despertara en el prójimo el temor y la piedad? Yo no escalo, sino que me limito a caminar por la carretera, y si me tropezara, jamás me caería de una altura importante, sino que tan sólo dejaría de caminar, o iría a la deriva, como un barco sin rumbo que cualquier corriente arrastra, o puede que, simplemente, fuera como el musgo que cubre la piedra. No veo en una caída así ni espectacularidad ni ejemplaridad.

Burlingame no siguió adelante con el tema y le pidió disculpas a Ebenezer por su brusquedad. Sin embargo, siguió malhumorado, al igual que el poeta, durante varias horas, y de hecho sólo recobraron del todo el buen humor un poco antes de llegar a Plymouth; Burlingame, a instancias de Ebenezer, reanudó el relato de sus aventuras, que había dejado en el punto en que se efectuaba el descubrimiento del diario.

7. CONCLUYE EL RELATO DE BURLINGAME; LOS VIAJEROS LLEGAN A PLYMOUTH

—La parte del *Diario íntimo* que leíste —dijo Burlingame— lejos de enfriar el ardor de mi búsqueda, lo inflamó aún más, como acaso hayas imaginado, porque allí se decía que había un tal Henry Burlingame, y sin embargo, no me aclaraba ni si tuvo descendencia ni si alguno de sus hijos era mi padre. Había fundamento para tener esperanzas y especular; a saber, que el capitán John Smith había zarpado aquel mismo verano con ánimo de explorar la bahía de Chesapeake, en cuyas aguas me encontraron flotando casi un año después. Sin embargo, en ningún lugar de su *Historia* se menciona el nombre de Burlingame, ni tampoco aparece el mismo en la lista de componentes del grupo. Registré los antiguos papeles de la colonia e interrogué a lo largo y ancho de Jamestown, pero no logré averiguar ni una palabra más sobre el asunto. Tuve la audacia de preguntarle al mismo Nicholson si sabía de otros archivos en aquellos territorios. Y él contestó que había estado allí tan poco tiempo que ni siquiera sabía bien dónde estaba el diario de la Asamblea, pero añadió que en las provincias había una escasez de papel lamentable y que no era infrecuente que los empleados del gobierno saquearan los archivos más antiguos buscando documentos en los que sólo se hubiera escrito por el anverso, con el fin de emplear ellos el reverso. Personalmente, él deploraba aquella práctica, pues es un hombre entregado a la causa del estudio, pero dijo que no habría otro remedio en tanto las provincias erigían sus propias factorías de papel.

»Me pareció lo más probable que mi diario hubiera padecido aquel destino, puesto que estaba escrito en papel de buena calidad y el autor sólo había utilizado el anverso. Yo desesperé de descubrir jamás lo que faltaba, y en el otoño de 1690 me fui a Londres con el capitán Hill. Nuestra intención era litigar para que fuera retirada la acusación de sedición verbal que había sido formulada contra él, y de ser posible, acabar con el coronel Coode y sus compañeros. El momento era propicio, pues el propio Coode y Kenelm Chedelsyne, su portavoz, habían zarpado asimismo en dirección a Londres, y sus sicarios no estarían a su lado para defenderlos. Arreglé las cosas de tal modo que algunos enemigos suyos aparecieron por Londres aquel mismo otoño, y di en pensar que si formulábamos un sinfín de acusaciones contra él, podríamos bien labrar su ruina, bien por lo menos detenerlo, en tanto llevábamos más lejos nuestras intrigas. A tal fin viajé en secreto a Maryland antes de hacernos a la mar; mi plan era introducirme a escondidas en la ciudad de Saint Mary y robar los archivos criminales de los tribunales de Coode, o sobornar a alguien para que los robara, ya que no cabía prueba más clara de su corrupción. No obstante, Coode se adelantó a mi plan, como tantas veces sucedía: descubrí que Cheseldyne y él se habían llevado los archivos consigo.

»En todo caso pusimos en marcha nuestro plan. Nada más tocar puerto en Londres, en el mes de noviembre, los lores comisionados para el comercio y las plantaciones citaron a Coode para que tuviera una confrontación con lord Baltimore en presencia de ellos, a fin de responder a las acusaciones que el dignatario tenía que hacerle. Al mismo tiempo, el coronel Henry Coursey, del condado de Kent, formuló denuncia contra Coode y Cheseldyne, y otro tanto hicieron John Lillingstone, el rector de la parroquia de san Pablo, en el condado de Talbot, y otras diez personas, todos protestantes conocidos, puesto que el principal argumento de Coode para defender su rebelión era que tenía por fin acabar con los bárbaros de los papistas. Finalmente, Hill formuló su propia denuncia, y hasta nuestro amigo el capitán Burford, que estaba al mando del buque *Abraham* y *Francisco* y que nos había ayudado en la fuga de Nicholson y en cuyo barco habían efectuado aquellos canallas recientemente la travesía del Atlántico, declaró en Plymouth que Coode, en presencia suya, había maldecido a lord Baltimore y jurado gastarse los fondos desfalcados en la provincia.

»Durante algún tiempo pareció que le habíamos asestado el golpe definitivo, pero Coode es un maldito demonio lleno de recursos y tenía un escudo perfecto para defenderse de nuestros asaltos. El año anterior, justamente antes de la rebelión, habían matado a tiros a un individuo llamado John Payne, recaudador de Su Majestad en las aduanas del río Patuxent, hecho que tuvo lugar a bordo o en las proximidades de un balandro de placer que pertenecía al mayor Nicholas Sewall, y Coode había urdido una acusación de asesinato con premeditación contra Sewall y otras cuatro personas que se encontraban a bordo del balandro. Nick Sewall era gobernador en funciones de Maryland antes de la rebelión, pero hay algo más importante que eso: es sobrino de Charles Calvert, que es hijo nada menos que de la mismísima lady Baltimore. Los rebeldes lo tomaron como rehén en Saint Mary y podían entregarlo en cualquier momento a los tribunales de Nehemiah Blackistone, que es compinche de Coode y lo mandaría a la horca sin dudarle. Así que nos encontramos con las manos atadas y con nuestro plan desbaratado, tanto más por cuanto que no disponíamos de los archivos criminales para utilizarlos como prueba. Los lores comisionados soltaron al capitán Hill en diciembre, así como al coronel Henry Darnall, agente de lord Baltimore, que había sido acusado de traición verbal y de incitar a los indios chopticos a asesinar protestantes en la costa este; pero a Coode no lo pudieron tocar, o puede que no quisieran hacerlo, a petición de lord Baltimore.

»No vi que el capitán Hill pudiera seguir siéndome de utilidad; él era libre de volver a la ensenada del Severn y además había perdido el gusto por la política. Pero mi interés por John Coode casi había desplazado la búsqueda a la que me venía dedicando, y que parecía un callejón sin salida. Coode me intrigaba por su astucia y por su audacia, por sus papeles alternantes como ministro protestante y sacerdote

católico, y por encima de todo, porque no parecía ambicionar cargos, hasta el punto de que el único puesto que tenía era en la milicia del condado de Saint Mary; se dedicaba al saqueo más por diversión que por avaricia y estaba dispuesto a ponerlo todo en peligro con el fin de hacer una jugada inteligente. Aquel sujeto amaba la intriga por la intriga, te lo juro, y era capaz de derrocar a un gobierno por gusto. Por fin me hice la promesa de poner mi ingenio a la altura del suyo y con tal fin le ofrecí a lord Baltimore mis servicios, que consistirían en ser una especie de agente independiente en la cuestión de Maryland. Los lores comisionados para el comercio y las plantaciones estaban en esta ocasión amablemente dispuestos a favor de Baltimore, pues sabían perfectamente bien que John Coode era un canalla y que el rey Guillermo no tenía más derecho que tú o que yo a adueñarse de la provincia. Por lo tanto, cuando llegó la hora de nombrar un gobernador real, dejaron que milord interviniera en la selección, y él escogió al grandísimo cretino de sir Lionel Copley, que era incapaz de diferenciar a un santo de un granuja. Por aquel entonces me había llegado el rumor de que el gobernador prestaba oídos en secreto a lo que Coode tuviera a bien decirle, y por pura lástima el segundo le había dicho al primero que Francis Nicholson, de Virginia, se estaba preparando para ocupar su puesto, antes incluso de que Copley hubiera partido de Londres. Estoy seguro de que aquello lo dijo meramente para provocar roces entre los gobernadores, puesto que Coode no apreciaba a Nicholson y quería que en Maryland el poder ejecutivo fuera débil, para así tener él libres las manos. Su estrategia me inspiró la mía, que consistía en sugerir a Baltimore que efectivamente nombrara a Nicholson vicegobernador de Maryland, pues se decía que a él lo iba a reemplazar en Jamestown nada menos que el mismísimo sir Edmund Andros; y luego deberían nombrar a Andros comendador de la provincia, con potestad para hacerse cargo del mando en el caso de que Nicholson muriera y Copley se ausentara. Era un plan fantasioso, dado que a Nicholson le caía mal Andros y Coode los aborrecía a todos. Mi objetivo era malquistarlos de tal modo que su gobierno resultara una farsa, al objeto de que tal vez algún día el rey Guillermo volviera a entregar las riendas del gobierno a Baltimore.

»Milord aprobó el plan, una vez se lo hube explicado, y viendo luego que yo gozaba de la confianza tanto de Andros como de Nicholson, me dio el puesto que yo quería con una sola condición: que fuera algo confidencial. Nicholson y Andros recibieron el nombramiento en 1692 y en el instante que lo supo Coode, le entró miedo: sabía muy bien que Copley era demasiado lerdo como para darse cuenta de sus malignas intenciones y, caso de que se diera cuenta, demasiado débil como para hacerle daño; a su vez, Andros tendría en Virginia trabajo suficiente como para estar absorbido por el mismo; pero Nicholson no es ni torpe ni débil y sabía bien que Coode era un canalla. A toda prisa le cursó a un agente de Saint Mary instrucciones para que robara el diario de sesiones de la Asamblea de 1691 y lo destruyera, pues

allí estaba escrita la relación completa de su período de gobierno, a disposición de cualquiera. Supe por unos amigos que un tal Benjamin Ricaud se había unido a la flota, y sabiendo que era emisario de Coode, inmediatamente fui en pos de él. Tuve la suerte de que viajara a bordo del *Bailey*, cuyo patrón, Peregrine Browne, del condado de Cecil, era amigo de Hill y de Baltimore, y yo lo conocía bien. Además teníamos allí a unos cuantos hombres nuestros. Browne y yo nos las arreglamos para registrar los efectos de Ricaud e interceptar la carta, de la cual hice entrega a Baltimore.

»Inmediatamente tomé la resolución de embarcarme con destino a Maryland y convencí a Baltimore de que me dejara ir en el mismo barco que Copley. Teníamos un aliado poderoso en el gobierno, sir Thomas Lawrence, que en calidad de secretario de Su Majestad en la provincia, tenía acceso a todos los timbres y papeles. Era mi intención hacerle robar el diario de la Asamblea antes de que lo destruyeran y hacérselo llegar a Nicholson, que a su vez lo traería aquí, a Londres, para nuestro uso. Yo estaba tanto más deseoso de ponerle la mano encima porque en dicho documento parecían fusionarse las dos metas que perseguía por separado: ¡la búsqueda de mi padre y la de los medios para acabar con Coode eran una y la misma búsqueda!

—¿Cómo es eso? —preguntó Ebenezer, que había oído lo que antecede sumido en un asombro mudo—. No entiendo lo que quieres decir ni por asomo.

—La nota que interceptamos —replicó Burlingame—. A primera vista no nos percatamos de su importancia, pues no decía más que esto: «Abington, lo mejor que se puede hacer con una inmundicia como el libro del capitán John Smith es echarla al fuego». Nosotros sabíamos que «Abington» era Andrew Abington, un individuo de Saint Mary a quien Coode había concedido el cargo de recaudador del Patuxent tras el asesinato de John Payne; pero el resto no podíamos comprenderlo. Por fin, sin rodeos, soborné a Ricaud, que era un individuo taimado, el cual nos dijo que «el libro de John Smith» significaba el Diario de sesiones de la Asamblea de 1691, que estaba redactado en el reverso de algún viejo manuscrito. Por lo que yo sabía, bien pudiera ser una redacción a mano de la Historia que yo había leído impresa, pero de todos modos apenas pude contener la alegría al oírlo y recé porque en él se hiciera mención de mi homónimo. Pero no terminaba allí mi buena fortuna, pues la misma nota estaba escrita en un papel muy viejo, no distinto del *Diario íntimo* que hallé en Jamestown, y además supe por Ricaud que Coode había viajado muchas veces a Virginia y que tenía muchos parientes allí, así como que después de la rebelión le había hecho entrega a Cheseldyne y Backistone de una remesa de papeles viejos hurtados en Jamestown para luego ser utilizados en la Asamblea y en el Tribunal de Saint Mary. ¡Bien pudiera ser que el resto del *Diario íntimo* estuviera archivado en algún lugar de Maryland!

»En cuanto llegué a la ciudad de Saint Mary me presenté ante sir Thomas Lawrence y le expuse abiertamente la estrategia de lord Baltimore. Su misión

consistía en robar el Diario de la Asamblea y entregárselo a Nicholson, que inmediatamente encontraría una excusa para visitar Londres. Además, yo tenía la intención de desacreditar al mayor número posible de aliados de Coode, y a tal fin convencí a Lawrence de que procurara corromperlos mediante algún señuelo. El coronel Henry Jowles, por ejemplo, era miembro del Consejo del Gobernador, aparte de coronel de la milicia; le dimos facilidades para que se forrara los bolsillos con ingresos ilegalmente obtenidos merced al cargo de administrador del condado de Calvert. El amigo de Baltimore, Charles Carroll, abogado papista que ejercía en Saint Mary, hizo otro tanto con Nehemiah Blackistone, cuñado del mismo Coode, que era presidente del Consejo y brazo derecho de Copley. El mayor incordio de todos ellos era Edward Randolph, agrimensor real de Su Majestad, quien gustaba de hostigar y difamar al pobre Copley, aparte de que se manifestaba abiertamente partidario del rey Jacobo. Finalmente, los aterrorizamos a todos contándoles historias de que los franceses y los llamados indios desnudos del Canadá estaban preparando una matanza general. En junio, ni un mes después de nuestro desembarco, Copley ya se estaba quejando de Randolph ante los lores comisionados para el Comercio y las Plantaciones; en julio, Lawrence robó el diario, pero Nicholson se lo llevó rápidamente a Londres, sin darme tiempo a que le echara un vistazo. En octubre denunciarnos al coronel Jowles, que fue cesado en sus cargos de coronel, consejero y administrador. En diciembre, Copley presentó nuevas quejas sobre Randolph y les juró a los lores comisionados que a Nicholson lo habían enviado a Londres con el fin de llevar a cabo alguna misión siniestra. Aquella carta nos alegró sobremanera, pues teníamos la intención de utilizarla provechosamente cuando Nicholson fuera gobernador.

»Así fue como hostigamos al pobre Copley, que apenas se enteró de lo que pasaba hasta febrero, cuando los lores comisionados acusaron a Blackistone de soborno. Entonces, demasiado tarde, comprendió nuestro plan y la primavera del año pasado arrestó a Carroll, al mismo sir Thomas, a Edward Randolph y a muchos otros, entre los cuales se encontraba Peter Sayer, de Talbot, el hombre del cual iba yo disfrazado en la librería de Ben Bragg. A sir Thomas lo encarcelaron, al igual que a Carroll, y por añadidura, se inició un proceso contra ellos; a Randolph lo detuvo en la costa oriental de Virginia el *sheriff* del condado de Somerset, pero antes de que Copley pudiera sacarlo de Accomac se lo comunicó a Edmund Andros, que estaba en Williamsburgh y había sido compañero de bebida de Randolph desde los viejos tiempos de Boston, y Andros se lo llevó consigo por su seguridad.

—Aun así, tu causa se vio perjudicada, ¿no es cierto? —preguntó Ebenezer.

—¿Mi causa? —sonrió Burlingame—. ¿No es también la tuya, puesto que trabajamos para el mismo patrón? Digamos más bien que nuestra causa se vio momentáneamente entorpecida; sabíamos muy bien que el bueno de Copley no sería

capaz de retener a aquellos hombres demasiado tiempo, y nosotros necesitábamos que estuvieran fuera de la cárcel, no sólo por comodidad de ellos, sino por miedo de que John Coode pudiera aparecer estando ellos fuera de la escena y ganar terreno con Copley. Resultó que nuestros temores cayeron en vacío porque el gobernador y su esposa murieron en setiembre..., a mí me parece que jamás se aclimataron a Maryland. La muerte de Copley me inspiró un plan prodigioso y malévolo...

—¡Santo cielo, Henry, eres todo un Coode a la hora de intrigar!

—Acuérdate de que dije que lord Baltimore había nombrado a Coode comendador de la provincia, nombramiento que le confería plena autoridad en caso de que Nicholson muriera y Copley estuviera ausente. Entonces se me ocurrió que si bien era Copley el muerto y Nicholson el ausente, yo podría de todos modos causar una enorme confusión, así que me dirigí a toda prisa a Williamsburgh para comunicarle la noticia a Andros y convencerlo de que su cargo estaba en vigor. Él se sentía inclinado a dudarlo, pero sabía que yo era agente de lord Baltimore; lo que es más, aunque él no lo mencionó, no le repugnaba robarle a Nicholson el rayo del poder, valga la expresión, restaurando el orden y la ley en Maryland, y es que a él le habían dado ganas de seguir a Nicholson cuando éste se fue a Virginia. Abreviando, Andros se fue a la ciudad de Saint Mary, reclamó el gobierno de Maryland, disolvió la Asamblea, suspendió a Blackistone, dejó a Lawrence en libertad, y de regreso a Williamsburgh, se llevó consigo a su grupo de partidarios, dejando la provincia a cargo de un gentil don nadie llamado Greenberry. Su intención era volver esta primavera y hacer a Lawrence presidente del Consejo, mas si lo ha hecho, yo aún no lo sé.

»Después de aquello no veía ninguna ocupación inmediata para mí en la provincia, de modo que al llegar enero crucé el océano y me vine aquí, a Londres. No hace ni dos semanas que llegué, y me he enterado, para desaliento mío, de que ni Nicholson ni Baltimore están en posesión del *Diario de la Asamblea*, por temor a los agentes de Coode. Lord Baltimore afirma haberlo dividido en tres partes, para su segura custodia, y haber depositado en secreto las distintas partes en Maryland, de donde yo acababa de llegar. Le rogué que me dijera los nombres de los depositarios, pero se mostró reacio a revelarlos; al parecer, ni el propio Nicholson sabía más que yo al respecto. Pero hace unos días me dijo que tenía para mí una misión de tal importancia que no se la podía confiar a ninguna otra persona; le respondí que indudablemente yo no era merecedor de semejante confianza, puesto que no se atrevía a decirme los nombres de los custodios del diario. Ante lo cual se rio y dijo que lo tenía atrapado; confesó que los fragmentos del diario se hallaban en manos de diversas personas leales, las cuales respondían al apellido Smith, por razones que no me hacía falta preguntar, y me reveló los nombres muy confidencialmente. Le di las gracias y le manifesté mi disposición a efectuar cualquier trabajo que tuviera a bien

encomendarme, y él me dijo que aquella misma tarde había ido a verlo un joven poeta al cual le había encargado que escribiera una obra laudatoria sobre Maryland y el asunto de la propiedad de la provincia, obra que, creía Baltimore, si era noblemente ejecutada, a la hora de recuperar Maryland para sí, podría ser más provechosa que diez intrigas.

—¡Cielos, cuán maravillosamente pequeño es el mundo! —exclamó Ebenezer—. ¡Qué contento estoy de ver que Baltimore le da tanta importancia a la poesía! Pero te suplico que me digas qué trabajo tan importante era ése que le llevaba a hacer tales concesiones.

—Me preguntó si conocía al poeta Ebenezer Cooke. Me dio un vuelco el corazón pues no sabía nada de ti ni de Anna desde hacía siete años, pero me limité a contestar que había oído hablar de un poeta que respondía a aquel nombre. Entonces él me habló de tu visita, de tu propuesta y de tu nombramiento, y me dijo que yo debería acompañarte a Maryland (pues tú no habías salido nunca de Inglaterra) y ejercer de guía y protector tuyo. Ya te puedes figurar con qué prontitud acepté el encargo y cómo salí inmediatamente en tu busca.

Los primeros apartados de esta prolija narración habíanle hecho proferir tantas veces *ah, santo cielo, demonios y a fe mía* que durante el transcurso de esta última parte Ebenezer se limitó a quedarse la mayor parte del tiempo sentado y mudo, boquiabierto y con las cejas levantadas, como paralizado en un eterno *¡Dios mío!* mientras los asombros se sucedían tumultuosamente, pisándose los unos a los otros los talones. Al final se sintió lo bastante conmovido como para abrazar a Burlingame sin sentirse avergonzado..., descubriendo que a la multitud de transformaciones que se habían operado en su amigo a lo largo de siete años de aventuras había que añadir que le olía mal el aliento: sin duda ninguna era porque se le habían cariado los dientes.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó—. ¡Si Anna supiera todo lo que me has contado! ¿Y a qué viene lo del papel de Peter Sayer, Henry? ¿Y por qué al menos no te descubriste en Londres, antes de que partiéramos, así ella hubiera podido compartir conmigo la alegría de encontrarte?

Burlingame suspiró y después de un momento contestó: Tengo por costumbre cambiar mi nombre por otro, bien sea prestado, bien sea inventado, y ello por diversas razones que se derivan de mi trabajo. De nada serviría que Coode supiera cómo me llamo, ni siquiera que existo. Lo que es más, así puedo confundirlo a él y a sus agentes: por ejemplo, en la tienda de Bragg me hice pasar por Sayer, adoptando su nombre meramente porque Coode piensa que el tal Sayer está en Plymouth, con la flota. De manera parecida, me he hecho pasar tanto por amigo como por enemigo de Baltimore, para hacer prosperar su causa. Confieso que una vez, cuando estábamos a bordo del barco de Perry Browne, el *Bailey*, me hice pasar por el mismísimo Coode

ante el pobre idiota de Ben Ricaud, a fin de interceptar aquellas cartas. La verdad, Eben, es que desde 1687, fecha en que empecé a jugar a los gobiernos, Richard Hill, lord Baltimore y tú sois las únicas personas que saben cómo me llamo; y ese juego ha operado en mí tales cambios que nadie que me conociera de antes me reconocería ahora, ni tampoco es mi intención que lo hagan. Es mejor que crean que me he perdido.

—De todos modos seguro que Anna...

—Sólo he respondido a tu primera pregunta —interrumpió Burlingame, alzando el dedo índice—. En cuanto a la segunda, no te olvides de que mucha gente viene de Londres con intención de embarcarse en la flota..., hombres de Coode y hombres nuestros, y puede que hasta Coode en persona. Hubiera sido estúpido, incluso peligroso, que yo me quitara la máscara en aquel lugar. Además, no había tiempo: si casi no te doy alcance cuando te ibas; por ende, fíjate desde cuándo llevo desenmascarándome ante ti. La flota hubiera zarpado sin nosotros.

—Sí, eso es cierto— admitió Ebenezer.

—Lo que es más —dijo Burlingame riéndose—, aún no estaba seguro de que fuera prudente que tú supieras la verdad.

—¡Cómo! ¿Crees que jamás traicionaría la confianza que en mí depositas? ¿Serías tan insensible como para privarme de mi único amigo? ¡Eso me duele!

—En cuanto a lo primero, me limité a hacerme pasar por Sayer e interrogarte... Todo el mundo cambia con los años. Ben Bragg había dicho que tú no eras más que un oportunista; tampoco tu criado pensaba que te guiaran otros motivos, a pesar de todo lo que te admiraba. Por ende, ¿cómo iba yo a saber cuáles eran tus sentimientos hacia Burlingame? La historia que le contaste a Peter Sayer te sirvió de salvoconducto, en cuanto la oí revelé mi identidad, pero si hubieras entonado otra canción tu guía hubiera sido Peter Sayer, no Burlingame.

—Vale. Estoy convencido y no sabes hasta qué punto me alegro. Sin embargo, tu narración hace que me avergüence de mi desidia y miedo, así como tu sabiduría hace que me avergüence de mi pobre talento. Eres un Virgilio digno de un mejor Dante.

—¡Bah! ¡Bah! —dijo Burlingame con desdén—. Tienes bastante talento y tienes buen oído. Añádase que la provincia no es ni el infierno ni el purgatorio, sino tan sólo una parte del ancho mundo, como Inglaterra..., con la diferencia tal vez de que la tierra es vasta y nueva allá donde el tabaco no la ha consumido. Lo que es más, las ataduras y cortapisas son pocas y débiles; las plantas buenas y la mala hierba crecen con fuerza pareja. Si la gente de allí te parece extraña y ruda, tú acuérdate de que es muy raro que un hombre que está contento en Europa quiera cruzar el océano. La pura verdad es que la mayoría son descastados de Europa, o hijos de descastados: rebeldes, fracasados, carne de presidio y aventureros. Si se siembra tal semilla en tal suelo, sería ingenuo esperar una cosecha de maestros universitarios y cortesanos.

—De todos modos, hablas como si le profesaras amor a ese lugar —dijo Ebenezer—, y para mí ésa es suficiente garantía para saber que a mí me ocurrirá otro tanto.

Burlingame se encogió de hombros.

—Tal vez sí o tal vez no. Hay una libertad que es al mismo tiempo una bendición y una maldición. Es más que mera libertad política o religiosa (cosas que cambian de un año para otro); hablo de una libertad filosófica que se deriva de la falta de un pasado histórico. Esa libertad hace de todos los hombres unos huérfanos, como yo, y tanto puede desmoralizar como elevar. ¡Pronto conocerás la provincia y ya se verá cómo te sienta!

En cuanto Burlingame dijo aquello, el aire trajo al interior del carruaje el olor del mar, conmoviendo a Ebenezer hasta lo más hondo de su ser, y cuando poco después lo vio por vez primera, extendiéndose ante él hasta alcanzar la lejanía del horizonte, experimentó dos o tres convulsiones que agitaron todo su cuerpo y estuvo a punto de hacerse aguas.

8. EL LAUREADO COMPONE UNA ESTROFA Y SE ENSUCIA EN LOS CALZONES

—Recuerda —dijo Burlingame, cuando el carruaje hizo su entrada en Plymouth— que no me llamo Henry Burlingame ni tampoco Peter Sayer, pues el verdadero Sayer está en alguna parte, mezclado entre los que se van sumando a la flotilla. Lo mejor que puedes hacer es no llamarme de ninguna manera, creo yo, hasta que haya tanteado el terreno.

Consecuentemente, en cuanto descargaron sus arcones y baúles, preguntaron en los muelles por el *Poseidón*, y les respondieron que ya se había unido a los demás barcos de la flota.

—¿Cómo? —exclamó Ebenezer—. ¡Entonces lo hemos perdido a fin de cuentas!

—No —dijo Burlingame, sonriendo—, no es extraño. La flota se reúne en Los Cerros, frente a la Costa del Lagarto. Los días claros se ve el lugar desde aquí.

Continuando con sus pesquisas, Burlingame averiguó que una chalupa cubría el trayecto entre Los Cerros y el puerto, y se procuró dos pasajes para por la tarde.

—Conviene que hagamos una última comida en tierra —le explicó a Ebenezer—. Además, me tengo que cambiar de ropa, pues he decidido hacerme pasar por tu criado... ¿Cómo se llamaba?

—Bertrand —murmuró Ebenezer—. ¿Pero es necesario que seas un criado?

—Sí, de lo contrario sería menester ingeniar para tu acompañante toda la historia de un caballero. Fingiendo ser Bertrand, puedo ir contigo y pasar inadvertido, y además así me enteraré de más cosas acerca de tus compañeros de viaje.

Diciendo aquello y echando a andar delante de Ebenezer, Burlingame dejó atrás los muelles y cruzó la calle, camino de una taberna que se anunciaba por medio de dos letras C mayúsculas, las cuales, a la vez que se entrelazaban, mirábanse la una a la otra, rematando la figura que formaban una corona de tres lóbulos.

—He aquí El Bey de los Mares —dijo Burlingame—. Conozco esta taberna hace mucho tiempo. Aquí me agarré mis primeras purgaciones, siendo yo aún marino raso en el barco del capitán Salmon. Me las pegó una ramera galesa que estaba en los huesos; se aprovechó de mi inexperiencia y me cobró cual si fuera una mozuela limpia. Cuando se hizo patente el engaño, yo estaba a muchos días de navegación de Plymouth, rumbo a Lisboa. Las purgaciones se me pasaron pronto, pero jamás me olvidé de la fulana. Estando en Lisboa di con un buque que tenía por destino Plymouth, y anduve preguntando a los tripulantes, hasta que por fin me topé con un portugués tuerto que a punto estaba de morir por causa de unas purgaciones terribles que había contraído en África, al lado de las cuales, nuestra variante inglesa es como una picadura de pulga. Mi cuadrante, uno nuevo, muy bueno, que me había comprado el capitán Salmon para que practicara con él el arte de marear, díselo a aquel

individuo temible a condición de que, en tocando puerto, compartiera las purgaciones con la prostituta galesa de El Rey de los Mares. Empero, aquí no ha muerto nunca nadie por culpa de la comida.

Como era media mañana, la taberna estaba desierta, excepción hecha de una criada joven que estaba fregando el suelo de baldosas. Era baja y rechoncha, de pelo basto, y pecosa, mas la mirada la tenía viva y alegre, y la nariz, insolente. Dejando que Ebenezer eligiera la mesa, Burlingame se acercó a la muchacha con familiaridad y trabó con ella una conversación que, aunque discurría en voz demasiado baja como para que la oyera bien Ebenezer, a la criada enseguida le hizo reír y decir que no con el dedo índice.

—Esa gatita juraba que no le quedaba nada más que pescado en la despensa —dijo Burlingame, que había regresado con prontitud—, pero cuando le dije que iba a alimentar a un Laureado capaz de dar al traste con este lugar a fuerza de versos hudibrásticos, se avino a aplacar tu pluma con un poco de asado de vaca. Enseguida lo traen.

—Me estás tomando el pelo —dijo Ebenezer con modestia.

Burlingame se encogió de hombros.

—Me parece que me voy a cambiar de traje mientras lo preparan.

—Pero si tenemos la impedimenta en el muelle.

—Da lo mismo. Trocar tela escocesa por seda es viaje que puede durar toda la vida, pero cambiar seda por tela escocesa es travesía que lleva un minuto.

Burlingame se dirigió de nuevo a la criada, que sonrió al verle acercarse, y le habló con suavidad, al tiempo que le propinaba un vivo pellizco. Ella dio un chillido y con una mano en la cadera señaló, riéndose, una puerta que había junto a la chimenea. Entonces Burlingame la cogió del brazo como si se la fuera a llevar consigo; al retroceder ella, él le susurró algo al oído con aire de seriedad; añadió luego alguna otra cosa, y ella primero abrió mucho la boca y luego meneó la cabeza. La muchacha lanzó una mirada hacia Ebenezer, que se ruborizó enseguida y fingió estar atareado, componiéndose el lazo; Burlingame susurró un tercer mensaje que iluminó la mirada de la muchacha, confiriéndole una expresión de timidez afectada, y luego salió de la habitación por la puerta antes señalada. La muchacha siguió en la habitación un par de minutos más. Después volvió a dirigir a Ebenezer una mirada penetrante, aspiró por la nariz y salió por la misma puerta con aire altanero.

Aunque no estaba nada apurado por aquel pequeño drama, el poeta se alegró bastante de que le dejaran a solas un rato, no sólo para cavilar acerca de las prodigiosas aventuras de su amigo, sino también para hacer inventario de su propia situación.

—He estado tan ocupado, venga a quedarme boquiabierto una vez tras otra por lo que contaba Henry —se dijo a sí mismo— que casi se me ha olvidado quién soy yo y

cuál es el motivo por el que me embarco. No he escrito ni un solo verso desde que me fui de Londres, y tampoco se me ha pasado por la cabeza tomar notas del viaje.

Acto seguido desplegó ante sí y sobre la mesa su libro mayor de cuentas, dejándolo abierto por la página en la que había transcrito la primera cuarteta de su carrera oficial, y tras coger pluma y tintero de un estante que había en la pared contigua al mostrador, empezó a pensar con qué convenía agraciar la página primera.

—Nada en absoluto puedo decir en la Marylandiada de mi viaje hasta aquí —pensó—, puesto que apenas he visto nada. Además, sería más conveniente que el poema empezara en Plymouth, desde donde zarpan la mayor parte de los barcos que dejan atrás las rocas de Albión rumbo a Maryland; el lector se sumergirá instantáneamente en la travesía.

Abundando en aquella idea, adoptó la resolución de escribir su poema épico, la Marylandiada, en forma de viaje imaginario, pensando que de aquel modo le descubriría al lector las delicias de aquella provincia con la misma frescura y sorpresa con que tales delicias se revelarían ante el viajero poeta. Por lo tanto, cuando recordó el nombre de su nave, se sintió henchido de gozo y con una suerte de temor respetuoso.

—¡Poseidón! —pensó—. ¡A fe mía que es un buen augurio! ¡Un verdadero Virgilio como compañero y el que agita la tierra en persona como guía de este viaje al Elíseo!

Y después de darle vueltas en la cabeza a aquella imagen feliz durante unos minutos, Ebenezer escribió por fin:

Aunque ruja en el océano
la galerna más cruel
no ha de poder con los mástiles
de nuestro insigne bajel.
Si el grandioso *Poseidón*
ha de estar a nuestro lado,
no parecerá ancho el mar
ni le tendremos cuidado.

Al pie de la composición estampó las siglas E. G., Gent., P^{ta} y L^{do} de M^d, y se quedó sonriendo, satisfecho. Estando de tal guisa ocupado, entraron en la taberna dos hombres que cerraron ruidosamente la puerta. Eran gentes de mar, a juzgar por su aspecto —mas no eran marineros corrientes— y tan semejantes entre sí eran en cuanto a porte y modales que parecían gemelos: eran ambos entrados en carnes y de baja estatura, tenían rojas las narices, las patillas negras, eran bisojos y los dos lucían el pelo natural; vestían calzón y casaca negros, y se tocaban la cabeza con sombrero de dos picos del mismo color. Cada uno de ellos portaba un par de pistolas a la diestra, caladas en la faja, y a la siniestra, un machete, además de lo cual llevaban gruesos bastones de color negro.

—Estáis invitado a cerveza, capitán Scurry —gruñó uno—. No, capitán Slye —gruñó el otro—, sois vos quien está invitado.

Tras aquello, estando aún de pie, los dos la emprendieron a bastonazos con la mesa, reclamando que les sirvieran. «¡Cerveza!», gritó uno. «¡Cerveza!», gritó el otro, y los dos lanzaban miradas feroces y ceñudas, mientras gruñían al ver que sus gritos no obtenían respuesta. Tan temible era su aspecto y tan feroces sus modales que Ebenezer llegó a la conclusión de que eran capitanes piratas, pero le faltó valor para irse de la estancia.

—¡Cerveza! —volvieron a decir a voces, de nuevo aporreando la mesa con sus bastones, sin resultado alguno. Ebenezer se refugió en su cuaderno, que tenía desplegado encima de la mesa, rogando a Dios que no repararan en su presencia.

—Tengo la sospecha, capitán Slye —dijo uno de ellos—, de que hemos de servirnos por nuestra cuenta o bien ir en busca de nuestro hombre con la garganta seca.

—Entonces tiremos nosotros mismos las cervezas y acabemos con esto, capitán Scurry —replicó el otro—. Ese canalla no puede andar muy lejos. Voy a tirar dos jarras, y puede que aparezca por aquí antes de que nos las hayamos bebido.

—Puede, puede —concedió el primero—. Pero las cervezas las voy a tirar yo, puesto que sois mi invitado.

—¡Voto a tal! —exclamó el segundo—. ¡Yo hablé primero y vos sois mi invitado, Dios os maldiga!

—Antes os veré en el infierno —dijo el número uno—. La ronda es mía.

—¡Mía! —dijo el número dos, más amenazador.

—¿Vuestra? ¡Y una mierda de puerco!

—Voy a tirar vuestra cerveza, capitán Slye —dijo el número dos, sacando una pistola—, y si no, vuestra sangre.

—Y yo la vuestra —dijo el número dos, también sacando una pistola—, de lo contrario seréis pasto de los gusanos.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —exclamó Ebenezer—. En el nombre del cielo, no hagan fuego.

Al instante se arrepintió de sus palabras. Los dos hombres se volvieron a mirarlo, todavía apuntándose con las pistolas; la expresión de sus rostros era cada vez más amenazadora.

—No es asunto mío —se apresuró a decir Ebenezer, pues ya avanzaban hacia él—. No es asunto mío ni por asomo, eso lo concedo. Lo que yo quería decir es que sería un honor y un placer invitar a vuestras mercedes a cerveza, y también la tiraría yo, si vuestras mercedes me explican cómo se hace. Bueno, no, es igual, me juego algo a que me sale bien sin instrucción alguna, pues muchas son las veces que he visto hacerlo en Locket's. Sí —prosiguió diciendo al tiempo que retrocedía—, esto no

tiene ningún secreto ni requiere habilidad, basta con apoyar el borde del vaso contra el grifo si el barril tiene mucha presión, dejando que la cerveza resbale suavemente; y si tiene poca, hay que dejar que el chorro caiga desde una cierta altura para que tenga fuerza y se forme más espuma...

—¡Silencio! —ordenó el número uno, propinándole a la mesa tamaño bastonazo que el cuaderno de Ebenezer saltó por los aires—. ¡Cielos, capitán Slye! ¿Habéis oído jamás monserga parecida?

—¡Ni tampoco tanta impertinencia, capitán Scurry! —respondió el otro—. No contento con entrometerse en nuestro asunto, este bellaco quiere acapararlo.

—¡No, caballeros, vuestras mercedes no me entienden! —exclamó Ebenezer.

—Haced el favor de cerrar la boca y sentaos —dijo el capitán Scurry, apuntando con el bastón hacia la silla del poeta. A continuación se dirigió a su compañero, diciendo—: Debéis disculparme mientras le meto a este mentecato una bala entre ceja y ceja.

—Con mucho gusto —repuso el otro—, y después beberemos en paz.

Ahora ambas pistolas apuntaban hacia Ebenezer.

—Ningún invitado mío se rebajaría a hacer una cosa de tan poca monta —dijo el primero.

Ebenezer, de pie detrás de la silla, volvió a mirar hacia la puerta por la que se habían ido Burlingame y la criada.

—Mis sentimientos son exactamente los mismos —gruñó el capitán Slye—, pero os ruego que recordéis quién es el anfitrión o dispararé dos pistolas:

—¡Por el amor de Dios, buenos capitanes! —graznó Ebenezer, mas le fallaron a la vez piernas y esfínteres; incapaz de seguir hablando, se hincó de hinojos envuelto en un olor portentoso y hundió la cara en el asiento de la silla. En aquel momento se abrió la puerta trasera.

—¡Alto, ahí está la tabernera! —dijo el capitán Scurry—. ¡Moza, sírveme dos cervezas mientras despacho a esteapestado!

—¡Al infierno las cervezas! —rugió el capitán Slye, que podía ver la puerta de entrada—. ¡Allá va nuestro Laureado por la calle, lo juro!

—¡Voto a..., pues vamos a por él —dijo el otro—, antes de que vuelva a soltar amarras!

Volviendo la espalda a la cerveza y al poeta, los capitanes salieron corriendo a la calle, desde donde enseguida llegó un estruendo de pistoletazos y un clamor de blasfemias que se alejaban. Pero Ebenezer no las oyó, pues cuando los capitanes mencionaron a quién buscaban, desmayose sobre las baldosas de la taberna.

9. MÁS POESÍA MARÍTIMA, COMPUESTA EN LOS ESTABLOS DE EL REY DE LOS MARES

Cuando recobró el sentido, Ebenezer vio que se hallaba en los establos de El Rey de los Mares, tumbado en el heno; su amigo Burlingame, tocado con un atuendo escocés, estaba agachado junto a su cadera y le daba aire en la cara con el libro mayor de cuentas.

—No me quedó otro remedio que sacarte —dijo Henry con una sonrisa—, de lo contrario habrías echado a los clientes.

—¡A la porra los clientes! —dijo el poeta débilmente—. Fueron dos de esos clientes los que me han arrastrado a esta situación.

—¿Y eres dueño de ti mismo o quieres que te siga abanicando?

—No sigas, por favor, al menos desde donde estás, o de lo contrario acabaré por sucumbir.

Ebenezer hizo ademán de incorporarse, puso un gesto agrio y se volvió a echar, suspirando.

—La culpa es mía, Eben; de haber sabido lo urgente de tu situación no me hubiera demorado tanto en aquel reservado. ¿Cómo es que no has utilizado este heno? No es mal sustituto.

—No alcanzo a entenderlo —declaró Ebenezer—. Mientras estabas retozando con esa muchacha, a dos capitanes piratas les dio porque querían meterme una bala entre los ojos, por una causa no mayor que el hecho de que me aventuré a mediar en la disputa que tenían.

—¡Capitanes piratas!

—Sí, estoy seguro —insistió Ebenezer—. He leído lo suficiente a Esquemeling como para reconocer a un pirata cuando lo veo: eran dos tipos feroces que se parecían tanto el uno al otro como si fueran gemelos; iban totalmente vestidos de negro, y llevaban barba negra y bastones.

—¿Por qué no les dijiste tu nombre y tu cargo? —preguntó Burlingame—. Entonces seguramente no se hubieran atrevido a molestarte.

Ebenezer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Le doy las gracias a Dios por no haberlo hecho, pues de lo contrario mi vida hubiera concluido allí mismo. ¡Buscaban al Laureado, Henry, para matarlo y asesinarlo!

—¡No! Pero ¿por qué?

—Sólo Dios sabe por qué; no obstante, yo le debo la vida exclusivamente a un pobre diablo que pasó por delante de la ventana y a quien confundieron conmigo, saliendo en su persecución. ¡Quiera Dios que no lo hayan cogido y esté fuera de su alcance!

—Puede que sí —dijo Burlingame—. ¡Piratas, dices! Bueno, no es imposible a fin de cuentas... ¡Pero, bueno, si estás todo cagado!

Ebenezer emitió un gemido.

—¡Ignominia! En estas condiciones, ¿cómo voy hasta el muelle a por unos calzones limpios? ¿Andando como un pato?

—¡Demonio, nadie ha hablado de ir con andares de pato, señor! —dijo Burlingame, adoptando el tono de un criado campesino—. Quítese vuesa merced los calzones y los calzoncillos ahora, para que mi pequeña Dolly se los limpie, que yo le traeré unos limpios.

—¿Dolly?

—Sí, Joan «la Pecas», que está allá dentro, en El Rey de los Mares.

Ebenezer se ruborizó.

—¡Al fin y al cabo se trata de una mujer, aunque sea puta, y yo soy el Laureado de Maryland! No puedo consentir que lo sepa.

—¡Que lo sepa! —Burlingame se rio—. ¡Si casi se asfixia! ¿Quién crees que te encontró en el suelo y me ayudó a traerte hasta aquí? ¡Fuera esos calzones ahora mismo, señor Laureado, y ahorraos la modestia! Una mujer te limpió el trasero cuando naciste y otra lo hará cuando seas un viejo chocho: ¿qué más da que entre medias lo haga otra?

Cuando Ebenezer se hubo desabrochado de mala gana un botón, su amigo, osadamente, le dio un tirón violento y el poeta se quedó en cueros.

—Vaya, vaya —dijo Burlingame, riéndose entre dientes—. Se puede decir que estás bien proporcionado, aunque, eso sí, un poco sucio.

—Me muero de vergüenza y ni siquiera puedo taparme de lo sucio que estoy —se quejó el poeta—. ¡Haz el favor de darte prisa, Henry, antes de que alguien me vea así!

—Me daré prisa pues, hombre o mujer, como te vean no durarás virgen mucho tiempo; te juro que estás de lo más atractivo. —Burlingame se volvió a reír de la desgracia de Ebenezer y recogió las ropas manchadas—. Ahora, adieu, pronto regresará tu criado, si es que no le echan el guante antes los piratas. Entretanto, espabila y limpiate.

—Pero dime cómo, te lo suplico.

Burlingame se encogió de hombros.

—Vuesa merced mire a su alrededor, buen señor. *El hombre inteligente nunca anda perdido mucho tiempo.* —Fuese y cruzó el patio llamando a Dolly para que recogiera el botín que le llevaba.

Ebenezer se puso enseguida a mirar en torno a sí, buscando algún medio con el que poner remedio a su lamentable condición. Descartó inmediatamente la paja, aunque había de sobra en el establo: ni siquiera era posible asirla cómodamente con la mano. Lo siguiente que tomó en consideración fue su fino pañuelo de holanda,

acordándose de que lo tenía en el bolsillo de los calzones.

—Es igual —juzgó después de pensárselo mejor—, porque tiene una hilera asesina de enormes botones franceses.

Tampoco podía sacrificar la casaca, ni la camisa, ni las medias, porque, por una parte, andaba bastante escaso de ropas como para andar tirándolas por ahí, y por otra, le faltaba valor para darle a la camarera más prendas que lavar. El hombre inteligente jamás anda perdido mucho tiempo, repitió Ebenezer para sí; acto seguido vio, en un establo que había detrás de donde se hallaba, la cola de un enorme caballo castrado, de color bayo, pero también la descartó, pues dadas su altura y su posición, la cola resultaba, a la vez que inaccesible, peligrosa.

—¿Qué nos enseña esto? —reflexionó, apretando los labios—. ¿No nos enseña que la inteligencia de un solo hombre es en verdad pobre? Los locos y las bestias salvajes viven gracias a la inteligencia de su madre y aprenden de la experiencia; el hombre sabio aprende de la inteligencia y de la vida de los otros. ¡Santo cielo! ¿Me he pasado dos años en Cambridge y tres veces dos años con Henry allá en el pabellón de mi padre para nada? ¡Si la inteligencia innata no me puede salvar, entonces me salvará mi educación!

Consecuentemente, Ebenezer dio un repaso a la educación que había recibido, buscando socorro, y comenzó por sus conocimientos de historia.

—¿Por qué deberían los hombres reconocer la validez de las crónicas del pasado —se preguntó— de no ser porque encierran una lección para el tiempo presente?

Y, sin embargo, a pesar de que no le eran desconocidos Herodoto, Tucídides, Polibio, Suetonio, Salustio ni otros cronistas antiguos y modernos, Ebenezer no logró recordar que hubiera en ellos ningún precedente de la penosa situación por la que atravesaba él en aquellos momentos, por lo que tampoco podía extraer consejo alguno, así que no le quedó más remedio que desistir del intento.

—Está claro —concluyó— que la historia no le enseña al hombre individual sino a la humanidad; la musa de esta disciplina tiene por discípulo al cuerpo político de los dirigentes. No, mejor dicho —dijo, llevando más lejos su razonamiento y tiritando un poco por causa de la brisa procedente del puerto—, los ojos de Clío son como los de las serpientes, que nada pueden detectar salvo el movimiento: ella registra la ascendencia y la caída de las naciones, pero en las cosas inmutables (las verdades eternas y los problemas ajenos al transcurrir del tiempo) ella no repara, y hace bien, pues tiene miedo a penetrar cual cazador furtivo en los territorios que son dominio de la filosofía.

Por consiguiente, acto seguido, Ebenezer invocó mentalmente cuanto conocimiento tenía de Aristóteles, Epicuro, Zenón, Agustín, Tomás de Aquino, y todos los demás, sin olvidarse de sus catedráticos platónicos y del que en tiempos fuera amigo de los mismos, Descartes; pero aunque todos ellos eran de un interés

extraordinario a la hora de dirimir si el aprieto en que se hallaba el poeta era real o imaginario, así como para decidir si tal aprieto merecía ser considerado *sub specie aeternitatis*, siendo asimismo relevante la cuestión de si la actitud que pudiera adoptar Ebenezer para salir del apuro estaba determinada de antemano o bien dependía por completo de él, pese a todo ello, ninguno de aquellos filósofos le proporcionaba ningún consejo práctico.

—¿Será quizá que todos ellos expelían silogismos sin hedor ni mácula —se preguntó el poeta— y aparte de eso, nada más? ¿O será que por la razón que esgrimen jamás surca el miedo hasta el punto de ensuciarles los calzones?

Ebenezer concluyó, oteando el patio, tratando en vano de dar con Henry, que la verdad de la cuestión estribaba en que la filosofía se ocupaba tan sólo de generalidades, categorías y abstracciones, tales como la densidad eterna de More; la filosofía sólo hablaba de los problemas personales en la medida en que servían para ilustrar los problemas generales; fuera como fuere, entre todo lo que recordaba Ebenezer no halló respuesta alguna para situaciones difíciles, caseras, de orden práctico, como era la que él atravesaba.

Ni siquiera tomó en consideración la física, la astronomía ni los demás campos de la filosofía natural, y ello por el mismo motivo; tampoco se estrujó la memoria sacando a colación sus conocimientos de artes plásticas, pues sabía muy bien que ni Fidias ni Miguel Ángel se dignarían a inmortalizar un estado como el que ofrecía él, por mucho que les atrajera la desgracia humana. No, resolvió por fin, tenía que buscar ayuda en la literatura, pues entre todas las artes y ciencias la literatura era la única que tenía como dominio propio el campo entero de la experiencia y el comportamiento humanos (de la cuna a la tumba y aún más allá; del emperador a la puta barata; desde la quema de ciudades hasta el modo de luchar contra el viento), así como los problemas de toda magnitud que afectan al hombre: sólo en el ámbito de la literatura es posible hallar catalogados con idéntica consideración a los antepasados de Noé y a los barcos de los aqueos...

—¡Y a los golpes de culo de Gargantúa! —exclamó en voz alta—. ¿Cómo es que no he pensado en ellos hasta ahora?

Ebenezer evocó con regocijo aquel capítulo de Rabelais en el que el joven Gargantúa prueba a meterle mano, valga la expresión, a diversas clases de trapos y estropajos (no por desesperación, eso seguro, sino movido por un ánimo puramente empírico, por el afán de determinar de una vez por todas cuál era el instrumento más noble), para acabar otorgándole el galardón al cuello de un ganso vivo, que fuera de color blanco; mas a pesar de que gallinas y pintadas las había en abundancia por el patio contiguo al establo, Ebenezer no divisó ni un solo ganso.

—Y tampoco sería adecuado —decidió un momento después, un tanto alicaído—, de no ser en un libro cómico o satírico, servirse tan rudamente de un ave estúpida que

poco después ha de fenecer para dar gusto a nuestros estómagos. Sin duda que el bueno de Rabelais lo entendía como un chiste.

De modo similar, aunque la consternación se iba adueñando inexorablemente de él, Ebenezer tomó en consideración cuantas circunstancias paralelas a la suya fue capaz de recordar de entre toda la literatura que había leído, y las fue rechazando una tras otra, bien porque no era posible aplicarlas, bien porque fueran irrelevantes. Además, la literatura, concluyó con el corazón apesadumbrado, no le era de utilidad, pues aun cuando nos brinda una cierta sofisticación con respecto a la vida y nos libera de nuestro destino mortal en tanto que individuos, no da solución a los problemas prácticos. Y después de la literatura, ¿qué quedaba?

Recordó la acusación que le formulara John McEvoy, en cuanto a que él no sabía nada del mundo concreto y real ni de la gente de carne y hueso que lo habitaba. Ebenezer se preguntó qué harían a la hora de la verdad los demás, los que sí que conocían el mundo concreto y real. Pero de las gentes que estaban en posesión de tal conocimiento él sólo conocía a su vez bien a dos —Burlingame y McEvoy—, y era inimaginable que ninguno de los dos pudiera llegar a hallarse jamás en un trance semejante. No obstante, y esto lo comprendía Ebenezer perfectamente, el conocimiento del mundo iba más allá de lo personal: ¿cómo se las arreglaban las hordas salvajes y los pueblos paganos de la tierra, que nunca habían visto un adminículo adecuado para limpiarse el trasero? ¿Y los árabes del desierto que no tenían ni hojas de árbol ni ninguna clase de papel? Indudablemente habrían de tener alguna medida higiénica, de lo contrario, cada uno de ellos viviría como un ermitaño, con lo que la raza se extinguiría en una sola generación. Pero de entre todas las costumbres y prácticas exóticas de las que había oído hablar a Burlingame o sobre las cuales hubiera leído algo en su juventud, en libros de viajes por tierra y por mar, sólo era capaz de recordar un método pertinente: Burlingame le comentó en cierta ocasión que los campesinos de la India sólo comían con la mano derecha, ya que tenían la costumbre de reservar la mano izquierda para la higiene personal.

—Eso no es ninguna solución; sólo sirve para dar largas a mis dificultades —suspiró el poeta—. ¿Qué esperanza le quedaba de obtener otra clase de ayuda si el mundo y el ingenio lo habían abandonado?

Ebenezer dio un respingo y pese a lo incómodo de su situación, exultó de gozo cuando reconoció el pareado:

—¡Pese a tanta pirueta, sigo virgen y poeta! *¿Qué esperanza le queda a aquél que...?* ¡Pluguiera al cielo que tuviera pluma y tinta para estampar estos versos antes de que se enfríen!

De todos modos decidió doblar la esquina de una página del cuaderno, para así acordarse luego de transcribir el pareado; hasta que no tuvo el volumen abierto entre sus manos y empezó a pasar las hojas en blanco no vio que allí tenía lo que ninguno

de sus esfuerzos previos le había proporcionado.

—¡A fe mía que éste es un buen augurio! —dijo, no poco asombrado.

Ebenezer lamentó haber arrancado, estando en la posta de Londres, las hojas del cuaderno en las que Ben Bragg llevaba la contabilidad, no sólo porque los años pasados con Peter Paggen le habían agriado el gusto por el mundo del *debe* y del *haber*, sino también porque recordaba lo mucho que escaseaba el papel en las provincias, de modo que le repugnaba desperdiciar una sola hoja. Tanto le molestaba que hubo un momento durante el cual se tomó en serio la posibilidad de arrancar las pocas páginas en las que había escrito sus rimas; el *Himno a la castidad*, la breve cuarteta que le había hecho recordar Burlingame, y su saludo preliminar a la nave *Poseidón*. Sólo la impropiedad extrema y el sacrilegio virtual que aquella acción entrañaba lograron refrenar su mano, induciéndole por fin a utilizar dos páginas en blanco, dos páginas vírgenes —y luego, otras dos más— para hacer el trabajo, el cual, una vez completado con no poco esfuerzo, debido al efecto desecante de la brisa, el poeta transformó en la siguiente alegoría: las hojas sin usar eran canciones nonatas que sin embargo tenían el poder —se podría decir que lo tenían in útero— de limpiar y ennoblecer al que, a su debido tiempo, diera a luz dichas canciones; en una palabra, se trataba de su carrera hasta la fecha. O bien se podía considerar que aquellas hojas eran la prueba de su doble esencia, y aunque había recurrido a ellas demasiado tarde como para evitar el oprobio, seguían teniendo el poder de limpiar los residuos dejados por el miedo. O también..., pero aquel grato ejercicio de hacer alegorías se vio interrumpido por la aparición, en la parte trasera de El Rey de los Mares, de la pecosa Dolly, que traía los calzones y calzoncillos del poeta para ponerlos a secar. A pesar de lo corrido que estaba, Ebenezer estiró el cuello y asomó la cabeza por la entrada del establo y preguntó por Burlingame, que ya llevaba casi una hora ausente; pero la mujer manifestó no saber nada de su paradero.

—¡Pero si sólo cruzó la calle! —protestó Ebenezer.

—¡Yo no sé nada! —dijo Dolly con testarudez, y se dio la vuelta, disponiéndose a marchar.

—¡Esperad! —le dijo el poeta.

—¿Qué?

Ebenezer se puso colorado.

—Hace un poco de frío aquí... ¿Podrías bajarme una manta o cualquier otra cosa con la que taparme en tanto vuelve mi amigo?

Dolly indicó que no con un movimiento de la cabeza.

—La casa no presta ese servicio, señor, excepto a los que pernoctan en ella. Vuestro amigo me pagó un chelín por los calzones, pero no se habló nada de mantas.

—¡Así os lleve la peste! —exclamó Ebenezer, tan iracundo que casi se le olvida esconderse—. ¡Ni el propio Midas fue tan codicioso como la mujer! ¡Enseguida

tendréis vuestro sucio chelín, en cuanto aparezca mi amigo!

—*Sin penique no hay paternóster* —dijo la moza con insolencia—. No tengo garantías de que vaya a aparecer.

—¡Vuestro amo se va a enterar de esta impertinencia!

Dolly se encogió de hombros, al modo de Burlingame.

—¡Entonces, un ponche, por el amor de Dios, o un café, antes de que caiga enfermo! Santo cielo, buena moza, yo soy —Ebenezer se interrumpió, acordándose de los capitanes piratas—. ¡Os lo pide un caballero, no un vulgar marinero!

—Ni el mismísimo rey Guillermo sacaría un trago fiado en El Rey de los Mares. Ebenezer desistió del intento.

—Si la muerte me ha de sobrevenir en este establo infecto —dijo con un suspiro—, ¿al menos podríais traerme pluma y tintero o tampoco presta la casa ese servicio?

—Tinta y pluma son gratis para todo el mundo —concedió Dolly, y al poco llevó tales efectos a la puerta del establo.

—Tenéis que escribir en vuestro propio libro —afirmó—. El papel es demasiado caro como para andar tirándolo.

—¡Y yo que os amenazaba con vuestro amo! ¡Santo cielo, si vos sois su fortuna!

De nuevo a solas, Ebenezer escribió en la página doblada de su libro de contabilidad aquel pareado aforístico que tanto le había ayudado, y hubiera probado fortuna con otras composiciones, pero la incomodidad de la situación en que se hallaba hacían imposible la creación. El transcurso del tiempo le alarmaba: el sol ya había dejado atrás el meridiano e iniciaba su caída hacia el oeste; seguro que enseguida sería la hora de embarcarse en la chalupa que había de transportarlos hasta el *Poseidón*, y Burlingame seguía sin dar señales de vida. El viento cambió de dirección, soplando ahora más directamente desde el puerto hasta el establo, calando al poeta de parte a parte. Al cabo, Ebenezer se vio obligado a buscar refugio en una cuadra vacía que había allí cerca, donde había amontonado el suficiente heno fresco como para teparle las piernas y las caderas, cuando se hubo sentado. A decir verdad, tras el disgusto inicial, se encontró bastante cómodo y abrigado, bien que sentía una pizca de aprensión (tanto por el bienestar de Burlingame como por el suyo propio, pues pronto se imaginó que su amigo habría caído en manos de los capitanes piratas). Decidió alegrar el ánimo con pensamientos más felices (y al mismo tiempo luchar contra la modorra que le provocó inmediatamente su relativa comodidad), así que volvió a aquella página de su cuaderno donde estaba la cuarteta del *Poseidón*. Y a pesar de que jamás había puesto los ojos en aquel navío, tras pensarlo un tiempo, agregó a la primera una segunda cuarteta; la primera cuarteta hablaba con franqueza del barco:

Nobilísimo navío
de la cubierta al bastión,

cual los que Homero cantara,
los de griego pabellón.
Como aquéllos rumbo al este:
antaño aguardaba Troya,
hoy aguarda Maryland,
que del mundo es nueva joya.

A partir de aquello costaba poco trabajo hacer extensivo el tributo al capitán y a la tripulación, aunque la verdad era que Ebenezer no había conocido en toda su vida a gentes de mar, excepción hecha de Burlingame y los temibles capitanes piratas. Entregándose por entero a la musa y rechazando la clase de estrofa anteriormente elegida para pasar a un tipo más acorde con la épica, escribió a continuación:

Nuestro capitán, como un dios salino,
altivo al cielo sus órdenes daba.
Cabe el gobernalle decía el camino;
las velas plegaban y despleaban,
altos cual palos, los bravos marinos;
captaban viento y vendaval burlaban,
afrontando su atlántico destino.
¡Noble y salobre de tritones raza,
que al viento y la marea sojuzgabais,
orgullo erais de Albión y del Divino!

En una especie de ensueño, Ebenezer se vio ya a bordo del *Poseidón*, los calzones secos y calientes, su equipaje a salvo, guardado abajo. El cielo estaba luminoso. Un viento nuevo, procedente del este, levantaba crestas blancas en medio del océano centelleante, amenazando a su sombrero y a los sombreros de los cordiales caballeros con quienes se hallaba conversando en la toldilla, en tanto las ascuas del buen tabaco que colmaba sus pipas oscilaban entre el rojo y el amarillo. ¡Con cuánta gracia corría la marinería por la arboladura, largando velas! ¡Qué magnífico coro elevaba el ancla al emerger del fondo del mar, al que se unió la nave, principiando su camino! Los caballeros se sujetaban el sombrero, contemplando cómo se formaba una ola de espuma bajo la verga, para alzar luego la vista y contemplar las evoluciones de las aves marinas, venidas de los muelles; luego los pasajeros entrecerraban los ojos para protegerse del sol y el agua pulverizada, riendo de admiración ante el espectáculo que ofrecían los marinos trepadores. Enseguida uno de los que trabajaban en la cocina hizo un gesto cortés desde abajo y toda aquella alegre compañía se retiró para comer en los aposentos del capitán. Ebenezer se sentó a la diestra de aquel dignatario y no había ni hambre ni ingenio que sobrepasaran los suyos. ¡Y qué festín desplegaron ante ellos! De nuevo sumergiendo la plumilla en tinta, escribió:

¿Tú me preguntas qué come
nuestra alegre cofradía
cuando se aleja camino

de Maryland la bravía?
Te respondo: jamás hubo
tan exquisitas delicias;
nuestro apetito marino
las siente como caricias.
De Jove y Juno la estirpe
no probó placer tan sano,
aunque a ellos los sirvieran
Ganímedes y Vulcano.

Cabía decir más cosas, pero no era más dulce el sueño que la articulación del mismo, y además era tan completa su fatiga que casi no logra reunir las fuerzas suficientes para suscribir el habitual E. C., Gent., P^{ta} y L^{do} de M^d antes de que se le cerraran los ojos del todo, le cayera la cabeza hacia delante y a partir de ahí ya no supiera nada más.

Parecía que hubiera dormido tan sólo un momento; sin embargo, cuando le despertó el ruido de un mozo de cuadra que llevaba un caballo al interior del establo, Ebenezer observó, alarmado, que el sol se había adentrado un buen trecho por el cielo occidental: el recuadro de luz que dejaba pasar el vano de la entrada llegaba casi hasta donde se hallaba él, sentado entre la paja. Se puso de pie de un salto, recordó su semidesnudez y echó mano a un par de manojos de paja para cubrirse.

—La letrina está al otro lado del patio, señor —dijo el mozo, sin dar muestras visibles de sorpresa—, aunque reconozco que no es poco mejor que esta cuadra.

—No, te confundes conmigo, mozalbeta... Pero da igual. ¿Ves esos calzones y calzoncillos que están colgados en aquella cuerda de allí? Pues me harías un gran servicio si fueras a palparlos, por ver si están secos, y si es así, tráemelos acá a toda prisa, porque tengo que coger la barca que va a Los Cerros.

El joven hizo lo que le decían y enseguida Ebenezer estuvo en condiciones de dejar por fin tras de sí el establo y salir corriendo a toda carrera hacia el muelle, vigilando al tiempo que corría, por si veía a Burlingame o a los dos capitanes piratas, en cuyas manos temía que hubiera caído su amigo. Cuando llegó al muelle, sin aliento, vio para su desmayo que la chalupa ya había partido y con ella su baúl, aunque el de Burlingame seguía en el muelle, exactamente en el mismo sitio que por la mañana. A Ebenezer le abandonó el ánimo.

Había un marinero entrado en años, sentado sobre unas cuerdas enroscadas, pertenecientes a la chalupa; estaba fumando una pipa de arcilla muy larga.

—Decidme, buen hombre, ¿cuándo zarpó la chalupa?

—No hace ni una hora —dijo el viejo, sin molestarse en mirarlo—. Todavía la podéis ver.

—¿Había entre los pasajeros un hombre bajo que llevaba... —se disponía a describir la chaqueta de color púrpura oporto, pero recordó a tiempo el disfraz de su amigo—... que se hace llamar Bertrand Burton, y que es criado mío?

—Que yo viera, no. No había ningún criado, que yo viera.

—Pero ¿por qué habéis dejado este baúl en tierra y habéis cargado el que había al lado? —preguntó Ebenezer—. Los dos iban juntos al *Poseidón*.

—Yo no tengo nada que ver —dijo el marinero encogiéndose de hombros—. El señor Cooke se llevó el suyo consigo al zarpar; el otro hombre se embarca esta noche en un navío diferente.

—¡El señor Cooke! —exclamó Ebenezer. Estuvo a punto de protestar, asegurando que él era Ebenezer Cooke, Laureado de Maryland, pero se lo pensó mejor: en primer lugar, los piratas podrían estar aún buscándolo; por lo que él sabía, el marinero viejo bien pudiera estar al servicio de ellos además, Cooke era un apellido que no tenía nada de raro, y puede que todo el asunto no fuera más que una confusión temporal.

—Sin embargo, habrá la certeza absoluta —acabó diciendo— de que ese hombre no era *Ebenezer Cooke*, Laureado de Maryland.

Pero el viejo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ese mismo caballero era, el tal poeta.

—¡Diantre!

—Llevaba unos calzones negros como los vuestros —informó el marino— y una casaca púrpura, que no estaba nada limpia, por más que él tenga un cargo tan alto.

—¡Burlingame! —dijo el poeta, boquiabierto.

—No, se llamaba *Cooke*. Una especie de poeta; se embarcaba en el *Poseidón*.

Ebenezer no era capaz de entenderlo.

—Entonces tened la bondad de decirme —preguntó con cierta dificultad y no poca aprensión—: ¿quién podría ser el segundo caballero, el propietario de este baúl, y que zarpa esta noche en un navío diferente?

El viejo le dio una chupada a la pipa.

—No iba vestido como un caballero —dijo por fin—, ni tenía cara de caballero, sino que más bien tenía aspecto de estar curtido por la sal y el aire, como cualquier marinero. Los otros le llamaban *capitán*, y él a ellos también.

Ebenezer palideció.

—¿No sería el capitán Slye? —preguntó, atemorizado.

—Pues ahora que lo mencionáis, sí —dijo el viejo—, había entre ellos un tal capitán Slye.

—¿Y Scurry?

—Sí, Slye y Scurry eran, idénticos como gemelos. Junto con el tercero vinieron en busca del caballero poeta cuando no hacía ni cinco minutos que éste se había ido, lo mismo que habéis venido vos en busca de ellos. Pero no llegaron más lejos de la primera taberna, donde entraron a por ron; es probable que los encontréis allí todavía.

A su pesar, Ebenezer exclamó:

—¡El cielo me asista! —Y lanzó una mirada de terror hacia el otro lado de la

calle.

El viejo se encogió de hombros nuevamente y lanzó un escupitajo a las aguas del puerto.

—Puede que en tierra firme haya gente más correcta que los marineros —concedió—, pero más divertida... ¡Un momento! —dijo, interrumpiéndose a sí mismo—. Basta con que leáis el nombre que viene en su equipaje; no hace ni diez minutos que lo escribí. Yo personalmente no tengo el don de las letras, si no ya se me hubiera ocurrido esto antes.

Ebenezer examinó enseguida el baúl de su amigo y en una de las manillas se encontró un trozo de cartón en el que se leía: *Cap. John Coode*.

—¡No! —Las piernas le traicionaron; se vio obligado a sentarse en el baúl, so pena de volver a echar a perder de nuevo los calzones recién secos—. ¡No me digáis que era John Coode «el Negro»!

—Blanco o negro, John o Jim, se llamaba Coode —afirmó el otro—: capitán Slye, capitán Scurry y capitán Coode. Allá están, en El Rey de los Mares.

De repente, Ebenezer lo comprendió todo, aunque el hecho de que lo comprendiera poco le aplacaba el miedo: Burlingame, después de enterarse por medio de Ebenezer, en el establo, del episodio de los piratas y la presa que andaban buscando, los había visto por los alrededores de la taberna, y puede que a Coode también, dándose cuenta de que existía un plan contra quien ostentaba aquel cargo, personaje que, en tanto que Laureado de lord Baltimore, era a fin de cuentas un enemigo poderoso, incluso potencialmente mortal para sus planes sediciosos, pues para ponerlos al descubierto no había armas mejores que el incisivo verso hudibrástico. Así pues, ¿qué actitud más noble o más acorde con el espíritu de la infidelidad y la vigilancia cabía que volver a cambiar de atuendo, ponerse las ropas originarias, proclamarse Laureado (puesto que era evidente que los perseguidores no conocían la cara de su víctima) y hacerles perder el rastro fingiendo embarcarse, con baúl y todo, en el *Poseidón*? Era una estratagema digna del valor y de la capacidad de iniciativa de su amigo; una aventura que igualaba a la que protagonizó Burlingame cuando escapó de las manos del pirata Thomas Pound, o a aquella otra, cuando interceptó las cartas de Benjamín Ricaud. Además, la había llevado a cabo arriesgando sus propiedades, de las que parecía haberse adueñado Coode. El poeta sintió que le volvía el calor al corazón: la solicitud, el valor y la abnegación de su amigo le humedecieron los ojos.

—¡Y pensar —pensó— que todo el tiempo dudé de él, creyendo que no estaba seguro en la cuadra!

Muy bien; Ebenezer resolvió lo siguiente: demostraría que era digno de tan alta consideración.

—¿Cómo es que le habéis dado permiso a ese tal Coode para que se lleve mi

baúl? —le preguntó al viejo navegante, que había vuelto a su pipa y a sus meditaciones.

—¿*Vuestro* baúl, señor?

—¡*Mi* baúl! ¿Sois ciego además de iletrado? ¿Es que no nos visteis al Laureado y a mí esta mañana cuando bajamos nuestros baúles del coche de Londres?

—¡Santo cielo, no sé nada de eso! —afirmó el viejo—. El que lleva la chalupa es mi Joseph, mi hijo Joseph; yo sólo me quedo vigilando el atracadero hasta que vuelve.

—¿Y permitís que cualquier bribón que lo reclame se lleve el equipaje de vuestros clientes? ¡Vaya un barquero que estáis hecho, y vuestro Joseph también, a fe mía! Ese canalla de John Coode ni siquiera se digna fingir; con vuestra ayuda roba abiertamente a plena luz del día ¡y utilizando su propio nombre! ¡Se lo haré saber al *sheriff*!

—¡No, señor, os lo suplico! —exclamó el otro—. ¡Mi hijo no sabía nada de esto, lo juro, y yo tampoco pensé que estuviera siendo cómplice de un ladrón! Esos frescales de capitanes se presentaron con mucha autoridad y echándole cara al asunto, señor, y preguntaron por el caballero poeta, y yo les dije: este arcón es del capitán Coode y tiene que estar en el *Morfeo* al ponerse el sol, cuando el barco zarpe rumbo a la Isla de Man.

—Y acabó con vuestras dudas por medio de una guinea, ¿no es así?

—Dos chelines —respondió humildemente el marinero—. ¿Cómo iba yo a saber que el equipaje no era suyo?

—En cualquier caso, eso agrava la felonía —declaró Ebenezer—. ¿Os vale la pena echar vuestro último aliento en la cárcel a cambio de dos chelines?

Merced a aquélla y a otras amenazas parecidas, Ebenezer enseguida convenció al viejo marinero de que había cometido un error.

—Sin embargo, ¿cómo puedo yo saber que el equipaje es vuestro —preguntó de todos modos— ahora que me habéis planteado las cosas así? A lo mejor el ladrón sois vos y no el capitán Coode, y entonces, ¿quién me salva a mí de la cárcel?

—Yo soy el único depositario del baúl —repuso el poeta— y es mío en tanto le hago entrega del mismo a mi amo.

—¿Sois un criado y me reprendéis así? —El marinero se rascó su patilluda mandíbula—. ¿Y quién podrá ser vuestro amo, que viste a su criado como si fuera un petimetre de Saint Paul?

Ebenezer pasó por alto la ofensa.

—Es ese mismo caballero poeta que se llevó consigo el primer baúl, Ebenezer Cooke, el Laureado de Maryland. Y mal os iría a vos y al palurdo de vuestro Joseph si yo contara todas estas tonterías en el lugar adecuado.

—¡Dios mío, entonces apartad de mí ese arca odiosa! —exclamó el pobre

hombre, prometiendo que enviaría baúl y criado juntos al *Poseidón* en cuanto regresara la chalupa—. Pero os ruego que me deis una sola prueba o evidencia del cargo que ocupáis —imploró— a fin de que mi corazón se sienta aliviado, pues ¿cómo me voy a presentar delante de los tres capitanes si el ladrón sois vos y ellos los dueños?

—No tengáis ningún miedo —dijo Ebenezer—. Dentro de un par de minutos os mostraré una prueba satisfactoria: una página tras otra de los escritos del Laureado. —Ebenezer recordó de pronto, con una mezcla de preocupación y alivio, que su cuaderno aún seguía en la cuadra. Pero el hombre negó con la cabeza.

—Aunque os los hubieran grabado en el culo con letras carmesí, o los hubieran esculpido como las Tablas de la Ley, para mí no tendrían ni pies ni cabeza.

—¡No sigáis poniendo a prueba mi paciencia, anciano! —advirtió el poeta—. Hasta la persona más lerda del mundo reconoce un poema por su aspecto, tanto si capta su sentido como si no. Os voy a mostrar unos versos dignos de los oídos de los dioses, y eso pondrá fin a vuestras cavilaciones.

Ordenándole al marinero, con la mayor severidad de que fue capaz, que vigilara el baúl de Burlingame y que aprestara la chalupa, en caso de que volviera, para que zarpara una vez más al punto, Ebenezer se puso en camino, describiendo una gran curva para cruzar la calle y, haciendo un desvío pronunciado a fin de evitar la entrada de El Rey de los Mares, volvió a atravesar el callejón que iba a dar al patio trasero de la posada, y con el corazón palpitante volvió a entrar en aquel establo que ya le era familiar, esperando encontrarse en cualquier momento con el horrendo trío de capitanes. Se dirigió apresuradamente a la cuadra en la que había compuesto sus versos náuticos: allí, entre la paja, en el mismo lugar donde lo había dejado por causa del azaramiento y la prisa, se hallaba el precioso libro de cuentas. Lo cogió. ¿Sería posible que el mozo de cuadra lo hubiera deteriorado o que hubiera arramplado con un manojo de páginas? No, estaba intacto y en perfecto orden.

—*Que al viento y la marea sojuzgabais* —dijo, citando una página, y suspiró, complacido por sus dotes de artista—. ¡Se oyen los vaivenes de la tempestad!

Pero no había tiempo para aquellos deleites; en aquel mismo momento podían estar amarrando la chalupa, y los villanos que se encontraban en la taberna no iban a estar bebiendo ron eternamente. Con la mayor rapidez posible, Ebenezer le echó un vistazo a la última estrofa que había compuesto por la mañana (los doce o catorce versos que describían el banquete a bordo); suspiró una vez más, se guardó el cuaderno debajo del brazo y salió presurosamente del establo, en dirección al patio.

—Deteneos, señor poeta, o sois hombre muerto —dijo una voz a sus espaldas.

Ebenezer se volvió dando un giro y se vio frente a un par de diablos recién llegados del infierno, vestidos de negro, ambos con la mano izquierda apoyada en un bastón de ébano y con la derecha sujetando una pistola que apuntaba al pecho del

poeta.

—Doblemente muerto —añadió el otro.

Ebenezer no fue capaz de hablar.

—¿Le atravieso su corazón de católico romano de un balazo, capitán Scurry, y así os ahorráis pólvora?

—No, gracias, capitán Slye —repuso el otro—. Era deseo del capitán Coode ver qué clase de pez mordía el anzuelo antes de dejarnos que le rebanáramos el gizonte. Pero cuando esa hora llegue, el placer es vuestro.

—A vuestras órdenes, capitán Scurry —dijo el capitán Slye—. Adentro con vos, Cooke, u os meto una bala en las tripas.

Pero Ebenezer no era capaz de moverse. Por fin, guardándose las pistolas en el cinturón, en vista de que eran innecesarias, los temibles escoltas cogieron cada uno de un codo al poeta y, medio desmayado, lo llevaron a empellones hasta la puerta trasera de la posada.

—¡Por el amor de Dios, perdonadme! —graznó Ebenezer con los ojos firmemente cerrados.

—Este caballero no tiene potestad para tal cosa —dijo uno de los que le habían capturado—. La persona a cuya presencia os llevamos es el hombre a quien tenéis que implorar.

Entraron en una especie de despensa o almacén, y uno de los que lo habían capturado —el que respondía al nombre de Slye— se adelantó a abrir otra puerta, la cual daba a la humeante cocina de El Rey de los Mares.

—¡Ah del barco, John Coode! —rugió—. Hemos atrapado a vuestro poeta.

Le propinaron entonces tal empujón a Ebenezer desde atrás que resbaló sobre las baldosas grasientas y cayó cuan largo era junto a una mesa redonda que había en el centro de la habitación, justo a los pies de un hombre que se hallaba sentado. Todo el mundo se rio: el capitán Scurry, que le había empujado; el capitán Slye, que se encontraba cerca de él; una mujer, que, puesto que los pies le colgaban a la altura de sus ojos, le hicieron pensar a Ebenezer que estaría sentada en el regazo de Coode, y el propio Coode. Tembloroso, el poeta alzó la vista y vio que la mujer era la veleidosa Dolly, que estaba sentada con los brazos alrededor del cuello del archidesalmado.

Entonces, tan atemorizado como si esperara encontrarse con Lucifer en persona, Ebenezer volvió la vista hacia John Coode. Lo que vio era, si bien menos horrendo, ni un ápice menos asombroso: el rostro sonriente de Henry Burlingame.

10. EL LAUREADO ES VÍCTIMA DE LA CRÍTICA LITERARIA Y SUBE A BORDO DEL *Poseidón*

—¡Henry!

La sonrisa de su amigo se esfumó. Burlingame echó de su regazo a la criada, se puso en pie de un salto, con gesto ceñudo y cogió a Ebenezer por la pechera de la camisa.

—¡Más que zote! —dijo, enfadado, antes de que el poeta pudiera decir más—. ¿Quién te ha dado permiso para husmear en los establos? ¡Te dije que recorrieras los bosques en busca de ese poeta loco!

Ebenezer estaba demasiado sorprendido como para articular palabra.

—Este es mi criado, Henry Cook —le dijo a los capitanes de negro—. ¿Es que no sabéis distinguir a un poeta de un vulgar criado?

—¿Vuestro criado? —preguntó a voces el capitán Scurry—. A fe mía que éste es el mismo mequetrefe encagarrinado que nos estaba molestando esta mañana, ¿no, capitán Slye?

—Sí que lo es —dijo el capitán Slye—. Lo que es más, estaba garabateando en ese mismo libro que hay ahí, y que según vos afirmáis pertenece al poeta.

Burlingame se volvió de nuevo hacia Ebenezer, alzando una mano.

—¡Te voy a dar un par de sopapos en esas orejas de vago que tienes! ¡Holgazaneando en una taberna cuando yo te había mandado ir a los muelles! ¡No es de extrañar que se nos haya escapado el Laureado! ¿Cómo ha llegado el cuaderno hasta tus manos? —le preguntó, y como Ebenezer (a pesar de que ya empezaba a entender que su amigo le estaba protegiendo), era incapaz de articular respuesta, Burlingame añadió—: Supongo que lo encontrarías en el equipaje de nuestro hombre, allá en el muelle, y que te parecería que el hallazgo merecía un trago.

—Sí —consiguió decir Ebenezer—. Eso es..., sí.

—¡Ah, Dios mío, qué tío más bruto! —dijo Burlingame, dirigiéndose a los demás—. Todo el día empujando el codo y aguanta el ron menos que un monaguillo. Me imagino que te pondrías malo, ¿no? —le dedicó a Ebenezer una mirada de desprecio—, y que te viniste al establo a echar la vomitona.

El poeta asintió con un gesto de la cabeza y, atreviéndose por fin a confiar en su voz, hizo el siguiente aserto:

—No hace ni una hora me desperté y me fui corriendo al muelle, pero el baúl del Laureado había desaparecido. Entonces me acordé de que me había dejado el cuaderno en el establo y vine a buscarlo.

Burlingame elevó las manos al cielo, mostrando su desesperación ante los capitanes.

—¿Y a vosotros os parece que este desgraciado tiene aspecto de ser el Laureado

de Maryland? ¡Estoy rodeado de idiotas! Dolly, tráenos dos copas y algo de comer —ordenó— y todos vosotros fuera de aquí menos este increíble cabeza de chorlito. Tengo algo que decirle.

El capitán Slye y el capitán Scurry salieron con las orejas gachas, y Dolly, que había presenciado toda la escena con indiferencia, salió a por las bebidas. Ebenezer casi cae desmayado en una silla y se agarró a la manga de la casaca de Burlingame.

—¡Dios mío! —susurró—. ¿Qué es todo este lío? ¿Cómo es que te haces pasar por Coode y por qué me has dejado todo el día tiritando en el establo?

—Habla bajo —le advirtió Henry, mirando por encima del hombro—. Aunque sea de utilidad, en este lugar hay que andarse con cuidado. Ten fe en mí: te lo revelaré todo cuando sea posible.

La moza volvió con dos vasos de ron y un plato de ternera fría.

—Diles a Slye y Scurry que se vayan al muelle —le indicó—, y diles que estaré en el *Morfeo* al ponerse el sol.

—¿Se puede confiar en ella? —preguntó Ebenezer cuando se hubo ido la muchacha—. Sin duda sabe que tú no eres John Coode, después de lo de esta mañana.

Burlingame sonrió.

—Sabe cuál es su papel. Ahora hinca el diente y te diré cuál es el tuyo.

Ebenezer hizo lo que le indicaban —no había probado bocado en todo el día— y se sintió algo calmado por el ron, que, no obstante, le hizo estremecerse. Burlingame miró a través de una grieta que había en la puerta que daba a la estancia principal de El Rey de los Mares y, aparentemente satisfecho de que nadie pudiera oírlos, explicó su posición como sigue:

—Nada más dejarte esta mañana fui derecho al puerto a buscarte unos calzones limpios, mientras pensaba todo el rato en lo que me habías contado de los capitanes piratas. Yo suponía que no serían piratas, tanto más por cuanto que andaban tras de ti. ¿De qué puede servirle un poeta a un pirata? No obstante, la manera en que los pintaste, sus modales y su búsqueda, me hicieron pensar en otra cosa, no menos alarmante y que pronto descubrí que era la verdad. Tus dos canallas vestidos de negro estaban en el mismo muelle donde se encontraban nuestras cosas, y enseguida supe que se trataba de Slye y Scurry, dos contrabandistas que han trabajado anteriormente para Coode. Estaba claro que Coode sabía lo de tu nombramiento y que no abrigaba buenas intenciones con respecto a ti, aunque cuáles eran sus motivos, eso es algo sobre lo cual sólo puedo hacer conjeturas; además quedaba claro que tus perseguidores no sabían qué cara tenía la víctima, por lo que era fácil darles el pego. Estaban hablando con el chico que lleva la chalupa; tuve la osadía de agacharme detrás de nuestros baúles y le oí decir al barquero que tu compañero y tú estabais en El Rey de los Mares; menos mal que yo no le había dado ningún nombre. Slye dijo

que era imposible, puesto que habían estado hacía muy poco en El Rey de los Mares, de donde habían salido corriendo al ver en la calle a su víctima, cuya pista perdieron, sin embargo.

—Sí, justamente —dijo Ebenezer—. Es la última cosa que recuerdo. Pero a quién siguieron, eso no lo sé.

—Ni yo tampoco. Sin embargo, el barquero insistía en su historia, y por fin Slye propuso volver a registrar la taberna. Pero Scurry protestó, diciendo que ya era hora de ir a buscar a John Coode, que estaba con la flota.

—¡Coode a bordo de la flota!

—Sí —dijo Burlingame—. Esta y otras cosas que dijeron me hicieron creer que Coode se había hecho a la mar en Londres, disfrazado, a bordo del mismo buque de guerra que el gobernador y su séquito, y que todos ellos se han unido a la flota esta mañana. Sin duda, Coode teme por su casa y desea ver con sus propios ojos hasta qué punto sus enemigos gozan del favor de Nicholson. Entonces yo deduje que Slye y Scurry iban a reunirse con él en Los Cerros, para trasladarlo a su nave, que zarpa esta noche hacia la Isla de Man, y de allí a Maryland.

—¡Dios Santo! ¡Qué audacia tiene ese hombre! —exclamó el poeta.

Burlingame sonrió.

—¿Te parece audaz? La travesía de Londres a Plymouth no es gran cosa.

—¡Pero en las mismísimas narices de Nicholson! ¡En compañía de los mismos hombres a los que había expulsado de la provincia!

—Sin embargo, durante el tiempo que estuve agachado detrás del equipaje —dijo Burlingame— se me ocurrió una idea aún más audaz... Pero antes es menester que te diga, otra cosa que ha llegado a mis oídos. Scurry le preguntó a Slye cómo iban a reconocer a su cabecilla si iba disfrazado y jamás le habían visto la cara. Y Slye le propuso que utilizaran una especie de santo y seña que empleaban los hombres de Coode antes de la revolución para averiguar si terceras personas eran partidarios suyos.

»Ahora bien, se daba la circunstancia de que había dos santo y señas que yo conocía bien, de los viejos tiempos en que me hacía pasar por rebelde: en uno de ellos el primer hombre le pregunta a su camarada: «¿Qué tal monta la yegua tu amigo Jim últimamente?». Mediante lo cual se quiere dar a entender: «¿En qué medida tiene Jacobo asegurado el trono?». A lo cual respondía el segundo: «Me temo que va a caer; necesita una yegua mejor». Y el tercer hombre, si estaba al tanto del juego, decía: «A lo mejor es que a la yegua le hace falta un jinete mejor». El otro santo y seña era para utilizarlo cuando alguien quería dar a conocer su condición de rebelde a un grupo de desconocidos: «¿Has visto a mi amigo el que lleva una corbata naranja?». Eso quería decir que el que hablaba era partidario de la casa de Orange. Entonces uno de los desconocidos exclamaba: «¡Santa María, reparad en este

hombre!». Todo lo cual viene a ser un juego de palabras sobre la reina María y el rey Guillermo.

»Al oír sus planes —prosiguió Burlingame— al punto decidí desbaratarlos; lo primero que se me ocurrió fue que tú y yo nos hiciéramos pasar por Slye y Scurry, que sacáramos a Coode del barco de guerra y lo retuviéramos de alguna manera hasta que averiguáramos sus planes y por qué te buscaba.

— ¡Diantre! ¡Eso jamás hubiera resultado!

—Puede ser —admitió Burlingame—. En cualquier caso, aunque yo sabía que Slye y Scurry no conocían a Coode, eso no implicaba que *él* no los conociera a *ellos...*, de hecho, son un par de sinvergüenzas célebres. Por dicha razón tomé la decisión de volver a ser Coode, como aquella vez a bordo del barco de Peregrine Browne. Salí de entre los baúles y le pregunté a mi amigo por la corbata naranja.

Ebenezer manifestó asombro y preguntó si, teniendo en cuenta que Burlingame iba vestido de criado y que Coode estaba teóricamente a bordo del barco de guerra, no había sido una jugada poco juiciosa, pese a toda su osadía. Su amigo respondió que Coode era conocido por sus atuendos insólitos —sotana de sacerdote católico, traje de ministro protestante, diversos uniformes militares, por ejemplo— y que era muy característico de él aparecer entre sus seguidores como si surgiera de la nada para desaparecer de un modo similar, tan inesperadamente que algunos de los más crédulos lo creían dotado de poderes ocultos.

—Al menos me creyeron —dijo— cuando se recobraron de la sorpresa, aparte de que les di poca ocasión de preguntar. Fingí disgusto por su tardanza en reconocermé y monté en cólera cuando dijeron que no le habían echado el guante al Laureado. Interrogándolos de un modo sumamente discreto (pues era necesario actuar como si supiera más que ellos), logré ensamblar las piezas de un extraño cuento que aún no alcanzo a comprender cabalmente; Slye y Scurry habían venido de Londres con un individuo que afirmaba ser Ebenezer Cooke; por orden de Coode se hicieron pasar por plantadores de Maryland y escoltaron al falso Laureado hasta Plymouth, donde me imagino que tenían la intención de llevarlo a bordo del *Morfeo* con algún propósito siniestro... Tal vez pensaran que se trataba de un espía de Baltimore. Pero fuera quien fuere aquel individuo, se debió de oler la argucia, porque escapó de sus garras esta mañana.

»Ahora bien, no creas que me había olvidado de ti —prosiguió—; tenía miedo de que encontraras otras ropas, y en cualquier momento te mostraras en público. Por lo tanto, me llevé a Slye y a Scurry a una taberna que había calle arriba, para beber ron y retenerlos todo el tiempo posible, intentando concebir un plan que me permitiera enviarte un recado. Cada pocos minutos miraba hacia el muelle, fingiendo estar buscando a un criado mío, y cuando por fin vi que faltaba tu baúl supuse que te habrías ido solo al *Poseidón*. Poco después, cuando volvíamos hacia aquí, el viejo del

muelle confirmó que Eben Cooke había subido a la chalupa con su baúl.

Ebenezer meneó la cabeza, asombrado.

—Pero...

—Aguarda a que termine. Entonces nos vinimos aquí a matar el rato hasta el anochecer; estaba completamente convencido de que estabas a buen recaudo, y mi única intención era enviarte una nota por medio del hombre que lleva la chalupa, para que no creyeras que te había traicionado o que corrías peligro. Cuando Dolly me dijo que tu cuaderno estaba en el establo, les juré a Slye y Scurry que todavía estábamos a tiempo de cogerte, teniendo en cuenta que un poeta estaría dispuesto a descender a los infiernos en busca de su cuaderno, y les ordené que vigilaran las cuadras en espera de tu regreso... De hecho, tenía la intención de enviarte el libro enseguida con mi nota dentro, y tan sólo me serví de esa estratagema a fin de librarme temporalmente de ese par de macacos gemelos. ¡Imagínate mi alarma cuando te cogieron allí dentro!

Ebenezer recordó, con cierta incomodidad, la escena que su entrada había interrumpido.

—Es demasiado fastidioso para expresarlo con palabras —declaró—. Tú creías que yo me había ido y yo que tú... Oye, ¡ese tipo llevaba puesta tu casaca!

—¿Qué? ¡Imposible!

—No, estoy seguro. El viejo del muelle la describió: una casaca algo raída, de color entre oporto y púrpura, y calzones negros. Por eso creí que se trataba de ti.

—¡Santo Dios! ¡Esto es maravilloso! —se rio en voz alta—. ¡Menuda comedia!

Ebenezer confesó no saber dónde estaba la gracia.

—¡Tú piénsalo! —exclamó su amigo—. Cuando Slye y Scurry vinieron esta mañana en busca de su Laureado y estuvieron divirtiéndose a tu costa, sin saber que era a ti a quien buscaban, Dolly y yo estábamos otra vez retozando en aquel establo de allí: en la primera cuadra a la que fuimos nos encontramos durmiendo a un pobre individuo con aspecto de criado, y con él, allí mismo, intercambié mis ropas. ¡Y vaya si quedó contento con el intercambio!

—¡Cielos! ¿Quieres decir que era el falso Laureado?

—¿Quién si no, si el hombre del que oíste hablar llevaba puesta mi casaca? Tal vez en ese momento había logrado zafarse de Slye y Scurry y se estaba ocultando de ellos.

—Entonces fue a él a quien vieron pasar después por delante de la ventana, lo cual me salvó la vida.

—No cabe la menor duda, y cuando supo que se trataba de tu baúl, seguramente se escapó con él. ¡Es un tipo atrevido!

—No llegará lejos —dijo Ebenezer con expresión siniestra—. Le haré desaparecer del barco en cuanto estemos a bordo.

Burlingame apretó los labios pero no dijo nada.

—¿Qué pasa, Henry?

—¿Tienes intención de navegar a bordo del *Poseidón*? —preguntó Burlingame.

—¡Claro! ¿Qué nos va a impedir que nos escapemos ahora mismo, mientras Slye y Scurry nos aguardan a bordo de su barco?

—Olvidas cuál es mi deber.

Ebenezer enarcó las cejas.

—¿Soy yo o eres tú quien se ha olvidado?

—Mira una cosa, querido Eben —dijo Burlingame con suavidad—. No sé quién es ese impostor, pero te puedo garantizar que se trata de algún engreído londinense de poca monta que quiere aprovecharse de tu fama. Déjalo que se haga pasar por Eben Cooke a bordo del *Poseidón*; puede que el capitán se dé cuenta de la impostura y le ponga grilletes encima, o puede que Coode lo asesine o lo corrompa, puesto que viajan en la misma flota. Aunque mantenga el engaño hasta que lleguemos a Maryland, podemos salirle al encuentro en el puerto, acompañados del *sheriff*, y ahí se acaba todo. Mientras tanto, tu baúl está a buen recaudo en la bodega del barco, donde él no lo puede tocar.

—Entonces, por el amor de Dios, Henry, ¿qué te propones?

—No sé qué carta se reserva John Coode —dijo Burlingame—, ni tampoco lo sabe lord Baltimore ni nadie. Es verdad que está alarmado por el nombramiento de Nicholson; y que teme por su sucia causa; me da la sensación de que se propone tomar tierra antes que la flota, pero si lo hace para tapar las huellas de sus antiguas maldades o para sembrar las semillas de otras nuevas, eso no acierto a adivinarlo, como tampoco qué planes reserva exactamente para ti. Yo tengo la intención de seguirme haciendo pasar por Coode y hacer la travesía hasta Maryland a bordo del *Morfeo* en compañía de mi fiel criado Henry Cook.

—¡Ah, no, Henry, eso es absurdo!

Burlingame se encogió de hombros y llenó la pipa.

—Nos adelantaremos a Coode —dijo— y puede que además desbaratemos su plan.

A continuación, Burlingame pasó a explicar que los capitanes Slye y Scurry estaban implicados en un asunto de contrabando de tabaco libre de impuestos a Inglaterra por medio del recurso de la exportación doble; es decir, registraban la mercancía y pagaban los impuestos a los que estaba sometida en un puerto de entrada inglés, luego reclamaban el importe de los impuestos, reexportando el tabaco a la cercana Isla de Man —técnicamente, territorio extranjero—, desde donde podía introducirse con facilidad, bien en Inglaterra, bien en Irlanda.

—También podríamos labrar su ruina declarando contra ellos nada más desembarcar. ¡Menuda victoria para lord Baltimore!

Ebenezer movía la cabeza de un lado para otro, asombrado.

—¡Bueno, venga ya! —exclamó su amigo, después de un momento—. No creo que tengas miedo. ¿No estarás tan alterado por ese impostor que no tiene nada mejor que hacer?

—A decir verdad, sí que estoy alterado por su causa, Henry. No se trata de que él mejore de situación a expensas mías... Si me hubiera robado, yo no estaría nada alarmado. Pero es que ha robado mi identidad; furtivamente, me ha birlado la personalidad. No puedo consentirlo.

—Bah, bah —dijo Burlingame, desdeñoso—. Estás diciendo necedades de colegial. ¿Qué es eso de tu identidad y cómo es que se han adueñado de ella?

Ebenezer recordó a su amigo el primer coloquio que ambos mantuvieron en la diligencia de Londres, durante el cual había revelado la naturaleza de su doble esencia en calidad de virgen y poeta..., esencia que Ebenezer había creído vislumbrar tras su encuentro con Joan Toast, si es que no había cobrado existencia efectiva entonces, y cuya conservación y afirmación eran desde entonces el valor cardinal de su persona.

—Jamás volveré a huir de mi identidad ni la disfrazaré en modo alguno —concluyó—. Fue esa cobardía lo que motivó mi vergüenza esta mañana, y al igual que un presagio, sólo el regreso a mi verdadero yo me permitió salir del paso. Canciones que no habían visto la luz me purificaron, y yo pasé aquellas horas de inquietud en compañía de la musa.

Burlingame confesó su incapacidad para captar la metáfora, de modo que el poeta explicó en un lenguaje sencillo que había empleado cuatro páginas en blanco de su cuaderno para limpiarse y que otras dos las había ocupado con poesía marítima.

—Entonces juré no volver a traicionarme jamás, Henry: sólo la sorpresa que sentí permitió este último engaño. Si Slye y Scurry se nos echaran encima ahora, al punto proclamaría mi verdadera identidad.

—¿Para que al punto alojaran una bala en tu necia cabeza? ¡Eres un mentecato!

—Soy poeta —replicó Ebenezer, invocando su desmayado coraje—. ¡Que se atreva alguien a negarlo! Además de lo cual, aunque no hubiera ningún impostor a quien enfrentarse, seguiría siendo necesario efectuar la travesía en el *Poseidón*; todas mis composiciones hablan de esa nave —abrió el cuaderno por donde estaba su obra matutina—. Ahora escucha esto:

Aunque ruja en el océano
la galerna más cruel
no ha de poder con los mástiles
de nuestro insigne bajel.
Si el grandioso *Poseidón*
ha de estar a nuestro lado,
no parecerá ancho el mar
ni le tendremos cuidado.

La palabra *Morfeo* echaría a perder la medida, por no hablar del concepto.

—El concepto ya está echado a perder —dijo Burlingame con acritud—. El sexto verso te arroja por la borda y el último tanto puede hacer referencia a *Poseidón* como al *océano*. En cuanto a la métrica, nada te impide que conserves el nombre de *Poseidón* aun cuando navegues a bordo del *Morfeo*.

—No, no sería lo mismo —insistió Ebenezer, un poco herido por la hostilidad de su amigo—. Es la verdad, y yo me limito a describir el *Poseidón*.

Nobilísimo navío
de la cubierta al bastión,
cual los que Homero cantara,
los de griego pabellón.
Como aquellos rumbo a oriente,
antaño aguardaba Troya,
hoy aguarda Maryland
que del mundo es nueva joya.

—Pero tú vas a navegar en dirección oeste —observó Burlingame, aún con mayor acritud—. Y el *Poseidón* es un nido de ratas.

—Mayor motivo aún para que yo vaya en él —afirmó el poeta en un tono herido—, de lo contrario, tal vez lo pudiera describir mal.

—¡Puaf! Esta preocupación por los hechos que alegas es cosa nueva, ¿no? Me parece que para ti sería un juego de niños cambiar *Poseidón* por *Morfeo*, si eres capaz de escribir sobre la nave desde un establo de bestias.

Ebenezer cerró el cuaderno y se puso en pie.

—No sé por qué te ha dado por injuriarme —dijo con tristeza—. Estás en tu derecho de burlarte de las instrucciones de lord Baltimore, pero ¿vas a desdeñar también nuestra amistad con tal de salirte con la tuya? Yo no te pedí que vinieras conmigo, aunque Dios sabe lo mucho que preciso de tu guía. Pero, Coode o no, me las veré con ese impostor e iré a Maryland a bordo del *Poseidón*. Si tú quieres seguir adelante con tu estratagema cueste lo que cueste, *adieu*, y le ruego a Dios que volvamos a encontrarnos en Malden.

Ante aquello, Burlingame pareció calmarse un tanto; aunque no estaba dispuesto a abandonar su plan de navegar en compañía de Slye y Scurry, se disculpó por su acritud, y viendo que Ebenezer se mostraba a su vez firmemente resuelto a viajar en el *Poseidón*, se despidió de él efusivamente, bien que a su pesar, y le juró que no tenía en mente burlar las órdenes de lord Baltimore.

—Todo lo que hago lo hago pensando en ti —afirmó—. Yo tengo que desbaratar los planes de Coode contra ti. No creas que te voy a abandonar jamás, Eben: de un modo u otro seré tu guía y salvador.

—¿Entonces hasta Malden? —preguntó Ebenezer con los ojos arrasados de lágrimas.

—Hasta Malden —afirmó Burlingame, y tras un último apretón de manos, el poeta atravesó la despensa y salió por la puerta trasera de El Rey de los Mares, con gran apresuramiento, por temor a que la flota partiera sin él.

Afortunadamente encontró la chalupa aún en el embarcadero, dispuesta a efectuar un nuevo trayecto. Hasta que vio el arcón de Burlingame entre otros objetos que transportaba la embarcación, no recordó que se había hecho pasar por el criado del Laureado, y por más que le repugnaba la idea de mantener el engaño, se dio cuenta con un suspiro de que sería necedad revelar en aquel momento su verdadera identidad, pues la discusión que de aquello se seguiría bien pudiera ser causa de que perdiera la barca.

—¡Ah de la barca! —dijo, pues un anciano estaba soltando amarras—. ¡Aguardadme!

—¡Ajá! ¿No es éste el criadito del poeta? —dijo el hombre, que se llamaba Joseph y se encontraba en la popa—. Casi te dejamos en tierra.

Jadeando como consecuencia de la carrera final por el muelle, Ebenezer se subió a la chalupa.

—Alto —ordenó—. Asegurad un momento las amarras.

—¡Necedades! —dijo el marinero, riéndose—. ¡Ya vamos retrasados!

Pero Ebenezer dijo, con gran disgusto de los marinos, los cuales eran padre e hijo, que había cometido previamente un error del cual ahora se arrepentía sinceramente: en su avidez por servir a su amo, había confundido el baúl del capitán Coode con el que habían dejado a su cargo. De todos modos estaba dispuesto a pagar con sumo gusto los gastos que hubiera supuesto el transporte, pues aquellas gentes se habían tomado la molestia de subirlo a bordo; pero era necesario volver a dejar el baúl en el embarcadero antes de que el capitán Coode se enterara del asunto.

—Amo indulgente es el que aguanta ser servido por semejante mentecato —observó Joseph, no obstante lo cual, con el conveniente aderezo de quejas y maldiciones, se efectuó el transporte, y tras la recepción de un chelín extra por cabeza, a modo de gratificación, los barqueros soltaron amarras una vez más. El padre también hizo aquella vez la travesía, pues se había levantado algo de viento poco después de mediodía. Joseph hijo, desde la proa, le dio impulso a la chalupa sirviéndose de una pértiga, izó el foque para que lo inflara la brisa, recogió y ató bien la vela mayor y volvió a la proa para asegurar la escota del foque; su padre hizo fuerza sobre el timón, las velas se combaron y la chalupa ganó velocidad, rumbo a Los Cerros, suavemente inclinada hacia babor. El corazón del poeta palpitaba de emoción; el viento salino le subía la sangre a la cabeza y le revolvía el estómago. Tras unos minutos de navegación pudo ver la flota contra la luz del sol poniente: entre bricbarcas, navetas, queches, bergantines y buques de gran envergadura, medio centenar de embarcaciones ancladas que se arracimaban desperdigadas en derredor

del buque de guerra que las escoltaría por entre las aguas piratas hasta llegar a los Cabos de Virginia, desde donde cada nave proseguiría viaje hacia sus distintos puntos de destino. Vistos desde más cerca, los navíos ofrecían el espectáculo de una actividad bulliciosa: lanchas y barcasas de toda suerte y condición iban de los barcos a la orilla o de una embarcación a otra, transportando carga y pasajeros de última hora; los marineros trabajaban afanosamente con los aparejos, ajustando las velas a los palos, oíanse voces de mando en cubierta y por las arboladuras.

—¿Cuál es el *Poseidón*? —preguntó Ebenezer alegremente.

—Aquél de allí, a estribor.

El viejo señaló con la boquilla de la pipa un barco anclado a un cuarto de milla, hacia la derecha; el puente de mando y la toldilla se alzaban considerablemente sobre la cubierta, contemplando el palo de proa, el mayor y el de mesana, con sus jarcias y masteleros, el *Poseidón* no ofrecía un aspecto muy distinto del de otros barcos de su clase que formaban parte de la flota; a decir verdad, en todo caso resultaba menos atractivo. A ojos de un entendido, sus drizas raídas, los obenques mal embreados, los herrumbrosos puntos de sujeción de las cadenas, las puntas anudadas de las cuerdas y una dejadez general revelaban los años del *Poseidón* y el uso descuidado que se había hecho del mismo. Pero a Ebenezer le pareció que a su lado palidecían los demás barcos.

—¡Majestuoso! —exclamó, apenas capaz de esperar para subirse a bordo.

Cuando por fin se completó la bordada y la chalupa hubo atracado, Ebenezer gateó con presteza por la escalerilla (hazaña que en condiciones normales hubiera estado por encima de sus posibilidades) y saludó al oficial de guardia, deseándole alegremente los buenos días.

—¿Me hacéis la merced de decirme cómo os llamáis, caballero? —preguntó el mencionado dignatario.

—Con mucho gusto —replicó el poeta, inclinándose levemente—. Soy Ebenezer Cooke, Poeta Laureado de la provincia de Maryland. Mi pasaje ya está pagado.

El oficial les hizo a dos marineros fornidos gestos de que se acercaran, y Ebenezer se vio firmemente sujeto por los brazos.

—¿Qué significa esto? —preguntó a voces—. Toda la gente que se encontraba en cubierta se volvió para contemplar la escena.

—Vamos a comprobar si nadar se os da tan bien como mentir —dijo el oficial—. Muchachos, arrojad esa inmundicia por la borda.

—¡Desistid! —ordenó el poeta—. ¡Haré que el capitán os haga azotar a todos! ¡Soy Ebenezer Cooke, he dicho, Poeta Laureado de Maryland por la gracia de lord Baltimore!

—Ya veo —dijo el oficial, sonriendo sin cordialidad—. ¿Y hay alguien que pueda probar la identidad de Su Señoría el Laureado? ¡Seguro que entre los pasajeros habrá

damas y caballeros que conocen a su Laureado!

—Naturalmente que puedo aportar pruebas —dijo Ebenezer—, aunque me parece que ese peso debiera recaer sobre vos. Tengo un amigo en tierra que... —se detuvo, recordando el disfraz de Burlingame.

—... que está dispuesto a jurarlo entre dientes porque le habéis sobornado —afirmó el oficial.

—Miente —dijo Joseph, el joven de la chalupa, que había subido a bordo después de Ebenezer—. A mí me dijo que era criado del Laureado y ahora hasta eso dudo. ¿Qué criado se haría pasar por su amo, estando éste cerca?

—¡No! ¡Os confundís conmigo! —protestó Ebenezer—. ¡El hombre que dice llamarse Ebenezer Cooke es un impostor, lo juro! ¡Haced salir a ese canalla para que pueda mirarlo a los ojos y lo maldiga por su impostura!

—Está en su camarote, escribiendo versos —respondió el oficial—, y no quiere que se le moleste. Arrojadlo por la borda y que se lo lleven los demonios— les dijo a los marineros.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —chilló Ebenezer. Deseaba con todo su corazón hallarse en El Rey de los Mares, con Burlingame—. ¡Puedo demostrar que ese otro hombre os está engañando! ¡Tengo en mi poder un nombramiento redactado por Baltimore en persona!

—Entonces tened la bondad de mostrarlo —el oficial formuló la invitación con una sonrisa—, y entonces arrojaré por la borda al otro.

—¡Dios mío! —gimió el poeta, cayendo en la cuenta—. ¡Se me ha extraviado! Tal vez esté abajo, en mi baúl.

—Tal vez sea así, puesto que ese baúl pertenece al señor Cooke. De todos modos no se ha extraviado, puesto que yo lo he visto... El Laureado me lo mostró cuando le pedí que se identificase. ¡Al agua con este patán!

Pero Ebenezer, comprendiendo lo apurado de su situación, cayó de hinojos sobre la cubierta y se abrazó a las rodillas del oficial.

—¡No, os ruego que no me ahogéis! Reconozco que quería tomarle el pelo a vuestras mercedes, buenos amos, pero era solamente una broma, una mera inocentada. Soy el criado del Laureado, tal y como ha afirmado este caballero, y llevo aquí el cuaderno del Laureado para demostrarlo. Llevadme con mi amo, os lo ruego, y le pediré perdón. ¡Juro que no era más que una simple broma!

—¿Qué decís vos, señor? —preguntó uno de los marineros.

—Puede que diga la verdad —reconoció el oficial, consultando una lista que tenía en la mano—. El señor Cooke ha pagado el pasaje de un criado, pero vino de puerto sin traer consigo a nadie.

—A mí me parece que éste es un bribón y un aventurero —dijo Joseph.

—¡Juro que no lo soy! —exclamó el poeta, recordando que Burlingame,

haciéndose pasar por Bertrand, el criado, había reservado dos literas aquella mañana —. ¡Me llamo Bertrand Burton, de Saint Giles, amos..., soy criado del señor Cooke y del padre del mismo!

El oficial consideró unos momentos el asunto.

—Muy bien, entonces a la bodega con él, en tanto su amo lo reconoce.

En medio de su desgracia, Ebenezer halló consuelo: su plan era quedarse a bordo a toda costa, pues, una vez en camino, conforme a su razonamiento, podría hacer valer su caso hasta convencer a los demás de su verdadera identidad y de la misteriosa impostura del desconocido.

— ¡Ay, Dios mío, os doy las gracias, señor!

Los marineros lo condujeron al castillo de proa.

—No hay de qué —dijo el oficial, haciendo una reverencia—. Dentro de una hora estaremos mar adentro y si tu amo no te reconoce, te va a llevar un rato llegar nadando a casa.

11. PARTIDA DE ALBIÓN: EL LAUREADO EN ALTA MAR

Así sucedió que no mucho después, cuando se levaron anclas, se largaron briosles, se desplegaron velas y se amarraron escotas, drizas y brazas, y ya el *Poseidón* salía hacia mar abierto por un ancho brazo, dejando atrás la costa del lugar llamado El Lagarto, Ebenezer no pudo ser testigo del espectáculo que protagonizaban los caballeros que se encontraban en el alcázar, ya que él yacía desconsolado en una hamaca, en el interior del castillo de proa, a solas, pues la tripulación estaba ocupada arriba. Las últimas palabras del oficial eran como para estar bastante asustado, qué duda cabe, pero Ebenezer en realidad ya no deseaba encontrarse de nuevo en El Rey de los Mares. Naturalmente cabía la posibilidad de que el impostor no se sintiera intimidado, pero, sin duda alguna, como último recurso, preferiría permitir que el verdadero Laureado adoptara el papel de su criado antes que condenarlo a morir ahogado; además, Ebenezer no veía en el plan de Burlingame más final que una muerte segura. Así pues, considerándolo todo globalmente, el poeta creía que el camino por él elegido era en el fondo bastante prudente, quizá, la mejor salida que cabía imaginar, dadas las circunstancias; si, siguiendo el consejo de Burlingame, Ebenezer hubiera aceptado el plan, y si hubiera tenido cerca a su amigo brindándole apoyo moral frente al encuentro que se le avecinaba, puede que de todos modos siguiera estando asustado, pero no se sentiría desconsolado. Lo que le hacía sentir vértigo y que le sudaran las palmas de las manos, lo que le entrecortaba la respiración a Ebenezer era el hecho de haber decidido por sí solo subir a bordo del *Poseidón*, hacerse pasar por Bertrand Burton, haberle manifestado al oficial su verdadera identidad y, por último, haberse retractado de dicha afirmación, arriesgando su vida por llegar a Malden. Oyó el estruendo de la cadena del ancla, ruido de pasos que corrían por cubierta, sobre su cabeza, las voces de mando del piloto, los cánticos acompasados de la tripulación al tensar los cabos; notó que la nave escoraba suavemente a babor y ganaba el mínimo de velocidad que permitía gobernarla, y se sintió desconsolado, casi a punto de volver a caer enfermo, igual que en su habitación aquella última noche que pasó en Londres.

Poco después un marinero entrado en años subía por la escalera de la toldilla y, al llegar a la mitad de la altura de la misma, entraba en el compartimento del castillo de proa donde se encontraba Ebenezer. Era un lobo de mar desdentado, calvo, de mirada vidriosa, mejillas hundidas, labios sin color, piel amarillenta y correosa, y que tenía una gran cicatriz paralela a la nariz.

—¡Espabilando, mozalbetes! —gorjeó desde la escalerilla—. El capitán quiere que vayas a la toldilla.

Ebenezer saltó de la hamaca con prontitud, con el cuaderno todavía en la mano, y

al no tener en cuenta la inclinación de la cubierta, se estrelló con fuerza contra un mamparo cercano.

—¡Au!, ¡rayos! —murmuró.

—¡Ji, ji! ¡Paso vivo, hijo!

—¿Qué desea el capitán de mí? —preguntó el poeta, asegurando el equilibrio al pie de la escalerilla—. ¿Será posible que se haya dado cuenta de quién soy y las indignidades que padezco?

—A lo mejor quieres que te pasen por debajo de la quilla —cacareó el viejo, dándole un pellizco a mala idea en la mejilla, con tanta fuerza que a Ebenezer se le saltaron las lágrimas—. Ahí abajo tenemos percebes suficientes como para que se despelleje vivo un tiburón. ¡Andando!

No quedaba más remedio que trepar por la escalerilla hasta cubierta y seguir a aquel guía tan molesto hasta la toldilla. Allí se encontraba el capitán, que era un hombre de tez rojiza, sin barba, rechoncho, con papada, de aspecto severo, como corresponde a un calvinista, aunque tenía en los ojos una coloración sonrosada, síntoma de libertinaje, así como unos labios rojos y húmedos que le hubieran hecho fruncir el ceño a Arminius^[22].

Ebenezer, frotándose la mejilla dolorida, observó al pasar por el alcázar que se despertaba un murmullo general entre los caballeros que allí se encontraban, y agachó la cabeza. Cuando ya ascendía por la escalera que subía hasta la toldilla, el marino viejo lo agarró de la casaca y lo retuvo de un tirón.

—¡Alto ahí! La cubierta de toldilla no es para gente de tu traza.

—Ya vale, Ned —dijo el capitán, indicándole que se fuera mediante un gesto de la mano.

—¿Qué es lo que deseáis, señor? —preguntó Ebenezer.

—Nada. —El capitán lo miró desde arriba con interés—. Es el señor Cooke, vuestro amo, quien quiere veros, no yo. ¿Seguís afirmando ser su criado?

—Sí.

—¿Sabéis lo que les ocurre a veces a los polizontes?

Ebenezer lanzó una mirada a la oscuridad creciente del cielo: al este caía la noche, al oeste se veían nubes de tormenta, las aguas espumantes y las rocas de Inglaterra, que se alejaban velozmente. Se le heló el corazón.

—Sí.

—Llévatelo a mi camarote —le ordenó el capitán a Ned—. Pero acuérdate de llamar antes de entrar; el señor Cooke está ocupado rimando versos.

Ebenezer estaba impresionado: él mismo no se hubiera atrevido a solicitar semejante privilegio. Fuera quien fuera aquel impostor, los aires que se daba estaban a tono con el rango que afirmaba tener.

El marinero cogió a Ebenezer por la manga y lo llevó hasta una escalerilla que

había en la parte posterior del alcázar y que daba a los aposentos del capitán, debajo de la toldilla. Por otra escalerilla, ésta corta, llegaron a una especie de sala de mapas; allí el viejo Ned llamó a una puerta orientada a popa.

—¿Quién es? —preguntó alguien desde el interior. La voz era aguda, segura, y denotaba un cierto fastidio: desde luego no era la voz de nadie que temiera ser descubierto. Ebenezer volvió a pensar en el mar a oscuras y se estremeció: no había ninguna posibilidad de ganar la orilla.

—¿Dais vuestro permiso, señor Cooke? —dijo Ned con voz implorante, claramente intimidado—. Tengo aquí al bribón que se hace pasar por vuestro criado, señor, el que intentó hacernos creer que era vos, señor.

—¡Ajá! Hazlo pasar y déjanos en paz —dijo la voz, como si le divirtiera la perspectiva que se presentaba.

De la mente del poeta desapareció toda idea de triunfo; Ebenezer tomó la resolución de no pedirle a aquel hombre nada más que piedad... y, tal vez, la promesa de que le devolviera, cuando llegaran a Maryland, el nombramiento de lord Baltimore, con el que se había hecho el impostor de un modo u otro. Y acaso una disculpa, pues a fin de cuentas le estaban infligiendo una humillación de cuidado.

Ned abrió la puerta y ayudó a Ebenezer a entrar propinándole otro pellizco cruel, esta vez, en las nalgas, al tiempo que se reía malignamente. El poeta dio un salto involuntario, de nuevo llenándosele los ojos de lágrimas; cuando Ned hubo cerrado la puerta, a Ebenezer le fallaron las rodillas. Vio que se hallaba en un camarote pequeño, pero elegantemente amueblado, situado en el extremo posterior del buque. El suelo estaba alfombrado; el lecho del capitán, que estaba empotrado en una de las paredes, ofrecía un aspecto cómodo, con su lencería tan limpia. Una lámpara de petróleo, de bronce, de grandes dimensiones, ya encendida, oscilaba suavemente, suspendida del techo, iluminando una gran mesa de madera de roble. Había incluso unas estanterías de libros, con portezuelas de cristal y unos retratos al óleo, al estilo de Tiziano, Rubens y Correggio, fijados a las paredes mediante unos decorativos remaches de bronce. El impostor, que llevaba puesta la chaqueta de Burlingame, la de color entre púrpura y oporto, y que lucía peluca de campaña, estaba de pie, dándole la espalda al poeta, junto a la pared del fondo —que era propiamente la popa del barco— contemplando a través de los pequeños rectángulos de cristal emplomado la estela del *Poseidón*. Contento porque Ned se hubiera marchado, Ebenezer dio precipitadamente la vuelta en derredor de la mesa e hincose de hinojos a los pies del otro hombre.

—¡Estimadísimo señor! —exclamó sin atreverse a alzar la vista—. ¡Creedme! ¡No tengo la menor intención de revelar vuestra superchería! ¡No tiene la menor importancia, señor! Sé perfectamente cómo os hicisteis con vuestras ropas en los establos de El Rey de los Mares, y cómo engañasteis al barquero Joseph y a su padre

en el muelle..., aunque cómo cielos habéis conseguido mi nombramiento, que firmó lord Baltimore de su puño y letra delante de mí no hace aún ni una semana, eso no lo sé ni por asomo.

El impostor, que veía a Ebenezer desde arriba, emitió un ruidito y retrocedió.

—¡Pero no importa! ¡No penséis que estoy enfadado o que tengo intención de vengarme! No os pido sino que permitáis que me haga pasar por vuestro criado mientras estemos a bordo de este barco, y yo no le diré ni palabra a nadie, podéis confiar en ello. ¿Qué beneficios os reporta verme morir ahogado? Y cuando lleguemos a Maryland, pues qué, no presentaré cargo alguno contra vos, sino que haré las paces y no volveré a pensar jamás en ello. Más aún, os proporcionaré un puesto en Malden, mi propiedad, o bien os pagaré el viaje a una provincia cercana...

Cuando alzó la vista para ver el efecto que causaba su alegato, se interrumpió y no dijo nada más. La sangre le abandonó el rostro.

—¡No!

Ebenezer se puso en pie de un brinco y se abalanzó sobre el impostor, que casi no logra escapar al otro lado de la mesa de roble, que era redonda; sin embargo, al huir, se le cayó la peluca al suelo, y la luz de la lámpara dio de lleno sobre la persona de Bertrand Burton, el verdadero Bertrand Burton, a quien Ebenezer había visto por última vez en su habitación de Pudding Lane, cuando saliera de allí para ir a buscar un cuaderno al Signo del Cuervo.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —La cólera casi no le dejaba hablar.

—Os lo suplico, amo Ebenezer, señor... —la voz era la de Bertrand, y había perdido el tono formidable de antes. Ebenezer volvió a arremeter contra él, pero el criado mantenía la mesa entremedias.

—¡Te hubieras quedado mirando cómo me ahogaba! ¡Has permitido que me arrastrara a tus pies implorando misericordia!

—Os lo suplico...

—¡Canalla! ¡Espera a que te eche las manos a ese cuello de cobarde, que te lo retorceré como si fuera el de un capón! ¡Veremos quién bebe agua salada!

—¡No, os lo suplico, amo! ¡No os deseaba ningún mal, os lo juro! ¡Os lo puedo explicar todo, hasta el último detalle! ¡Dios mío, jamás se me pasó por la cabeza que fuerais vos el que habían atrapado, señor! ¿Pensáis que hubiera soportado veros sufrir, a vos que siempre fuisteis un amo tan gentil? ¿Yo, que he sido amigo de confianza y consejero de vuestro bendito padre durante tantos años? ¡Vamos, es que prefiero que me azoten antes de permitir que os pongan la mano encima, señor!

—¡Azotarte te van a azotar muy pronto, a fe mía que sí! —dijo con ferocidad el poeta, que cambiaba en vano el sentido de su persecución circular, unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda—. ¡Y no va a ser eso lo peor cuando te coja!

—Permitidme tan sólo que os diga, señor...

—¡Ay! ¡Casi te pilló!

—... que la culpa no fue mía...

—¡Ah! ¡Bellaco, estate quieto!

—... sino del mal ron y de una mujer traicionera...

—¡Demonios! ¡Vas a ver cuando te coja!

—... y el que tiene la culpa de verdad, señor...

—Te voy a azotar hasta arrancarte esa chaqueta púrpura a tiras...

—... es el galán de vuestra hermana Anna.

Allí terminó la persecución. Ebenezer se apoyó en la mesa, inclinándose hacia el otro lado, quedando en medio de la luz que arrojaba la lámpara, que ahora destacaba más por contraste con la oscuridad creciente del exterior.

—¿Qué es lo que te he oído decir? —preguntó con cuidado.

—Yo sólo he dicho, señor, que lo que desencadenó todo el asunto fue la libra esterlina que me dieron vuestra hermana y ese caballero amigo suyo en la posta cuando llevé allí vuestro equipaje.

—¡Te voy a arrancar de cuajo esa lengua embustera!

—¡Es tan verdadero como las *Escrituras*, lo juro! —dijo Bertrand, qué seguía moviéndose con cautela cuando se movía Ebenezer.

—¿Tú los has visto juntos? ¡Imposible!

—Que Dios haga que me caiga muerto ahora mismo si miento, señor. Miss Ana y un caballero con barba, al que llamaba Henry.

—¡Dios del cielo! —murmuró el poeta para sí—. Pero lo has llamado su galán, Bertrand.

—Bueno, no lo dije en mal sentido, señor; en ningún mal sentido en absoluto. No quise decir más que... ¡Ah, señor!, ya sabéis como a veces se hacen suposiciones y nada más lejos de mi intención que...

—Deja de parlotear. ¿Qué viste que te hizo llamarlo galán? ¿Algo más que una conversación cordial?

—En verdad, señor, bastante más. Pero yo no soy de esa clase que...

—Sé bien qué clase de ladrón, embustero y tramposo eres —exclamó Ebenezer—. ¿Qué viste que puso en marcha tu sucia imaginación? ¿Eh?

—No me atrevo a decirlo, señor, en el estado de ira en que estáis. ¿No me mataréis, aunque soy inocente como un bebé recién nacido?

—Basta —suspiró el poeta—. Que ya te conozco. Me volverás loco con tus digresiones y rodeos hasta que garantice tu seguridad. Está bien, no me ensuciaré las manos en ti, lo prometo. ¡Habla claro, ahora!

—Estaban abrazados —dijo el criado—, haciéndose arrumacos como dos tortolitos enloquecidos cuando llegué con vuestro equipaje. Cuando la señorita Anna me vio, se ruborizó y trató de recuperar la compostura; sin embargo, durante todo el

tiempo que me estuvieron dirigiendo la palabra, ni ella ni el caballero podían estarse quietos, así les fuera la vida en ello; antes bien, venga a decir sin parar que si *pichoncito*, que si *palomita*, caricia va, caricia viene... ¿Os encontráis enfermo, señor?

Ebenezer se había puesto pálido; se desplomó en la butaca del capitán y se cogió la cabeza con las manos.

—No es nada.

—Bien, como os decía, señor, no podían tener las manos quietas...

—Acaba tu historia si es preciso —interrumpió Ebenezer—, pero no sigas hablando de esos dos si valoras tu miserable vida. ¿Conque te pagaron, no?

—Así es en verdad, señor, por haber transportado vuestro equipaje.

—¿Pero una libra? Es una propina principesca para un trabajo así.

—Ah, bueno, señor, es que a fin de cuentas yo soy un criado antiguo y digno de confianza... —Bertrand se interrumpió a mitad de frase, tan fiera era la mirada que revestía el semblante de Ebenezer—, además de lo cual —concluyó—, ahora que veo cómo os afecta, posiblemente ellos no quisieran que yo dijera nada de lo que he visto. ¡A decir verdad, me perdí el momento de vuestra partida por muy poco! De no ser porque la señorita Anna y su caballero insistieron en que me fuera enseguida...

—Ahórrame tu devoción —dijo Ebenezer—. ¿Qué hiciste entonces y por qué te hiciste pasar por mí? Habla rápido, antes de que haga venir al capitán.

—Es una historia trágica, señor, y me da vergüenza contarla. Os ruego que tengáis en cuenta que jamás me hubiera atrevido, señor, de no haber sido porque me sentí anonadado y presa del dolor cuando os detuvieron con gravísimo peligro de mi vida.

—¡Cuando me detuvieron!

—Sí, señor, en la posta. Para mí es un misterio que estéis libre y que hayáis venido de Londres tan rápidamente.

Ebenezer dio un puñetazo en la mesa.

—¡Hazme el favor de hablar en mi idioma! ¡Frasas correctas en mi idioma, que las pueda entender cualquiera!

—Muy bien, señor —dijo Bertrand—. Empezaré por el principio, si me aguantáis.

Y diciendo aquello se tomó la libertad de sentarse a la mesa del capitán, frente a Ebenezer, y acompañándolo de un aderezo de moralejas colaterales y otros comentarios, refirió durante la media hora siguiente la historia que viene a continuación:

—Doble era el dolor que llevaba encerrado en el corazón al salir de la posta, señor, y es que había perdido al amo más noble y gentil al que jamás haya servido un pobre criado, y ni siquiera me era dado reclamar el privilegio de despedirlo cuando partía en la diligencia de Plymouth, para desearle suerte por vez postrera. Por lo tanto

y a fin de poder hacerlo, me busqué un doble aspecto físico. Con la libra que me dieron la señorita Anna y su..., lo que quiero decir, señor, es que fuime presto a una taberna que había a mano y allí bebime una buena cantidad de ponche que el bellaco del tabernero había rociado con un ron de melaza tan venenoso que a punto estuve de quedarme ciego allí mismo. Tres vasos bastaron para hacerme perder por completo el juicio, y sin embargo era tal el dolor que causaba vuestra pérdida que me bebí siete y además me compré un cuarto de ratafia para llevárselo a Betsy Birdsall. Es decir, que ni todos los espíritus embotellados de Londres eran capaces de reanimar el mío, así que acabé por volver rápidamente a buscar consuelo en Pudding Lane, en vuestros aposentos, señor. Sin embargo, yo sabía muy bien que tras vuestra partida ofrecerían un aspecto tan desolador que cuando me viera allí a solas mi dolor se multiplicaría por diez, por cuya causa me entretuve en el piso de abajo para ir a buscar a Betsy Birdsall (¿os acordáis, señor, de aquella camarera que tenía un marido contra natura y una risa encantadora?). Juntos subimos las escaleras y, ¡demonios!, ¡lejos de estar vacíos, vuestros aposentos estaban a reventar de gente, señor! Estaba allí un sujeto llamado Bragg, que no parecía más hombre que el marido de mi Betsy, y con él estaban media docena de alguaciles de aspecto feroz; era a vos a quien buscaban, señor, a cuenta de una falsa historia sobre un libro mayor de cuentas. ¡Yo a aquello no le encontraba ni pies ni cabeza!

»En cuanto me divisaron se elevó un clamor y estaban tan empeñados en hacer justicia que temí por la suerte que pudiera correr el honor de Betsy a manos de aquellas gentes. Al cabo les dije, respondiendo a sus preguntas, que mi amo se hallaba en la posta y ellos salieron disparados o por vos... ¡No, no me miréis así, señor! ¡Os juro que no es lo que pensáis! Ni por un momento se me hubiera ocurrido susurrar la verdad, de no ser porque sabía que vuestra diligencia había partido tiempo atrás... ¡Antes hubiera preferido incluso morir a manos de ellos, o padecer prisión! ¡Pero yo sabía muy bien que la suya era una persecución inútil, así que adiós muy buenas!

»Entonces mi moza y yo fuimos al asunto, y ni a ella con su ratafia ni a mí con mi ron nos faltó fuego para calentar las sábanas, y estábamos tan cansados cuando terminamos que aunque era pleno día nos pasamos varias horas durmiendo como benditos. Enseguida supe, merced a ciertos síntomas, que mi cabalgadura estaba briosa y con ganas de más cabriola; mas durante algún tiempo fingí seguir entre sueños. (La verdad es que aunque la mozuela y yo somos gemelos en cuanto a voluntad y destreza, yo tengo el doble de sus años y la mitad de su fuerza, y más de una vez he tenido que ir, quisiéralo o no, a medio galope, cuando lo que me apetecía era andar). Persistieron pues aquellos síntomas que he dicho, cosa que no me hacía la menor gracia, hasta que Betsy emitió un gemido y se hundió cabeza abajo en lo más hondo de las sábanas. La causa de lo anterior la descubrí nada más abrir los ojos,

porque no era ella al fin y al cabo la que me había puesto las manos encima, sino el señor aprendiz de aduanero en persona, el que tocaba el violín en una taberna. Sí, lo juro, era el mismísimo Ralph Birdsall, el marido de Betsy, el que antaño dejaba su campo sin arar, pero que después de que yo lo hube sembrado habíase vuelto un campesino tan celoso que visitaba su terreno cinco veces al día. Había ido por casa para abrir un nuevo surco, con toda probabilidad, y por consejo de uno de los de abajo (el hijo del cocinero, Tim, que desde hacía tiempo andaba tras Betsy), había subido las escaleras en busca nuestra.

»¡Demonios, fue un trance mortal, señor! Yo estaba a punto de ensuciarme del miedo que tenía y sólo esperaba una cuchillada o un balazo. Asimismo, Betsy, pese a tener la cabeza enterrada cual avestruz, dio muestras de gran alarma: se veía escrito en sus cuartos traseros. Birdsall, a su vez, no parecía estar menos atormentado: temblaba como un gato cuando bosteza y respiraba de un modo antinatural. Además, como pronto comprobé, no me ponía las manos encima con ira. Grandes lagrimones le corrían por las mejillas, las cuales eran tan suaves como las de una moza; se sorbió la nariz y se mordió el labio inferior, mas ni hablaba ni me golpeaba.

» «¡Alto ahí!», exclamé por fin. «Heme que yazgo aquí y que aquí yace vuestra esposa, rotundamente baqueteada: nos habéis cogido bien. ¡Así que acabad con esto, señor, o idos de aquí!». Entonces él recuperó la compostura y dijo que aunque estaba en su derecho de matarnos a los dos, no le gustaba la sangre, y además amaba a su esposa. Los cuernos ya los llevaba en la frente, dijo, y ni su espadín podía cortarlos. Por ende manifestó que al acostarme con Betsy me había acostado con él, pues eran uno en virtud del matrimonio; y basándose en aquello afirmó que lo que Betsy pudiera sentir por mí era lo mismo que sentía también él. ¡En resumidas cuentas, que en la medida que fuera yo amante de ella lo era también de él, y eso ante los ojos de Dios!

»Ahora bien, yo escuché asombrado aquel despliegue de jesuitismo, bien que estaba felicísimo de que no me hubieran pinchado, y tuve el atrevimiento de recordarle aquella verdad antigua y consoladora que dice: El único que sabe que no le ponen los cuernos es el cabrón. Al oír lo cual aquel desdichado me abrazó al momento y aunque maldito el gusto que yo le encontraba a aquello, tenía que elegir entre darle la razón o perder la cabeza. Entretanto, Betsy, cuando oyó por dónde iban los tiros, pronto calmó sus ancas temblorosas y, sacudiéndose las sábanas de encima, dijo a gritos que no tenía intención de ponerse a redoblar tambores ni tampoco entendía cómo con tanta carnada de mujeres había logrado concebir un niño. Al oír aquello Ralph Birdsall dio un gran respingo y con tono tembloroso inquirió si el niño era mío o de él. Ante lo cual Betsy exclamó: «¡De él! ¡Es de mi dulce Bertrand!». Yo me sentí traicionado y la maldije por mentirosa; a Ralph le juré que no le había puesto las manos encima a Betsy hasta hacía un par de semanas, y que no había

holgado con ella hasta bien pasada la primera semana, en tanto que el niño llevaba tres meses en su vientre, si las cuentas estaban bien echadas. «¡Miente!», juró Betsy. «¡Lo juro!», juré yo. «¡No!», juró ella. «¡Hace seis meses que soy su puta porque no tengo marido que me despose! ¡Cien veces me ha montado y me ha sembrado. Y estoy tan llena de él como un ganso atiborrado de grano!». Entonces Ralph Birdsall desenvainó la espada, la cual, aduanero o no, siempre lucía en la cadera. «¡La verdad!», gritó, mientras todo su cuerpo temblaba como si tuviera un acceso de fiebre. Yo seguía pensando que Betsy me había traicionado, por lo que dije: «Pongo a Dios por testigo que vuestra mujer es una embustera redomada, señor, pero sin embargo no es ninguna puta. Que me consuma en el infierno si ese niño no es vuestro».

»¡Ay! ¿Quién puede decir que conoce a sus semejantes? ¿Quién no hubiera jurado, después de que por fin yo había logrado convencer del todo a Birdsall, que su cólera se aplacaría, tanto más cuanto que no eran los cuernos lo que le mortificaba? Y, sin embargo, cuando terminé mi plegaria y él hubo dicho amén, Ralph se puso muy erguido y lanzó una mirada terriblemente ceñuda. ¡Putá!, le dijo a Betsy, y con la parte plana de la espada le propinó un cachete descomunal en lo alto de las posaderas: Y no paró ahí, sino que me hizo salir corriendo, y si salvé el cuello fue porque tenía las piernas más ágiles que él. Eché mano a los calzones y salí por la puerta como una exhalación, con el violinista corriendo acaloradamente en pos de mí, y no me atreví a hacer un alto para cubrir mis vergüenzas hasta que le llevaba media manzana de ventaja. *Más vale perder el orgullo que no el pellejo*, señor, como se suele decir. En cuanto a la lenguaraz de mi Betsy, la última vez que la vi iba saltando de acá para allá por toda la habitación, señor, con las manos en las posaderas, dando voces como un héroe, y desde entonces no la he vuelto a ver. La verdad de todo aquello, conforme a mis conjeturas ulteriores, era que el niño que llevaba Betsy en el vientre era lo que hacía al violinista acreedor a la condición de hombre, puesto que creía ser el padre; le bastó con descubrirnos *rem in rem*^[23] para que se viniera abajo su idea. La moza soltó la verdad sólo para ponerme a salvo y, ¡qué diantre!, a poco me cortan el cuello por acusarla de falsedad, pues a pesar de que el cornudo me perdió la pista, había jurado seguirme ¡hasta el fin del mundo y cercenar aquellos cuernos con los que lo habían coronado!

»No me quedaba otra salida; tenía que huir; pero en los calzones todo lo que llevaba eran tres libras, y no me atrevía a volver ni a por las ropas ni a por mis ahorros. Llamé a un chico que casualmente pasó por el callejón donde yo me escondía y con el dinero que tenía lo envié a por la camisa, las medias y los zapatos; luego anduve merodeando por las calles, pensando qué hacer.

»Por pura casualidad mis pasos me llevaron a la posta, y cuando vi el lugar no pude menos de llorar al pensar en vuestras circunstancias, que eran poco más felices

que las mías. Y fue allí donde se me ocurrió el plan, señor, cuya substancia estribaba en que aunque estaba por encima de mis posibilidades ayudaros, y a pesar de vuestra lamentable condición, vos podíais rescatarme. Es decir, vos habíais comprado un billete para Maryland pero no podíais zarpar. ¿Quién sabía que también habíais comprado un billete para Plymouth? ¡No creáis que tenía la intención de estafaros, señor! Mi idea era ir hasta Plymouth para salvar el pellejo; además, había prometido restituíros lo que era vuestro no bien me fuera posible. No tenía dudas en cuanto a si podría hacerme pasar por poeta, aunque maldito lo poco que sé de versos, porque para lo que yo tengo talento es para imitar, señor, si me está permitido decirlo. Pues sí, son muchas las horas que he tenido a las gentes de Saint Giles desternillándose de risa mientras yo imitaba a la vieja señora Twigg, con sus andares patizambos y su voz de quincallera. Y una vez, en Pudding Lane, señor, representé tan bien el papel de Ralph Birdsall que mi Betsy lloraba de risa y no pudiendo contenerse se meó en las sábanas de puro regocijo. La única pega era que si alguien me ponía en entredicho yo carecía de pruebas. Por dicha razón, aunque no es preciso que diga lo mucho que me repugnaba hacerlo, pedí pluma y papel en la posta, señor, y recurriendo lo mejor que pude a mi memoria, redacté una copia de vuestro nombramiento, el cual vos me habíais mostrado antes de vuestra partida...

Al llegar a aquel punto, Ebenezer, que había logrado contener con suma dificultad su asombro e ira, que habían ido en aumento a medida que avanzaba la historia de Bertrand, exclamó:

—¡Los diablos te lleven, desgraciado! ¿Hay alguna infamia ante la que te detengas? ¡Robarme el billete, usurpar mi nombre y rango e incluso falsificar mi nombramiento! ¡Déjame verlo!

—No es más que una aproximación muy burda, señor —dijo el criado—. Tengo escaso ingenio en materia de lenguaje, señor, y carecía de sello con que estampar el documento. —Bertrand extrajo un papel de la chaqueta y lo mostró de mala gana—. Con eso no engaño a nadie, estoy seguro.

—No es la letra de lord Baltimore —admitió Ebenezer, examinando el documento—. ¡Pero por mi fe! —agregó al leerlo—. ¡Si es la misma redacción, de la primera palabra a la última! ¿Y dices que lo has hecho de memoria? ¡Pues entonces recítamelo!

—¡Santo cielo, señor, no puedo; fue hace tiempo!

—Entonces la primera línea. Seguro que te acuerdas de la primera línea. ¿No? ¡Entonces eres un mentiroso redomado!

Ebenezer arrojó el papel al suelo.

—¿Dónde está mi nombramiento, del cual has copiado esto?

—Juro por Dios que no lo sé, señor.

—¿Y, sin embargo, lo copiaste en la posta?

—Me obligáis a decir la verdad, señor. Es cierto que lo copié del original y no que me lo sabía de memoria; y no cometí tal acción en la posta, sino en vuestra habitación, señor, el día que partisteis. El nombramiento estaba en vuestro escritorio, donde se os había olvidado: allí lo encontré cuando estaba guardando vuestras cosas en el baúl, y tanto me conmovió su grandiosidad que hice una copia pensando en enseñárselo a Betsy para que se diera cuenta de qué amo había perdido. El original lo guardé en vuestro baúl y lo llevé a la posta.

—¿Entonces a qué vienen estas engañifas y subterfugios? —preguntó el poeta—. ¿Por qué no lo admitiste desde el principio? ¡Gracias al cielo que no se ha perdido el nombramiento!

Bertrand no respondió sino que frunció el ceño con más abatimiento que nunca.

—¿Y bien? Sin ninguna duda en estos momentos el nombramiento estará en mi baúl, ¿no es así? ¿Por qué mentiste?

—El papel lo puse en el baúl, señor —dijo Bertrand— en lo alto de todo; luego me llevé el equipaje a la posta y no volví a pensar en ello hasta el momento que os he dicho, cuando, para poner a salvo mi vida, me hice el propósito de ponerme en camino a Plymouth. Entonces me acordé de mi copia y afortunadamente la encontré en el lugar donde se hallaba desde la hora en que la falsifiqué (en mi bolsillo, doblada en cuatro pliegues). Para ponerme a prueba a mí mismo me encaminé hacia la posta y al primero que me encontré le dije: «Soy Ebenezer Cooke, buen hombre, Poeta Laureado de la provincia de Maryland: tened la bondad de indicarme dónde está la diligencia de Plymouth».

—¡Qué desfachatez!

Bertrand se encogió de hombros; aquel gesto característico de Burlingame resultaba de lo más llamativo, puesto que Bertrand llevaba puesta la chaqueta de color oportuno púrpura que pertenecía a Burlingame.

—Fue una acción bastante atrevida —admitió el criado—. El hombre aquel se limitó a quedarse mirándome fijamente y luego masculló algo acerca de que el coche se había ido. Yo tenía miedo de que descubriera mi impostura, más aún cuando apareció por detrás un individuo fornido y de aspecto feroz que iba vestido de negro y dijo: «¿Conque decís que sois el poeta Cooke, eh? Pues sois un villano y un mentiroso porque no hace ni dos horas que se llevaron a la cárcel al poeta Cooke».

—¡A la cárcel! —exclamó Ebenezer—. ¿Qué cháchara de cárcel te traes, hombre de Dios, que ya es la segunda vez que lo dices?

—Era lo que me temía, señor: ese canalla llamado Bragg, que quería echaros encima a la ley por una falsa cuestión relativa a un libro de cuentas. Sólo debido a que yo sabía que era tarde para rescataros, como os he dicho, señor, me atreví a utilizar vuestro pasaje...

—¡Alto! ¡Alto! ¡Un momento! —protestó Ebenezer—. ¡Aquí hay una

discrepancia portentosa!

—¿Una discrepancia, señor?

—No es menester un letrado para advertirla —dijo el poeta—. Fuiste *tú* quien puso a Bragg tras mi pista cuando lo encontraste en mi habitación, ¿o no? Y fue debido a que sabías que yo me había ido hacía mucho tiempo, según dijiste. ¿Entonces cómo es que...?

—Tened la bondad de dejarme terminar, señor —imploró Bertrand, poniéndose ostensiblemente colorado—. Los cuentos son como las rameras, que pueden ser feas de cara pero al final valen la pena. Os digo que aquel hombre afirmó que vos estabais en la cárcel... Era un tipo que daba miedo, con unas enormes barbas negras y un par de pistolas a la cintura. Y no muy lejos, detrás de él había otro que se le parecía tanto como si fuera su hermano gemelo, y cuando se unió al primero, el hombre al que yo había interrogado, se asustó y echó a correr. Como hubiera hecho yo, de puro miedo.

—¡Me suenan a Slye y Scurry!

—Así es como se llamaban el uno al otro, señor. Vaya un par de tiburones, ¡ojalá no me los vuelva a encontrar! Mas entonces poco sabía yo de ellos excepto que me habían puesto a prueba, de modo que sin mayor dilación dije que el hombre a quien habían mandado a la cárcel era un impostor, y que lo habían encarcelado por su impostura, en tanto que yo era el verdadero Ebenezer Cooke. Para demostrarlo saqué el falso nombramiento, sin apenas atreverme a esperar que quedaran convencidos, pese a lo cual convencidos quedaron, e incluso adoptaron una actitud humilde, a lo que me pareció; hablaron entre sí un rato en voz baja y luego insistieron en que me fuera a Plymouth con ellos, dado que la diligencia de línea ya se había ido. Acepté el ofrecimiento inmediatamente y de buen grado, pues a cada instante me estaba temiendo ver a Ralph Birdsall con su espada...

—Y caíste en manos de Slye y Scurry —dijo Ebenezer con satisfacción—. ¡Santo cielo, te lo tenías bien merecido!

Bertrand se estremeció.

—¡No digáis eso, señor! ¡Dios, vaya par de desalmados! En cuanto nos pusimos en camino se hicieron patentes sus designios: eran lugartenientes de un tal coronel Coode, de Maryland, que abrigaba ciertas intenciones con respecto al gobierno de esa provincia, y al cual habían enviado para que atrapara a Eben Cooke (y temiéndose que hubiera otros cazadores tras la misma presa, estaban mejor dispuestos a creer que yo era la persona que buscaban). Qué planes albergaban para con vos, señor, no logré adivinarlo, pero seguro que no se trataba de mendigaros unos versos, pues tanto uno como otro tenían lista la pistola y no dejaron lugar a dudas: yo era su prisionero. No logré escapar hasta que estuvimos en Plymouth; uno de los dos se fue a ver cómo andaban las cosas por el barco y el otro se había alejado unas yardas para despertar al

mozo de cuerdas de El Rey de los Mares; entonces, de un salto, desaparecí a la vuelta de la esquina y me enterré en un montón de heno, donde seguí oculto hasta que abandonaron la búsqueda y entraron en la taberna a por ron.

—Ya no los lleves más lejos —dijo Ebenezer—; me sé el resto de su historia. ¿Fue, entonces, en el heno, donde te encontró Burlingame?

—Sí, señor. Oí ruido de gente y temblé por mi vida, tanto más por cuanto que los pasos se encaminaban hacia mí. Poco después sentí un gran peso que forcejeaba encima de mí, y pensando que Slye o Scurry estaban dando saltos sobre mi persona, proferí un alarido descomunal y luché lo mejor que pude para salvar la vida. Mi oponente resultó ser la camarera de la taberna (la camisa subida, las bragas bajadas y lista para un meneo), y al lado estaba el galán de la señorita Anna, riéndose del combate con ganas.

—¡Basta, basta! ¿Cómo es que no os reconocisteis si según dices lo habías visto en la posta?

—¿Que no nos reconocimos? Lo reconocí al instante, señor, y él a mí; y no sería fácil determinar cuál de los dos estaba más sorprendido. No obstante, él no me preguntó nada respecto de qué asunto me traía por aquí, sino que inmediatamente se ofreció a intercambiar sus ropas conmigo... Puede que tuviera miedo de que yo le fuera contando historias a su señorita Anna...

—¡Basta! —ordenó de nuevo Ebenezer.

—No era mi intención heriros, señor; no quería haceros daño. En cualquier caso me complacía el cambio, no sólo porque me llevaba la mejor parte del trato, sino también porque así me zafaba de Slye y Scurry. Sin embargo, me vieron desde dentro en cuanto traspasé la puerta de El Rey de los Mares, y salieron en mi persecución; los conseguí eludir escondiéndome detrás de un equipaje que había en uno de los muelles. Imaginaos, señor, cuál sería mi asombro cuando advertí que le debía mi salvación nada menos que a vuestro baúl, el que yo mismo había preparado no hacía mucho tiempo. Yo, ¡ay!, sabía que no estabais allí para reclamarlo, de modo que decidí llevar un poco más lejos mis tristes engaños; subiría a bordo de vuestro barco, señor, portando vuestro nombramiento, y allí permanecería oculto hasta que me pareciera seguro bajar a tierra. A tal fin, en cuanto me vi seguro a bordo, abrí vuestro baúl...

—¿Qué estás diciendo?

—Me habíais dejado una llave en Londres, para que os hiciera el equipaje. Pero me encontré con que el papel se había esfumado, señor.

—¿Esfumado? ¡Santo cielo, hombre de Dios! ¿Adónde?

—Perdido, traspapelado o robado, señor —dijo Bertrand—. Yo lo había puesto encima de todo, y, sin embargo, no estaba en ninguna parte del baúl. Tuve que recurrir a mi nombramiento falso, que felizmente los dejó convencidos, a pesar de

que no llevaba sello alguno. Le dije al capitán que estuviera al tanto de mis perseguidores. El resto ya lo conocéis.

Ebenezer se paseaba frenéticamente por el camarote, oprimiéndose las sienes con la yema de los dedos.

—Cuando me comunicaron que había un desconocido a bordo que, tras proclamarse Laureado, juró ser el criado del mismo —concluyó Bertrand, observando a su amo con inquietud—, no me atreví a salir de esta habitación. Tanto si se trataba de Slye o Scurry, o del mismo Coode, me darían muerte allí mismo. No me quedaba más opción que seguir aquí, mortalmente inquieto, y aguardar a que el barco se pusiera en marcha. Entonces el oficial dijo que yo tenía que echaros un vistazo, y tan convencido estaba de que me había llegado la hora de la muerte que no fui capaz de apartarme de la ventana hasta que oí vuestra voz. ¿Cómo es que no estáis en la cárcel, señor?

—¿Qué cárcel? —dijo Ebenezer con impaciencia—. ¡Jamás he estado en la cárcel!

—Entonces, ¿quién ha ocupado vuestro lugar? Slye juraba, cuando Scurry y él andaban registrando la posta en vuestra busca, señor, que por todas partes oían hablar de un hombre al que no hacía ni diez minutos que habían detenido y llevado a la cárcel. Nadie sabía qué crimen había cometido, pero todos sabían que se llamaba Eben Cooke, porque el hombre en cuestión se había estado paseando proclamando a los cuatro vientos su nombre y rango.

—No cabe duda de que se trata de un segundo impostor —repuso el poeta—, que se ha empeñado en prostituir mi cargo con algún fin. ¡Ojalá se pudra entre rejas para siempre jamás! En cuanto a ti, ya que en tus planes no entraba hacer una travesía marítima, no irás más lejos...

—¿Vais a hacer que me lleven a tierra? —Bertrand se postró de rodillas, agradecido—. ¡Ah, Dios mío, qué magnífico lugar os aguarda en el cielo, señor! ¡Qué injusto he sido con vos al temer que no os apiadarais de mí!

—Todo lo contrario; puede que sea la única vez que no has sido injusto conmigo.

—¿Cómo, señor?

Ebenezer se alejó hacia las ventanas de popa.

—No estaría de más que rezaras una plegaria antes de levantarte; mi intención es que vayas nadando.

—¡No! ¡Eso sería mi fin, señor!

—Lo mismo me hubiera ocurrido a mí —dijo Ebenezer— de no haber reconocido tú que...

Ebenezer se cortó en seco: amo y criado se midieron un instante y saltaron al mismo tiempo sobre el falso nombramiento, que estaba caído en el suelo..., el cual, como quiera que lo cogieron los dos a la vez, pronto destruyeron en el forcejeo.

—Es igual —dijo Ebenezer—. Con un minuto será suficiente para que cualquier mentecato se dé cuenta de quién es el poeta y quién el bellaco que miente.

—¡Pensáoslo mejor! —advirtió Bertrand—. No es mi deseo haceros daño, señor, pero si hay que llegar a eso, no habrá ningún juicio; bastará con que haga venir al hombre que os traje aquí y jure que no os conozco.

—¡Cómo! ¿Encima me vas a amenazar, después de que ya me has echado la ley encima, me has robado el nombre y el pasaje y casi me provocas la muerte? ¡Vaya una buena pieza!

A pesar de toda su ira, Ebenezer no era ciego a lo incierta que era su posición: no habló más de hacer venir a un oficial para que decidiera entre ellos, ni tampoco hizo más preguntas sobre la historia de Bertrand, aunque en la misma había varios detalles que no acababan de convencerle. Por ejemplo, el criado había afirmado que si había sido capaz de enviar a los matones de Bragg a la posta con la conciencia tranquila, era porque tenía la certeza de que su amo ya se había ido de allí; sin embargo, por otra parte, fue la certidumbre de que habían arrestado a Ebenezer lo que le había permitido, antes de volver a entrar en la posta, concebir la idea de hacerse pasar por el Laureado. ¿Y cómo era posible que hubiera desaparecido el nombramiento si amo y criado eran los propietarios de las únicas llaves del baúl? ¿Y qué salía ganando el muy canalla contando aquellos embustes acerca de que Anna y Henry estaban juntos en la posta? ¿Y si no eran embustes...? Pero al llegar a aquel punto, su vertiginosa fantasía le falló.

—No mereces clemencia ninguna —dijo en un tono más tranquilo—, pero por el momento voy a consentir que la misericordia atempere la justicia. Tal vez sea castigo suficiente que te pases el resto de tus días en Maryland, ya que tanto miedo te da. En cuanto a lo demás, confiésate inmediatamente ante toda la gente que va a bordo y pide disculpas, y que tus méritos futuros reparen tus defectos pasados.

—¡Sois por vuestro juicio un Salomón —exclamó Bertrand— y por vuestra misericordia, un santo cristiano!

—Andando, pues, y acabemos.

—Enseguida, enseguida, señor —convino el criado—, si vos pensáis que es seguro...

—¿Y por qué no habría de serlo?

—Es evidente, señor —explicó Bertrand—, que este cargo vuestro encierra más de lo que se ve a simple vista. Yo no sé qué hubo entre lord Baltimore y vos, ni es asunto mío indagar qué causa secreta habéis jurado seguir... —al llegar a aquel punto Ebenezer dio rienda suelta a tamaño torrente de insultos que su criado tuvo necesidad de hacer una pausa antes de proseguir—. Yo lo único que quiero decir, señor, es que a un Laureado corriente y moliente no lo atacan bellacos y asesinos en cada esquina, ni tampoco creo que ese villano de Coode ande detrás de vos simplemente porque no le

gusten las rimas. Por lo que yo sé, bien pudiera hallarse en este barco; desde luego, está a bordo de la flota, y Slye y Scurry, también...

—No, ellos no —dijo Ebenezer—, pero puede que Coode sí. —A continuación describió brevemente la estratagema de Burlingame—. Fue Burlingame quien compró un pasaje en tu nombre —explicó—, dejando a ese canalla perdido entre las gentes de la flota.

—Pues eso le va a inflamar el ánimo aún más —dijo Bertrand—. ¿Y quién sabe qué compinches andarán con él? ¡Puede que tenga un espía en cada barco!

—No sería imposible, por lo que he oído decir de él —admitió Ebenezer—. Pero ¿qué finalidad tiene toda esta conversación? ¿Te crees que me vas a convencer de que me refugie en una cautela amedrentada y que no voy a proclamar cuál es mi cargo a los ojos de todos? ¿Es que te propones rehuir confesión y penitencia?

Bertrand protestó enérgicamente ante aquella interpretación errónea de sus motivos.

—Me confesaré con prontitud —aseveró—, y vos cuidado de imponerme una penitencia leve por mi impostura, la cual os ruego que recordéis que no perseguía ningún fin perverso, sino salvar esa parte que hace hombre al hombre. No obstante, la penitencia jamás ha curado herida alguna, señor.

A continuación Bertrand pasó a elogiar la naturaleza generosa y dada al perdón de su amo, y a recriminarse a sí mismo por haber pagado con engaños la amabilidad de aquél, sin olvidarse de justificar una vez más su impostura y sacar a colación, sin que viniera a cuento, diversas pruebas de la alta estima y confianza que Andrew le profesaba. Por fin acabó manifestando que lo que él buscaba no era la mera penitencia, sino reparar sus actos en virtud de ciertos medios con los que expiar la humillación y las incomodidades que su impostura —completamente inocente— había infligido al más noble amo que jamás sirviera ningún pobre criado.

—¿Y qué medios tienes en mente? —preguntó el poeta con cautela.

—Tan sólo arriesgar mi vida por la vuestra —dijo el sirviente—. Independientemente de cuál sea la causa a cuyo servicio estéis...

—¡Ya basta, maldito seas! ¡Yo sirvo a la causa de la poesía y a ninguna otra!

—Lo que yo quería decir, señor, es que independientemente de lo que lord Baltimore... es decir...

—¡Maldita sea, dilo de una vez!

—Puesto que he jugado en perjuicio vuestro —dijo Bertrand—, permitidme que juegue en vuestro beneficio. Consentid en que desafíe a Coode usando vuestro nombre, señor. Si acaba conmigo, me lo tendré merecido y eso será vuestra salvación; si no es así, siempre habrá tiempo de hacer una confesión limpia cuando desembarquemos. ¿Vos qué decís?

El plan dejó a Ebenezer tan atónito que no fue capaz de encontrar inmediatamente

un lenguaje lo suficientemente fuerte con el que fustigar la afrenta de quien lo había urdido y, ¡lástima!, cuando recuperó el uso de la lengua, Ebenezer descubrió los méritos incuestionables de aquella estratagema. El cargo de Laureado era verdaderamente un puesto peligroso; a aquellas alturas tenía pruebas sobradas de que era así, aunque teniendo muy poca idea del *porqué*; era innegable que John Coode se encontraba a bordo de la flota, y sin duda estaría irritado porque lo habían engañado; Burlingame, a pesar de sus fantasiosas proclamas tranquilizadoras, no estaba cerca para ayudarlo. Por último, y esto era lo más persuasivo, el poeta todavía se estremecía al recordar cómo había escapado de Slye y Scurry en El Rey de los Mares; sólo la aparición de Bertrand en la calle le había salvado la vida.

—Te aliviará la conciencia —dijo por fin—; no puedo decir que no, al menos por el momento... Tendré tiempo para escribir algo de poesía ahí abajo. Pero con Coode o sin Coode, Bertrand, te juro lo siguiente: es la última vez que soy ningún hombre que no sea Eben Cooke. ¿Me oyes?

—Muy bien, señor —asintió Bertrand—. ¿Se lo comunico al capitán?

—¿Comunicárselo? Ah, sí, que soy tu criado Bertrand, un lechuguino con pretensiones de gloria. ¡Sí, haz correr la voz!

12. EL LAUREADO DISERTA SOBRE LOS JUEGOS DE AZAR Y DEBATE ACERCA DE LA RELATIVA NOBLEZA DE CRIADOS Y POETAS LAUREADOS. BERTRAND EXPONE LA ANATOMÍA DE LA SOFISTICACIÓN Y DEMUESTRA SU TESIS

Cuando el *Poseidón*, impulsado por una fresca brisa del nordeste, dejó atrás la Punta del Lagarto y junto con el resto de la flota puso rumbo nordeste, en dirección a las Azores, la vida a bordo adquirió su orden habitual. Los pasajeros tenían poco o nada que hacer: al margen de los tres ranchos diarios y, para quienes llevaran consigo los ingredientes, los té de entre las comidas; el único acontecimiento cotidiano era el anuncio de la distancia que se calculaba que había recorrido el barco en las veinticuatro horas anteriores. Entre los caballeros era mucho el dinero que cambiaba de manos cuando se hacía dicho anuncio, y puesto que los criados, cuando están ociosos, pueden aburrirse tan mortalmente como sus amos, también cruzaban sus apuestas si podían permitírselo.

Las apuestas se efectuaban, como norma, durante la segunda comida, ya que los recorridos se calculaban cada mediodía. Al levantarse por la mañana, todos los pasajeros buscaban a algún miembro de la tripulación para preguntarle por lo navegado durante la noche; se pasaban toda la mañana estudiando el viento y, al final, hacían sus estimaciones. A mediodía el capitán en persona subía a la toldilla, cuadrante en mano, y cuando el primer piloto le indicaba que eran las doce en punto, llevaba a cabo el tradicional «vistazo de mediodía», para determinar la longitud; se retiraba entonces a sus aposentos y calculaba la latitud mediante una estimación global basada en la dirección que marcaba la brújula y el recorrido efectuado desde la última medición de la altura de la estrella polar, que se hacía justo antes del amanecer. Aquella cifra crucial se calculaba a partir de los datos registrados en el cuaderno de bitácora relativos a la dirección y velocidad del viento, la altura y dirección de los mares, así como la hechura, el ángulo y la disposición de las velas, junto con los propios conocimientos del capitán en cuanto a la dirección y velocidad de las corrientes oceánicas en aquel área, teniendo en cuenta la época del año y la habilidad que pudiera tener cada uno de sus oficiales para sacar el mejor partido posible de la marinería en los distintos periodos de guardia, teniendo asimismo en cuenta las características del barco. Puesto que incluso a toda vela el *Poseidón* rara vez recorría más de seis millas por hora, y nunca más de ocho (o dicho de otro modo: que estas distancias requerían gran velocidad), el recorrido diario podía oscilar entre cero, si había calma (y, si había vientos en contra, el cómputo podía ser negativo), y ciento noventa y dos millas —máximo teórico que sin embargo la nave jamás lograba

alcanzar—. Una vez calculadas latitud y longitud, el capitán estaba en condiciones de determinar sobre un plano la posición aproximada del barco, para lo cual se servía de una regla paralela y compases de punta seca, una vez más, teniendo en cuenta los vientos, las corrientes, las características de deriva que tenía el navío y las variaciones de la brújula; entonces podía indicarle al timonel las rectificaciones de rumbo para que siguiera gobernando hasta nuevo aviso. Finalmente, el capitán hacía entrada en la sala principal, donde compartía la comida de mediodía con las damas y caballeros que formaban parte del pasaje, los cuales, entretanto, habían terminado sus estimaciones y reunido el dinero de las apuestas. Una vez anunciada la cifra oficial, el capitán le ordenaba al piloto que buscara entre los papeles doblados el cálculo más aproximado, para identificar al ganador del día.

El juego básico consistía en sumar todas las cantidades apostadas (normalmente, de cinco o diez chelines por cabeza para las damas y caballeros y un chelín o menos para los criados), pero los especuladores más ambiciosos pronto ingeniaron apuestas subsidiarias: por ejemplo, se podía establecer una cifra máxima o mínima virtualmente para cualesquiera probabilidades deseadas, o bien un jugador podía apostar sobre las diferencias máxima y mínima entre los recorridos de un día y el siguiente. Cuando hubieron transcurrido cinco días y el aburrimiento había alcanzado cotas más altas, el juego se tornó más elaborado y las apuestas subieron. Un joven ministro de la Iglesia llamado George Tubman, que era muy imaginativo y del que los demás pasajeros sospechaban que era un jugador profesional disfrazado, ingenió un sistema de probabilidades basculante para aceptar apuestas diarias acerca de la fecha de recalada en Flores y Corvo —las islas occidentales de las Azores—, sistema en virtud del cual el anuncio del recorrido diario modificaba las probabilidades restantes respecto de cada fecha de recalada pronosticada, conforme a determinados principios que quien mejor conocía era el joven inteligente que los calculaba, de modo que, a la luz del avance efectuado día a día, se podían cruzar nuevas apuestas a fin de reforzar o compensar las probabilidades, que habrían aumentado o disminuido con respecto a las apuestas efectuadas anteriormente sobre aquel mismo punto. Aquel sistema tenía la ventaja de que acumulaba los intereses y fomentaba la tendencia hacia una progresión geométrica de las apuestas, ya que cuando un jugador veía que todas sus inversiones, basadas en especulaciones previas, quedaban amenazadas porque un día el recorrido era insólitamente largo o corto, se sentía naturalmente inclinado a protegerse apostando una cantidad igual o mayor que la de sus apuestas anteriores, esta vez a favor de lo que parecía una fecha más prometedora; y puesto que, inexorablemente, el *Poseidón* estaba cada día más cerca de la fecha de recalada, lo cual estrechaba los márgenes de especulación, las probabilidades a favor de determinadas fechas descendían vertiginosamente, como resultado de lo cual podía darse que, a tenor de las nuevas probabilidades, hubiera jugadores que apostarían

cinco libras a favor de la fecha que por entonces contara con más partidarios, con el fin de compensar diez chelines previamente apostados a favor de una fecha que ahora resultaba improbable, para encontrarse, dos o tres días después, con que era preciso hacer una tercera apuesta, de una envergadura mucho mayor, si quería hacer buena la segunda, o la primera y la segunda combinadas, y así sucesivamente. La emoción aumentaba en una proporción similar; incluso el capitán, aunque meneaba la cabeza al ver la ruinosa envergadura que cobraban las apuestas, seguía el juego con interés no disimulado, al igual que hacían los miembros de la tripulación —a quienes, evidentemente, no se les hubiera autorizado a participar en el juego ni siquiera en el caso de que hubieran podido permitírselo—, los cuales tenían sus favoritos entre los apostantes y daban, o si era posible vendían, información confidencial sobre el avance del buque a las personas por las que se interesaban, así como también hacían sus pequeñas apuestas acerca de cuál de los pasajeros ganaría más dinero y, en última instancia, a fin de proteger sus propias apuestas, se ofrecían o aceptaban ser sobornados a cambio de proporcionar información errónea a otros apostantes en los que no hubieran invertido su dinero.

A su vez, Ebenezer mostró al principio poco interés por esta actividad, sobre la cual recayera su atención los primeros días del viaje. Una rutilante mañana de abril Bertrand se acercó a proa, donde su amo se hallaba contemplando felizmente las zambullidas de las gaviotas en busca de peces, y le preguntó, con tono respetuoso, qué opinaba en general de los juegos de apuesta. De buen humor, debido a la bondad del tiempo y al magnífico desayuno, y complacido porque se le consultara de aquel modo, Ebenezer exploró el asunto con alegría y profundidad.

—Preguntarle a alguien qué opina de jugar por dinero es como preguntarle qué opina de la vida —fue una de las posiciones con que experimentó el poeta—. ¿Acaso la caballa no está jugando una apuesta cada vez que se acerca a la superficie, no sabiendo si alguna gaviota la va a capturar? ¿Y las gaviotas pueden apostar que lograrán lo que persiguen? ¿No somos todos nosotros jugadores que miden su inteligencia con el océano yendo a bordo de este barco de madera? Más aún, ¿no es la vida una apuesta desde el principio hasta el final? Desde el momento en que somos concebidos es un juego nuestra vida; cada comida que hacemos, cada paso que damos, cada giro que efectuamos es un desafío que le hacemos a la muerte; los hombres, todos son peles en manos del azar, salvo el suicida, e incluso éste juega la apuesta de si existe un infierno en el que se consumirá. Así pues, por fuerza, el que ama la vida ama el juego, porque el juego es una conquista del dios Azar. Además, todo jugador es optimista, porque jamás se apuesta si uno cree que va a perder.

Bertrand sonrió beatíficamente.

—¿Luego estáis a favor de los juegos de azar?

—Ah, ah. —El Laureado se puso alerta; irguió la cabeza, meneó el dedo índice y

citó un proverbio que, inexplicablemente, le hizo ponerse colorado: *hay más de un camino para llegar al monte*. También se podría argumentar que el jugador es ateo y pesimista, puesto que valora en nada la voluntad humana. Apostar es conferirle al azar la soberanía sobre todas las cosas, lo cual es tanto como decir que Dios no tiene poder sobre las cosas.

—¿Entonces no veis el juego con benevolencia, después de todo?

—Alto, no tan de prisa; podría aseverarse con idéntica prontitud lo contrario: que los materialistas seguidores de Hobbes jamás debieran jugar por dinero, pues nadie que apuesta carece de fe en la suerte, y creer en la suerte equivale a negar el ciego azar y el frío determinismo, así como el orden materialista de las cosas. Quien le dice sí a la suerte, en resumidas cuentas, dícele sí a Dios y viceversa.

—¡Entonces, en el nombre del cielo! —exclamó Bertrand, bastante menos respetuosamente que al principio—. ¿Qué pensáis de los juegos de dinero: sí o no?

Pero Ebenezer no se dejó presionar.

—Es una de esas preguntas que tienen muchas facetas —dijo alegremente, volviendo a centrar su atención en las gaviotas. Contrariamente a lo que se esperaba, su posición a bordo del *Poseidón* no resultaba en modo alguno desagradable. Había conseguido establecerse no como un simple criado más, sino como una especie de amanuense del Laureado, en calidad de lo cual le estaba permitido el acceso al alcázar en compañía de Bertrand, teniendo posibilidad de conversar limitadamente con los señores; no había necesidad de ocultar su educación, ya que trabajos como el que Ebenezer fingía tener era frecuente que los desempeñaran hombres de letras venidos a menos, y haciéndole representar a Bertrand el papel de genio altanero y taciturno, él abrigaba la esperanza de poder hablar en su nombre las más de las veces, de aquel modo, protegiendo la superchería que ambos se traían. Además, así podía dedicarle a su cuaderno todo el tiempo que se le antojara e incluso pedirles libros prestados a los señores que viajaban en el barco sin despertar sospechas; era normal que un amanuense manejara tinta, papel y libros, sobre todo si su amo era un Poeta Laureado. En resumidas cuentas, a medida que transcurría el viaje, Ebenezer veía cada vez más claro que su papel le permitía gozar de la mayor parte de los privilegios que correspondían a su verdadera identidad, sin acarrearle ninguno de los peligros inherentes a la misma, de modo que consideraba su disfraz una de sus inspiraciones más felices. Mientras los criados paliaban el aburrimiento jugando y chismorreando sobre sus amos y sus señoras, en tanto las damas y caballeros asimismo jugaban y chismorreaban entre sí, Ebenezer se pasaba las horas en la grata compañía de su propia obra o la de los autores célebres del pasado, con respecto a los cuales sentía, desde que recibiera el nombramiento, la existencia de un fuerte sentimiento de camaradería.

En realidad la única pega genuina que veía, una vez olvidado el azaramiento

inicial y tras haberse habituado a su papel, eran las comidas. En primer lugar, la comida no era lo que se había imaginado: la última anotación que aparecía en su cuaderno, escrito justo antes de caer dormido en la cuadra de El Rey de los Mares, era la siguiente:

¿Tú me preguntas qué come
nuestra alegre cofradía
cuando se aleja camino
de Maryland la bravía?
Te respondo: jamás hubo
tan exquisitas delicias;
nuestro apetito marino
las siente como caricias.
De Jove y Juno la estirpe,
no probó placer tan sano,
aunque a ellos los sirvieran
Ganímedes y Vulcano.

A lo cual añadió el primer día que ejerció de amanuense de Bertrand:

De uno y otro hemisferio
nos es dado lo mejor:
asado de vaca y de ciervo,
un cordero en su esplendor.
Y todo lo remojamos
con buena cerveza inglesa
y buen ron de las Barbados
hasta el final de la Fiesta.
En ningún lugar del mundo
se ha de hallar nada mejor,
pues la despensa del barco
la dotó LORD BALTIMORE.

Ello a pesar de que en realidad en el desayuno y en la cena lo más exótico que había visto Ebenezer eran los huevos, la ternera fresca y unas cuantas verduras preparadas con indiferencia. Pero tres días bastaron para acabar con todas las reservas de alimentos perecederos que había a bordo del *Poseidón*. En lugar de los mismos, para desdichada sorpresa de Ebenezer, apareció el rancho habitual de navegantes y pasajeros marítimos: una ración semanal de siete libras de pan o de galletas de barco, para amo y criado por igual, con tan poca mantequilla que apenas bastaba para disimular la falta de sabor; media libra de carne de puerco en salazón con guisantes pasos por cabeza y comida cinco días a la semana, y los otros dos días, en lugar de puerco, carne de vaca en salazón... a no ser que hiciera tan mal tiempo que el cocinero no pudiera poner el perolo a hervir, en cuyo caso, todas las almas de a bordo se las tenían que arreglar todo el día con una libra de queso inglés y soñar con sus hogares.

Sin embargo, la culpa de aquella desilusión no la tenían ni lord Baltimore, ni el capitán del *Poseidón*, ni el orden social, sino meramente la ingenuidad del propio Ebenezer o, como él mismo percibía oscuramente, la naturaleza de la realidad, que no había sabido estar a la altura de sus expectativas. En cualquier caso, aunque la comida no era más fácil de engullir, Ebenezer se habituó a ella lo bastante como para no sentirse decepcionado entre comida y comida. Una objeción más considerable — que lo indujo a expresarle a Bertrand su descontento— era que tenía que comer con los criados una vez que hubieran terminado las damas y caballeros.

—No creas que es meramente por la ignominia que ello representa —se apresuró a asegurarle a su sirviente—, aunque la verdad es que son una tribu de patanes que se pasan todo el rato tomándome a chacota. Eres tú el que me da miedo; temo que te hagan hablar estando sentado a la mesa del capitán y que se descubra lo asno que eres. ¡Tres veces al día aguardo a tener noticias de tu desgracia, y ya desespero de mantener el engaño hasta Maryland!

—Ah, bueno, señor, si es por eso, no temáis. —Se hallaban en el combés del buque, y Bertrand parecía menos atento a las quejas de Ebenezer que a la contemplación de una señorita que se hallaba en el coronamiento, acompañada del capitán—. Esto de ser *señor* no tiene mucho misterio, de eso me he dado cuenta; lo puede hacer cualquiera que tenga pronto el ingenio y los ojos y las orejas abiertas.

—¡No me digas! Yo diría otro tanto de *mi* papel, seguramente; de todos modos, la gente con la que *tú* cenas no es estúpida, sino que son personas que tienen medios y educación.

Pero lejos de sentirse intimidado por aquel comentario, el sirviente desafiaba la verdad del mismo, ya que seguía prestándole mayor atención a la joven que a las palabras de su amo.

—Por Dios, señor, nadie sabe valorar mejor que vuestro criado los méritos de la riqueza y del nacimiento —afirmó con benignidad—, pero que me ahorquen si merced a la una o al otro jamás hombre alguno fue un ápice más inteligente o virtuoso.

A continuación, Bertrand juró por toda la experiencia que tenía de tratarse con damas y caballeros de nota, tanto en calidad de criado de los mismos como en tanto que su igual, que ni una sola de las fregonas que se sentaban a la mesa con Ebenezer era más lagartona que aquella damisela que estaba en la toldilla, por ejemplo, a la cual identificó como una tal señorita Lucy Robotham.

—A pesar de todos esos ropajes tan elegantes y de su manera refinada de hablar, señor, no se ruborizó ni un tanto así cuando este mediodía el capitán le propinó un pellizco por debajo de la mesa: ¡Se lo devolvió maliciosamente! Y ni media hora después, cuando la cogí de la mano para ayudarla a subir la escalerilla, ¿qué creéis que hizo? ¡Pues me rascó la palma de la mano! Una puta es siempre puta, sea cual sea

su posición social —dijo a modo de conclusión—, y un necio es siempre necio por muchas que sean sus riquezas.

Ebenezer no puso en tela de juicio la veracidad de aquella idea democrática, pero negó que tuviera relevancia con relación al problema de que se ocupaban.

—A tu caballero no lo hacen ni el carácter ni el sentido común, Bertrand —dijo el poeta, llamando a su criado por su nombre a fin de que apartara la vista de la señorita Robotham—, sino la educación y los buenos modales. El caballero reconoce a su igual merced a un millar de indicios —un giro del lenguaje, la elección de un vino, un arabesco de la plumilla—, y merced a otros tantos detecta el fraude del advenedizo. Por mucha práctica que se tenga imitándolos, es sólo cuestión de tiempo que acaben por descubrirte. Un desliz de la lengua, un desliz del tenedor: cualquier bagatela puede delatarlo.

—Sí —rio el otro— y, decidme, ¿qué es lo que descubren?

—¡Pues que el individuo en cuestión no posee hidalguía de modales en virtud del nacimiento, por decirlo así! —Ebenezer estaba molesto por la arrogancia creciente de su criado, que ya de por sí no andaba precisamente falto de presunción—. ¿Cómo le vas a devolver a un caballero libro por libro si en tu crédito no hay libro alguno? ¿Cómo le vas a hablar de los últimos estrenos teatrales de Londres o de la situación en que se encuentra el continente si no has pasado por la universidad? El caballero auténtico es galante pero no fatuo, ingenioso pero no bufonesco, es serio sin llegar a ser un búho, está informado pero no es pedante..., en resumidas cuentas, participa de todas las cualidades sin exceso ni defecto; siempre está en el *justo medio*.

A lo cual el criado respondió, haciendo girar la mano y sonriendo:

—¡Por mi fe, tal vez sí o tal vez no!

Y seguramente hubiera añadido algo más de no haber sido porque la irritación creciente que sentía Ebenezer avivaba el interés que tenía para él aquel asunto, haciéndole reanudar al instante su discurso. Y así como la forma de hablar de un caballero es en comparación con la forma de hablar de la plebe como el canto de la alondra comparado con el del gallo, no obstante lo cual el canto del poeta es cual el del ángel si se lo compara al de la alondra, así también es el caballero un príncipe entre los hombres, y el poeta debiera, ser cual un príncipe entre los caballeros.

—Tal vez sí, señor, o tal vez no —volvió a decir Bertrand, y esta vez mirando a su amo, añadió—: ¿Pero estaríais dispuesto a creerlo? Anda tan maltrecha mi memoria que, a pesar de que escribí a tinta vuestro nombramiento, palabra por palabra, y a pesar de que vi claro como el *Evangelio* cómo se transformaba a un caballero en Poeta Laureado, no logro recordar la parte donde se ve que por ser Laureado se es caballero. Y tan pobres son mis ojos y mis oídos, que me han engañado, haciéndome creer que todos los poetas en los que aquellos órganos han reparado, como los amos Oliver, Trent y Merriweather, allá en Londres, por no

nombrar más... Bueno, pues que entre todos esos versificadores no reúnen un solo *justo medio*, no ya de oro, como decimos nosotros, sino ni siquiera de cobre o latón. ¡Qué diantre! Hablando claro, esos fulanos son sobrios como macacos, modestos como pavos reales, castos como machos cabríos, tienen la voz tan melodiosa como la urraca, el valor de un ratón de sacristía y la cortesía de una gata en celo. El criado común, cotidiano, si me está permitido decirlo, seguramente es dos veces más caballero de lo que vuestro poeta jamás podría siquiera soñar. Mejor dicho, muchas veces posee un espíritu más refinado que el caballero que es su amo, como todo el mundo sabe, y no hay quien lo iguale cuando se trata de empolvar una peluca o colocar a los invitados en la mesa. ¡El y no vuestro poeta, diría yo, es caballero entre los caballeros!

A Ebenezer aquel estallido le cogió demasiado por sorpresa como para hacer otra cosa que no fuera entornar los ojos y exclamar:

—¡Basta!

Pero Bertrand no estaba dispuesto a consentir que le interrumpieran.

—Sin embargo, por lo que a eso se refiere —prosiguió—, me es de poca utilidad la raza de los caballeros, ahora que soy Poeta Laureado. ¡Qué narices! Las damas y caballeros que he conocido, muy lejos de ver en su poeta a un caballero, lo consideran como una especie de santo, mono amaestrado, bufón de corte y adivino gitano, todo a la vez. Vuestras damas me dicen cosas que jamás ha oído ningún cura papista; me miman como a un perrito faldero y me hacen gestos que harían enrojecer a un gigoló; me adoran y desprecian alternativamente, como si yo fuera a medias un dios y a medias un payaso ambulante. Y los caballeros, ¡Dios mío! Enseguida me consideran loco o mentecato, pues ¿quién sino un loco se entrega a hacer versos, salvo si se es demasiado lerdo para hacer dinero? Al fin y al cabo, señor, jamás se les ocurriría llamarme poeta, o como mucho me llamarían mal poeta, si alguna vez hiciera un comentario meramente razonable, no digamos ya cortés... ¡Mas no creáis que soy tan ingenuo!

Las facciones de Ebenezer se desencajaron, asentándose finalmente en una especie de gesto ceñudo. Los dos hombres se hallaban ahora totalmente enfrascados en la discusión, que por fuerza había de transcurrir en voz baja; estaban de cara al mar, acodados a la borda, de espaldas a la señorita Robotham, que había bajado de la toldilla al alcázar, al otro lado del barco.

—Te concedo lo siguiente —dijo Ebenezer—: que un poeta fatuo y parlanchín puede ser reo de chabacanería, al igual que un mal criado puede ser reo de presuntuosidad, y ambos pueden ser reos de afectación. Otrosí te concedo que el mejor poeta no es nunca en esencia un caballero...

—A diferencia del mejor criado —apuntó Bertrand.

—En cuanto a eso —dijo Ebenezer secamente— el criado que supera a su amo en

conocimiento de la etiqueta y de la moda, es como el rústico que es capaz de recitar más pasajes de las *Escrituras* que un teólogo; posee un solo talento, y eso pone de relieve sus limitaciones. El caballero criado y el caballero poeta tienen en común lo siguiente: que en ambos casos la condición de caballero es una máscara. ¡Pero tras la máscara del criado se oculta un bribón, mientras que tras la máscara del poeta se oculta un dios!

—¡Vamos, vamos, señor!

—¡Déjame acabar! —A Ebenezer le brillaban los ojos, mientras las cejas rubicundas se le retorcían y sobresalían—. ¿Quién tiene más necesidad que el poeta de todos los dones divinos? El poeta posee el ojo del pintor, el oído del músico, la inteligencia del filósofo, la persuasión del letrado; cual un dios atisba el alma secreta de las cosas, la esencia que se oculta bajo la forma de las mismas, sus más recónditos recodos. Cual un dios conoce las fuentes del bien y del mal: ve la semilla de la santidad en la cabeza de un asesino, el gusano de la lujuria en el corazón de una monja. ¡Y aún voy más lejos: así como el poeta es entre los caballeros como una perla entre piedras pulimentadas, así también debe el Laureado ser un diamante entre las perlas, un príncipe entre los príncipes! ¡Al poeta hácenle entrega los reyes de su inmortalidad secular, igual que le hacen entrega del alma a Dios! No tiene nada de misterioso que la primera poesía fuera de índole religiosa, ni que los primeros poetas fueran sacerdotes paganos, según afirman algunos, ni tampoco que Platón dijera que la fuente de la poesía es una locura *divina*, como la de las sibilas y los videntes. Si el poeta genuino se aparta de la senda del buen comportamiento, no es más que la impronta de su vocación, un acceso de la musa; sin embargo, el Laureado, si bien es verdad que está por necesidad en posesión de las dosis mayores de esta locura, debe practicar una contención propia de dioses, pues ante los hombres es embajador y emblema de su arte: no sólo está obligado para con la musa, sino también para con sus colegas poetas.

—Entonces —preguntó Bertrand finalmente—, ¿es vuestro deseo que represente el papel de caballero en todo?

—De todas las maneras posibles.

—¿Y que adopte las acciones de los caballeros como un modelo a seguir?

—Nada menos.

—¡Uf! Pues entonces os tengo que pedir algo de dinero, señor —dijo Bertrand, riendo, y explicó que los últimos diez chelines que le quedaban de sus exiguos ahorros los había sacrificado aquel mismo mediodía en la apuesta sobre el recorrido diario, apuesta en la que, en tanto que caballero, se veía absolutamente obligado a participar.

—Ah, por eso me preguntaste hace un rato qué opinaba de jugar por dinero.

—He de confesar que sí —dijo Bertrand, y le recordó a su amo que se podían

decir tantas cosas a favor como en contra del juego—. Además de lo cual, señor, ahora que ya me he metido en ello he de proseguir, tanto para salvaguardar nuestras máscaras como para hacer frente a mis pérdidas.

Ahora bien, a Ebenezer sólo le quedaba el poco dinero que había ahorrado a lo largo de los años que había pasado con el comerciante Peter Paggen, cantidad que en total no rebasaba las cuarenta libras, pero como Bertrand insistiera en que una suma menor no serviría de nada, Ebenezer sacó veinte libras de su baúl, regresó a la borda, donde le aguardaba su representante y, subrepticamente, le dio el dinero; aderezando convenientemente la entrega con órdenes y admoniciones.

Llegados a aquel punto, la conversación se vio interrumpida por aquella misma joven de la que poco antes había hablado mal Bertrand, la señorita Robotham. Tras sentir un toque en el hombro, amo y criado se volvieron, viendo que la tenían justo tras de sí; Ebenezer palideció al pensar lo que acaso hubiera podido oír ella.

—¡Señorita! —dijo—. ¡Soy vuestro criado!

—Es a vuestro amo a quien busco —dijo la muchacha, dándole la espalda.

La señorita Robotham era una doncella de pelo castaño, busto excelente y unos veinte años de edad, y a pesar de que por ser un tanto gruesa tanto de cara como de modales, asomaba por debajo de la elegancia de su vestido una esencia si no rústica, sí al menos colonial; con todo y con ello a Ebenezer le dio la impresión de que tenía más de inocente que de concupiscente. De hecho, era la primera vez, desde que le refiriera sus cuitas a Henry en la diligencia de Plymouth, que se acordaba de Joan Toast, la mujer que había despertado en él la delicadeza de sentimientos que precipitó su partida de Londres: aquella muchacha y ésta parecíanse en la mirada, en la piel y en la franqueza de sus modales.

Bertrand, que no había hecho ningún ademán que acompañara la cortesía de su amor, se apoyó en la borda y le echó una ojeada a la recién llegada, tratándola con crudeza. Ella, en absoluto intimidada, juntó las manos con impertinencia, se dejó caer varias veces sobre los talones, y dijo:

—Tengo que haceros una consulta literaria, señor Cooke.

—Ajá —dijo Bertrand, dándole un golpecito en la barbilla—. Y decidme, os lo ruego, ¿qué tiene que ver con la literatura una mocita tan linda como vos?

Ebenezer, tan alarmado por la pregunta como por la vulgaridad de su criado, se apresuró a ofrecer sus servicios, indicando que no se debiera importunar al Laureado con preguntas baladíes.

—¿Para qué sirve entonces? —inquirió la doncella, fingiendo hacer pucheros. Apretó luego los labios, alzó las cejas y añadió con desenfado, aún mirando a Bertrand—: ¿Tengo que padecer sus miradas libidinosas a cambio de nada? El me dirá qué poeta escribió *Alejaos, alejaos, oh, lujuriosa Fortuna* y me lo va a decir ahora mismo, de lo contrario mi padre va a tener conocimiento de qué poeta me

pellizcó este mediodía en parte que me sonroja mencionar, dejándome como prueba un cardenal.

—La moraleja de eso —dijo Bertrand— es la siguiente: *quien lleva faldas de paja es menester que se mantenga fuera del fuego.*

—¡Moraleja! ¡Sí que sois vos un sacerdote apropiado para hablar de moral! Basta ya: ¿Quién dijo *Alejaos, alejaos, oh, lujuriosa Fortuna*, Shakespeare o Marlowe? Me he apostado dos chelines con el capitán Meech, que se las da de culto.

Alarmado por temor a que su criado lo echara todo a perder, bien por su respuesta, bien por su conducta, Ebenezer estuvo a punto de interrumpir, respondiéndolo él, pero Bertrand no le dio ocasión.

—¡Conque el capitán Meech, eh! —exclamó con gesto burlón, mirando de reojo—. ¡Yo también me apuesto dos chelines a que por cada cardenal mío vos tenéis tres sobre los que sentaros!

La señorita Robotham y Ebenezer protestaron, el segundo, con sinceridad.

—¿No? Pues entonces una libra. —Bertrand se rio—. Una libra mía contra vuestro chelín. Pero cuidado, ¡tengo que ver las pruebas personalmente! —A continuación le preguntó por qué poeta había apostado, ofreciéndose a jurar que él mismo era el autor de aquellos versos.

—El Laureado no tiene rival en el campo de la galantería —comentó con alivio Ebenezer, hablándole a la espalda juvenil de la señorita Robotham—. Y lo cierto es que, si se ha de ser caballero, lo que cuenta es que William...

—Oh, no —protestó la joven, cortando a Ebenezer—, no quiero vuestros favores, señor Laureado, pues sé muy bien lo que me acabarán costando. Aparte de que conozco bien la respuesta y lo único que quiero es una confirmación:

¡Alejaos, alejaos, oh, lujuriosa Fortuna!
Y vos, sínodo de todos los dioses;
arrebatale su poder; quebrantad
los radios todos y el borde de su rueda.
Y por la ladera celestial
echadla a rodar hasta que llegue
al abismo de los desalmados.

—¡Muy bien, muy bien! —aplaudió Ebenezer—. Quien dio vida a Hamlet no se adecuó mejor que vos...

—¡Demonios! ¡Cuánto rufián y cuánta hembra lujuriosa! —exclamó Bertrand—. Quienquiera que fuese el que escribió eso estaba salido, a ver quién lo niega. A decir verdad, señorita, para lo que es eso, yo mismo podría haberlo garabateado.

—¡Señorita, tened la bondad! —exclamó Ebenezer, horrorizado por la ignorancia de Bertrand y lo peligroso de la situación. Esta vez Ebenezer se interpuso entre ellos por la fuerza y cogió a la señorita Robotham del brazo, como disponiéndose a llevársela de allí—. Debéis disculpar mi brusquedad, pero no puedo permitir que

sigáis molestando al Laureado.

—¡Molestarlo! —La señorita Robotham retiró el brazo—. ¡Que yo le molesto a él!

—Valoro mucho vuestro interés por la poesía, cosa rara incluso en una muchacha londinense —prosiguió diciendo el poeta, hablando con rapidez y mirando en derredor, por si hubiera gente observándolos—, y no estoy criticando vuestra crianza porque hayáis abusado de la galantería de este gran hombre, pues veo que sois de las plantaciones; sin embargo, debo explicar...

—¡Oíd lo que dice este villano! —La señorita Robotham buscó primero la solidaridad de una audiencia imaginaria y luego, específicamente, la del capitán Meech, a quien vio venir procedente de popa—. ¡Le hago una pregunta cortés al señor Cooke y este mequetrefe me tacha de palurda sin modales!

—No le hagáis caso —dijo, de buen humor, el capitán, no sin dirigir una breve mirada de desprecio al ofensor—. ¿Quién es el ganador de la apuesta?

—Oh, todo el mundo sabe que lo escribió Shakespeare —dijo ella—; pero al señor Cooke le gustan las bromas tanto como a vos: jura haberlo escrito él.

—Las grandes almas suelen expresarse por medio de epigramas —explicó Ebenezer a la desesperada—. Tal vez, visto superficialmente, parezca una simple broma; pero en el fondo encierra un pensamiento profundo: el Laureado quiere dar a entender que entre los grandes poetas se da tal sensación de hermandad a la hora de servir a la musa que es como si Will Shakespeare y Eben Cooke fuesen la misma persona.

—Entonces he perdido —dijo el capitán con un suspiro, respondiendo más al comentario de la señorita Robotham que al de Ebenezer—. De ahora en adelante practicaré lo de *zapatero a tus zapatos* y dejaré la sabiduría en manos de los sabios.

—¡El cielo lo impida! —dijo Bertrand, riéndose. No le había prestado la menor atención a la alarma anterior de Ebenezer—. Yo pierdo bastante a costa de vuestro arte marinerero sin entrar en la apuesta diaria contra vos.

Entonces el capitán Meech dijo, guiñando un ojo, que tenía todo el dinero en sus habitaciones, y la señorita Robotham, cogiéndole del brazo, se fue con él para recoger sus ganancias.

Bertrand se los quedó mirando, lleno de envidia.

—¡Ay, Dios mío, qué pieza tan sabrosa!

—¡Esto es nuestro fin! —gimió Ebenezer en cuanto la pareja no pudo oírlo—. ¡Has echado a perder nuestras armas! —Se volvió hacia el océano y hundió el rostro entre las manos.

—¿Qué? ¡Nada de eso! ¿No visteis cómo ronroneó la gatita cuando le acaricié la barbilla?

—¡La has tratado como si fuera una furcia de a dos chelines!

—Más que eso no es —dijo Bertrand—. ¿Creéis acaso que en este mismo instante se está echando una partida de cartas con Meech?

—Pero su padre es el coronel Robotham, del condado de Talbot, antiguo miembro del Consejo de Maryland.

Bertrand no se impresionó.

—Lo conozco bastante bien. Con todo debo decir que no es muy normal que un padre se quede escuchando cómo su hija habla de rufianes y hembras lujuriosas mientras recita versos obscenos en la mesa.

—¡Dios nos libre! —exclamó el Laureado—. Si no nos descubres con tus meteduras de pata, conseguirás que nos azoten por tu comportamiento. No vuelvas a hablar del refinamiento de los criados, por el amor de Dios; he visto lo suficiente, y otro tanto digo de su ignorancia.

—Vamos, vamos, componeos —dijo Bertrand—. Estaba representando el papel de Laureado, no el de criado, de lo contrario habríais visto refinamiento a raudales. Sabía lo que me hacía.

—Lo que tú sabías...

—Y por lo que se refiere a estas chanzas y a las conversaciones librescas a las que tanta importancia le dan vuestras elegantes gentes —prosiguió Bertrand malhumorado—, cualquier caballero que esté al servicio de otro caballero y que, como yo, haya gozado de perspectiva suficiente como para contemplar todo el terreno, puede deciros claramente lo que hay, y lo que hay es esto: se trata de sondear cuáles son los sentimientos con respecto de un asunto concreto para así poder uno luego expresar su sentimiento más inteligentemente. En esto, la diferencia que hay entre un hombre simple y un hombre ingenioso, en honor a la verdad, es que al hombre normal le importa mucho la posición a adoptar, aunque le importa un pedo el porqué de adoptarla, a condición de que la posición esté bien defendida. A eso añadamos, cosa que cualquier criado puede deciros, que la mayor parte de las cosas de las que hablan los hombres tienen dos caras, y que cada vez que se sube un peldaño en la escalera del ingenio, puede verse cómo lo que se dice es el *Evangelio* respecto del peldaño anterior y del posterior.

—¡La escalera del ingenio! ¿Qué locura es ésta? —preguntó Ebenezer.

—No es más locura que la locura del mundo, señor. Por ejemplo, el asunto de las pelucas, que tanto da que hablar en Londres: si hay que llevar peluca larga o corta. Al comerciante normal no le interesa la moda, y encima de su pelo natural se pone una peluca corta para trabajar mejor; pero dadle diez libras y un par de semanas de ocio, que saldrá disparado a la tienda para comprarse un magnífico pelucón francés y medio celemín de polvos, y entonces se creará que es el mismísimo demonio. A continuación, coged a una docena de desocupados como él; el más avisado de todos se comprará una peluca corta y empezará a discursar con altanería acerca de la

tiranía de la moda (¡anda que no les he oído veces decir eso!), y se creará que está tan por encima de sus congéneres, los que llevan peluca larga, como estos últimos creen estar por encima de los hijos de los mercaderes y de los aprendices que llevan peluca corta. Con todo, basta que subáis un peldaño más y, otra vez, la peluca larga; ahora la lleva un sabio que ha visto a tanta gente de peluca corta aparentando tener sentido común, que se ha dado cuenta de que lo único que hacen es adoptar una postura falsamente práctica, por lo que él gana fama de ser el más inteligente al exponer la falsedad de los demás a plena luz del día. Pero un escalón más arriba nos encontramos de nuevo con la peluca corta, en lo alto de la coronilla de algún filósofo, y un escalón más allá, la peluca larga, y así sucesivamente. O bien, tomad la cuestión francesa; los rústicos patanes son abiertamente partidarios de Inglaterra y piensan que los franceses son la maldad personificada, pero después de un año en Londres se mofarán de cómo razonan sus compadres del campo. Entonces aparece uno que ya ha pasado por eso, y va y dice: «¡Así le dé la peste a ese fatuo con tanta cháchara! ¡Al fin y al cabo, Inglaterra y nada más!». Luego aparece otro que ha estado en el extranjero, el cual viene diciendo que para quien ha viajado no es cosa de chácharas, porque no hay nadie más inteligente que un francés inteligente, en comparación con el cual un ciudadano inglés no es más que un palurdo..., y aún queda el que ha visto no sólo Francia, sino todas las santas provincias del globo; éste dirá que son los viajeros novicios los que cantan las alabanzas de París... El hombre que lo ha visto todo regresa a Inglaterra con el corazón rebosante de refinamiento. Pero acto seguido hace aparición el gran filósofo escéptico, que no le da la razón a ninguna de las dos partes, y después de este último llega un filósofo aún más grande, el cual sabe que ninguna de las dos partes tiene razón, aunque de todos modos toma partido por la insensatez más inteligente; luego de éste aparece un santo mundano que dice haber superado para siempre jamás toda palabrería sobre guerras y reyes, ganando renombre por su virtud. Y después de éste...

—¡Basta, te lo suplico! —gritó Ebenezer—. ¡Me da vueltas la cabeza! Por el amor de Dios, ¿qué es lo que quieres decir?

—Ni más ni menos que lo que ya he dicho anteriormente, señor: que importa un rábano lo poco o mucho que se haya vagado por el mundo, o que uno se haya quemado los ojos delante de los libros, o que se haya afilado los ingenios con inteligentes compañías; el caso es que cada vez que uno dice sí, siempre le dirá *no* alguien que es un poco más simple, y otro tanto hará alguien que es un poco más brillante, de modo que a las gentes inteligentes les importa menos lo que uno piensa que por qué lo piensa. Eso es lo que me salva.

Pero Ebenezer no acertaba a ver el porqué.

—¡Yo más bien diría que eso es lo que acabará contigo! El necio puede repetir cual loro los juicios del sabio, que jamás puede esperar ser capaz de defenderlos.

—Y sólo un necio lo intentaría —dijo Bertrand, con el índice en alto—. Vuestro poeta no tiene necesidad de hacerlo.

Las facciones de Ebenezer ejecutaron una danza.

—Lo que quiero decir, señor —explicó Bertrand—, es que cuando estas gentes acuden a mí con una de sus preguntas de peso (anoche mismo, por ejemplo, querían que les diera mi opinión sobre la brujería, en cuanto a si creía o no en ella), pues qué, yo pongo cierta sonrisa y digo: «¿Por qué no?». ¡Y de ahí no me sacan! Los que están a favor se sienten suficientemente satisfechos, y en cuanto a los escépticos, no tienen modo de saber si soy un pollino sobre cuyos lomos cabalga un espectro o si soy una especie de místico el doble de sabio que ellos. Vuestro poeta no ha menester de complicarse la cabeza dando ninguna explicación: los hombres creen que están en posesión de la llave maestra que permite el acceso a la alcoba de la dama de la verdad, por lo que se sonrían cuando ven a los sabios aprestar sus escalas en el patio. Esa urbanidad y sensatez de las que habláis son sus peores enemigos; el poeta lo que tiene que hacer es pellizcarles a las damas en el trasero y tirarles de las barbas a los eruditos. Podríamos decir que sus modales son su solo argumento, y una sonrisa enigmática, su única refutación.

—No más —dijo Ebenezer, tajante—. ¡No quiero oír más!

Bertrand exhibió una sonrisa enigmática.

—Y, con todo, ¿a que no cabe dudar que es la pura verdad?

—Hay en ello una corteza de verdad, sí —concedió el Laureado—; pero es como la cáscara de sensatez que encubre al loco, o la capa de hielo de un estanque donde se patina: sólo sirve para hacer más siniestro lo que se oculta debajo.

En aquel preciso instante sonó la campana convocando a la cena a las damas y caballeros.

—Ya han terminado de cocinar nuestro ganso —dijo, lúgubre, Ebenezer—. Ahora mismo vas a ver cómo la señorita Robotham se ha percatado de tu ignorancia.

—Puede que sí —dijo Bertrand con su sonrisa—, pero me apostaría vuestro último penique a que piensa que soy un Salomón de tomo y lomo. Enseguida sabremos quién tiene razón.

Lo cierto es que pasaron casi cuatro horas antes de que el Laureado pudiera volver a hablar a solas con su criado, pues mucho después de que la servidumbre hubiera terminado de cenar, las gentes elegantes se demoraron jugando a las cartas y bebiendo coñac en el salón principal. El alborozo mismo de los congregados —cuyos ecos podía oír con claridad Ebenezer mientras se hallaba junto al trinquete, cavilando, asomado al océano que la luna bañaba— parecía indicar que no se traían nada serio entre manos, sin embargo, la exasperación del poeta se vio aliviada cuando vio por fin emerger a Bertrand del alcázar, acompañado del capitán Meech en persona, aún riéndose de algún chiste privado, para luego encender la pipa con la lámpara de

fumar^[24]. El poeta sintió una punzada de envidia, mas no eran sólo los modales de Bertrand lo que le incomodaba; la verdad era que encontraba tan atractiva la cínica argumentación del criado como su propia réplica y, en el fondo, ni una ni otra le satisfacían. Por dicha razón, cuando preguntó qué se había dicho durante la cena con respecto a la apuesta literaria de aquella tarde, Ebenezer, si no entristecido, sí se quedó sorprendido por la respuesta.

—No se habló de otra cosa en la mesa, señor. —Bertrand aspiró humo, mirando la pipa con gesto ceñudo—. La mozuela Robotham contó lo que yo había dicho y cómo lo glosasteis vos, palabra por palabra. Llanamente hablando, señor, el coronel, su padre, me preguntó luego por qué soportaba a un criado tan insolente, si me perdonáis que lo diga, que osa hablar en nombre de su amo. Los demás empezaron a opinar y la mozuela acabó diciendo que bastaba con verme para saber que yo era poeta, en tanto que vos erais un *boe...* o un *beo...*, bueno, no sé qué palabreja.

—Beocio —dijo sombríamente el poeta.

—Eso. Otra de sus palabras obscenas.

Entonces, Ebenezer preguntó sin entusiasmo qué respuesta había dado el criado.

—¿Qué podía decir yo para acabar con sus chismorreos? Les dije sencillamente que lo único que cuenta en un secretario es que sepa caligrafía. Entonces el capitán invocó de nuevo a la *lujuriosa Fortuna*, que parece ser su obscenidad favorita; se sabía el fragmento entero, según dijo, pero había olvidado en qué momento de no sé qué obra de teatro que mencionó lo decían.

—Ah —Ebenezer cerró los ojos, casi con esperanza—. Así pues, a fin de cuentas no ha llegado el fin.

—¿Cómo es eso, señor? Yo, efectivamente, ni pestañee; sólo dije que lo habíamos hablado una hora después del mediodía, tras haber perdido la última libra apostando, pues el recorrido de aquel día había sido corto. Bertrand le dio otra calada a la pipa y lanzó con satisfacción un escupitajo al océano ondulante.

13. EL LAUREADO, ANEGADO EN UN MAR DE DIFICULTADES, RESUELVE SER LAUREADO, NO SIN ANTES COMPONER LOS ÚLTIMOS VERSOS MARINOS

Tras las antedichas conversaciones mantenidas con Bertrand, la insatisfacción de Ebenezer respecto de la posición que ocupaba ya no quedaba meramente circunscrita a la hora de las comidas, antes bien, se sumió en un estado de perenne cavilar, unido a un malestar espiritual. Era incapaz de escribir nada de poesía: ni siquiera el espectáculo de un grupo de ballenas enormes, cosas que en tiempos más dichosos hubiera puesto su imaginación en movimiento, le había logrado inspirar una sola rima. Antes, en el mejor de los casos, se llevaba indiferentemente con sus compañeros de mesa, ahora, estos habían detectado su disgusto, con lo cual a la malicia de los chistes que hacían a su costa habíanle añadido resentimiento. Consecuentemente, cuando después de que llevaba tal vez una semana presa de aquel descontento solitario, Bertrand le confió con una mirada lasciva que Lucy Robotham estaba a punto de convertirse en amante del Laureado de Maryland, la reacción de Ebenezer ante la nueva fue cualquier cosa excepto hospitalaria.

—Tú ponle un dedo encima —amenazó Ebenezer— y acabarás la travesía cargado de grillos.

—Ah, bueno, es un poco tarde para dar ese consejo, señor; la codorniz está cazada y desplumada, y lo único que falta es ponerla a dar vueltas en el asador.

—¡Que te digo que no! —insistió Ebenezer, con tanta impaciencia como horror—. ¿Por qué te lo he de decir dos veces? Tus apuestas van en contra de mi criterio, pero la fornicación... ¡Eso es contrario a mi misma esencia!

Bertrand permaneció completamente impávido ante la ira de su amo.

—Nada de eso —dijo—. Un poeta sin amante es como un juez sin peluca: es el emblema de su oficio, y un Laureado debería tener unas cuantas. Mi única preocupación es desempeñar bien el papel de poeta, señor.

Ebenezer seguía sin dejarse convencer.

—¡Bonita preocupación, hacer de la hija del coronel una puta!

Entonces Bertrand protestó, afirmando que en realidad su interés por Lucy Robotham era en gran medida desapasionado: conforme a lo que había averiguado, el coronel Robotham era uno de los conspiradores originarios que junto con John Coode habían derrocado al gobierno de lord Baltimore en 1689 y, a pesar de que se había hecho a la mar bajo la protección del gobernador Nicholson, no tendría nada de raro que estuviera secretamente aliado con los insurrectos.

—No me sorprendería —afirmó— que Robotham estuviera utilizando a la

muchacha como cebo. ¿Por qué si no iba a permitirnos seguir adelante en sus propias narices sin decir ni palabra? ¡Sí, vive el cielo, lo haré caer en sus propias redes!

En vista de la nueva información y del talento que aparentaba tener su criado para la intriga, la resolución de Ebenezer empezó a debilitarse: su indignación se transformó en petulancia.

—Tienes la habilidad de un sofista para pintar el vicio con los colores de la virtud —dijo—. Está claro que te has propuesto sacarle el mayor partido posible a mi nombre y a mi cargo.

—¿Entonces cuento con vuestro permiso, señor?

—Me asombra que te tomes la molestia de pedirlo, según te comportas últimamente.

—¡Ah, gracias, señor! —La voz de Bertrand denotaba un alivio evidente—. Sois un caballero a carta cabal y tenéis dos veces más discernimiento que cualquiera otro de a bordo. Me di cuenta de vuestra finura de espíritu la primera vez que os eché el ojo, cuando el amo Andrew me envió a Londres para que me ocupara de vuestro bienestar. En todas las cosas...

—Basta; me pones enfermo —dijo el poeta—. Por el amor de Dios, ¿qué andas persiguiendo ahora? Sé que estas lisonjas me costarán caras.

—Paciencia —imploró en un tono muy distinto al de sus anteriores conversaciones, de momento volvía a comportarse totalmente como un criado. Tras acabar reafirmando una vez más su fe en el discernimiento de Ebenezer y que a los dos les interesaba seguir manteniendo el disfraz, y tras aseverar también que los dos tenían un criterio común en lo referente a la importancia que tenía para el disfraz seguir con las apuestas caballerescas, el criado confesó que necesitaba una subvención adicional para poder mantener las apariencias; además la necesitaba enseguida.

—¡Dios Santo! —exclamó el Laureado—. ¡No habrás perdido veinte libras tan pronto!

Bertrand lo confirmó con un gesto de asentimiento y explicó que se había jugado mucho dinero en las apuestas complementarias hechas sobre el recorrido del día anterior con el fin de enjugar las pérdidas previas, pero que a pesar de que sus cálculos habían sido sumamente cuidadosos, había perdido por cosa de una miserable milla, en beneficio de la señorita Robotham, de quien sospechaba que tenía acceso a información confidencial suministrada por el capitán.

—¡La mitad de mis ahorros! ¡Y tienes el descaro de pedirme el resto para tirarlo también!

—Nada más lejos de mi intención, señor —dijo Bertrand—. Por el contrario, tengo intención no sólo de volver a ganar vuestro dinero y el mío, sino de multiplicarlo por cinco. Por eso me es imprescindible la mozuela de Robotham.

Bertrand explicó que el *Poseidón* estaba a punto de concluir su segunda semana avanzando en dirección sudoeste, y según el dinero sabiamente invertido, las Azores quedaban tan sólo a dos o tres días de navegación. De hecho, eran tan probables aquellas dos fechas de arribada que el clérigo que cubría las apuestas, el señor Tubman, pedía para las mismas una libra por chelín, mientras que cualquier otra fecha anterior o posterior ofrecía unas probabilidades de lo más lucrativas. Así pues, el plan de Bertrand consistía en conquistar a la señorita Robotham a fin de que volcara todas sus influencias en el capitán Meech: si los cálculos privados de éste con respecto a la fecha de arribada no coincidían con las de los pasajeros, la señorita Robotham emplearía toda su astucia y su arte en tratar de inducirle a navegar más lentamente, para llegar a las islas en alguna fecha posterior.

—¡Diantre, me dejas pocas posibilidades de elegir! —dijo Ebenezer con amargura cuando su criado hubo concluido—. Primero haces que no parezca una locura hacerse con la moza; luego haces que parezca de una prudencia intachable, y ahora lo conviertes en algo necesario, a pesar de que en el fondo sabes tan bien como yo que ahí no hay más que lujuria y lascivia. ¡Coge a la moza y mi dinero también! ¡Dame fama de jugador y de putañero y acabemos de una vez!

Tras haber dado rienda suelta de aquel modo a sus sentimientos, Ebenezer sacó sus veinte libras del baúl y con grandes recelos le entregó la suma a Bertrand, apelando por última vez a la discreción de su criado. Este le dio las gracias como se las hubiera podido dar un caballero a otro que le ha hecho un préstamo sin importancia, y partió en busca de Lucy Robotham.

Con posterioridad a aquella transacción, la melancolía del poeta alcanzó cotas casi febriles. Se pasó todo el día languideciendo en la cama, o apoyado en la borda, como un guiñapo, mirando fijamente el océano; cuando a la mañana siguiente Bertrand anunció, por medio de un gesto de los ojos, que la seducción de la señorita Robotham era un hecho consumado, sólo logró arrancarle a su amo un suspiro y una cabezada; y cuando, a continuación, en un intento por alegrarlo, el criado proclamó estar preparado para salirse con la suya con la lujuriosa Fortuna, la apática respuesta del Laureado fue: «*El que trafica con hembras lujuriosas acaba cogiendo la sífilis*».

Ebenezer se hallaba, como él mismo reconocía sin emoción, muy próximo a un estado similar a aquél del que en una ocasión le salvara Burlingame, y en otra, involuntariamente, John McEvoy. Lo que le salvó esta vez fue un acontecimiento que en realidad estaba en sintonía con su estado de ánimo: el primero de los dos días en los que «se invertía sabiamente» el dinero, la flota se encontró por vez primera con un tiempo verdaderamente malo. El viento, bruscamente, dejó de soplar en dirección norte y empezó a soplar en dirección sudoeste, a una velocidad mayor, trayendo consigo una violenta tempestad que duró cinco días. El *Poseidón* cabeceaba, daba bandazos y se agitaba en el mar encrespado; los pasajeros se pasaban la mayor parte

del día confinados bajo cubierta. El olor de las agitadas aguas que se acumulaban en la sentina llegaba hasta los camarotes, e incluso los marineros se sentían mareados. Ebenezer se encontraba tan enfermo que se pasó varios días sin apenas probar la comida de la servidumbre; sólo dejaba el catre cuando la naturaleza le hacía acudir a la barandilla del barco o al orinal. Sin embargo, pese a que proclamaba su desgracia a voces, al igual que los demás, no tenía, a diferencia de ellos, ningún deseo ferviente de que sobreviniera la calma: una cosa es precipitar un cataclismo, lo cual requiere como mínimo resolución; pero para abandonarse y aferrarse a un cataclismo ya existente no es preciso más que estar desesperado.

No volvió a ver a Bertrand de nuevo hasta muy avanzado el quinto y último día de la tormenta, que fue además el más violento. A lo largo de todo aquel día sin luz el *Poseidón* había navegado estremecidamente, con las gaviotas arrizadas, pues el viento iba ahora en dirección nordeste, y hacia el anochecer había arreciado el temporal. Ebenezer se encontraba en el alcázar, en su inocencia haciendo arcadas, asomado por cima de la regala de barlovento, y en su malestar, ajeno a los desagradables resultados de las mismas. En aquel punto se le unió su criado, vestido, como de costumbre, con las ropas de su amo; había subido a cubierta a lo mismo, y había emprendido la labor con similar desorden. Durante un rato colaboraron codo con codo en medio de la oscuridad creciente; poco después, Ebenezer logró preguntarle:

—¿Cómo cifra las apuestas el reverendo Tubman en cuanto a si sobreviviremos esta noche? Yo no apostaría por un sí.

En aquel momento a Bertrand le sobrevino un acceso de náuseas perfecto.

—¡Mejor para todos si este maldito barco se va a pique! —respondió por fin—. Me importa un pedo vivir o morir.

—¿Estoy oyendo al Laureado? —Ebenezer contemplaba la penosa situación de su criado con satisfacción.

—¡No mencionéis esa palabra! —Bertrand gimió, y hundió el rostro entre las manos—. ¡Dios maldiga el día en que se me ocurrió irme de Londres!

A cada nueva queja, Ebenezer sentía más aliviado su estómago.

—Pero ¿cómo es esto? —preguntó con sarcasmo—. ¿Preferirías ser un criado castrado en Londres antes que un caballero poeta con amante y fortuna? ¡No acierto a entenderlo!

—¡Ojalá Ralph Birdsall me hubiera privado de mi herramienta! —exclamó Bertrand—. El instrumento del hombre es un triste manubrio que la mujer maneja a su antojo. ¡Oh, la muy puta! ¡Putra traicionera!

En aquellos momentos, la satisfacción del poeta se convirtió en verdadero regocijo.

—¡Ajá, conque el gallo tiene que decir *cucú!* ¡Vive el cielo que hace bien la moza poniéndote los cuernos, pues tú te tomas como si tal cosa el ponérselos a los demás!

—No, por el amor de Dios, no debéis alabar a esa mujerzuela.

—¿Que no debo alabarla? Cuenta con mis alabanzas y con mi aprobación. Tiene mi bendición.

—Y también tiene vuestro dinero —dijo Bertrand—, las cuarenta libras.

Y viendo que su amo estaba demasiado estupefacto para hablar, Bertrand refirió la historia de su engaño. La joven Robotham, dijo el criado, le había jurado su amor, y basándose en la fuerza de aquella pasión, seis días antes, según había contado ella misma entre lágrimas, hipotecó su honor hasta el punto de haber permitido al capitán Meech tomarse ciertas libertades con su persona, como recompensa a lo cual, ella pudo aconsejarle a Bertrand que invirtiera su dinero en una fecha varios días posterior a las favoritas. El capitán le había dicho directamente a ella que, a pesar de hallarse a tan sólo un día de la isla de Flores, se estaba fraguando en el horizonte una tormenta que fácilmente podría hacerles perder un centenar de millas. Al mismo tiempo, la señorita Robotham le había advertido que no revelara el contenido de su apuesta, y que en cambio diera a entender que también él apostaba por las fechas más populares; juró que ella misma se ocuparía de que el clérigo corredor de apuestas refrenara la lengua (¡el verdadero amor no repara en gestos!). Por último, en caso de que el *Poseidón* no arribara a la isla de Flores el día adecuado, ella tenía una criada de la que se había enamorado perdidamente el vigía de babor, el cual, con tal de ganar sus favores, estaba dispuesto a jurar que arribaban a las jaspeadas costas del paraíso.

Con tales garantías, Bertrand invirtió el dinero, apostando quince contra uno a favor del día siguiente al de la fecha..., pero ¡ay!, ahora se veía con toda claridad que la moza había urdido un engaño múltiple.

Al parecer, el verdadero amante de la señorita Robotham era ni más ni menos que el reverendo Tubman en persona, merced a cuya solvencia ella había hecho creer a todos los pobres mentecatos del grupo que era la amante secreta de cada uno de ellos, haciéndoles apostar a todos a favor de la misma fecha. Entonces, cuando en el momento previsto llegó la tormenta, era cosa de verlos a todos maldecir y quejarse de sus pérdidas, riéndose para sus adentros por la ventaja de la que gozaban con respecto a los demás. Pero, ahora, la víspera del triunfo, aquel mismísimo día de Nuestro Señor que bien pudiera ser el último de sus vidas... En resumidas cuentas: hacía una hora que el vigía de babor juraba haber avistado desde su puesto de la cofa mayor las montañas de Corvo, y aunque nadie más que él las había divisado, el capitán Meech había declarado oficial la recalada.

Como si quisiera confirmar la historia del criado, en aquel preciso instante hizo aparición en la toldilla el capitán Meech, y ordenó que el barco escorara bajo la guía de la arrizada gavia de mesana, medida que era prudente si se tenía en cuenta sólo la tormenta, tanto si Corvo quedaba a estribor como si no. Lo cierto es que la orden, dada por el primer oficial, de amainar las gavias del trinquete y del palo mayor, llegó

tarde, pues cuando los hombres estaban aún en los flechastes, una ráfaga desgarró las tres velas y además hizo saltar el palo de mesana. Para compensarlo, largaron la vela del trinquete doblemente arrizada, a fin de impedir que el costado del barco quedara a merced del viento y de las olas, mientras se ajustaba una nueva gavia al trinquete; entonces la tripulación corrió a quitar los jirones del palo de mesana, que batían con gran fuerza..., pero nadie llegó a tiempo, porque cuando el siguiente golpe de viento alcanzó el maltrecho palo, un obenque de mesana se desgajó, produciendo un ruido que pareció un estampido de pistola.

Fue en aquel momento, el más desafortunado de todos, cuando Ebenezer, a quien le sobrevino un nuevo ataque de náuseas al recibir la noticia de que estaba arruinado, se volvió a asomar por la borda: el obenque, tenso como una cuerda de violín, regresó como un latigazo y lanzó al poeta contra el yugo, haciéndole verse de hecho y por un instante en el mismo mar, junto a la nave. Nadie lo vio ir por la borda; los oficiales y la tripulación tenían las manos ocupadas, y Bertrand, incapaz de mirar a su amo a los ojos durante la confesión, seguía acurrucado junto a la borda, con la cara oculta entre los brazos. Ebenezer no podía gritar, por estar escupiendo agua de mar, pero no se hubiera podido hacer nada por él, ni siquiera en el improbable supuesto de que alguien hubiese oído sus gritos. En resumidas cuentas, su vida hubiera finado allí mismo de no ser porque el mismo viento que antes lo había impulsado, ahora había arrastrado la parte superior de la siguiente ola: cresta, espuma y poeta sin sentido volvieron de un golpe a bordo, junto con muchas toneladas del verde océano Atlántico y, para bien o para mal, el Laureado se salvó.

Sin embargo, no recobró la conciencia inmediatamente. Durante un período de tiempo que para él lo mismo hubiera podido ser una hora que un año, Ebenezer languideció en medio de una especie de euforia, ajeno a lo que le rodeaba y al transcurso del tiempo, ajeno incluso al hecho de que estaba a salvo. Era un estado de aturdimiento, de ensoñación, y la mayor parte del tiempo no resultaba en modo alguno desagradable, aunque de cuando en cuando se veía interrumpido por breves periodos de inciertos forcejeos, acompañados de un vago dolor. A veces soñaba (no se trataba en absoluto de pesadillas, sino de visiones extrañamente apacibles). Había dos visiones que se repetían con cierta frecuencia; en la primera y más misteriosa aparecían dos montañas de alabastro, idénticas, en forma de cono, altas y de superficie muy pulimentada; veíanse ancianos sentados en las cumbres, y en torno a las bases bullía una actividad desafortada cuya naturaleza Ebenezer no alcanzaba a comprender. La otra visión consistía en una especie de recapitulación de su accidente, en una versión extrañamente alterada. El estaba en el agua, junto al *Poseidón* ¡pero hacía un día hermosamente soleado, en lugar de tormentoso; en la mar tibia reinaba una calma verde y cristalina, y ni siquiera había humedad; la nave, pese a estar desplegadas todas las velas, no se movía ni una pulgada, y no era Bertrand, sino su

hermana Anna y su amigo Henry Burlingame quienes lo observaban desde el alcázar, sonriéndole y haciéndole señas, y en lugar del terror, era el éxtasis lo que henchía el pecho del poeta!

Cuando por fin recobró plenamente el sentido, la sustancia de aquellos sueños desafiaba el recuerdo, pero la tranquilidad de los mismos le acompañó hasta el mundo al que despertaba. Permaneció apaciblemente tumbado durante mucho tiempo, con los ojos abiertos, admitiendo en la conciencia los hechos de la realidad, uno a uno. Para empezar estaba vivo: un cierto aturdimiento, una ligera debilidad del estómago y sus doloridas nalgas así lo probaban, aunque percibía aquellas sensaciones con tanto despego como si los miembros que le dolían no le pertenecieran. Recordó el accidente sin alarmarse, pero no sabía cómo había ocurrido ni qué lo había salvado. Ni siquiera el recuerdo de que Bertrand había perdido todo su dinero, recuerdo que le sobrevino inmediatamente después, logró turbar su serenidad. Poco a poco fue comprendiendo que estaba tumbado en un coy, en el interior del castillo de proa; conocía el aspecto del lugar porque anteriormente había estado confinado allí. La estancia se hallaba en penumbra e impregnada del olor a petróleo de los quinqués y del humo del tabaco; de cuando en cuando oía risas breves, maldiciones masculadas entre dientes y chasquear de naipes; cerca de él alguien roncaba. Era de noche, por tanto. En último lugar se dio cuenta de que el barco navegaba con tanta estabilidad como si aquello fuera una iglesia, obediente a la menor variación angular del timón; la tormenta había cesado y asimismo, el peligroso período de mar gruesa y ausencia de vientos que normalmente sucede a las tempestades marinas: el *Poseidón* seguía su rumbo con suavidad.

Aunque le resultaba aborrecible la idea de abandonar el ameno paraje por el que había viajado recientemente su espíritu, al poco rato sacó las piernas del coy y se quedó sentado. En otros que en derredor de él por todas partes había, dormía la gente, y se veía a cuatro marineros jugando a las cartas en una mesa próxima al centro de la habitación.

—¡Relámpagos! —exclamó uno de ellos—. ¡Por allá se mueve nuestra bella durmiente! —Los demás se volvieron a mirar, exhibiendo una variedad de sonrisas.

—Buenas noches —dijo Ebenezer. Tenía la voz débil y cuando se puso erecto le flaquearon las piernas y le volvió el dolor de nalgas. Se agarró a un mamparo buscando apoyo.

—¿Qué pasa, mozalbete? —inquirió un individuo sonriente—. ¿Te has quedado impedido?

Al oír aquello el grupo se rio a voces, y aunque se le escapaba la gracia del chiste, Ebenezer también sonrió: la extraña serenidad en medio de la cual se había despertado le quitaba toda la importancia al hecho de que no hubiera ninguna duda de que se estaban riendo a su costa.

—Me habré caído —dijo cortésmente—, me duele un poco por distintos sitios.

—¡Sería cosa de pasmarse si así no fuera! —dijo un viejo de voz cascada, y Ebenezer reconoció a Ned, el mismo que lo llevó por vez primera a presencia de Bertrand y que por añadidura le había pellizcado muy cruelmente. Los demás se volvieron a reír, pero conminaron a su compañero a que se callara.

Un tercer marinero, en apariencia un tanto menos bruto que los otros, se apresuró a decir:

—Lo que Ned quiere decir es que no es de extrañar que tengas dolores donde te dio el obenque de mesana. —El marinero señaló una frasca pequeña que tenía cerca—. Ven a echarte un traguito que te estabilice mientras el primer oficial sigue en cubierta.

—Te lo agradezco —dijo Ebenezer, y cuando se le pasaron los estremecimientos del ron, preguntó con suavidad—: ¿Cómo es que estoy aquí?

—Te encontramos sin sentido en la cubierta principal en medio de la tormenta —dijo el marinero—. El agua casi te arrastra por los imbornales.

—«El Virutas» ese utilizó tu catre para hacer tablones —convino el viejo Ned con regocijo y señaló al marinero que había hablado en primer lugar, un cuarentón enjuto y fornido.

—Lo dice sin ánimo de ofender, que conste —dijo el carpintero, soltando otra carta—. Estábamos achicando en popa y el mar arrastró todos mis tablones. Pregunté en la entrecubierta qué cama podía utilizar y me señalaron la tuya.

—Ah, bueno, no creo que vaya a echar de menos los tablones.

Por medio de preguntas ulteriores, Ebenezer supo que su inconsciencia había durado tres días y tres noches, tiempo durante el cual no había ingerido alimento alguno. Tenía un hambre canina; el encargado de las comidas, que más bien esperaba que muriese, no le había guardado sus raciones, pero los tripulantes compartieron prestamente su pan y su queso. Mostraron una curiosidad considerable por su coma de tres días; estaban singularmente interesados por saber si no había sentido absolutamente nada. Cuando él les dijo que no, ellos parecieron divertirse mucho.

—¡Pues entonces ya está! —dijo el carpintero—. Es agua pasada, compañero, y si falta algo, ten presente que pensábamos que te estabas muriendo.

—¿Faltar?

Ebenezer no entendía. A aquellas alturas, el ron había hecho entrar en calor a sus miembros, y se le había pasado el aguijón del hambre. A la luz de la linterna, el castillo de proa ofrecía un aspecto bastante acogedor. En los últimos tiempos no le habían tratado con tanta hospitalidad como la que habían mostrado aquellos toscos marineros, quienes, sin duda, ignoraban hasta su seudónimo, por no hablar de su verdadera identidad.

—Si falta algo —aseveró Ebenezer calurosamente— será que debido a mi

atolondramiento no he sabido agradeceros adecuadamente vuestra amabilidad. Ojalá tuviera dinero con que pagárosla, aunque sé que os mueve la bondad natural y no el deseo codicioso de oro que caracteriza a las gentes de tierra firme. Empero, soy pobre.

—A la mierda todo eso —contestó uno de los hombres—. Es de la incumbencia de tu amo. Ahora, bebe.

El Laureado sonrió ante la inocencia de aquellas gentes y se echó otro trago. ¿Debía decirles con quién se estaban portando tan amablemente en realidad? No, decidió con afecto; que la virtud sea la recompensa de sí misma. Evocó mentalmente los relatos en los que se habla de reyes que se visten humildemente y se mezclan con sus súbditos; el mismo Cristo a veces viajaba de incógnito. Sin duda, algún día sabrían la verdad, por medio de alguno de los poemas que escribiría: entonces la aventura se convertiría en una leyenda que se repetiría por los castillos de proa y sería una anécdota importante en las biografías que se escribieran en el futuro. La actitud cordial de los marineros se prolongó a lo largo de la semana siguiente, así como la notable tranquilidad del poeta. Esto último, al menos, Ebenezer lo fue entendiendo cada vez mejor: había vuelto a tener la segunda de sus visiones eufóricas y en ella vio, con emoción extática, una afirmación mística de su vocación, similar a las que les era concedido tener a los santos. ¿Qué era aquel barco a fin de cuentas sino la nave del destino, de la cual había sido arrojado por causa de sus dudas? ¿Qué era el océano sino una fuente de la reedificación, un baño moral que tenía por fin librarlo de la desesperación y devolverlo al barco? ¡El mensaje era inequívoco aun sin el milagro adicional y casi horripilante que él había predicho inconscientemente! De ahí la presencia de Burlingame en el barco soñado, pues él fue quien, en *El Rey de los Mares* (¡es decir, *Poseidón!*) se había burlado del sexto verso de la composición de Ebenezer...

Aunque ruja en el océano
la galerna más cruel,
no ha de poder con los mástiles
de nuestro insigne bajel.
Si el grandioso *Poseidón*
ha de estar a nuestro lado,
no parecerá ancho el mar
ni le tendremos cuidado.

... el cual, según decía Henry, situaba al poeta en el seno del océano. Ebenezer pensó con calor en su amigo y maestro, quien, por lo que él sabía, bien pudiera haber sido descubierto hacía mucho tiempo por Slye y Scurry, y luego sepultado en una tumba de agua. Henry había sido escéptico en cuanto a lo del nombramiento de Laureado, de eso no había ninguna duda.

—¡Ojalá lo tuviera aquí para poder contarle este prodigio!

Después del trascendental avistamiento de la isla de Corvo, en las Azores, el *Poseidón* siguió navegando por el rumbo adecuado, en dirección oeste, a lo largo del paralelo treinta y siete, por lo que, si todo iba bien, llegaría en línea recta a los Cabos de Virginia. La prolongada tormenta había dispersado la flota a los cuatro vientos, de modo que no se divisaba ninguna otra vela en el horizonte; pero el capitán Meech confiaba en dar alcance cualquier día al buque insignia, que, según sus cálculos, iba por delante de ellos. Aunque se había perdido algo de tiempo efectuando reparaciones, cuando «el *Virutas*» hubo completado con maestría la ensambladura del palo dañado, el *Poseidón* navegó días y días con el viento a toda vela. Hacía cinco semanas que habían zarpado de Plymouth; el mes de mayo se les echaba encima y en los labios de todo el mundo estaba un nuevo avistamiento de tierra.

Durante aquel período Ebenezer apenas salió del castillo de proa: por una parte le llevó cierto tiempo recobrar las fuerzas; por otra, no tenía ninguna gana de volver a ver a sus antiguos compañeros de mesa, y en todo caso sus cavilaciones lo tenían agradablemente ocupado. Naturalmente, no podía evitar el mantener algunos contactos con Bertrand, pero sus encuentros eran breves y nada comunicativos (el criado no estaba seguro de cuál era su posición, y Ebenezer, aparte de disfrutar a costa de su incomodidad, no tenía nada que decirle) . Aunque ya no le resultaba posible alimentar más ilusiones acerca de la magnificencia del barco, su admiración por los marineros se había multiplicado por diez. Su desesperación se había esfumado: con gozo apacible se quedaba contemplando cómo los delfines nadaban paralelamente a la nave, o siguiendo la estela de la misma y, contagiado del sentimiento general de júbilo anticipado, afiló las plumillas, sacó los volúmenes de Milton y de Samuel Butler que utilizaba para sus consultas y dio a luz los siguientes versos que describían el grandioso acontecimiento que le aguardaba: su primera visión de Maryland.

Acaso Ulises, rumbo hacia un oeste preterido,
tras el saqueo de Ilion, andrajosos los vestidos,
luego de diez años de vagar, por fin cansado
de los llanos acuosos, del desierto espumado,
al contemplar Itaca, de júbilo inundado,
y comprender que sus penas eran todas idas,
díjose del cielo haber ganado las orillas,
tan amable era la visión de la cual gozaba,
pese a la costa fiera, de rocas erizada.
Cuan celestial también la tierra de que presumo,
sus puertos acogedores, alivio sumo
del peso insoportable que arrastra el navegante.
Sus áureos arenales, su floresta fragante,
la vista regalan con donaire inextinguible,
tanto que ni canción ni poeta son posibles,
pues en donosura y extensión serían escasos:
que más gracias tiene Maryland que mil Parnasos

para el que indemne arriba tras el duro pasaje;
así se sentirá en el oceánico paraje
quien desde el mástil más encumbrado del navío
la avizore, quedando de su belleza ahíto.

Y al pie de aquella página destinada a hacer cuentas agregó, debidamente: E. C., Gent., P^{ta} L^{do} de M^d, y contempló el resultado global con una satisfacción que no experimentaba desde la noche de la fatídica visita de Joan Toast. Estaba impaciente por acabar con los disfraces y asumir su auténtica posición en la provincia; su estado físico era mejor que antes del accidente y su ánimo difícilmente hubiera podido mejorar tras el mismo. Después de tomar en consideración los méritos de una diversidad de planes, acabó por adoptar la resolución de poner fin a la superchería, anunciando su identidad y recitando aquellos sus últimos versos en cuanto el *Poseidón* avistara tierra: estaba claro que no existía ningún plan contra el Laureado a bordo de la nave, y los pasajeros merecían saber la verdad en cuanto a Bertrand y él.

Sin embargo, no tuvo la suerte de llevar a cabo plan tan grato. Estando tan próximo el fin del viaje, pasajeros y tripulación se mostraban cada día más festivos, y aunque a los marineros les estaba oficialmente prohibido beber a bordo, el castillo de proa, exactamente igual que ocurría con el camarote general, se había convertido en escenario de jaranas nocturnas. La hospitalidad de la tripulación para con Ebenezer aumentaba en la misma proporción: él no tenía dinero para participar en sus juegos de cartas, pero se mostraba pronto a compartir su ron y su cordialidad.

Una noche, cuando todos habían ingerido una buena cantidad de licor, el viejo Ned, cuyo comportamiento amistoso había sorprendido sobremanera al Laureado, bajó por la escalera de toldilla y anunció a la concurrencia que en ese momento volvía de celebrar una entrevista en la cubierta principal con el señor Ebenezer Cooke. A Ebenezer se le aguzaron los oídos y se le pusieron las mejillas al rojo vivo, pues el tono del viejo implicaba que lo enviaban como una especie de portavoz para que se dirigiera a todos los miembros del grupo. Los demás evitaron mirar al Laureado.

—Le conté al señor Cooke lo bien que nos habíamos ocupado de su criado —prosiguió Ned, dedicándole una sonrisa desagradable al poeta—. Le dije que lo habíamos rescatado de las puertas de la muerte y que lo habíamos cuidado hasta hacerle recobrar la salud, compartiendo con él cama y alimentos sin quejarnos. Luego le pregunté si tendría a bien darnos algo por las molestias, ya que estábamos próximos a tocar tierra.

—¿Qué dijo? —preguntó uno de los hombres. Los rasgos de Ebenezer empezaron a convulsionarse: se sentía decepcionado de ver que la generosidad de aquellas gentes era, al menos en parte, venal, pero al mismo tiempo reconocía estar en deuda con ellos, así como también reconocía la legitimidad de su reclamación. Ned le dirigió a Ebenezer una mirada maligna.

—¡El muy granuja y embustero alegó pobreza! ¡Dice que perdió el último céntimo cuando avistamos Corvo!

—Es la pura verdad —afirmó Ebenezer ante la protesta general que despertó el anuncio de Ned—. Es un despilfarrador y, no contento con dilapidar su dinero, se jugó también el mío, razón por la cual no he podido tomar parte en vuestros juegos. Pero yo os juro que se os pagará por vuestra gentileza, ya que le ponéis tasa. Vosotros escribidme vuestros nombres y yo despacharé la suma el día que llegue a Malden.

—¡Me juego algo a que lo harás, y también a que perderé mi dinero! —rio «el Virutas»—. ¡Eso es jurar a la ligera!

—¡Os suplico que me dejéis explicaros...! —Ebenezer tomó la decisión de revelar su identidad en aquel punto y hora.

—No hacen falta explicaciones —dijo el contramaestre, que cuando estaba de guardia hablaba en nombre de la tripulación sobre cualquier asunto—. Cuando los marineros cuidan de un compañero enfermo no quieren que les den las gracias; pero cuando cuidan de un pasajero enfermo se les paga al final de la travesía.

—Es el código del mar —afirmó Ned.

—Y es justo —reconoció Ebenezer—. Si vosotras solamente...

—Basta —ordenó el contramaestre con una sonrisa, y extrajo un papel del bolsillo—. Tu amo alega pobreza y tú también. No hay nada que hacer salvo firmar este papel.

Ebenezer cogió el documento con dudas y leyó las palabras, toscamente caligrafiadas.

—¿Qué es esto? —exclamó, y al alzar la vista vio que los marineros se reían de su asombro.

—Es el código del mar, como dice Ned —respondió el contramaestre—. Firma ese papel y serás un marinero pobre, como todos nosotros, que no le debe un pedo a sus compadres.

De hecho, el documento declaraba que el firmante era una especie de miembro honorario de la tripulación del *Poseidón*, y que compartía los derechos, privilegios y obligaciones de los marineros normales, exceptuando la paga y el trabajo. El lenguaje del documento, pulido en comparación con la caligrafía, sugería que el gesto en realidad era un modo tradicional de hacer frente a lo que Ebenezer había asumido como una nueva catástrofe, y la firma del capitán Meech, que figuraba en un extremo, era la sanción oficial.

—Entonces..., ¿no queréis ningún pago después de todo?

El contramaestre negó con la cabeza.

—Sería contrario al código aceptarlo de un compañero de barco.

—¡Vaya, pues es un honor! —El poeta se rio, y su estima hacia aquellos hombres se vio redoblada—. ¡Firmaré con mucho gusto! —Y sacando la pluma estampó en el

papel el nombre verdadero y su título.

—Ah, compañero —dijo «el Virutas», que estaba mirando por encima del hombro—. ¿Qué broma es ésta con la que nos pagas nuestra amabilidad? ¡Firma con tu nombre, no con el de tu amo!

—¿Es que has oído hablar antes del código? —preguntó Ned con suspicacia.

—No, señores, no pretendo bromear. Es hora de que sepáis la verdad. —Entonces Ebenezer procedió a referirles la historia completa de su disfraz, explicando lo más brevemente que pudo por qué era necesario. El alcohol le azuzaba la lengua: habló con elocuencia y en extenso, y a modo de credencial incluso les recitó de memoria todos los pareados de su cuaderno—. Basta con que me lo digáis —concluyó— y haré venir a mi criado, quien jurará que es cierto lo que digo. Sería incapaz de citar una estrofa de memoria, y apenas acertaría a leerlos teniendo la página delante.

Manifiestamente incrédulos al principio, los hombres quedaron ostensiblemente impresionados cuando el poeta hubo concluido. Ninguno sugirió que se llamara a Bertrand como testigo. Su principal reserva resultó ser el hecho de que Ebenezer se diera por satisfecho con un coy del castillo de proa mientras su criado disfrutaba de los favores de la señorita Lucy Robotham, circunstancia que el Laureado aprovechó para recordarles su *Himno a la castidad*: un comportamiento como el de Bertrand era impensable en un hombre cuya esencia era la virginidad.

—¡Relámpagos! —exclamó el contramaestre—. ¿Queréis decir que un poeta es como un cura católico, que sólo usa el instrumento para hacer aguas?

—No hablo en nombre de ningún poeta, salvo en el mío propio —replicó Ebenezer.

Acto seguido pasó a explicar, en la medida que lo permitía la modestia, la diferencia que existía entre el celibato eclesiástico y la verdadera virginidad. El primero, afirmó, no era más que una disciplina, bien que altamente recomendable por cuanto que encaminaba hacia tareas más nobles el tiempo y la energía que de ordinario se emplean en los afanes amorosos, ahorrándole al practicante los agotadores enredos con amantes y esposas, amén de que por lo general desemboca en una vida más larga y productiva; pero de ningún modo se podía decir que fuera un estado tan puro como la auténtica virginidad y, en honor a la verdad, no implicaba en absoluto virtud alguna; por ejemplo, el mayor libertino es célibe en sus años postreros, cuando sus poderes le han abandonado. El celibato, en resumidas cuentas, era una práctica negativa, que casi siempre se adoptaba por defecto o por obediencia a una autoridad externa; la virginidad, por el contrario, era un estado metafísico positivo, tanto más digno de ser admirado por cuanto que era autoimpuesto y no entrañaba valor instrumental alguno ni, en el varón, manifestación física que denotara su posesión o su pérdida. Para él, ni siquiera tenía la utilidad póstuma de las virtudes cristianas, ya que su interés por la virginidad era de orden ontológico y estético, más

que moral. Ebenezer disertó a sus anchas, más para edificación propia que de la tripulación, que lo contemplaba asombrada.

—¿Nos estás diciendo, mientras sigues ahí sentado —preguntó con sobriedad el contraмаestre en medio de una frase— que jamás en toda tu vida has calafateado a una fulana? ¿Que jamás has apuntado con el pájaro a una puta de puerto?

—Ni lo haré jamás —dijo el poeta con energía, y a fin de evitar que siguieran indagando volvió a su proclama y propuso un brindis por su nueva condición—. No creáis que el honor es menos porque yo sea Laureado —les aseguró—. Vamos a echarnos un trago por eso y antes de que acabe la noche pagaré mi cuota con algo más dulce que la plata —su verdadera intención era ni más ni menos que cantar las alabanzas de los marineros, dejándolas en verso para siempre.

Los marineros se miraron unos a otros.

—¡Así sea! —cacareó el viejo Ned, y los demás también dieron su aprobación a voces—. ¡Metedle dentro un poco de ron, compañeros, antes de que empiece el siguiente turno de guardia!

Le pasaron la botella a Ebenezer y le indicaron que se lo bebiera todo él.

—¿Qué es esto? —dijo, riendo con incertidumbre—. ¿Una especie de ceremonia iniciática?

—No, eso viene después —dijo «el Virutas»—. El ron es para que estés preparado.

Ebenezer declinó los preliminares, mostrándose dispuesto a someterse a cualquier prueba fingida.

—Apartemos el perejil, pues, y derechos a por la carne; ¡vais a ver cómo respondo!

Aquello fue la señal que dio principio a un tumulto general: cogieron al poeta por los dos brazos; un marinero le quitó la silla de debajo, y antes de que se hubiera recuperado de la sorpresa, otro le apretó la cara contra una almohada que había en medio de la mesa y que había surgido de la nada como por ensalmo. No siendo por naturaleza dado a las escaramuzas, Ebenezer se retorció, aturullado; además, tanto por razón de su oficio como por simple miedo al dolor, no le hacía ninguna gracia la idea que le propinaran los varazos rituales en la espalda, la administración de los cuales creía ser el objetivo de los marineros.

Cuando para horror suyo quedó claro, un momento después, que no tenían la menor intención de azotarlo, no hubo fuerza terrenal capaz de hacerle guardar silencio; aunque tenía la cabeza tan firmemente sujeta como las extremidades, profirió un alarido que lo oyó hasta el vigía del palo mayor.

—¡El capitán Meech os colgará por esto! —gritó cuando fue capaz de articular palabra.

—¿Es que te crees que no conoce el código del mar? —Ebenezer reconoció a su

espalda la voz cascada y maligna del viejo Ned—. ¿Es que no has visto su nombre en el papel?

Y como para confirmar lo desesperado de su situación, no bien habían recommenzado sus gritos cuando el oficial de guardia asomó la cabeza por la escalera de toldilla para decir un alegre ultimátum:

—Dice el capitán que acabéis con esos berridos o que dejéis sin sentido a ese bellaco de un culatazo de pistola. Está molestando a las damas.

De tal modo frustrada su única amenaza, Ebenezer parecía condenado a padecer la catastrófica ceremonia de iniciación en toda su dimensión. Pero en cubierta se elevó un grito repentino —Ebenezer, medio desmayado, no le prestó atención— y al cabo de un instante todo el mundo echó a correr por la escalera de toldilla, dejando al novicio a merced de sus propios recursos. Debilitado por la ira, Ebenezer lanzó un insulto tras ellos. Luego se apresuró a vestirse y trató como pudo de calmar sus nervios pensando en castigos merecidos. Todavía ajeno al ruido de los gritos y los pies que corrían por encima de su cabeza, enseguida le dio forma verbal a una última estrofa marina, cuyos dos versos finales había de recrear en las semanas venideras:

¡Pues no hay demonio peor,
más sucio ni más dañino,
ruego me libres, Señor,
de los ingleses marinos!

Ahora al alboroto general de cubierta había que añadir el ruido de fuego de mosquetes, e incluso, el poderoso estampido de un cañón, pese a que el *Poseidón* no llevaba artillería: fuera lo que fuere lo que estaba sucediendo, no cabía seguir ignorándolo. Ebenezer se dirigió a la escalera de la toldilla, pero antes de poder subir le salió Bertrand al encuentro, con gorro y camión, y de un solo salto se lanzó desde arriba, cayendo de bruces en el suelo.

—¡Amo Ebenezer! —exclamó, y viendo al poeta junto a la escalerilla, se postró, tembloroso, de rodillas. Al ver el terror de su criado, a Ebenezer se le puso la carne de gallina.

—¿Qué ocurre, hombre de Dios? ¿Qué te duele?

—¡Somos todos hombres muertos, señor! —gimoteó Bertrand—. ¡Es nuestro fin! ¡Piratas, señor! ¡Ah, maldigo la hora en que me hice pasar por Laureado! ¡Esos diablos nos están abordando en este momento!

—¡No! ¡Estás borracho!

—¡Lo juro, señor! ¡Iremos todos a la pasarela!

Bertrand explicó que a media tarde el *Poseidón* había avistado otra vela hacia el sudeste, y tomándolo por otro componente de la flota, el capitán Meech se había apresurado a darle alcance antes de que oscureciera. El barco de guerra que había de escoltarlos por aguas piratas se había perdido de vista cuando avistaron la isla de

Corvo, y dos barcos juntos eran presa más difícil que uno solo. Pero habían logrado dar alcance al barco desconocido tan sólo hacía un momento, y en cuanto estuvieron a tiro del mismo, un cañonazo barrió la proa, y cuando se dieron cuenta de que estaban atrapados era demasiado tarde.

—¡Ojalá le hubiera plantado cara a Ralph Birdsall! —se lamentó Bertrand a modo de conclusión—. ¡Más vale perder el instrumento que la vida! ¿Qué vamos a hacer?

El Laureado no tenía mejor respuesta que su criado (el cual seguía encogido, tembloroso y de rodillas, incapaz de levantarse) para aquella pregunta. Había cesado el tiroteo, pero se oían más voces todavía que antes, y Ebenezer percibió el estruendo de otra bala de cañón que rozaba el *Poseidón*. Subió un poco por la escalerilla, lo justo para asomarse.

Presenció un espectáculo estremecedor. El otro navío se situó junto al flanco de estribor del *Poseidón* y se adosó a su víctima por medio de numerosos garfios de abordaje. Era un barco pequeño, aparejado como si fuera una goleta, de menor tamaño que el *Poseidón*, aunque debido a su proximidad y a que llevaban muchas semanas durante las cuales no habían visto nada más que el mar abierto por los cuatro puntos cardinales, ofrecía un aspecto enorme. Hombres provistos de pistolas o antorchas en una mano y un alfanje en la otra trepaban por la borda sin que se les opusiera resistencia; la luz del fuego les daba un aspecto aún más temible. Iban agrupando a la tripulación del *Poseidón* en torno al palo mayor. Al parecer, el capitán Meech había considerado que sería imprudente resistirse. Podía verse al capitán mismo, junto con la oficialidad, que era vigilada aparte, más hacia popa, junto al trinquete, y a los pasajeros ya los estaban sacando de la cama y llevándoselos a cubierta, la mayor parte, en camisón o en paños menores. Los hombres maldecían y se quejaban: las mujeres se desmayaban, chillaban o simplemente lloraban anticipadamente su destino. Por encima del palo de mesana de la nave pirata estaba suspendida la luna gibosa, cuya luz blanquecina se reflejaba en las gavias de cangreja, que el viento agitaba; las velas inferiores, también ondeando en medio de la fría brisa nocturna, tenían un resplandor anaranjado debido a las antorchas, y en sus superficies danzaban sombras gigantescas. Ebenezer se apoyó con fuerza en la escalerilla, para evitar caerse. A su mente acudían en tropel todos los horrores que había leído en los libros de Esquemeling: Roche Brasiliano, que tenía la costumbre de ensartar a los prisioneros en espetones de madera, para asarlos, y que también les restregaba las heridas de los latigazos con zumo de limón y pimienta; L'Ollonais, que les arrancaba a sus víctimas la lengua con las manos desnudas y luego se comía a mordiscos el corazón; Henry Morgan, que le saltaba los ojos a la gente poniéndoles un torniquete en el cráneo, o los colgaba de los cuatro pulgares, o los izaba hasta la arboladura colgados de sus partes pudendas.

Desde las profundidades del barco llegaba el rumor de los lamentos de Ebenezer.

—¡Ya basta, ya basta! —ordenó uno de los piratas.

Aquel hombre afirmó que no abrigaban intenciones para con los miserables pellejos de los pasajeros, sino con respecto al dinero y las mercancías. Si todo el mundo se comportaba adecuadamente, no sufrirían ningún daño, salvo la pérdida de los objetos de valor, unos cuantos barriles de carne de cerdo y de guisantes y tres o cuatro marineros que los piratas necesitaban para completar su tripulación; al cabo de una hora podrían reanudar la travesía. A continuación despachó a un contingente de piratas para que acompañaran a los pasajeros varones a sus camarotes, para cobrarse el botín, mientras las mujeres se quedaban en cubierta en calidad de rehenes, a fin de garantizar que el pillaje se efectuaba limpiamente; a otro destacamento se le encargó desvalijar la bodega, y un tercero, formado por tres hombres armados, fue hacia el castillo de proa en busca de otros marineros.

—¡Deprisa! —le dijo Ebenezer a Bertrand, saltando al suelo—. ¡Ponte estas ropas y dame mi camisón! —El mismo empezó a quitarle al criado las ropas con la mayor celeridad posible.

—¿Por qué? —gimió Bertrand—. De todos modos es nuestro fin.

Ebenezer ya se había quitado las ropas y empezó a darle tirones al camisón.

—No sabemos lo que nos aguarda —dijo, macabramente—. Puede que les interesen los caballeros y no las gentes pobres. En todo caso es mejor afrontarlo honradamente. ¡Si he de morir lo haré como Eben Cooke, no como Bertrand Burton! ¡Quítate ya eso! —Dio un último tirón y el camisón salió por encima de la cabeza y de los brazos de Bertrand—. ¡Por Cristo, si está cagado!

—De puro miedo —admitió el criado, y salió gateando a por algo de ropa.

—¡Alto ahí, mocitos! —dijo una voz desde la escalera de toldilla—. ¡Mirad ahí, compañeros, esto es una Gomorra flotante!

Ebenezer, con el camisón sucio aún a la altura del cuello, y Bertrand, que seguía desnudo y a cuatro patas, se volvieron, encontrándose con tres piratas que sonreían, pistola y espada en mano, en lo alto de la escalerilla.

—Siento tantísimo aguaros la fiesta, marineros —dijo el de mayor autoridad. Era un moro de aspecto feroz, con cuello de toro, la nariz rota, la barba crespa y la piel oscura; en lo alto de la cabeza llevaba una especie de turbante rojo, y por debajo de la camisa le asomaba, erizado, el vello negro—. Pero queremos vuestros culos en cubierta.

—Os suplico que no os confundáis conmigo, señor —respondió Ebenezer, bajándose los faldones del camisón. Se enderezó lo más pausadamente que pudo y señaló a Bertrand con desdén—. Ese sujeto puede hablar por él, pero yo no soy marinero: ¡Me llamo Ebenezer Cooke y soy Poeta Laureado de Maryland, provincia de Su Majestad el rey!

14. EL LAUREADO ES TESTIGO DE UN DOBLE ASESINATO DE PERSONALIDAD, UN ACTO DE PIRATERÍA, UN CUASIDESFLORAMIENTO, UN CUASIMOTÍN, UN HOMICIDIO Y UN COLOQUIO ATERRADOR ENTRE CAPITANES MARINOS, TODO ELLO, EN EL ESPACIO DE UNAS POCAS PÁGINAS

Sin dejarse impresionar por la declamación de Ebenezer, el horrendo moro y sus dos compinches subieron a cubierta a los prisioneros a fuerza de empujones; el Laureado sólo llevaba su desagradable camisón y Bertrand, un par de calzones que había logrado ponerse a toda prisa. Para entonces el estruendo había remitido un tanto; aunque las mujeres y los criados lloraban y gimoteaban por doquier, los oficiales y la tripulación guardaban un hosco silencio, formando grupos en torno a los palos trinquete y de mesana, respectivamente, mientras los caballeros, que iban regresando uno a uno de los camarotes bajo la custodia de sus saqueadores, con los labios firmemente sellados, mantenían silencio. Hasta entonces no se le había causado daño físico a ningún hombre o mujer, en tanto que el saqueo del *Poseidón* casi había concluido: el único objetivo que les faltaba a los piratas, según lo que les había oído decir Ebenezer, era acabar el trasvase de provisiones y requisar tres o cuatro marineros para su propio servicio.

A Ebenezer le importaba poco que le robaran, pues ya lo había desplumado su sirviente; lo que le aterrizzaba era la perspectiva de que lo hicieran prisionero, puesto que a Bertrand y a él los habían capturado en el castillo de proa y ninguno de los dos llevaba ropas de caballero. Sus temores se vieron redoblados cuando sus capturadores los llevaron hacia el palo de mesana.

—¡No, por favor, escuchadme! —exclamó Ebenezer—. ¡No soy ningún marino! ¡Me llamo Ebenezer Cooke, del Puntal de Cooke, en Maryland! ¡Soy el Poeta Laureado!

Los tripulantes del *Poseidón*, pese a lo serio de su situación, se sonreían y daban codazos al verlo acercarse.

—Tú eres un mentiroso Laureado, marinero —gruñó uno de los piratas y lo lanzó hacia el grupo. Pero la escena llamó la atención, y un oficial pirata, que por su edad y aspecto parecía ser el capitán, se acercó desde el combés.

—¿Qué pasa, Boabdil? —La voz del oficial era suave y su vestimenta, en contraste con la extravagancia de la de sus hombres, era modesta, caballeresca incluso; en tierra hubiera pasado por un honrado plantador o por un armador de barcos que anduviera por la cincuentena; sin embargo, el moro enorme se alarmó ostensiblemente cuando se le aproximó.

—Nada de nada, capitán. Nos encontramos a estos cachorros mariconeando en el castillo de proa y el largo dice que no es marinero.

—¡Preguntádselo a mi criado! —imploró Ebenezer, cayendo de rodillas ante el capitán—. ¡Preguntádselo a esos bellacos si soy uno de ellos! ¡Os juro, señor, que soy un caballero, el Laureado de Maryland por la gracia de lord Baltimore!

En respuesta a la pregunta del capitán, Bertrand atestiguó la identidad de su amo y declaró la suya propia; el contramaestre reforzó voluntariamente la confirmación; pero el viejo Ned, aunque nadie le había pedido su opinión, juró rencorosamente lo contrario, y a modo de prueba, para horror del poeta, sacó el documento firmado en el castillo de proa y que proclamaba a Ebenezer miembro de la tripulación.

—Sería mejor para todos si les hicierais firmar a los dos y os los llevarais a bordo de vuestro barco —agregó Ned—. Son marinos bastante capaces, pero para navegar con ellos son muy ladrones y sinvergüenzas. ¡No consintáis que os engañen con sus monsergas!

Al ver la intención de su anciano compañero, algunos de los demás unieron su voz a la de él, esperando de tal modo librarse de que los forzaran a sumarse a los piratas. Pero el capitán, tras examinar el documento de Ned, lo arrojó por la borda.

—Conozco estas cosas —dijo—. Además, estaba firmado por el Laureado de Maryland —evaluó la figura de Ebenezer con escepticismo—. ¿Conque sois el famoso Eben Cooke?

—¡Lo juro, señor!

A Ebenezer le palpitaba con fuerza el corazón; se estremeció de emoción en vista de la sagacidad del capitán y de asombro porque su fama se hubiera extendido tanto ya. Pero sus problemas no habían acabado, pues aunque el pirata parecía estar virtualmente convencido, ordenó que llevaran a los dos hombres a popa, para que los identificaran los pasajeros, y allí se quedó perplejo al oír una tercera versión, a saber, que ninguno de los dos era marinero, y que el Laureado era el de más edad, el más gordo, en tanto que el bribón del flaco era su amanuense. El capitán Meech lo confirmó, agregando que no era la primera vez que el criado quería hacerse con el cargo de su amo.

—Ah —le dijo el capitán pirata a Bertrand—. ¡Así pues os ocultáis tras las faldas de vuestro criado! Y, sin embargo, ¿cómo es que la tripulación mantiene lo contrario?

Para entonces se había completado el saqueo del *Poseidón* y la atención de todo el mundo se dirigió hacia el interrogatorio. Ebenezer desistió de explicar la complicada historia de su disfraz.

—¿Qué más os da quién miente? —preguntó el capitán Meech desde la toldilla de popa, donde estaba retenido a punta de pistola—. ¡Llevaos a los dos e idos!

A lo cual el pirata respondió, imperturbable:

—No quiero el dinero del Laureado..., además, apuesto a que tiene poco. —

Ebenezer y Bertrand confirmaron la veracidad de aquella conjetura—. Lo que yo busco es un buen criado para que me atienda a bordo; el Laureado se puede ir al diablo.

—Me habéis descubierto —dijo inmediatamente Bertrand—. Reconozco ser el Laureado Eben Cooke.

—¡Canalla! —exclamó Ebenezer—. ¡Confiesa que eres un criado mentiroso y un bribón!

—No; yo diré la verdad —dijo el pirata, observando cuidadosamente a los dos hombres—. Por mí se puede ir al infierno el criado; tengo órdenes de retener al Laureado en mi barco.

—Ahí tenéis a vuestro poeta, señor. —Bertrand señaló desvergonzadamente a Ebenezer—. El mejor amo que jamás haya servido criado alguno.

A Ebenezer se le salían los ojos de las órbitas.

—¡No, no, buenos amos! —dijo por fin—. No es la primera vez que me da por presumir, como ha dicho el capitán Meech. ¡La verdad es que este hombre es el Laureado!

—Basta —ordenó el pirata, volviéndose hacia el moro del turbante—. Ponles grilletes a los dos y vayámonos.

Y así, en medio de los murmullos de las gentes del *Poseidón*, la desdichada pareja fue transferida al otro barco, protestando sin parar todo el camino; y habiendo confiscado todas las armas de fuego y las municiones que pudieron hallar a bordo de su presa, los piratas les propinaron a las mujeres un último pellizco, treparon por la borda, soltaron los garfios de abordaje y pusieron rumbo a alta mar, dejando enseguida muy rezagadas a sus ultrajadas víctimas. Los marinos secuestrados —«el Virutas», el contramaestre y un joven vigía de estribor— se presentaron en las dependencias del capitán para firmar papeles y los dos prisioneros fueron confinados en el almacén de las velas y los cabos, que mediante la adición de una puerta enrejada y unos grilletes adosados a unos sólidos cepillos de madera de roble quedó transformado en lúgubre calabozo.

Aunque estaba enfermo de ira por la traición de su criado y lleno de aprensión respecto de su destino, Ebenezer se sentía también aturdido por todo aquel asunto e inquirió por la razón de su secuestro; pero ante todas aquellas preguntas, el carcelero —el mismo gigante negro que fue el primero en ponerles las manos encima— se limitó a responder:

—El capitán Pound tiene sus razones, compañero.

No fue hasta que cerraron los grilletes y aquel bruto, durante el proceso de echar el cerrojo de aquella puerta tan pesada, repitió tal respuesta por cuarta o quinta vez, que Ebenezer reconoció el nombre.

—¿El capitán *Pound* has dicho? ¿Tu capitán se llama Pound?

—Sí, Tom Pound —gruñó el pirata, que no se quedó a esperar nuevas respuestas.

—¡Santo cielo! —exclamó el poeta.

En aquellos momentos Ebenezer y Bertrand se hallaban en el interior de la minúscula celda y sumidos en una oscuridad absoluta, pues el moro se había llevado el fanal consigo.

—¿Conocéis a ese bellaco, señor? ¿Es un pirata famoso? ¡Ah, por Cristo, ojalá estuviera en Pudding Lane! ¡Yo mismo sostendría esta pobre cosa para que Ralph hiciera con ella lo peor que se le ocurriera!

—Sí, he oído hablar de Thomas Pound —el asombro de Ebenezer ante aquella coincidencia, suponiendo que verdaderamente fuera una coincidencia, le ganó momentáneamente terreno a su cólera—. ¡Es el mismo pirata a cuyas órdenes navegó en una ocasión Burlingame, cuando zarparon de Nueva Inglaterra!

—¡El amo Burlingame, un pirata! —exclamó Bertrand—. Bueno, la verdad es que para mí no es ninguna sorpresa...

—¡Refrena tu lengua de embustero! —le espetó Ebenezer—. ¡Bonito canalla estás hecho como para criticar a mi amigo! ¡Si casi me arrojas a los tiburones por dos peniques!

—No, por favor, señor —suplicó el criado—. No penséis tan mal de mí. Reconozco que os la jugué en falso, pero se trataba de vuestra vida o la mía, no de dos miserables peniques.

Lo que es más, añadió Ebenezer había hecho lo mismo un momento después, cuando el capitán reveló sus verdaderas intenciones.

El Laureado no supo replicar a aquella verdad, de modo que durante algún tiempo los dos hombres guardaron silencio, cada uno meditando por separado acerca de su propia desgracia. A modo de lecho tenían dos montones de tela para velas, hechas jirones, encima del suelo de madera, el cual, debido a que la celda se hallaba situada en la misma punta de la proa, no era horizontal, sino que describía una curva ascendente a partir de la quilla y el tajamar, por lo que también hacía las veces de pared. La curvatura, junto con el batir de las olas contra la proa, le habría imposibilitado a Ebenezer el sueño, pese a su fatiga extrema, aun sin las incomodidades adicionales que suponían el miedo y la excitación. Su mente volvió a Henry Burlingame, que había navegado a las órdenes del mismo bandido que ahora los tenía prisioneros a ellos, quizá, a bordo de aquel mismo barco.

—¡Ojalá estuviera aquí ahora para que intercediera por mí!

Pensó en revelarle el capitán Pound su amistad con Henry Burlingame, pero rechazó la idea. Para empezar, ignoraba bajo qué nombre había navegado Burlingame, y además, el modo en que su amigo se había despedido de sus compañeros de a bordo acrecentaría poco el valor que pudiera tener a los ojos del capitán su amistad con Burlingame. Ebenezer recordó la historia, oída en la diligencia

de Plymouth, de la aventura de Burlingame con la madre y la hija a las que había salvado de ser violadas, las cuales le habían recompensado proporcionándole, entre otras cosas, la primera pista verdadera sobre su ascendencia. ¡Cuán dolorosamente echaba de menos a Henry Burlingame! Ni siquiera era capaz de recordar con algo de precisión el aspecto de su amigo; en el mejor de los casos, el retrato mental que se hacía era una mezcla de las distintas caras y voces de Burlingame antes y después de sus aventuras en América. Le volvió entonces a la cabeza el comentario de Bertrand, trayéndole a Ebenezer recuerdos de los encuentros entre su criado y Henry: la vez que se vieron en la posta de Londres, cosa que jamás mencionó su amigo, y el intercambio de ropas que efectuaron en El Rey de los Mares. ¿Por qué no se había quedado Bertrand sorprendido al enterarse de que Henry había sido pirata, cosa que tanto había asombrado a Ebenezer?

—¿Por qué hablaste tan mal de Burlingame? —preguntó en voz alta, pero por toda respuesta le llegaron unos ronquidos procedentes del otro lado de la enorme quilla de madera que entre los dos mediaba—. ¡Con lo apurada que es nuestra situación y el muy canalla es capaz de dormir! —exclamó, con una mezcla de asombro y exasperación, pero no tuvo corazón para despertarlo. Y por fin, aunque le había parecido algo imposible, también él sucumbió al extremo agotamiento, y en aquel lugar inconcebible, se durmió.

Por la mañana la pregunta se le había ido de la cabeza, o bien había perdido importancia, pues Ebenezer no le dijo nada de aquello a su sirviente. A medida que fue avanzando el día vieron que el tratamiento que recibían del capitán Pound no era totalmente despiadado: después de desayunar pan con queso y agua (no por castigo; toda la tripulación comió lo mismo), les soltaron los grilletes, les dieron algunas ropas robadas y les permitieron subir a cubierta, donde se encontraron con que estaban navegando en medio de la inmensidad del océano desnudo. El moro, que parecía ser el primer oficial, les asignó diversas tareas de menor entidad, como fregar con estopa y piedra de arenisca; no regresaron a su miserable celda antes de que cayera la noche, y después de la primera vez nunca les volvieron a poner grilletes. El capitán Pound les expuso claramente la situación: él estaba convencido de que uno u otro era el Laureado, pero no daba crédito a las aseveraciones de ninguno de los dos y, por lo tanto, era su intención mantenerlos bajo custodia. En lo tocante a la razón de su encarcelamiento, lo único que les iba a decir era que cumplía órdenes, y en cuanto a la probable duración, que los pondría en libertad cuando se lo ordenaran. Entretanto, lo único que tenían que hacer ellos era cuidar su comportamiento, y entonces no se les haría ningún daño.

A partir de todo aquello Ebenezer no pudo sino inferir que quien lo había capturado era de alguna manera agente del archiconspirador John Coode, y que

siguiendo instrucciones de éste, le había tendido alguna emboscada al *Poseidón*. ¡Aquel hombre no se detenía ante nada con tal de alcanzar sus malévolos fines! ¡Qué inteligencia tan endiablada, dejar que la culpa recayera sobre los piratas! No siendo ya inminente la perspectiva de morir o ser torturado, el Laureado se permitió sentir una indignación sin límites por haber sido raptado (sentimiento que, a pesar de ser muy fuerte, él tuvo la prudencia suficiente de ocultárselo a sus secuestradores), al mismo tiempo que no pudo menos de elogiar el respeto de su enemigo para con el poder de la pluma.

—Está clarísimo —le explicó a Bertrand en tono mundano—. Milord Baltimore tenía en mente algo más que la musa cuando encargó la *Marylandiada*. Sabe algo que muy pocos príncipes están dispuestos a admitir: que un buen poeta vale por dos amigos en la corte a la hora de comenzar una causa o acabar con ella, aunque, por supuesto, conoce demasiado bien lo que puede sentir un poeta como para decirle directamente una cosa así. ¿Por qué si no crees tú que iba a ordenarle a mi querido Henry que me vigilara? ¿Y por qué iba a acecharme Coode de no ser porque conoce mi influencia tan bien como Baltimore? ¡A fe mía que son dos antagonistas formidables!

Si Bertrand estaba impresionado, ello no le proporcionaba el menor consuelo.

—¡Ojalá cojan los dos la sífilis!

—No digas eso —protestó su amo—. Está muy bien tener la mente abierta cuando se trata de cosas sin importancia, pero éste es un caso claro de justicia frente a cobardía, y el que se encoge de hombros es cómplice de la felonía.

—Puede que sí —dijo Bertrand, encogiéndose de hombros—. Sé que vuestro Baltimore es un papista de mucho cuidado, pero dudo mucho que a pesar de ello haya alcanzado ya la santidad.

—Cuando Ebenezer protestó, el criado procedió a repetir una historia que ya había escuchado de labios de Lucy Robotham estando a bordo del *Poseidón* y que en esencia venía a decir que Charles Calvert estaba al servicio de Roma. Había hecho un trato diabólico con el papa, consistente en unir a los católicos y los salvajes para enfrenarlos a los protestantes y pasarlos a todos a cuchillo. Entonces, cuando Baltimore hubiera convertido Maryland en una fortaleza romana, los jesuitas empezarían a proliferar como gusanos en aquella tierra y antes de que diera tiempo a decir «Padre nuestro», todo el país pertenecería a Roma.

—¡Idioteces perniciosas! —dijo Ebenezer con desprecio—. ¿Qué motivos tiene Baltimore para llevar a cabo semejante maldad?

—¿Qué motivos? ¡El papa ha jurado beatificarlo si romaniza Maryland y canonizarlo si se hace con todo el país! ¡Lo convertirá en un cochino santo!

Conforme había dicho Lucy Robotham, precisamente a fin de evitar semejante catástrofe, su padre y los demás se habían unido a Coode, para expulsar a los papistas

de Maryland, haciéndolo coincidir con el derrocamiento del rey Jacobo, solicitando del rey Guillermo y de la reina María que asumieran el gobierno de la provincia.

—Sin embargo, al bueno de Coode le pagaron mal sus esfuerzos —dijo Bertrand—, pues no bien se vino abajo la casa, los que la habían demolido se pelearon entre sí y Baltimore consiguió para el Nicholson ése el cargo de gobernador. Ostenta los colores del rey Guillermo, pero todo el mundo sabe que es papista de corazón: cuando combatió junto al rey Jacobo en Hounslow Heath, dijo misa con los demás, y las tropas que se llevó a Boston eran irlandesas papistas.

—¡Mi madre! —exclamó Ebenezer—. ¡Qué pozo de calumnias era esa furcia de Robotham! ¡Nicholson es tan honrado como yo!

—Es hijo bastardo del duque de Bolton —prosiguió, testarudo, el criado—. Y antes de militar junto a los papistas fue ayudante de campo del coronel Kirke en África. Se dice que bebió del culo del coronel un trago de vino en Mequinez para complacer al emperador Muley Ismail...

—¡Basta!

—Unos dicen que era vino de mayo y otros que jerez de Bristol; la señorita Lucy personalmente se adhiere a los partidarios del vino de mayo.

—¡No estoy dispuesto a oír más! —amenazó el poeta, pero a cada protesta suya Bertrand daba las mismas réplicas: pasan muchas cosas que vuestro hombre no sospecha ni en sueños, o si lo preferís, se hace más historia en la alcoba que en el salón del trono.

—Me importa un pedo quién tiene razón y quién no —acabó diciendo Bertrand—. De un modo u otro, ese Coode nos tiene atrapados y jamás volveremos a poner pie en tierra.

—¿Cómo es eso? —preguntó el poeta—. A mí no me ha ido peor aquí que en el *Poseidón*, y sólo nos van a retener hasta nuevo aviso.

—¡Sin duda! —dijo el criado—. Pero si Charles Calvert piensa que sois un cañón de tanto calibre, no es muy probable que Coode os deje suelto para que la emprendáis a balazos con él. ¡Para mí es un misterio que sigamos con vida!

Ebenezer no pudo menos de reconocer la lógica de aquella postura, pese a que de todos modos la misma no le aterrorizaba. El capitán Pound era incuestionablemente formidable, pero no era cruel: aunque en el incidente referido por Burlingame aparentemente condonaba la violación, parecía que la línea divisoria la marcaba el asesinato, y además, el saqueo del *Poseidón* había sido casi caballeroso. Por añadidura, ni siquiera era avaricioso, como suele ocurrir entre piratas: el barco navegó durante semanas y semanas y sin rumbo aparente, de norte a sur, y luego daba la vuelta, haciendo ondear los colores ingleses; cuando aparecía una vela por el horizonte, los piratas salían en su persecución, pero cuando le daban alcance al otro barco, lo saludaban amistosamente y el capitán Pound preguntaba, al igual que haría

el capitán de cualquier navío que se cruzaba con otro por el mar, cuál era el puerto de destino y qué mercancía transportaban. Y aunque las respuestas eran a veces tentadoras —«Bricbarca *Adelaida*, zarpamos de Falmouth hace ciento treinta días destino Filadelfia, cargamento de seda y objetos de plata», o esta otra: «Bergantín *Peregrino*, puerto de salida, Jamaica, cargamento de ron, destino, Boston»—, sólo en dos ocasiones a lo largo de tres meses enteros de prisión fue Ebenezer testigo de actos de piratería, y estos tuvieron lugar consecutivamente el mismo día de principios de agosto, de la siguiente manera:

Llevaba el barco varios días seguidos al paio, aunque hacía buen tiempo, y no se veía nada por ningún confín. Justamente después de la comida del mediodía de la fecha mencionada, el vigía divisó una vela hacia el oeste, y después de observarla durante un tiempo con el catalejo, el capitán Pound dijo: «Es el *Poseidón*, seguro. Llevaos a estos abajo». Se ordenó a los tres marineros secuestrados que acudieran a sus lugares del castillo de proa, encerraron a Bertrand en el almacén de las velas, y a Ebenezer, que llevaba toda la mañana ocupado en la tarea, aparentemente sin sentido, de cambiar de sitio las mercancías de la bodega, lo mandaron abajo a completar el trabajo.

«¡Pobre capitán Meech!», pensó. «¡Este diablo ha estado al acecho, esperando hasta labrar su ruina!». Aunque a Ebenezer le parecía deplorable en general la idea de la piratería y no le deseaba ningún mal a Meech ni a sus pasajeros, no podía sentir compasión por los marineros que tanto le habían ultrajado; habiendo sido ya testigo de la ferocidad de los piratas, más bien le gustaba la idea de un combate entre ellos y la tripulación del *Poseidón*. En todo caso no tenía ninguna intención de perderse el ajetreo de cubierta: durante la persecución, que no duró más de una hora, siguió trabajando afanosamente en la boga, trasladando cajas y barriles a popa a fin de (ahora lo entendía) hacer sitio para el botín adicional; pero cuando se lanzaron los garbos y todos los piratas menos un grupo aguardaban agazapados a sotavento, listos para el abordaje, Ebenezer se encaramó a la escotilla de popa y se asomó.

Le dio un vuelco el corazón cuando contempló aquel navío que le era familiar: allí estaba el alcázar donde había debatido con Bertrand acerca del comportamiento propio de un poeta, y desde donde había sido formidablemente arrojado al mar; allí, en la toldilla, estaba el capitán Meech, con cara lúgubre, exhortando a sus hombres, como en la ocasión anterior a no poner en peligro la seguridad de los pasajeros ofreciendo resistencia al asalto, pese a que ahora habían montado en la proa un flamante cañón de ocho libras.

Ebenezer chasqueó la lengua.

—¡Pobre diablo!

En el combés las damas chillaban, y se desmayaban, como la otra vez, mientras a los caballeros los llevaban a sus camarotes, con expresión preocupada y nerviosa, a

fin de robarles; los marineros estaban apiñados en derredor del trinquete. Ebenezer vio a varios de los que antaño solían importunarle, Ned incluido, y también, muchas caras nuevas. Los piratas, que llevaban seis semanas en alta mar después del último encuentro, no se tomaban la molestia de ocultar sus deseos para con las damas y las criadas; se dirigían a ellas en los términos más obscenos; les daban, pellizcos y tirones, las sobaban y acariciaban. El capitán Pound llevaba armas en las dos manos, en previsión de un estupro a gran escala. Insultaba a la tripulación con su voz queda y sibilante y los amenazaba con pasarlos por debajo de la quilla si no desistían. Aun así, el primer oficial en persona, el negro Boabdil, que casi enloqueció al ver a una belleza adolescente a quien, tal vez porque estuviera mareada, habían subido a cubierta en camión, se la echó por encima del hombro y se la llevó camino de la borda, con la clara intención de poseerla al modo tradicional de los piratas; fue necesario que la pistola del capitán le apuntara a la sien para refrenar el ardor del moro, que se alejó refunfuñando y lamiéndose los labios. La muchacha, por suerte, se desmayó nada más verlo acercarse, de modo que no supo que su honor había sido rescatado por muy poco.

La situación se hizo tan desesperada que, al cabo, el capitán ordenó a todos sus hombres que regresaran a bordo de su barco, pese a que el saqueo no había terminado del todo, y que soltaran los garfios de abordaje. Se llevó consigo al capitán Meech, a dos miembros de la tripulación del *Poseidón* y una de las lanchas, dando como razón que tenía necesidad de efectuar una consulta sobre la longitud en la que se encontraban y verificar la posibilidad de que no se hubiera confiscado toda la munición del cañón de ocho libras, afirmó que los dejaría en libertad en cuanto su propio barco quedara fuera de tiro del *Poseidón*. Entonces ordenó a sus tripulantes, que aún seguían mascullando entre dientes, que almacenaran las nuevas provisiones para preparar el reparto formal de los despojos, y se retiró con su rehén a la sala de mapas.

Ahora bien, Ebenezer, naturalmente, abandonó su puesto de observación cuando los piratas regresaron a bordo, y tan peligroso era el estado de ánimo de estos, que antes de que bajara por la trampa el primer barril de oporto, se escondió al fondo de la popa, detrás de las mercancías antiguas, para evitar su ira. Su escondite era una grieta ancha y negra, de tal vez unos tres pies de altura, y que se extendía a ambos lados de la quilla, por debajo de los camarotes, llegando hasta el codaste de popa. Puesto que aquel espacio daba acceso a los cables de pilotaje, que iban desde el timón de cubierta hasta el codaste mismo, pasando por unos bloques, estaba dotado de una puerta falsa situada encima de la sentina, y allí se tumbó el Laureado, muy quieto, en posición de decúbito supino. Por encima de su cabeza, que no distaba ni dos pies de la popa, oyó ruido de sillas que se arrastraban por el suelo, y enseguida, un par de voces que reían ahogadamente.

—¡Vive el cielo, el negro casi se cepilla a la mocita! —dijo una de las voces, y Ebenezer identificó fácilmente al capitán Pound—. ¡Creí que me arrojaba a los peces cuando lo detuve!

El otro se rio.

—¡Voto a tal que si soy yo el que se cruza en su camino se la cepilla de todos modos! Aunque hubiera sido una pena, lo reconozco; es bocado para un caballero, no para esa especie de buey, y tengo intención de probar ese bocado antes de que llegemos a Lands End.

A Ebenezer no le sorprendió oír la voz del capitán Meech, pero se horrorizó al comprobar la intimidad que, a juzgar por la conversación, existía entre los dos capitanes.

—¿Esperas problemas? —preguntó Meech.

—Dios sabe, Jim. Boabdil es un salvaje cuando le echa el ojo a una mozuela. Necesitan todos pasar una semana en tierra o soy hombre muerto.

—Bueno, no tengo órdenes para ti con respecto a tu poeta, pero lo que sí que te he traído es esto..., lo introdujeron secretamente a bordo en Cedar Point.

Hubo una pausa durante la cual Meech sacó lo que fuera aquello a lo que había hecho referencia y se oyó un golpe de papeles sobre la mesa. Ebenezer aguzó el oído, aunque había entendido con claridad todas las palabras que se habían dicho hasta aquel momento. Olvidó por completo cuál era el motivo por el que se había escondido originariamente.

—Historia secreta de la travesía de la bahía de Chesapeake —leyó Pound en voz alta—. ¿Qué majadería es ésta?

—No es ninguna majadería —rio Meech—. Baltimore te cortaría el pescuezo si te oyera. Mira las hojas por detrás.

Se oyó ruido de papeles.

—¡Dios mío!

—Sí. —Meech confirmó la conclusión a la que había llegado su amigo—. Se lo quitaron a Dick Smith en el Condado de Calvert... ¡Dios sabe cómo! Es el agrimensor general de Baltimore.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con esto?

—Dijeron que Coode en persona vendría a por ello en cosa de un mes. Esto no es más que una parte del diario, por lo que colijo: si Coode logra dar con el resto antes de que las cosas se arreglen, entonces Nicholson no podrá tocarlo. En estos momentos el lugar es una casa de locos, Tom. ¡Tendrías que ver la ciudad de Saint Mary! Andros entraba y salía; Lawrence está allí de vuelta; Henry Jowles ocupa el antiguo puesto de Ninian Beale; el viejo Robotham ha vuelto, ése que tiene una hija que a ti te gustaba... ¿Te acuerdas de Lucy?

—Sí —dijo Pound—; de la última vez. Me dijiste que tenía un lunar en el culo.

—¡No, Tom, no es ningún lunar! ¡Eso es la Osa Mayor, sólo que con pecas, te lo juro, y el punto del apuntador...!

—¡Ya basta! —dijo Pound riéndose—. Me acuerdo de dónde estaba la estrella polar, que es adonde apuntan las agujas de todos los hombres. Ahora sigue con Maryland antes de que te tengas que ir.

—¡Demonios, qué moza! —dijo Meech—. ¿Por dónde iba? ¿Te hablé de Andros?

A continuación, Meech refirió que el cuñado de Coode, Nehemiah Blackistone, que tan influyente había sido durante el mandato del último gobernador, Copley, había muerto después de caer en desgracia el pasado mes de febrero, toda vez que los comisionados de la aduana, basándose en las pruebas halladas en los «documentos del diario de Burlingame», que Nicholson le pasó a escondidas a lord Baltimore, lo habían acusado de soborno. Sir Edmund Andros, de Virginia, regresó a Saint Mary en el mes de mayo, junto con sir Thomas Lawrence, contra quien había entablado proceso Copley, y lo nombró presidente del Consejo y gobernador en funciones de Maryland, para desmayo de los rebeldes, pues Lawrence fue quien robó el notorio Diario de la Asamblea de 1691, haciéndoselo llegar a Nicholson. Entonces Nicholson, que ya había desembarcado, abrazó a su buen amigo Lawrence y nombró consejero de Maryland a Edward Randolph, jacobita y agrimensor real, tan conocido a lo largo y ancho de las colonias por su burlón desprecio de las autoridades provinciales. Pero muy lejos de agradecerle a su antiguo superior Andros que hubiera gobernado durante su ausencia, Nicholson inmediatamente calificó de ilegal dicho gobierno, declaró nulos y sin vigor todos los estatutos aprobados durante aquel período y exigió (hasta ahora en vano) que Andros devolviera el honorario de quinientas libras que le entregara el Consejo de Lawrence por los servicios prestados. Los insurrectos, afirmó Meech, estaban intentando sacarle el mayor partido posible a aquel agravio para enemistar a Andros con Nicholson; su cabecilla, Coode, seguía ostentando impunemente el cargo de *sheriff* del condado de Saint Mary, además de seguir siendo teniente coronel de la milicia del condado, a las órdenes del mismo Lawrence, y en virtud de tales cargos cobraba su salario del mismo gobierno que él se esforzaba al máximo por derrocar. Andros, naturalmente, ya le había cedido a Coode los servicios de su «guardacostas», el capitán Pound, y además virtualmente le había prometido darle asilo en Virginia si, como se temía, Nicholson lo encausaba con carácter inminente, junto con su aliado Kenelm Cheseldyne, miembro de la Asamblea, y junto con la viuda del viejo Blackistone. Los insurrectos, siguió diciendo Meech, estaban implicados defensiva y ofensivamente: estaban rastreando la provincia, tratando de dar con los fragmentos restantes del comprometedor diario, los cuales creían que los tendrían ocultos diversos papistas y jacobitas, al tiempo que incitaban a los indios piscataways a rebelarse, tal vez aliados con otras naciones indias.

—¡Diantre, se traen entre manos un juego peligroso! —dijo Pound—. Me alegro de estar en el mar.

—Yo me alegro de estar navegando rumbo al este, hacia Londres, Tom; este Coode es capaz de prenderle fuego a una provincia por una apuesta. Eso sí, paga magníficamente.

—Hablando de lo cual...

—Sí —dijo Meech. Hubo otra pausa—. Me dieron esto para que te lo diera a ti por custodiar a Cooke, y hay otro igual por custodiar estos papeles.

Luego explicó que Nicholson se había enterado de que faltaba el diario, y estaba revolviendo la provincia, tratando de dar con él, de ahí la decisión de los rebeldes de llevárselo fuera de la colonia hasta que las cosas se calmaran. Pound tenía que seguir navegando en la latitud en que se hallaba durante otras seis semanas o hasta que Coode enviara un barco en busca de los papeles. Entonces recibiría su paga y, con toda probabilidad, instrucciones relativas a los prisioneros.

—Muy bien —dijo el capitán Pound—. Ahora déjame que te dé la parte que te corresponde del último viaje.

—¿Te fue bien, Tom?

—No estuvo mal —reconoció Pound, y añadió que puesto que según los términos de su acuerdo todo el dinero en efectivo era para los piratas y todas las joyas para Meech, quien podía venderlas fácilmente en Londres, era de esperar que en los viajes rumbo al este, cuando a muchos de los pasajeros no les quedarían más que las joyas de la familia, Meech se llevaría la mejor parte. Se completó la transacción; Meech se preparó para partir en la lancha, y Ebezener, que había oído todo el coloquio horrorizado y atónito, se dispuso a abandonar su escondite, pues los piratas ya habían terminado hacía tiempo de colocar las cosas en la bodega.

—Una cosa más —dijo Meech, y el poeta volvió a gatas, a fin de escuchar—. Si Coode no ha encontrado el resto de este diario cuando se lleve este fragmento, dile que tengo idea de dónde puede encontrarlo, pero que le costará veinte libras si lo encuentra allí. ¿Has visto lo que hay escrito en el reverso de todas esas hojas?

—¿Te refieres a esa *travesía de la bahía de Chesapeake*? ¿Qué es?

Meech explicó que Kenelm Cheseldyne había escrito el *Diario de la Asamblea de 1691* por la parte de atrás de un manuscrito encuadernado en cuarto del que Coode le había hecho entrega y que resultó ser un antiguo diario que el rebelde había adquirido cuando se hallaba oculto en Jamestown.

—El diario lo escribió un tal Smith (¡lo más endiablado que hayas leído jamás!) y lo denominaron «el libro de Smith» por motivos de seguridad, tanto los papistas como los rebeldes, aunque pocos le han puesto la vista encima.

—¿Qué sería más natural —le preguntó a Pound—, pues, sino que Baltimore, por motivos de seguridad, distribuyera los distintos fragmentos entre varios aliados que

tuvieran el mismo apellido?

Ebenezer rompió a sudar. Pound, para gran alivio suyo, se rio, considerando ridícula la conjetura, pero prometió entregárselo a los agentes de Coode a cambio de lo que valía.

—¿Qué son veinte libras? —dijo Meech alegremente—. Venga, amenázame y hazme subir al bote, de lo contrario descubrirán nuestro juego. Regreso con la flota del tabaco la primavera que viene, o antes.

Ebenezer salió a gatas a contarle a Bertrand todo lo que había oído; en medio del considerable tumulto que originó la aparición de los dos capitanes, logró subir a cubierta y llegar hasta la escalerilla del castillo de proa (por la que también se accedía a su lecho del almacén de las cuerdas) sin llamar indebidamente la atención.

Ciertamente, los piratas tenían el ánimo propicio a un motín, y estaban dispuestos a causar problemas a la menor excusa. Soltaron a regañadientes a los dos aterrados marineros del *Poseidón*, a los cuales habían estado atormentando durante todo el tiempo que había durado la conversación privada entre los dos capitanes; sus rostros se ensombrecieron cuando la lancha de Meech, a quien los piratas tenían encañonado con sus pistolas, zarpó en busca del barco nodriza, situado en el horizonte de septentrión.

Ebenezer se coló al castillo de proa y llegó hasta su celda —a la que no solían echar el cerrojo—, y le contó a Bertrand la historia de la traición de Meech, las últimas intrigas de Coode, y le habló del valioso documento que se guardaba en los aposentos del capitán.

—¡Tengo que hacerme con esos papeles! —exclamó—. Cómo llegaron hasta Coode no acierto a imaginarlo, ¡pero acabarán en poder de Baltimore!

Bertrand meneó la cabeza.

—¡Cielo santo, señor, no es vuestra lucha! Los poetas no toman parte en esas cosas.

—No creas —repuso Ebenezer—. He jurado arrojarme a los brazos de la vida, y ¿qué es la vida sino tomar partido? Además, tengo razones de índole privada para desear ese diario.

¡Cuánto le gustaría a Burlingame —reflexionó alegremente— saber que el capitán John Smith tenía un diario secreto! ¿Quién sabía si aquellos papeles guardarían la clave de su paternidad, cosa detrás de la cual tanto tiempo llevaba Henry?

—Veo esas razones con bastante claridad —dijo el criado—. El libro alcanzaría un buen precio si lo sacarais a subasta. Pero poco bien os hará robarlo cuando no nos quedan más de quince días de vida. ¡Santo cielo! ¿Habéis visto el humor que se gasta el moro? Si no nos mata el Coode ese, lo harán los piratas.

Pero el Laureado no estaba de acuerdo.

—Un acto de sedición bien pudiera suponer nuestra salvación, no nuestra perdición. —Ebenezer describió lo delicado del ambiente que reinaba a bordo—. Es Pound quien nos tiene prisioneros, no la tripulación —dijo—. No tienen nada que ganar matándonos si se amotinan, pero a Pound sí puede que lo maten. Lo que es más, no saben nada del diario. Puede que nos hagan miembros de la tripulación, y una vez que haya remitido el tumulto, daré con el modo de robar el libro. Entonces estaremos al acecho, buscando el momento de escapar a tierra. O mejor aún, cuando seamos piratas como los demás, podremos ocultarnos a bordo de algún barco que nos manden saquear; no nos echarían de menos. Por mí que se amotinen. ¡Nos sumaremos a ellos!

Como si sus últimas palabras fueran una orden, un instante después se oyó un grito en cubierta seguido de un par de pistoletazos. Ebenezer y Bertrand salieron corriendo con ánimo de declararse aliados de los amotinados, los cuales, suponían ellos, se habrían hecho cargo de la lancha, y de hecho se encontraron con que Boabdil estaba al gobernalle, sonriendo a los hombres que se hallaban en el combés. Pero en lugar de yacer muerto en cubierta, el capitán Pound estaba de pie junto al moro, cruzado de brazos, con una pistola humeante en cada mano y una sonrisa siniestra en la cara, y era un miembro de la tripulación, un muchacho tuerto, oriundo de Carolina, al que llamaban Parche, quien estaba tirado boca abajo, sangrando, al pie de la escalera de la toldilla.

—Tocaremos puerto cuando lo diga yo —dijo Pound, y volvió a guardarse las pistolas en el fajín. Dos hombres se adelantaron para recuperar el cuerpo del compañero herido.

—Por la borda con él —ordenó el capitán, y a pesar de que aún no había muerto, arrojaron al océano al muchacho de Carolina.

—Con el próximo no voy a desperdiciar balas —amenazó Pound, que ni siquiera se volvió para echarle un vistazo a su víctima, la cual intentaba mantenerse a flote en medio de la estela que la nave dejaba.

—¿Por qué está tan contento el moro? —le susurró Bertrand a Ebenezer—. Dijisteis que era el más iracundo de todos.

El poeta, aturdido, pues era aquélla su primera visión de la muerte, movió la cabeza y tragó saliva con furia a fin de evitar marearse.

En aquel preciso instante el vigía gritó: «¡Vela a la vista! ¡Vela al este!». Los piratas se volvieron y divisaron una nave de tres mástiles que iba en dirección a ellos, pero estaban demasiado escarmentados como para mostrar un interés excesivo.

—¡Pero bueno! —dijo, riéndose, el capitán Pound, después de examinar la nave desconocida con el catalejo—. Si Parche se hubiera estado en paz diez minutos más, no estaría sirviéndole de alimento a los cangrejos. ¿Sabéis qué barco es ése, muchachos?

No lo sabían ni tampoco parecía llenarles de entusiasmo la perspectiva de abordarlo.

—¡Es el barco de Londres que llevo dos semanas esperando —dijo Pound—, mientras vosotros, bellacos, estabais conspirando en el castillo de proa! ¿No habéis oído hablar nunca de un bergantín llamado *Cyprian*?

Al oír aquel nombre la tripulación prorrumpió en vítores estentóreos que repitieron una y otra vez. Se daban palmotadas en la espalda, saltaban y bailaban por cubierta, y cuando el capitán empezó a dar órdenes, se abalanzaron como posesos sobre flechastes, velas, drizas y brazas. Desplegaron las gavias y la vela del estay del trinquete; quedó ajustado el timón y la nave partió, rauda y veloz, al encuentro de su nueva presa.

—¿Qué será el *Cyprian* ese que tan de ligero les ha mudado el ánimo? —musitó Bertrand.

—No lo sé —respondió su amo, pesaroso de ver que el motín se quedaba en nada—. Pero este barco ha dado un brinco en el mar como si se hubiera encontrado con un tocayo suyo, y puede que también nosotros tengamos motivos para alegrarnos. Tú estate atento para cuando surja la ocasión de saltar a bordo del otro; espero poder robar el diario.

15. EL RAPTO DEL CYPRIAN; ADEMÁS, LA HISTORIA DE HICKTOPEAKE, REY DE ACCOMAG, JUNTO CON EL MAYOR PELIGRO QUE HASTA AHORA HA AMENAZADO AL LAUREADO

En menos de un cuarto de hora, el bajel pirata y el bergantín, que navegaban gallardamente, recorriendo bordadas en sentido opuesto, hallábanse a tiro de cañón el uno del otro. Los pasajeros del bergantín se agolpaban por decenas, queriendo ver al otro navío, seguramente, el primero que se encontraban en el transcurso de muchas semanas; saludaban inocentemente, haciendo señas con la mano y con pañuelos. Los piratas, de los cuales todos cuantos tenían una mano libre empleábanla en parejo menester, respondieron con un grito temible y lanzaron una salva que cayó justo delante de su presa. No fue sino entonces, cuando las gentes del otro barco dieron en gritar y corrieron para ponerse a cubierto, que Ebenezer principió a columbrar vagamente lo que sucedía: todos los pasajeros que acertaba a ver eran del sexo femenino.

—¡Santo cielo! —dijo con un suspiro.

El capitán del bergantín comprendió las intenciones del otro barco y efectuó un viraje, poniendo rumbo al norte, a favor del viento, al tiempo que disparaba sobre el atacante; mas su defensa llegaba demasiado tarde. Anticipando con exactitud aquella maniobra, el capitán Pound ya tenía preparada a su tripulación para hacer otro tanto, de modo que el barco pirata ya estaba siguiendo aquel rumbo antes de que el bergantín hubiera terminado de aparejar las velas. Además, aunque las varias velas que llevaba el bergantín terciadas eran más adecuadas para navegar con el viento a favor que el aparejo de velas aúricas de la nave que lo perseguía, el menor tamaño del bajel pirata y su peso más ligero compensaban ampliamente la diferencia. El capitán Pound ordenó a sus hombres que no respondieran al fuego de mosquetes y pistolas; en lugar de ello, gobernando él mismo, se acercó tanto a la popa del bergantín que era perfectamente legible el nombre *Cyprian*, escrito sobre una banderola sujeta por Cupidos de madera de roble tallada en la viga de borda de la nave. En aquel mismo momento, cuando el bauprés del bajel parecía estar a punto de ir a taladrar la popa de su presa, Pound viró unos grados a estribor; el cañonero de proa disparó una bala que dio de lleno en el timón del bergantín y allí concluyó la persecución. La tripulación del *Cyprian* gateó por la arboladura para recoger velas antes de que el barco volcara. Cuando el bajel viró y volvió sobre el curso que había seguido, el bergantín se mecía con los palos desnudos en medio del oleaje; la tripulación estaba de pie con los brazos en alto, el primer oficial izó una bandera blanca en las drizas principales, y el capitán, con las manos cruzadas a la espalda, aguardaba lo peor en la toldilla.

Los piratas estaban fuera de sí. Se abalanzaron en tropel sobre la borda, profiriendo gritos obscenos y haciendo gestos procaces. Todo lo que pudo hacer Boabdil fue situar el costado de su nave junto al de la otra, tan inmersos estaban los piratas en su alborozo: el moro mismo se había despojado de todas sus ropas, excepto el turbante rojo, y se alzaba junto al timón como una pesadilla. Por fin se ajustaron los garfios de abordaje, se amainaron las velas y los barcos quedaron sujetos por los baos, de modo que se desplazaban por entre las olas como dos aves marinas en trance de aparearse. Entonces, entre aullidos, los piratas treparon por la borda como un enjambre, profiriendo maldiciones y tropezándose por causa del apresuramiento. Los tripulantes del *Cyprian* retrocedieron aterrados, pero nadie les hizo el menor caso: de hecho, el capitán Pound tuvo que obligar a punta de pistola a tres de sus hombres a que los ataran a los mástiles. El resto no paraba mientes en otra cosa que no fuera entrar a saco por la escalera de toldilla y derribar las puertas de los camarotes, que los pasajeros, aterrorizados, habían cerrado con pestillo desde dentro.

Aquel salvajismo hizo palidecer a Ebenezer. Junto a él, cerca del trinquete del barco pirata, se hallaba el miembro de más edad de la tripulación, Carl, el velero — un hombrecillo arrugado como una pasa, de aspecto malévol, sesentón, con una barbita sucia y un solo diente—, riendo ahogadamente y moviendo la cabeza ante aquella escena.

—¿El barco está lleno de mujeres? —le preguntó el Laureado.

El hombre, divertido, hizo un gesto de asentimiento.

—Es el barco de las putas procedentes de Londres.

Explicó que una o dos veces al año el capitán del *Cyprian* transportaba un cargamento de mujeres depauperadas, dispuestas a prostituirse voluntariamente por un período de seis meses en las colonias, donde se daba una aguda escasez de mujeres. Las transportaban sin cobrarles; el emprendedor capitán no sólo recuperaba lo que costaban los pasajes, sino también —en el caso de las muchachas que tuvieran algún mérito especial, como la virginidad, la respetabilidad, la juventud extrema o la apostura física— una gratificación por parte de los propietarios de los lupanares, los cuales llegaban a Filadelfia procedentes de todas las provincias con el fin de abastecer o acrecentar sus huestes. En cuanto a las muchachas, algunas ya habían ejercido la prostitución en Londres, otras eran mujeres desesperadas por la pobreza u otras circunstancias y otras, aún, eran criadas de temperamento frío que habían tomado la determinación de irse a América a toda costa, pareciéndole más atractivo prostituirse durante seis meses que firmar el contrato de cuatro años habitual entre los sirvientes de las colonias.

—En esta época del año todos los piratas costeros están ojo avizor por si aparece el *Cyprian* —dijo el velero—. Hay más de cien mozas detrás de esa puerta. ¡Mira, mira a Boabdil!

Ebenezer vio que el moro desnudo hacía a un lado a sus compañeros de barco y alzaba un descomunal mazo que se había encontrado a mano, probablemente olvidado en cubierta por el carpintero del bergantín. De un solo golpe hizo astillas la puerta y se lanzó de cabeza al interior, seguido muy de cerca por los demás. Un momento después el aire se desgarró con gritos y maldiciones.

A Ebenezer le temblaban las rodillas.

—¡Pobres desdichadas! ¡Pobres desdichadas!

—¿Eso? —se burló Carl—. ¡Eso no es más que una malhadada reunioncilla de feligreses, eso es lo que es! Tendrías que haberte embarcado con el bueno de Tom Tew, de Newport, como hice yo. El último año, una vez que hacíamos la travesía entre Libertaria y la costa de Arabia, hallándonos en el mar Rojo le dimos alcance a uno de los barcos del Gran Mongol, lleno de peregrinos que se dirigían a La Meca, tenía cien cañones, pero lo abordamos sin perder a un solo hombre, ¿y qué te crees que nos encontramos? ¡Mil seiscientas vírgenes, señor mío! ¡Ni un virgo más ni un virgo menos! *Mil seiscientas vírgenes* que iban a La Meca, las moritas más lindas que hayas visto en tu vida. ¡Y nosotros no pasábamos de cien! Nos llevó un día y una noche desvirgarlas a todas —entre nosotros había franceses, holandeses, portugueses, africanos e ingleses—, y antes de terminar la cubierta parecía un tajo de carnicero. ¡No ha habido nada semejante a ese día y a esa noche en la historia de la lascivia universal, voto a tal! Yo me calafateé a un par, pese a que andaba frisando los sesenta: dos gemelas morenitas, tensas como una vuelta de braza. ¡Desde entonces no se me empina el pasador!

El viejo prosiguió con su cháchara, pero Ebenezer no fue capaz de aguantar a que acabara. Además, la escena que estaba teniendo lugar en cubierta era demasiado llamativa como para distraer la atención; los piratas sacaban a sus víctimas a rastras, de una en una o de dos en dos, a punta de pistola o por la fuerza bruta. Vio a las mujeres ser violadas en las cubiertas, en las escalerillas, en todas partes, de todos los modos concebibles. No se salvó ni una y sobre las presas más atractivas caían las garras de uno, dos y hasta tres hombres a la vez, Boabdil apareció con una encima de cada hombro; pataleaban y lo arañaban en vano. Cuando le ofreció una al capitán Pound, la otra logró escabullirse e intentó librarse de su monstruoso destino trepando por los flechastes de mesana. El moro le concedió una buena ventaja y luego empezó a escalar pausadamente en pos de ella, llamándola en un árabe voluptuoso a cada paso que daba. A cincuenta pies de altura, desde donde cualquier distancia con respecto al casco de la nave se veía magnificada, le fallaron los nervios a la muchacha: se lanzó desnuda de brazos y piernas por entre los recuadros que formaban, los cordajes y quedó colgando, inerme, mientras Boabdil, que se le acercó por detrás, consumaba sin piedad la violación. Abajo, en la nave pirata, el velero aplaudía, ahogándose de risa; Ebenezer, sin corazón para aguantarlo, se alejó.

—¡Estate atento! —le susurró al criado—. Voy a por el diario ahora y luego intentaremos pasarnos al *Cyprian*.

E ignorando la mirada amedrentada de Bertrand se encaminó con cautela hacia popa y se dirigió hacia la puerta de los aposentos del capitán Pound. No hizo falta búsqueda ninguna para encontrar lo que perseguía: el diario estaba a la vista, en la mesa, sus hojas sueltas estaban sujetas por un pisapapeles de coral y hongos. Ebenezer lo cogió y le echó un vistazo a la primera página con el corazón palpitante. Era una transcripción de la reunión de la Asamblea, algo carente de significado para él. Pero en el reverso...

—¡Ah!

Historia secreta de la travesía de la bahía de Chesapeake, que dio comienzo en Jamestown, Virginia —leyó— y tuvo lugar en el año de Nuestro Señor de 1608, llevada a cabo por el capitán John Smith y sus leales seguidores, narrada por el primero en diversas partes. Y debajo, en una caligrafía antigua, casi ilegible, daba comienzo la narración, mas no al modo de un diario, sino en forma de relación abreviada, pues probablemente sería un bosquejo inicial de la conocida obra del mismo autor intitulada *Historia General de Virginia*.

Siete soldados, seis caballeros, el doctor Russell, cirujano, y yo mesmo nos embarcamos en la ciudad de Kecoughtan, en Virginia, en junio del presente año de 1608, a fin de torpes recorrer una senda aún sin trazar, camino que el pie cristiano no había hollado jamás...

De momento el poeta no se atrevió a leer mucho más, pero no pudo resistir la tentación de pasar velozmente las restantes hojas del manuscrito en busca del nombre de *Henry Burlingame*. No tardó mucho en encontrarlo: *No bien el rey se hobo quedado dormido —siguió leyendo en una de las primeras páginas— dirigime luego a la puerta e hobera satisfecho todos los sus deseos de no ser porque lord Burlingame prevínome y en cogiéndome del brazo manifestó su protesta porque yo hubiera obrado de tal modo...*

—¡Burlingame, lord! —exclamó Ebenezer para sí, guardándose jubilosamente el manuscrito debajo de la camisa, sujetándolo bajo la cintura de los calzones. Echó un vistazo a la cubierta. Parecía todo despejado; el único hombre que se encontraba en posición de verlo era el moro, que se encontraba en el flechaste de la mesana del *Cyprian*, y que ya descendía en busca de nuevas conquistas, dejando a la primera maltrecha entre los cordajes. Se estaba poniendo el sol; sus últimos rayos, alargados, iluminaban irreal y oblicuamente la escena, tiñéndola de rosa y oro.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Amo Eben!

El Laureado se acobardó al oír la llamada; pero era la voz de Bertrand.

—¡Majadero! ¡Este acaba conmigo! —El poeta buscó en vano a su criado por cubierta: el velero estaba solo, junto a la borda.

—¡Venid, amo Eben! ¡Por aquí!

La voz procedía de la dirección donde se hallaba el bergantín. Horrorizado, Ebenezer vio que Bertrand se encontraba en la popa del barco, a punto de arrojar encima de una mozuela regordeta a la cual tenía recostada sobre el coronamiento. Ebenezer le hizo gestos frenéticos a su criado, apremiándole para que volviera, mas Bertrand se rio y meneó la cabeza.

—¡Nos han dicho que nos unamos a ellos! —dijo a voces y volvió a su labor.

A la vista de aquella defección era impensable que Ebenezer subiera a bordo sin que repararan en él. La orgía continuaba por todo el *Cyprian*; las desdichadas mujeres, doradas por la luz del sol, habían perdido la mayoría la esperanza, y en lugar de salir corriendo, se sometían a los atacantes implorando piedad o sumidas en un silencio doloroso. El poeta se estremeció y salió disparado a su celda, el almacén de las cuerdas, con la determinación, en vista de que no era posible escapar, de aprovecharse de la jarana para leer parte del preciado manuscrito. Cogió un farolillo que había en el castillo de proa, cerró la pesada puerta, sacó el diario y se tumbó en el lecho de jirones de vela, donde leyó lo que sigue:

Siete soldados, seis caballeros, el doctor Russell, cirujano, y yo mismo nos embarcamos en la ciudad de Kecoughtan, en Virginia, en junio del presente año de 1608, a fin de torpes recorrer una senda aún sin trazar, camino que el pie cristiano no había hollado jamás...

Para la travesía empleamos una barcaza de tres toneladas de peso, cuyo aprovisionamiento previamente encargué al insigne ciudadano de Liverpool Henry Burlingame, pues la mi voluntad era evitar que mi nombre fuere mancillado con calumnias e difamación. Mas no bien habíamos dejado atrás Kecoughtan rumbo al sur cuando hallé que el villano habíamela jugado; para avituallamiento de la compañía de quince hombres por un verano todo provéyome de una saca magra de avena agorrojada y una tina de agua turbia. Inquirile: ¿Por ventura desea vuesa merced matarnos de hambre o es acaso vuesa intención hacerme volver sobre mis pasos? Cuya última esperanza, según hube de saber compartía él con los demás caballeros, todos, gentes desocupadas. Asígneles entonces flacas raciones e híceles pescar por sobre las regalas, bien que mi ignorancia era completa en punto al aderezo de pescados en el interior de la barcaza. En verdad yo calculaba efectuar una recalada antes de cumplidas dos jornadas, mas no hice mención alguna a tal respecto, y cuanto peje pescaban devolvíalo yo a la bahía. Principié luego a instruirlos a todos y cada uno dellos en el arte de la vela y el gobernalle, cuyos menesteres los soldados captaron con prontitud en tanto los caballeros sólo se quejaban y entre ellos ninguno más estentóreamente que lord Burlingame, a quien tenía achicando agua en la sentina.

El tal Burlingame, a quien le tocara al lado decía: ¿Qué se le da al capitán si nosotros perecemos? Cada vez que se mete en un embrollo nosotros, los caballeros, hemos de sacarlo del apuro, y si no, aparece alguna salvaje desnuda, llovida del cielo, y le salva el pescuezo. Mediante lo cual referíase a Pocahontas, hija de Powathan, que nos había rescatado hacía unos meses, y yo vi que se proponía importunarme durante toda la travesía.

Al día siguiente arribamos a un promontorio emplazado justo al norte de Kecoughtan, y el grupo se regocijó por ello, pues las tripas de todos quejábanse de las comidas y del agua turbia. Dirigímonos inmediatamente a la orilla, donde dimos con un par de temibles salvajes, armados con lanzas rematadas por puntas de hueso. Atrevime a saludarlos y oí con satisfacción que hablaban una lengua cual la de Powathan, el emperador, de quien afirmaron ser sus súbditos. La ferocidad de aquellos hombres circunscribióse a sus pinturas; no estaban sino capturando pejes en el bajío, sirviéndose de las lanzas. A instancias mías nos condujeron a su ciudad y ante su rey, que llamábase Hicktopeake.

Aconteció luego una aventura que no es posible incluir entre mis historias. La referiré en estas páginas privadas, pues ella vuelve a poner de relieve la enemistad reinante entre lord Burlingame y yo, de la que ya he hablado y que en breve nos llevó a las puertas mismas de la muerte...

¡Dios mío! —exclamó Ebenezer, y pasó la hoja.

Hicktopeake luego nos dio la bienvenida a su reino, al que llamaba Accomac, y dispuso ante nosotros una comida suntuosa. Estuve observándolo mientras comíamos e doy fe de que era el salvaje más agraciado, limpio e cortés con que hasta entonces habíamos dado. Comí abundantemente, como suelo, y otro tanto hicieron Walter, el médico, y los soldados, mas nuestros caballeros mostraron poco apetito por la cocina salvaje.

Especialmente Burlingame mostró tener poco estómago si se tiene en cuenta su corpulencia y lo mucho que había protestado a costa de sus tripas. Concluida la comida, Hicktopeake pronunció un breve discurso, una vez más dándonos la bienvenida a su ciudad y ofresciéndose a abastecernos de provisiones antes de que lo dexáramos. Paresciome entonces que el rey tenía un singular interés porque nos demoráramos algún tiempo a su lado, pero yo no vi inmediatamente la causa de tal interés.

Cuando le pregunté por la extensión de su reino; Hicktopeake repuso solamente que era de una anchura considerable y que se extendía hacia el norte, donde la tierra hacía aún más anchurosa. Gobernaba aquel territorio conjuntamente con su hermano, llamado Debedeavon, a quien los salvajes denominaban «el Rey Riente» de Accomac. La ciudad de Debedeavon, díxosenos, hallábase más hacia el interior, e allí vivía el monarca en compañía de su reina, en una mansión celestial. Entonces demandé dónde se hallaba la reina de Hicktopeake sin más ánimo que conferirle un carácter cortés a mi demanda. Mas viendo que el semblante todo del monarca se nublaba, busqué mudar de asunto e inquirí por qué llamaban a Debedeavon «el Rey Riente». Con lo cual, pese a ignorar yo el porqué, la cólera de Hicktopeake no hizo sino aumentar, al punto que apenas acertaba a refrenarse. No vi que se pudiera derivar fruto alguno si persistía en mis preguntas, de modo que me mantuve en calma y fumé del tabaco que en aquellos momentos principiaban a pasar en círculo.

Recobrando por fin un tanto la mesura, Hicktopeake ordenó que se le proporcionara alojamiento a mi partida para aquella noche, e yo consentí, pues estaba el cielo cada vez más baxo y se presagiaba mal tiempo. A los caballeros y a mí se nos proporcionó un lugar en la morada de Hicktopeake, la qual, pese a su condición de rey, consistía en una sola estancia de grandes dimensiones. Hecho aquello, fuéronse todos a dormir, salvo Burlingame, que siempre anda tras de mis pasos y no duerme sino cuando también duermo yo. El rey y yo entonces fumamos numerosas pipas cabe el fuego, en completo silencio. Yo sabía muy bien que él estaba deseoso de seguir hablándome; empero, conforme a la costumbre de los salvajes, demoróse luengo tiempo antes de comenzar. Por tal razón deseaba yo que Burlingame se retirara, a fin de poder hablar privadamente, más él rehusaba, pese a mis alusiones e sugerencias.

Por fin habló Hicktopeake, y se estuvo un buen rato charlando de cosas banales, como es costumbre entre los salvajes. Luego dixo, en esencia (pues yo aquí conformo su discurso a la lengua inglesa): Señor, vos, a no dudarlo, pensaréis que soy soltero, ya que no hay esposa que me atienda en mi casa ni a la mesa, e otrosí cuando me demandasteis por el paradero de mi reyna no os di yo respuesta. En esto, empero, andáis, errado. Reyna tengo, en verdad, y de una beldad superlativa, y con quien hace bien poco he casado. Sin embargo, esposa no es, pues ¿no es el primer requisito de la condición de reyna el no hacer otra cosa que no sea poner de relieve la grandeza de su rey? Pero mi reyna, por causa de su insatisfacción para con mi virilidad, siempre busca el placer en las casas de otros hombres, con lo que me cubre la cabeza de oprobio; con todo, sigue luego insatisfecha, según ella misma dice. Ahora bien, mala cosa es ésta, pues no sólo me deshonra a mí esta mujer, sino también fatiga a los jóvenes de mi ciudad e otrosí a los viejos. Es incluso como la sanguijuela, que cuando ha probado el sabor de la sangre luego jamás queda satisfecha de bebella; o como la lechuza, que tras haber devorado a todos los ratones del campo regresa hambrienta al nido. Mi hermano Debedeavon le da grande importancia a este asunto y no para de reírse a mi costa (por lo cual es llamado «el Rey Riente»). Esposa tiene, y tiénela satisfecha, de ahí que se juzgue superior a mí, al igual que su pueblo se juzga superior al mío. (Y, sin embargo, su esposa es un ratón que pronto se colma, pues a menudo hela catado yo mientras mi hermano pescaba). Por lo tanto, yo solicito de vos, el de la piel clara, lo siguiente: que probéis a satisfacer a mi reyna, o bien que le enseñéis a quedarse satisfecha con lo que ya tiene, a fin de que la paz y el honor reynen en mi ciudad y mi hermano no se mofe más de mí. Pues juzgo por vuestro atuendo, vuestra extraña embarcación y vuestro porte viril que no sois hombre común, sino capaz de obrar prodigios.

Así habló Hicktopeake y yo le escuché asombrado, pues la mayor parte de los hombres que no son capaces de satisfacer a sus esposas son reacios a confesalle tal deficiencia a otros hombres. Empero yo admiré su sinceridad, su franqueza y su generosidad por invitarme a intentarlo que él no era capaz de hacer. Con todo el donaire que fui capaz de reunir acepté el ofrescimiento de Hicktopeake, con lo qual mostróme una puerta de la su morada, la qual según él daba a la alcoba de la reyna. El entonces recostose junto al fuego y durmiose, bien que

desasosegadamente, como cabe esperar en un hombre que le ha dado licencia a otro para que acuda junto a la esposa con la que comparte el lecho.

No bien se hobo dormido el rey encamíneme derecho a la puerta e hobiera satisfecho todos sus deseos de no habérmelo impedido lord Burlingame, que cogiéndome del brazo afirmó protestar porque yo hiciera tal. Yo le demandé la causa de su protesta, sabiendo que no era ningún santo católico. A lo cual replicó que fuera como fuere proponíase desempeñar aquella labor él mismo, puesto que yo ya había recibido los favores de Pocahontas, habiendo desflorado a dicha doncella recurriendo a subterfugios y engaños, mientras que él no había yacido con mujer desde que zarpáramos de Londres. Además aseveró que de negalle yo aquella merced (ello a pesar de que me debía su vil vida), tenía la intención de propalar a voces la verdad sobre mi factura de berengenas por todo Jamestown e ansimesmo por Londres.

En aquel punto díxele que podía ocuparse de la reyna salvage como le pluguiere, pues a mí no me importaba, y añadí que si ella era la mitad de Mesalina de lo que Hicktopeake afirmaba serían menester más de diez Burlingames para apaciguaba. Dicho aquello indíquele la puerta y acudí junto a mis camaradas, los cuales roncaban a la vera del fuego. Empero, no me dormí inmediatamente, sino que permanecí despierto y fumé tabaco, pensando que muy probablemente no hubieran concluido mis aventuras de aquella noche.

Al cabo regresó Burlingame muy malhumorado y en demandándole yo si era cosa tan liviana satisfacer a la reyna expelió una ventosidad y, viendo que el rey aún dormía, en modos diversos tildó a la reyna de puta y de soliviantamiembros. Dijo que hubiera penetrado en la reyna, toda vez que ella lo había recibido bastante amigablemente, mas que en hallándose plenamente dispuesto a ejecutar su carnal tarea, ella habíale inquirido dónde estaban los sus dineros, y no teniendo él nada que ofrecelle salvo una bolsa de tabaco, ella se volvió boca abajo y no quiso saber más dél. Tras lo qual habíala dexado.

Mucho reí yo con su cuento e díxele que mal le iría siempre en las conquistas mugeriles, pues por tan poco desistía, amén de que era una circunstancia feliz para su cabeza y para la mía que Powhatan me hobiera designado a mí y no a él para horadar las corazas inferiores de su hija. A modo de respuesta, Burlingame expelió una nueva ventosidad e dixo que si quería dar por buenos mis alardes la puerta tenía el cerrojo aún sin correr y la reina seguía echada en el suelo. En quanto a él, nada quería saber de ramerar, fueran éstas reynas o fregonas.

Acudí entonces sin pérdida de tiempo al aposento de la reyna, dexando a Burlingame junto al fuego, cociéndose en su propia cobardía. No bien se habituaron mis ojos a la luz atisbé la persona de la reyna, que se hallaba nuevamente boca abajo. Era una salvaje asaz donosa, conforme pude ver, de rasgos graciosos, miembros bien formados y el vientre liso y breve, en tanto sus pechos y otras partes bastaban a afilar el deseo de cualquier hombre. Cuando me dijo, en jerga salvaje, que hiciera mi voluntad, me enderezé como las orejas de un can al olor de la carne. Presenteme como el capitán John Smith, de Virginia, pues parecíame cosa brutal holgar con mujer sin antes haber intercambiado cordialidades. Mas ella hizo caso omiso de aquello dándome únicamente a entender por medio de ciertos movimientos que consideraba aquellas gentilezas una pérdida de tiempo. Por consiguiente apresúreme a desnudarme y al instante la hubiera tomado de no ser porque ella refrenó mi ardor; y señalando aquella parte que, conforme a la moda salvaje, tenía calva cual galleta y engalanada con pintura extraída de la sanguinaria, exigió previamente algún pago, alegando que no tenía por costumbre entregar sus encantos a cambio de nada.

Aquello no me inquietó ni un ápice, pues yo estaba habituado a tratar tanto con salvages como con ramerar. Subime los calzones y dellos saqué un puñado de abalorios, que siempre son gratos a los ojos de los salvages. Diselos, mas ella los arrojó lejos de sí y pidió otra cosa. Dile entonces un pequeño amuleto que le había cogido a un moro muerto y del cual decíase que tenía poderes mágicos, pero tampoco se dignó aceptar aquello. Después de lo cual ofrecíle a la mujerzuela una lasciva talla de marfil y una pequeña moneda con una inscripción obscena en árabe, y prometíle dalle doce yardas de tela escocesa que llegarían en el siguiente barco de Londres..., mas fue todo ello en vano. Ella quería seis medidas de *wompomeag*, dijo, o nueve de *roanoke*^[25], a cambio de sus favores, y ninguna otra cosa, pues aquélla era la suma que sus otros amantes solían satisfacer por gozar de su cuerpo, ya que era reyna. Repuse que no llevaba dineros salvages en mi persona ni disponía de medios para hacerme con ellos, pero que si me aseguraba dar satisfacción a mis deseos le enviaría una libra esterlina desde Jamestown, moneda que basta para pagarse una docena de buenas hembras en Londres. Pero la reyna no quiso oír hablar de mi libra esterlina y, poniéndose de espaldas, liberó un pedo que hubiera hecho los honores de la mismísima Elisabeth. Entonces declaré que no era tan fácil deshacerse del capitán John Smith, e cuando volvió a dar la misma respuesta que antes dixé para mí que habíame hartado de su falta de consideración. Hay un proverbio entre los franceses de mundo que reza que cuando un hombre no puede comerlo todo, por fuerza ha de componérselas con cuervo. No me demoré más, sino que inmediatamente cometí con la reyna aquel pecado por el

qual el Señor hizo llover fuego sobre las ciudades de la llanura.

Cuando hube acabado retíreme y aguardé a que la reyna llamara al cuerpo de guardia para que me prendiera, cosa que supuse haría inmediatamente. Durante un tiempo permaneció jadeando en el suelo y cuando por fin recobró el aliento quitose del cuello tres sargas de *wompompeag*, y obsequíomelas. Entonces declaró haber tenido bastante amor por aquella noche como para estarse dolorida hasta la luna nueva. Diciendo lo qual cayó en un sueño como si se hubiera desmayado y yo me retiré a la estancia contigua para reprender a Burlingame por su falta de imaginación. El tomóselo con su acostumbrado mal humor, pues nuevamente habíale aventajado...

Dormí hasta bien entrado el día, y cuando desperté vi a Hicktopeake en el trono real, de todos sus lugartenientes rodeado. Habíales ordenado que guardaran silencio mientras yo dormía y, cuando me desperté, acercóseme y abrazome, y dijo que yo debía ser el segundo poder en el gobierno de su ciudad y que debía tomar por esposa a la salvaje más hermosa de su tribu, pues había restaurado la paz de su pueblo. Demándeles yo cómo era tal y él respondiome que la reyna había acudido junto a él al alba y habíale pedido perdón por su infidelidad, jurando que tan satisfecha había quedado de mí que jamás volvería a escapar del lecho del rey. Únicamente, dijo él, temía que la resolución de su reyna pudiera no ser muy duradera; de necesidad yo tenía que haberla complacido merced a algún inusitado recurso viril, y por añadidura partía de su ciudad en breve.

En aquel punto llevémelo aparte y referile privadamente la sencilla estratagema que había empleado, asegurándole que él podía hacerlo al igual que yo. Pues tan pequeña era la charca que en su seno cualquier rana parecía grande. Hicktopeake no había oído hablar jamás de semejante práctica (que yo había aprendido de los pérfidos árabes), y escuchaba atónito. Nada quiso saber en tanto no le era dado poner a prueba lo aprendido, de modo que salió de la estancia dando grandes zancadas.

Mientras él se ocupaba de cortejar de aquella guisa, reuní a mi partida e díxeles que aprestaran la embarcación a fin de reanudar el curso de nuestras exploraciones. Al punto pusiéronse todos a ello salvo Burlingame, que se lamentaba por la orilla, propinando puntapiés a los guijarros, y ya estábamos a punto de largar velas cuando Hicktopeake salió de su casa. Abrazome de nuevo, esta vez más calurosamente que antes y suplicome que me quedara en su ciudad para siempre en calidad de príncipe y sucesor. Había cortejado de tal modo a su reyna que tardaría tres días en levantarse de la cama y se pasaría una semana estreñida. Mas yo decliné su ofrescimiento diciendo que tenía otros asuntos que atender. Tras mucho debate avínose y diome la venia de partir, haciéndonos a mis hombres y a mí toda suerte de regalos salvages, además de darnos comida y agua para la embarcación.

Así pues zarpamos de nuevo y pusimos rumbo a alta mar y a lo que se presentara ante nosotros. Yo sentíame un tanto reacio a partir y de buen grado hubiérame quedado algún tiempo más, pues Hicktopeake me había expresado su intención de viajar a la ciudad de Debedeavon, su hermano, para allí holgar con la reyna, conforme al modo que había aprendido, y así confundir a su hermano para siempre. Tras lo cual Hicktopeake sería «el Rey Riente» de Accomac. Lo cual hubiera sido en verdad digno de verse. Pero el favor de los reyes es don escurridizo que con ligereza se otorga y con ligereza se retira, y parecióme más prudente ausentarme a tiempo, mientras aún contara con su beneplácito, que quedarme y acaso dexar de ser bienvenido allá en Accomac...

Aquí concluía la narración, o el fragmento de la misma que Meech había traído a bordo. Ebenezer lo volvió a leer una segunda vez, y una tercera, con la esperanza de hallar algo que relacionara a Henry Burlingame con el desdichado homónimo del relato. Pero todo parecía indicar que el antagonista del capitán Smith, el cual Henry esperaba que fuera su antepasado, no sólo carecía de descendencia, sino que estaba soltero, y su futuro con la partida de exploradores distaba mucho de ser prometedor. Con un suspiro, el Laureado reunió las páginas del diario y lo ocultó bajo su lecho de tela de velas, donde no era probable que nadie diera con él. Extinguió luego el farol y se quedó sentado durante un rato en medio de la oscuridad. Los ruidos desnudos de las violaciones, que llegaban por el aire hasta el castillo de proa del barco pirata concitaban imágenes lo bastante claras como para hacerlo estremecerse. Junto con la historia del manuscrito —que tan reveladora había sido para él como para Hicktopeake—, aquellas imágenes lo conducían forzosamente, al margen de su

voluntad, por un único camino, y no transcurrió mucho tiempo hasta que se sintió físicamente acuciado por el deseo. Ebenezer no podía honradamente aseverar que la lástima que le hacían sentir las muchachas del *Cyprian* estaba exenta de ambigüedad, ni que condenaba sin paliativos aquel asalto; si el espectáculo le había repugnado, también le había excitado y fascinado hasta el punto de que lo único que pudo apartarlo del mismo fue el diario. A decir verdad, la visión de la muchacha atrapada entre las jarcias como una mosca en una telaraña, y de Boabdil trepando pausadamente hasta envolverla como una araña negra y gigantesca, habían despertado su deseo, y el recordarlo volvía a despertárselo.

Para él estaba sobradamente claro que el valor de su virginidad no era de índole moral, ni siquiera cuando se lo explicara a Bertrand cierto día, a bordo del *Poseidón*. El valor místico y ontológico que entonces le atribuyera le parecía ahora menos convincente. El recuerdo de la visita que hiciera Joan Toast a su habitación, por ejemplo, que de ordinario estaba dominado por el discurso que hiciera él al partir ella, o por el *Himno a la castidad* que compusiera después, ahora se detenía en la evocación de la muchacha misma, sentada en su cama, en actitud impertinente, y no iba más allá. Ella, entonces, se había inclinado hacia delante y lo había abrazado, estando él de rodillas; sus pechos le habían rozado la frente con tacto fresco y sedoso; él habría reclinado la mejilla en el cojín de su estómago. ¡Sus ojos se habían demorado en las proximidades del misterio!

Del exterior llegó un nuevo grito, una protesta endurecida y estentórea que se transformó en lamento. En aquel grito resonaba un eco antiguo, una pena ancestral que le hizo pensar al poeta en Filomena, en Lucrecia, en las vírgenes sabinas y en las hijas de Troya, en la legión entera y quejumbrosa de las mujeres que habían sido alguna vez violadas. Se dirigió a la escalera de toldilla y al ascender alzó la vista al cielo para contemplar las estrellas. ¡Cuán trivial era aquella escena para ellas, que habían presenciado las innumerables guerras de los hombres, el despojo de las naciones y las incontables violaciones en solitario acontecidas por campos y callejones! ¿Hubo en el transcurrir del tiempo un solo año en el que no apagarán su luz en algún lugar de la tierra las llamas de las ciudades incendiadas? En aquel instante en que él ponía pie en cubierta, ¿cuántas mujeres escuchaban tras de sí —en Inglaterra, en España, en la remota Cipango— la pisada del violador en la escalera o en el camino? Las filas de mujeres ultrajadas, por centenares, por miles y millones, de toda edad y condición, a lo largo de los siglos, hacían resonar sus gritos. ¡Sus lágrimas lavaban la suciedad del planeta!

La escena que tenía lugar a bordo del *Cyprian* ya era considerablemente menos violenta. Aunque no era en modo alguno tranquila. Los tripulantes seguían fuertemente atados a los mástiles y contemplaban las festividades sumidos en un silencio hosco; de momento ninguno había sufrido daños. Los piratas, disipado su

primer deseo, se habían hecho con el ron y sucumbían rápidamente a sus efectos. Algunos yacían sin sentido junto a los imbornales; otros estaban echados con sus víctimas en las cubiertas y en los tejados de los camarotes, bebiendo y tomándose libertades alternativamente, pero incapaces ya de consumir el acto amoroso; otros aún habían perdido enteramente el interés por las mujeres y se dedicaban a bailar, a cantar canciones obscenas o bien jugaban al tresillo a la luz de los faroles, disfrutando del aire encalmado, como si fuera cualquier otra noche en alta mar. De los camarotes seguían llegando más ruidos de juerga, pero no de violencia: al parecer estaban obligando a alguna muchacha a ejecutar alguna habilidad en contra de su voluntad, y Ebenezer oyó que varias mujeres se sumaban al jolgorio general, dando ánimos.

—¡Con qué ligereza aceptan su destino!

El poeta volvió a pensar en las viudas troyanas, a quienes Hécuba aconsejaba que se resignasen sin protestar a ser concubinas y esclavas.

La suerte menos envidiable, por lo que hasta el momento había visto, era la de siete mujeres que estaban atadas cadera con cadera a la borda de estribor, al clásico estilo corsario, de modo que la cabeza y la parte superior del cuerpo pendían sobre la nave pirata, que era de una altura algo menor: sin embargo, ni siquiera aquéllas, pese a la indignidad y evidente incomodidad de su postura estaban totalmente abatidas por la desgracia. Una de ellas, cierto, parecía estar llorando, aunque en aquel momento no la importunaran, y otras dos se miraban fijamente y sin expresión a los brazos, que tenían atados por las muñecas a la base de los balaústres; pero las demás estaban de cháchara con Carl, el velero, que fumaba en pipa delante de ellas, en la cubierta del barco pirata. Cuando avistaron a Ebenezer, que se situó a la altura del viejo, no se sintieron avergonzadas.

—¡Oh, no! —dijo una, fingiendo alarma—, ¡aquí viene otro!

—¡Bah, pero parece buen chico! —dijo su vecina, que era de más edad—. ¿A que tú no harías nada indecoroso, a que no, hijo?

Cuando se rieron, un pirata borracho se levantó y apareció por detrás de ellas, dando tumbos.

—¡Uf! —exclamó la mujer a la que el pirata dio cuenta de su presencia—. ¡Carl, dile que no me toca a mí! ¡Eh! ¡Este bellaco me toma por una pierna de cordero asado! ¡Carl, díselo!

El velero, en razón de su edad, gozaba de cierto predicamento entre sus compañeros.

—Ve por otra, camarada —aconsejó.

El pirata, dócilmente, se dirigió hacia la jovencilla llorosa del final, la cual, en cuanto la tocaron, profirió un grito que se le clavó a Ebenezer en el corazón.

—¡No, canalla, no te atrevas a darme calabazas! —exclamó la mujer a la que el pirata importunara en primer término—. ¡Ven aquí conmigo, que yo sé lo que hay que

hacer!

—¡Sí! ¡Deja a la niña en paz! —le recriminó otra—. ¡Te voy a enseñar cómo lo hacemos en Leicestershire! —Aparte, le dijo a sus compañeras—: ¡Pido a Dios que no sea el moro!

—Tú lo has querido —dijo el pirata y volvió junto a la que eligiera originariamente.

—¡Diantre! ¡Este sí que es un buen chico! —exclamó, fingiendo placer—. ¡Demonios, menuda herramienta, chicas! —A su vecina le dijo entre suspiros—: No es ni la mitad que el moro; me recuerda más bien las gachas de Grantham: nueve medidas de sémola y un galón de agua. ¡Ay! ¡Piedad, señor! ¡Piedad!

Las otras tres estaban de lo más entretenidas.

—Tu amigo está allá en el camarote —le dijo Carl a Ebenezer—. ¡Salta rápido ahí si tienes idea de ocuparte de las damas, porque no nos quedaremos mucho más tiempo!

—¿Sí? —Ebenezer se rebullía, incómodo; las mujeres lo miraban con interés—. Tal vez sea mejor que vaya a ver los daños que está causando Bertrand.

—Ah, diantre, no le interesamos —dijo una de las mujeres—. Le gusta más su amigo. —Las demás se sumaron a la burla, incluso la que estaba siendo cortejada, y Ebenezer se batió en presurosa retirada.

—No acierto a entenderlo —dijo para sí.

Aunque había desdeñado totalmente la idea de ocultarse a bordo del *Cyprian*, y tenía poco o ningún interés por las actividades que en aquellos momentos pudiera tener su criado, Ebenezer se valió de aquellas dos razones para tener el valor de subir al bergantín, después de haberse ido hasta popa para escapar de los comentarios de las mujeres. No podía, sin embargo, negar que tenía intención de volver a mirar en dirección a ellas desde el privilegiado punto de observación que era la cubierta del *Cyprian*, al menos, por curiosidad. Se encamaró a la borda y asió los obenques de mesana para ayudarse a subir. Cuando lanzó una mirada casual hacia lo alto, la luz de la luna le ofreció una visión sorprendente: la primera conquista del moro seguía suspendida allá arriba, entre los flechastes de mesana, olvidada de todos; tenía los brazos y las piernas aprisionados como si se los hubieran atado. No era posible hacerse una idea de su situación desde abajo.

Tal vez siguiera suspendida por miedo, con la esperanza de librarse de nuevas violaciones; o tal vez estuviera desmayada (su posición le impedía caer). Tampoco era imposible que estuviera muerta como consecuencia de la picadura de la gigantesca araña negra. Asegurándose de que sólo quería satisfacer su curiosidad, pero, de todos modos, presa de una gran agitación, Ebenezer dirigió sus pasos no a la cubierta del *Cyprian*, sino al primero de los flechastes de mesana y, metódicamente, a la manera de Boabdil, inició la ascensión hacia la muchacha colgante...

Al subir hizo temblar los obenques; la muchacha se movió, miró hacia abajo y escondió el rostro, dejando escapar un gemido. El poeta, claramente azuzado por el deseo, emitía sonidos arrulladores y acompasados en dirección a ella.

—¡Voy a poseerte, mozuela! ¡Voy a poseerte!

Pero cuando se hallara en mitad del camino el capitán Pound, allá abajo, salió de su camarote y el moro ordenó a todos los hombres que regresaron al bajel. Los piratas respondieron con protestas estentóreas, pero de todos modos obedecieron, tomándose a la desesperada las últimas libertades, al paso que se retiraban. Ebenezer dobló la velocidad de su ascenso.

—¡Voy a poseerte!

Pero desde abajo llegó la voz de Boabdil.

—¡Eh! ¡El de los flechastes de mesana! ¡Venga, bájate! ¡Ahora! ¡Déjalo!

La muchacha estaba literalmente a su alcance.

—¡Eres un moza afortunada! —dijo Ebenezer con audacia.

Ella lo miró desde arriba. Desde aquella distancia, a la luz de la luna, se parecía levemente a Joan Toast, cuyo recuerdo había inflamado originariamente los deseos de Ebenezer. El rostro de la muchacha revestía una expresión de horror.

Debilitado por causa de la excitación, Ebenezer volvió a llamarla.

—¡Dentro de un momento serás mía!

Ella ocultó el rostro y él descendió. Unos minutos después los piratas habían soltado los garfios de abordaje y se afanaban en largar velas. Volviendo la vista atrás, mientras se ensanchaba el brazo de mar que los separaba del otro barco, Ebenezer vio cómo las mujeres del *Cyprian* desataban a sus compañeras de la borda y liberaban a la tripulación. En lo alto del aparejo de mesana todavía podía distinguir la blanca figura de la muchacha, y el deseo insatisfecho que la misma despertaba en él ya empezaba a importunarle. El alivio que sintió cuando por accidente su esencia se vio rescatada, aunque era una sensación genuina, no tenía la profundidad que aquella otra que se adueñó de él estando en los flechastes, y que era algo que Ebenezer ni por asomo comprendía. Sin duda, se decía con insistencia, aquello era algo más que simple concupiscencia; si no, ¿por qué con sólo pensar en el ataque del moro se ponía enfermo de celos? ¿Por qué había elegido a la muchacha de la arboladura en lugar de las que estaban atadas a la borda? ¿Por qué su parecido con Joan Toast (que por otra parte bien pudiera ser algo meramente imaginario) en lugar de enfriar su ardor, lo atizaba? Su comportamiento en aquel asunto le resultaba enteramente incomprensible.

Se volvió y se dirigió hacia su celda del almacén de velas, tanto para afianzar la seguridad de su precioso manuscrito como para aliviar de algún modo, si le era posible, el dolor creciente que sentía. Cuando bajaba por la escalera que conducía al castillo de proa, un grito femenino, agudo y estridente, resonó en la oscuridad,

procedente del bergantín, seguido de un segundo y un tercero.

—Ahora les toca a ellos —dijo alguien, y unos cuantos piratas rieron entre dientes.

A Ebenezer la sangre le abandonó velozmente el cerebro; se tambaleó en medio de la escalera y se vio precisando a detenerse un momento, oprimiendo la frente contra el escalón superior.

—No es más que una ramera; una simple ramera —se dijo, y se vio obligado a repetir aquellas palabras varias veces, antes de ser capaz de continuar el descenso.

Bien porque creyera que lo habían guardado por razones de seguridad antes de abordar el *Cyprian*, bien porque cuando volvió estaba demasiado borracho como para reparar en su ausencia, el capitán Pound no descubrió la pérdida del fragmento del diario hasta después del mediodía siguiente, y para entonces Ebenezer había dado con un escondrijo aún mejor. Juzgando imprudente confiar demasiado en su sirviente, aguardó a que Bertrand subiera a cubierta por la mañana y entonces trasladó su captura de debajo del jergón a un pliegue de una vela sin estrenar que estaba debajo de un montón de velas iguales, en un anaquel de grandes dimensiones. Y así, cuando por la tarde Bertrand y él se encontraban en cueros, de pie, junto al resto de la tripulación, mientras Boabdil y el capitán registraban el barco de cabo a rabo, Ebenezer no se sintió alarmado al ver que levantaban los camastros de su celda, aderezados con velas: era impensable que desplegaran y volvieran a plegar una a una las velas del anaquel. Después de que una búsqueda de dos horas no sirviera para dar con el manuscrito, el capitán Pound llegó a la conclusión de que alguien del *Cyprian* había entrado a hurtadillas en el barco y lo había robado. Todo aquel día y el siguiente los piratas navegaron a toda prisa, en busca del bergantín, hasta que, al avistar el cabo de Henlopen y la bahía de Delaware, hubieron de poner fin a la persecución, viéndose obligados a regresar, buscando la seguridad del mar abierto.

Por causa de la pérdida, el capitán estaba cada día más amargado e irascible. De modo natural hizo recaer sus sospechas fundamentales sobre Ebenezer y Bertrand: aunque no tenía ninguna razón para creer que ninguno de ellos tuviera conocimiento previo de la presencia del diario a bordo y carecía de pruebas de que ninguno de los dos lo hubiera robado —ambos habían sido visto a bordo del *Cyprian*, por ejemplo—, de todos modos los confinó nuevamente en su celda, por causa de su mal humor. Al mismo tiempo hizo que le propinaran diez latigazos al velero en su añosa espalda como castigo por no haber visto al ladrón: se podían oír los golpes desde el almacén de las cuerdas y Ebenezer tuvo que recordarse a sí mismo, con incomodidad, que el manuscrito era sumamente valioso para la causa del orden y la justicia de Maryland. A Bertrand, que casi se desmaya cuando les registraron el cuarto, le dijo que había arrojado el diario al mar por temor a que los descubrieran y que Carl era a fin de cuentas un pirata a quien, en tierra, cualquier juez condenaría a la horca.

—No obstante —añadió con resolución—, si me entero de que tienen intención de matar o torturar a alguien inocente por eso, aunque se tratara de esa bestia aborrecible de Boabdil, confesaré.

Ebenezer no se preocupó de indagar si efectivamente llegaría a hacer una cosa así; formuló aquella promesa fundamentalmente por Bertrand, a fin de evitar una nueva defección.

—Poco importa que lo hagáis o no —respondió el criado—. En uno u otro caso nuestra hora ha llegado.

Y lo cierto es que Bertrand se sentía peligrosamente desalentado; desde el principio había sido escéptico con respecto al plan de huida de Ebenezer, e incluso aquella posibilidad tan remota quedaba abortada por el encierro que entonces padecían. En vano apuntó Ebenezer que era Bertrand quien, debido a la conducta que había observado a bordo del *Cyprian*, había desbaratado la mejor oportunidad de huir de que habían gozado: semejantes verdades jamás sirven de consuelo.

Las perspectivas se ensombrecían para ellos a medida que se acercaba el día de la cita que tenía pendiente el buque. Oían a la tripulación quejarse en el castillo de proa de la severidad cada vez mayor del capitán: a tres piratas les había racionado el rancho por un crimen no mayor que el hecho de que Pound les había oído hacer comparaciones entre las mujeres del *Cyprian*; a un cuarto hombre que en calidad de portavoz de un grupo había preguntado cuándo tocarían puerto, lo amenazó con pasarlo por la quilla. Día a día los dos prisioneros se temían que al capitán se le metiera en la cabeza la idea de someterlos a algún tipo de tortura. La única casualidad favorable de todo aquel período fue la noticia de que el moro, que había concitado el odio general porque cumplía las órdenes del capitán, había sido bendecido por una de sus víctimas del bergantín con una enfermedad social.

—Si es el mal francés o no, eso no lo sé —dijo el portador de la noticia—, pero le duele como si tuviera un chancro y no podría andar aunque le fuera la vida en ello.

Ebenezer enseguida dio por sentado que la contagiada era la muchacha de los flechastes de mesana, pues aunque, con toda certidumbre, Boabdil no se había limitado a ejercitarse con ella, ninguno de los demás piratas mostraba síntomas de la enfermedad. El descubrimiento le proporcionó un placer complejo y difícil de explicar: en primer lugar se alegraba de ver que el moro pagaba de aquel modo por la violación, aunque era muy consciente de la rareza de tal emoción a la luz de sus propias intenciones. En segundo lugar, el alivio que sentía por haberse librado del contagio por tan estrecho margen, al igual que el alivio que sentía porque se hubiera preservado su castidad, no lograban compensar su desilusión en la medida que él se esperaba. Y en tercer lugar, la presencia de la enfermedad indicaba que la muchacha no era virgen, y aquel indicio despertaba en Ebenezer los siguientes sentimientos adicionales, que no eran del todo armoniosos: *fastidio*, por tener un poco menos de

razón para aborrecer al moro y alegrarse de su desgracia; *decepción*, por lo que él consideraba una degradación de su cuasiconquista amorosa; *alarma*, por lo que tal decepción implicaba, a saber, que sus motivos para violar a la muchacha parecían más crueles incluso que los del moro, quien no había dado por supuesto que ella fuera virgen: *temor*, causado por la doble perversidad engendrada por su lascivia a partir de —al menos, parcialmente— la piedad que le hacía sentir la suposición de que se trataba de una doncella desflorada, a la vez que, por otra parte, sentía en lo más íntimo de su corazón que no se trataba de una piedad auténtica, y que además se habría visto realzada y no disminuida si él hubiera atacado a la muchacha, en tanto que el descubrimiento de que la misma no había perdido la virginidad a manos de Boabdil, de hecho, disminuía aquel sentimiento de piedad, y por último, una especie de *júbilo* que se superponía a los otros sentimientos, a la vez que se entremezclaba con el *alivio* que le proporcionaba una sospecha que le parecía tanto más verosímil cuanto más volvía sobre ella: la sospecha —cosa que no cabía explicar fácilmente de otro modo— de que el deseo que se apoderó de Ebenezer —y ello precisamente, en virtud del carácter contingente del mismo, puesto que se basaba en la suposición de que la muchacha había sido desflorada y en la piedad que de aquella suposición se derivaba— la sospecha, en fin, de que tal deseo, debido a la naturaleza perversa de la antedicha contingencia, era de índole casi inocente, como si hubiera tenido lugar un asunto entre vírgenes, cabría decir. Aquel anhelo místico del puro por unirse en la impureza con su hermana violada, ¿no era de hecho una autoviolación y por lo tanto una variante del amor?

—Muy probablemente —concluyó, y se mordió la uña del dedo índice, movido por el júbilo.

Cómo explicó el capitán Pound su negligencia, eso es algo que jamás supo el Laureado. Las seis semanas siguieron su curso; el día señalado, bastante después de que hubiera caído la noche, los prisioneros oyeron que los piratas saludaban a otros barcos, así como ruido de visitantes que llegaban a bordo de una chalupa. Cualquiera que fuese la naturaleza del parlamento, tuvo carácter breve: los visitantes partieron al cabo de media hora. Se les ordenó a todos los hombres que se personaran en cubierta, y hasta el almacén de las cuerdas llegó el ruido que hacían los piratas al largar velas en medio de una brisa suave. En cuanto la nave pirata cobró velocidad, el primer oficial en funciones —nada menos que el contramaestre arrebatado al *Poseidón*, quien se había adaptado a las nuevas circunstancias tan rápida y totalmente que Pound lo designó para que reemplazara al moro convaleciente— descendió al castillo de proa, abrió la puerta del calabozo y ordenó a los prisioneros que subieran a cubierta.

—¡Ay! —exclamó Bertrand—. ¡Es el fin!

—¿Qué significa esto? —preguntó el Laureado.

—¡Es el fin! ¡Es el fin!

—¡Es el fin de vuestra visita! —masculló el contraamaestre—. No diré más.

—¡Gracias sean dadas al cielo! —exclamó Ebenezer—. ¿No te lo decía yo, Bertrand?

—Venga, arriba.

—Un momento —insistió el poeta—. Os ruego que me dejéis un momento a solas, señor, antes de acompañaros. He de darle las gracias a mi salvador. —Y sin aguardar respuesta se hincó de rodillas en actitud de oración.

—Ah, bueno, siendo así... —El contraamaestre se movía, inquieto, pero al cabo salió de la celda—. Pero sólo un momento; el capitán está de mal humor.

En cuanto se quedó a solas, Ebenezer sacó el manuscrito del diario de su escondrijo y lo guardó debajo de la camisa. Luego fue junto a Bertrand y el contraamaestre.

—Ya estoy listo, amigo, y me despido de esta celda con alegría. ¿Ha venido a buscarnos una barca o es que tan cerca estamos de la orilla? ¡Cielos, esto me eleva el corazón!

El contraamaestre se limitó a gruñir y los precedió por la escalera de la toldilla, hasta que llegaron a cubierta, donde reinaba una noche de mediados de septiembre, suave y sin luna. La nave avanzaba apaciblemente bajo una bóveda de estrellas luminosas. Todos los hombres se hallaban congregados en el centro del barco, algunos con linternas en la mano; cuando los vieron aproximarse los recibieron con un murmullo general. A Ebenezer le pareció que sería adecuado despedirse de ellos con un poco de poesía, ya que, haciendo una consideración global y a excepción de las seis últimas semanas, los habían tratado casi irreprochablemente: pero no había tiempo para componer versos y todo lo que tenía en reserva, por decirlo así (ya que, con gran pesar suyo, el cuaderno de Ebenezer se había quedado en el *Poseidón*), era un breve poema de salutación a Maryland, que había concebido en alta mar y archivado en la memoria..., pero que desgraciadamente no era adecuado para la ocasión. Por lo tanto, decidió contentarse con unos cuantos comentarios sencillos, no menos dignos por su brevedad, los cuales, en esencia, vendrían a decir que si bien él no podía aprobar aquel modo de vida, sabía empero valorar la consideración y civismo con que se les había tratado a él y a su criado. Además, diría al concluir, lo que un hombre no puede condonar, puede no obstante disculparlo: *Muchas de las acciones que la cabeza censura, el corazón puede absolverlas*. Y aunque no podía dejar de recordarles que si alguna vez los aprehendían en el ejercicio de sus actividades, tendrían un veredicto justo, con todo, él podría rezar, y lo haría con toda su alma, para que su castigo fuera misericordioso.

Mas no tuvo la fortuna de formular aquellas observaciones, pues nada más llegar junto a los congregados, los piratas más próximos a ellos se les acercaron y los

sujetaron firmemente por los brazos. El grupo se separó formando una doble columna que desembocaba en la borda de babor, donde vieron que, del hueco destinado a la pasarela, bajo la luz trémula de los faroles, emergía una tabla de unos seis pies de longitud, que daba a las aguas.

—¡No! —A Ebenezer se le puso carne de gallina—. ¡Santo Dios que estás en los cielos!

No se veía al capitán Pound, pero desde algún punto de la popa llegó su voz:

—¡Adelante!

Los piratas, con expresión feroz, enarbolaron los alfanjes; Ebenezer y Bertrand, que se encontraban en el extremo interior del pasillo que formaban los hombres, se quedaron mirando hacia la tabla, los brazos libres, al tiempo que los azuzaban desde atrás con espadas o machetes, obligándolos a avanzar.

—Desde el primer momento, caballeros, he tenido dudas sobre cuál de los dos era Ebenezer Cooke —dijo el capitán Pound—. Ahora sé que los dos sois impostores. El verdadero Ebenezer Cooke se encuentra en la ciudad de Saint Mary, donde ha pasado estas últimas semanas.

—¡No! —exclamó el poeta, y Bertrand aulló.

Pero las filas de cuchillos de acero se cerraron tras ellos, y pronto se encontraron encima de la tabla, temblorosos. Bajo ellos, la mar negruzca se desplazaba velozmente, estrellándose contra el flanco de la nave. Ebenezer vio el agua refulgir bajo el resplandor de las linternas, y cayó de rodillas para aferrarse mejor a la tabla. No había tiempo para una canción de despedida como la de Arión, cuya música atrajo a los delfines, los cuales lo rescataron. Al cabo de dos segundos, Bertrand, que estaba en la parte más alejada de la tabla, perdió el equilibrio y cayó al agua dando un grito.

—¡Salta! —dijeron a voces varios piratas.

—¡Pegadle un tiro! —instaron otros.

—¡Ay, Dios! —gimió Ebenezer, y se dejó caer de la tabla.

16. EL LAUREADO Y BERTRAND, ABANDONADOS AL DESTINO DE PERECER AHOGADOS, TOMAN POSESIÓN DE SUS NICHOS EN EL PANTEÓN CELESTIAL

Para bien o para mal, el Laureado encontró el agua templada; el susto inicial de la inmersión había desaparecido cuando logró aflorar a la superficie, y cuando abrió los ojos vio las luces de popa de la nave ya a varias yardas de distancia, alejándose inexorablemente. Mas, a pesar de lo moderado de la temperatura del agua, se le heló el corazón. No acababa de entender la situación en que se encontraba: la idea principal que ocupaba su cabeza no era, en absoluto, la inminencia de la muerte, sino la última afirmación del capitán Pound, según la cual el *verdadero* Ebenezer Cooke se encontraba en la ciudad de Saint Mary. ¡Otro impostor! ¿Qué portentoso plan se estaba, pues, tramando? Por supuesto, existía la posibilidad de que Burlingame, a quien se le daban tan bien los disfraces, hubiera llegado sano y salvo, pareciéndole útil representar el papel del poeta, para seguir confundiendo a Coode. Pero si, como cabía suponer, se había enterado por los pasajeros del *Poseidón* de que habían capturado a Ebenezer, sin duda, Burlingame comprendería que adoptando la identidad de su amigo ponía en peligro su vida; y si en lugar de ello pensaba que su pupilo y protegido había muerto, era difícil suponer que tuviera el valor de llevar adelante la impostura. No, lo más probable era que el responsable fuera el mismo Coode. ¿Y con qué maligno propósito querría cambiarse de nombre? Ebenezer se estremeció al pensarlo. Se desembarazó de los zapatos para mantenerse mejor a flote; también se deshizo, a su pesar, del preciado manuscrito, y empezó a desplazarse por el agua lo más suavemente posible a fin de conservar las fuerzas.

Mas, ¿para qué? Lo desesperado de su situación empezó a hacerse patente. Las luces del barco ya habían empequeñecido por la distancia, y cada ola las oscurecía; pronto desaparecerían por completo y no habría ninguna otra luz. Por lo que él sabía se hallaba en medio del Atlántico; era seguro que estaría a decenas y decenas de millas de distancia de tierra y la probabilidad de que pasara otro barco que quedara dentro de su alcance visual, siquiera a la luz del día era, sencillamente, impensable. Además, la noche era joven: no podían faltar menos de ocho horas para el amanecer y, aunque la mar no estaba embravecida, eran pocas las esperanzas de sobrevivir tanto tiempo.

—¡A fe mía que voy a morir! —exclamó para sí—. ¡No cabe otra posibilidad!

Aquello era algo en lo que había pensado muchas veces. De hecho, siempre — desde los días de su infancia, cuando Anna y él jugaban en Saint Giles a ser santos y Césares, o cuando Henry les leía historias de la antigüedad— se había sentido

fascinado por el aspecto de la muerte. ¿Qué sentirían el ladrón o el asesino al remontar la escalinata de la horca? ¿Y el escalador caído cuando ve la roca que le reventará los sesos y los intestinos? Por la noche, en el espacio que mediaba entre sus dormitorios, su hermana y él habían examinado todas las maneras de morir que conocían, comparando los dolores y horrores inherentes a cada una de ellas, incluso habían jugado con la muerte: en una ocasión apretaron la punta de sendos abrecartas, cada uno contra su propio pecho, probando hasta dónde se atrevían a llegar, pero ninguno de los dos tuvo valor de derramar sangre; en otra ocasión intentaron estrangularse el uno al otro para ver quién era capaz de llegar más lejos sin gritar. Pero el mejor juego de todos era ver quién era capaz de aguantar la respiración durante más tiempo; en concreto querían comprobar si tenían el valor necesario para aguantarla hasta el punto de perder la conciencia. Ninguno de los dos había alcanzado aquella meta, pero la rivalidad les llevaba a prolongar sus esfuerzos de modo sorprendente: se abotargaban, se les desorbitaban los ojos, se les desencajaba la mandíbula y por fin respiraban con un estallido que los dejaba sin fuerzas. Aquel juego era enormemente emocionante; ningún otro se acercaba tanto al sentimiento de la muerte, sobre todo, si en el frenesí de los últimos momentos uno se imaginaba que lo estaban enterrando vivo, que se estaba ahogando o que, de algún otro modo, no podía respirar a voluntad.

No ha de sorprender, por tanto, que a pesar de que jamás hubiera pasado por aquella experiencia, la situación en que se encontraba en aquellos momentos Ebenezer no fuera en modo alguno novedosa para su imaginación. Incluso los detalles, como recorrer la tabla en medio de la noche, emerger de las profundidades braceando en busca de aire y el ver cómo se alejaban las luces de la popa del barco, eran cosas que Ebenezer había tomado en consideración y casi sabía de antemano qué sentiría al final: el agua penetrando en la garganta, el picor de la nariz, la tos convulsiva que trataba de expeler el líquido, y el volver a respirar, sin poder evitarlo, aun sabiendo que no había aire; la entrada del agua en los pulmones; después, el vértigo, una presión monstruosa en la cabeza y en el pecho y, lo peor de todo, el frenesí, la ansiedad del cuerpo por no morir, el deseo total e irracional de aire que debía desgarrar en los últimos segundos cuerpo y alma hasta lo indecible. Cuando Anna y él elegían la forma de morir, el ahogarse —junto con el ser quemado, aplastado lentamente y otras agonías similarmente retardadas— quedaba descartado inmediatamente, y si les contaban que alguien había muerto en la realidad de tal modo, se estremecían hasta el punto que sentían mareos. Pero en el fondo de su corazón el hecho de la muerte y todas aquellas maneras sensuales de anticiparla eran para Ebenezer como los hechos de la vida y los datos de la geografía y la historia, los cuales, debido a su educación y a sus inclinaciones naturales, siempre los contemplaba desde el punto de vista del narrador de historias: teóricamente aceptada

la finalidad de la muerte; con carácter sucedáneo, jugaba con el horror que entrañaba, pero jamás, jamás, fue capaz de abrazar verdaderamente ni una cosa ni otra. Que las vidas son historias, lo asumía; que las historias tienen un final, lo reconocía (de lo contrario, ¿cómo podría empezarse la historia siguiente?), pero que el narrador mismo debía vivir un relato concreto y morir... ¡Impensable! ¡Impensable!

Incluso ahora que no veía el menor atisbo de esperanza y sabía que aquellos dos minutos aciagos pronto le llegarían, la desesperación que sentía era de orden teórico y el horror tenía un carácter sucedáneo, igual que si estuviera en su habitación de Saint Giles, jugando a la muerte, o bien representando una historia en el cenador. Bertrand, supuso con cierta envidia, se habría ahogado y habría acabado con aquello; no había razones para pensar que el fin no le fuera a llegar también a él enseguida. Pero no era simplemente el miedo lo que le hacía mover las extremidades; era la misma deficiencia constitucional que antaño le hiciera ser incapaz de derramar su propia sangre, perder la conciencia voluntariamente o reconocer en su fuero interno que el Imperio Romano hubiera existido *de verdad*. El barco se había ido. No se veía nada excepto las estrellas ni se oía nada fuera del chapoteo del agua en derredor de su cuello y, sin embargo, su espíritu estaba casi en calma.

Al poco oyó un chapoteo cercano; el corazón le latió violentamente. «¡Es un tiburón!», pensó, y envidió a Bertrand más que nunca. ¡Aquello era algo que no se le había ocurrido! ¿Por qué no se había ahogado enseguida? La cosa chapoteó más cerca; una ola más y se hallaron en el mismo interregno entre cresta y cresta. En el momento mismo en el que Ebenezer nadó para alejarse, su pierna izquierda rozó al monstruo.

—¡Ay!— chilló.

—¡No! —gritó el otro, igualmente alarmado.

—¡Santo cielo! —dijo Ebenezer, chapoteando para volver—. ¿Eres tú, Bertrand?

—¡Amo Eben! ¡Alabado seáis! ¡Creí que era una serpiente de mar! ¿No os habéis ahogado?

Se fundieron en un abrazo y emergieron, balbucientes.

—¡Adelante, de lo contrario es el fin! —dijo el poeta, tan contento como si el criado hubiera traído una barca. Bertrand comentó que a fin de cuentas era cuestión de tiempo, y Ebenezer respondió expresando el sentimiento de que la muerte no era tan terrible en compañía como estando solo.

—¿Tú qué dices? —propuso, animado por el mismo espíritu con que antaño le proponía a Anna el juego de la respiración—: ¿Acabamos con esto juntos, ahora?

—En todo caso no nos quedan muchos minutos —dijo Bertrand—. Ya me fallan los músculos.

—Mira allí, se están ocultando las estrellas. —Ebenezer señaló un fragmento de cielo a oscuras, en el horizonte oeste—. Al menos no tendremos que capear ese

temporal.

—Yo no, eso seguro. —La respiración del criado era trabajosa como consecuencia del esfuerzo que le había supuesto nadar—. Un minuto más y es mi fin.

—Te perdono todos los daños que me hayas causado anteriormente, amigo mío. Acabemos juntos.

—Antes de que llegue el momento —dijo Bertrand jadeando—. Tengo que deciros una cosa, señor...

—¡Nada de señor! —exclamó el poeta—. ¿Crees que al mar le importa quién es el amo y quién el criado?

—... es sobre mis juegos de apuestas a bordo del *Poseidón* —prosiguió Bertrand.

—¡Hace mucho que están olvidados! Perdiste mi dinero: ¡Ojalá le hubieras dado un buen uso! ¿Qué necesidad de dinero tengo yo ahora?

—Hay más, señor. ¿Os acordáis de que el reverendo Tubman ofreció apostar...?

—¡Perdonado! ¿Qué más podría perder, si ya me has desplumado?

Pero Bertrand no se daba por consolado.

—¡Cuán canalla me sentí, señor! Respondía a vuestro nombre, comía en vuestro lugar, detentaba los honores de vuestro cargo...

—¡No hables más de eso!

—Pensaba que es él quien debería holgar con Lucy entre estas sábanas, no yo. ¡Y encima perdí también vuestras cuarenta libras! ¡Y vos, señor, en un coy del castillo de proa, sufriendo en mi lugar!

—Es agua pasada —dijo Ebenezer gentilmente.

—¡Oídmeme hasta el final, señor! Cuando acabó aquel terrible temporal y avanzábamos rumbo al oeste me juré devolveros aquel dinero y más, para pagaros por las penalidades que habíais pasado. El reverendo había organizado una nueva estafa sobre la arribada a los Cabos de Virginia y a mí se me ocurrió la idea de hacerle la corte a la señorita Lucy con el fin de ganarla en secreto para mi causa. ¡Así esquilariamos al esquilador!

—Caritativa resolución, pero no tenías nada para apostar...

—Ni tampoco algunos otros que habían sido engañados —repuso Bertrand—. Amenazaron con darle una paliza a Tubman, pese a su condición de clérigo. Pero se olió lo que había y les dio la oportunidad de apostar sobre Maryland. Bastaba con que empeñaran alguna propiedad que tuvieran...

—¡A fe mía —exclamó Ebenezer— que debajo de esa sotana se escondía todo un judío!

—Tenía los papeles perfectamente redactados, como si fuera un leguleyo: bastaba con que firmáramos y podíamos apostar por el valor de la propiedad.

—¿Firmaste empeñando algo? —preguntó Ebenezer con incredulidad.

—Sí, señor.

—¡Dios mío! ¿El qué?

—Malden, señor, yo...

—¡Malden! —El asombro del poeta era tal que se le olvidó mover las extremidades, y la ola siguiente le cubrió la cabeza. Cuando fue capaz de hablar, preguntó—: De todos modos no sería más que por valor de un par de libras...

—No he de ocultarlo, señor; fue bastante más.

—¿Diez libras entonces? ¿Veinte? ¡Ja! ¡Olvídalo, compañero! ¿Qué más me da aun cuando fueran cien?

—Eso mismo pienso yo, señor —dijo Bertrand tímidamente; se le había ido casi completamente la fuerza—. Precisamente por eso os lo dije, ahora que nos estamos ahogando. ¡Mirad cómo se acerca la oscuridad! Me parece oír al mar alzarse por allí, además, pero yo no estaré aquí para sentir la lluvia. Adiós, señor.

—¡Espera! —gritó Ebenezer, y asió a su criado del brazo para ayudarlo a mantenerse.

—Es mi fin, señor; dejadme.

—Y el mío, Bertrand. ¡Iré contigo! ¿Cuánto perdiste, doscientas libras?

—Fue sólo a modo de garantía, señor —dijo Bertrand—. ¿Quién puede decir que perdí un céntimo? Que yo sepa, en estos momentos sois un hombre rico.

—¿A cuánto alcanzó la garantía, hombre? ¿Trescientas libras?

Bertrand había dejado de pedalear en el agua y se hubiera hundido de no ser porque Ebenezer, moviendo furiosamente brazos y piernas, lo sujetó con una mano por la pechera de la camisa.

—¿Qué más da, señor? Lo empeñé todo.

—¡Todo!

—Las tierras, la casa solariega, el tabaco del almacén... Todo es de Tubman.

—¡Has empeñado mi herencia!

—Os suplico que me dejéis ahogarme, señor, si vos no queréis hacerlo.

—¡Así lo haré! —dijo Ebenezer—. ¿Mi dulce Malden perdida? ¡Entonces adiós y que Dios te perdone!

—¡Adiós, señor!

—¡Espera, todavía estoy contigo! —Amo y criado se abrazaron—. ¡Adiós, adiós!

—¡Adiós! —exclamó Bertrand de nuevo, y se sumergieron. Inmediatamente los dos forcejearon libremente y lucharon por subir, en busca de aire.

—¡Esto no va a resultar! —dijo Ebenezer boqueando; se sumergió y, nuevamente, luchó por librarse.

—No puedo hacerlo —dijo Bertrand—, aunque mis músculos apenas se pueden mover, me sacan a flote.

—Entonces me despido —dijo, lúgubre, el poeta—. Tu confesión me da fuerzas para morir solo. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Como antes, Ebenezer tomó aliento antes de hundirse, de modo que lo único que pudo hacer fue sumergir el rostro. Sin embargo, esta vez estaba decidido: expelió el aire, le dijo adiós por última vez al mundo y se hundió en serio.

Un momento después había emergido de nuevo, mas por una razón diferente.

—¡El fondo! ¡He tocado el fondo, Bertrand! ¡No hay ni dos brazas de profundidad!

—¡No! —dijo, jadeando, el criado, que casi había logrado sumergirse—. ¿Cómo puede ser, en mitad del océano? Puede que fuera una ballena o algún otro monstruo.

—¡Era un fondo de arena firme! —insistió Ebenezer. Bajó de nuevo, esta vez sin temor, y de una profundidad no mayor de ocho pies extrajo un puñado de arena a modo de prueba.

—Entonces puede que sea un banco de arena —dijo Bertrand, sin dejarse impresionar—. Lo mismo dan dos brazas que cuarenta; no podemos hacer pie en ningún caso. ¡Adiós!

—¡Espera! ¡Eso no es ninguna nube, Hombre, sino una isla a la que nos ha arrastrado la marea! Son esos acantilados lo que ocultan las estrellas, y ese ruido es el rompiente de la costa.

—Yo no puedo ganarla.

—¡Sí puedes! ¡No hay ni doscientas yardas hasta la orilla, y menos para hacer pie!

Temiendo por su propio aguante, Ebenezer no esperó más tiempo para convencer a su criado, sino que avanzó en dirección oeste, rumbo al cielo sin estrellas, y pronto oyó que Bertrand jadeaba y chapoteaba en pos de él. A cada brazada sus conjeturas se hacían más plausibles; el sonido del mar rompiendo suavemente se hizo distante y reconocible, y el perfil de la forma oscura se definió con mayor nitidez.

—Si no es una isla, por lo menos será un islote —dijo, voceando por encima del hombro, Ebenezer— y podremos aguardar a que pase algún barco.

Al cabo de cien yardas no podían seguir nadando; afortunadamente Ebenezer descubrió que de puntillas el agua le llegaba justo por la barbilla.

—Eso está muy bien para vos que sois alto —se lamentó Bertrand—. ¡Pero yo debo perecer aquí, a la vista de la tierra!

Sin embargo, Ebenezer no quiso ni oír hablar de aquello: le indicó a su criado que se mantuviera a flote por detrás de él, apoyando las manos en los hombros del poeta. El avance era trabajoso, especialmente para Ebenezer, que sólo alcanzaba a tocar fondo con las puntas de los dedos: el peso que llevaba detrás le hacía perder el equilibrio a cada paso que daba, y aunque Bertrand iba bien, su peso mantenía a Ebenezer a una profundidad constante, de modo que sólo podía coger aire entre ola y ola. El modo en que avanzaban era como sigue: entre una ola y otra Ebenezer

afianzaba el equilibrio e inhalaba aire; cuando llegaba la ola cogía impulso con ambos brazos, que mantenía a la altura del pecho y, con la cabeza sumergida, avanzaba tal vez dos pies, uno de los cuales se perdía por la leve contracorriente antes de que se afianzara de nuevo. Media hora, durante la cual no cubrieron una distancia mayor de cuarenta o cincuenta pies, bastó para agotar las fuerzas del poeta, pero para entonces el agua les cubría a una altura que les permitía ocuparse por separado de ir venciendo la distancia restante: de haber sido grandes las olas, tal vez se hubieran ahogado, pero aquéllas jamás alcanzaban más de dos pies de altura y las más de las veces no llegaban al pie. A la postre ganaron una playa pedregosa y, demasiado fatigados para hablar, se arrastraron a cuatro patas hasta la base del acantilado más próximo, donde quedaron tumbados como si se hubieran desmayado.

Sin embargo, al poco, pese a la bonanza de la noche y la protección que les brindaba el acantilado frente al viento del oeste, vieron que el lugar elegido para descansar era demasiado frío como para que se sintieran cómodos y hubieron de buscarse un refugio mejor en tanto se les secaban las ropas. Se encaminaron hacia el norte, bordeando la playa, y tuvieron la fortuna de dar, no demasiado lejos, con un lugar donde la alta piedra de arenisca se veía cortada por una garganta boscosa que daba a la orilla. Allí, entre pinos y zarzales se acurrucaron uno junto al otro, cual animales dentro de una madriguera, y no supieron más hasta pasado el alba.

Fueron las pulgas de mar lo que acabó despertándolos: decenas y decenas de pulgas marinas saltaban y se arrastraban por todas las partes de sus cuerpos — atraídas, afortunadamente, no por el hambre, sino por el calor de aquéllos— y los despertaron a picotazos. Ebenezer se levantó de un salto y miró en derredor sin dar crédito a sus ojos.

—¡Santo Dios! —dijo, riendo—. ¡Se me había olvidado!

Bertrand se levantó también y las pulgas de mar —que resultaron no ser parásitos— huyeron dando saltos en busca de refugio.

—Y a mí —dijo, ronco por haber estado expuesto a la intemperie—. Soñé que estaba en Londres con mi Betsy. ¡Así les mande Dios un mal a esos bichos por despertarme!

—Pero estamos vivos, eso es lo que cuenta. Es más de lo que nadie podía esperar.

—¡Gracias a vos, señor! —Bertrand se postró de rodillas ante el poeta—. ¡Hay que ser un santo católico para salvar al hombre que ha labrado la ruina de uno!

—No me hagas santo hoy —dijo Ebenezer—, que si no me harás jesuita mañana —aunque de todos modos se sentía halagado—. ¡Sin duda cuando se entere mi padre más me valdría haberme ahogado!

Bertrand entrelazó las manos.

—Muchos males os he causado, señor, y pronto pagaré por ellos en el infierno... y tampoco ha de faltarme compañía entre las llamas. Pero en este mismo instante os

juro que seré vuestro esclavo por siempre y que siempre cumpliré vuestra voluntad, y si alguna vez nos rescatan de esta isla ofrendaré la vida para que recuperéis vuestra pérdida.

El Laureado, azarado por aquellas protestas, replicó:

—¡No me atrevo a pedírtelo, no vaya a ser que empeñes mi alma!

Acto seguido propuso que se pusieran a buscar comida sin mayor dilación. Hacía un día soleado y, para ser mediados de septiembre, caluroso. Estaban calados de frío por haber dormido a la intemperie y cuando se sacudieron la arena se dieron cuenta de que tenían las articulaciones entumecidas y que les dolían todos los músculos como consecuencia de los esfuerzos de la noche anterior. Pero las ropas las tenían secas, exceptuando el costado sobre el que habían dormido, y unos cuantos pisotones y movimientos de brazos bastaron para hacerles entrar en calor y activarles la circulación. No tenían sombrero, peluca ni zapatos, pero por lo demás iban adecuadamente vestidos, conforme al rudo atuendo marinero. Sin embargo, habían de procurarse comida, aunque Ebenezer anhelaba ponerse a explorar la isla inmediatamente: las tripas les rugían y no les quedaban muchas fuerzas. Cocinar los alimentos no sería mucho problema: Bertrand tenía consigo el pequeño yesquero que portaba en el bolsillo para fumar, y aunque la yesca en sí estaba húmeda, el pedernal y el acero estaban como nuevos y la playa les proporcionaba trozos de madera y algas secas. Encontrar algo que cocinar era otra cuestión. Sin duda, en los bosques abundaría la caza menor; por la playa veíanse remontar el vuelo y revolotear gaviotas, martín pescadores, rascones y lavanderas, y en los bajos habría a ciencia cierta peces que capturar, pero carecían de utensilios para cobrarse las piezas.

Bertrand volvió a desesperarse.

—¡Es una broma cruel que el destino nos juega, trocar una muerte rápida por otra lenta!

Y a pesar de su reciente gratitud, la acrimonia con que Bertrand rechazó varias propuestas encaminadas a improvisar armas reveló un cierto resentimiento de aquél hacia Ebenezer por haberlo salvado. Lo cierto es que al poco abandonó como desesperada la búsqueda de medios y se fue a recoger leña, proclamando su intención de morir de inanición al menos con una comodidad relativa. Ebenezer, abandonado a sus propios recursos, resolvió recorrer una cierta distancia playa abajo, con la esperanza de hallar inspiración a lo largo del camino.

Era una playa larga. En efecto, la isla aparentaba ser de un tamaño considerable, pues aunque la costa se curvaba hasta desaparecer de la vista en ambas direcciones, el hecho de que volviera a reaparecer más hacia el sur sugería la existencia de una ensenada o bahía, puede que una sucesión de ellas; no era posible determinar la curva real que conformaba el perímetro de la isla. Del terreno no se podía ver nada excepto la hilera de acantilados estratificados, socavados por el mar, y que por causa de la

erosión atmosférica dejaban al descubierto una variedad de tonos marrones y anaranjados, y los árboles limítrofes del bosque, que se alejaban desde el principio, algunos con la mitad de sus raíces al descubierto, otros ya caídos desde la altura de sesenta o setenta pies que distaba la playa; estos aparecían bruñidos cual estaño por la arena y el aire salino. Si se escalaban aquellos acantilados, ¿qué maravillas se podrían ver?

Ebenezer ya llevaba en el mar un total de casi medio año, y sin embargo jamás lo había visto tan calmo. No había apenas marejada, sólo ventolina que rizaban las aguas acá y acullá, y amagos de ola que no levantaban ni dos palmos. Al caminar vio pececillos que nadaban velozmente en los bajíos, y bandadas de percas blancas, coleando y cimbreándose a unos pies de la orilla. También había cangrejos, de una variedad que él no había visto nunca, que huían de lado buscando protegerse cuando él se acercaba; en el seno del agua los caparazones tenían color oliváceo, contra el fondo de arena amarilla, pero las conchas vacías de los que encontró por la playa habían adquirido una coloración rojo anaranjada merced a la acción del sol.

—¡Ojalá tuviera una red!

Al tomar la curva que se abría inmediatamente después de dejar atrás el lugar por donde había llegado con Bertrand a la costa, vio un espectáculo sorprendente: a lo largo de la orilla, justo por debajo de la línea que formaban las algas y residuos marinos que marcaban el límite de la marea alta, había hojas de papel blanco; otras se enroscaban y doblaban al borde del mar. La idea de que pudiera haber gente en la orilla le encendió las mejillas, no enteramente de gozo... De hecho tuvo una curiosa sensación de alivio, leve pero innegable, cuando los papeles resultaron ser la historia de Hicktopeake, «el Rey Riente» de Accomac; pero todavía no era capaz decir claramente qué era lo que le hacía sentir alivio. Recogió todos los papeles que pudo encontrar, aunque la tinta estaba tan desvaída que sólo era legible alguna palabra aislada: cuando estuvieran secas servirían para hacer fuego.

Inició el camino de regreso llevándose las hojas, pensando ociosamente en las aventuras de John Smith. ¿Se derivaba aquel placer tan curioso del hecho de que él, al igual que Smith, se encontraba en *terra incógnita*, o había algo más?

Tenía la esperanza de al menos no toparse con ningún indio, como aquéllos tan temibles que se había encontrado Smith alanceando peces por la orilla...

—¡Diantre! —exclamó en voz alta, y besó el diario prodigioso.

Una hora después tenían la comida al fuego: siete percas respetables, de medio pie de longitud que, ya limpias, se estaban asando en un verde espetón de laurel, y sobre una fina lámina de esquisto, que podía cogerse por doquier en los acantilados, había cuatro cangrejos —todo un experimento— friéndose en sus jugos naturales. Los de concha dura no era posible horadarlos, pero al perseguirlos Bertrand había encontrado otros de aspecto similar pero con el caparazón blanda, ocultos entre

racimos de algas, cerca de la orilla. Tampoco andaban faltos de agua; Ebenezer había encontrado a lo largo de la base de los acantilados una docena de manantiales que brotaban de lo que parecían ser capas de arcilla, de color claro, desde donde se dirigían hacia el mar, siguiendo unos cauces de otra arcilla más blanda que cruzaban la playa a cada pocos cientos de pies. A decir verdad, era menester ser cuidadoso a la hora de acercarse a aquellos manantiales, pues los cauces de arcilla eran resbaladizos y en algunos lugares, engañosamente blandos, como Ebenezer pudo comprobar: sin previo aviso se hundía uno hasta la rodilla al poner pie en lo que parecía ser una superficie de roca dura. Pero era agua dulce y estaba limpia, pues se había filtrado a través de la piedra, y estaba tan fría que al beberla dolían los dientes.

Para sacar el máximo provecho del sol cocinaron en la playa. Bertrand, de nuevo humilde debido a la inspiración de su amo, se ocupaba de la comida. Ebenezer se sirvió de un árbol caído que había cerca para apoyar la espalda, y se contentaba con mascar una caña mientras contemplaba el chisporroteo de los cangrejos.

—¿Dónde os imagináis que nos hallamos? —inquirió el sirviente, cuya curiosidad le había vuelto junto con el buen humor.

—¡Dios sabe! —dijo alegremente el poeta—. Es una isla del Atlántico, eso seguro, y puede que no venga en los mapas, de lo contrario dudo mucho que Pound hubiera elegido este lugar para hacernos saltar por la tabla.

Aquella conjetura complació al criado en grado sumo.

—He oído hablar de las Islas Afortunadas, señor; la vieja Twigg solía hablar de ellas en Saint Giles cuando le venían los dolores de la gota.

—¡Ya me acuerdo! —Ebenezer rio—. ¿Acaso no le oí desde la cuna contar cómo montó guardia durante toda la travesía iniciada en Maryland con la esperanza de avistarlas?

—¿Pensáis que puede tratarse de este lugar?

—A fe mía que es un lugar bastante bello —concedió el poeta—. Pero en el océano hay multitud de islas que no conoce el hombre. ¡Cuántas veces mi querida Anna y yo le hemos implorado a Burlingame que nos hablara de ellas! ¡Grocland, Helluland, Stokafixa y todas las demás! ¡Cuántas horas de lectura devota dedicadas a los libros de viajes marinos de Zenón «el veneciano», Pedro Mártir de Anglería y el buen Hakluyt! Incluso en Cambridge, cuando concluía otros menesteres, me pasaba las tardes enteras delante de antiguos mapas y manuscritos. Fue allí, en Magdalene College, en el ancestral *Libro de Lismore*, donde hallé una descripción de las Islas Afortunadas, por las que tanto suspiraba la buena señora Twigg; allí leí cómo las encontró el santo Brendan. También fue allí donde supe de Markland, la isla de los bosques, y de Frisland e Icaria. ¿Quién sabe cuál podría ser ésta? Puede que sea la Atlántida, emergida del océano, o la Isla Sumergida de Buss, que halló el viejo Frobisher; a lo mejor es la isla de Bra, cuyas mujeres padecen tantos dolores al parir;

o Daculi, la isla de la cuna, adonde acuden aquéllas para tener un parto mejor.

—Nada de eso me importa —dijo Bertrand— en tanto no seamos muertos por los salvajes. Es una cosa que me da miedo desde que hemos puesto pie en tierra firme. ¿Habéis leído qué clase de maridos tienen esas hembras?

—He compartido tu temor —admitió Ebenezer—. Algunas islas están desprovistas de hombres; otras, como la afamada Cíbola, presumen de tener magníficas ciudades. Algunas hay, como Estoliland, cuyas gentes son duchos en todas las artes y leen libros escritos en latín; hay otras, como Drogio, vecina de la anterior, donde según Zenón los salvajes devoran, a sus cautivos.

—¡Roguemos al cielo que no sea ésta Drogio!

—Subiremos a lo alto del acantilado cuando hayamos comido —dijo Ebenezer—. Si puedo dominar con la vista la isla toda, tal vez pueda dar con su nombre. —Pasó luego a explicar que en tanto la ubicación y el tamaño de las islas variaba notablemente de un mapa a otro, existía un cierto acuerdo entre los cartógrafos en lo tocante a la configuración de las mismas—. Si tiene forma de una gran media luna, por ejemplo, necesariamente ha de ser Mayda; si la media luna es pequeña, sin duda se trata de Tanmare, de la que habló Pedro Mártir. Un paralelepípedo de grandes proporciones sería la Antilla; otro de menor tamaño, Salvaggio. Un rectángulo simple nos daría a conocer Illa Verde, y un pentágono, a Reylla. Si hallamos que esta isla es un círculo perfecto, deberemos seguir indagando en las características de tierra adentro: si está hendida en dos por un río, sabremos que se trata del Brasil, mas si en cambio es una especie de círculo o anillo que rodea a un lago interior, en cuyo seno hay varios islotes, entonces el cielo ha tenido a bien sonreírnos como nunca le sonrió a Coronado, pues sería Cíbola, la isla de las siete ciudades de oro.

—¡Diantre, ojalá sea así! —dijo Bertrand, dándole la vuelta a los pescados para que se dorasen—. ¿Creéis probable que a las gentes de las ciudades de oro les dé por comerse a los extraños?

—No, es más probable que nos tomen por dioses y nos concedan cuantos placeres tengamos a bien —declaró Ebenezer.

—¡Cielos, espero y ruego a Dios que sea la isla de las siete ciudades, pues! ¡Yo me quedaré con tres y las demás para vos, así compensaréis la pérdida de Malden! ¿Dice algo el libro sobre las mujeres de las islas, si son gordas o flacas, o si tienen la tez pálida?

—Nada, que yo recuerde —repuso el poeta.

—¡Vive Dios, y que nos vamos a andar con pocas contemplaciones con estos pescados, señor! —dijo Bertrand, apremiante, dejándolos caer del espetón de laurel a las pizarras que había hallado y lavado para comer en ellas—. ¡No puedo esperar a ver mis ciudades de oro!

—No te precipites todavía; a fin de cuentas puede que ésta no sea Cíbola. Por lo

que yo sé puede tener la forma de una mano humana, en cuyo caso tenemos el ganso en el asador: la mano de Satanás tiene esa forma y es una de las *Insulae Demonium...*, las islas del demonio.

Aquella última posibilidad los amedrentó lo bastante como para que le hicieran plena justicia a las percas y a los cangrejos blandos, que aderezaron con su hambre, comieron con los dedos y regaron con agua fría de manantial servida en conchas de almeja. Luego se embutieron un cangrejo más en los bolsillos, con grasa y todo, y ascendieron por la garganta hasta la cima del acantilado, desde donde, para decepción suya, no se podía ver más que el mar abierto por un lado y árboles por el otro. El sol sólo había alcanzado una inclinación de cuarenta y cinco grados sobre el horizonte oriental; quedaban varias horas durante las cuales era posible explorar antes de que se vieran necesitados de pensar en procurarse cena y refugio para pasar la noche.

—¿Qué curso proponéis que sigamos, señor? —preguntó Bertrand.

—Tengo un plan —dijo Ebenezer—. Mas antes de decírtelo, ¿cuál es el curso que propones tú?

—No me cumple a mí el decirlo, señor. Reconozco que antes me salté el turno al hablar, pero no me es posible evitarlo. Me habéis salvado la vida y perdonado el daño que os he hecho; bailaré al son que toquéis.

Ebenezer reconoció la propiedad de tales sentimientos, pero de todos modos expresó su desacuerdo.

—Somos náufragos en una isla dejada de la mano de Dios —dijo—; estamos lejos del mundo de las pelucas y los tirabuzones. ¿Qué sentido tienen aquí el título de *Poeta Laureado* o las etiquetas como *amo y criado*? Tú eres un hombre, yo otro, y sanseacabó.

Bertrand tomó en consideración aquellas palabras durante un momento.

—Confieso que tengo mis preferencias —dijo—. Si me correspondiera a mí decidirlo, me dirigiría hacia el interior a toda prisa. Puede que encontremos una o dos ciudades antes de la hora de cenar.

—No tenemos la certeza de que se trate de la isla de las siete ciudades —le recordó Ebenezer— ni tampoco me apetece caminar por tierra sin zapatos. Lo que yo propongo es que vayamos andando por la orilla a fin de determinar el perímetro y la forma de la isla. Tal vez identifiquemos nuestro hallazgo, o averigüemos cómo viven las gentes de aquí, si es que las hay. Y además disponemos de bastante papel, así como de palos carbonizados con los que hacer trazos: podemos contar los pasos que damos antes de cada giro e ir dibujando un mapa al mismo tiempo.

—Así sea —admitió el criado—. Pero eso significaría tener que volver a comer pescado y cangrejos blandos y volver a pasar la noche durmiendo en el suelo. Si vamos deprisa hacia el interior (¡vive el cielo!) a lo mejor comemos en platos de oro y en lechos de oro dormimos. —La voz de Bertrand iba cobrando un tono febril—.

Vos tan sólo imagináoslo: ¡un par de diosas de aquí te espero, señor! ¿A que nos buscábamos unas diosas entre sus vírgenes y pasábamos la bandeja de los donativos dominicales? ¡Eso es mejor que la triste santidad de Baltimore, voto a tal! ¡No le cambiaba el puesto ni al papa!

—Bien pudiera ser que ocurriera todo eso —dijo Ebenezer—. Y también pudiera ocurrir que, por el contrario, nos salieran al encuentro monstruos o indios salvajes que nos devoraran para cenar. Me parece que sería discreto explorar un poco en derredor, para así determinar la configuración de la tierra: ¿qué son para un dios inmortal unos pocos días?

La discreción de aquel plan era innegable; pese a sentirse reacio a retrasar siquiera un día los gozos que entrañaba el ser una deidad, Bertrand no tenía en su ánimo servir de alimento ni a los caníbales ni a los dragones —seres ambos con respecto a cuya existencia hubiera podido mostrarse escéptico estando en Londres, mas no allí—, de modo que se avino al plan con prontitud, bien que no con entusiasmo. Descendieron de nuevo a la playa, señalaron el punto de partida con una estaca a la que ataron un jirón de la camisa de Bertrand y se pusieron de camino hacia el norte, siguiendo la orilla, mientras Ebenezer iba contando los pasos.

No había llegado a los doscientos cuando Bertrand lo cogió del brazo.

—¡Escuchad! —susurró—. ¡Escuchad allí!

Se quedaron inmóviles. De detrás de un árbol caído que había no mucho más adelante, arrastrado por el viento, les llegaba un sonido que ponía los pelos de punta: era a medias, un gemido, a medias un cántico sin melodía, lúgubre y salvaje.

—¡Huyamos! —musitó Bertrand—. ¡Es uno de esos monstruos!

—No —dijo Ebenezer con la carne de gallina—. No es ninguna bestia.

—Entonces es un salvaje hambriento. ¡Vayámonos!

Aquel sonido llegó de nuevo hasta ellos, flotando por el aire.

—Me parece que es un quejido de dolor, no de hambre, Bertrand. Hay alguien herido junto a ese tronco.

—¡Pues entonces que Dios lo salve! —exclamó el criado—. Si nos acercamos, sus amigos nos saltarán encima desde atrás y nos zamparán.

—¿Tan ligero vas a abandonar tu puesto? —se burló Ebenezer—. ¿Qué clase de dios eres que no socorres a tus devotos?

Por tercera vez les llegó aquel sonido lastimero y, aunque el criado estaba demasiado asustado como para moverse, Ebenezer se acercó al árbol caído y se asomó por encima del mismo. En la arena yacía un negro desnudo, boca abajo, atado por las muñecas y los tobillos; tenía en la espalda señales de latigazos cicatrizados, y de una miríada de cortes y arañazos le manaba sangre, que caía en la arena. Era un hombre alto, musculoso, en la plenitud de la vida, pero visiblemente agotado; tenía la piel mojada y había dejado un reguero de gotas de sangre entre el lugar donde se

hallaba y la orilla del mar. Estando Ebenezer observándolo desde arriba, sin ser visto él, el negro alzó la cabeza con gran esfuerzo y profirió el lamento, usando una lengua salvaje.

—¡Ven aquí! —dijo el poeta, llamando a Bertrand, y se encaramó al tronco.

El negro se retorció tratando de volverse hacia un costado y se encogió contra el árbol caído, mirando al recién llegado con expresión feroz. Estaba bien formado, tenía los pómulos y la frente altos, protuberantes los arcos superciliares, muy notorio el blanco de los ojos, la nariz aplastada y el cuero cabelludo muy afeitado y lleno de cicatrices —al igual que las mejillas, la frente y la parte superior de los brazos— que conformaban extraños dibujos.

—¡Santo Dios que estás en los cielos! —exclamó Bertrand al verlo. Los ojos del negro se volvieron en dirección a él—. ¡Es un salvaje de verdad!

—Tiene las manos atadas a la espalda y está herido porque se ha arrastrado por encima de las piedras.

—¡Entonces corramos! ¡Jamás nos daría alcance!

—Al contrario —dijo el Laureado, y dirigiéndose hacia el negro dijo con voz alta y distinta—: Permíteme-que-te-desate-las-cuerdas.

La respuesta consistió en una retahíla de jerigonza exótica; era evidente que el negro se esperaba que le dieran muerte.

—No, no —protestó Ebenezer.

—¡Os lo suplico, no lo hagáis, señor! —dijo Bertrand—. ¡Ese desgraciado se os echará encima en el momento que se vea libre! ¿Pensáis que estos salvajes saben lo que es la gratitud?

Ebenezer se encogió de hombros.

—No sabrían menos que otros. ¿No lo han arrojado, como a nosotros, al mar para que pereciera y ha conseguido llegar por la fuerza bruta hasta esta orilla? Soy-el-Poeta-Laureado-de-Maryland —le dijo al negro—; no-voy-a-hacerte-daño. —Para ilustrar sus palabras, blandió un palo como si fuera a golpearle con él, pero en lugar de ello lo partió contra la rodilla y lo arrojó lejos de sí, negando con la cabeza y sonriendo. Señaló a Bertrand, luego a sí mismo, le pasó el brazo cordialmente al criado por los hombros y dijo—: Este-hombre-y-yo-somos-amigos. Tú —señaló a los tres uno a unó— también-serás-amigo-nuestro.

El hombre parecía seguir teniendo miedo, pero ahora su mirada revelaba más suspicacia que temor. Cuando Ebenezer empezó a hacer movimientos enérgicos a su espalda con el fin de librarle las manos, y Bertrand, debido a la insistencia de su amo, se ocupó —a regañadientes— de las cuerdas que le ataban los tobillos, el negro emitió un gemido de dolor.

Ebenezer le dio un golpecito en el hombro.

—No temas, amigo.

Le costó algún trabajo desatar las cuerdas, ya que los nudos se habían hinchado por causa del agua, y estaban más apretados debido a los esfuerzos del cautivo.

—¿De quién creéis que puede ser prisionero? —preguntó Bertrand—. Yo creo que se trata de uno de esos sacrificios humanos de los que me habéis hablado, esos que las gentes de las ciudades de oro ejecutan durante el sabbat en lugar de dinero.

—Bien pudiera ser —convino el poeta—. Sus capturadores deben de ser en verdad gente inteligente, y no menos salvajes, de otro modo jamás hubieran podido fabricar unas cuerdas tan finas y resistentes ni hacer con ellas nudos tan portentosos. Puede que lo condujeran a la muerte cuando se escapó, o acaso estaba destinado a algún dios del mar. ¡Malditos nudos!

—En todo caso —dijo Bertrand—, poca gracia les va a hacer cuando se enteren de que lo hemos puesto en libertad. Es igual que robar en la iglesia de la bandeja de las limosnas.

—No tienen por qué enterarse. Además, somos sus dioses, ¿o no? Lo que hagamos con sus ofrendas es asunto nuestro.

Lo último, a buen seguro, lo había dicho Ebenezer de broma. Aflojaron los últimos nudos y retrocedieron unos pasos, por razones de seguridad, pues no sabían qué haría aquel hombre.

—Saldremos corriendo en direcciones opuestas —dijo Ebenezer—. Cuando eche a correr tras de uno, el otro lo perseguirá desde atrás.

El negro se sacudió las ligaduras aflojadas, mientras seguía mirando precavidamente en torno a sí, y se puso en pie con dificultad. Entonces, como cayendo en la cuenta de que estaba libre, estiró las piernas, sonrió ostensiblemente, alzó los brazos al sol y pronunció una breve arenga, entremezclando su alocución con gestos dirigidos a Bertrand y Ebenezer.

—¡Fijaos en su tamaño! —dijo Bertrand, maravillado—. ¡Ni siquiera Boabdil tenía esa constitución!

Ebenezer se puso ceñudo ante la mención del moro.

—Me parece que ahora está dirigiéndose al sol; puede que sea una plegaria de acción de gracias.

—¡Es todo un percherón semental!

Entonces, para desasosiego de ellos, el hombre concluyó su discurso y se volvió hacia amo y criado, dando incluso un paso adelante.

—¡Corramos! —exclamó Bertrand.

Pero no hubo ninguna manifestación de violencia; en lugar de ello, el negro se postró a sus pies y, musitando reverencias, los abrazó por los tobillos, primero a uno y luego al otro; cuando hubo terminado no quiso alzarse, sino que permaneció arrodillado con la cabeza en la arena.

—¡Demonios, señor! ¿Qué significa esto?

—No sabría decirlo a ciencia cierta —replicó Ebenezer—, mas me parece que es lo que antes deseabas: este sujeto se ha despedido del sol y nos ha tomado por sus dioses.

—¡Voto a tal! —dijo, incómodo, el criado—. Esto no es lo que pedimos. ¿Qué narices querrá que hagamos?

—¿Quién sabe? —respondió el poeta—. Nunca había sido dios hasta ahora; podemos bendecirlo o flagelarlo. Eso supongo —Ebenezer suspiró—. Sea como fuere indiquémosle que se ponga de pie antes de que le dé un lumbago: ningún dios tiene a sus fieles eternamente arrodillados.

17. EL LAUREADO TIENE UN ENCUENTRO CON EL REY ANACOSTINO Y CONOCE EL NOMBRE VERDADERO DE SU ISLA OCEÁNICA.

Una cosa es cierta —dijo Ebenezer cuando reemprendieron la exploración de la playa —: debemos exigirle obediencia a este hombre si hemos de ser sus deidades. En primer lugar, ése es el atributo más claramente propio de los dioses, y además es la política más segura: si se entera de que somos mortales puede acabar con los dos.

Una vez le hubieran hecho ponerse de pie al negro y ordenado que se lavara las heridas, las cuales no eran por fortuna más que rasguños causados por las conchas, lo obsequiaron además con los cangrejos blandos que guardaban —fríos y magullados de llevarlos en el bolsillo, pero comestibles pese a todo—, y aguardaron mientras él daba rápida cuenta de ellos. Aquella muestra de caridad provocó un nuevo despliegue de gratitud postrada y, después de reconocerla, Bertrand y Ebenezer se acuclillaron junto a él en la arena y trataron de entenderse por medio de palabras, gestos y dibujos trazados con palos. ¿Cómo se llamaba la isla? —le preguntó Ebenezer—. ¿Cómo se llamaba él? ¿Dónde estaba su ciudad? ¿Quién lo había atado de pies y manos y lo había arrojado al mar y por qué motivo? Y Bertrand, para no quedarse relegado, había añadido preguntas de su cosecha: ¿A qué distancia de donde estaban se encontraba la primera de las ciudades de oro? ¿Qué clase de falsos dioses tenían sus conciudadanos? ¿Eran las mujeres de piel clara u oscura?

Mas, pese a que el negro había escuchado sus preguntas con atención fervorosa, su mirada denotaba más devoción que comprensión; todo lo que pudieron sacar de él fue su nombre, que —aunque, sin duda de ningún género, no correspondía a lengua civilizada ninguna— a Ebenezer le sonaba de diversas maneras, como, por ejemplo, *Drehpunkter*, *Dreipunkter*, *Dreckpäcbter*, *Droquepêcheur*, *Droitpacteur*, o incluso *Despartidor*, mientras que Bertrand oía, invariablemente, *Drakepecker*^[26]. Por lo demás, no sería de extrañar que no se tratara en absoluto de su nombre, sino de algún modo salvaje de llamar a la oración, pues cada vez que ellos pronunciaban aquella palabra el negro hacía una genuflexión.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Bertrand—. No manifiesta intención de ocuparse de sus asuntos.

—Sea —repuso Ebenezer—. Que nos ayude con los nuestros entonces. Es la disposición a recibir órdenes lo que convierte a la persona en súbdito, y la disposición a darlas es lo que la convierte en señor. Además, si le asignamos bastantes tareas no podrá tramar ningún mal contra nosotros.

Por lo tanto resolvieron permitir que el grandullón negro los acompañara en calidad de procurador de comida y de madera, cocinero y, a la postre, factótum; en realidad le dieron pocas oportunidades de elegir, ya que era claro que no tenía

intención de irse y, si se encolerizaba, podía aniquilarlos a los dos en cosa de medio minuto. Partieron pues los tres de nuevo en dirección norte. Ebenezer y Bertrand iban delante y Drakepecker, un par de pasos más atrás, por respeto. Durante una hora o más caminaron afanosamente por encima de guijarros, arena blanca y cauces de arcilla de diversos colores —rojo, azul y blanco—, teniendo siempre a la siniestra la fachada incólume del empinado acantilado, y a la diestra, el océano, extrañamente plácido; a cada recodo Bertrand se esperaba descubrir una ciudad de oro, pero lo que aparecía, sin embargo, no era más que una pequeña ensenada o cualquier otra quebradura de la costa que, en lo principal, discurría en línea recta, hacia el norte. Al cabo, como tenían las piernas fatigadas y los pies doloridos, se detuvieron a descansar debajo de la boca de una gruta situada a unos diez o doce pies de altura, en la pared del acantilado. El salvaje, a quien Ebenezer había confiado la tosca lanza con la que se había procurado el desayuno, manifestó, blandiéndola al tiempo que se frotaba el estómago, el deseo de ir en busca de comida; cuando le fue otorgado el permiso, trepó como un simio por la pared de roca y desapareció.

Bertrand le vio partir y suspiró:

—Es la última vez que vemos a Drakepecker, y menos mal, digo yo.

—¿Qué? —sonrió Ebenezer—. ¿Tan pronto te has cansado de ser Dios?

El sirviente admitió que así era.

—Prefiero hacer el trabajo yo antes que ser el señor de alguien tan temible. En este mismo instante no me extrañaría que estuviera planeando atravesarnos a los dos con su lanza, para luego freírnos y que le sirvamos de cena.

—No creo tal —dijo el poeta—. Le place servirnos.

—¡Ah, señor, a ningún hombre le gusta la esclavitud! ¿Creéis que habría un solo criado en el orbe si a todo el mundo se le dejara elegir? La mala suerte, la fuerza y la penuria hacen que unos hombres se pongan al servicio de otros, y esas tres cosas son amos enojosos.

—¿Y qué hay del hábito y de la inclinación natural? —dijo Ebenezer en son de burla—. Algunos hombres nacen para servir.

Bertrand consideró aquello durante unos instantes y luego dijo:

—El hábito no es la primera causa, sino que es hijo de la cruda necesidad, ¿no es así? Nuestras piernas se habituaron a los grilletes de los piratas, pero nosotros deseábamos de todos modos sacudirnoslos de encima. En cuanto a la tendencia natural hacia la esclavitud, es un cuento fomentado por los amos: ningún esclavo le da crédito.

—Hace un momento hablabas de ocuparte tú de los trabajos —dijo Ebenezer—, pero no dijiste palabra de que los desempeñara yo, y sin embargo fui yo quien propuso que nos olvidáramos de nuestras antiguas posiciones, ya que las tierras salvajes nada saben de clases.

Bertrand se rio.

—Entonces a la lista de mis yugos añadid la *obligación*; no es mejor amo.

—Mejor llámalo *gratitud* o *amor* —dijo Ebenezer—. ¡Y observa cómo los hombres se regocijan del pacto que hacen! Este Drakepecker, como tú lo llamas, eligió su esclavitud presente cuando lo libramos de una esclavitud peor, y puede acabar con ella cuando le apetezca. Por consiguiente, yo no le temo y espero que siga a nuestro servicio durante muchos días.

A continuación le preguntó al criado cómo se proponía gobernar él solo una ciudad entera, si tanto le amedrentaba un súbdito compartido.

—Yo quiero ser dios, no rey —dijo el criado—. Que los demás den órdenes y las reciban o que intriguen y aborten motines; yo me procuraré un templo pertrechado de comida y bebida y me pasaré toda la mañana durmiendo en mi lecho de oro. Gozaré de la compañía de diez sacerdotisas mozas, que escucharán las confesiones y rezarán las plegarias en la iglesia, y tendré un par de eunucos que se ocuparán de recoger los donativos y velar por el dinero.

—¡Pereza y depravación!

—¿No haríais vos lo mismo? ¿No lo haría cualquiera? ¿Quién desea para sí la pesada carga de gobernar? Lo que los hombres codician es la corona, no el cetro.

—Quien ostenta la una ha de blandir el otro —respondió Ebenezer—. El hombre ante quien los demás se inclinan es la oveja que marcha a la cabeza del rebaño que corre; tienen que seguir su paso o perecer.

—Así pues, ¿vos gobernaríais en vuestra ciudad? —quiso saber Bertrand.

—Sí —dijo Ebenezer. Se hallaban sentados uno junto al otro, con la espalda recostada en el acantilado, contemplando ociosamente el mar—. ¡Y menudo gobierno implantaría! Sería una república antiplatónica.

—¡Eso espero, señor! ¿Para qué necesitáis al papa siendo vos Dios?

—No, Bertrand. Platón hablaba de una nación gobernada por filósofos, en la cual no sería aceptado ningún poeta, salvo los que cantaran las alabanzas del gobierno. Es antigua la disputa entre el sabio y el poeta.

—Cielos, si es por eso —dijo Bertrand—, poco se diferencia de Inglaterra o de cualquier otro lugar; ningún rey prudente consentiría que lo atacara un poeta. ¿Por qué os empleó lord Baltimore sino para que cantarais las alabanzas de su gobierno, o por qué busca John Coode vuestra ruina, si no es para abortar el poema? ¡Pues vaya, ese lugar prodigioso del que habláis bien pudiera ser Maryland!

—No me entiendes —dijo, incómodo, Ebenezer—. Prohibir que un asunto sea objeto de la poesía es una cosa; prescribirlo, otra. En mi ciudad los filósofos serán todos bienvenidos —en tanto no instiguen insurrecciones—, pero un poeta sería su dios, un poeta, su rey, y poetas, todos sus ministros. ¡Será una *poetocracia*! Me parece que era esto lo que sir William Davenant tenía en mente cuando se hizo en

vano a la mar para ocuparse de gobernar Maryland. El rey poeta, Bertrand... ¡Es un pensamiento digno de ser evocado! Y no es locura, te lo juro. ¿Quién lee mejor el corazón de los hombres, el filósofo o el poeta? ¿Cuál de los dos está en más estrecha armonía con el mundo?

Tenía más cosas que decirle a Bertrand sobre el tema, pues había estado dándole vueltas al mismo en su imaginación durante toda la mañana, pero en aquel momento cayeron, como llovidos del cielo, un par de salvajes que se plantaron delante de ellos, lanza en mano. Eran muchachos en edad de crecimiento, de no más de diez o doce años, vestidos con zamarras y calzones de piel de ciervo; no tenían la piel de color marrón negruzco, como Drakepecker, sino de un marrón cobrizo, como los acantilados, y el cabello, lejos de ser corto y ensortijado, lo tenían liso y les caía sobre los hombros. Pusieron la expresión más feroz que pudieron y apuntaron con las lanzas a los hombres blancos. Bertrand profirió un alarido.

—¡Diantre! —exclamó Ebenezer y alzó el brazo para protegerse el rostro—. ¡Drakepecker! ¿Dónde está Drakepecker?

—¡Estamos perdidos por su culpa! —gimió Bertrand—. ¡El muy canalla nos la ha jugado!

Pero era impensable que los muchachos hubieran descendido sin hacer ruido ninguno ni haber hecho caer piedras. A Ebenezer le pareció plausible que estuvieran ocultos en la cueva que tenían sobre sus cabezas, aguardando la ocasión de saltar. Uno de ellos se dirigió a los prisioneros con tono áspero, en una lengua desconocida, haciéndoles señas para que se levantaran, e indicó la boca de la caverna.

—¿Tenemos que subir? —preguntó Ebenezer, y a modo de respuesta sintió que una punta de lanza le azuzaba una nalga.

—¡Decidles que somos dioses! —le instó Bertrand—. ¡Se proponen comernos vivos!

La orden fue repetida; treparon por las rocas hasta el saliente de la cueva. Los muchachos hablaban como si se dirigieran a alguien que estuviera en el interior, y desde la oscuridad respondió una voz más añosa y sosegada. Los prisioneros fueron forzados a entrar, inclinados, pues el techo no alcanzaba en parte ninguna los cinco pies de altura. El interior apestaba a excrementos y otros olores innombrables. Después de unos momentos, cuando se les acostumbraron los ojos ala oscuridad, vieron a un salvaje adulto, desnudo, tumbado sobre una manta, en el suelo, que estaba atestado de conchas, huesos y cacharros de loza. Al menos parte del hedor procedía de su rodilla derecha, que llevaba vendada con harapos. El viejo se incorporó sobre los codos, hizo una mueca de dolor y escrutó a los prisioneros. Entonces, para inenarrable sorpresa de los mismos, dijo:

—¿Ingleses?

—¡Dios mío! —dijo Ebenezer, boquiabierto—. ¿Quién sois vos, señor, que

habláis nuestra lengua?

El salvaje volvió a contemplar el pelo enmarañado de los prisioneros, sus ropas desgarradas y sus pies descalzos.

—¿Buscáis a Quassapelagh? ¿Os envió Warren a por Quassapelagh? —Los muchachos se acercaron más con sus lanzas.

—No buscamos a nadie —dijo el poeta en voz alta y clara—. Somos ingleses, arrojados al mar por los piratas para que pereciéramos ahogados; llegamos a esta isla anoche, merced a una gran suerte, mas desconocemos dónde estamos.

Uno de los mozalbetes habló con gran agitación y enarboló la lanza, deseoso de agredirlos, pero el de más edad lo silenció con una palabra.

—Os suplico que nos perdonéis la vida —imploró Ebenezer—. No conocemos a ese tal Warren del que habláis ni a nadie de por aquí.

De nuevo los jóvenes hicieron ademán de ir a atravesarlos. El salvaje malherido les riño con mayor aspereza que antes y, a lo que pareció, les ordenó que montaran guardia fuera, ya que evacuaron la gruta dando muestras de no querer hacerlo.

—Son buenos chicos —dijo el salvaje—. Odian a los ingleses tanto como yo, y desean mataros.

—Entonces, ¿hay ingleses en esta isla? ¿Cómo se llama? —Bertrand estaba aún demasiado amedrentado como para hablar, pero Ebenezer, pese a sus recientes ensoñaciones en torno a una isla de poetas, no era capaz de contener la alegría ante la perspectiva de reunirse con compatriotas suyos. El salvaje lo miró con suma atención.

—¿No sabéis dónde estáis?

—No sé sino que ésta es una isla del océano —repuso el Laureado.

—¿Y conoces el nombre de Quassapelagh, el rey Anacostino?

—No.

Durante unos momentos su captor siguió estudiando el rostro de Ebenezer. Al cabo, como convencido de su inocencia, se echó en el jergón y clavó la mirada en el techo de la cueva.

—Yo soy Quassapelagh —afirmó—. El rey Anacostino.

—¡Rey! —exclamó Bertrand, susurrándole a Ebenezer en el oído—. ¿Creéis que se tratará del rey de una de nuestras ciudades de oro?

—Esta es la tierra de los piscataways —prosiguió diciendo Quassapelagh—. Estos son los campos y los bosques de los piscataways. Esa agua es la de los piscataways; estos acantilados son nuestros acantilados. Han pertenecido a los piscataways desde el comienzo del mundo. Mi padre fue rey de esta tierra, y su padre, y el padre de su padre, y también lo fui yo durante un tiempo. Pero Quassapelagh ya no es rey ni mis hijos y nietos reinarán.

—Preguntadle dónde está la ciudad de oro más próxima —susurró Bertrand, pero su amo le ordenó silencio mediante un gesto.

—¿Por qué yacéis aquí, en esta guarida miserable? —preguntó Ebenezer—. No me parece morada adecuada para un rey.

—Este ya no es el país de Quassapelagh —respondió el rey—. Vuestro pueblo lo ha robado. Llegaron en barcos, con espada y cañón, y le quitaron los campos y los bosques a mi padre. Nos pusieron en manada, como animales, y nos llevaron lejos. Y cuando yo dije: «Esta tierra pertenece a los piscataways», me metieron en prisión. Nuestro emperador, Ochotomaquath, se ve obligado a esconderse en los montes, como alimaña, y en su lugar se sienta un joven insensato, Passop, que le lame las botas al emperador inglés. Mi pueblo ha de obedecerlo o morir de hambre.

—¡Injusticia! —exclamó Ebenezer—. ¿Has oído, Bertrand? ¿Quién es ese Warren que tanto presume y que me hace avergonzarme de ser inglés? ¡Por vida de...! Me juego algo a que es un pirata y un bellaco que ha reclamado esta isla para sí. —Cogió al criado por la manga de la camisa—. Me acuerdo de que el viejo Carl, el velero, hablaba de una ciudad pirata llamada Libertada, en la isla de Madagascar. ¡Quiera dios que no sea el mismo!

—No conozco el nombre del emperador —dijo Quassapelagh—, porque hace poco que ha venido para oprimir a mi nación. Este Warren sólo es un carcelero y jefe de soldados...

En aquel momento se originó un gran alboroto en el exterior de la cueva.

—¡Drakepecker! —exclamó Bertrand.

Efectivamente, a la entrada de la caverna se encontraba el negro enorme: a sus pies, caída por causa de la ira, estaba la tosca lanza que improvisara Ebenezer, en la que había, ensartados y ensangrentados, dos conejos; con cada una de sus manazas tenía Drakepecker sujeto por el cuello a un joven centinela. A uno, no se sabía cómo, lo había desarmado, y antes de que el otro pudiera servirse con ventaja de su arma, el temible negro hizo chocar las dos cabezas y arrojó a los muchachos a la playa.

—¡Bravo! —vitreó Ebenezer.

—¡Aquí dentro, Drakepecker! —llamó Bertrand, y dio un salto con ánimo de inmovilizar a Quassapelagh—. ¡Ven aquí y cáscale también la cabeza a este bellaco!

El negro recogió su lanza y entró en la gruta a la carga, rugiendo, con la clara intención de añadir a Quassapelagh a sus otros trofeos.

—¡Alto! ¡Drakepecker! —ordenó Ebenezer.

—¡Atraviésalo! —gritó Bertrand, sujetándole a Quassapelagh los brazos por detrás. El salvaje no ofreció resistencia, sino que miró al intruso con severidad y desdén.

—¡Lo prohíbo! —dijo Ebenezer, y asió la lanza.

Bertrand protestó:

—¡Es lo que pensaba hacernos este villano, señor!

—Si así era, no dio muestra ninguna de ello. Suéltalo. —Cuando tuvo los brazos

libres, Quassapelagh se tumbó en la manta y contempló impasible el techo—. Esos muchachos son sus hijos —dijo Ebenezer—. Ve con Drakepecker y tráelos aquí, si es que no los ha matado. —Partieron los dos hombres, Bertrand con considerables recelos que no vaciló en manifestar; Ebenezer le dijo a Quassapelagh—: Perdonad que mi servidor haya herido a vuestros hijos; creyó que estábamos en peligro. No tenemos ninguna intención de haceros daño, señor. Ya habéis sufrido bastante a manos de los ingleses.

Pero el salvaje permaneció impasible.

—¿He de alegrarme por haber encontrado a un inglés capaz de sentir piedad? —señaló la rodilla hedionda—. ¿Qué es más piadoso, una lanzada en el corazón o esta rodilla emponzoñada que me corté cuando huía como un conejo en mitad de la noche? Si mis hijos han muerto, yo muero de hambre; si viven, yo muero por este veneno. Tu corazón es bueno: te pido que mates a Quassapelagh.

Al poco regresaron Bertrand y el negro, haciendo ir delante de ellos, a punta de lanza, a los dos muchachos, que sólo parecían tener magulladuras y dolor de cabeza.

—Bastante es que mis hijos vivan —dijo Quassapelagh—. Ahora dile a tu hombre que me mate.

—No, tengo mejores ocupaciones para él —dijo Ebenezer, y luego, a Bertrand—: Drakepecker se quedará aquí con el rey y atenderá sus necesidades mientras sondeamos el humor de los bandidos ingleses. Los muchachos nos pueden conducir hasta las afueras de su emplazamiento.

—No me corresponde discutirlo —dijo Bertrand con un suspiro—. Lo único que espero es que no se hayan hecho con las ciudades divinas, estableciéndose en ellas como dioses.

Entonces Ebenezer le dio a entender al negro, por medio de señas, que quería que se ocupara de darle de comer al rey y de vendarle la herida; con respecto a lo segundo, expresado más como pregunta que como orden, el negro respondió, asintiendo enérgicamente con la cabeza y con un parloteo entusiasta, que daba a entender que conocía algunas medidas terapéuticas o profilácticas. Sin mayor dificultad, quitó el vendaje sucio y examinó la maloliente inflamación con claro interés quirúrgico. Luego, acompañando sus órdenes de gestos que las aclaraban, se dirigió a uno de los muchachos en su propio idioma, indicándole que limpiara y cocinara los conejos, y al otro lo mandó a llenar de agua dos cuencos de loza.

—¡Diantre! —dijo Bertrand respetuosamente—. ¡Este fulano encima es médico! Es un honor ser su dios, ¿no os parece, señor?

El poeta sonrió.

—Tal vez se merezca uno mejor, Bertrand; en verdad que es una creación magistral.

Antes de transcurridas dos horas, los conejos habían sido aderezados y engullidos

—junto con ostras al natural que procuraron los mozos y una especie de maíz en polvo, tostado, llamado *rockahominy* del cual el rey se comió un cuenco grande; además, la herida de Quassapelagh había sido sajada con su propio cuchillo, le había sido extraído el pus, estaba lavada y curada con una cocción que preparó el negro con varias raíces y hierbas que había recogido en el bosque mientras se asaban los conejos. Incluso los salvajes estaban impresionados por su actuación. Los muchachos comían con los dedos, dando más muestras de asombro que de resentimiento, y la mirada severa de Quassapelagh se había tornado luminosa.

—Si los ingleses no andan muy lejos, me gustaría echarles un vistazo antes de que oscurezca —anunció el Laureado.

Cuando Quassapelagh contestó que no se hallaban a más de tres millas de distancia, Ebenezer le repitió sus órdenes al negro, quien, arrodillándose, como acostumbraba a hacer cada vez que pronunciaban su nombre, consintió en la separación con lágrimas en los ojos.

—Si descubrimos que son piratas o salteadores de caminos regresaremos enseguida —le dijo Ebenezer al rey.

—El emperador de los ingleses no te hará daño —dijo Quassapelagh—, y tampoco tienes que temer por mis hijos, que le son desconocidos. Pero no le menciones el nombre del rey Anacostino a nadie a menos que me desees la muerte, y no vuelvas a esta cueva. Tu amabilidad con Quassapelagh no será olvidada.

Se dirigió a uno de sus hijos en lengua nativa y éste le trajo un pequeño paquete de cuero de la parte posterior de la gruta.

—¡Nos va a mostrar un mapa de las siete ciudades de oro! —musitó Bertrand.

—Lleváoslos —dijo el rey, y a cada hombre le entregó un pequeño amuleto esculpido, a lo que parecía, en la columna vertebral de algún pez de gran tamaño; tratábase de un cilindro de hueso, hueco, de color blancuzco, tal vez de unos tres cuartos de pulgada de longitud y, aproximadamente, la mitad de diámetro, con pequeñas protuberancias a la altura de donde se habían arrancado las vértebras ventrales y dorsales, y eran casi translúcidos, como es característicos de los huesos de pez. Bertrand puso cara de desilusión—. Parece una recompensa exigua como pago por haberme salvado la vida —dijo Quassapelagh gravemente—, pero Warren me dejó en libertad a cambio de uno igual.

—Ese Warren es un mentecato —masculló Bertrand.

El rey pasó aquello por alto.

—Cálzate en el dedo como anillo —le dijo a Ebenezer—. Un día, cuando la Muerte esté muy cerca, esta sortija podrá alejarla.

Ebenezer también se sentía un tanto desilusionado por el regalo, cuya tosca talla no podía siquiera considerarse decorativa, pero lo aceptó cortésmente, lo enhebró en una tira de cuero sin curtir y se lo puso al cuello, por debajo de la camisa. Bertrand,

por el contrario, se lo guardó con brusquedad en un bolsillo del calzón. Entonces, como ya estaba mediada la tarde y sobre la playa se proyectaba la sombra de los acantilados, se despidieron afablemente del negro gigantesco y de Quassapelagh y, llevándose a los muchachos salvajes en calidad de guías, subieron a la foresta y emprendieron ruta en dirección más o menos nordeste, avanzando despacio porque iban descalzos.

—No se te ve muy contento de que vayamos a reunirnos con nuestros compatriotas —le comentó Ebenezer a Bertrand.

—No estoy muy contento porque nos dirigimos a un nido de piratas, cuando podríamos estar camino de las ciudades de oro —admitió el criado—. Y tampoco hemos hecho buen negocio con ese rey salvaje, cambiándole a Drakepecker por un par de huesos de pez.

—No fue un truco, ni siquiera un regalo —dijo el poeta—. Si estaba en deuda con nosotros porque le habíamos salvado la vida, al salvárnosla él a nosotros, su deuda quedó saldada.

Pero Bertrand no se dejaba convencer fácilmente.

—¡Diantre, señor, no quisiera parecer egoísta ni blasfemo, pero bonito provecho el que saca un criado de ser dios! No había ni empezado a conocer el oficio, por decirlo así, ni le había cogido el truco, ¡y vais y me cambiáis a mi adorador por un par de tristes huesos! Me hacían falta sólo un par de días más ejerciendo de dios, por si no lo sabíais, y cogéis y dejáis a Drakepecker en libertad.

—Yo no lo veo así —dijo el Laureado—. Es un cargo que me alegro de haber dejado. Encontramos a ese hombre desamparado, vomitado por el mar, y lo hemos dejado amparado, en una cueva; era esclavo de un dios y ahora es esclavo de un rey. Dónde vaya después, eso es asunto suyo. Nosotros obramos bien facilitándole el principio de su andadura... ¿No es eso bastante propio de una deidad? Además de lo cual —concluyó— no recaía sobre ti la penosa labor de mantenerlo ocupado, como era mi caso, de lo contrario no te quejarías, yo me alegro de haberle encontrado la ocupación que tiene. Si llegamos a nuestras ciudades de oro, la mía sería una república, no una teocracia, y además no tengo el menor deseo de ser quien la gobierne. Todo eso lo he aprendido de Drakepecker.

Bertrand sonrió.

—¡No lleváis tanto tiempo de amo como para hablar así, señor! ¿Pensáis que tengo intención de llenarme la cabeza de dogmas y secretos cuando esté en mi templo? Esa es labor de subalternos..., sacerdotes, sacristanes y toda esa calaña. Un dios no ha menester más que sentarse, oler el incienso, contar las limosnas y ocuparse de las mozas.

—Páreceme que no durará mucho tu reino celestial —observó Ebenezer.

—Ni tampoco hace falta —dijo su criado.

Al cabo de un rato los bosques fueron haciéndose menos tupidos y hacia el oeste, por entre los árboles, vieron un claro de considerable extensión en el cual crecían ordenadamente verdes hileras de una planta de hojas anchas que no les era familiar. Al verlo, a Ebenezer le dio un vuelco el corazón.

—¡Mira allí, Bertrand! ¡No son plantas salvajes! —Ebenezer agarró a uno de los guías y señaló hacia el campo—. ¿Cómo llamáis a eso? —preguntó en voz alta, como si quisiera lograr la comunicación merced al volumen—. ¿Cómo se llama eso? ¿Ese campo lo han plantado los ingleses?

El muchacho captó la palabra y asintió jovialmente:

—Ingleses, ingleses.

Entonces se lanzó a hacer nuevas observaciones, en el transcurso de las cuales Ebenezer oyó la palabra tabaco.

—¿*Tabaco*? —inquirió—. ¿Eso es tabaco?

—¿Cómo es posible? —se extrañó Bertrand.

—No es tan raro a fin de cuentas —dijo el Laureado—. El capitán Pound seguía la ruta que está en la latitud de las Azores y que llega hasta los cabos de Virginia, de modo que cualquier isla situada en dicho paralelo tendrá el clima de Virginia, ¿no es cierto?

Entonces Bertrand quiso saber por qué una banda de piratas iba a perder el tiempo dedicándose a la agricultura.

—No tenemos pruebas de que sean piratas —le recordó Ebenezer—. También podrían ser contrabandistas de tabaco, que, según Burlingame, abundan, o simplemente honestos plantadores. Cabe esperar una cosa así, ¿no?

El semblante de Bertrand revelaba un sentimiento de índole opuesta, mas antes de que tuviera ocasión de formularlo, los dos muchachos les hicieron además de que guardaran silencio. Los cuatro se movieron sigilosamente por entre un último grupo de árboles, llegando a un lugar donde acababa el bosque. Hacia el norte se veía la ribera de un río y al oeste una carretera cuyo firme eran troncos de árbol. Desde una edificación de grandes dimensiones, también de troncos de madera, que semejaba un almacén y ocupaba el espacio comprendido entre la carretera y los árboles y que evidentemente era obra de hombres blancos, llegaba hasta ellos un rumor de gentes ocupadas; siguiendo las indicaciones de los guías, Bertrand y Ebenezer se acercaron sigilosamente a la pared posterior y, desde aquella posición privilegiada, con el corazón en un puño, podían observar sin peligro la carretera, que llegaba hasta el río.

—¡Dios mío! —musitó Ebenezer.

El ruido que habían oído, un fragor acompañado de voces que cantaban, lo hacían varios grupos formados cada uno por un trío de negros que, descalzos y desnudos de cintura para arriba, hacían rodar enormes cubas de madera por la carretera hasta un desembarcadero que estaba a las orillas del río; mientras trabajaban, cantaban. En un

muelle que salía de la orilla se hallaba un grupo de hombres descalzos que llevaban la cabeza descubierta; llevaban ropas de tela escocesa y, a pesar de sus rostros quemados por el sol y de su aspecto desastrado, eran evidentemente de origen europeo y no bárbaro; su esforzada actividad consistía simplemente en recostarse en los montones de troncos, fumar en pipa y pasarse unos a otros un jarro de loza (después de beber del cual se limpiaban la boca con la parte superior de sus velludos antebrazos), y observar cómo los negros se afanaban en transportar su carga hasta un par de gabarras atracadas de costado. A la vista de aquellos hombres Ebenezer se regocijó; pero más maravilloso aún —tan maravilloso que su contemplación hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas— era lo que había en mitad del anchuroso río, el cual debía de tener casi dos millas de lado a lado en aquel punto: un buque anclado, de aspecto majestuoso, popa alta y tres mástiles, hasta el que llevaban su carga las gabarras, y de cuyo palo mayor pendían los colores rojo, blanco y azul, enseña que no podía ser más que la del rey.

—¡No son bandidos, sino honrados plantadores ingleses! —dijo Ebenezer riéndose—. ¡Hemos ido a parar a alguna de las islas de las Indias!

Y por más que todos cuantos lo acompañaban le advirtieron que guardara silencio, lanzó un grito de júbilo, se lanzó como una exhalación hacia la carretera y corrió, dando vivas y saludando, en dirección al muelle. Los jóvenes salvajes huyeron hacia el bosque; Bertrand, lúgubre y consternado, se quedó junto a la pared del almacén, observando.

—¡Compatriotas! ¡Compatriotas! —gritaba Ebenezer.

Los negros interrumpieron su canción y dejaron el trabajo para verlo pasar, y los blancos también se volvieron, sorprendidos por las voces. Era ciertamente un espectáculo de lo más insólito: más flaco aún que de costumbre debido al rigor de los meses que había pasado embarcado, Ebenezer avanzaba por la carretera de troncos dando zancadas como una cigüeña con las plumas erizadas. Llevaba los pies desnudos y llenos de ampollas, la camisa y los pantalones hechos jirones; rapado y afeitado cuando lo raptaron del *Poseidón*, ahora le había crecido salvaje el pelo del cuero cabelludo y de la barbilla, de modo que, si bien no muy largo, lo tenía completamente enmarañado y sin cuidar. Añádase a esto que estaba más quemado por el sol que los plantadores y, por lo menos, igual de sucio, que era la viva estampa del descastado y que su apresuramiento resultaba aún más grotesco debido al modo en que llevaba los brazos cruzados por delante de la pechera de la camisa, donde aún llevaba las arrugadas páginas del diario.

—¡Compatriotas! —volvió a gritar cuando llegó al embarcadero—. ¡Decid algo deprisa para que oiga la lengua que habláis!

Los hombres intercambiaron miradas entre sí; algunos se cambiaron de sitio y otros chuparon con incomodidad sus pipas.

—Es un loco —sugirió uno, y antes de poder retirarse vio que lo abrazaban.

—¡*Sois ingleses!* ¡Dios santo, sois ingleses!

—¡Quítate de encima!

Ebenezer señaló jubiloso hacia el mar.

—¿Qué destino tiene ese buque, señor, ya que sois inglés y cristiano?

—Portsmouth, con la flota...

—¡Alabado sea Dios! —dijo un salto, entrelazó las manos y llamó a voces en dirección al almacén—. ¡Bertrand! ¡Bertrand! ¡Son todos honrados caballeros ingleses! Y, decidme, os lo ruego, oh, inglés prodigioso —dijo, y sujetó a otro plantador que, debido a que tenía el agua a sus espaldas, no podía escapar—, ¿qué isla es ésta a la que me han traído las aguas? ¿Son las Barbados o las remotas Antillas?

—El ron te ha reblandecido los sesos —gruñó el plantador, zafándose.

—¡Las Bermudas, pues! —exclamó Ebenezer. Se hincó de rodillas y asió las perneras del calzón de aquel hombre—. Decidme, ¿es Corvo o alguna isla que yo no haya oído nombrar?

—Ni la una ni la otra ni es isla ninguna —dijo el plantador—. Esta mierda no es más que Maryland, maldita sea tu estampa.

18. EL LAUREADO TIENE QUE PAGAR POR CRUZAR UN RÍO

—¡Maryland! —Ebenezer soltó los calzones de su víctima y volvió la vista hacia los bosques de los que había emergido, hacia los verdes campos de tabaco y hacia los negros, que sonreían ampliamente junto a sus toneles. Se le iluminó el semblante. Todavía de rodillas, como transfigurado, se llevó la mano derecha al corazón y elevó la izquierda hacia las colinas de contornos suaves, tras las cuales empezaba a ocultarse el sol—. ¡Tu dulce cantor, tu Laureado ha llegado para proclamar tu gloria!

Se trataba de una composición de desembarco que había ingeniado a bordo del *Poseidón* hacía unos meses, juzgando adecuado, como Laureado de Maryland, saludar poéticamente a su deudo cuando pusiera por vez primera pie en el mismo, haciéndolo también para dejar fuera de toda duda entre sus nuevos compatriotas su condición de poeta hasta la médula de los huesos. Por lo tanto se sintió no poco ofendido al ver que su primera declamación pública era recibida con gran hilaridad por parte de su audiencia, cuyos miembros prorrumpieron en carcajadas y bufidos, dándose palmadas en los muslos, sujetándose los ijares, moqueando, dándole codazos a quien tenían cerca, poniéndole los cuernos a Ebenezer y librando ventosidades a través de sus rústicos calzones.

El Laureado depuso su actitud, púsose de pie, enarcó sus grandes cejas rubias, apretó los labios y dijo:

—No os arrojaré más flores, amigos míos. Andaos con cuidado o haré que vuestros amos os azoten a todos.

Les volvió la espalda y acudió presuroso al pie del embarcadero, donde estaba Bertrand, aguantando con incomodidad el escrutinio de varios negros, que lo miraban regocijados.

—Olvida tu sueño de las siete ciudades, Bertrand: ¡Has puesto pie en el bendito suelo de Maryland!

—Eso he oído —dijo el criado con acritud.

—¿Verdad que es un paraíso? Mira allí, ¡cómo inflama aquellos árboles el crepúsculo!

—Sin embargo creo que vuestros paisanos de Maryland no se ganarían un puesto como cortesanos.

—No; ¿quién puede culparlos por su falta de respeto? —Ebenezer echó una ojeada a su propio atuendo y al de Bertrand, riéndose—. ¿Quién podría ver que aquí se encierra un Laureado? Además, no son sino unos simples criados.

—En tal caso indolentes han de ser los amos que les consienten pasarse las tardes bebiendo. No puedo culpar a Quassapelagh...

—¡Cuidado! —le advirtió el poeta—. ¡No pronuncies su nombre!

—Sólo quería decir que comprendo su punto de vista.

—¿Te das cuenta? —dijo Ebenezer, maravillado—. ¡Era el rey de los indios salvajes de Maryland! Y Drakepecker... —Ebenezer miró con asombro a los musculosos negros y frunció el entrecejo.

Bertrand siguió su pensamiento y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo es posible que aquel hombre principesco fuera un esclavo? ¡Ojalá te arrasara la peste, Maryland!

—No debemos precipitarnos en nuestros juicios —dijo Ebenezer, pero se acariciaba la barba, pensativo.

El tiempo que duró aquel coloquio se lo pasaron los ociosos ingleses resollando y disimulando la risa, un tanto apartados. Uno de ellos —un réprobo entrado en años, nervudo, lleno de arrugas, que tenía un tajo en cada oreja y en una mano la marca del hierro— se dirigió entonces hacia Ebenezer y Bertrand y, haciendo grandes reverencias e inclinaciones, dijo, exagerando el tono:

—Vuestra Gracia tenga a bien perdonar nuestra rudeza. Estamos a vuestro servicio, milord.

—Bien está —dijo Ebenezer al punto, y lanzándole a Bertrand una mirada de entendimiento se encaramó al muelle para dirigirse al grupo—. Sabed, buenas gentes, que pese a mi aspecto tosco y andrajoso, yo soy Ebenezer Cooke, designado por el lord propietario de la provincia para ejercer el cargo de Poeta Laureado de Maryland; mi criado y yo hemos padecido prisión a manos de piratas y hemos escapado por muy poco de una tumba de agua. Por esta vez no informaré de vuestra conducta a vuestros amos, mas de ahora en adelante mostrad mayor respeto, si no hacia mí, al menos hacia la poesía.

El discurso fue recibido con aplausos y vítores estentóreos, que, al interpretarlos el Laureado como un signo de gratitud por su clemencia, le arrancaron una sonrisa de benignidad.

—Pues bien —dijo—, no sé en qué lugar de Maryland me encuentro, pero he de acudir inmediatamente a Malden, la plantación que poseo a orillas del río Choptank. Precisaré transporte y guía, pues nada sé de la provincia. Tú, buen hombre —prosiguió, dirigiéndose al viejo que tenía una mano marcada y que había hablado anteriormente—, ¿querréis llevarme allí? Estoy seguro de que vuestro amo no pondrá objeciones cuando quede enterado del cargo que ostenta vuestro pasajero.

—¡Sí, eso seguro! —respondió el interpelado, lanzando una mirada a sus compañeros. Pero decidme, señor poeta, ¿cómo me vais a pagar por el trabajo? Porque habremos de cruzar el río remando, y nada hay que flote mejor que el oro.

Ebenezer ocultó su disgusto tras una expresión aún más altanera.

—Da la casualidad, buen hombre, de que el oro que poseo no lo llevo encima de mi persona. En todo caso, presumo que vuestro amo os prohibiría recibir dinero por

prestar un servicio tan digno.

—Correré ese riesgo —dijo el viejo—. Si no podéis pagarme, os las compondréis como podáis para cruzar. ¿Es posible que persona de tan alto rango no lleve consigo un anillo o algún otro objeto de valor?

—Podéis quedaros el mío —gruñó Bertrand—, es una auténtica reliquia salvaje que, según tengo entendido, vale una fortuna. —Metió la mano en el bolsillo del calzón—. ¡Ahí va! Se me ha caído por un agujero...

—¡Basta ya! —exclamó Ebenezer, perdiendo la paciencia con el lugareño de Maryland—. ¡Por algo soy el Laureado de esta provincia! ¡Transpórtame al otro lado y serás, recompensado con el oro más fino que jamás se haya obtenido: la moneda purísima de la poesía!

El viejo dio un respingo con la cabeza, como impresionado.

—¿La moneda de la poesía, decís? ¿Queréis dar a entender que me vais a recitar unos versos a cambio de llevaros al otro lado del río?

—¿Recitar? —preguntó Ebenezer con desdén—. No, buen hombre, no voy a recitar. ¡Voy a *componer*! ¡Voy a *improvisar*! ¡Vuestro oro no habrá pasado por innumerables manos, sino que aparecerá luciente ante vuestros ojos nada más haber sido acuñado!

El hombre se rascó una de las orejas mutiladas.

—Bueno, es que no sé. Jamás oí hablar de trato semejante.

—¡Bah! —dijo Ebenezer, tranquilizándolo—. En Europa se hace todos los días, y por asuntos de mayor peso que una miserable travesía fluvial. ¿Acaso no nos habla Cervantes de un poeta español que se mercó una puta por trescientos sonetos que trataban el tema de Píramo y Tisbe?

—¡No me digáis! —dijo, maravillado, el barquero—. ¡Trescientos sonetos! Y decidme, os lo ruego, ¿qué viene a ser un soneto?

Ebenezer sonrió ante la ignorancia de aquel hombre.

—Es un tipo de composición poética.

—¡Composición poética! ¡Ya!

—Sí. Los poetas no nos limitamos a componer poemas; componemos diversas clases de poemas. Así como entre las monedas tenemos los cuartos, los peniques, los chelines y las coronas, en poesía tenemos los cuartetos, los sonetos, los tercetos encadenados y las silvas.

—¡Ajá! —dijo el barquero—. Y entonces ¿este soneto equivale a un chelín? ¿O a media corona? Porque os voy a pedir una corona por pasaros a la otra parte del río.

—¡Una corona! —exclamó el poeta.

—Nada menos, Excelencia..., ya sabéis cómo están las corrientes y las mareas en esta época del año.

Ebenezer miró con escepticismo hacia el plácido río.

—¡Es un bribón y un judío de tomo y lomo! —dijo Bertrand.

—Ah, bueno, tanto da, Bertrand. —Ebenezer le guiñó un ojo a su criado y volvió a dirigirse al plantador—. Pero reparad en una cosa, buen hombre; debéis saber que el precio actual de los sonetos en el mercado de Londres es media libra esterlina.

—Pues entonces ahorradme la última estrofa —dijo el barquero—, porque no os daré el cambio.

—Hecho. —A los circunstantes, que habían presenciado, divertidos, el regateo, les dijo—: Sed testigos de que este individuo ha acordado por el precio de un soneto, sin incluir la última estrofa, transportar a Ebenezer Cooke, Poeta Laureado de Maryland, y a su criado, a la otra orilla del..., decidme, ¿cómo llamáis a este río?

—Choptank —respondió con prontitud el barquero de Ebenezer.

—¿Qué me decís? ¡Entonces Malden ha de estar muy cerca!

—Sí —aseveró el anciano—. Está justo detrás de aquel bosque. Se puede ir andando tranquilamente una vez cruzado el río.

—¡Excelente! ¿Entonces, hecho?

—¡Hecho, alteza, hecho! —El viejo alzó un dedo sucio—. Pero quiero el pago por adelantado.

—Ah, ¡vamos, vamos! —protestó Ebenezer.

—¿Qué más da? —susurró Bertrand.

—¿Qué garantías tengo de que sois poeta? —insistió el hombre—. Pagadme ahora o no hay pasaje en barca.

Ebenezer suspiró.

—Así sea. —Y al grupo le dijo—: Haced silencio, os lo ruego. Entonces, oprimiéndose la sien con un dedo y entornando ambos ojos, adoptó una actitud de componer y, tras un momento, declamó:

Y por ello, odiada melancolía,
por Cerbero y por la noche engendada,
en la Estigia Caverna abandonada,
entre gritos y visiones impías,

Donde la oscuridad celosa extiende
sus alas y el nocturno cuervo canta,
y el ébano sombrío se levanta
y entre las rocas ceñudas se tiende;

Allí has de morar, por siempre aislada,
en el negro desierto de Cimeria,
igual que tus cabellos desgreñada.^[27]

Se hizo un momento de silencio.

—¡Bueno, vayamos ya, buen hombre! —dijo, con apremio, el poeta—. ¡Ya habéis sido pagado!

—¿Qué? ¿Eso es un soneto?

—Por mi honor —le aseguró Ebenezer—. Menos la última estrofa, claro.

—Claro, claro. —El barquero dio un tirón a su oreja mutilada—. ¿Conque ése es mi soneto de a media libra? ¡Pues a decir verdad que era feísimo, con tanto grito y tanta negrura!

—¿Qué pasa? ¿Le haríais ascos a una moneda de oro porque el rey tuviera un busto feo? Un soneto es un soneto.

—Sí, sí, es verdad —dijo el barquero, y sacudió la cabeza, como reconociendo su derrota—. Muy bien, pues; allá está mi canoa.

—Partamos —dijo el poeta, y cogió a su criado del brazo, con aire triunfante.

Pero cuando vio la embarcación en la que debía efectuar la travesía a punto estuvo de cederle gratis el soneto a su barquero.

—De haber sabido que vuestra barca era este pesebre para puercos, me hubiera guardado el *negro desierto de Cimeria* en la bolsa.

—No sigáis quejándoos —respondió el barquero—, de haber sabido yo lo inmundo que era vuestro soneto por mí habríais cruzado a nado.

Y entendiéndose de aquella guisa, barquero y pasajeros subieron con cautela a bordo de la canoa y surcaron el río, que estaba tan liso como un espejo. Cuando, superada la mitad del trayecto, vieron que en la superficie no había ni una honda, los pasajeros empezaron a sospechar que se había exagerado la dificultad de la travesía.

—Decidme —preguntó Bertrand desde la proa—, ¿dónde están esas corrientes y mareas perniciosas que tanto encarecen este viaje?

—En ningún lugar sino en mi fantasía —dijo el barquero, sonriendo—. Puesto que vuestras mercedes pagaban el pasaje con un poema, a mí me cumplía demandar uno de envergadura... A vuestras mercedes eso no les supone mayor coste.

—¡Ajá! —exclamó Ebenezer—. ¡Conque me habéis engañado! Muy bien, pues no creáis que habéis salido ganando, amigo, porque el soneto no era mío: lo tomé prestado de alguien cuyo talento iguala al mío...

Pero el barquero no se corrió ni un ápice por aquella revelación.

—Tanto vale el oro del año pasado como el de este año —afirmó—, y el de un hombre como el de otro. Aunque vuestra promesa cayó en falso, yo no salgo perdiendo. Media libra es media libra y un soneto es un soneto. —En aquel preciso instante la canoa tocó la orilla opuesta del río—. Aquí estáis, señor poeta, y vos sois el burlado.

—¡Canalla! —masculló Bertrand.

Ebenezer sonrió.

—Como gustéis, señor, como gustéis.

Saltó a la orilla con Bertrand y aguardó a que el barquero volviera a ponerse en movimiento. Entonces se rio y le dio una voz.

—Con todo, lo cierto es, señor cabeza hueca, que os hemos esquilado de la nuca a los pies. No sólo no es obra mía el soneto. ¡Ni siquiera es un soneto! ¡Buen día, señor!

Ebenezer se aprestó a salir huyendo por la arboleda hacia Malden, no fuera que el barquero saliera a perseguirlos, pero éste se limitó a chasquear la lengua tras cada golpe de remo.

—Tanto da, señor orate —gritó a su vez—. Tampoco es éste el río Choptank. ¡Buenas noches, señor!

19. EL LAUREADO ATIENDE AL CUENTO DE LA PORQUERA

Al darse cuenta de que el barquero los había dejado cual náufragos en no sabía qué bosques salvajes, Ebenezer la emprendió a grandes voces, llamando con la esperanza de que alguien de la otra orilla acudiera en su rescate; pero evidentemente los hombres que vestían tela escocesa estaban al tanto de la broma, pues se dieron la vuelta y dejaron a la desdichada pareja a merced de sus recursos. Ya declinaba la luz; al cabo Ebenezer dejó de gritar y se puso a inspeccionar los bosques circundantes, que ofrecían un aspecto más sombrío a cada minuto que pasaba.

—¡Tú, fíjate! —dijo—. ¡Era Maryland desde el primer momento!

Bertrand, desconsolado, le propinó una patada al tocón de un árbol.

—Más lamentable aún, digo yo. Vuestra Maryland no tiene siquiera ciudadanos civilizados.

—Ah, amigo mío, tenías puesto el corazón en una ciudad de oro, y en Maryland no hay ninguna. *Mas el oro está donde uno se lo encuentra*, ¿o no? ¿Qué tesoro hay de mayor valor que éste, llegar al final de nuestro viaje sanos y salvos?

—Hubiera preferido quedarme en la playa con Drakepecker —dijo el criado—. ¿Qué bien hemos alcanzado desde que descubrimos dónde estamos? ¡Quién sabe qué bestias nos vamos a encontrar en esas sombras! ¡O incluso salvajes que, con razón, odian los rostros ingleses!

—¡Con todo, esto es Maryland! —suspiró, feliz, Ebenezer—. ¡Quién sabe si acaso mi padre, y su padre también, han cruzado este mismísimo río y han visto estos mismísimos árboles! ¡Tú piénsalo, hombre: no estamos lejos de Malden!

—¿Y tan gozosa es esa idea cuando, que nosotros sepamos, es una propiedad que ya no os pertenece?

A Ebenezer se le ensombreció el semblante.

—¡A fe mía que se me había olvidado tu apuesta! —Al pensarlo se sumó al ánimo lúgubre de su criado y se sentó al pie de un abedul cercano—. Sea como fuere, no osemos adentrarnos en los bosques esta noche. Prepara un fuego y al amanecer buscaremos un camino.

—Atraerá a los indios, ¿no os parece? —preguntó Bertrand.

—Puede —dijo el poeta, taciturno—. En contrapartida, alejará a las fieras. Haz como quieras.

El caso es que en cuanto Bertrand empezó a dar golpes con el pedernal que guardaba en el yesquero —donde también llevaba a modo de yesca una pequeña provisión de algas secas que había recogido en la playa—, los dos hombres oyeron entre los árboles, a no muchas yardas corriente arriba, el gruñido de un animal.

—¡Escucha! —Al Laureado se le puso la carne de gallina en los brazos y se puso

en pie de un salto—. ¡Date prisa con el fuego!

Se volvió a oír el gruñido, acompañado de un crujir de hojas; un momento después, otro gruñido respondió desde más lejos, y luego otro, y otro más, hasta que el bosque se pobló con ruidos de fieras que avanzaban en dirección a ellos. En tanto Bertrand golpeaba furiosamente el pedernal, Ebenezer volvió a dar voces pidiendo ayuda a la otra orilla del río, pero no había nadie que lo oyera.

—¡Una chispa! ¡Tengo una chispa! —exclamó Bertrand, protegiendo la yesca con las manos ahuecadas para lograr hacer una llama por medio de soplidos—. ¡Preparad madera que prender!

—¡Demonio, no tengo nada! —Los ruidos ya los tenían encima—. ¡Corre al río!

Bertrand dejó caer las algas y los dos salieron de cabeza hacia los bajíos; aún no les cubría por la rodilla cuando oyeron que los animales salían en tropel tras ellos, chillando y hozando en el barro de la orilla.

—¡Eh, vosotros! —exclamó una voz de mujer—. ¿Estáis locos o sólo borrachos?

—¡Pardiez! —dijo Bertrand—. ¡Es una mujer!

Se volvieron, sorprendidos, y bajo la última luz divisaron, de pie, en el lado de la orilla, una mujer desaliñada, de edad incierta, vestida, al igual que los hombres del embarcadero, con tela escocesa, descolorida y andrajosa, y que llevaba un palo con el que guiaba a unos cuantos cerdos. Estos gruñían y hozaban por la orilla y se paraban muchas veces, dirigiéndoles a los hombres miradas siniestras.

—¡Santo cielo, nos llueven las burlas! —contestó el poeta y se esforzó por reírse—. ¡Mi criado y yo somos extraños en la provincia y un majadero nos dejó varados aquí por gastarnos una broma!

—Pues entonces, acercaos —dijo la mujer—. Estos puercos no os comerán. —Para tranquilizarlos alejó al cerdo más cercano con su vara, y los dos hombres vadearon hasta la ribera.

—Os agradezco vuestra gentileza —dijo Ebenezer—; tal vez esté en vuestro poder que me concedáis otra, pues he menester alojamiento para esta noche. Me llamo Ebenezer Cooke, Poeta Laureado de la provincia de Maryland y... yo, ¡no, señora, no temáis por vuestra modestia! —La mujer se había quedado boquiabierta y luego se había alejado al verlos acercarse—. Nuestras ropas están mojadas y andrajosas, pero todavía nos cubren —siguió parlotando Ebenezer—. En verdad que no ofrezco la imagen de un Poeta Laureado, lo sé muy bien; es debido a las muchas pruebas que he pasado, a las cuales jamás daríais crédito aunque os las refiriera. Pero en cuanto llegue a mi casa solariega, a orillas del Choptank... ¡Dios mío!

La mujer se había vuelto en dirección a él, alzando la cabeza. En su pelo negro no había indicios de peine ni de jabón, y tampoco había castigado en exceso la mujer su piel restregándola. Pero lo que había llevado a Ebenezer a interrumpirse a mitad de frase fue el hecho de que, exceptuando su desaseo y las heridas que incluso en la

oscuridad eran patentes en su cara y brazos, la porquera hubiera podido pasar por la muchacha de la arboladura del *Poseidón*, y pese a la década de diferencia entre sus edades tenía un cierto parecido con aquella joven ramera, Joan Toast.

—¿Es para tanto mi apariencia? —preguntó la mujer con aspereza.

—¡No, no, perdonadme! —imploró Ebenezer—. Es todo lo contrario: en ciertos aspectos os parecéis a una muchacha que conocí en Londres... ¡Cuánto tiempo hace ya de eso!

—¡No me digáis! ¿Tenía aquella moza mis lindas ropas y mi delicado semblante y vos mostrabais la misma preocupación gentil por su virginidad?

—Ah, os lo ruego, ¡hablad con menos acritud! —dijo el Laureado—. ¡Si he dicho algo que os ha dolido, juro que no fue intencionado!

La mujer se volvió bruscamente.

—La casa de mi amo se encuentra justamente tras aquel recodo, a un par de millas. Podéis dormir allí si os place.

Sin aguardar respuesta golpeó con la vara al cerdo más cercano en los cuartos traseros y la procesión marchó río arriba, hacia el recodo.

—Tiene un cierto parecido con Joan Toast —le susurró Ebenezer a Bertrand.

—El mismo que hay entre un murciélago y una mariposa —replicó, desdeñoso, el sirviente—, los cuales se abren paso por el mundo sirviéndose de los mismos recursos.

—Bueno, bueno —protestó el poeta, y el recuerdo de su aventura en el *Cyprian* le hizo sentir vértigo—; no es más que una porquera, y va sucia, sin embargo, tiene un cierto aire...

—Claro, y no llega de sotavento, si me lo preguntáis.

Pero Ebenezer no se dejó desalentar; llegó junto a la mujer y le preguntó su nombre.

—Pues Susan Warren, señor —dijo sin cordialidad—. Supongo que me querréis alquilar como puta.

—¡Santo cielo, no! ¡No era sino mera galantería, os lo juro! ¿Pensáis que un Poeta Laureado se dedica a retozar con ramera?

A modo de respuesta, Susan Warren se limitó a aspirar aire por la nariz.

—Entonces, ¿quién es vuestro amo? —preguntó Ebenezer algo menos gentilmente—. Sería sumamente grato conocer a un caballero de verdad, pues no he conocido a ningún habitante de Maryland que no fuera un simple o un canalla. Sin embargo, lord Baltimore, en el momento de redactar mi nombramiento, habló mucho de los modales y la buena crianza de las gentes de esta provincia, encomendándome que escribiera sobre ellos.

En lugar de responder, la porquera, para considerable sorpresa de Ebenezer, rompió a llorar.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿He dicho algo que os afrente?

La procesión se detuvo y Bertrand se acercó desde atrás, riendo ahogadamente.

—Es que la dama es de corazón tierno, señor. Habéis sido rudo no contratando sus servicios.

—¡Basta! —ordenó el poeta y le dijo a Susan Warren—: No tengo por costumbre traficar con putas, señora; perdonadme si os he dado pie a pensar de otro modo.

—No tiene nada que ver con vos, señor —contestó la mujer, reanudando el camino—. La verdad es que mi amo es un canalla de tamaña envergadura y que me trata tan mal que sólo pensarle me hace estallar en lágrimas.

—¿Y cómo es eso? ¿Es que os pega?

La mujer negó con la cabeza y se sorbió la nariz.

—Si sólo fuera que me da palos de cuando en cuando no me quejaría. La vara no es más que una de sus aficiones, y tampoco de las mayores.

—¿Hace cosas peores? —exclamó Ebenezer.

—A fe mía que le debe de acuciar mucho la necesidad antes de que resuelva divertirse —dijo el criado, ganándose una mirada severa por parte de su amo.

Susan Warren se permitió otra tanda de gemidos y lágrimas, tras lo cual, lanzando un suspiro al cielo y dándole un puntapié en el pernil a un cerdo que se detuvo delante de ella para hacer aguas en el camino, obsequió al Laureado con la historia completa de sus tribulaciones, tal como sigue:

—Mi nombre de nacimiento es Susan Smith —dijo— y mi madre murió al darme a luz. Mi padre tenía una tienda pequeña en Londres, cerca de Puddle Dock, donde fabricaba toneles y barricas para barcos. Un día, cuando yo contaba dieciocho años de edad y era bonita hasta decir basta, iba de paseo por Blackfriars camino de Ludgate, cuando un mozo de buen ver se inclinó ante mí, me llamó *señorita Williams* y me pidió permiso para pasear a mi lado. «No lo tenéis», le dije, «ni tampoco respondo al nombre de señorita Williams». «¿Cómo es eso?» exclamó. «¿No sois la señorita Elizabeth Williams, de la calle Gracechurch?». «No lo soy», dije yo. «Entonces, perdonadme», dijo él, «parece que fuerais su hermana gemela».

»Para mí estaba claro que el muchacho hablaba sinceramente, pues era un caballero cortés, que se ruborizó por causa de su equivocación. Dijo que estaba enamorado de la tal señorita Williams, y que por más que ella afirmara amarlo no lo quería por esposo; díjole ella que existía un gran pecado que le manchaba el alma. Con todo Humphrey Warren (tal era su gracia) declaró que la tomaría por esposa aunque pesaran sobre su conciencia todos los pecados de la humanidad.

»A partir de entonces vi con frecuencia al pobre Humphrey por Ludgate, pues la señorita Williams se manifestaba menos ardiente a cada día que pasaba; me refirió todos sus padecimientos por causa de ella y dijo que tanto nos parecíamos que era como si hablara con ella y no conmigo. Yo, a mi vez, sentía no poca envidia de la

señorita Williams y la consideraba una grandísima necia por desdeñar a tan digno caballero. Mi querido Humphrey no era rico, mas ostentaba un puesto decente en la compañía de un tal capitán Mitchell, que era hermanastro mayor de la señorita Williams, y poseía cuantas virtudes pudieran complacer a un corazón femenino.

»Entonces, un buen día, Humphrey vino a la tienda que tenía mi padre cerca de Puddle Dock, llorando como si fuera a morir, y dijo que la señorita Williams se había causado la muerte, envenenándose. Sentí lástima de aquel hombre, bien que, en el fondo de mi corazón, ninguna por la señorita Williams, y me alegré cuando Humphrey empezó a acudir a verme a diario. Por fin me dijo: «Querida Susan, tu parecido con Elizabeth es mi maldición y mi salvación. Llora cuando te veo, pensando en que ella está muerta; mas no puedo pensar que ella se ha ido cuando es así que tengo su viva imagen ante mí todos los días». Y yo le dije: «Desearía, señor, que vierais algo más allá de ese parecido».

»Aquello le hizo detenerse y poco después se presentó ante mi padre, y contrajimos matrimonio. Sin embargo, y por más que yo me esforzaba por ganar el amor de mi Humphrey, vi que a quien él hacía el amor era a la imagen de la señorita Williams. Una noche, estando él profundamente dormido, lo besé y él me dijo entre sueños: «¡Dios te bendiga, dulce Elizabeth!». Yo, estúpida de mí, lo desperté al instante y le hice elegir entre nosotras. «Elizabeth está muerta», dije yo, «y yo estoy viva. ¿Me quieres? ¿Me quieres por mí y no porque me parezca a ella? ¡De lo contrario no me quedaré en esta cama ni un momento más!».

»¡Ah, Dios mío! ¡Si yo hubiera tenido diez años más o una pizca más de entendimiento habría refrenado mi lengua! ¿Qué importaba cómo me llamara en tanto me quisiera? ¿Acaso no me llamaba corazón, paloma y un sinfín de otras cosas, además de Susan? Maldije mis palabras no bien las hube pronunciado, pero el daño estaba hecho. «¡Querida Susan!» —exclamó Humphrey—. «¿Por qué has hecho eso? ¡Ojalá no me hubieras pedido que eligiera!».

»De nada sirvieron entonces mis súplicas y llantos; no me permitió retractarme de mis palabras, sino que había de elegir. Y en efecto, eligió, aunque no dijo ni palabra; pues a la mañana siguiente se mostraba demasiado enfermo como para levantarse y no habían pasado cuatro días cuando murió. Así fue como enviudé a los diecinueve años...

»Mi padre tenía sus propios problemas, pues el negocio iba mal, y el mísero funeral de Humphrey se llevó sus ahorros. Se endeudó para poder pagarse el sustento y mantener sus propiedades, y justo cuando no quedaba nada y los acreedores acechaban como perros a nuestras puertas, vino un hombre e hizo un pedido de toneles para su buque, que según dijo partía hacia Maryland a fin de mes. Tan contento se puso mi padre por tener aquel encargo que me ordenó prepararle un poco de té a aquel hombre. Mas al verme, éste palideció y rompió a llorar, por más que era

un marino fornido y barbudo.

»«¿Qué sucede?», dije yo, que llevaba muchas semanas a punto de morir. El capitán me pidió perdón y dijo que la causa de sus lágrimas era mi parecido con su querida hermana, que había fallecido. En resumidas cuentas, supimos que se trataba del capitán William Mitchell, de la calle Gracechurch, el mismo que era medio hermano de Elizabeth, así como la última persona para quien trabajó mi Humphrey. De haber sabido yo entonces que tras su rostro amable anidaban víboras, lo hubiera echado dándole con la puerta en las narices. Pero en lugar de eso, lloramos juntos: yo por mi Humphrey, el capitán Mitchell por su hermana, y mi padre por las miserias de esta vida, en la que perdemos a quienes amamos y ni siquiera los podemos llorar como es debido, pues tenemos que arrimar el hombro para dar de comer a los vivos.

Al llegar a aquel punto Susan hubo de interrumpir su relato por unos momentos, a fin de dar rienda suelta a su dolor. También rodaron lágrimas por el rostro de Ebenezer, e incluso Bertrand dejó de mostrarse hostil y suspiraba comprensivamente.

—Entonces el capitán Mitchell empezó a visitarnos con asiduidad —prosiguió Susan—, y siendo mi padre y yo inocentes criaturas a merced de la perfidia del mundo, lo acogimos en nuestros corazones. No teníamos secretos para él, bien que él nos daba a conocer poco de sí mismo. Supusimos, empero, que sería rico, pues hablaba de llevarse veinte criados a Maryland, hacia donde zarpaba con el fin de ocupar un buen puesto en el gobierno.

»Entonces, una vez concluida la manufactura y efectuado el transporte de las barricas al puerto, el capitán Mitchell le hizo una extraña proposición a mi padre; saldaría sus deudas y lo dejaría libre de estorbos de una vez y para siempre con tal de que yo zarpara hacia Maryland con la señora Mitchell y con él. Me trataría como a su querida hermana, aseveró; mejor dicho, era precisamente el parecido lo que le había decidido, y tenía intención de llamarme Elizabeth Williams. Yo sería para él una hermana y la compañera de su achacosa vida...

»Mi padre lloró y le dio las gracias por su amabilidad, pero dijo que no podría seguir viviendo si yo me iba, en vista de lo cual el capitán Mitchell le propuso al punto que vendiera la tienda junto con todos sus enseres y aparejos y que iniciara una nueva vida en América. Nada hubo que hacer entonces, sino que cogimos nuestros cuadernos y libros de cuentas, casi desmayados de alegría y gratitud, y él pagó a nuestros acreedores en metálico. «¡Sin duda, alguna condición tendrá tanta amabilidad!» exclamó mi padre, y el capitán Mitchell dijo: «No más que lo expresado: la señorita Warren ahora es mi hermana».

»Así se cerró el trato, con mi consentimiento. Aquella noche, cuando las cosas se volvieron a calmar, me sentí rara por el hecho de ser Elizabeth Williams, a quien yo había envidiado y despreciado, y me pregunté si no habría hablado con un apresuramiento excesivo. Sin embargo, aquello también era una suerte de placer, pues

Humphrey en vano había amado a Elizabeth con toda el alma y ahora él vería su amor recuperado y multiplicado por diez.

»A bordo del barco me alojaron en la habitación de la señora Mitchell, mientras que a mi padre lo alojaron en la entrecubierta, con los criados del capitán Mitchel. La señora Mitchel cayó en cama, aquejada de una extraña enfermedad, mas se mostró gentil para conmigo. Me llamaba Elizabeth y me indicaba que hiciera cuanto pedía su marido, pues era un gran hombre, bueno por demás, y sin el cual ella no sabía vivir. Dos veces al día yo le llevaba su medicina en unas ampollas que el capitán Mitchell cogía de un arcón de madera: si me retrasaba, la mujer casi enloquecía, pero una vez que tenía su ampolla se quedaba dormida casi al instante. El capitán Mitchell tenía muchas ampollas de aquéllas y una mañana me indicó que tomara una para evitar marearme.

»«Gracias», dije yo, «pero llevamos ocho días de navegación y aún no me he mareado». Entonces el capitán Mitchell se me acercó y me rodeó la cintura con el brazo, ante los ojos de la señora Mitchell, y dijo: «Hermana, debes hacer lo que te dice tu hermano». Y la señora Mitchell exclamó: «¡Sí, sí, Elizabeth; haz lo que te dice tu hermano!».

»Entonces él me dio una ampolla y, para apaciguarlos a ambos, hice lo que me indicaba y masqué la goma marrón que contenía la ampolla. ¡Ah, por Cristo, ojalá hubiera muerto nada más sentir aquel sabor amargo! No fue ninguna medicina lo que tomé, sino un mal peor que la muerte: ¡fue opio lo que inocentemente ingerí aquel día!

—¡Diantre! —exclamó Bertrand.

—¡Qué canalla! —exclamó Ebenezer.

—El opio tenía a la señora Mitchell postrada en cama y su falta le hacía enloquecer. El opio provocó mi caída y la de mi padre y me arrastró al estado en que me ven vuestras mercedes: ¡una sucia ramera que se ocupa de pastorear puercos! ¡Dios maldiga la mano que recogió la ampolla de la que se obtuvo el opio que ingerí aquel día! Sin embargo, yo pensé que era una simple medicina, tal vez un somnífero y pese a lo amargo que sabía lo ingerí todo. Caí dormida inmediatamente, estando aún de pie, y la habitación cambió de tamaño; hálleme luego en casa junto a la señora Mitchell, que me cogía de la mano, y el capitán Mitchell se inclinaba sobre nosotras dos. Su cabeza se había vuelto enorme y sus ojos despedían llamas. «¡Hermana Elizabeth! ¡Hermana Elizabeth!»», decía...

»En mis sueños me elevé por encima del barco, cogida de la mano de la señora Mitchell. El cielo tenía color azul zafiro y el mar que se extendía bajo nosotros semejaba un tejido arrugado. El barco era un objeto minúsculo, claro y luminoso, y ante nosotros, en el horizonte, estaba el sol. Luego el sol se transformó en un ojo humano y la señora Mitchell dijo: «Mira allí, Elizabeth: ese hombre es Cristo

todopoderoso, y debes hacer lo que te diga, si eres una católica como es debido». Nos acercamos al ojo enorme de Cristo y cuando El nos miró quedamos desnudas a la espera de su juicio.

»«Hermana Elizabeth», me dijo, «pronto te voy a elegir para una ardua labor. Tengo intención de concebir un hijo en ti, como hizo mi padre con María. A continuación, me vi vestida con el hábito de una monja y la señora Mitchell me llamó hermana Elizabeth, esposa de Cristo». Entonces me alcanzó por detrás la voz de Cristo como un viento cálido y poderoso, y decía: «¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana!», y mientras me sujetaba la señora Mitchell fui poseída.

»Todo se aclaró cuando me levanté, pues el rostro de Jesucristo era el del capitán Mitchell: comprendí por qué Elizabeth se había alejado de Humphrey avergonzada y por qué se había matado con veneno; comprendí por qué el capitán Mitchell me llamaba, en su espantosa perfidia, hermana suya, y por qué la señora Mitchell tenía que ayudarlo a cometer su pecado. Desde aquel día estuve perdida y el capitán Mitchell dejó de ocultar su verdadera naturaleza. Una y otra vez me forzaba a tomar la droga hasta que me pasaba la mitad del día soñando con mi amante, Jesucristo. La ansiedad se adueñó de mí de tal manera que hubiera matado a cualquiera con tal de conseguir mi ampolla. El capitán Mitchell fijó el precio en cinco libras la dosis hasta que acabó con todo el dinero que él mismo le había dado a mi padre, y el buen hombre llegó a Maryland depauperado. Después de aquello, lo único que me quedó fue ofrecer mis servicios para el futuro a raíz de un mes de servidumbre por ampolla: firmé un contrato en blanco para que el capitán Mitchell fuera sumando los meses y supe que sería su puta y su esclava de por vida.

»Durante todo aquel tiempo no vi a mi padre ni una vez, ni tampoco lo deseaba. El capitán Mitchell le dijo que me encontraba enferma y que el dinero era para medicinas; mi padre pidió más dinero, pero el capitán Mitchell le indicó que firmara un contrato de servidumbre con el capitán del barco, quien a su vez vendería el contrato en puerto. Mi padre se vendió inicialmente por dos años, luego, por cuatro, y todo el dinero fue a parar al capitán Mitchell, para mis medicinas.

»Un día, hacia el final de la travesía, el capitán Mitchell le dio a su mujer dos ampollas en lugar de una, y luego otras dos más, hasta que murió ante mis ojos. Como no teníamos médico y todo el mundo sabía de su enfermedad, recibió sepultura en el mar y no se hicieron preguntas. Cuando arribamos a la ciudad de Saint Mary le vendieron el contrato de mi padre a un tal señor Spurdance, de la orilla oriental, y fue la última vez que lo vi en estos cinco años. El capitán Mitchell se trasladó a una casa grande y elegante, en Saint Mary, y yo no volví a ser Elizabeth Williams (salvo en la cama), sino Susan Warren, su sierva por contrato.

»Solía decir para mis adentros: «Ciudad de santa María. Ciudad de santa María». En mis ensoñaciones opiáceas se convertía en la *Ciudad de santa Susana*, en la que

gobernaba yo, y Cristo descendía para poseerme noche tras noche. Una mañana, la señora Sissly, nuestra vecina, dijo: «Señorita Warren, lleváis un niño», y, yo dije: «Señora Sissly, si llevo un niño, no lo inspiró hombre alguno, sino el Espíritu Santo». Mas la señora Sissly pensó que sería algún criado de la ciudad, con el cual me habría acostado y le fue con el cuento al capitán Mitchell.

Éste montó en cólera al saber la nueva, pese a ser él el padre; le dijo a Martha Webb, la cocinera, que a la mañana siguiente me hiciera un huevo pasado por agua, en el que echó un medicamento horrible, haciéndomelo comer todo. Luego se puso una toalla alrededor del cuello y le dijo a la señora Webb que se había tomado la medicina él indicándole que no recibiera a ninguna visita mientras se estuviera purgando. Era un medicamento de una potencia terrible que me tuvo purgándome durante días, siempre cerca del retrete evacuatorio. Además me hizo caer enferma y me dejó todo el cuerpo maltrecho; me salieron bubas y forúnculos y se me cayó el pelo de la cabeza y de mis partes. Luego el niño que llevaba en el vientre murió y supe por qué me había hecho tomar aquello...

«¿Y ahora qué te parece?» dijo. «¿Vas a volver a intentar esa treta?». Y yo dije: «Ese niño era sagrado, señor; Jesucristo lo concibió en mí por medio de vuestra persona». «¡Con que Jesucristo, eh!», dijo él. «¡No existe tal persona, hermana, ni tampoco hay ningún Espíritu Santo!». Y afirmó estar atónito porque el mundo llevara tantos años engañado por un hombre y una paloma.

»Ahora bien, aquellas blasfemias las oyeron la señora Webb y la señora Sissly, que solían escuchar tras nuestra puerta, y siendo ambas buenas cristianas le fueron con el cuento al *sheriff*. El capitán Mitchell fue citado para la siguiente convocatoria del gran jurado, acusado de fraude, asesinato, adulterio, fornicación, blasfemia y homicidio frustrado. Yo me alegré sobremanera, aun cuando el opio y mi vida acabarían cuando la del capitán.

»Más, ¡ay!, me olvidé de su posición y de la malignidad de los tribunales de Maryland: al capitán Mitchell le impusieron una triste multa de cinco mil libras de hoja de tabaco, de las cuales una tercera parte fue remitida por el gobernador, en tanto que a mí —Dios sabe que había soportado bastante me condenaron a treinta y nueve latigazos sobre mis sufridas y desnudas espaldas, a las puertas del Tribunal, por llevar *una vida lúbrica*. También privaron de su cargo a mi amo —no por su perfidia, sino por sus blasfemias—, y me libraron de mi vínculo contractual. Pero de poco me sirvió, pues hube de someterme a un nuevo contrato para obtener la siguiente ampolla, además de recibir una paliza a manos del capitán.

»Después nos trasladamos a este lugar, en el condado de Calvert, donde mi amo cultiva tabaco. Soy más desgraciada que nunca, pues desde que aquel medicamento me robó la belleza, el capitán no me posee más que muy de pasada. Corteja a una muchacha nueva, recién llegada de Londres, una criaturita que tiene la cara de

Elizabeth y la mía, a la que trata como a una reina en tanto que a mí se me destina a llevar los puercos. Con todo, el capitán me sigue dando mis ampollas y yo sé muy bien por qué: no pasará mucho antes de que yo tenga que sujetar a esa muchacha, mientras él le pone por vez primera opio en la boca y la llama *hermana Elizabeth*. Después de eso no obtendré más ampollas: me arrojaré al Patuxent para morir ahogada y allí acabará todo, mientras él se queda en posesión de su nueva y joven hermana para siempre jamás...

»¡Dios maldiga a ese hombre y a esta provincia! —exclamó finalmente la mujer, apoyándose en su vara para llorar—. ¡Ojalá Jesucristo me hubiera hecho morir cuando aún era doncella, allí en la modesta fábrica de barriles que tenía mi padre junto al Támesis!

20. EL LAUREADO ATIENDE A LA PORQUERA

Ebenezer y Bertrand escucharon, mudos de asombro, aquella historia, una vez acabada la cual, exclamó el poeta:

—¡Pero bueno, vuestro amo es el diablo en persona! ¡Charles, Charles! ¿Dónde está la majestad de la ley de Maryland, cuando tan mal se trata a una mujer? ¡Ah, si el cielo hubiera querido que mi equipaje se encontrara aquí y no donde sólo Dios sabe! ¡Entonces hubiera sacado la espada y ese capitán Mitchell iba a hablar con viveza!

—Ah, no, no os atreváis —advirtió Susan—. Si se os escapa una sola palabra de lo que he dicho, somos todos muertos.

—En ese caso —dijo el Laureado tras reflexionar un poco—, no tendrá el honor de mi visita. ¡Sí, ese patán va a ver cómo las gentes de bien dan de lado a las bestias como él!

—¡Por mi fe! —comentó Bertrand—. ¡Temible castigo es el que demandáis, señor!

Al punto Susan reemprendió el llanto.

—¡Entonces todo está acabado! —dijo—. ¡Completamente acabado!

—¿Cómo es eso? —inquirió el poeta—. ¿Qué es lo que está acabado?

—Yo —contestó la mujer—, pues cuando os vi el rostro y supe cuál era vuestro prodigioso cargo, mi pobre cerebro concibió un plan. Pero lo que yo he concebido, vos lo habéis abortado, y ello es el fin de Susan Warren.

—¿Un plan decís?

La porquera asintió.

—Para tramar mi huida y librarme de ese anticristo que es mi amo.

—Entonces os suplico que lo desveléis para que podamos juzgarlo.

—Hace algún tiempo —dijo ella—, cuando el capitán Mitchell dio con su última víctima, supuse que mis ampollas pronto se convertirían en un peso para él, de modo que, al tiempo que fingía comer todo el contenido de aquéllas, en realidad dejaba un poco cada vez, y lo reservaba en mi caja de rapé. De cada ampolla me comía un grano menos y guardaba un grano más, y así ahora tengo reservas casi para un mes; además he ocultado mi único vestido nuevo, el que me proporcionó la señora Sissy para que me azotaran. He tenido noticias secretas de que el contrato de servidumbre de mi padre ha expirado, y de que el señor Spurdance, su amo, le ha donado veinte acres de su propiedad, en la orilla oeste, para que los cultive. Si logro huir de esta casa maligna, me dirigiré a la granja de mi padre y me esconderé hasta que finalice mi cura; entonces él y yo buscaremos un pasaje para regresar a Londres.

—¡Bravo plan! —dijo Bertrand, cuya simpatía había sido enteramente ganada por las cuitas de la porquera—. ¿Qué podemos hacer para ayudaros?

—¡Ah, señor! —dijo Susan, llorando y aún dirigiéndose a Ebenezer—. Este bravo

plan sería en verdad necio tan sólo con que yo pusiera pie en la carretera. La ley es dura con la servidumbre que huye y mis espaldas no tienen sed de nuevos latigazos. Lo que preciso para abandonar este pozo del infierno no es más que una cantidad de plata que vos no echaréis en falta; he encontrado a un barquero que correrá el riesgo de ser azotado por llevarme al otro lado de la bahía, pero exige el pago. ¡Dos libras, milord! —exclamó la mujer, y dejó sumamente desconcertado al Laureado, hincándose de hinojos ante él y abrazándole las piernas—. ¡Dos libras bastarán para hacerme llegar a salvo junto a mi querido padre! ¡Oh, señor, no me rechazéis! Imaginad que alguien a quien amáis se halla en este triste aprieto..., vuestra hermana o alguna elegida de vuestro corazón.

—Pluguiera a Dios que estuviera en mi poder ayudaros —dijo Ebenezer—, pero no tengo un céntimo. No poseo más que este anillo sin valor, que es de hueso...

Lo extrajo con pesar de la camisa para mostrar su pobreza, mas al verlo Susan dio un salto y exclamó:

—¡Dios nos salve! ¿De dónde procede ese anillo?

—No me está permitido decirlo —replicó el poeta—. ¿Por qué os alarmáis al verlo?

—No importa —dijo Susan, y asió el anillo hecho con hueso de pescado, que aún pendía de un cordón ceñido al cuello del poeta—. Tiene un cierto valor en el mercado y me parece que el barquero lo aceptará como pago.

Mas Ebenezer dudaba.

—Fue una especie de regalo —dijo—. Me cuesta desprenderme de él...

—¡Cristo! ¡Cristo! —gimió Susan—. ¡Vais a rechazarme! ¡Mirad allí, acordaos de cómo abusa de mí ese desalmado! ¿Queréis enviarme allí a por más?

Alzó la falda andrajosa por encima de las rodillas y mostró las piernas, que, pese a estar plagadas de cardenales y verdugones, no se veían afectadas por la fealdad que había alterado el resto de su físico. La verdad es que eran unas piernas bastante agraciadas, las primeras que Ebenezer veía desde aquel día a bordo del *Cyprian*.

—Bueno, bueno, seguís siendo una mujer —dijo Bertrand, apreciativamente—, y las buenas mozas se sientan encima del mejor argumento que poseen.

Aquel comentario provocó nuevas lágrimas de Susan y una mirada cáustica por parte de Ebenezer.

—He visto bastante puterío —aseveró ella— y el barquero es demasiado viejo como para preocuparse.

—¿De veras? —sonrió el criado—. Pero mi amo y yo no.

—¡Refrena tu lengua! —ordenó el poeta. Susan se acercó a él y se sintió más conmovido que nunca por su extraña historia y por su parecido con Joan Toast.

—¿No permitiríais que me volvieran a golpear, verdad que no, señor? —Para entonces tenían a la vista una casa, la luz de cuyas ventanas iluminaba los campos de

tabaco—. Esa es la casa del capitán Mitchell; él os recibirá de buen grado en calidad de huésped, pero a mí me azotará a escondidas hasta hartarse del juego.

Ebenezer tuvo cierta dificultad con la voz:

—Sería verdaderamente lamentable —graznó.

—No lo permitiré —dijo la mujer con suavidad—. Si el hombre que más aborrezco en el mundo hace conmigo lo que quiere cuando le place, ¿he de negárselo al hombre que me libre de todo mi dolor? —Acarició el anillo de hueso de pez con el dedo y sonrió—. No, sería un pecado que mi salvador no obtuviera todo el placer que le corresponde esta misma noche, antes de que yo huya.

—Por favor, no sigáis —respondió Ebenezer—. Mi conciencia no descansaría si yo me interpusiera entre vos y vuestro amante padre. Tendréis el anillo.

Ebenezer sacó por encima de la cabeza el cordón de cuero sin curtir y le ofrendó el anillo de Quassapelagh. La porquera no se deshizo en muestras de gratitud inmediatamente, para su leve desencanto; de hecho, su porte se tornó más rígido cuando cogió el regalo y su sonrisa mostró cierta amargura.

—Entonces, hecho —dijo ella, y se guardó anillo y cordón en un bolsillo del vestido. Se encontraba en el linderó del bosque, junto a un campo de tabaco; la luna, al alzarse sobre la desembocadura del río teñía de blanco sus rostros y los costados de los puercos que hozaban perezosamente por entre el tabaco verde. Susan entró en el campo, dejó su vara en el suelo, entre las hileras de tabaco y se volvió hacia los dos hombres, plantándoles cara con los brazos en jarras.

—Y ahora, señor Laureado de Maryland —dijo ella—, venid a holgar conmigo entre el tabaco y acabemos con esto.

El poeta estaba perplejo.

—¡Cielos, señora Warren, interpretáis mal mi gesto!

—¿Eh? —se echó hacia atrás el pelo que le caía despeinado sobre la cara—. Vamos presto, ¿entonces en el henil que hay junto al granero? ¿No seréis de esos que necesitan una cama?

Ebenezer dio un paso adelante para protestar.

—Señora, yo os suplico...

—¿No será la presencia de vuestro criado lo que os intimida, verdad? —dijo Susan en son de burla—. Parecéis del tipo de los que fornican a la luz del día y que mire quien quiera. ¿Os complacería más que fingiera una violación?

—Dios nos salve —dijo Bertrand—. ¡Esta mujerzuela tiene temple! ¡Maldita sea la hora en que perdí mi anillo de hueso de pez!

—¡Basta! —exclamó el Laureado—. No abrigo intenciones con respecto a vuestra persona, señora Warren, ni tampoco quiero recompensa de ninguna clase, excepto que os reunáis con vuestro padre y os libréis del anhelo vicioso que os ha prostituido. Yacer con mujeres es contrario a mis votos y ponerle un precio a la

caridad es un insulto a mis principios.

Aquello causó que la porquera hiciera una pausa; se cruzó de brazos, volvió la cabeza a un lado y hundió un pensativo pulgar del pie en el lodo.

—Mi amo es una especie de cura que hace rimas —explicó rápidamente Bertrand—. Es el obispo, por si no lo sabíais, de todos los poetas. Pero es un hecho conocido que los votos del cura no son extensivos a su sacristán, del mismo modo que los principios de mi amo no son extensivos a mí...

—¿Es por razón de principios por lo que vuestro amo me desdeña? —interrumpió Susan, y aunque la pregunta iba dirigida a Bertrand, era a Ebenezer a quien ella miraba—. ¿O es mi lamentable estado lo que lo vuelve tan moralista? Me parece que entonaría una melodía más lujuriosa si yo estuviera libre de las cicatrices del látigo y del olor a puerco, y si fuera joven y estuviera llena de vida como esa muchacha, Joan Toast.

—¿Qué nombre es ése? —exclamó el poeta—. ¡Santo cielo, pensé que dijiste *Joan Toast*!

Susan hizo un gesto afirmativo, deshaciéndose una vez más en lágrimas.

—Esa es la muchacha de la que hablé y que en breve será la *hermana* más reciente de mi amo, lo que supondrá la muerte de Susan Warren.

Ebenezer se dirigió a su criado.

—¡Es demasiado fantástico, Bertrand!

—Yo mismo apenas soy capaz de darle crédito, señor —dijo Bertrand—. Sin embargo, existe ese parecido pasajero que su historia explica.

—No es tan raro —dijo la mujer, malhumorada—. Pese a esos aires tan galantes que se da, la tal Joan Toast era una simple puta de Londres no hace mucho, y son muchos los hombres que la han conocido.

—¡Os prohíbo que habléis así! —ordenó el Laureado—. Le profeso cierta reverencia a Joan Toast; hay en mi interior una morada honrada y extraña de la que ella es dueña por razones que nadie conoce aparte de nosotros. ¿Dónde está, por el amor de Dios? ¡Debemos preservarla de ese Mitchell!

—¿Cómo podemos hacerlo? —preguntó Bertrand—. No tenemos ni armas ni dinero.

Ebenezer cogió a la porquera por el brazo.

—¡Tenéis que llevárosla con vos a la granja de vuestro padre! —dijo—. Contadle vuestra historia y explicadle el peligro en que se encuentra. Cuando llegue a Malden me la llevaré allí...

—¿Y os casaréis con ella? —preguntó Susan con cierta acritud—. ¿O en vez de eso seréis su alcahuete y salvaguardaréis vuestros principios?

El Laureado se ruborizó.

—¡No es momento para especulaciones y conjeturas!

—En cualquier caso, no puedo llevármela —dijo Susan—. Sólo tengo para pagar una travesía.

—¡Eso lo podemos cambiar enseguida! —rio Bertrand, dando un salto y sujetándola de los dos brazos—. ¡Recuperad el anillo, señor, mientras la sujeto!

—¡Cerdo! —chilló ella—. ¡Os arrancaré los ojos!

—No, Bertrand —dijo Ebenezer—, suéltala.

—¿A esta mujerzuela? —exclamó Bertrand, riéndose de sus intentos por soltarse—. ¡No es más que una putilla, señor! ¡Coged el anillo!

Ebenezer sacudió la cabeza con tristeza.

—Putilla o no, yo se lo di de buena fe. Además no conocemos a ese barquero ni sabemos dónde puede estar Joan Toast. Suéltala.

Bertrand soltó los brazos de la porquera y le dio un pellizco. Ella profirió otra maldición, cogió su vara y le lanzó un golpe que, de no haberse apartado de un salto, le hubiera costado algunas costillas.

—¡Me vas a llamar putilla! —dijo con ferocidad y salió corriendo en pos de él por la plantación.

Ebenezer, mucho más preocupado por Joan Toast que por ninguno de los dos, se encaminó hacia la casa con gesto de inquietud.

—Vuestro criado es un marrano lascivo —dijo Susan, dándole alcance un momento después. Se echó el pelo hacia atrás con la mano y azuzó a los cerdos—. Os pido disculpas por haberle hecho salir corriendo.

—Se lo ha ganado —dijo el poeta, distraídamente.

—Y os doy las gracias por haber respetado el regalo aunque haya sido sólo la caridad lo que os ha movido a ello. Debéis tener en alta estima a esa moza, Joan Toast.

—Haré cualquier cosa por salvarla —dijo Ebenezer.

—Creo que puedo arreglarlo con el barquero —dijo Susan—. Yo no le valgo, pero una furcia joven y fresca como Joan dispone de medios para complacer al más débil.

—¡No, no lo permitiré! Hallaré algún otro modo. ¿Dónde está ella?

La porquera no sabía dónde vivía Joan Toast, pero dijo que visitaba al capitán Mitchell por las noches.

—Esta misma noche el capitán tiene la intención de darle opio, con mi ayuda. La alcanzaré antes de que llegue, si vos lo deseáis, y la enviaré a algún lugar apartado a fin de que se reúna con vos.

Ebenezer aceptó aquel plan con entusiasmo y aunque lo acobardaba un tanto la perspectiva de ver al capitán Mitchell, Susan lo convenció de que se encontrara con el plantador a la hora de cenar.

—El mismísimo diablo puede representar el papel de caballero —dijo—. Todo el

mundo es bienvenido a la mesa del capitán Mitchell y puede que cambie vuestros harapos por algo mejor cuando escuche vuestra historia. Cuando Joan Toast esté bien escondida, os lo haré saber y os llevaré hasta ella antes de partir a casa de mi padre.

—¡Hecho! —exclamó el poeta, muy complacido—. No acierto a entender por qué está en Maryland, pero me alegraré de verla.

—Y, decidme, ¿estáis seguro de que ella sentirá lo mismo? —dijo en son de burla la porquera—. ¿Puede alguna ramera creer que aún sois virgen?

—Eso no importa —dijo Ebenezer—. Tampoco nadie pensaría que soy Laureado al verme en este estado, y sin embargo, soy Laureado, y virginal también. Santo cielo, Susan, ¡cuánto ansío ver a esa muchacha! ¡Os suplico que no me falléis!

Susan manifestó su aquiescencia con un resoplido y juntos llegaron a la casa, una morada de troncos, grande pero mal conservada. Se hallaba situada en medio de los campos de tabaco verde y los huertos infestados de malas hierbas, y la tierra desnuda que la circundaba olía mal por causa de los excrementos de numerosas gallinas.

—Me parece que vuestro amo ha caído bajo —comentó Ebenezer—, pues se rebaja a ocupar una vivienda semejante.

—¿Qué decís? —exclamó la mujer—. ¡Es una de las mejores del río! ¡Es un emplazamiento demasiado bueno para un canalla como él!

Ebenezer no hizo ningún comentario, sino que tomó brevemente en consideración si eliminar de su cabeza ciertos versos que ensalzaban la gracia de las viviendas de Maryland o bien conservarlos por si los conocimientos de Susan resultaban ser incompletos. Cuando la porquera lo dejó a fin de llevar a sus custodiados de regreso al establo, Ebenezer llamó a Bertrand, que llegó profiriendo maldiciones contra la mujer, y juntos se dirigieron a la parte delantera de la casa.

—Pido al cielo que esa mujer esté en lo cierto con respecto a su amo —dijo Ebenezer, y llamó a la puerta.

—Yo no confiaría en esa fulana ni veinte pasos —dijo Bertrand, refunfuñando—. Ese hombre podría asesinarnos mientras dormimos.

Abrió la puerta un hombre grueso, de cincuenta y tantos años, nariz colorada y patillas recortadas, cuya persona, de todos modos, tenía un aire de buena crianza.

—Buenas noches, caballeros —dijo, efectuando una inclinación levemente burlona. Sus ropas estaban a la moda, bien que raídas, y la excelente gravedad de su voz, sospechó Ebenezer, se debía en parte a su educación y en parte a que su laringe estaba bien regada de licores. A pesar del aspecto miserable que presentaban, él se mostró hospitalario, conforme había predicho Susan: se presentó como el capitán William Mitchell, invitó a los visitantes a pasar al interior de la casa con suma cordialidad e insistió en que se quedaran a pasar la noche.

—Procedan vuestras mercedes de la cárcel o de la universidad —afirmó—, aquí son bienvenidos, lo juro. Están preparando la cena, así que siéntense allí con los

demás, que hay sidra para afilar el hambre.

Ebenezer le dio las gracias a su anfitrión y se lanzó a dar una explicación de sus penalidades —la cual, sin embargo, el capitán Mitchell amablemente declinó escuchar, sugiriendo que sirviera en cambio para amenizar la mesa. Entonces los huéspedes fueron conducidos al comedor, de donde no habían dejado de llegar en ningún momento ruidos de alegría, y fueron presentados a una concurrencia de media docena de plantadores de la vecindad, entre los cuales, para considerable sorpresa suya, Ebenezer vio al viejo barquero de las orejas cortadas y a alguno más de los que se hallaban aquel día en el embarcadero, vestidos con tela escocesa. Lo saludaron alegremente y sin malicia.

—Le buscamos para que se uniera a nosotros, señor Cooke —dijo uno—. Debéis perdonar la bromilla de Jim Keech.

—Claro, claro —dijo Ebenezer, que no veía qué otra postura podía adoptar—. Reconozco que tengo más aspecto de mendigo que de Laureado de Maryland, pero cuando vuestras mercedes hayan oído las penalidades que hemos padecido mi criado y yo, podrán entender nuestra situación.

—Estoy seguro de que así será —dijo, conciliador, el anfitrión—. Sin duda alguna lo entenderemos.

Acto seguido envió a Bertrand a comer a la cocina y le indicó a Ebenezer que se sentara a la mesa, que compensaba en cantidad lo que faltaba en elegancia. Como tenía mucha hambre, Ebenezer cayó enseguida sobre la comida y se atiborró de pan de borona, leche, maíz molido y una papilla de sidra, aderezada con grasa de tocino y dulcificada con melaza, regándolo todo con sidra de una cuba que había a mano. Por un momento debatió consigo mismo la conveniencia de revelar su identidad, mas puesto que ya se la había manifestado impulsivamente a los hombres del embarcadero y puesto que la concurrencia no daba muestras de hostilidad, no vio daño alguno en referir toda la historia. Procedió a hacerlo cuando concluyó la cena y todos los invitados se habían retirado a unos asientos de cuero manchados de grasa que había en el salón; sólo omitió los aspectos políticos de su captura y la aventura con Drakepecker y el rey Anacostino, cuya seguridad temió pudiera poner en peligro el cuento. Su audiencia le escuchó con gran interés, especialmente cuando llegó al rapto del *Cyprian*. Con la lengua inspirada por el barril de ron que había en el salón, Ebenezer habló con elocuencia de Boabdil encaramado a las jarcias de mesana, así como de las damas noblemente despreocupadas que se encontraban atadas a la borda de babor; sin embargo, cuando acabó, vio, levemente decepcionado, escasos signos de la piedad y el terror que pensó que su cuento debía inspirar en el oyente más insensible: en lugar de ello, los hombres aplaudieron como si hubieran presenciado una representación, y el capitán Mitchell, lejos de sentir conmiseración, le pidió que recitara un par de poemas, a modo de bis.

—Debo declinar la petición —dijo el poeta, no poco molesto—. Hoy ha sido un día cansado y no me queda voz.

—¡Qué pena que no esté con nosotros nuestro Timmy! —dijo Jim Keech, el de la palma marcada—. Os sacaría a colación un poema que os llevaría al otro lado de la bahía.

—Mi hijo Tim tampoco es manco a la hora de hacer versos —le explicó el capitán Mitchell a Ebenezer—, pero tal vez vos pudierais decir que son de una clase algo más burda.

—El también es un Laureado —afirmó Jim Keech sonriendo—. Se denomina a sí mismo el Laureado de la Lubricidad, que según dice quiere decir, simplemente, suciedad.

—¿De veras? —dijo el poeta, más por cortesía que por verdadera curiosidad—. No sabía que nuestro anfitrión tuviera un hijo.

En realidad, Ebenezer estaba ocupado pensando en Joan Toast y en la porquera, de quienes se había acordado por la referencia que hiciera Keech a la travesía de la bahía. El capitán Mitchell le pidió disculpas al grupo por la ausencia de su popular hijo, quien, según dijo, había ido a gestionar cierto asunto a la ciudad de Saint Mary y esperaba que volviera aquella noche o al día siguiente; a Ebenezer le resultaba difícil aceptar que aquel afable propietario rural que tenía ante sí fuera el villano del cuento de Susan Warren; sin embargo, en sus piernas estaban las marcas del látigo, y cada señal era tan cruel como las que tenía Drakepecker en la espalda; también existía el parecido, inexplicable de otro modo, entre las víctimas de la pasión del capitán.

A aquellas alturas la concurrencia hacía caso omiso de Ebenezer: se habían distribuido pipas confeccionadas al estilo indio y el humo y el chismorreo general llenaban toda la habitación. Como no sabía nada de las cosechas, los peces, las serpientes de cascabel y las personalidades sobre las que versaba la conversación, irritado como estaba porque su condición no había despertado mayores simpatías y cansado tras aquel día largo y cargado de acontecimientos durante el cual había sido náufrago, dios, libertador de reyes y doncellas desdichadas, además de Poeta Laureado de Maryland, Ebenezer apartó su atención de los comentarios de aquellos hombres y se sumió en una suerte de ensueño lleno de ansiedad. ¿Cómo le recibiría Joan Toast a fin de cuentas? ¿Adónde había ido tras dejar su habitación de Pudding Lane y cómo le había llevado hasta allí su temible cólera?

Ardía en deseos de saberlo, y sin embargo temía las respuestas a aquellas preguntas. Se estaba haciendo tarde; dentro de poco, si no le estaba engañando, Susan Warren le mandaría recado indicándole la cita, y la perspectiva era no poco alentadora. Evocó la visión de Joan Toast en su habitación, así como la de la muchacha a la que tuvo intención de violar a bordo del *Cyprian*...

—¡Dios santo que estás en los cielos! —exclamaron sus pensamientos, y se

estremeció hasta la médula. La conexión que no había visto hasta entonces lo colmó de remordimientos y pesar: ¿sería posible que Joan Toast, de algún modo, hubiera subido a bordo del *Cyprian*? ¿Era ella la muchacha en pos de la que había ido profiriendo gritos lascivos, y a la cual el moro horrible...?

Sus facciones se convulsionaron tan violentamente ante aquella posibilidad indecible que el anfitrión le preguntó al punto por su salud.

—Nada, señor, os pido disculpas —logró decir Ebenezer—. No es más que cansancio, os lo juro.

—Entonces a la cama antes de que os muráis aquí en el salón —dijo el capitán Mitchell, riéndose—. Os indicaré donde dormir.

—No, os lo ruego... —imploró el poeta, temeroso de no poder acudir a la cita prevista.

—¡A un lado con vuestros modales londinenses, señor Cooke! —insistió el anfitrión—. En Maryland cuando un hombre está cansado, duerme. ¡Susan! ¡Susan, eh, sucia ramera, ven aquí!

—Ah, bien, señor, si no es una afrenta para nuestros graciosos huéspedes...

La porquera apareció en el umbral del salón, respondió a la mirada de Ebenezer con un leve gesto de asentimiento y lanzó una mirada hosca a los plantadores, que recibieron su aparición saludándola con frialdad.

—Lleva al señor Cooke a una alcoba —ordenó Mitchell, y le dio las buenas noches a su invitado.

—¿Creéis que se acostaría a cambio de un soneto —dijo Jim Keech dando una voz cuando Ebenezer ya salía—, como esa puta española de que hablasteis?

—No, Keech —respondió otro—. ¿De qué le sirve a Susie un Poeta Laureado? ¡Ya tiene al verraco rojo de Bill Mitchell para retozar con él!

Si aquellos comentarios mortificaron a Ebenezer, también lo excitaron, reavivando el vago ardor que su última conjetura no había apagado del todo. La porquera llevaba puesto el vestido de andar por casa que, si bien era poco más elegante que el otro, al menos estaba limpio, y a juzgar por el olor, también ella se había lavado. En cuanto llegaron a la escalera, Ebenezer cogió a Susan del brazo y susurró:

—¿Dónde está Joan Toast? ¡No puedo esperar más sin verla!

Los dientes imperfectos de la mujer destellaron a la luz de la vela.

—Sois de lo más ardiente para ser virgen, señor Laureado. Temo por vuestros votos cuando ella os vea en vuestra alcoba...

—¿Mi alcoba? Ah, Dios mío, señora Warren, fue en mi alcoba donde la vi por última vez, desnuda y sonrosada como en los sueños de los enamorados. No os creeríais lo delicado que es el tacto de su piel, ni lo prieto y lleno de vida que está su cuerpecito menudo..., ah, alto, eso no es todo; además: ¿cómo iba a olvidarme de la

redondez de sus breves nalgas, que cubren unos músculos jóvenes y recios? ¿Y la suavidad de sus pechos que se alisaban dulcemente cuando se tumbaba boca abajo, y cuando se inclinaba sobre mí pendían como manzanas del paraíso? ¡Me estremezco al recordarlo!

—¡Demonio, señor, estáis que echáis fuego! —dijo Susan, que marchaba delante, camino de un vestíbulo del piso de arriba—. No me atrevo a dejar a esa pobre muchacha en vuestras manos: ¡por vuestra manera de hablar, más que un cura parecéis un violador!

Dijo aquello con sequedad, sin ninguna preocupación real, pero la mención de la violación bastó para calmar la fiebre del poeta.

—Os pido perdón por hablar así, señora: el ron, el cansancio y la alegría activan mi lengua. Os suplico que recordéis que jamás he holgado con esa muchacha, a pesar de que es cierto todo cuanto he dicho y más. No tengo intención de quebrantar mis votos.

Susan se detuvo ante la puerta y se volvió hacia Ebenezer, de modo que la luz de la vela caía temblorosa sobre su semblante estropeado.

—¿Cómo podéis saber que sigue conservando toda su belleza? —dijo—. Yo también fui hermosa en tiempos, y no hace mucho de eso. Mi marido lloraba de alegría al ver mi cuerpo, y si yo le cogía la mano y se la ponía así, le fallaban las rodillas. Hoy le darían náuseas.

—Sois demasiado severa —protestó el poeta.

—¿Creéis que no soy capaz de ver lo que tenéis en vuestra mente? Deseáis que me esfume a toda prisa para así conservar el apetito por ese fruto del paraíso que anheláis. Pero la vida nos deja a todos sus cicatrices, tanto a los puros como a los pérfidos, y las muchachas bonitas son las que se llevan la peor parte. Apostaría a que vos también habéis cambiado desde que ella os vio por última vez.

Ebenezer se acarició la barba enmarañada.

—No soy ningún cortesano, desde luego —admitió—, y apesto a suciedad y a humo de chimenea. ¿Hay por aquí alguna palangana para lavarme? ¡Bah, qué más da! ¡Que me reciba como quiera, no aguanto más sin verla! Os deseo buenas noches, señora Warren, y buena suerte. Mil gracias por ayudar a mi querida Joan. ¡Adieu, ahora, y *bon voyage*!

Ebenezer hizo ademán de rebasarla y acercarse a la puerta.

—¡No, aguardad! —imploró ella.

—¡Ni un momento más! —Ebenezer la apartó y entró en la alcoba que, como daba al río, recibía un poco de luz lunar, pero por los demás estaba totalmente a oscuras—. ¡Joan Toast! —dijo con voz suave—. ¿Dónde estáis, preciosidad? ¡Soy Eben Cooke, el poeta, que he venido a salvaros!

La luz de la luna no dejaba ver a ninguna otra persona en el interior de la alcoba,

ni tampoco llegó respuesta alguna de las sombras circundantes; cuando la porquera llegó del vestíbulo lloriqueando, la vela que portaba confirmó los temores de Ebenezer.

—¿Dónde está? —preguntó, y cuando ella agachó la cabeza, él la agitó bruscamente, cogiéndola por los hombros—. ¿También me habéis engañado a mí, ramera desagradecida? ¡Llebadme junto a Joan Toast en este mismo instante!

—No está aquí —dijo la porquera, sollozando. Dejó la palmatoria en el suelo y salió disparada hacia el vestíbulo, pero Ebenezer tiró de ella hacia atrás y cerró la puerta.

—Vive el cielo que me lo voy a cobrar en tu horrible pellejo —dijo, sujetándola con firmeza desde atrás—. ¡Si le ocurre algo malo a Joan Toast, te mato!

A pesar de lo alarmado que estaba, Ebenezer no pudo dejar de darse cuenta de que por debajo del algodón, Susan Warren llevaba las caderas sin encorsetar; además le estaba oprimiendo los pechos con el brazo. Su justa cólera le hacía temblar: respiraba entrecortadamente y apretaba a Susan con fuerza hasta que ella dejó de forcejear y empezó a dar voces. La llevó por la fuerza hasta la cama, poseído por la urgencia de castigarla. Como carecía de experiencia en tales lides, primero le propinó golpes secos por la espalda, al tiempo que exclamaba con voz ronca: «¿Dónde está Joan Toast?». Un momento después la sujetó boca abajo poniéndole una rodilla en la región lumbar y empezó a darle vivos azotes con la palma de la mano, como si fuera una mala hija.

—¡Está a salvo! —berreó Susan—. ¡Quitaos de encima!

Ebenezer se detuvo antes del siguiente golpe, pero siguió sujetándola fuertemente con la rodilla.

—¿Dónde está?

—Está cruzando la bahía de Chesapeake, camino del condado de Dorset, para aguardaros en Malden —dijo Susan—. El barquero dice que conoce bien la casa.

—¿Cómo es eso? —Ebenezer soltó a Susan inmediatamente y se puso en pie de un salto, pero la porquera, que tenía la cara lastimosamente apretada contra la colcha, no hizo ademán de levantarse—. ¿Dónde consiguió el dinero del pasaje y cómo es que no estáis vos con ella?

—No tenía ni un céntimo —dijo Susan—. Le di alcance cuando se disponía a pedirle dinero prestado al capitán Mitchell, lo cual hubiera supuesto su fin; pero maldita si quería coger el anillo para pagarse el pasaje, hasta que le dije quién me lo había dado y adonde tenía que huir. Entonces lo recogió con presteza, diciendo que quería veros al instante, pero yo le indiqué que buscara al barquero antes de que zarpara.

A Ebenezer se le saltaron las lágrimas; apoyando una rodilla en el lecho, abrazó la espalda de la mujer.

—Cuerpo de Dios, ¡y yo que os he golpeado por traicionarme! ¡Perdonadme, Susan, de lo contrario pereceré de remordimiento! ¡Aún hallaremos algún modo de salvaros, lo juro!

Ella negó con la cabeza.

—La muchacha que amáis es joven y hermosa, señor, pese a haber ejercido de puta en Londres; dijo que estaba harta de hombres que se portaban como carneros, y que había abandonado su profesión antes de que acabara con ella. En una ocasión, cuando no quisisteis comprarla, os despreció, y más aún cuando decidisteis seguir siendo virgen; pero cuanto más ha pensado en ello, tanto más noble le habéis parecido, y cuando supo que su rufián os había enviado a Maryland, lo dejó inmediatamente y os siguió por puro amor.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Por puro amor! —musitó el Laureado—. ¡Pero vos sois una santa por haberos sacrificado en beneficio de ella!

—Joan Toast era digna de ser salvada —respondió Susan—. No hay nada que preservar de Susan Warren, de lo contrario, yo misma me ocuparía de ello. Que se muera esta pobre desgraciada.

—¡No lo permitiré! —exclamó Ebenezer. Se puso en pie de un salto—. ¡Valéis demasiado!

Susan se sentó en la cama.

—No hace mucho que me habéis llamado ramera horrible y me parece que os proporcionaba cierto placer el golpearme.

—¡He sido una bestia por tocaros! —dijo Ebenezer—. ¡Pluguiera a Dios que me devolvierais mis golpes multiplicados por diez!

Susan se tapó el rostro con las manos.

—¡Soy tan fea!

—¡Nada de eso! —mintió el poeta—. Aún sois de una belleza poco común, ¡lo juro! —Se arrodilló ante ella, azarado y contrito, pero todavía alterado, a su pesar, como consecuencia del reciente altercado—. Os confesaré algo que servirá de prueba —dijo—. La paliza que os he dado ha sido doblemente páfida, porque no sólo era inmerecida, sino que, además (¡ah, Dios mío, qué pecado!) me causaba placer, tal como habéis dicho. ¡Y tampoco era un placer justo, sino libidinoso! Veros y tocaros (lo que vi y toqué) inflamó mis venas de lascivia. ¿Eso no demuestra que no habéis perdido vuestra belleza, Susan?

La audacia de su discurso lo excitó aún más, pero Susan no se sintió consolada.

—Demuestra que mi espalda es mejor que mi cara. No es ésa la alabanza que una mujer desea oír.

El Laureado oprimió la frente contra las rodillas de Susan. Sus propias rodillas le dolían un poco de tenerlas en el suelo, y recordó, con un escalofrío, que la última vez que se había arrodillado junto a un lecho fueron las piernas de Joan Toast las que

había asido.

—¿Qué puedo hacer para mostraros mi estima?

—No es estima lo que sentís; es mera gratitud.

Pero Ebenezer pasó por alto aquella respuesta hosca, pues mientras Susan la formulaba, él halló, como por inspiración, una respuesta.

—Lo llaméis como lo llaméis, es algo grande —dijo—. Habéis sacrificado vuestro amor propio por salvar a la muchacha que amo. Muy bien, pues: ¡yo sacrificaré mi esencia para salvar vuestro amor propio!

La porquera lo miró sin comprenderlo.

—¿Entendéis? —Ebenezer se puso de pie, respirando tan agitadamente que las palabras le salían con dificultad—. Tan grande es mi estima... que a pesar de que he hecho voto de preservar mi inocencia por siempre..., es en prueba de mi gratitud. Ello demostrará que no habéis perdido la capacidad de complacer a un caballero.

Temblando con todo el cuerpo, le puso las manos en los hombros. Susan contempló alarmada su rostro arrebatado.

—¿Queréis holgar conmigo, señor? ¿Qué va a pensar Joan Toast, que os ama por ser virgen?

—Mi castidad significa para mí más que la vida —proclamó el poeta—; de no ser así no tendría la presunción de ponerla a la altura de vuestro sacrificio. Grande es mi pérdida, mas también sutil, y no deja ningún himen roto como símbolo. Nadie lo sabrá, salvo vos y yo, y yo jamás lo diré. Venid, muchacha —graznó, ardentísimo—, ¡no os demoréis más! ¡Me muero por entrar en combate!

Pero Susan se zafó y se alejó de él.

—¡La engañaríais a ella, que ha venido desde tan lejos por amor! ¡Entonces puede que no seáis virgen ahora!

—A Dios pongo por testigo de que hasta ahora lo soy —dijo— y si vos calificáis este acto de engaño, conceded al menos que se lleve a cabo por una causa noble.

Susan se alejó llorando, pero cuando, reuniendo hasta la última partícula de valor, Ebenezer la abrazó por detrás, ella no hizo más protesta que exclamar:

—¿Qué voy a pensar?

—¡Que aún sois una linda moza!

Asombrado por su propia temeridad, Ebenezer la acarició. Cuando ni siquiera entonces se resistió, la pasividad de Susan lo inflamó de coraje.

—¡Ya basta! —exclamó—. ¡A la cama con vos! —Embriagado por el éxito, Ebenezer le dio rienda suelta a la lengua—. ¡Os hendiré con la hoja del vate, os curaré con el humo del amor, os aderezaré con la grasa del parnaso, os rociaré e infundiré el néctar de la musa y os devoraré cuando todavía estéis temblando!

—¡No, por favor —dijo Susan—, ya habéis demostrado lo que queríais!

—¿Y ahora es necesario que insista y lo remache como santo Tomás —dijo

Ebenezer—, hasta que mi virginal pluma haya escrito toda una *Summa*?

—Sería cruel fingir semejante pasión por gratitud, y maligno engañar a Joan Toast. —Ahora Susan ofrecía resistencia, pero Ebenezer se negaba a soltarla.

—¡Entonces llamadme cruel y maligno después de que os haya poseído! — Ebenezer la tumbó a empujones en la cama.

—¡Será una vulgar violación! —chilló ella.

—¡Así sea!

—¡Entonces aquí no! ¡Demonios, aquí no!

—¿Por qué no, decidme? —preguntó el poeta; se detuvo, dispuesto a sacrificar su inocencia.

—Hay mujeres que toman a los hombres sin hacer ningún ruido —dijo la porquera, desviando la vista—, pero yo no puedo; tanto si os ciega la pasión como si es otra cosa lo que tenéis, tengo que gritar como una gata en celo y dar manotazos.

—Tanto mejor —dijo Ebenezer.

—Vendrá toda la gente de la casa corriendo... ¡Deteneos, os lo advierto!

—No son puritanos gazmoños, me parece... ¡Estaos quieta de una vez!

—¡Entonces poseedme, maldita sea vuestra estampa! —dijo Susan, y abandonó por completo la lucha—. Romped vuestro voto, engañad a Joan y que el capitán Mitchell venga corriendo cuando yo grite. Se reirá cuando lo vea y más tarde me golpeará y contará la historia por todos los confines de la provincia.

Aquella posibilidad hizo detenerse al Laureado. Dejó de sujetar los brazos de la mujer y ella aprovechó la ocasión para hacerse a un lado e incorporarse.

—Os estrangularé si no me queda otro remedio —dijo él, pero la amenaza era más desabrida que sincera.

—No os hace falta —masculló Susan—. Relajaos ahora, antes de que os dé el dolor del amante y reuníos conmigo en el establo dentro de un rato.

—Olvidadlo. No soy tan crédulo. Iremos juntos.

Pero Susan explicó que con toda seguridad les verían salir de la casa juntos y el escándalo sería el mismo.

—Yo iré ahora —dijo ella—, y vos vendréis media hora después. Entonces podréis jugar al monstruo de las dos espaldas hasta que vuestro corazón se sacie y nadie nos oirá más que mis cerdos.

Y con aquel compromiso ambiguo fuese antes de que el poeta pudiera darle alcance.

21. EL LAUREADO CONTINÚA ATENDIENDO A LA PORQUERA

Pocos minutos después de la partida de Susan, Bertrand se introdujo en la alcoba del Laureado y encontró a su amo dando furiosas zancadas, suspirando y golpeándose con un puño en la palma de la otra mano.

—¡Pardiez y cómo zampan estos bellacos! —dijo el criado. Tenía la voz turbia y el equilibrio inestable—. La comida era vulgar, lo reconozco, mas copiosa.

—Me parece que también has saciado sobradamente la sed —comentó Ebenezer sin cordialidad—. ¿Qué es lo que quieres?

—Pues nada, que yo sepa, señor. Lo que quiero decir es que me dijeron que durmiera aquí.

—Entonces duerme y maldito seas. Ahí está la cama.

—Ah, señor, es vuestra, no mía. Dejadme tan sólo esa colcha; no me será menester más.

Ebenezer se encogió de hombros y fue hasta la ventana; desgraciadamente, desde allí no se podía ver el establo. Su criado extendió la colcha en el suelo, se dejó caer pesadamente sobre la misma y suspiró vigorosamente.

—No es lo mismo que ser un dios en una ciudad de oro —afirmó, acariciándose el estómago—, pero a fe mía que de momento servirá. Me pregunto qué tal le irá a nuestro Drakepecker.

Cuando vio que no le respondían, Bertrand suspiró una vez más, se echó sobre un costado y en un abrir y cerrar de ojos se quedó profundamente dormido. Su amo, menos tranquilo, hizo crujir los nudillos y chasqueó la lengua, debatiendo qué hacer. Cuando Susan Warren lo distrajo por primera vez, su loco impulso flaqueó, y después de que ella se hubo ido de la habitación, le falló por completo. Ebenezer luchaba consigo mismo. Dos veces había estado a un paso del fornicio —peor aún, de una violación carente de sentido— y sólo la casualidad había preservado su integridad, sirviéndose de agentes externos. La muchacha que quedara atrapada en la arboladura del *Cyprian* había sido víctima de un asalto estando indefensa; aquella mujer, Warren, había sido víctima de otro asalto y era dueña de un semblante vulgar y feo; ninguna de las dos era objeto digno de pasión sino de lástima, y su posible parecido con Joan Toast, lejos de servir de excusa para el inexcusable comportamiento suyo, constituía en agravante. Todo aquello lo veía él con claridad, y también recordaba el alivio y la vergüenza que sentía desde hacía una semana, después de que el destino lo hubiera apartado de los flechastes de mesana. Ir al establo ahora sería engañar a la muchacha que, increíblemente, había recorrido medio mundo por amor a un hombre a quien jamás le había dirigido una sonrisa mujer ninguna, excepto su hermana, y por ende sacrificar una buena parte de su esencia por causa de una mujerzuela maltrecha

con la que no compartía ninguna clase de amor y la cual juzgaría aquel acto tan detestable como lo juzgaría él. Sin embargo, Ebenezer también se daba cuenta, y no era capaz de comprenderlo, de que en el seno de su corazón la cuestión aún seguía abierta.

—¡Es de todo punto absurdo! —pensó, y se arrojó enojado sobre la cama donde había forcejeado con Susan Warren—. No volveré a pensar en ello.

Contempló a Bertrand con envidia, pero para él dormir era algo inimaginable: en su fantasía ardían imágenes en las que la porquera padecía castigos e importunidades de su mano inferidas, mientras apartaba la vista y le confesaba lo ruidosa que era en el amor. A la sazón, estaría aguardándolo en el establo. En la balanza de la prudencia había un platillo vacío, mientras todo el peso de la razón tiraba hacia abajo del otro; entonces, ¿qué oscura fuerza hacía de contrapeso en la balanza de la elección?

Mientras Ebenezer yacía de tal modo debatiendo consigo mismo, su criado, aunque dormido, no estaba en modo alguno sosegado. Las tripas le empezaron a rugir y gruñir como perros que acosaran a un zorro; la pasta de maíz y la sidra que dentro de sí tenía estaban en plena efervescencia; al poco se escucharon saluciones a la luna naciente, mientras el aposento se llenaba del perfume de los fermentos. El autor de las saluciones roncaba estentóreamente, pero su amo no era tan afortunado; lo cierto es que el poeta hubo de huir de la estancia, mientras le retumbaban los oídos, le daba vueltas la cabeza y le escocían los ojos por causa de los anales truenos. Los invitados seguían de jarana en el salón; por lo que alcanzó a oír, Ebenezer coligió que el hijo del anfitrión, Timothy, había vuelto y estaba regalando a la concurrencia con versos indelicados. Salió al porche delantero sin ser visto, para respirar el aire fresco que se levantaba del río, y poco después de llegar al apeadero echó a andar en dirección al establo, sordo a los dictados de su conciencia.

La luna derramaba la suficiente luz como para ir andando por el patio, mas el interior del establo estaba negro como el caos. Pensó en llamar a Susan, pero decidió no hacerlo.

—¡Me acercaré en silencio y la inmovilizaré en la oscuridad como si yo fuera un bandolero!

Se trataba de una fantasía estremecedora: a cada ruido que se producía en el establo, Ebenezer daba un respingo y los retortijones del amor, como polluelos dentro de un cascarón, pugnaban por resquebrajar sus prisiones. Lo que es más, seis pasos dados con sigilo en el seno de la oscuridad bastaron para poner en funcionamiento sus glándulas, siéndole imposible no atenderlas; se vio obligado a buscarse alivio allí mismo, sin dar un paso más.

—Dios ayuda a quienes a sí mismos se ayudan —reflexionó.

Pero a diferencia de Onán, cuyo más ruidoso blanco era el suelo, el desdichado Laureado alcanzó por casualidad a un gato, un macho semiadulto que estaba a menos

de tres pies de distancia y que, en medio de la oscuridad, le había parecido una piedra gris. Y al igual que la chispa despedida por el Dios de Descartes, de la cual hablara en una ocasión Burlingame, aquel exiguo disparo lanzado en la oscuridad puso en movimiento a todo el universo. El cazador de ratones se despertó bufando y se abalanzó con las garras desplegadas sobre el animal más próximo, que afortunadamente no fue Ebenezer, sino uno de los lechones de Susan. El cochinito chilló y enseguida el granero se pobló con los gritos de los animales asustados. El propio Ebenezer se sintió aterrorizado, primero por temor a que el estrépito, ahora magnificado por los ladridos de los perros que estaban fuera, pusiera en pie a toda la casa. Cuando dio un salto hacia atrás, sujetándose los calzones con una mano, cayó sobre un palo que había apoyado en la pared, posiblemente la vara de Susan. Lo cogió, al tiempo que gritaba «¡Susan! ¡Susan!» y la emprendió a varazos en derredor hasta que los combatientes salieron huyendo a la carrera, el lechón en dirección a los establos de las vacas y el gato hacia un rincón del que procedían ruidos de aves. Un momento después concluyó la tregua: el establo se llenó de graznidos y cacareos; patos, gansos y gallinas revoloteaban frenéticamente, tratando de huir del gato, y Ebenezer recibió picotazos en la cabeza y en las piernas a medida que cada ave iba tropezándose con él. Aquella nueva conmoción resultó excesiva para los canes, una pareja de perros de aguas que ladraban roncamente; entraron desde el patio, de un salto, en persecución de lo que ellos tomaron por un zorro o una comadreja que estaría dando captura a las aves, y por más varazos que dio el Laureado entorno a sí, lo persiguieron desde el establo hasta un chopo situado junto al más próximo de los cobertizos que servían para almacenar el tabaco, obligándolo a trepar al árbol. Allí lo tuvieron acorralado por espacio de más de quince minutos, hasta que se fueron a dormir trotando, cuando su natural falta de entusiasmo pudo más que su ambición.

El poeta aún no había visto ni rastro de Susan Warren y empezaba a recelar que, a fin de cuentas, ésta le hubiera engañado. Tomó la resolución de descender y probar de nuevo suerte en el establo, por un lado, para verificar sus sospechas y por otro, para ponerse a salvo de los mosquitos, que le estaban cubriendo de señales la cara y los tobillos; pero cuando descendía oyó una especie de zumbido o chirrido en medio de la hierba. ¿Se trataba de un vulgar grillo o era una de aquellas serpientes que había descrito el señor Keech durante la cena? La idea de bajar perdió todo su encanto, aunque no volvió a oír el ruido ni los mosquitos se mostraron menos hambrientos, Ebenezer se quedó aún un buen rato en el árbol, demasiado amedrentado para siquiera hacer una indignada composición hudibrástica.

De hecho, hubiera podido muy bien quedarse allí hasta que despuntara el sol — pues, pisándole los talones al miedo, como la ramera que va en pos de su rufián, llegó la vergüenza, que, como él sabía, tarde o temprano acabaría apoderándose de él, y la vergüenza trajo consigo a su hermana de prostitución: la desesperación—, pero por

fin oyó que un hombre decía, por la parte trasera de la casa: «¡Ya basta, Susan; buenas noches y vete de una vez!». Cerraron luego la puerta de la casa y una silueta embozada bajo una manta cruzó el lejano patio y entró en el establo.

—¡Ese desvergonzado de Mitchell ha estado con ella en el salón! —pensó Ebenezer, y recordó la burda familiaridad con que el plantador la había saludado. ¡La había abordado cuando salía y la había sometido a algún acto lascivo, y hasta ahora ella no había logrado escaparse!

Aquella conjetura, lejos de infundirle lástima, reavivó su ardor al instante, tal como ocurriera con la desgracia de las mujeres del *Cyprian*; sigilosa y cautamente se deslizó chopo abajo y recorrió a grandes zancadas la alta hierba, hasta llegar al establo, esperando en cualquier momento los colmillos de la víbora en un talón. Llegó salvo a la puerta, entró sin hacer ruido y en el interior atisbo tan sólo unos destellos muy tenues que despedía un fanal tapado.

—¡*Chist!* —susurró, y escuchó otro ¡*Chist!* como respuesta. Ebenezer percibió una respiración trabajosa, inconfundiblemente humana, un poco más allá, junto a la misma pared donde se encontraba él, de modo que decidió no volver a llamar y en cambio llevar a cabo su plan original de lanzar un ataque por sorpresa. Se arrastró con sumo cuidado hacia su presa, cuya ubicación dentro de la pocilga determinó fácilmente debido a la fuerza de aquella respiración y a los ruidos que hacían los inquietos puercos junto a la misma. Sólo cuando consideró que se encontraba virtualmente encima de su víctima, dijo, con voz melosa:

—¡Susie, Susie, queridita mía, paloma! —Y al mismo tiempo se abrazó amorosamente a la silueta.

Palpó unas piernas desnudas y las nalgas, pero...

—¡Por todos los demonios! ¿Qué es esto?

—Eso digo yo, ¿qué es esto? —exclamó una voz de hombre, y tras un breve forcejeo el poeta se vio sujeto boca abajo con el rostro contra la paja acre de la pocilga. Su supuesta víctima se encontraba sentada encima de su espalda y lo tenía sujeto por los brazos; cerdas, verracos y cochinitos gruñían con nerviosismo todos a la vez al otro extremo del recinto—. ¿Así que me habéis tomado por vuestra queridita y vuestra paloma, eh? ¿Qué clase de bellaco sois, señor?

—¡Por favor, permitidme que os explique! —imploró Ebenezer—. ¡Soy invitado del capitán Mitchell!

—¡Invitado nuestro! ¿Qué manera es ésta de corresponder a nuestra hospitalidad? ¡Os bebéis nuestra sidra, os coméis nuestras tortas de maíz y luego se os ocurre holgar con mi Porcia!

—¿Porcia? ¿Quién es Porcia?

—La misma a quien mi padre llama Susie. ¡Me apuesto algo a que ha sido él quien os ha metido en esto!

Al Laureado se le cayó el alma a los pies.

—¡Vuestro padre! ¿Entonces sois Tim Mitchell?

—El mismo. ¿Y qué especie de canalla y desagradecido sois vos?

—Soy Ebenezer Cooke, señor, Poeta Laureado de la provincia de Maryland...

—¡No! —dijo Mitchell, claramente impresionado y, para gran sorpresa de Ebenezer, lo soltó enseguida—. Incorporaos, señor, os lo ruego, y perdonad mi rudo comportamiento; sólo estaba preocupado por la castidad de mi Porcia.

—Yo... yo os perdono de buen grado —dijo el poeta y se incorporó presurosamente, pensando en las palabras del otro hombre. Tim Mitchell, a juzgar por su voz, era como mínimo de la edad de Ebenezer. ¿Cómo era posible que hablara de la castidad de Susan?—. Creo que os estáis burlando a mi costa, señor Mitchell, ¿es así?

—O vos a la mía —dijo el otro hombre, suspirando—. Muy bien; me habéis cogido por sorpresa y la vida de Porcia está en vuestras manos.

—¿Su vida? ¿Entonces está aquí, en esta pocilga?

—Claro que sí, señor; allí, con los demás. ¡Os ruego que no le digáis ni una palabra a mi padre!

—¡Diantre! —exclamó el poeta—. ¿Qué locura es ésta, señor Mitchell? ¡Explicaos, os lo ruego!

El otro hombre suspiró.

—Daría igual que lo hiciera, porque si tenéis intención de labrar vuestra desgracia, así lo haréis, y si sois un caballero, tal vez nos dejéis en paz.

—¿Estáis enamorado de Susan? —preguntó Ebenezer con incredulidad.

—Pues claro que lo estoy —repuso Tim Mitchell—, y lo estoy desde el día en que la vi. Su verdadero nombre es Porcia, señor Cooke, es mi padre quien la llama Susie, que era el nombre de una ramera que fue amante suya. La mira como si le perteneciera, señor, y la trata como si fuera una bestia. ¡Si se conociera la verdad de nuestro amor, su cólera no tendría fin!

—Querido señor Mitchell...

—¡El muy canalla! —prosiguió Timothy con voz insegura—. En tanto aguarda a tener en su poder a esa fulana nueva se viene todas las noches con mi pobre y querida Porcia, cuya virginidad reclamó para sí cuando aún era una lechoncilla demasiado joven para ser capaz de rechazarlo.

Ebenezer no pudo menos de admirar la metáfora de la lechoncilla, mas con todo existían obvias discrepancias con respecto a lo que contaba Susan de su pasado.

—Yo afirmo —protestó— que esto no es...

—La cobardía humana no conoce límites —dijo Timothy con voz sibilina—. A pesar de ser mi padre, señor, lo aborrezco como si fuera el diablo. No digáis nada de esto, os lo ruego, pues en su perfidia, si llega a saber algo de nuestro amor, se la

entregaría a ese verraco lascivo que hay en aquella pocilga, el cual siempre la ha mirado con intenciones obscenas, consintiéndole que llevase a término los babeantes deseos que abriga hacia ella.

Ebenezer se quedó boquiabierto.

—No estaréis dando a entender...

Mas en el momento que Ebenezer atisbo la verdad, el joven Mitchell dijo a voces:

—¡Porcia! ¡Ven acá! ¡Porcia, jía!

Y en medio de la oscuridad se oyó gruñir a un animal desde la pared del fondo.

—¡Miradla! ¿Verdad que es linda? —dijo Tim, orgulloso.

—¡Basta ya! —susurró el Laureado.

—Pensad en ella como si fuera vuestra hermana querida, señor: ¿la entregaríais para que la violara una sucia bestia?

—¡No! —exclamó Ebenezer—. ¡Y me siento afrentado por la analogía! En realidad no puedo decir quién es más bestial si el sodomita o el verraco. ¡Este es el peor vicio que he conocido jamás!

La voz de Timothy Mitchell revelaba que se sentía más desilusionado que intimidado por aquel estallido.

—Ah, señor, ninguna práctica amorosa es un vicio en sí. ¿Es posible que seáis poeta y no os deis cuenta de eso? Adulterio, violación, engaño, seducción desleal..., ésas son cosas viciosas, no el apareamiento en sí: el pecado no está en el acto sino en las circunstancias que lo rodean.

Ebenezer sintió deseos de ver el rostro de aquel moralista tan singular.

—Lo que vos decís puede muy bien ser cierto, pero estáis hablando de hombres y mujeres...

—¡Qué pena que un poeta escuche tan a la ligera! —le recriminó Timothy—. Yo hablaba de machos y hembras, no de hombres y mujeres.

—¡Pero una unión tan sucia, tan antinatural!

Timothy se rio.

—Me parece que Nuestra Señora Naturaleza no es tan delicada como vos, señor. Os concedo que cuando un perdiguero está en celo busca una perra con la que aparearse, pero ¿le importa lo más mínimo que sea caniche o mastín? No, vive el cielo; más aún; cualquier cosa le servirá de pareja, sea una perra, su hermano o la bota de su amo. La urgencia que siente es natural y tiene por objeto a la naturaleza toda..., cualquier diana le sirve de perra, digámoslo así. Yo he visto a esos perros de ahí fuera montar ovejas.

Ebenezer suspiró.

—De todos modos, el rostro de la sodomía sigue estando revestido de una sonrisa siniestra, a pesar de los afeites y ungüentos de vuestra retórica. Estas pobres criaturas mudas se ven engañadas por accidente, pero el hombre posee la luz suficiente para

ver el plan de Nuestra Señora Naturaleza.

—Y el suficiente sentido como para ver que carece de finalidad, salvo la de perpetuar las especies —añadió Timothy—. Y el ingenio suficiente como para hacer por diversión lo que las bestias hacen por necesidad. Yo no ando enemistado con las mujeres, señor Laureado: muchas son las doncellas que he amado antes de ahora, y sin duda lo volveré a hacer. Pero así como las Escrituras nos dicen que la muerte es el fruto del árbol del conocimiento, así también el aburrimiento, me parece a mí, es fruto del ingenio y de la fantasía. Una amante nueva se tumba boca arriba y su amante queda satisfecho. Pero enseguida aquel placer tan simple los cansa y ellos se aprestan a refinar su entretenimiento: del Aretino aprenden el gozo de diversas posturas e inclinaciones; de Boccaccio y los demás aprenden a cortejar a la luz del día, en los campos, dentro de toneles y en los recovecos de las chimeneas; de Catulo y de los picaros griegos aprenden que *hay más de un camino para llegar al bosque*, así como que hay más de un bosque que cabe explorar de innumerables modos. Si se tiene ingenio y audacia, los descubrimientos no tienen fin y, si además leen, tienen a su disposición las investigaciones amorosas de la raza: los placeres de Catay, de los moros, de los turcos y de los africanos, así como los de los pueblos más inteligentes de Europa. ¿No sucede muchas veces así, señor? Cuando los hombres como nosotros nos enamoramos de una mujer, nos enamoramos de todas sus partes y aspectos; no podemos descansar hasta conocer con todos nuestros sentidos cada una de las partes más normales y más secretas de nuestra amada, y entonces hacemos rechinar los dientes por no ser capaces de rebasar el límite de su piel. Yo no soy un gran poeta como vos, señor, pero este mismo anhelo de que hablo lo transformé en cierta ocasión en poesía de la manera siguiente:

Dejad que pruebe el sabor
de las vuestras lagrimillas,
probar también el cerumen
de esas orejas divinas;
dejadme beber el vino
que vuestro cuerpo destila...

—¡Eh! ¡Pardiez! ¡Acabad antes de que me entren náuseas! —exclamó Ebenezer—. *¡El vino que vuestro cuerpo destila!* ¡Jamás había oído versos semejantes!

—¿Entonces no conocéis al maestro Barnes, el sonetista? El anhelaba ser el jerez que contenía el vaso de su amada, para que así ella pudiera removerlo con la lengua, calentar su sangre amorosa con él, y después, orinarlo...

—Hay algo de verdad en todo esto que me decís —admitió Ebenezer—. Además estoy dispuesto a reconocer que de no estar decidido a conservar mi castidad..., no, no os riáis, señor, es cierto, como os explicaré a su debido tiempo; de no estar decidido a conservar mi castidad, como digo, y si tuviera una amante, como el común

de los mortales, entonces sentiría esa ansiedad de que habláis por conocer a la mujer en todo aspecto posible, con la sola excepción del «vino de su cuerpo» y otros licores semejantes, que para los tragos que estoy dispuesto a dar, pueden seguir en su destilería. En esto no hay nada de antinatural: no es más que el ancestral anhelo del amante, del que habla Platón, ser un solo cuerpo con la amada, y en especial, tratándose de poetas, no hay de qué asombrarse, pues el amor y la mujer son con frecuencia el asunto de la poesía. Sin embargo, no es pequeño el salto que hay que dar para pasar de la Laura de Petrarca, o incluso de la hembra sedienta de Barnes, hasta vuestra gorda Porcia, aquí presente.

—Todo lo contrario, señor, no es preciso dar salto ninguno —dijo Tim—. Ya habéis defendido mi causa. Vuestro Sócrates tenía a Jantipa para que le calentara la cama, pero al mismo tiempo se dedicaba a retozar con un muchachuelo griego, ¿o no es verdad? Vos decís que las mujeres son frecuentemente el asunto de la poesía, pero en realidad el poeta canta al orbe entero en toda su plenitud: es su amante la creación divina toda, y a ella le profesa este mismo amor y curiosidad ilimitada de que hablamos. El poeta ama el cuerpo femenino —¡bien lo sabe el cielo!—, ama el pequeño espacio vacío que media entre los muslos, el cual busca para efectuar una dulce fricción, ahondando en él, y asimismo los hoyuelos que se forman en la base de la espalda no son ajenos a sus besos.

—¡Nadie pone en tela de juicio —dijo Ebenezer, a quien se le había vuelto a alborotar la sangre— que el cuerpo femenino es un prodigio digno de ser contemplado!

—Mas ¿ello os dejará ciego para la contemplación de la belleza del cuerpo masculino, señor? No tal, si tenéis los ojos de Platón o los de Shakespeare. ¡Qué hermoso es un hombre bien formado! La belleza del tórax, los firmes músculos de las pantorrillas y los muslos; las manos, tan nítidamente definidas, con los trazos de las venas y los tendones, mucho más gratas a la vista que las de la mujer; el vello del pecho, que ni los mejores escultores son capaces de reproducir, y lo más noble de todo: ¡su virilidad en reposo! ¡Qué contraste con la dulce ausencia de desorden propia de la mujer! A mi parecer, el defecto principal de los escultores griegos es que sus hombres de mármol tienen las partes que corresponderían a un niño pequeño: eso es arte pederasta, y yo abomino de él. ¡Cuán prodigioso hubiera sido que hubieran cincelado la verdad viviente, a la que los pueblos de la antigüedad solían rendir adoración: la esfera y la maza que simbolizan el poderío!

—También yo he admirado a veces a los hombres —dijo Ebenezer a regañadientes—, pero mi carne retrocede ante la idea del contacto amoroso. Lo cierto era que las palabras de su invisible interlocutor le habían recordado las indignidades que había padecido hacía más de tres meses en el castillo de proa del *Poseidón*.

—Entonces tanto más lamentable —dijo Tim con ligereza—, pues hay mucho que

decir de los hombres en verso. Diantre, a veces me gustaría poseer el don de la palabra, señor, o que algún poeta tomara posesión de mi alma. ¡Qué versos escribiría sobre los cuerpos de los hombres y de las mujeres! ¡Y también sobre el resto de la creación! —Ebenezer le oyó darle unas palmaditas a Porcia—. Grandes sabuesos de cuerpo sinuoso, yeguas lustrosas o vacas áureas... ¿Cómo pueden los hombres quedarse satisfechos con darle unas palmaditas a bestias tan hermosas? Yo, yo las amo desde los más hondos recovecos de mi alma. ¡La pasión me oprime dolorosamente el corazón por causa de sus cuerpos!

—¡Perversión, señor Mitchell! —le reprochó el Laureado—. ¡Os habéis alejado de la compañía de Platón y de Shakespeare, y de todos los demás caballeros también!

—Pero no de la humanidad —declaró Timothy—. Europa, Leda y Pasífae son mis hermanas; mi descendencia, el Minotauro, los dioses egipcios que tienen cabeza de animal, los hermosos príncipes y princesas de los cuentos de hadas, a los que es preciso amar bajo la forma de sapos, gansos y osos. ¡Yo amo el mundo, señor, y, por lo tanto, le hago el amor! Yo he depositado mi semilla en hombres y en mujeres y en una docena de animales de especies distintas, en los rugosos troncos de los árboles y en los úteros llenos de miel de las flores; yo he retozado encima del pecho negro de la tierra y la he abrazado con fuerza; yo he cortejado a las olas del mar, he impregnado los cuatro vientos y he lanzado mi pasión hacia el cielo, apuntando a las estrellas.

Era tan exaltada la voz que hacía aquella confesión que Ebenezer retrocedió, lo más discretamente que pudo, alejándose unas pulgadas del autor de la misma, del que empezó a recelar que estuviera loco.

—Es un punto de vista... sumamente interesante —dijo.

—Estaba seguro de que os agradaría —dijo Timothy—. Es la única manera de mirar el mundo propia de un poeta.

—Ah, bueno, yo no he dicho que compartiera vuestros gustos tan variopintos.

—¡Vamos, vamos, señor! —dijo Timothy, riéndose—. ¡No estabais dormido cuando entrasteis aquí diciendo Susie!

Ebenezer masculló un amago de protesta; por una parte no le gustaba que Timothy creyera que el Laureado de Maryland compartía su gusto vicioso por los animales, pero por otra parte no estaba dispuesto a revelar la verdadera razón de su presencia en el establo.

—Sois demasiado caballeroso como para importunarla ahora —prosiguió Tim.

Ebenezer le oyó acercarse y retrocedió un paso más.

—¡Fue un error de juicio! —exclamó, estremecido de vergüenza—. ¡Puedo explicarlo todo!

—¿Por qué? ¿Creéis que me propongo mancillar vuestro nombre, después de que habéis salvado a Porcia? Susan Warren me lo contó todo y yo le dije que os aguardara; os llevaré enseguida junto a ella y podréis pasaros la noche entera

refocilándoos. Se situó junto a Ebenezer antes de que éste pudiera echarse a correr y lo cogió del brazo.

—Sois más que amable —dijo el Laureado con aprensión—, pero no tengo el menor deseo de acudir. Es verdad que soy virgen, lo juro, a pesar de mis malas intenciones con respecto a Susan Warren; alguna pasión monstruosa y repentina se adueñó de mí, y ahora me siento sumamente avergonzado. —Una vez más recordó con amargura su actitud deplorable a bordo del *Poseidón*—. Gracias al cielo me he retrasado, de modo que la prudencia ha enfriado mi ardor, de lo contrario le hubiera causado un gran mal a ella y a mí mismo.

—¿Entonces es verdad que todavía sois virgen? —preguntó Tim con suavidad, oprimiendo con más fuerza el brazo del poeta—. ¿Y tenéis intención de seguir siéndolo pase lo que pase?

Hablaba con voz totalmente diferente de la que había empleado hasta entonces; al Laureado se le pusieron los pelos de punta y la sorpresa lo dejó tan vacío que no acertó a hablar.

—No resultaba fácil creerlo —agregó la nueva voz—. Por eso dije que la porquera esperaba.

—¡No doy crédito a mis oídos!

—Tampoco yo cuando Mitchell me habló del invitado que había para la cena. ¿Nos confiamos mejor a la vista?

El hombre apartó totalmente la cobertura del fanal: en medio del resplandor amarillento, que atrajo la atención de los cerdos, Ebenezer vio no a aquel «Peter Sayer» de barba y pelo negro que era el Burlingame de Plymouth —¡aunque aquello ya habría sido bastante increíble!—, sino al tutor de Saint Giles in the Fields y de Londres, bien vestido, cuidadosamente afeitado y con peluca.

22. EL LAUREADO NO GANA NINGÚN TERRENO QUE LO ACERQUE A SU OBJETIVO FINAL, PERO TAMPOCO LO PIERDE

—¡Me has engañado una, dos o tres veces! —exclamó el poeta—. ¿Es a Burlingame a quien tengo delante de mí en estos momentos o Burlingame es la persona a la que dejé en Plymouth? ¿O ambos sois impostores?

—En el mundo impera un clima propicio a la impostura —admitió Burlingame con una sonrisa.

—Estabas tan cambiado cuando te vi por última vez. ¡Y ahora vuelves a estar cambiado y recuperas tu aspecto primitivo!

—Eso ilustra lo que tantas veces te he dicho, Eben; tu Burlingame verdadero y constante sólo vive en tu imaginación, al igual que ocurre con el orden hacia el (que apunta el mundo. Lo que ves en realidad es un flujo heraclíteo: tal vez seamos nosotros los que experimentamos cambios, mutaciones y disoluciones, o acaso seas tú quien le muda, a sus lentes el color, el foco y el campo visual; o puede que sucedan ambas cosas. El resultado es el mismo, y tú puedes aceptarlo o rechazarlo.

Ebenezer negó con la cabeza.

—En efecto, eres el hombre a quien, conocí en Londres. ¡Sin embargo no puedo creer que Peter Sayer fuera una invención!

Burlingame se encogió de hombros, sujetando aún el fanal.

—Entonces di que después de aquello se ha afeitado barba y pelo y que, conforme a mi versión del caso *ya no finge tener este tono de voz* —aquellas palabras las pronunció empleando la voz que Ebenezer recordaba de Plymouth—. Si se ha de vivir en el mundo, amigo mío, es menester bailar al son que toque otro, o bien ser tú quien toque y que todo el mundo te siga.

—Por eso me repugna estar a ras de suelo —dijo Ebenezer riéndose—, aunque esta noche he estado a punto de caer.

Henry apoyó una mano en el hombro del poeta.

—Conozco la historia, amigo mío, y esa ramera te ha esquilado de momento. Pero más adelante recuperaré las dos libras que se ha llevado.

—Tanto da. —El poeta sonrió pesarosamente—. Sólo le di un anillo carente de valor, y bendita sea la hora en que Susan desbarató mis lascivos planes. —La mención de los mismos le recordó el reciente discurso que había pronunciado su amigo en la oscuridad, lo que le hizo ruborizarse y reír de nuevo—. ¡Fue para burlarte de mí por lo que fingiste esa pasión por una cerda y todo lo demás!

—¡Nada de eso! —dijo Henry—. Es decir, no le profeso ningún amor *especial*, pero la verdad es que es un bocado de gusto, pese a su edad, y más de una vez...

—¡Basta, te estás burlando de mí!

—Piénsalo que quieras —dijo Burlingame—. El caso, Eben, es que comparto tu punto de vista sobre la inocencia.

Ebenezer se quedó tan gratamente sorprendido de oír aquella confesión que rodeó a su amigo con ambos brazos; pero la respuesta de Burlingame consistió en un ademán tan significativo que el poeta profirió un grito de alarma y se retiró al instante, perplejo y dolido.

—Lo que quiero decir —prosiguió Henry jovialmente— es que hubo un tiempo en que yo también me aferré a mi virginidad, y por la mismísima razón que tú aduces en tu poema. Mas la perdí pronto, y así quedé comprometido con el mundo; fue entonces cuando juré, ya que había perdido la inocencia, adorar a la serpiente que me había engañado, y probar antes de morir el sabor de todas las frutas que crecen en el paraíso. ¿Cómo crees que conquisté a un santo como Henry More? ¿Y al espléndido Newton, a quien casi hice enloquecer de amor? ¿Cómo conseguí mi puesto junto a Baltimore e hice que el bueno de Francis Nicholson me comiera en la palma de la mano?

—Diantre, no irás a decirme que todos ellos son...

—No —dijo Henry, adelantándose a la objeción—. Es decir, ellos apenas se dan cuenta. Pero antes de cumplir los veinte sabía más de las pasiones del mundo que Newton de la senda que él mismo sigue por el espacio. Tras de mí dejaba un sinfín de *experimenta*. ¡Yo hubiera podido escribir mis propios *Principia* de la carne! Cuando Newton puso en órbita pesos e hilos, ¿sabían estos qué fuerzas los movían porque Newton así lo decidía? No más que este último sabía, o la misma Porcia, aquí presente (por no mencionar a otros), qué hilos nerviosos y amorosos resortes accionaba yo a fin de provocar la reacción que me apetecía.

El Laureado estaba suficientemente atónito por aquellas revelaciones, de modo que, antes de que las pudiera asimilar, Henry cambió de tema, sacando a colación otro, en apariencia más pertinente: sus travesías desde Plymouth por separado y la posición que cada uno de ellos ocupaba en aquel momento. Burlingame, según dijo, había engañado con éxito sucesivamente a los capitanes Slye y Scurry, haciéndoles creer que era John Coode, y bajo dicho supuesto los acompañó hasta Maryland, confirmando durante el trayecto que Coode estaba a la cabeza de una doble operación de contrabando de bastante envergadura: siguiendo las instrucciones del rebelde, numerosos patrones de barco transportaban, sin pagar arancel, tabaco desde Maryland hasta Nueva York, por ejemplo, desde donde los confederados holandeses lo comercializaban ilegalmente en Curasao, Surinam o Terranova; o bien los exportaban a las Barbados, donde era transvasado de unos grandes toneles o unas cajas de aspecto inocente e introducido de contrabando en Inglaterra; o bien lo transportaban directamente a Escocia. En los viajes de vuelta transportaban mercancías de puertos extranjeros y las llevaban directamente a Maryland, sirviéndose de un procedimiento

más sencillo: sobornar a los recaudadores locales con barriles de ron y cajas de productos manufacturados que escasearan.

—De esta manera —dijo Burlingame— es como Coode se gana una buena parte del dinero que precisa para sus ambiciosos planes de sedición, aunque sin duda tendrá otras fuentes de ingresos.

Luego afirmó que a juzgar por todos los indicios, el conspirador planeaba un *coup d'état*, tal vez antes de que transcurriera un año. Varios comentarios de Slye y Scurry dejaban pocas dudas al respecto, aunque no hablan dado pista alguna sobre el medio a utilizar para dar el golpe.

—¿Entonces cómo es que estás aquí y no a la puerta de Nicholson? —preguntó el Laureado—. ¡Debemos informarle!

Burlingame negó con la cabeza.

—No estamos seguros de su lealtad, Eben, a pesar de su aparente honradez. En todo caso, eso no le haría mantenerse más alerta de lo que ya está, por si surge algún problema. Pero déjame que acabe.

Burlingame le refirió cómo había desembarcado, abandonando subrepticamente el buque de Slye y Scurry en Kecoughtan, en Virginia, por si acaso el verdadero Coode se encontraba presente cuando arribaran a Saint Mary. Luego cruzó a Maryland bajo el disfraz que tenía entonces —o bajo su verdadera apariencia, si Ebenezer lo prefería así— hacía tan sólo unas semanas. Cuando preguntó en Saint Mary por el *Poseidón*, se enteró, para horror suyo, de que el Laureado había sido secuestrado por los piratas.

—¡Demonios, cuánto me maldije a mí mismo por no haberme hecho a la mar contigo! —exclamó—. Lo único que se me ocurría es que esos canallas habrían acabado contigo, por la causa que fuera...

—Por favor, Henry —le interrumpió Ebenezer—, ¿fuiste tú el que se hizo pasar por el Laureado algún tiempo después?

Burlingame hizo un gesto de asentimiento.

—Debes perdonarme. Sólo utilicé tu nombre en un escrito de protesta: pensé que habías muerto sin haber tenido ocasión de servir a tu causa, y lo mucho que Coode se iba a alegrar por ello. Entonces Nicholson afirmó que tenía la intención de trasladar el gobierno de la ciudad de Saint Mary a la de Anne Arundel, para eliminar el contagio papista, y algunas personas de Saint Mary firmaron un escrito de protesta. Vi el nombre de Coode en el mismo y agregué el tuyo con el fin de confundirlo.

—¡Mi querido amigo! —A Ebenezer se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ese acto tan simple estuvo a punto de significar mi muerte.

Atónito, Burlingame preguntó cómo, pero Ebenezer le pidió que concluyera su relato, tras lo cual él referiría la historia de su propia travesía, tan cuajada de acontecimientos, desde que zarpara de Plymouth hasta aquel momento en que se

hallaban juntos, sentados entre la paja.

—Poco más hay que contar —dijo Henry—. Han apartado tu baúl a la espera de que transcurra el tiempo legalmente previsto para ponerlo a la venta, pero yo me las he ingeniado para hacerme con tu cuaderno...

—¡Gracias sean dadas al cielo!

—¡Cuántas lágrimas he derramado leyendo tus poemas! En este momento lo tengo en casa, pero ni en sueños se me había ocurrido que volvería a ver a su propietario.

Estando aún en Saint Mary, dijo Burlingame, supo que Coode se había enterado de la gran superchería de la que había sido objeto y tanto se encolerizó que había apartado a Slye y Scurry del lucrativo contrabando que dirigía, a fin de castigarlos. De hecho, temeroso de las trampas que pudiera tenderle el espía desconocido, Coode se había visto virtualmente obligado a suspender temporalmente todas las operaciones de contrabando de tabaco que se llevaban a cabo en la provincia: los ingresos tabaqueros de Su Majestad jamás habían sido tan elevados.

—Yo sabía que ese bellaco tenía la necesidad imperiosa de encontrar una nueva fuente de ingresos —prosiguió Henry—, de modo que lo seguí tan de cerca como me fue posible. Así fue como descubrí al capitán Mitchell: es uno de los principales agentes de la sedición y su casa sirve con frecuencia de punto de encuentro entre los rebeldes.

—No me sorprende lo más mínimo, por lo que he oído —dijo Ebenezer, y entonces, de súbito, palideció—. ¡Pero Dios mío, si le he dado mi nombre y le he contado toda la historia de mi apresamiento!

Burlingame meneó la cabeza, asombrado.

—Eso me dijo cuando llegué, y eres la persona más afortunada de Maryland, lo juro. Os tomó a los dos por locos y os dio hospitalidad para que sirvierais de diversión a los invitados que tenía a cenar. Mañana os echará, y si llegara a sospechar de lejos que eres en realidad Eben Cooke, estoy seguro de que eso os supondría a los dos la muerte.

Volviendo a su historia, Henry habló de sus averiguaciones con respecto a Mitchell, que arrojaron como resultado dos informaciones valiosas: aquel hombre, que era el instrumento de un nuevo y siniestro plan de Coode, tenía un hijo, Timothy, al cual había dejado en Inglaterra hacía cuatro años al objeto de que concluyera sus estudios, y por lo tanto era desconocido en Maryland.

—Inmediatamente decidí hacerme pasar por el hijo de Mitchell: había visto su retrato colgado en la casa y no éramos tan distintos como para que la diferencia no quedara explicada por cuatro años dedicados al estudio y la bebida. Aún así, por razones de prudencia, falsifiqué el nombre de Coode en una carta que iba dirigida a Mitchell, en la cual se decía que Tim se encontraba al servicio de Coode y que venía

a casa de su padre con el fin de ejecutar un encargo de este último. Coode tiene siempre por costumbre dar órdenes crípticas, y no hay manera de dar con la intención que encierran. Me atuve puntualmente a lo que decía la carta y afirmé ser Tim Mitchell, recién llegado de Londres. Entonces importaba un pedo que el capitán creyera que yo era hijo suyo o bien un agente de Coode: cuando me lo preguntó, yo sonreí y aparté la vista y ya no me hizo más preguntas. Sin embargo, en qué consiste el plan, aún tengo que averiguarlo.

—A lo mejor guarda relación con el opio —sugirió Ebenezer, y cuando Burlingame le lanzó una mirada penetrante, dijo, a modo de defensa—: De eso se sirvió para labrar la desgracia de la porquera y también para asesinar a su esposa.

Ebenezer refirió brevemente la historia de Susan Warren, incluyendo la portentosa coincidencia de la presencia de Joan Toast y el noble sacrificio que había hecho Susan para salvarla. No obstante, a lo largo del breve relato, Burlingame no dejó de fruncir el ceño y mover la cabeza.

—¿No es algo rayano en lo milagroso? —inquirió el poeta.

—Poco más o menos —dijo Henry—. No es mi deseo ser más escéptico de la cuenta, Eben, ni dar al traste con tus esperanzas; concedo que esa mujer esté destrozada por causa del opio, y puede que todo lo que cuenta sea tan verdadero como el Evangelio. Pero allá junto al río se alzan un par de lápidas que están juntas; una reza *Pauline Mitchell* y la otra, *Elizabeth Williams*. Y te juro que el nombre de Joan Toast no ha sido mencionado en esta casa, al menos que yo lo haya oído. La única mujerzuela que yo sepa que corteja Mitchell es la propia Susie Warren, con la que todos nosotros también hemos retozado alguna que otra vez. Tampoco he visto por aquí ninguna ampolla de opio, aunque bien pudiera ser que se las entregara en secreto. A mí me parece que le ha oído hablar de Joan Toast a tu criado, que tiene la lengua bastante suelta. En cuanto a lo demás, no era sino un cuento para sacarte algo de dinero; cuando le salió mal se inventó ese sacrificio del que te habló, con la esperanza de que le fuera mejor la segunda vez. ¿No dijiste que estuvo en la cocina con tu criado durante toda la cena?

—Así fue —admitió Ebenezer—. Pero a mí me parece que ella...

—Ah, bueno —rio Henry—, entonces no te han engañado más que a Susan, en última instancia, y si Joan está aquí la encontraremos. Pero ahora háblame de tus aventuras. ¡A fe mía que has envejecido cinco años desde la última vez que te vi!

—Con causa justificada —dijo Ebenezer suspirando, y aunque seguía preocupado pensando en Joan Toast, refirió, lo más sucintamente que pudo, la historia de su encuentro con Bertrand a bordo del *Poseidón*, la pérdida del dinero por las apuestas de su criado, el mal trato recibido a manos de la tripulación y su captura por parte de Thomas Pound. A cada nueva revelación Burlingame movía la cabeza o emitía un murmullo comprensivo: a la mención de Pound lanzó una exclamación de asombro,

no sólo por la coincidencia, sino también porque ello implicaba que Coode gozaba del apoyo del gobernador de Virginia, Andros, el cual le había encomendado a Pound la vigilancia de la costa.

—Y, sin embargo, no es tan raro, la verdad —dijo, tras pensarlo mejor—. Ya no cabe decir que Andros y Nicholson se llevaran bien. ¡Pero mira que caer tú en las garras de Pound! ¿Seguía ese negro canallesco y enorme de Boabdil en su tripulación?

—Primer oficial —contestó el poeta, estremeciéndose—. ¡Santo cielo! ¡Cuántos horrores llevó a cabo a bordo del *Cyprian*! A esa misma mujer de que te hablé, a la que yo perseguí por la arboladura, casi la abre como si fuera una ostra. ¡Cuánto me alegré de que le contagiara la sífilis a ese bellaco!

—A punto estuviste de cogerla tú también —le recordó Burlingame con seriedad—. Y no sólo una vez, sino dos. ¿Has visto la irritación que tiene Susan en la piel?

—Pero tú mismo...

—He retozado un poco con ella —concluyó Henry—. Pero yo conozco más de una manera de retozar con las mujeres. —Admirado, se rascó la barbilla—. Había oído hablar de barcos de putas y creía que era una leyenda de los navegantes.

Ebenezer pasó a hablarle del trato efectuado entre Pound y el capitán Meech, reservándose para más tarde hablarle del diario secreto de John Smith. Acabó refiriendo la historia de la ejecución suya y de Bertrand, la supervivencia de ambos y el hallazgo de Drakepecker y Quassapelagh, el rey Anacostino.

—¡Esto es asombroso! —exclamó Henry—. Tu Drakepecker es un esclavo africano, no lo dudo, pero ese Quassapelagh ¿sabes quién es, Eben?

—Un rey de los piscataways, según dijo él.

—¡En efecto, alguien muy poco querido! El pasado mes de junio asesinó a un inglés llamado Lysle y fue puesto bajo la custodia del coronel Warren, en el condado de Charles. El tal Warren era todavía un leal amigo de Coode, pero por alguna extraña razón, una noche liberó al salvaje, por lo que fue degradado. Después de aquello no se supo más de Quassapelagh. Se decía que estaba intentando soliviantar a los piscataways para que se alzarán contra Nicholson.

—Eso sería espantoso, de ser cierto —dijo el Laureado—, pero debo hablar en favor de ese hombre, Henry; ojalá nuestros plantadores de Maryland fueran la mitad de nobles que él. Pero, aguarda, antes de que yo diga una palabra más, responde a esto: ¿qué has sabido de tu antepasado sir Henry Burlingame?

Burlingame suspiró.

—Nada que no supiera ya en Plymouth. ¿Te acuerdas de que te dije que habían enviado el diario a diversos papistas apellidados Smith? Pues bien, el primero de ellos era un tal Richard Smith, de aquí, del condado de Calvert, y ostenta el cargo de agrimensor general de lord Baltimore. En cuanto me establecí aquí y me presenté

ante Nicholson, emprendí la labor de recoger las diversas partes del diario, con el fin de que Coode y todos sus secuaces pudieran ser procesados. Pero cuando di con Dick Smith y le dije el santo y seña del gobernador...

—Te dijo que su parte la había obtenido Coode hacía tiempo por medio de alguna estratagema —dijo Ebenezer riéndose.

—¡No tiene gracia, qué diantre! Dick Smith había intentado ayudar a algunos amigos suyos que eran, papistas, nombrándoles agrimensores ayudantes, y tras la muerte del gobernador Copley, Coode vio la ocasión de fomentar una protesta papista que le permitiría atacar las propiedades de Smith. ¿Cómo te has enterado?

Ebenezer sacó del bolsillo las pocas páginas dobladas que conservaba del diario.

—¿Cómo no iba yo también a aprender a intrigar un poco teniendo un tutor tan maravilloso? Aquí no encontrarás nada legible, pero estas páginas pertenecen al documento del que hablas.

Burlingame las cogió con avidez y las acercó a la luz del fanal.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. ¡Apenas se conservan palabras!

—Del Diario de la Asamblea no —convino Ebenezer—. Le refirió luego cómo le había robado los papeles a Pound y cómo se los había llevado consigo tras saltar de la tabla de los piratas.

—Mala suerte para Maryland que hayamos perdido esta prueba —concluyó, y volvió a reírse al ver la contrariedad de Burlingame—. ¡Alegra esa cara, Henry! ¿Crees que me iba a esperar ni dos minutos con semejante presa entre mis manos sin leer el reverso?

—¡Loado sea Dios! ¡También has aprendido a burlarte!

Sin más preámbulos, aunque la noche casi había concluido, Ebenezer describió la historia secreta del viaje efectuado por el capitán John Smith para remontar la bahía de Chesapeake, y narró, con cierto azoramiento, todo el cuento de la voraz reina de Hicktopeake.

—¡Esto es de una excelencia sublime! —exclamó Henry al final—. Sabemos que sir Henry regresó vivo de la ciudad de Powhatan en compañía de Smith y que lo acompañó durante el viaje por la bahía. Lo que es más, conforme a lo que hemos sabido, se aborrecían y se deseaban mal; por otra parte en la *Historia General* de Smith no se dice ni palabra de Burlingame. ¿Crees que le daría muerte?

—Esperemos que no antes de que sir Henry hubiera engendrado un hijo —dijo Ebenezer—. En el mejor de los casos, su parentesco más próximo con respecto a ti sería el de abuelo. —Entonces recordó lo que Meech le había comentado a Pound (que de ser *él* Baltimore, repartiría el diario entre varios compinches que se apellidaran Smith)—. Lo habría recordado antes de no ser porque estoy medio muerto de sueño; puede que Pound no dijera nada, con lo enfadado que Coode estaba con él.

—O puede que sí, para redimirse un poco. —Burlingame se puso en pie y se

estiró—. En todo caso lo mejor que podemos hacer es irnos a descansar sin mayor dilación. Durmamos un poco ahora y por la mañana haremos planes.

Los deseos que tenía el Laureado de dormir fueron más fuertes que sus temores con respecto al capitán Mitchell. Burlingame y él recorrieron la soñolienta mansión y llegaron a la alcoba donde el segundo había estado a punto de perder la virginidad hacía unas horas. Bertrand no se encontraba allí.

—El primero a quien vi fue a tu Bertrand —dijo Henry— y apenas pude dar crédito a mis ojos. Cuando me dijo que estabas aquí lo mandé a dormir con los criados para que tú y yo pudiéramos hablar en paz. Por la mañana puede ir a Saint Mary en carreta con uno de nuestros hombres y reclamar tu baúl.

—Sí, muy bien —dijo Ebenezer, aunque sólo había oído a medias las palabras de Henry. No mucho antes, en el establo, se había sentido extrañamente molesto por la mención que hiciera su amigo de Bertrand, sin saber muy bien por qué; ahora recordó lo que el criado le había dicho tras el primer encuentro que tuvo con él a bordo del *Poseidón*, hacía ya casi medio año: que habían tenido lugar varios encuentros entre criado y tutor, de los que Burlingame no había dicho nada; que existía una relación entre éste y Anna (el recuerdo de la cual, comprensiblemente, resultaba de lo más desagradable a la luz de lo que Ebenezer había averiguado sobre las prácticas amorosas de su amigo).

Burlingame dejó en el suelo el fanal tapado y comenzó a desvestirse con el fin de acostarse.

—Lo más sensato, entonces, sería decirle a Bertrand que cruzara la bahía con el baúl y se fuera directamente a Malden. Es sólo cuestión de...

—¡Henry! —interrumpió el Laureado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan alarmado? —Burlingame se rio—. Vamos, hombre, no falta mucho para que amanezca.

—¿Dónde está el nombramiento que me dio lord Baltimore?

Por un momento Burlingame pareció sorprenderse; luego sonrió.

—¿Así que tu criado te ha dicho que lo tengo yo?

—No —dijo Ebenezer con tristeza—. Lo que pasa es que yo no lo tenía.

—Entonces no cabe duda de que se le olvidó decirte que se lo tuve que comprar —dijo Henry, malhumoradamente— merced a un soborno de cinco libras, con el único fin de salvaguardarlo hasta llegar a Maryland. ¡Cuánto me hubiera gustado que Slye y Scurry hubieran cogido a ese bribón cuando todavía lo tenía él! ¿No lo entiendes, Eben? ¡Ese papel garantizaba la muerte de su portador! Aun así, tu leal criado hizo una copia bastante buena, contándome que era para presumir en Londres... ¡A mí ni se me pasó por la imaginación que fuera a robarte el puesto cuando estuvierais en el *Poseidón*!

Burlingame puso la mano en el brazo del poeta.

—Querido muchacho, ya es muy tarde para disputas.

Pero Ebenezer se apartó.

—¿Dónde está oculto el papel?

Burlingame suspiró y se metió en la cama.

—En el océano, frente a las Bermudas, a cuarenta brazas de profundidad.

—¿Qué?

—Fue la única vez que Slye y Scurry me la jugaron. Les oí cuando tramaban registrar mi camarote en busca de unas joyas que ellos creían que el rey de Francia le había entregado a Coode; dispuse de una hora para acumular los papeles en los que figuraba el nombre de Coode y deshacerme de los demás. ¡No, no pongas esa cara de abatimiento! Hace mucho que te escribí otro, con la esperanza de que estuvieras vivo.

—¿Pero tú cómo puedes...?

—En calidad de agente de milord en tales asuntos —dijo Burlingame—. Se bajó de la cama y, sacando una llave del bolsillo del calzón, abrió un cofre que había en un rincón de la estancia. Con la ayuda del fanal seleccionó uno entre los diversos papeles que había en el cofre y se lo entregó a Ebenezer para que lo examinara. —¿Te deja satisfecho?

—¡Pero si es el original! ¡Me estás tomando el pelo!

Burlingame hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tiene dos semanas de antigüedad a lo sumo; podría hacer uno igual en cosa de cinco minutos.

—¡Entonces a fe mía que eres el mejor falsificador de caligrafías que hay en el mundo!

—Puede que lo sea, pero no me haces un honor excesivo en este caso. —Henry sonrió—. Fui yo quien redactó el original.

—¡No es posible! —exclamó el poeta—. ¡Yo mismo vi cómo lo redactaban!

Henry asintió.

—Me acuerdo muy bien. No parabas de enredar con los cordones de la vaina del espadín y casi te meas de pura alegría.

—Fue Baltimore en persona...

—Nunca has visto a Charles Calvert —dijo Burlingame—. Ni tampoco lo ha visto últimamente ningún desconocido que se haya allegado a su puerta sin haber sido convocado: una de mis obligaciones consistía en recibir a dichas personas y ocuparme de que se fueran. Cuando te anunciaron le rogué a milord que me permitiera disfrazarme como si fuera él, conforme acostumbraba yo a hacer con determinadas visitas. Era tan sólo cuestión de empolvase la barba y simular rigidez en las articulaciones... —Burlingame alteró la voz, haciendo que sonara exactamente igual que la que le narró a Ebenezer la historia de la provincia—. Imitar su voz y su caligrafía era un juego de niños.

Ebenezer no fue capaz de contener su decepción; los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vamos, vamos, ¿qué importancia tiene? —Burlingame se sentó en la cama junto a él y le pasó el brazo por los hombros.

—Por esa misma razón me hice pasar por Peter Sayer temporalmente: para velar por tus sentimientos. Además, Baltimore oyó cuanto dije y lo refrendó. Te juro que tu nombramiento goza enteramente de su bendición.

Henry abrazó a Ebenezer.

—Dime la verdad, Henry —exigió el Laureado, apartándose—. ¿Cuál es tu relación con Anna?

—Ah, de nuevo el amigo Bertrand —dijo con calma Burlingame—. ¿Tú cuál crees que es?

—Yo creo que estás secretamente enamorado de ella —le acusó Ebenezer.

—Pues estás en un error, no hay ningún secreto en ello.

—¿Nada de citas ni de encuentros secretos? Nada de decir *pichoncito mío* ni *palomita mía*.

—¡Mi querido amigo, contente! —dijo Henry con firmeza—. Tu hermana me hace el honor de corresponder a mi interés y, en consecuencia, tiene el buen sentido de no desear como invitados a la cólera de su padre y de su hermano. En cuanto a mí, yo la amo de la misma manera que te amo a ti, ni más ni menos.

—¿Ah sí? ¿Y qué manera es ésa? —preguntó el poeta—. ¿No debemos añadir también a la lista a Porcia, a Dolly la de El Rey de los Mares, a Henry More, y a los *rugosos troncos de los árboles*? ¿Por qué te echó mi padre de Saint Giles?

—Estás harto alterado —dijo Burlingame, aún sentado en la cama—. Déjame que te apacigüe.

Las lágrimas arrasaban las mejillas de Ebenezer.

—¡Hijo de Sodoma! —exclamó y se abalanzó sobre su tutor—. ¡Has acabado con la virginidad de mi hermana y ahora codicias la mía!

Aunque la altura y la iniciativa estaban de su parte, el Laureado no era rival para Burlingame, que era algo más recio, mucho más coordinado de movimientos e infinitamente más ducho en las artes del combate: en menos de un minuto tenía a Ebenezer inmovilizado boca abajo, encima de la cama y con un brazo retorcido por detrás.

—La verdad, Eben —dijo—, es que siempre os he deseado a los dos desde que teníais doce años, tanto era lo que os amaba. Lo que encolerizó a Andrew fue que se sospechó algo de ese amor, así que me echó. Pero yo te juro que por lo que a mí me concierne, tu hermana aún sigue siendo virgen. En cuanto a ti, ¿crees que no podría forzarte ahora si quisiera? Y, sin embargo, no lo hago, ni quiero hacerlo; la violación tiene sus alegrías, pero no vale tanto como tu amistad ni como el amor de tu hermana.

Henry soltó a Ebenezer y se tumbó, dándole la espalda. El poeta, impresionado por lo que acababan de decirle, no hizo ademán de renovar su ataque, ni siquiera de cambiarse de postura.

—¿Qué puede salir de un amor entre Anna y yo? —preguntó Burlingame—. No tengo bienes ni protección, ni siquiera familia. ¿Crees que desperdiciaría mi semilla con una cerda si pudiera darle un hijo a Anna Cooke? ¿Crees que andaría trotando por el mundo si pudiera tomarla por esposa? Me parece que tu amigo McEvoy dijo la verdad, Eben: ¿no sabes nada del mundo real!

El Laureado sintió instantáneamente verdadera lástima de la suerte de su amigo, pero como no sabía en qué medida debería sentirse ultrajado y como las revelaciones concernientes a Anna y lord Baltimore en realidad le hicieron sentir una especie de amarga melancolía, ni su lástima ni su cólera hallaron voz. A la luz de todo aquello no acertaba a ver cómo iba a ser capaz de volver a mirar a Burlingame a la cara, no digamos ya dormir en la misma cama que él. ¿Qué podrían decirse ahora? Se sentía indeciblemente engañado y molesto, lo cual era un sentimiento no enteramente desagradable. Con el rostro hundido en la almohada y los ojos humedecidos por la lástima que sentía de sí mismo, recordó uno de los sueños prodigiosos que había tenido cuando se encontraba sin sentido en el castillo de proa del *Poseidón*: Burlingame y Anna estaban juntos, saludándole desde la borda del buque, mientras él nadaba en el seno de las aguas tibias del mar en calma. La visión era tan conmovedora que Ebenezer se abandonó completamente a la misma; cerró los ojos y dejó que el mar le bañara cálidamente la espalda y las posaderas.

23. EN SU ESFUERZO POR LLEGAR AL FONDO DE LAS COSAS, EL LAUREADO AVISTA MALDEN, PERO LEJOS DE LLEGAR ALLÍ, A PUNTO ESTÁ DE HUNDIRSE ENTRE LAS ESTRELLAS

Ya había amanecido hacía tiempo cuando se despertó el Laureado: la débil luz del sol le dio en los párpados y él se sintió mortificado cuando comprendió que por vez primera desde su temprana infancia se había orinado en la cama. No osó moverse por temor de despertar a Burlingame y poner al descubierto su vergüenza. ¿Cómo ocultarlo? Pensó en derramar, como por accidente, el aguamanil sobre la cama, mas desestimó el plan por parecerle poco convincente. La única opción que le quedaba era ausentarse sigilosamente del lugar, puesto que en ningún caso podía seguir en tratos con su amigo, y ponerse camino de Malden por su cuenta, antes de que nadie despertara; pero, en primer lugar, le faltaba osadía para hacer algo semejante, y por otra parte, carecía de medios para procurarse comida y transporte para sí y para Bertrand.

Mientras tomaba en consideración y rechazaba aquellos posibles modos de actuar, Ebenezer se volvió a quedar dormido y ya estaba mediada la mañana cuando despertó.

Burlingame, en el ínterin, habíase vestido y marchado. Encima de la mesa donde estaban el aguamanil y la palangana había una pastilla de jabón, una navaja de afeitarse, un atuendo completo de caballero, incluidos zapatos, sombrero y espada, y —maravilla de maravillas— el libro mayor de cuentas adquirido en El Signo del Cuervo, en la tienda de Ben Bragg. El Laureado se regocijó de ver aquel regalo, y a pesar del susto y la decepción de la noche anterior, no pudo menos de sentir un cierto agradecimiento hacia su benefactor. Saltó de la cama, se desprendió de los harapos pegajosos e infectos que no se había quitado ni de día ni de noche desde que lo capturaron los piratas y se restregó con furia todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Entonces, aún sin afeitarse, no pudo resistir la tentación de volver a leer los poemas de su cuaderno, en especial, el Himno a la castidad que, tanto si Susan mentía como si no, veía realzada su significación merced a la mención que se hacía de Joan Toast, así como a la última aventura del poeta. Repitió una y otra vez las estrofas mientras se afeitaba, con una sensación de bienestar físico y espiritual crecientes. Hacía una mañana espléndida para volver a aquellas devociones, una mañana luminosa, clara y fresca, más propia del mes de abril que de aquella época del año. Allá se fue la barba y acá vinieron las ropas, que si no eran un prodigio de sastrería, al menos sí que eran de buena calidad. Excepción hecha de su rostro y manos, quemados por el sol, y de sus cabellos, un tanto enmarañados, era la vez que Ebenezer tenía más aspecto de

Laureado desde el día que se fue de Londres. Apenas podía esperar el momento de ponerse camino de Malden, sobre todo desde que cabía la posibilidad de que Joan Toast estuviera aguardándole allí.

Entonces se le contrajeron las cejas y las facciones le empezaron a temblar y retorcerse; aún persistía el problema de irse sin caer en manos del capitán Mitchell, así como la cuestión de qué actitud adoptar con respecto a Burlingame. Lo primero parecía infinitamente más sencillo que lo segundo, que resultaba complicado no sólo por su propia incertidumbre sobre cómo reaccionar ante las revelaciones de su amigo, sino también debido a la vergüenza que le hacía sentir el haberse orinado en la cama, rasgo de puerilidad en el que sin duda alguna habría reparado Henry. Asimismo contaba su gratitud por el regalo de las ropas. En realidad, cuanto más pensaba en las posibles actitudes a adoptar, tanto más confuso se le aparecía el problema. Ebenezer acabó por volver al alféizar de la ventana y se quedó contemplando distraídamente las lápidas gemelas que había a la orilla del río.

Al cabo de un rato oyó que alguien subía las escaleras y Henry en persona asomó la cabeza a la alcoba.

—¡Eh, señor Laureado, estirad las piernas, que si no os quedaréis sin desayunar! ¡Pero, bueno, si estás hecho todo un cortesano de Saint Paul!

Ebenezer se ruborizó.

—Henry, es mi deber confesar...

—¡Chisst! —le advirtió Burlingame—. Mi nombre es Timothy Mitchell, señor. —Se introdujo en la habitación y cerró la puerta—. Están esperando abajo, así que tengo que hablar deprisa. He mandado a tu criado a Saint Mary para que recoja el baúl: llegará a Malden antes que nosotros y allí te preparará las cosas. Ahora escucha: en el condado de Dorchester hay un tal Edward Cooke, un plantador de tabaco borracho y cornudo; hace dos años se quejó de los adulterios de su esposa en una demanda que presentó al gobernador Copley, y se convirtió en blanco de tantas burlas que se ha ahogado en alcohol. Le he dicho a Bill Mitchell que tú eres ese pobre desgraciado y que, de tanto beber, te ha dado por hacer de Laureado, y Mitchell me cree. Esta mañana compórtate como una persona sobria y avergonzada y no hay nada que temer. ¡Ahora date prisa!

Y sin darle al poeta tiempo para protestar, Henry lo llevó del brazo hacia las escaleras, aún hablando en voz baja y apremiante:

—Tu amiga la porquera se ha fugado y Mitchell está convencido de que va camino de Cambridge con el dinero que cree que le has dado. Yo tengo que coger un caballo inmediatamente, salir en su busca y traerla; lo que debes hacer tú es pedirle perdón y ofrecerte voluntario a acompañarme para ayudarme a buscarla, y así reparar tus pecados. Podemos reunir lo que falta del diario camino de Malden, y yo se lo entregaré a Nicholson a la vuelta. —Henry y Eben ya estaban cerca del comedor—.

Demonios, y ahora no te vayas a olvidar: yo soy Tim Mitchell y tú eres Edward Cooke, de Dorset.

Ebenezer no tuvo ocasión ni de asentir ni de protestar por el curso que tomaban los acontecimientos: se vio empujado hacia el interior del comedor, donde el capitán Mitchell y unos cuantos de los comensales de la noche anterior estaban desayunando con ron y una carne que Burlingame identificó como lonchas de osezno a la parrilla. Se quedaron mirando a Ebenezer, unos divertidos y otros con un cierto rencor, el cual, no obstante, al observar que era amigo de Timothy, no manifestaron abiertamente. Cuando los dos recién llegados se sentaron y sirvieron, Burlingame anunció a la concurrencia que ya le había dicho a Mitchell que su distinguido visitante no era Ebenezer Cooke, el poeta, sino Edward Cooke, el cornudo. La noticia ocasionó unos minutos de chacota, a continuación de los cuales Ebenezer pronunció un bonito discurso disculpándose por su impostura y por otras actitudes inadecuadas, ofreciéndose voluntario para ayudar a Timothy a buscar a la criada fugitiva.

—Como os plazca —masculló el capitán Mitchell, y le dio las últimas instrucciones a Burlingame—: Mira bien en dónde vive Ben Spurdance, Timmy. Es una guarida de ladrones y putas, y tal vez Susan haya vuelto a huir allí. Anda buscando juntarse con sus compañeros del arroyo ahora que se ha reunido el Tribunal de Cambridge.

—Así lo haré —dijo Burlingame con una sonrisa.

—Ten cuidado de no entretenerte por el camino y tráete aquí a la señorita Susan antes de que acabe la semana, porque quiero decirle un par de cosas. Voy a poner fin a sus borracheras y despedidas. ¡Vive el cielo! Cada vez que pasa un majadero por aquí, le da dos coronas después de echarle un vistazo a su espalda y tragarse las patrañas que cuenta, y luego soy yo el que tiene que pagar lo que cuesta volver a traerla a casa.

Le lanzaba al hablar unas miradas tan acusadoras a Ebenezer que, para regocijo de los demás invitados, el poeta se puso de color carmesí y acabó por ofrecerse a cubrir los gastos de la expedición de Timothy. Cuando el dilatado desayuno concluyó, Ebenezer se alegró mucho de poder levantarse de la mesa, aunque no le resultó posible contemplar con alegría la perspectiva de encaminarse hacia la orilla oriental en compañía de Burlingame. Una vez en la carretera, a solas con él, sería necesario dar con algún modo de resolver el problema que había quedado en suspenso debido a lo apremiante que había sido su primer encuentro de por la mañana, a saber: cuál sería su relación en el futuro. Que pudiera seguir manteniéndose como hasta entonces y que las revelaciones de la noche anterior no fueran discutidas eran cosas impensables.

Sin embargo, cuando poco antes del mediodía emprendieron viaje —Ebenezer a lomos de una añosa yegua ruana, propiedad del capitán Mitchell, y Burlingame

montando un brioso corcel castrado, de su propiedad—, no se le ocurrió ninguna táctica que tuviera el valor de emplear para así abordar la discusión, en tanto que Burlingame no mostró inclinación alguna a hablar de temas menos impersonales que el día tan impropriadamente caluroso que hacía si se tenía en cuenta la estación (fenómeno al que, según dijo, los colonos daban el nombre de «verano indio»), los colonos o los indios con que se cruzaban por el camino, o bien la meta de su ruta.

—El condado de Calvert está justo al otro lado de la bahía de Chesapeake, frente a Dorset —explicó—. Si zarpáramos de aquí en dirección este desembarcaríamos muy cerca del Puntal de Cooke. Pero lo que haremos será navegar un poco en dirección nordeste, hacia donde vive Tom Smith, en Talbot, justo más arriba de Dorchester; él es la persona que posee la siguiente parte del diario.

—Como mejor te parezca —repuso Ebenezer, y a pesar de su deseo de tratar las cosas abiertamente, se encontró, en cambio, hablando de Susan Warren, a quien, según dijo, estaba agradecido por haber roto el compromiso que tenía con él, y cuya huida en busca de su padre le suplicó a Burlingame que no estorbara. Burlingame estuvo de acuerdo en no buscar para nada a la porquera y cambió de tema, sacando a colación otro igualmente remoto de lo que más ocupada tenía la mente del poeta. Así prosiguieron viaje durante dos o tres horas, mientras iba atardeciendo; los caballos llevaban un trote despreocupado y a cada nuevo intercambio de comentarios ociosos a Ebenezer se le iba haciendo cada vez más difícil abordar el tema, hasta que, cuando llegaron a su punto de destino más inmediato —un embarcadero situado en la orilla del estuario de Chesapeake, colindante con el condado de Calvert—, éste se dio cuenta de que resultaría ridículo hablar entonces del asunto, así que suspiró y se prometió tratarlo con su tutor a primera hora de la mañana siguiente, si no lo hacía aquella misma noche a la hora de acostarse.

Burlingame contrató una pinaza para que los transportara a ellos y a los animales hasta Talbot, y efectuaron la travesía de diez millas sin incidencias. Cuando alcanzaron la anchurosa desembocadura del Choptank, que separa los condados de Talbot y Dorchester, Burlingame señaló un istmo cubierto de árboles, situado a casi dos millas de distancia a babor, y dijo:

—Si no me equivoco, amigo mío, aquel saliente de allá es el Puntal de Cooke, y Malden se encuentra entre aquellos árboles.

—¡Santo cielo! —exclamó Ebenezer—. ¡No me dijiste que íbamos a pasar tan cerca! ¡Por favor, déjame bajar a tierra ahora y reúneme conmigo cuando hayas terminado tu trabajo!

—Sería doblemente imprudente —respondió Henry—. En primer lugar, todavía no estás habituado a tratar con las gentes de la provincia, en tanto que yo sí; en segundo lugar, sería impropio que el Laureado y señor de Malden llegara allí solo y sin escolta, ¿no te parece?

—Entonces has de venir conmigo, Henry —suplicó Ebenezer, y la leve hosquedad de su voz, que había sido a lo largo de todo el día el único signo de su atribulamiento, desapareció definitivamente—. Puedes hacerte con el diario más adelante, ¿no es así?

Pero Burlingame hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso sería no menos imprudente, Eben. Todavía faltan por encontrar dos fragmentos del diario: uno, el que tiene Tom Smith en Talbot, otro, el que tiene William Smith en Dorset. A Tom Smith lo conozco de vista y sé dónde vive; podemos hacernos con su fragmento mañana y luego ir a Cambridge. Pero el tal William Smith, el de Dorset, me es de todo punto desconocido: el tiempo que tardemos en dar con él podría bastarle a Coode para matar y robar a los dos Smith. Además, en Oxford, donde desembarcaremos, hay un barbero que te cortará el pelo o te lo afeitará para que te pongas peluca. Yo lo costearé.

A tal razonamiento y largueza Ebenezer no fue capaz de poner objeciones, aunque se le cayó el alma a los pies cuando dejaron a popa el Puntal de Coode y pusieron rumbo al norte, remontando el río Tred Avon, que era de menor envergadura, hasta que llegaron a una aldea indistintamente denominada Oxford, Thread Haven o Williamstadt. Allí desembarcaron y visitaron primero al barbero prometido —al cual Ebenezer, obedeciendo un impulso de camaradería, le indicó que le cortara el pelo al modo que en la provincia se estilaba, en lugar de afeitárselo para poder llevar peluca — y luego, una fonda cercana al muelle, donde cenaron pato silvestre asado y bebieron cerveza, lo cual fue asimismo costeadado por Burlingame. Dando por supuesto que también dormirían allí, el Laureado adoptó la resolución de revisar todo el asunto de las relaciones de Henry con su hermana Anna en cuanto se retiraran a dormir, a fin de determinar de una vez por todas cuáles deberían ser sus sentimientos al respecto, pero el propio Henry desbarató aquella resolución al decir, después de cenar, que había luz suficiente para llegar a la casa de Thomas Smith, proponiendo que no perdieran tiempo en el asunto de ponerle las manos encima al fragmento del diario.

—Porque juro —dijo, limpiándose la boca con la manga de la chaqueta— que es una prueba tan comprometedora contra Coode que no se detendrá ante nada con tal de conseguirlo, ni se le escapará ninguna pista que pueda llevarle a localizarlo. Vayámonos.

Burlingame se levantó de la mesa y se dirigió hacia los caballos; hasta que no hubo recorrido la mitad del trecho que lo separaba de la puerta, no se dio la vuelta, viendo entonces que Ebenezer, en lugar de seguirlo, continuaba sentado delante del plato vacío, haciendo visajes, lanzando suspiros y chasqueando la lengua.

—Ah, entonces —dijo, regresando—, te encuentras muy turbado. ¿Es porque has estado muy cerca de tu propiedad y no has podido ir?

Ebenezer movió la cabeza de un modo que no era claramente afirmativo ni

negativo.

—Eso no es más que una parte, Henry, tú llevas un paso que no me concede tiempo para pensar las cosas como es debido. No puedo siquiera poner en orden la cabeza para conformar todas las preguntas que querría formularte, no digamos ya para explorar tus respuestas. ¿Cómo voy a saber qué es lo que debo hacer y dónde me encuentro?

Burlingame le pasó el brazo al poeta por encima de los hombros y sonrió.

—Lo que tú describes, amigo mío, ¿no es por ventura el sino del hombre? Merced a un deseo inconsciente es engendrado y en virtud de un esfuerzo inconsciente es expulsado del edén en manos del azar, un juguete de la naturaleza, que carece de metas..., un insecto que revolotea a merced del viento del caos.

—Malinterpretas lo que quiero decir —dijo Ebenezer, agachando la vista.

Burlingame no se dejó arredrar: le refulgía la mirada.

—No gran cosa, a lo que me parece. Una vez, mucho tiempo ha, estábamos los dos sentados como ahora, en una fonda cerca de Magdalene College, ¿lo recuerdas?, y yo dije: «Henos aquí sentados en una piedra que va dando bandazos por el vacío, corriendo en busca de la tumba». Es nuestro destino el buscar, Eben, y si indagamos en nuestras almas, lo que hallaremos es un fragmento de ese mismo cosmos oscuro del que hemos surgido y por el cual vamos cayendo: el viento infinito del espacio...

De hecho se había levantado un viento nocturno que batía contra la posada. Ebenezer se estremeció y se agarró al borde de la mesa.

—¡Pero hay tantas cosas sin resolver, tantas preguntas sin respuesta! ¡Me da vértigo!

—¡Pardiez! —Henry se rio—. Si lo vieras con claridad suficiente no te daría vértigo: ¡te volverías loco! Esta posada en la que nos encontramos parece una pequeña isla en medio de un mar de locura, ¿no es así? La naturaleza ciega aúlla en el exterior, pero aquí dentro reina la calma... ¿Cómo vamos a atrevernos a dejarla? Sin embargo, mira a tu alrededor y fíjate en estos hombres que cenan y juegan a las cartas como si el firmamento fuera el útero de sus madres. Me recuerdan a unas gallinas que una vez vi servir de alimento a una serpiente gigante en África: cuando la serpiente fulminaba a una, las demás se ponían a cacarear y a revolotear, pero un instante después estaban picoteando el suelo en busca de comida, o incluso se recostaban sobre la mismísima serpiente para acicalarse las plumas. ¿Cómo es posible que estos hombres no salgan a la calle dando voces enloquecidas de no ser porque tienen la mente embotada y presta al sueño? —Burlingame le dio un apretón en el brazo al poeta—. Tú sabes tan bien como yo que las obras humanas pueden ser magníficas; pero comparadas con lo que hay ahí fuera —hizo un gesto señalando al cielo—, es un trabajo de locos. ¿Quién ve las cosas con mayor claridad: la gallina que se acicala las plumas apoyándose en el lomo de la pitón o el lunático que tiembla en su celda?

Ebenezer suspiró.

—Sin embargo, no alcanzo a ver qué relevancia tiene esto; no guarda relación alguna con lo que yo había...

—¿Que no guarda relación? —exclamó Burlingame—. ¡Es la mismísima raíz y el tallo! Sólo dos cosas pueden salvar al hombre de la locura. —Señaló a los clientes de la posada—. Una, *el embotamiento de la mente*, que es con mucho la más frecuente: la verdad que vuelve locos a los hombres ha de ser buscada si se quiere encontrarla, y ella esquivo al cazador necio y al miope. Pero una vez que ha sido atrapada y contemplada, bien merced a la capacidad de penetración, bien merced a la instrucción recibida, el único recurso de quien la ha capturado es imponer su voluntad si no quiere que la verdad labre su ruina. ¿Por qué razón le das tú tanta importancia a la inocencia y a la poesía y yo se la doy a la búsqueda de mi padre y a luchar contra Coode? Es preciso conformar y atrapar cada uno su alma, y entonces asirla con firmeza, o si no, quedarse diciendo incoherencias en un rincón; cada cual ha de elegir a sus dioses y a sus demonios sobre la marcha, inscribir su propio nombre en el universo y declarar: «¡Este soy yo y el mundo es de tal manera!». Es necesario *afirmarse, afirmarse, afirmarse*, o de lo contrario salir gritando como un loco. ¿Qué otro camino queda?

—Queda otro —dijo Ebenezer ruborizándose—. Es el camino por el que yo huyo...

—¿Qué? ¡Ah, demonios, y tanto! ¡El estado en el que te encontré en la universidad! ¡A cuántos he visto así en el manicomio! ¡Con los ojos muy abiertos, sucios y ciegos frente al mundo! Algunos consumen la vida ejecutando un solo gesto, que repiten una vez tras otra, sin cesar; otros se quedan tan transfigurados que dejan las extremidades inmóviles allá donde otro se las ponga; hay otros aún que adoptan falsas identidades: Alejandro Magno, el papa de Roma, o incluso el Poeta Laureado de Maryland...

Ebenezer alzó la vista, sin saber a ciencia cierta si Burlingame se refería a él o a los impostores.

—El resultado de todo ello es —concluyó su amigo— que si quieres escapar a ese destino has de optar entre abrazarme o rechazarme, y otro tanto ocurre con el camino que nos vemos obligados a seguir, pese a las luces cambiantes bajo las cuales nos aparecemos, del mismo modo que tú te ves obligado a abrazar tu identidad como poeta y virgen, sin reparar en más, o bien descartarla y cambiarla por algo mejor. —Burlingame se puso en pie—. En cualquiera de los dos casos no buscamos una comprensión global... La búsqueda sería infructuosa y no hay tiempo para ella. Ahora, ¿quieres venir conmigo o quedarte?

Ebenezer frunció el ceño y entornó los ojos.

—Iré —dijo por fin, y se fue hacia los caballos sin Burlingame.

Hacía una noche agitada, mas no desagradable: un viento cálido y húmedo rugía hacia el sudoeste, formando espuma en el río, doblando los pinos como si fueran látigos y arrastrando nubes por entre las estrellas. Los dos hombres alzaron la vista para contemplar aquella noche espléndida.

—Olvídate de la palabra *firmamento* —dijo Burlingame, bruscamente, montándose en su caballería—, es una pantalla que te ciega la vista. Allá arriba no hay ninguna bóveda celeste.

Ebenezer parpadeó dos o tres veces; con la ayuda de aquellas instrucciones, por primera vez en su vida vio el cielo nocturno. Las estrellas habían dejado de ser puntos de un hemisferio negro suspendido sobre su cabeza como un techo protector; la relación que existía entre unas y otras ahora la veía en tres dimensiones, de las cuales la que sentía más hondamente era la profundidad. La longitud y la anchura del espacio que mediaba entre las estrellas le parecía en comparación baladí: lo que le sorprendía ahora era que unas se encontraban más próximas, otras más alejadas y otras inimaginablemente remotas. Vistas de aquel modo, las constelaciones perdían por completo el sentido que tenían; su carácter espurio se ponía de manifiesto, como también sucedía con la falsa presunción de que existía un navegante celestial, y Ebenezer se vio privado de orientación. Ya no era capaz de pensar en términos de arriba y abajo: las estrellas, simplemente, estaban *allá fuera*, tanto por debajo como por encima de él, y el viento parecía llegar ululando, no desde la bahía, sino desde el firmamento mismo, desde los corredores infinitos del espacio.

—¡La locura! —susurró Henry.

A Ebenezer se le revolvió el estómago; se tambaleó encima de la montura y se tapó los ojos. Durante un momento de vértigo, antes de apartar la vista, le pareció que se encontraba cabeza abajo, en la parte inferior del planeta, mirando a las estrellas, que estaban *debajo*, en vez de arriba; creyó que sólo a fuerza de apretar las piernas contra la cincha de la yegua ruana y sujetándose con fuerza al arzón con ambas manos lograría evitar caerse de cabeza por aquellos parajes inmensos.

24. LOS VIAJEROS OYEN HABLAR DEL SINGULAR MARTIRIO DEL PADRE JOSEPH FITZMAURICE, S. J., RELATO MENOS RELEVANTE EN APARIENCIA DE LO QUE RESULTARÁ SERLO DE HECHO

Hizo falta menos de una hora de viaje a merced del viento para que Ebenezer y Henry Burlingame llegaran a su punto de destino; recorrieron cuatro millas en dirección este desde la ciudad de Oxford y luego giraron hacia el sur por espacio de aproximadamente una milla, siguiendo una senda que avanzaba entre bosques y campos de tabaco, hasta que llegaron a una pequeña casa de troncos a orillas del arroyo Island, que al igual que el Tred Avon, algo mayor que aquél, era afluente del caudaloso Choptank.

—Aquí vas a conocer a un personaje singular —dijo Burlingame cuando se acercaban—. Es también una especie de Coode, pero está del lado de los ángeles. Un hombre de valía.

—¿Thomas Smith? —preguntó Ebenezer—. Creo que Charles Calvert no me contó nada... —El poeta se interrumpió y torció el gesto—. Es decir, nunca he oído hablar de él.

—No —dijo Henry, riendo—. Puede que no lo mencionara. Es jesuita hasta la médula de los huesos, y es seguro que su verdadero nombre no es Thomas Smith. Mas, a pesar de todo ello, es un buen sujeto, aficionado a la cerveza y a los caballos. Todos los viernes por la noche se echa sus buenos tragos en compañía del ministro Lillingstone (el mismo que me ayudó a robar las cartas de Coode hace dos años en el puerto de Plymouth); fue después de una de esas jaranas cuando entraron a caballo en la sede de los tribunales de Talbot, diciendo que era el palacio de Lambeth. Hay quien dice que este Smith vino del Canadá para espiar a favor de los franceses...

—¡Por vida de...! ¿Y Baltimore le confía el diario?

Burlingame se encogió de hombros.

—Estas gentes tienen lealtades más importantes que Francia e Inglaterra, me atrevería a decir yo. Sea como fuere, las pequeñas actividades de espionaje que Smith puede llevar a cabo en los alrededores son de gran valor, y además hemos podido comprobar sobradamente que es hombre de temple: el año pasado el gobernador Copley lo acusó de instigar una sedición, junto con el coronel Sayer, y se libró de que lo prendieran por muy poco.

La expresión *lealtades más importantes* le pareció inquietante a Ebenezer, pero aún seguía demasiado preocupado por sus propios problemas como para preguntarle a Burlingame si se refería a la causa de la justicia o, más bien, al catolicismo romano internacional. Ataron las cabalgaduras y Burlingame dio tres golpes secos, espaciados

entre sí, en la puerta de la cabaña.

—¿Sí? ¿Quién anda ahí?

—Tim Mitchell, amigo —dijo Burlingame.

—¿Tim Mitchell? He oído antes ese nombre. —La puerta se abrió lo bastante como para que el hombre que estaba dentro asomara una linterna, pero había una cadena fijada al quicio—. ¿Qué buscáis de mí a estas horas de la noche?

—Traigo una yegua extraviada a casa de su amo —replicó Burlingame, guiñándole un ojo a Ebenezer.

—¿Ah, sí? Es demasiada molestia para tan poca recompensa, ¿no os parece?

—En el cielo me darán lo que merezco, padre; de momento me basta con saber que *el hombre recuperará su yegua*.

Ebenezer había supuesto que Burlingame, por razones de delicadeza, hablaba alegóricamente de la huida de Susan Warren, pero al final reconoció el santo y seña de los jacobitas.

—¡Ajá! —exclamó el hombre que estaba en el interior, soltando la cadena y abriendo la puerta—. ¡En verdad que la recuperaré si es que la Compañía de Jesús no ha perdido por completo la maña! ¡Pasad, señor, tened la merced, pasad! No hubiera sido tan precavido de no ser porque veníais acompañado.

Una vez en el interior de la cabaña, Ebenezer observó que el anfitrión no era en modo alguno tan temible como lo daban a entender su profunda voz de bajo y la historia de sus hazañas: no medía mucho más de cinco pies; era de constitución menuda, y su rostro colorado —más teutónico que galo— tenía, a pesar de que el hombre frisaba los cincuenta, ese aire juvenil que suele ser distintivo del celibato. En cuanto a la cabaña, estaba limpia, y a excepción de una botella de vino que había encima de la mesa y de una hilera de barriletes que había en la repisa de la chimenea, estaba tan austeramente amueblada como la celda de un monje. A pesar de sus jaranas, el sacerdote parecía ser hombre de letras: en las paredes había más libros de los que el Laureado había visto en una sola habitación desde que se fuera de Magdalene, y en derredor de la botella de vino había esparcidos más libros, numerosos papeles y adminículos de escritorio.

—Este joven es el señor Eben Cooke, de Londres —dijo Burlingame—. Es poeta y es amigo mío.

—¡Un poeta, nada menos! —Smith estrechó con energía la mano de Ebenezer. Tenía la costumbre (sin duda, en parte, debido a su escasa estatura, aunque ello también sugería un cierto afeminamiento) de ponerse de puntillas y abrir mucho sus ojos azules para hablar—. ¡Es un placer muy poco frecuente, señor! ¿Y escribe versos *ad maiorem Dei gloriam*, como sería su deber?

A Ebenezer no se le ocurrió ninguna agudeza con que responder convenientemente a aquella chanza, pero Burlingame dijo:

—Más bien *ad maiorem Baltimorensi gloriam*, padre: Charles Calvert lo ha nombrado Laureado de Maryland.

—¡Mejor que mejor!

—Y en cuanto a su lealtad, no temáis por ella.

El sacerdote soltó una nueva carcajada.

—No temo, señor Mitchell, no temo por eso, pues hasta el mismo Satanás tiene sus lealtades diabólicas. Por lo que temo es por el *objeto* de su lealtad, no por la existencia de ésta.

Burlingame le instó a que aplacara sus temores, pero cuando expresó el propósito de su visita, mostrándole la autorización del gobernador Nicholson para que recogiera los preciados papeles, el rostro del jesuita siguió mostrando una cierta reserva.

—Guardo oculto mi fragmento del diario, desde luego —dijo—, y sé que sois agente de nuestra causa. Mas, ¿qué pruebas tengo de la infidelidad de vuestro amigo?

—Páreceme que mi cargo debiera ser prueba suficiente —dijo Ebenezer.

—De vasallaje sí, mas no de lealtad. ¿Estaríais dispuesto a morir en aras de nuestra causa?

—Ya ha estado muy cerca de ello —dijo Burlingame, y le refirió brevemente a su anfitrión la aventura del Laureado con los piratas.

—Tiene un aire de santidad, eso lo reconozco —dijo el cura—. La cuestión es sólo saber por qué causa estaría dispuesto a ser mártir, digo yo.

Ebenezer se rio, incómodo.

—Entonces confieso que no estaría dispuesto a morir por lord Baltimore, por más que estoy a favor de su causa y por mucho que abomine de la de John Coode.

El sacerdote alzó las cejas. Burlingame dijo inmediatamente:

—He aquí una respuesta adecuada, señor: un mártir es de utilidad cuando está muerto, pero vivo suele ser un estorbo para su causa —Henry adoptó un tono de burla—: por esa razón no hay mártires jesuitas.

—Así es en verdad, aunque un par sí que tenemos. Pero *nom de Dieu*, ¡excusen vuestras mercedes mi descortesía! ¡Siéntense y beban un poco de vino! —Con la mano les indicó la mesa y se dispuso a despejarla de papeles—. Correspondencia de la Compañía —explicó, reparando en la curiosidad de Ebenezer, y les mostró unas páginas de un documento elegantemente redactado en latín—. Me interesa la historia eclesiástica, y en la actualidad estoy escribiendo una relación de la misión jesuita de Maryland, desde 1634 hasta el día de hoy. Es, en sí misma, una *Ilíada* que se prolonga por espacio de sesenta años, lo juro, y la fortaleza no ha sucumbido aún.

—Es sumamente interesante —musitó Ebenezer. Era consciente de que su torpe comentario anterior no había sido bien recibido y estaba buscando el modo de enmendarlo.

El sacerdote sacó dos vasos del aparador y sirvió una ronda del vino de la botella

que había encima de la mesa.

—*Jerez*, de los viñedos polvorientos de Cádiz. —Acercó el vaso a la luz de la vela—. ¡Por Judas, fíjense vuestras mercedes, qué limpidez! Si el oportó es la sangre de Cristo, esto es el mismísimo licor del *Spiritu Sancti*. ¡A vuestra salud, señores!

Apurado el brindis, Burlingame dijo:

—Y ahora, padre, si estáis completamente convencido de nuestra lealtad...

—Sí, sí, lo estoy —dijo el cura, pero en cambio sirvió otra ronda y no hizo ademán de ir a buscar ningún documento oculto. En lugar de ello volvió a hurgar entre sus papeles como si estuviera preocupado por ellos, y dijo—: La verdad es que el primer mártir de América fue un sacerdote jesuita, el padre Joseph FitzMaurice; su historia desconocida es la que yo he reunido aquí.

Ebenezer fingió sentirse muy impresionado y dijo, a fin de agradar a su anfitrión:

—Se podría decir que la Compañía de Jesús va a la cabeza por lo que a santos y mártires se refiere, ¿no os parece? El santo y el ciudadano común pueden compartir los mismos principios morales, pero en tanto que el hombre normal, tras comprometerse, quebranta a cada paso su compromiso, el santo permanece fiel al mismo incluso más allá del umbral de la muerte. Lo que quiero decir es que el estado normal del hombre es la irracionalidad, mientras que los jesuitas famosos están más cerca de la santidad.

—¡Ojalá fuera sólido ese argumento! —dijo el cura, sonriendo con pesar—. Pero cualquier buen jesuita os puede demostrar que es un argumento equivocado. Vos confundís *racional* con *razonable*, por un lado, y lo que se predica con lo que se hace, por otro. La triste realidad es que nosotros somos la orden más razonable de todas, lo cual equivale a decir que solemos comprometer nuestros principios para poder alcanzar nuestros fines. Este santo varón, FitzMaurice, por ejemplo...

—... se encuentra entre los elegidos, de eso estoy seguro —interrumpió Burlingame—, pero antes de oír su historia, ¿no podríamos echarle un vistazo al...?

—No, no, no hay tanta prisa —protestó Ebenezer, interrumpiendo a su vez—. Tenemos toda la noche para recoger el diario, ahora que estamos aquí, y a mí me gustaría mucho oír esa historia. Tal vez valga la pena mencionarla en mi *Marylandiada*. —Ebenezer pasó por alto la mirada de contrariedad que le dirigió su amigo, cuya impaciencia le pareció que entraba en conflicto con el anfitrión—. ¿De qué manera murió ese buen hombre?

El sacerdote los miró a los dos con una sonrisa pensativa.

—La verdad es que el padre FitzMaurice fue quemado por hereje en un auto de fe con todas las de la ley.

—¿Qué me decís?

El padre Smith hizo un gesto de asentimiento.

—Me enteré de su historia en parte por los anales de la misión, que se conservan

en el Vaticano, y en parte, merced a las pesquisas que llevé a cabo entre los indios de los alrededores; el resto procede de rumores y conjeturas. Es una historia conmovedora, a mi entender, que pone de manifiesto tanto las debilidades como la fuerza de la santidad, en conformidad con lo que ha dicho el señor Mitchell.

—¡Un jesuita juzgado por la Inquisición y quemado! Vamos quedo, padre, he de oírlo de principio a fin.

Ya estaba la noche bastante avanzada y el viento seguía silbando entre los aleros de la cabaña. Ebenezer aceptó una pipa de tabaco que le ofreció su anfitrión, la encendió con la llama de la vela y se arrellanó, dando grandes muestras de encontrarse cómodo; pero el efecto de su actitud diplomática quedó sin duda alguna anulado por Burlingame, que se bebió el Tino de un trago y se sirvió otro hasta los bordes, sin esperar a que lo invitaran, amén de no molestarse en ocultar que no aprobaba el curso que tomaban los acontecimientos.

El padre Smith también se encendió una pipa y pasó por alto la conducta inadecuada de su invitado.

—En los archivos que tiene la Compañía de Jesús en Roma —empezó a decir—, se pueden encontrar las cartas anuales de la misión de Maryland. Dos sacerdotes y un coadjutor vinieron hasta aquí a bordo de los buques *Arca* y *Paloma*, con los primeros colonos, y otro sacerdote, junto con otro coadjutor, los siguieron antes de transcurrido un año. En la primera carta anual que fue enviada a Roma... —El padre Smith buscó en el montón de papeles que tenía ante sí—. Sí, aquí está mi copia. Leemos: *Dos sacerdotes nuestros fueron este año designados acompañantes de un cierto caballero que se fue a explorar tierras desconocidas. Con gran valor efectuaron una ingrata travesía marítima de unos ocho meses de duración, y ambos tuvieron grandes quebrantos de salud y accesos de enfermedad, y nos brindaron no poca esperanza de recolectar una grande cosecha, en regiones vastas y excelentes.*

—¿Hablan de Maryland? —preguntó Ebenezer—. ¿Por que no mencionan el nombre de su protector? Resulta un tanto desagradecido, ¿no os parece? —Se estaba acordando de cuando Charles Calvert (o, mejor dicho, Burlingame disfrazado) le describió las dificultades que había tenido el gobernador Leonard Calvert con aquellos primeros jesuitas.

—Nada de eso —le aseguró el sacerdote—. Sabían muy bien que Cecil Calvert era un católico cumplidor a carta cabal, bien que de mentalidad excesivamente liberal, pero era preciso ser muy cauto en todo, puesto que las fuerzas del anticristo estaban entonces aún más en alza que ahora, y los jesuitas vivían en peligro constante. Tenían por costumbre viajar de incógnito, o empleando pseudónimos, y hacían referencia a sus benefactores por medio de epítetos en clave, como *cierto caballero*. Aquel cierto caballero era George Calvert, no el primer lord Baltimore, sino el hermano de Cecilius y Leonard. Del mismo modo, Baltimore decía que el

nombre de Maryland guardaba relación con la reina Henrietta María, a pesar de que en realidad es una dedicatoria a la reina del cielo, como asimismo sucede con la ciudad de Saint Mary.

—¡No! ¿Es posible? —Ebenezer se sentía no poco preocupado por aquella alianza entre los Baltimore y los jesuitas, la cual le traía el recuerdo de los oscuros planes a los que Bertrand daba crédito—. Tengo entendido que fue el rey Charles quien le impuso el nombre de Maryland, después de que Baltimore hubiera propuesto aquel otro... —Se volvió hacia Burlingame, que miraba fijamente, con aire pensativo, al fuego—. ¿Qué nombre era, Henry? No me viene a la cabeza.

—*Crescentia* —replicó Burlingame, y agregó—: Aún sigue siendo tema de arduo debate entre los eruditos si el nombre guarda relación con la luna creciente de Mahoma o con el sacro creciente carnal de Príapo.

—¡Ah, Henry! —Ebenezer se ruborizó por causa de la grosería de su amigo.

—No importa —dijo el cura con indulgencia—. Sea como fuere fue un rasgo de cortesía por parte de Calvert el decir que había dado prioridad a la sugerencia del rey por encima de la suya propia.

—Entonces os ruego que sigamos con la historia, señor, que no volveré a interrumpiros.

El padre Smith volvió a depositar la carta en el montón.

—Los dos sacerdotes que hicieron el primer viaje llamábanse padre John Gravener y padre Andrew White —dijo—. El nombre del padre White es auténtico; él fue quien escribió esta excelente relación intitulada *Breve relación del viaje a Maryland*. El otro nombre era un pseudónimo del padre John Altham. Uno de los dos acompañó a George Calvert en el viaje del que acabáis de oír hablar en la carta, que tenía por objeto hacer una expedición a tierras de Virginia. Me parece que fue el padre White, pues era la persona más valerosa que jamás haya vestido sotana. Pero el otro, cuyo nombre no aparece en las cartas, era en efecto el santo de quien hablé: un tal padre FitzMaurice, que se daba a sí mismo los nombres de Charles FitzJames y Thomas FitzSimmons. Lo cierto es que jamás regresó de aquel viaje.

—Pero en la carta que habéis leído se decía...

—Lo sé..., para oprobio del autor. Fue sin duda con ánimo de impresionar a sus superiores de Roma por el éxito de la misión. El padre FitzMaurice fue el último de los tres sacerdotes que vinieron a estas tierras en 1634. Era un alma que, allá en Londres y en aquellos tiempos turbulentos, se entregaba con un celo excesivo a la obra de Dios, cuando mejor era llevar a cabo discretamente tal labor, de modo que, a instancias de sus superiores, se embarcó con destino a Maryland. Mas, ¡ay!, cuando llegó a Saint Mary el padre FitzMaurice se encontró con que la labor de sus hermanos iba casi exclusivamente dirigida a los plantadores, los cuales caían casi a diario en la apostasía. Además se sintió desilusionado por los piscataways del lugar, que lejos de

ser paganos, eran mucho más devotos de la única fe verdadera que sus hermanos ingleses. El padre White había convertido temprano al *tayac* de la tribu, conforme a nuestra estrategia habitual, y al poco tiempo toda la población salvaje se había puesto a confeccionar rosarios de roanoke. No es muy de extrañar que cuando George Calvert propuso su viaje de exploración, el padre FitzMaurice se ofreciera inmediatamente a acompañarlo. La intención declarada por Calvert era conocer la frontera oriental del condado palatino propiedad de su hermano, mas su verdadero fin era discutir en secreto la cuestión de la isla de Kent con el capitán William Claiborne.

—Recuerdo ese nombre —dijo Ebenezer—. ¡Era el padre espiritual de John Coodle!

—Tan cierto como Satanás lo es de Martín Lutero —convino el sacerdote—. El padre FitzMaurice se dio cuenta de lo escasas que eran las provisiones de George Calvert, así que pertrechó grandes reservas para sí; al margen del tiempo que durara la expedición, tenía el plan de vivir algunos meses entre los paganos más salvajes que encontrara, para entregarle nuevas almas al supremo señor propietario de todas las cosas.

—Eso está muy bien —dijo Ebenezer, dando su aprobación—. Y muy bien dicho. El cura sonrió en señal de reconocimiento.

—Aprestó un cofre de marinero y lo colmó de pan, queso, maíz desecado sin madurar, habichuelas y harina; en un segundo cofre guardó tres botellas de vino de consagrar y quince botellas de agua bendita para los bautismos; en un tercero llevó el cáliz, el copón y una losa de mármol para usarla como altar, y había un cuarto cofre, repleto de rosarios, crucifijos, medallas y diversas fruslerías y baratijas de oropel con las que apaciguar y persuadir a los paganos. Todo lo cargaron a bordo de una pinaza que tenía por nombre *Paloma* y el día cuatro de setiembre largaron velas rumbo al sur. Sin embargo, a media tarde, la pinaza efectuó un viraje y se dispuso a remontar la bahía de Chesapeake. Cuando el padre FitzMaurice preguntó la razón de aquello, le dijeron que meramente habían virado a barlovento, y como él no sabía nada de prácticas de barcos, no pudo decir más.

»Al ponerse el sol anclaron al abrigo de una isla de grandes dimensiones, a la que el guía piscataway llamó Monoponson, y George Calvert, isla de Kent. El padre FitzMaurice bajó a tierra en el primer bote y padeció una nueva contrariedad, porque ya estaba colonizada y había plantaciones de una orilla a la otra, amén de estar densamente poblada por hombres blancos, que eran gentes heréticas y bastante poco hospitalarias, pero en modo alguno paganas. Imaginaos cuál no sería su disgusto cuando Calvert le comunicó a sus gentes que aquél era su verdadero punto de destino, y que su auténtica misión consistía en negociar las diferencias entre lord Baltimore y el capitán Claiborne.

»No obstante, cuando el padre FitzMaurice le manifestó su enojo al padre White,

aquel buen hombre le recomendó que aceptase la situación. «Es nuestro deber hacer de la necesidad una virtud», fue lo que le aconsejó. «Si Claiborne comercia con salvajes, es lógicamente antecedente que hay indios en esta isla. ¿Quién puede entonces negar que nuestros pasos han sido guiados hasta aquí para mejora de estos mismos salvajes y para avance de la única fe verdadera? ¿No sería en efecto una impiedad, un rechazo de las instrucciones de Dios, no quedarse aquí y recoger nuestra cosecha entre los paganos?».

—He ahí un buen ejemplo de casuística —comentó Burlingame.

—Estaba bastante bien razonado —convino el cura—, pero el padre FitzMaurice no quiso saber nada de aquello, ni quería descansar hasta encontrarse entre auténticos indios salvajes. Los paganos que quedaban en la isla, dijo, ya estaban a medio convertir por los virginianos, aunque probablemente a alguna fe herética: la verdadera valía del misionero sólo se podía aquilatar entre los paganos puros e incontaminados que jamás le hubieran puesto la vista encima a ningún hombre blanco.

»El padre White continuó hablando, mas fue en vano, tan encolerizado estaba el padre FitzMaurice; por fin se retiraron en compañía de algunas de las gentes del barco, mientras los demás se quedaron en tierra, divirtiéndose. Al día siguiente no se halló rastro del padre FitzMaurice, ni tampoco de sus cuatro cofrecillos ni del bote que había amarrado a la *Paloma*. Tan sólo dejó un mensaje, junto al breviario del padre White: *Si pereo, pereo, A. M. D. G.* Jamás se le volvió a ver, y con el tiempo la Compañía lo dio por muerto y borró su nombre de los archivos. Nadie supo nunca adonde se fue remando ni cuál fue su suerte hasta que yo inicié mis indagaciones, hará unos quince años: entonces tuve la fortuna de conversar con un tal Tacomón, un viejo salvaje que había sido el rey de un poblado situado en el Puntal de Castlehaven, al otro lado del Choptank, justo enfrente de donde ahora estamos, y a él le oí referir un relato cuyo protagonista no podía ser sino el padre FitzMaurice...

»Tal como lo entiendo yo, el padre FitzMaurice se fue remando de la isla de Kent, dejó atrás la isla de Tilghman, puso rumbo al este, introduciéndose por la boca del Choptank, por casualidad o intencionadamente, y se encaminaba hacia la orilla cuando divisó el poblado salvaje. Mientras él remaba cara a popa, los indios tuvieron tiempo suficiente para avistarlo, y supieron que se trataba de un hombre blanco, así que el rey Tacomón, en compañía de varios de sus indios wisos, bajó a la playa a recibirlo.

»Cuando el desconocido puso pie a tierra, los salvajes repararon en que lucía una extraña túnica de color negro y que en el bote había pintada la imagen de un ave. Fueron aquéllos los dos detalles a los que me aferré cuando oía el relato, pues el bote de la *Paloma* ostentaba aquel emblema en la popa, y el padre FitzMaurice jamás se quitaba la sotana excepto para dormir. Además, aquel hombre llevaba cuatro cofres

de madera a bordo, y cuando llegó a la orilla se hincó de rodillas en actitud de oración, sin duda para darle las gracias a *María Stella Maris* por haber desembarcado a salvo. Los salvajes dieron muestras de un gran interés por todo aquello, y más aún cuando el padre FitzMaurice les hizo entrega de las bagatelas que llevaba en su cofre. Inmediatamente, Tacomón envió a un hombre al poblado, el cual volvió enseguida con un buen cargamento de pieles, acompañado del resto de los salvajes.

»El padre FitzMaurice se quedó encandilado, de eso estoy seguro, al ver la cantidad de paganos que, conforme cabía razonablemente suponer, jamás habían visto a un cristiano. Imagináoslo repartiendo por doquier fruslerías con la mano izquierda y con la derecha impartiendo bendiciones a quienes las recibían. Y, entretanto, así lo recordaba Tacomón, departiendo en una lengua que ninguno de aquellos hombres comprendía. Cargaban pieles en el bote, hasta que por fin el misionero cayó en la cuenta de que lo tomaban por mercader, a la vista de lo cual entregó a cada salvaje un crucifijo y, sin duda, trató de explicarles, por medio de signos, la Pasión de Nuestro Salvador.

»Al cabo de un rato, Tacomón, tras examinar atentamente el crucifijo, impartió órdenes a uno de sus wises, al tiempo que señalaba con el dedo la cruz. El hombre salió una vez más corriendo hacia el poblado y regresó con una pequeña caja de madera, y cuando los salvajes la vieron, cayeron todos postrados en la playa. ¿Se imaginaría el padre FitzMaurice que la caja contenía alguna reliquia sagrada de la tribu? Ya lo veo ensayando para sus adentros la hermosa ceremonia de arrojar al ídolo por tierra, como hizo Moisés al descender del monte Sinaí, y calculando cuánta agua bendita haría falta para bautizarlos a todos.

»Mas, ¡ay de él!, sus penalidades aún no habían acabado; lo cierto era que su poblado virgen lo había desflorado unos años antes un comerciante que pasó por allí, y lo que es peor, ¡era un hereje redomado, virginiano, para más señas! Tacomón no extrajo de la caja ningún becerro de oro, sino una Biblia de cuero, que por la parte anterior tenía un grabado de madera que representaba la crucifixión. Por la parte interior (pues yo mismo vi el libro) había una dedicatoria que rezaba: *A Su Alteza el Poderoso Príncipe Jacobo... para que la Iglesia de Inglaterra coseche sus buenos frutos*. El rey sostuvo el libro en alto para que lo vieran todos, ante lo cual los indios congregados cantaron de consuno y maquinalmente el *Te Deum* anglicano:

Te alabamos, oh, Dios, sabemos
que eres el Señor,
La Tierra toda te rinde adoración,
padre eterno...

»El pobre padre a punto debió estar de desmayarse; sea como fuere les arrebató dos o tres crucifijos a Tacomón y a sus caweawaassoughs, se subió al bote de un salto y no paró de persignarse hasta quedar fuera del alcance de sus flechas. En cuanto a

los indios, cuando vieron que él agitaba el puño en dirección a ellos, lo interpretaron como un gesto de despedida, al cual respondieron entonando una vez más su himno.

—¡Pobre infeliz! —dijo Ebenezer riéndose, e incluso Burlingame no pudo menos de sonreír y comentar lo dura que era la vida del santo.

—Cuando supe todo aquello de sus infortunios —dijo el sacerdote— no pude descansar hasta averiguar cuál fue su fin. Hice pesquisas por todos los confines de la provincia, pero especialmente en la parte sur del condado de Dorchester, pues supuse que al fallar su primer intento, seguiría remando en dirección sur en busca de paganos. Durante mucho tiempo mis esfuerzos no dieron fruto. Más adelante, no hace muchos años, trajeron a un indio para que fuera juzgado en el Tribunal de Cambridge, acusado de haber asesinado a toda una familia de blancos y, como casualmente yo tenía que hacer determinadas gestiones en aquella comarca, asumí el deber de confesar a aquel hombre de sus pecados. Se negó a recibir mis servicios y enseguida lo ahorcaron, pero durante nuestro inútil coloquio averigüé, de manera fortuita, el destino del padre FitzMaurice.

»El salvaje se llamaba Charley Mattassin. Pertenecía a una facción belicosa de los nanticokes, la cual hacía mucho tiempo que había emigrado a las tierras pantanosas de Dorchester. Se dice que aún viven allí, manteniendo un aislamiento feroz. El tal Charley era en realidad el hijo del *tayac*, y a pesar de que se había fugado con una ramera inglesa, la cual más tarde habría de contarse entre las almas a las que el salvaje dio muerte, profesaba un odio insuperable a los ingleses, sentimiento que, según él confesaba, había heredado de su padre, el *tayac*. A mí me mostró un desprecio singular cuando me acerqué a él portando agua bendita y un crucifijo, al objeto de administrarle el bautismo y la confesión: me escupió en la sotana y afirmó que en cierta ocasión su pueblo había quemado a un hombre como yo, tras ponerlo en una cruz. Yo entonces le pregunté si se refería a un inglés, pues jamás había oído hablar de aquel hecho. El replicó, en esencia, que no sólo era inglés, sino también, sacerdote y que llevaba un hábito negro, un crucifijo y un breviario, igual que yo, y que a pesar de su agua mágica no había sido capaz de enfriar el fuego que lo quemó. Y, lo que era aún más curioso, aquel sacerdote era el mismo abuelo de Charley, según dijo éste, y lo había mandado quemar el padre de Charley.

—¡Vive el cielo, esto es increíble! —exclamó Ebenezer.

El cura convino en ello.

—Cuando oí aquello me olvidé de mi santo cometido y le imploré que me contara más cosas. Responderé ante Dios por el alma de aquel indio, pero a fe mía que una buena historia bien vale una conciencia culpable, ¿no os parece? Además no puedo menos de pensar que Dios me había enviado allí para que la oyera, pues cuando la misma concluyó yo conocía con todo detalle las trágicas peripecias del padre FitzMaurice...

»Cuando aquel santo se fue de Castlehaven, quién sabe durante cuánto tiempo se dejaría ir a la deriva hacia el sur, ni cuántas veces acudiría en vano a la orilla. ¿Qué otra fuerza sino la del milagro hizo que se mantuviera a flote su embarcación durante horas y días enteros en las aguas procelosas de Chesapeake, hasta que acabó varado en las tierras de los crueles y salvajes nanticokes? Según me refirió Charley, que se sabía el cuento de memoria, pues a él se lo había contado su padre, el *tayac*, haría unos sesenta otoños que un terrible huracán arrasó los pantanos, arrastrando hasta el poblado indio una extraña embarcación. Dentro de la embarcación, como muerto, había un inglés vestido de negro, tal vez el primero al que le echaban la vista encima, y varios cofres con remaches de latón.

—¡Entonces no podía ser más que el padre FitzMaurice!

—Eso me dijo el corazón cuando lo oí —repuso el sacerdote—; sin embargo era una coincidencia tan prodigiosa que me costaba trabajo creerlo. No obstante, las siguientes palabras de mi informador despejaron toda duda: entre las gentes de su tribu existía una vieja creencia conforme a la cual los hombres de piel blanca son tan traicioneros como las víboras de agua, y habría que aniquilarlos nada más verlos. Mas tan insólito era el aspecto del recién llegado y tan extraña la manera en que llegó hasta los salvajes, que algunos de ellos recelaron de que no fuera un espíritu maligno que tenía la intención de causarles daño; y sus temores se acrecentaron cuando vieron que la sotana era negra como la nube de la tormenta y que en el travesaño del bote estaba representada la imagen de un ave.

»Pronto superaron el miedo, pues el hombre parecía hallarse indefenso, y mientras se encontraba aún semiinconsciente lo llevaron a una cabaña y le ataron los tobillos con tiras de cuero sin curtir. Entonces abrieron por la fuerza sus cofres y se engalanaron con crucifijos y abalorios. Cuando despertó el prisionero se hincó de rodillas y permaneció así durante un rato, con la cabeza agachada, para luego dirigirse a ellos en una lengua que les era completamente desconocida. Mientras los ancianos del poblado celebraban consejo para decidir qué hacer con él, los más jóvenes le dieron de comer y se quedaron a su alrededor, observando los gestos que hacía, que a ellos les parecieron sobremanera graciosos. El padre FitzMaurice vio los crucifijos que habían cogido del cofre y se pasó varias horas seguidas gesticulando, repitiendo siempre el mismo ritual, el cual, pese a que ni un solo salvaje lo entendía, fue tan del gusto de ellos que se pusieron a su vez a practicar aquellos gestos, los cuales luego transmitieron a las generaciones sucesivas. Incluso Charley Mattassin los recordaba, pues a él se los había enseñado su padre, y por lo que yo sé su tribu aún los sigue ejecutando allá en las tierras pantanosas de Dorset. EL primero, conforme me lo enseñó, era éste..., a ver qué opinión os merece.

Apartándose de la mesa, el padre Smith se señaló a sí mismo y, a continuación, con movimientos muy seguidos, le dio un tirón a su sotana, alzó el crucifijo, se

persignó, cayó de rodillas simulando orar, se levantó de un salto, extendió los brazos y alzó la vista imitando a Cristo crucificado.

—Me parece que su intención era mostrar su condición de sacerdote —dijo Burlingame.

—¡Sí! —convino, agitado, el Laureado—. ¡Cielos, parece una voz que sale de la tumba!

—Sin embargo, no es la mitad de inteligente que este otro —dijo el cura.

—¿Y eso? ¿Los salvajes recordaban aún más?

El padre Smith asintió con orgullo.

—El primero servía como mera identificación, pero *éste* es nada menos que la doctrina cristiana hecha signos. Primero se hacía así... —El padre alzó tres dedos, lo cual Ebenezer interpretó, acertadamente, que simbolizaba la Santísima Trinidad—. Luego así... —Tras señalar el primero de los tres dedos el cura se puso de puntillas y apuntó al cielo con la mano derecha cogiéndose con la izquierda la zona de los genitales.

—¡Rayos! —rio Burlingame—. ¡Me temo que se trata del Padre Celestial!

—¡Exacto! —dijo el cura, sonriendo beatíficamente.

A continuación, alzó a la par los dedos índice y corazón, y sucesivamente meció entre los brazos a un niño invisible y desplegó el crucifijo, representando inequívocamente al Hijo. Alzando luego el dedo anular junto con otros dos permaneció durante un momento postrado en tierra con los ojos cerrados, y entonces, clavando la mirada en el techo, se puso lentamente en pie mientras aleteaba con los brazos a fin de sugerir la Ascensión y representar al Espíritu Santo.

—¡Maravilloso! —aplaudió el poeta.

—¿Quedaba fuera de sus poderes representar la Inmaculada Concepción? —inquirió Burlingame.

El padre Smith no se inmutó un ápice.

—La fe mueve montañas —afirmó—. ¿Cómo podemos dudar de su destreza respecto de ningún artículo de la doctrina cuando un misterio tan sutil como el de la Trinidad se resuelve con tanta lucidez como se verá ahora? —Adelantando los mismos tres dedos de antes, el padre Smith los separó y juntó alternativamente.

—¡Bravo!^[28]

—Por supuesto —dijo— que fue un desperdicio de inteligencia absoluto, pues ninguno de los salvajes que allí estaba sabía lo que quería decir. Yo creo que seguramente se revolcarían de risa, y cuando el pobre sacerdote se cansara, le azuzarían con un palo para que siguiera adelante con la pantomima.

—Pero vuestro informador no pudo haberos contado esos detalles —dijo Burlingame con escepticismo—. Todas esas cosas sucedieron antes de su nacimiento.

—No pudo ni tuvo necesidad de hacerlo —repuso Smith—. Los salvajes son

todos muy parecidos unos a otros, bien sean indios, turcos o ingleses irredentos, y yo conozco las costumbres de los salvajes. Por esta razón de ahora en adelante hablaré adoptando el punto de vista del mártir, por decirlo así, agregando a las cosas que me contó Charley Mattassin mis propias conjeturas. Así la historia mejorará sin violentar los escasos hechos de los que los disponemos.

El padre Smith volvió a la mesa y sirvió una cuarta ronda de jerez.

—Digamos que los jóvenes se pasaron varias horas mofándose de él, imitando sus gestos y atormentándolo con palos, tras lo cual les entra una gran curiosidad por el color de su piel: uno le coge al sacerdote la mano con la suya propia, haciendo comentarios con sus compañeros en torno a la diferencia de color; otro se da palmadas en el estómago y señala la sotana del padre FitzMaurice, preguntándose si el desconocido tendrá el mismo color de la cabeza a los pies. Los demás se ríen de aquella ocurrencia, con gran indignación del curioso; éste alza el taparrabos de piel de ratón almizclero y formula una segunda conjetura, que sus hermanos hallan tan fantástica que se les iluminan los ojos con una expresión de regocijo. Dan en apostar —cuatro, cinco cordones de wompompeag— y por fin despojan al padre FitzMaurice de sus raídas ropas, para comprobarlo. *¡Ecce Homo!* Helo allí, totalmente desamparado y tembloroso; tiene el vientre tan blanco como el de una escorpiña, y aunque sus partes hasta entonces han estado tan ociosas como un libro de oraciones en el Vaticano, allá se ven sus poderes, sin que falte nada. El autor del desafío se fue con sus ganancias y el joven *tayac*, que no tiene más de treinta años, ordenó que se ponga fin a la diversión.

—¡Eh, alto ahí un momento, por favor! —protestó Burlingame—. ¡Nunca vi tanta inventiva!

—Más que tanta, santa —respondió, imperturbable, Smith, abriendo mucho los ojos al decir la gracia.

—Yo lo prefiero de esta manera —le dijo Ebenezer a su amigo con impaciencia—. Déjale que llene de carne el esqueleto de los hechos, para así urdir una historia.

Burlingame se encogió de hombros y volvió a quedarse mirando al fuego.

—Entonces las mujeres traen la cena —prosiguió el sacerdote—. Al padre FitzMaurice, que está desnudo y acurrucado encima de una esterilla, en un rincón, se le hace interminable, mas al fin la cena acaba. Las mujeres quédanse, circula el tabaco y a continuación viene una juerga general. El sacerdote observa aquello, avergonzado, mas con curiosidad, pues a pesar de su condición de jesuita, es también hombre, y además tiene la intención de escribir un tratado sobre las prácticas de los salvajes, si sale con vida. De momento, estos ignoran su presencia, y mientras aquellas gentes erradas se siguen divirtiendo, él se devana los sesos tratando de dar con la manera de hablar con ellos, a fin de dar principio al proceso de conversión.

»Llega un momento en que el joven *tayac* le dirige determinadas palabras a todo

el grupo, y varios salvajes se vuelven a mirar al sacerdote. Dos ancianos de pelo cano, embadurnados de pintura, salen de la cabaña y regresan con una pértiga tallada, de unos diez pies de longitud; en la base tiene una piel de mofeta y en la punta hay un ratón almizclero atado. Todos los presentes se arrodillan ante la pértiga y sus portadores se la acercan al padre FitzMaurice. El tayac señala con el dedo al ratón almizclero y habla en jerigonza, pero el tono imperioso no precisa traducción: es una requisitoria para que el padre haga algo similar.

»El padre FitzMaurice juzga el momento adecuado. Olvidado de su desnudez se pone en pie y agita la cabeza para indicar su rechazo. Entonces, una vez más, eleva el crucifijo, hace un enérgico gesto afirmativo con la cabeza y efectúa un movimiento como si fuera a derribar el ídolo. Esta vez el tayac se encoleriza, repite la misma orden en un tono más alto, mientras el resto de la gente aguarda sin moverse. Pero el padre FitzMaurice se mantiene firme: alza el dedo índice para dar a entender que la imagen del crucifijo es el único Dios verdadero, y llega al extremo de escupir a la pértiga sagrada. Al instante el tayac lo derriba de un golpe; los portadores del ídolo colocan la base de la pértiga sobre la nuca del sacerdote y le hunden el rostro en tierra, mientras el tayac entona un cántico solemne al que los demás responden dando voces.

—¡Pobre infeliz! —suspiró Ebenezer—. Mucho me temo que su martirio ya está cerca.

—Aún no —dijo el sacerdote—. Entonces, rápidamente, la cabaña queda despejada y al padre FitzMaurice lo dejan en el suelo, tembloroso. Al cabo de un rato una docena de doncellas salvajes entra en la cabaña; todas van adornadas con abalorios y pintadas con sanguinaria; extienden sus esterillas por el suelo y a juzgar por las apariencias parece que se disponen a dormir...

—No es ningún misterio lo que va a venir a continuación —comentó Burlingame—, si estos nanticokes son como los demás indios.

Pero Ebenezer, que no sabía nada de aquellos asuntos, le imploró al padre Smith que siguiera adelante con la historia.

—El padre FitzMaurice se siente infinitamente intimidado por la presencia de las doncellas —dijo el cura—, sobre todo porque las mismas mantienen, entre risas ahogadas y susurros, un coloquio cuyo objeto parece ser él. El padre toma nota mentalmente, para decirlo en un tratado, de que todas aquellas doncellas salvajes comparten una misma cámara, y se alegra mucho cuando por fin se extingue el fuego y la oscuridad viste su vergüenza.

»Mas su soledad no le ha de durar mucho: no lleva más de tres Ave Marías cuando una moza india, perfumada con grasa de oso y no más vestida que Eva se abalanza sobre él y le muerde en el cuello.

—¡Dios mío! —exclamó Ebenezer.

—El buen hombre forcejea, pero la doncella tiene fuerza y además él tiene un pie atado. Ella echa mano del cirio de la misa carnal y, *mirabile*, ¡cuanto más lo toca más crece aquél! El padre FitzMaurice empieza a decir *paternosters* a toda prisa, ahora más preocupado por preservar su propia gracia que por la de instituir la de sus tutelados. Pero en éstas andaba cuando, ¡zas!, la muchacha le corona el cirio con el apagavelas que los curas tienen el deber de rechazar, el cual, lejos de extinguir el fuego, lo aviva, dándole mayor luz y calor. En resumidas cuentas, en lugar de cumplirse su esperanza de ganar un converso, se ve a sí mismo convertido en menos tiempo del que hace falta para escribir un silogismo... ¡Y por añadidura queda bautizado, catequizado, recibido y ordenado!

Burlingame sonrió al ver lo absorto que estaba el Laureado en la historia.

—¿Te afecta eso de cerca, Eben?

—¡Bárbaros! —dijo el poeta, sintiendo lo que decía—. ¡Romper así sus votos sin tener culpa! ¡Cuánto debió de padecer su noble alma!

—No, señor —dijo el padre Smith—, os olvidáis de que tenía madera de santo y además era jesuita.

Ebenezer protestó, diciendo que no lo entendía.

—El examina los *pros* y los *contras* de su situación —explicó el cura—, y aduce cuatro argumentos sólidos para aliviar su conciencia atormentada. Para empezar, es costumbre de los misioneros prudentes hacer la vista gorda, al principio, ante cualesquiera costumbres curiosas que practiquen las gentes a las cuales van a convertir. En segundo lugar, el padre FitzMaurice está fomentando entre los paganos y él el clima de entendimiento necesario antes de que dé comienzo la conversión. Y tercero, es a fin de alcanzar este bien por lo que peca, y después de pensarlo ve que hay santos antecedentes, por ejemplo: ¿acaso el ilustre Agustín no había saboreado los múltiples refinamientos de la carne para así mejor conocer y apreciar la virtud? Y, por último, por si los argumentos anteriores tuvieran un aire de casuística, nuestro padre se encuentra atado y por lo tanto no puede elegir ser culpable. En resumidas cuentas, lejos de lamentarse por su desgracia, da en ver tras ella la mano de la providencia y se suma voluntariamente a la labor. El padre FitzMaurice se hace la reflexión de que si la cosecha está en consonancia con el afán que pone en arar, sería muy posible que en Roma lo eleven al obispado.

»Cuando poco después la doncella ha sido arada y allanada, el padre FitzMaurice ve que otra ocupa su lugar, y él no pierde la ocasión de aderezarla para la conversión, al igual que hiciera con la primera. Antes del amanecer, con la ayuda de Dios, ha convencido a todas las mujeres de la cabaña de la clara superioridad de la fe, y siendo así que en total son unas diez, cuando la última ha sido catequizada, él, exhausto, se queda dormido.

»No mucho después se despierta de buen humor: tanto ha adelantado en la

conversión de las mujeres que tiene la certeza de que hará progresos con los hombres. Y no parecen infundadas sus esperanzas, pues al poco hacen aparición el *tayac* y sus *cawcawaassoughs*, ordenándoles a las mujeres que salgan de la cabaña, tras lo cual cortan la cuerda que tenía al sacerdote por un pie. «¡Benditos seáis, amigos míos!», exclama. «¡Habéis visto cuál es el único camino verdadero!». Y les perdona la crueldad con que lo han tratado. Ellos lo levantan y lo sacan de la cabaña, y él se siente abrumado de alegría por lo que ve: el huracán se ha ido, y atravesando la nube última que aquél ha dejado tras de sí, el sol cae sobre una gran cruz de madera que han erigido en el centro del poblado, y los cuatro cofres del sacerdote, tan preciosos, se hallan al pie de la misma. El *tayac* señala primero el crucifijo del padre FitzMaurice y luego, la cruz de grandes dimensiones.

»«Eso es obra de Dios», dice el misionero. «El os ha mostrado el error en el que estabais y vosotros, a vuestra manera simple, le rendís homenaje». Conmoverido y agradecido, se arrodilla y eleva a Dios una plegaria, dándole las gracias, tanto por hacer que se cumpliera su divina voluntad con los paganos, como por haberle concedido a su indigno sacerdote los medios necesarios para que su divina voluntad se cumpliera con aquellas mujeres solteras. Entonces, ¡ay!, sus oraciones se ven interrumpidas por dos hombres fornidos que lo cogen por los brazos y lo conducen a la cruz. El padre FitzMaurice sonríe con indulgencia al ver su rudeza, pero ellos, en un santiamén, lo atan firmemente a la cruz por los tobillos, los brazos y el cuello, y luego amontonan astillas encima de los cofres que hay a sus pies. En vano grita el padre, pidiendo misericordia a la multitud que se va congregando. Cuando se dirige a sus novicias de la noche anterior, éstas se limitan a chasquear la lengua y observar la escena con interés: la ley de su país dice que cuando un hombre es condenado a muerte puede gozar de las mujeres solteras la víspera de la ejecución, y ellas se han limitado a cumplir con su obligación.

»Entonces llega el más noble momento de aquel alma grande. El *tayac* se dirige a él por última vez; en una mano lleva el ratón almizclero sagrado, en la otra una antorcha llameante, y le exige pleitesía por última vez. No obstante advertir que está perdido, el padre FitzMaurice hace acopio de sus últimas reservas de valor y una vez más le escupe al ídolo.

—Es portentoso que le quedara algo que escupir —comentó Burlingame.

—¡Al instante se eleva un grito y el *tayac* arroja la antorcha sobre las astillas! Los salvajes danzan y agitan ante él la pértiga sagrada (pues el hecho es que lo condenan por hereje) y las llamas ascienden, chamuscando la pintura rojiza que cubre a aquel buen hombre. El sabe que nuestras aflicciones son bendiciones de Dios disfrazadas, de modo que se hace el razonamiento de que al fin y al cabo no era su destino ser misionero, sino mártir. Eleva la vista al cielo y con su último aliento torturado dice: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen...».

Aunque carecía de inclinaciones religiosas, Ebenezer estaba tan impresionado por el relato que murmuró:

—Amén.

—Tal vez le hubiera resultado más fácil, ya que no menos caluroso, morir, de haber sabido el padre FitzMaurice que mientras él se estaba asando, tres criaturas se gestaban en los vientres de sus novicias. De las tres, una murió en el parto, otra fue abandonada en los pantanos, y la tercera, una vez núbil, fue la madre de mi informador, siendo el padre el mismísimo *tayac*. En cuanto a la misión jesuita, cuando por fin regresó George Calvert a la ciudad de Saint Mary, después de que sus negociaciones con Claiborne hubieran resultado inútiles, los demás sacerdotes tomaron la resolución de no informar a Roma de la defección de su colega en tanto no supieran más sobre su paradero. Con tal fin comunicaron, en la carta anual que leí antes, que los dos sacerdotes habían regresado con la expedición. Transcurrido un tiempo se oyeron rumores tan variados sobre el padre FitzMaurice que se decidió posponer indefinidamente el informe sobre su desaparición. Vinieron nuevos sacerdotes a la provincia; la obra de Dios avanzó con menos celo, si bien, con más estabilidad, y con el tiempo se olvidó el nombre de FitzMaurice.

El padre Smith hubiera dicho más, pero Burlingame le interrumpió para preguntar:

—¿Y cuál es vuestra opinión sobre él, padre? ¿Era un santo o un loco?

El sacerdote miró con sus ojos azules a quien le interrogaba.

—No es ésa una verdadera disyuntiva, señor Mitchell: el padre FitzMaurice era un loco de Dios, como lo han sido muchos santos antes que él, y lo más que se puede decir es que su manera de actuar no es la propia de la Compañía. Los misioneros muertos no obran conversiones, como tampoco los mártires vivos.

—Es verdad lo que se dice —afirmó Ebenezer— de que *hay más de un camino para llegar al bosque*.

—Entonces permitidme que os haga otra pregunta —insistió Burlingame—. ¿Qué manera de actuar es la que más congenia con vuestro carácter?

El padre Smith consideró la pregunta unos momentos antes de responder. Vació la pipa dándole unos golpecitos y revolvió entre los papeles de la mesa.

—¿Por qué lo preguntáis? —inquirió, por fin, aunque su tono daba a entender que ya conocía la razón—. No parece probable que nadie sea capaz de medir su capacidad para el martirio antes de enfrentarse a la posibilidad de elegir.

Al oír aquello Burlingame sonrió, pero su intención era inconfundible. Ebenezer se ruborizó, horrorizado.

—La verdad es que —prosiguió el cura—, casi no me atrevo a poner el diario en vuestras manos. La manera de actuar de Coode es infinitamente tortuosa, y vuestra autorización viene firmada por Nicholson, no por lord Baltimore.

—¡Ah, conque era eso! —Burlingame se rio sin ganas—. ¿No confiáis en Nicholson, que le debe el cargo a Baltimore?

—Es lo que le dije antes al señor Cooke —explicó el padre Smith—. Todo el mundo es leal, pero el objeto de su vasallaje, en el mejor de los casos, es algo aproximado. Así, el padre FitzMaurice demostró ser leal y entusiasta, y quería poner tales cualidades al servicio de la provincia, y otro tanto sucedía con los padres White y Altham, pero una vez aquí, aquel mismo entusiasmo fue causa de su defección; hasta entonces nadie supo que la meta que buscaba era otra. ¿Como podría expresarlo yo? —El sacerdote sonrió con nerviosismo.

—Muchos viajeros van juntos en la diligencia de Plymouth —apuntó Burlingame—, pero no todos tienen Maryland como punto de destino.

—¡Nuestro Laureado aquí presente no lo hubiera expresado mejor! Si yo pudiera ver una autorización escrita por lord Baltimore de su puño y letra, y firmada por él, que es lo que he de pedir, conforme a las instrucciones que tengo, entonces le entregaría el diario al mismísimo Calvino. No tengo más que decir.

Temeroso de las amenazas que pudiera formular su amigo, Ebenezer a punto estuvo de suplicarle al sacerdote que confiara personalmente en él, en calidad de Poeta Laureado de Charles Calvert, si es que no podía confiar en Nicholson ni en Burlingame; pero se abstuvo cuando se volvió a acordar, con no poco enojo, de que su nombramiento no era auténtico y, aun cuando lo hubiera sido, no habría podido permitir que lo examinaran.

El semblante de Burlingame adquirió una expresión nueva: se inclinó sobre la mesa y, acercándose a su anfitrión, sacó del cinturón un cuchillo con el mango recubierto de cuero, en forma de puñal, y a la luz de la vela recorrió el filo con el dedo pulgar.

—Había pensado que tal vez la nota del gobernador no fuera suficientemente convincente —dijo—; pero he aquí un razonamiento lo bastante agudo como para persuadir al jesuita más recalcitrante. ¡Tened la merced de traer el diario!

Aunque había previsto algún tipo de amenaza, Ebenezer se alteró tanto al ver aquella actitud que no fue capaz ni de quedarse boquiabierto.

El padre Smith miró fijamente el cuchillo con los ojos muy abiertos y se pasó la lengua por los labios.

—No seré el primero en morir al servicio de la Compañía.

Incluso a Ebenezer le pareció aquel comentario más un experimento que un desafío. Burlingame sonrió.

—¡La verdad es que sería de cobardes tener miedo de una puñalada limpia! Incluso el padre FitzMaurice tuvo peor suerte, por no decir nada de Catalina, que murió en la rueda de la tortura, o de Lorenzo, que murió en la parrilla. ¿Qué gano yo haciendo que os suméis a ellos? No estaría más cerca del diario de lo que lo estoy

ahora.

—Entonces, ¿es que tenéis en mente alguna índole de tortura? —musitó el padre Smith—. Nosotros, los cristianos, tampoco somos ajenos a eso.

—Muy señaladamente los miembros de la santa Iglesia Romana —dijo Burlingame con cinismo—, que han ideado lindezas que jamás se les hubieran ocurrido a los sarracenos. Sin apartar la vista del sacerdote, Burlingame procedió a describir, tal vez para que lo oyera Ebenezer, diversas formas de persuasión a las que recurrían los inquisidores: la estrapada, *la escalera*, *el potro*, *las tablillas*^[29], el garrote, la dama de hierro, el ladrillo caliente, la gehenna y otras suertes de tortura. El Laureado se quedó bastante impresionado por aquella enumeración, aunque la cuestión que seguía pendiente no le hacía sentirse más tranquilo. El padre Smith mantuvo una actitud glacial de principio a fin.

»No obstante, todo esto no son más que refinamientos para entendidos —afirmó Burlingame—. El que los inflige paladea el dolor de su víctima como un fin en sí mismo, no como un medio, y yo no tengo ni gusto ni tiempo para un juego semejante. —Todavía acariciando con el pulgar la hoja del cuchillo, Burlingame se alejó de la mesa (el cura, a su pesar, dio un respingo) y corrió el cerrojo de la puerta de la cabaña—. He visto a los piratas del Caribe hacerle a un hombre comerse sus propias orejas, por diversión; o hacer que un padre viole a su hija con una daga, pero cuando lo que buscan es una información veraz recurren a un método mucho más sencillo y prodigiosamente rápido. —Burlingame avanzó hacia la mesa, cuchillo en mano—. Dada vuestra condición de sacerdote, la pérdida no debiera causaros pesar; lo que os aflojará la lengua, señor, es la forma en que la pérdida tendrá lugar. Perder un tesoro de golpe es un gran revés, pero que se lo roben a uno joya a joya... ¿Es menester que diga más?

—¡Demonios, Henry! —exclamó Ebenezer, poniéndose en pie de un salto—. ¡No me puedo creer que tengas intención de hacer eso!

—¡Conque *Henry*! —dijo el sacerdote con voz turbia—. ¡Impostores al fin y al cabo!

Burlingame le dirigió una mirada ceñuda a Ebenezer.

—Tengo intención de hacerlo y tú me vas a ayudar. ¡Sujétalo fuerte hasta que encuentre una cuerda para atarlo!

Aunque el cura no dio muestras de ir a ofrecer resistencia, Ebenezer no era capaz de prestarse a tomar parte en aquel asunto. Seguía de pie, sin saber qué hacer.

—Ahora que sé que sois agente de John Coode —dijo el padre Smith—, estoy dispuesto a padecer cualquier sufrimiento. No os entregaré el diario.

Cuando Burlingame emitió un bufido y dio un paso más, el sacerdote cogió un abrecartas que había debajo de los papeles y retrocedió hacia una pared más alejada, y allí, en lugar de adoptar una actitud defensiva, colocó la punta del abrecartas a la

altura del corazón.

—¡Deteneos! —gritó, cuando Burlingame se le acercó—. ¡Un paso más y pondré fin a mi vida!

Burlingame se detuvo.

—Es mera farsa.

—¡Alto pues y dejad a un lado la mentira!

—¿Y creéis vos que vuestro Dios excusa el suicidio santo?

—No sé qué excusa Él —dijo el cura—. Yo sirvo a la Iglesia y sé muy bien que ellos pueden justificar mi acción.

Tras una pausa, Burlingame se encogió de hombros, sonrió y volvió a guardarse el *poignard* en el cinturón.

—*Pourquoi est-ce que je tuerais un homme si loyal à la cause sainte!*^[30]

La expresión de desafío del sacerdote se trocó en otra de incredulidad.

—¿Qué habéis dicho?

—*J'ai dit, vous avez démontré votre fidélité, et aussi votre sagesse; je ne me confie pas à Nicholson plus que vous. Allons, le journal!*^[31]

Aquella táctica desconcertó a Ebenezer no menos que al padre Smith.

—¡No soy capaz de seguir tu francés, Henry! —se quejó. Pero Burlingame, en lugar de traducir, se volvió hacia el poeta con el *poignard* y lo acorraló contra la pared.

—¡Enseguida lo vas a entender, majadero! —exclamó Henry, y le ordenó al sacerdote, que aún seguía desconcertado—: *Fouillez cet homme pour les armes, et puis apportez le journal.*^[32]

—¿Quién sois vos? —preguntó el sacerdote—. ¿Qué credenciales podéis mostrarme?

—*Parlons une langue plus douce* —dijo Burlingame sonriendo— *Je n'ai pas d'ordres écrits de Baltimore, et je n'en veux pas. Vous admettez qu'il ne soit pas la source seule de l'autorité? Quant a mes lettres de créance, je les porte toujours sur ma personne* —Se desabrochó la camisa y mostró las letras MC tatuadas en la piel del pecho—. *Celles-ci ne sont pas connues á Thomas Smith?*

—Monsieur Casteene? —exclamó el padre Smith—. *Vous étés monsieur Casteene?*

—*Ainsi que vous etés jesuite* —dijo Henry—, *et je peux faire plus que Baltimore ne rêve pour débarrasser ce lieu de protestants anglais. Vivent James et Louis, et apportez-moi le sacré journal!*

—*Oui, monsieur!* —dijo, encantado, el cura—. *Mais oui, j'apporterai le journal tout de suite!*^[33]

—Salió corriendo hacia un rincón y abrió con llave un arcón que tenía los remaches de hierro.

—En el nombre del cielo, ¿qué significa esto? —exclamó Ebenezer, presa de una duda angustiada.

—Lo que significa —dijo su compañero— es que yo no soy ese *Henry* por quien me habéis tomado, ni tampoco me llamo Timothy Mitchell. Yo soy monsieur Casteene.

—¿Quién?

—Vuestra fama no ha llegado a Londres, señor —dijo el cura desde el rincón, riéndose. Cogió un fajo de manuscritos del interior del arcón y le lanzó una mirada de desprecio al Laureado.

Monsieur Casteene es conocido a lo largo y ancho de la provincia como el gran enemigo de los ingleses. Fue gobernador del Canadá y ha luchado contra Andros y contra Nicholson en Nueva York.

—Hasta que mis amigos ganaron el favor del rey Louis y acabaron conmigo —dijo el otro con acritud.

—Después de lo cual, monsieur Casteene se refugió entre los indios —prosiguió Smith—. Vive entre ellos y ha tomado por esposa a una mujer india...

—A *dos* mujeres indias, padre Smith: es un pecado que Dios me perdonará como recompensa por la masacre de Schenectady.

—Había oído decir que os encontrabais en la casa solariega del coronel Hermann, en el condado de Cecil —dijo el cura—. ¿Es posible que también el coronel Hermann sea algo más que un hombre de Baltimore?

—Si se tiene fe, todo es posible; al menos él negó mi presencia y dijo no saber nada de los indios desnudos.

—¡Entonces tengo delante a un par de traidores! —exclamó Ebenezer—. ¡Sois un traidor —dijo, dirigiéndose específicamente a su compañero—, y yo os tomé por mi querido amigo Burlingame! ¡Así se explican tantas discrepancias!

El hombre del cuchillo soltó una carcajada seca y burlona, y extendió una mano para que el padre Smith le entregara el diario.

—*Permettez-moi regarder ce livre merveilleux pour lequel j'ai risqué ma vie.*^[34]

El sacerdote se lo entregó entusiasmado y entonces, sin vacilar, Burlingame le propinó tal golpe en la nuca que aquél cayó al suelo sin sentido.

—No creí que fuera tan necio. Busca una cuerda con que atarlo, Eben. Vamos a ver qué hay por aquí antes de retirarnos.

25. NUEVOS FRAGMENTOS DE LA *HISTORIA SECRETA DE LA TRAVESÍA DE LA BAHÍA DE CHESAPEAKE*, ESCRITA POR EL CAPITÁN JOHN SMITH: DEL DESCUBRIMIENTO DE DORCHESTER Y DE CÓMO EL CAPITÁN PUSO PIE POR VEZ PRIMERA EN AQUEL LUGAR

—Vamos, átaló —repitió Burlingame, desplegando el diario encima de la mesa—. Ya ha empezado a moverse. —Mas como viera que Ebenezer seguía estando demasiado desorganizado como para hacer nada, él mismo cogió una cuerda y ató al cura de pies y manos—. ¡Por lo menos ayúdame a ponerlo en una silla!

Cuando revivió, el padre Smith hizo una mueca de dolor, pestañeó y luego lanzó una mirada hostil en dirección al diario. Logró hablar antes que el poeta.

—¿Entonces, quién sois? ¿John Coode?

Burlingame se rio.

—Tan sólo, Tim Mitchell, como manifesté al principio; soy amigo leal de Baltimore, aunque no del rey Louis ni del papa. Ahora tenéis tortícolis por vuestra falta de fe, amigo mío.

A Ebenezer, cuyas turbulentas facciones revelaban la persistencia de sus dudas, le explicó luego que desde el año 1692; habían corrido abundantes rumores sobre la presencia del legendario monsieur Casteene cerca de la frontera con Pensilvania. El coronel Augustine Hermann, que tenía una casa solariega llamada *Bohemia* en el condado de Cecil, había desmentido la presencia de Casteene, así como la de los llamados *búhos asesinos* o *indios desnudos*, una tribu del norte, pero tan extendido estaba el temor de que los franceses, coaligados con los indios, llevaran a cabo una masacre generalizada —sobre todo teniendo en cuenta las reiteradas negativas por parte de Maryland y Virginia a acudir en ayuda del acosado gobernador de Nueva York, Fletcher, así como la desconfianza recíproca que se profesaban los gobiernos de las distintas provincias—, que los rumores persistieron, dándose crédito a una serie de detalles de índole sumamente extraña en torno a la leyenda de Casteene, como aquél de que tenía un monograma tatuado en el pecho.

—Esta tarde, en Oxford, me grabé estas letras con el puñal —dijo, concluyendo y mostrándolas una vez más a la luz de la vela—. ¿Te das cuenta de lo recientes que son? ¡Esta baza no la hubiera jugado a plena luz del día!

Ebenezer se sentó débilmente en una silla.

—¡Voto a tal! ¡Cómo me has alarmado! ¡No sé quién eres de una hora para otra!

—Ni tampoco debieras intentarlo. Sirve otra ronda de este vino admirable y reflexiona acerca de lo que te dije en la posada hace unas horas. —Burlingame le dio

una palmada en el hombro al sacerdote—. Poco agradecido es el huésped que ata a su anfitrión a una silla y lo deja así toda la noche, pero no queda otro remedio. Por otra parte, vos estabais dispuesto a morir por esta causa y se trata de un martirio ni la mitad de terrible que la castración, *n'est-ce pas?* —Henry se rio de la expresión de asco que puso el cura y, una vez servido el vino, los invitados iniciaron juntos la lectura del reverso (que en realidad era el anverso del original) del preciado documento:

Tras haber recibido tan cordial trato [*así daba comienzo aquel fragmento de la historia*] por parte de los salvajes de Accomac, así como también por parte de los del río llamado Wighcocomoco, hicímonos de nuevo a la mar...

—Se refiere a la ciudad de Hicktopeake —se adelantó a decir Ebenezer, aunque estaban hasta tal punto encontrados los sentimientos que albergaba hacia su antiguo tutor que habló con suma timidez—, «el Rey Riente», de quien ya te hablé. De los demás indios nada sé.

—En Maryland hay dos ríos que reciben el nombre de Wicomico —dijo Burlingame con aire pensativo—. Uno está cerca del condado de Saint Mary, en la orilla occidental, y el otro al sur del condado de Dorchester. Me parece que se refiere al último, si es que fue costeando bahía arriba, desde Accomac.

... debido empero a la carencia de agua dulce, al cabo de dos jornadas vime obligado a buscar tierra, con el fin de renovar nuestras reservas. Hallamos unas islas completamente deshabitadas y muy numerosas, de tierras altas que caían sobre la mar.

—Puede ser que recalara en los acantilados de Calvert —sugirió Ebenezer, acordándose de su isla de las siete ciudades—. Sigamos leyendo.

Luego de haber descendido a la orilla, hallamos una charca de agua dulce, que estaba sobremanera caliente. Estábamos empero tan sedientos que pese a mis consejos contrarios a ello, y aun sabiendo que el agua era de dudosa turbiedad, nada quisieron mis gentes saber, sino colmaron las barricas y del agua aquella bebieron hasta que las tripas les rebosaron. Desto habrían de lamentarse, mas volveré luego sobre ello.

Desde el Wighcocomoco hasta aquel lugar no hay por la costa sino las quebradas islas de Moras, cuya anchura será de una o dos millas y otras diez o doce la longitud; dichas islas son sucias e pestilentes en razón de las aguas estancadas que allá hay. Añádase a lo qual que el aire está infestado de nubes de mosquitos que al hombre le succionan la sangre como si jamás hubieran yantado. No es en verdad un país y nadie sino los salvages...

—Esta descripción concuerda con un solo lugar —dijo, riendo, Burlingame, que leía el fragmento en voz alta—. ¿Lo conocéis, padre?

Y el sacerdote, cuya curiosidad histórica se había despertado a pesar de las circunstancias en que se encontraba, hizo un rígido gesto de asentimiento.

—Las tierras pantanosas de Dorset.

—Sí —confirmó Burlingame—. Las islas Hooper, la isla de Bloodsworth y el pantano Sur. Ahí tienes un bocado para tu poema épico, Ebenezer: el primer hombre

blanco que puso el pie en el condado de Dorset.

Ebenezer hizo un gesto mecánico de reconocimiento, observando, sin embargo, que por el momento el capitán no había bajado a tierra y era posible que pasara de largo por delante del condado. Se mostró menos petulante cuando le respondió el sacerdote, el cual manifestaba un gran interés por el documento, así como una gran contrariedad por no haber reparado antes en su existencia, y en atención a él, Ebenezer leyó el resto en voz alta.

Luego de habernos refrescado de tal guisa, ello a pesar de mis advertencias, en dirigiéndose a otras islas hallamos los vientos e las aguas grandemente acrecidos y aderezado el aire con truenos, relámpagos y lluvia, y por más que toda mi soldadesca y con ella arrizamos y recogimos el velamen y los cabos, por la borda fuéronse mástil y velas. Tan poderosas olas zarandeaban nuestra pequeña embarcación que, usando de una gran persuasión, induje a nuestros caballeros a que se ocuparan de liberar las aguas dando empleo a sus sombreros, pues de otro modo habríamos ido a pique y naufragado. Anclamos, pues, no hallándonos vecinos a lugar ninguno que nos brindara puerto seguro, y así permanecemos dos días aciagos, mientras las ráfagas nos sacudían, no teniendo por ende alimento que llevarnos a la boca, sino aquellas aguas envilecidas de las barricas.

Las tales aguas, las quales mis hombres ingirieron en contra de mis avisos, resultaron en efecto ser inmundas, pues tras haberse saciado su sed con ellas, la compañía toda viose grandemente cogida de las entrañas, aflojándoseles la vejiga y sobreviniéndoles tal debilidad que viéronse precisados de hacer aguas y evacuar los traseros. Poco hicieron mis hombres en todo el día y en la noche toda, mientras nos manteníamos al paio, sino fue ensuciarse sus personas. Al cabo, en templándose la temperatura, bien que seguía haciendo un tiempo tormentoso, ordéneles a todos y cada uno dellos despojáranse de los sus calzones, los quales tenían tan encagarrinados que no había modo de rescatarlos, e indíqueles que a los pejes los arrojaran.

Ellos así lo hicieron, mas profiriendo grandes quejas, muy señaladamente mi rival Burlingame, que no pierde ocasión de sembrar las semillas del descontento y de la facción.

—¡Gracias al cielo aún se encuentra entre ellos! —exclamó Burlingame—. Me temía que ese maldito John hubiera acabado con él después de Accomac.

—No sería cuestión baladí elegir entre uno y otro —comentó Ebenezer—. No se puede negar que el capitán Smith es hombre de recursos, y ningún jefe puede permitirse que haya facciosos si no es poniéndose él mismo en peligro.

—Muy cierto para ti —contestó Burlingame lacónicamente—. Como no es antepasado tuyo. Para mí no existe problema a la hora de elegir.

—Tampoco tenemos la certeza de que sea antepasado tuyo —dijo el poeta—. Al fin y al cabo la posibilidad es muy remota, ¿no crees?

Aquella observación hirió tan vivamente a Burlingame que Ebenezer se arrepintió instantáneamente de haberla hecho, pidiéndole disculpas.

—No importa. —Burlingame hizo un gesto con la mano—. Sigue leyendo.

Luego que de tal guisa se quedaran, con los traseros al aire, di orden de que se aposentaran por sobre las regalas, siendo así que la bahía de Chesapeake era de grandes dimensiones y podía acomodarlos mejor que nuestra embarcación. Mas aquella nueva orden de poco alivio sirvió a nuestras cuitas, pues maguer arrojaron sus inmundicias a los pejes, el aire en derredor no era menos insalubre, dadas las labores conjuntas de los hombres. Nada pudo hacer nuestro galeno por mejorallos y yo ansiaba de corazón ganar la orilla, pues con la savia del gomero y otras hierbas aromáticas que crecían abundantemente en los bosques vecinos yo habría podido preparar un cocimiento que hubiera dejado estreñidas a mis gentes por espacio de una quincena. La verdad empero es que las cosas fueron todavía a peor, ello debido a que aquellos necios no refrenaban la sed que padescían, sino que

volvían a las andadas e bebían nuevamente del agua aquella, con lo que sus flujos e retortijones aumentaban en consonancia. Tan sólo dos de entre nosotros no mostraban síntomas de la enfermedad, a saber, yo mismo, que no me había dignado beber de las barricas, sino que en lugar dello había mascado pejes crudos, y el amigo Burlingame, que había bebido por tres, y no obstante debía poseer un muy grande dominio de sus entrañas, pues que no se ensució ni una sola vez a lo largo de aquellos dos días inmundos.

Cuando por fin nos dejó atrás la tempestad y el tiempo volvió a ser benigno, apresúreme a ordenar que se reparara la vela, y los hombres emprendieron la labor con prontitud y de buen grado, usando de sus camisas para aderezar los remiendos. Hallábanse en la mejor de las disposiciones para abandonar la mar abierta y enfilarse a la orilla, bien que ahora estaban en pelota, como Adán, a fin de llevarse al vientre alimento y agua limpia y acabar de una vez con los flujos que les aquejaban. Debido al carácter extremo del viento, los truenos, la lluvia, las tormentas, y al mal tiempo, en fin, que allí reinaba, al estrecho donde por tanto tiempo habíamos quedado varados pusimos por nombre Limbo, mas soy del parecer que tras tantas ventosidades y sucias ocupaciones que allí nos sobrevinieron, habría sido más adecuado haber denominado al lugar Purgatorio.

Tras un día de navegación asaz trabajosa, durante el cual avanzamos bien poco, debido a que la tripulación veíase incesantemente forzada a suspender los traseros de la borda, dimos al este con un río en extremo conveniente, denominado Cuskarawaok...

—Esa es una palabra de la lengua nanticoke —interrumpió el padre Smith—. Antaño se llamaba así el río al que hoy llamamos Nanticoke.

—¡Pardiez! —exclamó Burlingame riéndose—. ¡Entonces bien poco fue lo que avanzaron durante aquellos días aciagos! —Y le explicó a Ebenezer que el río Nanticoke, que sirve de frontera entre los condados de Dorchester y Somerset, desemboca en el estrecho de Tangier junto con el Wicomico, lugar del cual, según parecía decir el documento, Smith había partido varios días antes.

Lo que hizo que el día pareciera atractivo [*siguió leyendo Ebenezer*] maguer por lo demás era bastante maloliente, fue que las entrañas de Burlingame parecieron principiar a importunalle, pues no paraba de andar de un lado para otro de la barca, pintándose en el rostro una incomodidad creciente, en tanto no paraba de cruzar y descruzar las piernas, y era grata de ver su falta de compostura. Cuando por fin se soltara, pensaba yo, sería un espectáculo digno en verdad de verse, en razón de su gran corpulencia y del prolongado período que había sujetado firmemente las tripas.

—¡Hombre cruel! —dijo Burlingame—. ¡Gozar de tal manera a costa de los apuros de aquel desdichado! ¡Y tú, Eben, lo lees disfrutando con pareja descortesía!

—¡Perdón! —Ebenezer sonrió—. Es que el asombro mantiene mi interés a medida que voy leyendo. Me imagino que ya estará a punto de arribar a Dorset.

Y en un tono algo menos parcial prosiguió:

Al punto pusimos proa hacia la orilla, mas no podíamos de ningún modo desembarcar, viendo que de entre los bosques surgía un grupo numeroso de salvages que hacían toda índole de signos hostiles. Cuando aquéllos advirtieron la clase de hombres que éramos, que jamás los habían visto iguales, salieron corriendo, asombrados, encaramándose muchos a las copas de los árboles, sin hacer ahorro de flechas ni de la gran pasión con que manifestaban su cólera. Largo rato estuvieron disparando, mientras nosotros seguíamos al paio, fuera de su alcance, haciendo toda clase de señas amistosas. Mas no nos iba bien, pues siempre había algún soldado o bien algún caballero que se veía en la necesidad de expeler una ventosidad, lo qual los salvages tomaban como afrenta, por lo que nos lanzaban más flechas.

Al día siguiente regresaron, completamente desarmados, y cada uno dellos portaba una cesta, e iniciaron una danza en círculo, para atraernos a la orilla: mas en viendo que en ellos todo era villanía, descargamos una andanada de fuego de mosquete y balas de pistola, derribando a muchos por tierra. Los unos alejéronse a rastras,

los otros ocultáronse entre las cañas que tenían cerca, mientras el grueso permanecía emboscado. Nosotros aguardamos, y como pareciera que se hubieran alejado del lugar resolvimos aproximarnos a la orilla, siendo así que estábamos todos deseosos de abandonar por un tiempo la embarcación. Era mi idea tomar tierra lo más sigilosamente posible, cobrarnos cuanta comida y bebida pudiéramos y luego acudir a algún lugar más cordial. Por dicha razón di la orden de que ninguno de los miembros de mi tripulación diera rienda suelta a los disparos de sus traseros, los cuales a buen seguro darían aviso de nuestra llegada, por lo que cuando sintieran venillas la necesidad debían asomar las nalgas por la borda y descendellas hasta la altura del agua, y así efectuar una inmersión para luego obrar como les pareciera. Mas el primero que intentó actuar de dicho modo, un soldado llamado Anas Todkill, no bien se había mojado el trasero cuando recibió la picadura de una gran ortiga de mar, una suerte de medusa blanquecina, especie que al parecer abunda en aquellas aguas, y que le produjo en las nalgas una mancha roja muy dolorosa. Tras aquello sólo a fuerza de amenazas logré que algún otro hombre hiciera lo mismo. En cuanto a Burlingame, la inminencia de su defecación era visible en su semblante todo, tanto que ni hablar osaba, por temor a estallar; pero era tanto el pavor que le daba la ortiga de mar que luchaba a brazo partido consigo mismo, procurando resistir siquiera otro minuto, mientras ganábamos la orilla.

La proa de nuestra barcaza tocó tierra (la cual no era sino cañas y barro), yo lancé el ánora tan hacia el interior como pude, y nos dispusimos a desembarcar. Tal como solía, subime al bauprés y hubiera saltado a tierra, pues me reservaba el privilegio de ser el primero en poner pie en cada nuevo lugar que descubríamos, y aquella tierra no iba a ser una excepción. Pero Burlingame, presa de la pasión que le instaba a abandonar la nave, a fin de liberarse de su inmundito cargamento, empujóme rudamente hacia un lado, pese a ser yo su capitán y a haberme salvado anteriormente la vida, de modo que se situó a la cabeza. Al instante monté en cólera por causa de su impertinencia y le hubiera puesto las manos encima de no ser porque en aquel preciso instante una tropa de salvajes surgió de entre unos matorrales vecinos, asiendo la sogá del ánora con el propósito de sacarnos de las aguas e así capturarnos junto con nuestro navío. En viendo el cariz que los acontecimientos tomaban alegreme de que Burlingame fuera en la vanguardia, pues así su gordo cadáver nos serviría a los demás de protección.

—¡Dios mío —musitó Burlingame—, me temo que mi antepasado está en un aprieto!

La estrategia adecuada [*prosiguió Ebenezer*] era disparar una descarga de fuego contra los paganos a fin de dispersarlos, mas los teníamos casi encima, y he de confesar que ni un solo mosquete estaba cargado, pues habíamos juzgado que la orilla estaría despexada de salvajes. Hubiera podido entonces cercenar la sogá, e así nos habríamos librado dellos, mas era reacio a sacrificar el ánora, que tan grande servicio nos había prestado en el transcurso de la tormenta que acabábamos de pasar, amén de que sin duda volveríamos a precisalla. Otrosí los salvajes habían aparecido de tan repentino modo que apenas tuve tiempo de pensar a derechas. En suma, no opté por ninguna de las dos posibilidades, sino que así el extremo de la sogá y pasándola a la tripulación formamos una hilera e hicimos fuerza contraria a los salvajes, para así recobrar el ánora y nuestra libertad. Por fortuna, los salvajes estaban desarmados, pues abrigaban la esperanza de arrastrarnos a la orilla sin dificultad, de modo que no estábamos a merced de sus flechas. Burlingame estaba demasiado poseído por el temor como para ayudarnos, y permanecía neciamente en pie, sobre la proa, siéndole de todo punto imposible retroceder al barco, pues todos nosotros nos hallábamos amontonados tras dél, dándole tirones a la cuerda.

A continuación, estábamos los dos bandos tirando de tal guisa de la cuerda que aquello hubiera semejado una justa popular, la qual entiendo habríamos ganado nosotros, si nada hubiera interferido en aquel juego mortal. Mas los salvajes proferían tales aullidos e alaridos que a Burlingame le sobrevino un pánico desmedido, con lo que de una vez por todas dio rienda suelta a sus entrañas y, encaramado aún a la proa qual horrible mascarón, liberó el tesoro que llevaba acumulando todos aquellos días. Yo tuve la mala fortuna de hallarme inmediatamente detrás dél, y lo que es más, estaba agachado justo debaxo de su trasero poderoso, pues así podía apuntalar mejor los pies para tirar con fuerza de la sogá. Ocurrióseme en aquel preciso instante alzar la vista por si Burlingame aún seguía con nosotros y al instante quedé cubierto de inmundicia hasta tal punto que no me era posible abrir los ojos para ver ni la boca para hablar. Entonces los salvajes dieron un tirón formidable y como toda la cubierta se hallaba encenagada, me resbalaron los pies, y salí proyectado por entre las piernas de Burlingame, dándome de bruces con el barro de la orilla. Perdió ansimesmo el equilibrio Burlingame, y cayó a continuación, asentando las posaderas encima de mi cabeza.

En cuanto liberé mi boca de inmundicia y lodo ordené a voces a mis soldados que cargaran y dispararan contra los salvajes, mas los mismos salvajes saltaron sobre mí y sobre Burlingame, sirviéndose de nosotros para

escudarse, y nos tomaron como rehenes, demandando de mis gentes que se rindieran. Yo les ordené que dispararan y que aconteciera lo que Dios fuera servido, mas ellos eran renuentes a abrir fuego, por miedo a alcanzarme, de modo que nos entregamos a los salvajes, siendo llevados presos a su poblado.

Y así fue, de modo distinto al habitual en mí, como fui el primero en tocar aquella tierra vil, de la qual hago a continuación una relación más amplia.

Los últimos párrafos casi no acertó a leerlos Ebenezer, de tanto como se reía; incluso el sacerdote cautivo fue incapaz de reprimir el júbilo. Por un momento, Burlingame pareció no comprender que la lectura había concluido, pero luego se incorporó con rapidez.

—¿Ese es el *final*?

—Es el final de este fragmento —dijo Ebenezer suspirando y enjugándose las lágrimas—. ¡Madre mía qué intrepidez! ¡Y qué maravilla el modo de descubrir mi condado!

—¡Pero por el amor de Dios —exclamó Burlingame—, no puede terminar ahí! —Cogió el diario con brusquedad, para comprobarlo por sí mismo—. ¡Pobre hombre! ¡Cuán desdichado es y cuánto me hace sufrir! Y te digo una cosa, Eben; aunque no tengamos el mismo físico, a cada nuevo episodio aumenta mi certidumbre de que sir Henry es antepasado mío. Tuve esa sensación la primera vez que les oí hablar de él a aquellas damas que rescaté, y estuve más seguro todavía cuando leí su *Diario íntimo*. ¡Y ahora que lo tenemos en Dorchester estoy muchísimo más seguro! Ahora está en el centro de las aguas de Chesapeake, ¿verdad? ¡Y allí fue donde me pescó el capitán Salmon!

—La verdad es que se trata de una proximidad curiosa —reconoció Ebenezer—, pero entre uno y otro acontecimiento median casi cincuenta años, si mis cálculos son acertados. Y aunque sabemos que John Smith regresó poco después de Jamestown, no tenemos pruebas de que dejaran abandonado a sir Henry en Dorchester.

—Serías capaz de demostrarle a este jesuita que a san José le ponían los cuernos —dijo Burlingame, riéndose—. Estoy tan seguro con respecto a mi antepasado como lo está este cura de Jesucristo, aunque nos falta por saber la línea exacta de descendencia. ¡Cielos, daría un brazo por oír el final de esta historia!

Aquellos comentarios despertaron la curiosidad del padre Smith, que le rogó a Burlingame que le desvelara el misterio antes de partir.

—¡No creáis que nos vamos a ir tan pronto! —repuso Henry.

Sin embargo, como la atención con que los tres hombres habían seguido el relato había disipado la mala voluntad que reinaba entre ellos, Burlingame explicó que a pesar de llamarse Timothy Mitchell, en realidad era hijo adoptivo del capitán William Mitchell, y tenía razones para sospechar que sir Henry Burlingame era antepasado suyo. A continuación, le dispensó al sacerdote el favor de hacerle una relación completa de todas sus investigaciones y el fruto que habían rendido hasta aquel momento, mas, a pesar de la cordialidad reinante, Henry sólo accedió a liberar al

padre Smith el tiempo preciso para que hiciera sus necesidades, y eso bajo una vigilancia estrecha, tras lo cual el desdichado sacerdote fue obligado a pasar la noche atado a su silla, mientras sus dos visitantes compartían la cama de su propiedad.

No obstante, cuando la vela no llevaba todavía media hora apagada, Ebenezer era el único de los ocupantes de la cabaña que seguía despierto. Aparte de que jamás dormía bien, aquella noche acaparaban su atención las presencias de su amigo y su anfitrión involuntario, en concreto porque el primero (es de presumir que dormido) lo tenía cogido de la mano, y el poeta no se atrevía a soltarse, y el segundo roncaba. Había una razón más general, y es que Ebenezer no era todavía capaz de asimilar y conjugar las distintas facetas del carácter de Burlingame, a las que había tenido recientemente acceso; por otra parte, la aparente connivencia del padre Smith con los franceses y los indios, aunque en sí misma no desacreditaba a lord Baltimore, arrojaba una luz nueva y complicada sobre la conducta de dicho caballero. Y tampoco cerraban aquellas inquietantes reflexiones la lista de las causas de su desvelo: la imagen de Joan Toast jamás quedaba lejos de su imaginación. A pesar del escepticismo de Burlingame, Ebenezer confiaba en la veracidad de las palabras de Susan Warren; conservaba intacta la esperanza de encontrar a su amada aguardándolo cuando llegara a Malden. Cuando, tras una odisea tan devastadora cual había sido la suya —¿quién sabía lo que habría pasado la pobre Joan?—, los dos se reunieran en la futura propiedad de Ebenezer, ¿qué sucedería? ¡Allí había lumbre para encender la fantasía de un poeta!

En resumidas cuentas, no podía conciliar el sueño, y tras una hora de pasarlo mal, reunió el valor necesario para levantarse de la cama. Con los rescoldos de la chimenea encendió una nueva vela y disponiendo de la tinta y de la pluma del jesuita dormido, abrió el libro mayor de cuentas para procurarse alivio por medio de la poesía.

Mas no halló la manera de articular los sobrios pensamientos que le ocupaban la cabeza; lo que compuso, simplemente porque en la página de al lado había tomado algunas notas sobre el tema, fue nada más sublime ni menos a propósito que una cuarentena de pareados relacionados con los indios salvajes de América. Aquello no le brindó solaz, pero al menos lo dejó agotado, y cuando ya no fue capaz de mantener los ojos abiertos apagó la vela, y dejándole la cama a Burlingame, apoyó la cabeza en el libro de cuentas y se quedó dormido.

26. EL VIAJE A CAMBRIDGE, JUNTO CON LA CONVERSACIÓN QUE EL LAUREADO MANTUVO DURANTE EL CAMINO

Cuando llegó la mañana, Burlingame liberó al padre Smith de sus ataduras y se ocupó personalmente de preparar el desayuno, mientras el sacerdote estiraba sus doloridos miembros. No obstante, Henry tuvo en todo momento el diario al alcance de la mano, y a pesar de que el jesuita les aseguró que no intentaría detenerlos, insistió en volver a atarlo cuando, una vez terminado el desayuno, Ebenezer y él se disponían a partir. Henry no quiso prestar oídos a las peticiones de clemencia que formulaba el poeta.

—Tú infieres que el resto de la humanidad es como tú —le recriminó—. Puesto que tú no intentarías obstaculizarme de encontrarte en su situación, crees que él tampoco lo haría. A lo cual respondo, y mi razonamiento es idéntico al tuyo, que yo habría recuperado el diario antes de que llegaras al río Choptank.

—¡Pero morirá! ¡Es lo mismo que si le diéramos muerte!

—De eso nada —dijo Burlingame con desdén—; si es un sacerdote como es debido, sus feligreses lo echarán de menos enseguida, y entonces se pondrán a buscarlo y lo soltarán antes de mediodía. Si no lo es, entonces ellos pagarán negligencia con negligencia, que es lo que Dios querría, o mejor dicho, la orden a la que pertenece.

Aquel último comentario, que acompañó de una sonrisa, lo hizo Burlingame mirando al padre Smith, que permanecía impasible en la silla. Lo remató añadiendo:

—Os estamos muy agradecidos por el alojamiento y la comida, señor, así como por vuestro irreprochable jerez. Es posible que en breve sepáis que John Coode se halla en apuros, y vos habréis sido en parte la causa, bien que a pesar vuestro. —Burlingame le indicó a Ebenezer que se dirigiera hacia la puerta—. *Adieu*, padre: cuando deis comienzo a vuestra guerra santa, perdonad a mi amigo aquí presente, pues ha abogado en favor vuestro. Por lo que a mí respecta, ni el mismísimo monsieur Casteene sería capaz de dar conmigo. *Ignatius vobiscum*.

—*Et vobiscum diabolus* —repuso el sacerdote.

Y así partieron, Ebenezer demasiado avergonzado para despedirse de su anfitrión y, después de ensillar los caballos, cogieron una carretera que, según dijo Burlingame, describía una amplia curva en dirección sur, concluyendo en el lugar del que zarpaban las embarcaciones que cruzaban el río Choptank. De allí irían a Cambridge, donde indagarían acerca del paradero de William Smith, y luego se encaminarían a Malden. Hacía un magnífico día de otoño, fresco y soleado, e independientemente de cuál fuera el estado de ánimo del Laureado, el de Burlingame era claramente optimista.

—¡Sólo nos falta un fragmento del diario! —exclamó, mientras sus cabalgaduras

iban al paso por la carretera—. ¡Imagínate: puede que pronto averigüe quién soy!

—Esperemos que este William Smith sea menos refractario —replicó el poeta—. Se pueden acumular más culpas tratando de averiguar quién es uno de las que luego es posible expiar.

Burlingame guardó unos minutos de silencio antes de volver a intentar reanudar la conversación.

—Me parece que a lord Baltimore le han aconsejado mal sobre el carácter de ese jesuita, pero un general no puede conocer a todos sus lugartenientes. Los papistas tienen un proverbio que dice: *No juzgues a todos los curas por uno sólo*.

—En el *Evangelio* hay otro —dijo Ebenezer— que reza: *Por sus frutos los conoceréis...*

—¡Eres demasiado severo, amigo mío! —La voz de Burlingame denotaba una cierta impaciencia—. ¿Es que no has dormido lo suficiente anoche?

El Laureado se ruborizó.

—Anoche tenía en mente unos versos y los escribí por temor a olvidarlos.

—¡No me digas! Me alegra oír eso; llevabas mucho tiempo alejado de tu musa.

La solicitud que entrañaban las palabras de Burlingame suprimió, al menos de momento, la turbación de Ebenezer, y aunque sospechaba que su amigo se burlaba de él, sonrió y dijo con cierta timidez.

—El tema de los versos es el indio salvaje, asunto que me tiene muy impresionado.

—Entonces no me digas más, ¡es menester que los oiga!

Tras una cierta vacilación, Ebenezer consintió en ello, no precisamente porque pensara que el interés de Burlingame fuera genuino, sino más bien porque, en medio de la mezcla de sentimientos que experimentaba en la relación que mantenía con su antiguo tutor, su don poético era el único terreno que creía poder pisar con firmeza y sin sentirse avergonzado.

Sacó el cuaderno que guardaba en un bolsillo de grandes dimensiones de la casaca y, dejando que la yegua caminara sin guía, buscó los pareados recientemente escritos.

—El detonante fue un salvaje a quien vi ayer por la mañana —explicó, y empezó a leer. Su voz trotaba a la par que los cascos de su montura:

De mi capitán la mesa dejé,
subí a mi corcel y luego busqué
el Chesapeake, y, a un ciervo dando caza,
divisé una faz de espantosa traza:
un indio salvaje vieron mis ojos
e hicimos cesar nuestros circunloquios,
lo miramos bien, como él a nosotros,
y la sorpresa inicial superé.
Con suma atención su rostro escruté.

Era un ser brutal, su aspecto era exótico,
bárbaro era el porte, el atuendo erótico.
El miembro desnudo, todo afeitado,
libre le colgaba, de grasa untado.
Sus hombros fornidos, su piel pintada
y su tórax a pecar invitaban
con mujeres de belleza marchita,
viudas, u otras, de placer ahítas;
a todas lejos del sendero estrecho
de la virtud querían y, derecho,
al bosque de la condena llevar
para con más salvajes copular.
¡Lujuria! ¡Lascivia! ¡Y más fornicar!
Todo, a la vez...

—¡Bien escrito! —exclamó Burlingame—. Exceptuando la prédica que hay hacia el final, son los mismos sentimientos que albergo yo —se rio—. Sospecho que anoche tenías en mente algo más que los paganos; toda esa cháchara amorosa me hace acordarme de mi dulce Porcia.

—No sigas —le advirtió el poeta inmediatamente—. No caigas en el vulgar error de los críticos, que juzgan las obras antes de conocerlas enteras. Luego paso a especular acerca del origen del indio.

—Perdona —dijo Burlingame—. Si el resto es tan excelente como lo primero, entonces eres un poeta de verdad.

Ebenezer enrojció de placer y siguió leyendo, algo más enérgicamente.

¿De dónde procede esta raza salvaje
que de Maryland puebla el bello paisaje?
¿Descienden acaso de aquellos ancestros
de los que habló Platón? ¿Se trata de aquel pueblo
de gente mendaz, la Atlántida perdida,
que en el fondo oceánico quedó hundida?
¿Tiene más razón quien su génesis cifra
en esas diez tribus que cita la *Biblia*
de ese desdichado pueblo de judíos
que Israel dejaron, sus montes y ríos,
y sin huella alguna desaparecieron?
¿Son estos salvajes lampiños hebreos?
¿Tal vez han surgido —hay quien piensa así—
de la incestuosa raza de Caín,
aquel que yació con su hermana gemela
y mató a su hermano dejando una estela
de sangre y de ira que siguió Yavéh?
Retorció su senda por huir de Él
y acabó en Maryland, que fue su presidio
como penitencia por su fratricidio.
Era tan maligno que por hacer daño
engendró paganos de todo tamaño.
Dicen de este pueblo de oscura piel
que es fugitivo del Arca de Noé,

que del Diluvio salió tan bien parado
que sus hombres siquiera estaban mojados.
Sólo no se ahogaron en la inmensa charca
la tripulación que iba en el Arca
(Y que a fin de cuentas era más bien parca).
Y esta misma raza tan salvaje y fuerte
desde Maryland contempló la muerte
de miles y miles de hombres y mujeres,
viéndoles ahogarse junto a sus enseres.
Otros de este pueblo de culo desnudo
dicen que es tan viejo como es viejo el mundo,
dicen que surgió en el tiempo remoto
al que Ovidio llama la Edad de Oro,
cuando el que mandaba era el buen Saturno.
Dicen tales sabios —en siendo su turno—
que el hogar salvaje era aquel jardín
dó tres hermanas guardaban el confín
del bosque de Hera, de áureas manzanas,
las que Hércules robó, burlando su guardia.
(Nos lo llamamos Jardín de las Hespérides,
Pues nos acordamos de aquella efemérides).
La teoría del paraíso terrenal
(hogar apacible de Eva y Adán
en el cual se hartaron de fruta prohibida)
muchos la sostienen como favorita.
Otros eruditos, tras muchas lecturas,
piensan en Arturo y en sus aventuras
y nos comunican como conclusión
que el pueblo salvaje viene de Avalón.
Pero para otros es fundamental
un indiscutible sabor oriental.
Y no se desdeña que de Escandinavia
a Maryland llegara vikinga savia.
Otros estudiosos creen hallar indicios
De los incansables marinos fenicios;
diz que aquella gente dura y marinera
atestó sus barcos de hombres y de fieras.
Y ya no hubo espacio —¡y es verdad, pardiez!—
para el sacerdote ni para el juez.
Y así bien cargados de bienes y mozas
fue como fundaron aquí sus colonias.
Era un pueblo triste, carente de bardos,
que sólo engendraba vástagos bastardos.
Y si sin convencer aún quedaran gentes,
luego de tantas versiones diferentes
que iluminan la salvaje procedencia,
a estos digo, agotada mi paciencia:
idos con Mefistófeles al infierno,
pues los indios y vosotros del Averno
hijos sois. ¡Dejadme en paz e idos al cuerno!

—¡Oye, es una composición endiabladamente ingeniosa! —exclamó Burlingame—.
No sé si habrán sido las penalidades transoceánicas o que tienes medio año más de

edad, pero te juro que eres dos veces más poeta que cuando te dejé en Plymouth. Me ha parecido que estaban especialmente logrados los versos que hablan de Caín.

—Es muy gentil por tu parte que elogies la composición —dijo Ebenezer—. A lo mejor pasa a formar parte de la Marylandiada.

—Ojalá fuera yo capaz de escribir versos tan buenos. Pero, mira una cosa, ahora que todavía lo tengo fresco en mi mente. ¿Rima bien *cifra* con *Biblia*, por ejemplo, o *manzanas* con *guardia*?

—Pues claro que sí —repuso el poeta.

—Pero ¿no sería mejor —insistió Burlingame con afabilidad— buscar otras rimas, como *manzanas* y *hermanas*, o *Biblia* con *afilia*? Claro que yo no soy poeta.

—No hace falta ser una gallina para poder juzgar un huevo —reconoció Ebenezer—. La verdad es que las rimas que mencionas son a la vez mejores y peores que las mías: mejores porque su sonido es mucho más próximo a las palabras con las que riman; y peores porque tal proximidad no está ahora mismo de moda. *Manzanas* con *hermanas*: le falta carácter, ¿verdad? Pero, sin embargo, *manzanas* con *guardia*... tiene un elemento de sorpresa, tiene color, ¡tiene ingenio! En resumidas cuentas, es una rima hudibrástica perfecta.

—¿*Hudibrástica*, dices? He oído a la gente de Locket's hablar bien de *Hudibrás*, aunque personalmente yo lo encuentro tedioso. ¿Tú qué entiendes por *hudibrástico*?

A Ebenezer le costaba trabajo creer que Burlingame no supiera verdaderamente en qué consistía la rima hudibrástica, pues le costaba trabajo creer que hubiera nada que aquél no supiera, pero le pareció tan grata aquella insólita inversión de papeles que le resultó sencillo deponer su escepticismo.

—La rima hudibrástica —explicó— es una rima aproximada, pero no exactamente armoniosa. Toma la palabra *carreta*: ¿con qué la rimarías tú?

—Bueno, pues vamos a ver —Burlingame pensó un poco—. Me parece que podría servir aleta o poeta, ¿no te parece?

—Nada de eso —dijo Ebenezer con una sonrisa—. Demasiado previsible; eso se le ocurriría a cualquier poetastro..., sin ánimo de ofender, se entiende.

—Nada, nada.

—No; con *carreta* tiene que rimar *vuelca* o *fuerais*: casi, ¿entiendes? Pero no del todo.

Los indios montados en su carreta
Miran la rueda por si acaso vuelca.

»Carreta, vuelca..., ¿me sigues?

—El principio lo capto —afirmó Burlingame— y recuerdo rimas parecidas en *Hudibrás*; pero dudo mucho que yo las pudiera utilizar jamás.

—¡Pues claro que puedes! Lo único que hace falta es echarle valor, Henry. Por

ejemplo, la palabra *combate*. *Aquel hombre y yo trabamos combate*. ¿Qué rima con eso?

Burlingame se pasó un rato reflexionando sobre el problema.

—¿Qué te parece *embate*? —se atrevió a decir por fin.

Aquel hombre y yo trabamos combate.

Yo resistí su embate.

—Es un buen verso —repuso el Laureado— y de nota cierto ingenio. Pero la rima no tiene gracia. *Combate, embate...* no; son muy parecidas.

—¿Y *ataque*? —preguntó Burlingame, que parecía animarse con el juego.

Aquel hombre y yo trabamos combate.

Cuando él avanzó detuve su ataque.

—¡Más ingenioso todavía! —aplaudió el poeta—. Es mejor de lo que sería capaz de escribir Tom Trent con la ayuda de Dick Merriweather. Pero sigue sin ser hudibrástico. *Combate, embate; combate, ataque*.

—Me rindo —dijo Burlingame.

—Entonces a ver qué te parece esto:

Aquel hombre y yo trabamos combate.

Grande fue la lucha, grande el quebranto.

»*Combate, quebranto: eso es hudibrástico.*

Burlingame torció el gesto:

—¡Pero no pega!

—Por eso, cuanta más fricción, mejor el pareado.

—¡Ajá, ya entiendo! —exclamó el tutor—. ¿Y qué dice de esto mi Laureado?

Aquel hombre y yo trabamos combate.

Uno de los dos pronto enviudaría.

—¿*Combate con enviudaría*? —exclamó Ebenezer—. ¡Eso sí que no pega! ¡Esa rima chirría como las campanas del Hades! —¡No, no, no sirve!— Ebenezer negó, moviendo la cabeza con energía. —Creí que habías captado la esencia. Es preciso que exista alguna proximidad entre las palabras, aunque haya algo de fricción. *Combate y enviudaría* son naves que surcan océanos distintos: jamás pueden entrar en colisión, y nosotros buscamos que haya colisión.

—Entonces a ver ésta —sugirió Burlingame.

Aquel hombre y yo trabamos combate.

Los dos a la vez fuimos al retrete.

—¡Retrete! ¿Has dicho retrete? —A Ebenezer se le puso el semblante rojo—. ¿Qué es eso de retrete? ¿Qué se podría hacer con eso?

—Es una rima hudibrástica —replicó Burlingame, sonriendo—. Yo lo usaría para hacer aguas.

—¡Acabáramos! —Ebenezer se rio, incómodo—. Es la rima hudibrástica más pasada por agua que he oído jamás.

—¿Quieres oír más? —preguntó Burlingame—. Soy un aplicado estudiante de las rimas que no acaban de pegar.

—Vete a hacer aguas —dijo el poeta—. ¡Se acabó la clase!

—¡No! ¡Ahora que le empezaba a coger el tranquillo! Puede que algún día me dedique a escribir versos, pues no me parece que sea un trabajo que lo deje a uno deslomado.

—Pero ya conoces el proverbio, Henry: *El poeta nace, no se hace*.

—¡Alto ahí! —dijo Burlingame, burlón—. ¿Por ventura no te nombraron Laureado antes de que hubieras escrito una sola estrofa a derechas? Me juego algo a que sería capaz de hacer versos como el mejor con sólo que me diera por meter las narices en ello.

—Nadie conoce mejor que yo tus diversos talentos —dijo Ebenezer en tono dolido—. Con todo, bien puede ser que un auténtico poeta no posea más don que el de la poesía.

—Tú ponme a prueba —dijo Burlingame, desafiante—. Tú di una serie de palabras y verás cómo las rimo.

—Muy bien, pero hacer versos consiste en algo más que rimar palabras. Yo te echo un verso y tú tienes que contestar con otro.

—¡Tú echa versos y verás lo que pescas!

—Prepárate —le advirtió Ebenezer—, porque voy a empezar con uno difícil:

Sir Knight dejó su casa con buen pie

—Eso es de *Hudibrás* —observó Burlingame—, pero no me acuerdo de la rima que utilizó Butler para esa palabra. *Pie, pie...*, ah, no es nada difícil.

Sir Knight dejó su casa con buen pie
Después de haber comido un tentempié.

—Demasiado igual —dijo Ebenezer—. Queremos rima hudibrástica.

—¡Con tus rimas hudibrásticas se me va a quebrar la quijada! Ahora bien, si lo que quieres es fricción, te vas a quedar sin orejas.

Sir Knight dejó su casa con buen pie,
Un paje enarbolaba su pendón.

»¿Te chirrían los oídos?

—Eso tapa el hueco —admitió Ebenezer—. Pero la diferencia entre el poeta y el fatuo estriba precisamente en que el segundo tapa las grietas como quien calafatea un barco, que con que flote, le vale, en tanto que el primero desempeña su labor como lo hace un hombre con una doncella: tapa el hueco, sí, mas con vigor, con finura y delicadeza; no se limita a cubrirlo pensando en la utilidad; considera también la belleza y el deleite.

—¡Cielos, amigo mío! —dijo Burlingame—. ¡Hablas como los dioses! Dime, por favor, ¿cómo tataría un Laureado este hueco que nos traemos entre manos y que parece la boca del infierno?

Ebenezer repuso:

—De ello se ocupó Sam Butler, como verás a continuación..., repara en el arte, en la colisión.

Sir Knight dejó su casa con buen pie
A lomos de un caballo alazaní.

—¡Eh, un momento! —exclamó Burlingame—. ¡Eso es demasiado! ¡A-la-za-ní! ¡Eso es una invención! ¡Sí! ¡Una quimera! ¡Con que a-la-za-ní! Si el señor Butler estaba tan enamorado de esa palabra contra natura, ¿por qué no escribió en el primer verso *adalid*, que es más apropiado, y luego siguió rimando a partir de ahí?

—Tienes razón, ¿y por qué no? ¿Tú qué rimarías con *adalid*, Henry?

—A mí eso no me cuesta ningún trabajo —dijo Burlingame, desdeñoso—. Que rime con *adalid*... Bueno, pues *adalid*... —Henry titubeaba.

—¿Lo ves? —Ebenezer sonrió—. Inspirado, el poeta escogió para *pie* una rima de índole hudibrástica, con lo que se ahorró los apuros que estás pasando tú ahora. Ríndete ya; no hay rima buena para *adalid*.

—Me rindo —dijo Burlingame con aparente humildad—. Puedo inventarme el primer verso; Allá partió sir Knight, buen *adalid*, mas luego no hallo una rima feliz.

Los dos viajeros intercambiaron una mirada.

—Un momento —musitó Ebenezer—, la lección ha terminado.

Pero Burlingame se sintió encantado al descubrir su involuntario *coup de maître*. A lomos de su caballo se puso a declamar teatralmente:

Allá partió sir Knight, el buen *adalid*,
planes infernales tenía ante sí;
aguarda una primavera sin fin,
donde no quepa el invierno ruin.
(Ello lo atestigua su diario: allí
registra su diurno transcurrir,
sin olvidar el nocturnal vivir)...

—¡Desiste! —ordenó Ebenezer—. ¡No me ensartes más ripios, Henry, si no quieres que vomite el desayuno encima de la carretera!

—Perdóname —dijo Burlingame, riéndose—. Me sentía inspirado.

—Me estabas mortificando —dijo, indignado, el Laureado—. No te des tantos aires por un logro tan trivial, pues los poetas tenemos cincuenta cosas mejores por página. Tienes una cierta habilidad para hacer rimas, eso está bastante claro; pero no te creas capaz de versificar en la lengua madre, pues cualquier poeta te podría citar palabras que no es posible rimar porque no tienen equivalente.

—¡Ja! ¡Oh! ¡Ja! —exclamó Burlingame, presa de un súbito regocijo—. ¡Se me han ocurrido más! ¡Dios, se me amontonan en la imaginación como los lechones en los pezones de Porcia!

Musa, tus alas quiero para mí,
homenaje quiero a sir Knight rendir.
Del quiero cantar para el porvenir:
su hibernación, su ir y su venir,
los ayeres que su alma vio morir,
su presente en continuo devenir,
lo a él externo, lo que atesora en sí,
lo que él juzga efímero y baladí,
lo que es grave y sempiterno otrosí,
su oscuro o bien luciente frenesí,
a su padre y madre, que al decir sí,
rodeáronle de una hermandad feliz,
su triste Pimpinela carmesí...
¡Y toda su parafernalia en fin!

—¡Me quieres mal! —dijo Ebenezer, enfadado—. ¡No estoy dispuesto a seguir oyéndote!

—No; te ruego —dijo Burlingame riéndose— que no me des de lado.

—¡Orgullo pecaminoso! —dijo el poeta en tono de reproche cuando logró recobrar un tanto la compostura.

—Si no era más que en son de chanza, Eben; si te ha molestado ello me hace sentirme contrito. Ahora el profesor lo eres tú, no yo, y puedes dar los pasos que estimes oportuno. En verdad que me has enseñado cosas que desconocía.

—Está claro que tu talento, más que de fusta, precisa de bocado y brida —dijo Ebenezer.

—¿Entonces estás dispuesto a seguir?

Ebenezer reflexionó un momento y luego accedió:

—Sea; mas basta ya de chanzas. Voy a administrarte la prueba más dura del arte de rimar: el risco más resbaladizo de la faz rocosa del Parnaso.

—Administra como te plazca —dijo Burlingame—, si es cuestión de rima, te juro que no hay quien me supere, pues conozco a nuestra madre la lengua inglesa hasta las

entretelas. Pero mira una cosa: ¿te importaría que nos jugáramos algo? De lo contrario, lo mismo da ganar que perder.

—No tengo qué apostar —dijo Ebenezer—, y si lo tuviera, tampoco tú apostarías, pues la palabra que voy a decir carece de rima. —En aquel instante se le ocurrió algo gracioso—. Oye, ¿a qué distancia queda el embarcadero del que hablaste?

—A unas cinco o seis millas de aquí, diría yo.

—Entonces vamos a apostar el ir a caballo, si te parece. Si no encuentras rima para la palabra que yo diga tienes que ir a pie desde aquí hasta la barca de Cambridge; si sales bien parado, seré yo quien vaya a pie. ¿Hecho? —convino el poeta—. Sigamos adelante con la prueba. Yo pienso un verso, te lo paso y tú tienes que buscarle rima. Pero no hudibrástica, cuidado, tiene que rimar en consonante.

—¿Dices *mosquito*? —preguntó Burlingame—. Pues yo digo *periquito*.

—No —dijo el Laureado, sonriendo—, ni tampoco *literatura*.

—Pues no es mucha caradura —rió su tutor.

—Tampoco es mal *comportamiento*.

—Tienes buenos sentimientos.

—No es tampoco *botarate*.

—¡Cosa sería de orates!

—Ni *pañuelo*.

—¡No me asusta ese señuelo!

—Y no diré *tabernario*.

—Pues no hay responso funerario.

—Ni *gárrulo*.

—Es que no te he dado pábulo.

—Ni tampoco *sarraceno*.

—Lo habría juzgado obsceno.

—Ni siquiera *autodidacta*.

—¡Eso que conste en acta!

—No he de decir *catoptromancia*.

—¡Eso a mí me da vagancia!

—No quiero mentar *protervo*.

—¡De eso no se asusta ni un cuervo!

—Tampoco es bizantino *fárrago*.

—Pues se me da un espárrago.

—Ni la visita de mi *abuela*.

—Pues ¿cuál es la palabra que no cuela?

—Es *impromptu* —dijo Ebenezer.

—¿Impromptu? —exclamó Burlingame.

—Impromptu —repitió el Laureado.

—Dime una palabra que rime con *impromptu*. *El músico ejecutó un impromptu*.

—¡Impromptu! —dijo Burlingame otra vez—. ¡Rima consonante!

—Bueno, es fácil, basta con rimar el final. —Ebenezer sonreía—. *El músico ejecutó un impromptu*.

—*El músico ejecutó un impromptu*. —Burlingame empezó a dar señales de alarma, en tanto escudriñaba sus reservas lingüísticas.

—No valen trucos ni variaciones. *Nada de procuraré llegar pronto*. No, como debe ser. Sin trampas.

Burlingame suspiró.

—¿Y dices que nada de rima hudibrástica?

—No. Ben Oliver lo intentó en Locket's una vez con esta misma palabra y lo descalificaron al instante. Quiero una rima clara y natural.

—¿Pero existe alguna? —exclamó Burlingame.

—No —dijo el poeta—, ya te lo advertí antes de que aceptaras la apuesta.

Burlingame registró los rincones de su memoria con tal afán que le brotó sudor de la frente, pero al cabo de veinte minutos se vio obligado a abandonar.

—Me rindo, Eben; me has ganado por la mano.

Muy a pesar suyo, Burlingame desmontó y, bajo la sonrisa triunfal de su pupilo, ocupó el lugar que le correspondía a la zaga de la añosa yegua ruana, dispuesto a afrontar las odiosas consecuencias de su apuesta.

—En el futuro, Henry —le aconsejó Ebenezer con audacia—, no medres con poetas en su propio terreno. Si me permites que te hable con toda franqueza, el don del lenguaje le es otorgado a muy pocos, y si bien no es motivo para avergonzarse el no poseerlo, es mentecatez fingir que se tiene cuando no es así.

Y cuando hubo terminado aquella insólita reprimenda, Ebenezer se puso a canturrear de pura satisfacción. Cuando alcanzaron la primera elevación del terreno por el que discurrían, la yegua ruana, ya fatigada, expelió una ruidosa ventosidad, por causa del esfuerzo que le suponía subir. Burlingame profirió un sonoro juramento y expresó a voces su repugnancia.

—¿Cómo puede existir un vocabulario tan pobre que no tiene ni verbo ni sustantivo que rime con *promptu* en *El músico ejecutó un impromptu*?

—No arremetas contra la lengua —empezó a decir el poeta—. Es en verdad un idioma digno de la máxima admiración...

Ebenezer se paró, al igual que hicieron Burlingame y la yegua ruana. Los dos hombres se miraron precavidamente.

—Da igual —probó a decir Ebenezer—. La apuesta ya había terminado.

—¡Ah, no, señor Laureado! —rio Burlingame—. ¡Ha terminado la mía, pero la tuya no ha hecho más que empezar! ¡Abajo ahora mismo!

—Pero —protestó Ebenezer, aunque descabalgando— no es ninguna palabra real,

¿no? ¿Qué significa?

—Bah —dijo Burlingame, montando de nuevo su joven cabalgadura—, no establecimos ningún criterio significativo, que yo recuerde. «Que rime con *promptu*», eso dije yo: *promptu* es complemento de rime—, es un sustantivo, y los sustantivos son palabras. ¡Tras la yegua!

Ebenezer suspiró; Burlingame se rio en voz alta, la yegua ruana expelió una nueva ventosidad y los viajeros prosiguieron camino de Cambridge. Burlingame cantaba con vigor:

¡Cuán prodigioso es el vocabulario
que ni en un solo cajón de sus armarios
hay nombre ni verbo de bronce o níquel
que acalle al hijo del capitán Mitchell!

27. EL LAUREADO ASEVERA QUE LA JUSTICIA ES CIEGA Y, DE TAL PRINCIPIO ARMADO, RESUELVE UN LITIGIO

Cuando llegaron al embarcadero del río Choptank, Burlingame dio por cumplida la sentencia de Ebenezer; pagó un chelín por cada uno de sus pasajes, otro más por el de las caballerías, y luego ocuparon los viajeros sus lugares, en tanto la chalana se aprestaba a cubrir la distancia de dos millas que había hasta Cambridge.

Burlingame señaló unos cuantos edificios, a duras penas visibles, dispersos por la otra orilla del canal.

—Eso que allá se alza es la capital del condado de Dorset. La última vez que la vio tu padre no era más que un desembarcadero del que se servían los plantadores.

Afectado por la condena cumplida, Ebenezer no se tomó la molestia de ocultar su decepción.

—Sabía que no iba a ser como el Cambridge de Inglaterra, pero debo confesar que no me esperaba algo tan primitivo. ¿Qué hay que valga la pena cantar en verso épico?

—¿Quién sabe cómo serían las sucias chabolas de la auténtica Troya y quién quiere saberlo? —repuso su amigo—. Cumple al genio del poeta trascender el material de que dispone; y no se precisa gran elocuencia para sostener que cuanto más ruin sea el asunto a tratar, tanto mayor habrá de ser el salto trascendental.

A aquello el Laureado respondió chasqueando la lengua y diciendo:

—Paréceme que a la postre el jesuita te ha ganado la partida: tú has hecho prisionero su cuerpo, pero él ha ganado en tu razón a un converso.

Burlingame se erizó ante aquel sarcasmo, pues no era el primero que le dirigía Ebenezer aquel día.

—No te conviene demasiado defender al sacerdote —le recriminó en voz baja para que no los oyera el batelero—. No estamos al servicio de la causa del papa, sino de la de Baltimore: la causa de la justicia.

—Muy cierto —convino el poeta—. Y, sin embargo, ¿a quién le compete decir cuál es la causa de la justicia? La justicia es ciega.

—Pero los hombres no lo son; y por lo que a la justicia atañe, su ceguera es la ceguera del desinterés, no la de la inocencia.

—Eso lo niego —dijo Ebenezer con jovialidad.

—¡Te has vuelto de lo más insidioso!

—Tú andas rondando los cuarenta y yo sólo cuento veintiocho años —dijo el Laureado—, y en lo tocante a experiencia, al menos triplicas mi edad; mas a pesar de mi inocencia, mejor dicho, precisamente como consecuencia de la misma, no me considero menos autorizado que tú en lo que concierne a la justicia, la verdad y la

belleza.

—¡Ultraje! —exclamó su amigo—. ¿Por qué motivo los hombres, a la hora de ser juzgados, escogen a las gentes de mayor edad y conocimiento si no es porque el primer ingrediente de la justicia es el conocimiento del mundo?

Pero Ebenezer seguía en sus trece.

—No es más que un vulgar error, como tantos otros.

Burlingame daba muestras de una irritación creciente a cada minuto que pasaba.

—Dime, te lo ruego, ¿qué diferencia hay entre la inocencia y la ignorancia, excepto que una es latina y la otra griega? En sustancia son lo mismo: inocencia es ignorancia.

—Mediante lo cual quieres decir —replicó Ebenezer al instante— que ser inocente en el mundo equivale a no conocerlo; nadie podría discutir semejante cosa. Sin embargo, lo más cierto que se puede decir de la justicia, la verdad y la belleza es que no viven en el mundo, sino que son entidades trascendentes, nouméricas y puras. Por doquier se oye decir que a menudo los infantes captan inmediatamente la verdad, mientras que los mayores se ven apartados de la misma por causa de la sofisticación. ¿Qué prueba esto sino que la inocencia tiene ojos para ver lo que le está vedado a la experiencia?

—¡Bah! —dijo Burlingame con desdén—. Eso no son más que monsergas de Cambridge, como las que tan caras le eran al bueno de Henry More. Gracias al cielo esas criaturillas de las que hablas están desamparadas en el seno de la sociedad. ¡Imagínate lo que sería que un niño hubiera de ser tu juez!

—Es posible que por vez primera la justicia hiciera honor a su lema.

—¡Eso sí! —rio Ebenezer—. Podría representársela con unos dados en lugar de con una balanza, pues donde ejerce de juez la inocencia ciega, de jurado ejerce el ciego azar. No sé —agregó— si conservas la inocencia porque sostienes estas ideas o si las sostienes para justificar tu inocencia.

Ebenezer apartó la vista y entornó los ojos, como si los fijara en el muelle al que se aproximaban, en el cual parecía estar desarrollándose una actividad considerable.

—Me parece que más adecuado sería hacerte a ti esa pregunta, Henry: el hombre puede desprenderse de su inocencia cuando le plazca, pero no así de su sabiduría.

Con aquel comentario tan poco generoso concluyó la disputa, pues la chalana había arribado a su punto de destino. Los viajeros, mal avenidos, se encaminaron hacia el muelle, que había sido erigido en la confluencia del río Choptank con un caudaloso arroyo y, con cierta dificultad —pues la marea estaba alta—, tras de sí guiaron a sus monturas por una pasarela empinada.

Si ya carecía de atractivo vista desde lejos, de cerca la ciudad de Cambridge causaba una impresión aún más pobre. De hecho, allí no había ciudad alguna. Más hacia el interior se divisaba una pequeña estructura de troncos de madera, que

Burlingame identificó como el Tribunal del condado de Dorset, el cual tenía una antigüedad de tan sólo siete años.

En la parte más cercana al río había una especie de fonda o taberna de construcción aún más reciente, y al pie del muelle mismo había lo que parecía ser una mezcla entre un almacén relativamente grande y una tienda de artículos diversos, un edificio anterior a la ciudad y al condado como tales, y que sin duda el padre de Ebenezer ya conoció en 1665. Aparte de estos, no se veían más edificios y aparentemente no había casas particulares en absoluto.

Sin embargo, al menos una veintena de personas rondaban por el muelle y por los alrededores del almacén; por la carretera que principiaba en la taberna oíase el tumulto que despertaba la actividad de la gente. Aparte de las numerosas embarcaciones de pequeña envergadura que se veían amarradas en distintos puntos de la orilla, había dos buques de mayor tamaño, pertrechados para atravesar el océano — uno era una bricbarca y el otro un navío de gran arboladura—, atracados en el canal del Choptank. La actividad que se llevaba a cabo, tan desproporcionada con respecto al tamaño y aspecto de la población, se debía, conforme averiguó Ebenezer, a su condición de capital del condado y a lo útiles que eran el muelle y el almacén para las plantaciones circundantes y, más concretamente, a que en aquella época se estaba celebrando el período otoñal de las sesiones del Tribunal, lo cual le proporcionaba al populacho diversión, que por allí tanto escaseaba.

La yegua ruana y el caballo castrado quedaron atados a un arbolillo cercano al arroyo; tras una frugal colación en la fonda, los viajeros se separaron, para considerable alivio del Laureado. Burlingame se quedó en la fonda al objeto de procurar alojamiento para la noche, indagar acerca del paradero de William Smith y calmar la sed; Ebenezer, abandonado a su suerte, echó a andar indolentemente carretera arriba camino del Tribunal, pensando en sus cosas. Siendo así que hacía buena temperatura, que la sede del Tribunal era pequeña y los pleitos, un entretenimiento que gozaba de gran popularidad entre los colonos, se había convocado la sesión al aire libre, en una pequeña hondonada contigua al edificio. Ebenezer vio que se había reunido un público de casi cien personas, aunque el Tribunal no había comparecido todavía; la gente estaba comiendo, bebiendo en abundancia, llamándose por medio de voces y de gestos de un lado a otro del anfiteatro natural que conformaba la hondonada peleándose desenfadadamente encima de la hierba, entonando canciones ruidosas, y en general divirtiéndose de un modo que al Laureado le pareció poco adecuado a la dignidad de un Tribunal. Por doquier se efectuaban intercambios de pagarés cuyo valor se cifraba en cantidades de tabaco, y Ebenezer pronto se percató de que virtualmente todo el mundo estaba cruzando apuestas sobre el resultado de los juicios. El hecho lo dejó estupefacto e incluso despertó en su mente vagos presagios, no obstante lo cual tomó asiento en la

parte superior del anfiteatro, a fin de presenciar la sesión. El debate que acababa de tener con Burlingame había despertado su interés, pero además albergaba la esperanza de concebir algunas estrofas que versaran sobre la majestad de la ley de Maryland, tal como se lo había sugerido...

—¡Maldición! —pensó, haciendo una mueca de contrariedad y suspirando: se le olvidaba que había sido Burlingame y no Charles Calvert quien había redactado su nombramiento; era una idea demasiado relevante y dolorosa para tenerla presente en la conciencia.

Al cabo de unos minutos apareció por la puerta del edificio el alguacil, vociferando: «¡Atención! ¡Atención! ¡Atención!», pero aún no había llegado siquiera al primer seto cuando una lluvia de piedras y palos alegremente lanzados le obligó a retroceder. Acto seguido hizo su entrada el juez *sans* la peluca ni la toga de rigor, y si Ebenezer lo reconoció fue porque, tras haberse detenido a charlar con algunos de los espectadores y haber hecho gestos de asentimiento con respecto a los intercambios de pagarés de tabaco, tomó asiento en el banco expuesto al aire libre. A continuación, llegó el jurado (Ebenezer aprobó, con ciertas dudas, su aparente práctica de apostar únicamente entre sí) y por último, los abogados de la acusación y de la defensa, que compartieron con el juez el contenido de una frasca alargada. Las únicas partes ausentes eran el acusado y el demandante, y cuando Ebenezer escrutó la muchedumbre, tratando de identificarlos, su vista recayó sobre la mismísima Warren, que se hallaba sentada en la primera fila junto a un hombre de edad a quien el poeta no había visto jamás. Al parecer Susan se había aseado un tanto y ahora, en lugar del rostro sucio y enmarañado el pelo castaño, llevaba el primero recargado de colorete y polvos y el segundo aderezado cual suelen las rameras. Había trocado los jirones de tela escocesa por una suerte de raso de mala calidad, con un estampado chillón y muy escotado; su risa era ruidosa y fácil de provocar; la mirada íbala depositando de hombre en hombre, paulatinamente, en tanto seguía charlando con su acompañante; recalca sus palabras con movimientos de la mano, que apoyaba ora en el brazo de quien tenía al lado, ora en el hombro, ora en la rodilla.

Ebenezer se quedó observando a Susan presa de sentimientos tan poderosos como encontrados: pese a las proclamas en sentido contrario de que había hecho gala ante Burlingame, se sentía tan enojado como agradecido porque Susan lo hubiera dejado plantado en el establo del capitán Mitchell; ardía en deseos de saber qué le había hecho cambiar de idea, si acaso iría a reunirse con su padre (y, de ser así, por qué persistía entonces en el ejercicio de la prostitución), y si —quizá fuera aquello lo que más le acuciaba— tenía alguna noticia de Joan Toast, y por qué la historia que Susan le había contado no coincidía con la de Burlingame. Además, a pesar del disgusto que le causaba ver el aspecto desvergonzado de Susan y pese a la preocupación que sentía por Joan Toast, Ebenezer debatía consigo mismo si atraer la mirada de la mujer y

procurar hablar con ella —entre otras cosas, no confiaba plenamente en la palabra que le dio Burlingame de que no intentaría apresarla—; pero acabó optando por no hacerlo.

—Libre de ella estoy bien —se dijo a sí mismo—. Así como mis intentos por acercarme a Susan hacen que me remuerda la conciencia, otro tanto le ocurre a ella por dejarme plantado. Lo acertado es no mediar ni para que huya ni para que la capturen, y ya está.

Tan absorto se hallaba en sus reflexiones el Laureado que no se percató de que el Tribunal había inaugurado la sesión y la disputa se iba acalorando hasta que las voces de los espectadores le hicieron fijar la atención en el estrado. Se estaba juzgando un caso remitido desde el condado de Kent, y los testimonios, según era evidente, eran abrumadoramente contrarios al demandante, a favor del cual, presumiblemente, se habían apostado cuantiosas sumas de dinero de Dorchester; el público abucheaba al abogado defensor. Los acusados eran un matrimonio de mediana edad.

—Dicho sea de nuevo —declamaba el defensor— que el acusado, mi cliente, el señor Bradnox, quien a su vez es un genuino juez de paz, se encontraba la noche de autos sentado justa y pacíficamente en su casa en compañía de la señora Mary Bradnox, su esposa, cuando el demandante, el señor Salter, apareció ante su puerta pertrechado de ron y una baraja de naipes, e instó a los dos acusados a pasar juntos un rato de regocijo. Era casi medianoche, y al poco tiempo la señora Bradnox les dio a los dos hombres las buenas noches y se retiró a su aposento...

—¡Lo que hizo fue acudir a toda prisa a por el orinal! —vociferó el demandante desde el otro lado de la hondonada, y la gente prorrumpió en gritos, dándole la razón. El letrado de la defensa mantuvo un coloquio en voz baja con su cliente.

—Rectifico mi afirmación tras evacuar consultas con la señora Bradnox, y tengo a bien aseverar que, en efecto, la misma atendió a la llamada de la naturaleza, pero de la bacinilla fuese a la camilla, valga la expresión.

—¡Mentira! —gritó de nuevo el demandante. Era un hombre enteco, de tez oscura, entrado en la cuarentena, extraordinariamente alto y de piel correosa, y a los pies tenía una caneca de la cual bebía—. Cuando al poco rato subí las escaleras con ánimo de ponerla a prueba, me la encontré cruzada de piernas en el alféizar de la ventana, con una canción en los labios y mi buen licor en las tripas, disparándole ventosidades a la luna menguante.

—Como ha confesado el demandante, señor Salter —prosiguió taimadamente el letrado de la defensa—, él abandonó posteriormente las festividades, tras haber embriagado a mi defendido, y fuese escaleras arriba, en busca de la alcoba de la señora Bradnox, cuya entrada forzó para luego asaltar cobardemente a mi defendida... ¡La verdad es que estuvo refocilándose con la señora Mary a troche y moche empezando por acá y acabando por acullá, con lo cual le puso los cuernos a su

esposo el señor juez!

—*¡Muy bien!* —exclamaron los espectadores.

—Y en habiendo dado fin a tan vil labor —prosiguió la defensa— el tal Salter regresó al salón, donde le dio mal uso a la embriaguez de su anfitrión, engañándolo en el juego de *lanterloo*^[35] obligándolo a apostar varios centenares de libras de tabaco, mientras sin cesar le hacía beber todavía más ron, con el fin de ocultar el fraude. Cuando mi desdichado cliente se había vuelto, merced a la demasía de tragos, tan liviano que se derrumbó sobre el suelo, con lo cual le sangró la nariz sobremanera, el mentado John Salter le escupió encima, hizo aguas sobre él y transgredió de maneras diversas las leyes de la hospitalidad, acabando por decirle que desde hacía poco menos de dos horas era un cornudo coronado. Al oír lo cual, mi cliente se tornó al instante prodigiosamente sobrio y, tras tildar a este mismo Salter de blasfemo, sucio y bellaco, remontó las escaleras camino de la alcoba de su esposa, presa de una cólera temible. Al entrar allí principió a cubrirla de oprobio, tachándola de ramera y meneahigas, añadiendo otros diversos epítetos de castigo y admonición, para enseguida agarrarla por salva sea la parte, con lo que le hizo caer del catre al suelo, de un modo inhumano.

—*¡Oprobio!* —vociferó la multitud, y también—: *¡A la picota con él!*

Ebenezer estaba sobremanera sorprendido, mas no tanto por la última revelación como por la relación precedente de todos los hechos llevados a cabo por el demandante, cuyo comportamiento era tan desvergonzado que el poeta jamás había oído nada semejante. De hecho se preguntaba cómo era posible que Salter fuera el demandante y no el acusado de aquel litigio.

—En el transcurso de cuyo altercado doméstico —prosiguió la defensa— el demandante, señor Salter, se compadeció, e interponiéndose entre marido y mujer, mis clientes, tomó partido a favor de la señora Mary, en contra de su legítimo esposo, al cual asió por el cuello, apretádoselo con fuerza hasta que los ojos del juez perdieron el brillo y quedaron con expresión vacía, cual si fueran las oquedades que dejan los orines en la nieve.

—*¡Muy bien!*

—Ante lo cual el mentado juez Bradnox soltó las partes pudendas de la señora Mary e hizo frente a Salter, haciéndole recordar sus pequeñas faltas, aseverando que, en virtud de que él mismo habíase refocilado con la señora Mary de pe a pa, el antedicho Salter perdía todo derecho a gozar de la estima del juez y dejaba de ser propiamente su huésped, pues no era más que un *gigolo* y un sucio hipócrita. A cuya descripción el demandante respondió poniéndole morados ambos ojos al juez y haciéndole un chichón en la coronilla que tenía el tamaño de un huevo de pato, al tiempo que afirmaba que el juez Bradnox era deficitario en virtudes viriles...

—Le dije que era tan hombre como un buey —especificó Salter, limpiándose con

la manga la boca, manchada del vino de la frasca— y tan útil como una ramera en la iglesia.

—Muy bien dicho —comentó un hombre que estaba sentado a la vera de Ebenezer.

—Tras lo cual declaró —prosiguió la defensa— que la señora Mary no valía el esfuerzo de levantarle las ropas.

—Era como cargar con Aldersgate —se quejó Salter.

—A lo cual el juez de paz replicó que si Salter no cerraba su boca de leproso, él mismo, mi cliente, el juez de paz, se ocuparía, disparándole, dándole golpes en la cabeza y quebrándole las dos piernas por añadidura. A lo cual el demandante respondió...

—¡Basta! —exclamó el juez. Mas a continuación agregó—: Vuestra verborrea va a conseguir que estemos todos roncando antes de un minuto. ¿De qué se le acusa, vive el cielo?

Salter se puso en pie de un salto.

—Se acusa —dijo— a ese bribón, Bradnox, de no haberme pagado el licor que se bebió (una cuba de dieciocho galones en total, copa más copa menos) y, además, de que, estando yo refocilándome con Mary Bradnox del bauprés a la cangreja, cayéronseme de los calzones, que estaban encima de una silla, unas cuantas monedas, y esos villanos jamás me las devolvieron.

—¡Madre de Dios! —musitó el Laureado.

—¿Qué dicen los miembros del jurado? —les conminó el juez—. ¿Es el acusado culpable o van vuestras mercedes a consentir que ese canalla quede libre?

Lo más que pudo esperar Ebenezer durante el minuto que duraron aproximadamente las deliberaciones del jurado, fue que las notas que estaban intercambiándose sus miembros fueran opiniones y no pagarés de tabaco; estaba demasiado aterrorizado por el comportamiento del Tribunal como para esperar un juicio honrado. De hecho, se sintió sumamente sorprendido cuando el portavoz del jurado dijo:

—Su Señoría, hallamos al acusado inocente.

—¡Inocente! —rugió el juez, y los espectadores se hicieron eco de su protesta—. ¡*Sheriff*, arrestad a esos doce bellacos bajo la acusación de desacato al Tribunal! ¡Inocente! ¡Voto a tal! ¡Ese hombre tiene el alma más negra que el as de picas y ese retaco de esposa, poco menos! ¡Dios santo, señores! ¿Quieren vuestras mercedes labrar la desgracia y la ruina de la noble Dorset? Pues yo digo que no: ¡el acusado es culpable de los cargos que se le imputan!

Ebenezer se puso de pie, sumamente indignado, pero los aplausos de la muchedumbre acallaron sus objeciones.

—Este Tribunal ordena que Tom Bradnox satisfaga el pago completo de los

dieciocho galones de ron y que le entregue a este Tribunal una cantidad equivalente antes del amanecer, y de no hacerlo así, permanecerá atado a la picota hasta que finalice el presente período de sesiones del Tribunal. Otrosí, se condena a Mary Bradnox a que devuelva el doble del valor que tenían las monedas que perdió el señor Salter cuando gozaba de ella de la cabeza a los pies, y de no ser así se le marcará a fuego en la mano la letra l, para que quede constancia de su condición de ladrona. ¡El siguiente caso!

Los espectadores lanzaban silbidos, se daban palmadas en los hombros, pellizcaban unos a las esposas de otros y cobraban o satisfacían sus apuestas. Ebenezer se quedó de pie, estupefacto por la conducta del Tribunal, mientras buscaba los términos más ofensivos de su vocabulario, pues tenía intención de pronunciar una admonición pública no sólo contra el demandante, sino también contra el juez, que estaba en clara connivencia con el primero, y contra el público, en razón de su indigno comportamiento. Mas, antes de que le diera tiempo a concebir su reprimenda, ocuparon su lugar en el estrado los siguientes litigantes, y Ebenezer se distrajo al reparar en que uno de ellos —al parecer, el demandado— era el acompañante de Susan Warren, el cual parecía tener cierta familiaridad con el juez.

¿Que os trae por aquí, Ben Spurdance? —preguntó el juez.

Ebenezer dio un respingo: le parecía haber oído anteriormente aquel nombre; sin duda, de labios de Susan, pero no lograba recordar con relación a qué.

—Más vale que se lo preguntéis a él —dijo Spurdance entre dientes, señalando a un hombre mayor, de aspecto robusto, que ocupaba el estrado de la acusación.

—¿Se puede saber quién sois vos? —le preguntó el juez.

El anciano respondió:

—William Smith, Su Señoría.

Ebenezer dio otro respingo.

—¿Y cuál es la queja mendaz que tenéis de Ben Spurdance? —preguntó el juez.

La segunda mención de su nombre le hizo recordar a Ebenezer dónde lo había oído: el capitán Mitchell, cuando Burlingame y él partieron de su casa, le indicó a su «hijo» que buscara a Susan Warren en casa de Ben Spurdance, lugar que definió como una «guarida de putas y ladrones».

Pero aún le aguardaba otra sorpresa, pues en respuesta a la pregunta del Tribunal, Smith dijo que cuando llegó a la provincia, hacía cuatro años, se vio precisado a firmar un contrato de servidumbre con el demandado, pues él mismo había consumido todo su dinero durante la travesía del océano, destinándolo a medicinas de las que precisaba su hija, a la sazón, enferma; el contrato de servidumbre había expirado recientemente.

—¡Pardiez! —El Laureado estaba maravillado—. ¡No se trata del hombre a quien buscamos, sino del santo varón de quien me hablara Susan: su padre!

Y se preguntó con enojo por qué Susan habría estado haciéndole carantoñas al demandado. Entretanto, William Smith procedió a expresar sus quejas. Según su declaración había servido lealmente a Spurdance durante los cuatro años de validez del contrato, ejerciendo labores de herrero y tonelero, pero cuando expiró el acuerdo, Spurdance renegó de los términos del mismo. Concretando, Spurdance había hecho cesión tan sólo de un acre y medio de tierra —tierra que por lo demás era pedregosa y plagada de desniveles—, en lugar de los veinte acres que especificaba el contrato, y le había dicho que si creía que iba a recibir más se podía ir colgando de un pino.

—¡Pobre desgraciado!

Ebenezer se compadeció en su fuero interno. Se sintió más dispuesto aún a pronunciar su arenga, pero le pareció mejor aguardar a que Smith finalizara la relación completa de sus desdichas.

El demandado atestiguó entonces que aun cuando la alocución del demandante era sustancialmente correcta, él, Spurdance, no le había dicho a Smith que se colgara de un pino.

—Le dije a esa cabra vieja que se metiera sus acres por el culo y que me dejara en paz —dijo.

—¡Dios santo, incluso admite su culpabilidad! —pensó Ebenezer.

El juez miró torvamente al demandante.

—¿Estáis tratando de engañar al Tribunal, señor?

—Es posible que fuera como dice él —admitió Smith—, si bien lo que yo recuerdo es que me dijo: «¡Si crees que vas a recibir más, te puedes ir colgando de un pino!».

—¿Cuál de las dos cosas dijo? —exigió saber el juez.

—Dije *meter* —insistió Spurdance.

—Dijo *colgar* —mantuvo Smith.

—¡*Meter*! —gritó Spurdance.

—¡*Colgar*! —exclamó Smith.

—*Meter* —ordenó el juez, dando golpes para que se restableciera el silencio—. Vuestro amigo tiene un abogado escurridizo, Ben —dijo, dirigiéndose al acusado—. ¿Dónde está el vuestro?

Spurdance señaló con la nariz al letrado de la acusación, un hombrecillo regordete que llevaba un traje negro como el que solían llevar los cuáqueros.

—No necesito embusteros como Richard Sowter para defenderme.

—Entonces llamad a vuestro primer testigo y prosigamos.

Nadie salvo Ebenezer pareció ver nada heterodoxo en que la defensa tomara la palabra antes que la acusación. Cuando vio que Susan Warren subía al estrado para hablar a favor de Spurdance, su extrañeza se transformó en un asombro ilimitado.

No obstante, el testimonio de Susan superó, por lo increíble que era, cuanto

Ebenezer había oído aquella tarde. Conforme a su declaración, había huido a Maryland bajo la protección del bondadoso capitán Mitchell, del condado de Calvert, a fin de escapar de las pretensiones incestuosas de su padre, que la acosaba cual macho cabrío.

—Continuó persiguiéndome hasta el mismo barco, donde se introdujo a escondidas —prosiguió diciendo Susan—, y dilapidó todo su dinero tratando de sobornar al capitán Mitchell. Su objetivo era lograr que el capitán oficiara de alcahuete y me dejara caer en sus viles manos, para que así pudiera violarme, empezando por el castillo de proa y acabando por la toldilla.

Aunque los espectadores habían saludado la subida de Susan al estrado con comentarios obscenos, ahora simpatizaban ostensiblemente con sus cuitas; manifestaron su aprobación entre murmullos cuando Susan dio testimonio de que los esfuerzos de su padre por corromper a su guardián habían resultado infructuosos, como consecuencia de lo cual el primero se vio obligado a firmar un contrato de servidumbre con Spurdance.

—El bueno de Ben, aquí presente, lo cogió como criado sólo por hacerme un favor a mí —dijo Susan— y fue un mal trato el que le obligué a cerrar, pues mi padre lo incumplió de principio a fin. Resultó ser un haragán y un camorrista, tal y como yo me temía; el señor Spurdance le dio un acre y medio de tierra por pura caridad cristiana, pues no le debía ni un pedo de naviero. Que es mi padre, pues mala suerte para mí, pero juro que me alegraría ver a ese canalla expuesto en la picota y ver cómo le sacan la sinvergonzonería de sus pérfidos huesos a fuerza de azotes.

El juez felicitó calurosamente a Susan y sin más miramientos desestimó al jurado por indigno y se manifestó dispuesto a declarar al demandante culpable de falsedad y pereza; mas antes de haber podido pronunciar el veredicto oficial, Ebenezer, que se había puesto en pie de un salto y había oído la parte final del testimonio de Susan tembloroso e iracundo, ahora se estiró cuan largo era y desde lo alto de la ladera cubierta de hierba gritó:

—¡Alto! ¡Exijo que se detenga este proceso ultrajante!

Susan se quedó boquiabierta y apartó la vista; la multitud lo abucheó y le arrojó palos, pero el juez dio unos sonoros martillazos y berreó aún con más fuerza.

—¡Orden! ¡Orden, malditos seáis! En el nombre del anticristo: ¿se puede saber quién sois y por qué obstruís la justicia que imparte este Tribunal?

Al efectuar un giro destinado a esquivar un palo, Ebenezer vio a Henry Burlingame, que se dirigía apresuradamente hacia él bordeando la parte superior del anfiteatro, mientras le hacía señas, apremiándole a que se estuviera quieto. Pero la indignación del Laureado no era fácil de aplacar; de hecho, lo pertinente que era aquella situación respecto de la que habían estado comentando Burlingame y él no hacía mucho tiempo le hizo sentir deseos aún mayores de hablar no bien divisó a su

antiguo tutor entre el público.

—Soy Ebenezer Cooke, Su Señoría, Poeta Laureado de toda esta provincia por la gracia de Charles, lord Baltimore, y me opongo enérgicamente al veredicto que acabáis de proponer, pues es una burla a la justicia y un baldón que mancilla la limpieza de la ley de Maryland.

—¡Muy bien! —gritaron algunos de los asistentes, pero otros gritaron—: ¡Fuera con ese papista!

En cuanto hubo terminado su declaración, Ebenezer vio que Burlingame se detenía en plena carrera, se llevaba la mano a la frente y luego, encogiéndose de hombros, se sentaba en el lugar donde por azar se había detenido.

—Vamos, vamos —dijo, desdeñoso, el juez. No ha sido para tanto. Le dirigió un guiño ostensible a la asamblea—. Era el mejor veredicto que podía caerle a Ben Spurdance.

La alarma de que diera muestras Burlingame había hecho mella en la seguridad que sentía el Laureado, pero ya era demasiado tarde para retirarse; la incertidumbre acrecentó la cólera de su voz.

—¡No sabéis a quién estáis censurando, señor! ¡Mayores cobardes y de peor calaña que vos han sufrido en sus carnes el aguijón del verso hudibrástico y se han visto humillados! Y ahora, ¿queréis hacerle justicia a ese pobre desdichado, el demandante, la iniquidad de cuyo caso clama al cielo pidiendo reparación y hacer que el demandado y esa testigo pérfida y descarada paguen caras sus calumnias? ¿O preferís atraer sobre vos la cólera del Laureado y con ella las iras del populacho ultrajado?

Entretanto, Spurdance se había puesto pálido, y en tanto la multitud intercambiaba comentarios en voz baja, descendió hasta el banco del juez, para musitarle algo al oído mientras Ebenezer pronunciaba su desafío.

—¡Me importa una higa *quién* sea! —barbotó el juez, dirigiéndose a Spurdance—. Este es mi Tribunal y tengo intención de gobernarlo honradamente. ¡Nadie obtiene un veredicto sin haber pagado!

—¡Sea! —dijo el poeta, haciendo que su voz superara el estruendo de las carcajadas de la multitud—. Si por el momento la justicia en esta provincia es propiedad de quien la compre, entonces, en este caso yo pagaré la tarifa de la ramera.—Le dirigió una mirada colérica e intencionada a Susan—. La cantidad que el canalla de Spurdance haya destinado a sobornaros, yo la aumento en la mitad, a cambio del privilegio de pronunciar el veredicto y dictar sentencia.

—Doscientas libras de tabaco —dijo el juez.

—Trescientas, pues —repuso el Laureado.

—¡Protesto! —exclamó Spurdance, sobremanera alarmado.

—¡Y yo! —repitió la voz de Susan, cuya mirada de terror hizo que se dibujara

una sonrisa orgullosa en los labios del poeta. William Smith se puso en pie como si fuera a añadir una tercera protesta, pero su consejero, que era de baja estatura y vestía de negro, lo detuvo y le susurró algo al oído.

—Se rechazan las protestas —dijo el juez en tono cortante—. El caso queda en vuestras manos, señor poeta. Tened empero presente que no está permitido disponer de las vidas ni de los miembros de los litigantes.

El acusado y Susan dieron muestras de sorpresa y consternación al ver el cariz que tomaban los acontecimientos, al igual que Burlingame, quien al oír las instrucciones del juez se levantó y de nuevo echó a correr hacia Ebenezer. Pero se hallaba aún a varios centenares de pies de distancia y el Laureado prosiguió, impertérrito.

—No deseo ninguna de esas cosas —aseveró—; sólo que se haga justicia. A lo que parece, Spurdance no le infligió daño corporal al demandante; por lo tanto tampoco le será infligido a él. Era una cuestión de pagar con unas tierras, y yo administraré justicia conforme a la naturaleza de tal crimen. Mi veredicto es que el acusado es culpable de los cargos que se le imputan y mi sentencia que el demandante sea compensado por daños no sólo con los veinte acres que se le adeudaban originariamente, sino con toda la propiedad de la cual dichas tierras formaban parte, exceptuando única y exclusivamente el acre y medio que en la actualidad posee el demandante. En otras palabras, el demandado será propietario de la miseria que tan reacio era a ceder, en tanto que el demandante será propietario de los grandes bienes de los que aquélla procedía. En cuanto a la señorita Susan Warren, puesto que no parece en modo alguno insólita para este Tribunal la costumbre de sentenciar a personas que no están siendo juzgadas, la declaro culpable de fraude, calumnia, difamación, obscenidad, ejercicio de la prostitución y desafecto filial, por lo cual decreto que permanezca bajo la custodia de su padre, el demandante, mientras se lleva a cabo una investigación sobre la legalidad del contrato que la vincula al capitán Mitchell. Otrosí decreto que a la primera ocasión su padre disponga una unión adecuada a su persona, a fin de que bajo el yugo conyugal pueda instruirse en el camino de la virtud y la piedad. Estos apremios, decretos y castigos habrán de ser ejecutados en el plazo de quince días bajo pena de agravamiento de la sentencia y encarcelamiento.

Del otro extremo de la hondonada surgió una carcajada burlona, casi histérica, y Burlingame, Spurdance y Susan Warren prorrumpieron en exclamaciones, todos de consuno, pero el juez dijo:

—Este Tribunal así lo dispone. —Y dio un martillazo en la mesa—. Y a título personal añadiré que en todos los años que llevo ocupando este banco jamás he sido testigo de generosidad tan necia.

Ebenezer hizo una reverencia.

—Os doy las gracias. No obstante, sería mejor ensalzar la justicia de la sentencia que no su magnanimidad. No tiene mayor mérito ser generoso con las propiedades ajenas.

El juez dijo algo a modo de respuesta, pero se perdió en medio del estruendo que levantaba la muchedumbre, que en aquellos momentos alzaba a Ebenezer a hombros para llevárselo calle abajo, en dirección a la taberna.

—No debierais honrarme a mí, sino a la justicia, que es ciega —dijo el poeta, sin dirigirse a nadie en concreto—. No obstante —añadió— me es grato encontrarme al fin entre gentes que no son ciegas a la dignidad de mi cargo. Mi estima hacia Cambridge se ha visto por completo restablecida.

Es cierto que entre algunos de los más impresionables componentes de la muchedumbre corrían murmullos que hablaban de santidad; una madre alzó a su hijo en vilo para que Ebenezer lo besara, pero el Laureado, modestamente, le indicó a la madre que se alejara, por medio de gestos. Miró entorno a sí, buscando en vano a Burlingame, para saborear la reacción de éste ante su triunfo.

El antiguo demandante, William Smith, ya se encontraba en la taberna cuando llegó la multitud, y al avistar a su benefactor pidió cerveza para todo el mundo.

—¿Cómo puedo daros las gracias, señor? —exclamó, abrazando a Ebenezer—. ¡Juro solemnemente que sois el mejor cristiano de toda la provincia!

—Vamos, vamos —repuso el Laureado—. Tan sólo espero que no pretendan seguir engañándoos.

—Eso es lo que también me temo yo, señor —convino Smith, y sacó un papel que llevaba debajo de la camisa—. Mi abogado acaba de redactar este papel, el cual, si vos lo firmáis, ratificará irrevocablemente vuestra sentencia ante cualquier Tribunal.

—Entonces acabemos con ello y a por la cerveza —rio Ebenezer.

Cogió la pluma y el tintero que le ofrecía el tabernero, firmó el documento, lo rubricó y se lo devolvió a Smith, deseando que Burlingame, Anna y sus amigos de Londres estuvieran presentes para ser testigos del momento más glorioso de su vida.

—Y ahora —dijo Smith alzando su vaso de cerveza para brindar—: ¡A la salud del señor Cooke, señores, nuestro Poeta Laureado, que es el caballero de mayor bizarría que jamás agració con su presencia el condado de Dorset!

—¡Bien dicho! —exclamaron los demás.

—Y a la salud del señor Smith —respondió cortésmente Ebenezer—, el cual no ha hallado sino una justa compensación a sus tribulaciones.

—¡Muy bien!

—¡Por su hija, esa desvergonzada pintarrajeada! —gritó alguien en medio de la multitud—. ¡Que el cielo nos guarde de ella...!

—No; mejor brindemos por la justicia —interrumpió el Laureado, azarado por la

alusión a Susan—. Por la justicia, por la poesía, por Maryland... y, si queréis, por Malden, adonde me dirijo.

—Sí, por Malden —afirmó Smith—. Es menester que sepáis, señor, que una vez que haya despedido a ese villano de Spurdance y haya encontrado a un capataz adecuado, siempre que tengáis a bien visitarme, seréis bien recibido, y me sentiré muy honrado de que permanezcáis en calidad de huésped tanto tiempo como gustéis —se rio y guiño un ojo—. A fe mía, señor, que si no os reportara ningún salario el falso nombramiento de lord Calvert, os contrataría en lugar de Spurdance para que gobernais Malden. Sería imposible que lo hicierais peor que él, que os engañó a ciegas sin que vosotros siquiera os percatarais.

Ebenezer frunció el ceño, horrorizado.

—¡Estimado señor, en este momento no os sigo!

—Tanto da, a estas alturas ya no importa, buen mozo. —Smith sonrió y cogió un vaso lleno que le dio el tabernero—. Muchas son las verdades que se dicen por ignorancia y muchos los entuertos que endereza la casualidad. ¡Por Malden! —dijo, dirigiéndose a la multitud, y luego prosiguió, con la evidente intención de que lo oyera el Laureado—: ¡Ahora que me pertenece según consta en un título, la gobernaré como jamás lo hizo Ben Spurdance!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamaron todos, y le dieron tan gran trago a la cerveza que pocos vieron que el invitado de honor caía desmayado sobre el serrín que cubría el suelo.

28. SI EL LAUREADO ES ADÁN, BURLINGAME ES LA SERPIENTE

Cuando recobró el sentido Ebenezer vio que se encontraba en un banco, en un rincón de la taberna; tenía los pies en alto, apoyados en una caja de madera y le habían puesto un trapo húmedo en la frente.

Cuando recordó por qué se había desvanecido, casi pierde de nuevo el conocimiento; volvió a cerrar los ojos y deseó morir allí mismo antes de tener que hacer frente a las burlas de la multitud y la vergüenza que le hacía sentir la necesidad de su pérdida. Cuando por fin se atrevió a mirar en torno a sí, vio a Henry Burlingame sentado en la mesa más cercana, solo, fumando en pipa y contemplando a los juerguistas de la taberna.

—¡Henry! —exclamó el poeta, abatido.

Burlingame se dio la vuelta al instante.

—*Henry* no, Eben. Me llamo Tim Mitchell. Me llamo Tim Mitchell. Te encontré tirado en el suelo.

Ebenezer se incorporó y sacudió la cabeza.

—Ah, por Cristo bendito, Henry, ¿qué he hecho? ¡Y eso que me lo estabas advirtiéndome!

Burlingame sonrió.

—Pues yo diría que has administrado justicia inocentemente.

—¡En el nombre del cielo, no te burles de mí! —Ebenezer hundió el rostro entre las manos—. ¡Ojalá me hubiera quedado en Londres!

—¿El viejo Andrew dio un poder general? Si no es así, no tenías derecho a hacer la donación.

—No debería habérmelo dado jamás —respondió Ebenezer—, pero lo hizo. ¡He firmado la cesión de sus propiedades y de todo mi legado a ese tonelero ladrón!

Burlingame le dio una chupada a la pipa.

—Fue una actitud estúpida, pero lo hecho, hecho está. ¿Qué se siente al ser pobre como yo?

Ebenezer no fue capaz de responder inmediatamente. Se le llenaron los ojos de lágrimas y agachó la cabeza.

—Era también la herencia de Anna; la mitad le pertenecía. Le entregaré mi parte de la casa de Plum Street y le pediré que me perdone. Pero ¿qué va a decir mi padre?

—De momento, sosiégate —dijo Burlingame—; no eches el responso antes de que se haya muerto el enfermo. ¿Qué sabemos del tal William Smith? Cuando caíste desmayado se fue.

—Es un bellaco, de lo contrario no se habría aprovechado de mi inocencia.

—Eso tan sólo demuestra que es humano, como pronto aprenderás. ¿Crees que se

trata del William Smith que andamos buscando?

—¿Cómo puede serlo si no es más que un simple tonelero? Susan Warren me contó su historia allá en la propiedad de Mitchell.

Pero Burlingame tenía expresión ceñuda.

—Algo oculta, y Susan, también; pero sabe Dios el qué; la gente que se dedica a intrigar detecta a sus semejantes. No me sorprendería nada que fuera nuestro hombre un agente secreto de lord Baltimore.

—Como si es el gobernador de la provincia —dijo Ebenezer en tono lúgubre—. En cualquier caso, Malden le pertenece.

—Tal vez sí, tal vez sí. O tal vez se muestre más razonable cuando se entere de cuál es nuestra misión.

Ebenezer se animó instantáneamente.

—¡Por Dios, Henry! ¿Lo crees así?

Burlingame se encogió de hombros.

—En el mundo ningún comportamiento es imposible. Tú déjame hacer a mí, que yo averiguaré cuanto pueda. De momento más vale que te hagas a la idea de que eres pobre, cosa que por otra parte bien puede ser, y no digas nada de nuestras esperanzas. Ahoga tu pérdida en licor, como hace el común de los mortales.

Para entonces los demás clientes de la taberna habían reparado en la resurrección del Laureado, y lejos de mofarse de él, le invitaron a beber a expensas de ellos.

—¿No sabían aún lo de mi pérdida? —le preguntó Ebenezer a Burlingame.

—Sí que lo sabían. Algunos lo sabían desde el principio y sólo después se enteraron de que la pérdida no había sido intencionada.

—¡Deben de pensar que soy un grandísimo majadero!

Burlingame volvió a encogerse de hombros.

—Te verán menos santo y más hombre. Deberías mostrarles tu reconocimiento, ¿no te parece?

—No, santo Dios, ¿cómo voy a estar ahí bebiendo después de haber regalado mi Malden? ¡Debería buscar refugio en la pistola, no en un vaso de cerveza!

—Tu pérdida encierra una lección —repuso su amigo—, pero no soy yo quien te la ha de enseñar. —Burlingame se levantó de la silla—. Bueno, ahora que no posees tierras, al igual que yo, ¿quieres emborracharte, como es mi intención?

El poeta aún dudaba.

—Temo al licor como temo a las fiebres, a las drogas y a los sueños, que modifican la perspectiva humana. El hombre debe ver el mundo como es, para bien o para mal.

—Es ése un don que aún no te ha sido concedido, amigo mío. ¿Por qué esperar alcanzarlo esta noche?

—¡Eres poco amable! —protestó Ebenezer—. Lo que pasa es que no me he

emborrachado nunca.

—Ni tampoco habías sido un pobre que no tiene dónde caerse muerto —replicó Henry—. Mas haz como te plazca.

Le dio la espalda a Ebenezer y se dirigió solo al mostrador, donde los demás parroquianos lo recibieron con familiaridad, usando para dirigirse a él el nombre de Tim Mitchell. Ebenezer, cuyas objeciones eran más precautorias que sinceras, le siguió enseguida, no sólo porque su pérdida era demasiado onerosa como para contemplarla sin mediaciones, sino también porque no se sentía del todo bien. Ya se debiera a la flatulencia de la yegua ruana, ya a lo alarmado que le dejó la manera en que Henry había maltratado al padre Smith, ya se debiera —cosa que le parecía la más probable— al período de aclimatación que habían de soportar todos los recién llegados a las colonias, al cual había sucumbido su madre, lo cierto es que desde por la mañana tenía el estómago revuelto y desde el mediodía, la frente con una pizca de fiebre.

—¡Hola, hola! —exclamó un plantador al verlo aproximarse—. ¡Aquí viene por fin nuestro Laureado, digno de ser comparado a Jesucristo!

Su tono no encerraba malicia ninguna; los demás se hicieron eco de aquel saludo, dejándole sitio a Ebenezer y llegando a jurarle al tabernero que abandonarían todos la taberna como un solo hombre si no le daba ron gratis a su nuevo camarada. Tanta cordialidad humedeció los ojos del poeta.

—Lo que ven vuestras mercedes ante sí no es propiamente un Laureado, amigos —empezó a decir, expresándose con cierta dificultad—. No, más bien se trata del príncipe de los orates, y no obstante os dirigís a él con la misma cortesía que si fuera un hombre sensato. No lo olvidaré.

Burlingame había mostrado interés al principio de aquel discurso, mas cuando concluyó, parecía decepcionado.

—Un solo acto de locura no convierte a nadie en loco —respondió alguien.

—Fue una donación tan principesca como necia —alarmó otro—, y vos habéis ganado, en virtud de la misma, una miseria principesca. A mi parecer quedáis en paz.

Ebenezer se bebió el ron de un trago y le dieron otro.

—¿He empobrecido por valor de una fortuna y he ganado cuatro peniques de sabiduría? —meneó la cabeza—. No veo que sea un buen cambio.

—Sin embargo, así es como es —dijo Burlingame, poniendo voz de Tim Mitchell—. A menos que uno se matricule muy pronto, la universidad de la vida sale muy cara. Además, ahora os encontráis en una posición venerable.

—¡Venerable! —protestó el Laureado—. Si lo que queréis decir es que no soy el primer asno que aparece en este mundo, entonces estoy de acuerdo con vos, mas no veo en ello nada digno de veneración.

—Bebed y os lo explicaré —su tutor sonrió, y cuando Ebenezer hizo lo que le

indicaban, aquél dijo—: ¿Cuál es vuestra suerte sino la suerte de todo hombre?

—Tal vez el ron me obnubile —interrumpió Ebenezer— pues no le veo rima ni sentido a vuestra observación. —Para regocijo de sus recientes amigos, el poeta concluyó la frase soltando un eructo y pidiendo otra jarra.

—Me refiero a que lo que vos estáis haciendo es volver a representar la historia de Adán —prosiguió Henry—. Tanta importancia le concedéis a vuestra inocencia que por causa de la misma habéis perdido vuestro paraíso terrenal. Pero aún he de llevar esta idea más lejos: vuestra aventura no sólo os ha dejado sin hogar, sino que al igual que sucedió con Adán, habéis probado vuestro primer bocado de sabiduría y experiencia; de ahora en adelante no os será fácil coger frutos con que llenaros las tripas, sino que ganaréis el pan con el sudor de la culpa, como hacen las masas humanas. Vuestro padre, si lo conozco bien, no dejará pasar esta ocasión de expulsaros del jardín del Edén.

Ebenezer se rio con la misma prontitud que los demás, bien que no con tantas ganas, ante aquella analogía y, jarra en mano, replicó:

—Estas agudezas son como los caballos que poseen un gran brío, que si no los montan con arte, acaban por llevar al jinete más lejos de la cuenta.

—¿No son de vuestro agrado?

—El fallo no estriba en el... ¡Ahí va! —Al hacer un gesto de disentimiento, Ebenezer se echó una buena cantidad de ron encima de la camisa—. ¡Qué desperdicio de bebida, señores! Tened la bondad de colmar mi copa. ¡Sois un buen cristiano de Dorset! —Esta vez se bebió media jarra antes de hablar—. ¿Qué estaba diciendo, mis buenos amigos? —Contempló con gesto preocupado su ropa empapada—. Por la manera en que ha roto aguas, juzgo que era un pensamiento vigoroso lo que nos traíamos entre manos: otro *errare humanum est*, para que lo sepan vuestras mercedes, o bien *fíat justitia ruat caelum*.^[36]

—Era algo relacionado con caballos —dijo uno de los bebedores, encantado.

—¡Con caballos!

—Sí —dijo otro, riendo—, estabais discutiendo con Tim Mitchell, aquí presente.

—Entonces quiera Dios que el penco se haya quedado sin fuelle —dijo Ebenezer—. ¡Estoy mortalmente enfermo como consecuencia de los pedos de caballo en la última confrontación entre nuestros ingenios!

Aunque nadie salvo Burlingame comprendió en realidad aquel comentario, los plantadores lo recibieron con hilaridad, y ahora rivalizaban entre sí para poder invitar a beber al Laureado.

—Estabais ocupándoos de una agudeza del señor Tim Mitchell —dijo uno.

—¿De veras? Entonces que se ocupe él de ello, pues así como *son muchos los que barajan sin saber jugar a las cartas*, también son muchos los que son capaces de hacer una rima sin ser poetas. Las buenas rimas son meros bordados del tejido de la

musa, pero la metáfora es la urdimbre y la trama, si me está permitido decirlo.

—Antes de la noche de hoy no habríais dicho eso —dijo Burlingame, que no parecía divertido.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Ebenezer; la concurrencia sonrió y le instó a que vaciara la jarra antes de hablar.

—Estaba diciendo todo eso de que me parecía a Adán. —Se limpió la boca con la manga y apoyó el codo en una parte de la barra que estaba encharcada—. Me parece que el amigo ha olvidado de que Adán era un pecador y de que su pecado original fue el conocimiento y la experiencia. Antes de dar el bocado pecaminoso era tan inmortal como las bestias, que aprenden poco de la experiencia y no conocen lo que es la muerte; después de saciarse con el fruto del conocimiento, Adán fue castigado y gimió, presa de la desesperación, y tuvo que caminar a tientas en medio de las tinieblas que presagiaban su muerte.

Burlingame se encogió de hombros.

—Era lo que yo iba a...

—¡Alto! —ordenó el Laureado—. ¡No he terminado! —A pesar de haber sido él quien le instara a beber, Burlingame se sentía claramente molesto por la elocuencia alcohólica de su protegido; se dio la vuelta para coger su vaso y los demás se dieron de codazos, a un tiempo aprensivos y regocijados.

—Lo que se os olvidó al formular vuestro tropo apresurado —afirmó Ebenezer— fue qué *clase* de manzana mordió nuestro padre Adán. ¿Qué clase de conocimiento es ése, Timothy, que consta tan sólo de raíz y tallo? ¿Cuál es la experiencia vil que siembra en los hombres la semilla de la muerte? A fe mía, ¿cómo se os coló en el entendimiento, a vos que tantas semillas guardáis en vuestro interior y que las habéis desparramado por los surcos de dos hemisferios? ¡Fue el conocimiento *carnal*, Tim, muchacho, la experiencia de la carne, lo que provocó la caída del hombre! Si yo soy Adán, carezco de Eva, y un Adán sin Eva es inmortal y no conoce la caída. ¡En resumidas cuentas, señor, mi heredad se ha perdido, pero no yo, y no hay más que hablar!

—Se os desboca la lengua —masculló Burlingame.

—¡Contempladlo, ciudadanos de Dorset! —exclamó el poeta, y señaló más o menos en dirección a Burlingame con una mano, mientras con la otra empinaba el vaso de ron—. ¡*Ecce signum!* ¡*Finem respice!*^[37] Si el conocimiento es pecado y muerte, conforme dicen las *Escrituras*, ahí tenéis a un Fausto de la carne..., ¡a un verdadero Lucifer!

—No, poeta, estáis yendo demasiado lejos —le advirtió un plantador—. No estáis incordiando a un cuáquero indefenso.

Varias personas más se hicieron eco de su incomodidad, algunas incluso se apartaron del mostrador y se situaron en las mesas cercanas, desde donde podían

observar sin que nadie creyera que participaban en aquello.

Tanto si era consciente de aquel cambio de actitud como si no, Ebenezer prosiguió, impertérrito.

—Este hombre que aquí veis posee más conocimiento que un pelotón de catedráticos de Oxford y está más versado en la sabiduría carnal que el Aretino. A su lado, el viejo Descartes es un lelo; Wallenstein, un niño de pecho y Rabelais, un puritano remilgado. ¡Contemplad sus mejillas, portadoras de la huella cenicienta del caos! ¡Contemplad su frente en la que están profundamente grabados los surcos que marcan la historia de la raza!

—¡Os suplico que os detengáis! —le rogó alguien.

—Contemplad sus ojos, señores, los cuales han leído todos los hechos impíos que las mentes más tortuosas hayan imaginado jamás, y asimismo han visto cómo tales hechos se encarnaban. ¡Volveos, Henry, digo Timothy! ¡Daos la vuelta para que os veamos, Timmy, y heladnos con esos ojos! Son los ojos fríos y ancestrales de un reptil, amigos..., en verdad que son los ojos de la serpiente del Edén, la cual, enroscada en el árbol del conocimiento, cautivó a la primera mujer con su mirada fija.

—¡Refrenad vuestra lengua! —advirtió Burlingame—. ¡Estáis diciendo tonterías!

Pero Ebenezer tenía dentro demasiado ron y demasiada ira como para detener su perorata.

—¡Oh, Dios mío, señores, contemplad esos ojos! ¡Cuántas doncellas se han quedado desvalidas frente a su mirada fija, para un momento después dejar de ser doncellas! ¡Cuánta inocencia han corrompido esas manos!

—¡Que os estáis dirigiendo a Tim Mitchell! —dijo un plantador, aterrado—. ¿Cómo os atrevéis a ofenderlo de ese modo?

—¿Que cómo me atrevo? —repitió el poeta. Su mirada no se apartaba ni un momento de Burlingame, cuyo semblante denotaba una irritación creciente. Ebenezer dejó la jarra y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Porque merced a sus argucias infames ha embrujado a una flor inocente, la más preciada de mi corazón, ejemplo de castidad y gentileza. ¡Y ha buscado por todos los medios poseerla!

—¡Basta! —ordenó Burlingame.

—Sólo por eso finge ser mi amigo y se burla de mi inocencia. Pero no se defiende de mis ofensas: aún busca alcanzar sus pérfidos designios. Sin embargo, yo me siento orgulloso de decir que su astucia aún no ha dado frutos: esa flor de virtud es de una raza resistente y aún no ha sucumbido a sus viles lisonjas. ¡Fijaos cómo le duele la verdad! Esta encarnación de la lujuria... ¡Cómo le molesta ver que esa flor aún sigue en pie!

Burlingame suspiró y miró torvamente a la concurrencia.

—Puesto que es vuestro deseo airear estos asuntos privados en un lugar público, joven, y tanto alardeáis de mis talentos ante estos caballeros, debo insistir en que

desveléis toda la verdad en lo que concierne a esta flor.

—¿Y de qué se trata? —preguntó el Laureado, mas en su sonrisa había un asomo de aprensión—. Jamás sabréis de ella ni la décima parte de lo que yo sé.

—De eso no me cabe la menor duda, señor Laureado; sin embargo, al oíros hablar de ella, estos caballeros pensarán que vuestra flor es tan espinosa como la gavanza o tan inaccesible como la rosa de las nieves. Empero, hace diez años, o incluso más, cuando aún era un capullo, acudió a mí pidiéndome que la recogiera y fuera el primero en saborear su néctar. Estos ojos míos de los que tanto habláis, ¡cuántas veces han deshojado sus pétalos con afán deleitoso! ¡Y estas manos y esta boca, por no seguir hablando, innumerables veces la han llevado hasta el borde de la locura! ¡Sí, yo he hecho que se desmayara de gozo! Tiene un bultito o lunar —como vos la conocéis tan bien no es menester que os diga dónde— que si se oprime de determinada manera...

Ebenezer se había puesto blanco; sus facciones habían empezado a contorsionarse enloquecidamente.

—¡Basta! —acertó a decir.

—Y su aspecto, tan extraordinariamente modesto..., vos seguramente sabréis mejor que yo las dulces perversiones que encierra. Ese lenguaje que habla sin utilizar la boca, y las infinitas tretas a que recurre para conjurar la virilidad...

La concurrencia se reía; se hacían gestos unos a otros, poniendo los ojos en blanco. Ebenezer se agarró la garganta con las manos, incapaz de hablar, y hundió el rostro entre los brazos, encima del mostrador. Aunque había dejado de beber, el alcohol le seguía afluyendo a la cabeza. Le sudaban la frente y las palmas de las manos, la saliva se le amontonaba en la boca y el estómago le daba vueltas.

—Apenas es preciso que mencione el juego que más le gustaba —continuó diciendo, implacable, Burlingame—, el que practica cuando los demás placeres fallan, ¿habéis reparado en él? Me refiero al juego que ella denomina los *gemelos celestiales*, o *Abel y Jumella*, aunque yo lo llamo *cabalgata a Gomorra*.

—¡Canalla! —dijo Ebenezer chillando, y trató de arrojar sobre su antiguo tutor.

Mas los plantadores lo sujetaron firmemente y le aconsejaron que contuviera su ira. Se le nubló la vista, el equilibrio lo abandonó y, cuando se representó la imagen de lo que había oído decir a Burlingame, le sobrevino un ataque de náuseas. Como si estuvieran en habitaciones diferentes, le oyó a Burlingame decir:

—Es hora de rellenar las pipas. Lleváoslo a que duerma la mona en algún sitio y cuidad de tratarlo bien, pues es hombre de valía.

Y luego, mientras dos plantadores se lo llevaban de aquella estancia:

—Ahora, dormid bien, señor Laureado; que todos vuestros orificios recuerden mis pecados.

29. EL DESDICHADO FINAL DE MYNHEER WILHELM TICK, CONFORME SE LO REFIRIÓ AL LAUREADO MARY MUNGUMMORY, LA PUTA AMBULANTE DE DORSET

Cuando el sueño hizo que a Ebenezer se le pasaran del todo los efectos del ron, el cielo de Maryland había empezado a aclararse. Durante la noche —que era la última del mes de septiembre— el veranillo de san Miguel había cedido paso a un tiempo más característicamente otoñal; en efecto, el aire de la madrugada era francamente frío, y fue el castañeteo de sus dientes y el temblor de todo su cuerpo lo que despertó al Laureado.

—¡Dios mío! —exclamó, y se incorporó al instante.

Vio que se encontraba en una especie de granero, al extremo de un establo, presumiblemente detrás de la taberna, con las piernas y los brazos enterrados entre las ásperas mazorcas. Uno a uno se le fueron representando todos sus males: había perdido definitivamente Malden y seguramente había ganado la enemistad de Burlingame, cuyas tremendas declaraciones, ahora el poeta estaba seguro de ello, eran una invención que tenía por objeto vengarse y lograr que él recobrarla la sobriedad.

—¡A fe mía que me lo tenía merecido! —reflexionó.

Además, Ebenezer tenía la salud quebrantada: la cabeza le palpitaba como consecuencia del ron, la luz le hacía daño en los ojos y el estómago seguía sin tenerlo nada fuerte. Por ende, el aire frío había convertido su indisposición, previa en una enfermedad real: estornudaba, tenía escalofríos, moqueaba y le dolían todas las articulaciones.

—¡Bonita manera tiene esta gente de tratar a su Laureado!

Ebenezer decidió castigar al propietario de la taberna, e incluso querellarse contra él si encontraba un fundamento adecuado, y fue cuando se movió con ánimo de llevar a cabo tal propósito que comprendió la causa principal de su enfriamiento: la casaca, el sombrero y las calzas habían desaparecido, y él se hallaba tumbado, vestido sólo con las medias y los calzoncillos. No era capaz de pensar en nada salvo en pedir ayuda a la primera persona que acudiera al establo a por un caballo; entretanto se vio obligado a excavar una especie de pozo entre el maíz y hundirse en él, rodeándose de las ásperas mazorcas para protegerse de la corriente.

—¡Ya está bien! —barbotó al cabo de una hora—. ¿Dónde están los clientes de ese hombre?

Intentó matar el tiempo componiendo pareados que fustigaran a todos los posaderos, desde el que consintió que María y José se quedaran en un pesebre de

Belén hasta el que permitió que el Laureado de Maryland durmiera en un granero; pero su corazón no le secundaba y Ebenezer desistió del empeño cuando se vio incapaz de encontrar una palabra que rimara con *súcubo*. No había comido desde el mediodía anterior; mientras el sol se elevaba, su estómago rugía. Los estornudos eran cosa cada vez más seria, y para limpiarse la nariz lo más delicado que tenía eran las mazorcas. Por fin, empezando a temerse que perecería por hallarse expuesto de aquella manera antes de que nadie apareciera a rescatarlo, dio un grito pidiendo ayuda. Llamó una y otra vez, en vano, hasta que por fin una mujer corpulenta y desaliñada, de mediana edad, que pasaba por el patio conduciendo su carreta, oyó sus gritos, ató el caballo y se dirigió hacia el establo.

—¿Quién anda ahí dentro? —preguntó—. ¿Y qué tripa se os ha roto?

Su voz era áspera y poderosa y sus proporciones —ahora que estaba allí de pie se podía apreciar con mayor veracidad—, prodigiosas. Vestía la ubicua tela escocesa que usaban los trabajadores de Maryland; tenía el rostro arrugado, de color moreno rojizo, y el pelo gris tan enmarañado como una zarza vieja. Lejos de mostrarse alarmada por las voces de Ebenezer, medio cerró los ojos en un gesto que parecía ser de regocijo anticipado, y su boca, a la que le faltaban la mitad de los dientes, ya sonreía.

—¡Quedaos ahí! —exclamó Ebenezer—. ¡Os ruego que no os acerquéis más en tanto no os explique! Soy Ebenezer Cooke, Poeta Laureado de esta provincia.

—¡No me digáis! Bueno, pues yo soy Mary Mungummory, antaño conocida como la puta ambulante de Dorset, pero no presumo de ello. ¿Qué hacéis metido entre las mazorcas, señor poeta? ¿Estáis componiendo versos o haciendo aguas?

—Dios impida que elija semejante santuario para orinar —repuso el poeta— y, por otra parte, sería menester alguien más inteligente que yo para hacer arte a partir de las mazorcas.

La mujer rio ahogadamente.

—¿Acaso estáis, entonces, practicando algún juego contra natura?

—Por lo que sé de las gentes de Maryland, no me sorprende que lo penséis. No obstante, es vuestra ayuda lo que preciso.

—¡Vamos allá! —Mary soltó una carcajada tremenda y se acercó al granero.

—¡No, señora! —imploró Ebenezer—. Me habéis entendido mal: no tengo ni un cuarto de penique para pagar vuestros servicios.

—¡El demonio se lleve vuestros cuartos de penique! —dijo la mujer corpulenta—. Me importa un rábano vuestro dinero mientras no se ponga el sol. Me bastará con saber cómo es un poeta. —Se encaramó al granero, ronroneando de regocijo.

—¡Quedaos ahí! —Ebenezer empezó a acumular desesperadamente más mazorcas con las que ocultar sus vergüenzas—. Lo que yo os pido es un servicio cristiano, señora —brevemente, le explicó su situación y acabó rogándole a Mary que le procurara algunas ropas de inmediato, antes de que el enfriamiento acabara con él.

Toda aquella historia entretuvo sobremanera a la mujer que, para satisfacción del poeta, dijo:

—Eso no es nada difícil, joven: tengo algún que otro calzón en mi carreta, estoy segura.

Y le explicó que su apodo era el orgullo de sus años jóvenes, cuando viajaba de plantación en plantación ejerciendo su comercio. Ahora que estaba entrada en años tenía que buscar el modo de ganarse la vida; ella y sus mozas efectuaban giras mensuales, recorriendo todas las colonias y plantaciones importantes del condado, interrumpiendo el calendario previsto sólo cuando se producían acontecimientos como las sesiones del Tribunal.

La mujer cogió de la carreta unos calzones de ante, una camisa del mismo material y unos mocasines indios, todo lo cual se lo arrojó a Ebenezer.

—Allí tenéis, señor —dijo, riendo entre dientes y, luego, subiéndose al granero—. Pertenecen a un joven galán de la tribu de los abacos, que responde al nombre de Tom Rockahominy y vive en Gum Swamp. Se vio obligado a despedirse precipitadamente de nosotras anoche, cuando llegó mi grupo de guerreros wiwash. Ponéoslos.

—No sé cómo expresar mi gratitud —dijo Ebenezer, aguardando a que se fuera—. Sois casi la primera alma amable que me tropiezo en Maryland.

—Daos prisa —le apremió la mujer—. Me muero de ganas de ver qué aspecto tienen los mozos poetas, cuyos cerebros están plagados de amor, estrofa tras estrofa.

Con suma dificultad Ebenezer logró convencerla de que se alejara del granero el tiempo suficiente para que él pudiera vestirse. Lo cierto es que sus esfuerzos hubieran resultado enteramente infructuosos, tan resuelta estaba ella a satisfacer su curiosidad, de no ser porque la extraordinaria modestia de Ebenezer le resultaba aún más divertida.

—La pura verdad es, señora, que soy virgen y tengo intención de seguir siéndolo. Ninguna mujer ha visto mi cuerpo, que yo recuerde.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó la señorita Mungummory—. Os pagaré dos quintales de tabaco por ser la primera. ¡Es lo que cobra una de mis mozas!

Mas el poeta declinó su ofrecimiento y ella salió del granero, tan asombrada como divertida.

—Al menos me podíais hablar un poco de ello, en vista del servicio que os he hecho. ¿Acaso la naturaleza se ha mostrado avara con vos y os sentís avergonzado?

—Soy un hombre igual que los demás —dijo Ebenezer, envarado—, y reconozco totalmente que estoy en deuda con vos, señorita Mungummory. Se trata meramente de que me repugna romper mis votos personales; de lo contrario, por pura gratitud contrataría vuestra capacidad profesional.

—¡Vamos, vamos, señor, tales alardes no os convienen! Bien puede ser que seáis

un hombre igual que los demás, pero no penséis que estáis a la altura de mi capacidad profesional. —Le entró tanta risa que se vio forzada a sentarse en el suelo terroso del establo—. En cierta ocasión conocí a un salvaje, al sur del condado, el cual disponía del medio más terrible que imaginar quepa. ¡Ese hombre sí que estaba a la altura de mi capacidad profesional! ¿Por ventura habéis oído contar lo que les ocurre a los hombres cuando los ahorcan? Pues bien, señor, el día que ahorcaron al pobre Charley por haber dado muerte a mi hermana..., todavía se me saltan las lágrimas cuando evoco su imagen...

—Escuchad un momento, señorita Mungummory. ¡Esto es extraordinario! —Ebenezer terminó de vestirse y se bajó del granero—. ¿Cómo se llamaba aquel indio?

Pero Mary no fue capaz de responder inmediatamente, pues la vista del poeta provocó en ella nuevos accesos de hilaridad. Lo cierto es que Ebenezer ofrecía un espectáculo insólito: las ropas indias eran demasiado pequeñas para un cuerpo tan alto, y la extrañeza se multiplicaba por dos merced al contraste con las medias inglesas que llevaba puestas.

—¡Me ha parecido oír que le llamabais *Charley*! —dijo Ebenezer con toda la dignidad que fue capaz de reunir—, y me preguntaba si no había oído hablar de él con anterioridad.

—Oh, todo el mundo conoce a Charley Mattassin —dijo Mary cuando recobró el aliento—. Una de las personas a las que asesinó fue mi hermana Katy, la puta marina de Dorset.

—¡Pardiez, esto es fantástico! ¡Ese canalla mata a vuestra hermana y vos habláis de él casi con cariño! ¿Y qué es eso de una puta marina? ¡Diantre!

—Así es como la llamaban, y que Dios tenga en paz su alma celosa, pues yo no le guardo rencor, a pesar de que se llevó la cabeza de mi Charley.

Ninguna otra cosa estaba dispuesta a hacer entonces la mujer sino contarle a Ebenezer la historia del asesinato de su hermana a manos de Charley Mattassin, historia que, pese a la prisa de Ebenezer por dar con el paradero de Burlingame, el Laureado consintió en oír, tanto porque le debía a la narradora su rescate, como porque había reconocido en el asesino a aquel indio incorregible que le había referido al padre Thomas Smith la historia del martirio de Joseph FitzMaurice. El poeta cogió una caja de madera, se sentó encima de ella y se estiró tímidamente las mangas de la camisa, como si quisiera alargarlas de modo que le quedaran bien. Mary Mungummory optó por seguir sentada en tierra, aunque se tomó la molestia de recostar sus enormes espaldas en la pared del establo antes de dar principio a su historia.

—Es muy cierto, tanto por lo que a las mujeres como por lo que a los gatos se refiere —afirmó— que en cuanto a unas u otros se les dice que hay algo que no pueden tener, mueven cielo y tierra a fin de lograr precisamente aquello..., en

especial cuando se trata del amor. Dios asista al marido que le concede a su esposa hasta el menor capricho: ¡antes de dos años de casado será cornudo! Como ha escrito uno de vuestros poetas:

Cuando el viejo con mujer joven casa,
buscando dar calor a su morada,
su frente ha de ver de astas coronada.

—Bien expresado —dijo Ebenezer—, aunque no sería capaz de decir qué relación guarda con vuestra historia.

—Mi hermana Katy, que tenía un marido así, trató de labrar su ruina, mas cayó en su propia trampa. —Mary suspiró—. Yo la consideraría más una hija que una hermana. Nuestra madre hacía la calle en las proximidades del mercado de Newgate, y en treinta años de prostitución sólo cometió dos errores: el primero fue confiar en un clérigo y el segundo, confiar en un médico.

Ebenezer manifestó sorpresa al ver tanto cinismo en el alma caritativa de su benefactora.

—¿Vos no confiáis en nadie?

Mary se encogió de hombros y dijo:

—Es cuestión de *qué* se le confía a los demás, ¿no os parece? Sea como fuere, yo no les guardo rencor: *cuando el zorro ha atrapado a una gallina, se la come; y cuando el hombre tiene en su poder a una mujer, se refocila con ella*. Mi madre era una huerfanilla hambrienta que mendigaba comida por las calles. Eran tantos los hombres que habían tratado de forzarla cuando aún no había cumplido los trece años que le pidió protección al párroco de su feligresía, el cual la acogió en su cocina en calidad de fregona. El párroco era un puritano cumplidor y no dejaba pasar una noche sin acudir al aposento de mi madre para aleccionarla hablándole del laberinto del corazón, el pecado original y la gangrena que devora a la rosa. A fin de pertrecharla frente a las asechanzas carnales de los hombres, concibió para ella una serie de ejercicios espirituales, uno de los cuales consistía en que el clérigo se desvestía en presencia de mi madre y la obligaba a asirse a él cual si de una reliquia se tratara, al tiempo que recitaba una plegaria contra las tentaciones de la carne. Grandemente preocupado estaba el clérigo por la virginidad de mi madre, a la vez que eran muy numerosas las dudas que sobre su fortaleza y honestidad abrigaba; por cuya razón, los domingos por la noche mi madre estaba obligada a confesarle todos los pensamientos lujuriosos que se le hubieran pasado por las mientes en el transcurso de la semana, tras lo cual él comprobaba si su virginidad seguía intacta, según ella aseguraba.

—¡Canalla! ¡Hipócrita! —afirmó el poeta.

—Puede que lo fuera —dijo Mary con indiferencia—. Era un ministro de la Iglesia portentosamente amable y gentil, orgullo de sus feligreses, y crió a mi madre como si fuera miembro de su familia. Me parece que él no veía mal en lo que hacía.

Cuando mi madre alcanzó los quince años de edad, seguía siendo virgen, y tan bien la había adiestrado el clérigo en el arte de resistir los fuegos de la lujuria que eran los dos capaces de pasarse horas desnudos en el catre, intercambiando toda suerte de caricias mientras hablaban de asuntos en extremo elevados y edificantes. Obrar así era para él motivo de orgullo y deleite, como solía decir mi madre, amén de que ello constituía el clímax virtuoso que culminaba una semana de santidad.

Ebenezer sacudió la cabeza:

—¡En verdad que el corazón es un laberinto!

—Sí que lo es —convino Mary, riéndose—, y aquel fulano pronto se perdió por él. Cuanto más maduraba su tutelada, tanto más se preocupaba él por su honor. Era una alumna tan celosa y aventajada, y tan prodigiosa era la educación recibida a manos del clérigo que éste dio en considerar un despilfarro que algún canalla pudiera forzarla, haciendo que los goces de la carne apartaran sus pensamientos de la senda de la virtud. Con tanta fuerza se apoderó de él aquella idea que no hablaba de otra cosa, y por más que mi madre le prometía que ningún pensamiento le era tan aborrecible como el del fornicio, el clérigo no conoció la paz hasta que concibió el ejercicio espiritual más vigoroso de todos...

—¡Ah, Dios mío, no me lo contéis...!

Mary asintió con la cabeza, estremecida de regocijo.

—No fue sino el fin natural de cuanto había acontecido anteriormente. Una noche de sabbat, cuando estaban ambos orando postrados de hinojos, él se colocó por detrás de mi madre y le dio un vigoroso empujón; al gritar ella, él le explicó que se trataba de la última lección y que tenía por fin lograr el aherrojamiento de las pasiones carnales; le indicó que prosiguiera con sus oraciones, igual que si estuviera en la iglesia. Aunque su espíritu hallábase turbado y a pesar de su inocencia, mi madre no era ninguna niña boba y, pareciéndole más adecuado mostrar su reconocimiento que pecar de ingrata después de toda la gentileza de la que había dado muestras el párroco en el pasado, no protestó, limitándose a albergar la esperanza de que él tomara medidas que evitaran determinadas consecuencias, con lo que reanudó sus plegarias. En un abrir y cerrar de ojos, cuando mi madre decía «*que estés en los cielos*», el clérigo dio cuenta de su virginidad, y si era su intención cometer el pecado de Onán para así protegerla, no tuvo tiempo, pues cuando ella decía *venga a nosotros tu reino*, tuvo lugar mi concepción.

—¡Por vida de...!

—No llegó más lejos la plegaria, pues vista a través de la luz fría que se adueña de los hombres después de que han holgado con mujer, el párroco conoció lo erróneo de su proceder, y despidió a mi madre. De allí a la prostitución no era largo el trecho, teniendo en cuenta que ya estaba adiestrada en usar de las artimañas del amor sin que por ello se le agitara el corazón, con la misma liviandad de que hace gala el diácono

cuando adereza sus cirios. Yo nací y me crié en las callejuelas de Newgate, y antes de cumplir los trece años había vendido mis frutos primeros a un caballero de Saint Andrew's Undershaft, y ya hacía la calle en compañía de mi madre. Esto fue lo que la llevó a cometer su segundo error, con el médico...

—No dudo de que es un cuento que bien merece ser escuchado —interrumpió Ebenezer—, mas yo preferiría que os dierais más prisa por llegar al meollo del asunto, de lo contrario no tendré tiempo de oíros hasta el final.

—Como gustéis —dijo Mary, riendo ahogadamente—. No diré sino que mi hermana Katy fue la consecuencia de aquel error, como yo lo había sido del primero, y que mi madre murió en el parto. Yo contaba tan sólo quince años y me veía forzada a trabajar toda la noche a fin de procurar sustento para ambas; empero, crié a Katy como si fuera mi propia hija, y cuando tuvo la edad suficiente para valerse por sí misma y la juventud bastante para despabilar la lujuria ahíta de los adinerados, le preparé su primer encuentro con un conde escocés que a la sazón paraba en Londres, y la inicié en el oficio. Cuando supimos los precios que alcanzaban las mujeres en las plantaciones, decidí que nos viniéramos, y nos establecimos en Maryland, donde ejercimos nuestra profesión provechosamente por espacio de muchos años. No obstante, lejos de sentirse agradecida por mis desvelos, la joven. Katy siempre andaba ofendiéndome y despreciándome. A la menor ocasión representaba el papel de dama y afirmaba que yo tenía la culpa de que ella fuera puta. No había hombre digno de Katy y aunque es cierto que un aire de refinamiento siempre eleva el precio de la ramera, jamás debe ésta mostrarse refractaria en el lecho; tan caprichosa era, empero, mi querida Katy, que muchas veces tentaba a los hombres a fin de que la compraran, para luego arrojarles el dinero a la cara.

»Pues bien, a orillas del pequeño Choptank vivía un acaudalado caballero holandés que respondía al nombre de Wilhelm Tick. Era un viudo viejo y alegre, orondo como una bola y astuto como un judío, que había labrado su fortuna criando ganado, no plantando tabaco. El tal Wilhelm tenía dos hijos crecidos, llamados Willi y Peter, de los cuales, el uno no valía un penique y el otro no valía un pedo, y ninguno de los dos hacía nada en todo el santo día aparte de beber ron de las Barbados y recorrer a caballo todos los caminos de Dorset. Eran los dos mozos rubios y grandullones, más mañosos que brillantes, y como se sabían herederos universales del viejo Wilhelm, se contentaban con dejarlo que se cavara prematuramente la tumba en tanto ellos se gastaban por adelantado una parte de la herencia. No es maravilla, por tanto, que la pequeña Katy gozara de gran favor ante aquellos caballeros, tan parecidos eran sus temperamentos; a ella se le daba un ardite por más que yo le advertía que eran unos villanos crueles y taimados que las más de las veces se gastarían en beber lo que a ella le correspondería cobrar, con lo que no vería ni un penique. Katy hacía oídos sordos a mis consejos y se entregaba a la voluntad de los

hermanos siempre que a ellos les placía.

»Hubo de transcurrir un año antes de que yo averiguara el verdadero plan de mi hermana: resultó que el viejo Wilhelm tenía perfecto conocimiento de que sus hijos eran unos holgazanes manirroto a los que se les daba una higa cuanto él había hecho por ellos, y tras mucho debatir consigo mismo se juró cambiar enteramente su estilo de vida. Resolvió no seguir afanándose por acrecentar su fortuna y, en cambio, disfrutar de la que ya tenía antes de morir, empleando los años que le quedaban en hacer las cosas que los hombres suelen para procurarse placer.

»Precisamente por aquel entonces Willi y Peter vieron que Katy no quería saber más de ellos, por mucho que la amenazaran y trataran de sobornarla. Y aunque hasta el día de la fecha nadie sabe cómo se las apañó, al cabo de un mes era la esposa del mismísimo Mynheer Wilhelm Tick, el cual ni remotamente sabía con quién se había casado. La primera noticia que tuvieron de ello los hermanos fue cuando la vieron en su propia casa, al lado de Wilhelm; entonces su padre les dijo: «Willi y Peter, esta niña es vuestra nueva madre. Nos queremos con todo el corazón, y debéis amarla y respetarla como amaríais y respetaríais a vuestra propia madre si viviera».

»Entonces viéronse obligados a hacerle una reverencia a Katy y besarle la mano, mas en cuanto se hubo ido Wilhelm fueron hacia ella y sujetándola por los brazos, le dijeron: «¿Qué le has dicho a nuestro padre que le has trastornado su débil cabeza? ¿Crees que vas a robarle su fortuna dejándonos a nosotros sin nada? ¿Qué dirá cuando le contemos que eres una ramera de Bridewell que tiene las marcas del látigo en la espalda y se ha acostado con todos los hombres de Dorset?». Pero Katy desdeñó sus amenazas, pues le había hecho creer a Wilhelm que era virgen y huérfana, y que su desalmada hermana le había hecho azotar por negarse a abrazar el ejercicio de la prostitución. Y a fin de protegerse de todo daño, Katy los amenazó a su vez, diciéndoles que si hacían el menor intento de perjudicarla o causarle mal, se quejaría a Wilhelm de que andaban detrás de ponerle los cuernos. Y así los hermanos se vieron obligados a cocerse en silencio mientras su padre chocheaba de modo vergonzante con Katy y saltaba corriendo a satisfacer su menor capricho. La noche de bodas recurrió a todas las tretas que yo le había enseñado para hacer de Mynheer Wilhelm un hombre, mas con poco éxito, pues a diferencia del puerro de Boccaccio...

—¡Boccaccio! —exclamó el Laureado—. ¿Cómo es que conocéis a Boccaccio? ¡Esto es gran maravilla!

Mary se rio.

—Mayor de lo que creéis será la maravilla, como os explicaré en breve. A diferencia del puerro de Boccaccio, decía, que tiene blanca la cabeza y la cola verde, el pobre Wilhelm se parecía más al can que él denominaba *dachshund*, cuya cola se halla a muchos pasos por detrás de la cabeza, y jamás le da alcance. Mas de un modo

u otro Katy logró inflamarle brevemente y luego armó tamaño alboroto que diríase que era Pasifae asediada por el toro.

—¡Diantre, señora! ¡Primero Boccaccio y ahora Pasifae!

—El viejo Wilhelm creyó que la había desflorado y cuanto más daño fingía ella, más orgulloso se sentía él. Después de eso, no encontraba lo bastante que hacer por ella, tan agradecido se sentía, y antes de que pasara una semana anunció a Peter y a Willi que puesto que Katy le había proporcionado el primer gozo que le era dado tener en muchos años, había modificado los términos de su testamento: la mitad de la herencia pasaría a manos de Katy y la otra mitad sería dividida entre los dos hermanos.

»Aquellos derrochadores no podían aceptarlo, sobre todo teniendo en cuenta que su padre ponía tanto afán y empeño en el hecho de que la salud se le estaba quebrantando a pasos agigantados; no habría de tardar mucho en perecer como consecuencia del esfuerzo, y ellos se quedarían sin legado. Mas pareja a la astucia de los hermanos era la disposición de Katy, y tan bien conocía ella lo que tramaban que urdió sus propias estratagemas a fin de adelantárseles.

Al llegar a aquel punto de su relato el semblante de Mary perdió su perenne expresión de buen humor. Agachó la cabeza y con una paja de avena empujó un guijarro que había en el suelo.

—Ahora es cuando entra en escena Charley Mattassin —dijo.

—Ah. —El rostro de Ebenezer se iluminó—. Ese indio salvaje y asesino.

—La ignorancia os hace hablar así —dijo Mary abruptamente—. Paréceme que a estas alturas ya debierais saber que es necedad juzgar antes de conocer los hechos. Charley Mattassin era mi amante, el amante más querido que haya conocido mujer.

Ebenezer se puso colorado y pidió disculpas.

—¡Charley Mattassin! —suspiró ella, entrecerrando los ojos, que tenía clavados en el suelo—. No sé bien cómo lo podría presentar para que lo vierais con claridad.

—He oído decir que era hijo de un rey salvaje —se adelantó a decir el poeta— y que le profesaba un odio desmedido a los ingleses.

Mary asintió.

—Era hijo de Chicamec; ningún hombre blanco que lo vio vivió para contarlo. Su pueblo es una tribu de naticokes que se dan a sí mismos el nombre de ahatchwhoops; viven aislados en los parajes más salvajes de las ciénagas de Dorset, y van cambiando de lugar el emplazamiento de su poblado.

—¡Dios santo! ¿Y por qué no los somete el gobernador?

—En primer lugar, porque nunca ha sido capaz de dar con ellos. Además son poco numerosos y viven completamente aislados. Es más fácil olvidarse de ellos que andar detrás de capturarlos y darles muerte con peligro de perder la vida o algún miembro. Estos ahatchwhoops nunca buscan jaleo, pero cuando cae un inglés en sus

manos, o lo matan o lo dejan peor que un eunuco.

Ebenezer se estremeció al pensarlo.

—Sería peligroso tener a uno de ellos como amante, ¿no?

Entonces los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Fue mi primer y único amor, Charley Mattassin, sí. Yo tenía cuarenta años la primera vez que lo vi, y él no tenía menos, pero fue para ambos un amor a primer refocile. Su padre, Chicamec, lo había enviado de embajada a presencia de otro rey salvaje, Quassapelagh...

—¡Quassapelagh! —exclamó el Laureado, y se detuvo cuando estaba a punto de revelar su relación con aquel cacique fugitivo.

—Sí, el famoso rey Anacostino, que no ha mucho se ha fugado de la cárcel. Sólo Dios sabe qué maldades se ocultaba tras su misión, pero era la primera aventura de Mattassin entre los ingleses. Su plan consistía en cruzar directamente la bahía en canoa, pero no había atravesado aún el estrecho de Tangier cuando una galerna lo arrastró hasta las tierras de Dorset. Yo, que estaba de gira, tuve la fortuna de ir a la sazón por el camino que discurre a lo largo del estrecho. Mattassin —entonces, naturalmente no tenía nombre inglés—, había perdido la canoa en el transcurso de la tormenta y al ver que se hallaba en territorio inglés, se había jurado matar al primer blanco que pasara y robarle el caballo. Se ocultó entre los arbustos que flanqueaban el camino y al pasar mi carreta la abordó de un salto y me derribó del asiento.

»Su primera intención fue arrancarme la cabellera, pero, pensándose mejor, decidió violarme antes. —A Mary se le iluminó la mirada—. ¿Lo entendéis, señor poeta? En total llevaba veintiocho años de ramera. Habíanme poseído unas veinte mil veces —mil más, mil menos—, una cantidad similar de hombres distintos; no había catadura ni tamaño de hombre que no hubiera conocido, eso hubiera jurado yo, ni proeza carnal en la que no fuera maestra. Me habían forzado demasiadas veces como para poder echar la cuenta, gentes depauperadas o cobardes, y más de una vez yo misma violé a algún mozo.

—¡Alto! —exclamó Ebenezer—. ¡Eso es imposible!

—No me tentéis, amigo —le previno Mary con una sonrisa—. Sé lo que estáis pensando, mas nada es imposible a punta de pistola —se rio y lloró simultáneamente—. Aún no os he contado lo mejor de todo: no era talludo Charley, mas sí fornido y de fuertes músculos; empero, cuando se dispuso a ejecutar su labor vi que para llevarla a cabo no estaba mejor dotado que un pobre cachorrillo. Os juro que había sido agraciado con menos de la mitad de lo que tiene cualquier retoño en edad de guardar cuna, y encima proponíase mancillar el honor de Mary Mungummory. Era lo mismo que pretender echar a pique una fragata sirviéndose de un punzón.

»Tan sorprendida estaba de verlo que sólo su *tomahawk* me tuvo la risa a raya, y no hubiera ofrecido mayor resistencia que un percherón ante el asalto de una pulga.

«Acaba, Charley», le dije, confiriéndole aquel nombre a modo de burla, «tengo a dos tramperos y a un plantador de tabaco aguardándome camino arriba». Con lo cual puso manos a la obra y, diantre, antes de saber qué pasaba yo estaba dando berridos de placer.

El Laureado arrugó la frente.

—No soy ducho en tales asuntos, pero esto tiene un aire de *non sequitur*^[38] o alguna otra falacia de los escolásticos.

Mary respiró hondo con aire nostálgico.

—¡Hombres de letras, muchos he conocido, pero falos ni uno solo como aquél!

—¡No, señorita Mungummory, malinterpretáis lo que quiero decir!

—Y vos lo que quiero decir yo —rio Mary—. Pues habéis de saber, señor, que moza que ha ejercido veinte mil veces de ramera no es ninguna niña: yo podría representar el papel de Europa y no perdería nada por ello. Pero así como el ciego, en faltándole la vista, cobra una extraordinaria agudeza de oído y olfato, y así como el sordomudo aprende a oír con los ojos y a hablar con las manos, así también mi Charley aprendió maneras extrañas y portentosas, enteramente desconocidas para mí, de alcanzar su fin. De tal guisa había saldado la deuda que había contraído con él la buena madre Naturaleza, conforme reza el proverbio: *lo que le había robado a Pedro dióselo a Pablo*.

Ebenezer no acababa de ver la pertinencia del proverbio, pero en sustancia vino a entender lo que la mujer quería decir.

—Las artes que practicaba sobrepasan mis conocimientos y no tengo palabras para expresar lo que gocé. Baste decir que dentro de mí había la suficiente sangre materna como para hacer un castillo con mi corazón, el cual entre doscientos hombres ni uno sólo lo había avistado. Pero mi Charley, que ni siquiera disponía de lanza para atacarlo, al cabo de dos minutos había saltado por los parapetos, atravesando el foso y alzando el rastrillo, se paseaba a tu antojo por almenas y matacanes y había izado el estandarte de la pasión sobre los torreones de mi fortaleza.

—¡Pardiez! —musitó el poeta.

—Pasó algún tiempo antes de que yo recobrarla propiamente el sentido, pero cuando volví a ser yo misma lo agarré de los cabellos, invoqué toda la sabiduría lasciva que me habían enseñado los años y le pagué con su misma moneda, de modo que se pasó media hora casi sin sentido. El resultado de aquello fue que él jamás volvió a ver a su padre ni a su pueblo, y no estuvo más cerca de Quassapelagh que mi carreta, en la cual vivimos en adelante cual gitanos de alma fogosa. No volví a ejercer de puta, sino que contraté a otras mozas para que hicieran mis giras y me quedé pegada a Charley como una esposa boba.

—¿Cómo es que no le pasó el odio a los ingleses?

Mary rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—No sabría decirlo, está más allá de mis entendederas. Charley era de una profundidad sobrecogedora y de inteligencia muy aguda: en un mes aprendió a hablar y escribir nuestra lengua como un caballero; hízome registrar la provincia para que le procurara libro, y aunque yo misma no era capaz de entender ni la mitad, él siempre les cogía el sentido con tan sólo una ojeada. Parecía que los pensamientos de los libros eran los suyos, y aún estos eran mejores. No obstante, y por más que le intrigaran, no se dignaba leerlos personalmente, sino que me encomendaba a mí la tarea, y no pasaba nunca mucho tiempo sin que yo tuviera que interrumpirme para preguntarle qué significaba tal o cual palabra.

—¿Es cierto? —exclamó Ebenezer maravillado—. ¿Y fue así como aprendisteis a hablar de Boccaccio y los griegos?

—Sí. ¡Cuánto los amaba y aborrecía Charley, y yo misma, también! Leíale en voz alta medio apólogo o medio capítulo de Euclides y él se sacaba de las mientes lo que restaba; y si difería del texto las más de las veces, era el autor quien salía peor parado. Muchas veces presencié cómo su fantasía engendraba un puñado de mundos, todos diversos, de los cuales uno era el mundo que aquellos libros describían...

—El cual, pese a ser espléndido en algunas cosas —interrumpió al Laureado—, a él no podía dejar de resultarle aborrecible por ser el mundo que efectivamente existía.

—¡Exacto! —exclamó Mary con la mirada iluminada—. ¡Habéis puesto el dedo en la mismísima llaga!

Ebenezer suspiró, acordándose de Burlingame.

—Conozco a un hombre que posee un genio semejante y observa una conducta idéntica: le encanta el mundo y lo comprende al primer vistazo —a veces sin mirarlo—; sin embargo, lo ve teñido de desdén, por la mismísima causa que acabáis de mencionar, lo cual induce a la persona de quien hablo a tomarse a broma aquello mismo que ama.

Las lágrimas corrieron libremente por los carrillos colorados de la ramera.

—De esa misma guisa me miraba a mí —dijo—. Me amaba, de eso estoy segura; sin embargo, pese a todo mi repertorio de triquiñuelas, yo no era más que una mujer, una mujer concreta, por ende. La curiosidad y la imaginación de mi Charley no conocían tales límites: yo a menudo lo agradaba, mas nunca lo sorprendía; tampoco podía hacer nada que a él no se le hubiera ocurrido antes.

—¿Y diríais vos —le apremió el poeta, grandemente interesado— que ese amor cósmico de que hablaba yo antes era tan fuerte en su carne como en su fantasía? Es decir, ¿codiciaba lujuriosamente cuanto le hería la vista, fuera varón, doncella o raíz de mandrágora, y sin embargo despreciaba el mundo por la escasez en él de compañeros de lecho?

—Eso y más —respondió Mary—, pues tan poseído estaba él por esa misma lujuria e imaginación que llegaba al extremo de despreciarse a sí mismo por no ser

capaz de llevar su imaginación más lejos. Por todos los demonios, nunca ha habido nadie como él en toda la historia del mundo.

Pero Ebenezer se tapó el rostro con las manos y negó con la cabeza.

—Lo ha habido y lo hay, por asombroso que pueda parecer. Mi amigo y antiguo tutor, al cual creo no haber comprendido jamás hasta ahora, encaja prodigiosamente con el cuadro que habéis descrito. ¿Conocéis a un hombre llamado Tim Mitchell?

La expresión de Mary se transformó, revistiéndose de alarma.

—¿Sois uno de los espías de Mitchell y os han mandado a que me tiréis de la lengua?

Sorprendido, Ebenezer le aseguró que no lo era, y a continuación, viéndola tan recelosa, afirmó:

—No me refería a que Mitchell fuera mi amigo y tutor, sino a que al igual que ese Charley se parece tanto a mi amigo en todo (salvo el color de la piel y ese defecto de sus partes naturales del que habéis hablado), también el tal Tim Mitchell, a quien no hace ni tres días que conocí, me recuerda a mi amigo en ciertos aspectos. Aparte de eso, no sé nada de él.

—¿No sois agente suyo?

—Os juro que no. ¿Por qué le tenéis tanto miedo?

Mary aspiró aire por la nariz y echó un vistazo en derredor.

—No importa el porqué. Pronto lo sabréis si os hacéis amigo suyo.

No quiso decir más y sólo merced a numerosas súplicas logró el poeta convencerlo de que al menos volviera a su relato, tanta inquietud había despertado en ella el nombre de Tim Mitchell.

—¿Qué relación guarda vuestro amante Charley con Katy y Mynheer Tick? —preguntó—. Sería crueldad dejar una historia tan sabrosa a medio contar.

—No falta mucho para el final —masculló Mary, y un tanto a regañadientes retomó el hilo de su relato—: Katy pronto tuvo noticias del cambio que se había operado en mi vida y sin pérdida de tiempo indagó acerca de las causas del mismo. Yo sabía que pondría sus miras en Charley en el mismo momento que le echara el ojo, de modo que hice cuanto pude por evitarla. La pura verdad es que hasta que él no la mató, no me enteré de que había sido amante de ella por espacio de dos meses.

—¡No!

—Me lo contó él mismo, junto con otras muchas cosas, antes de que se lo llevaran a la cárcel. No sé cómo, la señorita Katy le había sonsacado y le dijo que era mi hermana. Ella tenía la cara bonita, cosa que a mí no me sucede, y su cuerpo era como un postre dulce, mientras que el mío es como una comilona de nueve platos. Mas a pesar de todas sus malas artes, era torpe y desmañada, y perezosa en la cama, amén de malévola y quisquillosa; y así como Charley me cobró al instante amor y odio, a un mal bicho como Katy no pudo sino aborrecerla, como me confesó. Esa es

la verdadera explicación.

Ebenezer asintió con la cabeza.

—Hace una hora no hubiera entendido qué queréis decir, mas ahora no lo hallo paradójico. ¿Por qué cometió Charley sus horribles crímenes?

—Lo colgaron por todos —dijo Mary—, aunque él sólo le dio muerte a Katy. Los demás se mataron entre sí, si bien mi querido Charley fue el inductor.

Mary explicó que al hacerse amante de Katy, Charley pronto tuvo conocimiento de cómo andaban las cosas en casa de Mynheer Tick, y por razones que no resultaban inmediatamente claras, se había tomado la molestia de ganarse la confianza de los hermanos, cosa que no fue muy difícil conseguir dado que eran clientes habituales del burdel ambulante de Mary y no sabían la relación de Charley con Katy más que la propietaria de aquél. Fue su guía en expediciones de caza, cabalgó a su lado e, instado por ellos, efectuó frecuentes visitas a la heredad de Tick, donde se daba a la bebida y a la jarana, revolcándose por los céspedes con Willi y Peter, y de tanto en tanto haciendo incursiones cuyo fin era coronar la testa de Mynheer Wilhelm. No pasó mucho tiempo sin que los hermanos lo pusieran al corriente del miedo y odio que sentían hacia su madrastra, y Charley, soltando una risotada, al instante propuso un doble asesinato.

—Willi exclamó:

»—¡No lo dirás en serio!

»A lo que Charley repuso:

»—Sería bastante fácil. Peter podría ir hasta el final del sendero que atraviesa el bosque colindante con la parte posterior de la casa y ocultarse entre los enebros, donde antaño solíais refocilaros con la señorita Katy. Entonces Willi puede mandar a Katy hasta allí con algún pretexto, y cuando ésta llegue, Peter se le echa encima y la mata. Entretanto a Willi le resultará sencillo, estando solo, dar muerte al viejo Wilhelm en la casa. Tú hazlo con un cuchillo o un tomahawk y luego le echas la culpa a los indios.

»Willi aplaudió inmediatamente el plan, pero Peter, aunque se manifestó dispuesto a cortarle la cabellera a Katy, se mostró menos entusiasta ante la idea del parricidio.

»—Una vulgar ramera no supone una gran pérdida. ¿No podemos dejar que padre muera de muerte natural o de aflicción? Es mejor y de todos modos no se interpondrá durante mucho tiempo entre nosotros y la riqueza.

»Entonces Charley Mattassin respondió:

»—Haced como queráis, es cosa vuestra; pero a mí me parece que, no bien os hayáis deshecho de Katy, se casará con la primera espabilada que sepa enredarlo.

»—Sí —convino Willi—. Démosle muerte ahora. El no nos quiere.

»A la postre, Peter se vio obligado a sobreponerse a sus reparos y dejó la reunión

de bebedores para ocultarse en su lugar al final del sendero, llevándose consigo su cuchillo de caza. Mas no bien había partido, cuando Willi, el más inteligente de los dos, empezó a cuestionar el reparto de responsabilidades.

»—No es en modo alguno equitativo —se quejó ante Charley— que se me asigne a mí la burda labor de asesinar a mi padre en tanto que Peter tiene a Katy a su merced entre los enebros, pudiendo hacer con ella lo que le plazca antes de darle muerte. —Y cuanto más lo pensaba menos justa le parecía su parte, hasta que al fin, olvidándose de quién había propuesto el plan, empezó a echarle a Peter la culpa del mismo.

»—Contén tu ira —le instó Charley entonces—. Yo lo planeé así y ello con un fin: mandar a Katy junto a Peter y luego contarle a Wilhelm que están holgando entre los enebros. Pronto morirán dos de los tres y a ti te restará sólo matar al tercero para quedarte tú con toda la herencia.

»Willi no tardó mucho en ver los méritos de aquel plan y cuando, tras una búsqueda rápida, no dio con su madrastra, siguió con prontitud el siguiente consejo del indio:

»—De todos modos, díselo a Wilhelm y yo saldré corriendo para avisar a Peter de que su padre viene dispuesto a matarlo. El resultado será el mismo y entretanto tú podrás proseguir la búsqueda de la ramera y gozar de ella.

»Willi se fue sonriendo beatíficamente hacia el cuarto que su padre utilizaba para hacer las cuentas, y Charley, atajando por las ciénagas, fue hacia los matojos de enebro, donde aguardaba Peter, cuchillo en mano. Pero lejos de advertirle que Wilhelm iba hacia allí, el indio dijo:

»—La señora Katy viene a toda prisa hacia aquí, más guapa que nunca. Ya que en todo caso tienes intención de matarla, ¿por qué no haces cuanto se te antoje con ella? Bájate los calzones, hombre, y aguarda emboscado.

Mary Mungummory se rio.

—No fue menester apremiar a Peter, pues el tener la mente embotada no implica que suceda otro tanto con los apetitos, del mismo modo que quien es un zopenco en el aula puede ser brillante en el catre: en cuanto Charley se fue, el mozo se bajó los calzones, se cogió el instrumento con la mano y aguardó la llegada de su víctima.

—¿Pero dónde se encontraba vuestra hermana en tanto tenían lugar todas esas maquinaciones? —demandó Ebenezer.

Mary chasqueó la lengua:

—Ni estaba ociosa ni era inocente, de eso podéis estar seguro.

»Para empezar —explicó Mary— de hecho fue Katy y no Charley quien concibió el plan. Ella le había contado con detalle el miedo que le inspiraban los hermanos, así como su vida con Wilhelm (cómo éste, incapaz de aspirar a tener una relación natural, la obligaba a bailar lascivamente para él todas las noches en la sala de cuentas, entre bonos de tabaco y papeles comerciales), y se había comprometido a

casarse con Charley y convertirlo en el propietario de la heredad de Tick si le ayudaba a deshacerse de los demás herederos. Acordaron citarse en unos espesos matorrales de mirto, a los que se llegaba tras recorrer un trecho del camino que partía de detrás de la casa: allí habría de acudir a cualquier hora del día o de la noche nada más oír la señal de su amante, un agudo gañido parecido al de un zorro o un perro indio; allí habría de aguardar en tanto él se divertía con los hermanos, hasta que Charley encontrara un pretexto que le permitiera reunirse con ella; y fue donde Katy pasó aquella tarde fatal, viendo cómo se ejecutaba el plan. Vio a Peter bajar por el camino hasta los enebros, e incluso oyó cómo Charley le instaba a violarla antes de asesinarla; Charley apenas tuvo necesidad de decirle, cuando inmediatamente después de aquello se reunió con ella entre los mirtos, que la conspiración estaba en marcha. Más aún, sus esperanzas se vieron confirmadas unos momentos después, ya que apareció Wilhelm en persona, dando zancadas por el camino, con una pistola en cada mano y la cólera pintada en el rostro, evidentemente como reacción al anuncio hecho por Willi, Charley y Katy oyeron con perfecta claridad la retahíla de palabrotas que soltó el anciano en holandés.

»—¡Esperad! —le oyeron exclamar a Peter—. ¡Por el amor de Dios, no disparéis!

»Y Wilhelm, para decepción de los emboscados, en lugar de hacer fuego al instante, preguntó:

»—¿Dónde está tu madre, Peter?

»—¡No lo sé!

»—¿Qué haces de pie así —le preguntó entonces Wilhelm—, con los calzones en una mano y la vergüenza en la otra?

»Y debió suceder que Wilhelm se había aproximado mientras hablaba, amenazándole con las pistolas, pues Peter gruñó y luego repuso:

»—Ya lo veis, ¡vine aquí con el fin de aplacar mi naturaleza!

»—Willi me dijo que estabas refocilándote con Katy y gozándola de parte a parte —aseveró Wilhelm.

»—Ah —dijo Peter—. Mas no estoy haciendo lo que dijo Willi, como cualquiera puede ver.

»—¿Entonces por qué me haría Willi salir corriendo hacia aquí? —quiso saber su padre, y Peter afirmó que no era él sino Willi quien abrigaba intenciones con respecto a Katy, y que había hecho salir de la casa a Wilhelm para sorprenderla a solas y forzar su virtud.

»—¡Ach! —dijo Wilhelm, y se volvió por el camino hecho un basilisco.

»Todo aquello lo habían oído claramente los dos conspiradores y hacia el extremo del camino lindante con la casa se oyó la voz de Willi que llamaba a Katy.

»—¿Qué sucederá ahora? —le susurró Katy a Charley.

»—Es hora de que Willi deje de buscarte —respondió el indio—. Si todo va bien,

bajará por el camino a fin de matar al que quede con vida, y Peter sufrirá el mismo fin.

»No pudo explicar más, pues para entonces el viejo Wilhelm había llegado junto al matojo de mirtos, blandiendo las pistolas y resoplando de fatiga. En efecto, tanto le habían supuesto los esfuerzos y emociones que de repente se paró en seco, se echó la mano al corazón y se sentó en un tocón de gomero que había en medio del camino.

»—¡Le ha fallado su necio corazón! —musitó Katy, y Charley le tapó la boca con la mano justo a tiempo de impedir que los descubriera Willi, que en aquellos momentos llegaba a la carrera, con el mosquete presto.

»—¿Qué mal os ha dado? —le preguntó a su padre.

»Wilhelm asió a su hijo por el brazo y sacudió la cabeza.

»—¿Por qué me enviaste adonde nada sucedía? Tu hermano sólo estaba orinando, nada más.

»—¡Bah! —se burló Willi—. ¿Por qué iba a recorrer una milla y adentrarse en el bosque para orinar cuando hace años que utiliza el rosal?

»—Me has mandado para que matara a Peter, y Peter para que te matara a ti —siguió diciendo Wilhelm—, y los dos abrigáis malas intenciones con respecto a mi dulce Katy. ¡De un modo u otro pierdo un hijo y puede que a mi dulce esposa también!

»—Es una puta y vos un necio —afirmó Willi apuntando al pecho de su padre y descerrajó un tiro de mosquete a boca de jarro.

»—Ahora yo le haré otro tanto a él —susurró entonces Katy, y sacándose de entre las faldas una pistola cargada, apuntó hacia Willi.

»Pero una vez más Charley la contuvo, pues el ruido del disparo había hecho venir a Peter corriendo desde los enebros y antes de que Willi tuviera tiempo de poner la pólvora y la bala en el arma, su hermano estaba delante de él, cuchillo en mano. Dieron vueltas y revueltas por tierra y, al cabo de un minuto, Willi yacía junto a su padre con la garganta abierta.

»Peter se levantó y limpió el cuchillo con una hoja.

»—Así —dijo, y no dijo más, pues Katy le pegó un tiro en el pecho allí donde estaba.

»—¡Alabado sea Dios! —exclamó mi hermana en voz alta cuando hubo hecho aquello—. ¡Por fin estoy libre de bellacos!

»Y tanto le conmovió el espectáculo de tantos holandeses muertos por el camino que no quiso alejarse sin antes subirse al tocón de gomero alrededor del cual aquéllos yacían y ejecutar en honor de Charley la misma danza que era para el pobre Wilhelm sustituto del acto amoroso.

»—Ahora ya has alcanzado el deseo de tu corazón —comentó Charley.

»—También tú —le contestó Katy desde el tocón—. ¡Ahora acércate y

celebrems nuestra riqueza!

»Y no contenta con profanar a los muertos sólo con su danza, Katy insistió en que allí mismo, sobre el tocón del gomero, Charley y ella hicieran lo que solían hacer ocultos entre los enebros, y en todo el rato no dejó mi hermana de proferir agudos y estridentes gritos y alaridos, conforme a la usanza india.

—¡Deteneos! —exclamó Ebenezer—. No me estaréis dando a entender que...

—Nada menos —afirmó Mary—. Lo que es más, Charley le pidió a Katy que, llegado el momento, profiriera el grito secreto que a modo de señal utilizaban entre sí, e hizo una cosa que habíamos aprendido juntos él y yo, una cosa que habíamos prometido no compartir con ningún otro mortal...

—Escuchad —protestó el poeta, muy corrido, pero Mary alzó la mano, demandando silencio.

—Katy al punto emitió el grito que era su señal y entonces Charley alzó su cuchillo...

—¡No! ¿La mató en aquel punto y hora?

Mary hizo un gesto de asentimiento.

—No diré más que esto: lo que hizo Charley es una treta famosa que los soldados de todo el mundo, sean paganos o cristianos, emplean con las mujeres del enemigo.

—Si decís más, enfermaré —le advirtió Ebenezer.

—No hay más que contar —dijo Mary—. Charley se fue y los dejó a todos yacientes cual estaban, a los cuatro, y por falta de herederos la propiedad pasó a manos de la Corona. Lo jocoso del caso, y Charley lo sabía desde un principio y no se lo dijo ni a Katy ni a los hermanos, fue que la solicitud, de ciudadanía hecha por el viejo Wilhelm no iba a ser aprobada hasta que volviera a reunirse el Consejo de Maryland.

—No alcanzo a entenderlo.

—Eso significa que murió siendo súbdito holandés —explicó Mary—, y para empezar, los extranjeros no pueden legar propiedades. ¡En cualquier caso las propiedades habrían pasado a manos de la Corona! —Mary se rio y se levantó del suelo del establo—. Lo que perdió a Charley fue la inmensa satisfacción que le proporcionaba aquella burla. Aquella misma noche, con total inocencia, le propuse que lleváramos a cabo nuestro pequeño secreto y le sobrevino tal acceso de risa cuando estábamos en plena actividad que por primera vez en mi vida lloré como una recién casada. Charley me juró que lo lamentaba, y a modo de disculpa me refirió toda la historia, tal y como acabáis de oírmela contar vos a mí, y no paró de reír ni un momento ni omitió un solo detalle. Me conocía de cabo a rabo mi dulce salvaje; sabía que se me desgarraría el corazón al oír que me había sido infiel, y que el daño sería doble cuando yo supiera que lo había sido con Katy, y triple, cuando me dijera que le había dado muerte; empero, él sabía muy bien que, pasado el disgusto, mi amor se

vería acrecentado. ¡Y vaya si tenía razón! Lo que Charley no sabía ni por asomo era lo muchísimo que valoraba yo nuestro pequeño truco, no sólo porque lo habíamos descubierto de consuno, sino porque al tratarse de algo que compartía un hombre tan mal dotado en sus partes viriles con una mujer demasiado versada en hombres como para sentirse impresionada por semejante dote, nuestra treta no era ni más ni menos que el mundo entero del amor. Suponed que vos y vuestra amante hubierais inventado el ayuntamiento carnal y que a ninguna otra persona de este mundo se le hubiera ocurrido nada semejante. ¿Cómo os sentiríais si ella os dijera no que había besado a otro hombre, sino que le había transmitido el inefable secreto que con vos compartía?

—La verdad —dijo Ebenezer— es que yo...

—Sí. Vos aún sois virgen y no lo podéis saber —suspiró Mary—. Entonces tenedlo presente, y un día lo veréis con bastante claridad. Entre tanto baste decir que el error de mi Charley consistió en decirme que había compartido aquello con Katy. ¡Dios mío, no fui capaz ni de derramar una lágrima más! Me bajé de la carreta, eché a correr por el camino y no me detuve hasta llegar a Cambridge un día y medio después y decirle al *sheriff* que la familia Tick había sido asesinada y que el asesino era Charley Mattassin.

Nuevamente las lágrimas le arrasaron los carrillos.

—Lo encontraron aguardando en la carreta (ni remotamente sospechaba lo que había hecho yo) y dieron con él en prisión. Después de aquello jamás volví a hablar con él, mas cuentan que se tomó como una burla adicional el que yo le hubiera traicionado y siempre que pensaba en ello se reía. Cuentan que seguía riéndose cuando lo llevaban a la horca, y cuando el nudo se cerró, yo misma vi que ocurrían dos cosas portentosas. La primera ya os la referí al principio, que lo que en vida era minúsculo tornose desmedidamente grande tras la muerte, cosa que a veces suele suceder; la otra es que murió riéndose de aquella manera monstruosa, llevándose su risa a la tumba. Tal fue su historia.

—Jamás oí nada semejante —juró Ebenezer—. Es a un tiempo una risa patética y terrible y aún sigo atónito por el parecido entre este indio y mi amigo y antiguo tutor. Me atrevería a decir que de haber nacido inglés, vuestro Charley se serviría de este mundo como si fuera un clavecín y él el intérprete, que es lo mismo que hace mi amigo; y de haber nacido indio salvaje, mi amigo habría muerto con esa misma risa. —Ebenezer meneó la cabeza—. ¿Qué hay detrás de ello? Vuestro Charley y mi amigo, cada uno a su manera, vinieron al mundo que conocemos desprovistos de raíces; a uno y a otro les fue dado poseer un talento prodigioso para conocer el mundo, ello incluso les proporcionaba un inmenso placer, y los dos manejaban a la gente cual titiriteros. Mi amigo aún no se ha reído del modo en que lo hizo Charley, y quiera Dios que nunca lo haga, pero es algo que existe en potencia; vuestro cuento me lo hace ver claramente. Tiene una cierta manera de encogerse de hombros y una

sonrisa singular, enteramente desprovista de alegría. Es como si, al igual que Jacob, luchara contra algún ángel oscuro en el desierto; ese ángel venció a vuestro Charley, y ningún ángel del señor tiene devotos que lleven esa risa como estigma, ¿no os parece?

Mary se quedó pensativa en la puerta del establo:

—¡Charley se reía de toda la creación divina! Aún oigo cómo se reía de Katy cuando hizo con ella aquella cosa nuestra, y también cuando ella daba alaridos y él la pasó a cuchillo; cuando voy de gira o cuando estoy comiendo escucho aquella risa, la cual colorea el mundo que contemplo y me agria la comida que tengo en el estómago. Nada queda de Wilhelm Tick salvo su triste espectro, que según algunos merodea de noche por el sendero de su casa; y nada queda de Charley salvo aquella risa. Mientras os contaba esta historia, ha llegado a mis oídos. Cada noche lo veo riéndose, con la sogá al cuello, y me veo obligada a ingerir algo de licor para poder dormirme; mas todo es en vano, porque dormir es soñar apasionadamente con mi Charley, y cuando me despierto, su risa sin voz aún resuena en mis oídos. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Mary no fue capaz de hablar más. Ebenezer la acompañó hasta la carreta y le ayudó a subirse al pescante, dándole una vez más las gracias por su generosidad y por contarle aquella historia.

—Fue tan sólo la curiosidad lo que me acució —comentó con una sonrisa pesarosa—. Sentí interés por vuestro Charley la primera vez que le oí hablar de él al padre Smith, en Talbot, y no podría explicar por qué; mas esta historia que me habéis contado me ha conmovido de modo inesperado.

Mary cogió las riendas y el látigo.

—Entonces rogado para que no os conmueva más, señor Laureado, pues aún tenéis público para esa risa.

—¿Qué queréis decir?

Se inclinó sobre Ebenezer; el regocijo arrugó y soliviantó el rostro ancho de Mary, que respondió con un susurro ronco:

—Ayer, en el Tribunal, cuando pasasteis por la quilla al pobre Ben Spurdance y firmasteis la cesión de toda vuestra plantación a ese diablo de William Smith...

Ebenezer hizo una mueca de disgusto al recordarlo.

—¡Santo Dios! ¿Entonces estabais allí presenciando mi locura?

—Estaba allí. Lo que es más, el Puntal de Cooke era antaño una parada de mi ruta: Ben Spurdance es un antiguo y honrado cliente y amigo mío, y cumplió bien desempeñando para vuestro padre la labor de capataz. Yo tenía tantas ganas como Ben de ver malparado a Bill Smith...

El Laureado se quedó sin habla.

—¿Queréis decir que visteis lo que estaba haciendo yo y sabíais que lo hacía por ignorancia? ¡Santo cielo! ¿Por qué no disteis una voz o me impedisteis que firmara el

desdichado papel de Smith?

—Vi venir la cosa en el momento mismo que proclamasteis a gritos quién erais —repuso Mary—. Vi cómo palidecía el pobre Ben al oíros hablar y cómo se regocijaba y frotaba las manos el canalla de Bill Smith. Hubiera podido detener vuestra necesidad en cosa de un momento.

—Sin embargo, no oí ninguna advertencia atropellada —dijo Ebenezer con amargura—, ni por vuestra parte ni por parte de nadie aparte del propio Spurdance, la ramera que lo acompañaba y mi amigo Henry..., quiero decir, Timothy Mitchell, el cual tenía otros motivos para alarmarse. El resto de la muchedumbre se limitó a intercambiar comentarios en voz baja, e incluso oí que algún desalmado se reía. —Ebenezer se interrumpió y dirigió una mirada ceñuda a su benefactora—. ¿No seríais vos?

—Me reía de *mi* desgracia, amén de la vuestra, como bien os podría explicar Tim Mitchell si se lo preguntarais. Es una enfermedad, poetilla, como el mal francés o las purgaciones. Quién se la contagió a Charley, eso sólo Dios lo sabe, pero ayer caí en la cuenta, por vez primera, de que me la había contagiado a mí. —Mary hizo restallar las riendas para que la caballería echase a andar y rio entre dientes, con risa desagradable—. ¡Seguid siendo virgen si podéis, muchachuelo; llevaos la virginidad a la tumba y tal vez no os contagiéis jamás! ¡Arre!

Mary le dio un latigazo al caballo y se alejó con la cabeza echada hacia atrás, riéndose sin hacer ruido ninguno.

30 TRAS CONVENIR QUE EL HOMBRE NO ALBERGA EN SU INTERIOR MÁS QUE PERFIDIA, LO CUAL NO SIGNIFICA NECESARIAMENTE QUE *IUS EST ID QUOD CLIENS FECIV*^[39], EL LAUREADO POR FIN PONE LOS OJOS EN LA HEREDAD

Sumamente conmovido y desconcertado, Ebenezer siguió unos minutos en el patio. Bastante turbadora había sido la imagen que de Burlingame le proporcionara la historia de Mynheer Tick; pero la revelación final era *casi imposible de asimilar*.

—He de ver a Henry al punto —resolvió—, a pesar de lo que ha contado sobre Anna y él.

Cuando recordó las sarcásticas confesiones de la noche anterior, rompió a sudar copiosamente y le fallaron las piernas, viéndose obligado a tomar momentáneamente asiento en tierra, mientras le castañeteaban los dientes. Además le dio un breve acceso de estornudos, y es que no era la turbación que sentía su única aflicción: era indudable que tenía fiebre y, además, a resultas de la noche pasada en el granero, había contraído un enfriamiento. Muchas eran las horas transcurridas desde la última vez que comiera y, sin embargo, no tenía la menor gana de desayunar. Cuando se levantó dispuesto a ir en busca de Burlingame y a presentarle una queja al posadero por el robo de sus ropas, la tierra se tambaleó bajo sus pies y la cabeza empezó a martillearlo. Entró en la fonda y, ajeno a las miradas que atraía su insólito aspecto, se fue derecho al tabernero, que no era el mismo que le había atendido la noche anterior.

—¡Vive el cielo! —exclamó—. ¿Es que ya no hay religión? ¡No puede uno dormir seguro ni en un granero! ¿Es que regentáis una cueva de ladrones? ¿Tiene conocimiento el lord propietario de que estos crímenes se cometen impunemente en su provincia?

—Recoged velas, mozalbeta —dijo el tabernero—. No es juicioso mostrarse tan partidario de los lores propietarios con los tiempos que corren.

Ebenezer le dirigió una mirada azarada: debido al mareo se le había olvidado, cosa que iba sucediéndole cada vez con mayor frecuencia, que lord Baltimore carecía de autoridad sobre la provincia y que él jamás había visto a tal caballero.

—Algún bellaco me ha hurtado las ropas —masculló.

Las demás gentes que se hallaban en la taberna se rieron; entre ellas había un hombrecillo regordete, de tez morena, vestido de negro, cuyo aspecto le era familiar a Ebenezer.

—Ah, bueno —dijo el tabernero—, eso no es raro. Tal vez algún guasón arrojó vuestras ropas al fuego, por hacer una gracia, u os las quitó para reemplazar las suyas, que otro habría quemado, mas sin ánimo de perjudicaros.

—¡Por hacer una gracia! ¡Voto a tal, bellaco, que tenéis vivo el ingenio!

—Si tanto os duelen las tripas por una cosa así, no os cobraré el alojamiento de anoche. ¿Basta con eso?

—¿Es que le cobraríais a un hombre por dormir en una ratonera? ¡Me habéis de devolver las ropas o darme con qué sustituirlas, y ello al instante, de lo contrario, maldita sea mi condición de Laureado si todo Maryland no siente el aguijón de mis versos!

El tabernero mudó de expresión; ahora miraba a Ebenezer con un interés nuevo.

—¿Entonces vos sois el señor Cooke, Laureado de Maryland?

—El mismísimo —dijo Ebenezer.

—¿El que firmó la cesión de sus propiedades? —El tabernero hurtó una mirada en dirección al hombre del traje negro, el cual confirmó sus palabras con un gesto de asentimiento.

—Entonces tengo un recado para vos de parte de Timothy Mitchell.

—¿De Timothy? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

El tabernero se sacó de los calzones un papel doblado.

—Nos dejó anoche, según tengo entendido, mas escribió este poema para que lo leyeráis.

Ebenezer cogió el papel y leyó, consternado:

Cuando del maíz saques culo y piernas
y enfiles tus pasos a la taberna
tieso por causa del viento de octubre,
entre achises y mocos insalubres,
depón tus suspiros y quejas vanas,
no has de encontrar a la yegua ruana,
pues junto al potro se viene conmigo,
lo que te pase se nos da un higo.
Ahí te quedas con tus tonterías,
acaso esta prueba de cobardía
te haga entender esta humana verdad:
creer que alguien es tu amigo es necedad.
La amistad es gran farsa y disimulo,
y pues no existe, ¡que te den por culo!
¡Pobre Ebenezer, bardo mentecato:
jamás bajas la guardia, así sea un rato!

Timothy Mitchell, Gentilhombre.

Tras leer los insultos de despedida de Henry, Ebenezer se quedó unos momentos sin habla.

—¡Que la amistad es gran farsa y disimulo! —exclamó por fin—. Henry, digamos que entre tú y yo no había farsa. Ah, Dios mío, líbrame de tener otro amigo así.

El hombre de la tez morena y el traje negro observó aquellas lamentaciones con aire divertido y dijo:

—¿Malas noticias, señor Cooke?

—¡Malas nuevas, en efecto! —gimoteó el Laureado—. ¡Ayer, todas mis propiedades; hoy de un solo golpe he perdido mis ropas, mi caballo y a mi amigo! No veo más salida que la pistola. —A pesar de la angustia, Ebenezer reconoció en aquel hombre al abogado que había defendido a William Smith ante el Tribunal.

—¡Por las calzas del diablo, sí que es pérfido el mundo! —observó aquel individuo.

—¡A lo que me parece no sois vos ajeno a sus maldades! —dijo el poeta.

—Ah, ahora no la toméis conmigo, amigo. ¡Por el báculo de san Serenín, fuisteis vos quien labró su propia ruina, no yo! Yo me limité a velar por los intereses de mi cliente, como es obligación de todo letrado. Me llamo Sowter, Richard Sowter, del sur del condado. Lo que quiero decir, señor, es que los abogados pertenecen a una especie de índole sumamente pragmática y no buscan la justicia más allá de los hechos relacionados con sus clientes. El abogado le mesa las barbas a Justiniano y asevera que *Ius est id quod cliens fecit*. Además la ley no es más que uno de mis intereses. ¿Queréis tomaros una cerveza conmigo?

—Os lo agradezco —dijo Ebenezer suspirando, mas declinó la invitación aduciendo que el licor de la noche anterior aún seguía cobrándose tributo a costa de su cabeza—. Disculpad mi rudeza, señor; hallome en extremo conturbado y desesperado.

—¡Sobrada razón tenéis para ello, por los pechos cercenados de santa Agueda! El mundo está lleno de perfidia y raro es dar en él con algo bueno.

—Esta provincia está llena de perfidia, eso lo reconozco.

—Pues cómo —prosiguió Sowter—, si hará tan sólo cosa de un mes, o tal vez dos, vínose a verme un polluelo, un mozalbete del sur del condado, el cual entrose en la herrería donde tengo mi despacho (pues habéis de saber que en un lateral de la casa tengo una herrería) y díjome: «Señor Sowter, he menester de un abogado». «¡Por las ladillas de san Ulrico! —díjele yo—, ¿qué has hecho para que te haga falta un abogado?». «Señor Sowter —dijo él—, soy un joven alocado, eso es lo que soy —díjome—, he llevado una vida de derroche y ahora estoy endeudado». «Ah, bueno —dije yo—, por la bolsa huera de san Gil, yo no soy ningún prestamista, hijo mío». «No, señor —dijo él—, es el caso que mis acreedores me atosigaron tanto que di en pensar que habrían de ponerme en la picota, y entonces, ¿qué hice?: acudí raudo a Morris Boon, el usurero hijo de Sodoma». «Por los dedos de san Pedro, muchacho —dije yo—, ¡no será verdad eso!». «Eslo —dijo él—; acudí a Morris Boon y le dije: *Morris, necesito dinero*. Y entonces Morris me lo prestó conforme a las condiciones que suele estipular: que en el punto que fueron saldadas mis deudas había de entregarme a él para que satisficiera sus apetitos animales». «¡Estás loco de remate!», exclamé. «Verdad es que lo estoy», dijo el mozo—. «Ya he pagado todas mis deudas

y Morris aguarda a dar satisfacción a sus placeres». «Hijo mío —díjele yo entonces —, rézale a santa Casilda, porque yo no puedo ayudarte». «Tenéis que hacerlo —dijo él. Tengo fe en vos». «Se precisa más que fe», le dije. «Más que fe tengo — dijo, —he apostado dinero por vos». Así pues, pregúntele cómo era aquello, a lo que replicó: «He apostado con el anciano Morris a que me sacaríais del apuro». «Que san Dimas te proteja —díjele yo—. ¿Qué has apostado?». «Que si me sacabais de ésta —dijo—, Morris me volvería a pagar la misma cantidad que me había prestado anteriormente, la cual pasaría a ser vuestra por haberme salvado. De no ser así, pues entonces Morris ha jurado violarnos a los dos, empezando por la coronilla y acabando por los bajos». «¡Desvergonzado! —dije yo—. ¿Era preciso que me inmiscuyerais en vuestro sucio trato?».

»—Mas nada se podía hacer —dijo Sowter, suspirando—. A la mañana siguiente volvió el muchacho y Morris, el usurero, venía pisándole los talones. «¡Salvadme!», dijo el chicuelo. «Salvaos vos», dijo Morris, y me miró de arriba abajo. «Quiero el pago convenido». Mas yo no había estado ocioso desde el día anterior, de modo que le dije: «¡Id quedo, señor, por los colmillos de santa Apolonia! ¡Embridad vuestro caballo! ¿Qué suma le prestasteis a este holgazán aquí presente? ». «Doce quintales de tabaco», dijo Morris. «¿Y bajo qué condiciones?». «Que cuando me pagara sus deudas, él es mío cuantas veces se me antoje por espacio de este mes». «Bien, pues —díjele al mozalbete, que a punto estaba de encagarrinarse de miedo—, el caso está cerrado, por el apagamechas de santa Lucía: procura no devolverle jamás sus doce quintales». «¿Y eso por qué?», preguntó el muchacho, y otro tanto hizo Morris. «¡Cómo! ¡Por las lentes de Fridolino! —dije yo—, ¿es que no lo ves?, si no le pagas, tus deudas quedan sin saldar, y en tanto estés endeudado no es menester que te sometas a Morris. ¡La verdad es que mientras tengas deudas eres libre!».

»Por la gota de san Wolfgang, señores, ya pueden vuestras mercedes imaginar el griterío que levantó Morris al oír aquello, pues le había jorobado bien, y él es hombre de palabra. Le pagó al picaruelo otros doce quintales y lo despidió soltando juramentos; pero cuanto más lo pensaba, más le divertía la treta, y acabamos los dos riendo hasta que se nos saltaron las lágrimas. Y a todo esto, por el salmón de Kentigern, ¿qué andaba yo tratando de demostrar?

—Que el hombre no alberga en su interior más que perfidia —dijo Ebenezer—. Mas ese muchacho no obró pérfidamente, ni tampoco vos al salvarlo.

—¡Ja! ¡Poco sabéis! —rio Sowter—. Mi verdadero fin no era salvar al muchacho, sino jorobar al viejo Morris, que más de una vez me la había jugado. En cuanto al mozo, por el báculo de Wulstan, jamás me pagó, sino que se quedó el tabaco y seguro que se fue de putas. Poco bien hay en el hombre. —Sowter suspiró—. Pues ¿querréis creer que tengo a un redencionista en mi embarcación?

—¡No más! —exclamó Ebenezer cogiéndose la cabeza con las manos—. ¿De qué

me sirve oír más cuentos? La pistola es ahora cuanto ansío, a fin de acabar con mi dolor.

—¡Vamos, vamos, por el perro de san Roque! —dijo Sowter, desdeñoso—. Así son los avatares de la vida; un día dormís entre tréboles y al otro entre cardos. Aprestaos a ir soportando los días uno a uno, y dentro de diez años aún estaréis durmiendo en alguna parte, llenándoos las tripas de comida y repasando a alguna moza desde san Adrián hasta san Hugo.

—Poco cuesta aconsejar —dijo el poeta— mas el día de hoy habrá de verme morir de hambre, pues no tengo con qué pagarme la comida ni adonde ir.

—El Puntal de Cooke se halla a tan sólo unas horas de navegación río abajo. Si yo hubiera recorrido medio mundo para dar con un sitio, por san Edelberto, no me saltaría los sesos sin haberle puesto los ojos encima.

Aquella sugerencia sorprendió grandemente a Ebenezer.

—Mi criado me aguarda allí —dijo, pensativo— y mi... mi prometida, también, espero. ¡Pobre Joan, pobre y leal Bertrand! ¿Qué pensarán de mí? —Ebenezer asió a Sowter del brazo—. ¿Creéis que ese bribón de Smith los habrá echado?

—¡Pero bueno, por la piedra molar de Pieran! —dijo Sowter—. Estáis enojado y el enojo es buena medicina para la desesperación. No sé nada de esas gentes de que habláis, mas estoy cierto de que no serán mal recibidas en Malden. Bill Smith tiene sus defectos, pero nunca echaría a nuestros invitados, dejándoles perecer de hambre, cuanto menos al Laureado en persona. Si hasta es posible que se encuentre allí vuestro amigo Tim Mitchell y que estén todos jugándose los cuartos a la baraja o bailando alegremente.

Ebenezer negó con la cabeza.

—Incluso esta última alegría tan pequeña me ha de ser negada, pues no tengo para pagarme el barco.

—Pues entonces, por la linterna de Gudrun, habéis de venir conmigo —dijo el abogado, y explicó que era su intención zarpar hacia Malden aquella misma mañana, por lo que el Laureado era bienvenido como lastre—. Tengo asuntos que despachar con el señor Smith —dijo— y he de hacer entrega de un criado que me he procurado esta mañana por dos perras.

Ebenezer musitó unas palabras de agradecimiento; la verdad es que apenas era capaz de prestar atención a lo que decía Sowter, pues la fiebre parecía irle en aumento a cada minuto que pasaba. Cuando se fueron de la taberna y se encaminaron hacia el muelle vecino, Ebenezer contemplaba la escena que tenía ante sí con los mismos ojos que si estuviera borracho.

—... el sujeto más pendenciero que os podéis echar a la cara —oyó que decía Sowter cuando llegaron al muelle—. Jura por la ratonera de santa Gertrudis que no es ningún redencionista, sino un tratante de siervos afincado en Talbot que ha sido

víctima de una broma descomunal.

—No me encuentro bien —comentó el Laureado—. De verdad, no me siento nada bien.

—He oído historias astutas urdidas por redencionistas hasta decir basta —siguió diciendo Sowter—, pero por el bramante de santo Tomás que éste se lleva la palma. Pues, ¿querríais creer que...?

—Tal vez se trate del período de aclimatación —interrumpió Ebenezer, aunque no sería posible decir a ciencia cierta si hablaba con Sowter o consigo mismo.

—Os pondréis bien si pasáis un día en la cama —dijo el abogado—. Lo que estaba a punto de decir..., no, no es ahí: mi embarcación es aquel balandro pequeño que se ve justo por detrás de la verga... Lo que estaba a punto de decir es que este grandísimo bruto se empeña en decir que se llama...

—¡Tom Tayloe! —rugió una voz desde el balandro—. ¡Tom Tayloe, del condado de Talbot, maldita sea vuestra estampa, y lo sabéis tan bien como yo, Dick Sowter!

—¡Por el acerico de san Sebastián, oíd cómo desvaría! —rio Sowter entre dientes—. Sin embargo, su nombre aparece escrito en el contrato, y cualquiera lo puede ver. Este es *John McEvoy*, está tan claro como la luz del día, de Puddlelock, Londres.

Ebenezer se agarró a un palo para sostenerse.

—¡Ya estoy desvariando!

—Sí, por las liebres de san Pemil, no estáis en vuestros cabales —admitió el abogado.

—¡Sabéis perfectamente que no soy McEvoy! —vociferó el hombre de la barca—. ¡McEvoy es el granuja que me ha engañado!

Enfocando la vista hacia el balandro, Ebenezer vio que el hombre que se quejaba tenía una muñeca encadenada a la borda. Tenía el cabello rojo, así como la barba, mas incluso a través de la visión zozobranante que era consecuencia de la fiebre, Ebenezer se dio cuenta de que aquél no era el McEvoy que se temía. En primer lugar, era demasiado viejo —tendría cuarenta y tantos años como poco— y además, estaba demasiado gordo: era una montaña de carne, dos veces el tamaño de Ben Oliver; era, con mucho, el ser humano más corpulento que el poeta había contemplado jamás.

—Ese no es John McEvoy —afirmó mientras Sowter le ayudaba a subir al balandro.

—¡Ahí tenéis, bribón! —exclamó el prisionero—. ¡Hasta ese pobre alfeñique a quien seguramente habréis sobornado para que jure en falso lo admite! —Se volvió, importante, hacia Ebenezer—: He sido objeto de una doble injuria, señor: Sowter sabe que no soy McEvoy, pero los papeles le han costado baratos y tiene la intención de seguir adelante con su engaño.

—Chitón —respondió Sowter y ordenó a sus tripulantes, que eran dos, que hicieran zarpar al balandro—. Voy abajo a redactar unos papeles —le dijo a Ebenezer

—. Podéis acomodaros en el camarote en tanto llegamos al Puntal de Cooke.

—Os ruego que me escuchéis hasta el final —imploró el criado—. Ya habéis dicho que sabéis que no soy McEvoy: tal vez penséis que esto es injusto.

—No es un nombre raro —murmuró Ebenezer, dirigiéndose hacia el camarote—. Reconozco que el John McEvoy a quien conocí antaño tenía el pelo rojo como vos, mas era flaco y pecoso, y más joven que yo.

—¡El mismísimo! ¡Por Cristo, Sowter! ¿Aún persistís en vuestra farsa monstruosa? ¡Este individuo ha retratado puntualmente al hombre que me vendió!

—¡Por el puerro de David, hombre de Dios! —dijo Sowter, malhumorado—. Podéis presentar una queja en los tribunales el mismo día que os establezcáis en el Puntal de Cooke, por lo que a mí respecta. He comprado vuestros papeles honradamente y hasta entonces sois John McEvoy. Contadle al señor Cooke vuestras penas si él se aviene a oírlas.

Dicho aquello, se bajó, seguido por los juramentos del prisionero, pero Ebenezer, al primer bandazo de la embarcación se sintió más enfermo que nunca en su vida, exceptuando, quizá, cuando se hallaba a bordo del *Poseidón*, durante la tormenta que lo alcanzó frente a las islas Canarias, y se vio obligado a permanecer maltrecho, encaramado a la horda de babor.

—Ese McEvoy —acertó a decir— es de todo punto imposible que sea el que conozco, pues el mío se encuentra en Londres.

—Igual que el mío hasta hace seis semanas —dijo el hombre gordo.

—¡Pero el mío no es vendedor de criados!

—Ni tampoco lo era el mío hasta anoche: soy yo quien se dedica a vender redencionistas para ganarse la vida, pero ese joven irlandés que el diablo confunda me la jugó con la ayuda de Sowter.

Ebenezer meneó la cabeza.

—¡Es impensable! —Sin embargo, sabía que Joan Toast había ido a Maryland (por razones que él sólo podía presumir vagamente), así como también que en el momento de su propia partida de Londres, John McEvoy hacía varios días que nada sabía de su amante—. ¡Ojalá tuviera clara la cabeza para así poder pensar en ello y dar con lo que significa!

El prisionero interpretó aquello como una invitación a contar su historia y, en consecuencia, comenzó así:

—Mi nombre no es McEvoy, sino Thomas Tayloe, de Oxford, condado de Talbot. Todos los plantadores de Talbot me conocen.

—Entonces, ¿por qué no presentáis una queja al Tribunal —interrumpió Ebenezer— y los citáis como testigos? —Estaba sentado en cubierta, pues se hallaba demasiado enfermo para sostenerse en pie.

—Estando Sowter de abogado defensor, no —dijo Tayloe—. Por más que se las

dé de santo está tan corrompido como los tribunales, y además esos granujas mentirían con tal de fastidiarme.

El prisionero explicó que comerciaba con la venta de redencionistas: gentes que eran pobres en Inglaterra y estaban deseosos de viajar a las colonias; a cambio del pasaje en barco, firmaban contratos de servidumbre con algún capitán de barco de talante emprendedor, el cual, a su vez, «redimía» sus contratos, cediéndolos al mejor postor que hubiera en puerto. Lucrativa especulación era aquélla, pues de ordinario el precio del pasaje de un criado era de tan sólo cinco libras esterlinas, sobre poco más o menos, y los contratos de servidumbre firmados por artesanos, mujeres solteras y trabajadores en buen estado de salud se podían vender por una cantidad entre tres y cinco veces superior a aquéllas. Los redencionistas que al capitán no conviniera vender directamente, o bien le dejaran insuficiente beneficio, vendíalos «al por mayor» a tratantes como Tayloe, quienes a su vez probaban a vendérselos a plantadores que vivían más alejados del puerto de llegada. La especialidad de Tayloe consistía, al parecer, en adquirir, a precios inusitadamente bajos, criados entrados en años, enfermos, carentes de oficio, alborotadores o que, por las razones que fuera, al capitán le resultara difícil despacharlos, por lo que procuraba venderlos «rebajados» antes de que los gastos de manutención sobrepasaran en demasía la pequeña inversión que le habían, supuesto.

—Es una labor ingrata —admitió—. De no ser por mí esos plantadores tacaños que poseen cincuenta acres de tierras no tendrían quién se la trabajara, y sin embargo son muy capaces de pagarme seis libras por un anciano espantapájaros y luego venir quejándose de que no es ningún Sansón. Y los malditos redencionistas dicen que los mato de hambre, siendo así que saben perfectamente que me deben sus vidas carentes de valor: la mitad son la escoria de los muelles de Londres, a los que el capitán embarcó tras haberlos emborrachado: si yo no los librara de sus manos en Oxford, les harían firmar como tripulantes antes del tercer día de navegación.

—Estoy convencido de que practicáis un comercio caritativo —dijo Ebenezer con voz dolorida.

—Pues bien, señor —declaró el otro—, precisamente ayer el *Morfeo* atracó en Oxford con una tropa de redencionistas.

—¡El *Morfeo*! ¡No os referiréis al barco de Slye y Scurry!

—Al mismo —dijo Tayloe—. Gerrard Slye es el mayor especulador de este comercio y Scurry no le va a la zaga. Son los únicos capitanes que traen pedidos a la provincia. Suponed que sois un plantador y que habéis menester de un picapedrero que desempeñe una labor de cuatro años: le formuláis el pedido a Slye y Scurry y a la siguiente travesía tenéis a vuestro picapedrero.

—Basta: he captado el principio.

—Pues bien, fue ayer cuando atracó el *Morfeo* y allí fuimos todos a pujar por

nuestros redencionistas. Estaban haciéndoles subir cuando yo llegué a bordo. La tripulación repartía cuencos de ron entre los compradores; entonces trajeron a cubierta al pelirrojo aquél, quien echó un vistazo a la orilla, librose de los marineros y saltó por la borda antes de que nadie pudiera detenerlo. Tuvo la mala fortuna de caer justo al lado del bote del mismo *Morfeo*; el primer oficial y otros tres hombres le dieron captura y, una vez a bordo, echáronle grilletes y prometieron azotarlo. Entonces supe que sería mío antes de que concluyera el día.

—¡Pobre McEvoy! —farfulló Ebenezer.

—El se lo buscó —dijo Tayloe—. ¡Pluguiera a Dios que el hideputa se hubiera ahogado, así ahora yo no estaría aquí con esta argolla! —Tayloe aspiró por la nariz y escupió por encima de la borda—. En todo caso, los capitanes entregaron los pedidos de albañiles, zapateros, remendadores de barcos y carpinteros, así como a un velero que les había costado veintitrés libras esterlinas. Lo normal hubiera sido que después de aquello hubieran vendido a las mozas, pero en el bote de ayer las únicas mujeres eran un par de cuarentonas solteras, las cuales vienen a la caza de marido, por lo que en lugar de ello sacaron a los braceros y los vendieron a precios que oscilaban entre las doce y las dieciséis libras. Después de los braceros les llegó el turno a las mujeres, que fueron vendidas en calidad de cocineras, a razón de catorce libras por cabeza. Una vez vendidas, sólo quedaban cuatro almas, amén, del pelirrojo: tres demasiado débiles para las labores del campo y demasiado lerdas para desempeñar ninguna función, en tanto que en la cuarta había obrado tales estragos la sífilis que verla haría vomitar hasta a una cabra. Fue un día magro, pues suelo comprar la docena o más, pero regateé con Slye y Scurry hasta que por fin les saqué a los cinco por veinte libras, es decir, una libra menos de lo que hubiera costado traerlos dándoles dos comidas diarias, sólo que Slye y Scurry les habían hecho pasar tanta hambre que no servían sino para ejercer de espantapájaros, de modo que incluso sacaban beneficio de las veinte libras.

»Libraron al pelirrojo de los grilletes y ordenáronle que se viniera en paz conmigo o de lo contrario allí mismo probaría el látigo de nueve colas. Para entonces ya tenía yo a los cinco en tierra, con sogas anudándoles los tobillos, y cárguelos en la carreta. Estaba la tarde avanzada y supe que mucha sería mi fortuna si conseguía vender siquiera uno antes de que cayera la noche. Consistía mi plan en hacer primeramente un alto en la taberna de Oxford, para probar si podía venderle a algún borracho lo que jamás comprara estando sobrio, para desde allí seguir con lo peor de la remesa hasta Dorset, pues rara vez tocan tierra en aquel lugar los barcos que cargan sirvientes, y es frecuente que los plantadores anden escasos de ayuda. El irlandés levantó gran vocerío en demanda de comida, por lo que le di un sopapo en los morros, bien que por temor a que se compincharan y volvieran contra mí, dije que si paraba en la taberna era por ver de procurarles alimento, y que comerían en cuanto les hubiera

encontrado amo. Dentro hallé a dos caballeros con muchas copas encima, cada cual presumiendo ante la concurrencia de sus riquezas, y aproveché la oportunidad para hablar de mi mercancía. Tan bien supe halagarles la vanidad que los dos estaban deseosos de mostrar con cuánta ligereza compraban criados; yo tuve buen cuidado de hacer salir también a las gentes que escuchaban. El resultado de ello fue que cuando el señor Preen hubo comprado al palurdo estragado por la sífilis, el señor Puff viose obligado a comprar dos viejos chochos, por salvar la dignidad. Lo que es más, no osaron pestañear cuando les dije el precio, aunque me juego algo a que se tornaron sobrios al instante.

»Fuime a toda prisa con los dos restantes, antes de que mis caballeros tuvieran aliento para lamentar su majadería, y puse rumbo a Cambridge. McEvoy daba voces aún más altas que antes, quejándose de que no le había dado de comer; hasta Slye y Scurry, dijo, dábanle de cuando en cuando pan y agua. Dile otro golpe, esta vez con el látigo de la caballería y le dije que de no haberle salvado, a aquellas horas ya se lo habrían comido a él. Desesperaba de vender a ninguno de los dos aquella noche por cuanto que a McEvoy, aunque joven y pasablemente fuerte, se le veía tan a las claras lo pendenciero que era que ningún plantador que estuviera en su sano juicio daría por él siquiera un chelín, y en cuanto a su compañero, era un hombrecillo de Yorkshire, jorobado por más señas y que tenía una especie de angina, ni un solo diente y todas las trazas de ir a morirse antes de que estuviera crecida la primera cosecha; mas en llegando al embarcadero del Choptank tuve otro golpe de suerte. Había oscurecido y la barca que cruza a la otra orilla ya había zarpado, por lo que saqué a mis buenas piezas de la carreta e híceles recorrer el breve tramo que nos separaba de la playa, camino de Bolingdale Creek, donde podríamos hacer cuanto precisáramos antes de cruzar. No habíamos andado ni cuarenta yardas cuando oí una leve conmoción justo delante de mí, por detrás de un árbol caído, y cuando fui a mirar la causa de aquello encontréme al juez Hammaker, del Tribunal de Cambridge, jugando al monstruo de las dos espaldas con una moza, encima de la arena. Simuló una gran cólera porque le hubieran descubierto y nos ordenó marcharnos, mas en cuanto vi quién era y le llamé por su nombre, preguntándole por la salud de su esposa, se avino a ser más razonable. Y es la verdad que no tardó mucho en confesar que tenía gran necesidad de un sirviente, y aunque se inclinaba más por McEvoy, le convencí de que mejor se llevara al hombre de Yorkshire. Mejor dicho, una vez que convino conmigo que un criado viejo vale por dos jóvenes, le cobré veinticuatro libras por el señor jorobado, casi el doble de lo que vale un bracero vigoroso. Aun así salió bien parado: la moza con la que se estaba refocilando no me era desconocida, aunque la oscuridad y las circunstancias en que la misma se hallaba no me permitían localizarla; pero después de cruzar a Cambridge en compañía de McEvoy y de oír a los bebedores contar en la taberna los casos juzgados por el Tribunal aquel día, caí en la cuenta de dónde había

visto a la fulana. Era Ellie Salter, cuyo marido es propietario de una taberna en el condado de Talbot; se trata del mismo John Salter que le puso un pleito al juez Bradnox, caso que había sido remitido desde otro Tribunal al de Cambridge, y a cuyo favor había dictado sentencia aquella misma tarde el juez Hammaker. Apenas es preciso que os diga que de haber oído aquel cuento con el tiempo suficiente, Hammaker habría adquirido dos sirvientes nuevos, y habría pagado la bonita suma de sesenta libras esterlinas por la pareja.

»No obstante, el día se me había dado bien; había vendido cuatro piltrafas aquella misma noche, cuando me esperaba, como mucho, vender una, y me habían reportado más de quince quintales de tabaco, o sesenta y tres libras esterlinas, de las cuales cuarenta y siete eran beneficios limpios de polvo y paja. Había que celebrarlo, pensé, y aunque todavía tenía intenciones de probar suerte por si encontraba entre los bebedores a quien me comprara a McEvoy, bebí bastante más ron del que acostumbro y me fui al piso de arriba con una de las muchachas de Mary Mungummary.

—Ya decía yo que vuestra cara me era conocida —dijo Ebenezer—. Soy Eben Cooke, del Puntal de Cooke, el mismo que regaló su heredad a los tribunales ayer. Mucho bebí anoche: el ron fue a costa de las buenas gentes, mas la chacota mucho me temo que fue a costa mía.

—¡Ya os sitúo! —exclamó Tayloe—. Me había desorientado el cambio de atuendo.

Ebenezer refirió, lo más brevemente que pudo —pues cada vez le costaba más trabajo hablar llana y coherentemente— que le habían robado las ropas en el granero y que lo había rescatado Mary Mungummary en persona; y sin entrar en detalles sobre cuál era la responsabilidad de McEvoy en relación con el hecho de que él estuviera en la provincia, Ebenezer se maravilló de la coincidencia de haber tenido tan cerca al irlandés la noche anterior.

—¡Demonios —dijo Tayloe—, a mí no me sorprendería nada descubrir que hubiera sido él quien os robó las ropas, tan traicionero es! Salí de la taberna tan repleto de ron que apenas si acertaba a caminar. Al tiempo que os llevaban al granero subía yo al carro donde estaba McEvoy para dormir lo que restaba de noche, y no bien me había echado por encima la manta que llevo para tales ocasiones, saqué mi cuchillo y amenacé al irlandés con hacerlo picadillo si me ponía la mano encima. Y así me dormí y no supe más hasta que amaneció hoy, que desperté convertido en criado de Sowter.

—¡Dios Santo! ¿Cómo ocurrió eso?

Tayloe soltó un bufido y meneó la cabeza.

—El ron tiene la culpa —dijo—. Mi error consistió en dejar el cuchillo junto a mi cabeza, a fin de prevenir que se me echara encima, pero estaba demasiado borracho y no lo dejé fuera de su alcance. Lo tenía atado de pies y manos, mas de alguna guisa se

dio maña para retorcerse sin despertarme y se cortó las ligaduras con el cuchillo. Es maravilla y asombro que no me diera cuenta al punto, mas yo dormía como un cachorrillo en el vientre materno, y en lugar de matarme, el señor McEvoy me desplumó. Mis sesenta y tres libras volaron —gracias al cielo, la mayor parte eran pagarés de tabaco, los cuales no se atreverá a cambiar en Talbot ni en Dorset, aunque había seis libras en moneda del reino— y ahora viene su captura más feliz: ¡la mitad del contrato de servidumbre que venía a nombre de ese desvergonzado! De tales armas pertrechado, a lo que colijo, fuese a la taberna con el mayor descarado del mundo, procurese una comida y mandó llamar a las mozas de Mary Mungumory para correrse una juerga, y se gastó mi plata a dos manos. Al alba, estando yo aún durmiendo a pierna suelta la mona del ron, se dio de bruces con Sowter y aquello fue lo que me dio la puntilla. De haber cerrado su sucio trato con cualquier otra persona, no habría pasado de decir su nombre; pero Sowter, que me conoce bien por más que finja, a cambio de un chelín es capaz de jurar que el rey Guillermo es el papa. Hiciéronme ser McEvoy y por dos libras esterlinas Sowter compró el contrato de servidumbre. La primera noticia que tuve de todo aquello fue cuando los rufianes de Sowter vinieron a prenderme y, atado al cabo de una soga, trajéronme aquí y me encadenaron a la borda. Mi contrato estipula que he de cumplir cuatro años de trabajo para el amo de Malden, el cual, según tengo entendido, es compinche de Sowter, en tanto que el verdadero McEvoy, que se mantuvo oculto hasta que me llevaron, sin duda habrá levantado el vuelo con mi carro y mi caballo. Y no puedo quejarme a los tribunales, pues el contrato lo único que dice de McEvoy es que tiene el pelo y la barba rojos y que es de pequeña envergadura: mi amo argüirá que mi tamaño es prueba de los cuidados que me prodiga. Lo que es más, a quien tengo que poner un pleito es a Sowter, y no hay quien lo atrape, pues en tratándose de tribunales es más escurridizo que una anguila, amén de que por cada amigo mío que jurara que yo soy Tom Tayloe, él daría con tres ingratos que profesarían votos de que soy John McEvoy. Y aun cuando no fuesen las cosas así, mi caso se habría de resolver ante el Tribunal de Cambridge, y en la presidencia se sentaría el juez Hammaker en persona. En resumidas cuentas, voy a Malden en un estado tan lamentable como el vuestro. Richard Sowter me ha jorobado a base de bien.

Ebenezer suspiró.

—En verdad que es una historia lamentable —dijo, aunque de hecho, más bien simpatizaba con McEvoy y sospechaba más que un poco que el tratante de redencionistas se había llevado su merecido—. Mas con todo salís un poco mejor parado que yo... —Le sobrevino un nuevo acceso de vómito, tras el cual se quedó débilmente cogido a la borda—. Ni siquiera tengo salud para quejarme de mi suerte.

—Ni tiempo, por la horma de Crispín —dijo Richard Sowter, que emergió del camarote a tiempo de oír el último comentario— pues aquello que se divisa a babor

es el puntal de Castlehaven y dos salientes más allá se encuentra el de Cooke.

Ebenezer gimió.

—¡Buenas nuevas debieran ser éstas! Y, sin embargo, más parecen fúnebres tañidos, pues malditas las ganas que tengo de ver mi casa, ahora que no es mía. En cuanto la haya visto, acabada es mi vida.

—Vamos, vamos —dijo Sowter—, siempre hay alguna salida. Al menos podéis consolaros pensando que no fueron el ron, la testarudez ni la cólera de la multitud lo que os ha hecho caer tan bajo, sino un orgullo y una inocencia simples, causas que asimismo han labrado la ruina de más de un noble antes que la vuestra. ¿Veis aquella mansión que se alza entre los álamos?

El balandro había dejado atrás el Puntal de Castlehaven y, tras virar a estribor, avanzaba rumbo al oeste, aprovechando un viento reciente que soplaba desde el interior de la bahía. En la orilla, a babor, veíase una gran casa solariega, de madera blanca.

—¡No puede ser Malden tan pronto! —exclamó el poeta.

—No, por el ancla de san Clemente, es Castlehaven, y allá donde se alza alzose antaño una casa solariega que era un verdadero castillo y que recibía el nombre de Edouardine, la cual fue erigida pensando en que durase hasta el fin de los tiempos. Ahí se encierra una historia en la que el orgullo tuvo un precio alto, si alguna vez llega a conocerse la verdad.

Ebenezer recordó la historia de la muchacha a quien su padre había salvado de perecer ahogada, la cual había sido ama de cría suya y de Anna hasta que Andrew regresó a Inglaterra.

—Paréceme que he oído mentar el nombre —dijo, lúgubrementemente—. No tengo fortaleza bastante para oír la historia.

—Ni yo tiempo para contarla —replicó Sowter. Señaló un brazo de tierra cubierto de árboles que se adentraba en el agua, a unas cinco o seis millas en dirección oeste, por donde el río se ensanchaba formando la desembocadura—. Allá delante está el Puntal de Cooke. Dentro de un minuto, cuando estemos más cerca, veréis Malden.

—¡Que Dios maldiga vuestra alma mendaz, Dick Sowter! —exclamó Tom Tayloe—. ¿Tan lejos vais a llevar esta superchería?

Sowter miró como si estuviera sorprendido.

—Por los dijes de san Filiberto, señor, no sé de qué superchería habláis. Disculpadme mientras preparo los papeles que he de darle al señor Smith.

Cuando Sowter hubo entrado de nuevo en el camarote, Tayloe asió a Ebenezer por la camisa de piel de ciervo.

—¿Estáis enfermo, no es así, y queréis que os cuide para recobrar la salud?

—Que estoy enfermo es cosa clara —respondió Ebenezer—. Mas ¿para qué ha menester la salud un hombre arruinado? Mi intención es echarle un solo vistazo a

Malden y acabar mi vida.

—¡No hombre, eso sería mentecatez! Os han jorobado y echado del lugar que era vuestro por derecho, que es lo mismo que me ha pasado a mí, mas no caéis mal ni al público ni a los tribunales. Smith y Sowter os la han jugado de momento, mas a mi parecer sólo se precisa tiempo y pensar con cuidado si queréis recuperar vuestra casa.

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Esa es una esperanza vana y es crueldad alimentarla.

—¡Nada de eso! —insistió Tayloe—. Se puede apelar al gobernador y tal vez vuestro padre tenga alguna influencia sobre los tribunales. Con el tiempo y la paciencia suficientes a buen seguro que daréis con alguna artimaña. Vaya, como que me apuesto algo a que todavía no habéis conocido a ningún leguleyo cuya habilidad esté a la altura de la de Sowter.

Ebenezer admitió que así era.

—Mas, con todo, es una causa perdida —suspiró—. No tengo ni un penique para subsistir ni un solo amigo a quien pedirselo prestado y apenas soy capaz de andar de la fiebre.

—A eso me refiero exactamente —dijo Tayloe—. Vos sabéis que yo no soy McEvoy y que se me ha empleado como criado de falsa manera. Ya os he mostrado cuán, desesperada es mi situación. En cuanto ponga el pie en el Puntal de Cooke pierdo cuatro años de mi vida; mejor dicho, más. A Sowter no le costará ningún trabajo hacer que se prolongue la duración, sirviéndose para ello de cualquier pretexto, pues sabe que el juez Hammaker le dará su apoyo.

—Acaso sea mi enfermedad —dijo Ebenezer—. No alcanzo a ver la relación.

—Si Smith firma mi contrato de servidumbre estoy perdido —dijo Tayloe, desesperado—. Pero si fuera a vos a quien tomara por criado...

—¡A mí!

—¡Os ruego que me dejéis acabar! —imploró el gordo—. Sería la solución tanto de vuestros problemas como de los míos el que accedierais a servir en mi lugar. Yo me libraría de las garras de Sowter y por otra parte, el amo está obligado a dar alimento, ropa y alojamiento a sus criados, así como a cuidar de ellos cuando están enfermos.

Ebenezer contrajo las facciones como para ayudarse a asimilar aquella idea.

—¡Pero ser sirviente en mi propia heredad!

—Tanto mejor. Así podéis tener los ojos abiertos hasta que deis con el modo de recuperar lo que os es debido. Y una vez yo me vea libre, ¿pensáis que se me olvidaría jamás vuestra gentileza? Movería el cielo y la tierra en vuestro nombre; le notificaría a vuestro padre...

—¡No, eso no! —Ebenezer se puso blanco de pensarlo.

—Pues al gobernador Nicholson —rectificó apresuradamente Tayloe—. ¡Yo

mismo presentaría la queja y predispondría a las gentes de Dorset a vuestro favor! ¡No se quedarían cruzados de brazos mientras su Laureado lleva la vida de un criado!

—Pero cuatro años de tareas menesterosas...

—¡Bah! No llegaría ni a las cuatro semanas, una vez que me pusiera manos a la obra. El contrato os vincula al propietario de Malden, no a Smith, y en cuanto Malden volviera a vuestras manos, podríais serviros del contrato para limpiaros el trasero.

Ebenezer se rio, incómodo.

—No puedo decir que vuestro plan carezca de cierto mérito ...

—¡Se salvaría vuestra vida, y la mía también!

—... mas me cuesta trabajo imaginarme que Sowter os lo dejara exponer, cuanto menos que estuviera conforme.

—¡Esa es la clave! —susurró Tayloe con urgencia y atrajo al Laureado hacia sí—. Lo inteligente sería que vos hicierais el alegato, y no a Sowter sino a Smith, que no tiene motivos para ser enemigo mío. A él lo mismo le da un criado que otro.

—Sin embargo, si yo estuviera en su lugar —dijo Ebenezer, pensativo, mientras volvía a rememorar la historia de su ama de cría—, me inclinaría más por un criado sano que por uno enfermo.

—No si el criado enfermo se muestra bien dispuesto —le corrigió Tayloe—, mientras que el sano da muestras de querer causar problemas. Cerrad el trato con Smith, como si os indujera a ello el deseo de recobrar la salud y reparar la gran injusticia que se ha hecho conmigo.

Ebenezer sonrió con amargura.

—¡Ya me conoce como persona grandemente interesada por la justicia! Y pudiera ser que le placiera tener a su antiguo amo en calidad de vulgar criado.

Tayloe hizo ademán de abrazarlo.

—¡Bendito seáis, señor! ¿Entonces lo haréis?

Ebenezer se apartó.

—No he consentido en ello, cuidado. Mas he de elegir entre eso y el suicidio, y por lo tanto merece ser considerado.

Tayloe le cogió la mano y se la besó.

—¡Cielos, señor, sois un verdadero santo cristiano!

—Lo cual quiere decir que soy carne de martirio —respondió el Laureado—; un bocado para que lo engullan las fieras que andan sueltas por el mundo.

La reaparición de Sowter en cubierta puso fin a la conversación.

—Decid lo que queráis —dijo éste sin referirse claramente a nada—; la propiedad no estaba nada mal, por el jarro de san Martín, y si yo estuviera en vuestro pellejo, haría cuanto estuviera en mis manos por tratar de recuperarla..., aunque no fuera más que rezarle a san Antonio, que recupera lo perdido.

Mientras hablaba, Sowter estaba contemplando el mar, con los ojos entornados,

de modo que por un momento Ebenezer se temió que hubiera oído los planes que tenía Tayloe y estuviera meditando alguna venganza. Mas entonces dijo: «Mirad allá, muchacho», y apuntó con un fajo de documentos enrollados hacia el oeste, que era la dirección en que estaba mirando. Aunque aún se encontraban a dos o tres millas de la orilla el balandro había virado lo bastante hacia estribor, de modo que ya se podían distinguir las especies de los árboles —arces y robles en el terreno arbolado y, cerca de la playa, pinos—, así como un pequeño muelle que se extendía en dirección a ellos y que se hallaba al extremo de un terreno abierto, cubierto de césped, que llegaba hasta una casa de maderas blancas, de diseño gracioso y de amplias dimensiones.

—¿También tiene su historia esa casa? —preguntó Ebenezer sin interés.

—Por el pañuelo moquero de santa Verónica, muchacho, vos debierais saberlo mejor que yo. Es Malden.

31. EL LAUREADO ALCANZA LA CONDICIÓN DE ESPOSO SIN MERMA ALGUNA DE SU INOCENCIA

Cuando el balandro de Sowter se acercó más a la orilla, la heredad se hizo visible con mayor detalle, y Ebenezer la contempló con el estómago aún más revuelto. La casa, a buen seguro, era algo menor de lo que él había anticipado, y de tablas percederas, no de piedra, como hubiera cabido desear; las tierras asimismo evidenciaban que su padre le había prestado poca atención al arte del paisaje y los moradores, un cuidado indiferente. Mas vista a través de la triple lente de la fiebre, la pérdida sufrida y los recuerdos de la primera infancia, el lugar se revestía de un aspecto noble.

Curiosamente, el primer pensamiento de Ebenezer fue para su hermana Anna.

—¡Santo cielo! —reflexionó, y las lágrimas le desdibujaron la visión—. ¡He consentido que nuestro hogar ancestral se me escape de las manos! ¡Maldiga Dios tanta inocencia!

La última exclamación le trajo a la memoria a Andrew y aunque se estremeció al pensar en la cólera que se adueñaría de su padre cuando la noticia llegara a Inglaterra, no pudo evitar casi sentir el deseo de que aquella ira y su castigo le alcanzaran, tales eran en aquellos momentos la desdicha y el desconsuelo que se derivaban del desprecio que hacia sí mismo sentía. La desconcertante proposición de Tayloe se le aparecía más atractiva a tenor de la siguiente idea: no sólo le procuraría el sustento y la atención médica que precisara, amén de la posibilidad, bien que parca, de recuperar sus propiedades; firmar un contrato de servidumbre con el «señor de Malden» también supondría un castigo (en verdad sería, a la luz de su fantasía, esencialmente poética y, en aquellos momentos, febril, una suerte de penitencia) por sus errores. Su inocencia le había costado la heredad; muy bien, pues entonces él se convertiría en el siervo de su inocencia, y tal vez, como daba a entender el término *redencionista*, incluso pudiera expiar su necedad labrando la ruina del tonelero William Smith.

Cuando amarraron el balandro al muelle, Sowter dejó a Tayloe encadenado a la borda e invitó a Ebenezer a que lo acompañara a la mansión.

—No me cumple decir qué recibimiento se os dará, mas al menos podréis preguntar por vuestro criado y por esa dama amiga vuestra, así como echar un vistazo.

—Sí, y también he de ver a Smith —dijo, débilmente, el Laureado—. Tengo que decirle una cosa.

—Ah, bueno, tenemos unos asuntos que atender, él y yo, pero luego de eso... ¡Mirad, por la aguja de Gooman! ¡Por ahí viene a saludarnos! ¡Hola, hola!

El tonelero contestó saludando con la mano desde el umbral de la casa y caminó por la hierba en dirección a ellos, acompañado por una mujer que vestía un traje de tela escocesa.

—¡Voto a tal! —exclamó Ebenezer—. ¿Es ésa la ramera Susan Warren?

—La hija del señor Smith —le recordó Sowter.

En tanto estos se acercaban, Susan miraba fijamente al Laureado; Ebenezer, por su parte, sentíase inflamado de cólera y vergüenza y evitó su mirada.

—¡Bueno, bueno —exclamó Smith—, pero si es el señor Cooke! Al principio no os reconocí, con ese nuevo atuendo, señor, mas ni que decir tiene que sois bienvenido a Malden y que es menester que os quedéis a cenar.

—Me parece que está enfermo —dijo Susan con cierta preocupación.

—Enfermo estoy hasta la muerte —dijo Ebenezer, y no fue capaz de decir más; los pies le trastabillaron y se vio obligado a cogerse del brazo de Sowter a fin de no caerse.

—Llévatelo dentro —le ordenó Smith a Susan—. Tal vez el doctor Sowter pueda darle una pastilla una vez acabado con el asunto que nos traemos entre manos.

La mujer, obedientemente y con gran apuro por parte del Laureado, pasó el brazo de éste por encima de sus hombros y lo llevó hacia la casa. Excepción hecha de que parecía haberse lavado, andaba ahora tan andrajosa y desgredada como cuando el poeta la viera por vez primera, cuidando a los puercos del capitán Mitchell, e incluso la breve ojeada que la vergüenza por él sentida le permitió echarle bastó para hacerle ver que el rostro y el cuello de Susan estaban todavía más desfigurados que antes por las señales y los verdugones.

—¿Dónde está Joan Toast? —preguntó en cuanto fue capaz de ello—. ¿La ha maltratado el bellaco de vuestro padre?

—Jamás llegó —respondió Susan—. Acaso recelara de vuestras intenciones: pocos motivos tienen las putas para tener fe en los hombres.

—¡Y los hombres tienen pocos motivos para tener fe en las putas! Esto os juro, Susan Warren: si habéis tomado parte en algún daño que se le haya infligido a esa muchacha, pagaréis por ello.

Ebenezer querría haberla atosigado más, pero al margen de su debilidad, había dos consideraciones desagradables que lo apartaron de insistir en aquel asunto: en primer lugar, era muy posible que Joan hubiera tenido noticias de que el hombre al que buscaba se hubiera vuelto pobre de repente y, por tanto, a los ojos de ella, ya no sería digno de ser buscado; en segundo lugar, podía haberse enterado de que McEvoy la había seguido hasta Maryland, prefiriendo entonces reunirse con él mejor que con Ebenezer. Por consiguiente, cuando Susan le aseguró que de haberle acaecido algún mal a Joan Toast no había sido por obra de ella, de Susan, Ebenezer se conformó con preguntar por Bertrand, a quien Burlingame había enviado a la ciudad de Saint Mary, a fin de que fuera a por el equipaje del Laureado.

—El baúl que le mandasteis traer está aquí —contestó la mujer— llegó en el barco de Saint Mary. Pero no he visto ni rastro del criado ni he sabido nada de él.

—*Al que la fortuna golpea todo el mundo lo apalea* —replicó Ebenezer—. Es mejor tanto para una como para otro que hayan encontrado nuevos prados donde pastar, pues yo no tengo con qué mantener esposa ni criado. Con todo, la falta de lealtad de ambos me duele en lo más vivo.

Entraron en la casa, y aunque el interior daba muestras de la misma necesidad de atención que el exterior, las habitaciones eran espaciosas y estaban adecuadamente amuebladas, y el Laureado lloró al verlas.

—¡Cuán paradisíaco me parece Malden ahora que lo he perdido! —Tuvo necesidad de sentarse, pero cuando Susan se aprestó a ayudarlo, él la alejó, enojado—. ¿Por qué fingís preocupación por un pobre enfermo e inútil? A buen seguro que habréis hecho las paces con vuestro padre, ahora que es un caballero propietario de plantaciones... ¡Idos de aquí y representad el papel de gran señora de mi heredad! ¡Qué! ¿Conque derramáis una lágrima por mí, eh? *Cuando todo se ha consumado, el arrepentimiento es harto tardío.*

Susan se enjugó los ojos inmodestamente, sirviéndose del borde de su raído vestido.

—No sois la única persona que salió perjudicada del Tribunal aquel día.

—¡Ja! ¿Vuestro padre os ha dado de varazos por haberos puesto en contra de él?

Susan negó con la cabeza, tristemente.

—Las cosas no son lo que parecen, señor Cooke...

—¡Válgame Dios! —Ebenezer se cogió la cabeza con las manos—. ¡La cantinela de siempre! ¡Se han perdido la heredad y la dote de Anna; mi mejor amigo me ha traicionado y me ha dejado para que perezca de hambre, la mujer a la que amo o me engaña o me desdeña por pobre; hállome igual que si mi padre me hubiera repudiado y estoy próximo a morir en el proceso de aclimatación a estas tierras, y ahora, en las últimas horas que paso en este mundo, he de aguantar los alardes de sabiduría de una ramera desagradecida!

—Tal vez lo comprendáis algún día —dijo Susan—. ¡No es mi deseo haceros un daño mayor del que vos mismo os habéis infligido ya!

Y con aquella observación la mujer salió a toda prisa de la estancia, llorando.

—¡No, esperad! —le rogó el Laureado, y pese a su enfermedad salió en pos de ella, a fin de disculparse por la descortesía de sus palabras. No fue, empero, capaz de moverse con premura ni con eficacia, y pronto la perdió de vista. Anduvo vagando por unas cuantas estancias vacías, sin saber bien cuál era su objetivo, hasta que por fin se vio en lo que al parecer era la cocina. Tres mujeres, todas vestidas de criadas, jugaban a las cartas en derredor de una mesa; lo miraron con cara de pocos amigos.

—Señoras, ruego que me disculpen —dijo, apoyándose en el quicio de la puerta—; busco a la señora Susan Warren.

—Entonces andáis buscando que os entierren pronto —dijo con sarcasmo la que

daba las cartas y las otras rieron de buena gana—. Idos de aquí al punto; es una hora del día demasiado temprana para andar molestando a Susie o a ninguna de nosotras.

—Perdonadme —se apresuró a decir Ebenezer—. No era mi intención entrometerme en vuestro juego.

—Es una simple partida de cartas —dijo la mujer que estaba repartiendo los naipes.

—¡Simple, pero estás repartiendo mal! —exclamó otra, que hablaba con acento francés—. ¿Qué te traes? ¿Quieres hacerme trampas?

—¿Cómo te atreves a llamarme tramposa? —replicó la primera—. ¡Te veo un poco atrevida para no llevar ni dos semanas libre de tus papeles de criada!

—¡Frena tu lengua, *boite seche!*^[40] —gruñó la francesa—. ¡Sé muy bien que el capitán Scurry se refociló contigo a cambio de tu pasaje! ¡Te encontró en la calle y luego te embarcó!

—¡Lo mismo que te hizo Slye a ti! —gritó la que daba las cartas—. ¡Aunque sólo Dios sabe por qué razón querría un hombre refocilarse con un marrana!

—Ruego que me disculpen —interrumpió Ebenezer—. Si son servidoras de la casa...

—*Non, certainement*, ¡yo no soy ninguna sirvienta!

—La verdad es que —dijo la que repartía las cartas— Grace es una garduña.

—¿Una qué? —preguntó el poeta.

—Una garduña —repitió la mujer, guiñando un ojo—. Una *pendeja*, ya sabéis.

—¡Pendeja! —dijo con voz chillona la mujer llamada Grace—. ¡Me has llamado *pendeja*! ¡Pues tú... *gaullefreitère!*

—¡Putá! —vociferó la primera.

—*Bas-cul!* —respondió la otra.

—¡Buscona!

—*Consoeur!*

—¡Furcia!

—*Friquenelle!*

—¡Cerde!

—*Usagère!*

—¡Alcahueta!

—*Viagère!*

—¡Rastrojera!

—*Sérane!*

—¡Mozcorra!

—*Poupinette!*

—¡Revientacolchones!

—*Brimbaille!*

—¡Amamantacabritos!

—*Chouette!*

—¡Hurgamandera!

—*Wauve!*

—¡Coñibaja!

—*Peaultre!*

—¡Arroyera!

—*Baque!*

—¡Rabiza!

—*Villotièrè!*

—¡Chocholoco!

—*Gaure!*

—¡Follona!

—*Bringue!*

—¡Tuercerrabos!

—*Ancelle!*

—¡Tortillera!

—*Gallière!*

—¡Mofletuda!

—*Chèvre!*

—¡Lechuza!

—*Paillase!*

—¡Pellejuda!

—*Capre!*

—¡Paticorta!

—*Paillarde!*

—¡Culogordo!

—*Image!*

—¡Nalga vieja!

—*Voyagère!*

—¡Bollera!

—*Femme de vie!*

—¡Calentona!

—*Fellatrice!*

—¡Señoras! ¡Señoras! —exclamó el Laureado, mas a aquellas alturas las jugadoras de cartas, incluidas la dos contendientes, eran presas del regocijo y no le prestaron la menor atención—. ¡Lagartona! —gritó la mujer a la que le tocaba jugar.

—*Trottière!* —replicó Grace.

—¡Fullera!

—*Gourgandine!*
—¡Pelandusca!
—*Coquatrice!*
—¡Bisoja!
—*Pelerine!*
—¡Espatajo!
—*Drôllesse!*
—¡Rabuda!
—*Pellice!*
—¡Piojosa!
—*Toupie!*
—¡Sebosa!
—*Safrette!*
—¡Hurgabasuras!
—*Reveuse!*
—¡Pedigüeña!
—*Postiqueuse!*
—¡Poneculos!
—*Tireuse de vinaigre!*
—¡Pajillera!
—*Rigobette!*
—¡Zorra!
—*Prétresse du membre!*
—¡Perdularia!
—*Sourdite!*
—¡Sobamarinos!
—*Redresseuse!*
—¡Saltacaderas!
—*Personnière!*
—¡Lenguaprieta!
—*Ribaulde!*
—¡Ladilla!
—*Posoera!*
—¡Revientanalgas!
—*Ricaldex!*
—¡Estafermo!
—*Sac-de-nuit!*
—¡Bajacalzones!
—*Roussecaigne!*

—¡Cajón de sastre!
—*Scaldrine!*
—¡Rascatripas!
—*Tendrier de reins!*
—¡Bacinilla!
—*Presentière!*
—¡Remiendavirgos!
—*Femme de mal recapte!*
—¡Sifilítica!
—*Rafatière!*
—¡Comerrabos!
—*Courieuse!*
—¡Perniabierta!
—*Goudinette!*
—¡Meretriz!
—*Esquoceresse!*
—¡Chumina!
—*Folieuse!*
—¡Julepe!
—*Goudine!*
—¡Cantamañanas!
—*Drue!*
—¡Robapitos!
—*Galloise!*
—¡Dios santo que estás en los cielos, basta! —ordenó Ebenezer.
—¡No, por Cristo, guerra hasta el fin! —exclamó la que echaba las cartas—. ¿Os
rendiríais a los franceses? ¡Pues sí, ésta no es más que una vulgar asacarnes!
—¡Y tú una *jannetu!* —replicó la otra, alborozada.
—¡Culirrevuelta!
—*Fillete de pis!*
—¡Rascaespaldas!
—*Demoiselle de moràis!*
—¡Revientatocinos!
—*Gaultière!*
—¡Trapacera!
—*Ensaignante!*
—¡Escarbadura!
—*Gast!*
—¡Marimacho!

—*Court talon!*
—¡Azuzapuercos!
—*Folle de corps!*
—¡Costrosa!
—*Gouine!*
—¡Pelizorra!
—*Fille de joie!*
—¡Bebedero de patos
—*Drouine!*
—¡Celestina!
—*Gaupe!*
—¡Gorrina!
—*Entaille d'amour!*
—¡Rabiza!
—*Accrocheuse!*
—¡Desvergonzada!
—*Cloistrière!*
—¡Saltacharcos!
—*Bagasser!*
—¡Hetaira!
—*Caignardière!*
—¡Limpiacloacas!
—*Barathre!*
—¡Matarife!
—*Cambrouse!*
—¡Olla podrida!
—*Alicaire!*
—¡Doblaespinazos!
—*Champisse!*
—¡Pozo de perdición!
—*Cantonnière!*
—¡Carroña!
—*Ambubaye!*
—¡Despatarrada!
—*Bassara!*
—¡Chapotealbañales!
—*Bezoche!*
—¡Lamepichas!
—*Caille!*

— Picasalchichas!
—*Bourbeteuse!*
—¡Esquinera!
—*Braydone!*
—¡Guiñapijas!
—*Bonsoir!*
—¡Cascanueces!
—*Balances de boucher!*
—¡Carnicera!
—*Femme de péché!*
—¡Putas asilvestrada!
—*Lecheresse!*
—¡Alquilagaritos!
—*Holliere!*
—¡Casquivana!
—*Pantonière!*
—¡Correvidile!
—*Grue!*
—¡Andrajosa!
—*Musequine!*
—¡Cachocarne!
—*Louve!*
—¡Libertina!
—*Matingale!*
—¡Alquilagujeros!
—*Harrebane!*
—¡Destripalmohadas!
—*Marañe!*
—¡Orinal!
—*Levrière d'amour!*
—¡Pesebre de Bazofia!
—*Pannanesse!*
—¡Lamecazos!
—*Linatte coiffée!*
—¡Retrete!
—*Houriese!*
—¡Calientacatres!
—Moché!
—¡Portagarrotas!

—*Maxima!*
—¡*Mesalina!*
—*Loudière!*
—¡*Escupidera!*
—*Manafle!*
—¡*Frescales!*
—*Lesbine!*
—¡*Barragana!*
—*Hore!*
—¡*Arpía!*
—*Mandrauna!*
—¡*Estafadora!*
—*Maraude!*

—¡Brujas deslenguadas! —exclamó Ebenezer, y salió huyendo por la primera puerta que encontró. Por allí llegó, siguiendo un camino más corto, al punto del que había partido, donde se hallaba William Smith, ahora a solas, fumando una pipa junto a la chimenea—. ¿Cómo ha caído tan bajo Malden que alberga a semejante círculo de arpías?

Smith meneó la cabeza, comprensivo.

—Las cosas se hallan en un trance lamentable por causa de Ben Spurdance. Me llevará algún tiempo poner en orden mi negocio.

—¡*Vuestro* negocio! ¿No veis en qué triste condición me hallo, hombre de Dios? Estoy arruinado. Soy pobre y la fiebre me tiene a las puertas de la muerte. Os doné el Puntal de Cooke por un desdichado error. Fue un accidente lamentable, dictado por una intención generosa. Os daré veinte acres, es lo que os corresponde. Mejor dicho, treinta acres. ¡Al fin y al cabo os salvé el pellejo! Y ahora os ruego humildemente que me devolváis Malden y así vos me salvaréis el pellejo a mí.

—¡Basta, basta! —interrumpió Smith—. ¡No vais a recuperar Malden y no hay más que hablar! ¡Pues qué...! ¿Voy a volver a ser pobre ahora que soy rico?

—¡Entonces, cuarenta acres! —suplicó Ebenezer—. ¡Tomad el doble de lo que os corresponde legalmente o de lo contrario me arrojaré al río!

—Me corresponde legalmente el Puntal entero; la escritura de traspaso lo indica claramente.

Ebenezer se volvió a dejar caer sobre la silla.

—Ah, Dios mío, ¡si yo me encontrara bien o pudiera llevar a este farsante a un Tribunal inglés!

—Obtendríais la misma respuesta —repuso Smith—. Ahora os ruego que me disculpéis, amigo Cooke; he de inspeccionar a un criado que me ha traído Dick Sowter. —E hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—¡Aguardad! —exclamó el Laureado—. ¡Ese hombre ha sido contratado fraudulentamente, traicionado, al igual que yo, por haber confiado en su prójimo! ¡Su nombre no es John McEvoy, sino Thomas Tayloe, de Talbot!

Smith se encogió de hombros.

—Poco se me da, como si dice que es el papa de Roma, con tal de que tenga las espaldas voluntariosas y el apetito parco.

—Ninguna de las dos cosas tiene —afirmó Ebenezer, y explicó muy brevemente las circunstancias de la contratación de Tayloe.

—Si lo que decís es cierto, gran desgracia es —reconoció Smith—. No obstante, a él le cumple lamentarse, no a mí. Y ahora, excusadme...

—¡Un momento! —Ebenezer consiguió atravesar la habitación y plantarse de cara al tonelero—. Si no tenéis voluntad de hacer justicia a vuestras expensas, tal vez querréis hacerlo a las mías. Dejad a Tayloe en libertad y tomadme a mí en su lugar.

—¿Qué majadería es ésta? —exclamó el tonelero.

Ebenezer indicó, con la mayor coherencia de que fue capaz, que estaba enfermo y necesitado de unos días de descanso a fin de recuperarse, y que en pago de ello, así como de su manutención, estaba dispuesto a desempeñar con prontitud y agrado la labor de criado en el ejercicio de cualesquiera funciones para las que Smith lo juzgara capacitado, en especial como amanuense y para llevar los libros de cuentas, cosas en las que tenía gran experiencia. Por otra parte, Tayloe no sólo era un hombre libre, sino que además era un glotón y un holgazán que sin duda alimentaría un resentimiento peligroso, bien que justificable hacia su amo.

—Cuanto decís tiene sentido —dijo, caviloso, William Smith—. Sin embargo, bien puedo hacerle pasar hambre a un glotón y azotar a un alborotador, sin que ello me cueste nada, en tanto que a un hombre enfermo...

—¡Santo Dios! —se quejó el poeta—. ¿Habré de suplicaros que me convirtáis en criado de mi propia casa? Muy bien, pues... —Ebenezer se arrodilló en el suelo, en actitud suplicante—: ¡Os imploro que me hagáis vuestro sirviente por el tiempo que os plazca! ¡Si os negáis será lo mismo que si me dierais una muerte cierta!

Smith le dio una chupada a la pipa y, hallándola apagada, volvió a encenderla con un ascua de la hoguera.

—No soy poeta ni caballero —dijo por fin—, sino un simple tonelero que no desea perder sus bienes. Mas me complazco en no considerarme necio ni niño para las cosas de este mundo y sé muy bien que lo que os mueve a querer ser mi criado no es ninguna causa virtuosa, sino el mero deseo de recibir cuidados durante el período de aclimatación a estas tierras para luego buscar modos y métodos para labrar mi ruina...

—Yo os juro...

—Esperad; no he acabado. No os tomaré como criado, mas sí que me ocuparé de

que os prodiguen cuidados hasta que hayáis superado el período de aclimatación, con una condición.

—Expresadla —dijo Ebenezer—. Estoy demasiado enfermo para regatear.

—Es el caso que busco un enlace adecuado para mi hija Susan, cuyo marido murió hace algunos años en Londres. Si os comprometéis por escrito a casaros con ella esta misma noche, os daré como dote medio año de pensión en Malden, así como todos los cuidados que preciséis, los cuales os prodigaré Dick Sowter, el mejor médico de Dorset. Si escogéis casaros con ella mañana, la pensión será de cinco meses, y por cada día que pase será sucesivamente un mes menos. ¿Hecho?

—¡Demonios, señor! —dijo, boquiabierto, el Laureado—. ¡Es absurdo!

Smith efectuó una leve inclinación.

—Entonces nuestro trato ha terminado. Que tengáis un buen día.

—¡No os vayáis! Se trata sólo de que... ¡Dios mío! ¡Necesito tiempo para pensarlo!

—Tenéis hasta que me termine esta pipa —dijo el tonelero sonriendo—. Después de eso, retiro mi oferta.

—¡Con tanta elección me vais a volver loco! —gimió Ebenezer, mas como Smith, por toda respuesta, se limitara a fumar de la pipa, el poeta dio en sopesar frenéticamente la disyuntiva, y cualquiera de las dos posibilidades hacía poner muecas de dolor.

—¿Qué elegís? —inquirió Smith al poco, dando con la pipa en el morillo de la chimenea a fin de vaciarla.

—No puedo elegir —suspiró Ebenezer—. Me casaré con esa prostituta maltrecha que tenéis por hija para así salvar la vida y que Dios me libre de su sífilis y de su perfidia. Mas el trato he de verlo escrito en un contrato en el que figuren vuestro nombre y el mío.

—Me parece muy justo —convino el tonelero, y dispuso ante el Laureado una mesilla provista de plumillas, un tintero y un fajo de documentos muy parecidos a aquéllos con los que Richard Sowter señalara Malden desde el balandro—. He aquí dos copias de un contrato matrimonial que hice redactar a Dick Sowter para cuando encontrara un contrayente apto para Susan: me arriesgo a que me pongan una multa por no hacer públicas las amonestaciones. Firmad en ambas y la cosa está hecha: el reverendo Sowter puede atar el vínculo enseguida y os traerá una pastilla.

—¡También, predicador!

Ebenezer estaba maravillado y aquella novedad le divirtió tanto, pues se hallaba ya muy próximo al delirio, que ya había firmado un ejemplar del contrato y estaba a punto de firmar el otro cuando se le ocurrió preguntarse cómo era posible que Smith sacara a relucir con tanta prontitud documentos que no sólo valían para concertar aquel matrimonio, sino que además lo hacían exactamente en los términos que había

propuesto el tonelero hacía tan sólo unos momentos en relación con la convalecencia del novio. En el momento en que alzó la pluma, movido por el hecho de que aquello implicaba la existencia de un plan previo, entraron en el lugar Richard Sowter, Susan Warren y Thomas Tayloe, acompañados nada menos que del mismísimo Burlingame.

—¡Deteneos! —exclamó Susan al ver lo que se estaba haciendo—. ¡No firméis ese papel! —Susan corrió hacia la mesa, mas, antes de que llegara, Smith echó mano a los papeles.

—Demasiado tarde, querida mía, ya ha firmado tres cuartas partes, y a Timothy no le costará ningún trabajo falsificar el resto.

Ebenezer miraba a uno y a otro, mientras los rasgos le bailaban.

—¡Henry! ¿Qué trampa es ésta? ¿Has vuelto para robar estos harapos indios o por ventura para mofarte más de mí con tus versos?

—La orden que firmasteis ante el Tribunal tiene un punto flaco, señor Cooke —dijo Sowter y cogió uno de los diversos papeles que tenía Smith—. Aquí, donde dice *que el susodicho William Smith habrá de ocuparse del matrimonio de su hija a la primera oportunidad* y todo lo demás. ¡Por las cerezas de san Godofredo, señor! Ningún hombre que estuviera en su sano juicio se casaría con una puta devastada por la sífilis y el opio, y bien pudiera ser que debido a esa cláusula algún juez canallesco invalidara la orden.

—Pero —añadió Smith, blandiendo el contrato que tenía en la mano— este papel que tengo aquí enmienda ese fallo, creo.

—¡San Wifredo no hubiera hecho un remiendo mejor! —convino Sowter.

—Os pido perdón humildemente, señor Cooke —dijo Thomas Tayloe—. Fue a Sowter a quien se le ocurrió desde el primer momento que os rogara que ocuparais mi lugar. Dijo que era el único precio que me cobraría.

—Estáis perdonado —dijo Ebenezer, con una sonrisa de desvarío—. McEvoy os sacrificó a cambio de su libertad y vos a mí por la vuestra... ¿A quién encontraré yo para hacer el trueque? Mas, querido amigo, os han hecho la pascua dos veces; aún no sois hombre libre.

—¿Cómo es eso? —demandó Tayloe.

—No ha sido preciso que el señor Cooke firmaran contrato de servidumbre —dijo Smith con frialdad—. Susan, ve con Tayloe a traer testigos de la cocina y preparad al novio; el reverendo Sowter os casará en cuanto le hayamos indicado a Tayloe cuáles son los aposentos de la servidumbre.

Al instante Tayloe alzó una protesta furibunda, mas los dos hombres se lo llevaron. Todo el tiempo que duró la conversación Burlingame permaneció en silencio, y su rostro se mantuvo impasible incluso cuando Ebenezer le llamó Henry en lugar de Timothy; no obstante, en cuanto Smith y Sowter desaparecieron, cambió radicalmente de actitud. Se abalanzó sobre la silla en que se hallaba Ebenezer

semiconsciente y lo asió por los hombros.

—¡Eben! ¡Eben! ¡Dios santo, despierta y escúchame!

Ebenezer aguzó la vista y luego la apartó.

—No puedo soportar el verte.

—¡No, Eben, escucha! Dispongo de poco tiempo para hablar en tanto vuelven y he de hacerlo con presteza: Smith no es un vulgar tonelero, sino un agente del capitán Mitchell, quien a su vez es el primer lugarteniente de Coode. Se está llevando a cabo un plan portentosamente maligno, cuyo fin es labrar la ruina de la provincia sirviéndose del opio y de la sífilis, para así conquistarla mejor. Se han establecido grandes burdeles y garitos para el consumo de opio, y Malden está destinado a ser el mayor del condado. Todo esto lo he averiguado haciéndome pasar por Tim Mitchell, cuya misión consiste en buscar pretexto para viajar por toda la provincia llevando nuevas reservas de opio y supervisando los lupanares.

Como Ebenezer no daba muestras de interés ni de credulidad, Burlingame explicó a continuación, con voz apremiante, que el capitán Mitchell y Smith habían conspirado a fin de acabar con Ben Spurdance (que se había mantenido leal tanto al gobierno como a la persona para la cual trabajaba), para así tener acceso a las tierras del Puntal de Cooke, tan estratégicamente situadas. A su vez él había procurado dar con el modo de desbaratar tales planes, aunque hasta el momento en que se produjo la fuga de Susan (la cual, sin duda alguna, fue planeada por el capitán Mitchell) no supo a ciencia cierta ni dónde se proponían ubicar el nuevo burdel ni cuál era la identidad del agente que tenía Mitchell en Dorchester.

—Y en tanto no llegué a Cambridge, ni Spurdance dio conmigo, mientras tú andabas por ahí, no hube de saber que Susan no era fiel a la causa que servía. Los dos se me acercaron, en respuesta a un signo secreto que les hice, mediante el cual nuestros agentes se reconocen entre sí, y mientras se celebraba la causa de Salter me dijeron que habían encontrado un modo de acabar con Smith, y ello en virtud de los términos de su contrato de servidumbre, así como que habían ganado al juez Hammaker para que obrara en favor de ellos. Ya teníamos casi cogido a ese bribón, vive el cielo, gracias al testimonio de Susan..., pero tu dictamen, naturalmente, dio al traste con nuestro plan.

Ebenezer seguía sin responder, mas le brotaron lágrimas de los ojos y le corrieron por los rasgos tan demacrados de su rostro.

—Tal fue la razón de que sintiera escasa conmiseración por la pérdida que habías sufrido —prosiguió diciendo Henry—. Al punto trabé amistad con Smith y te dejé varado en el granero, para así mantenerte alejado del peligro en tanto yo partía con él camino de Malden y seguía haciendo averiguaciones en torno a sus planes y a su carácter. Pensé que molería a palos a la pobre Susan por haberle traicionado, mas en lugar de ello se mostró harto cortés para con ella; hace escasos minutos que Susan me

dijo que te encontrabas aquí y le oí a Sowter referir la historia de John McEvoy y Tom Tayloe. Entonces caí en la cuenta de lo que tramaban y, a pesar de la prisa que me di, llegué demasiado tarde para detenerte.

—Ya poco importa —dijo el Laureado, cerrando los ojos—. Sea como fuere, no he de vivir para ver la cólera de mi padre.

—¿Por qué no puedo negarme a aceptarlo? —preguntó Susan, que había permanecido llorosa, sentada en el suelo, junto al escritorio de Ebenezer, mientras Burlingame hacía la relación de los hechos—. Así se iría al traste el contrato y el señor Cooke se sentiría grandemente complacido, estoy segura de ello.

Burlingame repuso que dudaba lo primero, puesto que el contrato demostrarla ante el Tribunal que Smith había cumplimentado la orden matrimonial en la medida que le había sido posible hacerlo.

—En cuanto a lo segundo, no es asunto mío, pero en estos momentos no se me ocurre ninguna otra manera de ocuparme de Eben...

—A mí ya no me importa —dijo Ebenezer.

—¡No, no desesperes! —Burlingame lo cogió de los hombros y lo sacudió para que se despertara—. En mi opinión debieras casarte con Susan, Eben, y consentir que te cuide hasta que recobres la salud. Sé lo que piensas y cuánto estimas tu castidad, pero... ¡a fe mía que es la única respuesta! Estás obligado a casarte mas no a consumir el matrimonio; cuando te vuelvas a encontrar bien y hayamos dado con el modo de acabar con Smith, Susan podrá solicitar la anulación alegando que sigues siendo virgen.

Susan agachó la cabeza, pero no dijo más. Las voces de Smith y Sowter, que reían de consuno, se podían oír en la parte trasera de la casa, y al poco se les unieron las voces estridentes de las mujeres, que jugaban a las cartas en la cocina.

—Atiende, Eben —dijo Burlingame con premura—. Aquí en el bolsillo llevo una gragea que me ha dado Sowter; es cierto que es médico, por muy canalla que sea. Tómatela ahora para que te ayude a aguantar hasta el momento de la boda, y te juro que volveremos a verte en calidad de propietario de esta casa antes de que acabe el año.

Ebenezer se sacudió el letargo lo suficiente como para gemir y taparse el rostro con las manos.

—¡Por Cristo, cuánto me gustaría que enviaran hasta aquí a un dios que se me llevara en volandas! ¡Cuán distinto sería el camino que emprendería ahora si me fuera dado volver a empezar en la taberna de Locket's!

—¡Vamos, espabilad! —dijo William Smith alegremente, entrando en la habitación acompañado de Sowter y las tres mujeres—. ¡Ahora, alzado, Timothy, y acabemos con esto!

—¡Arriba, mujer! —exclamó una de las prostitutas, corriendo hacia Susan—.

¡Con lo que me encantan las bodas!

—*Aussi moi*,^[41] —dijo Grace—, aunque siempre lloro. —Y sacó el pañuelo, adelantándose a los acontecimientos.

—Tendréis que casarlos estando él sentado en el suelo —le dijo Burlingame a Sowter, imitando la voz de Timothy Mitchell.

—Tomad, señor novio; masticad esta gragea y contestad cuando llegue el momento. Susan, ponte al lado de tu marido y cógele la mano.

—¡Demonios! —exclamó la tercera prostituta, con alarma fingida—. ¿Creéis que es lo bastante hombre para hacerse cargo de ella?

—¡Refrena tu lengua canallesca —le espetó Susan—, antes de que te la arranque de cuajo! —Cogió a Ebenezer de la mano y lanzó una mirada iracunda a la concurrencia—. ¡Adelante, Richard Sowter, maldita sea vuestra estampa! Este hombre está enfermo y hay que llevarlo enseguida a la cama.

La ceremonia matrimonial dio comienzo. Aunque podía oír con claridad la voz de Sowter, así como las hoscas respuestas de Susan, Ebenezer, por más que se esforzaba, no era capaz de abrir los ojos y apenas logró mascullar algo cuando le llegó el turno de repetir los votos. La gragea que había mascado le había dejado un sabor amargo en la boca, pero ya, bien que no tenía la cabeza más despejada que antes, se sentía un tanto menos maltrecho; en efecto, cuando Sowter dijo: «Yo os declaro marido y mujer», notó que se adueñaba de él una alegría extrema.

—Firmad presto el certificado —le apremió Smith—, antes de que os caigáis al suelo.

—Yo le sujetaré la mano —dijo Burlingame, y virtualmente estampó la firma del Laureado en el papel.

—¿Qué le habéis dado? —demandó Susan, y con el pulgar le alzó un párpado a Ebenezer.

—Fue para asegurarme de que descansaba convenientemente, señora Cooke —repuso Burlingame.

Al oír aquel nombre Ebenezer abrió la boca para reírse, y aunque no surgió sonido alguno, él se quedó encantado del resultado.

—¡Opio! —gritó Susan.

Aquella noticia le pareció aún más divertida al Laureado que a la concurrencia, mas no tuvo ocasión de experimentar nuevamente la grata risa de antes: fue el caso que la silla en que se hallaba se elevó de los suelos, atravesó los tejados de Malden y salió disparada hacia los cielos opalescentes. A su vez Maryland se tornó azul y se allanó, conformando una superficie musical e inmensa que se desplazaba calmamente hacia el noroeste bajo las gaviotas.

32. LA MARYLANDÍADA VE LA LUZ, MAS A SU PROGENITOR LE VA TAN MAL COMO EN CUALQUIER OTRO CAPÍTULO

—!Al Parnaso! —exclamó el Laureado, soltando una carcajada, y la silla surcó los cielos de Tesalia y se posó entre dos montañas gemelas que eran conos de alabastro pulimentado. El valle al que fue a dar hallábase ocupado por miles y miles de habitantes del mundo que pugnaban por acercarse a los pies de las montañas—. Decidme —le preguntó a alguien que tenía cerca y que en aquel instante estaba zancadilleando a la persona que iba delante de él—, ¿cuál de las dos es el Parnaso?

—La de la derecha —respondió el interpelado, por encima del hombro.

—Así lo había entendido —replicó el poeta—. Mas ¿y si hubiera venido desde el otro lado? En ese caso la derecha sería la izquierda y la izquierda la derecha, ¿no es así? Os lo pregunto tan sólo de un modo hipotético.

—La derecha es la derecha e idos al cuerno —gruñó el hombre, y se perdió entre la multitud.

Ciertamente, desde donde se hallaba Ebenezer, lejos de ambas, las dos montañas parecían idénticas, con sus cúspides rosáceas perdidas entre las nubes. A no mucha distancia de las bases formábanse en las laderas círculos diversos que constituían obstáculos a vencer por los escaladores. Primero vio Ebenezer un círculo de hombres de gran fealdad, armados con garrotos, quienes aplastaban los dedos de los escaladores, de entre los cuales unos renunciaban definitivamente a subir y otros se quedaban donde estaban; círculos semejantes a aquél hallábanse dispuestos a intervalos regulares hasta donde alcanzaba Ebenezer con la vista; en algunos, los hombres en lugar de garrotas enarbolaban hachas o punzones. Tampoco estaban libres de peligros las zonas que mediaban entre un círculo y otro. Por ejemplo, desperdigados acá y acullá había grupos de mujeres que invitaban a los escaladores a renunciar a su objetivo; veíanse lechos y catres dispuestos junto a mesas atestadas de vino y comida, los cuales arrullaban a quienes, cansados, en ellos se tendían, sumiéndolos en un sueño profundo como la muerte; abundaban las ruedas de molino, así como las falsas señales indicadoras que prometían la cumbre, cuando en realidad conducían (como cabía percibir con claridad desde el valle) a precipicios, desiertos, selvas, prisiones y casas de orates. Incontables eran los escaladores que caían ante toda suerte de obstáculos. Los que lograban rebasar la primera línea de guardianes — bien merced a la fuerza bruta, bien merced a que lograban desviar la atención de aquéllos hacia otras cosas, bien porque recurrían a hacerles cosquillas, caricias o cualesquiera cosas que agradaban a los portadores de garrotas— sucumbían las más de las veces ante las mujeres, los lechos, las ruedas de molino o las falsas señales, y los que lograban escapar también a todo aquello sucumbían al alcanzar el siguiente

círculo de guardianes, y así sucesivamente. Los pocos que, merced a una combinación de técnicas diversas, lograban superar los obstáculos más alejados, eran fuertemente aplaudidos por los demás, y a veces sucedía que el mismo estruendo de los aplausos bastaba para hacer que el escalador se soltara del alabastro al que estaba firmemente asido, de modo que caía nuevamente de bruces al valle. Otros que estaban próximos a la cima eran derribados por las piedras que les lanzaban las mismas manos que poco antes les aplaudían, y aún había otros que no eran apedreados, sino meramente olvidados. De los escasísimos que se mantenían suficientemente afianzados, algunos le debían la firmeza de su posición a las espesas brumas rosáceas que les impedían servir de blancos, otros, sencillamente, a que los protegía la mole del pico que habían ganado, y otros a las uvas y naranjas de la China que arrojaban sobre la muchedumbre, a petición de ésta.

Lo más importante era, naturalmente, elegir la montaña adecuada, mas siendo así que, por más que lo preguntaba, Ebenezer no era capaz de dar con una información veraz, acabó por adoptar la resolución de elegir arbitrariamente, y así comenzó a subir con los demás; sin duda, razonaba, se aprende al tiempo que se escala, y en todo caso, alcanzar cualquiera de las dos cumbres es de por sí un logro suficiente. Sin embargo, lo primero que descubrió fue que los obstáculos eran mucho más formidables cuando los tenía uno delante que cuando se veían desde lejos, sin estar comprometido en la escalada: cuando llegó al círculo de portadores de garrotas, halló a estos mucho más feos y amenazantes, y las señales indicadoras ofrecían un aspecto enteramente auténtico. De hecho, cuanto pudo hacer fue reunir el valor suficiente para arremeter contra los guardianes que tenía cerca de sí; mas no bien se había aprestado a hacerlo cuando una voz dio la orden de que su silla se elevara hasta la cumbre y sin haber escalado distancia ninguna, Ebenezer se vio sentado en medio de un grupo de hombres solitarios, en el pináculo de la montaña.

Eligió a uno de los más ancianos y de más sabio aspecto, el cual estaba ocupado cortándose las uñas de los pies.

—Decidme, señor, aunque tal vez os parezca ridícula la pregunta, ¿qué montaña es ésta?

—Aquí me tenéis —repuso el anciano—. A veces pienso que es una, a veces, que es la otra —se rio y luego dijo con un susurro teatral—: ¿Qué más da?

—¿Cómo habéis llegado aquí si no es impertinente la pregunta? —siguió demandando Ebenezer.

—No me supuso quebranto ninguno —dijo el anciano—. Hallábame aquí cuando la montaña creció, con mis compadres, y con ella todos fuimos para arriba. Esos jamás nos derribarán..., mas puede que tanto nos eleven que a vernos no alcancen.

—Sabréis que allá abajo se os aplaude.

El viejo se encogió de hombros, al modo de Burlingame.

—Desde acá arriba no se les oye tan bien. Siempre he pensado que era por la altura y por la rareza del aire. Mas, sea por lo que fuere, a mí se me da un pedo.

—Bien —dijo Ebenezer—. Pues yo os envidio. ¡Qué vista disfrutáis desde aquí!

—Es en verdad una vista amena —admitió el anciano—. Se puede apreciar el cuadro casi entero, y todo semeja harto parejo. A deciros verdad, me canso de mirar. Es más descanso estar aquí sentado que no trepando, si lo que se busca es comodidad. Si os viene en gana trepar, hacedlo, y si no, pues no trepéis, eso es lo que digo yo. En el mundo de aquí arriba no existe más que música inteligente: si se os ha criado para ello os causará placer.

—¡A mí siempre me gustó la música!

—¿Sí? —preguntó el anciano sin interés.

Ebenezer se asomó para echar un vistazo a quienes forcejeaban, muy abajo.

—¡Voto a tal que parecen memos! ¡Y qué malos modales; no paran de darse empellones y soltar ventosidades!

—Tienen poco más que hacer —observó el anciano.

—¡Pero si aquí no hay nada que justifique la ascensión; vos mismo lo habéis dicho!

—Sí; tampoco hay nada en ninguna otra parte. A ellos lo mismo les da escalar que quedarse quietos y morir.

—¡Voy a saltar! —dijo Ebenezer de repente—. ¡No deseo seguir viendo estas cosas ni un momento más!

—No existe ninguna razón para que no saltéis, ni tampoco para que lo hagáis.

El Laureado no hizo más ademán de saltar, sino que se sentó al borde de la cumbre y suspiró.

—No existe más que una vaciedad espantosa, ¿no es así?

—Sí, vaciedad —dijo el anciano—, mas eso no tiene nada de bueno ni de malo. ¿Por qué suspirar?

—¿Por qué no? —preguntó Ebenezer.

—En efecto, ¿por qué no? —el viejo suspiró y Ebenezer se vio a sí mismo en un lecho y a Richard Sowter inclinado sobre él.

—¡Por las barbas de san Nicomedes, por fin vuelve en sí nuestro desposado! ¡El aceite de malva del doctor Sowter jamás dejó fenecer a ningún mortal!

—¡Qué malvavisco ni qué mierda! —dijo una de las cocineras, la cual se hallaba junto a la cama—. ¡Lo que le ha hecho volver en sí es la pócima de cardos de santa Susie!

Sowter le tomó brevemente el pulso a Ebenezer y luego le metió en la boca una cuchara colmada de algún jarabe.

—¿Qué estancia es ésta y por qué estoy en ella?

—Es una de las habitaciones de invitados de Bill Smith —dijo Sowter.

—¡Opio! —exclamó el Laureado, y se sentó, enojado—. ¡Ahora lo recuerdo!

—Sí, por la nube del ojo de san Otilio; lo que os dio Tim Mitchell fue opio, para que así descansarais. Pero estabais tan enfermo que casi acaba con vos.

—Ese hombre me ha de causar la muerte, sea por accidente o acaso hecho. ¿Dónde está ahora?

—¿Timothy? Ah, hace mucho que volvió a casa de su padre, en el condado de Calvert.

—¡Falso amigo! —musitó el poeta. Hizo una pausa y luego se dejó caer, angustiado, sobre la almohada—. ¡Ay, Dios, se me olvidaba que estoy casado! ¿Dónde está Susan y qué dijo de mi enfermedad la noche de bodas? Pues doy por hecho que ha pasado un día...

—¡Más de tres semanas habéis estado debatiéndoos entre la vida y la muerte!

—En cuanto a la señora Cooke —dijo Sowter— no puedo deciros qué sintió, pues nada más traeros al lecho partió a casa del capitán Mitchell bajo la custodia de Timothy. Puede ser que él cumpliera la labor que os correspondía a vos.

—¡Ha vuelto a casa de Mitchell!

—Sí, está obligada mediante contrato legal a pastorear sus puercos, ya sabéis.

—¡Esto es demasiado! —exclamó Ebenezer, indignado—. ¡Por muy casquivana que sea, la mujer del Laureado no cuidará puercos! ¡Traedla aquí!

—Vamos, no os agitéis —dijo, con ánimo conciliador, la mujer—. Susie ya se ha escapado dos veces para ver en qué estado de salud os encontrabais y os preparó su prodigiosa pócima de cardos. No tengo la menor duda de que volverá a hacerlo.

—¡Tres semanas sin sentido! ¡No sé bien qué pensar!

—Por las pesadillas de san Cristóbal, amigo mío, pensad en poneros bueno —sugirió alegremente Sowter—, y así podréis refocilar con la señora Susan de maitines a vísperas, si os atrevéis. Yo le diré a vuestro suegro que habéis vuelto a la vida, mas habrán de pasar unas cuantas semanas antes de que recobréis la salud por completo. Muchas almas desdichadas han acabado el período de aclimatación en la tumba. —Sowter recogió la parafernalia médica y se dispuso a marchar—. Ah, sí, aquí tenéis un presente que dejó Timmy Mitchell para vos.

—¡Mi cuaderno! —exclamó el Laureado; Sowter le entregó el libro de cuentas de tapas verdes y que tan bien conocía, sólo que estaba torcido, maltrecho y raído como consecuencia de tantas peregrinaciones.

—Sí, lo perdisteis en la posada de Cambridge y Tim lo trajo la última vez que vino a por Susan. Dijo que tal vez tuvierais versos que inscribir en él mientras duran vuestros seis meses de descanso.

—¡Ay, Dios mío, creí que me lo habían robado junto con mis ropas! —Ebenezer lo asió, grandemente emocionado—. ¡Es un viejo y fiel amigo este libro de cuentas..., el único amigo que tengo!

Cuando lo dejaron a solas Ebenezer reparó en que estaba demasiado débil de cuerpo y de espíritu como para acometer ninguna creación artística, de modo que se contentó con leer las obras del pasado, todas las cuales parecieronle entonces remotas. Y en efecto se sentía mucho más identificado con aquel cuaderno manchado y baqueteado que con versos como aquéllos que decían:

¿Tú me preguntas qué come
nuestra alegre cofradía
cuando se aleja camino
de Maryland la bravia?

Los cuales le resultaban tan ajenos como si fueran obra de otro hombre. Como diera la casualidad de que se topó con lo último que había escrito, tras lo cual fue pasando las páginas de atrás adelante, lo último que leyó fue una anotación sobre su proyectada Marylandíada, anotación que había redactado cuando aún tenía reciente en la memoria la audiencia que le había concedido lord Baltimore (es decir, Burlingame). *Las excelencias de Maryland no tienen par, decía la nota, sus habitantes son un derroche de donosura, su chanza no conoce igual; las moradas do habitan son grandiosas; las posadas y tabernas, lugares sobremanera corteses y cómodos; sus campos, fertilísimos; sus leyes y tribunales, majestuosos en grado sumo; el comercio, próspero más allá de todo límite, etcétera.* La anotación venía suscrita, con caligrafía de Ebenezer, por E. C., Gent., Poeta Laureado de Maryland.

Ebenezer se echó hacia atrás y cerró los ojos; la cabeza le latía como consecuencia del pequeño esfuerzo que hubo de hacer para hojear su trabajo. ¡Vive el cielo! —dijo para sí—. ¡Cuán alto precio se paga por ser Laureado! ¡Aquí no hay sino bribones y pervertidos, cuchitriles y lupanares, corrupción y cobardía! ¡Qué gran honor ser el cantor de semejante albañal!

Cuanto más reflexionaba acerca de sus vicisitudes, tanto más se le entremezclaba la angustia con la cólera, hasta que por fin, y a pesar del cansancio, arrancó del cuaderno cuanta poesía marítima había escrito y, sirviéndose de la pluma y la tinta que le había proporcionado su anfitrión, escribió en el papel virgen que quedó al descubierto:

Condenado por el hado
a mudable maldición,
sin amigos a mi lado
y en la bolsa ni un doblón,
dije adiós, triste y cuitado,
a las orillas de Albión.
Del viejo mundo expulsado,
muy contrito el corazón,
víneme a estotros estados,
tan lejos de mi nación.

No bien había estampado aquellos versos cuando otros nuevos empezaron a agolpársele incontinentemente en la imaginación, y aunque no tenía la fortaleza física necesaria para escribirlos, concibió en aquel punto y hora un trascendental proyecto que le habría de tener ocupado durante las semanas venideras, el cual, caso de que no diera con los medios que le permitieran recuperar sus propiedades, bien pudiera ser lo último que hiciera en este mundo. Versificaría su travesía marítima a Maryland, de principio a fin, tal y como había planeado anteriormente, mas, lejos de escribir un panegírico, fustigaría a la provincia con el látigo del verso hudibrástico, del mismo modo que se fustiga a las rameritas exponiéndolas en público a la picota; efectuaría una relación de las perfidias que encerraba el lugar, y expondría todas y cada una de las trampas, a fin de que no cayeran en ellas los confiados y los incautos, los inocentes en suma.

—¡Así otros podrán aprender merced a mi pérdida! —reflexionó lúgubrememente—. Mas un momento... —Ebenezer recordó los detalles de cuando abusaron de él los tripulantes del *Poseidón*; le vinieron a la memoria la violación del *Cyprian*, la cerda de Burlingame y otros aspectos poco delicados de sus aventuras—. Jamás lo imprimirán.

Durante unos momentos se sintió amargamente desilusionado, pues aquella reflexión encerraba una paradoja cruel: la misma perfidia que causa la aflicción de alguien puede abortar la venganza por medio de la exposición pública. Mas pronto dio con un medio de soslayar aquella dificultad.

—¡Haré que mi obra sea imaginaria! Yo seré un comerciante, un factor que viene a Maryland a hacer negocios y que tiene una opinión inmejorable del lugar; mediante engaños, lo privan de sus bienes y propiedades. Daré nueva forma a todas mis cuitas, a fin de que se adapten a la trama, y sólo efectuaré las alteraciones mínimas que permitan dar la obra a la imprenta.

Al instante su imaginación se representó la escena y él escribió un rápido bosquejo en prosa, con el fin que no se le fuera de la cabeza. No pudo hacer más entonces; agotado por el esfuerzo, se pasó varias horas durmiendo sin soñar. No obstante, cuando se volvió a despertar, la imagen persistía con claridad en su mente, y lo que era más, los pareados hudibrásticos empezaban a brotar uno tras otro. Apenas podía contener el ímpetu que lo lanzaba a la creación: en cuanto tuvo las fuerzas suficientes abandonó el lecho, mas sólo porque el escritorio que había en la alcoba era más cómodo para trabajar; allí pasó un día tras otro, semana tras semana, dándole forma a su largo poema. Tan celoso se mostraba de su tiempo que desdeñó la curiosidad, así como la solicitud de la que dieron muestras en alguna ocasión Smith, Sowter y las cocineras; exigió —y, con cierta sorpresa por su parte, recibió— las comidas en el escritorio y jamás abandonaba su cámara salvo para paseos saludables al tardío sol de octubre y noviembre. Toda idea de suicidio apartose temporalmente

de su ánimo, al igual que sucedió con todo pensamiento relacionado con la recuperación de su hacienda perdida. No experimentaba turbación, ni siquiera curiosidad por el hecho de que Henry Burlingame no le enviara noticia alguna. Cuando, cosa de una semana o diez días después de haber emergido del estado de coma, su esposa legítima reapareció en Malden, Ebenezer le dio bruscamente las gracias por haber cooperado en la labor de devolverle la salud, pero cuando supo por las cocineras que, conforme a las instrucciones dadas por Mitchell y Smith, ejercía la prostitución exclusivamente entre los indios, no protestó ni por tales actividades ni porque hubiera regresado junto a Mitchell, así como tampoco dio paso alguno encaminado a la anulación de su matrimonio.

En cuanto a Malden, a cada día que pasaba era mayor la evidencia de que se estaba convirtiendo en casa de juegos, taberna, burdel y garito destinado al consumo de opio: Susan traía las redomas llenas de aquella sustancia marrón desde el condado de Calvert, y Mary Mungummory —quien, según pudo saber el poeta, se había resistido inicialmente a los esfuerzos de Mitchell por conseguir que pasara a formar parte de la organización— se trasladó allí junto con todo su séquito de mujerzuelas y aceptó el cargo de regenta del lupanar. Noche tras noche tenía lugar en el Puntal una actividad efervescente: llegaban plantadores procedentes de todos los rincones de Dorset, a caballo y en carro, y también llegaban del condado de Talbot, en barcas, y por toda la casa resonaban los ecos de las marismas de agua ubicadas más hacia el sudeste, hasta a veinte y treinta millas de distancia, llegaban indios abacos, wiwash y nanticokes, para tener tratos con Susan y dos de las empleadas menos agraciadas de Mary Mungummory, cuyos tratos tenían lugar en un cobertizo originariamente destinado al secado de las hojas de tabaco. Pero Ebenezer pasaba incólume por delante de las mesas de juego, cruzaba las habitaciones atestadas de gentes de Maryland, las cuales se hallaban ora en estado de embriaguez, ora narcotizadas, ora entregadas a los placeres de la carne; recorría los campos de tabaco, donde grupos de indios solemnes se encaminaban hacia el secadero de hojas. Pronto se convirtió en objeto de burla entre los clientes, mas sus chanzas se toparon con la misma indiferencia con que recompensara a Susan cuando, tras haber entrado él en una habitación, ella le siguió con ojos turbados e inquisitivos.

Todo el mes de noviembre lo pasó entregado a la labor de poner en verso los lamentables episodios de su viaje:

Desde Plimouth, de locos bien repleta,^[42]
rumbo a Maryland zarpó mi goleta.
Cuando llegamos, con dolor demente,
los terrores vimos del continente...

Evocó su primer encuentro con los plantadores del condado de santa María, a los cuales tomara por trabajadores del campo:

Vestía aquella ingente parentela
camisa y calzón de escocesa tela,
mas no media, zapato ni chapela.

... y a aquella descripción agregó los pareados que había escrito mucho antes, bajo otras circunstancias, que ahora resultaba doloroso recordar:

Raras figuras que ningún DIOS creó,
ajenas a la humana condición:
fue natura voluble, que en su holganza,
la arcilla moldeó por pura chanza...

Y cambiando de metro poético con magistral imperturbabilidad, procedió a fustigar a los habitantes de su jurisdicción poética:

En aquestas orillas, el sentido común,
modales y diálogos barriolos el simún.

A continuación, trocando nuevamente el metro, ocupose del viaje en canoa por el río Patuxent:

Barca de madera de álamo o pino
que evocaba un pesebre de gorrino.

El encuentro con la pierna de Susan:

Un pánico sentí desenfrenado.
Pensé: ¡muerto soy, dellos devorado!

La porquera misma, su legítima esposa:

Era su atuendo suciedad y dislate:
huida la creí de casa de orates.

La vigilia infructuosa en el establo:

Desafiando al diablo y a las sierpes,
a horcajadas de una rama inerte,
oculto, la noche aguardé sin suerte.

El espectáculo de las audiencias al aire libre:

Allá las multitudes demenciales
de ley y justicia reíanse a raudales,
mas reían más los propios tribunales.

El juicio:

Congregado el plantador populacho,
masa infame y ruidosa de borrachos,
instoles a silencio el pregonero;
los letrados mostraron el plumero,
fiscal y defendido voces daban,
y en reyertas sin final se enzarzaban.
¡Estulticia, necedad, desacato,
injusticias y falsos alegatos!

El mismo juez Hammaker:

Y entre tanto tribuno disoluto,
sólo el juez era (¡oh, sonrojo absoluto!)
capaz de hacer la O con un canuto.

La noche que pasó en el granero:

Tumbome al abrigo de las refriegas
y roncando surqué la noche ciega.
Mas hete que despierto y la luz cato
y no veo rastro de media ni zapato.
¡También sombrero y peluca son idos!
¿Pues quién se los llevó del indio nido?

Las rameras-cocineras de Malden:

Una femenil tribu a la baraja
vi jugar sin pararse en zarandajas;
blancas las enaguas, recio el semblante,
jamás vi en Albión nada semejante.
Tomolas primero por turbias brujas,
que, inclinadas sobre vítreas burbujas,
negros designios y malos conjuros
andaban tramando en cónclave oscuro.

Su enfermedad:

Un pulso febril me ardía en las venas,
el frío era la causa de mis penas;
presa de una aclimatación maldita
hasta diciembre vi durar mis cuitas.
¡Voto a tal que me libró de su dardo,
la nunca ponderada flor del cardo!
Débole la vida a una doctoresa:
sin sus pócimas, su arte y sus compresas,
el hijo de mi padre y de la Inglaterra
al traste hubiera dado con sus tierras.

Y su explotación por parte del versátil Sowter:

Y ese ambidextro de mala calaña,
falso curandero que se da maña
poniendo lavativas o fabricando
—no existe personaje más nefando—
todo tipo de falsos documentos,
títulos y poderes sin cuento.

Cuando por fin hubo concluido el catálogo de sus desdichas, recurriendo al artificio del factor de tabaco, Ebenezer imaginó que se hacía a la mar y concluyó con ferocidad:

Embarcome a la espera de viento favorable.
Voyme; atrás dejo esta maldición detestable.
Ojalá aquí traigan caníbales de ultramar
que a estos villanos nunca dejen de ultrajar;
que los traten como ellos a mí; que no haya quillas
mercantiles explorando esta inhóspita orilla,
que estas tierras padezcan espantosas hambrunas,
que el destino no les ahorre desgracia ninguna,
que a estas gentes embrutezca cual indios salvajes.
Fe, dicha, comercio: ¡váyanse de estos parajes!
Que este pueblo al cielo traicione, que adore al sol,
que se encenague en la pagana superstición.
Que Dios macere su ira y su venganza con hiel.
¡Aquí no hay mujer casta! ¡Aquí no hay hombre fiel!

El acaloramiento de su pasión creadora, durante tanto tiempo sostenida, o bien le había dilatado el talento, o bien le había entumecido la perspicacia crítica, pues jamás se había sentido tan poderoso, seguro de sí y poético como durante el tiempo que dedicó a la composición de la sátira. Empleó las dos primeras semanas de diciembre en pulirla y perfeccionarla, ajustando la métrica, suavizando alguna estridencia hudibrástica, hasta que el trece de aquel mes, día de santa Lucía, se sintió inclinado a considerar la obra definitivamente acabada. En el encabezamiento escribió: *El factor de tabaco, o Viaje por mar a Maryland, composición satírica en la cual describense las leyes, gobierno, tribunales y constituciones del lugar, junto con los edificios, fiestas, diversiones, entretenimientos y embriagados humores de aquel enclave americano*. Y al pie, con grandioso desdén, estampó su nombre y título completos: Ebenezer Cooke, Gentilhombre, Poeta Laureado de la provincia de Maryland, dándose cuenta cabalmente de que si se publicaba el poema, caso de que lo diera alguna vez a la imprenta, jamás recibiría en efecto aquel título.

La publicación, empero, no le interesaba en demasía de momento. Depuso la pluma y contempló el millar largo de versos que contenía el libro de cuentas.

—¡Por los espinos ensangrentados de santa Lucía, escrito está! —dijo con un suspiro, remedando a Sowter—. ¡Pues ahí queda eso!

No tenía la menor idea de qué sucedería tras aquello, ni tampoco se le daba un

ardite. En lo más íntimo de su ser experimentaba el placer del logro dilatado y cierto, el cual tiene siempre nueve partes de alivio y una de alegría. La verdad es que se había adueñado de él el deseo urgente de cerrar los ojos y echarse a dormir encima del escritorio, tal como estaba; mas era a principios de invierno y la noche no había hecho más que empezar —no haría ni una hora que se había cenado en la casa— y, contrario a aquel impulso primero, sintió el deseo de celebrar modestamente no *El factor de tabaco* mismo, sino el final de los trabajos que había costado darlo a luz.

—Lo suyo es un vaso de ron —decidió, y se fue al piso de abajo, donde estaban principiando las actividades nocturnas. Su intención era acudir a la cocina, pues aparte de su propia alcoba, era la única estancia de Malden donde podía confiar en que se le acogiera más o menos bien; mas por el camino topose con William Smith y Richard Sowter, que desde el otoño se habían hecho grandísimos amigos.

—¡Pero, bueno, por la paloma de Kenelm! —dijo el segundo al avistarlo—. ¡He aquí a nuestro poeta!

—Hablando del diablo —comentó Smith—. Tenéis aspecto de estar sano y contento esta noche.

—Así me siento —admitió Ebenezer—, aunque poca causa tengo para ello. —La verdad era que el mero hecho de ver a los causantes de su desgracia le había mermado considerablemente la sensación placentera que le había quedado tras concluir el manuscrito—. ¿Hablaban vuestras mercedes de mí?

—En efecto, en efecto —dijo Smith—. Veníamos discutiendo en general sobre aspectos legales y yo os puse como ejemplo.

—El señor Smith planteaba la cuestión —dijo Sowter, interviniendo— de si, en un contrato en el que se le asigna a un trabajo un tiempo concreto de ejecución, y si se da el caso de que el trabajo concluye antes de dicho tiempo, la validez del contrato expira simultáneamente o si por el contrario sigue en vigor hasta que se cumple el tiempo especificado. Mi respuesta fue que depende enteramente de la redacción del contrato el que el mismo simplemente expire o bien se dé otra contingencia alternativa.

Ebenezer sonrió con incertidumbre.

—Parece ésa una respuesta razonable, mas yo no soy letrado.

—Tampoco lo soy yo —dijo Smith—, por lo que, a fin de hacerme una más clara idea del asunto, le he pedido que aplicara lo que decía al contrato que vos y yo tenemos al respecto de vuestra mala salud...

—Id al grano —dijo Ebenezer, envarado—. Ya columbro vuestro propósito.

—Vamos, no es mi deseo privaros de lo que os es debido —insistió Smith—. Ha sido un honor y un placer tener al Poeta Laureado en calidad de invitado de esta casa, como lo ha sido cuidarlo en su enfermedad. Pero es el caso, como muy bien podéis observar, que en Malden me hallo al frente de una próspera actividad hostelera, y

para un posadero una habitación ociosa es como un campo en barbecho para el plantador de tabaco.

—En resumidas cuentas, siendo así que ya soy capaz de sostenerme en pie, es vuestro deseo que me vaya.

—Sosegad vuestro acaloramiento —le instó Sowter—. Por las cenizas de santa Catalina, mi opinión es, en tanto que médico vuestro, y conforme ya he dicho, en calidad de apoderado del señor Smith, que el contrato en cuestión encierra contingencias alternativas en lo que se refiere a su expiración, comida y atención dignos.

—No digáis más —dijo Ebenezer—, el resto está claro y no he de disputarlo. Basta con que me concedáis dos pequeños favores —mejor dicho, tres—, y no me veréis por la mañana.

—No, dejadme acabar...

—No temáis por lo que os voy a pedir —prosiguió con desdén—. No irá en detrimento de vuestros beneficios. Lo primero es que me deis una jarra de ron para que celebre un poema que he escrito; lo segundo es que le enviéis el poema a un cierto impresor de Londres cuya dirección yo os proporcionaré, y lo tercero es que me procuréis una pistola cargada a fin de que la utilice cuando se me acabe el ron.

—A la mierda la pistola —dijo Smith—. Paréceme que no sois buen católico. Ni hablar de ello, y además os aferráis con suma presteza a las peores soluciones posibles. No tengo el menor deseo de echaros.

—¿Qué?

—¡Por las tenazas de san Doroteo —rio Sowter—, es lo que estaba intentando deciros! El señor Smith ha menester de vuestra alcoba para su negocio, pero lejos de desearos mal, se propone convertirse en patrón vuestro, digámoslo así.

Sowter explicó que el tonelero le había dado instrucciones para que redactara un notable contrato de servidumbre, el cual, si lo firmaba el poeta, le daba derecho a alojamiento y comida gratuitos por tiempo indefinido en las dependencias de los criados, siendo su única obligación efectuar una cantidad nominal de labores de secretario.

—Simplemente tendréis que redactar un papel o avalar un documento de tanto en tanto —le aseguró Smith—. El resto del tiempo queda a vuestra disposición, para que lo dediquéis a trovar o a lo que vos queráis.

Ebenezer se encogió de hombros.

—Sea de una u otra manera, a mí poco se me da. Redactad el contrato, que yo lo leeré.

—Encima lo llevo —dijo Sowter, y sacó un documento de la chaqueta—. ¡En verdad que es una sinecura, voto a tal!

La oportunidad de seguir escribiendo poesía ejercía gran atractivo sobre

Ebenezer, bien que por el momento no tenía idea ninguna para sus poemas futuros. También consideró la posibilidad de que la ausencia de Burlingame, de la cual no tenía explicación ninguna, pudiera guardar relación con que estuviera preparando algún plan para acabar con Smith, aunque Ebenezer más bien atribuía la ausencia de su amigo a una nueva deserción por parte del mismo, tal vez, la definitiva. Y en todo caso, naturalmente, siempre quedaba la pistola como último recurso: el poeta no veía que se perdiera gran cosa por el hecho de que se demorara un tiempo el momento de recurrir a su uso. Por tanto, tras leerlo con rapidez y juzgar que sus cláusulas estaban en conformidad con lo que había dicho Sowter, Ebenezer, sin experimentar emoción alguna, firmó los dos ejemplares del contrato, el cual cubría un período de cuatro años.

—Ahora que sois mi patrono —le dijo a Smith— tal vez querréis hacerle a vuestro protegido la merced de una jarra de ron.

—Nada de jarra, sino una barrica entera —repuso con satisfacción el tonelero—. ¡Ahí va! ¡Si allá está vuestra legítima esposa, recién llegada de casa de Mitchell!

—Parece que tuvieras frío, santa Susie —rio Sowter—. Calientate el trasero junto al fuego y échate un trago con nuestro poeta antes de que te mandemos a trabajar al secadero; tu padre acaba de contratar a este hombre para que pase cuatro años escribiendo versos.

—Voy a por las mozas de la cocina —dijo Smith—. ¡Vamos a tener un festejo antes de que empiecen las labores nocturnas!

Susan entró en la sala y miró a Ebenezer fijamente, sin hacer comentario ninguno. El poeta dijo:

—Tenía que elegir entre eso y la pistola.

Había algo en la expresión de Susan que alarmó a Ebenezer, quien había empleado un tono defensivo al hablar. Smith volvió de la cocina acompañado de dos mujeres; tras beber el primer vaso, la francesa se encaramó a las rodillas de Sowter y la otra se sentó en el regazo de Smith.

—Conque te has vuelto a escapar de tu amo —le dijo despreocupadamente Sowter a Susan—. ¡Por la sífilis de Martín, ese hombre no ata con soga corta a sus mujeres!

—Sí, me he escapado —dijo Susan, sin sumarse al regocijo general.

—¿Y habéis dado con otro necio que como yo —inquirió Ebenezer con acritud— os ha pagado la huida y se ha quedado aguardando vuestros placeres en los establos de Mitchell?

Bien fuera porque lo maltrecho de su aspecto —Susan tenía escalofríos y tanto su rostro como sus ropas estaban más estropeados que nunca— le recordó a Ebenezer que su esposa legítima era porquera, comedora de opio y prostituta de la peor ralea, bien fuera porque él nunca le había dado convenientemente las gracias por haberlo

cuidado, ayudándolo a recobrar la salud, el caso es que lo extraño de la actitud que observaba le hizo sentirse culpable por haberla ignorado durante el tiempo que había pasado componiendo el poema.

—Sí, he dado con otro. Un viejo chocho, demasiado entrado en años como para andar urdiendo semejantes planes, aunque no hay leyes que prohíban soñar. —A pesar de la ligereza de sus palabras, el tono y la expresión eran graves—. Tiene menos bulto en los calzones que yo en la faltriquera, y eso que soy pobre. Es un anciano majadero que gasta lentes y tiene un brazo tullido.

—¡No! —exclamó Ebenezer sin aliento—. ¡No me digáis que tiene un brazo tullido!

—Pues sí que lo tiene.

—Pero a buen seguro será el brazo izquierdo el que tiene lisiado, ¿no?

Susan dudó y luego, con el mismo tono de voz, dijo:

—No, ahora que lo pienso, era el brazo derecho: en la carreta él iba sentado a mi izquierda mientras yo le contaba la historia de mis desgracias, y recuerdo que tenía que emplear el brazo que le quedaba del otro lado para darme pellizcos y sobarme.

Ebenezer sintió una náusea repentina.

—Mas, con todo, sería un patán —insistió.

—Nada de eso. Me dijo que había llegado de Londres aquel mismo día.

—A fe mía —dijo una de las cocineras— que no vas a encontrarte a ningún caballero londinense en el secadero, Susie: ¡Debías haber consentido que se refocilara contigo!

—¡No, por Dios! —exclamó Ebenezer con voz tan plañidera que toda la concurrencia depuso el regocijo y lo contempló con consternación—. ¡Me han jorobado bien! ¡Ese Hombre es Andrew Cooke, de Middlesex, mi padre, que ha venido a ver cómo le va a su hijo! ¡La pistola! —se levantó de un salto—. ¡Ahora ya es inevitable!

—¡Alto! —ordenó Smith—. ¡Susan, deténlo!

—¡La pistola! —exclamó de nuevo el poeta, y salió disparado hacia su habitación antes de que nadie pudiera retenerlo.

33. EL LAUREADO PARTE DE SU HEREDAD

Era tal la agitación que se había adueñado de él que en tanto no llegó a su alcoba, donde aún ardía una vela que había dejado encima del escritorio, el Laureado no cayó en la cuenta de que carecía de pistola con la que darse fin. Ni siquiera tenía espada, pues la suya habíanla robado junto con el resto de su indumentaria cuando se hallaba en el granero, y jamás le había sido devuelta. Oyó que la gente de la sala subía las escaleras en tropel y se arrojó, desesperadamente, sobre la cama.

La primera persona en llegar a su puerta fue Susan; echó un vistazo al poeta y les dijo a los demás que se mantuvieran alejados.

—Te aguardaremos abajo —farfulló Smith—. Pero cuidado, ocúpate de que no haya problemas. No quiero ver sus sesos ociosos desparramados por toda la casa.

Todo aquello lo oyó el poeta con el rostro hundido en la colcha. Susan cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama.

—¿Tenéis intención de saltaros la tapa de los sesos? —inquirió.

—Es la desgracia que faltaba —respondió él—. No tengo pistola ni medios con que adquirirla. No enviudaréis esta noche, a lo que parece.

—¿Tan terrible será la ira de vuestro padre?

—¡Por Cristo, no cabe imaginarlo! —gimió Ebenezer—. Mas aunque fuera la viva estampa de la misericordia, me siento demasiado avergonzado como para mirarlo a la cara.

Susan suspiró.

—Harto extraño va a ser el enviudar de un hombre que jamás me tomó por esposa.

—¡No lo haré jamás! —Ebenezer se incorporó, colérico—. ¡Mucho os importa, con vuestros salvajes del secadero de tabaco y vuestro opio! ¡Casaos con mi amigo Henry Burlingame, que se desposará con vos y con vuestros puercos..., ésa es una buena unión!

—El mundo es extraño y está lleno de maldad —murmuró Susan.

—¡Al menos lo está esta provincia inmunda, cuyas delicias tenía yo la obligación de cantar! —Ebenezer sacudió la cabeza—. ¡Ah, demonios, no tengo por qué haceros daño; perdonad mis palabras!

—Duro es el golpe que habéis recibido, pero, por favor, no volváis a hablar de pistolas —dijo Susan—. Huid, si ello es preciso, y empezad de nuevo en otra parte.

—¿Huir adónde? —exclamó Ebenezer—. ¡Más vale un pistoletazo que parar un día más en Maryland!

—Volved a Inglaterra, es lo que quiero decir; ocultaos hasta que zarpe la flota y así os libraréis de vuestro padre de una vez por todas.

—Muy bien —dijo el Laureado con amargura—. ¿Y cómo le pago el pasaje el

capitán? ¿Dándole besos?

—¡Señor Cooke! —musitó Susan de repente. Se inclinó sobre él y lo cogió por los hombros—. Mejor dicho: ¡Ebenezer! ¡Esposo!

—¿Qué es esto? ¿Qué hacéis?

—¡Alto, escuchadme! —le urgió Susan—. Es verdad que no soy más que una ramera, una sucia desvergonzada que está hecha una piltrafa por causa de tanto maltrato. Es verdad que no teníais mucha opción cuando os casasteis conmigo y que tenéis pocos motivos para amarme. Mas yo digo otra vez que la vida es extraña y está llena de cosas que ni siquiera os imagináis: ¡No todo es como pensáis, pichón mío!

—¡Recontrademonios!

—¡Os amo! —sibiló Susan—. ¡Huyamos juntos de este pozo de perdición y comencemos una vida nueva en Inglaterra! ¡Los pobres tienen allí numerosas triquiñuelas a las que recurrir y yo me las sé todas al dedillo!

—¡Pero qué diantre! ¡Si no tengo para un pasaje..., cuánto menos para dos!

Susan no se arredró.

—Os habéis casado con una escupidera —dijo—. Lo mejor que puedo hacer es utilizar mi vergonzante condición en provecho vuestro a fin de desembarazarnos los dos de Maryland por siempre jamás.

—¿Qué es lo que proponéis?

—Ahora mismo me iré al secadero y me prostituiré hasta haber reunido la suma. Ebenezer meneó la cabeza.

—Es un plan noble —dijo, suspirando—. Tal prostitución se revestiría de un carácter martiroológico, a mi parecer, y es digna de respeto. Mas no puedo irme.

La mujer se soltó del poeta.

—¿Que no podéis iros?

—No, ni aunque me cambiara de nombre y de cara y me librara para siempre de la cólera de mi padre. Los vivos son esclavos de la memoria y la conciencia, y si huyéramos juntos, la primera se me colmaría de recuerdos de mi padre y de mi hermana, y la segunda... —Ebenezer se interrumpió—. No soy capaz de decirlo con brevedad ni crueldad menores: hace nueve meses le proclamé mi amor a una muchacha de Londres llamada Joan Toast, a quien ofrendé mi inocencia, la cual ella desdeñó. Tras aquello juré ser tan virgen como un sacerdote y rendirle adoración al dios de la poesía. La tal Joan Toast tenía un amante, que por ende era su alcahuete, y a pesar de que fue por causa de este último por lo que mi padre me envió a Maryland, y pese a que yo tenía toda clase de motivos para pensar que me aborrecía, en adelante siempre la tuve presente en mi pensamiento, y la evocaba cuando me hallaba en los trances peores. Y jamás rompí mi promesa. ¡Pensad, pues, cuánto me conmovió el averiguar que me había seguido por amor! Adopté la resolución de casarme con ella y convertirla en la dueña de mi hacienda, y en verdad que eso es lo que hubiera hecho

de haber ido todo bien, tan grande es el amor que le profeso. Ahora Malden ya no me pertenece y Joan ha desaparecido, y tanto si huyó para no casarse con un pobre de solemnidad como si lo hizo para reunirse con su amante McEvoy, sigue siendo cierto que vino hasta aquí por causa mía, al igual que hizo él. ¿Cómo voy a huir con vos a Londres si no sé qué es de ellos ni si están vivos o muertos?

Susan rompió a llorar.

—¿Tan horrible soy comparada con vuestra Joan? No, no os molestéis en mentir: mis ojos conocen la belleza de su rostro y el espanto del mío propio. ¡Poco imagináis los celos que siento de ella!

—El mundo os ha tratado mal —dijo Ebenezer.

—¡No sabéis ni la mitad! ¡Yo soy su verdadero símbolo y emblema!

—Y, sin embargo, sois valiente y generosa y nos habéis librado a Joan Toast y a mí de la muerte.

Susan cogió a Ebenezer del brazo.

—¿Qué diríais si supierais que Joan Toast se encuentra en esta misma casa?

—¿Qué? —exclamó Ebenezer, dando un respingo—. ¿Cómo puede ser eso, si yo no la he visto? ¿Qué estáis diciendo?

—¡En este mismo momento se encuentra en esta casa y lleva aquí desde que huyó del capitán Mitchell! Aquí tenéis la prueba.

Susan extrajo del seno una cuerda sucia que hacía las veces de collar, en la que apareció ensartado el anillo con hueso de pez que le había regalado a Ebenezer Quassapelagh, el rey Anacostino.

—¡Dios mío, el anillo que os di para que pagarais el pasaje de Joan! ¿Dónde se encuentra ella?

—Alto, Eben —le advirtió Susan—. No habéis oído todo lo que os tengo que decir antes de que la veáis.

—¡Me importa un comino! ¡No intentéis mantenerme alejado de ella!

—Por ella lo hago —dijo Susan, y obstruyó la puerta que daba al pasillo—. ¿Por qué creéis que no se ha dejado ver antes?

—¡Demonios, no lo sé ni me atrevo a pensarlo! ¡Pero me muero de ganas de verla!

—Es muy justo, porque ella no ha hecho menos por veros.

Ebenezer se detuvo como si le hubieran dado un martillazo. Lágrimas le brotaron de los ojos y se vio obligado a sentarse en la silla más cercana, que resultó ser la de su escritorio, sobre la cual se derrumbó.

—¡Sí, ha muerto! —dijo Susan—. ¡Ha muerto por causa del mal francés, del opio y de la desesperación! Yo la vi morir, y no fue agradable.

—¡Ay, Dios mío! —gimió Ebenezer, mientras sus rasgos sufrían una violenta convulsión—. ¡Ay, Dios mío!

—Ahora ya sabéis cuán grande era el amor que os profesaba a vos y a vuestra inocencia, después de haberos despreciado en vuestra alcoba; también sabéis que le volvió la espalda a John McEvoy cuando éste le escribió aquella carta a vuestro padre. Un sueño se apoderó de ella, un sueño que es caro para todas las rameras: pasarse la vida a vuestro lado en medio de una castidad perfecta, y con tal fuerza se apoderó de ella aquel sueño que enseguida juró seguiros a Maryland —tanto más por cuanto que os habían enviado aquí por causa de ella—, y acariciaba la esperanza de que la aceptarais. Pero no tenía dinero para pagarse el viaje, así que, pese a su promesa de no seguir ejerciendo la prostitución, parecía que estaba obligada a holgar con hombres, a fin de procurarse el dinero del pasaje.

—¡Vive Dios, cuánto daño me hacen estas nuevas! —exclamó Ebenezer.

—Buenas nuevas son, comparadas con lo demás —dijo Susan—. Es sabido que cualquier moza de buen ver puede refocilarse con la mayoría de los hombres que tenga alrededor, y casi con cualquier hombre que exista, si sabe desenvolverse en su cometido con la suficiente imaginación y espíritu. Así es el mundo y no se puede hacer nada para evitarlo. El plan de Joan Toast consistía en dar con un capitán de barco, al igual que han hecho tantas otras buenas mozas, que le permitiera calentar su camarote durante la primera semana, como pago de su pasaje; pero le repugnaba tanto la idea de volver a ejercer la prostitución que urdió una estratagema diferente, la cual era harto más peligrosa y desagradable desde todo punto de vista, aunque tenía el mérito único de que, si no fallaba, llegaría a Maryland sin que nadie se hubiera refocilado con ella. Había oído decir por los muelles que en América las putas escaseaban tanto como los judíos en el Colegio Cardenalicio, hasta el punto de que cualquier muchacha que lo deseara tenía a su alcance la posibilidad de atravesar el océano sin pagar nada a cambio, a bordo de cierto navío, con la condición de que cuando llegara al otro continente trabajara para alguno de los tratantes de blancas que estarían aguardando al buque.

Ebenezer gimió.

—¡No me atrevo a dejar que mi fantasía se dispare!

—Su nuevo plan consistía en firmar, embarcarse en aquella nave, que no llevaba más pasaje que las furcias, y así llegar a América sin que hubieran gozado de ella; una vez en tierra, se devanaría los sesos procurando dar con el modo de escapar a su compromiso. La perspectiva no le alarmaba en demasía, pues tanta era la avidez de mujeres que había en las provincias y tan ávidas estaban a su vez las mujeres de embolsarse las altas tarifas que podían establecer, que no existía contrato ni documento que las obligara por escrito.

—Ese barco —interrumpió Ebenezer—; me entran temblores de pensar en oír su nombre, mas si me lo dijerais... He de saberlo.

—Se llamaba *Cyprian*..., el mismo que atacaron los piratas frente a las costas de

Maryland, los cuales violaron a todas sus mujeres sobre la borda, menos a una.

—¿Menos a una? Por vida de..., entonces me atrevo a esperar que...

—No os atreváis —dijo Susan—. Esa mujer era Joan Toast, en efecto, pero la razón por la que no la violaron fue que huyó hacia la arboladura por los flechastes de mesana.

—¡Por Cristo! ¡Por Cristo bendito! ¡Era ella! —exclamó Ebenezer—. Sabed, Susan, que eran los piratas del capitán Pound, los mismos que poco antes nos habían sacado a mi criado y a mí del *Poseidón*, siguiendo instrucciones de Coode. No sé lo que os ha contado Joan, pero debo confesar ahora, antes de que el remordimiento acabe conmigo: yo fui testigo de aquel acto de piratería; yo vi a las mujeres del *Cyprian*; vi que una muchacha desventurada lograba liberarse y trepar por los flechastes de mesana, aunque ni remotamente se me ocurrió soñar quién era; vi que el moro salía en pos de ella...

—¡Ese moro! —dijo Susan, estremecida—. Lo conozco bien por lo que me contó Joan; me pongo enferma y me entran escalofríos al recordarlo. Mas escuchad la historia...

—No he concluido mi confesión —protestó Ebenezer.

—Tampoco tenéis nada que confesar que yo no sepa ya —dijo Susan con expresión siniestra, y prosiguió su historia—. En cuanto los piratas enarbolaron sus colores, el capitán les aconsejó a las mujeres que no se resistieran, sino que se sometieran de buen grado, con la esperanza de que una vez que los piratas hubieran satisfecho la lujuria a costa de ellos, quedaran todos con el pellejo salvo y el barco a flote. Pero dos muchachas se ocultaron en los escondrijos más recónditos de la sentina: Joan Toast, porque había jurado ser tan casta como una monja, y otra moza, tan estragada por las purgaciones y la sífilis que no le quedaban más que unos días de vida, y deseaba llegar a la tumba sin que la violaran.

—¡Y allí fue donde el moro las descubrió! ¡Me pongo enfermo!

—Allí las encontró —afirmó Susan—. Ocurrió algo que hace estremecerse a cualquier moza que da en pensarlo: estaban las dos en cuclillas, en medio de la oscuridad, oyendo el obsceno estruendo que levantaba el ataque que tenía lugar encima de ellas, cuando abrieron la escotilla de la sentina y apareció el moro monstruoso. Llevaba un cirio en la mano, a cuya luz le vieron el rostro y su enorme cuerpo negro. Cuando divisó a las dos mujeres soltó un bufido y saltó sobre la que tenía más cerca de sí, la cual resultó ser la que no se hallaba muy lejos de la muerte. El hecho de que no pudiera ver a la luz de la vela las huellas que había dejado la sífilis en ella labró la desgracia de Joan, amén de la suya propia, pues cuando al poco el moro hubo acabado con la muchacha y se fue a por Joan, ésta tenía que temer dos catástrofes en lugar de una.

Ebenezer sólo era capaz de gemir y sacudir la cabeza.

—Hizo ademán de huir cuando el moro aún estaba con la muchacha enferma, mas aquél la agarró del tobillo y le propinó tamaño golpe que Joan no volvió a saber nada hasta que vio que el moro la llevaba hacia cubierta junto con otra muchacha, subiendo por la escalerilla. Cuando logró librarse y trepar por los cordajes, tal como vos lo presenciasteis, Joan abrigaba la esperanza de que el moro renunciara a perseguirla y se conformara con gozar de las mujeres que había en cubierta; mas antes de llegar arriba del todo, el balanceo de la nave y la altura le hicieron sentir tanto miedo que se vio obligada a dejar de trepar y se agarró a las cuerdas con pies y manos, como si fuera una mosca atrapada en una telaraña. Allá fue donde el moro la poseyó hasta hacerle perder el conocimiento, y allá se quedó colgada sabe Dios durante cuánto tiempo, hasta que, violada, contagiada de sífilis y preñada de la semilla del moro...

—¡Ah, no!

—Como lo cuento —confirmó Susan—. Aunque aquello no se hizo patente hasta al cabo de un cierto tiempo. Mas tanta barbarie y maltrato quedó en nada al lado de la desgracia que le sobrevino a continuación: apenas había recobrado la conciencia y se vio aún colgada de los flechastes, cuando oyó que otro pirata subía a por ella, profiriendo voces obscenas. Joan decidió arrojarse al océano si se trataba del moro, pero cuando se volvió a mirar...

—Era yo —dijo Ebenezer, llorando—, y ojalá me queme en el infierno por haber hecho una cosa semejante. Era la primera vez en mi vida que se apoderaba de mí la lujuria como si yo fuera una cabra en celo; había perdido la esperanza de volver a ver a Joan, pues yo pensaba que me despreciaba. ¡Dios santo, fue la partida de Pound lo que la salvó de que la volvieran a violar! ¡Y además a manos del hombre por cuya causa había padecido todo lo que le había acontecido antes! Aún hoy en día sigo siendo incapaz de comprender aquella debilidad mía, como tampoco comprendo la de la otra vez, cuando estaba dispuesto a forzaros a vos en casa del capitán Mitchell.

—Para vos era mera lujuria, algo a lo que se inclina el común de los mortales —repuso Susan—, pero para Joan Toast era el fin del mundo, pues os amaba más allá de la muerte. Cuando el *Cyprian* tocó puerto en Filadelfia, firmó con el primer traficante de rameras que vio en el puerto, el cual, casualmente, resultó ser el capitán Mitchell, del condado de Calvert.

—¡Santo cielo! ¿Queréis decir que...?

—¡Quiero decir que ejerció en calidad de ramera de Mitchell desde el primer momento! La sífilis que le había contagiado el moro pronto se extendió sobre su persona en forma de pústulas y erupciones, de modo que nadie quería ir con ella, y encima supo que estaba preñada. Al poco se dio al opio, a fin de aliviar sus desgracias, y acabó firmando un contrato de servidumbre de por vida con Mitchell, quien la destinó a propagar la sífilis entre los salvajes y a ejecutar unas cuantas

labores ingratas. Fue entonces cuando llegasteis a casa de Mitchell, tras vuestro naufragio, como dos aparecidos, y Joan se sintió tan avergonzada de su lamentable estado y tan iracunda por causa de vuestra traición, amén de desesperada por su futuro, que juró poner fin a todo aquello y acabó con su vida. Este anillo no sirvió para traer a Malden a la bella Joan Toast de Locket's, sino a su horrible cadáver.

—¡Y yo soy su asesino! —exclamó Ebenezer. Se levantó de la silla dando un salto—. ¡He de ver su tumba y poner fin a mi vida yo también! ¿Dónde yace su cuerpo?

—Está donde solía, y ya es mucho el tiempo que lleva ahí, desde el otoño —dijo Susan y se llevó la mano al pecho—. ¡He aquí el cadáver de vuestra Joan Toast, ante vuestros ojos!

—¡Ah, esto no puede ser! —Mas al caer en la cuenta de que así era en efecto, nuevas lágrimas rodaron por el rostro del poeta—. ¡Es de todo punto imposible! ¡Henry... Henry se hubiera dado cuenta, por Cristo bendito! Y Smith, vuestro padre...

—Henry Burlingame me reconoció la misma noche que llegasteis a casa de Mitchell, y ha guardado el secreto a instancias mías.

—Pero la historia de Susan Warren y Elizabeth Williams...

—Es cierta de *pe a pa*, exceptuando un solo detalle: es la historia de la desgracia de aquella pobre muchacha cuando me llevaron a casa de Mitchell. Fue mi parecido con ella, y el de ella con Elizabeth Williams lo que le hizo al capitán pagar tan alto precio por mí; poco después de haberme hecho caer en las redes del opio, asesinó a Susan durante un acceso de cólera y la enterró bajo el nombre de Elizabeth Williams.

—¡Diantre!

—Entonces se hizo preciso —dijo Joan— ocultar su crimen, pues no quería llamar la atención sobre las actividades que desarrollaba. Consecuentemente, fue a Malden en busca de William Smith y le contó que la muchacha había muerto de sífilis; luego, para mantenerse enteramente a salvo, prometió a Smith hacer de él un próspero tratante de rameras a condición de que me proclamara hija suya. La codicia fue el sentimiento que prevaleció en el ánimo del tonelero y ni que decir tiene que mi opinión no contaba.

—¡Pero cielos! —exclamó Ebenezer—. ¡Ese Mitchell es un desalmado de mayor envergadura que su jefe Coode!

—No sé quién es el jefe de Mitchell ni si en efecto lo tiene, pero sí que sé que se está tramando una conspiración monstruosa. Mitchell hace llegar su opio a los cuatro confines de la provincia y a las muchachas como yo las utilizan para propagar deliberadamente la sífilis entre los indios.

La imagen que suscitaron las últimas palabras de Joan, junto con el recuerdo de su propio comportamiento en casa de Mitchell y la parte de responsabilidad que tenía

en el infortunio de la muchacha era más de lo que Ebenezer podía soportar: le sobrevino un ataque de náuseas no acompañadas de vómitos, que lo dejó exhausto, tendido de través sobre el lecho.

—Mencioné el nombre de Joan Toast tan sólo a modo de prueba, por ver cuáles eran vuestros sentimientos para con ella; lo volví a mencionar cuando concerté el holgar con vos para pagarme el pasaje en barca: si me hubierais desdeñado lo habría atribuido a mi fealdad, pues dijisteis que en Malden os haríais pasar por virgen ante Joan Toast.

—¡Dejadme fenecer de vergüenza! —gimió Ebenezer—. ¡Traedme una pistola de abajo y vengaos de todos vuestros padecimientos! O, si no, mandad llamar a John McEvoy y contadle lo que habéis soportado por mi causa. ¡Yo compartiré con él el placer que le cause darme muerte!

—Ya he visto a John McEvoy —repuso Joan—, en esta misma casa, no hace ni seis semanas. Había tenido conocimiento de vuestra pérdida de Malden y, a través de Burlingame, vino a por mí cuando vos estabais aún enfermo.

—¡Cuánto debe de aborrecerme!

—Incluso antes de ver en qué estado me encontraba —dijo Joan atropelladamente— su mayor deseo era mataros.

—¡Entonces hacedle venir, que me mate de un tiro y acabemos!

—Escuchadme hasta el final. —Joan se puso de pie, junto al lecho, mirando a Ebenezer desde arriba—. Le dije que éramos marido y mujer, pese a que vos seguíais siendo virgen, y que os amaba a pesar de mis tristes cuitas; díjele también que de vuestras desgracias, de las mías y asimismo de las suyas, ninguno de nosotros tenía por sí solo la culpa, sino que entre todos la compartíamos. Finalmente, díjele que seguía amándole, aunque no del mismo modo en que amaba a mi marido, y que si os infligía daño alguno me lo infligía a mí también. Entonces le dije que se fuera y que no regresara, porque *la mujer puede tener varias decenas de amantes a la vez, mas un solo amado*. No he vuelto a tener noticias suyas ni tampoco lo deseo.

Ebenezer estaba sobremanera alarmado como para hablar.

—Aquí tenéis seis libras que me dio vuestro padre para que huyera de Mitchell —concluyó abruptamente Joan, depositando el dinero encima de la colcha—. Basta para pagar un billete, y tras dos horas en el secadero puedo ganar para el otro. El *Peregrino* zarpa de Cambridge con la marea de madrugada, para reunirse con la flota que está anclada en Kecoughtan.

—¡Sois demasiado bondadosa! —lloró el poeta—. ¿Qué puedo hacer o decir para probar mi amor?

—Ningún hombre puede amar a la piltrafa con que os habéis casado —replicó Joan—. Mas si de verdad deseáis paliar mis desgracias, hay una cosa que os pediría que hicierais.

—¡Lo que sea! —juró Ebenezer, e inmediatamente comprendió, aterrado, lo que ella le podía pedir.

—Veo temor en vuestro semblante —observó Joan—. Deponedlo; no ansío vuestra inocencia.

—Yo os juro...

—No lo hagáis, por favor; sería un perjurio innecesario. Lo único que os pido es que os pongáis este anillo de hueso de pez que me disteis, el cual tiene un valor tan curioso para algunos plantadores, y que a cambio me deis el sello de plata que lleváis: me ayudará a sentirme más esposa y menos ramera.

—Exigua recompensa es —dijo Ebenezer, y aunque en realidad le causaba un dolor considerable separarse del anillo que le había dado su hermana, no se atrevió a demostrar sus sentimientos cuando se lo quitó del dedo y Joan le puso en su lugar el de hueso de pez, que era de mayor tamaño.

—¡Juradme que sois mi marido! —le ordenó.

—¡Lo juro por Dios! ¡Y vos mi esposa por siempre jamás!

—No, Eben, sería pedir demasiado por mi parte y demasiado jurar por la vuestra. Ni siquiera me atrevo a tener la esperanza de que me aguardéis.

—¡Que algún dios me haga caer fulminado si no lo hago! ¿Cómo puedes ni pensarlo?

Joan movió la cabeza y se calzó el sello de plata.

—Sea como fuere; ahora he de ir al secadero —dijo, lúgubrementemente—. El anillo me ayudará.

Tras la partida de Joan, Ebenezer siguió tumbado de través en la cama, completamente vestido, abrumado todavía por todo lo que había averiguado aquella noche. La vela, que estaba entera cuando la encendió después de la cena para que le diera luz mientras concluía el poema, ya casi se había consumido, y la tenue corriente de aire que llegó del corredor cuando salía Joan la apagó. El poeta tenía en una mano el dinero que le había dado ella; tocó con los dedos el anillo de hueso de pez y oró sin palabras, agradeciéndole a los dioses que tuvieran que ver con ello el que le hubieran proporcionado la manera de escapar, por un lado, de la cólera de su padre y del suicidio, por otro, así como también que le hubieran permitido descargarse en cierta medida de la espantosa deuda que tenía contraída con Joan Toast.

—¿Qué cuentos se trae un poeta con los asuntos del mundo? —se preguntó, retóricamente—. ¿Qué tiene que ver con propiedades, con herencias, con las enmarañadas disputas de los gobiernos, con las redes del amor? Tales son precisamente los temas que ha de tratar, y cuanto más se involucre en esas cosas, menos verá y con menor claridad. Ese fue el gran error que cometí al principio: el poeta se debe arrojar en los brazos de la vida, como ya he dicho, y husmear en sus más íntimos recovecos y encantos, como hacen los amantes, mas el corazón debe

ocultarlo y no entregarlo jamás; deberá ser tan insensible como el insensible gigoló cuyo arte para con las mujeres dimana del desapego que hacia las mismas siente; o bien hará como aquellos santos padres que se sumen por una vez en la ciénaga del pecado para luego correr a refugiarse en sus celdas y rechazar el mundo con conocimiento de causa. Así también el poeta tiene la obligación de comprometerse con el mundo en el que le ha tocado vivir, mas a condición de librarse de él antes de que éste lo aherroje. El poeta es un viajero diligente y diestro que en hallándose en un país extranjero da en imitar el atuendo y las costumbres de quienes lo habitan, para así mejor reparar en sus bárbaros hábitos; mas con todo sigue siendo viajero, y no debe demorarse en exceso. Es lícito que juegue con el amor, o con el aprendizaje, o con el arte de ganar dinero, o con el gobierno —sí, incluso con la moral o la metafísica—, a condición de que no olvide nunca que se trata de un mero juego, en el que por mero entretenimiento toma parte, importándole un rábano el éxito o el fracaso. Yo soy poeta, y ninguna otra cosa aparte de ello; seré consciente tan sólo de mi arte: ése es mi principio y mi fin.

Habíase embarcado Ebenezer en tales reflexiones para así justificar la huida con Joan; mas cuando las mismas adquirieron un tono de manifiesto, vínosele a las mientes una nueva idea, tan abominable que la alejó de sí al instante, y tan fascinante, sin embargo, por la perfidia que entrañaba, que no podía dejar de volver sobre ella una vez tras otra.

—¡Ay, Dios, será posible siquiera que haya concebido semejante idea! ¡Y además mientras esa pobre desdichada se afana y estremece entre los brazos de algún salvaje con ánimo de juntar dinero para nuestro pasaje!

Mas, por inconcebible que le pareciera aquella idea, ya se le había ocurrido, y cuanto más la execraba y vilipendiaba, con mayor tenacidad se le aferraba a la imaginación. Al cabo de tal vez tres cuartos de hora, Ebenezer se vio diciéndose:

—Ella no tiene culpa ninguna de que el moro descomunal la poseyera y le contagiara la sífilis, engendrando en su seno un negro infante; pese al opio y la prostitución sigue siendo la misma Joan Toast que yo amo; las purgas y abusos de Mitchell, los cuales le han destruido el cabello y los dientes, no han logrado desfigurarle el carácter. Movida por una fe y una caridad santas, me ha dejado este dinero aunque lo había obtenido de mi propio padre por medio de engaños. Además es mi esposa: a los ojos del cielo no cuenta que Richard Sowter no tenga potestad para celebrar matrimonios, ni que yo me haya casado con ella bajo coacción, ni que ella diera un nombre falso, ni que a los ojos de la ley haya cometido centenares de adulterios mientras nuestro matrimonio seguía sin consumarse. Debo aguardar a que regrese, y si se diera la circunstancia de que no le hubiera contagiado su enfermedad a un buen puñado de indios roñosos, debo en conciencia devolverle el dinero de mi padre, cuya ira me cumple a fin de cuentas padecer, ira que habrá aumentado

considerablemente por el hecho de que Joan le haya dado calabazas. Eso es lo que dice nuestro código cristiano del honor, y aun cuando, en tanto que poeta, no soy más que un invitado, valga la expresión de la Cristiandad, con todo y con ello es mi obligación hacer honor a las normas de la casa.

Sin embargo, ¿qué le ataba sino el mismo código en cuestión? Conforme a sus cálculos le quedaba poco tiempo; se levantó de la cama, se echó una gruesa casaca por encima de los hombros y recogió el libro de cuentas. Aunque en la oscuridad no acertaba a distinguir los versos, entonó mentalmente el final feroz de su sátira y se abrazó al cuaderno, estrechándolo contra su pecho. Mas cuando se vio en el pasillo y a oscuras, rompió a sudar, avergonzado.

—¡No! ¿Qué estoy haciendo? Aunque ahora sea más poeta que nunca en mi vida (y por tanto, a nadie estoy obligado sino a mi musa ni estoy comprometido con ninguna institución salvo mi arte), y aunque mi voto vaya en contra del credo poético y contra la promesa que le había hecho previamente a Anna, con todo, maldita sea, he dado mi palabra y la he sellado con los anillos.

Aquella fue la angustia final. Mientras descendía por las escaleras de puntillas y salía por la puerta trasera de la casa, vio la expresión endurecida y recriminatoria de su hermana; al cruzar el patio a oscuras camino de las cuerdas, recordó cuando Anna le regaló el anillo, y su respuesta, nerviosa, prometiéndole que haría prosperar su dote. Luego de haber encontrado un caballo ensillado que pertenecería a algún visitante y tras montarse en él, la imagen de Joan Toast se entremezcló extrañamente con la de Henry Burlingame, al tiempo que la causa de su hermana fundíase con la suya propia, de modo que las dos parejas emergían en medio de un antagonismo no por obvio claramente explicable, al menos de momento.

Un frío viento decembrino barría el Puntal de Cooke, helando las lágrimas que arrasaban las mejillas del poeta. Ebenezer espoleó con los talones a la cabalgadura y exclamó:

—¡Pluguiera a algún dios hacerme caer muerto ahora mismo!

Sin embargo, tenía bien sujeto en la mano el billete de banco, por temor a que se extraviara en la oscuridad.

TERCERA PARTE: MALDEN GANADO

1. EL POETA ENCUENTRA A UN HOMBRE QUE NADA TIENE QUE PERDER Y PRECISA QUE LO RESCATEN

A lo largo de las gélidas quince millas que separaban el Puntal de Cooke del muelle de Cambridge, Ebenezer tiritó no sólo por causa del viento, ni tampoco por el simple asco que hacia sí mismo sentía, y que le iba y venía en espasmos cíclicos, en el intervalo entre los cuales el poeta era capaz de alarmar el valor cardinal de su arte, así como el valor correlativo de su independencia como persona; la causa primordial de sus estremecimientos era el miedo que le daba el que Joan Toast pudiera seguirlo, o que lo reconocieran y devolvieran a Malden por haberse fugado sin cumplir su vigente contrato de servidumbre. Aún no había amanecido cuando arribó a la capital del condado: la posada y el juzgado estaban a oscuras, mas en la desembocadura del río vislumbrábase el *Peregrino*, con los fanales de las portas y de los mástiles encendidos; en cubierta, así como en el muelle, veíanse hombres trabajando a la luz de los faroles, aprestando el buque para cuando cambiara la marea. A punto de ponerse, la luna todo lo ocultaba, salvo el lucero del alba; placiole a Ebenezer imaginar que estaba suspendida sobre el meridiano de Londres, como una nueva estrella de Belén, y que había de guiarlo hacia la cuna de su destino.

—Henry Burlingame le sacaría el jugo a esta imagen —pensó, y tras atar el caballo dirigiose con nerviosismo hacia el muelle—. No sé si soy un Rey Mago, el Mesías, Lázaro o el hijo pródigo.

No llevaba demasiado tiempo deambulando por entre los estibadores del puerto cuando notó que una mano se apoyaba suavemente en su hombro, y alguien que tenía tras de sí le preguntó:

—¿Tan pronto abandonáis el Puntal de Cooke, señor Laureado?

Ebenezer se volvió en redondo a fin de averiguar quién le había dado captura, mas el hombre que vio no era nadie a quien pudieran suponérsele fundadamente intenciones hostiles. Tratábase de un sujeto andrajoso, entrado en años, de barba muy descuidada y que no gastaba peluca, era tan flaco como un esqueleto y había estado enrollando unos cabos que tenía cerca de sí.

—¿Quién sois? —demandó Ebenezer.

El hombre se mostró sobremanera sorprendido.

—¡Ni siquiera me reconocéis! —preguntó en voz alta, como si aquella ingenuidad fuera imposible.

Ebenezer lo escrutó, incómodo: de no haber tenido lugar una metamorfosis milagrosa, aquel hombre no era Burlingame, ni McEvoy, ni Sowter, ni Smith, ni Andrew Cooke, y ni su atuendo ni la ocupación que desempeñaba sugerían que pudiera tratarse del *sheriff* del condado.

—No, y tampoco sé por qué me abordáis.

—Vamos, no temáis, señor Cooke. No me importa de dónde vengáis ni hacia dónde zarpéis, y si me importara daría lo mismo: a la vista está que no soy más que una rata portuaria que no tiene poder para deteneros.

—En ese caso os ruego que me dejéis ir —dijo Ebenezer—. He de hallar pasaje en ese barco inmediatamente.

—¿De veras? —El estibador exhibió una sonrisa desdentada y apretó con fuerza el brazo del poeta—. ¿Viaja con vos madame Cooke o sus asuntos la retienen en Malden?

—Soltadme en este mismo instante y dejaos de impertinencias —dijo Ebenezer, amenazador— o de lo contrario haré que os despidan —su voz era colérica, mas lo cierto era que le aterraba la perspectiva de que lo aprehendieran.

Ya había un caballero que, a cierta distancia, por detrás del estibador, los observaba con interés.

—Poco daño podéis hacerme —dijo el estibador con una sonrisa burlona—. Con lo que me pagan, no es ninguna amenaza el despido, y más bajo no puedo caer, pues ya estoy en el fondo. Se pudiera decir que soy un hombre que nada tiene que perder, pues ya lo ha perdido todo.

—Es una lástima —dijo Ebenezer—, mas no alcanzo a ver...

—Sabed que no ha mucho tiempo yo era un caballero, señor poeta, que tenía caballo y perro, peluca y chaleco, e infinidad de campos de tabaco a mi cargo; pero ahora, gracias a vos, señor, puedo dar por bueno el día en que el trabajo me cansa lo bastante como para dormir sin oír los rugidos de mis tripas. Como veis, me cubro con harapos y no cosecho más que gusanos, sabañones y ampollas.

Ebenezer arrugó la frente, incrédulo:

—¿Gracias a mí? —Súbitamente reconoció a quien le había detenido y sintió un cosquilleo de alarma—: Sois Spurdance, el capataz de mi padre.

—El mismo; vuestro padre me engañó, vuestro impío amigo Tim Mitchell conspiró contra mí y vos labrasteis mi ruina.

—¡No, no! —protestó Ebenezer—. ¡Hay cosas que no sabéis! —Para desaliento suyo, vio que el caballero que daba muestras de interés se acercaba más—. ¡Fue mi pobre inocencia lo que acabó con vos!

—Sois vos, no yo, el que no sabe —insistió el estibador—. Sé que hicisteis la cesión de Malden por ignorancia, y sé tan bien como vos que Tim Mitchell no es Tim Mitchell, así como que Susan Warren no es Susan Warren. Pero también sé que el viejo capitán Mitchell, por más que hace unos años era un canalla desnaturalizado y desalmado, últimamente estaba en manos de vuestro amigo Tim. Tim Mitchell es el que está al frente de todo el comercio de ramerías, sea quien sea y trabaje para quien trabaje; él es quien supervisa el tráfico de opio entre Nueva York y Carolina; él es

quien conspira con monsieur Casteene y con los indios desnudos; él es el que firmó los contratos con vuestro padre y con todos los demás a fin de convertir las casas solariegas en casas de lenocinio y consumo de opio, ahora que ha decaído el mercado del tabaco, y ¡ay del capataz honrado que no quiera saber nada de eso! —Spurdance cogió a Ebenezer del otro brazo y lo fue empujando hacia un mamparo de hierro—. Si no lo arruina un mentecato como vos, incapaz de distinguir el blanco del negro, lo despedirá el amo corrupto, y si da a conocer al público el mal, todos sus vecinos se arrojarán sobre él como un solo hombre a fin de evitar que se pongan cortapisas a los placeres, y si tiene la osadía de causarle problemas a vuestro innumerable amigo...

—¡Cuidado con el mamparo, señor! —exclamó el caballero que los observaba, acercándose y desenvainando la espada.

—¡No puedo evitarlo! —acertó a decir Ebenezer, reparando en el peligro—. Este hombre...

—¡Soltadlo! —ordenó el desconocido.

Spurdance miró la espada con ojos extraviados.

—¡No tengo nada que perder, maldito seáis! Este desdichado y su diabólico aliado...

El desconocido le propinó a Spurdance un golpe con la parte plana de la espada y antes de que pudiera recuperarse tenía la punta en el gaznate.

—Ni una palabra más sobre el asunto —dijo el desconocido—. Ni ahora ni luego, de lo contrario será la última palabra que digáis en este mundo. —A los estibadores, que se habían congregado en derredor, les dijo—: ¡Este demente ha atacado al señor Cooke, Poeta Laureado de Maryland! ¡Si es amigo vuestro, lleváoslo de aquí antes de que le eche al *sheriff* encima!

Aunque con toda probabilidad ya lo habrían reconocido, Ebenezer se alarmó al oír que pronunciaban su nombre. Sin embargo, la actitud del desconocido había infundido temor a los estibadores: dos de ellos ayudaron a Spurdance, que estaba herido, a llegar hasta la taberna, y un tercero se ofreció a transportar a los dos caballeros hasta el *Peregrino*.

—¡Por mi fe que me habéis salvado la vida, señor! —dijo Ebenezer.

—Es un honor para mí, señor Cooke.

El desconocido era un hombre de baja estatura, tez morena y constitución recia, bastante mayor que el poeta; llevaba al descubierto su natural cabello, que era de color gris hierro; la barba era del mismo color, y la casaca, las botas y los calzones, aunque de factura sencilla, parecían estar confeccionados con materiales costosos.

—Allí está el bote del *Peregrino* —dijo—. Soy Nicholas Lowe, de Talbot, y mi destino, la ciudad de Saint Mary.

Mas en el mismo momento en que se estaba identificando le iluminó el semblante el fanal de un estibador que pasó junto a ellos. Ebenezer reconoció aquella mirada

viva y aquellos dientes estropeados y se quedó boquiabierto.

—¡Henry!

—Me llamo *Nicholas* —repitió Burlingame—. Nicholas Lowe, del condado de Talbot. ¿Viajáis solo, señor? Me ha parecido entender que sois casado.

Ebenezer se ruborizó.

—Yo... yo tengo que intentar explicártelo, Henry, cuando haya tiempo. ¡Pero, Dios mío! ¿No habrás golpeado a Spurdance por mi causa?

—Por ninguna otra —dijo Burlingame—. *Se puede dejar a un amigo que se las comonga en caso de apuro, mas no si está en un callejón oscuro.* Y hacedme la merced de llamarme Nicholas, puesto que Nicholas me llamo.

—¡Qué cosas dijo ese hombre de ti y de mi padre! ¡Me da vértigo pensarlo!

—Necedades sin fundamento:

Pero Ebenezer negó con la cabeza.

—¿Qué motivos tenía para mentir? Y como él mismo dijo, no tenía nada que perder.

—Que un hombre no tenga nada que perder no es razón suficiente para confiar en él —replicó Burlingame—, si en virtud de esa misma circunstancia puede salir ganando algo.

—Tampoco tenía nada que ganar —añadió Ebenezer con amargura, pensando en el ataque de que había sido objeto Spurdance—, cuando sí que tenía mucho que perder.

—Con todo, quítale toda perspectiva de pérdida y ganancia y, aunque el testigo tenga a la verdad como vela mayor, su timón será el capricho y su viento el veleidoso azar.

—¿Quieres pues hacerme pensar que no se puede confiar en nadie? —preguntó Ebenezer—. ¡Páreceme que tu cinismo está justificado!

—A lo que el santo llama cinismo —dijo Burlingame, encogiéndose de hombros—, llámalo el hombre de mundo sentido común. La verdad es que se puede confiar en todos los hombres, mas no respecto de las mismas cosas. De la misma manera que yo le puedo confiar a un capitán de barco mi vida mas no a mi esposa, yo puedo confiar en la buena intención de Spurdance, mas no en la información de la que dispone. Sólo los locos, los niños o los desgraciados a quienes ciega el amor, como la pobre Joan Toast, confiarían plenamente en ninguna persona.

A Ebenezer le ardía la cara.

—¡Conoces mi vergüenza!

—Vergüenza debería darnos a los seres humanos no ser ángeles, ¿no crees? ¿Yo qué he descubierto sino que tú eres tan humano y Joan Toast tan necia como decía antes?

—¡También yo soy necio! —lloró el poeta—. ¿Qué sino el amor me ha puesto

escamas en los ojos, impidiéndome ver tu comportamiento; me ha taponado los oídos, impidiéndome oír lo que tú admitías y los demás decían a las claras; me ha trastornado el juicio haciéndome justificar tus mayores villanías?

—Le das crédito a ese capataz mentecato —dijo Burlingame con desdén—. ¿Por qué no te tragas el anzuelo y el carrete y crees a quienes dicen que fui yo quien propició la alianza entre Coode y Jacob Leisler, dando pie a todas las revueltas que han tenido lugar? ¿Por qué no das crédito a los caballeros que me hacen primer lugarteniente del papa, o del rey Louis, o de Jacobo II, o de William Penn, o del mismísimo diablo?

—Yo ya no creo en nadie —respondió Ebenezer—. Yo no creo en nada de este mundo, salvo que Baltimore es el principio mismo de la bondad y Coode, la encarnación del mal.

—Entonces no me queda más remedio que desilusionarte del todo —dijo su tutor—. Mas ahora vayamos a bordo de nuestro barco, pues de lo contrario zarpará sin nosotros. —Burlingame se dirigió hacia el bote del *Peregrino*, pero Ebenezer se rezagaba—. ¡Vamos! ¿Qué te retiene?

Ebenezer se tapó los ojos.

—La vergüenza y el miedo; lo mismo que me insta a continuar.

—Son las *cantinières*^[43] de todas las grandes empresas y es menester vivir con ellas.

—No —dijo Ebenezer—. Esta conversación le ha acortado las alas a mi resolución; ya no puedo huir a Inglaterra.

—Tampoco era mi intención que lo hicieras, sino que vinieras conmigo hasta la ciudad de Saint Mary, donde me aguarda un asunto urgente.

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Sea justo o injusto el asunto que te traes entre manos, nada quiero saber del mismo.

—¿Y de tu hermana Anna tampoco? Es a ella a quien espero ver en Saint Mary.

—¡Anna en Maryland! ¿Qué nueva enfermedad es ésta?

—No tengo tiempo para explicártelo ahora —rio Burlingame, y cogiendo a Ebenezer del brazo lo llevó hacia el bote que les aguardaba—. ¿Ves cómo el *Peregrino* ya arría la grímpola? La marea va a cambiar.

Aún logró Ebenezer resistirse durante un momento más al influjo, la familiaridad y los apremios de su antiguo tutor, pero la noticia sobre Anna —aunque consideró la posibilidad de que fuera completamente falsa— era hartamente asombrosa e intrigante como para dejarla pasar. Mientras el bote los llevaba hacia la desembocadura del río, acarició con aire ausente el anillo, como hacía siempre que pensaba en su hermana, y cuando palpó hueso en vez de plata, sintió sorpresa y remordimiento.

—¿Qué estará haciendo Joan ahora? —se preguntó, y guardó el anillo de hueso

de pez en un bolsillo, para eludir las preguntas de Burlingame.

Como no llevaba más equipaje que el libro de cuentas, en cosa de minutos Ebenezer quedó inscrito en calidad de pasajero del *Peregrino*. Cuando la aureola del sol orlaba el horizonte llano, el buque tenía a babor el Puntal de Castlehaven y enfilaba hacia las aguas abiertas de Chesapeake. Tanto con el fin de entrar en calor como con el de evitar ver otra vez el Puntal de Cooke, Ebenezer insistió en dejar la cubierta, e inmediatamente exigió ser informado de cualesquiera noticias que tuviera Burlingame sobre su hermana Anna.

—A juzgar por lo que me contaste de ella en la taberna de Cambridge —dijo con cansancio— es más gemela de Joan Toast que mía. Con todo, de ser cierto que ha atravesado el océano, paréceme que no la mueve un afán tan casto como a Joan. ¿Qué sabes de ella, Henry?

—Cada cosa en su lugar —dijo Burlingame—. Para empezar, insisto en que me llames Nicholas Lowe. Tu amigo y tutor Henry Burlingame ya no existe, puso fin a su propia vida.

—No, Henry. —Ebenezer hizo un gesto de cansancio con la mano—. Estoy ahído de intrigas y simulaciones y no me importa de qué ni para qué te has disfrazado.

—Este caso es diferente —insistió su amigo—. Mi nombre legal es Nick Lowe, te lo juro. ¿Recuerdas el asunto que me llevó a Malden, aparte del deseo de verte? Tenía que dar con un tal William Smith, bajo cuya custodia se hallaba un fragmento de la historia secreta de John Smith.

—¡Cielos, paréceme que ha pasado una década! ¿Quieres decir que tu amigo el tonelero te hizo entrega de los papeles y que estos demostraron que te llamabas Nicholas Lowe?

—Poco a poco, poco a poco —dijo Burlingame, riéndose—. El asunto es mucho más enrevesado. Todavía no le he puesto la mano encima a los papeles, mas cuando tuve la primera noticia de que Smith estaba en posesión de ellos, le pregunté, por simple curiosidad, qué acontecía con sir Henry Burlingame en la parte final de la historia, en particular si se hacía alguna mención a su origen. Su respuesta fue que, conforme a lo que recordaba, a Burlingame no le acontecía nada en absoluto: John Smith logró de algún modo acabar con la virginidad de la muchacha salvaje y poco después ambos hombres regresaron a Jamestown.

—¿Qué hablas de virginidades? Lo último que yo leí fue el fragmento que le robaste al jesuita, el cual concluye con la captura de aquella gente.

—Esa es la pena —replicó Burlingame—. Lo que tiene el tonelero no es en absoluto la historia de Smith, sino una parte del *Diario íntimo de sir Henry Burlingame*, en la que se refiere la aventura de Smith con Pocahontas. La primera mitad fue lo que tú leíste en la diligencia de Plymouth ¿Eres capaz de ver la doble trascendencia de esta noticia?

—Veo que significa que tu búsqueda fue infructuosa, a menos que en Maryland haya más Smiths a quienes amenazar con la castración.

Burlingame se rio.

—¡Poco te imaginas lo relevantes que son tus palabras! Pero sí, ésa es una de las cosas que ello implica: por lo que yo sé, la historia de Smith termina donde nosotros la dejamos; el resto o se ha perdido o jamás fue escrito, y el nombre de sir Henry no vuelve a aparecer en los anales. Cuando supe aquello me dije que mi búsqueda había sido un fracaso, abandoné toda esperanza de hallar pruebas de mi identidad y resolví crear una nueva. Acudí al coronel Henry Lowe, de Talbot, al cual salvé hace años de los piratas de Pound y, tras explicarle quién era, lo convencí de que me salvara a su vez la vida reconociéndome como hijo suyo. Así nació Nick Lowe, de la nada y sin esfuerzo alguno.

—He de reconocer que no veo la necesidad que había de hacer algo semejante —dijo Ebenezer—, menos aún por qué eso equivale a salvar tu vida. Pero el cielo sabe que no es tu primera acción misteriosa.

—Si tú la juzgas misteriosa, reflexiona de nuevo sobre el hecho de que lo que tiene el tonelero no es la historia de Smith sino el *Diario íntimo de sir Henry*. ¿Te acuerdas de cómo me hice con la primera mitad de aquel diario? ¡Entonces fue cuando le robé en Inglaterra a Ben Ricaud, su mensajero, las cartas de Coode! ¡*El Diario íntimo* lo tenía Coode, no Baltimore!

A pesar de no sentirse inclinado a mostrar un gran interés por los asuntos de Burlingame, Ebenezer no pudo ocultar la curiosidad que despertaba en él aquella revelación.

—Al principio, después de lo que me había contado Ben Spurdance —prosiguió diciendo Burlingame—, no me pareció cosa digna de gran admiración el que Coode le confiara a Bill Smith aquellos papeles, puesto que Smith era el lugarteniente del capitán Mitchell en la orilla oriental. Pero cuanto más pensaba en ello, más se enturbiaba el asunto: ¿Por qué se incluía el nombre del tonelero en la lista que me había entregado Baltimore si era un secuaz de Coode? ¿Y cómo explicar la prodigiosa coincidencia de que Coode, al igual que Baltimore, le confiara los papeles a gentes que se apellidaran Smith? No fue sino hasta unos días después de tu boda cuando se me ocurrió mentarle el asunto a Spurdance en la taberna de Cambridge, y entonces supe, como primera providencia, que Coode jamás le había hecho entrega a Smith de los papeles, sino que el tonelero se los había hurtado a Spurdance hacía mucho tiempo. El Spurdance de marras es un secuaz de Coode y fue merced al valor de lo que había capturado por lo que Bill Smith hízose hombre de Baltimore; de hecho, fue precisamente aquel *coup* lo que decidió a Baltimore a dividir su precioso diario de la Asamblea en dos mitades (no en tres partes, como suponíamos nosotros) y confiárselas a dos amigos suyos apellidados Smith. Sentía predilección por los

golpes teatrales como aquél, y ello le costó caro.

—¿Entonces Smith es hombre de Baltimore y Spurdance, de Coode? —preguntó Ebenezer con incredulidad—. ¿Cómo puede ser eso, si uno es un granuja de tomo y lomo, y el otro, a pesar de su carácter, un hombre honrado? ¿Y cómo puede ser que un agente de Baltimore se dedique al tráfico de rameras y opio en beneficio del capitán Mitchell, lo cual es lo mismo que decir que en beneficio de Coode? Bah, paréceme que la conveniencia, y no la verdad, es la urdimbre de ese cuento, y su textura, el subterfugio, y paréceme asimismo que lo has tejido con la lanzadera de la intriga en el telar de mi antigua credulidad. En resumidas cuentas, tan burda es la tela con que has confeccionado esta criatura que incluso yo puedo ver que no encajan las costumbres. Es un retal lleno de contradicciones.

—Lo es en verdad —concedió Burlingame— si uno lo aborda desde las contradicciones entre las que hemos navegado. Pero es que nosotros somos como un marinero sueco al que conocí en Barcelona, el cual había ideado un método inteligente para calcular la longitud en función de la posición de las estrellas, método que era insólitamente preciso en todos sus extremos salvo uno: hasta el día de su muerte aquel marino fue incapaz de recordar si Antares formaba parte de Escorpio y Arturo del Pastor, o si bien era al contrario. Como consecuencia de aquello, daba en calcular la longitud con respecto a Antares utilizando como base el azimut que había avistado con respecto a Arturo, con lo que su barco encallaba en los bancos de Goodwin Sands. En lenguaje llano, yo sabía que Mitchell recibía apoyo de alguna entidad poderosa y remota cuyos motivos eran más siniestros que el mero beneficio pecuniario y, puesto que la índole del tráfico que se trae entre manos es maligna, desde un principio di por supuesto que detrás de todo estaba Coode. No fue sino cuando lo de Spurdance y Bill Smith que se me ocurrieron otras alternativas.

Hasta entonces Ebenezer había estado recostado indolentemente en su asiento, pero en aquel momento se enderezó.

—¡Y ahora seguro que estás a punto de decirme que Baltimore está involucrado en el tráfico que dirige Mitchell!

Burlingame asintió sobriamente.

—No sólo está, involucrado, Eben: ¡es el corazón, el cerebro y la mano ejecutora! Su plan consiste nada menos que en hacer estragos entre la población inglesa de América por medio del opio, y entre las poblaciones indias con las que los primeros mantienen relación de amistad por medio de la sífilis, para que así, al cabo de poco tiempo, los distintos gobiernos acaben cayendo en manos de los franceses, los cuales se han aliado con los indios desnudos de monsieur Casteene. Cumplido lo cual, el papa se ha comprometido a intervenir, uniendo a todas las colonias en un solo territorio de grandes dimensiones, bajo la advocación de Roma, y Baltimore, como recompensa por sus servicios, será coronado emperador de América en vida y

elevado a los altares tras su muerte.

—¡Eso es absurdo! —protestó Ebenezer—. Es como si pretendieras que Dios es en realidad el principio del mal, y que Lucifer es el principio del bien.

Burlingame se encogió de hombros.

—De que Baltimore está detrás de Mitchell estoy seguro, y vista a través de la lente de tal certidumbre, toda la historia de la provincia cobra un aspecto diferente: ¿quién sabe si William Claiborne fue un héroe, al igual que Penn, el gobernador Fendall y todos los demás? Yo lo único que sé de Coode es que ha conspirado contra todos y cada uno de los gobiernos que ha habido en Maryland: ¿no se te ha ocurrido a ti pensar jamás que todos esos gobiernos bien pudieran haber sido tan corruptos como el propio Baltimore y que Coode, al igual que el Satán de Milton, pudiera ser más digno de nuestra comprensión que de nuestra censura?

Ebenezer se apretó la frente con la mano y se estremeció.

—Ante la falta de hechos, supongo que debemos considerar todas las posibilidades: pero la perspectiva me sacude.

—No son hechos lo que falta, desde luego; he sido el principal intrigante de Baltimore estos cuatro años y tengo más información privada de la que nunca tuvo Salustio con respecto a Catilina. Lo grave es que incluso los hechos por sí solos son confusos, más aún si se acepta, como toda persona inteligente debe aceptar, que se puede actuar mal con buenas intenciones y a la inversa, y todavía más si defiendes que el bien y el mal son cuestión de perspectiva y que varían con el punto de vista, latitud, circunstancias y época. La historia, para abreviar, es como esos pozos de los que he oído hablar en los desiertos de África; las más variadas bestias pueden beber allí codo con codo, con igual aprovechamiento.

—Pero ¿qué significa esto —preguntó Ebenezer— sino decir que los hechos no nos sirven de nada al emitir un juicio? ¿No es esa misma idea la que mantuve el pasado otoño en Cambridge y que me costó perder mi hacienda?

—En absoluto —respondió Burlingame—, porque los jueces se ponen su escala de valores con la peluca y la toga que les son hechas por la legión de los acusados, y el jurado no tiene otra función que basarse en los hechos. Además de lo cual observan a los litigantes cara a cara y oyen su testimonio, y así pueden juzgar sus personalidades; pero a pesar de la fama nunca he conocido a nadie que haya visto a John Coode cara a cara, ni a pesar de la fama y de la influencia y de la gran confianza que ha depositado en mí, he visto yo mismo a lord Baltimore, como tú tampoco.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

Burlingame contestó que todas sus comunicaciones con el lord propietario, incluso mientras vivieron bajo el mismo techo, se habían realizado a través de mensajeros, porque Baltimore se había encerrado en sus habitaciones pretextando una enfermedad.

—No hay modo de echarle la vista encima a Baltimore ahora —dijo—, pero últimamente me he hecho a mí mismo un solemne juramento: si vive en realidad tal criatura como este John Coode, que ha sido sacerdote católico, ministro de la Iglesia de Inglaterra, *sheriff*, capitán, coronel, general y Dios sabe cuántas cosas más, me enfrentaré con él cara a cara y me enteraré de una vez por todas de cuál es la causa que defiende. Mi viaje a la ciudad de Saint Mary es para buscarlo a él tanto como a Anna.

Ante la mención del nombre de su hermana, todo pensamiento sobre la política de Maryland desapareció de la mente del poeta y exigió una vez más saber por qué ella y Andrew habían llegado a la provincia tanto tiempo antes de lo planeado.

—La causa de tu padre la verás clara —dijo Burlingame— en cuanto te haya dicho que no hicieron el viaje juntos. Ha venido a buscarla y además a negociar con Mitchell. Poco podía él imaginar cuando lo vi por última vez que ya no tenía hacienda en Maryland, pero probablemente ya haya oído la noticia...

—Entonces la acusación de Spurdance es verdad, que mi padre está aliado con Mitchell.

—Todavía no por lo que yo sé, pero pronto será verdad. Entre la guerra, la caída de los mercaderes extranjeros, el mal tiempo, la escasez de barcos y de plantas robustas, la mosca, el gusano, el escarabajo, las heladas y los peligros procedentes del mar o de sus enemigos, el plantador de tabaco se encuentra en estos tiempos en graves dificultades. Algunos han vendido la mitad de sus propiedades para sanear el resto; otros se han dedicado a otras cosechas que apenas tienen valor; algunos se han trasladado a Pennsylvania, donde la tierra no ha sido todavía esquilada y agostada, y algunos a los que no atraía ninguna de esas alternativas, se han vuelto hacia campos más lucrativos. Tengo razones para creer que el viejo Andrew discutió sobre esta cuestión con lord Baltimore antes de embarcar, de lo contrario no tendría motivos para venir directo desde Piscataway a casa del capitán Mitchell, donde Joan y yo lo vimos hace dos días. Fue entonces cuando huimos juntos: ella para advertirte de su presencia y yo para llegar a un acuerdo con el coronel Henry Lowe y encontrarme con tu gemela aquí. No podía seguir más tiempo con Mitchell, no sólo porque ya me había enterado de que mi búsqueda no tenía posibilidades, sino porque el verdadero Tim Mitchell, así por lo menos lo he oído, está camino de la provincia. Y lo que es peor, el jesuita Thomas Smith, al que visitamos cerca de Oxford, se ha quejado a lord Baltimore de que lo maltraté, de modo que se me miraba con suspicacia por todas partes.

—Pero ¡maldita sea! —exclamó Ebenezer—. ¿Qué pasa con mi hermana? ¿Dónde está ahora y por qué tenía que venir a Maryland?

—Conoces la causa tan bien como yo —dijo Burlingame.

—Que está enamorada de ti —se lamentó Ebenezer—. Oh, Dios mío, ¡cómo me

hubiese complacido esa noticia en otros tiempos! Pero ahora que sé que eres la misma esencia de la carnalidad, me siento como la madre de Ceres debió sentirse cuando Plutón tomó a Proserpina por esposa. Y fastidiado; ¡te aseguro que me fastidia recordar cómo alababa ella mi inocencia y cómo unió la suya a la mía en la casa de postas de Londres y selló nuestros votos de virginidad con su anillo de plata! Y todo era engaño y cruel falsedad: la despojaste de su virginidad hace tiempo en el invernadero y la poseíste a mis espaldas en Londres, e incluso aquel mismo día de mi marcha, antes de que acabara mi asunto con Ben Bragg, os arrullasteis en público desvergonzadamente. ¡Qué hipocresía! ¡Qué corrompido placer debe de haber sentido al jurarme que sería casta, incluso cuando mientras me lo juraba todavía sentía tus manos sobre ella y ansiaba un último revolcón en tu cama! Ahora veo claro por qué aquella última despedida me inquietó y entiendo el asunto del anillo: estaba tan excitada por ti, que te mantenías disfrazado a no más de diez yardas de distancia, que se imaginaba que era tu mano con la que estaba jugueteando y su imaginación casi le hace desmayarse.

—Basta —ordenó Burlingame—. Si de verdad crees estas insensateces, no eres tanto un inocente como un estúpido.

—¿Lo niegas? —exclamó el poeta—. ¿Niegas que fuera vuestra relación licenciosa lo que motivó que mi padre te echase de Saint Giles?

—No, no del todo.

—¡Y aquellos sucios alardes en la taberna de Cambridge! —le apremió Ebenezer airado—. Que ella te había rogado que la poseyeses y que había descubierto ante tus ojos sus secretos más íntimos y a menudo había enloquecido de alegría con vuestros lúbricos juegos... ¿Me vas a negar todo esto ahora?

—Todo eso es verdad en esencia —suspiró Burlingame—, pero lo que no acabas de ver...

—¿Entonces en dónde está mi estupidez excepto en estimarla demasiado para darme cuenta de que era vulgar lujuria hacia ti lo que la atrajo a nuestras habitaciones de Thames Street y de que esta misma lujuria monstruosa le ha hecho recorrer medio mundo para calentarte la cama?

—Acaba de una vez, idiota —exclamó Burlingame—. Es verdaderamente el amor lo que la ha traído hasta aquí, o lujuria, si lo prefieres; pero amor o lujuria... ¡Por Cristo, Eben!, ¿no te has dado cuenta en todos estos años de que eres tú el objeto de ello?

2. COMPENDIO LEGO DE GEMINOLOGÍA, RECOPIADO POR HENRY BURLINGAME, COSMÓFILO

Las facciones de Ebenezer experimentaron una contorsión portentosa.

—¡Por nuestro santo Padre Celestial, Henry! ¿Qué es lo que has dicho?

Burlingame hizo girar el puño sobre la palma de su otra mano, miró con expresión ceñuda hacia cubierta y dijo:

—Tu hermana es un espíritu fragmentado y escindido, amigo mío; una mitad de su alma no aspira sino a fusionarse con la tuya, en tanto que la otra mitad se espanta ante la idea. No es amor ni lujuria lo que le inspiras, sino una urgencia elemental y consistente de amalgamarse contigo, lo cual es menos digno de censura que de admiración. Así como Aristófanes mantenía que macho y hembra son mitades desgajadas de un todo primigenio, las cuales se lamentan tratando en vano de alcanzar la unión, así también Anna, cosa que he concluido mucho tiempo ha, padece el ansia, y su voluntad es ajena a ello, de recobrar la identidad oscura que los gemelos comparten en el útero, así como la proximidad cuasifetal que caracteriza a la infancia de tales seres.

—¡Me dan escalofríos de pensarlo!

—Otro tanto le ocurre a Anna (hasta tal punto que su fantasía sólo puede aceptar esto bajo una forma disfrazada), mas fue esta idea y no otra lo que la empujó hacia mí en el cenador. Fue a mitad de una hermosa noche de mayo, la noche en que cumplíais dieciséis años, y aunque el momento propio había tenido lugar hacía unos días, una lluvia de meteoritos procedente de Acuario iluminaba el cielo con sus destellos. Yo me había demorado en el exterior a fin de poder contemplar aquellos astros e indicar sus decursos en un mapa que era obra mía; tan absorto estaba en aquella labor que cuando se me acercó Anna por detrás...

—¡No sigas! —exclamó Ebenezer—. ¡Te cobraste su doncellez! ¡Qué Dios te maldiga! ¡Ni una palabra más!

—Fue muy distinto —respondió Burlingame—. Nos pasamos varias horas hablando de ti, mientras tú dormías en tu alcoba. Anna te comparaba a Fósforo, la estrella de la mañana, y a sí misma se comparaba con Héspera, la mortal estrella de la tarde, y cuando yo le dije que aquellas dos estrellas gemelas eran una y la misma y que de hecho no se trataba de una estrella, sino del planeta Venus, aquellos diversos portentos casi le hacen perder el sentido. Nos demoramos mucho tiempo en el cenador aquélla y otras muchas noches plenas de fragancia; sin embargo, nunca, te lo juro, la complací sino en calidad de vicario tuyo.

—¡Dios mío! ¿Y piensas que eso es un argumento a tu favor?

Burlingame sonrió.

—Hay dos hechos que tienes que digerir, Eben. El primero es que no le profesó amor a ningún fragmento del mundo por separado, como hubieras podido suponer, sino al mundo en su totalidad, con todas sus partes multicolores, con todos sus polos y contradicciones. Estoy enamorado por igual de Baltimore y de Coode, cualesquiera que sean las causas que representan, y tú ya tienes conocimiento de que diversas tierras han sido depositarias de mi simiente. Por esa misma razón jamás te he amado a ti ni tampoco a tu hermana Anna, sino a los dos conjunta e inseparablemente, de modo que nunca he podido desearos a ninguno de los dos aisladamente. De lo cual se desprende el hecho subsiguiente, a saber, que por más veces que a Anna se le acalorara la sangre mientras hablaba de ti, y por más veces que yo la besara en tanto que símbolo representativo de vosotros dos, accediendo a tomar parte en los tristes juegos que ella se inventaba, con todo y con ello, tu hermana sigue siendo virgen, que yo sepa.

Burlingame rióse de la sorpresa e incredulidad de Ebenezer.

—Pues sí, resulta difícil digerir eso, ¿verdad? Piensa en lo mucho que le deleitaba, siendo niña, jugar a que ella era Elena y tú Paris, aunque siempre se confundía y te llamaba Póllux. Acuérdate de aquel día en la calle Thames, cuando le reprochaste la falta de pretendientes y me propusiste a mí en tono de chanza.

Ebenezer se llevó las manos a la garganta.

—¡Dios mío!

—Su respuesta —siguió diciendo Burlingame— fue que la búsqueda de galanes era infructuosa porque *el hombre al que más amaba había tenido la mala ocurrencia de ser su hermano gemelo*. Y piensa, a la luz de cuanto te he dicho, en la cuestión del anillo de plata de vuestra madre, el que te dio Anna en la posta: ¿sabías que solía leer las letras ANNEB como ANN y EB, entrelazándose? ¿Puede por ventura un poeta permanecer ciego ante el significado de ese presente y la manera de entregarlo?

—Si lo tomo en consideración, no ceno —gimió Ebenezer—, mas debo reconocer que todo lo que dices tiene un cierto sentido... —Endureciósele la expresión del rostro—. ¡Menos lo de que aún es doncella! ¡Eso es demasiado!

Su amigo se encogió de hombros.

—Créetelo o no. Pronto la encontraremos, eso espero y deseo, y si quieres puedes mandar llamar a un médico para que dé fe de ello.

—Pero ¿y tus alardes en la taberna de Cambridge?

—*Muchos que barajan las cartas después no juegan*. Me hubiera resultado muy fácil aprovecharme de ti en el granero de Bill Mitchell, pero lo cierto es, como he dicho antes, que no os deseo ni a uno ni a otro, sino a los dos como entidad única. Tal vez algún día los anhelos secretos de Anna puedan más que su razón, y ocurra otro tanto contigo (por más que lo niegues, para mí es algo evidente): si amanece tal día, entonces entraré a por los dos a saco, como hizo Catulo con los amantes, y al igual

que aquel ágil poeta os clavaré un alfiler..., mejor dicho, ¡os ensartaré a los dos cual pichones idénticos, atravesados por un solo espetón!

El poeta sintió un escalofrío.

—No puedo asimilarlo; son demasiadas cosas, Henry: que Coode es un héroe; que mi padre está en Maryland buscando a Anna y compinchado con el villano de Baltimore; que Anna sigue siendo virgen, y que tú, después de cuanto has trasudado..., ¡que tú eres enteramente inocente y sigues siendo amigo mío! ¡Por todos los demonios, no simplificas nada las cosas diciéndome que los deseos que experimenta mi hermana son correspondidos! ¡Jamás se me ha pasado por la cabeza una idea tan lasciva!

Burlingame enarcó las cejas.

—Entonces teníais completamente engañada a la servidumbre de Saint Giles. La señora Twigg solía decirme...

—¡Era una arpía que tenía la imaginación sucia!

—Pero si incluso tenían una coplilla que...

—Conozco muy bien esa coplilla grosera o lo que sea... —dijo Ebenezer con impaciencia—. He oído una docena desde que era pequeño. Y tampoco me es nueva la maligna imputación que me haces, por si no lo sabes, bien que me deja no poco sorprendido oír que la compartes. Desde que nacimos la pobre Anna y yo hemos respirado un aire impregnado de insinuaciones, el cual nos ha hecho ruborizarnos y agachar la vista infinidad de veces. Desde que contaba la edad de diez años la servidumbre de la casa de mi padre ha supuesto lo peor de nosotros, por el mero hecho de que éramos gemelos. Anna tuvo la mala suerte de que su cuerpo floreciera a una edad temprana, e incluso sus mejores amigas —incluso aquella Meg Bromly, la que le llevaba las cartas que tú le escribías en la calle Thames—, decían que el que hubiera madurado era obra mía. Sus chismes hacían llorar a Anna. Todo esto, fíjate bien, no tenía más fundamento que nuestra condición de gemelos, y el hecho de que, a diferencia de muchos hermanos y hermanas, nunca nos peleábamos, sino que preferíamos nuestra mutua compañía a la del mundo concupiscente. No alcanzo a entenderlo.

—Entonces pese a todo lo que has aprendido en Cambridge —dijo Burlingame riéndose—, no sabes ni la mitad de lo que sabe tu hermana. Cuando atisbé por vez primera su problema, mucho antes de que ella misma se diera cuenta, emprendimos una indagación larga y secreta sobre la condición de los gemelos, qué lugar ocupaban estos en las leyendas, en la religión y en el mundo. No era mi intención servirme de aquella investigación para curar los anhelos de Anna, pues no constituían para mí una enfermedad, sino comprender la naturaleza de los mismos, verlos bajo la perspectiva de la fulgurante historia de la especie, para así dar con la manera más esclarecedora de tratarlos. No es menester que diga que mi interés era tan sincero como el suyo; el

amor que tantas veces juraba profesarme, yo veía claramente que era amor hacia ti, desviado y metamorfoseado por su virtuosa conciencia. Cuando, estando yo en el cenador, ella acudía corriendo a mí, era igual que cuando una doncella despechada corre al convento para hacerse esposa de Cristo, y yo tenía mucho miedo de que si no se la sometía a tratamiento, Anna perdería por completo el juicio, o bien depositaría su amor en otro vicario que no tratara su honor con la misma delicadeza que yo.

—¡Dios santo!

—Por dicha razón seguí siendo su guía —continuó Burlingame—. Le declaré mi amor (medio de veras, se entiende) y juntos exploramos el territorio nebuloso de las leyendas cristianas y paganas. Cuatro años estuvimos estudiando (desde que cumplisteis los catorce hasta que cumplisteis los dieciocho), siempre en secreto. En vista de que nuestras pesquisas no eran dignas de reproche, yo quise que te sumaras a nosotros, pero Anna se opuso. ¡A fe mía, Eben, que tu hermana es una estudiosa infatigable! —Burlingame meneó la cabeza, llevado por la admiración que despertaban en él aquellas reminiscencias—. Nunca acababa de encontrar para ella un número suficiente de volúmenes de viajes por tierra y por mar, ni sobre ritos y prácticas paganas. Anna se lanzaba sobre los libros como una leona sobre su presa, los devoraba a grandes dentelladas, y aún se quedaba sin saciar. Me juego la vida a que cuando tenía diecisiete años era la primera autoridad del mundo en todo lo relacionado con el hecho de ser gemelo, y aún lo sigue siendo hoy.

—¡Y yo sin saberlo! —Ebenezer sacudió la cabeza y se rio, incapaz de comprender—. ¿Pero qué hay que saber sobre los que somos gemelos, salvo que fuimos concebidos mediante un mismo acto carnal?

—Pues que vuestro signo es géminis y vuestra estación, la primavera —respondió Burlingame.

—No es menester darse al estudio para saber eso. Todo el mundo lo sabe.

—Y es un hecho que la primavera, y en particular el mes de mayo, es la estación de la fertilidad y de las primeras tormentas del año.

—¡No te burles! —dijo el poeta, irritado—. El día y la noche de hoy han sido los más desgraciados de mi vida; estoy medio muerto a causa de los sustos y la falta de sueño, por no mencionar lo desgraciado que soy. Si tanto estudio no rindió más conocimientos que esos, termina de una vez y vámonos a descansar. No son más que impertinencias.

—Todo lo contrario —dijo Burlingame—. Tan pertinentes son nuestros hallazgos que a mi entender harías bien en renunciar a la búsqueda de Anna a menos que oyeras primero en qué consisten: más vale perderse que ser salvado por un falso Mesías. —El tono y la actitud de Burlingame revistiéronse de una gravedad mayor—. Ya sabes que la primavera es la estación de las tormentas y de la fertilidad, pero ¿sabes asimismo, como lo sabe tu hermana, que de cuantas cosas temían nuestros rústicos

antepasados, las tres que más les asustaban eran el trueno, el relámpago y el nacimiento de unos gemelos? ¿Sabías que se os adora por todo el orbe, bien procediendo a vuestro sacrificio, bien elevándoos a la categoría divina, bien llevando a cabo ambas cosas? Por el centro de la veneración que os profesan los salvajes más ignorantes se enhebra el doble hilo de las tormentas y la fornicación; al mismo tiempo, los sabios más iluminados han visto en vosotros la encarnación del dualismo, la polaridad y la compensación. Sois los gemelos celestiales, los hijos del Trueno, los Dióscuros, los Boanerges; sois los principios gemelos de la masculinidad y la feminidad, de la mortalidad y la divinidad, del bien y del mal, de la luz y la oscuridad. Vuestro árbol es el roble sagrado, el árbol del trueno; vuestra flor es el muérdago, de hojas gemelas, asiento de la vida del roble, cuyas bayas gemelas, de color blanco, simbolizan el semen celestial, por lo que se emplean para rejuvenecer a los ancianos, para fructificar a los estériles, para convertir las tímidas fantasías de las doncellas en pensamientos amorosos y lascivos. Vuestra ave es el gallo rojo, Chanticler, cantor de la luz y del amor. Vuestros emblemas son legión: dos círculos os representan, bien los sugieran el sol y la luna, las ruedas del carro solar, los dos huevos que puso Leda, los pezones de la esposa de Salomón, las lentes del amor y de la sabiduría, los testículos de la virilidad o los ojos fijos de Dios. Dos bellotas gemelas os representan, tanto porque son la semilla del árbol del trueno como porque sus dos partes encajan como macho y hembra. Dos montañas gemelas os representan, los pechos de la madre Naturaleza; se celebran danzas en torno al mayo y su círculo en honor vuestro. Vuestras letras sagradas son: A, C, H, I, M, D, P, S, W, X y Z...

—¡Cristo bendito! —interrumpió Ebenezer—. ¡Si es la mitad del abecedario!

—Cada una de ellas tiene su importancia por separado —explicó Burlingame—, sin embargo, todas guardan un parentesco común con el acto carnal, las tormentas y el rostro doble de la naturaleza. La A, por ejemplo, es la letra primordial y más poderosa de todas, constituye una divinidad en sí misma y la adoran los paganos de todo el mundo. Representa las piernas bifurcadas del hombre, la fuente de su semilla; la cúspide y el trazo transversal simbolizan la unión de los dos lados, de lo cual hablaré enseguida. Cuando se sitúan dos letras a contiguamente, se ven los sagrados pezones de la madre Tierra, amén del símbolo de los sagrados Asvins, los aurigas gemelos de la sabiduría oriental. La C representa la media luna, que a su vez recuerda la espada carnal del hombre, desenvainada y enhiesta, presta para el combate; dos letras C entrelazadas son la unión del cielo y la tierra, o de Cristo y su Iglesia terrena...

—En el nombre del cielo, Henry, ¿qué son todos estos acertijos que me estás echando encima?

—Ya va, ya va —dijo Burlingame—. La H simboliza, asimismo, la unión feliz de dos que se funden en uno: es el signo zodiacal de Géminis, el puente que se tiende

entre los dos pilares gemelos de la luz y la oscuridad, el amor y el conocimiento, o lo que se quiera; es también la octava letra del abecedario, y puesto que el 8 es el símbolo mágico de la redención (en virtud de que un 8 son dos círculos copulantes), no ha de sorprender que la H sea el símbolo de la reparación: el dos que se hace uno.

—¡Otra vez el mismo misterio de los unos y los doses! —protestó el poeta.

—No será ningún misterio cuanto te haya explicado la I y la O —dijo Burlingame—. En todas las tierras y en todos los tiempos las gentes han afirmado que lo que vemos como dos son mitades desgajadas de un uno primigenio: el día y la noche, el cielo y la tierra, el hombre y la mujer fueron separados por causa de sus naturalezas pecadoras y en tanto no llegue el reino venidero no recibirán las mitades la bendición de la unidad. Esto es lo que subyace a la historia de Adán y Eva, a la fábula de Platón, a la caída de Lucifer, y el cielo sabe a cuántas otras mentiras deliciosas; a esto mismo es a lo que nuestro Señor se refiere en la segunda epístola del papa Clemente: allí Él afirma que su reino vendrá *cuando los dos sean uno, el exterior con el interior y lo masculino con lo femenino*. Por ello, todos los hombres veneran el acto de la fornicación como el retrato de la unión fructífera entre los contrarios: los gemelos celestiales abrazándose; el dos hecho uno.

A Ebenezer le dio un escalofrío.

—Así pues, quedan claramente al descubierto la I y la O —dijo Burlingame sonriendo—: la primera es masculina, la segunda, femenina; juntas conforman al gran dios Io, de Egipto, el anillo que es atravesado por el mayo festivo, en torno al que danzan las doncellas; la bellota encajada en su bonete, el prepucio circunciso del judío, las letras genitales P y Q..., y el anillo que Anna te calzó en el dedo, allá en la posta.

—¡Dios santo!

—En cuanto a las demás letras, la M: simboliza los pechos montañosos de que hablé antes; la S son dos letras C gemelas que copulan frente a frente, y además esta letra se deriva de la Z sagrada. La W es letra doble y es la M al revés, símbolo de un doble mí, que se transforma en ti al invertirse; la llamamos la y doble, y estas dos letras confrontadas son el signo de los gemelos celestiales de la India, llamados *Virtrahana* constituye la tercera parte de la fórmula con que los druidas invocaban a su dios, cuya fórmula era I O W. La X, como la A y la H, es la fusión de dos en uno, y como tal ha sido venerada mucho tiempo antes de la muerte de Cristo; la Z es el zigzag que traza el rayo de Zeus, o del dios que te plazca, y muchas veces está flanqueada, en los emblemas de la antigüedad, por los círculos de los gemelos celestiales...

—¡Basta! —exclamó el poeta—. ¡Me da vértigo! ¿Qué mensaje se encierra detrás de todo eso y qué relación guarda con Anna y conmigo?

—Pues nada en absoluto —respondió Burlingame—; sólo quería demostrarte lo

arraigado que se halla en la naturaleza humana el temor y la reverencia que suscitan los gemelos y su relación con el coito y las estaciones. Por toda África el nacimiento de unos hermanos gemelos es recibido con danzas del jaez más obsceno: a veces se piensa que aquello prueba la condición adúltera de la madre, pues los maridos por lo general sólo engendran un vástago; otras gentes dan en creer que la madre ha sido fertilizada por el Espíritu Santo, o bien que el padre posee un *lingam* descomunal. En ciertas islas del océano occidental los salvajes tienen la costumbre de arrojar granos de café contra las paredes de la casa donde nacen niños gemelos; creen que uno de ellos debe morir porque los gemelos quebrantan las normas de la castidad, pues se abrazan cuando están en el vientre de la madre. Hay diversos lugares donde no es posible hallar gemelos con vida por razón de que matan a uno en el momento de nacer; mas, denles muerte o no, por doquier se les adora, y así ha sido hasta donde se pierde la memoria de los tiempos. Los antiguos egipcios tenían a Tanes y Taouis, los gemelos de Serapeo, en Menfis, así como a las hermanas Tathantis y Taebis, las ibis guardianas de Tebas; en la India reinaban Yama y Yami, y los santos Asvins, de quienes hablé antes, los cuales conducían el carro celestial; los persas adoraban a Ormuz y Arimán; los mitos antiguos de los hebreos hablan de Huz y Buz, Huppim y Muppim, Gog y Magog, Bné y Baroq, por no mencionar a Esaú y Jacob, Caín y Abel (o Alcimaud y Jumella, como los denominan los mahometanos)...

—¡Ah! —exclamó Ebenezer.

—Algunos sostenían —prosiguió diciendo Burlingame— que Lucifer y Miguel eran gemelos, como lo son también la mayor parte de los dioses de la luz y la oscuridad, y por la misma razón los antiguos Edesanses de Mesopotamia, que antaño adoraban a Monim y Asís, creían que incluso Jesucristo y Judas habían sido empollados en el mismo huevo.

—¡Increíble!

—Y otro tanto pensaban de Dios y Satanás.

—¡No me lo creo! —protestó Ebenezer.

—No se trata de lo que tú creas —rio Burlingame—, sino del hecho de que otros individuos creen que es verdad; no es más que una nueva versión de la historia de Set y Horas, de Tifón y Osiris, a los que algunos egipcios consideraban gemelos y otros meros rivales. Pero ya llegaba a los griegos...

—Puedes saltártelos —suspiró el poeta—. Conozco a Cástor y Pólux, los hijos de la luz y del trueno, y también a Elena y Clitemnestra, que nacieron de los huevos de Leda.

—Entonces también has de conocer a Lyncens e Idas, que dieron muerte a los Dióscuros; a Anfión y Zeto, que arrasaron y reconstruyeron Troya; a Hércules e Hides, que en algunas versiones aparecen como gemelos y en otras como medio hermanos, y a Fósforo y Héspera, luceros, matutino y vespertino.

—Y ahora me apuesto algo a que te vas a Roma y hablas de Rómulo y Remo.

—Sí —dijo Burlingame—, por no hablar de Picumno y Pilumno, o de Mutumno y Tutumno. Fue el gran respeto que despertaban aquellos gemelos clásicos lo que los transvasó a la Iglesia Cristiana, la cual tuvo el buen criterio de canonizarlos. De ahí que los católicos griegos y romanos les recen a los santos Rómulo y Remo, a los santos Cástulo y Polieucte e incluso a san Dióscuro; los más devotos llegan más lejos y consideran gemelos a los santos Crispín y Crispían, Floro y Lauro, Marco y Marcelino, Protasio y Gervasio...

—¡Es excesivo! —exclamó el poeta—. ¡Esto es excesivo!

—Pues no has oído lo mejor —insistió Burlingame—. Esas gentes llegan al extremo de sostener que san Juan y Santiago eran asimismo hermanos y que lo eran incluso san Judas y santo Tomás, dado que *Tomás* significa «gemelo». No te voy a incordiar hablándote de Trifona y Trifosa, a quienes hace una salutación san Pablo en la *Epístola a los romanos*; antes bien dirigiré mi atención hacia los héroes arios Balkam y Sintram; hacia Cautes y Cautopate; hacia las leyendas nórdicas que hablan de Sieglinde y Segismunda, padres incestuosos de Sigfrido, también llamado Baldur, que es, entre los nórdicos, el espíritu de la luz, hacia el oscuro Loki, enemigo del anterior, al cual dio muerte con una rama de muérdago.

—¡Eso supone un hemisferio atestado de gemelos de orden divino! —afirmó Ebenezer, maravillado.

Burlingame sonrió.

—Son menester, empero, dos hemisferios para obtener un todo; cuando Anna y yo volvimos la mirada hacia Occidente, hallamos en las relaciones de los aventureros españoles e ingleses una profusión no menor de gemelos celestiales, a los cuales reverenciaban diversos órdenes de salvajes, y no eran diferentes los diarios de las diversas travesías efectuadas por los océanos Pacífico e Indico. Cuando Cortés saqueó a los gloriosos aztecas, pudo ver que adoraban a Quetzalcoatl y Tezcatlipoca, en tanto que sus vecinos reverenciaban a Hun Hunahpú y a Vukub Hunahpú. Si Pizarro y sus seguidores hubieran sentido la suficiente curiosidad como para preguntárselo, habrían descubierto que en el panteón meridional existían dioses gemelos, como Pacha Kamac y Wicoma, Apocatequil y Piquerao, Tamendonaré y Aricuté, Karn y Raim, Tiri y Karu, Keri y Kame. Pero si yo mismo, haciendo diversas indagaciones entre los indios de estos territorios, he tenido conocimiento de que los algonquinos rinden tributo a Menabozho y Chokanipok, así como también que los indios desnudos del norte le rezan a Juskeha y Tawiskara. He sabido por los misioneros jesuitas de la existencia de una nación llamada de los zuñis, cuyos miembros adoran a Tobadizini y a Nayenezkani; habláronme también de otros pueblos, los maidus, quienes adoran a Pemsanto y a Oukoito; hay una tercera nación, los kwajiutls, que adoran a Kanigyilak y a Nemokois; hay otra aún, llamada de los

awikenos, cuyas gentes adoran a Mamasalnik y a Noakana..., y son todos ellos gemelos. Diré más, en el remoto Japón hay una tribu de enanos peludos que dirigen sus preces a los gemelos Shiacha y Moacha, y entre los dioses del océano austral reina el gran Si Adji Donda Hathahutan y su hermana gemela Si Topi Radja Na Uasan...

—¡Te has propuesto volverme loco!

—Así es como se llaman, te lo juro.

—¡Es igual! ¡Es igual! —Ebenezer sacudió la cabeza como si quisiera poner en orden los sentidos—. ¡Les has demostrado hasta la saciedad a las piedras y a las nubes que adorar gemelos no es cosa inusitada en la tierra!

Burlingame asintió.

—Algunas de estas parejas de gemelos constituyen opuestos y son enemigos jurados —como Satán y Dios, Ormuz y Arimán, Baldur y Loki— y su enfrentamiento simboliza la lucha que tiene entablada la luz y la oscuridad, la muerte y el amor, perpetrada por la sabiduría, y otras cosas semejantes. Otras parejas representan la equívoca condición del hombre, que es mitad ángel, mitad bestia: el primero de los componentes de dichas parejas es de orden mortal, y el segundo, de orden divino. Otros, sin embargo, son los dioses de la fornicación, como Mutumo y Tutumo, o Picumno y Pilumno, de categoría inferior a la divina; otros pueden, no obstante, ser recordados por su lascivia incestuosa, como Caín y su Alcima, o incluso ser honrados por haber engendrado héroes, cual es el caso de Sieglinde y Segismunda. ¡Cuánto le gustaban a Anna las historias de Sigfrido!

Tan sobresaturado estaba el poeta de novedades que sólo acertó a defenderse del último comentario moviendo tímidamente la mano.

—Mas, independientemente de que el vínculo que los uniera fuera el amor, el odio o la muerte —concluyó Burlingame—, su unión simbolizaba fulgor, totalidad, apocalipsis, algo a la vez temido y anhelado. Tal suerte de unión es la que Anna ansia con todo el corazón, por más que su mente procure disfrazarlo de otra cosa; ello es lo que le ha hecho recorrer medio mundo en busca tuya, y a tu padre, seguirla para llevársela a casa si es que da con ella. Ante eso también tu corazón se inclina, quiéraslo o no, como la flor ante la luz, buscando la unidad y plenitud nutricias que se perdieron con el nacimiento; o como cuando la aguja apunta hacia el filón, guiándolo a uno al punto donde le aguarda su destino. Y asimismo, es esto lo que yo anhele, al tiempo que no deseo nada. ¡Yo aspiro a la totalidad, soy abrazo de contrarios, esposo de toda la creación, amante cósmico! Henry More e Isaac Newton son mis alcahuetes y *aides-de-chambre*; he ido conociendo a mi ilimitada esposa disfrutando por separado el esplendor de sus distintas partes, y he hecho el amor a sus *disjecta membra*, a sus fragmentos, luminosos y dispersos; mas lo que yo ansío es el todo; la espiga dentro de la escopladura, la conjunción de las polaridades, el universo sin

costuras, del cual vosotros sois muestra *in coito*. Carezco de un linaje que me asigne un lugar y una meta en el orden de la naturaleza: muy bien..., puesto que me quedo fuera de ella, ¡seré su señor y su esposo!

Tan agitado estaba Burlingame por el efecto de su propia retórica que el final de su discurso díjolo dando zancadas y gesticulando por el camarote; el volumen y el tono de su voz eran propios de un entusiasta; aun en el caso de que Ebenezer no se hubiera sentido demasiado desalentado como para mostrarse escéptico, no le habría sido posible poner en duda la sinceridad de su antiguo tutor. Pero estaba atónito, no sólo porque ciertas cosas las reconocía, sino porque las mismas lo aterraban, haciéndole cogerse la cabeza entre las manos y gemir.

Burlingame se detuvo ante él.

—¿No irás a negar tu parte de culpa?

El poeta negó con la cabeza.

—No he de negar que el alma humana es tan profunda y cambiante como los espacios celestes —repuso—, ni que encierra en germen la suma de todos los opuestos y todas las posibilidades. ¡Pero lo que has dicho de Anna y de mí me tiene sobrecogido!

—¿Y qué he dicho sino que sois humanos?

Ebenezer suspiró.

—Es bastante.

El sol ya lucía en el cielo oriental y el *Peregrino* había recorrido un buen trecho camino de la Punta Vigía y la ciudad de Saint Mary. Los demás pasajeros estaban despiertos, y en sus camarotes había movimiento. A sugerencia de Burlingame, los dos amigos se ajustaron los pañuelos y las chaquetas y subieron a cubierta, a fin de hablar en privado con mayor facilidad.

—¿Cómo sabes que Anna está en Saint Mary? ¿Por qué no fue directamente a Malden?

—La culpa la tiene tu criado Bertrand —respondió Burlingame y, riéndose del desconcierto y sorpresa de Ebenezer, confesó que cuando, estando en casa del capitán Mitchell, había despachado a Bertrand, no sólo le había encargado al sirviente que recuperara el baúl del Laureado, para así alejar mejor a Coode de su pista y la de Ebenezer, que entonces se encaminaban a Malden—. Con tal fin le hice entrega apresurada de tu nombramiento...

—¡Mi nombramiento! ¡Entonces es cierto que me lo robaste en Inglaterra!

Burlingame se encogió de hombros.

—¡Yo era el autor! ¿No? Además, ¿no te hubiera ido peor si Pound hubiera estado seguro de tu identidad? En cualquier caso la misión que le encomendé a tu criado entrañaba cierto peligro y yo pensé que si Coode lo mataba o lo raptaba, y le encontraba el papel encima, podría pensar que tú eras un impostor. ¡Su brújula se

hubiera desorientado por completo! No obstante, Bertrand no se conformó con recoger tu baúl, sino que, al parecer, se paseaba por Saint Mary en calidad de Laureado y proclamaba su cargo en todas las posadas y tabernas.

»Por ello —prosiguió Burlingame—, cuando hace algún tiempo llegó al puerto de Saint Mary, Anna había dado en pensar que su hermano se encontraba en la ciudad, por lo que desembarcó a fin de intentar dar con él.

»Yo no supe nada de esto hasta que el viejo Andrew apareció por casa del capitán Mitchell; había sabido de mi paradero durante su estancia en Londres y, al igual que tú, cree que Anna ha venido hasta aquí para convertirse en mi esposa. Pero también cree que tú formas parte del plan y que de alguna guisa eres nuestro alcahuete; cuando, hoy o mañana, se entere de cómo están las cosas en Malden, dará por supuesto que has huido con nosotros dos a Pensilvania, que es a donde huyen cuantos contraen cualquier responsabilidad; además habrá dado en creer esto con gran prontitud, puesto que desde que Anna desembarcó ni a ella ni al Laureado se les ha vuelto a ver, así como tampoco se han vuelto a tener noticias de ellos. —Burlingame aspiró aire por la comisura de los labios—. Mi intención era quedarme con Andrew, haciéndome pasar por Timothy Mitchell, con el fin de aplacar mejor su ira y averiguar qué relaciones mantiene con lord Baltimore; mas mi búsqueda de ascendencia en este mundo había resultado tan infructuosa y había generado tanto rencor que ya no era seguro adoptar aquel papel.

Ebenezer le preguntó a su tutor qué planes tenía en aquel momento.

—Pues que desembarquemos juntos en Saint Mary —dijo Burlingame—. Allí tú preguntarás en los lugares públicos por Anna o por Eben Cooke, y yo buscaré a Coode a solas.

—¿Enseguida? ¿No es más urgente encontrar a mi hermana antes de que le pase nada malo?

—Son dos caminos distintos que conducen a un mismo fin —repuso Burlingame—. Nadie sabe mejor que Coode qué aires se respiran en Maryland, y por lo que sabemos hasta podría tenerlos prisioneros a los dos. Además de lo cual, si yo me gano su confianza, nos podría ayudar a recuperar tus propiedades. ¡A fin de cuentas se alegrará mucho cuando sepa que el Laureado de Maryland es aliado suyo!

—No tan deprisa —protestó Ebenezer—. Yo puedo haberme desengañado de la fe que tenía en Baltimore, pero nunca le he jurado lealtad a John Coode. En todo caso, como tú bien sabes, jamás he sido Laureado... e, incluso, de haberlo sido ya no lo seguiría siendo en adelante. Mira esto. —Ebenezer extrajo de la chaqueta el libro de cuentas y le mostró a Burlingame la *Marylandíada* concluida, la cual, en vista de su tono antipanegírico, había retitulado como *El plantador de tabaco*—. Dime, si quieres, que es una obra torpe —dijo, desafiante—. Empero, es honesta y puede exonerarme de otros desaciertos en que haya incurrido.

—*Lo que es todo corazón puede no encerrar arte ninguno* —aseveró Burlingame con interés— y viceversa.

Henry desplegó el cuaderno sobre la borda y leyó la obra detenidamente, varias veces, en tanto el *Peregrino* bajaba por la bahía, camino de la Punta de Vigía, donde el río Potomac confluye con la bahía de Chesapeake. Aunque no hizo comentarios favorable, ni desfavorables, cuando llegó el momento de transbordar a la barcaza que había de llevarlos a Saint Mary, Burlingame insistió en que el poema le fuera enviado a Ben Bragg a bordo del *Peregrino* para que hiciera entrega del mismo en El Signo del Cuervo, en Paternóster Road.

—¡Pero lo hará pedazos! ¿Te acuerdas de cómo me hice con este cuaderno, allá por marzo?

—No lo va a hacer pedazos —le aseguró Burlingame—. Bragg está en deuda conmigo por varios conceptos que no es mi voluntad describir.

No había tiempo para sopesar el ofrecimiento; con cierto recelo, Ebenezer consintió en que su antiguo tutor le confiara *El plantador de tabaco* al capitán del buque, el cual devolvió la diferencia del precio del pasaje de Ebenezer hasta Inglaterra, tras lo cual los dos hombres viajaron río arriba, hacia la ciudad de Saint Mary.

3. COLOQUIO ENTRE EX LAUREADOS DE MARYLAND, EN EL CUAL REFIÉRENSE DEBIDAMENTE LAS CUITAS DE LA SEÑORITA LUCY ROBOTHAM, CONCLUYENDO CON UN ASERTO CUYA INVEROSIMILITUD NO ES FÁCIL DE IGUALAR

No mucho después de su llegada a la provincia, unos meses antes, el gobernador Francis Nicholson expresó la intención de cambiar la capitalidad del gobierno de Maryland, que pasaría de Saint Mary, ciudad desgraciadamente asociada a lord Baltimore, a los reyes jacobitas y carolingios, y a la Iglesia Católica Romana, a Anne Arundel, ciudad situada a orillas del río Severn y que tenía el doble mérito de ocupar una posición central en la bahía de Chesapeake y de tener una historia enteramente protestante. Aunque el traslado efectivo de los archivos gubernamentales y el cambio oficial del nombre de la capital (que pasaría de llamarse Anne Arundel a llamarse Annapolis) no habría de tener lugar antes de finales de febrero, las consecuencias de aquella decisión ya eran perceptibles en Saint Mary: veíase poca gente por las calles; el capitolio y otros edificios públicos hallábanse virtualmente desiertos, y algunas de las posadas y tabernas estaban abandonadas o cerradas y selladas con tablones.

Delante del umbral abovedado de la Cámara Legislativa, Burlingame dijo:

—Nuestra búsqueda se acelerará si vamos en direcciones distintas; tú pregunta en los muelles de por aquí, que yo haré otro tanto en la parte más alejada de la ciudad. Al anochecer nos veremos aquí e iremos a cenar... ¡Dios quiera que tu hermana cene con nosotros!

Ebenezer se mostró de acuerdo tanto con la propuesta como con el deseo expresado por Burlingame, pues aun cuando la perspectiva de vérselas con Anna, tras las revelaciones de Burlingame, resultaba desconcertante, temía por la seguridad de su hermana en la provincia.

—¿Pero y si por casualidad damos con ella? —preguntó con una sonrisa—, entonces, ¿qué?

—Pues entonces tal vez Coode encuentre algún modo de arrebatarle el Puntal de Cooke a William Smith, y luego, una vez que Andrew haya regresado en paz a Inglaterra, los tres haremos de Malden nuestra casa o acaso huyamos a Pensilvania, como tu padre supone que hemos hecho ya: Anna, si está dispuesta a aceptarme, será la señora de Nicholas Lowe, y tú, bajo un *nom de plume*, Poeta Laureado, nombrado por William Penn. Cuando se sufre una derrota, es en extremo vivificante darle muerte a la identidad que se poseía y engendrar una nueva. Mas es menester empollar los huevos antes de contar los polluelos.

Separáronse entonces; Burlingame fuese hacia el interior y Ebenezer, camino de una posada no muy alejada del lugar donde se hallaban. Al entrar encontró a una docena larga de lugareños comiendo y bebiendo y no fue capaz de reunir inmediatamente las fuerzas necesarias para llevar a cabo sus pesquisas. En primer lugar carecía de una mínima dosis de descaro, requisito imprescindible si se quiere ser cronista o meterse en averiguaciones; en segundo término, los acontecimientos del pasado reciente lo tenían sumamente confuso, impidiéndole ver con claridad suficiente cuáles debían ser sus sentimientos respecto de la posición en que se encontraba. ¿Cuándo había terminado de escribir *El plantador de tabaco*, allá en su alcoba de Malden? Tan sólo la noche anterior, aunque parecía que hubiera pasado una quincena; con todo, desde entonces habíase visto obligado a asimilar no menos de doce hechos absolutamente inauditos, cada uno de los cuales exigía reflexiones sumamente cuidadosas y un cambio de postura personal. A su vez, algunos de aquellos hechos exigían una actuación drástica e inmediata por su parte:

Había firmado un contrato de servidumbre con el propietario de Malden. Su padre se encontraba en Maryland, camino del Puntal de Cooke. Su esposa, Susan Warren, era en realidad su Joan Toast de Londres.

Pero estaba esclavizada por el opio, enferma de sífilis y ejercía la prostitución entre los indios de Dorchester.

Además la había violado el moro Boabdil, y a punto estuvo de hacerle lo mismo el propio Ebenezer.

Al abandonarla, había cometido el acto más completa e inequívocamente deshonesto de toda su vida; de hecho era el primer acto suyo de cierta magnitud, sin contar sus frustrados y pérfidos designios a bordo del *Cyprian* y en casa del capitán Mitchell.

Lord Baltimore pudiera no representar en absoluto, en contra de lo que él había supuesto, la quintaesencia del bien, así como tampoco Coode era la encarnación del mal; antes bien, era al contrario, si lo que decía Burlingame era cierto, y era posible que Andrew formara parte de una conspiración descomunal.

Su tutor, Burlingame, quizá no hubiera dejado nunca de ser un amigo leal, y se sentía inflamado de pasión hacia Ebenezer y Anna conjunta e indisolublemente.

Su hermana se encontraba en aquellos momentos en algún lugar de la provincia.

Anna seguía siendo virgen hasta el día de la fecha, a pesar de sus intimidades con Burlingame.

Anna no estaba enamorada de Burlingame, sino de su hermano, de un modo más oscuro y profundo de lo que a ella misma le era dado percibir.

Y en cuanto a sí mismo, carecía de direcciones, objetivos o perspectivas de cara al futuro; era un huérfano perdido en el mundo, al igual que Burlingame, sólo que carecía de los recursos físicos, financieros, intelectuales y espirituales, así como de la

experiencia que sí que poseía aquel caballero.

Con aquellas realidades a punto de desquiciarle la razón, ¿cómo iba a abordar a unos desconocidos e interrogarlos sosegadamente? El mero hecho de que lo hubieran mirado con un deje de curiosidad cuando entró allí, hizo que se le revolviere el estómago y que se le encendiera la cara de rubor. La escasa resolución que tenía se le esfumó; con un poco del dinero que le había confiado Joan Toast pagó la primera comida que ingería desde el día anterior, y cuando la hubo engullido, salió de la fonda. Se pasó unos minutos deambulando erráticamente por varias de las toscas calles de aquella ciudad, como si albergara la esperanza de ver a Anna en alguna de ellas. De haberlo permitido el tiempo, sin duda se hubiera pasado así todo el día, negándose, por falta de valor, a darse cuenta de los serios apuros por los que pudiera estar pasando su hermana, y cuando llegara el ocaso, habría dicho a Burlingame, suspirando, que sus pesquisas no habían dado fruto. Pero la húmeda brisa que se levantaba del río que atravesaba Saint Mary pronto le heló los huesos; se vio obligado a buscar refugio en otra taberna igualmente anónima, la única en que había reparado, aparte de la anterior, y allí pidió ron para aplacar el castañeteo de sus dientes.

Estaba aquel establecimiento, conforme observó Ebenezer, aderezado con menos elegancia que el de la competencia: el suelo estaba cubierto de caparazones de ostra, en las mesas no había manteles, y el aire estaba impregnado de una fragancia, mezcla de humo de tabaco rancio, cerveza rancia y pescado rancio. Este último olor parecía proceder no tanto de la cocina de la taberna como de las húmedas chaquetas de los clientes, que en todo lo demás asimismo semejaban marineros. No le prestaron la menor atención a Ebenezer, sino que prosiguieron hablando de jábegas y del tiempo, o bien se rascaban las barbas y contemplaban pensativos los vasos. Aun cuando la indiferencia de que daban muestra alejaba toda posibilidad de que Ebenezer los interrogara, al mismo tiempo le permitía sentirse menos incómodo en presencia de ellos; fue capaz de acercarse más su silla al fuego e incluso tuvo la audacia, mientras le daba sorbos al ron, de mirar a los demás clientes con mayor detenimiento.

En un ángulo de la habitación observó Ebenezer que había un hombre dormido, con la cabeza, el pecho y los brazos encima de la mesa. Si el somnífero era el licor, la desesperación o bien la mera fatiga, aquello no lo podía decir el poeta, pero su corazón latió con más fuerza a la vista del espectáculo, pues aunque aquel individuo no era más limpio ni estaba mejor vestido que los demás, la chaqueta, que había conocido días mejores, no estaba confeccionada con la honrada tela escocesa de los trabajadores, sino que era de sarga color ciruela y seda gris plata, idéntica a la que luciera él durante su audiencia con lord Baltimore, la cual había guardado en su baúl al día siguiente del encuentro, con el fin de llevársela a Maryland. Era sumamente improbable que pudiera haber dos chaquetas de tales características que fueran iguales, pues Ebenezer había elegido la tela personalmente y había mandado

confeccionarla conforme a la moda del momento, lo cual era raro de ver fuera de Londres; no obstante, no osó arriesgarse a despertar a aquel sujeto, dando lugar a una escena, así que optó por hacerle una seña al tabernero, pedirle más ron y preguntarle quién era el individuo que dormía.

—Por mí puede ser el gobernador Nicholson o el rey Guillermo —respondió el tabernero—. No tengo por costumbre husmear en la vida de mis parroquianos.

—Claro, claro —dijo Ebenezer, persistente, y le puso dos chelines en la palma de la mano—. Pero es de cierta importancia que yo lo sepa.

El tabernero examinó las monedas y a lo que pareció las encontró satisfactorias.

—El caso es que —dijo— nadie sabe a ciencia cierta quién pueda ser ese hombre, bien que se paga la cama que ocupa arriba y yanta en esta mesa.

—¡Pero bueno! ¿Para decirme eso me pedís dos chelines?

El mesonero alzó un dedo admonitorio y explicó que el durmiente no era desconocido en Saint Mary (de hecho, frecuentaba la taberna desde hacía unos meses), aunque según rumores recientes su identidad era falsa.

—Ha hecho creer a todo el mundo que es el Poeta Laureado de Maryland, de nombre Ebenezer Cooke, pero o es el mayor embaucador que jamás ha pasado por Saint Mary, o tiene miedo de su propia sombra.

Ebenezer mostró tan gran interés por aquella afirmación que escuchar la glosa de la misma le costó un chelín más.

—Llegó a Saint Mary el pasado mes de septiembre u octubre —siguió diciendo el tabernero, guardándose el dinero—, aunque de dónde vino y cómo llegó son cosas que nadie sabe a ciencia cierta, pues la flota arribó y partió unas semanas antes que él. Vestía las ropas que ahora veis, sólo que entonces parecían tan magnificientes como si las llevara un pisaverde de Saint Paul. Dábase muchos aires y afirmaba ser el Laureado de Maryland, Eben Cooke.

—¡Vive Cristo, qué grandísima superchería! —exclamó Ebenezer—. ¿Nadie dudó de su palabra?

—Le salieron al paso algunos escépticos, eso si —concedió el tabernero—. Siempre que le decían que recitara unos versos, respondía: «La musa no canta en las tabernas», o cosa por el estilo, y cuando le preguntaban cómo era que había llegado en época tan tardía de Inglaterra, decía que lo habían secuestrado unos piratas cuando iba a bordo del buque de Jim Meech, el *Poseidón*, antes de que la flota arribara a Los Cabos, y que luego lo arrojaron por la borda a fin de que pereciera ahogado, sólo que logró ganar a nado la orilla, que resultó ser Maryland. Los ingeniosos y los guasones divertíanse grandemente a sus expensas, pero al poco tiempo confirmó su historia el mismísimo coronel Robotham, el consejero...

—¡No!

El mesonero hizo un enérgico gesto de asentimiento con la cabeza.

—El coronel y su hija habían efectuado la travesía con él a bordo del *Poseidón* y habían presenciado su secuestro, junto con el de su criado y otros tres marineros de los que no se ha vuelto a saber desde entonces. Algunos espíritus escépticos siguen poniendo en tela de juicio la historia, pues no ha declamado un solo verso en todos estos meses, y además le entra pánico si le mentan el nombre de su padre, Andrew, o el de su suegro.

—¡Su suegro! —Ebenezer se levantó de la silla—. ¿Os referís a William Smith, el tonelero?

—No conozco a ningún tonelero que se llame Smith —dijo el tabernero, riéndose—. Me refiero al coronel Robotham, de Talbot, que quedó lo suficientemente convencido como para aceptarlo en calidad de yerno, sólo que posteriormente se ha enterado de que hay otro individuo que se hace llamar Eben Cooke. Su intención es querellarse contra el impostor, pero entre tanto el hombre de esa mesa tiene un miedo tal...

—Es suficiente —dijo Ebenezer, torvamente.

Dejó intacto el vaso que acababan de servirle, avanzó sin titubeos hacia la mesa del durmiente y, al ver que quien allí descabezaba un sueño era en efecto Bertrand Burton, lo cogió por los hombros con ambas manos.

—¡Despierta, canalla!

Bertrand se incorporó al instante y la alarma que sintiera porque lo despertaran de aquella guisa se trocó en espanto cuando vio quién lo estaba zarandeando.

—¡Zafio embaucador! —susurró Ebenezer fieramente—. ¿Qué has hecho esta vez?

—¡Alto, amo Eben! —susurró a su vez el criado, lanzando miradas apuradas en derredor a fin de calibrar cuán peligrosa era su situación. Mas los demás parroquianos, si es que habían reparado siquiera en la escena, contemplábanla con la curiosidad y el regocijo más ociosos que imaginar quepa: no parecía que comprendieran la índole de aquel enfrentamiento—. ¡Vayámonos de este lugar antes de que digáis una sola palabra más! ¡Tengo mucho que contaros!

—Y yo a ti —replicó el poeta con acritud—. ¿Conque teméis un tanto por la suerte que podáis correr, señor Laureado?

—Con razón —admitió Bertrand, aún lanzando miradas en derredor—. ¡Aunque temo más por vos, señor, y por vuestra hermana Anna!

Ebenezer cogió al criado por las muñecas.

—¡Maldita sea tu estampa, bellaco! ¿Qué sabes de Anna?

—¡Aquí no! —imploró el sirviente—. Subid a mi cuarto; allí podemos hablar sin temor.

—Tú tienes motivos para temer; yo no —dijo Ebenezer.

No obstante, consintió en que Bertrand lo llevara arriba. El criado, observó

Ebenezer, iba vestido, de la peluca a las zapatillas, con artículos procedentes de su baúl, los cuales se encontraban en condiciones mucho peores que antaño como consecuencia del uso y la falta de aseo; sin embargo, Bertrand, aunque tenía la mirada turbia por causa del sueño, y a pesar de que no paraba de temblar, había mejorado ostensiblemente merced a su representación del papel de Laureado. Veíasele bien entrado en carnes, y pese al desaliño, ofrecía un aspecto digno: sin duda de ningún género presentaba una imagen mucho más halagüeña que su amo. Cuando entraron en la habitación de Bertrand, donde los únicos enseres que había eran un catre, una silla y un aguamanil, Ebenezer apenas fue capaz de contener la indignación, pero el criado habló primero:

—¿Cómo es que estáis aquí, señor? Os creía preso en Malden.

—¡Estabas al tanto! —Ebenezer palideció—. ¡Sabías de mi lamentable estado y te has aprovechado!

La cólera que sentía lo debilitó tanto que viose obligado a sentarse en una silla.

—Os ruego que escuchéis mi versión —suplicó Bertrand—. Es cierto que me hice pasar por vos por vanidad, mas enseguida vime obligado a hacerlo quisiera o no, y desde que tuve noticias de vuestro encarcelamiento, mi única meta ha sido prestaros un servicio.

—¡Conozco muy bien tus servicios! —exclamó el poeta—. ¡Por prestarme un servicio te jugaste mis ahorros a bordo del *Poseidón*, perdiéndolos, y por añadidura me ganaste la fama de que me dedico a seducir mujeres!

Pero Bertrand, escasamente intimidado, insistió en explicar su postura más detalladamente.

—Nadie desearía más que yo —dijo— haberse quedado en Londres con mi Betsy, y dejar que mis pobres partes se la jugaran con Ralph Birdsall. *Más vale perder una rebanada que no toda la hogaza*, como se suele decir. Pero el destino quiso que las cosas fueran de otro modo y...

—Ahorra preámbulos plañideros —le ordenó su amo— y prosigue con tu mendaz relación.

—Lo que quiero decir, señor, es que allá estaba yo, a medio globo de distancia del deseo de mi corazón, vilipendiado, abandonado por unos piratas, destinado a morir ahogado, y por ende, desilusionado por la pérdida de mi isla oceánica...

—¡La pérdida de tu isla oceánica!

—Sí, señor..., lo que quiero decir es que no todos los días ve uno escurrírsele por entre los dedos siete ciudades de oro, como si dijéramos, por no mentar a mis mozas paganas de piel clara, las cuales estarían prestas a hacer cualquier picardía que se me hubiera pasado por la imaginación, y habríanme traído pastelillos y un poco de cerveza a cada hora que pasara...

—¡Al grano! ¡Al grano! ¡Estás diciendo necedades!

—Y luego estaba mi noble Drakepecker, bendita sea su alma, grande y negro como un toro de Escocia, y tan hombre que hubiera desgarrado a la ramera de Babilonia, pero que al mismo tiempo era el adorador más dócil del que pueda presumir Dios..., y vos lo regalasteis como si tal cosa, para que se quedara cuidando a un salvaje maloliente...

—¡Diantre, hombre de Dios, olvida lo que es historia y da comienzo a tus mentiras, que estaba yo allí!

Tras aquella afirmación, Bertrand dijo que no quería discutir.

—La única finalidad que tenía al contarlo —dijo— era ayudaros a entender la pena y desolación que se adueñaron de mí cuando la porquera nos dijo que estábamos en Maryland, por lo que me vi caer del cielo al infierno, como si dijéramos.

—Tanto si se trata de tu pena y tu desolación, como si se trata de tu cuello de cobarde —repuso el poeta—, yo me encargaré de entender las cosas sin necesidad de que me ayudes. En cuanto a la porquera...

Ebenezer vaciló, pensó que era mejor no anunciar su matrimonio y demandó en cambio a su criado que empezara por su llegada a la ciudad de Saint Mary, la cual había tenido lugar hacía casi tres meses, y que refiriera luego su comportamiento ulterior del modo más breve y claro que la concatenación de sus trapacerías permitiese.

—Mi único deseo consiste en hacer precisamente lo que decís, señor —protestó Bertrand—. Tan sólo os pido disculpas por la primera ocasión en que os suplanté, y este preámbulo tenía por fin el lavar aquella culpa. Lo demás merece vuestra aprobación, no vuestros reproches, y os lo expondré con la misma prontitud con que se lo expuse a vuestra hermana, igual que haría con el amo Andrew en persona, el cual enviome en su día junto a vos, cuando vivíais en Pudding Lane, sin otro propósito en este mundo ancho y desalmado que...

—¿Que qué? —exclamó Ebenezer—. ¿Que usurpar mi nombre y mi cargo y a su hija hacerla consejera? ¡Que me lleve la peste si no te arranco del pellejo una frase honrada en inglés!

—... que aconsejaros y protegeros —dijo Bertrand, y cuando su amo hizo ademán de ir a saltar encima de él, se retiró al otro extremo de la cama y se apresuró a contarle su historia. El descubrimiento de que se hallaban en Maryland y no en Cíbola, explicó, razón por la que dejaba de ser una deidad para volver a ser un vulgar criado, habíale causado tal abatimiento que cuando, cumpliendo órdenes de Timothy Mitchell, fue, en compañía de otro sirviente, a por el baúl de Ebenezer, Bertrand no pudo resistir la tentación de hacerse pasar por Poeta Laureado, tan sólo durante el tiempo que le llevara el encargo. Consiguientemente, Bertrand le dijo a su acompañante que en realidad él era Ebenezer Cooke, y el hombre que se quedaba en casa del capitán Mitchell, su criado, y que habían intercambiado los papeles

temporalmente como medida precautoria. Sin embargo, prosiguió diciendo, en la provincia los recibieron con bastante cordialidad, y ya no era menester el disfraz. Entonces los dos criados fueron a recoger el baúl en nombre de Ebenezer Cooke, y tras haber procurado alojamiento nocturno para el amo y el criado, Bertrand fuese por su cuenta a fin de sacarle el mayor provecho posible a su efímero cargo.

—Todo fue bien —dijo con un suspiro— hasta el momento en que salí de la fonda de Vansweringen, calle arriba. Todavía estaba alto el sol y yo iba un tanto cargado de ron; detúveme un momento tratando de dar con el rumbo cuando una elegante damisela, linda hasta decir basta, se me acercó llorando y exclamó: «¡Querido Ebenezer!». ¡Era Lucy Robotham, la misma ramerilla que tanto me acosaba allá en el *Poseidón*, la cual creía que yo había muerto a manos de los piratas hacía mucho tiempo!

En honor a los viejos tiempos, siguió diciendo Bertrand, invitó a la señorita Robotham a cenar en la fonda de Vansweringen, pues el padre de la muchacha se encontraba en Saint Mary, reunido con el Consejo, y cuando aquélla se quitó el capote para comer, Bertrand reparó, con gran sorpresa por su parte, en que estaba embarazada. Cuando la interrogó (Ebenezer hizo una mueca, al representarse la escena), ella prorrumpió en un nuevo llanto y confesó que al llegar a Maryland, por medio de engaños, habíanle hecho contraer matrimonio con el reverendo George Tubman, el mismo cuyos talentos especulativos habían empobrecido a la mitad de los pasajeros del *Poseidón*, el cual había la preñado en la rectoría de la parroquia de Port Tobacco, para acabar averiguándose, no mucho tiempo después, que el matrimonio era ilegal, pues el reverendo Tubman había tenido el descuido de no divorciarse en Londres de su primera esposa. El coronel Robotham había dispuesto inmediatamente la anulación del matrimonio y posteriormente apeló al obispo para que procediera a suspender de sus funciones tanto a Tubman como al reverendo Peregrine Cony, quien a sabiendas había dado la licencia para la unión bígama de su colega; sin embargo, la influencia de que gozaba el coronel en la provincia seguía de momento sin ser suficiente para procurarle un nuevo esposo a Lucy o bien retardar los síntomas que con notoriedad creciente ponían de relieve su estado, lo cual, junto con la reputación de promiscuidad que se había ganado la muchacha, era causa de que se la hubiera excluido de la lista de mozas casaderas con caballeros.

—Entonces comprendí la razón por la que tanto se alegraba de encontrarme con vida —dijo el sirviente—, y mostreme en extremo comprensivo, a pesar de que no me había casado con ella ni bajo la identidad de Bertrand Burton ni muchísimo menos bajo la de Eben Cooke. Como dice el refrán, *la casa hecha, pero la esposa por hacer*. Con todo, mantuve ocultos mis sentimientos y no dejé traslucir, ni de palabra ni de obra, que había captado su vil patraña. Antes al contrario, representé con mi mejor voluntad el papel de Laureado galante, a fin de averiguar qué más ocultaba la

mozuela bajo la manga.

—Y así coger las cosas en el punto en que las habías dejado a bordo del *Poseidón*, de eso no me cabe la menor duda.

Bertrand alzó el índice.

—No he de negar que retozamos un poco antes de que concluyera el día —dijo, honradamente—. Entre trago y trago metíaseme el diablo en el cuerpo, haciéndome arder en deseos de volver a ver el famoso emblema del que tanto presume Lucy. Es todo pecas, a fe mía, y...

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Ebenezer con impaciencia—. Que se parece a la Osa Mayor y todo eso.

Bertrand chasqueó la lengua al recordar.

—Además las mozas recién preñadas proporcionan un placer poco común...

—¡Basta, por el amor de Dios, me das asco!

—En fin —concluyó el criado, encogiéndose de hombros—. Pensé que aquella lagartona se lo tenía merecido por haber esquilado vuestro dinero a base de probabilidades y apuestas fraudulentas.

—¡Oye! —exclamó Ebenezer—. Hablando de apuestas...

—¡No digáis más! —interrumpió Bertrand con una sonrisa—. Esa misma duda se me metió en la cabeza a mí no bien vi a Lucy, y a la primera ocasión propicia le pregunté sin rodeos quién había ganado aquella última y descomunal apuesta en la que se habían acumulado todos los dineros de a bordo y en la cual yo me jugué el Puntal de Cooke con el propósito de recuperar el dinero que había perdido anteriormente. Al principio no quiso responder, mas cuando le crucé las nalgas con el cinturón (tal y como acostumbraba a hacer con la dulce Betsy siempre que me importunaba), logré arrancarle la verdad, a saber, que ella misma, en connivencia con Tubman y con el hideputa del capitán Meech, había ganado el premio.

—¡Cristo bendito!

—Las ganancias —continuó diciendo Bertrand— repartieronse entre los tres socios, y Tubman acrecentó su parte merced al embarazo y al matrimonio (en tal orden, conforme se sabía ahora) con Lucy Robotham. No bien se hubo efectuado el traspaso de propiedades, Tubman reveló la naturaleza bígama de la unión, con la esperanza de así librarse de la moza, mas no había tenido en cuenta la ira de su nuevo suegro, quien expuso el asunto a la luz pública y emprendió la acción legal antes mencionada.

—¿Pero qué pasó con la propiedad? —inquirió Ebenezer—. ¿Todavía posee Tubman titularidad sobre la misma?

El criado sonrió.

—En el momento del que hablo, mayormente, sí, y en la actualidad, mayormente, también, pues carezco de noticias en sentido contrario. Pero aparte de lo que yo

aposté, todas sus ganancias fueron en metálico o en bienes muebles, como caballos, piraguas y quintales de tabaco. El Puntal de Cooke fue el único bien raíz que ganó...

—¡Dios te maldiga por haberlo apostado!

Bertrand enarcó las cejas.

—Tal vez a la postre no fue tan gran necedad, señor. Ese bellaco jamás había ganado nada semejante y, sobre todo debido a que nos creía muertos por los piratas, tenía miedo de reclamar sus derechos, no fuera que los tribunales tuvieran conocimiento de su maligno proceder.

—Si los tribunales lo averiguaran, eso no haría sino acrecentar sus posibilidades —dijo Ebenezer, mas su tono de voz denotaba alivio—. A la gente honrada le va mal en los tribunales de Maryland. Prosigue.

—En consecuencia —aseveró Bertrand—, el reverendo Tubman conformose con las ganancias que pudiera reunir entre los apostantes, en concepto de deudas por apaciguar la cólera que se adueñó del coronel Robotham con ocasión de la unión matrimonial, cedió a Lucy el papel que le concedía la titularidad del Puntal de Cooke no muchos días antes de que ella se encontrara con el genuino autor del documento.

»Lucy albergaba tantas dudas como Tubman en cuanto a cuál pudiera ser el veredicto de los tribunales —dijo el criado—. Ella tenía la esperanza de que yo la compensara comportándome como un caballero, sobre todo a la luz de su estado, pero comoquiera que yo no daba muestras de tener semejante intención, no le cupo sino llorar y proferir amenazas.

»El paso siguiente —explicó Bertrand—, fue enviar al otro criado de vuelta a casa del capitán Mitchell, conforme a las instrucciones de Timothy, y hacer planes para trasladarse a Malden con la impedimenta. No obstante, pensando que su amo contaría con retrasos imprevistos y complicaciones relativas a la seguridad y transporte del baúl, Bertrand demoróse un día más en Saint Mary, en calidad de huésped del coronel Robotham, y luego, otro día más, y luego, otro, pues disgustábale sobremanera renunciar a los deleites de su cargo, así como a los favores de la desesperada Lucy. Durante aquel período su anfitrión y su amante dedicáronse a alternar los halagos con las amenazas: su objetivo prioritario era unir en matrimonio las casas de Cooke y Robotham, para así resolver todos los problemas de un solo golpe. De no llevarse aquello a cabo, juraron trasladar la cuestión a los tribunales, pues pese a la dudosa legalidad de su reclamación, abrigaban la esperanza de que teniendo como dote el Puntal de Cooke incluso una furcia preñada lograría dar con un esposo de linaje decente. Mas siendo así que ninguna de las dos partes podía competir desde una postura de clara fuerza, la disputa quedó reducida a insinuaciones sutiles y negativas equívocas, en tanto Bertrand, que había enviado el baúl unos días antes, gozaba de una semana de holganza, diversiones y deleites que a la mayor parte de los criados sólo les es dado saborear en sueños.

Al concluir la semana, sin embargo, oyole decir a un mozo irreprochable, que trabajaba en la taberna de Vansweringen, que en la orilla oriental un hombre llamado Eben Cooke había firmado la cesión de todas sus propiedades a un vulgar tonelero (si había hecho aquello animado por un santo espíritu de justicia, como expiación de alguna oscura y siniestra obligación, o meramente por error fue causa de mucho debate) y que, puesto que aparentemente la cesión era legal, el propio Cooke había caído mortalmente enfermo y le estaban propinando cuidados en la heredad que había perdido, a modo de compensación por haberse casado con la ramera que era hija de tonelero.

—Aquella noticia casi acaba conmigo —dijo el criado—. Nadie ponía en duda que yo fuera el verdadero Eben Cooke (pues es menester que reconozcáis, señor, cualesquiera que sean vuestros principios, que se me da bien representar el papel de poeta), mas esperaban que inmediatamente me trasladara a Dorset y expulsara tanto al tonelero como al vil impostor. Lo que es más, supúsome un golpe terrible enterarme de lo que os había acontecido, y más terrible aún pensar que yacíais a las puertas de la muerte, por decirlo así, y que se os había obligado a casaros con alguna sucia pelandusca que ejercía de criada...

Ebenezer alzó la mano.

—Depón tu lástima inconmensurable —dijo—. Estoy seguro de que tanta lástima echó a perder tu cena en casa del coronel y te quitó los bríos para ejercer de amante de la señorita Lucy.

—Faltó muy poco —admitió Bertrand—. Aunque, naturalmente, no me permití el menor indicio externo.

—Naturalmente.

En lugar de ello, Bertrand dijo haberle confesado al coronel Robotham que las mismas gentes que habían traicionado al rey y habían dispuesto su secuestro a manos de los piratas estaban intentando labrar su ruina en la provincia, para así evitar que, merced al poder de su pluma, expusiera sus planes sediciosos a la luz del día. Con el fin de anticiparse a los planes de aquellos traidores, había enviado a su criado (el mismo amanuense que en ocasiones anteriores le había prestado, sin que nadie se lo pidiera, idéntico servicio), disfrazado de Laureado, al objeto de que explorara el terreno antes de su llegada, no sospechando ni por asomo que la estratagema erraría de tal guisa el tiro. Entonces, el coronel, curioso porque su huésped quedara de algún modo obligado para con él, ofreciose al punto a interceder ante el gobernador Nicholson, a quien disgustaban sobremanera las meras disputas, no digamos ya si se trataba de una insurrección; pero Bertrand propuso un plan de ataque enteramente distinto, tan grato a los Robotham que estos de consuno pusieron las cartas boca arriba y, llorando como un solo hombre, abrazáronlo.

—Aguardo a oírlo presa de un miedo infinito —dijo el poeta.

—Era un plan tan sencillo como eficaz —dijo, suspirando, el criado— o, por lo menos, así me pareció cuando lo concebí. Propuse que el asunto quedara *entre nous*...

—*Entre nous*? ¡Por vida de..., estás aprendiendo a conspirar en francés!

Bertrand se sonrojó.

—Es una expresión que emplea Lucy cuando tiene la intención de aprovecharse de alguien. Mi plan, digo, consistía en que el asunto quedara *entre nous* en tanto yo no supiera más de vuestras cuitas y diera con el mejor modo de ayudaros; no veía el mérito que pudiera tener revelarles a los Robotham mi verdadero nombre y cargo, así como tampoco le veía el mérito a irle con mis problemas al gobernador, poniendo en peligro mi disfraz. Afirmé que os había entregado un poder judicial a fin de que representarais mejor el papel de Laureado, y que dicho poder le confería al título del tonelero una cierta validez, bien que escasa, si el caso se veía ante un Tribunal parcial, pues aunque la cesión la había firmado un falso Laureado (eso es lo que le dije al coronel), con todo y con ello el impostor era mi apoderado legal y tenía capacidad para ocuparse de mis asuntos en mi nombre.

—¡Voto a tal que eres un intrigante de la envergadura de Richard Sowter! —dijo Ebenezer.

Bertrand sonrió beatíficamente.

—No es más que el aderezo y la salsa, comparado con lo que vino después, señor: acto seguido propúsele a la señora Lucy que nos casáramos en aquel mismo instante, y aunque sus derechos en tanto que esposa tenían el mismo valor legal que un limpiatraseros, con todo prevalecerían sobre los de toda aquella caterva de traidores y estafadores; si yo presentaba la reclamación en calidad de autor de la nota, esposo de quien hacía la reclamación y genuino Laureado de Maryland, la cosa saldría adelante hasta en un Tribunal presidido por el mismísimo diablo.

—¡Madre mía de mi corazón! —exclamó el poeta—. ¡Te proponías robarme mis propiedades amén de mi nombre y mi título!

—Todo eso ya os había sido robado —le recordó Bertrand—. Era mi intención restituírselo al auténtico propietario, si podía, tras lo cual revelaría mi nombre y Lucy se podría ir con viento fresco aun siendo mi legítima esposa.

El criado añadió que el coronel quedó satisfecho con la propuesta, y Lucy más que satisfecha; inmediatamente el matrimonio se solemnizó y consumó sin reparo alguno, y aunque Bertrand no había podido, en contra de lo que esperaba, incluir en los papeles de Lucy una cláusula de renuncia a favor de su marido, consideró, no obstante, que se había salvado el Puntal de Cooke.

—¡Tu doblez me deja perplejo! —dijo Ebenezer—. ¿Dónde se encuentra esa desdichada criatura a la que has engañado y su pobre padre? ¿Qué haces oculto en esta fonda en lugar de estar al frente del gobierno de Malden?

—El coronel Robotham lleva dos meses por el norte de la región, atendiendo sus

asuntos —dijo Bertrand con un suspiro—, y su hija partió con él a instancia mía. Le dije que corría peligro con tanto traidor que anda suelto y que debía permanecer junto a su padre por lo menos hasta que diera a luz; mas lo cierto es que hasta entonces yo había vivido enteramente a expensas del coronel y el día en que partiera se descubriría mi condición de pobre de solemnidad. Por suerte Lucy tenía unas libras ahorradas cuya custodia me confió: aquello bastó para procurarme comida y bebida y para pagar el alquiler de esta habitación inmundada.

En vano, dijo, había procurado tener más noticias de la difícil situación por la que atravesaba Ebenezer, y en vano había procurado poner en marcha la estrategia legal que había concebido: tenía las manos atadas por falta de dinero e influencias hasta que regresara el coronel.

—Y sea como fuere, el juego se ha acabado —concluyó, lúgubrememente—. El coronel Robotham regresará de Talbot la semana que viene y si no averigua la verdad por vuestro padre, a buen seguro que la adivinará cuando vea el estado en que me encuentro. Y de no ser así, el amo Andrew en persona dará conmigo aquí en cuanto sepa que no os encontráis en Malden..., y es que esta última vez no me hubiera librado de él de no ser porque vuestra hermana me previno de que venía...

—¿Dónde te encontraste a Anna y dónde se encuentra ella ahora?

—Me encontró ella a mí —dijo Bertrand—, el mismo día que puso pie en Maryland. Vino a buscaros a esta habitación, pues todo Saint Mary sabe que el Laureado se halla recluido aquí, y al principio casi ni la conocí, tanto ha envejecido.

Ebenezer torció el gesto.

—Se quedó tan sorprendida de verme como yo de verla a ella. Le conté cuanto sabía de las dificultades por las que atravesabais, sin hacer mención de las mías, y por más que le supliqué que no fuera temeraria ni se precipitara, no quiso saber nada y se empeñó en cruzar la bahía aquella misma tarde, con traidores o sin ellos, con el fin de propiciaros cuidados hasta que recuperarais la salud o, de no ser así, rendir la vida junto a vuestra sepultura.

—¡Mi queridísima Anna! —exclamó Ebenezer y se puso colorado, pues le vino a la memoria la alocución que le había dedicado Burlingame por la mañana—. ¿Qué pasó entonces?

—Encontró un pasaje en una embarcación que se dirigía al pequeño Choptank —dijo Bertrand—. Posteriormente tuve ocasión de hablar con el capitán de la nave, aquí en la fonda, y me dijo que la señorita Anna había bajado a tierra en un lugar llamado Tobacco Stick, que era el punto de desembarque más próximo al Puntal de Cooke. Ni yo ni nadie, que yo sepa, ha vuelto a tener noticias de ella.

—¡Dios misericordioso! ¿Que no se han vuelto a tener noticias de ella?

Surcó la mente de Ebenezer un pensamiento tan monstruoso que se le hizo un nudo en la garganta: a buen seguro que William Smith estaría furioso como

consecuencia de su huida de Malden, la cual suponía una violación contractual, y la ira de Joan Toast, que había sido abandonada, sería aún mayor ¿Y si la pobre Anna hubiera caído en sus manos, y los dos se hubieran vengado, haciéndole pagar las culpas de su hermano?

—¡Que el cielo la proteja! —logró articular, alzándose débilmente de la silla—. ¡Tal vez la hayan obligado a prostituirse! En este preciso instante no sabemos si algún plantador mugriento o algún salvaje enorme y de tez oscura...

—¡Pero bueno, señor! ¿Qué estáis diciendo? —Bertrand acudió presuroso y empezó a propinarle golpes en la espalda a su amo, pues le había sobrevenido un acceso de náuseas.

—Contrata un bote para nosotros —ordenó Ebenezer en cuanto recobró el aliento—. ¡Zarparemos rumbo a Malden en este mismo instante y afrontaremos las consecuencias!

Sin hacer mención del abandono de Joan Toast por su parte, Ebenezer, lo más sucintamente que pudo, habló a su atónito criado del estado de decrepitud en que se encontraba Malden, de las circunstancias que rodearon su partida, de cómo lo había rescatado Henry Burlingame, de la gigantesca conspiración que se estaba fraguando en la provincia y del peligro concreto que le aguardaba a Anna tanto si Andrew llegaba al Puntal de Cooke antes que ella, como si no.

—Te daré más detalles durante la travesía —prometió—. ¡No osemos perder ni un minuto!

—Sé de un capitán a quien podríamos contratar —comentó Bertrand—, tanto me da morir a manos de vuestro tonelero que del coronel Robotham, pero lo cierto es que del dinero de Lucy no me queda ni un chelín...

Cuando su criado le recordó aquello, Ebenezer volvióse a inflamar de ira, y cuando se disponía a echarle de nuevo una buena reprimenda contúvose bruscamente, aguijoneado por un sentimiento que le mortificaba.

—Tengo suficiente dinero —masculló, y no dio explicación ninguna en cuanto a su procedencia.

En la ribera dieron con el capitán que Bertrand tenía en mente, y pese a lo avanzado de la tarde y a lo poco halagüeño que se presentaba el tiempo, aquel caballero estuvo de acuerdo, a cambio de la ultrajante suma de tres libras esterlinas, en llevarlos hasta el Puntal de Cooke a bordo de su pequeña embarcación pesquera. Cuando estaban a punto de subir, Ebenezer recordó que tenía una cita en el Palacio de Justicia.

—Por vida de..., casi se me olvida. Tengo que dejarle un recado a Henry Burlingame, que ha ido a pedirle ayuda a John Coode. —Al reparar en la sorpresa de Bertrand, sonrió—. Es un cuento demasiado largo para contarlo ahora, mas diré esto: el tal Tim Mitchell, el que te ordenó venir aquí, no es hijo del capitán Mitchell ni

muchísimo menos..., es Henry Burlingame.

—¡No lo decís en serio! —El semblante del criado denotaba terror.

—El mismo que viste y calza —afirmó el poeta.

—Entonces más que de recados andáis precisados de oraciones —dijo Bertrand—. ¡Que Dios nos asista a todos!

—¿Qué sandez es ésa?

—Vuestro amigo no necesita buscar más lejos de donde le quede el vaso si quiere encontrar a John Coode —dijo el criado—. ¡El es John Coode!

4. EL POETA ATRAVIESA LA BAHÍA DE CHESAPEAKE, MAS NO ARRIBA AL PUNTO DE DESTINO QUE BUSCABA

—¡Juro que es cierto como el *Evangelio*! —insistió Bertrand—. No hay mejor lugar para ponerse al corriente de noticias que la taberna de Saint Mary, y estos últimos meses he andado con los ojos y las orejas muy abiertos. Era conocimiento común entre sus sicarios que Tim Mitchell era John Coode disfrazado y ahora vos me decís que el amo Burlingame y Tim Mitchell son la misma persona. ¡A fe mía que debiera haberlo adivinado antes! ¡Si tienen la misma estampa!

Ebenezer meneó la cabeza.

—¡Esa es una aseveración que no dista en demasía de lo inverosímil! —No obstante, el poeta mostróse indignado, como hiciera en otras ocasiones en las que el sirviente había difamado a su antiguo tutor.

—¡No, señor, creedme; está tan claro como las sumas de un colegial! Pensadlo bien: ¿Dónde oísteis hablar del canalla de John Coode por vez primera?

—Se lo oí mencionar a lord Baltimore antes de mi partida —repuso Ebenezer—. Es decir...

—¿Y cuándo dio Coode principio a sus facciones y rebeliones en la provincia? ¿No fue por ventura el mismo año en que Burlingame llegó a estas tierras? ¿Y no es asimismo cierto que siempre que el amo Burlingame se encuentra en Inglaterra os dice que Coode también se encuentra allí?

—Pero el cielo prohíba...

—¿Creéis por ventura que el amo Burlingame iba a ser capaz de hacerse pasar por Coode ante Slye y Scurry siquiera por espacio de dos minutos, no digamos ya efectuar una travesía de tres meses en compañía de ellos? ¡Imposible creerlo!

—Con todo, está dotado de un talento portentoso para los disfraces —protestó el poeta.

—¡A fe mía que lo tiene, sí! Por lo que os he oído decir a vos y a otras gentes, se ha hecho pasar por Baltimore, Coode, el coronel Sayer, Tim Mitchell, Bertrand Burton y Eben Cooke, por no mencionar a otros, y aún no ha sido descubierto. Mas, decidme: ¿cuál es el mayor talento de Coode sino precisamente ése? ¿No ha representado los papeles de cura católico, ministro protestante, general y no sé cuáles más? ¿No tiene acaso por costumbre viajar siempre de incógnito hasta el punto de que ni sus propios lugartenientes conocen bien su rostro?

—¡Pero fue tutor mío por espacio de seis años! ¡Yo lo conozco! —Al tiempo que las pronunciaba, Ebenezer comprendió la gran falta de verdad que había en sus palabras.

Aunque siguió meneando la cabeza como con incredulidad, a sugerencia del

capitán abandonó la idea de volver a la posada para dejar un recado, y la barca de pesca siguió su curso, río Saint Mary abajo.

—¡Todo esto es sumamente cambiante y confuso! —exclamó Ebenezer, quejumbroso, al cabo de un rato, después de que Bertrand y él se fueron al lado de barlovento, retirándose a un minúsculo camarote situado a espaldas del mástil. Pensaba no sólo en Burlingame y en la transmutación de valores que habían experimentado lord Baltimore y Coode merced a los persuasivos argumentos que había desplegado su antiguo tutor aquella mañana (transmutación que después de la aseveración de Bertrand cobraba un aspecto sumamente autoinculpatorio), sino en que también Bertrand, John McEvoy y prácticamente todo el mundo habían padecido cambios semejantes—. ¡Nadie es quien ni lo que yo creo que es!

—Pasan muchas cosas —asintió crípticamente el criado— que a gentes como vos y como yo se nos escapan. Maldita sea si las cosas son lo que aparentan.

—¡Vive Cristo! —Ebenezer, exasperado, empezó a hacerse conjeturas—. En primer lugar, ¿yo cómo sé que la persona con la que he viajado es Burlingame, siendo así que cada vez que vuelvo a encontrármelo todo en él es distinto, desde su rostro hasta su filosofía? Tal vez Burlingame haya muerto hace seis años, o sea prisionero de Baltimore, o de Coode, y todos los demás no son sino meros impostores.

—No es imposible —admitió Bertrand.

—¿Y qué me dices de esta guerra a muerte entre Baltimore y Coode? —Ebenezer rio desabridamente—. ¿Cómo saber quién tiene razón y quién no? ¿Cómo saber siquiera si se trata de una guerra? ¿Qué me impide afirmar que están en connivencia y que todas estas muestras de insurrección no son sino un velo que pretende ocultar una terrible alianza?

—A decir verdad no me sorprendería ni un ápice. Jamás me ha inspirado confianza ese jacobita de Baltimore y otro tanto me ocurre con el amo Burlingame.

—¿Jacobita dices? ¡Pardiez que estás hecho un rústico patán! ¿Crees acaso que el rey Guillermo no está secretamente tan coaligado con Jacobo como lo está con Louis o con el papa de Roma? ¿No es por ventura una verdad reconocida que *la historia la escriben los apretones de mano en secreto antes que ningún parlamento del orbe*?

—Si los hombres honrados lo supieran, se llevarían una gran sorpresa —musitó el criado. Sin embargo, inquieto, cambiose de postura y miró fijamente al cielo, que estaba cada vez más bajo.

—¡A fe mía que eres un sabio de más envergadura que Sócrates, amigo mío! Estos dichos tuyos debieran inscribirlos con letras de oro en los entablamentos de los edificios públicos, a fin de que nadie los olvidara. ¿Qué sino la inocencia infantil de la masa tiene convencido al común de los mortales de que el burdel no es el sostén de la Iglesia o de que Dios y Satanás no se dan la mano dentro de la misma redoma?

—¡Ah, señor, ahora vais demasiado lejos! —El tono de Bertrand era sigiloso—.

Hay cosas que sabéis con la misma claridad que sabéis cómo os llamáis.

Ebenezer rio de nuevo, como lo liaría alguien que padece un acceso febril.

—¿Así pues crees verdaderamente que la persona con quien hablas es Eben Cooke? ¿Cómo es posible que no hayas caído en la cuenta de que yo soy John Coode?

—¡No, señor, sosegaos! —imploró el criado—. ¡Vuestras desgracias os han afectado y no sabéis lo que decís! ¡Os lo ruego, sosegaos!

Pero el poeta se limitó a sonreír más torva y amenazadoramente.

—¡A los demás les puedes engañar haciéndote pasar por un palurdo sirviente, pero a John Coode no! ¡Sé que eres Ebenezer Cooke y esta vez no vas a librarte de la muerte!

—Le diré al capitán que al punto nos lleve de vuelta a la ciudad de Saint Mary, señor —gimoteó Bertrand— y que mande llamar a un buen cirujano para que os sangre. Además, está muy avanzado el día para efectuar la travesía y, ¡santo cielo, fijaos allá, qué olas se han levantado en la bahía! Descansad, dormid... El sueño y el descanso habrán hecho de vos un hombre nuevo por la mañana, hacedme caso. Mirad a popa, señor: ¡Se está acercando un huracán de verdad! Voy a hablar con el capitán.

—¡No, hombre, vuelve acá; no haré más bromas! —Ebenezer cerró los ojos y se los restregó con el pulgar y, el índice—. Sólo estaba..., bueno, se me vino a la cabeza una imagen que había olvidado y pensé que... —Hizo una pausa, se pellizcó el antebrazo sin piedad, soltó un quejido de dolor y suspiró.

—¡Os lo ruego, señor, por allá se aproxima una terrible tormenta! ¡Este miserable juguete se irá a pique como si fuera una piedra!

—¿Así pues, tú piensas que nosotros nos encontramos de verdad aquí y que podemos hundirnos? Esa cosa que hace un momento te decía que me había irrumpido en la cabeza... tuvo lugar en Pudding Lane el pasado mes de marzo... ¡Vive el cielo, me parece que fue hace cinco años! Me habían retado a que aceptara una apuesta con Ben Oliver; el asunto de la misma era de índole obscena y yo había salido corriendo a refugiarme en mi aposento, de pura mortificación que sentía...

—¡Demonios, señor, fijaos en cómo se zarandea y encabrita la embarcación, ahora que nos hallamos lejos de tierra!

El poeta hizo caso omiso del pánico de su criado.

—Cuando me vi nuevamente a solas en mi habitación me sobrevino un ataque de vergüenza sin paliativos; sentía ganas de volver a la taberna y comportarme como un hombre con Joan Toast, mas me faltó valor para ello, y en medio de mis cavilaciones sucumbí al sueño y me derrumbé sobre el escritorio.

Las sacudidas de la nave hicieron caer a Bertrand de rodillas; el rostro se le puso blanco.

—Todo eso está muy bien, señor, pero que muy bien; pero no me queda más

remedio que darle una voz al capitán y pedirle que dé la vuelta... Ya recogeremos a la señorita Anna en otra ocasión, cuando el tiempo esté despejado.

Ebenezer afirmó que irían a recogerla entonces y siguió adelante con sus reminiscencias.

—De lo que acabo de acordarme —dijo— es de cuando Joan Toast llamó a mi puerta, despertándome, y de lo asombrado que me quedé al verla; yo estaba tan adormilado aún que no hubiera sido capaz de decir si estaba soñando o no, aunque me fuera la vida en ello. Recuerdo que razoné claramente, llegando a la conclusión irrefutable de que se trataba de un sueño cruel, pues en la vida real jamás se vio portento semejante. Todas mis alegrías y tribulaciones principiaron con la llamada a mi puerta, y fueron de un orden tan fantástico que dudo si no estaré aún en Pudding Lane, todavía adormilado, y me pregunto si esta horrible historia no será un sueño.

—¡Pluguiera al cielo que así fuera, señor! —exclamó el criado—. ¡Escuchad el viento, vive Cristo, y reparad en el cielo oscurecido!

—He tenido sueños que me parecieron más reales que este momento —dijo Ebenezer—, y otro tanto le sucedió a Anna en numerosas ocasiones. De niños nos sabíamos una treta: cuando ya teníamos encima a los leones de Numidia o nos habíamos despeñado de un risco de los Cárpatos, decíamos: «Esto no es más que un sueño y ahora me despertaré; esto no es más que un sueño y ahora me despertaré». Y no fallaba, nos despertábamos en la cama, allá en Saint Giles in the Fields. Más aún, solíamos preguntarnos, cuando hablábamos de noche, cada uno en su alcoba, si la vida toda y el mundo no eran asimismo un mero sueño; en numerosísimas ocasiones a punto estuvimos de comprobarlo, recurriendo a nuestro conjuro mágico, y creíamos que al despertar nos encontraríamos en un mundo donde no habría gente, ni sol, ni luna, sino tan sólo espíritus incorpóreos inmersos en el vacío. —Ebenezer suspiró—. Pero jamás nos atrevimos a intentarlo...

—¡Intentadlo ahora, señor —imploró Bertrand—, antes de que nos ahoguemos y sea tarde para conjuros! ¡Por Dios, señor, intentadlo!

El poeta se rio. Su actitud ya no era febril.

—En cualquier caso, de nada te serviría, Bertrand. La razón por la que jamás llegamos a intentarlo era que sabíamos que sólo uno de los dos podía ser el soñador del mundo (tal era la denominación que empleábamos) y nos daba miedo que, en el caso de que diera resultado y uno de nosotros se despertara en medio de un cosmos nuevo y desconocido, aquél descubriría que no tenía ningún hermano gemelo fuera de su sueño... ¿Qué beneficio te reportaría el que yo me salvara y te dejara aquí a merced de perecer ahogado?

Mas Bertrand dio en pellizcarse con ferocidad al tiempo que vociferaba: «¡Esto no es más que un sueño y ahora me despertaré! ¡Esto no es más que un sueño y ahora me despertaré!».

Su inquietud por la seguridad de la embarcación estaba justificada. El súbito vendaval procedente del sudoeste había encrespado las aguas por donde la bahía de Chesapeake se abría al mar, y era el viento más fuerte que había presenciado jamás el poeta, haciendo salvedad de la tormenta que tuvo lugar frente a Corvo, en las Azores, sólo que en esta ocasión su vida, en lugar de las doscientas toneladas y los doscientos tripulantes que tenía el *Poseidón*, iba a bordo de una embarcación de velas cangrejas y que no alcanzaba los cuarenta pies de eslora, tripulada por un hombre blanco y un par de negros fornidos. Ya la luz declinaba, aunque no podían ser más de las cinco de la tarde; la perspectiva de navegar cincuenta millas en medio de aquellos mares totalmente oscurecidos tenía visos inequívocamente suicidas y, al cabo, pese a sus urgentes deseos de ver a Anna, preguntó al capitán (un caballero de pelo entrecano que respondía al nombre de Cairn) si no sería mejor volver a Saint Mary.

—Eso es lo que estoy intentando hacer desde hace media hora —respondió el capitán con acritud, y explicó que ni siquiera con las velas del foque y la gavia amainadas, y la mayor triplemente arrizada, había conseguido regresar de bolina al Potomac, que quedaba a babor; tan fuertes y frecuentes eran las ráfagas de viento, que el mismísimo velamen que era preciso desplegar para efectuar el viraje habría bastado para arrancar los mástiles o hacer volcar la nave. La única alternativa era largar anclas, e incluso aquello, según dijo el capitán, no era más que un recurso provisional: de haber sido el fondo bueno para una sujeción firme, la cadena del ancla se hubiera quebrado al primer golpe de viento; por el momento la nave se arrastraba hacia sotavento a gran velocidad y pronto sería insuficiente la longitud de la cadena.

—Allá está Punta Vigía —dijo, indicando un saliente de tierra situado exactamente en la dirección de donde procedía el viento—. Es la última vez que veremos tierra hoy, o tal vez nunca.

Un temor frío adueñose de Ebenezer.

—¡Diantre! ¿Queréis decir que ha llegado nuestro fin?

El capitán Cairn irguió la cabeza.

—Nos pondremos al paio y aderezaremos un ancla flotante; después de eso todo queda en manos de Dios.

Tras haber expresado sus sentimientos de tal guisa, el capitán y los dos negros aprestaron una pequeña vela triangular en el palo mayor y sustituyeron el inútil rezón de hierro por un ancla flotante, hecha de lona, la cual, puesto que la dirección de la marea era mar adentro, contrarrestaría la tendencia de la nave a derivar hacia el nordeste. Era cuanto se podía hacer; una vez rematada aquella labor el capitán trincó el gobernalle y refugiose con sus pasajeros en la cabina que, para desdicha de la tripulación, sólo podía albergar a tres personas. Muy pronto desapareció de la vista la Punta Vigía y, como si tal desaparición hubiera sido una señal, sobrevino la oscuridad de improviso, y el viento y la lluvia parecieron arreciar. Una tras otra las negras olas

elevaban la embarcación, que luego caía con sonora violencia en la depresión que formaban las aguas; el ancla flotante, si bien impedía que la nave virara bruscamente, inclinábala considerablemente proa abajo, haciendo que por allí entraran cantidades de agua que los negros veíanse obligados a achicar sirviéndose de una rudimentaria bomba de sentina.

—¡Pobres diablos! —se compadeció Ebenezer—. ¿No deberíamos relevarlos, ocupándonos nosotros de las bombas, y dejarlos que tomaran un respiro en la cabina?

—No hace falta —repuso el capitán—. Dentro de tres horas todo habrá acabado, de un modo u otro, y entretanto así se evita que se congelen.

Lo que quería decir, conforme averiguó el poeta merced a ulteriores interrogatorios, era que si la tormenta no se alejaba, cambiaba de sentido o los hundía, la velocidad y dirección en que derivaban los llevaría al otro lado de la bahía en el transcurso de tres horas o cosa así, hasta dar con ellos, con la popa por delante, en la orilla oriental.

—En tal caso, vive el cielo que aún nos quedan esperanzas, ¿no creéis?

Incluso Bertrand, que no había dejado de temblar por causa del frío y el pavor, dio ciertas muestras de contento ante tal anuncio.

—Os queda la esperanza de ahogaros cerca de la orilla, cuanto menos —dijo el capitán—. La resaca anegará la nave en un santiamén y puede que de paso la haga trizas.

El criado volvió a sus gimoteos; a Ebenezer le hormigueaban las mejillas y la frente. Sin embargo, aunque la perspectiva de morir ahogado le horrorizaba ahora no menos que cuando hubo de recorrer la pasarela de los piratas frente a la Punta del Cedro, que distaba unas doce millas de la posición que entonces ocupaban, la idea de la muerte en sí, advirtió el poeta con cierta admiración, ya no entrañaba terror. Antes al contrario: si bien él no hubiera elegido perecer, sobre todo por lo incierta que era la suerte de Anna, cuando pensaba que ya no tendría que hacer frente, verbigracia, a la pérdida de su heredad, a la cólera de su padre ni a las diversas revelaciones y caracterizaciones de Henry Burlingame, hallaba dulce aquel pensamiento. ¡Oh muerte deliciosa! Ni en las más cavilosas horas de la noche, allá en la adolescencia, cuando presa de la angustia o la fascinación interrumpía el respirar, paralizaba el cerebro y oía el rumor de la sangre en los oídos mientras se esforzaba, vertiginosa y vanamente, por suspender los latidos de su corazón..., ni siquiera entonces habíale parecido más vivificante el bálsamo del olvido.

De no ser para quejarse cuando las embestidas del agua o los bandazos de la nave cobraban una violencia extraordinaria, durante el período de tiempo subsiguiente, nadie se sintió demasiado inclinado a hablar con los demás a voces. La tormenta, aunque era de fuerza irregular, no daba muestras de ir a ceder, y en cualquier momento hubiera podido inundar el barco o hacerlo volcar sin previo aviso, dando

con ellos en un mar tan frío y furioso que ni el nadador mejor dotado hubiera sido capaz de sobrevivir durante más de veinte minutos. Con todo, gracias al ancla flotante, a la labor de achique de los infatigables negros y a las virtudes marineras de las que parecía estar dotado el casco, por no mencionar a la ciega providencia, el navío permaneció al paio y a flote ráfaga tras ráfaga y ola tras ola, y así se fue desplazando con regularidad, aunque no lo parecía, hacia babor. Al cabo de algún tiempo —que Ebenezer hubiera podido cifrar lo mismo en dos que veinte horas— el capitán dejó de acariciarse la barba e irguió la cabeza, muy atento.

—¡Un momento! —Alzó la mano, pidiendo silencio—. ¿No lo oís?

Abrió la puerta bruscamente, salió a cubierta y, corriendo el riesgo de que se le inundara el barco, ordenó a los negros que suspendieran momentáneamente la labor de achique, así como los cánticos rítmicos con que la aliviaban. Ebenezer aguzó el oído, mas, pese a que al estar abierta la puerta se magnificaba el fragor de la tormenta dejando entrar por añadidura una cantidad no exigua de lluvia y aire frío, no logró detectar ningún ruido novedoso ni tampoco alcanzó a ver nada.

El capitán dio a los tripulantes la orden de reanudar el achique, sin acompañamiento musical, y asomó la cabeza empapada al interior de la cabina.

—Hay tierra a babor, no muy lejos —anunció—. Se pueden oír las rompientes a popa.

Y tras repetir la lúgubre profecía que hiciera horas antes de que de un modo u otro pronto hallarían fin sus penalidades, desapareció en la oscuridad, por la parte delantera de la barca.

Entonces, y pese a las propuestas de Bertrand en el sentido de que prefería ahogarse en cuclillas tal como estaba antes que salir y enfrentarse al frío y al oleaje, Ebenezer insistió en que también ellos abandonaran la cabina y, nadando como mejor pudieran, trataran de salvar la vida cuando el barco se hundiera o lo desbaratara el oleaje rompiente. Vieron que la lluvia había amainado mucho, de modo que se podía abarcar con la vista la longitud entera de la nave; el viento, en cambio, ululaba con la misma fiereza que antes, batiendo contra la cresta de las enormes olas negras que se estrellaban contra el casco, estremeciéndolo. Y entonces pudieron identificar el nuevo peligro; Ebenezer lo podía oír también: un estruendo más profundo y rítmico, el del oleaje que rompía a babor.

Hacia proa, el capitán cortó la amarra del ancla flotante, cuya eficacia había disminuido con el crecer de la marea, y en su lugar largó el rezón, sin grandes esperanzas de que agarrara en el suelo cenagoso y sin rocas, sólo con el fin de que mantuviera el morro de la nave cara al viento y así retrasara el mayor tiempo posible la llegada a las rompientes. A continuación reunióse con sus pasajeros en popa y, volviendo a acariciarse la barba, quedóse escuchando con ellos el ominoso estruendo que hasta allí llegaba.

—¿Por qué no soltamos el ancla y nos dirigimos a la orilla por entre el oleaje? —inquirió el poeta—. Me parece haber leído acerca de tal práctica.

El capitán hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yendo de popa, la ola siguiente nos haría virar violentamente, por si no lo sabíais, y además sería preciso ir bien amantillados, de lo contrario, al primer golpe de mar, la nave daría de lado o de toldilla.

El capitán no se tomó la molestia de explicar en qué consistía aquella última catástrofe, sin embargo, aconsejó a todos que se desprendieran de las botas, pelucas y chalecos, y ocuparan posiciones más o menos en el centro del barco.

—No haré tal —objetó el criado—. Si salto por la popa tendré que nadar diez yardas menos para ganar la orilla.

El capitán se encogió de hombros y repuso:

—Pues en tal caso quedaos aquí, maldita sea: podéis servirnos de contrapeso y equilibrar la barca. Pero no respondo si luego os cae toda encima y os abre ese cráneo de holgazán.

Viendo el fallo que entrañaba su razonamiento Bertrand se mostró al punto tan dispuesto a ponerse a las órdenes del capitán que, no pareciéndole bastante situarse hacia el centro, fuese hacia el extremo de la proa y tal vez incluso hubiera intentado encaramarse al bauprés, de no ser porque uno de los negros hizo la advertencia adicional, acaso en son de chanza, de que un exceso de lastre en la parte delantera podría abajar la proa, ya de por sí desequilibrada por la fuerza con que tiraban el rezón y su cadena, con lo que se correría el riesgo de que la nave se anegara.

—¡Un momento, escuchad! —interrumpió el capitán—. ¿No lo oís?

Una vez más aguzaron el oído.

—Sólo se oyen la tormenta y las rompientes, como antes —dijo Ebenezer.

—Sí, pero ya no queda a popa: ahora se oye a babor.

El capitán se situó cara a popa y señaló un punto situado a unos cuarenta y cinco grados hacia la derecha, localización invisible hacia la cual, sin duda alguna, habíase desplazado el fragor del oleaje rompiente, aunque, a lo que parecía, ahora lo tenían mucho más cerca que antes.

—¿Qué significa eso? —demandó Ebenezer—. ¿Es que ha cambiado la dirección del viento?

—Ni un punto de la brújula —dijo el capitán—. Sigue siendo suroeste y debiera habernos llevado de popa hacia la isla de Hooper. Puede que se trate simplemente de una ensenada o algún repliegue de la costa...

El capitán interrumpió sus pensamientos y envió a proa a uno de los negros, con el fin de que determinara de oídas si las olas rompían a babor o a popa. Mas sólo alcanzaron a oírlo en dirección este; luego, en dirección este-sudeste y más adelante, exactamente en dirección sudeste, como si se estuviera desplazando desde la aleta a

abor; y aun cuando al principio su proximidad aparente había aumentado de manera alarmante, ahora que el estruendo les quedaba de costado, había dejado de crecer, en tanto que, hacia popa, la tormenta mostraba la misma virulencia que cuando se encontraban en medio de la bahía. Era claro que, cualquiera que fuera la costa sobre la que rompían las olas, ellos se estaban desplazando hacia abor.

—Ha sido la marea, que ha desplazado el ancla flotante —aseveró, pensativo, el capitán Cairn—. Ha detenido el retroceso, desviándonos un tanto hacia el sudoeste, lo cual equivale a decir un tanto hacia la isla de Hooper. Lo que yo supongo es que nos encontramos en el estrecho de Limbo y la rompiente aquella debe de ser una tierra pantanosa, conocida como la isla de Bloodsworth. Si en verdad esto es así..., ¡vive Cristo, dejadme pensar! —El capitán mesose las barbas con ferocidad, en tanto Ebenezer y Bertrand lo observaban, asombrados—. ¿Aún no se atisba el rompiente a popa ni a estribor? —repitioles la pregunta a los negros, que respondieron negativamente. Las grandes olas de abor seguían avanzando lentamente; ahora el ruido les llegaba claramente desde el sur (unos cuatro puntos hacia estribor) y el volumen del mismo había menguado un tanto, al igual que el encrespamiento de las aguas.

—¿Se trata de nuestra ruina o de nuestra salvación? —preguntó el poeta al tiempo que se esforzaba por recordar de qué le sonaba el nombre de aquel estrecho.

—Puede ser cualquiera de las dos cosas —dijo el capitán—. Si eso es la isla de Bloodsworth, en fin, al extremo de la misma hay una cala llamada Okahanikan, exactamente, a abor, en la cual podríamos buscar refugio; también podemos cruzar el estrecho de Limbo a la deriva y entonces podríamos probar suerte y tratar de alcanzar la costa de Dorset. Se puede apreciar que las olas son algo menores ahora que hemos rebasado ese saliente; si aquello de allá es Okahanikan y lo dejamos a barlovento pronto veremos que las olas vuelven a estar tan crecidas como antes...

—¡En ese caso busquemos la ensenada, os lo suplico! —imploró Bertrand.

—Por otra parte —concluyó el capitán, dándose un fuerte tirón de las patillas— si nos encaminamos hacia allí y no se trata de Okahanikan, o bien no damos con la parte donde las aguas son más profundas, es lo mismo que si nos estrelláramos contra la costa y nos fuéramos a pique.

—Yo digo que lo intentemos —urgió Ebenezer—. Tanto peligro corremos de morir por causa del frío como por ahogamiento.

Y era verdad que, despojado de las botas y la vestimenta externa, jamás había sentido tanto frío. Castañeteabale su gran mandíbula; abrazándose a sí mismo, sacudiendo las piernas sobre la bamboleante cubierta, vínole a la memoria un comentario hecho por Burlingame hacía unos inviernos: en cierta ocasión, maravillados los hermanos gemelos por una historia que hablaba de los calores tropicales que hubo de soportar Magallanes o algún otro navegante de las latitudes

tórridas, su tutor hízoles ver que unos trapos para cubrirse y agua en abundancia, el calor más riguroso viene a ser, simplemente, algo más o menos molesto, pero soportable, en tanto que el frío es en esencia enemigo de la vida. La imagen del calor ecuatorial nos muestra en su mismo centro esos fértiles asientos de la procreación que son los grandes bosques de lluvias perpetuas; pensar, empero, en lo que cobija el círculo polar ártico, es traer a las mientes el caos, el olvido, la antítesis de la vida. Hay más (conforme a lo que les dijo Burlingame a sus pupilos); es el caso en el que los hombres hablan del calor de la pasión, y cuando hacen referencia a diversos sentimientos y relaciones sociales de forma aprobatoria, calificánlos de cálidos, siendo así que el metabolismo de la vida es de por sí cálido; por el contrario, el miedo, el desdén y el odio más profundo (por no mencionar el ámbito de los hechos, la lógica, los procesos analíticos o la indumentaria y los modales formales), por muy arraigados que se hallen en la experiencia humana del vivir, siempre nos traen al olfato de la raza un efluvio de gravedad, y los lenguajes de la humanidad emplean para describirlos adjetivos relacionados con el frío. En resumidas cuentas (Ebenezer recordó que Burlingame había llegado a aquella conclusión exhibiendo una sonrisa y avivando el fuego del cenador que hacía las veces de su vivienda con la baqueta de un mosquetón español que pendía de la pared), los días calurosos pueden provocar sudor y denuestos, mas los vientos gélidos atraviesan gabanes y miriñaques cual cuchillo de la memoria primigenia de la especie, haciendo tiritar a la bestia que dormita en las cavernas de nuestras almas, susurrándole al peludo oído: «¡Peligro!». El rompiente habíase convertido en un fragor amortiguado que quedaba situado bastante por delante de donde se encontraban. El capitán dio la orden de desplegar el foque, que estaba triplemente arrizado, así como la vela mayor, y él mismo se colocó al timón. Como los negros tenían las manos ocupadas con velas y drizas cangrejas, situó a los dos pasajeros a proa. Bertrand sondeaba la profundidad con una pértiga (pues la embarcación, que era de fondo más bien plano, sólo desplazaba tres pies de agua, y la quilla, acaso dos o tres) y Ebenezer estaba ojo y oreja avizor por si surgía algún contratiempo. Las velas orzadas daban unos estampidos que semejaban pistoletazos disparados al viento, y un gran estruendo recorría la cubierta. Cuando la cadena quedó acortada hasta el punto de que el rezón a duras penas lograba mantener la proa enfilada hacia barlovento, el capitán fijó el timón y puso el foque de bolina; al punto viró la proa a babor y las dos velas se inflaron con un golpe tan seco que la barca escoró sobremanera y pareció que el mástil íbase a arrancar de cuajo, al tiempo que el ancla soportaba una enorme presión. Durante unos instantes aquellas fuerzas terribles mantuviéronse niveladas: Ebenezer no dudó que la barca volcaría o que daría de través o que se desgajaría el mástil o los obenques, o los eslabones de la cadena, o las velas. Pero cuando la ola siguiente les rebasó por debajo, el capitán aflojó el timón; la proa apuntó un ápice más en dirección al viento y, con

acompañamiento de vítores de la tripulación, la nave cobró una inclinación razonable, alcanzó la cresta siguiente a unos buenos cuarenta y cinco grados y ganó velocidad en dirección sur, efectuando una lenta bordada de estribor.

Casi al punto dieron en aguas relativamente calmas, aunque el viento aullaba con tanta furia como antes; era evidente que se hallaban a sotavento de la tierra que habían avistado, y aunque sus cuitas no habían ni mucho menos llegado a término, viéronse momentáneamente libres del peligro de ver que la nave desaparecía bajo sus pies. Más aún: como el viento se estrellaba contra la isla, o lo que fuera, les fue posible avanzar con un cuidado y control mayores. Cuando pusieron rumbo al sur, Bertrand tocó fondo con la pértiga e instantáneamente hizo llegar la noticia a voces hasta popa. A decir verdad, en medio de la oscuridad que tenían ante sí, oíase claramente el rumor del viento, que agitaba los cañaverales y la arboleda. Al punto los negros desplegaron las velas y la barca vino a dar a un paso que discurría paralelamente a lo que parecía ser la costa y en el que había el espacio justo para poder ir avanzando. Por espacio de diez minutos los sondeos arrojaron un resultado constante, entre nueve y diez pies de profundidad, sin que en ningún momento se dejara de oír a estribor el ulular del viento entre los árboles. Luego aquellos ruidos que parecían proceder de tierra hiriéronse de índole más general (a decir verdad, daba la sensación de que se hallaban casi totalmente rodeados por ellos, salvedad hecha de la popa) y cuando la quilla rozó el fondo, roce que nadie oyó ni percibió, aparte del capitán Cairn, éste ordenó echar anclas y encarar el viento.

—¡Santo cielo! —exclamó Ebenezer—. ¿Es posible que estemos a salvo?

—*Sólo el cabrón tiene la certeza de que no es cornudo* —dijo el capitán, repitiendo un proverbio que Ebenezer había oído anteriormente—, así como los únicos que están libres de la muerte son los muertos.

A pesar de lo cual acariciábase la barba dando claras muestras de alivio y admitió que, a no ser que el viento cambiara de dirección, no parecía que hubiera ninguna razón para no pasar la noche anclados.

—Esto es una especie de cala, no hay duda —afirmó una vez que la nave estuvo a buen seguro—, de lo contrario, a popa se oiría el ruido del mar y no el de los árboles. Si se trata de Okahanikan o de otro lugar, eso lo averiguaremos en breve.

No habiendo nada que hacer hasta el alba, cosa que a Ebenezer antojábasele increíble, todo el mundo volvió a ponerse las vestiduras de las que se habían despojado y aprestáronse a entrar en calor y descansar. La tarea de montar guardia por turno fueles asignada a los agotados tripulantes, hasta que Ebenezer protestó diciendo que los negros ya habían trabajado valiente y prodigiosamente a lo largo de toda la noche y se ofreció voluntario a cederles su lugar en la cabina y a montar guardia junto con Bertrand en sustitución de ellos.

—Obrad como os plazca —repuso el capitán—. Manteneos vigilantes por si

perdemos ancla y sondead a popa si la corriente nos desplaza. Por lo demás, no me despertéis a no ser que el viento cambie y sople en dirección a la cala.

Hechos aquellos requerimientos, se retiró, pero los negros, a pesar de la invitación formulada por Ebenezer, no hicieron ademán de seguirlo. Habían escuchado la conversación tan impasiblemente como si no hubieran entendido una sola palabra y, ciertamente, a juzgar por su reticencia, las dificultades que les planteaba la lengua inglesa y la actitud vergonzosa (manifiesta en que sonreían cabizbajos y en el modo de mover los ojos y los pies) con que declinaron el ofrecimiento de refugio que se les hacía, el poeta llegó a la conclusión de que, a pesar de su pericia marinera, no hacía mucho tiempo que habían salido de la selva. Tal impresión se vio reforzada cuando al rato dio comienzo a su guardia en compañía de Bertrand: los negros extendieron sobre la cubierta una vela de foque en desuso, hicieron un pliegue al grátil de orzar y, empezando el uno por arriba y el otro por abajo, enrolláronse en la tela para protegerse de la intemperie. La maña con que llevaron a cabo aquella operación confirióle a la misma un aire de extraño ritual, y cuando hubieron concluido y quedaron cara a cara, recogidos y rígidos cual los husos que sujetan un pergamino, mantuvieron durante un rato, entre risas ahogadas y roncosp susurros, un coloquio en su exótico idioma, ininteligible para los ingleses, salvedad hecha de un nombre que estos supusieron que correspondía al lugar donde se hallaban anclados Okahanikan, y otro vocablo asimismo recurrente, el cual (aunque Ebenezer no estaba tan seguro de ello) Bertrand afirmó, con gran emoción, que era Drakepecker. En efecto, tanto le había conmovido aquella convicción, que el criado expresó la resolución de preguntar al punto a los negros si estaban mejor informados que él respecto de la condición y paradero de Drakepecker, y sólo se abstuvo de hacerlo porque Ebenezer le recordó que su compañero de naufragio era a todos los efectos un fugitivo y cuanto menos se dijera de él, tanto mejor para su seguridad. El criado viose obligado a reconocer la prudencia de aquel consejo; sin gana ninguna montó guardia en la popa de la nave, al abrigo de la cabina, y allí lo encontró Ebenezer, cuando hizo la primera ronda por cubierta, un cuarto de hora después, envuelto en un retazo de lona y durmiendo.

—¡Diantre, esto es lo que se dice un centinela de ojos de halcón!

El poeta hizo ademán de ir a despertar a su criado, mas detúvose y decidió montar guardia él solo en tanto todo fuera bien. En el momento en que partieron de Saint Mary, los sentimientos que le inspiraba Bertrand no distaban mucho de un desdén levemente teñido de repugnancia, y a decir verdad, no había ninguna nueva causa que lo moviera a sentir afecto. El hecho de que ahora lo sintiera (o al menos de que hubiera una ausencia de sentimientos de signo contrario), no sólo hacia su criado, sino también hacia Henry Burlingame, sólo pudo atribuírselo a la violencia de la tormenta y, más especialmente, a la tortura purificadora de haber danzado durante tres horas sobre el tapete de la extinción.

Reanudó la ronda. La lluvia había cesado por completo y aunque el viento seguía teniendo fuerza ahora soplabla en ráfagas fugaces entre las cuales sobrevenían intervalos de calma. Pero el síntoma más claro de que lo peor de la tormenta había pasado era que el palio de nubes bajas habíase desgarrado, dando paso a una lluvia turbia y espesa que abría unos claros por entre los cuales asomaba la luna gibosa; luego, las nubes cedieron, rompieron filas y huyeron cual las mesnadas de un ejército en retirada por delante del rostro del satélite, azotadas por el viento. Por vez primera desde que anoheciera Ebenezer vio más allá del albo bauprés de la nave: la luz vaporosa de la luna dejó ver que en efecto hallábanse en una cala y que ésta era de aguas marismeñas y amplias dimensiones. La isla de la que la cala formaba parte era asimismo grande (tanto que, conforme a lo que érale dado ver al poeta, era razonable suponer que pudiera tratarse del continente), completamente llana y, por lo que la luz permitía discernir, enteramente pantanosa; el único accidente del paisaje eran los pinos, de color negruzco los que estaban vivos y plateado, los muertos, los cuales agrupábanse en exiguas arboledas dispersas por la hierba que crecía entre los pantanos. No era una visión en modo alguno pintoresca, mas bajo aquella luz pálida cobraba un aspecto de desnudez y hermosura. Incluso Ebenezer juzgó que era un paraje sereno, pese a que sobre el mismo se abatía un viento poderoso, al igual que le parecía que la isla que era su espíritu, aunque en ella no reinara ni mucho menos la calma, gozaba de una peculiar serenidad, y ello a pesar de los golpes que en el pasado habíale infligido la fortuna y de que bañara sus orillas un mar de dificultades.

Tan enfrascado estaba Ebenezer en aquellas reflexiones y en la paz espiritual que de las mismas se derivaba, que durante un buen rato olvidose del viento, de la intemperie y del transcurrir del tiempo; si la marea hubiera arrastrado el barco a un banco de arena o el viento hubiera recorrido los puntos de la brújula, a él habríanle pasado desapercibidos aquellos cambios. Lo que por fin sacole de su ensueño fue un ruido a babor, procedente de los pantanos; Ebenezer dio un respingo, vio que la luna había ascendido un buen trecho y consideró si despertar a los demás. Pero cuando oyó aquel ruido por segunda vez, sus temores se aplacaron. Era el grito de un ave, de una paloma, un búho o cualquier otra criatura de los pantanos que se alegraba tanto como él de ver que la tormenta había tocado a fin.

—¡Tujú! —Por tercera vez dejábase oír aquella llamada, más alta y clara—. ¡Tujú! —fue la nítida respuesta..., y no procedía de las marismas circundantes, sino de cubierta, exactamente, a espaldas de Ebenezer.

El poeta sintió un escalofrío de alarma, diose la vuelta a fin de ver qué ave habíase encaramado a la borda de la nave y, al instante, apresáronle los tripulantes negros, los cuales habían desenrollado sigilosamente la vela que los cubría. Uno de ellos le atenazó los brazos y le tapó con fuerza la boca antes de que pudiera dar ninguna voz; el otro le puso un cuchillo de aparejar en la garganta y, ladeando la

cabeza, emitió la llamada: «¡Tujú! ¡Tujú!». Tras lo cual, como si se hubieran materializado espontáneamente entre los cañaverales, aparecieron tres canoas deslizándose por las aguas cercanas; medio minuto después saltaba por la borda un enjambre de salvajes que, con gran sigilo, dirigiose hacia la cabina.

5. ENFRENTAMIENTOS Y ABSOLUCIONES EN LIMBO

Dado que militarmente llevaban ventaja en todos los órdenes (armas, número y sorpresa absoluta), aquella extraña avanzadilla guerrera compuesta de indios no tardó mucho en alcanzar su objetivo, que al parecer consistía en apoderarse del barco junto con todos sus ocupantes. Al capitán y a Bertrand los despertaron poniéndoles en la garganta puntas de lanza, y luego los sacaron a cubierta. El primero no era capaz de articular sonido a causa del miedo, el segundo bramaba y murmuraba alternativamente, primero, contra quienes lo habían apresado, luego, contra Ebenezer y, finalmente, con violencia extrema, una vez que comprendió la situación, contra los traidores tripulantes.

—¡He de ver cómo os suben al patíbulo y os descuartizan! —decía, mas los negros limitábanse a sonreír y a volver la vista, como si sus amenazas hiciéranles sentirse corridos. El jefe de la partida se dirigió lacónicamente, en una lengua incomprensible, a uno de sus secuaces, el cual, a su vez, en otro idioma igualmente extraño, se dirigió a los marinos negros, que respondieron de la misma manera; durante el coloquio Ebenezer observó que, si bien los asaltantes iban vestidos casi idénticamente, con pieles y gorros de castor, mapache o ratón almizclero, cerca de la mitad de los mismos no eran indios sino negros. El capitán reparó también en aquel hecho, e inmediatamente principió a denostarlos, tildándolos de cobardes y fugitivos, mas su público no dio muestras de entenderlo. Aparentemente satisfechos porque no hubiera más pasajeros a bordo ni más embarcaciones en la ensenada, los asaltantes procedieron a atar a sus cautivos por las muñecas y tobillos; luego, cogiéndolos en vilo, los sacaron por encima de la borda, obligándoles a tumbarse boca abajo, cada uno en una canoa, mientras efectuaban un recorrido breve aunque sinuoso por aguas pantanosas, operación que, al igual que las fases anteriores del ataque, se llevó a cabo en un silencio total. Al poco ataron las canoas a unos árboles de la cera y cambiaron las sogas que los prisioneros llevaban en los tobillos por una cuerda de mayor longitud que los llevaba a todos sujetos en hilera, a la altura del cuello, tras lo cual el grupo prosiguió el viaje a pie por un sendero tan sinuoso como lo fuera el canal del pantano, y tan estrecho que incluso yendo en fila india resultaba difícil no pisar el lodo que había a ambos lados.

—¡Esto es ultrajante! —lamentóse Ebenezer—. ¡Ni en sueños se me habría ocurrido pensar que cosas semejantes siguieran sucediendo en el corazón de la provincia!

—Ni a mí —repuso el capitán, desde el lugar que ocupaba, a la cabeza de los prisioneros—. Ni tampoco había oído decir jamás que hubiera una población india en la isla de Bloodsworth. ¡Vive Cristo, si no es más que un pantano de proa a popa, sin

tierra bastante para tenerse en pie!

—¡Dios nos asista! —gimió Bertrand; aquéllas eran sus primeras palabras desde que cayera dormido hacía unas horas—. ¡Nos van a desollar el cráneo y quemar en la hoguera!

—¿Se puede saber por qué? —inquirió el poeta—. No les hemos hecho daño ninguno, que yo sepa.

—Tal es la costumbre de los salvajes —insistió el sirviente—. Basta con que os deis un mal tropezón con uno estando de paseo al atardecer para que, ¡zas!, os desuelle la calva como quien pela un melocotón. Pero si aún se sigue hablando en la taberna de Vansweringen de esa mozuela llamada Kersley a la que le cayeron los indios el año antepasado: estaba cruzando un campo de tabaco entre su casa y la de su padre; el sol aún estaba alto y además llevaba un infante en brazos, mas antes de que hubiera llegado al portal de su marido, ya le habían arrancado el cuero cabelludo, amén de haberla acuchillado y fornicado con ella gozándola de proa a popa. Y en otra ocasión, no lejos de la llamada mansión Bohemia...

—¡Callaos! —espetole el capitán— antes de que vuestros propios relatos os aflojen el vientre.

—Estáis en vuestro derecho de sufrir que os despellejen la cabeza sin decir ni palabra —repuso Bertrand, sin dejarse intimidar—. En primer lugar, fuisteis vos quien nos trajo hasta aquí...

—¡Yo! ¡Voto a tal! ¡Pardiez, señor, tenéis mucha suerte de que los salvajes me hayan atado ambas manos, de lo contrario yo mismo me cobraría vuestra cabellera!

—¡Caballeros! —dijo Ebenezer, interponiéndose—. ¡Nuestro caso es bastante grave sin que habléis así! Yo fui quien costeó el pasaje; podéis considerarme responsable de todo, si ello os alivia el ánimo, aunque doy en creer que más nos valdría dejar de pensar en quién nos ha metido en este berenjenal y en cambio discurrir el modo de salir de aquí.

—Amén —dijo el capitán.

—Aunque me apacigüe —dijo Bertrand, desconsolado—, parte de la culpa hásele de echar a Betsy Birdsall, pues si ella no me hubiera rescatado el pasado mes de marzo de aquel modo tan astuto en que lo hizo, ahora no estaría yo aquí, ensartado por las agallas como si fuera una trucha.

—¡En verdad que habéis perdido el juicio! —exclamó el capitán.

—Calmaos, por piedad, calmaos —imploró Ebenezer. Desde que el capitán se dirigiera por vez primera a Bertrand con aspereza, habíasele quedado arrugado el entrecejo al poeta, y sus amonestaciones habíalas hecho distraídamente. Ahora preguntó al capitán—: ¿Por ventura no nos hallábamos en el estrecho de Limbo cuando enfilamos hacia la ensenada o es que oí mal?

—Eso fue lo que supuse, señor —dijo el de más edad—, a menos que la corriente

nos haya arrastrado hasta los estrechos de Holanda o de Kedge, lo cual dudo.

—Mas de no ser así, este estrecho recibe el nombre de Limbo. Y, decidme, ¿hay no muy lejos de aquí una desembocadura de un río que tiene un nombre indio?

—Hay un montón —respondió el capitán con escaso interés—, y todos tienen nombres salvajes: Honga, Nanticoke, Wicomico, Manokin, Annamessex, Pocomoke...

—¡Wicomico! ¡Sí, Wicomico... ése es el nombre que mencionaba Smith en su *Historia*!

El capitán, exasperado, musitó algo, y Ebenezer, a fin de evitar que pensara de él que, al igual que a su criado, el miedo habíale hecho perder el juicio, explicó, de la manera más sencilla posible, que desde que se hiciera la primera alusión al estrecho de Limbo había estado intentando recordar algo, y que sólo había acertado a dar con ello gracias a la expresión aflojar el vientre, y ello era que el capitán John Smith, de Virginia, hacía casi noventa años que había descubierto aquel mismísimo estrecho cuando se hallaba explorando la bahía de Chesapeake; al igual que les aconteció a ellos, salioles al paso a aquellos otros una furiosa tormenta en el lugar, con la molestia adicional de que el capitán Smith y sus hombres estaban aquejados de diarrea; como consecuencia de aquellas penurias impuso al lugar el nombre de *Limbo*; finalmente fue hecho prisionero junto con todos los miembros de su partida por un contingente de indios guerreros... ¡Quién sabe si serían los abuelos de los que ahora les habían hecho prisioneros a ellos!

—No me digáis —fueron las palabras del capitán. Tampoco Bertrand dio muestras de sentirse abrumado por la coincidencia, pues cuando a su única pregunta («¿Y qué fue de ellos?») su amo confesó que no tenía la menor idea, el criado volvió a refugiarse en su lúgubre humor.

Mas luego de haber rescatado de su memoria la *Historia secreta*, a Ebenezer no le fue posible dejar de maravillarse por el paralelismo existente entre la experiencia de Smith y la que les había acontecido a ellos. Más aún, la mera existencia de la *Historia* daba fe de que Smith y al menos algunos de los miembros de su grupo habían logrado escapar, o los habrían libertado su aprehensores. En aquel punto viéronse interrumpidas sus cavilaciones por la llegada al poblado indio, el cual consistía en un conjunto de míseras chozas, asentadas en apretada disposición circular sobre un terreno relativamente elevado. A lo que parecía el conjunto superaba ampliamente el centenar. Eran construcciones abovedadas, hechas con troncos de árbol y tejados de enramada; como el lugar se hallaba rodeado de aguas pantanosas, no difería gran cosa de una colonia de ratas almizcleras, tanto más por cuanto que sus habitantes llevaban gorros y vestiduras de piel. La ciudadanía parecía estar durmiendo: salvedad hecha de un vigía oculto que, apostado entre unos matojos cercanos, recibió a los que se acercaban con un desafiante ¡*tujú!*, que obtuvo idéntica respuesta, el poblado estaba

tan en calma como si lo hubieran abandonado.

—Esto es sobremanera extraño —masculló el capitán—. Jamás he visto un poblado indio a cuyo alrededor no merodeara una jauría de perros.

Pero si el silencio de la aldea era desconcertante, lo que lo interrumpió nada distaba de lo extraordinario: la comitiva ya había traspasado el círculo de viviendas y se aproximaba a un claro o plaza abierta situado en el centro del poblado; hallábanse en pleno coloquio el jefe de la partida y su lugarteniente negro cuando entre sus susurros interpúsose un súbito gemido procedente de una cabaña no muy alejada y que le puso al poeta la carne de gallina. En cosa de medio segundo recorrieron su fantasía las diversas crueldades indias que le había oído referir a Henry Burlingame: que arrancaban a dentelladas las uñas de sus víctimas; que retorcían los dedos hasta desgajarlos de las manos; que les introducían espetones por los muñones; que les sacaban a tirones los tendones de los brazos, así como los cabellos y las barbas; que les aplicaban hachas candentes al cuello y derramaban arena caliente en los cráneos desollados.

—¡Por todos los diablos! —dijo el capitán con un hilo de voz, y a Bertrand le empezaron a castañetear los dientes. El gemido mudó de timbre y tono para volver a variar un momento después y aún una tercera vez, mas no fue sino cuando la persona que emitía el gemido detúvose a fin de tomar aliento y proseguir, que los prisioneros acertaron a dar con la naturaleza de aquel sonido.

—¡Santo Dios que estás en los cielos! —logró articular Ebenezer—. ¡Es alguien que canta!

Pese a lo monstruoso de aquella improbabilidad, los prisioneros reconocieron que efectivamente aquélla era la voz de un hombre que cantaba..., un tenor, para ser exactos. Aquello era de por sí portento suficiente, pero más incongruente aún era el hecho de que las palabras (al contemplar esta asunción retrospectivamente) no correspondían a ninguna lengua salvaje, sino que eran vocablos del mismo idioma inglés que el rey hablaba: *Yo... vi... a mi dama llorar*, rezaba el primer verso del cántico y, tras cobrar de nuevo aliento, el cantor prosiguió así: *Y con triste orgullo... vime adelantar...*

—¡Voto a tal, si es un inglés!

—Tanto peor para él —respondió el capitán—, mas no mejor para nosotros.

—*Qué lindos ojos tienes* —prosiguió el cantor—, *qué lindos... ojos...*

—Me llena de asombro que tenga ánimos para cantar —dijo Bertrand, maravillado— y, más aún, que tenga el consentimiento del carcelero.

Esto último, al parecer, no lo tenía, pues a mitad del siguiente enunciado (*en ellos se encierra toda perfección*), el cantor interrumpiose y dio en soltar imprecaciones nada melódicas que en sustancia venían a decir que si aquellos indios *talycuales* no eran capaces de consentir que un pobre condenado cantara *talycual* sus canciones

talycuales sin meter sus lanzas de cazar jabalíes en su *talycual* Si bemol, más valía que le rebanaran el *talycual* gazzate en aquel mismo instante y que se fueran todos al diablo de una vez.

—¡Juro —dijo Ebenezer— que he oído antes esa voz!

—Acaso sea el fantasma de ese capitán *Nosecuantos* de quien hablasteis —sugirió el capitán con sarcasmo.

—No, Dios mío.

Si Ebenezer tenía la intención de decir algo más, impidiéronselo los indios, los cuales, una vez concluido su parlamento, diéronle un tirón a la sogá que ataba el cuello de los prisioneros y condujeron a estos a la misma choza donde se encontraba retenido el iracundo tenor. Delante de la entrada libráronlos de la sogá común y atáronlos individualmente, al igual que habían hecho para el viaje en canoa; en el transcurso de dicha operación, Ebenezer ladeó el rostro y meneó la cabeza con incredulidad y cuando, nada más salir otra indio del interior de la choza, el tenor volvió a emprenderla con su canción, el poeta exclamó otra vez con voz gemebunda: «¡Dios mío!», y se puso a temblar de la cabeza a los pies.

En aquel momento dos hombres sujetaron a Bertrand, que era quien se encontraba más cerca de la puerta, obligándole a arrodillarse y, con la ayuda de una lanza, forzaronle a introducirse a gatas por la minúscula entrada, mientras él, gimoteando, protestaba y pedía clemencia. También el capitán, cuando vio tan próxima su prisión, soltó una nueva retahíla de amenazas y juramentos marinos, mas de nada le sirvió; hincó las rodillas y pasó por el oscuro agujero en pos de Bertrand.

—¡Cómo! —lamentóse el inquilino originario, interrumpiendo su canción a la vista de aquel alboroto—. ¡Esto es el colmo! ¿Qué pasa ahora? ¡Pardiez! ¿Por ventura he oído maldecir decentemente en inglés? ¡Hola, otro más! —Ahora le había tocado gatear a Ebenezer—. ¿Quiere esto decir que podemos echarnos una partidita entre cuatro? Caballeros, hacedme la merced de decir quiénes sois y cómo es que llegáis tan avanzado el día.

—Un par de viajeros y un inocente patrón de barco —respondió el capitán— traídos hasta aquí por la tormenta y traicionados por dos diablos negros que eran mis tripulantes.

—Ah, ahí tenéis vuestro delito —dijo el primer prisionero. La cabaña estaba oscura, de modo que, aunque en su reducido espacio interior los ingleses yacían cual troncos en leñera, no podían siquiera atisbar a sus compañeros. El carcelero, después de haber recibido instrucciones del jefe indio, montó guardia fuera, y el grupo de indios que les había dado captura se dispersó.

—¿De qué delito habláis? —protestó el capitán—. Jamás la ira me ha hecho ponerles la mano encima a esos bellacos desde el día que los compré.

—Suficiente con que los hayáis comprado —repuso el tenor—. Más que

suficiente. Yo jamás he comprado ni vendido a un hombre de piel negra en todos los días de mi vida, ni tampoco le he causado daño a ninguno de piel roja... ¿Cómo iba a hacer tal cosa, vive el cielo, si yo mismo soy un redencionista fugado? Sin embargo, ha sido bastante el hecho de que tenga el mismo color que los hombres que sí obran de tal modo.

—¿Qué es toda esta cháchara de esclavos y colores? —demandó Bertrand—. ¿Queréis dar a entender que son capaces de arrancarle la cabellera a un desdichado criado como yo?

—Peor, amigo mío.

—¿Qué puede ser peor? —dijo el criado, elevando el tono de voz.

—A juzgar por vuestra voz, de cantar seríais un bajo tremolante —afirmó el otro—. Pero si llevan a cabo la jugada que tienen en mente, antes de que pase una semana estaremos todos trinando a contrapunto.

De los tres nuevos cautivos, sólo Ebenezer captó el significado de aquella predicción; no obstante, aunque le horrorizaba, estaba demasiado desconcertado, confundido incluso, por la estupefacción que se había adueñado previamente de él como para interpretar las comparaciones que entrañaban aquellas figuras. Sin embargo, su anfitrión, el tenor invisible, hízolo acto seguido en inglés puro y llano, para consternación de Bertrand y el capitán.

—No llevo muchos meses en esta abyecta provincia —dijo—, pero sé muy bien que el gobernador tiene enemigos por doquier (a los jacobitas y los protestantes de John Coode, en el interior; a Andros por el sur y por el norte a los franceses), de modo que vive bajo el temor constante de una insurrección o una invasión. El mayor peligro que corre, empero, es uno que ni se imagina: el completo exterminio de todo humano de piel blanca que haya en Maryland.

—¡Bah! —exclamó el capitán—. ¡Se trata sólo de un poblado contra una provincia!

—Nada de eso —repuso el tenor—. Pocos hombres blancos saben de la existencia de este poblado, y sin embargo, aquí lleva oculto muchos años; a lo que colijo, es el cuartel general de numerosos jefes indios, amén de un refugio para negros fugados. A lo largo de toda esta semana no han dejado de llegar caciques desafectos, a fin de celebrar un consejo general de guerra, y por lo que a nosotros toca, caballeros, pronto nos harán eunucos y nos llevarán a la hoguera para solazarse.

Ante aquella noticia Bertrand profirió tales alaridos que el guardián asomó la cabeza y, mascullando amenazas, dio unas cuantas lanzadas al azar. El tenor respondió con una serie de alegres maldiciones y comentó, cuando el guardián se hubo retirado:

—Una cosa; sé que han entrado tres personas, pero hasta el momento sólo he oído hablar a dos. ¿Es que el otro fulano está enfermo, se ha desmayado o qué?

—No es el temor lo que ata la lengua, John McEvoy —dijo el poeta, con dificultad—. ¡Es la estupefacción y la vergüenza!

El otro prisionero se quedó atónito.

—¡No, pardiez! ¡No puedo dar crédito! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro! ¡Ah, vive el cielo, cuantísimo me alegro! ¡Decidme que no estoy oyendo al verdadero Eben Cooke!

—¡Lo soy! —admitió Ebenezer; la risa enloquecida de McEvoy dio lugar a que el guardián prorrumiera en nuevas amenazas.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro! ¡El famoso poeta, virgen y reformador de las putas de Londres! ¡Qué alegría me va a dar ver que os asáis a mi lado! ¡Ajá! ¡Oh! ¡Oh!

—Poco propio es vuestro regocijo —replicó el poeta—. Vos os propusisteis labrar mi ruina, pero cuantos daños e infortunios os han acaecido a vos por causa mía no fueron hijos de mis deseos.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Bertrand—. ¿Es éste el alcahuete de Pudding Lane que le fue con habladurías al amo Andrew, señor?

—¿Debo entender que vuestras mercedes se conocen —dijo el capitán— y que entre los dos media alguna disputa?

—¡Cómo! Nada de eso —respondió McEvoy—. No hay tal disputa; la cuestión estriba meramente en que yo he sido el artífice de su fortuna, bien que fortuitamente, y él, a modo de agradecimiento, ha destrozado mi vida, precipitando mi muerte y causando la perdición de la mujer que amo.

—Con todo ni un ápice es obra de mis designios, y puede decirse que apenas sé nada de ello —replicó Ebenezer—, en tanto que a vos os complacerá sobremanera saber que *vuestra* venganza ha superado vuestras peores intenciones. He sufrido a manos de canallas y piratas; mi mejor amigo me ha traicionado; hanme despojado de mis propiedades y obligado a huir de mi padre, en cuya desgracia he caído para siempre, y lo que es más, al seguirme hasta estas tierras, mi hermana ha incurrido en sabe el cielo qué peligros; y por lo que respecta a la pobre Joan Toast... —Al llegar aquí la emoción lo abrumó y el poeta se quedó sin voz.

—¿Qué es de ella? —le espetó McEvoy.

—Sólo diré lo que presumo que ya visteis en Malden que Joan ha padecido y aún sigue padeciendo tribulaciones e indignidades inconcebibles, como consecuencia de lo cual hánsele desfigurado el rostro y la silueta, y no le queda mucho tiempo de vida.

McEvoy gimió.

—¿Y aún me echáis la culpa a mí, bellaco, cuando fue a vos a quien siguió ella? ¡Vive Cristo que si tuviera libres las manos os retorcería el pescuezo!

—Es cierto que tengo parte de culpa —admitió Ebenezer—. Sin embargo, de no ser porque le fuisteis con el cuento a mi padre, nunca la hubierais perdido, y de

perderla habría sido en Pudding Lane y no en Maryland. En todo caso no la habría forzado un gigante moro, ni le habría contagiado la sífilis, así como tampoco habría padecido los estragos del opio ni habría ejercido la prostitución noche tras noche en un granero infestado de salvajes.

A cada formulación de cada una de aquellas desgracias, renovaba McEvoy sus gimoteos; de los ojos del poeta brotaban cálidas lágrimas que se enfriaban al recorrerle las sienes, adentrándosele luego en los oídos.

—Cualesquiera que sean vuestras diferencias, caballeros —intervino el capitán—, poco sentido tiene airearlas a estas alturas del día. Pronto rendiremos cuentas de nuestros pecados y sanseacabó.

—¡Aayy! —plañió Bertrand.

—Muy cierto —suspiro McEvoy—. Si un hombre no perdona a su prójimo es porque ha hecho algún pacto monstruoso con su conciencia.

—El mejor de entre nosotros —convino Ebenezer— tiene por las noches ciertos recuerdos que le hacen sudar de vergüenza. Ya una vez, hace tiempo, allá en Locket's, os perdoné la carta que le escribisteis a mi padre; mas era una suerte de perdón arrogante, puesto que lo que vos habíais hecho parecía labrar mi fortuna. Ahora que he perdido título, fortuna, amor, honor y hasta la vida misma, permitidme que os vuelva a perdonar, McEvoy, y que en cambio suplique vuestro perdón.

El irlandés convino en ello, pero admitió que, puesto que en ningún momento se había propuesto Ebenezer deliberadamente hacerles daño a él ni a Joan Toast, poco o nada había que perdonar.

—¡No hay tal, amigo, vive Cristo, no hay tal! —dijo el poeta, llorando, y refirió lo más coherentemente que pudo sus padecimientos a manos del capitán Pound, el rapto del *Cyprian*, su pacto con la porquera, la pérdida de su heredad y su forzado matrimonio con Joan Toast. Demoróse especialmente en lo referente a su responsabilidad en la caída de Joan, la solicitud de que dio muestras la muchacha cuando él cayó enfermo durante el período de aclimatación a aquellas tierras y la magnanimidad del plan que ella ideó y que contemplaba la huida de ambos a Inglaterra. A la postre no sólo Ebenezer y McEvoy sino la totalidad de los cautivos se sorbía la nariz y lloraba, movidos por la bondad de la muchacha.

—Como recompensa —prosiguió Ebenezer— tan sólo me pidió que le diera mi anillo a cambio del suyo, para así sentirse menos ramera, y que le concediera el honor de ocuparse de mi manutención en Londres.

—Igual que había hecho conmigo —dijo McEvoy, en tono reverente.

El capitán se sorbió la nariz.

—¡Esa puta es una santa católica!

—Y pensar que yo hablé de ella con tanta libertad en casa del capitán Mitchell —dijo Bertrand, maravillado— cuando pensábamos que no era más que una porquera

desvergonzada y cubierta de pústulas.

—Basta, señores —demandó Ebenezer, tristemente—; ni siquiera habéis oído el principio de mi vergüenza. ¿Pensáis por ventura que cuando hizo aquella propuesta digna de un mártir yo no quise prestarle oídos y en cambio le ordené que se fuera a Inglaterra con las seis libras de su propiedad, prometiéndole que me reuniría con ella en cuanto me fuera posible? ¿Os pensáis que al menos caí postrado de rodillas al ver tanta caridad y besé el borde de su harapiento vestido? Imaginad lo peor de mí, señores: ¿suponéis que me limité a darle las gracias con gran sentimiento y que consentí en que se ganara el precio del pasaje ejerciendo de puta entre los indios, allá en la cabaña destinada al secado de tabaco, para luego zarpar con ella para ser su alcahuete en Londres?

—Dios os perdone si eso es lo que hicisteis —musitó el capitán.

—Aunque Dios me perdonara tres veces —dijo Ebenezer—, todavía me quedaría culpa suficiente para arrastrar conmigo al infierno a diez hombres. El caso, caballeros, es que acepté las seis libras, la mandé al secadero de tabaco y salí huyendo yo solo camino de Cambridge. ¿Qué decís a eso, John McEvoy?

—¡Perdonado! ¡Perdonado! —exclamó el irlandés—. Y que Dios se apiade de todos nosotros. ¡Parece que el fuego que nos asará las carnes será frío comparado con las llamas que nos asarán el alma!

Transcurrieron unos minutos de silencio durante los cuales los prisioneros meditaron acerca de aquella misma historia y el destino que les aguardaba a todos. Al poco rato, con voz más sosegada, Ebenezer preguntó a McEvoy qué mala fortuna había dado con él en la isla de Bloodsworth. La pregunta dio lugar a una sarta de suspiros y maldiciones, tras de los cuales y de varios comienzos en falso, McEvoy ofreció la siguiente explicación:

—Cuento tan sólo veintidós años de edad, señores, conforme a lo que cabe calcular considerando que no tengo la más remota idea de cuál es mi fecha de nacimiento; pero a fe mía que toda mi vida he sido un anciano. Mi recuerdo más temprano es de cuando cantaba junto a la iglesia de Bartring, mendigando monedas de medio penique para un bellaco despornado que respondía al nombre de Patcher y que decía ser mi padre; yo estaba medio muerto de frío y a punto de fenecer de hambre (pues maldita si yo veía una corteza del pan que Patcher compraba con mis ganancias) y la razón por la que lo recuerdo es que si quería seguir con vida tenía que cantar o desplomarme sobre la nieve, mas no osaba despegar los dientes por miedo de que el castañeteo echara a perder la canción. No me cabe la menor duda de que el viejo Patcher era maestro de música, pues cuando desentonaba un ápice, él me afinaba la voz apaleándome con su muleta de nogal. Muchos son los laudistas capaces de tocar con los ojos cerrados, mas me jugaría algo a que es raro el tenor capaz de entonar un villancico con las quijadas pegadas.

Y con todo, vaya si cantaba, y tan cierto como el Evangelio que jamás me lamenté de mi suerte ni maldije a Patcher en mi fuero interno; a decir verdad, no fue su crueldad lo que me hizo jurarme que me separaría de él, sino los errores en que incurría cuando tocaba el laúd para acompañar mis canciones. Unos inviernos después, estando yo más fuerte y él más débil, faenábamos en el mercado de Newgate en medio de una ventisca; tenía Patcher los dedos tan entumecidos que tocaba como hubiera podido hacerlo yo sirviéndome de los dedos de los pies, y tan ultrajante era el sonido a mis oídos que, inflamado de pasión, cogí la muleta de nogal y le aticé con ganas en la cabeza. ¡Así repetía el discípulo su lección!

—¿Entonces lo matasteis? —preguntó Ebenezer.

—No me quedé a averiguarlo —rió McEvoy—. Cogí su laúd y salí huyendo. Pero el mercado de Newgate estaba casi desierto y hacía un frío que pelaba, y aunque anduve muchos años mendigando por Londres y tocando su laúd, jamás volví a ver al viejo Patcher. Así acabó mi aprendizaje: engrosé las filas de los que se ganan la vida en plena calle, en calidad de músico ambulante y maestro de mendigos, y desde entonces hasta el día de hoy he sido mi propio dueño.

—¡Desdichado infante!

McEvoy se sorbió los mocos.

—Así se expresa el poeta virgen.

—No, John; pese a todas vuestras cuitas seguís siendo un inocente rodeado de lobos.

—Decid más bien que era un lobezno entre fieras adultas, y añadid que no se me daba mal. La virginidad la perdí entre las putas que me curaron de mis achaques infantiles, pero la inocencia jamás la perdí, como tampoco el miedo ni la fe en Dios y en los hombres, por la sencilla razón de que no se puede perder lo que jamás se ha poseído. Tocaba por las tabernas, a fin de procurarme comida y cama, y cuando precisaba dinero..., pero no es ninguna novedad para el Laureado decir que el verdadero artista no ha menester ser agraciado para que de él gusten las damas; su talento le sirve de rostro, plaza y gracia, todo en uno, y aunque sean sus progenitores un mendigo sin piernas y una puta borracha, si su arte tiene el poder de conmover, duques lo agasajarán con buenas cenas y buen vino, y tendrá a su alcance las rodillas de marquesas mozuelas. En resumidas cuentas, cuando me aficioné a inventar melodías, invertí en el amor de mujeres acaudaladas...

—¡Que invertisteis! —exclamó Bertrand, que hasta aquel momento no había mostrado interés por la historia—. ¡Rara inversión, pues que paga en efectivo sin que haya capital!

—No, no me malentendáis —dijo McEvoy con seriedad—. Mi capital era *el tiempo*, el tiempo precioso y perecedero que uno desperdicia cortejando a las mujeres; y asimismo se me pagaba con tiempo: horas que yo compraba cantando para

procurarme el sustento, o desempeñando los centenares de menesteres ruines que los pobres se ven forzados a ejercer. Era una inversión como cualquier otra, y yo la elegí por una razón propia de un buen comerciante: en términos de tiempo precedero, era lo que más beneficios derivaba de mi capital.

—Con todo es menester que reconozcáis que ello implicaba falta de sensibilidad —atrevióse a decir el poeta.

—Como sucede con cualquier negocio honrado —insistió McEvoy—. Si los corazones recibían heridas, pues qué, tratábase de heridas autoinfligidas; yo nada prometía, cumplía luego con ello y no sabía más.

—Mas sin duda Joan Toast...

—Yo no he dicho nada de Joan Toast —dijo el irlandés en tono reprobatorio—. Mi negocio lo ejercía entre las esposas e hijas de los ricos, que dan en llamar a su comercio *mecenazgo* y son muy dadas a fornicar en nombre de la noble causa del arte. Joan Toast era una picaruela que no tenía un céntimo, como yo, y además era, a su modo, una artista, sólo que sus instrumentos eran diferentes de los míos.

—¡Ja! ¡Bien dicho! —exclamó Bertrand. Ebenezer no hizo ningún comentario.

—Tenía yo dieciocho años cuando la conocí: había contratado sus servicios un noble joven y corrompido, cuya esposa, para no ser menos, había contratado los míos. Sentámonos los cuatro a la mesa y dimos cuenta de unos faisanes regados con vino del Rin. En todo semejábamos dos parejas de recién casados, cosa que satisfacía sobremanera la imaginación de milord. Lo cierto es que en cuanto se le subió el vino a la cabeza dio el marido en hacer proposiciones deshonestas, una detrás de otra, cada cual más contra natura que la anterior. Y como la perversión, al igual que el refinamiento, es como un arco, que si se dobla en demasía vuélvese contra sí mismo, hacia el final de la velada lo que más excitaba a aquel bellaco era la idea de llevarse a su propia esposa a la cama. Deshicieronse al unísono de Joan Toast y de mí, y como el único pago recibido por nuestros servicios había sido la cena, celebramos la noche en el pequeño aposento que tenía ella cerca de Ludgate. Ya por entonces, y contaba diecisiete años, encerraba Joan en su alma el conocimiento del mundo: tenía la frescura y la fuerza de ánimo de un potro pura sangre, pero su mirada tenía tantos años como los que hace que existe la lascivia, y en sus ademanes conteníase la historia de la raza. No era de extrañar que milord la deseara: era Joan el elixir de su sexo y quien con ella holgaba no holgaba con una mujer, holgaba con la quintaesencia de lo femenino. Nos pasamos varios días en su cámara; encargábamos que nos trajeran comida, hasta que nos quedamos sin blanca; cuando volvimos juntos a la calle habíamos cerrado cierto pacto que duró hasta la noche de vuestra apuesta con Ben Oliver.

—Hablando en lenguaje llano —observó el capitán—, que erais su alcahuete.

—Dicho aún más llanamente —respondió McEvoy sin titubear—, nosotros

éramos a las artes del amor lo que las manos del laudista a su música: juntos, cada uno en su cometido, éramos capaces de hacer temblar la bóveda del cielo; todo lo demás era el vulgar negocio de sobrevivir, para lo cual se recurría a los medios más expeditivos, cualesquiera que estos fueran. Tenía tan poco interés por oponerme a los apañes de Joan como por detener el curso de la historia o cavilar acerca de las trayectorias que siguen los astros.

—A pesar de todo eso —comentó Bertrand— no estáis más cerca de Maryland que cuando partisteis, y esta noche no va a durar eternamente.

—Dejadle que prosiga —dijo el capitán—. En situaciones tan críticas como la nuestra se trata de elegir entre prestar oídos a una historia o abandonarse al temor y el estremecimiento.

—Sí, John, proseguid —alentole Ebenezer—. ¿Cómo supisteis que Joan Toast se vino en pos de mí? ¿Y cómo fue que caísteis en manos de Tom Tayloe?

—¡Tayloe! ¿Os habéis enterado de lo que nos pasó a Tom Tayloe y a mí?

Ebenezer refirió las circunstancias en que había conocido al corpulento traficante de siervos. McEvoy regocijose sobremanera; a decir verdad, rio con tanta gana cuando supo que Tayloe había quedado ligado mediante contrato de servidumbre al tonelero William Smith, que más parecía que le estuvieran contando la historia en Locket's, y no en un calabozo, al punto que el capitán viose movido a decir:

—Páreceme, señor, que es él quien debiera alegrarse y no vos; al fin y al cabo se ha llevado la mejor parte.

—Así es en verdad —convino Ebenezer—. Mas aun cuando no nos bailáramos en la antesala de la muerte, sería impropio que nos burláramos del infortunio de ese pobre hombre.

McEvoy volvió a reírse.

—¡Cuánto humanitarismo engendra la muerte! Se os ha olvidado que Tom Tayloe es un bribón que nada vale, alguien que convertía en presas suyas a amos y criados por igual.

—Tal vez fuera un bribón —reconoció el poeta— y se mereció la chanza de que le hicisteis objeto; pero su tiempo no es menos perecedero que el nuestro, y despojarle de cuatro años es llevar la broma demasiado lejos —el poeta suspiró—. ¡Vive Cristo, cuando pienso en las semanas y meses que he desperdiciado! ¡Cuán perecedero y precioso es el tiempo! ¡Lamento cada día que no paso escribiendo poesía!

—Y yo cada noche que dormí solo en Londres —dijo Bertrand con fervor.

—En cuanto a eso —dijo el capitán—, ¿qué más da que el hombre viva siete años o setenta? Sus años son un parpadeo en medio de la eternidad e importa una higa cómo los pase (ya sea gobernando barcos, escribiendo poesía, erigiendo ciudades o quemándolas), porque a la postre, cual la mosca efímera parece al rendir el día, en

tanto las estrellas siguen su derrota como si tal cosa. ¿Qué pérdida o ganancia importan sus esfuerzos? Tanto da que se haya pasado el tiempo en cama o con el trasero en lo alto de una banqueta.

Aunque al oír aquellas palabras se revolvió incómodo, pues le recordaba el estado mental que se apoderara de él en Magdalene College y en Pudding Lane, Ebenezer reafirmó su fe en el valor del tiempo humano, argumentando, tras establecer una analogía entre las piedras preciosas y los metales, que el valor de las mercancías es proporcionalmente inverso a la oferta toda vez que la demanda permanezca constante, de modo que el tiempo mortal, cuya oferta es infinitesimal y su demanda, virtualmente infinita, es, por consiguiente, infinitamente precioso para los mortales humanos.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó McEvoy con impaciencia—. Me recuerdan vuestras mercedes a un par de niños que vi una vez en la feria de san Bartolomé, haciendo cola para montar en un carrito rojo tirado por un pony...

No se molestó en explicar aquella figura, pero Ebenezer la entendió inmediatamente, o creyó entenderla, pues dijo:

—Tenéis razón, McEvoy; no media disputa ninguna entre el capitán y yo. Me acuerdo del día en que mi hermana y yo cumplimos cinco años y se nos concedió una hora más entre el baño y el momento de acostarnos. La señora Twigg le daba la vuelta al reloj de arena, allá en la habitación destinada a nuestros juegos; por espacio de una hora podíamos hacer lo que nos viniera en gana, pero cuando la arena terminara de caer había que acostarse sin demora. A fe mía que aquella hora nos parecía un tesoro. ¡Había tiempo para infinitos placeres! Sacábamos la baraja y nos echábamos alguna partida..., pero todos los juegos nos parecían demasiado estúpidos como para que merecieran que se les dedicara aquella hora prodigiosa. Yo me prometía construir un castillo con las piezas de un juego y Anna se aprestaba a dibujar tres soldados en un papel, pero ninguno de los dos era capaz de prolongar su cometido demasiado tiempo, pues dábamos en pensar que el otro había elegido más sabiamente, de modo que enseguida nos cambiábamos los papeles, pero seguíamos igual de insatisfechos. Revolvíamos desesperadamente nuestros juegos y juguetes (ninguno de los cuales había llegado a divertirnos por espacio de una hora en el transcurso del día) y no dábamos con uno que nos satisficiera... ¡Y entretanto el reloj seguía discurriendo! Exceptuando aquélla, tan valiosa y rigurosamente medida, a cualquier otra hora nos contentábamos con hablar o contemplar el tráfigo del mundo desde la ventana de nuestro cuarto, pero si me daba por decir «adivina adivinanza», Anna rompía al punto a llorar y enseguida yo me unía a ella. Y, sin embargo, nuestras lágrimas no lograban aliviar un ápice la desesperación que sentíamos; antes al contrario, la aumentaban, pues en tanto llorábamos, la hora se nos iba. Téngase en cuenta que a nosotros jamás nos pareció una desgracia el momento de acostarnos,

pero aquella arena era como nuestra propia sangre que se nos estuviera yendo por una herida; nos sentábamos y llorábamos en viéndola caer, y el resultado era que los dos nos poníamos malos y nos daban náuseas, así que la señora Twigg nos llevaba a la cama cuando aún nos quedaba un cuarto de hora en el reloj.

—¿Lo cual nos enseña...? —preguntó McEvoy.

—Lo cual nos enseña —respondió Ebenezer con pesadumbre— que del hecho de que somos mortales no puede inferirse nada que pueda guiar nuestra conducta. No obstante, si Malden fuera mío, yo dejaría en libertad a Tayloe.

—Pero en el ínterin yo puedo reírme de él cuanto me plazca —añadió McEvoy—, lo cual (maldita sea la filosofía) es lo que haría en cualquier caso. ¿Queréis oír mi historia, sí o no?

Ebenezer aseguró que sí, aunque de hecho su interés por las aventuras de McEvoy menguaba a cada minuto que pasaba, y en su fuero interno pensaba que su propia digresión guardaba una relación más estrecha con la desgracia que a todos ellos afectaba.

—Muy bien —principió a decir el irlandés—; pues es el caso que inicialmente yo no tenía la menor intención de venir a Maryland. Cuando me dejó Joan Toast yo sabía que todo había terminado entre nosotros (como vos sabéis muy bien es su costumbre darlo todo o nada), mas para un amante desesperado no hay necesidad lo bastante grande ni ningún hecho adverso es lo suficientemente obvio como para que la esperanza no lo pinte con sus propios colores. Abreviando, temí que le diera por seguimos a Maryland y, a fin de interceptarla, alójeme en la posta y dándome grandes aires dije a quien me quiso oír que yo era Ebenezer Cooke, el Laureado de Maryland...

—¡Pardiez, otro más! —exclamó Ebenezer—. ¡Maryland está infestada de Poetas Laureados!

—¡Fue una impostura insensata! —dijo McEvoy de buen humor—. Sólo el cielo sabe qué habría hecho si Joan me hubiera venido a buscar. Mas en todo caso mi ejercicio duró un tiempo portentosamente breve: apenas había hecho un brindis general en honor de la musa de Maryland cuando irrumpió en el lugar una reata de brutos diciendo no sé qué de un libro de cuentas que habían robado, y cuando les dijeron que yo era el caballero Eben Cooke, poeta, al punto me llevaron a prisión.

—¡Vaya, hombre! —rio Bertrand—. Henos aquí, señores, que se aclara un misterio que desde hace muchos meses me atormentaba cada vez que se me venía a las mientes. Cuando llegué a la posta buscando ocultarme del cuchillo de Ralph Birdsall (¡ojalá lo hubiera padecido y fuera ahora eunuco vivo, en vez de hombre muerto!)... Lo que quiero decir es que cuando pregunté por el Laureado dijéronme que se lo habían llevado a la cárcel. Aquella tragedia fue lo que me inspiró la idea de ocupar su lugar e irme a Plymouth; sin embargo, cuando el amo Eben me encontró a

bordo del *Poseidón*, juró que a él jamás le habían puesto la mano encima los hombres de Ben Bragg y pensó que yo era un mentiroso. ¿No me absuelve esta noticia, señor?

—No temas por eso —repuso el poeta—. Está la jornada demasiado avanzada como para que haya lugar a algo distinto de una absolución general. Todavía hay en el texto de tu lindo cuento algunas pequeñas *lacunae*, valga la expresión..., pero dejémoslas pasar. ¿Qué hicisteis luego, McEvoy? Espero que no os retuvieran demasiado tiempo por causa de mi pequeño hurto.

—Sólo hasta la mañana siguiente —dijo McEvoy—, cuando apareció Bragg y vio que el pez que habían pescado no era el que él quería. A aquellas alturas a mí me quedaban pocas ganas de seguir haciendo tonterías; decidí abandonar la búsqueda de Joan e iniciar la ímproba tarea de olvidarla. Volví a mis antiguas andanzas entre gentes de dinero, pero aunque tuve algún éxito al principio, los años que pasé con Joan Toast habíanme inutilizado para aquella labor: tal vez las damas detectaban en mí cierto desdén cuando holgaba con ellas, o acaso parecíéales descubrir un punto de frialdad en mi voz... Sea como fuere, pronto me quedé sin empleo y enseguida vime obligado a tocar el laúd por las esquinas a fin de ganarme la vida. Volví al muelle de Botolph, a Steel Yard y al mercado de Newgate, donde había empezado. Lo que ganaba gastábalo en putas, mas sin sacarle provecho: cuando un hombre ha holgado mil noches con su amada y con ninguna otra mujer, acaba por conocerla con todos los sentidos de la coronilla a los pies: conoce cada músculo, cada poro, cada suspiro, cada movimiento de sus miembros; conoce su corazón y su ánimo como a los suyos propios. Ponedle al lado a otra moza, aun en la oscuridad, y al punto le extrañará de ella hasta el aire que desplaza; la simple presión que ejerce su cuerpo sobre el jergón resultárale ajena a sus sentidos; le sobresaltará incluso su forma de respirar, tan distinta en ritmo y timbre. Ella extiende una mano ardiente: él retrocede como si fuera la zarpa de una bestia silvestre. Júntanse los pies, ¡vive Dios, cuánta torpeza! Si antes los brazos abrazaban, dan ahora codazos o no encuentran dónde apoyarse; si antes las piernas se entrelazaban, ahora se enredan; los amantes no aciertan a ajustar las barbillas y las narices. Antes él la acariciaba; ahora le da un empujón en las costillas o le araña con un padrastró. Una palabra o un gesto amoroso de ella lo sorprenden: siéntese acobardado, o inexperto como un muchachuelo; dispara la salva antes de que el ayuntamiento haya culminado debidamente. En resumidas cuentas, aunque él había sido para su amada un intérprete consumado del laúd, ahora antojásele que está a horcajadas sobre un violoncello y que no sabe distinguir el mástil de la abertura; no pulsa una cuerda a derechas, coloca los dedos a ciegas, sin saber qué hacer con ellos, y a la postre, luego de mucho tocar, lo único que saca es un dolor de cabeza.

A pesar de la postura que veíanse obligados a adoptar, todos los circunstantes regocijáronse con aquella alocución; el irlandés, a su vez, reanudó el discurso con voz

sobria:

—Como viera que las putas no eran la medicina que yo precisaba, dedíqueme al ron, y cada noche me anegaba en el olvido. Mis manos eran cada vez más torpes con el laúd, mi voz, más turbia y cascada. Embotóseme el oído y cada noche había menester de más ron que la noche anterior, de suerte que al poco fueme imposible mendigar lo imprescindible para seguir bebiendo, y vime forzado a recurrir al robo si quería alcanzar mis fines. Una noche (habíanse cumplido tres meses de vuestra partida) un marinero me dio un chelín y pidiome que le cantara «Joan ha perdido su prenda», y cuando hube concluido se mostró tan complacido que me atiborré de ron a sus expensas. Colegía yo que albergaba algún extraño designio... y bien poco me importaba, con tal de que me dejara beber hasta hartarme. Mas estaba equivocado...

—Entonces que Dios os asista —musitó el capitán—. Ya adivino lo demás: ¿Desaparecisteis de allí como por ensalmo?

—Me desplomé sin sentido en alguna taberna cerca de Baynard's Castle —dijo McEvoy—, y desperteme cargado de grillos en el entrepuente de una nave. Al principio no tenía idea de hacia dónde navegábamos o con qué fin me habían secuestrado, pero pronto algunos de los que allí estaban (los cuales iban sin grilletes) afirmaron que éramos redencionistas y que nuestro destino era Maryland, y explicaron que no era infrecuente que cierta ralea de capitanes completara su carga con ratas portuarias como yo y otra media docena de individuos que cuando despertaron viéronse encadenados a una nave.

»Al poco tiempo el primer oficial nos dirigió un discurso que en sustancia venía a decir que estábamos en deuda con él, pues nos había salvado del libertinaje y nos llevaba sin cobrar a unas tierras donde podríamos reconstruir nuestras vidas; dijo luego que si había entre nosotros alguien que hiciera honor a aquella obligación y se comprometía a actuar conforme a la misma, al punto se vería libre de los grilletes. Los demás contentáronse con soltar improperios a cada promesa en falso que se les hacía, mas cuando reparé en que aquel primer oficial tan pío era el mismísimo bellaco que se había burlado de mí la noche anterior, solté tal andanada de denuestos que me dio de puntapiés en la boca, dejándomela maltrecha, y juró tenerme ayunando hasta volverme virtuoso o dar conmigo en los infiernos antes de que acabara la travesía.

—Ahora bien, un hombre como yo, huérfano y mendigo de toda la vida, y tan insensible a la vergüenza como a la pobreza, es la persona más libre que os podáis topar jamás y nadie ha de extrañarse de que sea en extremo celoso de su libertad. Cierto es que no hacía mucho que me habían encarcelado por haber cometido hurtos de poca monta y que otro tanto había ocurrido, antes de aquello, cuando me hice pasar por el Laureado; pero en ambas ocasiones mis malas acciones habían dado conmigo en la cárcel, y siendo así que por libertad se entienden los derechos individuales, el ser justamente encarcelados por la comisión de un delito no entraña la

pérdida de la libertad. Por el contrario, no hay mayor atentado contra la libertad que cargar a nadie de grilletes en contra de su voluntad y sin causa justa, y los que se avinieron a hacer aquel escandaloso juramento que los libró de las argollas, lejos de ganar libertad ninguna, no hicieron sino ceder la más cara de las libertades: el derecho a sublevarse contra la injusticia.

—Mucha sabiduría encierra lo que decís —observó Ebenezer, notablemente impresionado por las palabras de McEvoy, y nuevamente adoptando una actitud humilde, no sólo porque sospechaba que en circunstancias similares él no habría dado muestras de una integridad semejante, sino también porque había llegado al convencimiento (no menos inquietante por el hecho de que en aquellos momentos fuera irrelevante) de que McEvoy era mucho más digno de Joan Toast que él, y siempre lo había sido.

—Sabio o necio, tales eran mis sentimientos —dijo McEvoy— y a pesar de que en los días sucesivos probé el sabor del cuero de las botas de aquel hideputa con harta frecuencia, al menos no fue porque se las lamiera. Además no me hizo morir de hambre, como había prometido, bien fuera porque le cogió gusto a darme puntapiés, bien porque le repugnaba la idea de dejarme morir sin verme arrepentido. Trasladáronme del entrepuente al calabozo a fin de que mi ejemplo no diera lugar a un motín y no volví a ver la luz del sol hasta que la travesía tocó a fin y me subieron a cubierta junto con los demás.

—Momento en el cual —intervino Ebenezer—, si Tayloe dijo la verdad, os lanzasteis sin demora al río, en busca de la libertad..., sólo que os pescaron.

—Sí, y me salvaron la vida, pues comprobé, demasiado tarde, que las fuerzas no me alcanzaban ni para dar diez brazadas. Y pensándolo mejor no parecía mala elección ir con Tayloe; colegí que su cerebro era tan porcino como sus modales, y supuse que no me costaría gran cosa engañarlo llegado el momento oportuno. Ojalá mi amigo Dick Parker hubiera sido menos imprudente..., pero yo no os he hablado de Dick Parker, ¿verdad? En conclusión, caballeros, troqué a Tom Tayloe por un caballo, como ha dicho Eben —por cierto, que era un penco de lo más baqueteado, aunque valía más que veinte traficantes de criados juntos— y en cuanto supe que me hallaba en Maryland adopté la resolución de encaminarme al Puntal de Cooke con el solo fin de tener la satisfacción de saber que Joan se encontraba allí por propia voluntad y que le iba bien. —McEvoy se rio—. ¡Bah! ¿Qué necedad es ésta? ¡Me puse en camino con la esperanza de verla harta de inocencia! Sabía que mi triste condición despertaría su piedad y rezaba porque confundiese la piedad con el amor. Tratábase de un deseo desesperado y resultó ser falso en dos aspectos: vi que su condición era mucho más lamentable que la mía, pero además, ni la sífilis, ni el opio, ni la crueldad, ni el mismísimo rostro de la muerte (¡y muchísimo menos la piedad!) habían logrado apartarla de la ruta que se había trazado.

»No me quedé mucho tiempo. Supuse que Tom Tayloe pondría el país patas arriba tratando de dar con el fugitivo que se la había jugado. Decidí dirigirme a Virginia, suponiendo que fuera capaz de llegar allá, o a Carolina, y acaso enrolarme en un barco pirata. Con tal fin me junté con un esclavo negro que se había fugado y al que me encadenaron en el entrepuente de la galera. Era de los principales lugartenientes de Parker, respondía al nombre de Bandy Lou y hablaba un inglés macarrónico. El tenía la idea de que nos dirigiéramos a la isla de Bloodsworth, pues habíamos oído decir que estaba plagada de fugitivos como nosotros. No sabíamos que a los hombres blancos les profesaban el mismo amor que siente el diablo por el agua bendita, y cuando lo descubrimos era demasiado tarde: a Bandy Lou lo recibieron como a un hermano, pero a mí, por más que Bandy intercedió, me ataron y me arrumbaron a la espera del día...

—¡Alto ahí! —interrumpió el capitán—. ¿Qué es lo que oigo?

McEvoy dejó la frase sin concluir y los prisioneros aguzaron el oído. Desde los lejanos pantanos llegó una serie de gritos estridentes cual graznidos de cuervo, a los que el centinela de la choza respondió de modo semejante.

—Nuevas gentes llegan a la gran misa negra —murmuró McEvoy—. No ha dejado de llegar gente en toda la semana.

Repitiéronse los gritos de aviso y luego, a lo lejos, pudieron los cautivos oír un murmullo rítmico y profundo, como si numerosos hombres entonaran en voz un canto grave al compás que marchaban. El centinela dio un respingo y a grandes voces anunció sucintamente algo a la aldea dormida; inmediatamente iniciase una agitación en las cabañas. La gente hablaba e iba de un lado a otro de la plaza; oíanse órdenes tajantes y el seco crujir de nuevos troncos que arrojaban a la hoguera. Entretanto el cántico hacía cada vez más nítido y sonoro.

—A fe mía que jamás he oído una canción india como ésta —musitó el capitán.

—No, a juzgar por el tono y el ritmo es cántico de negros —repuso McEvoy—. Muchas veces he oído cantar así a Dick Parker y a Bandy Lou allá en la galera, y los africanos de los alrededores han hecho otro tanto estas últimas noches. ¡Vive el cielo que se ponen los pelos de punta! Paréceme que no son buenas noticias para nosotros.

—¿Y eso por qué? —preguntó, lacónico, Ebenezer.

—Estas gentes andaban a la espera de que sus dos jefes principales lograran atravesar la bahía a escondidas —dijo McEvoy—. Uno de ellos es el caudillo de los negros y el otro es el más poderoso de los reyes salvajes que ha destronado al gobernador. Todo eso lo sé por Bandy Lou, que me lo contó hace unos días, hablándome en voz baja a través de las paredes de esta choza. Antes nunca habían tenido la osadía de cantar tan alto. Me jugaría algo a que sus majestades han entrado en el poblado y está a punto de empezar el circo.

Y, en efecto, al tiempo que los recién llegados iban adentrándose en el villorrio en

fila india, los aldeanos entonaban cánticos, proferían gritos salvajes, batían tambores para recalcar el ritmo y (a juicio de los prisioneros, que sólo podían basarse en lo que oían) dieron comienzo a una enérgica danza en derredor del fuego. Bertrand se tragaba el aliento y gemía, y a Ebenezer le empezaron a temblar involuntariamente las extremidades. Ni siquiera McEvoy logró mantener del todo el control, sino que dio en entonar maldiciones y juramentos con voz susurrante, cual si estuviera recitando padrenuestros entre dientes.

Sólo el capitán Cairn conservó la calma.

—Sería de locos aguardar a que nos den tormentos —afirmó con serenidad—. Al final del concilio somos todos hombres muertos, ¿a qué entonces padecer diez veces más sólo por aumentar su disfrute pagano?

—¿Qué es lo que proponéis? —demandó Ebenezer—. ¿El suicidio? Creo que de buen grado dispondría de mi propia vida.

—Carecemos de medios para hacer tal cosa por nosotros mismos —dijo el capitán—. Mas tal vez siga estando en nuestras manos el morir con celeridad o de uno en uno. Si nos sacan ahí fuera tal como estamos, entonces no hay esperanza, mas si nos atan unos a otros por el cuello y nos sueltan los pies a fin de que podamos caminar, como hicieron antes, entonces debiéramos echarnos a correr todos de consuno y rezar para que nos detengan con flechas y lanzas.

—Jamás resultaría —dijo McEvoy, burlón—. Se limitarían a echarnos otra vez el guante y se aprestarían a trincharnos con sus cuchillos.

Bertrand soltó un gemido.

—Además —agregó McEvoy—, yo soy católico, bien que no modélico, y en ningún caso voy a poner fin a mi vida.

—Entonces hay un plan mejor —dijo el capitán— en el que podéis ayudarnos sin menoscabo de vuestra fe. Estamos atados de pies y manos, mas aún podemos mover libremente las rodillas: si el criado del señor Cooke coloca el cuello entre las piernas de su amo y yo pongo el cuello entre las vuestras, pereceremos ambos sin demora, poniendo así punto final a nuestras desdichas. Haced luego vos otro tanto por el señor Cooke, una vez él haya acabado, y así quedáis listo para que los indios os den muerte como gustéis. ¿Qué decís a eso?

—¡Vive Dios! —susurró Ebenezer; aunque le aterraba la propuesta de aquel hombre, le costaba trabajo negar que era menos doloroso ser estrangulado que castrado y quemado vivo.

Con todo, no se vio obligado a elegir; pronto cesaron las celebraciones y amaneció el día sin que los prisioneros fueran importunados. Demasiado desasosegados para sentir un gran alivio, contemplábanse unos a otros en silencio (McEvoy, observó Ebenezer, había perdido la cuarta parte de su peso y unos cuantos dientes, y a la fuerza habíase dejado barba) y por demás ya nunca volvieron a estar

tan comunicativos como aquella primera noche. Transcurrieron los días (dos, siete, diez) y aunque jamás se permitió a los prisioneros que salieran de la choza, ellos podían oír el tráfago de la aldea, que se iba acrecentando día a día.

—¡A fe mía que parece un concilio de cardenales! —dijo McEvoy.

Nadie volvió a mentar la propuesta del capitán, mas todos debían de tenerla presente, como ocurría con Ebenezer, pues cuando una mañana oyeron que una especie de delegación se acercaba hasta su guardián, todos, como un solo hombre, contuvieron el aliento y se pusieron rígidos.

—¡Deprisa! —urgioles el capitán—. ¡Han venido a llevarnos!

—Pues que nos lleven —masculló McEvoy—. Yo no soy ningún asesino.

En aquel preciso instante alzaron el pellejo que hacía las veces de puerta de la choza: penetró un aire frío y divisáronse las luces danzantes de la hoguera. Todos pudieron ver las hiéricas siluetas negras de los hombres, recortadas contra la luz grisácea del amanecer.

—¡Entonces vos, en el nombre de Dios! —El capitán se arrastró, retorciéndose, en dirección a Ebenezer; tenía la voz chillona—. ¡Os lo suplico, señor, estranguladme ahora, en este instante, antes de que nos pongan las manos encima! ¡Vamos, deprisa, por el amor de Dios!

Retorciéndose aún, pasó por encima de Bertrand y llegó junto a las rodillas del poeta. A Ebenezer le faltó voz para negarse; tan sólo pudo hacerlo con la cabeza. Mas aun cuando los dos hubieran querido y podido, no hubo tiempo para ejecutar aquella acción: las siluetas negras se acercaron e inclinaron sobre ellos; negras manos los asieron por las piernas y los tobillos; voces negras reían ahogadamente y emitían sonidos guturales. Uno a uno los aterrados hombres blancos fueron arrastrados al exterior por los talones.

6. ESTANDO EN JUEGO SU FUTURO, EL POETA REFLEXIONA ACERCA DE UN PAR DE MISTERIOS SECULARES

La plaza o recinto comunal en torno al cual se hallaba dispuesta la aldea india veíase salpicada de manchas de una nieve fina que había principiado a deshacerse y también blanqueaba los tejados de aquellas viviendas en forma de túmulos. Estaba la atmósfera saturada y enrarecida, aunque no hacía demasiado frío; de hecho, una masa de aire templado habíase desplazado sobre las aguas de la bahía, como resultado de lo cual una espesa niebla rodeaba la isla. Dotados de voz por gaviotas invisibles, los jirones de bruma recorrían los pantanos y alcanzaban luego las aguas del estrecho entre gritos ahogados.

A pesar de la niebla y de lo temprano de la hora, Ebenezer vio mucha gente por doquier; algunos vestían prendas de tela escocesa o de lana inglesa, mas la mayoría se cubría con pieles. Las mujeres encendían fogatas junto a sus chozas y preparaban la colación matinal; los hombres, negros e indios entremezclados, hallábanse la mayoría ocupados en fumar tabaco y conversar en derredor de hogueras de mayor tamaño que ardían en distintos puntos del recinto comunal; había gran bullicio de voces, aunque muchos se comunicaban por medio de signos y gestos. En el centro de la plaza ardía una pequeña hoguera cuyo fuego se mantenía vivo durante toda la noche, a modo de señal vigía; sus residuos resinosos avivaban las llamas, cuyos destellos anaranjados resplandecían por entre la niebla, dándole al fuego un aspecto más ceremonial que útil. El calor que desprendía había fundido la nieve en un círculo amplio, alrededor de cuyo perímetro se alineaba una veintena de solemnes dignatarios, de negra o roja tez. Justo en línea con los cuadrantes del círculo veíanse cuatro grupos de hombres plantando otros tantos postes de doce pies de altura en hoyos donde cabía un hombre hundido hasta la cintura.

Una vez estuvieron todos los prisioneros de pie, un negro sonriente que formaba parte de la comitiva que los había llevado hasta la plaza se acercó a McEvoy y dijo en inglés:

—No más noches ahí dentro, ¿eh?

Y con un movimiento de los ojos señaló la choza que hacía las veces de prisión.

—Eres un negro vástago de Satanás —masculló McEvoy—. ¡Ojalá te hubieran arrojado a los peces con Dick Parker!

El negro (a quien Ebenezer tomó por el antiguo compañero de McEvoy, Bandy Lou) sonrió con regocijo, destellándole la dentadura y, en tono terminante, ordenó algo a sus hombres, los cuales cortaron las ligaduras que ataban los tobillos de los prisioneros, que fueron conducidos a los postes. Al poeta empezaron a flaquearle las rodillas; sus carceleros viéronse obligados a sujetarlo al tiempo que le guiaban los

pasos. Por todas partes fue cediendo el rumor de las conversaciones, transformándose en un murmullo que acabó por apagarse. Salvo el crepitar de las hogueras, toda la plaza estaba en silencio; oscuros semblantes seguían fríamente el paso de los hombres blancos. Los que estaban sentados en derredor de la hoguera central volviéronse cuando tuvieron cerca a los prisioneros, y uno de ellos, un anciano muy pintado, señaló con la cabeza el poste más cercano, que estaban terminando de apuntalar en aquel instante.

—Tú ser juzgado por tres reyes —repitió el negro sonriente a McEvoy—. Los demás quedar aquí.

Ninguno de los prisioneros habló. Al parecer el temible triunvirato no se encontraba después de todo junto a la hoguera, pues se llevaron al irlandés al otro lado de la plaza, a una madriguera de rata almizclera de mayor tamaño que las demás. Ebenezer y Bertrand estaban cada uno atado a un poste por los tobillos y las muñecas; al verse en aquella situación a punto estuvo el poeta de desmayarse, con tanta fuerza le evocaba a la legión de los mártires. ¿Cuántos millones de personas habrían sido atadas de manera semejante desde los comienzos de la raza y por cuántos motivos los habrían sometido al inenarrable dolor del fuego? Ebenezer luchó tratando de no desvanecerse, con la esperanza de hacerlo cuando lo necesitara más urgentemente.

Entretanto el capitán habíase visto obligado a aguardar de pie a que alzarán y posteriormente plantaran el tercer y cuarto poste. Esperó tranquilo, con la cabeza inclinada, como si se resignara a los horrores que le aguardaban; sus centinelas, absortos en la labor de erigir aquellos gruesos postes, lo ignoraban. Súbitamente, el capitán dio un salto y dejándolos atrás se escabulló plaza a través. Oyose un grito; los hombres gatearon, pusiéronse en pie y salieron raudos en pos de él. Ebenezer estiró el cuello, creyendo que vería caer atravesado al anciano, mas los indios se contuvieron. El capitán corrió hacia un espacio que se abría entre dos hogueras rodeadas de hombres y se encontró con un muro de lanzas que le apuntaban; vaciló, diose la vuelta y topose con otro muro similar. Esta vez, como si abandonara una tenue esperanza de huir y volviera a su propósito originario, sacó pecho y se arrojó contra las lanzas; pero los portadores de las mismas retrocedieron y se limitaron a cerrarle el paso con los brazos y las astas. El capitán diose la vuelta una vez más, las manos aún atadas a la espalda, y saltó en otra dirección, con el mismo resultado. Entonces las dos hileras se cerraron, formando un amplio círculo en derredor de él, y como era evidente que no podía escapar ni siquiera en dirección a los pantanos, empezaron a reírse de sus furiosos esfuerzos. Una y otra vez el anciano se precipitaba contra las lanzas; por fin, incapaz de llevar a cabo una vez más su desesperada resolución, profirió un grito y se desplomó. Sus torturadores se dispersaron, aún riendo entre dientes; los vigías condujéronlo de nuevo al poste, ahora ya en condiciones de acomodarlo, y empezaron a amontonar palos y ramas a los pies de los tres postes.

Con la piel empapada en sudor, Ebenezer desvió la mirada y vio reaparecer a McEvoy, que salía del palacio real en compañía de su sonriente centinela. Venía el irlandés con el gesto torcido, exhibiendo una curiosa expresión. Si era de ira, de odio o de temor, aquello Ebenezer no acertaba a distinguirlo, aunque cuando vio que ataban a su compañero al poste supuso que aquel singular «juicio» no le habría supuesto el perdón.

Pero se equivocaba.

—¡Qué casualidad! ¡Es para dejar pasmado al mismísimo diablo! —gritole McEvoy con voz tan extraña y aviesa como la expresión del rostro—. Me llevaron ante los tres reyes para que dictaran sentencia. Dos de ellos eran unos salvajes casposos, mas el tercero era mi amigo Dick Parker, el individuo al que me encadenaron en galeras. Yo creí que se habría ahogado y que todos se habrían olvidado de él, pero a fe mía que es el rey de estos negros paganos. Ese bellaco de Bandy Lou lo sabía desde el primer día y no me dijo nada. ¡Resulta que era el principal secuaz de Dick Parker allá en África!

Ebenezer no pudo asombrarse ante aquella coincidencia; a decir verdad, se preguntaba si McEvoy no habría perdido la razón por culpa del miedo. ¿Cómo era posible que un hombre en sus cabales dijera tamañas necedades mientras aprestaban una pira a sus pies?

Sólo entonces reparó en el hecho de que a pesar de que su pira ya estaba terminada, al igual que lo estaban las de Bertrand y el capitán (que había perdido el sentido), junto al poste de McEvoy no habían depositado ni una sola rama ni parecía que fueran a hacerlo.

—¡Dios me asista, Eben! —dijo a voces el irlandés—. ¡Tienen la intención de dejarme en libertad! ¡Dick Parker me ha perdonado! —Tenía los ojos anegados en lágrimas—. A Dios pongo por testigo —siguió diciendo McEvoy— de que imploré y supliqué por vos, Eben, en el nombre de la amistad que nos unió a Dick Parker y a mí. Le dije que erais mi hermano y que vuestra vida me era tan cara como la mía propia; pero los otros querían quemarnos a los cuatro y cuanto Dick Parker pudo hacer fue salvarme a mí. Ahora me cumple veros padecer ahí todo el día de hoy y el de mañana, hasta que el consejo toque a su fin, y luego he de veros arder.

—¡Ese proxeneta ha vendido nuestros pellejos para salvar el suyo! —dijo Ebenezer, profiriendo alaridos desde su poste, que quedaba al otro lado.

—¡No es así, lo juro! —protestó McEvoy—. Cuanto haya podido haber entre nosotros en el pasado ya no cuenta; no debéis creer que tengo nada contra vos ni que os he malquistado con Dick Parker.

—Os creo —dijo Ebenezer.

En efecto, el poeta tuvo un acceso momentáneo de ira cuando oyó las palabras de McEvoy; al fin y al cabo, si McEvoy no le hubiera traicionado, ¿se habría ido él de

Londres? Mas pronto dominó la cólera, pues a pesar de lo extremo de su situación, o tal vez como consecuencia de ello mismo, Ebenezer comprendía que McEvoy se había limitado a actuar honradamente, en conformidad con sus principios, tal y como habría hecho él a su vez; con idéntica facilidad cabría culpar al viejo Andrew por haber reaccionado tan virulentamente, a Joan Toast por haber sido ocasión de la apuesta, a Ben Oliver por haberla formulado, a Anna por haber viajado sola a Maryland, a Burlingame (entre otras cosas) por haberla convencido de que desembarcara en Saint Mary, o a sí mismo, que hubiera podido alterar el curso de su vida mediante la comisión de una cualquiera entre centenares de miles de acciones posibles. Toda la historia de sus veintiocho años de vida habíale llevado al lugar y momento en que se hallaba a la sazón; ¿y acaso no había adquirido dicha historia la forma que tenía, en gran medida, merced a la influencia de toda la gente con la que él había tratado, gente cuyas vidas, a su vez, habían sido moldeadas por la influencia de incontables personas? En resumidas cuentas, si se veía atado a aquel poste, ¿ello no era por ventura consecuencia no ya del curso seguido por la historia humana, sino incluso por la historia del universo todo, en virtud del encadenamiento de innumerables eslabones ninguno más culpable que los demás? Parecíale a Ebenezer que no era McEvoy más culpable que, por ejemplo, lord Baltimore, que había colonizado Maryland, o que el aventurero genovés que le había descubierto al viejo mundo la existencia de uno nuevo.

Aquella conclusión, a la que llegó el poeta por la vía de la introspección más que por la de la especulación, viose seguida por otra cuya lógica discurría así: el punto del espacio y del tiempo al cual habíale llevado la historia del mundo no encerraría peligro ninguno de no haber existido la hostilidad de los indios y los negros. Mas si estos eran hostiles, ello se debía a la explotación a que los sometían los ingleses, es decir, un pueblo al cual habíanle conferido su superioridad las vicisitudes de la historia (Ebenezer no ponía en duda que, de invertirse las circunstancias, sus aprehensores harían exactamente lo mismo que los ingleses). Por tanto, en la misma medida que los movimientos históricos son manifestaciones de la voluntad de los pueblos que los provocan, así también Ebenezer era objeto adecuado de la ira de sus aprehensores, puesto que pertenecía, en un sentido más profundo que el que entrañaban las palabras dichas por McEvoy unas noches antes, a la clase de los explotadores; en tanto que caballero educado perteneciente al mundo occidental, era copartícipe de los frutos generados por el poder de su cultura y consecuentemente debía ser corresponsable de las culpas que de tal poder se derivaban. Y no acababan allí sus responsabilidades, pues si la diferencia entre explotado y explotador obedecía a las vicisitudes del poder y posición históricas, y no a una misteriosa singularidad idiosincrática de los pueblos, entonces tan «humano» era que el hombre blanco practicara la explotación y el expolio como que los negros o cobrizos mataran

conforme al criterio exclusivo del color de la piel. El salvaje que en breve le aplicaría la antorcha era tan hermano suyo como el comerciante que había esclavizado a aquel salvaje anteriormente. En resumidas cuentas, díjose el poeta, aunque le cumplía reparar personalmente su secular pecado original, también tenía derecho a exigir una suerte de retribución; él había cometido un horrendo crimen contra sí mismo y él mismo sería quien pronto castigara al malhechor.

Comprender aquel par de ideas fue obra de otros tantos segundos, y aunque las mismas causaron en Ebenezer una conmoción como había habido pocas en su autobiografía espiritual, cuanto dijo a Bertrand y McEvoy fue:

—Sea como fuere, es demasiado tarde para andar diseccionando responsabilidades. Mirad allí.

Con un movimiento de las cejas señaló en dirección a la cabaña de la que poco antes saliera escoltado McEvoy. La asamblea también había vuelto los ojos en aquella dirección, y la conversación había remitido. Los tres reyes salían a impartir justicia. Por entre las brumas Ebenezer acertó a distinguir a un negro fornido, a un piel roja igualmente robusto y a un tercer individuo también de raza india, un hombre decrepito que se desplazaba con suma dificultad, apoyándose en los brazos de sus colegas. Los tres lucían elaborados atuendos, si se los comparaba con los de sus súbditos: sus vestimentas estaban cuajadas de borlas, flecos y abalorios de concha marina, profusamente coloreados; el rostro lo llevaban cubierto de rayas y círculos pintados con saguinaria; del cuello pendíanles dientes de oso y de cauri; los indios tocábanse la cabeza con plumajes de pavo incrustados de cuentas, en tanto que el negro exhibía una piel rematada por los cuernos de un toro. Los dos colosos portaban en la mano que les quedaba libre una jabalina cuya punta era de hueso; el anciano llevaba en la mano derecha una suerte de cetro o bastón de mando ceremonial, rematado por una piel de rata almizclera, y en la mano izquierda, una antorcha de chisporroteante resina de pino.

La lentitud del paso le confería un carácter más sombrío al avance de los monarcas. McEvoy los contemplaba mirando por encima del hombro, con los ojos muy abiertos.

Bertrand empezó a gemir. Ebenezer enrojeció de miedo y apretó los labios con firmeza, pero el resto de sus facciones le temblaba y se contorsionaba.

El que quedaba más cerca del triunvirato era McEvoy. Los reyes lo miraron ceñudos; el negro alzó la lanza e hizo un pronunciamiento que sus súbditos recibieron con un murmullo incierto. Luego pareció que el más joven de los jefes indios lo repitió en su idioma, pues sus palabras obtuvieron idéntica respuesta. Ebenezer advirtió cierta contrariedad en el semblante del anciano cacique, y una gran satisfacción en el camarada de McEvoy, Bandy Lou, que se encontraba cerca de allí. Acto seguido el grupo dirigióse hacia el barbado capitán, que empezó a revolverse y a

mover la cabeza. Por segunda vez se dictó sentencia en dos lenguas, las lanzas, en alto; la sonrisa del anciano cacique y el vocerío de la asamblea aclararon el contenido de aquélla, y el poeta se estremeció.

A continuación le tocó a Bertrand, que volvió el rostro y cerró los ojos. El más joven de los reyes indios dirigióle una mirada fría; el más anciano lo contempló con malévolos regocijo, en tanto asentía a algo que el negro, inclinado, le musitaba al oído. Todas las miradas estaban fijadas en el enorme rey negro, que era el que había dictado sentencia en los dos casos anteriores, cuando concluyó el coloquio con el anciano, el negro alzó la jabalina y comenzó a dictar sentencia al tiempo que buscaba con la mirada el rostro del prisionero.

Pero se interrumpió a mitad de frase; se precipitó hacia delante y volvió el rostro de Bertrand hacia el suyo. A Ebenezer se le pusieron los músculos en tensión: puesto que el negro había soltado el brazo del viejo cacique con suma brusquedad, mas no la lanza, el poeta esperaba ver a Bertrand instantáneamente traspasado por haber cometido el delito de apartar el rostro. Sus temores no se vieron aplacados cuando el negro profirió un grito, le arrebató a uno de sus secuaces el cuchillo que portaba a la cintura y saltó sobre el criado con el arma en alto. Los otros dos caciques pusieron gesto de extrañeza; los espectadores más próximos retrocedieron alarmados, y su consternación fue en aumento cuando, en lugar de poner fin a la vida del prisionero o desmembrarlo allí mismo, el rey negro cortó todas las ligaduras que lo ataban, apartó a puntapiés las astillas que le rodeaban las piernas y se postró de hinojos ante los temblorosos pies del prisionero.

—¡Amo Eben! —gritó el criado, apretándose contra el poeta.

El anciano jefe emitió una especie de ladrido y el joven, a lo que pareció, formuló con brusquedad una pregunta, a la que el rey negro respondió en lengua india con la voz cargada de emoción. La plaza estaba tan silenciosa como si fuera una iglesia. El rey indio puso un gesto aún más ceñudo y severo, ordenó a los lugartenientes que prestaran apoyo al anciano y avanzó tan rápidamente como se lo permitió la dignidad, mas no hacia Bertrand, sino hacia el abatido prisionero que aún había de afrontar su sentencia. No había avanzado más de dos pasos cuando Ebenezer reconoció (bajo la pintura de guerra, las insignias reales y la salud recobrada) al fugitivo enfermo que se ocultara en la caverna del acantilado.

—¡Vive Cristo, ahora lo comprendo! —exclamó—. ¡Bertrand! ¡Son Quassapelagh y Drakepecker! ¡El Dick Parker de McEvoy es tu Drakepecker, y éste que viene a salvarme es Quassapelagh!

Y, en efecto, cuando el indio hubo escrutado bien el rostro de Ebenezer, borrose la severidad de su mirada y a una orden suya adelantáronse dos guardias, que libraron al poeta de sus ataduras.

—Yo os liberto y os suplico que me perdonéis —dijo Quassapelagh con gravedad

—. No está bien hacer daño al hombre que me salvó la vida.

Al igual que Bertrand, Ebenezer se sentía demasiado abrumado para hablar. Tenía los ojos inundados de lágrimas; se tambaleaba y reía roncamente, sacudía la cabeza y miraba a McEvoy como con incredulidad. Entretanto el anciano cacique no había dejado de soltar denuestos: al parecer no entendía aquellos portentos un ápice más que sus súbditos o los otros dos prisioneros. Quassapelagh inclinose levemente ante Ebenezer; pidió al poeta que se quedase unos minutos más donde estaba y volvióse a apaciguar al anciano. También el rey negro, a quien, para general desmayo, Bertrand había abrazado una vez reconoció su identidad, tras soltarse, se dirigió al consejo. A tenor de su discurso quedó claro que el rey anciano se oponía enérgicamente a que los prisioneros fueran libertados; tras unos momentos Quassapelagh llamó a Ebenezer, le cogió la mano izquierda y musitó:

—¿Tienes el anillo que te dio Quassapelagh?

El poeta sacó del bolsillo el anillo de pez y dio las gracias a la Providencia y a Joan Toast por haber llevado a cabo el intercambio, a pesar de todo. Quassapelagh primeramente mostró el anillo al anciano y luego, efectuando una proclama semidesafiante, lo alzó a fin de que la multitud pudiera verlo. Al mismo tiempo Dick Parker, o Drakepecker, le dio una serie de órdenes a Bandy Lou, que estaba cerca de él, sonriendo beatíficamente, y todos los prisioneros, con excepción del capitán, fueron nuevamente conducidos a la cabaña-prisión, antes de que el anciano tuviera tiempo de renovar sus protestas.

—¡A fe mía —dijo Ebenezer, soltando una risa forzada— que esta choza paréceme ahora palacio!

En la plaza comunal, donde las neblinas, aún sin dispersar, reflejaban la luz del sol naciente, reinaba una gran agitación. Atisbando por entre las piernas de los centinelas que montaban guardia en el exterior de la choza, vio que los tres adalides se dirigían nuevamente hacia la edificación de la que habían salido; el anciano, que daba claras muestras de no haberse apaciguado lo más mínimo, apoyábase ahora en dos indios que se tocaban la cabeza con un aparejo semejante al suyo.

—¡Este es un milagro como los de las *Sagradas Escrituras*! —exclamó McEvoy, que todavía hacía muecas de asombro con la boca y con los ojos—. ¡Mejor dicho, un milagro encima de otro! ¿Cómo puede ser que Dick Parker esté vivo y os conozca? ¡Vive el cielo, si echó el pecho por tierra como si vuestro lacayo fuera un dios!

—Gracias, pero no era punto menos —dijo Bertrand henchido de orgullo— y como dios no se puede desear mejor adorador. ¡Aunque menuda si no se encarama a lo alto de la pira! ¿Visteis cómo daba la cara por mí, desafiando a ese viejo tirano?

A fin de poner a McEvoy al corriente, Ebenezer contó una vez más la historia de cómo habían hallado a Drakepecker atado de pies y manos, cómo lo habían libertado, cómo habían dado con el fugitivo Quassapelagh, que yacía enfermo por causa de una

herida purulenta, y cómo, por fin, habían dejado al negro encargado de atender las necesidades del herido.

—Por tal razón nos dio los anillos de hueso de pez, bien que nada dijo del significado que tenían. ¿Qué significa eso y cómo es posible que un pobre esclavo como Drakepecker haya llegado a ser rey?

McEvoy no pudo arrojar luz sobre el significado del anillo.

—En cuanto a ése que llamáis Drakepecker, es el mismo individuo del que os hablé antes, y al que yo llamaba Dick Parker. Cuando el barco que me saco de Londres hizo escala en Carolina, lo subieron a bordo, junto con Bandy Lou y otros cuarenta esclavos que pensaban vender en Maryland. No hacía mucho que los habían capturado a todos en un poblado africano, y el tal Dick Parker era su rey. El primer oficial los encadenó y encerró en la sentina por la misma razón que a mí. —El irlandés sonrió aviesamente—. Dick Parker se proponía alzar un motín; el primer oficial era partidario de darle muerte, pero el capitán pensó que si lograba bajarle los humos a latigazos podrían servirse de él para evitar que los demás causaran problemas. Dos veces al día lo azotaban y él le escupía al marinero que lo ataba al palo mayor y al marinero que al final lo desataba. Yo le aconsejé reiteradas veces por mediación de Bandy Lou que depusiera su orgullo hasta que lo vendieran y estuviera establecido, y que entonces se fugara y ayudara a los demás; él respondía que mi consejo era óptimo para Bandy Lou y los demás lugartenientes, pero que un rey al que compraban y vendían no tenía nada de rey. Si yo le decía que ningún rey muerto había ganado jamás una batalla, él respondía que al león no le cumplía ejercer de chacal y que un rey muerto podía seguir siendo un ejemplo vivo para sus súbditos. Ordenó a Bandy Lou que obrara conforme a mis consejos y a la siguiente ocasión en que subieron a Dick Parker para darle de latigazos, escupió al mismísimo primer oficial. Entonces lo arrojaron por la borda, atado de pies y manos. Al día siguiente vendieron a la mitad de los esclavos en Ann Arundel y un día después, en Oxford, a la otra mitad junto con los redencionistas. Cómo se las arregló ese hombre para mantenerse a flote, jamás lo entenderé.

Ebenezer sacudió la cabeza, recordando las cicatrices que viera en la espalda del negro cuando se lo encontraron en la playa.

—Conque ahora él es el rey de los esclavos fugitivos y Quassapelagh es rey de los indios salvajes desafectados. ¡El cielo asista a los ingleses si llevan su plan a cabo!

—¡El diablo se los lleve, eso es lo que digo yo! —repuso McEvoy—. Se lo merecen.

El irlandés y Bertrand proclamaron su intención de mendigar o robar a fin de pagarse el pasaje de vuelta a Londres lo antes posible, así les era dado desearles éxito a los rebeldes sin desearse mala fortuna a sí mismos. Ebenezer no había perdido de

vista las últimas reflexiones que hiciera en la hoguera, no obstante, aun siendo capaz de condolerse por la situación de los esclavos e indios y declarar culpables incluso a los blancos que, como él, habían consentido que aquella situación siguiera siendo una realidad por el mero hecho de no protestar contra ella, era incapaz empero de ver con buenos ojos la idea de una matanza a gran escala. Antes al contrario, después de que aquellas dos ejecuciones que casi se llevan a cabo se la hubieron edulcorado, en aquellos precisos instantes la vida sabíale dulcísima al poeta, y la idea de que cualquier persona se viera privada de ella le hacía estremecerse.

—Hemos de dar con la manera de salvar al capitán —dijo—. Tiene menos motivos para estar ahí que ninguno de nosotros, pues ni buscaba nada ni huía de nada. —A lo cual añadió, aunque entendía perfectamente las limitaciones de aquella afirmación—. Si muere, yo soy quien debe responder de ello, pues yo fui quien lo contrató para que me llevara en su embarcación a Malden, y además le pagué una cantidad adicional a fin de que zarpara al punto, pese a la hora que era y el tiempo que hacía.

McEvoy y el sirviente protestaron, negándose a asumir aquella responsabilidad. McEvoy dijo además que aunque deseaba fervientemente ver al capitán a salvo, no estaba preparado para sacrificar su propia seguridad a cambio de la de aquél, ni siquiera, para ponerla en juego.

—En cualquier caso —opinó Bertrand— es demasiado pronto para echarse a reír o a llorar. Si Drakepecker se lleva el gato al agua, puede que quedemos todos en libertad; si no, aún puede que nos quemem.

Sus compañeros convinieron en ello y dieron en especular sobre el cargo y la influencia del anciano indio que tan reacio se había mostrado a verlos libres. McEvoy hizo venir al africano llamado (según la adaptación que como mejor pudieron habían hecho de su nombre a la dicción inglesa) Bandy Lou, el cual respondió a sus diversas preguntas con una sonrisa desmesurada que impedía discernir si lo que sabía era motivo de desolación, de alegría o algo meramente indiferente.

—¿Quién es ese viejo rey indio?

—Es el *tayac* Chicamec, rey de los ahatchwhoop, enemigo de los ingleses desde hace cuarenta y ocho veranos. Esta es su isla.

Cuando Ebenezer inquirió en torno a la división de poderes entre los tres reyes y la jurisdicción correspondiente a cada uno de ellos, Bandy Lou repuso que Quassapelagh era una suerte de jefe supremo de todos los indios desafectados de la orilla occidental de la bahía de Chesapeake, que Chicamec ostentaba el mismo cargo en la orilla oriental y que Drepacca era el rey de los negros fugitivos. A continuación dijo con suma franqueza que aunque en teoría los tres estaban investidos de la misma autoridad, era Quassapelagh, el rey Anacostino, quien ostentaba el mayor poder de hecho, no sólo porque los caciques que le rendían obediencia (Ochotomaquath, jefe

de los piscataways; Tom Calvert, de los ehopticoes, y Maquanath, de los mattawomans, por ejemplo) eran más numerosos, influyentes y beligerantes que los lugartenientes de Chicamec, sino también porque algunos de entre estos últimos (como el hijo del emperador Umacokasimmon, Asquas, a quien el gobernador Copley había depuesto del cargo de jefe de los nanticokes, para situar en su lugar a Panquas y a Annoughtough, más complacientes que el primero) estaban más dispuestos a seguir a Quassapelagh, que era más joven y más vigoroso que su añoso cacique. Además, quien se llevaba la mejor tajada del poder en potencia, según Bandy Lou, era Drepacca, porque aun cuando había muchos más indios beligerantes que negros fugados, la autoridad de Quassapelagh veíase necesariamente restringida a los límites de la provincia, y la lealtad de sus súbditos, excepción hecha de un pequeño grupo de piscataways, los ligaba primordialmente a los reyezuelos de las diversas tribus, y sólo de manera indirecta, al mismo rey Anacostino. Sin embargo, Drepacca se había convertido en un tiempo brevísimo en el jefe directo e indiscutido de todos los fugitivos africanos de la región, y servía de inspiración a los miles de negros que seguían esclavizados; lo que era más, no tenía que enfrentarse a los obstáculos de la geografía tribal y los caudillajes rivales: el mercado de esclavos repartía indiscriminadamente por las distintas regiones a negros procedentes de diversas tribus africanas y Drepacca, que se supiera, era la única autoridad real que tenían. Como consecuencia de todo aquello, a lo que había que añadir su rapidez de entendimiento (había aprendido, enseñado por Quassapelagh, el dialecto de los piscataways en tres semanas), su formidable presencia física y la ventaja que le confería a la hora de negociar con los franceses y con las naciones del norte el hecho de no ser ni blanco ni indio, la esfera de influencia de Drepacca hacía cada día mayor, y bien pudiera ser que en poco tiempo tuviera autoridad sobre toda la población negra de América, cuyo número aumentaba con cada embarcación que llegaba de la costa occidental de África. Del orgullo sin límites que se encerraba en su voz deducía quien le oía que Bandy Lou ya había coronado a su amo como emperador de América. Ebenezer se estremeció.

—Más poder para él —dijo, lúgubre, McEvoy—. Si Dick Parker es tan poderoso como parece, nada hemos de temer de ese tal cacique Chuckaluck o Chickenneck,^[44] como se llame. ¿No crees, Bandy Lou? Son veinte hombres contra uno pequeño.

Bueno, bueno, advirtió el negro sonriente, las cosas no eran tan sencillas, pues aunque era cierto que Chicamec tenía en sus manos mucho menos poder, efectivo o en potencia, que los otros dos confederados, en todas las provincias era conocido por los indios en calidad de enemigo ancestral del hombre blanco: entre ellos venía a ser una leyenda viviente; desde hacía tres décadas su nombre era sinónimo de resistencia incondicional, y a ello había que añadir que su pequeño poblado de ahatchwhoops era el núcleo más encarnizado y mejor organizado de gentes armadas que hacían

profesión de odio a los ingleses en toda la provincia; además, su isla, por lo céntrico y seguro de su emplazamiento, era el mejor cuartel general que cupiera imaginar. En resumidas cuentas, aunque no fuera más que de modo simbólico, la figura del anciano tenía un valor inapreciable y sus colegas delegaban en él las decisiones de mayor envergadura, y ello lo hacían con mayor prontitud por cuanto que seguían teniendo en sus manos a nueve décimas partes de los rebeldes.

—¡Vive el cielo! —exclamó Bertrand—. ¿Queréis decir que después de todo sigue siendo posible que nos quemem?

—Confío en que no —dijo Bandy Lou, con ánimo de agradar. Uno de los centinelas del exterior lo llamó empleando su dialecto y aquél añadió, sin alterar la magnitud ni la naturaleza de su sonrisa—: Vamos fuera y lo sabremos.

7. DE CÓMO ACOSTUMBRAN LOS AHATCHWHOOPS A ELEGIR REY

Así pues, por segunda vez en lo que iba de mañana, Ebenezer, Bertrand y McEvoy fueron escoltados hasta la plaza comunal, que seguía envuelta por la niebla. Aunque ya había bastante luz, el cielo aún estaba encapotado y las marismas ofrecían un aspecto poco menos lúgubre y brumoso que antes. Habíanse extinguido las hogueras destinadas a calentar los alimentos; las mujeres hallábanse ocupadas en diversos menesteres domésticos y la mayor parte de los hombres, conforme cabía suponer, estarían en las marismas, afanados en la captura de aves y peces con que reabastecer la despensa del poblado. Sentados en derredor de las hogueras de mayor tamaño, las cuales servían de centro de reunión, veíanse unas pocas decenas de hombres, a los cuales Ebenezer tomó por caciques de menor entidad y sus lugartenientes. Hallábanse enfrascados en discusiones, fumando en pipa, y no era difícil colegir, a tenor de la sombría expresión con que sus rostros siguieron a los prisioneros cuando estos atravesaron la plaza, cuál pudiera ser el objetivo de sus discusiones.

Menos amedrentado que antes, el poeta logró mirar en torno a sí con mayor interés y despego. Reparó, por ejemplo, en que el poblado era mucho mayor de lo que él creyera: el número de aquellas viviendas que semejaban madrigueras de ratón almizclero se aproximaba más a las trescientas que al centenar, y veíanse por añadidura grupos de negros que trabajaban en la construcción de nuevas moradas por toda la periferia de la aldea. A decir verdad, ya no quedaba tierra seca, y los constructores veíanse forzados a recurrir a diversos expedientes; en un extremo del poblado alzábase un montículo de caparazones de ostras, cuya parte superior era plana (presumiblemente la habrían ido acumulando sucesivamente generaciones de ahatchwhoops en los tiempos en que no había tan gran demanda de terreno edificable), y los negros afanábanse, pala en mano, en arrojar las conchas a la marisma adyacente, con lo que generaban un espacio nuevo al tiempo que despejaban el ya existente; en otros lugares estaban erigiendo cabañas sobre pilotajes de escasa altura, enclavados en el pantano mismo, lo cual constituía una curiosa combinación de las arquitecturas india y africana. Asimismo reparó el poeta, por vez primera, en la desproporción numérica que se daba entre los sexos de la población: aun concediendo que el miedo podría haberle hecho caer en la exageración, por la mañana había parecido que casi un millar de hombres atestaba la plaza del poblado (como mínimo serían setecientos, de los cuales no más de doscientos habrían llegado con Quassapelagh y Drepacca), en tanto que a las mujeres, de no ser que a la gran mayoría de las mismas hubiera concedido el improbable privilegio de dormir hasta muy avanzada la mañana, resultaba más adecuado contarlas por decenas que por centenas. Sin embargo, no parecía que escasearan los infantes; a decir verdad, veíanse

por entre las chozas bandadas de pequeños salvajes, cuyo elevado número y pigmentación varia hiciéronle pensar a Ebenezer no sólo que entre aquellas gentes se daba la poliandria, sino también, una alianza natural que abarcaba esferas más íntimas que la política o la arquitectura.

En esta ocasión no se detuvo la partida junto a las piras, sino que se encaminó directamente a la choza real, situada en el extremo opuesto al que ocupaba la cárcel. Al viejo capitán, que los había mirado desde lo alto de la pira tan hoscamente como antes lo hicieron los caciques reunidos en consejo, díjole Ebenezer:

—Nada temáis, buen hombre, no os traicionaremos. O todos o ninguno.

—Y un culo de cerdo —murmuró Bertrand, que se encontraba junto al poeta.

McEvoy añadió llanamente:

—Vos podéis emplazar vuestra suerte como gustéis, mas no la de McEvoy. Si ese hombre muere por causa mía, lo lamentaré profundamente, mas si yo he de morir por la suya, lo odiaré con toda mi alma.

En cuanto al capitán, o no oyó la frase de aliento del poeta, o estaba demasiado alterado por el miedo como para comprenderla, o simplemente hizo caso omiso, pues su expresión se mantuvo inalterada.

Al llegar a la entrada de la choza real, Bandy Lou dijo, haciendo gala de su ancha sonrisa:

—Aquí nos detenemos. Vosotros vais ahí. —Y señaló el pellejo que hacía las veces de puerta.

Los prisioneros vacilaban; todos se mostraban reacios a tomar la iniciativa, hasta que Ebenezer, apretando los dientes, echó la piel a un lado y se adentró, encabezándolos.

Salvo por el tamaño y el mayor número de pieles que hacían las veces de alfombras y colgaduras murales, en poco se distinguía el palacio de Chicamec de la cárcel. Ante la pared posterior había una hilera de guardianes, lanza en mano. En el centro de la pieza, dentro de los límites de un círculo de piedra, una hoguera; detrás de ésta, con los labios firmemente apretados, y una mirada maligna, hallábase sentado el rey, flanqueado por sus dos confederados, en cuyos rostros no había el menor atisbo de sonrisa. Los ingleses situáronse frente a ellos, incómodos, sin saber si debían sentarse o quedarse en pie, hacer una reverencia o permanecer inmóviles, hablar o guardar silencio. En vista de la ausencia de Bandy Lou, Ebenezer dirigió la mirada hacia Quassapelagh, a la espera de instrucciones, pero el que habló a los prisioneros fue Drepacca, quien al parecer había añadido al catálogo de sus logros el dominio de la lengua inglesa.

—Es deseo de Drepacca —aseveró con seriedad— que los cuatro hombres blancos sean puestos en libertad; si es menester que muera uno, que sea el viejo, y si sólo puede salir uno con vida, que sea uno de los dos que salvaron la de Drepacca.

McEvoy puso expresión ceñuda; Ebenezer y Bertrand evitaron mirarse.

—Es deseo de Quassapelagh —siguió diciendo Drepacca— que mueran el viejo y el cantor de pelo rojo, y que vosotros dos quedéis en libertad, y si sólo puede quedar uno con vida, que sea el alto, el que aún lleva el anillo de la hermandad.

—¡Pero bueno! —protestó McEvoy; Bertrand puso expresión de abatimiento. Uno de los centinelas aprestó la lanza y el irlandés no dijo más.

—Es deseo de Chicamec —prosiguió el rey africano—, que todos los hombres de piel blanca que pueblan la faz de la tierra pierdan sus partes privadas y sean pasados a cuchillo. Empero reconoce que el hombre blanco es hermano de Quassapelagh y debe ser perdonado. —Drepacca miró a Bertrand y aunque ni su voz ni su expresión perdieron severidad, dijo—: Lamento que hayas perdido el anillo de Quassapelagh y también haberme arrodillado ante ti como si fueras un dios en lugar de haberte hecho hermano mío al modo de mi pueblo. Pero le he contado a Chicamec que tú y el alto me salvasteis la vida y que el que te mate ha de matar antes a Drepacca. Chicamec no ha respondido nada a esto último, así que quedas en libertad... Procura no sonreír, de lo contrario adivinará mis palabras y buscará tu muerte al precio que sea.

A McEvoy le dijo:

—Eres amigo mío y de Bandalú, y no quisiera verte morir. Pero la cólera de Chicamec es grande y sólo reconoce el vínculo de hermandad en aquéllos que le han salvado la vida a alguno de los nuestros. Debes despedirte de tus amigos.

—¡No, qué demonios! —exclamó McEvoy; el centinela acercóse más y la mirada de Chicamec tornose más sombría—. Lo que quiero decir —continuó diciendo McEvoy con voz más sosegada— es que si eres tan amigo nuestro como dices y tienes un grupo de seguidores tan numeroso como dice Bandy Lou, ¿cómo es que consientes que ese viejo pellejudo sea juez y jurado? ¡Déjanos a todos en libertad y a él que lo parta un rayo!

Quassapelagh, que había puesto una expresión más ceñuda en vista de las palabras que usaba el irlandés, dijo a modo de respuesta:

—Quassapelagh y Drepacca son fuertes, pero nuestra fuerza no se encuentra en la isla de Chicamec. Si los ahatchwhoops luchan contra la gente de Drepacca, nuestra causa perderá a un aliado y a un rey poderoso. Chicamec no quiere ir a la guerra para matar a los hermanos de Drepacca y Quassapelagh, sino para matar a todo hombre blanco. Tú debes morir.

—¡Entonces yo también! —dijo Ebenezer bruscamente. Arrugábasele y desarrugábasele el entrecejo a gran velocidad, convulsionábasele las manos, y la nariz había adquirido vida propia. Quassapelagh y Drepacca volviéronse hacia él, sorprendidos; Bertrand y McEvoy, con incredulidad—. ¡O quedamos los cuatro en libertad o morimos los cuatro! —afirmó el poeta—. Estos hombres están aquí por culpa mía y no estoy dispuesto a permitirme el quedar yo a salvo sin que me

acompañen los tres. —Miró a Drepacca con aire acusador—. Quizá Drepacca no defienda a los suyos, pero Eben Cooke sí, sean sus amigos o no.

—Le ruego a mi hermano que se lo piense mejor —dijo Quassapelagh, manteniendo la severidad de su compostura por causa de Chicamec—. Si es preciso te dejaré sin sentido a fin de salvarte la vida.

Mas, al parecer, Ebenezer había previsto aquella posibilidad.

—De eso nada —repuso al instante; movióse bruscamente, logrando así infundirle vigor a sus palabras—. De eso nada, querido Quassapelagh; en el mismo instante en que digas que uno solo de nosotros ha de morir, me abalanzaré sobre Chicamec a fin de estrangularlo, y sus esbirros me alancearán como si yo fuera un alfiletero. No, no les pongas sobre aviso porque me lanzo sobre él ahora mismo.

—¡Por mi fe, Eben! —exclamó McEvoy—. ¡Salvaos vos; es lo único que se puede hacer!

—Nuestro amigo habla con sabiduría y generosidad —añadió Drepacca—. ¡No echés a perder cuatro vidas en vez de dos!

—¡No digas una palabra más sobre esto! —ordenó Ebenezer en tono apremiante. Tenía el rostro enrojecido y la voz descompensada; el corazón le latía con violencia, bombeando sangre caliente hacia sus extremidades—. ¿Qué prefieres, perdonar a la gente de tu hermano o traspasar a éste a lanzadas? ¡Concede o niega y acabemos!

El poeta hizo equilibrio sobre los pies, los brazos le oscilaban. Parecía que se disponía a llevar a cabo sus amenazas. Con la mirada, Chicamec hizo que dos centinelas se aproximaran a él, lanza en ristre. Drepacca y Quassapelagh intercambiaron leves gestos con los ojos.

—¿No me respondéis, hermanos? —el tono de su voz era más chillón—. Pues entonces *adieu*, hermano Quassapelagh. Es una lástima que no hayas llegado a conocer a mi amigo Henry Burlingame: os habríais llevado de maravilla.

Llegó al extremo de poner los músculos en tensión a fin de saltar por encima de la hoguera y si se detuvo fue porque Chicamec había captado el nombre de *Henry Burlingame* y dado rienda suelta a un aluvión de preguntas dirigidas a Quassapelagh, interrogatorio durante el cual repitió aquel nombre varias veces.

—¡Espera, hermano! —exclamó Quassapelagh con brusquedad y siguió atento a las restantes preguntas que en tono alterado le formulaba su anciano colega, en tanto Ebenezer, pasado el acceso de valor, seguía en la misma postura que antes, sudoroso y tambaleándose.

—El *tayac* Chicamec cree que has pronunciado cierto nombre hace un momento y quiere que vuelvas a hacerlo.

—¿Un nombre? Sí. ¡He dicho *Henry Burlingame*! —Ebenezer rióse como si hubiera perdido la razón e inclinóse ante el anciano rey, cuyo rostro y ojos muy abiertos hacían pensar en el pez llamado quebrantahuesos—. ¡*Henry Burlingame*! —

volvió a decir Ebenezer a voces, y le rodaron lágrimas por las mejillas—. Conque has oído hablar de él, ¿eh, asesino? ¿O por ventura te has disfrazado y tú eres Burlingame y ésta es otra de tus famosas burlas?

A punto estuvo de desmayarse por causa de la histeria; estaba boquiabierto y hubo de dejarse caer de posaderas en el suelo a fin de no perder el equilibrio. Chicamec le espetó otra pregunta lacónica.

—¿Quién es ese Henry Burlingame? —tradujo el rey Anacostino—. ¿Es amigo tuyo?

Ebenezer, incapaz de hablar, asintió con la cabeza.

—¿Es uno de estos tres que están aquí? —preguntó Quassapelagh—. ¿No? ¿En las ciudades de los hombres blancos, entonces?

Ante la respuesta afirmativa, el viejo Chicamec volvió a hablar en lengua india, acaloradamente, y cuando le hubieron traducido sus palabras, Ebenezer explicó, a modo de contestación, que Burlingame había sido antaño su maestro; que por lo que él colegía, tendría unos cuarenta veranos, y que era una persona que desconocía los datos verdaderos relativos a su fecha, lugar de nacimiento y ascendencia.

Chicamec formuló una última pregunta sin recurrir a las palabras: todo su cuerpo temblaba por causa de la consternación, entonces cogió de la hoguera un palo carbonizado y trazó sobre una impoluta piel de ciervo el símbolo III. A continuación volvió a formular al poeta su terrible pregunta.

—Sí, ése es. —Ebenezer suspiró; su ánimo estaba demasiado abatido como para permitirle compartir la inquietud y sorpresa que experimentaban los demás—. Henry Burlingame III. —Y a continuación—: Oye, Quassapelagh, ¿cómo es que Chicamec conoce a mi Henry?

Aquello lo preguntaba el poeta porque acababa de caer en la cuenta de que a lo largo de todos sus años de aventuras e intrigas su tutor había tenido por norma no emplear jamás el nombre de Burlingame. La pregunta fue debidamente traducida, pero en lugar de responder directamente, el anciano indio (de cuyo semblante había desaparecido la expresión de maldad para dar paso a una mezcla de asombro y ferocidad) indicó a dos guardias que trajeran de un rincón de la cabaña un cofre tallado y ornamentado y que lo colocaran ante los ojos del atónito poeta.

—El *tayac* Chicamec te ordena que abras el cofre —dijo Drepacca.

Ebenezer así lo hizo y quedó sorprendido de no ver nada que lo dejara sin aliento entre sus contenidos, que consistían, por lo que pudo advertir tras haber revuelto un poco, en unas cuantas prendas de color negro (de confección evidentemente inglesa, cosa que le hizo reparar en que se trataba de un cofre como los que solían usar los marinos y viajeros blancos, no los salvajes), cuatro botellas de tapón de corcho y que al parecer no contenían sino agua y, encima de todo ello, una especie de libreta vieja, en octavo, encuadernada en piel de becerro, bastante manchada y maltrecha.

Chicamec habló por medio del rey Anacostino:

—Hay un... —Quassapelagh miró a Drepacca, buscando que le ayudara a traducir.

—*Libro* —dijo el africano—. Un libro, ahí encima.

—Libro —repitió Quassapelagh—. Chicamec ordena a mi temerario hermano que abra el libro y lea sus signos —y añadió, siempre en tono de traductor—: Quassapelagh alberga la esperanza de que mi hermano encuentre al leer algún encantamiento que le cure de su locura.

El poeta cogió el volumen, conforme le indicaban, en vista de lo cual toda la hilera de guardianes que se encontraba a espaldas de Chicamec hincose de rodillas como un solo hombre, cual si tuvieran delante una reliquia sagrada. Pero Ebenezer vio que en realidad se trataba de una suerte de cuaderno inglés, manuscrito, y cuya caligrafía era característica de la que se usaba entre caballeros, sólo que la tinta era demasiado primitiva y basta como para ser europea. En la primera página podía leerse un título poco prometedor: *De cómo acostumbran los ahatchwhoops a elegir rey*. Tras una rápida ojeada, el comienzo parecía ser una descripción de los pantanos de Dorchester; quizá se tratara de la misma isla en donde vivía toda la tribu en la actualidad.

—Concedo que es intrigante en grado sumo —díjole el poeta a Quassapelagh con impaciencia—, mas vive el cielo que no es momento para... Dios santo, pero... —se interrumpió y releyó los primeros renglones, al principio con incredulidad (*Atados de brazos condujéronnos cual ganado al poblado salvaje, sito varias millas tierra adentro; fueme así dado el reparar de espacio en la campaña que atravesábamos*), después con cierto apuro, con aprensión luego, hasta que por fin lo reconoció:

—¡La *Historia secreta* de John Smith! —exclamó—. ¡Pardiez, entonces no fue ninguna coincidencia...!

Ebenezer tenía en mente el estrecho de Limbo, pero ya su mirada exploraba los siguientes párrafos de la *Historia*; abrió la boca aún más que antes y la frase empezada quedó condenada a no ser concluida, pues la sustancia del manuscrito, muy especialmente la de la historia del *tayac* Chicamec, que venía a continuación, era de lo más asombroso que había visto Ebenezer en su asombrosa vida.

Y procedió a leerles en voz alta a sus compañeros lo que sigue:

En verdad que trasciende el poder de mi pluma e otrosí el de mi fantasía el referir qué aspecto ofresce aqueste lugar, tales son la desolación y abandono del mesmo; es en fin su apariencia en extremo desdichada y no parece sino cloaca, pues cuanto se ve son pantanos e ciénagas. Vese agua por doquier; no hay sino charcas y lagunas; a dezir verdad es mayor la extensión de las aguas que la de las tierras firmes, bien que cuasi todo el suelo es mixtura de aquellas dos, pues en su incesante subir e baxar las mareas ocultan e descubren grandes llanuras de lodo, así que en estas islas no hay cosa que no sean verdes xuncales e pinos baxos. En retirándose la marea dexa al descubierto charcas por doquier, en cuios lodazales genéranse e engéndranse más mosquitos que cuentas de rosario pueda haber en un convento, y tiene cada mosquito tanta hambre que más bien parescen curas. A lo dicho añádase que toda la campaña es llana e que cuasi toda su extensión queda por debaxo del nivel del mar, con lo que

mírese hacia donde fuere hasta donde la vista alcanza, todo es yermo y tierra baldía; está el aire empañado de humedad e es impermeable a la luz; húndese la tierra baxo el peso de los pies e las aguas son insalubres e non se pueden beber. Trátase en verdad del feo cimiento de la Tierra, e non es lugar adecuado para que lo habite ningún inglés, e yo presumo agora que pesia haber en vezindad países que han de ser prósperos en los años venideros, qual es el caso de Virginia, digo pues que en no tratándose de gentes salvages, ninguna persona habitará jamás a questo lugar que habernos cruzado, e quien así lo hiziere sería grandísimo nezio e mentecato.

E en quanto a estos salvages de que hablo, los quales nos habían apresado (merced a la estultizia de mi Némesis e rival lord Burlingame, aquese caballero gordo e lerdo que ya he descripto denantes), comoquiera que eran de más baxa estura e menor envergadura que aquellos otros con quienes habíamos topado...

Ebenezer, inseguro, alzó la vista de lo que estaba leyendo, pero los rostros de Quassapelagh y Drepacca no indicaban cuál pudiera ser su reacción ante aquellas palabras.

Otrosí —siguió leyendo— parecían menos dispuestos a hablar, pues cuando demándeles cuál era su nazió, el mi aprehensor apenas dignóse responder; «ahatchwhoop», lo qual designa, en la lengua del pueblo de los powhatans, el aire infecto que se eleva del vientre humano luego de una hartazga, e yo no pude determinar si mi salvage proponíase dar respuesta a mi demanda o bien insultarme, afrentarme o cualquier otra barbaridad; e más no dixo. Complacime empero de ver que hablaban una lengua semejante a la de los powhatans, pues así yo podría conversar con ellos, lo que además aumentaría la ocasión de que nos librarian de la sogá con nos llevaban atados. Sin embargo de su silencio tratáronnos con cortesía e non hicieron daño a ninguno de nuestra partida durante el tiempo que duró la marcha. Pensé que de haber tenido propósito de matarnos, hubiéronlo hecho sin dilación en la mesma ribera donde nos habían tendido la emboscada, mas tal no hizieron. Bien pudiera ser que nos estuvieran perdonando la vida momentáneamente más con ánimo de cobrársela de allá a poco. Con todo es siempre mejor rendir la vida el día de mañana que no de hoy, así que respiré más aliviado, sin dexar un instante de mantenerme alerta por si hallaba el modo de escapar al daño que pudiéramos inflixir.

Al fin arribamos al su poblado, que era el más grosero que mis ojos habían visto nunca; compondríanlo una mala dozena de cabañas fechas con cañas e barro, diseminadas en un retazo de tierra seca que se elevaba un par de palmos por sobre el cenagal. En aproximándonos emerxieron de las cabañas obra de diez o doze salvages, hombres viejos e achacosos en su mayoría, y a los que acompañaban las mugeres de la tribu, cuyo número sería de hasta quinze, feas todas como dimoños. Acompañábalos ansimesmo una xauría de canes evilecidos que desde todo ángulo amenazaban con mordernos.

Entre ellos había un salvage grande e gordo que salió de una cabaña e saludó al que capitaneaba nuestra partida, dirixiéndole una luenga harenga, que en substancia venía a dezir, según yo acerté a entender, que no le plazía una higa nuestra presenzia en el poblado. A lo qual el jefe de nuestros aprehensores (un salvage pequeño de estatura pero de boca grande) repuso que el hablante no era un *werowance*, lo cual quiere dezir rey, y por lo tanto deberían refrenar sus ímpetus hasta después de celebrados los torneos. Que él había capturado a los hombres de piel blanca, nosotros, a quienes había tomado por susquehannocks, a fin de que participásemos en el torneo, puesto que los susquehannocks obrábamos grandes maravillas y éramos famosos guerreros. Ahora bien, yo no sabía de qué torneo se hablaba, ni tampoco quién era aquel salvage gordo, ni tampoco quién el salvage pequeño, nuestro aprehensor. Mas había oído hablar de los susquehannocks al rey Hicktpeake, hermano de Debedeavon, «el Rey Riente», de Accomac, y esto decía: que eran una grande nazió del norte, que habitaba cerca de la embocadura de la anchurosa bahía cuyas aguas nosotros habíamos surcado. Que eran muy temidos por los demás salvages, dada su condizió de guerreros e fieros cazadores. Non me pareció, pues, que fuera mala cosa el que nuestros capturadores nos tomaran por susquehannocks, y así no me molesté en sacallos del engaño.

Siguieron luego los dos salvages disputando entre sí; los dos parecían tener ánimos de darle órdenes al otro y ninguno de obedecellas, así que yo me preguntaba dó se trovaría el rey y es que a lo que me parecía o aquellos paganos tenían dos reyes o no tenían ninguno. Justo entonces hizo aparizió una moza salvage que de una cabaña salía y que portaba un cántaro de agua en la cabeza, el cual llevó hasta una choza vezina. Yo juro que era la fembra salvage más fermosa que jamás habían visto mis ojos, menuda de estatura y donosa de rostro e forma, e siendo así que iba desnuda por cima de la cintura los sus pechos erguíanse con grande encanto cada vez que ella alargaba los brazos para sugetar el cántaro. Al verla aparecer los dos salvages dexaron en suspenso la disputa y quedáronse contemplándola, al igual que hicimos yo y quantos componían mi partida, tan estremada era su

galanura. No bien hubo desaparecido dieron aquellos en disputar de nuevo, ahora acerca de dónde debiéramos alojarnos e baxo qué vigilancia, y en verdad que hubieran llegado a las manos de no haber intervenido yo, declarando en la lengua de los powathans ser el capitán John Smith de Virginia, y ofreciéndoles el volvernos a nuestra nave, ya que no había lugar adecuado donde pudiéramos dormir, por lo que nosotros partiríamos en paz e como mejor se nos diera a entender. Lejos de nuestra intención, dixe, imponelles ninguna suerte de hospitalidad ni causalles problemas con motivo de nuestro alojamiento e manutención. Aquello dixelo a modo de chanza, pues bien sabía yo que no estábamos allí en calidad de huéspedes sino éramos unos cuitados prisioneros. Admiráronse los salvages de que yo hablara una lengua que ellos eran capaces de entender e yo asómbreme grandemente a mi vez cuando el salvage gordo, lejos de mostrarse enojado por mi ofrescimiento, hízolo al instante suyo, diciendo que era la su voluntad que partiéramos. El otro, empero, no quiso oír hablar dello e insistió en que debíamos quedarnos e tomar parte en el torneo que habría de celebrarse a la mañana siguiente. Vinieron luego nuevas disputas hasta que por fin dieron con todos nosotros en una choza do apenas había espacio para yacer y el pequeño salvage en persona junto con diversos miembros de su escolta montaron guardia.

Mis acompañantes, como no entendieran palabra de aquel discurso, cobraron grande enojo e quexáronse e protestaron muy mucho, pues no sabían qué destino nos aguardaba, ni siquiera si seguiríamos con la vida o la rendiríamos. Añádase a lo cual que habíamos sido apresados de mañana y ya había caído el crepúsculo, pese a lo cual nada se nos había dado de yantar ni tampoco ninguno de los salvages había ingerido alimento alguno en toda la jornada. Parecióme aquello extraño sobremanera, pues ni el más mezquino de los carceleros da en mostrarse tan cruel que no proporciona a sus custodios alguna menudencia con que apaciguar las rugientes tripas. A pesar de lo que había averiguado en mis conversaciones con nuestros aprehensores, nuestro destino era en el peor de los casos incierto. Ni siquiera nuestros guardianes parecían saber qué hazer con nosotros, y aquella confusión suya la tuve yo por buena señal, e otro tanto juzgaba de la facción e disputa de que había sido testigo. Pues en dándose facción entre el enemigo, la batalla está medio ganada. Por todo ello dirigí a mis hombres un breve discurso exhortándoles a que hubieran buen corazón y se comportaran como hombres. Mas mis exhortaciones fueron en vano; querían verse en Jamestown, o mejor, en Londres, e maldezía el viaje que los había llevado hasta allí. Burlingame, como yo había previsto, era el que se quejaba en más alta voz, ello a pesar de que, conforme a mi estimación, nos hallábamos en aquel trance por causa de su cobardía. Ningún afecto le profesaba yo a aquel hombre que había hecho cuanto estuvo en su poder por estorbarme en mis exploraciones y fomentar disensiones contra mí en Jamestown. Yo hubiera deseado con mi corazón que se encontrara en Londres o en el fondo de la bahía, y así se lo dije. El limitose a mirarme con enojo e no dixo más, pero yo adiviné lo que se encerraba en sus mientes y sabía que si seguía importunándole les diría a mis hombres alguna vil mentira sobre Pocahontas y mi persona, tal y como había amenazado con hacer, de modo que lo dexé en paz. Empero, pensé que las cosas no podían seguir así e era menester que les diera pronto remedio pues la facción desemboca en el motín y sin mi guía era seguro que todos peresceríamos a manos de los salvages, dada la necedad e ignorancia de mis hombres, que eran incapaces de regresar a Jamestown por sí solos.

Grandemente fatigados por causa de las aventuras sufridas durante la jornada e debilitados por la falta de agua, pronto quedáronse todos dormidos, sin embargo de sus temores e quexas, e en viéndome solo, propúseme trabar conversación con nuestro centinela, el salvage pequeño e voceador, con ánimo de averiguar más cosas concernientes al destino que nos aguardaba, y de paso tal vez ganar su favor o hazer más profunda la división en que yo había reparado.

Hube en esta ocasión más suerte que denantes; bien fuese porque él y yo éramos los únicos que estábamos despiertos, bien porque perseguía hazerme adepto a su causa, lo cierto es que el salvage dio respuesta a mis demandas con prontitud e cordialidad. Inquirí dél cómo se llamaba, a lo qual replicó que respondía al nombre de Wepenter, es decir, cornudo, e llamábanle así porque tomaban a la su esposa de junto a él e llevábanla al lecho del viejo *werowance*, que quiere dezir rey. Proseguí inquiriendo e averigüé que aquel mesmo rey, al qual llamaban Kekataughtassapoeekskunoughmass (quiere dezir Noventa Peces) había fenescido reziuntamente, e colegí que habíale causado la muerte Wepenter, movido por los celos. Al quedar entonzes el poblado sin rey, e siendo así que el antiguo monarca no dejaba más heredero sino aquella sola concubina, veíanse los salvages compelidos a elegir de entros los suyos a un nuevo *werowance*, e aquello era lo que se proponían hazer al día siguiente, de un modo harto singular.

Son todos los ahatchwhoops sobremanera pequeños de estatura e por dicha razón envidian porfiadamente a los hombres de grande tamaño e peso. Creen que quanto más pese el rey, mejor protegido está el poblado para hacer frente a los enemigos. Por tanto, cuando muere un rey sin dejar herederos varones, todos los herederos ahatchwhoops reúnen en un banquete e a quien demuestre ser el más glotón de todos proclámanlo rey e

confiérenle un nuevo nombre que ponga de relieve la hazaña merced a la qual accedió al trono. Así fue como el viejo *werowance* ganó el nombre de *Kekataughtassapooekskunoughmass*, por haberse comido noventa peces el día que lo proclamaron rey. Y así fue como, según presumo, recibió aquel pueblo el nombre de *ahatchwhoop*, por honra de todo el desprendimiento de gases intestinales que debió acontecer durante el banquete.

Tal era la curiosa costumbre que observaban aquellas gentes, y quando lo supe, pintóseme algo más claramente mi desdicha e la de mis compañeros, bien que aún no acertaba a ver con claridad por qué se nos había apresado. Empero, en hablando más, pronto averigüé que había en el poblado dos hombres que codiciaban el trono. Destos uno era el asesino del rey, aquel mismo *Wepenter* con quien yo hablaba, y que deseaba ser rey aunque sólo fuera para recuperar a su esposa, la concubina del antiguo monarca, la qual, tras haber estado junto al último rey, estaba obligada a yacer con el siguiente. El rival de *Wepenter* era el mismo *salvage gordo* que nos había dirigido la palabra anteriormente, y cuyo nombre era *Attonceaumoughhowgh*, que significa Blanco de Flecha, porque era tanta su gordura que hacía dél una diana fácil de acertar. El tal *Attonce* codiciaba asimismo a la esposa de *Wepenter*, que respondía al nombre de *Pokatawertussan*, que significa *Fríejergones*, debido al calor desmedido que desprende quando se entrega a los amorosos afanes.

Ahora bien, de haberse tratado de una mera contienda de glotonería entre el tal *Attonce* y el tal *Wepenter*, éste habría llevado por fuerza las de perder, ya que era muy pequeño, en tanto que *Attonce* andaba más que sobrado de panza y apetito. Mas, conforme a la costumbre, a cualquier *salvage* érale dado entrar en lid por poderes, si daba con un campeón dispuesto a ello, y si era el caso que el campeón designado resultaba vencedor en el campo de batalla, los dos compartirían el trono y los favores de la reina, sólo que el luchador vicario no gozaría de poder para gobernar. Y es que habían alterado su antigua práctica con el fin de preservar la creencia de que el mejor rey posible es el hombre más gordo, al tiempo que evitaban las consecuencias de dicha creencia.

En virtud de aquella costumbre habíannos apresado *Wepenter* y sus acompañantes, pues, en siendo extraña nuestra apariencia y como quiera que navegábamos a bordo de una embarcación tan singular, dio *Wepenter* en pensar que seríamos capaces de obrar grandes portentos, y no deseaba sino elegir de entre nosotros al mejor, para que luchara en nombre de él a la mañana siguiente. Afirmó que habían sido gentes de *Attonce* quienes nos habían disparado flechas desde la orilla con ánimo de alejarnos en aquella ocasión en que *milord Burlingame* capitaneó a los hidalgos, forzándonos a desembarcar en busca de algo con que llenar las tripas. Por demás, *Wepenter* había dicho que éramos *susquehannocks* con el solo fin de amedrentar a su enemigo y hacerle perder el apetito.

Estas y otras muchas cosas refirióme el tal *Wepenter*, que luego, en sabiendo que yo capitaneaba la partida, díxome sus condiciones, a saber: que yo había de ser su campeón en el inminente festín; que de superar a *Attonce* en cuestiones de glotonería todos cuantos me acompañaban serían puestos en libertad y los dos reinaríamos de consuno en el poblado e otrosí compartiríamos el lecho de *Pokatawertussan*. Que si, por el contrario, derrotábame *Attonce*, en tal caso yo y todos mis acompañantes habríamos de rendir la vida forzosamente y sin dilación a manos de *Attonce*, pues tal era la costumbre imperante entre los *ahatchwhoops*.

Respondile que me sentía honrado por su elección e hice notar, empero, mi enteca complexión y templado apetito, nada dado a fazañas de glotonería. Por tanto sugerile que, si había de elegir un campeón, no reparara en mí, sino que examinara a nuestra gente y de entre ella eligiera al más cebado e con mayor aspecto de tragón. Al punto hizo tal *Wepenter* y tras examinar a todos mis soldados y a los hidalgos en tanto aquéstos dormían, detúvose al fin junto a *Burlingame*, tal y como yo había previsto que sucedería, y al contemplar aquella inmensa mole de excremento, que roncaba repantigado en el suelo cual puerco en lodazal, *Wepenter* hizome un gesto indicando que lo elegía. Elogié su discreción e asegúrele que con aquel campeón su victoria era cierta y *Pokatawertussan* sería suya a la mañana siguiente. Tras lo cual fumamos varias pipas de tabaco cabe la hoguera e dejamos pasar la noche hablando de un sinfín de ociosidades.

Cuando vi que despuntaba la palidez del aurora en el exterior acudí a despertar a *Burlingame* antes de que el resto de la compañía se levantara e dirixime a él con tono altanero, de aquesta guisa: que yo había desflorado a *Pocahontas* delante sus ojos y otrosí había yacido con la reina de *Hicktopeake* cuando aqueste la abandonara por ramera. Entonces *Burlingame* inquirió, presa de temible cólera, por qué había de escuchar nuevamente aquellas razones, a lo que respondí que al igual que le había superado en hombría en aquellas ocasiones, a punto hallábame de volver a hacello, pues aquella mesma mañana íbase a celebrar una justa a cuyo vencedor sería otorgado el don de holgar a plazer con una moza *salvage* e galana, la concubina del difunto monarca. En oyendo tales nuevas *Burlingame* alteróse sobremanera e tras mucho maldezir e crujir de dientes vilipendiome e por último blandió la su antigua amenaza de que si en aquella ocasión no me quitaba de en medio e le dexaba a él refocilandose con la *salvage*, propalaría ruidosamente e sin demora, en *Jamestown* y en la compañía de *Londres* para la qual yo trabajaba, la verdad sobre *Pocahontas* e la reina de *Hicktopeake*. Respondile que se me daban una higa todas sus

amenazas (maguer era cierto que las cosas iríanme mal si mis enemigos llegaban a oír aquel infundio vil). Además de lo qual aseveré no tener opción, pues toda nuestra compañía, y la tropa salvage también, había de alistarse en el concurso, pues tal era la voluntad de los ahatchwhoops, que ansí querían hazer de su moza más lozana un valioso trofeo. Inquirió Burlingame qué suerte de justa era aquélla e cuando yo le dixé que ganaría a la moza quien engullera la mayor cantidad de comida, mostróse cabalmente satisfecho e juró que yantaría dos veces lo que cualquier salvage y tres lo que yo o cualquiera de los nuestros. Que era de apetito insaciable e no había enxerido alimento alguno desde hacía dos días, por lo que estaba cierto de que ganaría a la hermosa donzella. Repuse que el tiempo haría buena o mala su bravata, mas que por lo que a mí concernía, lo único que me importaba era que uno de los nuestros saliese vencedor, y no el orondo e descomunal salvage de la jornada anterior, pues de ser ansí a todos nos traspasarían a lanzadas. Otrosí que si ganaba el torneo e a todos nos salvaba la vida, no sólo gozaría del lindo trofeo con todos mis parabienes, sino que yo echaría pelillos a la mar e nunca más alardearía de mis conquistas nin resaltaría las deficiencias dél. Más aún, yo arreglaría las cosas con Pocahontas, de modo e manera que pudiera él alcanzar sus favores una vez hobiéramos regresado a Jamestown.

Cayeron estas palabras con dulzura en los oídos de Burlingame e acalorose doblemente cuando pensó en ellas. Al recordarle yo entonces cuál sería nuestro destino si Attonce resultaba vencedor de la jornada respondiome que aquello le preocupaba tres higas. Que en yantando dejaría reventado baxo la mesa a cualquier rival, fuera inglés o pagano. E dióse un manotazo en la descomunal panza, lo que originó tal estruendo que diríase que allí alojábanse los dimoños todos del infierno. Todas estas cosas dixímoslas en inglés a fin de que Wepenter no descubriera mi argucia.

Poco después hallábase despierta la nuestra compañía e los soldados e hidalgos quexábanse de sus vientres, pues que no había qué yantar. Congregáronse los salvages cabe la choza y erigiose una grande pira, y Wepenter nos condujo al exterior e hízonos sentar en semicírculo, y él se situó por detrás de Burlingame. Al otro lado, frente a nosotros, hallábase sentado Attonce, todo grueso y feo, como era él, y junto a sí tenía una cohorte de hasta veinte salvages que formaban otro semicírculo sentados en el suelo. De una cabaña vecina surgió entonces Pokatawertussan y a su vez sentóse entrambos semicírculos, sobre una suerte de alfombrilla, y quedóse a ver quién sería su próximo compañero de lecho. Tratábase de la mesma donzella que el día anterior acallara todas las voces merced al mero gesto de alejar los brazos al pasar. Iba a medio vestir, acicalada con pintura de sanguinaria, al modo que estilan las mozas salvages, y eran tales su beldad y galanura que casi deseé que mi panza fuera de grandes dimensiones, para poder ganar sus favores. Al verla Attonce profirió un feroz alarido, y a Burlingame, que al igual que todos los nuestros, salvo mi propia persona, hallábase enteramente en cueros, por cuanto que nuestras camisas habían servido para remiendo del velamen que estragara la tormenta, e nuestros calzones de pasto a los pejes después del ataque de fluxos e retortijones que padeciéramos en el estrecho de Limbo, a Burlingame, pues, digo, conmovióle tanto la vista de la muchacha que todo el cuerpo le temblaba e de los labios caíanle ríos de baba que le resbalaban por la barbilla. Susurrome al oído, encareciéndome no les dijera a los demás lo que habíamos tractado, a fin de que no quisieran contender con él, y yo convine en ello de buen grado, pues no deseaba que ganara sino Burlingame.

Comenzó entonces Attonce a darse de palmotadas en la panza con el fin de despertar un mayor apetito de viandas y, en viéndolo, otro tanto hizo Burlingame, hasta que el estruendo de las tripas de uno y otro resonó por sobre las ciénagas como fragor de volcán. Acto seguido, Attonce, cruzado de piernas, dio en rebotar con las posaderas sobre el suelo, para agrandar aún más el su apetito; hizo otro tanto Burlingame, que no daba cuartel a su rival, y la misma tierra estremecíase bajo el peso de sus espantables traseros. Entonces Burlingame hizo muecas con los labios e cruxió los huesos de los dedos, e Attonce imitole en esto. Attonce dio en abrir e cerrar las quixadas con grande celeridad e otro tanto hizo Burlingame. Y ansí estuviéronse un buen espacio, efectuando numerosos rituales con que azuzaban el hambre, en tanto nuestra compañía los observaba, atónita, sin saber qué estaban presenciando, e los salvages batían palmas e danzaban en derredor, y Pokatawertussan miraba con lascivia a uno y otro rival.

Al cabo, procedentes de todas las chozas del poblado, las mugeres e los viejos trajeron los diversos manjares del banquete, los cuales venían preparando desde hacía varias jornadas. Diósenos a cada uno de nosotros un plato compuesto de distintas viandas, el qual vino a demostrar que ninguno de nosotros estaba en condiciones de competir, sino los propios Burlingame y Attonce, delante de los quales dispusiéronse plato tras plato de comida. Unas horas después, mientras los demás observábamos estupefactos, los dos glotonos iban a la par en número de platos, y he aquí el catálogo de lo que engulleron:

Keskowghnoughmass, o peje luna amarillo, diez por cabeza.
Copatones, o esturión, uno por cabeza.
Pummahumpnoughmass, o estrella de mar, tres por cabeza, fritas.
Pawpeconoughmass, o peje aguja, tres por cabeza, desecados.
Ranas cocidas, varias por cabeza, brotes tiernos, pimientos silvestres y otros.
Lucios, dos por cabeza, fritos y abuñolados.
Tortugas acuáticas, una tortuga por cabeza, estofada.

Otrosí, ostras, cangrejos, truchas, escorpinas, platijas, almejas, y otros géneros marinos que se dan en la gran bahía. A continuación comieron:

Lavanzos, gansos y patos, bocados y piezas mezcladas en cantidades iguales.
Mergos encapuchados, uno por cabeza, en espetón, conforme a la costumbre.
Pimientos, uno por cabeza, seco y molido.
Cohunks, sabrosa variedad de ganso, medio por cabeza.
Agachadizas, una por cabeza, rellena.
Currucas blanquinegras, una por cabeza, degolladas.
Colibrís de pecho rubí, dos por cabeza, escaldados, escabechados e intensificados.
Picogordos, uno por cabeza, despícados y troceados.
Trepadoras pardas, una por cabeza, machucadas.
Reyezuelos piquilengos de la marisma, especie volátil, uno por cabeza desentrañados.
Tordos, uno por cabeza, traído y troceado.
Urogallos, un muslo por cabeza, suavizado al natural.

Otrosí, diversas clases de huevos e trozos de pavo e otras aves. Acabado el turno de las aves vino el de las carnes, e yantaron:

Ratas marismeñas, una por cabeza, fritas.
Mapaches, medio cada uno.
Perros, porciones iguales; tratábase de una suerte de perro de aguas.
Venado, uno joven por cabeza, seco.
Osezno, un filete por cabeza, asado.
Gato montés, un cuarto trasero cada uno, en espetón y volteado.
Murciélagos, dos por cabeza, cocidos *degustibus & cet.*

No se sirvió conejo. Mientras engullían aquellas carnes sirviéronseles verduras e legumbres en número de cinco: judías, tortas de maíz, berenjenas, arroz silvestre y una celada de juncos verdes, llamados *attaskus*. Otrosí, bayas de diversas clases, mas no fruta, todo ello regado con caldo de cola y grandes tragos de *sawwehonesuckhanna*, que significa agua de sangre, un licor suave que destilan las ciénagas.

En tanto dábase cuenta de tan portentoso festín, Wepenter ocupábase de propinalle golpes e palos a Burlingame en la panza e en la espalda, a fin de despejalle el estómago; los servidores de Attonce atizábanle también a su señor. Después de cada plato ambos contendientes abrían mucho la boca: Wepenter introducía el dedo a Burlingame por el gznate e otro tanto hacían con Attonce los suyos, y si era menester recurrían a un jarabe llamado *Hipocoacanh*, que hacíaes vomitar cuanto habían comido, con lo que se les habilitaba nuevo espacio para que siguieran yantando. Entretanto los salvages no cesaban de brincar e bailar, e Pokatawertussan retorciáse en la alfombrilla, de pura lascivia que despertaban en ella hombres tan viriles.

Cuando por fin llegole a Attonce el turno de las cerezas, que era el último plato que habían preparado los salvages, y el contendiente alojó una en las fauces —dejándose dos fuera por falta de espacio—, su lugarteniente atizole un último golpe en la panza. Attonce expelió un pedo descomunal e, sentado como estaba, al punto rindió

la vida. Tan atiborrado estaba que ni siquiera perdió el equilibrio. Entonces los salvajes que se hallaban de nuestra parte exclamaron: *ahatchwhoop, ahatchwhoop*, dando a entender que Attonce quedaba descalificado y no podía seguir compitiendo. Mas, pese a que aquél había muerto, nuestro Burlingame no era aún el vencedor, pues los dos habían yantado lo mismo hasta la última cereza.

Tan sólo era preciso que Burlingame engullera un bocado más y entonces habríamos salvado la vida. Dábamosle muy grandes voces, suplicábamole e implorábamole, mas Burlingame seguía incólume, los ojos muy abiertos, la faz verdosa, los carrillos hinchados y las fauces llenas de cerezas, incapaz de tragar un solo bocado más, pese a nuestros ruegos. Entonces levánteme del suelo de un salto, eché mano del último murciélago cocido que quedaba en la cazuela, abríle las mandíbulas y arrojé el murciélago dentro. Cerrele luego la boca e sujetésela con firmeza. Dile un buen mamporro en la mollera y ello fue causa de que tragara el bocado.

Tan fuera de duda estaba que Burlingame había ganado que Wepenter subiósele encima de un salto e frotó su nariz con la de Burlingame e hízole una caricia cariñosa en la panza, como consecuencia de la cual Burlingame arrojó lo que había comido e pringó de arriba abajo a Wepenter, e los salvajes hicieronle acudir con premura a la orilla del río, do lavose. Entonces las gentes todas proclamaron a Burlingame *werowance*, es decir, rey, pero él sentíase demasiado enfermo como para comprender las palabras de aquellas gentes.

Como quiera que ya estaba anocheciendo, e siendo así que el banquete había durado la jornada toda, llevaron los salvajes a Burlingame con toda ceremonia hasta la cabaña real e allí dexáronlo instalado, pues él era incapaz de moverse; después llegó Pokatawertussan, toda temblorosa. Entretanto Wepenter exigió rindiéranle pleitesía los *ahatchwhoops* que hubieran sido partidarios de Attonce e ordenóles lleváranse los despojos del muerto que permanecía aún sentado, y que enterraran el cadáver. Yo les dixé a mis hombres que éramos libres e que largaríamos velas a la mañana siguiente, ante cuya noticia ellos dieron muestras de buen humor, bien que habían entendido poco de lo acontecido.

Al despuntar el sol despertábamos y, haciendo grande acopio de provisiones, merced ala generosidad de Wepenter, dispusimos a regresar a nuestra nave e reanudar todo el hilo de nuestro itinerar. Veíase a Wepenter de un ánimo excelente y quando inquirile la causa respondiome que al filo de la medianoche, en tanto dormía, había acudido Pokatawertussan a su choza, pese a que en virtud de las costumbres estaba obligado a yacer la primera noche con el campeón. Intrigome aquello y cuando Burlingame se nos unió, en el último momento, cuando ya emprendíamos el camino de la costa, demándeles si Pokatawertussan había hecho honor a su nombre. Al oír aquello maldíxome vehementemente e dixo que el último murciélago habíale hecho tanto daño que no acertaba a saber dónde había pasado la noche. Que ni siquiera había sido capaz de ver a ninguna ramerilla salvaje, no digamos ya portarse con ella como un hombre. Estaba en extremo irritado contra mí por habelle echado el murciélago a las fauces e maguer mis protestas en el sentido de que así había salvado las vidas de nuestra gente, él volvió a jurarme que iba a contar su maledizente historia e escribir cartas a la Compañía de Londres, etcétera. Repúsele que había hecho un trato con él conforme al qual si él resultaba vencedor tenía derecho a obrar como mejor le placiere e, dándole la espalda, emprendí la marcha, seguido de mis hombres. Burlingame también siguiome, con total inocencia, hasta que, para gran sorpresa suya los salvajes echáronle la mano encima y, a pesar de sus gritos e alaridos, lleváronselo de vuelta a la cabaña real para que por siempre reinara sobre ellos en compañía de Wepenter.

Al ver que mis soldados e hidalgos se alarmaban sobremanera dirixiles un discurso, instándoles a ser fuertes de corazón. Expliqueles que los salvajes habían demandado a Burlingame como tributo por nuestra libertad, y comoquiera que éramos pocos e desarmados nada podíamos hazer sino entregárselo e irnos en paz, eso sí, manteniendo eternamente vivo su recuerdo en nuestros corazones. Aquel consejo acabó por prevalecer, maguer la pesadumbre de que dieron muestras mis hombres, de modo señalado los hidalgos, e quando nos encaminamos hacia la nave dixímosle adiós a Wepenter, haciéndole señas con la mano. Y es que el favor de los príncipes, aun tratándose de salvajes, es un don efímero, que con lixereza se otorga e con lixereza se retira, y nosotros no deseábamos sino retenerlo hasta volver a vernos de nuevo a salvo en nuestra nave, lejos de aquel país bárbaro y vil. Al cual (Dios mediante) no he de regresar ni tampoco (Dios lo quiera) ningún otro inglés.

Que Él me haga caer muerto aquí mismo donde estoy, junto al velamen de la popa de nuestra leal embarcación si de mis labios surge una palabra relativa a estas aventuras, e lo mismo digo de mi partida de gentes (a quienes hoy mismo he hecho jurar silencio), así como que tampoco se dirá nada en mi *Historia general*, pues:

Cuando a buenos soldados
por muertos precisados
nos vemos a dexar,

no hay sino callar.

8. ARRÓJASE NUEVA LUZ SOBRE EL DESTINO DEL PADRE JOSEPH FITZMAURICE, S. J., LO CUAL A SU VEZ ILUMINA MISTERIOS MÁS TENEBROSOS Y FECUNDOS

Cuando Ebenezer apartó la vista, boquiabierto aún, de los versos que cerraban la *Historia secreta*, Chicamec ordenó, por mediación de Drepacca, que volviera a poner el volumen en el arcón, y los guardias, que habían permanecido arrodillados durante la prolongada lectura, pusiéronse en pie y devolvieron el cofre al rincón de donde lo habían sacado. Bertrand y McEvoy extrañáronse de oír el nombre de Burlingame durante la lectura del manuscrito, mas comoquiera que no sabían nada del pasado del Henry Burlingame contemporáneo de ellos, y como además érales desconocido el contenido del manuscrito que hablaba del otro Burlingame (y siendo así que pendía una sentencia de muerte sobre sus cabezas) más que asombrados quedaron desconcertados por la lectura. Ebenezer reventaba de curiosidad, mas antes de que le fuera posible formular ninguna pregunta, el viejo cacique quiso volver a oír la descripción que hiciera el poeta de su antiguo tutor.

—¿Qué aspecto tiene? —tradujo Quassapelagh—. Habla de su piel y lo demás.

—A fe mía que... —Ebenezer arrugó la frente, haciendo memoria—. Su piel no es tan clara como la de McEvoy aquí presente ni tan oscura como la de Bertrand; tiene un tono semejante al de la mía, diría yo. En cuanto al rostro... ¡Vive Cristo, tiene tantos! Baste con que diga que es más menguado de estatura que ninguno de nosotros; en fin, que es bastante bajo, sólo que su falta de altura es menos conspicua debido a que es ancho de pecho y tiene buenos hombros, amén de ser recio de cuello y extremidades. Y, sí, tiene los ojos claros, y a veces le brillan como si fueran los de una serpiente.

Luego de oír aquellas cosas Chicamec, satisfecho, hizo un gesto de asentimiento; la pregunta que formuló acto seguido hizo que el rey Anacostino aguzara la mirada y que Drepacca se permitiera una brevísima sonrisa de monarca.

—El *tayac* Chicamec desea saber si tu amigo... —Quassapelagh no encontraba las palabras y el viejo cacique, como con ánimo de ayudarle, alzó el meñique, sujetándolo con la otra mano a la altura de la segunda articulación. Quassapelagh prosiguió, resueltamente— ... El *tayac* quiere saber si esa parte...

—Ellos le dan el nombre de miembro —apuntó Drepacca.

Quassapelagh no dio las gracias por la ayuda, pero se sirvió de ella para dejar clara la idea:

—Quiere saber si es siempre tan pequeño que ni siquiera el acicate del amor logra que jamás alcance una proporción adulta.

Ebenezer se ruborizó y repuso que, por el contrario, en Burlingame era más de censurar el exceso que el defecto de recursos carnales; que, de hecho, era la personificación de la lujuria, un hombre cuyo catálogo de conquistas superaba todo límite razonable en lo tocante no sólo al tamaño, sino también al modo y al objeto.

El *tayac* recibió aquellas nuevas sin dar muestras de sorpresa ni de decepción, limitándose tan sólo a inquirir más específicamente si Ebenezer había estado presente en el transcurso de alguna de aquellas actividades deplorables.

—Naturalmente que no —dijo el poeta, un tanto molesto, pues encontraba el interrogatorio enojoso y de mal gusto.

—Mas a buen seguro que el hermano de Quassapelagh habrá visto con sus propios ojos el instrumento de la lujuria de su maestro.

—¡Ni lo he visto ni deseo verlo! ¿Qué fin persiguen estas preguntas?

Drepacca escuchó a su colega de mayor edad y a continuación díjole a Ebenezer:

—El hombre de quien hablas es Henry Burlingame III, el inglés gordo del libro —señaló el cofre del rincón— es Henry Burlingame I, el padre del padre de tu amigo.

—¿De verdad? ¡Diantre, ésa es la esperanza que Henry acarició desde un principio, y que jamás logró demostrar! —se rio con ironía—. ¡Qué dicha, alegrar el corazón de un amigo con una noticia así! Pero cuando Henry era amigo mío yo no tenía nada que darle; ahora hállome en posesión de una nueva prodigiosa y carezco del amigo a quien dársela, y es que...

Estaba a punto de decir que Burlingame no sólo le había traicionado a él, sino también a la causa de la justicia; detúvose cuando pensó que, de entrada, ya no sabía a ciencia cierta si la justicia estaba del lado de Baltimore o del de John Coode, en el supuesto de que la existencia de tales caballeros fuera una realidad; tampoco sabía con seguridad si le habían engañado Burlingame, la realidad, o si había sido al revés, o si, simplemente, él se había engañado a sí mismo de algún modo insondable. Al final optó por decir otra cosa y al tiempo que hablaba reparó en la gran verdad que encerraban sus palabras.

—Lo cierto es que mi amigo ha pasado a morar en un reino donde la complejidad es tanta que no me es dado alcanzarlo, de modo que lo he perdido.

Resultó imposible la traducción de semejante sentir, incluso para el docto Drepacca, que inicialmente interpretó que Burlingame había muerto.

—Tanto da —el poeta sonrió—; todavía le tengo cariño y ardo en deseos de decirle lo que he averiguado. Pero un momento..., a lo que parece tenemos al abuelo y al nieto, pero ¿qué hubo entre medias? ¿Y cómo es que encontraron a Henry flotando en las aguas de la bahía? Pregúntale al *tayac* Chicamec quién fue Burlingame II y qué ocurrió con él.

Drepacca no tuvo necesidad de trasladar la pregunta, pues al oír las palabras Burlingame II, el viejo Chicamec, que había estado escuchando atentamente,

refunfuñó e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—*Henry Burlingame II* —pronunció aquellas palabras con claridad, sin rastro de acento indio, y se dio varias veces con el pulgar contra el pecho hundido—. *Henry Burlingame II*.

Al tiempo que Ebenezer hacía protestas de incredulidad, vio en aquellos pómulos salientes y en el brillo de aquella mirada de reptil un asomo de parecido con su amigo.

Sea como fuere, el caso es que Chicamec repuso que él era en efecto padre de *Henry Burlingame III*, al cual él había dejado flotando sobre las aguas con la idea de que acabara ahogándose. A continuación refirió una historia en extremo sorprendente, a todas luces, la favorita de Quassapelagh, quien la tradujo de corrido, resignándose de mala gana a que Drepacca vertiera los pasajes más difíciles.

—¡El *tayac* Chicamec es un poderoso enemigo de los hombres blancos! —empezó diciendo—. ¡Ay del viajero de piel blanca que ponga pie en esta isla en tanto quede aquí un solo ahatchwhoop! Pues a los ahatchwhoops no se les vende como esclavos, como ocurre con las gentes de Drepacca, ni se los trueca por armas inglesas y por licores ingleses, como ocurre con las gentes de Annouhtough y Panquas, ni tampoco han huido todavía de sus hogares y territorios de caza...

—Como la gente de Quassapelagh —reconoció Drepacca.

—¡Antes le prenderán fuego a todos los blancos que se crucen en su camino y se pondrán a la cabeza de la gran partida guerrera que arrojará al mar a los diablos ingleses, o bien morirán luchando aquí en su isla, aplastados por los cañones del hombre blanco!

En aquel momento Ebenezer le interrumpió:

—Debes preguntarle al *tayac* Chicamec cuál es la razón de su cólera, Quassapelagh; a juzgar por el diario que guardáis ahí, entiendo que su gente ha padecido poco daño a manos de los ingleses durante los últimos ochenta años. No tiene ni la décima parte de motivos para quejarse que Quassapelagh o Drepacca y, sin embargo, se muestra diez veces más resentido que ellos.

—Mi hermano me hace una pregunta espinosa —dijo Quassapelagh sonriendo—. Se la trasladaré al *tayac* Chicamec sin las espinas.

Así lo hizo, y con la inmediatez característica del salvaje, Chicamec, en lugar de responder directamente, ordenó que volvieran a traer el arcón. Esta vez sacó el diario personalmente (al punto los guardias se arrodillaron y humillaron la mirada), estiró el brazo y sostuvo el libro con mirada hosca.

—Este es el *Libro de los diablos ingleses* —dijo por medio de Quassapelagh—. La historia ya la conoces: cómo mi padre casi divino, el *tayac* *Henry Burlingame I*, derrotó al gran *Attonceaumoughhough*, ejerciendo de campeón de *Wepenter*, y expulsó a los diablos ingleses de nuestra tierra.

—No, un momento... —protestó el poeta, pero al instante se lo pensó mejor—. Quiero decir que en verdad era un hombre poderoso.

—Forzó a los diablos ingleses a huir a bordo de la nave en que habían venido —prosiguió diciendo Chicamec— y luego los persiguió personalmente por la costa, pues había hecho juramento de ir tras ellos hasta su emplazamiento más cercano para allí acabar con todos. Cruzó en canoa hasta la zona septentrional del continente y se pasó todo el día corriendo por la orilla del pantanoso Houga, hasta cuyas aguas habían llegado navegando los incautos diablos.

Y cuando aquellos diablos pusieron pie a tierra, dispuestos a sentar plaza, el *tayac* Burlingame, sin más arma que las manos, saltó sobre ellos con ánimo de matarlos. Pero Wepenter no había tenido en cuenta el valor y la destreza divinal que poseía el *werowance*, el de la piel blanca, el cual sólo había llevado consigo a una partida de guerreros, y por este pecado los dioses ataron los miembros de mi padre con ligaduras invisibles, de modo que los diablos dieron muerte a Wepenter y a otros varios, con los que lograron escaparse antes de que mi padre pudiera acabar con ellos. Mas en su apresuramiento dejaron tras de sí este libro, en el cual se hallaban escritas las notables hazañas del *tayac* Burlingame, quien lo preservó a fin de recordar a las futuras generaciones de ahatchwhoops que los ingleses son la semilla de aquellos mismos diablos, a los cuales se ha de dar muerte nada más avistarlos.

—Ahora bien, habéis de saber que mi padre celestial era un hombre que en asuntos carnales estaba dotado de partes nada comunes; pero al igual que el dios de la tormenta almacena su fuerza durante muchas lunas y al cabo en una sola noche siembra la destrucción en los campos, así también el *tayac* Burlingame poseía un...

—Miembro —dijo Drepacca por segunda vez aquel día.

—No era mayor que el de un muñeco, ni más útil, ni tampoco penetró en la reina Pokatawertussan por espacio de las tres noches que siguieron al banquete. Pero a la cuarta noche, según dicen nuestras leyendas, convocó a su lecho y ejecutó el ritual de la berenjena sagrada, tras lo cual concibió un niño en ella, e hizo lo con tal vigor que la reina jamás hubo de abandonar el lecho, pues murió al darme a luz.

—Tras aquello —siguió narrando Chicamec— los ahatchwhoops vivieron en paz durante veintiséis años, bajo el reinado de mi padre. Nuestros pescadores volvían con historias que hablaban de los diablos ingleses, los cuales vivían muy al sur, y en diversas ocasiones avistamos sus grandes embarcaciones, que remontaban las aguas de la bahía, aunque ellos jamás desembarcaron en nuestra isla ni en la zona aledaña del continente. La ira de mi padre contra ellos era grande; cuando mi madre, la reina Pokatawertussan, tuvo los dolores del parto, mi padre juró que mataría al vástago antes de que le cercenaran el cordón umbilical si el recién nacido era blanco. Y me puso el nombre de Henry Burlingame II, aunque para dirigirse a mí empleaba un nombre ahatchwhoop: *Chicamec*. Todos los días leía el Libro de los diablos ingleses,

y luego instaba ardientemente a los ahatchwhoops a que le dieran muerte a cualquier hombre blanco que cayera en sus manos. Cuando yo contaba veintiséis años de edad murió mi padre, y con su último aliento dijo a nuestro pueblo que el *tayac* Chicamec defendería al poblado de los diablos ingleses, y me hizo jurar solemnemente que le daría muerte a todo hombre de piel blanca que viniera a parar entre nosotros, aunque procediera del vientre de mi esposa o de mis concubinas.

»Sonoros fueron los lamentos de los ahatchwhoops cuando murió mi padre, y cuando yo ocupé su lugar y me convertí en rey, rogué a los dioses que me favorecieran con una señal. Al punto abatiose sobre todos nosotros una terrible tormenta que trajo hasta aquí a un curandero que venía de entre los diablos ingleses, el cual había perdido el sentido y a punto había estado de ahogarse. Merced a aquella señal supimos que los dioses favorecían mi reinado y mi causa. Por si alguno de los nuestros albergara dudas de que no fuera un diablo y pudiera tomarlo por humano como nosotros, alcé ante él nuestro tótem, a fin de que lo reverenciara, y como era un diablo, le escupió. Entonces le brindamos los privilegios de los condenados y los quemamos en esa plaza al día siguiente, al igual que os quemaremos a todos vosotros, salvo al hermano de Quassapelagh.

—¡Un momento, por piedad! —exclamó Ebenezer, cuya mente llevaba un tiempo batallando con fechas y recuerdos—. El capitán Smith efectuó su travesía en 1608 y vosotros disteis muerte a aquel diablo inglés al cumplir los veintiséis años: escucha, Quassapelagh, pregúntale si aquel arcón era propiedad del curandero del que habla el libro.

La pregunta fue traducida y obtuvo una respuesta afirmativa.

—Entonces, a fe mía, otra pregunta: ¿tiene el *tayac* Chicamec más hijos aparte de mi amigo Henry Burlingame? —Ebenezer trató de recordar las historias que le había oído referir al jesuita llamado Thomas Smith y a Mary Mungummory—. ¿Tuvo un hijo, hoy ya muerto, llamado Charley... Mocasín o Mackinack...? No, no se llamaba así..., se llamaba Mattassin, creo.

Al oír mentar aquel nombre endureció Chicamec el gesto y dijo, según Quassapelagh:

—El *tayac* Chicamec no tiene hijos.

Ebenezer sintióse dolorosamente decepcionado.

—Ah, bueno, da igual; no es sino una curiosa coincidencia.

—El hermano de Quassapelagh nos confunde —afirmó Drepacca, con ánimo de agradar—. El rey Anacostino puso en inglés las palabras de Chicamec, mas no lo que significaban. —Volvióse hacia Ebenezer—: En verdad que el *tayac* Chicamec tiene hijos, pero los dos hanle abandonado e idose a vivir entre los ingleses, por lo que aquél los ha repudiado. Uno era el hombre que mencionasteis, cuyo nombre no voy a repetir: él dio muerte a una familia de ingleses y lo ahorcaron.

—¡Entonces estoy en lo cierto! —dijo el poeta, exultante—. Ese curandero era un misionero jesuita y esas sotanas y el agua bendita le pertenecían. ¡Y vive el cielo que...! —La imaginación de Ebenezer daba brincos, estableciendo nuevas conexiones—. ¿No se sigue de lo anterior que Burlingame es medio hermano del homicida Mattassin?

Ni que decir tiene que ninguno de los demás ocupantes de la choza se hallaban en situación de apreciar aquellas revelaciones. La segunda alusión al nombre de Mattassin dio lugar a un enérgico rechazo por parte de Chicamec.

—Páreceme que debierais sentirnos orgulloso de él —se aventuró a decir Ebenezer—. Sus verdaderas víctimas fueron holandeses, no ingleses, aunque de todos modos tenían la piel blanca.

—Ten cuidado, hermano —le previno Quassapelagh—. Le diré a Chicamec que pides disculpas por haber llamado a Mattassin hijo suyo.

Hecho aquello, el anciano cacique siguió adelante con su historia, y por vez primera su tono revelaba una emoción distinta de la ira o la malevolencia.

—Durante numerosos veranos negose el *tayac* Chicamec el placer de tener esposa e hijos —tradujo Quassapelagh—. Su padre celestial, Henry Burlingame I, habíale dado a conocer que su semilla era mixta, para a continuación jurarle que aniquilaría a toda descendencia blanca; por ello, a fin de eludir el dolor de ver que pasaban a cuchillo a un hijo suyo, optó por vivir y morir sin familia.

»Ahora bien, era el caso que el diablo inglés que se dedicaba a la medicina había yacido con diversas mujeres ahatchwhoops la noche anterior a su muerte (lo cual es un privilegio que se concede a los condenados, a menos que sean prisioneros de guerra, como en vuestro caso) y había concebido un niño en tres de ellas. La tercera dio a luz una hija más rojiza que su padre y más blanca que su madre. Los ahatchwhoops cogieron a la criatura y disponíanse a ahogarla en las aguas de Chesapeake; pero el *tayac* Chicamec detúvoles la mano, haciéndoles notar que la piel de la niña era del mismo tono que la de él. Llevóse la a su choza vacía y criola como hija suya, lo cual constituía un grave pecado contra los dioses, sólo que el *tayac* Chicamec no lo sabía.

»Y así criose entre los ahatchwhoops el vástago del diablo, cual princesa, y a cada vuelta de las estaciones tornábase más bella, de modo que todos los varones jóvenes del poblado la pretendían y pedíanle su mano al *tayac* Chicamec. Pero los malos espíritus encendieron una antorcha en el corazón del *tayac* y a pesar de que eran ya cuarenta y cuatro los veranos de él y quince los de ella, concibió amor por la muchacha y deseábala para sí. Ascendíole el fuego a la cabeza e hízole creer que puesto que la sangre de la princesa se hallaba mezclada del mismo modo que la suya, sería dado engendrar hijos cuya piel tendría el color de la de sus progenitores. Con aquel fin despidió a los pretendientes y reveló a la princesa que aun cuando habíala

criado como si fuera de su estirpe, en realidad no era vástago de sus ijares, y añadió que proponíase hacer de ella su reina. Mucho protestó la muchacha, bien fuera porque tenía algún favorito entre los jóvenes del poblado, bien porque estuviera habituada a mirar al *tayac* Chicamec como a su padre; pero es tal el poder de los vengativos dioses que sus lágrimas no sirvieron sino para alimentar la pasión del *tayac*, que después de haber vivido tantos años sin esposa, viose...

Drepacca hubo de pensar un momento antes de dar con una aproximación en inglés.

—¿Esclavizado? No, no era un esclavo..., nada podía hacer, pero no era lo mismo que estar cargado de cadenas.

—¿Trastornado? —sugirió rápidamente Ebenezer—. ¿Sometido? ¿Exaltado? A Chicamec le temblaban las aletas de la nariz por culpa del retraso.

—La lujuria habíale trastornado —dijo Quassapelagh— hasta tal punto que todos los miembros le palpitaban cual si de una bestia en celo se tratara. Ahora bien, el secreto de la berenjena sagrada, causa de la aniquilación de la reina Pokatawertussan, había desaparecido juntamente con el cónyuge celestial de aquélla, mas el *tayac* Chicamec no había menester de ello, pues era hombre en todas sus partes. Cuando la doncella intentó despertar en él la piedad, arrodillada a sus pies, el *tayac* fue incapaz de seguir aguardando para hacerla reina suya. En aquel punto y hora montola y aquella noche ella quedó llena de su simiente.

Aunque Quassapelagh se había mantenido imperturbable a lo largo de la traducción, a Chicamec se le había alterado la voz; respiraba más deprisa y le brillaban los ojos. Luego hizo una pausa y su rostro y su voz recobraron la gravedad.

—Por la mañana, sin que nadie lo supiera, estaba preñada y el *tayac* hízola reina suya. El espíritu maligno que se apoderara de él por fin habíase ido de su cabeza, y mientras iba hinchándosele el vientre el *tayac* no volvió a tocarla, por vergüenza. Temblaba, temeroso de que la reina engendrara a un niño blanco, al cual veríase obligado a dar muerte. Mas la venganza de los dioses es extraña y su alcance largo. La reina dio a luz a un hermoso niño de piel oscura, un auténtico príncipe ahatchwhoop, un varoncito adornado con todas las perfecciones menos una, en la cual reparó el rey *tayac* inmediatamente; el niño había...

—Heredado.

—... había heredado de su antepasado Henry Burlingame I el único defecto que tuviera aquel hombre irreprochable, y era evidente que (puesto que se había perdido el secreto de la berenjena sagrada, propiedad de su antepasado), aquel niño jamás sería capaz de prolongar la línea sucesoria de la realeza. Por dicha razón no recibió el nombre de Henry Burlingame III, sino el de Mattassinemarough, que quiere decir Hombre de Cobre; y también por dicha razón, bien que la lascivia habíale abandonado, osó el *tayac* forzar a la reina por segunda vez, y toda la noche dedicose

a depositar en ella su semilla, buscando engendrar otro hijo. Y de nuevo tembló de miedo, no fuera la reina a dar a luz a un niño blanco al cual tendría que dar muerte. Mientras le fue creciendo el vientre bajo las ropas no entró el *tayac* en ella. Al igual que antes, la reina dio a luz un varón, esta vez ni tan oscuro como los oscuros ahatchwhoops ni tan blanco como los diablos ingleses. Tenía la piel de un tono dorado y sin tacha y era la viva imagen de su padre en todo salvo una cosa: al igual, que su hermano Mattassin, no asomaba en él la menor sombra de lo que hace hombre al hombre, y como sólo Dios imparte entre los hombres los misterios de la berenjena, ni en cien veranos habría logrado aquel muchacho darle nietos al *tayac* Chicamec. Así pues no recibió el nombre de Henry Burlingame III, sino el de *Cohunkowprets*, que quiere decir *Pico de Ganso*, y fue porque cuando la reina, su madre, vio que carecía de virilidad, dijo: «Se la ha quitado un ganso a picotazos»; tras de lo cual añadió: «Ojalá el ganso hubiera dejado en paz al niño y hubiera desayunado con el padre».

»Mas el *tayac* Chicamec aguardó a que la reina recobrará las fuerzas y por tercera vez depositó en ella la simiente que brota de los hombres; y hasta que llegó la cosecha no paró de temblar cual álamo que agita la tormenta. Mas el tercero de sus vástagos no era ni oscuro como Mattassinemarough ni cobrizo como *Cohunkowprets*, sino que era tan blanco como una vela inglesa de la cabeza a los pies, y sus ojos no eran negros, sino azules como las aguas de la bahía de Chesapeake. Era su abuelo que nacía de nuevo, incluido aquel defecto que compartía con sus hermanos, y aun cuando los dioses habrían podido tener a bien el otorgarle al niño el secreto de la berenjena, como hicieran con su divino antepasado, nada podía hacer el *tayac* Chicamec, salvo cumplir con su espantoso deber y sacrificar al niño por ser un diablo inglés.

»¡Reparad en cómo el pecador paga tres veces su culpa! Cuando el *tayac* Chicamec comunicole a su pueblo que el niño de la piel blanca debía morir, la reina hízose con una lanza y arrojose sobre ella, prefiriendo la muerte antes que ser testigo del sacrificio de su hijo recién nacido o tener que engendrar a otro que ocupara su lugar. El *tayac* Chicamec llevase a solas al príncipe de la piel blanca con ánimo de hacerlo perecer en las aguas, mas su corazón rebosaba pesadumbre. Muerta era la reina a la que tres veces poseyera en vano y él no se atrevió a concebir hijos en las concubinas que desde entonces compartieron su lecho: su mortífera semilla arrojábala al aire. Y a la postre no fue capaz de ahogar al niño; en vez de hacerlo, trazó en su pecho con pintura de color rojo cobrizo los caracteres que aprendiera de su padre y del *Libro de los diablos ingleses*: Henry Burlingame III. Depositó luego al niño en el fondo de una canoa y dejó que lo arrastraran las poderosas mareas de la bahía. Le oró al espíritu del *tayac* Henry Burlingame I, pidiéndole que salvara al niño de perecer ahogado y que le concediera la magia de la berenjena, para que así pudiera preservar

la sangre real, aunque fuera entre los diablos ingleses.

—¡Vive Dios! —exclamó, maravillado, Ebenezer.

A pesar de que recordaba la historia de Mary Mungummory, que narraba la singular relación amorosa de aquella mujer con Charley Mattassin (historia que no había podido valorar plenamente hasta ahora), así como también ciertas afirmaciones sorprendentes hechas por Henry (por ejemplo, que jamás había tenido verdadero contacto amoroso con Anna), con todo y con ello érale difícil conciliar aquel «cierto defecto» de los vástagos de Chicamec con la asombrosa sexualidad de su amigo.

—El *tayac* Chicamec inquiere del hermano de Quassapelagh —dijo Drepacca— si el hombre a quien llamas Henry Burlingame III tiene muchos hijos en su casa.

Apunto estuvo Ebenezer de dar una respuesta negativa, pero cambió súbitamente de idea y dijo:

—Henry Burlingame III era todavía joven cuando fue tutor mío, y aunque sé dónde vive, hace varios años que no lo veo. Sé empero que es un famoso amoroso de las mujeres y es sumamente probable que tenga una tribu de hijos varones y hembras.

En realidad se le había venido a la cabeza el vago bosquejo de un plan que tenía por fin salvar a sus compañeros junto consigo; no tan alterado como antes, sopesolo y diole vueltas mientras Chicamec, notoriamente desilusionado por aquella respuesta, concluía su relato por medio de Quassapelagh.

—Durante los años que siguieron, el *tayac* Chicamec dedicose a criar a sus hijos, el atezado Mattassin y el cobrizo Cohunkowprets, y a pesar del penoso defecto que tenían, crecieron fuertes y derechos como pinos del país, atrevidos como los osos que hacen incursiones en el campamento del cazador, astutos como los mapaches, infatigables como los halcones que surcan los aires, y tenaces..., tenaces como la tortuga mordedora, enemiga de las aves acuáticas, que prefiere perder la vida antes que las mandíbulas y que sigue dando mordiscos después de muerta y decapitada.

En la voz del cacique había un deje de orgullo que desapareció cuando hizo esta última afirmación, que obviamente le causaba dolor. Acentuáronsele las arrugas que le surcaban la cara y siguió hablando, más ensimismado que antes.

—Nadie sabe qué hechos son crímenes a los ojos de los dioses —tradujo Quassapelagh— hasta que toman venganza. ¿Tan grave pecado era criar a la hija del diablo inglés en la casa del *tayac* y hacerle concebir hijos cuando se hizo mujer? ¿Acaso el pecado lo cometió al jurar que mataría a su hijo por tener la piel blanca, lo cual indujo a su esposa a arrojarse sobre la lanza? Y si una de aquellas acciones era pecaminosa, ¿acaso no servía la otra como expiación? ¿Acaso el verdadero delito del *tayac* consistió en perdonarle la vida al niño?

»Una sola cosa nos es dado saber: cualesquiera que fueran sus pecados, por fuerza hubieron de ser grandes, pues el castigo que está padeciendo es terrible y no conoce fin. ¡No bastó con que el *tayac* arrojara a las olas a su tercer hijo, perdiera a la

reina y viera que su linaje estaba destinado a desaparecer de la faz de la Tierra; era menester que lo perdiera todo, que perdiera incluso a sus hijos fornidos y privados de simiente, de cuya fuerza tanto se congratulaba, y de quienes esperaba que acaudillaran a los ahatchwhoops en la guerra contra los diablos! ¡Mattassin y Cohunkowprets! ¿Acaso no les enseñó día tras día a odiar a los ingleses? ¿Acaso no los versó en el Libro de los diablos ingleses? ¿Por ventura no les refirió las pasiones guerreras de su abuelo? Y sus hijos no eran mancebos de sangre caliente ni perros en celo que, ciegos de lujuria, tanto montan una perra como un canasto de anea, según sea lo primero que se les cruce en el camino. No, sus hijos eran varones adultos que contaban dos veintenas de veranos, hombres sagaces, en su sano juicio, que aborrecían a los ingleses tan acerbamente como su propio padre. Nadie había más dispuesto que ellos a ver nuestra causa hermanada con la de los piscataways y los nanticokes; cuando llegó a esta isla el primer esclavo negro que había logrado fugarse, Mattassin en persona diole la bienvenida e hizo de esta aldea un refugio para cuantos huyeran de los ingleses; y no fue el *tayac* Chicamec el primero al que se le ocurrió el plan de unir sus fuerzas con las del hombre Casteene y los guerreros desnudos del norte, con ánimo de arrojar a los ingleses al mar: fue Cohunkowprets, el de la piel dorada que, sin esposa y sin hijos estaba sediento de batalla. Los piscataways, los nanticokes, los chopticoes, los mattawomans..., todos ellos envidiaban a los ahatchwhoops, que alardeaban de tener dos caciques tan formidables, y Chicamec, que estaba demasiado viejo como para dejar la isla y acudir a la primera reunión de nuestros jefes..., ¿acaso no se sintió orgulloso de enviar a Mattassin en su lugar?

El *tayac* Chicamec hizo una pausa, abrumado por tan amargos recuerdos, y Ebenezer comentó con tacto que conocía el curso que siguiera la vida de Mattassin tras aquellos acontecimientos. Al mismo tiempo, y puesto que la información podría ayudarle a orientar el nebuloso plan que había concebido, dio muestras de gran curiosidad respecto del otro hijo, Cohunkowprets: sin duda que a él no lo ahorcaron por haber matado diablos ingleses.

—No lo han ahorcado —dijo Chicamec por medio de Quassapelagh; la maldad le contorsionó todos los rasgos más que en ningún momento hasta entonces—. El crimen que han cometido contra Cohunkowprets es diez veces más atroz que el que cometieron contra Mattassin. ¡Hijo áureo y hermoso! También de él se deshizo el *tayac* Chicamec, pero fue hace una luna llena; confíole una misión de gran importancia: dirigirse al norte en compañía de Drepacca y pactar con el hombre Casteene; los dioses también tuvieron a bien tentarlo y apartarlo de su misión, y de la misma manera, a pesar de los severos consejos de Drepacca...

Hasta entonces el *tayac* había hablado del elemento negro que vivía en su aldea como quién habla de una bendición en absoluto exenta de imperfecciones, y había

hecho alusión a la envidia que sentían sus aliados hacia sus hijos. Ahora Ebenezer vio con claridad que el favoritismo de Chicamec para con Quassapelagh no era meramente epidérmico: tras él se enmascaraba una profunda desconfianza hacia los africanos, señaladamente hacia Drepacca, desconfianza que, al parecer, databa de la época de la embajada de su hijo con monsieur Casteene. El poeta llegó a especular con la idea de que, de algún modo, Chicamec consideraba a Drepacca responsable de la defección de Cohunkowprets.

—En resumidas cuentas —siguió diciendo Quassapelagh—, que el rey Drepacca viose obligado a dejar a Cohunkowprets en el continente, cerca del pequeño Choptank, en compañía de la mujer blanca a la que Cohunkowprets codiciaba, y desde entonces el *tayac* Chicamec no ha vuelto a ver a su hijo.

—Portentosa semejanza entre unas y otras desgracias —dijo Ebenezer, con ánimo de congraciarse— y esta última es verdaderamente lamentable. Pero ¿qué crimen atroz es ése del que habla el *tayac*?

—Mejor será que yo mismo responda a eso —repuso Quassapelagh— y que no aumente la cólera del *tayac* Chicamec. Se rumorea que Cohunkowprets ha adoptado un nombre inglés y que se ha casado con una mujer inglesa; vive entre los ingleses, en una casa inglesa, habla la lengua y viste las ropas de los ingleses. Ya no tiene nada de ahatchwhoop; antes bien, mira a su pueblo con desdén y no me extrañaría que nos traicionara y se pusiera a favor del rey inglés.

Al llegar a aquel punto, Chicamec, que había guardado silencio durante unos momentos, comenzó a hablar de nuevo y Quassapelagh se vio obligado a reanudar la labor de traducción.

—Contempla ahora al *tayac* Chicamec —dijo—; su cuerpo está debilitado por las preocupaciones de cuatro veintenas de veranos; su isla, poblada por extranjeros y rodeada de diablos ingleses; la batalla con que soñaba antaño, a manos de reyes foráneos; su honor, mancillado por hijos infieles, y su linaje real, condenado a morir con su persona. El hermano de Quassapelagh está obligado a contarle estas cosas a sus amigos si le preguntan por qué causa pierden sus miembros y van a la hoguera; el hermano de Quassapelagh está obligado a buscar al hombre llamado Henry Burlingame III y contarle estas cosas, y decirle que deje sus tierras de inmediato, en compañía de sus hijos, si es que tiene alguno, porque el *tayac* Chicamec ya ha desafiado a los dioses con ánimo de salvarlo; pero ahora es menester que mueran todos los ingleses que hay en estas tierras.

9. AL MENOS UNO DE LOS MISTERIOS FECUNDADOS ES LLEVADO AL LECHO, DONDE OBRA GRANDES ESFUERZOS, MAS SIN QUE SE LLEGUE AÚN AL ALUMBRAMIENTO

Ebenezer ya no albergaba dudas con respecto a las líneas maestras de su plan. Habló enseguida, antes de que su imaginación lo asediara con miedos y alternativas.

—Esta misión que me encomienda el *tayac* Chicamec, querido Quassapelagh... ¿es condición de mi libertad?

La traducción de esta última frase precisó algún tiempo y la ayuda de Drepacca, y dio lugar a unos momentos de disputa en lengua india. Al cabo, Drepacca aventurose a decir:

—No se puede hablar propiamente de condiciones si no hay imposición por la fuerza. Sin embargo, estamos de acuerdo en que, si eres en verdad hermano de Quassapelagh, no eludirás el cumplimiento de esta misión.

Ebenezer templó los nervios.

—Si el *tayac* Chicamec da muerte a mis tres amigos, no le transmitiré ningún encargo a Henry Burlingame III, por la sencilla razón de que moriré aquí junto con ellos. Dile lo que he dicho.

—Hermano... —protestó Quassapelagh, pero Drepacca tradujo la aseveración. En la mirada de Chicamec había destellos de ira.

—No obstante —siguió diciendo el poeta—, si el *tayac* Chicamec tiene a bien compartir la piadosa opinión de sus sabios y poderosos comonarcas, y nos deja libres a los cuatro, yo le prometo lo siguiente: me presentaré ante Henry Burlingame III y le contaré la verdadera historia de su nacimiento y de cómo su padre le salvó la vida; lo que es más, vendré con él aquí, a esta isla, para que vea al *tayac* Chicamec. El conoce la lengua de los piscataways y la de los nanticokes; padre e hijo podrán conversar a solas, sin intérpretes.

Todas aquellas cosas sorprendieron sobremanera a Quassapelagh y Drepacca; tradujéronlas a trompicones, mientras intercambiaban miradas inexpresivas. Empero, a fin de que lo que querían decir no quedará distorsionado por el miedo o el asombro, Ebenezer se puso en pie y, desde cerca, con voz clara y resuelta, dirigióse sin mediaciones al anciano rey, acompañando los vocablos ingleses de ademanes y énfasis inequívocos: —Yo... traer a *Henry Burlingame III... aquí... con Chicamec. Chicamec y Henry Burlingame III... hablar, hablar, hablar. Sin Quassapelagh. Sin Drepacca. Chicamec y Henry Burlingame III... hablar, y con el solo fin de demostrar mi buena fe, señores, yo le diré a Henry Burlingame III: busca, busca, busca a tu hermano Cohunkowprets para hablar, hablar, hablar; tal vez le muestre lo*

equivocado de su proceder. ¿Qué te parece eso, buen anciano? *Chicamec, aquí; Cohunkowprets, aquí; Henry Burlingame III, ¡también aquí!*

Tanto si entendió cuáles eran las condiciones como si no, Chicamec comprendió suficientemente la propuesta, pues empezó a parlotear febrilmente con Quassapelagh.

—Ya me parecía que no te iba a disgustar —dijo Ebenezer torvamente, y volvió a sentarse—. Pero dile que o los cuatro o ninguno —añadió, dirigiéndose a Quassapelagh. Ahora que ya había formulado su oferta casi se desmaya por la audacia que comportaba. Bertrand y John McEvoy, que habían escuchado con desesperación aquellas luengas historias, reanimáronse y ahora seguían los acontecimientos con el rostro ladeado, presas de una gran incertidumbre.

Luego vino una discusión, no demasiado encarnizada, a juzgar por el tono, y al final Quassapelagh dijo:

—Mi hermano no se curará fácilmente de su testarudez cuando sepa lo que ha sucedido.

—¡Vive Cristo! ¿Quieres decir que somos libres?

—El *tayac* Chicamec arde en deseos de ver al hijo que hace tanto tiempo que ha perdido —afirmó Drepacca con el mismo tono de severidad que utilizara Quassapelagh— y aunque ha repudiado a su hijo Cohunkowprets, piensa que más vale tener un hijo pródigo que no tener ningún hijo, por lo que está dispuesto a escuchar sus súplicas y perdonarlo. El hermano de Quassapelagh será llevado en canoa hasta el otro lado del estrecho y se le concederá una luna llena para que haga honor a su promesa; los demás permanecerán aquí como rehenes. Si al cabo de dicho plazo no ha traído ni a Cohunkowprets ni a Henry Burlingame III, los rehenes morirán.

Los rostros de los ingleses reflejaban abatimiento.

—¡Eso no! —objetó el poeta—. Si el *tayac* Chicamec no tiene fe en mí que me dé muerte; si confía en mí, entonces no son menester rehenes.

Al serle transmitida la protesta, Chicamec sonrió y repuso que si el hermano de Quassapelagh hacía aquella promesa de buena fe no tenía por qué temer por la seguridad de los rehenes.

—Muy bien —dijo Ebenezer, desesperado—. Mas al menos consentirás en que vaya con un acompañante, si es que te propones acotarme el tiempo. ¿Y si me extravió camino del continente? Yo no lo conozco. ¿Y si Henry Burlingame III no está en casa y me veo obligado a buscarlo en otra parte, o bien se empeña en que busquemos a Cohunkowprets antes de volver aquí? En una misión de esta índole, dos hombres viajarán más deprisa que uno.

Quassapelagh frunció el ceño.

—Hay razón en lo que dices. Dos rehenes, pues, en vez de tres.

—Y que tu criado Bertrand, mi salvador, te acompañe —añadió Drepacca— por

si se te acaba el plazo.

—Sí —exclamó Bertrand, hablando por fin—. Juro que soy un auténtico sabueso a la hora de husmear gente, y además el tal Burlingame me debe un par de favorcillos.

Chicamec no paró de refunfuñar y dar codazos hasta que le tradujeron el trato, para someterlo a su aprobación; luego, arrugó la frente, pero no protestó abiertamente en contra de la nueva enmienda.

Ebenezer puso la mano en el brazo de su servidor y se dirigió a Drepacca.

—Hace ya tiempo que este hombre es criado mío, y antes lo fue de mi padre, allá en Inglaterra. Me ha traicionado o engañado en diversas ocasiones y de diversos modos, bien que más movido por las conveniencias que por maldad, y yo no le guardo rencor por ello. Pero es persona dada a la presunción y al miedo, y sucumbe ante el oportunismo como el borracho ante la bebida; no me atrevo a dejar en sus manos esta misión.

Bertrand se quedó boquiabierto, pero antes de que pudiera decir más que un débil «*Voto a...*», Ebenezer había vuelto a tomar la palabra y señalaba hacia McEvoy.

—Este hombre fue en otro tiempo enemigo mío y cuanto daño le hice fortuitamente hámelo devuelto a propósito por triplicado. Sin embargo, cuanto hizo, hízolo movido por sus principios y jamás hase rebajado a disimular ni ha recurrido nunca al engaño. Además es la encarnación misma del valor y la astucia, y nuestras diferencias están olvidadas. Elijo a este hombre como acompañante.

Ni Chicamec ni Quassapelagh quisieron opinar acerca de aquella propuesta; por consentimiento tácito dejaron la decisión en manos de Drepacca, por ser quien mayor interés tenía en el caso. Tras examinar cuidadosamente a Ebenezer y al atónito McEvoy, el rey africano indicó su aprobación mediante un gesto de la cabeza. Se decidió que los prisioneros volvieran a su confinamiento hasta la hora del almuerzo, tras el cual los dos agraciados serían llevados en barca hasta el condado de Dorset, en el continente, al otro lado del estrecho de Limbo; por espacio de un mes lunar nadie dañaría ni importunaría a la pareja que se quedaba, y caso de que Burlingame o Cohunkowprets, arrepentidos, hicieran aparición en la isla antes de cumplido el plazo, quedarían en libertad al momento.

—¡Engaño y superchería! —quejábase Bertrand a Ebenezer—. ¿Es ésta vuestra recompensa por todo lo que he padecido a causa vuestra? ¿Le dais muerte a vuestro único amigo para salvar la vida de ese alcahuete? —Se le agolpaban en los ojos lágrimas de autocompasión.

—No, amigo mío —respondió Ebenezer, pasándole el brazo por encima del hombro, mientras salían de la choza real, escoltados por los guardas—. Si esto fuera una treta te escogería a ti, mas te juro que no lo es. Es mi propósito que todos seamos rescatados, conforme prometí.

—¡Ah, qué fácil os resulta hacer promesas rimbombantes, sabiendo que de todos modos salváis la vida! ¿Cómo vais a dar con Burlingame o con ese otro salvaje que jamás habéis visto? Y aun cuando os dierais de narices con él en los pantanos que hay al otro lado del estrecho, ¿pensáis por ventura que accederían a acompañaros para presentarse ante estos emisarios del infierno? ¡Pero a vos qué se os da lo que pueda ocurrirle al hombre que en cierta ocasión os salvó la vida!

A decir verdad, Ebenezer no acertaba a recordar la mentada salvación, mas optó por no poner en tela de juicio aquella aseveración.

—Te encarezco que no desconfíes de mí, Bertrand; si no logro cumplir mi promesa dentro del plazo señalado, me has de ver atado junto a ti en aquellos postes.

El criado soltó un bufido.

—¡No lo dudo; tan proclive sois a las majaderías! Pero os podéis jugar algo a que a McEvoy no lo hemos de ver allí.

Como viera que no había mucho modo de consolarlo, Ebenezer no dijo más. Detuviéronse en el centro de la plaza en tanto los guardas desataban al capitán Cairn del poste. Abatido por el cansancio, el agarrotamiento de los músculos y la incredulidad, el anciano no era capaz de sostenerse en pie por sí sólo; Ebenezer y McEvoy llevaronlo hasta la choza que hacía las veces de prisión. Bien fuera porque las penalidades habíanle enturbiado el entendimiento, bien porque el indulto era demasiado decepcionante como para recibirlo con alegría, lo cierto es que el capitán no manifestó emoción ninguna cuando McEvoy le dio la noticia.

Tampoco hizo McEvoy comentario alguno hasta dos horas después, cuando Ebenezer y él ya se habían despedido del alicaído capitán y del criado —que seguía con sus sarcasmos—, y ya se encontraban en un saliente de tierra pantanosa, hasta donde los habían llevado en barco. El lugar quedaba al norte de la isla, en el extremo meridional de Dorset, donde el estrecho de Limbo se une con la bahía de Chesapeake, formando un ancho brazo de agua donde la mar siempre está picada. Dejaronlos en tierra, en un muelle que al parecer llevaba mucho tiempo abandonado, y no les quedó más remedio que recorrer a pie la mayor parte del camino.

—Tenemos suerte —dijo con sobriedad el irlandés—. Esta es la misma carretera por la que vinimos Bandy Lou y yo camino de la isla. De aquí a Cambridge hay cien millas, pero no es posible extraviarse, y a lo largo del camino hay granjas y cabañas de tramperos.

—Gracias sean dadas al cielo —repuso Ebenezer—; no tenemos tiempo que perder. Hay más posibilidades de que Burlingame esté en Saint Mary que no en Cambridge, pero puede que demos con el tal Cohunkowprets de camino, si indagamos lo bastante.

Durante un tiempo anduvieron en silencio por la encenagada carretera, cada uno ensimismado en sus cavilaciones. Hacía una tarde tibia para ser finales de diciembre.

Por doquier extendíanse llanamente las marismas salobres y el mar abierto, hasta alcanzar el horizonte; por entre la parduzca hierba de los pantanos y las espadañas oíase el rumor del viento del oeste, que venía preñado de humedad; veíanse rascones y grullas picoteando por las llanuras en busca de comida, en las ramas de los pinos, plateadas por la sal, había nidos de águila y pigargo, que de tanto en tanto alzaban el vuelo y se quedaban suspendidos del aire.

No se le escapó a Ebenezer el hecho de que su compañero tenía un tanto turbado el ánimo y dio en suponer, no sin cierta satisfacción, que el problema de McEvoy tenía que ver con la búsqueda de un modo adecuado de expresarle al poeta su reconocimiento y gratitud. A decir verdad, también el ánimo de Ebenezer distaba mucho de hallarse sosegado. En primer lugar, ahora que ya no tenía remedio, reaccionó contra la audacia de su stratagema: sin comida, sin dinero, sin medios de transporte, y teniendo tan sólo una vaga idea de cuál pudiera ser el paradero de su presa, ¿cómo podían McEvoy y él siquiera soñar con que el éxito pudiera coronar su búsqueda? Pero esto no era todo; ahora que se hallaba libre de peligros inmediatos volviéronsele a pintar vivamente todos sus antiguos problemas e inquietudes: la pérdida de su heredad, el abandono de Joan Toast, la cólera de su padre, la seguridad de su hermana... Parduzca cual la tierra pantanosa extendíase en derredor de él la desesperación, y ningún alivio le procuraban los lejanos horizontes de su fantasía.

McEvoy había encontrado una vara en el camino; en aquel instante la blandió y golpeó una espadaña.

—¡Voto a todos los diablos! —exclamó—. ¡Mírese como se mire, ya no soy hombre!

—¿Eh? —Ebenezer lo miró, sorprendido—. ¿Cómo es eso?

McEvoy lanzaba miradas furibundas y daba varazos al aire.

—Me habéis salvado la vida, eso es lo que pasa, y he contraído para con vos una deuda de gratitud eterna. Y lo que es peor, teníais todos los motivos del mundo para aborrecerme, y en vista de ello no se os ocurre otra cosa mejor que salvarme la vida. —El irlandés no se atrevía a mirar a Ebenezer—. A fe mía..., ¿cómo puede nadie vivir con una cosa así? Si me hubieran castrado los salvajes por lo menos habría podido dar voces como un héroe para morir poco después; ahora resulta que de todos modos vos me habéis castrado, sólo que encima me veo obligado a arrastrarme, entonar vuestras alabanzas y vivir como un perro sabe Dios hasta cuándo.

—¡Pero eso es absurdo! —protestó el poeta, enrojeciendo—. Ha sido una solución práctica, no un favor.

McEvoy negó con la cabeza.

—No es menester que sigáis por ese camino; es mi conciencia lo que me hace sentirme rebajado, no vos, y cuantas más veces digáis que no estoy en deuda con vos, tanto más me hundo en la ciénaga del agradecimiento. *Estoy obligado a quereros*

bien, eso es lo que me dice la conciencia, y esa misma voz me hace despreciaros, y ese desprecio es causa de que me aborrezca por ser reo de tan crasa ingratitud.

—¡Os suplico no os fustiguéis de esa manera! ¡Deponed esos pensamientos!

—¡Me hundo otro palmo más en el cieno! —masculló McEvoy, siempre con la mirada desviada—. ¡Si al menos hubierais insistido en que tenía una deuda de gratitud para con vos! Entonces habría podido acabar con esto. Tal como están las cosas he caído en una bonita trampa, soy un *castrato* condenado a cantar vuestras alabanzas.

Hasta entonces el poeta habíase sentido más corrido que enojado, pues la confesión de McEvoy le había hecho caer en la cuenta de que era cierto que se había regodeado en un sentimiento nada cristiano, el de juzgarse moralmente superior a su camarada en virtud del hecho de haberle salvado la vida. Mas ahora su azaramiento veíase suplantado por una irritación que acaso iba dirigida tanto contra sí mismo como contra McEvoy. Hízose él también con una vara y tronchó un par de espadañas que crecían a la vera del camino.

—Díjome en cierta ocasión Henry Burlingame —afirmó el poeta con frialdad— que en filosofía ética distinguen los escolásticos entre la moralidad del motivo y la moralidad del hecho, mediante lo cual quieren dar a entender que el hombre puede llevar a cabo una buena acción impelido por una razón indigna, o bien ejecutar una acción reprobable instigado por una intención recta. —Ebenezer troncho una tercera espadaña y propinole un varazo a una cuarta—. Ahora bien, es costumbre entre las gentes sencillas el valorar los hechos y pasar por alto los motivos, al igual que los doctos desdeñan la acción y diseccionan el alma del sujeto agente. Burlingame aseguraba que la diferencia entre un pesimista acérrimo y un caballero como es debido radica justamente en esto: en tanto que el primero juzga las buenas acciones a la luz de la moralidad de los motivos y las malas a la luz de la moralidad de los hechos, lo cual le lleva a condenar unas y otras por igual, el buen caballero obra al revés y siempre encuentra motivos para perdonar los extravíos del prójimo.

—Todo eso es muy profundo, no lo niego —empezó a decir McEvoy—, pero ¿qué tiene que ver con...?

—Dejadme acabar —interrumpió Ebenezer—. Aquí está el meollo de la cuestión, a mi parecer: yo creo que de esa ciénaga de necedad en la que os revolcáis parten dos senderos. El primero os lleva a tasar cuanto yo diga y haga en virtud de la moralidad de mis motivos y entonces hallaréis más fundamento para sentir desdén que no gratitud; os elegí a vos en lugar de a Bertrand por pura venganza, a fin de veros arder en el fuego de la conciencia, así como para saldar los agravios que me infligió Bertrand en el pasado; os encarezco que no manifestéis en demasía vuestro agradecimiento, para así obligaros a estarme aún más agradecido...

McEvoy lanzó un suspiro.

—¿Pensáis por ventura que no he caído aún en esa trampa?

—¡Ajá! ¿Y no ha servido de nada? ¿Aún seguís castrado por causa de la gratitud?

—La vara zumbó en el aire y tronchó otra espadaña—. Pues he aquí el otro sendero, amigo mío; aplicad a vuestra persona la moralidad de intención y veréis que tras la situación falsamente difícil en que os halláis, lo que se oculta es pura y simple cobardía.

El irlandés alzó por vez primera la vista; los ojos le echaban chispas.

—¿Qué majadería es ésa?

—Sí, *cobardía* —aseveró Ebenezer—. ¿Por qué no hacéis nada por secundarme en el cumplimiento de la promesa que le hice a Chicamec? Olvidad toda esa casuística acerca de quién está en deuda con quién e hipotecad vuestra vida como yo hipoteco la mía. Comprometeos a comparecer aquí conmigo en el plazo de un mes, luego de que nuestra búsqueda no haya rendido fruto y encomendémosnos a la piedad de Chicamec. ¿Eh? ¿Qué os parece eso? ¡Que se lleven un pedo los tan cacareados membrecillos del alma y ofrendad vuestras partes de carne y hueso, como he hecho yo, y quedaremos libres por toda la eternidad! —El poeta se rio y dio un varazo triunfal—. ¿Qué os parece ese sendero, John McEvoy? Vive Cristo que es una grande *avenue*, un *camino real*, un auténtico *boulevard*; a un extremo de la misma hállase la ciénaga de la falsa integridad (para darle el nombre que le corresponde en el mapa de la verdad) y al otro encuéntrase la ciudad de las altas torres, que áureas, álzanse al amparo de la responsabilidad... —El poeta titubeó; por un momento su voz viose privada de la ironía con que formulara el tropo, mas enseguida la recuperó—. Muy bien, pues; echad a andar en esa dirección, y si después seguís insistiendo en que estáis castrado, entonces gorjead a contrapunto y que os den viento fresco.

McEvoy no respondió, mas era obvio que el desafío del poeta habíase clavado en él cual aguijón; borrose de su semblante la huella de la cólera y destinó la vara a la humilde misión de ayudarse a caminar. En cuanto a Ebenezer, su exabrupto le había acelerado el pulso y la respiración, y elevado la temperatura; caminaba a saltos; sentía un regocijo que le hacía entrecerrar los ojos y le zumbaba en la imaginación; desabrochase la chaqueta para poder enjugarse el sudor y de un solo golpe abatió una falange de espadañas.

Cuando principió a declinar la débil luz invernal, pusiéronse a buscar refugio. Hubiera sido ocioso esperar dar con una posada en paraje tan desolado; dirigieron la atención a un granero que atisbaron carretera arriba y convinieron en que no era fácil que fueran a hallar mejor alojamiento antes de que cayera la oscuridad. Ebenezer era partidario de pedirle al dueño permiso para dormir en el henil, por si tuviera lugar para acomodarlos; McEvoy era partidario de meterse en el heno sin ser advertidos, no fuera que el plantador los despachara con cajas destempladas si le pedían permiso. La disputa acerca de los méritos respectivos de aquellas estrategias viose interrumpida

por la aparición de una carreta que se les aproximaba desde atrás, primera muestra de tráfico con que se topaban en lo que iba de tarde.

—¡Vamos, arre, Afrodita; arre, buena moza! ¡Subios aquí, rapazuelos, y descansad los pies un rato!

Desde lejos parecía que quien guiaba la carreta era un hombre, mas ahora repararon en que se trataba de una mujer de carnes recias y rostro curtido, que llevaba gorro y zamarra de piel de ciervo, como es costumbre entre los cazadores de pieles. La luz era escasa, mas Ebenezer la hubiera reconocido al punto, incluso en plena oscuridad.

—¡Vive Dios! ¿Qué coincidencia es ésta? —El poeta se rio con incredulidad y dio un paso adelante para convencerse mejor—. ¿Estoy viendo a Mary Mungummory?

—La misma que viste y calza —repuso Mary elegantemente—. Venga, subios ya y decidme adonde os dirigís.

Encaramáronse con presteza al pescante, contentos de poder descansar las piernas, y McEvoy dio cuenta del destino e intención que les guiaban.

Mary sacudió la cabeza.

—En fin, rapazuelos, es cosa vuestra dónde durmáis, mas andaos con cuidado; el dueño de ese granero es un sujeto descabalado y cruel. Sois libres de dormir en la parte de atrás de la carreta, si así lo deseáis; tengo un sinfín de colchas y trapos ahí atrás, y nadie que pueda utilizarlos en tanto no llegemos a Church Creek. ¡Arre, Afrodita!

La mujer le propinó un latigazo a su yegua blanca y prosiguieron carretera arriba.

—¡Mary Mungummory! —exclamó Ebenezer de nuevo—. ¡Esto es un milagro en toda regla! ¿Cómo es que andáis por estas ciénagas del Averno?

—Esto es el culo de Dorset, desde luego —admitió la mujer—, pero con todo se trata de mi ruta habitual. En estos instantes ando sin mozas —explicó a Ebenezer, quien a todas luces no sabía qué pensar de ella—, pero he oído decir que hay una en Church Creek que está en sazón para iniciarse como puta.

—¡Ah, Mary! —El poeta se reía, atónito aún—. ¡Sois la persona que más ganas tenía de toparme todo el día de hoy y ahora resulta que os habéis olvidado de mí! ¡Qué de nuevas tengo para vos!

—Muchos son los mozuelos que tienen ganas de ver aparecer esta carreta por el camino —comentó Mary, pero entonces miró a su pasajero más de cerca—. ¡Pero bueno, loado sea Dios! ¿Sois Eben Cooke, el poeta? ¡Yo digo que lo sois! ¡Y vuestra pobre esposa que me contó que os habíais escapado a Inglaterra!

McEvoy frunció el ceño y el poeta enrojció de vergüenza.

—¿Habéis visto a Joan?

Mary chasqueó la lengua.

—La he visto esta misma semana, a punto de morir por culpa de la sífilis y el

opio..., por no decir nada del corazón, que tiene destrozado. ¿Pues no le dije que se viniera conmigo en la carreta para que yo la curara? No es que se pueda hacer nada por salvarla a estas alturas, pero al menos así los salvajes habrían estado a salvo de ella. Ah, señor, habéis obrado mal con esa moza que tan poca cosa os pedía. ¿Os dirigís por ventura a Malden para hacer frente a los hechos como un hombre?

—Yo..., pues sí —dijo, con desazón, Ebenezer—, en cuanto quede libre. Tengo muchas cosas que contaros, Mary, mientras vamos de camino... Pero ¡a fe mía que he perdido los modales! John McEvoy, os presento a Mary Mungummory.

—La puta ambulante de Dorset —añadió orgullosamente Mary, estrechándole la mano a McEvoy al modo masculino.

—Así se denomina a sí misma —dijo Ebenezer—, pero yo os juro que es la dama más cristiana de la provincia.

Acto seguido el poeta presentó a McEvoy, diciendo que era un viejo y muy querido amigo suyo de Londres, y aun cuando estaba sobre ascuas por hablarle a Mary de Charley Mattassin, así como de la urgente misión que le había sido encomendada, la curiosidad y la mala conciencia indujéronle a inquirir previamente acerca del estado de cosas imperante en Malden.

Mary estiró el cuello y volvió a chasquear la lengua.

—Mucho ha cambiado la situación desde que os escapasteis: están pasando unas cosas rarísimas cuyo sentido se le escapa a Joan Toast y a todo bicho viviente..., incluida yo, que dejé allí a mis mozuelas y me despedí de Bill Smith en cuanto desapareció Tim Mitchell.

—¿Sabéis si se encuentra allí mi padre, Andrew Cooke? ¿Y qué es del tonelero?

—Pues hay un fulano que se da a sí mismo el nombre de Andrew Cooke —dijo Mary—. Ahora bien, si se trata de vuestro padre eso es algo de lo que ni Joan ni yo podemos dar fe, pues jamás le hemos puesto la vista encima en Inglaterra. Por lo que a mí toca diré que es un desvergonzado que no tiene corazón. Bill Smith también anda por allá y aún sigue siendo propietario titular del lugar, bien que he oído decir que se están cociendo toda suerte de pleitos. Pero vive Cristo que no he de decir más; están pasando muchas cosas y vos las averiguaréis mejor por vuestra cuenta. —La mujer rio entre dientes—. ¡Menuda se va a armar cuando os vean aparecer!

—Una pregunta más —imploró Ebenezer—. Es preciso que sepa si mi hermana Anna se encuentra allí con mi padre.

—¿Queréis decir que es verdad que tenéis una hermana?

Envuelta por la luz del crepúsculo, Mary se quedó mirando a Ebenezer con aire pensativo y luego azuzó a la yegua.

—¿Tenéis noticias de ella? ¿Dónde se encuentra?

—No —respondió Mary—. No sé nada de ella. La verdad es que el fulano ése que dice ser vuestro padre le dijo al abogado de Bill Smith (¿os acordáis de ese

ladrón blasfemo llamado Dick Sowter?). Le dijo a Sowter que vos erais el único heredero del Puntal de Cooke: nada de hermanos ni hermanas. Entonces, cuando alguien le recordó que había tenido hijos gemelos cambió la historia y juró que el otro gemelo había perecido víctima de la peste.

—¡Esto es portentoso! —Ebenezer apremió a la mujer, pidiéndole que describiera a Andrew Cooke; el detalle del brazo tullido convencióle de que se trataba de su padre, pero Mary no pudo arrojar ninguna luz sobre aquellas extrañas aseveraciones.

—Me juego algo a que muy pronto sabréis a qué ateneros —repitió la mujer.

Para entonces habían dejado muy atrás el lugar donde habían pensado pernoctar. De nuevo era pantanoso el terreno colindante con la carretera. En la oscuridad creciente se levantó un viento frío.

—¡Vive el cielo, la de cosas que tengo que contaros! —exclamó el poeta con entusiasmo renovado—. ¡Si no sé por dónde empezar!

—Pues entonces pensáoslo esta noche y mañana por la mañana empezad desde el principio —respondió Mary; con el látigo señaló una ventana iluminada que se veía a lo lejos—. Allí pararemos; en ese lugar vive un viejo amigo mío.

—¡Vive Dios, no me pongáis plazo! Si he dicho algo que os ha afrentado os suplico me perdonéis; pero lo que he de decir os concierne a vos tanto como a mí.

—¿Conque sí, caballero? ¿Y cómo es eso?

Ebenezer dudó.

—Bueno..., ¿sabíais que Charley Mattassin tenía un hermano?

Mary Mungummory miró al poeta con aire pensativo:

—Sí, un salvaje que anda por la isla de Bloodsworth. ¿Qué sabéis de él?

Ebenezer se rio como un poseso.

—¡Tengo tantas cosas que contar! Pero un momento..., ¿sabíais por ventura que Charley tenía dos hermanos y que Henry Burlingame..., es decir, Tim Mitchell, de quien yo dije en cierta ocasión que tenía el mismo carácter que vuestro Charley...? ¡Estoy hecho un lío! Decidme una cosa, Mary: ¿cuándo visteis a Tim Mitchell por última vez y dónde se encuentra ahora?

En extremo asombrada, Mary repuso que no veía a Tim Mitchell desde hacía semanas, meses incluso; a decir verdad, hasta se rumoreaba que no era hijo del capitán Mitchell, sino que se trataba de una especie de impostor, de un agente al servicio de ciertos intereses poderosos y sin identificar, intereses hostiles a la confederación (asimismo poderosa y sin identificar), dentro de la cual el capitán Mitchell desempeñaba un papel fundamental. La desaparición de Tim había sido motivo de gran alarma y recíprocas suspicacias por parte del capitán Mitchell, William Smith y otros miembros de la organización, aunque por lo que respectaba a Mary, según ella misma reconocía, dicha desaparición supuso un golpe de buena suerte, pues Tim se había conducido con sus muchachas en Malden como un

verdadero tirano.

—¿Entonces no sabéis dónde está? —interrumpió Ebenezer—. He de dar con él en el plazo de quince días, de lo contrario, moriré junto con tres camaradas... En fin, ya os lo explicaré en su momento. ¿Sabéis, Mary, que el hombre al que llamáis Tim Mitchell es en realidad Henry Burlingame III hijo de Chicamec, el *tayac* de los ahatchwhoops, y hermano de Charley Mattassin y de Cohunkowprets, a quien también hemos de encontrar so pena de morir? Todo lo que sabemos de él es que su padre lo envió a cumplir alguna misión, al igual que ocurriera anteriormente con Mattassin, y del mismo modo que a su hermano lo retuvo cierta Calypso... — Ebenezer sonrió, dándole a entender a Mary que no había traicionado con McEvoy la confianza que ella depositara en él—. Esto sucedió hace cosa de días o semanas, por lo que colijo, y si hubierais oído por el condado rumores relacionados con un salvaje de sangre mestiza cuyo aspecto corresponde al de un inglés a carta cabal.

—¡Santo cielo! —Mary echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. ¿Habéis dicho que se hace pasar por inglés, señor Cooke?

—Eso es lo que le han contado a Chicamec. Ese hombre ha adoptado un nombre inglés, su esposa es inglesa y tiene una casa inglesa.

—¿Cuál habéis dicho que es su nombre inglés? —Mary tenía la voz ronca y el semblante muy pálido.

—No tengo ni idea. Según nos dijeron, Cohunkowprets significa *Pico de Ganso*. ¿Qué mal os ha dado, Mary? ¿Es que lo conocéis?

Con mano firme, Mary encaminó a Afrodita por el sendero que llevaba a la cabaña iluminada, y el ocupante de la misma salió a recibirlos con un fanal en la mano.

—No, señor Cooke, no lo he visto nunca, pero he oído hablar de un mestizo llamado Rumbly, Billy Rumbly...

—¿Sí? ¡Vive el cielo, John, esta santa mujer me ha vuelto a salvar la vida!

El poeta oprimió el brazo gordezuelo de la mujer, pero ella, en lugar de la risa sana que la caracterizaba, emitió un gruñido y rechazó aquella muestra de cordialidad.

—¿Se puede saber en el nombre del cielo qué mal aire os ha dado, Mary? —le preguntó Ebenezer. El que habría de ser su anfitrión aquella noche ya había reconocido la carreta cubierta de tela de velas marinas y se acercaba, saludando por el sendero.

—Ahora no tengo tiempo de contároslo —musitó la mujer—. Os contaré toda la historia mañana por la mañana, camino de Church Creek... Allí es donde dicen que vive Billy Rumbly, y mi intención, antes de toparme con vos por la carretera, era acudir a su casa.

—A su casa... —La risa de Ebenezer resonó por los pantanos—. ¿Habéis oído

eso, John? ¡Esta mujer es un ángel enviado por Dios! ¡Voto a tal! ¡No sólo ha oído hablar de lord Cohunkowprets; además se propone hacerle una visita!

Mary movía lentamente la cabeza de un lado para otro.

—Bien está, bien está, señor Cooke. Bien está.

Se encontraban lo suficientemente cerca del fanal que llevaba el anfitrión como para que Ebenezer pudiera advertir la consternación que se le dibujaba en el semblante, y aunque no acertaba a imaginar qué sería lo que tanto la alarmaba, sintió que el corazón se le inundaba de frío.

—¿Es que no os acordáis de quién soy ni de qué asuntos me traigo en Church Creek? Yo soy la puta ambulante de Dorset, señor Cooke, y la mujer de quien me han hablado, ésa que bien pudiera ser que deseara enrolarse en mi trashumante compañía... ¡Arre, Afrodita! ¡Arre, muchacha! Me da toda la impresión..., no es más que una idea, cuidado..., de que esa mujerzuela puede ser vuestra hermana...

10. LA PUTA AMBULANTE DE DORSET REFIERE LA HISTORIA DE LA ANGLIFICACIÓN DE BILLY RUMBLY, FUNDADA EN MEROS RUMORES

Por más súplicas, halagos y amenazas que hizo, Ebenezer no fue capaz de convencer a Mary Mungummory de que siguiera hablando del paradero y circunstancias que rodeaban a Anna. La mujer saludó al anfitrión (un anciano ermitaño de pelo cano que se dedicaba al comercio de pieles, vestíase con una de gamo y sonreía hieráticamente) y no quiso prestar oídos a las desesperadas protestas que formulaba el poeta.

Alzó el anciano el fanal y viose claramente que le complacía lo que la luz le descubría, pues púsose a dar saltos de rana por el lugar, croando de júbilo.

—¡Mary Mungummory! ¡Voto a tal, si es nada menos que la buena de Mary!

Mary soltó un bufido.

—¿No esperarías encontrarte a Elena de Troya por los pantanos de Dorset a estas horas de la noche?

Mary hablaba alzando sobremanera la voz, como quien le habla a alguien que es medio sordo. La rudeza de su tono ocultaba el afecto, y tanto si el anciano captó la alusión como si no, no paraba de dar brincos y soltar bufidos de alegría. Encaramose a un costado de la carreta y husmeó el interior, en tanto Mary guiaba los pasos de Afrodita en dirección a la cabaña.

—No fuerces la vista, viejo verde —díjole aquélla, dando una voz—. La alacena va a estar vacía hasta que llegue a Church Creek. —Mary cambió rápidamente de tema—. Esos que ves son amigos míos, Harvey, por suerte para ellos. Si nos proporcionas cena y alojamiento a los tres, te pagaré por ello la próxima vez que me pase por aquí.

—¿Qué necedad es ésa? —exclamó Harvey—. ¿Crees acaso que no habría ido tras de ti si no hubieras enfilado el sendero de mi casa? Tres noches hace que contemplo la luna y me digo: ya va siendo hora de que aparezca la carreta de Mary. —El viejo saltó de la carreta en el instante que ésta se detuvo ante su cabaña—. Ahora entrad y deshelaos; hay perdiz y pato en abundancia, así como sidra para que os ahoguéis todos.

—Os lo agradecemos —dijo McEvoy a voces.

Ebenezer estaba tan abatido que apenas acertó a agradecerle a aquel hombre su hospitalidad por medio de un leve asentimiento de cabeza; cuando el anfitrión echó a correr delante de ellos para abrir la puerta de la cabaña, el poeta, entre susurros, le suplicó con vehemencia a Mary por última vez que le diera una explicación que le procurara alivio a su atormentada fantasía.

—No existe en todo Dorset mejor cristiano que Harvey Russecks —dijo ella,

haciendo caso omiso de él—. Y pocos que tengan menos motivos para ser gentiles con su prójimo. Harvey es hermano de sir Harry Russecks, de Church Creek.

Su tono daba a entender que quería darle a la última frase un aire de revelación, pero para Ebenezer, que estaba bostezando y temblando de frustración, carecía por completo de significado.

—Voy a espetar un par perdices y ponerlas al fuego —dijo Harvey—. Ten la bondad de pasar la jarra de sidra, Mary; el buen Harvey no tiene vasos que ofrecer a los caballeros.

El anciano se ocupaba de todo como una recién casada; al cabo de un rato había dos aves asándose al fuego, que era de troncos de pino. Una sola silla había en la cabaña, pero en el suelo de madera había dos espléndidas pieles de oso negro, y no se hubiera podido desear mejor ni más caluroso asiento.

—Si no conocéis a Harry Russecks, el molinero —siguió diciendo Mary—, podéis contaros entre el número de los bienaventurados. —Al hablar se dirigió a Ebenezer; cuando el poeta apartó la vista, haciendo una mueca por lo irrelevante de sus palabras, Mary aspiró aire por la nariz y se volvió hacia McEvoy—. El tal Harry Russecks es el más grande embustero, el mayor estafador y el más fanfarrón de cuantos matones os podáis topar por vuestra mala ventura; se cree un par de Londres, el muy bribón, y obliga a sus vecinos a que lo llamen sir Harry, al tiempo que les sisa en el peso de la harina y otros alimentos. La verdad sea dicha, no tiene más de noble que su hermano Harvey, aquí presente, que es hijo de un vulgar criado y no le avergüenza reconocerlo. La que sí que es huérfana de la nobleza es la señora Russecks, la mujer del molinero, que tiene tanta finura como su marido lo contrario. Lo triste del caso es que su padre era el caballero a cuyo servicio estaba el padre del molinero; la fortuna, empero, se ensañó tanto con esta mujer que se cambiaron las tornas de uno y otra; ella era una huérfana que no tenía qué llevarse a la boca, y Harry, un próspero molinero que se casó con ella para satisfacer su vanidad.

—¡Qué decís! —McEvoy movía la cabeza en señal de asombro cortés, y miraba con incomodidad ora a Ebenezer, ora al anfitrión, que seguía atareado, ajeno al relato.

—Nada temáis, no puede oírme —le aseguró Mary—. Al pobre diablo le dieron de puñadas en las orejas hasta reventarle los tímpanos. No es menester que os rompáis la cabeza tratando de adivinar quién le propinó las puñadas.

—¿El molinero? —preguntó McEvoy.

Mary apretó los labios e indicó que sí con un gesto.

—Los dos hermanos se criaron con la dama de que he hablado, y cuentan que los dos estaban enamorados de ella desde un principio, sólo que Harvey era demasiado tímido y la posición de aquella dama le infundía demasiado respeto como para hacer nada que no fuera tener sueños húmedos en los que aparecía ella, incluso cuando estaba dedicada a la mendicidad, en tanto que los deseos lujuriosos de Harry eran tan

públicos como la luna. Cuando Harry se casó con ella, vínose Harvey a vivir a estos pantanos, y unos años después, cuando recriminó a Harry los malos tratos que infligía a la muchacha y las ínfulas que se daba, el matón le molió las orejas y casi lo deja hecho harina de maíz.

El irlandés hizo un chasquido con la lengua.

—Cómo quedó huérfana constituye una historia de por sí —siguió diciendo Mary con obstinación—. Es una dama de carácter la tal Roxie Russecks, y no vayáis a creer que viene como un corderillo cuando ese grandullón la manda llamar. En fin, yo podría contaros alguna que otra cosilla que ella ha conseguido...

—¡Basta! —exclamó Ebenezer, llevándose las manos a las orejas. Hasta el trampero, con ser duro de oído, se dio la vuelta—. ¡Os doy humildemente las gracias por vuestra hospitalidad! —le gritó Ebenezer—. Y no quisiera pareceros descortés ni desagradecido. Pero es que la señorita Mungummory tiene noticias de mi hermana, de quien ha mucho tiempo que no sé nada, y si me mantiene en ignorancia de las mismas es seguro que feneceré de ansiedad.

Harvey miró a Mary intrigado.

—¿Qué mosca le ha picado a éste?

—Este pobre no es el único que está sobre ascuas —dijo Mary con brusquedad—. También él tiene nuevas que son muy próximas a mi corazón, mas son estos cuentos largos y laberínticos y no tenemos aquí espacio para deshilvanarlos. Que aguarde a que volvamos a la carretera.

Mas el trampero se sumó a las protestas de Ebenezer.

—Ningún placer pláceme más que el oír un cuento bien contado, sea éste triste o alegre, superficial o profundo. Si versa sobre una cuestión íntima o desagradable, ¿a quién se le da una higa? El camino que lleva al cielo está plagado de cardos y pareceme que muchas vacas se han quedado enredadas en él. En cuanto a la duración, ¡bah!, ¡tanto da! —El anciano alzó un dedo calloso—. Si el cuento es malo, parecerá largo aunque se cuente en un abrir y cerrar de ojos, y si es bueno, semejará corto aunque acabarlo lleve del día de san Suizingo al de san Miguel, ¡ja! ¿Que la trama es enrevesada, decís? ¿Por ventura tiene más nudos o perplejidades que la madeja de la vida, la cual los cuentos enmaraña para mejor desenredar después? Nada, nada, adelante con vuestra historia ahora mismo, y otro tanto os digo a vos, señor, pues ya va siendo lamentable que no hayáis comenzado todavía. Enmarañad y enredad hasta que la luz de Sirio se refleje en la bahía; un cuento bien urdido es chismorreos de dioses, a quienes les es dado ver el corazón y la médula de la vida que hay en la Tierra; es la telaraña del mundo; la urdimbre y trama... ¡Vive Dios, lo que me gustan las historias, señores!

Incluso Mary estaba impresionada por la elocuencia de su viejo amigo y aunque cuando éste concluyó ensombreciósele más la mirada, el ceño ya no obedecía a

terquedad sino a asentimiento dado a regañadientes, con lo que convino en que se contaran los cuentos cuando hubieran despachado las perdices.

—Lo cierto es que —le dijo a voces a Harvey— bien pudiera ser que tuvieras tanto que decir como cualquiera de nosotros. Entre otras cuestiones, quien nos interesa es Rumbly, el mestizo. Aquí el señor Cooke puede adentrarnos en materia, pues tiene que desempeñar no sé qué misterioso cometido con ese hombre; luego, nosotros podremos añadir lo que podamos. Pero no sin antes haber dado cuenta de las aves.

A Harvey Russecks se le iluminó el semblante cuando oyó el nombre de *Billy Rumbly*, y aguzó la vista a la mención del apellido de Ebenezer.

—¿Sois vos el poeta ese que regaló sus propiedades?

—El mismo —replicó Ebenezer, que ya no se avergonzaba cuando se le identificaba de aquel modo—. Vuestras mercedes pueden aguardar a cenar si así lo desean; puesto que he de empezar yo, harelo al punto y que escuche quien quiera, que yo les diré por qué no sólo mi vida, sino las vidas de cuantas gentes de raza blanca hay en la provincia pueden depender de que yo dé con un salvaje llamado Cohunkowprets y le convenza de que preste oídos al razonamiento humano antes de que transcurra el plazo de un mes.

El poeta procedió a referir el apresamiento suyo y de sus acompañantes en la isla de Bloodsworth; habló de la magna conspiración que tramaban los negros junto con los indios desafectos de Maryland; de su relación con Drepacca y Quassapelagh, y de la singular posición que ocupaba Chicamec dentro del triunvirato. Con tanta brevedad como lo permitía la complejidad del asunto, refirió la historia del antagonismo de Chicamec y los ingleses, el destino irónico de sus tres hijos y el peligro consiguiente que entrañaba su situación en el marco de la conspiración. Mary Mungummory y Harvey escucharon la historia atónitos y en vilo; de no ser porque McEvoy ya estaba familiarizado con la mayor parte de la misma, lo cual le permitió dedicar unos minutos de atención a otras cosas, las dos perdices, olvidadas en el espetón, se habrían quemado.

—¡Santo cielo, señor! ¿He entendido bien? —preguntó el viejo con incredulidad—. ¿Tenéis que personaros en la isla de Bloodsworth en compañía de Cohunkowprets o del otro individuo en el plazo de un mes o de lo contrario los salvajes quemarán a los dos rehenes?

—Nos quemarán a los tres —afirmó Ebenezer—. Yo tengo la culpa de que se encuentren en la isla de Bloodsworth.

Los dos que le oían miraron a McEvoy con aire inquisitivo, y éste bajó la vista a la comida y dijo con voz sin duda demasiado baja para que la captara el trampero:

—Le debo la vida al señor Cooke, eso es muy cierto. Sabe Dios si poseo el heroísmo suficiente como para no renegar de mi deuda.

—Lo cierto es que —concluyó Ebenezer— lo más seguro es que nos arranquen a todos la cabellera muy pronto, cuando comience la guerra, y hay motivos para pensar que comenzará en cuanto expire el plazo de un mes que se me ha concedido. Daba la sensación de que les era de todo punto indiferente que yo propagara la noticia de sus planes; era como si pensara que nuestra milicia no es rival para ellos.

—En eso tienen mucha razón —afirmó el anfitrión—. Copley y Nicholson se negaron a brindarle auxilio a Nueva York, incluso cuando lo de la matanza de los schenectadys, y sería necedad pedirle ayuda a Andros de Virginia, o al cuáquero William Penn; se quedarían tan campantes, contemplando cómo nos pasaban a cuchillo negros y salvajes, por más que ellos serían los siguientes en probar el tajo carnicero. —El anciano movió la cabeza de un lado a otro—. Lo peor de todo es que si somos honestos no cabe guardarles rencor a esos desdichados. Si se coge a un pobre hombre y se le saca de su entorno natural y se le somete a vilipendio (eso sin mentar que se le cargue de grillos y venda en pública subasta como a una bestia de carga), a fe mía que es la cosa más natural del mundo, si le queda un soplo de ánimo, que se subleve contra quien lo está sojuzgando. No tengo la menor gana de que me arranquen la cabellera, señores, pero, a decir verdad, juro que estoy un poco a favor de los indios, en este asunto.

—Otro tanto digo yo —convino Mary.

—Y en mi caso —dijo Ebenezer— lo estoy no sólo porque su causa es justa, sino porque en nuestro interior, ¡cuánto nos enseña la vida! Todos tenemos mucho de salvaje. Empero, como vos decís, más vale conservar el cuero cabelludo que perderlo. Por esa razón me es menester encontrar a los hijos de Chicamec; sé que Burlingame es tan persuasivo como una sirena, y en cuanto al tal Cohunkowprets, si es que ha abrazado la causa inglesa..., mi plan consiste en apelar a sus nuevas lealtades, y si puedo, le haré volver junto a los ahatchwhoops como un hijo pródigo; que ocupe el lugar que le corresponde como príncipe de ese reino sanguinario, que procure ejercer una influencia benéfica en Quassapelagh y Drepacca, y acaso, abortar la masacre. Es un gambito arriesgado, mas los casos desesperados precisan tratamientos a la desesperada; y en tanto Mary, o los dos, no refiráis vuestras historias, nada sé de Cohunkowprets salvo que abandonó a su pueblo para hacerle la corte a una mujer inglesa, al igual que hiciera su hermano Mattassin antes que él... —Ebenezer se interrumpió—. Os pido disculpas, Mary.

La mujer rechazó sus excusas con un gesto de la mano y dejó escapar un corpulento suspiro.

—No hay nada que disculpar, señor Cooke. No me avergüenzo de haber amado a Charley Mattassin, ni hay en mi interior cólera ni lamento su final. Si pudiera creer que su hermano es como él... ¡Pero tanto da! Muy pronto lo sabremos y en todo caso... —Mary hizo una pausa y sintió un levé estremecimiento—. Se me vienen a

las mentes unos sinvergüenzas de la Antigüedad, de cuando Charley me leía a Virgilio y Homero. Me acuerdo de que los dos nos reíamos de ellos..., se me ha olvidado cómo se llamaban, pero uno era el padre de Aquiles y otro el de Eneas...

Ebenezer indicó que sus nombres respectivos eran *Peleo* y *Anquises*; una vez más, sorprendieron no sólo la vastedad de las tardías incursiones de aquel indio en el ámbito de la cultura occidental, sino también la pertinencia de los recuerdos de Mary. McEvoy, que nada sabía de aquella curiosa relación, estaba atónito.

—Sí, así se llamaban aquellos fulanos —afirmó Mary—. Cada uno por su lado, se dedicaron al trajín carnal con sendas diosas, con lo que se buscaron la ruina. Bien mirado, les salió a precio de ganga, pero hay gangas que uno sólo se las puede permitir una vez en la vida. ¿Me entendéis?

La entendían —por lo menos Ebenezer y el trampero—, de modo que Mary siguió adelante.

—Ahora bien, yo no afirmo que el tal Billy Rumbly sea hermano de Mattassin: jamás le he echado la vista encima, cosa que Harvey sí que ha hecho, y en cuanto a Charley, nunca habló gran cosa de su familia. Pero lo que he oído de ese granuja y su mujer inglesa lo entiendo a la perfección. Guarda cierta relación con lo que acaba de decir el señor Cooke: que en nuestro interior todos tenemos algo de salvajes. Es eso y más: tiene que ver con el lado oscuro de esas gentes, lo sé muy bien. ¿Qué es lo que induce a las mujeres de tantos plantadores a levantarse las faldas cuando están delante de un buen ejemplar de esclavo como hizo la reina de *Las mil y una noches*? A mi juicio trátase de un ansia que busca recuperar todo lo que podemos cuando nos convertimos en probos ciudadanos; hay algo en nuestro interior que nos arrastra hacia un oscuro abismo en el que no hay leyes.

Hasta entonces Mary había estado contemplando los troncos de pino que ardían en el hogar; ahora enderezó los hombros, se frotó la nariz con energía, como si le picara, y sorbió aire tímidamente.

—Pero esto no es ninguna historia, ¿eh, Harvey?

—Ni por asomo —repuso Harvey—. Es un grave error por parte del narrador ponerse a filosofar y a contarnos qué significa la historia que nos está contando; puede que no signifique en absoluto lo que él piensa.

No obstante, el trampero estaba claramente impresionado por el análisis que había hecho Mary, al igual que lo estaban Ebenezer y McEvoy.

—Sea como fuere, eso es lo que pensé yo —dijo, de buen humor— cuando Roxie Russecks me habló de Billy Rumbly y la Virgen de Church Creek.

Ebenezer se mordió el labio inferior y Mary se apresuró a comenzar la historia.

—Hace tan sólo una semana, o cosa así, que llego a Church Creek esa mujer, completamente sola, sin más bienes ni equipaje que lo poco que podía cargar con las manos. Fue de casa en casa, buscando alojamiento. Era una solterona de unos treinta

años de edad, según me dijeron, y decía que acababa de llegar de Inglaterra; se presentó como la señorita Bromly, de Londres.

—¡Santo cielo! —exclamó Ebenezer—. ¡Conozco a esa mujer! ¡Era vecina nuestra cuando vivíamos en Plum Street! —se rio de buena gana, notoriamente aliviado—. ¡Claro, he aquí la respuesta! ¡Ella habló de mí y vos pensasteis que era mi hermana! ¿Qué asuntos se traía la señorita Bromly en Maryland?

—Aguardad a que acabe —respondió Mary sombríamente—. Como digo, afirmaba ser la señorita Meg Bromly, pero cuando la gente le preguntaba qué asunto la había llevado a Church Creek, y para cuánto tiempo necesitaba alojamiento, tardaba en responder. Unos la tomaban por una redencionista escapada; otros pensaban que era amante de algún plantador, el cual se proponía mantenerla en Church Creek; otros aún eran de la opinión de que esperaba familia y o bien su padre la había despachado, o bien la había enviado al campo hasta que diera a luz, bien que su cintura no daba muestra alguna de que aquellas sospechas fueran ciertas. Es raro dar con una mujer que sea doncella a los treinta años, pero más raro aún es dar con una mujer que viaje sola, sin criados ni equipaje adecuado, y que ni siquiera es capaz de decir a las claras a qué se dedica. Añádase a lo anterior que no era en absoluto fea ni deforme y que hablaba con la corrección propia de una dama (me atrevería a decir que hubiera podido elegir marido a placer), y a nadie le extrañará que las gentes a las que se dirigía, cualesquiera que fueran las opiniones que tuvieran, dieran en pensar que se hallaban frente a una mala mujer, si no puta de hecho, puta en ciernes, y nada querían saber de ella. Por lo que respecta a los hombres, iban en pos de ella babeando y soltando necedades, parecían jabalíes persiguiendo a una puerca joven y de buen ver; y si había quien dudara de su condición de ramera, disipose toda duda cuando la señorita Bromly se alojó en la posada de Russecks, que de posada no tiene nada, pues no es en realidad sino una mixtura de tenducho y taberna, propiedad de ese molinero desvergonzado, el hermano de Harvey. Hay un piso encima, un mero desván en el que se alza una serie de tabiques que lo dividen en cuartuchos, cada uno con un jergón; allí sientan el real mis mozas cuando llegan a la vecindad, antes de seguir viaje hasta Cambridge y el Puntal de Cooke.

»Pues bien, la mujer de la que hablo rechazaba a todos con una arrogancia que era cosa digna de ver; los hombres, empero, daban en pensar que lo que quería era cobrarles más. Al fin pidiéronle que les dijera su precio, ante lo cual ella extrajo una minúscula pistola que ocultaba entre las ropas y dijo que el precio a pagar por ponerle la mano encima era la vida, y añadió que ni al rey Guillermo le sería permitido cobrarse su virginidad. Tras lo cual fuese al altillo sin que hombre ninguno osara seguirla. A partir de entonces dieron en llamarla la Virgen de Church Creek, a guisa de chanza, pues todos creían que sería la amante del gobernador Nicholson, de John Coode o de algún otro personaje de importancia. Ella entraba y salía cuando le venía

en gana y ningún hombre le puso la mano encima. De tanto en tanto inquiría la mujer si sabían cómo andaban las cosas por Malden, en el Puntal de Cooke; ellos, ni que decir tiene, sabían que Malden era el centro de perdición de Dorset, con lo que quedaban tanto más convencidos de que habían dado con una prostituta de moda.

»Apenas unos días después, según refirió Roxie, llegó a Church Creek aquel indio mestizo. Es costumbre que los salvajes viajen por parejas cuando acuden a la ciudad, sin embargo, aquél venía solo; entró en el establecimiento de Russecks con unos andares altaneros que eran cosa digna de verse, puso una moneda en la mesa y pidió ron.

—¡Ah, entonces no puede ser Cohunkowprets! ¿No, John? —preguntóle Ebenezer a McEvoy—. Dudo mucho que supiera el inglés necesario para pedir ron.

Pero McEvoy no parecía estar tan seguro.

—No creáis, puede que se lo enseñara Dick Parker; el mismo Dick Parker aprendió a hablar inglés decentemente en cosa de dos o tres meses.

—Y Charley Mattassin, en menos tiempo aún —añadió Mary, y siguió adelante con el relato—. Aquel salvaje tenía un aspecto tan feroz que Harry Russecks le sirvió el ron sin rechistar; Charley se lo bebió como si fuera agua. Se notaba que jamás había probado licor alguno, pues le dieron arcadas y parecía que se fuera a asfixiar, pero no bien engulló el primero, pidió un segundo trago. (Todas estas cosas traenme, punto por punto, el recuerdo de mi Charley, señor Cooke..., osado hasta decir basta y deseoso de aprenderlo todo de un solo trago). Entonces los parroquianos vieron la ocasión de mofarse de él. Le sirvieron el ron y le preguntaron cómo se llamaba. El se presentó como Pico de Ganso.

—¡Es él! —exclamaron Ebenezer y McEvoy al unísono.

—El *tayac* Chicamec nos dijo que *Cohunkowprets* significa *Pico de Ganso* —explicó Ebenezer—. El por qué de dicho nombre no he de indicarlo aquí, tan sólo... —El poeta se ruborizó—. Voy a decir una cosa, Mary, habéis dicho que sus modales os recordaban a Charley Mattassin; sabed, pues, que, salvedad hecha de que tiene la piel más clara, Pico de Ganso es idéntico a su hermano en todos los detalles de su persona.

A Mary se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Santo cielo, entonces sí que es hermano del pobre Charley! —La mujer sacudió la cabeza—. ¡Cuán claro lo veo a través de su comportamiento ahora que lo sé! ¡Será posible! ¡En cierto modo es como si Charley y yo empezáramos de nuevo!

»Antes de que Pico de Ganso hubiera dado cuenta —siguió diciendo, lacrimosamente, Mary— del segundo ron, hizo aparición la señorita Bromly, la Virgen de Church Creek, que salía de su aposento, camino de la calle, y se topó de narices con él. Hasta aquel momento la señorita Bromly había mantenido una actitud glacial en medio de los silbidos y manifestaciones lúbricas de los hombres; pero,

conforme al testimonio de cuantos se hallaban presentes en la taberna de Russecks, cuando vio al indio retrocedió, profirió un alarido, pronunció un nombre ininteligible y se tambaleó. Durante unos instantes dio la impresión de que iba a perder el conocimiento; no obstante, cuando un parroquiano hizo ademán de ir a ayudarla, recobró la compostura con la misma rapidez con que la había perdido, obligó a retroceder al buen samaritano mediante el mismo recurso de buscar debajo de la capa (donde, como toda la ciudad sabía, escondía la famosa pistola) y salió del lugar con los labios apretados y amenazando a la concurrencia. Pico de Ganso, al igual que los demás, se quedó mirándola fijamente, mientras ella se alejaba, y cuando hubo desaparecido fue el primero en hablar:

»—Pico de Ganso ya no quiere ser Pico de Ganso —aseveró—. Vosotros decid a Pico de Ganso qué purgatorio debe pasar para ser un diablo inglés.

Mary Mungummory juró solemnemente que, según le habían contado a ella, tales fueron las palabras que dijera el salvaje. Todos los presentes coincidían en cuanto al contexto de dicha aseveración. Lo recuerdan con tanta precisión porque Pico de Ganso tuvo dificultades para hallar un vocablo que hiciera referencia a los ritos iniciáticos por los que, en numerosos pueblos, han de pasar los adolescentes antes de que se proclame públicamente su condición de hombres. Fue un trampero que a la sazón se hallaba presente quien por fin sacó a colocación la palabra purgatorio, con gran deleite por parte de los circunstantes, que entonces entendieron lo que quería decir el indio.

»—¿Y dices que quieres hacerte inglés? —preguntó con regocijo uno de los presentes.

»—Sí.

»—¿Un *diablo inglés*, dices? —preguntó otro.

»—¿Y quieres saber qué pruebas ha de pasar un salvaje si quiere que lo miremos como a hermano nuestro? —demandó el molinero.

»—Sí.

»Entonces los presentes se miraron a los ojos y descubrieron que en todas las miradas había una decisión unánime. Por acuerdo tácito el molinero siguió adelante con la burla.

»—Pues muy bien —dijo, pensativo—; antes que nada es menester que demuestres que eres hombre de recursos; aquí no queremos pobretones..., a menos que se trate de mozas de buen ver como la Virgen, ¿no es así, caballeros?

»El indio no entendió aquel parlamento, pero cuando le dieron a entender que querían ver su dinero, sacó a relucir cinco libras, en monedas y billetes (que nadie supo de dónde había sacado) y cierta cantidad de wompompeag, todo lo cual lo depositó el molinero Russecks en sus bolsillos sin pérdida de tiempo.

»—Bueno, pues ahora es menester que se te dé un nombre inglés como es debido,

¿a que sí, muchachos?

»Poco tardaron en darle el nombre de Billy, pero dar con un apellido adecuado fue un problema que conllevó grandes debates. Unos cuantos, impresionados por el hedor a grasa de oso con que su víctima se embadurnaba, se mostraron partidarios de llamarle *Billy Goat*,^[45] en tanto que otros, teniendo en cuenta su ingenuidad, preferían llamarle William Goose. En tanto las deliberaciones seguían su curso, Pico de Ganso se bebió el ron, con menos dificultades que antes. Le ordenaron que se bebiera otro, arguyendo que todo súbdito de Su Majestad digno de ser considerado tal debía ser capaz de beberse media barrica de ron de las Barbados sin que le sentara mal. Era el tercer trago, y la solemnidad con que el indio alzó el vaso (al tiempo que asía firmemente el borde de la mesa con la mano libre a fin de no perder el equilibrio), cual si de un cáliz se tratara, le inspiró al molinero una tercera idea.

»—Oye, este Bill tiene madera de buen bebedor —comentó Russecks, y cuando el indio, que en aquel preciso instante remataba el trago, soltó, como es costumbre entre los ahatchwhoops, un eructo estentóreo y sin ambages, añadió—: ¡Pero bueno, si ya se nos ha puesto a tronar con el ron!

»Y como ninguno de los presentes se tomó la molestia de defender la opción que prefería frente a la del molinero, Pico de Ganso pasó a llamarse Billy Rumbly, nombre que le fue impuesto en medio de grandes jerigonzas blasfemas, mientras lo bautizaban con vinagre de sidra.

»A continuación, le afeitaron el cráneo —dijo Mary, y Ebenezer supuso que cuando, en ocasiones anteriores, la mujer refiriera aquella historia, debió de hacerlo sin el acento de amargura que se advertía ahora— hasta dejarlo reluciente, le echaron otro ron a las tripas y dijéronle que los ingleses bien educados jamás apestaban a grasa de oso. Y sintiéndolo mucho, dijéronle, no le quedaba más remedio que bajar al río (repárese en que esto ocurría a mediados de diciembre), quitarse la ropa, meterse en el agua hasta el cuello y restregarse con un cepillo para caballeras que le proporcionaron hasta que desapareciera el olor. Ni que decir tiene que la idea se le ocurrió al molinero... brrr... ¡Qué odio le tengo a ese matón...! Despacharon a Billy y quedáronse a gozar de la burla sin que se les ocurriera ni por asomo que lo fueran a volver a ver jamás. Si no moría ahogado o congelado, creían ellos que en el río el susto le quitaría la borrachera, con lo que se volvería junto a los suyos.

»Lo cierto, sin embargo —dijo Mary—, es que no llevaban ni media hora riéndose cuando apareció lo que quedaba del indio, que devolvió el cepillo y pidió más ron: se había frotado casi hasta arrancarse el pellejo, pero no quedaba ni rastro de la grasa de oso, así como tampoco del alcohol; por lo demás, no daba muestras de tener frío ni de padecer molestia ninguna. Sin darles tiempo a que salieran de su asombro, Billy les instó a que le sometieran a la siguiente prueba, y merced a una desdichada coincidencia, la señorita Bromly escogió aquel momento para entrar en la

taberna, de vuelta de no se sabe dónde; atravesó la estancia envuelta en un silencio altanero y desapareció por la escalera, camino del altillo. Aún así, tal vez no hubiera pasado nada, pero fue el propio Billy quien se la jugó al exigir saber de quién era mujer.

»—Pero bueno, Billy Rumbly, ésa es la Virgen de Church Creek —repuso el molinero—. No es la mujer de nadie; esa buena pieza es dueña de sí misma.

»—Desde ahora es la mujer de Billy Rumbly —afirmó el indio—, y sacó un cuchillo del cinturón—. ¿Cómo toman esposa los diablos ingleses? ¿Con qué hombre debo luchar? ¿Dónde está el *tayac* que me la tiene que dar?

»Hasta entonces los hombres estuvieron en suspenso; ahora contuvieron el aliento, en vista de las nuevas perspectivas que se les presentaban de seguir adelante con la chanza. No ha de causar extrañeza que fuera Harry Russecks quien tomara la palabra.

»—¿Y dices... que reclamas a la Virgen de Church Creek como esposa?

»Al punto Billy se dirigió hacia él, empuñando el cuchillo.

»—¿Es tu mujer? ¿Hablas por ella?

»—Vamos, vamos —le tranquilizó el molinero—, guárdate el cuchillo, Billy Rumbly, y pórtate como un inglés de pro, de lo contrario esa mujer no querrá nada contigo. Conque vas a ser la esposa de Billy Rumbly, ¿eh? ¡Bueno, bueno! Pero lo que no sabes, Billy Rumbly —siguió diciendo Harry— es que una moza como la Virgen de Church Creek no es para el primer inglés que se presente. Tiene que merecerla. Habrás oído hablar de..., ¿qué palabra era, Sam? ¡Purgatorio, menudo bribón que estás hecho...! Decía que habrás oído hablar del purgatorio por el que le es menester pasar a todo novio inglés que se precie, ¿no es así, mozalbete?

»Conforme a lo que todos esperaban, Billy Rumbly confesó su total ignorancia respecto a los ritos nupciales de los ingleses, ignorancia de la que le sacó Russecks, que habló en tono solemne y en extremo confidencial:

»—En primer lugar, no oses acercarte a una virgen inglesa con la idea del matrimonio en la cabeza sin haberte bebido por lo menos doce vasos de ron que te inflamen la pasión. ¡Las mozas de Londres abominan de los amantes sobrios como de la sífilis! En segundo lugar, es menester que no digas ni media palabra. ¡Una sola palabra, fíjate bien, y no hay casorio! ¿Me sigues, Billy Rumbly? Por si no lo sabías, los diablos ingleses tenemos por costumbre ocuparnos de que ningún cagón se acerque a nuestras mujeres. Así pues, nada de hablar; tienes que llegarle a ella a escondidas, como hace el cazador con su presa. ¡Vive Cristo lo que te va a querer si la coges desprevenida y te cobras su virginidad antes de que sepa quién es el fulano que se le ha subido encima! Porque ahí está el truco, amigo Billy, más que macho, nuestras leyes exigen que el novio tome a la novia como el can a la perra, tanto si quiere como si no, y cuanto más se revuelva y vocifere, tantos más honores para el

violador. ¿Verdad que le estoy leyendo la ley de nuestra tierra al pie de la letra, amigos míos?

»Ahora bien, los demás no habían pensado llevar las cosas más allá de la pura chanza, según les dijeron todos a sus mujeres más adelante; tan sólo se habían propuesto divertirse un poco con un indio borracho a costa de la engreída señorita Bromly. Empero, bien porque no se atrevieron a llevarle la contraria a sir Harry, bien porque el plan de éste tenía un atractivo irresistible, lo cierto es que afirmaron, por medio de leves gestos de asentimiento y murmullos, que tales eran en verdad las costumbres que imperaban entre los ingleses. Mientras Billy daba cuenta del ron de rigor, los hombres se dijeron a sí mismos y posteriormente a sus mujeres que un hombre que lleva doce vasos de ron de las Barbados en las tripas no supone más peligro para el honor de una mujer que un eunuco. Cuando Billy hubo terminado, todos se apartaron solemnemente, haciéndole sitio; Harry, tras conminarle por última vez a no hacer ruido, dirigióse al pie de la escalera, seguido de Billy Rumbly, que iba haciendo eses; el indio inició la ascensión de puntillas, con paso ebrio y sigiloso, vigilado por la mirada del molinero.

»¡Santo cielo, y pensar —dijo Mary con voz ronca, interrumpiendo el relato— que se estaban mofando de alguien exactamente igual que Mattassin! Es lo mismo que... ¡Oh, Dios mío! ¡Es lo mismo que usar el santo grial de bacinilla!

—¡Fue una broma cruel —convino Ebenezer—, pero no sólo para Pico de Ganso! También temo por la pobre Meg Bromly.

—Sigamos adelante —sugirió el anfitrión—. He oído lo que he oído, pero desde hace unos días han aparecido muchos cambios en la historia de Billy Rumbly. Parece que alguien fuera ensartándolos en un sedal, como quien hace un collar de conchas.

—A mí me lo ha contado Roxie Russecks —dijo Mary—, que es la cotilla más honrada que jamás haya contado un chisme, y a ella se lo contó sir Harry cuando no habían pasado ni cinco minutos después del fin del suceso. Henrietta oyó el tiro desde el molino y salió corriendo a ver de dónde procedía... y eso que sir Harry le da de azotes sólo con que asome la cara por la ventana. Pero cuando vio que la gente acudía corriendo a la taberna de su padre, no le quedó más remedio que ir a por su madre a fin de enterarse de lo que había pasado, y cuando Roxie llegó allí, el indio había desaparecido, dejando tras de sí un reguero de sangre...

—¡Un tiro! —interrumpió Ebenezer—. ¿Habéis dicho que la señorita Bromly le pegó un tiro?

Mary alzó su gordezuelo dedo índice:

—He dicho que el pobre salvaje estaba herido y que se había ido, regando con su preciosa sangre el camino; eso es lo que he dicho.

—¿Pero quién si no...?

—Cuando Roxie llegó a la taberna —dijo Mary, impositiva—, había sangre en el

suelo, en el pasillo y por todas partes. Los hombres estaban bastante sobrios, os podéis jugar algo, pero la vergüenza les impedía mirar a la muchacha a la cara; en cuanto a Harry, que rebuznaba como un asno a costa de su chanza, su hija no logró sacarle nada inteligible. Sus únicas palabras eran: «¡Vive Dios! ¡Vive Dios!». Había que verlo al muy imbécil, venga a dar saltos y sin parar de croar como un sapo recién capado. Luego vuelta a rebuznar y sin soltar palabra.

—¡La señorita Bromly! —exclamó Ebenezer, imperioso—. ¡Tengo que saber qué le ocurrió a la señorita Bromly! ¿Fue ella quien le disparó a ese pobre desgraciado?

—Fue la Virgen de Church Creek —dijo Mary, lacónica.

—El salvaje la había arrastrado hasta el jergón antes de que ella pudiese coger su pistola, y mientras la intentaba violentar, ella gritaba: «*Henry, Henry*».

Ebenezer sacudió la cabeza.

—¡Por Dios, que no me extraña! Probablemente pensaba que era su tutor de Londres disfrazado, o vuelto un salvaje como monsieur Casteene.

—Cualesquiera que fuesen sus pensamientos, como solía decir mi Charley, ella no tenía intención de representar el papel de Lucrecia ante Tarquino. La verdad es que tenía previsto desde el principio que si sir Harry en persona no intentaba cobrarse su virginidad, algún día mandaría a cualquier libertino borracho a que lo intentara por él; de ahí, la pistola siempre cargada y pronta a dispararse. La llevaba entre las ropas cada vez que se disponía a bajar la escalera y mientras dormía la ocultaba debajo del jergón, donde podía echarle mano nada más oír crujir el primer peldaño. El problema consistió en que aunque esté borracho, un salvaje sigue siendo salvaje hasta los tuétanos; Billy Rumbly remontó las escaleras sin hacer más ruido que un cazador cuando persigue a su presa, y ella se dio cuenta de que corría peligro cuando Billy le puso el cuchillo en la garganta.

McEvoy emitió un chasquido con la lengua:

—¿Cómo logró hacerse con la pistola?

—Ahí está el intrínquis. —Mary sonrió—. Las almenas ya no servían de defensa y ya no se podía hacer nada salvo abrir las puertas, entregar el castillo y vengarse del invasor mientras éste se entregaba al saqueo.

—¡Ay, Dios! —exclamó Ebenezer—. ¿Queréis decir que la pobre muchacha acabó por perder el honor?

—Todavía no, aunque eso fue lo que creyeron todos los hombres, y yo también, cuando me lo contó Roxie; yo me preguntaba cómo era posible que el ron no hubiera dado al traste con la rigidez de Billy Rumbly. Pero se os olvida, señor Cooke, lo que ahora sabemos: Billy es hermano de Mattassin y, conforme vos mismo habéis dicho, no guarda la virilidad debajo de los calzones, sino en su fantasía, donde el ron es, más que una rémora, una virtud. —Mary volvió a estremecerse—. Mejor dicho, ahora que lo pienso, todo depende del significado que se le de a la palabra: ningún hermano de

Charley habría sido capaz de poseerla como se hace normalmente. Es muy posible que esa mujer aún sea virgen, pero yo sé muy bien que lo que él buscaba desde el primer instante era su honor, y puesto que a ella no le quedó más remedio que dejarse arrastrar al jergón, podéis estar seguro de que su honor estaba hecho jirones cuando llegó allí. Entonces, eso sí, sacó la pistola y tiró a matar. Empero, el tiro le salió bajo, por lo que colijo; se le coló en el muslo y Billy salió huyendo como un conejo malherido. Ni siquiera entonces tuvo a bien sir Harry poner fin a su pérfido juego: se sintió obligado a salir corriendo detrás del pobre Billy Rumbly hasta el exterior y allí le dijo, a grandes voces: «¡No has sido lo bastante hombre, Bill, maldito seas! ¡Vuelve a intentarlo dentro de quince días!».

—Pero la señorita Bromly... —dijo el poeta.

—Ahí termina mi cuento —dijo Mary con firmeza—, en tanto Harvey no refiera su parte; cuando Roxie averiguó cuál era la naturaleza de la chanza que había llevado a cabo su marido, subió las escaleras al vuelo para atender a la señorita Bromly y se la encontró echada en el jergón, cual moza bien violada, la pistola aún humeante en la mano. Y pese a los aires de gran señora que se había dado hasta entonces, corrió junto a Roxie como una niña que busca a su madre y, llorando y vociferando por dos, aseguró que pese a ser tan virgen como antes, el salvaje se había tomado infinitas libertades con su persona, hasta el punto que se sentía morir de vergüenza. No tiene nada de raro que Roxie no la creyera (al igual que hice yo cuando me lo contaron poco después), y dijo: «Vamos, vamos, señorita Bromly, lo hecho, hecho está y ningún fingimiento lo va a deshacer; ya no sois virgen, suponiendo que en verdad lo fuerais antes, pero estoy convencida de que tampoco sois ninguna ramera. Veníos a vivir con mi hija y conmigo al molino» —dijo— «y os mostraremos cómo pueden holgarse las mujeres sin merma alguna de la bolsa, el orgullo o su preciada reputación».

—Ay, Mary —le advirtió el anfitrión, que debía de haber leído en sus labios—, no nos vengas ahora con cuentos.

Mary repuso que sabía que el señor Cooke era un perfecto caballero y, puesto que McEvoy no conocía a las partes implicadas, no veía daño alguno en citar las palabras de la señora Russecks.

—Sabéis muy bien que es una amiga *mía* muy querida, amén de serlo vuestra, Harvey, y que quiero a Henrietta como a una hija. Estos caballeros ya saben la clase de bestia que es sir Harry; no está de más que estén al tanto de este dato complementario: Roxie y Henrietta tienen la sagacidad y la osadía de darle gato por liebre a ese grandísimo marrano en cuanto se les presenta la ocasión.

El trampero seguía sin mostrarse enteramente aplacado, pero Ebenezer, aunque aquella metáfora ambigua le hizo pestañear, dijo, a fin de que Mary volviera a su historia, que aquellas mujeres para él desconocidas tenían derecho a cometer

pequeñas faltas.

—Pues sí —Mary suspiró—, Roxie me dice que tal vez pudiera convencer a la señorita Bromly de que aprenda mi oficio.

Ebenezer no fue capaz de contener su acrimonia:

—¿Esa es la idea que tenéis de cómo se comportan las damas nobles y caritativas, induciendo a una pobre muchacha a abrazar la prostitución? ¡Pobre señorita Bromly! ¡No me parece que la señora Russecks sea un ápice mejor que su marido!

—Despacito, despacito, señor Cooke —dijo Mary con calma—. Se os olvida que no voy a recogerla al molino de sir Harry, sino al domicilio de su marido inglés, el señor Rumbly.

—¡Por vida de...!

—Dejadme acabar. La buena mujer estaba tan fuera de sí como consecuencia de la violación, o como queráis llamarlo, que empezó a hablar en jerga, como una loca. Ya no se llamaba *Meg Bromly*, según dijo, sino *Anna, Cooke, del Puntal de Cooke*, y era hermana del Poeta Laureado, y el salvaje que la había atacado no era ningún salvaje, sino el tutor que tuvo siendo niña...

—¡Santo cielo, ya lo entiendo! —exclamó el poeta—. Es amiga de Anna y mía desde que éramos chiquillos, allá en Plum Street; algún negocio la habrá traído a Maryland y tendrá pensado venir a verme a Malden, sólo que se enteró de mi infortunio y de la cólera de mi padre. ¡Sí, está claro! No se atrevió a acudir a ese lugar infame, sino que buscó alojamiento en Church Creek, en tanto hacía averiguaciones en torno a mí. ¡Vive el cielo! ¡Otra alma perdida que pesa sobre mi conciencia! Pobre, mil veces pobre señorita Bromly... ¡Si Anna estuviera enterada acudiría volando a ayudaros!

A decir verdad, Ebenezer tenía sentimientos encontrados: el convencimiento de que la Virgen de Church Creek no era su hermana le procuró un alivio indecible, mas al mismo tiempo sentíase desdichado, no sólo porque lo era una amiga de su hermana, sino también porque en virtud de aquel hecho Anna seguía tan perdida como siempre. Entonces palideció, pues le asaltó un nuevo pensamiento.

—¡No! ¡Es peor aún! ¿Qué iba a hacer la señorita Bromly en Maryland salvo acompañar a Anna? Sí, voto a tal; hicieron el viaje juntas (¿qué hay más probable que eso?) y cuando se enteraron de cómo andaban las cosas por Malden, o bien cuando mi padre dio con Anna y la obligó a permanecer junto a él, la señorita Bromly se impuso la tarea de emprender mi búsqueda. Mejor dicho: estoy seguro; una de dos: o Joan Toast no habló de mí o no la creyeron. ¡Diantre, diantre, desdichada muchacha! ¿Cuántos pesos más han de caer sobre mi conciencia? ¡Y ahora, ya sea porque busca que se apiaden de ella y recurre a subterfugios desesperados, ya sea porque el impacto de la violación le ha trastornado el juicio, se otorga a sí misma la identidad de su mejor amiga y cree que es Henry Burlingame quien ha labrado su desdicha!

—Lo cierto es que a veces llama Henry a su marido —reconoció Mary—. Eso me ha dicho Roxie.

—Ya basta —dijo McEvoy—. Dejasteis a esa fulana en su cuartucho, parloteando con la mujer de Russecks, y ahora resulta que es la esposa del individuo que se le echó encima y al que descerrajó un tiro. Os habéis saltado una parte de la historia, buena mujer, ¿no os parece?

—Así es, en efecto, señor —asintió Mary—, pues le cumple contarla a Harvey. Cuando terminó de farfullar, la señorita Bromly se desmayó en los brazos de Roxie y la llevaron privada de sentido a la alcoba de Henrietta, allá en la casa del molino. Por espacio de tres días, Roxie se ocupó de ella como si fuera una chiquilla enferma, y al cuarto día desapareció. Nadie le ha puesto los ojos encima desde aquel día, salvo aquí Harvey...

11. UN TESTIGO PRESENCIAL CONCLUYE LA HISTORIA DE LA ANGLIFICACIÓN DE BILLY RUMBLY. MARY MUNGUMMORY PLANTEA LA SIGUIENTE CUESTIÓN: ¿ANIDA BAJO LA CAPA DE LA CIVILIZACIÓN LA ESENCIA DE LA CONDICIÓN SALVAJE, O POR EL CONTRARIO ES LA ESENCIA DE LA CONDICIÓN CIVILIZADA LO QUE SE OCULTA BAJO LA CAPA DEL SALVAJISMO...? MAS NO NOS DA LA RESPUESTA

Mary dejó de hablar y se quedó mirando a Harvey Russecks con aire expectante, al igual que hicieron Ebenezer y John McEvoy. Pero como las últimas palabras habíalas dicho la mujer en voz más baja que la que empleara a lo largo de la historia, y como además iban dirigidas especialmente a McEvoy, el trampero no las oyó y respondió a las miradas sonriendo con aire ausente.

—Vamos, Harvey —le instó ella—; cuéntales lo que pasó mientras la Virgen de Church Creek seguía sin sentido en casa de Roxie y todo lo demás.

—Sí, es verdad. —Harvey, que aún no tenía una idea muy exacta de lo que había dicho Mary, se reía. Ebenezer llegó a la conclusión de que el anciano debió de haberse distraído, porque la última observación la cogió a la primera—. Fue por la mañana, cuando iba a inspeccionar las trampas; una capa de hielo cubría todo el cenagal, y las ratas almizcleras que habían caído presas en los cepos se habían congelado. Vi que en un punto más adelantado de mi itinerario había una fogata y me dirigí allí para calentarme las articulaciones; el salvaje yacía en el suelo, con los calzones ensangrentados, la cabeza pelada al cero y el frío de la muerte en el cuerpo. Lo primero que pensé es que estaba muerto, y al cabo de dos horas no albergaba ninguna duda al respecto; pero luego me di cuenta de que aún le latía débilmente la vida en las venas y decidí traerlo hasta aquí y hacer por él lo que estuviera en mi mano. Vi que la herida no era de mucho cuidado, pese a la abundante pérdida de sangre; la lavé y vendé y a él lo forcé a tragar un poco de caldo caliente en cuanto abrió la boca. ¡A fe mía que es fuerte ese bribón! Me lo había encontrado llamando a las puertas de la muerte y en obra de una hora ya había recobrado el sentido, por no decir las fuerzas. Una vez hube ganado su confianza refiriome como mejor pudo lo que le había acaecido, y siendo así que yo había oído hablar de la Virgen de Church Creek, y como además conozco el humor de mi hermano, no me fueron menester grandes filosofías para adivinar el resto de la historia.

»Díjele que había sido objeto de una broma cruel (cosa que vio con claridad no

bien se lo expliqué) y me ofrecí a pedirle a Harry las cinco libras esterlinas que le había robado; diome las gracias cortésmente, en el inglés más llano que jamás haya escuchado de labios de un salvaje, y dijo que si lo recuperaba, el dinero me pertenecía, pues le había salvado la vida. Nadie ose rechazar el regalo de un salvaje, pues puede creer que se le está insultando: díjele que me quedaría con dos chelines por las molestias y que le devolvería el resto. A lo largo de la conversación no dejó de mirar con detalle el lugar y al poco me preguntó si estaba dispuesto a venderle mi casa y si con cinco libras alcanzaba para pagar lo que valía. Respondile que no alcanzaba ni para pagar la mitad y que no tenía intención de venderla, pero como lo veía tan deseoso de vivir en una cabaña inglesa, le hablé de una muy vieja que tengo cerca de Tobacco Stick Bay, no muy lejos de Church Creek, y que está a punto de venirse abajo por falta de ocupantes; le dije que podía habitarla sin pagar alquiler con tal de que se tomara la molestia de repararla. Tal vez os parezca extraño un gesto de caridad así para con alguien a quien apenas conocía, pero es que ese mestizo tiene una aureola de no sé qué..., no acierto a dar con las palabras adecuadas, señores. Era como si... ¿Habéis oído esas historias que hablan de príncipes y reyes que van por la calle vestidos de tela escocesa? ¿O la historia del bueno de san Nicolás, que se hace pasar por mortal a fin de convertir almas? Aquel salvaje tenía una rapidez de pensamiento nada común y me hizo pensar que de haber recibido una educación inglesa desde la cuna habría acabado siendo otro Cromwell o cualquier cosa así. No me extraña que la señorita Bromly creyera que era su tutor disfrazado; con dos semanas de práctica hubiérase podido hacerle pasar por un catedrático de Oxford, no me cabe la menor duda de ello, y si se le dan dos años, pasa por un Aristóteles de tez oscura. Caballeros, he conocido a muchos hombres que no sirven para nada, y aunque me di cuenta desde el primer momento de que aquel salvaje me podía hacer cualquier jugarreta con tal de lograr sus fines, tenía tanto atractivo... ¿Cómo explicar una cosa así siendo hombre? Quiérase o no, da la sensación de que si sus intenciones y las de uno no coinciden, la culpa es de uno por no haber sido lo bastante previsor; y si hay engaño, se tiende a pensar que él tiene madera de héroe y uno la tiene de peón. Hasta la fecha no me ha causado el menor daño, pero ya el día que lo conocí me sentí inclinado a perdonarle de antemano y de todo corazón cualquier cosa que pudiera hacerme.

—¡Ah! —dijo Ebenezer.

—Sea como fuere, aquella noche la pasó aquí, y a la mañana siguiente descubrí que se había ido. Lo primero que se me vino a las mientes fue que había partido con ánimo de vengarse de mi hermano... —El trampero se sonrojó, pero luego aguzó la vista—. Que Dios me perdone o no, hágase su voluntad: no moví un dedo para prevenir a Harry del peligro que corría, sino que me dispuse a inspeccionar las trampas, efectuando el recorrido habitual. Recuerdo que había helado durante la

noche, y junto al arroyo del Mapache, en una elevación del terreno situada entre las ciénagas de agua dulce y las de agua salada, vi que había huellas de oso en mi itinerario, e incluso una deyección de oso tan reciente que no estaba congelada y aún humeaba en medio del camino. No mucho tiempo después, casi al final del recorrido, vi huellas de mocasín junto a las del oso, y como no databan ni de hacía media hora, me tomé la molestia de seguirlas.

»Enseguida la pista me condujo a una arboleda, y oí gruñir al señor oso por delante de donde yo estaba. No llevaba conmigo más arma que el cuchillo de desollar, de modo que avancé en dirección a los ruidos con el mayor sigilo posible. No me costó gran cosa dar con él, tanto gruñía; al llegar a un breve claro lo vi al muy sinvergüenza; era negro y corpulento y le había dado por no hibernar. Era un macho casi adulto; alzado sobre los cuartos traseros a vos os llegaría por los hombros; y estaba ocupado comiéndose los gusanos de un tronco podrido. Iba yo a preguntarme dónde se habría metido el salvaje cuando me pusieron una mano en el hombro y hete aquí a Billy Rumbly en persona, todo contento y con una pinta de espabilado que daba gloria verlo. Alejome en dirección contraria al viento, para que no nos oyera el oso, y díjome que se proponía matar al animal a menos que yo lo reclamara para mí...

»—Querido Billy —voy y le digo—, ¿no pensarás que voy a atacar a un oso con un cuchillo de desollar estando sobrio? Y no le recomiendo al prójimo que intente nada semejante.

Y es que me di cuenta de que no llevaba más armas que las manos. Pero él se limitó a sonreír y me dijo que me iba a enseñar un truco que había aprendido de ciertos salvajes del oeste, entre los cuales servía para poner a prueba su valor cuando dos hombres se disputaban los favores de una *squaw*. Pensé que valdría la pena ver aquello, y no me equivoqué... Mejor dicho, ¡vive Dios que en todos los días de mi vida jamás me ha sido dado ver un método de caza más extraordinario!

»Lo primero que hizo fue buscar dos arbolillos jóvenes y tiesos; uno de ellos tendría el grosor de mi dedo pulgar, y el otro, el doble. Troncholos de modo que sólo quedó en tierra un palmo del tronco. Ofrecile mi cuchillo para que les sacara punta, pero él repuso que servirse de cuchillos o cualesquiera armas hechas por el hombre suponía quebrantar las normas, y se limitó a arrancar las esquirlas que quedaron al partir el tronco. Con uno de los arbolillos aderezó una tosca lanza, una vez arrancadas las ramas, y el otro lo acortó, haciendo con él una suerte de puñal; a continuación nos acercamos al claro y allí estaba el señor oso, rascándose la espalda contra un árbol, y a pesar de que apenas comenzaba a fundirse la escarcha, Billy se despojó de toda la ropa, cogió los dos palos y se metió en el claro llevando por toda vestimenta la venda harapienta que le cubría la herida del muslo.

Ebenezer reparó en que Mary había cerrado los ojos y apretaba los dientes.

—Dejó el oso de rascarse y quedóse contemplando a Billy, que estaba rezando no sé qué suerte de plegaria salvaje; cuando el indio se le acercó, la fiera echó a andar lentamente por los contornos del claro. Empezó Billy a correr, dando voces en jerigonza, mas en lugar de hacerle frente o huir por el sendero, dirigióse el oso hacia un roble joven y robusto y púsose a trepar. Me dejé ver y exclamé: «Mala suerte, Billy», pues ni por un instante dudé que la caza había tocado a su fin; empero, no bien había despegado el oso del suelo cuando Billy ya trepaba en pos de él, vara en mano y con el puñal entre los dientes, sin importarle un comino que la áspera corteza le cubriera de rasguños la piel. En alcanzando las ramas primeras, situadas respecto del suelo a una distancia doble de la estatura de un hombre normal, detúvose el oso, miró hacia abajo, soltó un gruñido y agitó una zarpa. Billy siguió trepando y azuzándolo con el palo como podía, pues carecía de un punto de apoyo adecuado, y como respuesta a sus esfuerzos no obtuvo más que un gruñido. Ofrecíme a procurarle un palo mayor y díjome que después de haber tocado al oso, el aceptar la ayuda de nadie o cambiar de armas era quebrantar las mortíferas normas que invocaba... Yo he de reconocer que entonces tuve la impresión, y aún la tengo ahora, de que Billy se inventaba aquellas costumbres sobre la marcha, bien que se atenía a las mismas como si de órdenes divinas se tratara.

»En lugar de cambiar de armas, cambió de táctica y empezó a azuzar al oso con el palo en la cara, poniendo cuidado de que la fiera no se lo cogiera con los dientes o se lo arrebatara de un zarpazo. Colegí que se proponía obligar al oso a subir aún más arriba y ganar él las ramas, desde donde podría hacer mayor daño con la lanza, pero lo que hizo el animal fue darse la vuelta y protegerse la faz con el tronco. Las patatas le colgaban por sobre la cabeza de Billy, que, lejos de renunciar a la caza y bajarse del árbol, mostrábase satisfecho, como si fuera aquello lo que se había propuesto. Profirió un grito e impulsó el palo con más fuerza que nunca, hundiéndolo en salva sea la parte. Gritó la bestia, intentando agarrar la lanza con las zarpas delanteras, pero Billy la clavó más hondo; el oso trepó un breve trecho de tronco e hizo más daño, pues resbalaba, hasta que al fin cayó, dando unos chillidos como no se han oído jamás. En aquel mismo instante Billy cayó sobre él; le hundió la vara corta en la garganta y se apartó de un salto antes de que yo me percatara de que el oso estaba en tierra.

»Cuando encontré un árbol tras el que ocultarme, ya estaba el oso en pie, dándole zarpazos a la vara, que le sobresalía por detrás. Entre tanto, Billy estaba frente al oso, con las manos vacías, a menos de tres yardas de distancia, provocando al animal para que lo atacara; cuando éste así lo hizo, Billy lo forzó a dar cinco vueltas en derredor del roble, y el pobre bruto se desplomó sin vida.

—¡Voto a tal! —dijo McEvoy—. Es la estratagema más valerosa de que haya oído hablar jamás.

—Y la más sangrienta —añadió Ebenezer, hablando fuerte para que lo oyera el trampero—. Portentosa historia, señor Russecks, mas con todo (disculpad mi rudeza), ni puedo menos de preguntarme qué relación guarda este hecho con mi pobre amiga la señorita Bromly.

—No hay nada que disculpar, amigo mío —repuso Harvey—. Yo mismo me preguntaba mientras veía aquello por qué a Billy, malherido aún, le daba por medir sus fuerzas con las de un oso, siendo así que la noche anterior no habló de otra cosa que no fuera la ley y las costumbres inglesas. Resultó ser un alumno tan listo y aplicado que cualquiera diría que se estaba preparando para ganar un puesto en los tribunales..., mas helo allí entonces, a horcajadas sobre su víctima, bebiendo la sangre caliente de la fiera antes de que a ésta se le escapara el último soplo de vida. Era la quinta esencia del salvajismo.

»Mas no tuve mucho tiempo para conjeturas. Cuando Billy hubo bebido hasta quedar harto, encaminóse al río y lavose todo el cuerpo, pues la corteza le había hecho más rasguños que si fuera un marino recién pasado bajo la quilla del barco, amén de que estaba cubierto de polvo y sudor. Todavía seguían en vigor las reglas que invocaba: no aceptó mi cuchillo de desollar, operación que ejecutó sobre el cadáver sirviéndose de una concha de ostra que había hallado en el río, y aunque consintió en que encendiera una fogata, quedóse tan en cueros como Adán, hasta que concluyó la labor de desuelle. Habría hecho falta media jornada para despellejar a la bestia con una triste concha y yo me temía muy mucho que Billy muriera sin rematar la tarea; sin embargo, regalome la piel y la carne del oso, diciendo que no quería ni la una ni la otra, y no arrancó más piel que la precisa para procurarse cierta cantidad de grasa, que arrancó a dentelladas y depositó en un retazo de pellejo, obra de un pie cuadrado de extensión. Reservola para sí, atravesándola luego con un espetón y poniéndola al fuego hasta que empezó a derretirse. Proponíase, conforme pude ver, untarse con grasa de oso de la cabeza a los pies, como acostumbran a hacer los salvajes en ocasiones, y viéndole hacer aquello empecé a temerme que existiera alguna oscura relación entre la caza del oso y los acontecimientos de la jornada anterior. Y no había errado demasiado el tiro, pues cuando estuvo más untado en manteca que un pedazo de lomo de cerdo y apestaba peor que el quinqué del viejo Ned, se atiborró de la grasa restante y, echando luego mano de la concha de ostra, castró al oso...

Ebenezer y McEvoy dieron muestras de estupefacción, pero Mary, que se mantuvo tan ensimismada durante el relato que cabría preguntarse si estaba en trance o se había dormido, abrió entonces los ojos y soltó un suspiro piadoso y comprensivo.

—Es justo lo que me figuraba, aunque menos de lo que me esperaba, Harvey. Y Roxie no está en lo cierto..., sería una pérdida de tiempo que me pasara a verla, ¿no crees? En fin, en todo caso la historia está muy clara.

—Tal vez lo esté para vos —se quejó el poeta—, pero yo no entiendo ni jota.

—Pues no hay ningún misterio —dijo el trampero—. El oso macho tiene la misma significación para los indios salvajes que la que siempre ha tenido el toro para las gentes civilizadas. Pero los primeros no sólo ven en el oso un emblema de la virilidad; además, aseveran que sus despojos son grande medicina en asuntos de amor. De ahí, la manera de darle muerte, conforme Billy lo explicó, y de ahí también, el acto de embadurnarse con la grasa que acumulan para hibernar, la cual sostienen que alimenta el fuego del amor, del mismo modo que le procura calor al oso durante los meses invernales. En cuanto a lo otro, entre las naciones salvajes está muy extendida la creencia de que si un hombre se apodera de las partes del macho, las envuelve en un retazo de piel sin curtir y se las sujeta con una tira de aquella piel a modo de cinturón, de tal guisa que le cuelguen delante de sus propias partes, quien tal hace verá su potencia multiplicarse merced a la del oso. ¡Y que el cielo le valga a la pobre moza que se cruce en su camino! Le pregunté: «¿Tienes en mira a la mujer de Church Creek?». Y aun cuando no quería responderme a las claras, sonrió diabólicamente y dijo que tendría mucho gusto si yo iba a visitarle en cosa de un par de días, cuando la señora Rumbly y él hubieran dado con la cabaña que tengo en Tobacco Stick Bay y establecido allí su hogar. Oyéndole hablar, cualquiera lo hubiera tomado por un alegre caballero inglés, y sin embargo había que verlo: era la encarnación de la lascivia salvaje. Pese a los grandes temores que albergaba respecto al honor de aquella pobre mujer, insté a Billy Rumbly a que fuese sumamente cauto, pues suponía que la señorita Bromly estaría prevenida y dispuesta a matarlo de un tiro, a lo que respondió: «Jamás una pistola inglesa ha servido para dar muerte a un oso», y siguió su camino.

—Está claro —dijo McEvoy—. ¡La raptó y ahora la tiene oculta en la cabaña de la que habéis hablado! ¿Cómo es que el sheriff no ha hecho nada a fin de dar con ella?

—También está claro que nada sabéis de la justicia que impera en la provincia —comenzó Ebenezer con amargura—. La ley de Maryland sólo mancilla a los virtuosos.

—Vamos, vamos, estáis exagerando —dijo el trampero—. En cuestiones de principio, nuestros tribunales son tan dignos como los de Inglaterra; lo que pasa es que ejercen su jurisdicción sobre gentes brutales y sin ley, una caterva de impostores, putas y aventureros; todos, carne de presidio. No me admira que los tribunales cometan errores ni que algún que otro juez venda la justicia desde su estrado; pero al menos tenemos jueces y tribunales, y llegará el día en que los juicios sean honrados, cuando tengamos poder para enderezarlos, o lo que es lo mismo, cuando metamos en cintura el espíritu que impera entre las gentes.

Ebenezer sintió que le ardían las mejillas, no sólo porque le daba la sensación de

que, en efecto, había llevado la acusación demasiado lejos, también recordaba con rencor su intervención ante el Tribunal de Cambridge, y el precio que pagó por la misma hízole ahora sudar por todos los poros; pero aquel rencor difuso habíase transformado en una suerte de disposición de ánimo, y el poeta se sintió alarmado cuando, mientras el trampero hablaba, reparó en que, últimamente, cuando se mencionaban ciertos temas en su presencia, sentía rencor más por costumbre que porque se adueñara de él un ira justa. Tan mal lo había tratado Maryland, que Ebenezer se había propuesto mancillar el nombre de la provincia en versos que llegarían a conocer los hijos de los hijos de sus hijos. ¿Cambia por ventura empequeñecer aquellos ultrajes equiparándolos a meros gestos teatrales? No fue un proceso racional lo que le llevó a formularse aquella pregunta, sino una suerte de visión que se encendió en su entendimiento del mismo modo que se le habían encendido las mejillas. Merced a aquella luz turbia, en menos tiempo del que precisó para susurrarle a Harvey Russecks la palabra *quizá*, le fue dado a Ebenezer contemplar una miríada de espectros erráticos, que correspondían a otras tantas penas y alegrías destinadas a vivir en el corazón de las masas hasta el final de los tiempos: días de fasto y días de renuncia, monumentos y rituales, todos ellos dedicados a conmemorar glorias y desastres de tal magnitud que tornaban insignificantes sus propios desastres y glorias, para que al cabo todo acabara sepultado en el olvido, o bajo la mirada rutinaria de unos prohombres indiferentes a las emociones que les hicieron erigir lo que ahora olvidaban. Era aquélla una visión inquietante, y no menos inquietante fue la reacción del poeta. No mucho antes le habrían rechinado los dientes del alma en vista de la futilidad de todo esfuerzo en un mundo como aquél. No hubiera sido nada improbable que hubiera dado en denostar la inconstancia humana por medio de unos versos alegóricos: en ellos habría sostenido que el corazón es como una viuda infiel ante el lecho de muerte de su noble esposo (tratárase de triunfo o de tragedia), jura ser siempre fiel a su memoria, mas apenas se ha vestido de luto cuando se tropieza con un enojoso problema; durante los años sucesivos, pese a sus ceremoniosas visitas al cementerio, comparte el lecho con una caterva de mezquinas vicisitudes, ninguna de las cuales es siquiera digna de que ella repare en su existencia. En aquel momento, aunque aquella inconstancia seguía hiriendo la sensibilidad de Ebenezer (lo cual equivale a decir su vanidad, puesto que se identificaba con el esposo), no estaba seguro de que tras la misma se ocultara una doble verdad, que parecía decir: «El tiempo pasa para los vivos, alterando las cosas. Para los muertos las circunstancias nunca cambian». Y aquella aseveración implicaba un enjuiciamiento del pasado y de su relación para con el presente y la importancia que él mismo tiene; enjuiciamiento con el que él, en aquellos momentos, estaba a medias de acuerdo, pero sólo a medias.

El trampero reanudó el relato.

—Volví a ver a Billy unos pocos días después, saliendo de la iglesia de la Trinidad... ¡Sí, lo juro, fue tan sólo al domingo siguiente! Llevaba medias y peluca, como corresponde a un caballero, y no había ni rastro de grasa de oso, y a pesar de que había quienes recelaban, sin saber qué pensar de él, el párroco y Billy se dieron la mano e intercambiaron unas cuantas chanzas cordialmente. Cuando me acerqué más estaba charlando con un par de plantadores de tabaco y su dicción inglesa era mejor que la que se oye en el Consejo del Gobernador. Sus acompañantes eran como los que se habían burlado de él con anterioridad, pero a juzgar por sus modales, nadie hubiera logrado adivinarlo: uno de ellos le invitaba a entrar en la iglesia y el otro hablaba con él acerca de cómo se presentaba el mercado de tabaco de cara al año siguiente.

»—Os presento al señor Rumbly —dijéronme—, caballero cristiano más decente que jamás haya echado una cagada en un campo de tabaco.

Al verme Billy sonrió y dijo:

»—Ya he tenido el honor, gracias, caballeros: el señor Russecks ha tenido la generosidad de cederme una de sus cabañas hasta tanto yo no erija mi propia casa.

»Nos dimos la mano muy calurosamente y, fijaos, me miraban con envidia al menos media docena de almas que había por allí, tan celosos estaban ya de su favor. Billy dijo que tenía que hacer un par de visitas, tras lo cual expresó el deseo de que yo fuera a comer a su cabaña, y cuando se hubo ido, sus cortesanos me rodearon cual fatuos en derredor de alguien que acaba de ser nombrado caballero. Por ellos supe que un buen día la Virgen de Church Creek se fue de casa de Roxanne y desapareció, sin que se volviera a saber nada de ella hasta el día en que Billy Rumbly vino a la ciudad, vestido de usanza inglesa, y afirmó que era su esposa. Unos decían que la tenía prisionera y afirmaban haber visto cómo la torturaba al fuego de la chimenea, pero otros que habían espiado a Billy aseguraban que la señorita Bromly era libre de salir de la cabaña, cuando le venía en gana, y si seguía a su lado era porque quería. A quienes se tomaron la libertad de pedirle que celebrara una boda cristiana como es debido, Billy les respondía que nada podría causarle una satisfacción mayor, sólo que a su mujer le bastaba con la ceremonia india que él efectuara y no quería saber de otras, y no era cosa de obligarla en contra de su voluntad.

»En todo caso, y pese a que había transcurrido poco tiempo desde su primera aparición y a que aún había quienes hablaban mal de él, Billy parecía haber conquistado el corazón de todas las mujeres de Church Creek y ganado el respeto de la casi totalidad de los hombres. Abrigaba grandes planes encaminados a mejorarlo todo, empezando por el mercado tabaquero y acabando por el código penal, según me contaron, y aun cuando nadie se atrevería a decírmelo a las claras (debido a que me apellido Russecks, se entiende), era obvio que todos esperaban que Billy, tarde o temprano, acabara plantándole cara a mi hermano. Las gentes del lugar habían

trocado su vasallaje casi como un solo hombre; Billy es sobremanera fuerte y tiene muchos planes; sir Harry siente grandes celos de su poder. Raro sería que no acabaran enfrentándose. Más aún, corre el rumor de que fue Harry quien obligó a huir a la señorita Bromly, intentando aprovecharse de ella, por lo que todo el mundo pensaba que Billy le exigiría satisfacciones a ese canalla en el momento oportuno.

»Cuando íbamos camino de la cabaña (olvidé decir que yo era la primera persona que iba invitada a su casa, por lo que se me envidiaba aún más), le dije a Billy con toda franqueza lo que había oído acerca de él y le rogué me dijera qué era fantasía y qué realidad, mas él estaba tan absorto en las cuestiones que se planteaba acerca de todo cuanto hay bajo el sol que no me dio una respuesta adecuada. Quería saber por qué no podían constituirse en gremio los plantadores de tabaco y negociar con los lores comisionados del comercio y las plantaciones. ¿Quién era Palestrina? ¿Creía yo que a los cuarenta años se era demasiado viejo para aprender a tocar el clavicordio? ¿Por qué Copérnico daba por supuesto que el sol no se movía, cuando lo más probable era que se desplazara por el espacio junto con sus planetas? Si a los ascetas cristianos les causa placer el mortificar sus apetitos, ¿no debieran satisfacerlos a fin de mortificarlos y mortificarlos a fin de satisfacerlos, lo cual conducía al asceta a un callejón sin salida?

Mary Mungummory sacudió la cabeza.

—¡Como se parece a mi Charley que en paz descanse! ¡El diablo le había llenado el zurrón de preguntas y las respuestas de los hombres no le satisfacían!

Ebenezer instó al trampero a que le hablara de la señorita Bromly.

—En este mundo los inocentes se ven abocados a pedirle al león que les proteja del lobo. La inocencia es como la juventud —afirmó con pesadumbre—: se nos concede para que la disipemos y es su pérdida lo que le confiere sentido.

—Eso es lo que la convierte en un don precioso, ¿no es así? —preguntó McEvoy, sonriendo.

—No —negó Mary—, eso es lo que prueba su futilidad, a mi modo de ver.

—Lo que prueba queda fuera de mi alcance —dijo Ebenezer—. Yo sólo sé que las cosas son así.

Entonces Russecks contó que había encontrado la cabaña (la cual ya no consideraba de su propiedad) excelentemente reparada; las ventanas estaban equipadas con cristales nuevos y los alrededores habían sido desbrozados de matojos. En el patio se alzaba un reloj de sol de reciente construcción, tal vez el único de aquellos contornos, y en lo alto de un gablete del tejado había erigido el constructor una plataforma destinada a mejor observar las estrellas y los planetas.

—Durante el camino Billy había mencionado que la noche anterior había abatido a un gamo joven, y aguardaba a que fuera lunes, como buen cristiano, para descuartizarlo; sin embargo, cuando arribamos a la cabaña divisé a una mujer salvaje

que, manchada de sangre hasta los codos, se afanaba con los despojos, desmembrando los cuartos y tajando filetes. Vestía una sucia piel de ciervo, como es costumbre entre las *squaws* de cierta edad; tenía el pelo basto y enmarañado y la piel morena con más grasa que una tira de tocino. Cuando nos acercamos estaba de espaldas y no nos prestó la menor atención. Pensé en reconvenir a Billy por tenerla trabajando; quería decirle que me parecía un rasgo de jesuitismo descarado hacer que los paganos violasen el precepto del descanso dominical a favor suyo; pero antes de dar con las palabras adecuadas, Billy se dirigió a la mujer en lengua salvaje, y cuando volvió el rostro vi que no se trataba de ninguna mujer india. Tan sólo pude percatarme de que era la famosa Virgen de Church Creek.

Ebenezer y McEvoy no pudieron ocultar su asombro.

—A fe mía, señores —siguió diciendo Russecks—, que cuando el hombre civilizado pone los ojos por vez primera en un salvaje le es menester hacer una pausa, pues se ve contemplando los bajos orígenes de su historia, y con todo, cuánto más raro es el espectáculo que le ofrece un semejante que ha recaído en la condición salvaje, visión harto más turbadora por cuanto no se puede menos de recordar lo empinada y espinosa que es la senda que lleva a las alturas de la cortesía y el refinamiento, hasta el punto que con distraerse una sola vez para tomar aliento, por decirlo así, puede bastar para hacer que el escalador se despeñe y vuelva a su estado originario. E incluso los más civilizados de entre nosotros, fijaos bien (el señor Cooke, que es poeta, o quien se quiera), qué demonios, señora, cuando ven a alguien como la mujer de Billy Rumbly... —El trampero hizo una pausa y volvió a tomar la palabra—. Lo que quiero decir, señores, es que es lo mismo que el cultivo de nuestros campos, o así me lo parece a mí: es cuestión de orden y determinación (¡y entonces cuán prodigiosos frutos se obtienen!), y sin embargo no es más que un rasguño, ¿no es cierto?, que hacemos en la superficie de unas profundidades insondables. Damos dos golpes de azadón en la tierra intacta, pero por debajo hay un lecho de piedra inmutable, y más abajo aún se oculta el fuego furioso que arde en el corazón del mundo.

»Lo que yo digo es que al hombre razonable no le queda más remedio que meditar acerca de estas cosas cuando ve que alguien como él ha vuelto al estado salvaje, como la Virgen de Church Creek. Iba ataviada a la usanza india, como he dicho antes, y estaba cubierta de porquería de la cabeza a los pies, como un marrano. A lo que parecía, habíase atezado la piel con alguna tintura y la llevaba embadurnada de grasa de oso, lo cual, junto con la porquería y la sangre del gamo envolvíala en un insuperable hedor salvaje, perceptible incluso en medio del frío exterior. No me dirigió una sola vez la vista; tenía la clavada en Billy, como un fiel perro de caza, y a una orden de éste, dejó de darle tajos al ciervo y se alejó parsimoniosamente, disponiéndose a asar dos filetes para la comida.

»El interior de la cabaña —siguió diciendo Russecks— ostentaba toda la limpieza que le faltaba al ama de casa, la cual, al calor de la lumbre, apestaba más que una curtiduría; acabada la comida, se pasó la tarde entera en una estera que había frente al hogar, sentada a la usanza india, majando alimentos en un mortero con aire impasible, y cuando Billy se dirigía a ella, limitábase a responder con gruñidos y monosílabos. Con todo y con que sus modales y condición eran propios de una esclava, en ningún momento advirtió el trampero nada que pudiera ser índice de coerción o de intimidación.

»En resumidas cuentas —dijo—, había dejado de ser una mujer inglesa para transformarse en una simple *squaw* salvaje. Yo doy a creer que Billy iría a por ella cubierto de grasa de oso y con la bolsa mágica atada a los ijares, obrando tales prodigios de amor y violación salvajes que ella soltó las riendas de su mente para siempre.

—Has errado el tiro —dijo Mary llanamente—. Gracias a su saber amoroso conquistó a la moza de modo que en aquel punto y hora renunció a su condición de inglesa por siempre jamás. Yo sé que es así.

—¡Ah, pero cuánto aborrezco a ese monstruo a pesar de todo! —dijo Ebenezer—. Aun reconociendo que se nos ha conferido la inocencia a fin de que la perdamos, con todo y con eso (o más bien por consiguiente), ésta cobra su pleno significado cuando hacemos entrega de ella, ¿no es verdad? Que te la arrebaten por las buenas o por las malas, por medio de una violación... —Ebenezer intentó visualizar la lucha: se imaginó a sí mismo en la posición de la señorita Bromly, forzada a yacer de espaldas sobre las frías zarzas del bosque. Ahora la víctima era él: el cuchillo en la garganta, las ropas levantadas, el viento mordiéndole en los muslos y en sus partes; y encima de él, desnudo y cubierto de grasa, un salvaje de piel oscura, con el rostro y los ojos de reptil de Henry Burlingame—. ¡Que Dios lo maldiga! ¡Cómo debe jactarse de su victoria!

—¿Cómo, cómo? —Russecks denotó cierta sorpresa—. ¿Jactarse, decís? Pues de eso nada, no se jactaba, para que lo sepáis. No, amigo mío, se os olvida que Billy Rumbly ha remontado un trecho mayor que el que ha descendido esa moza; sí. ¡Incluso me jugaría algo a que ha llegado más alto de lo que jamás estuvo ella! Un caballero tan correcto y educado jamás podría alegrarse de una victoria semejante; y, sin embargo, según lo veo yo, es su conquista lo que lo ha elevado. Lo cierto, señores, es que su esposa es una fuente constante de vergüenza para él; él le insta a que se lave y se vista como corresponde a una dama inglesa; su mayor deseo es ingresar en el seno de la Iglesia y celebrar una boda cristiana; nada le causaría más alegría que zarpar esta noche rumbo a Roma o a una universidad inglesa. Pero ella no quiere ni oír hablar de ello; se revuelca en la inmundicia y en las costumbres salvajes, y el pobre Billy es un hombre de honor, incapaz de abandonarla ni de obligarla a

actuar en contra de su voluntad.

Mary Mungummory movía la cabeza.

—¡Qué bien conozco los corazones de una y otro! Una vez más me hago la pregunta que formulo cada noche cuando contemplo desde mi carreta el cielo; en el fondo del corazón, ¿son los hombres unos seres salvajes recubiertos por una pátina de cortesía? ¿O es la condición salvaje una débil mancha que contamina la cortesía natural del hombre y que una y otra vez se manifiesta en forma de erupción, como si a un ángel le salieran granos en el trasero?

Al menos para Ebenezer, que se hallaba absorto en el recuerdo de ciertas actitudes violentas de su pasado, la pregunta no estaba en modo alguno exenta de interés y pertinencia; no obstante, ni él ni los otros hombres se atrevieron a aventurar una respuesta.

12. LUEGO DE PROSEGUIR VIAJE RUMBO AL NORTE, CAMINO DE CHURCH CREEK, MCEVOY AVANTAJA A UN NOBLE EN NOBLEZA Y EL POETA, SIN QUE NADIE LE DEMANDE SU PARECER, ES ARMADO CABALLERO

Poco después de que Harvey Russecks concluyera su relato, retiráronse todos a dormir en unos lechos de hojarasca de maíz que les proporcionó el anfitrión; con ellos y un número abundante de mantas que traía Mary en el carromato, pasaron Ebenezer y McEvoy la noche más cómoda de la que disfrutaban desde hacía tiempo. El poeta, empero, mantúvose despierto por espacio de unas cuantas horas pensando en la señorita Bromly, en su hermana, en la gravedad de la misión que le había sido encomendada y en la historia que le acababan de contar. A la mañana siguiente, cuando estaban desayunando con unos huevos fritos y carne de rata almizclera (manjar que hallaron mucho más grato al paladar que a la vista), Ebenezer dijo así:

—Ya de antes tenía motivos suficientes para buscar al tal Cohunkowprets, o Billy Rumbly, pues bien pudiera servirme para descargar de mi conciencia el peso de dos vidas inglesas que sobre ella pesan; pero ahora, luego de haber oído lo bajo que ha caído la señorita Bromly por pura lealtad hacia mi hermana, se hace más urgente que nunca dar con éste y tratar de salvar a aquélla. Si por causa mía se pone en peligro otra vida, el sentido de la responsabilidad me hará perder la razón.

—No, amigo mío —le encareció McEvoy—; bien sabe el cielo que respeto vuestros sentimientos, pero pensáoslo bien. Os habéis comprometido a salvar a los rehenes que hemos dejado en manos de Chicamec os cueste lo que os cueste, según vos mismo afirmasteis, y a mí me habéis hecho partícipe de tan mentecato honor. ¿Creéis acaso que el tal Rumbly se avendrá a vuestros deseos si advierte que os proponéis arrebatarse a su mujer? Y si nos vuelve la espalda..., ¡vive el cielo!, entonces habréis de responder no de dos, sino de doscientas mil vidas. Teniendo a Dick Parker y a ese otro como generales, ni toda la milicia de América será bastante para frenar a los indios y los esclavos.

—Me dan escalofríos sólo de pensarlo —dijo Mary Mungummory, que estaba junto al fuego en el que habían preparado la cena—. No conviene olvidar, señor Cooke, que al margen de cuál haya sido la mala pasada que ha llevado a esa mujer a la situación en que ahora se encuentra, sigue en ella por voluntad propia. — Súbitamente, Mary suspiró irritada y se dirigió a un Tribunal imaginario, poniéndolo por testigo de la testarudez del poeta—. ¡Es el colmo, señores, el mundo está a punto de saltar en pedazos y él sólo se preocupa de las desdichas de una mujerzuela!

Ebenezer sonrió.

—¿A quién le cumple decir desde qué lado del catalejo se han de avizorar las cosas? Una noche, hallándonos Burlingame y yo contemplando las estrellas allá en Saint Giles in the Fields, comenté que los problemas de los hombres, al igual que sucede con las montañas de nuestro planeta, son insignificantes en comparación con la eternidad y con la inmensidad del cielo, a lo cual Henry repuso: «Muy cierto, querido Eben; mas aquí abajo, donde vivimos nosotros, las montañas son harto elevadas, no te quepa la menor duda de ello». Sea como fuere, me propongo hacer cuanto esté en mi mano por la señorita Bromly. No tengo intención de denunciar a Billy Rumbly por haber cometido un delito de violación (¡en un Tribunal de Maryland eso sería una presunción vana!) y no creo que le plantee objeciones a mi solicitud, si he entendido bien lo que de él ha dicho el señor Russecks.

Era todavía temprano cuando se despidieron del trampero y partieron en la carreta de Mary camino de Church Creek; aunque llevaban cinco horas de viaje, el sol apenas había rebasado el meridiano cuando avistaron una construcción.

—Aquello que allí se ve es una posada —dijo McEvoy, señalando un edificio de nítidos perfiles, situado a cierta distancia de donde se encontraban.

—Sí; allá iremos, nos guste o no —dijo Mary—; es la morada de sir Harry —y explicó que Harry Russecks se encolerizaba hasta extremos peligrosos cuando los que acudían a la población vecina no se presentaban ante él y le comunicaban qué les llevaba por allí—. El sabe muy bien a qué vengo yo, y en cuanto a vosotros, no es preciso que digáis sino que os llevo a Cambridge, donde tenéis que cumplir un encargo del gobernador.

—¡Pero, bueno, menudo déspota desvergonzado! —exclamó Ebenezer—. ¿Con qué derecho se entromete en los asuntos de todo el mundo?

—Ah, bueno —repuso Mary—; en primer lugar, es capaz de cargar con cinco quintales de grano a la espalda, según dicen, y de romperle el cuello a un hombre como quien troncha una pajita. En segundo lugar, es el amo de la posada, del molino que está al otro lado del río y la mitad de los plantadores de los alrededores dependen de él.

»El molino —siguió diciendo—, al igual que sucedía con la mayor parte de los molinos de la provincia, se había construido por orden de lord Baltimore, financiado en parte con fondos procedentes del tesoro provincial; de ahí que el gobierno estuviera interesado en que siguiera funcionando. Harry Russecks era consciente de aquel hecho, pero como la ciudad de Saint Mary se hallaba tan alejada de Church Creek y como además el Consejo del Gobernador tenía tantos problemas apremiantes a los que prestar atención y tan débiles mecanismos en los que apoyar su autoridad, Harry Russecks explotaba aquel monopolio sin el menor escrúpulo y de todos los modos posibles. A base de cobrar por la molienda tarifas que rayaban en la extorsión, y de sustraer invariablemente un puñado de cada fanega de grano, se había hecho con

una buena fortuna; luego construyó la posada y se dedicó a hacer préstamos a los plantadores de tabaco de la zona, obligándolos a consignar sus tierras como garantía subsidiaria, con lo cual obtenía grandes beneficios anuales independientemente de los altibajos del mercado. Si el precio del tabaco alcanzaba una buena cotización, él recuperaba sus préstamos con los intereses, elevaba las tarifas del molino y la taberna se le llenaba de plantadores que acudían a celebrar su suerte; si el mercado bajaba, él aumentaba sus tierras merced a las garantías subsidiarias, seguía moliendo grano como siempre, pues el prójimo tenía que comer el pan de cada día, y les vendía ron a los plantadores para que ahogaran sus penas. No ha de resultar sorprendente, por lo tanto, que en poco tiempo acabara convirtiéndose en el hombre más rico de la zona y en uno de los más ricos de la provincia. Su posición en Church Creek era tan firme que se permitió proclamar a su esposa la única mujer que pertenecía genuinamente a la nobleza en muchas millas a la redonda, y ello recurriendo a componendas que las gentes del lugar no podían adivinar sino por conjeturas; todo el mundo sin excepción estaba obligado a darle el tratamiento inherente a su falso título, en tanto él seguía robándoles en el molino; las gentes tenían que apartarse de su camino cada vez que le daba por blandir la espada, cosa que hacía incluso ante la rueda de moler, y todo el mundo en general tenía que rendir pleitesía a sus trapacerías sin rechistar.

—Sir Harry no respeta nada en este mundo salvo las patentes de nobleza —dijo Mary a modo de conclusión—, y no teme a nadie en esta provincia salvo a dos comisionados de Saint Mary, que, según dicen algunos, han venido a inspeccionar molinos y transbordadores.

Cuando estuvieron delante de la posada vieron los viajeros encima del nombre un curiosísimo escudo de armas pintado con colores estridentes: sobre un campo de *azur*, entre dos flancos de *sable*, veíase unas anillas en *or* (una especie de círculos con un orificio cuadrado en el centro y que semejaban ruedas de molino), una flor de lis en campos de *gules*, por encima y por debajo de la cual destacábanse sendos cangrejos armados al *natural*. El examen del escudo se vio bruscamente interrumpido por un violento estrépito procedente del lugar del que aquél era enseña; se oyó un estruendo de loza que se rompía, el alarido de una mujer y una voz de hombre que gritaba: «¡Ay! ¡Ay!», a la cual siguió un segunda voz que bramaba: «¡John Hanker, te voy a partir la crisma! ¡Toma! ¡Estate quieto, maldita sea, que te voy a arrear un buen pescozón!». Por la puerta salió zumbando un joven colono que se llevaba las manos a la cabeza (en la que no lucía peluca alguna) y corría como si le fuera la vida en ello. Pisándole los talones apareció un hombre desgredado, con aspecto y trote de toro, pelinegro, que llevaba la camisa desabrochada, miraba de soslayo y tenía muchas pecas; portaba en la diestra una espada (no un estoque como el que se usa entre caballeros, sino un alfanje a lo Henry Morgan con el que se podría descuartizar a un buey), y con la siniestra arrastraba del brazo a una desdichada moza, la misma, según

comprobaron enseguida, cuyo alarido había anunciado aquella escena. De no ser por aquel estorbo de su perseguidor, el joven hubiera perdido algo más que la peluca, y aun así el espadachín de las greñas (el cual Ebenezer dio por sentado que sería el molinero Russecks) a punto estuvo de añadir un homicidio al catálogo de sus pecados.

—¡Agg! ¡Corre, Hanker! —tronó, poniendo fin a la persecución—. ¡Vuelve por Church Creek, que te moleré hasta hacerte papilla!

—¡Si sólo era una broma, padre! —exclamó la muchacha—. ¡No sigáis! —Ahora que había remitido la tormenta, la joven parecía más corrida que alarmada.

—¡Pardiez! —murmuró McEvoy, dirigiéndose a Ebenezer—. ¡Qué moza tan garrida!

El molinero se volvió hacia ella.

—¡Me conozco tus bromas! ¿Te crees que no he visto dónde ha puesto ése su manaza de borracho? ¡Y encima tú le sonreías! *Los perros siempre van jadeando detrás de las perras en celo.* ¡Pues maldita si no te saco el celo a palos y de paso se lo saco a tu madre!

El molinero le propinó un cachete en las posaderas con la hoja de la espada.

—¡Aayy! —protestó la moza—. ¡Sois un diablo escapado del infierno!

—¡Y tú, una gallina de Winchester! —Enarboló la espada por segunda vez y le cruzó un golpe seco en la pierna. Ebenezer enrojeció y McEvoy se levantó de un salto, como si se dispusiera a lanzarse desde el pescante para acudir en auxilio de la damisela. Sin embargo, a pesar de que la muchacha se quejaba a grandes voces del castigo que le infligían, sus quejas nada tenían de contritas.

—¡Ay! ¡Os juro por Dios que os mataré mientras dormís!

—¡No sin que antes te haya dado una buena tunda! ¡Vaya que sí!

El tercer golpe iba dirigido al mismo sitio que el primero, mas a fuerza de retorcerse y darle mordiscos en la muñeca al molinero, la muchacha lo recibió en la cadera y de paso logró zafarse.

—¡Ajá! ¡Intentad zurrarme ahora, maldita sea vuestra estampa! —No echó a correr enseguida, sino que se demoró un momento, mofándose de él desde lejos—. ¡Miradlo cómo menea la espada! ¡Si se la compró para apalea a mujeres desvalidas! ¡Valiente pollino que está hecho!

—¡So puta!

—¡Y vos, cornudo! ¡Lo que nos vamos a reír cuando Billy os arranque la cabellera!

El molinero, bramando, arremetió contra ella, pero la muchacha echó a correr y se puso a dar vueltas en derredor del carromato, seguida del molinero. Cuando al cabo de unos momentos Harry cejó en su persecución, resignado, al parecer, porque ya tenía experiencia de lo veloz que era su hija, detúvose ella también, jadeante y con la

mirada encendida. Tenía las aletas de la nariz distendidas y un hoyuelo de desdén en la barbilla. Le lanzó un escupitajo.

—¡Bufón!

Se sacudió los rizos, que eran de un rubio ceniza, le volvió la espalda al hombre y echó a andar calle abajo, camino del molino; su padre se caló el arma al cinto, al tiempo que soltaba un bufido, y se fue en pos de ella, con paso fatigoso; más que un atacante parecía un centinela celoso.

—Henrietta Russecks —dijo Mary, riendo entre dientes—. ¿A que es vivaracha?

Pero los hombres estaban espantados por la escena que habían presenciado. Pasó algún tiempo antes de que Ebenezer encontrara voz con que poder dar rienda suelta a la indignación que sentía; cuando la encontró, prorrumpió en denuetos contra la desvergonzada falta de galantería del molinero. McEvoy dio muestras de una cólera aún mayor, e incluso tuvo la ponderación de dedicarle un panegírico a la joven.

—¡Madre de Dios, qué carácter, Eben! ¡Se la ha devuelto a ese matón con creces! ¡No se acoquinó ni un solo instante! ¡Fuego y fantasía! Tales son las virtudes supremas de la mujer, según solía decir Ben Oliver. ¡Pocas veces se ve una cosa así!

—Más vale no jugar con Henrietta —le previno Mary con cordialidad—. Ya habéis visto lo que le pasó a ese joven Hanker sólo por hacerle una caricia. Nada, ni el rector de la iglesia de la Trinidad en persona podría hacerle la corte a la hija de sir Harry sin una patente de nobleza.

McEvoy aspiró por la nariz y arrugó la frente, pensativo.

Decidieron acudir directamente al molino, donde, amén de anunciar a Russecks su presencia, Mary podría indagar de la mujer del molinero si tenía nuevas acerca de Billy Rumbly y su pareja. De camino, para darle gusto a McEvoy, Mary siguió contando cosas de Henrietta: la moza tenía veinticuatro años y era tan viva de carácter como su madre, que había sido una beldad famosa en sus años mozos y aún hacía volver la cabeza a cualquier joven capaz de apreciar la pulcritud, aderezada por la experiencia. La hija había alcanzado más que sobradamente la edad casadera, pero el molinero estaba tan celoso del título que se había apropiado merced a su esposa que jamás le consintió a Henrietta elegir marido entre los jóvenes del lugar; tenía que ser un pretendiente de noble estirpe. Y a cada año que pasaba se hacía más dificultoso vigilar su soltería, sobre todo desde que la señora Russecks, lejos de compartir las inquietudes de su marido, no sólo se alió con Henrietta en la causa del amor, sino que también se mostraba dispuesta a compartir con su hija cualquier aventura amorosa que se les pusiera a tiro.

—Pese al ingenio de las dos mujeres y a las argucias de una veintena de amantes potenciales, sir Harry se las apaña para tenerles el ojo encima día y noche. Cuando él está en la posada, ellas ejercen de taberneras las más de las veces; cuando está en el molino, ejercen de molineras. Incluso duermen los tres en el mismo cuarto, con el

espadón de sir Harry colgado de la cabecera del lecho. Tan sólo en una ocasión a lo largo de todos estos años han conseguido ellas escabullírsele... Y menuda se armó. ¡La gente todavía habla de aquellos quince días!

Cuando todavía se encontraban a un centenar de pasos del molino (el cual, a juzgar por su aspecto, hacía también las veces de mansión familiar), Harry Russecks salió y se quedó mirándolos con aire ceñudo y los brazos en jarras. Al mismo tiempo divisaron los viajeros en una ventana del primer piso a las dos mujeres, que los miraban con interés. Mary Mungummory les devolvió el saludo, pero Ebenezer sintió un escalofrío.

—¿Y decís que teme a los inspectores de molinos como a la peste? —dijo McEvoy pensativo—. Escuchad, vos tenéis buen fondo, Mary, ¿queréis ayudarme a hacer una jugarreta? ¿Y vos también, Eben? Ya os debo la vida, ¿puedo acrecentar la deuda?

Lo único que se proponía, explicó McEvoy a sus escépticos acompañantes, era hacerle beber a aquel patán de molinero un trago de su propia receta; si le salía mal, nadie perdería nada, pero si le salía bien...

—¡Por los clavos de Cristo, vamos a hacer la prueba! —dijo apresuradamente, pues estaban tan cerca del molinero que casi podía oírlos—. Vos decid a qué venís, como hacéis siempre, Mary, y decid que nada sabéis de nosotros salvo que nos recogisteis por la carretera poco después de la tormenta. No, mejor dicho, decid que sospecháis que hay algo más de lo que se ve a simple vista, pues desde un primer momento nos hemos mostrado de lo más reservados y nos hemos negado a decir cómo nos llamamos y a qué nos dedicamos.

—No saldrá bien, mozalbeta —le advirtió Mary, pero ya los ojos le chispeaban ante la perspectiva de una chanza.

—Os lo suplico, John —susurró Ebenezer—. ¡No tenemos tiempo para aventuras frívolas! Pensad en Bertrand y en el capitán Cairn... —No pudo seguir protestando por miedo a ser oído, y además la expresión de McEvoy denotaba resolución. El súbito interés del irlandés por la hija del molinero parecía no sólo una impropiedad que traicionaba la confianza que solemnemente habían depositado el uno en el otro, sino también una suerte de infidelidad para con Joan Toast, a pesar de que estaba claro que Joan había abandonado a McEvoy por él, y a pesar de que él le había sido infiel a su vez a Joan en un sentido mucho menos honorable que el sexual. Ebenezer se contuvo y aguardó con desasosiego a ver en qué deparaba todo aquello.

—¡Buenas, sir Harry! —dijo Mary, y se bajó del carro—. Pasaba por aquí y vine a presentarle mis respetos a Roxie.

El molinero no le hizo caso.

—¿Quiénes son esos?

—¿Esos? —Mary miró hacia atrás sorprendida, como si entonces reparara en la

presencia de sus pasajeros—. ¡Ah, os referís a *estos*! Son dos fulanos que me encontré cerca del estrecho de Limbo después de la tormenta. —Con voz que el poeta apenas alcanzó a oír, añadió—: Dicen que tienen ciertos asuntos en Church Creek, pero no especificaron cuáles. ¿Está Roxie?

—Sí, pero no la vais a ver —dijo el molinero, sin dejar de lanzarles miradas furibundas a los dos hombres—. No sois compañía adecuada para una dama, aunque ésta sea una perdida. ¡Seguid vuestro camino!

—Lo que vos digáis. —Mary aguardó a que McEvoy se bajase del carro, seguido de Ebenezer—. Si tenéis asuntos más al norte —les dijo, guiñando un ojo—, a mí no me cuesta ningún trabajo llevaros.

—Sois muy caritativa, madame —dijo McEvoy, efectuando una leve inclinación—. Os doy las gracias por el servicio que nos habéis prestado a nosotros y a Su Majestad. No pasará mucho tiempo sin que os recompensemos de un modo tangible.

—¿Quiénes sois? —exigió saber Russecks—. ¿Qué asuntos os traen por Church Creek?

McEvoy se volvió hacia él y, lejos de mostrarse intimidado, examinó al molinero de la cabeza a los pies con un aire de suspicacia exagerado.

—¡Hablad, maldito seáis!

Ebenezer vio que la negra barba empezaba a temblar de ira y se sintió tentado de poner fin a la burla antes de que fuera demasiado tarde, pero McEvoy habló sin darle tiempo a reunir el valor necesario.

—¿Le he oído a esta dama dirigirse a vos como sir Harry?

—Así es, a menos que tengáis tanto de sordo como tenéis de gallito.

McEvoy miró a Mary con aire acusador.

—Madame, cuando decía que este zote ceñudo es sir Harry Russecks, ¿es para hacer gala de un extraño sentido del humor o se trata de una broma que os gastáis entrambos?

Desde arriba, donde se encontraban las mujeres, que habían abierto la ventana para oír mejor, llegaron un suspiro de incredulidad y una risita; incluso Mary, que tanta seguridad tenía en sí misma, se asombró de la osadía del irlandés.

—¿Cómo? —vociferó el molinero—. ¿Está diciendo éste que yo no soy sir Harry? —La mano le voló a la empuñadura del alfanje.

—¡No, Ben, no desenvainéis! —exclamó McEvoy, dirigiéndose a Ebenezer, que estaba temblando—. ¡Cómo! ¿Te has dejado el estoque en la carreta? —McEvoy echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; todo el mundo, incluidos el molinero y sus mujeres, estaba atónito.

—Estáis de suerte, molinerillo —dijo McEvoy torvamente; acto seguido llegó al extremo de darle un tirón de la barba—. Mi amigo sir os habría traspasado la molleja en un abrir y cerrar de ojos; ya ha traspasado a doscientos como vos, siempre al

servicio de Su Majestad. Y ahora llevadnos a presencia de sir Harry y basta de impertinencias, de lo contrario, haré que os sacudan la harina del pellejo a latigazos.

—Tened la bondad, señor —dijo Mary, que estaba a todas luces disfrutando a costa del desconcierto del molinero—. Por mi vida que este hombre es sir Harry Russecks, con harina o sin ella... Ahí están su esposa y su hija, señor, dispuestas a jurarlo.

Las damas de la ventana confirmaron alegremente el dato, pero McEvoy simuló seguir dudando.

—Si vos sois sir Harry Russecks, ¿a santo de qué andáis trabajando en el molino como un patán?

—¿Qué decís? Pero, señores, ¿acaso no sabéis que...? —El molinero se volvió hacia Mary, buscando ayuda.

—No es más que un capricho sin importancia de sir Harry, señor —dijo Mary—. En el molino se ganó su primer pan, antes de casarse con la señora Russecks, y el buen sir Harry no es de los que olvidan fácilmente su humilde nacimiento.

—Sí, sí, eso es; ha dado de lleno en el clavo. —Pese al alivio que le proporcionaba aquella explicación, Russecks no parecía enteramente satisfecho de la alusión a su nacimiento—. ¿Habéis... he oído que estáis al servicio de Su Majestad, señores?

—En cierto modo, sí —dijo McEvoy—. Pero es mejor que os diga desde el principio que nuestro nombramiento se fue a pique junto con la nave y toda la tripulación durante la tormenta, y en tanto nos envían uno nuevo de Saint Mary, estáis en vuestro derecho de impedirnos la entrada al edificio, si así os parece.

El molinero abrió mucho los ojos.

—¿Sois comisionados de Nicholson?

McEvoy se negó a confirmar o desmentir el cargo, limitándose a decir que en tanto su autoridad no tuviera carácter legal, pensaba que lo mejor era no seguir hablando de aquello.

—En cualquier caso —dijo en un tono menos severo—, no viajo solamente por encargo de Nicholson. Me llamo McEvoy (Comercio y Plantaciones, allá en Londres) y mi padre es sir Jonathan de Whitehall.

—¡No me digáis! —exclamó, maravillado, el molinero, aún no enteramente libre de toda suspicacia—. No es posible que tenga el gusto de acabar de conocer a sir Jonathan McEvoy de Whitehall.

—Para descrédito nuestro, así es. —McEvoy efectuó una leve reverencia—. Pero no he perdido la esperanza de que la señora Russecks nos pueda redimir merced a que conozca nuestro nombre.

Aquella jugada halló una nueva respuesta en la ventana; cuando McEvoy alzó la vista en dirección a las damas, la señora Russecks (la cual, según pudo comprobar

Ebenezer, era, como había afirmado Mary, una belleza en plena sazón) asintió solemnemente, y Henrietta, sonriente, efectuó una pronta inclinación de cabeza.

McEvoy señaló a Ebenezer.

—Este sujeto formidable es mi amigo sir Benjamin Oliver, que merced a su vista prodigiosa y al poder de su brazo derecho probablemente sea el par más joven de Inglaterra. Damas, os presento a sir Benjamin: un león en el campo de batalla y un corderillo en los salones de sociedad.

Ebenezer se ruborizó por la impostura y por la caracterización del que había sido objeto, pero se inclinó automáticamente ante las damas.

—El caso es que —siguió diciendo McEvoy—, el padre de sir Benjamin está en viaje de negocios, visitando las plantaciones, en tanto que yo le estoy enseñando el país a mi tímido amigo. No es menester decir que sir Benjamin ha oído hablar de la familia de la señora Russecks allá en Inglaterra.

—¡No me digáis! —El molinero se pasó orgullosamente el dedo índice por la nariz—. ¡Ha oído hablar de la familia de la señora Russecks allá en Inglaterra! ¡Eh, Roxie! ¿Has oído lo que ha dicho el caballero? ¡Nuestra familia es tema de conversación entre los pares de Inglaterra! ¡Baja aquí!

Sin pérdida de tiempo, la señora Russecks salió a la puerta para saludar a los visitantes.

—Os presento a mi esposa Roxanne —dijo con orgullo el molinero—. La dama de más alcurnia de la orilla occidental.

—*Enchanté* —dijo McEvoy y, para espanto de Ebenezer, abrazó a la mujer como lo haría un amante y la besó ardientemente.

—¡Alto ahí! —gritó el molinero, sacando la espada—. ¿No me oís, maldito? ¡Soltadla! ¿Qué diantres andáis haciendo, vive el cielo?

McEvoy soltó a la desconcertada mujer fingiéndose sorprendido y molesto.

—¿Se puede saber de qué se alarma vuestro esposo, madame? ¿Es posible que desconozca el saludo Whitehall? ¿Es que no le habéis instruido en los usos de la corte?

La señora Russecks, todavía desconcertada por el súbito abrazo, acertó a confesar la posibilidad de que incluso ella pudiera no estar al tanto de las últimas modas de comportamiento observadas en Whitehall.

—¡Voy a descabezar a ese degenerado! —amenazó el molinero, alzando la espada.

—Mi querido amigo —dijo McEvoy con aire sereno y condescendiente—, en la corte se estila que los auténticos caballeros abracen de esta guisa a las damas cuando traban conocimiento con ellas; sólo a un zote o a un desvergonzado se le ocurriría insultar a una dama haciéndole una reverencia.

Acto seguido, antes de que Russecks pudiera ponerle pegas, McEvoy afirmó que

si bien comprendía la dificultad que sin duda les planteaba a los caballeros de provincias el estar al tanto de las costumbres imperantes en la buena sociedad de Londres, por ello mismo le parecía sumamente importante que observaran una actitud abierta y una humilde disposición a ser instruidos.

—Y ahora deponed la espada, que jamás debiera caballero alguno alzar sin causa, y tened la amabilidad de presentarnos a vuestra hija.

A Russecks lo desgarraba la duda, y no era capaz de decidirse entre el deseo de adaptarse a los usos de la corte y la renuncia a entregar a su hija Henrietta a los abrazos de los visitantes. Su esposa tomó el asunto en sus manos.

—¡Henrietta, muévete! —le recriminó, hablando en dirección a la puerta—. ¡Los caballeros van a pensar que eres una malcriada!

Al punto salió la muchacha de detrás de la Hoja de madera, se inclinó ante los dos hombres y se situó, muy pizpireta, frente a McEvoy, dispuesta a recibir el saludo Whitehall, el cual ejecutó el irlandés si cabe con más *elán* que antes. Al mismo tiempo, la señora Russecks dirigióse hacia Ebenezer y dijo:

—Encantadísimas, sir Benjamín; es un gran placer.

Así que, quieras que no, el poeta viose obligado a hacer otro tanto, y luego repitió con la muchacha de cabello rubio ceniza y mirada ávida, que se presentó ante él aún arrebatada por el beso de McEvoy, en tanto el molinero lo contemplaba todo con aire de consternación e impotencia.

Mary Mungummary sonreía beatíficamente.

—Si habéis menester de mí, estoy en la posada —dijo.

—En ese caso podéis llevar la yegua a la cuadra ahora mismo y pagarme por adelantado su manutención de hoy —dijo Russecks, malhumorado.

Mary hizo lo que le decían y se fue, mas no sin que antes Ebenezer advirtiera un intercambio de miradas entre ella y la señora Russecks. En un momento en que su marido presumía ante McEvoy de cobrar los gastos diarios de establo a toda caballería que pasaba más de medio día en Church Creek, la señora Russecks miró a Mary como preguntando: «¿Es posible que este joven descarado haya engañado de veras a mi marido?», y más adelante: «¿He de creer que sus intenciones son las que parecen?». La respuesta de Mary consistió en un guiño tan exagerado y lascivo que al poeta le dio un escalofrío de temor.

13. LOS COMISIONADOS DE SU MAJESTAD PARA LA INSPECCIÓN DE MOLINOS DE AGUA Y VIENTO DE LAS PROVINCIAS, TENIENDO EN MENTE FINES DISTINTOS, RECURREN EN OCASIONES DISTINTAS AL USO DE ALEGORÍAS

McEvoy expresó el deseo de que le enseñaran cómo funcionaba el molino, y explicó que aun cuando el cielo sabía muy bien que él se había hartado de ver molinos durante las últimas semanas, a su amigo sir Benjamin, que se había criado en Londres, pudiera resultarle divertido aquel ingenio.

—Naturalmente que sí, mis jóvenes señores —convino Russecks—. ¡Con mucho gusto os lo mostraré! Roxanne, tú y Henrietta idos ahora, en tanto yo me llevo a estos caballeros para que se den una vuelta por mi molino.

—¡Oh, padre, os lo suplico! —protestó Henrietta—. ¡Nos encantaría acompañarles! No nos da ningún miedo trepar por escaleras en compañía de estos caballeros, ¿verdad, madre?

—¡Que no, maldita sea! —exclamó el molinero—. ¡Lárgate antes de que te haga un cardenal en el...!

—Ni una palabra más —dijo McEvoy con firmeza—. Es propio de damas bien nacidas anhelar un poco de aventura de tanto en tanto, ¿no os parece? Mi brazo, señorita, tened la merced.

La muchacha lo cogió del brazo al instante y la señora Russecks hizo otro tanto con Ebenezer. McEvoy impidió que el molinero siguiera protestando, haciendo una serie de preguntas espinosas acerca del establecimiento.

—¿Cómo es que un caballero se rebaja a trabajar en la molienda? —quiso saber en cuanto entraron en el edificio.

—Ah, pues, bien, señor... —Russecks se rio, incómodo—. Es lo que dijo Mary..., la señorita Mungummory; lo que quiero decir es que... Se podría decir que lo hago por puro solaz, eso es. No está a la altura de mi rango, lo concedo, pero de alguna manera hay que emplear el tiempo, como digo siempre.

—Hum.

Ebenezer, que caminaba tras ellos, vio que el irlandés estiraba audazmente el brazo que le quedaba más alejado de Russecks y le propinaba a Henrietta un golpecito retozón en las costillas. El poeta palideció, pero la señora Russecks, que observó el gesto tan claramente como él, se limitó a estrecharle el brazo y sonreír. En cuanto a Henrietta, mostró sorpresa, mas ni un adarme de indignación ante los avances del caballero; cuando su acompañante repitió —preguntándole simultáneamente al molinero por qué, si hacía aquel trabajo por vocación, cobraba

tarifas tan desmedidamente ventajosas—, a la muchacha le costó trabajo contener el regocijo. Cogió la mano de McEvoy; éste le rascó la palma inmediatamente y sin miramientos, y la señora Russecks, en lugar de descargar su ira materna sobre el seductor, conforme se esperaba el poeta, suspiró y le clavó a éste las uñas en el antebrazo.

—Alto —dijo McEvoy, cortando las explicaciones del molinero en cuanto a que todos los ingresos procedentes del molino eran destinados a mejoras comunales, como su posada y el almacén de tabaco que estaba levantando un poco más abajo, junto al río—. Tengo que haceros urgentemente una pregunta de orden privado. Si tenéis la bondad...

Con expresión malévola, le dijo a Russecks al oído, susurrando en voz alta, que tenía imperiosa necesidad de saber si entre las mejoras del lugar se incluía la existencia de un retrete, y de ser así, dónde podría dar con él un hombre en apuros.

—Pues, pardiez, señor, en la parte de atrás —repuso el atónito molinero—, o, si no, sois libre de orinar en el caz del molino, que es lo que suelo hacer yo. Lo que quiero decir es que...

—Basta, vuestra hospitalidad me abruma. Usaré el caz y estaré eternamente en deuda con vos. ¡*Adieu* a todos; adelante con la visita! Enseguida os doy alcance.

Dejolos bruscamente, seguido por las miradas de asombro de las damas; al cabo de unos minutos regresó, le dio unas palmadas a Russecks en la espalda, lo tildó de poeta y de filósofo por haberle hallado tan portentosa virtud al caz de un molino, y con la otra mano le dedicó a Henrietta un carnaval subrepticio de pescozones, caricias, golpecitos y pellizcos que a punto estuvieron de hacer que la muchacha se desmayara como consecuencia de una mezcla de regocijo, agitación interior y el esfuerzo que le suponía impedir que su padre se percatara de nada.

—¡Qué atrevido es! —le musitó la señora Russecks a Ebenezer. El poeta advirtió, mortificado, que la respiración de la dama se aceleraba, y coligió que tenía envidia de que a su hija le hubiese tocado en suerte el acompañante más osado. A pesar de que ardía en deseos de interrogar detenidamente a la señora Russecks con respecto a la señorita Bromly, Ebenezer no sentía inclinación hacia los devaneos adúlteros, y no habría hecho nada ni siquiera en circunstancias menos peligrosas y menos remotamente relacionadas con la apremiante cuestión de Billy Rumbly. Iba el poeta muy envarado, y cuando la señora Russecks, aprovechando que iban por una pasarela cercana a la tolva del molino, le coló una mano retozona en el bolsillo de los calzones, remedando el comportamiento de Henrietta con McEvoy, a Ebenezer se le heló la sangre en las venas. Cuando salieron del molino por la parte trasera, que daba a las cuadras, sintió un inmenso alivio.

—Ahora bien, señores —dijo Harry Russecks—; convendréis conmigo en que no hay en toda la provincia molino mejor cuidado ni mejor explotado.

—En cuanto a lo primero, puede que no andéis muy lejos de la verdad —reconoció McEvoy. En cuanto a lo segundo..., pero no, he prometido no ejercer mis funciones en tanto no lleguen mis papeles. He de decir que me he entretenido ahí dentro; muchos molinos he visitado en Maryland, mas ninguno con tanto deleite.

El molinero escupió, ufano.

—¿Has oído eso, Roxie? ¿Acaso no he dicho yo siempre que no era ningún desdoro que un caballero supiera gobernar un molino?

McEvoy volvió a tomarle la palabra, mirando a Henrietta con desdoro.

—De manera singular agrádome una hermosa tolva que descubrí cuando subíamos a la parte de arriba. Por lo que pude apreciar, apenas estaba usada.

A Ebenezer se le cayó el alma a los pies, e incluso Henrietta se ruborizó ante aquella figura, mas el molinero pareció no captarla, pues exclamó:

—¡A fe mía que este hombre tiene buen ojo! Esa tolva la hice yo mismo, señor, no hace mucho tiempo, y me siento sobremanera orgulloso de ella. Es una pena que no la hayáis palpado bien, para así apreciar la belleza de los ajustes.

—En verdad que es una pena —convino McEvoy—. Podéis tener la seguridad que no volveré a dejar pasar la ocasión.

Envalentonada por las posibilidades que encerraba aquella metáfora, Henrietta insistió en que un mero tanteo manual no era bastante para descubrir la excelencia del artilugio, la cual se ponía de manifiesto cuando aquél ejecutaba la función para la cual había sido creado; sólo haciendo pasar por allí su propio grano podría el señor McEvoy apreciarlo debidamente. El irlandés repuso jovialmente que nada podría causarle un placer mayor, aunque había oído decir que los plantadores locales se quejaban del precio.

—¡Son todos unos *embusteros*! —exclamó Russecks—. ¡En vez de tanta queja y tanta habladuría, que busquen una maquinaria mejor en el condado!

Llegados a aquel punto, la señora Russecks se sumó a la conversación, en apoyo de su marido.

—Esa pequeña tolva no es la única maravilla del lugar. Puede que estuvierais demasiado distraído como para reparar en ellas, señor McEvoy, pero las mismas ruedas del molino son cosa poco vista.

—Sí, eso es una gran verdad —dijo Russecks con entusiasmo—. Puede que las hayáis visto desde la pasarela. Esas ruedas llevan prestando sus servicios diariamente desde hace casi cuatro décadas y a cada año que pasa están mejor.

La señora Russecks afirmó que sir Benjamin había estado mejor situado que el señor McEvoy, por lo que pudo contemplar más adecuadamente aquellas maravillas, cuya excelencia creciente no venía sino a corroborar la verdad de un axioma gremial que rezaba: *cuanto más añejas, mejor muelen las ruedas*.

—Claro que también es verdad —comentó Henrietta desvergonzadamente— que

la viga que encaje bien en esas ruedas ha de ser excepcional; la que usa papá está casi desgastada.

Ebenezer apretó los dientes. Miró en torno a sí, buscando el modo de poner fin a aquel *double entendre*, y reparó en que la caballeriza donde había dejado Mary a Afrodita estaba vacía.

—Vaya, la yegua de la señorita Mungummory no está. ¿Será posible que haya seguido el viaje sin nosotros?

—No, nunca sale tan pronto —dijo la señora Russecks—. Todavía no hemos tenido tiempo de hablar.

El molinero afirmó que no había de qué preocuparse, pero McEvoy insistió en ir a buscar a Mary a la fonda a fin de asegurarse de que la yegua no se había extraviado. Regresó enseguida, trayendo a Mary de la mano y dando grandes muestras de ira y alarma.

—¡La verdad, sir Harry! —exclamó—. ¿Tenéis por costumbre dejar sueltas a las caballerías de la gente después de haberles hecho pagar vuestros precios desorbitados?

Por un momento el molinero olvidó su papel; ensombreciósele el semblante y echó manó a la espada.

—Cuidado, mozalbeta, de lo contrario enseguida...

—¿Dónde está esa caballería, señor? —le apremió McEvoy—. Sir Benjamin y yo le debemos la vida a esta mujer por habernos traído en su carromato desde las marismas, como ya he hecho saber al gobernador Nicholson. ¿Pensáis que vamos a quedarnos cruzados de brazos viendo que su yegua se pierde por negligencia vuestra?

—¡Ay, mi pobre Afrodita! —se lamentó Mary.

—¡Por negligencia *mía*! —tronó el molinero.

—Sí, vuestra, en tanto que propietario de las caballerizas. ¡Desenvainad la espada si os atrevéis! No tenéis delante a un plantador acobardado, sino a uno de los más mortíferos servidores del rey Guillermo.

—¡Vamos, calma, caballeros, calma! —imploró el molinero—. ¿Pensáis que he soltado a la yegua a caso hecho? ¡Si me habéis tenido delante en todo momento!

Ebenezer comprendió súbitamente qué había sucedido y se sintió desfallecer.

—Yo no he formulado tal acusación —dijo McEvoy—. No obstante, sois responsable de la yegua. Un auténtico caballero jamás consentiría que sucediera una cosa semejante, cuanto menos trataría de escurrir el bulto. ¿Tengo razón, señora Russecks?

Aunque no parecía entender del todo los motivos que guiaban al irlandés, la señora Russecks convino en que la primera preocupación de un caballero como es debido consiste en cuidar las pertenencias de sus huéspedes. Por un instante dio la sensación de que Russecks iba abofetearla.

—¡Maldita sea, señores, nadie es más caballero que yo! ¡Soy un caballero de dos pares de narices y en todo Church Creek no hay otro como yo!

—Pues entonces id en busca de Afrodita —le espetó McEvoy— o habréis de responder ante el gobernador en persona.

—¡Que vaya a buscarla! ¡A estas alturas ese rocín puede estar a medio camino de Cambridge!

—Un caballero como es debido jamás se dejaría detener por una consideración así, eso es lo que pienso.

—¡Por favor, señor! —La señora Russecks cogió a McEvoy del brazo—. ¡No seáis severo con mi marido en Saint Mary! Tened la bondad de compartir una tetera con nosotras dos y sir Benjamin, y estoy segura de que mi esposo habrá recuperado la yegua antes de que anochezca.

—¡Antes de que anochezca! —exclamó Russecks—. ¡Para empezar ni siguiera he dicho que vaya a salir en busca de ese animal! Lo que quiero decir es que... ¡Por la sangre de Cristo! ¡Está bien, iré a buscar a esa maldita bestia! Pero necesitaré ayuda.

—Iré a buscarla con vos. —Mary se ofreció voluntaria de inmediato—. Conozco las costumbres de Afrodita y no voy a poder descansar en tanto no demos con su rastro.

Al molinero no le hacía la menor gracia aquel arreglo y aunque su rostro reflejaba a las claras desgana, consintió en que Mary se lo llevara camino de un bosque que había tras las cuadras. Ebenezer los vio partir con el ánimo desmayado.

—Creo que voy a ayudarles a buscarla —probó a decir.

McEvoy soltó una risotada.

—A ver, señoras, responded sinceramente: ¿sir Benjamin es el mayor cobarde o el mayor guasón de Inglaterra? Sé de buena tinta que ha engendrado un regimiento de bastardos, pero oyéndole hablar cualquiera diría que el muy bribón es virgen.

—Ya basta, John; es hora de dejarse de fingimientos.

—Muy bien dicho —convino McEvoy sin dilación, mas en lugar de revelar la verdadera condición e identidad de ambos, confesó haber sido él mismo quien soltara a la yegua de Mary Mungummory, cuando fingió ir a visitar el caz del molino; tuvo tiempo de decírselo a Mary, quien, lejos de enojarse por ello, le había dicho que Afrodita seguramente habría acudido enseguida a cierta granja no muy alejada, en cuyos establos se había recogido muchas veces, tras lo cual se ofreció a emprender con Harry Russecks una búsqueda que los tendría ocupados dos horas antes de que dieran con el animal.

—Esa mujer es una reina entre todas las mujeres —afirmó la señora Russecks—. Así pues, caballeros, a por nuestro té, en vista de que mi esposo tiene un sentido de la responsabilidad tan encomiable. Cogió a Ebenezer del brazo; McEvoy, a su vez, ya había atraído a Henrietta junto a sí y la tenía rodeada de la cintura.

—A decir verdad, señora Russecks —dijo el poeta, desesperado—, es absolutamente necesario que trate con vos cierto asunto urgente.

—¡Eh, señor McEvoy! —dijo la esposa del molinero en son de chanza—. ¡Vuestro amigo es tan descarado como vos! Demonios, cuando yo era joven los hombres eran más sutiles, para bien y para mal.

—¡No, os empeñáis en no entender! —protestó Ebenezer—. ¡No soy en absoluto lo que pensáis!

—¡Ahora empiezo a darme cuenta, mozalbete desvergonzado!

—Os lo ruego, escuchadme...

—Calma, sir Benjamin. —McEvoy se reía, pero Ebenezer leyó en sus ojos alarma—. Vuestra franqueza le resulta embarazosa a Henrietta. Un momento, madame Russecks, paréceme que será mejor suprimir el té, a fin de ahorrarle a vuestra hija nuevos sonrojos; con vuestra licencia voy a pedirle que me lleve de nuevo al molino, a fin de inspeccionar con mayor detenimiento lo que antes sólo pude ver por encima.

A propuesta tan directa la señora Russecks respondió meramente:

—No estoy dispuesta a apartar a nadie de las obligaciones que tiene para con Su Majestad, señor; no obstante, si en virtud de la misión que os ha sido encomendada, os decidís a probar la maquinaria amén de inspeccionarla, os ruego que tengáis presentes dos cosas...

—Lo que vos digáis, madame: estoy a vuestras órdenes.

—En primer lugar, pues, y a pesar de que habéis afirmado haber inspeccionado muchos molinos anteriormente, debéis recordar que éste no está acostumbrado a inspecciones. Me es muy caro, señor, precioso incluso; pese a que mi marido lo proclama suyo, no es en modo alguno obra de él, sino que lo recibió junto con mi dote, por decirlo así. Además hemos de velar por nuestra reputación, y aunque la comisión que se os ha encargado es perfectamente inofensiva, bastarían ciertos comentarios malintencionados para hacer de ello un escándalo. En resumidas cuentas, inspeccionad y probad cuanto gustéis, señor McEvoy, mas sed gentil y discreto, cual conviene a un representante del rey.

McEvoy hizo una reverencia.

—Comprometo mi vida en ello, señora.

—Y tú, Henrietta —dijo la señora Russecks con gravedad mayor—, ten presente que el molino es un paraje peligroso para una novicia.

—¡Me parece que sé desenvolverme bastante bien allí, madre!

—Muy bien, pero mira dónde pisas y mantente alerta por si surgen problemas.

Con aquel consejo se fue la pareja y la señora Russecks se volvió hacia Ebenezer, sonriendo con orgullo.

—Llevadme al interior de la casa, sir Benjamin, y atenderemos ese asunto tan urgente y que tanto os preocupa.

Ebenezer suspiró; afuera hacía frío y él no era ciego ni a la belleza de la señora Russecks ni a su halagüeña invitación. No obstante, en cuanto estuvieron sentados en el salón, declaró no ser sir Benjamin ni ningún otro noble, y añadió que ni su compañero ni él viajaban investidos de ningún poder oficial.

—Por lo que respecta a mi verdadera identidad, me avergüenzo de ella, mas os la diré al punto...

—¡De ningún modo me la vais a decir! —ordenó la señora Russecks, con cierto acaloramiento—. ¡Por vuestros modos mundanos parecéis más joven de lo que conviene a vuestros años! ¿Me tomáis, señor, por una puta dispuesta a holgar con cuantos entren en el lupanar?

—¡Señora, por Dios, de ninguna manera!

—Ya habéis visto la clase de matón zafio y grosero que es mi marido —siguió, de modo cortante—. En mis años mozos fui concibiendo un desprecio creciente hacia la estirpe de los hombres, y di en aborrecer en mi fuero interno las cosas que despertaban la lujuria, tanto en ellos como en mí. Me casé con Harry Russecks por desprecio a la vida, de modo que cada vez que él me forzaba cual bestia babeante de los montes, reforzábame la opinión que me merecía su sexo.

—¡Piedad, señora! ¡No sé qué pensar! Muchas veces me he apiadado del destino de la mujer y he denostado la brutalidad del hombre; con todo, a mi parecer, en una proporción de nueve sobre diez partes, en esos menesteres es el hombre esclavo de la naturaleza, y en todo caso os aseguro que no todos los hombres son tan brutos como vuestro esposo. —Ebenezer se interrumpió, confundido por aquel insulto intencionado—. Lo que quiero decir es que...

—Tanto da. —El semblante de la señora Russecks se suavizó; la mujer sonrió y puso su mano encima de la de Ebenezer—. Lo que vos acabáis de decirme lo he sabido desde siempre en el fondo de mi corazón, y pronto me di cuenta de que mi matrimonio era una locura. Sin embargo, era y sigo siendo víctima de otra locura que he heredado de mi padre como si se tratara de una enfermedad familiar: mi orgullo desmedido impedíame apartarme de los derroteros de una gran decisión una vez trazado el rumbo, por más que viera que sólo conducía al dolor y la repugnancia. En lugar de admitir mi equivocación y abandonar la provincia, tomé la resolución de sacarle el mayor partido posible; juré no perder ninguna ocasión de redimirme, desdeñando por igual a los hombres buenos y a los malos. Eso, señor, explica vuestra presencia aquí, así como lo que sin duda habréis interpretado como una incitación inmodesta por nuestra parte. Siento más lástima de Henrietta que de mí misma, pues que a ella jamás le fue dado elegir el vivir con un déspota vigilante y celoso. No obstante, y a pesar de que nos hemos comportado como ramerías, señor, os ruego que recordéis que no lo somos: yo le abrí mis puertas a un caballero, e incluso la buena de Ginebra fue puta de un caballero. Si me salís ahora con que no sois más que el hijo de

Ben, el plantador, o de Billy Huesos, el marino..., sería peor que delicado, sir Benjamín, ¿estáis de acuerdo?

Mientras hablaba, la señora Russecks jugaba distraídamente con la mano de Ebenezer, en la yema de cuyos dedos huesudos iba hundiendo sucesivamente y suavemente la uña del índice; al final alzó sus magníficos ojos castaños, frunció el ceño como quien pide un antojo y esbozó una media sonrisa. A Ebenezer le ardían las mejillas; la nariz y las cejas le daban tirones convulsos.

—Estimada señora... —Era el momento de hacer algo; tenía que abrazarla inmediatamente, o hincarse de rodillas y hacer protestas ardientes..., mas aunque los sentimientos tan encontrados que albergaba su pecho eran extrañamente distintos de los que se habían adueñado de él en otros arrebatos de pasión, se sentía incapaz de obligarse a hacer lo que el momento exigía—. Os lo suplico, señora, no os ofendáis...

La señora Russecks retrocedió. Inmediatamente, al desconcierto sucedió una expresión de incredulidad que a su vez desembocó en cólera.

—Os ruego que no malinterpretéis...

—No es probable que lo haga, ¿no os parece? —dijo, furiosa—. ¿O vais a salir ahora con que sois un santo disfrazado, todo consideración hacia el honor de los maridos?

—Vuestro marido es un palurdo —dijo Ebenezer con ánimo tranquilizador—. Los cuernos que luce se los ha ganado a pulso merced a su falta de sensibilidad...

—Entonces salta a la vista la verdad —le espetó ella—. Vuestro amigo se ha llevado a la potranca y os ha dejado a vos con la jamelga baqueteada.

—¡No, señora, por vida de...! ¡No tengo el menor deseo de cambiarme por McEvoy, creedme!

—¡Oíd lo que dice este canalla! ¡Nos encuentra a las dos agrias para su paladar y no tiene reparos en soltárnoslo a la cara! ¿Y decís que mi marido no tiene sensibilidad?

Hasta aquel momento Ebenezer había hablado con gentileza, casi con timidez, por temor a herir el orgullo de la dama. Pero entre las curiosas y nuevas sensaciones que se habían adueñado de él contábase una extraña confianza en sí mismo que jamás había experimentado anteriormente en presencia de una mujer. No se tomó la molestia de averiguar de dónde procedía; apoyándose en la fuerza que tal confianza le daba, cogió la mano de la dama, sujetósela fuertemente, venciendo los esfuerzos de aquélla por soltarse y la oprimió contra su pecho.

—¡Sentid mi corazón! —ordenó—. ¿Es ése el pulso de un santo? ¿Creéis que siento frío por dentro?

La señora Russecks no respondió; un sentimiento inconcreto de desdén, teñido de irritación, ocupó el lugar de su cólera inicial.

Ebenezer siguió hablando, aún agarrándole la mano.

—No sois ninguna chiquilla, señora Russecks; a buen seguro os dais cuenta de que me habéis inflamado de deseo. Pues bien: tan sólo dos veces en toda mi vida he sentido este fuego, y en ambas ocasiones... (¡vive Dios! ¡El recuerdo hace que me abrasen los remordimientos!)... en ambas ocasiones estuve en un tris de violar a la mujer que amaba. ¡Y qué diantre, vos sois hermosa! ¡Sois, con mucho, la mujer más agraciada que he visto en Maryland! ¡Vos sois la obra maestra y vuestra Henrietta no es más que una copia!

En vista de semejantes protestas, de la ira anterior, la esposa del molinero no acertó a conservar más que un leve gesto.

—¿Entonces qué os hace perder la hombría? —Ni ella logró reprimir una sonrisa ni Ebenezer pudo menos de sonrojarse, pues al tiempo que formulaba la pregunta, la señora Russecks pensó que el estado que aquejaba a su interlocutor no adolecía precisamente de falta de hombría—. Mejor dicho, puesto que veo claramente vuestro ardor, ¿qué os frena? ¿Es por miedo a mi marido?

Ebenezer negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué os detiene? —Su voz volvía a dar muestras de irritación—. ¿Acaso tenéis miedo de que esté contagiada de sífilis como tantas mujerzuelas? ¡A fe mía que es un portento toparse con un violador que les pide a sus víctimas una cédula de buena salud!

—¡Ya basta, os estáis ultrajando vos sola, señora! Juro por Dios que ésta es la mejor oportunidad que he tenido en toda mi vida: quien gane vuestros favores llévase un espléndido trofeo; el mundo lo mirará con asombro y envidia. Aceptar tan dulce prenda sería para mí un placer desusado y singular, al igual que me causa un dolor desusado y singular rechazaros, y me lo seguiría causando aun cuando mi rechazo no implicara afrenta ninguna... —Ebenezer se detuvo y sonrió—. ¡Mi querida dama, ni por asomo sospecháis la índole especialísima y total del atractivo que ejercéis sobre mí!

Tan cordial era su actitud, tan curiosos sus cumplidos, que el semblante de la señora Russecks se volvió a suavizar. Una vez más exigió que se le diese una explicación e incluso amenazó de un modo vago con denunciar al poeta ante su marido por impostor si no mostraba mayor franqueza para con ella, aunque se ha de decir que empleó un tono más zalamero que irritado.

—Os reprocháis el haber sido tan directa —dijo Ebenezer— y afirmáis que os desprecio por ello; sin embargo, señora, lo cierto es que al tomar la iniciativa me habéis conquistado más. Admiro vuestra gracia, me deleito en vuestra belleza, mas aparte de eso... ¿Cómo podría expresarlo? Paréceme que poseéis la sabiduría y el tacto necesarios para ocuparos de mi torpe inocencia, sin los cuales nuestra aventura acabaría en desastre...

—¡Pero sir Benjamín, ese modo de expresarse no es propio de un violador!

—¡Por favor, dejadme acabar! No voy a revelar mi nombre, puesto que así lo queréis, mas hay una cosa que debéis saber. Se trata de algo que le ocultaría a una mujer menos gentil que vos, pues podría servirse de ello para hacerme daño; pero vos, señora..., ah, tal vez sea necedad, mas la imagen que tengo de vos... Os imagino gratamente sorprendida, incluso encantada ante un hecho así... Sentís una ternura infinita y, sobre todo, es algo que sabéis valorar. Sí, sabéis valorarlo en grado máximo, como haría yo si...

Fascinado por la imagen que le ocupaba la mente, Ebenezer hubiera seguido dando detalles más minuciosos, pero la esposa del molinero lo atajó, diciendo sin ambages que sentía tanta curiosidad como ardor y que de empeñarse él en negarse a satisfacer una y otro, sería testigo de su muerte, y luego habría de atenerse a las consecuencias.

—El cielo lo impida. —El poeta se rio, maravillado de seguir siendo capaz de expresarse con aquella facilidad—. La pura verdad, mi querida señora Russecks, es que a pesar de mis veintiocho años de edad soy tan inocente como un mamoncillo, y he hecho voto de seguir siéndolo.

Sus predicciones relativas al efecto que tendrían aquellas palabras sobre la mujer del molinero se vieron confirmadas en cierta medida: ella estudió su rostro buscando trazas de insinceridad, y como al parecer no las hallara, inquirió con voz meliflua:

—¿Me estáis diciendo que..., y no sois sacerdote?

—No soy cura romano ni de ninguna otra Iglesia —dijo Ebenezer. A continuación le explicó que en un principio, como quiera que él era un individuo tímido y desgarbado, había dado en considerar su inocencia una virtud, ello más bien por necesidad; que antes de transcurrido un año (¡a él se le antojaron décadas!) había elevado la inocencia, en conjunción con cierta inclinación artística que tenía, a la categoría de estilo de vida, llegando incluso a identificarla con la esencia de su personalidad; y que al cabo de un año plagado de terribles tribulaciones por las que había pagado un precio altísimo, no sólo en propiedades, sino posiblemente también en vidas humanas, había logrado preservar intacta la inocencia. Ya había pasado algún tiempo desde que se viera obligado a tomar muy en serio el asunto de su inocencia, y aunque explayarse acerca de las virtudes de la misma y estremecerse verbalmente ante la perspectiva de perderla habíanse constituido en su segunda naturaleza, le causaba sorpresa el verse dissociado emocionalmente de su propios panegíricos; era como si se hiciera a un lado y los escuchara con oído crítico. Ciertamente, cuando la señora Russecks, vivamente interesada, le pidió que explicase aquella inocencia prodigiosa, el poeta se vio obligado a admitir, tanto frente a ella como frente a sí mismo, que en buena ley ya no era digno del calificativo de inocente salvo en lo estrictamente relacionado con el amor físico.

Pero la dama seguía sin darse por satisfecha.

—¿Queréis decir que no tenéis ni idea de lo que han estado haciendo vuestro amigo y Henrietta durante la última media hora?

Ebenezer se ruborizó, no sólo por la alusión de la otra pareja, sino también porque cayó en la cuenta (cosa que le confesó con prontitud a la señora Russecks) de que, incluso en el aspecto físico, su inocencia quedaba reducida a la mera cuestión técnica de su virginidad, hecho aquel que (aunque no quiso seguir elaborando la idea) no era tan vago como a él le hubiera gustado.

—Lo cierto es que, entonces —siguió insistiendo la señora Russecks—, esa preciosa inocencia a la que os empeñáis en aferraros ha sido tantas veces mordida y picoteada que apenas si os queda un bocado.

—Con profundo pesar he de reconocer que así es.

—¿Y tanto significa para vos ese triste pingajo?

Ebenezer suspiró. El oyente crítico que habitaba en su alma había formulado aquella misma pregunta pocos momentos antes, mientras él hablaba, y a modo de respuesta había reparado en un hecho curioso: la pérdida cualitativa de su inocencia, conforme advertía súbitamente, se había visto acompañada de un aminoramiento del valor que Ebenezer le asignaba; aunque seguía cantando sus alabanzas, por fuerza de un hábito no meditado, había descubierto con asombro que, en medio de aquellas alabanzas desapasionadas, era muy endeble la emoción que sentía genuinamente ante la idea de perder definitivamente la tan traída y llevada inocencia. Así se explica el suspiro que dejó escapar y la leve sonrisa con que repuso:

—A decir verdad, a estas alturas me es indiferente, señora. Mejor dicho: estoy harto de inocencia.

—¡Pues no se hable más! —A la mujer se le había enronquecido la voz y le brillaba la mirada; extendió las manos para que Ebenezer se las cogiera—. ¡Venid acá y fuera inocencias!

Aunque le cogió las manos a fin de que viera que las suyas le temblaban de deseo y reconocimiento, Ebenezer se negó a abrazarla.

—Lo que antes valoraba yo tanto no ha dejado de tener sentido —dijo suavemente— y cuando pienso que tarde o temprano ha de llegar el fin del que habláis, tan irremisiblemente como la muerte y puede que en circunstancias en modo alguno tan placenteras como las presentes, vive Dios, entonces me pregunto ¿qué moraleja encierra esta historia? ¿Que el universo es baladí? ¿Son la renuncia y la castidad una locura? ¿O por ventura hemos de proporcionarle al mundo aquello de que de por sí carece? Mi valeroso ataque a Maryland, esta empresa de caballero andante, mezcla de inocencia y arte..., claro, ahora me doy cuenta de que es un edificio que hunde sus cimientos no ya en arena, sino en los negros céfiros que recorren el abismo infinito. Por ello clama una voz en mi interior: «¡Derríbala! ». Y entre tanto, otra voz contempla admirada mi empresa y ve en la vanidad de la misma

toda la nobleza que aureola a los caídos. Esta segunda voz me dice que no se trata de un mero castillo en el aire, sino de un templo de la mente, del altar de Atenea, adonde acude el intelecto buscando protegerse de las furias que lo asedian con más terrible encono del que jamás emplearon contra Orestes...

—¡Basta! —protestó la señora Russecks, bien que con cierta cordialidad—. Puesto que es claro que no queréis nada conmigo, retiro mi invitación. Mas no esperéis que me sumerja en esa cháchara de abismos y castillos; si queréis sermonear, hacedlo en el inglés que usamos en Church Creek, de lo contrario no sabré si me estáis insultando.

Ebenezer negaba con la cabeza.

—¡He aquí una muestra de verdadera nobleza, que merced a un gesto de rechazo se inviste de gracia! ¡Y he aquí también una paradoja, pues es esa misma gracia lo que me confiere el valor necesario para exponer claramente mi resolución, al tiempo que le asesta un golpe mortífero!

—Vamos; lo que yo busco es que me hablen claro, no que me halaguen.

Tranquilizado por aquellas palabras, Ebenezer dijo que aun cuando hacerle entrega en aquel punto y hora de los últimos despojos de su inocencia sería para él un privilegio, amén de una alegría, había resuelto negarse un placer que, aun siendo sublime, carecería de una *significación* adecuada.

—Cuando me alisté en las filas de la vida —dijo—, la virginidad era una enseña de seda que, inmaculada y con las últimas puntadas aún recientes, gustábame hacer ondear al viento. Ahora está vieja y ajada, y tan desgarrada por los embates guerreros que su mismo portador podría confundirla con una bota hecha jirones, no obstante lo cual, estandarte sigue siendo, y ha alcanzado la dignidad última de toda enseña: puesto que yo no puedo conservarla, no la abandonaré por el camino, sino que con honores la entregaré en el campo de batalla.

No quedó *descontento* el poeta de la figura que había empleado, pues parecíale que amén de ser lúcida y sincera, estaba aceptablemente libre de contenido insultante. No obstante, no le fue dado saber si la mujer del molinero compartía aquella buena opinión, pues justo cuando se disponía a interrogarla, saltó ella del diván con el rostro demudado, ya que un instante antes había oído pasos de alguien que corría sendero arriba.

—Rogadle a Dios que os guarde con vida hasta el día de la entrega —dijo, con la voz alterada por el miedo—. ¡Por la puerta entra mi marido!

14. LA ESPOSA DEL MOLINERO OBTIENE EL PERDÓN EN DOS OCASIONES; EL MOLINERO LO OBTIENE EN UNA OCASIÓN Y EN NINGUNA EL POETA, EL CUAL AFIRMA QUE LA VIDA ES COMO UN DRAMATURGO DESVERGONZADO

El miedo de la señora Russecks, tan ajeno a su carácter, hízole sentir tal terror a Ebenezer que cuando vio venir al molinero a toda carrera y con la espada en alto, a punto estuvo de padecer la misma desgracia que le aconteciera en El Rey de los Mares, allá en Plymouth.

— ¡Piedad, amado mío! —exclamó la señora Russecks, corriendo al encuentro de su marido—. ¿Qué es lo que pasa?

— ¡Cuidadito no te vaya a rebanar esa cabeza de puta que tienes de paso que le rebano a ése la suya!

El molinero intentaba zafarse de su mujer con ánimo de atrapar al amilanado poeta, pero aquélla se le pegaba como la enredadera al roble y él no podía sino dar medios saltos por la estancia.

— ¡Quieto, Harry, estás en un error! —implorábale—. ¡No sé qué sospecharás, pero que me fulmine Dios ahora mismo si ha habido algo entre este hombre y yo!

— ¡De fulminar me encargo yo! —exclamó el molinero—. ¡Comisionado o no, en su feo rostro se ve claramente escrita la culpa!

— ¡Tengo al cielo por testigo, señor! —imploró Ebenezer—. ¡Madame Russecks y yo estábamos meramente conversando! —Pese a ser cierta la letra de su protesta, el semblante de Ebenezer la traicionaba. El molinero le dirigió un golpe y Ebenezer dio un brinco, poniéndose a salvo.

— ¡Estaos quieto, condenado!

El molinero hizo una pausa y le propinó tamaño bofetón a su mujer con el dorso de la mano que tenía libre, que la otra soltó un grito y cayó al suelo.

— ¡Ahora vamos a ver esas entrañas que tenéis empapadas de licor!

Ebenezer se afanaba por mantener la mesa del salón en mitad del camino que lo separaba del desmembramiento.

— ¡Déjalo! —dijo la señora Russecks, profiriendo un grito muy agudo—. ¡A quien has de encontrar es al otro antes de que se ayunte con Henrietta!

A buen seguro, aquellas palabras le salvaron la vida al poeta, pues Russecks ya había quitado la mesa de en medio con una mano y lo tenía arrinconado. Pero la alusión a Henrietta, de quien al parecer, se había olvidado, a punto estuvo de hacerlo enloquecer de ira; se volvió hacia su esposa, y por un instante Ebenezer tuvo por cierto que la mujer correría la suerte de la que él acababa de librarse.

—Se la llevó al bosque —se apresuró a decir la señora Russecks—, y juró que le daría muerte si sir Benjamín o yo nos atrevíamos siquiera a pestañear.

Como un jabalí herido que olfatea a su agresor, el molinero emitió una suerte de gruñido agudísimo y salió de la estancia hecho una fiera.

—¡Deprisa, al molino! —le dijo la señora Russecks a Ebenezer—. Decidle a Henrietta que acuda al bosque, donde mi marido y yo podamos dar con ella, y vos y vuestro amigo escondeos en la carreta de Mary.

El poeta salió dando brincos, dispuesto a obedecer sus instrucciones, mas cuando estuvo fuera, apenas unos segundos después que el molinero, vieron que el plan se les desbarataba a ojos vista. En el preciso instante que el molinero salía a la carga, llegaba al portal Mary Mungummory, echando los bofes y seguida de la extraviada Afrodita; al mismo tiempo, aunque Ebenezer no podía divisarlos desde los escalones que daban a la fachada de la casa, McEvoy, Henrietta, o los dos, debieron de asomarse desde el molino a fin de ver a qué venía tanto alboroto, pues aunque Russecks encaminaba sus pasos hacia el bosque, Mary, que no sabía nada de aquella estratagema, soltó el ronzal de Afrodita y se dirigió a todo correr hacia el molino, diciendo a voces:

—¡Atrás! ¡Que viene sir Harry!

Oído lo cual, el molinero giró en redondo y echó a trotar en pos de ella. Del molino surgió un alarido al cual respondió con otro la señora Russecks, que dio unos cuantos pasos a la carrera, como si se propusiera interceptar a su marido, tras lo cual, bien porque tropezara o porque se hubiera desmayado, cayó a tierra.

Ebenezer también se vio a sí mismo corriendo, aunque no tenía la menor idea de cómo actuar. Todavía estaba más cerca de la puerta del molino que Russecks, y sin duda hubiera podido salirle al paso, mas como quiera que iba desarmado, semejante acción hubiera sido suicida, además de ineficaz. Sin embargo, ni podía permanecer como mero espectador ni preocuparse de ponerse a salvo, cuando McEvoy y puede que la moza también estaban en peligro de muerte. Así pues, entró al trote en el patio, sin ningún fin, y cuando Russecks hubo pasado junto a él, como una exhalación y sin dedicarle una mirada, Ebenezer le siguió, manteniendo una prudente distancia de diez yardas.

Entretanto Mary había desaparecido, pero en cuanto Russecks hubo entrado en el molino (donde al punto brotaron nuevos alaridos proferidos por Henrietta), apareció por detrás de una esquina, sumamente abatida.

—Por la sangre de Cristo, señor Cooke, hice lo que buenamente pude, pero cuanto más nos alejábamos, más celoso se ponía, hasta que juró no dar un paso más ni por el mismísimo rey. ¡No, no entréis, señor; os jugáis la vida! ¡Ah, vive Cristo, allí yace Roxie, a las puertas de la muerte!

Mary acudió corriendo a la caída señora Russecks, a quien suponía traspasada de

parte a parte; Ebenezer, haciendo caso omiso de los consejos de la mujer, se apresuró a entrar en el molino. Russecks ya había empezado a subir por la escalera que llevaba a la pasarela y a la tolva del grano; McEvoy terminó de sortear los peldaños superiores de la segunda escalera, que llevaba de la tolva al altillo, y al borde mismo del altillo alzábale la hermosa Henrietta, vestida sólo con unas acusadoras enaguas y dando gritos.

—¡Ajá! ¡No iréis más lejos! —vociferó el molinero desde los tablones de abajo.

Ebenezer comprendió que los amantes estaban atrapados.

—¡Echad abajo la escalera! —le gritó a McEvoy. El irlandés le oyó y dio un salto, disponiéndose a seguir su consejo, justamente en el momento en que Russecks se disponía a subir. Mas aún cuando la escalera no estaba clavada ni atada, los largueros habían sido encajados entre dos viguetas que sobresalían del suelo del altillo con tanta firmeza que McEvoy no podía soltarlos con la mano desde donde se encontraba. El molinero ascendió con dificultad el segundo peldaño, el tercero y el cuarto, siempre blandiendo el alfanje, en tanto observaba los forcejeos de su presa.

Cuando estuvo también él encima de la tarima del altillo, Ebenezer se quedó mirando con ánimo desmayado:

—¡Arrojad algo abajo, John! ¡Derribadlo!

McEvoy se puso a buscar con afán por todo el altillo algún objeto arrojadizo y reapareció con nada menos formidable que una estaca de ciprés de tal vez unos tres pies de largo por tres pulgadas de ancho. Por un momento hizo ademán de ir a arrojarla; Russecks detuvo su ascensión y aguardó, aprestándose a esquivar el golpe, gruñendo con una sonrisa burlona. Entonces, pensándose mejor, McEvoy encajó un extremo de la estaca por detrás del peldaño superior de la escalerilla y, utilizando el borde de la tarima a modo de punto de apoyo, hizo fuerza con todo su peso sobre el extremo contrario. Oyose un fuerte crujido. Ebenezer contuvo la respiración, mas al parecer ni el peldaño ni la palanca se habían roto, pues McEvoy situó los pies en los largueros a fin de aumentar la ventaja mecánica, y volvió a empujar hacia atrás. Nuevo crujido; Ebenezer vio que la escalerilla se desplazaba hacia fuera cosa de una pulgada, y el molinero, no sabiendo si trepar enseguida o descender antes de caer, asió los laterales con más fuerza y soltó una maldición. El ángulo que formaba ahora la palanca le daba menos capacidad de maniobra a McEvoy, quien se puso a empujar la escalera y, simultáneamente, a tirar de la misma hacia arriba, mas Henrietta acudió prestamente a ayudarlo y, a la tercera intentona, lograron sacar la escalera de los huecos en que estaba encajada. Como estaba levemente inclinada no cayó inmediatamente hacia atrás, y el momento que necesitó McEvoy para empujar hacia un lado fue el que aprovechó el molinero para saltar sobre la tarima inferior sin correr peligro.

McEvoy se rio:

—*¡El amor todo lo vence, Vuestra Majestad! ¡Ahora dadnos muerte, señor!*

Russecks se afianzó sobre sus pies y enarboló la espada hacia el altillo.

—*¡Bien hecho, maldito! Lo que a mí me mantiene abajo, os mantendrá a vos en alto. Pronto se ha de ver cómo el vil amor que invocáis acaba con vos. Pocas torres resisten un tenaz asedio.*

Ebenezer lo había observado todo desde el extremo opuesto de la plataforma donde ahora se encontraba también el molinero. No se le ocurrió pensar que se encontraba en una posición poco segura; toda su atención la tenía centrada en los amantes, y cuando reparó en que McEvoy no sabía nada de la seducción de la señora Russecks, súbitamente vislumbró una estratagema, lo cual le cegó, impidiéndole hacerse consideraciones más prudentes.

—*¡Os lo suplico, señor! —exclamó, dirigiéndose al molinero—. ¡No tentéis su cólera, os lo ruego, en tanto tenga a vuestra hija en su poder! Por grande que sea el mal que os haya infligido, más vale que se vaya en buena hora antes de que le dé muerte a Henrietta delante de vuestros propios ojos, o que la someta a lúbricas torturas, como dan en hacer los hombres desesperados...*

No prosiguió; bien porque Russecks hubiera oído las sugerencias que le hiciera antes Ebenezer a McEvoy, bien porque ahora reparara en la presencia del primero, obviamente ya no era de la misma opinión en lo tocante a la inocencia del poeta. Se volvió hacia él, alfanje en alto, y dijo:

—*¡Quien al prójimo pone los cuernos ha de estar presto a recibir cornadas!*

Ebenezer no se demoró en huir escalerilla abajo; nada más tocar el suelo corrió hacia la entrada delantera, donde vio a Mary y a la esposa del molinero, expectantes y desasosegadas. Mas a pesar de toda su desazón, la señora Russecks conservaba el ingenio; antes de que Ebenezer hubiera alcanzado la puerta, ella echó a correr en dirección a la escalera caída.

—*¡Vamos, Henrietta! ¡Baja aprovechando que persigue a sir Benjamin!*

La orden fue tan ostensible y prematura que sin duda el objeto de la misma debía ser desviar la atención de Russecks. Si esto era así, la señora Russecks consiguió instantáneamente lo que se proponía: el molinero se detuvo en mitad de la plataforma y lanzó una mirada furibunda en dirección a su esposa.

—*¡Os voy a descuartizar a todos!*

Ebenezer descubrió, apoyada en la pared, una vara de hierro que tenía la punta en forma de gancho, semejante a un atizador, y cogiéndola, se apresuró a salir en defensa de la señora Russecks.

—*¡A la taberna —le ordenó a Mary—, trae a todos cuantos hayan sido víctimas de los abusos de este canalla!*

—*¡Bravo! —exclamó McEvoy desde el altillo—. ¡Eben, mantenedlo dando vueltas tras vos en derredor de las ruedas en tanto yo me bajo! ¡Somos todos contra*

uno y yo tengo aquí una hoz con la que hacer frente a su sangrienta hacha carnicera!

Dicho esto, lanzó la estaca contra el molinero; encajó luego la hoz recién hallada en el cinto y colocó las piernas en torno a uno de los dos pilares de madera que soportaban la tarima, presto a descolgarse a la primera ocasión que se le presentara. Mary se fue, dispuesta a hacer lo que le habían indicado, y la señora Russecks, sin quitarle ojo a su marido, procuraba levantar la escalera caída. El mismo Russecks, aunque el proyectil que McEvoy arrojara no le había alcanzado, parecía hallarse al borde de una apoplejía provocada por su propia cólera. Tras unos momentos de indecisión, centró la atención en Ebenezer, que se estremeció al ver el odio que se pintaba en aquel semblante.

—¡No van a ser dos contra uno durante mucho tiempo!

Russecks dio dos pasos en dirección al borde de la tarima y entonces, al ver que Ebenezer se disponía a huir, se volvió hacia el centro y pasó una pierna por encima de la barandilla. Era obvio que tenía intención de bajar de un salto y deslizarse por las piedras de moler a fin de impedir que Ebenezer representara el papel de Héctor dando vueltas en derredor de las murallas de Troya.

—¡Ah, no! —exclamó al punto la señora Russecks, y antes de que su marido pudiera soltar la barandilla, dio un salto y tiró de la palanca que encajaba el vástago de la rueda de moler con el de la rueda que movía el agua en el exterior. La piedra que ocupaba la posición superior empezó a girar ruidosamente, y Russecks, al ver que se quedaba sin apoyo, se vio obligado a saltar.

—¡Que Dios te maldiga! —tronó, casi llorando—. ¡Que Dios os maldiga a todos!

Agarrándose con la mano que tenía libre, volvió a pasar la pierna por encima de la barandilla con el propósito de volver a la tarima y eso fue lo que lo perdió: al girar sobre sí mismo, la enorme funda de la espada, que le colgaba al costado, quedó momentáneamente atrapada entre dos travesaños; a fin de destrabarla, hundió el vientre y trató de mantener la sujeción con las puntas de los dedos con que sostenía el alfanje. Enseguida le resbalaron los dedos y, fuera porque no quería o porque no podía soltar la espada, cayó hacia atrás. Las dos mujeres gritaron y a Ebenezer le hormiguearon los nervios. La caída fue breve, la postura, fatal; Russecks tenía aún los tacones de las botas a la altura de la tarima cuando dio con la cabeza en la piedra del molino.

—¡Remátalo! —le dijo McEvoy a Ebenezer. Mas no era necesario, pues la cabeza y los hombros le fueron rodando por la superficie de la muela hasta que el molinero quedó tendido en el suelo. Henrietta tuvo un ataque de histeria. Su madre, tras el primero, no profirió nuevos gritos, sino que empujó pausadamente la palanca a fin de dejar libre la rueda. Sólo entonces inquirió de Ebenezer:

—¿Está muerto?

El poeta procedió a efectuar un cauteloso examen. La parte posterior de la cabeza

hallábase ensangrentada; el molinero, sin embargo, respiraba.

—Parece que está vivo, pero el golpe lo ha dejado completamente sin sentido.

Mary Mungummory asomó cautelosamente la cabeza por la puerta.

—¡Alabado sea Dios! ¡El canalla ha muerto! Ni uno solo de esos cobardes ha querido venir a prestar ayuda, pese a lo mucho que abusó de ellos. ¡Y además la jugada la ha hecho el señor poeta!

—No —dijo McEvoy, por fin en el suelo—, la jugada se la hizo sir Harry a sí mismo, y además no está muerto todavía. Cogió el alfanje y se lo puso al molinero en la garganta—. Con vuestro permiso, señora Russecks...

Pero aunque la señora Russecks no había mostrado emoción ninguna cuando ocurrió el percance, no quiso consentir el *coup de grâce*.

—Tened la bondad de bajar a mi hija, señor, y llevemos a mi marido al lecho.

Todos los presentes dieron muestras de sorpresa y todos menos Ebenezer también de indignación.

—¡Ese bellaco puede recobrar el conocimiento en cualquier momento y arremeter contra todos de nuevo! —protestó McEvoy.

—Confío en que sir Benjamin y vos os encontréis bien lejos de Church Creek cuando vuelva en sí.

—¿Y vos, señora? —preguntó Ebenezer.

—¡Y Henrietta! —protestó McEvoy.

La señora Russecks respondió que pese a todas sus amenazas, su marido no iría más allá de propinarles una paliza, y ellas ya habían sobrevivido a muchas.

—¡Me parece de perlas que le tengáis gusto a la vara —dijo McEvoy, terminante—, pero no hay bicho viviente que le ponga la mano encima a Henrietta! ¡Si es menester me la llevaré del condado!

—Henrietta puede quedarse o irse, según le plazca —aseveró la señora Russecks.

Mary Mungummory contempló al inconsciente molinero y sacudió la cabeza.

—¡No acierto a entenderte, Roxanne! Hubiera jurado que te alegraría ver a ese bestia muerto, al igual que haría todo el mundo en Church Creek. ¿No serás de ese género extraño de gente que gusta de que los azoten? ¿O por ventura eres una blanducha que cuando ve una víbora malherida siente lástima?

La señora Russecks hizo un gesto de irritación con la mano, dirigido a su amiga.

—Aborrezco a ese hombre, Mary. No lo hay más grosero y cruel; ha hecho de mi vida una tortura, y otro tanto se puede decir de la pobre Henrietta. Me casé con él sabiendo perfectamente que así habría de ser, y Dios me ha castigado adecuadamente por dicho pecado; no me corresponde poner fin a tal castigo.

Ebenezer se sintió conmovido por aquellas palabras; sin embargo, y a riesgo de ofenderla, se atrevió a indicar que en el pasado no había sentido escrúpulos a la hora de cometer adulterio.

—¿Se puede saber qué prueba eso —demandó ella bruscamente— salvo que en ocasiones los mortales se apartan del camino de la santidad? Cierto que se la he jugado a gusto; cierto asimismo que me congratulé verlo caer (aunque no fue eso lo que me indujo a tirar de la palanca), y me hubiera congratulado triplemente verlo sepultado. Pero jamás de los jamases seré yo quien lo sepulte ni consentiré que nadie le dé muerte.

Mary sorbió aire por la nariz.

—Recontrademonios, ¿estoy oyendo hablar a Roxie Russecks o a María Magdalena? Por lo menos no le prodigues a ese canalla los cuidados que le pueden devolver la salud, si es que le profesas alguna estima al resto de la humanidad.

Pero la señora Russecks se mantuvo firme y le ordenó a Henrietta (ya rescatada del altillo y convenientemente vestida) que le ayudara a llevar al molinero, que seguía inconsciente, a su cámara. La muchacha le dirigió una mirada de incertidumbre a McEvoy, que la estaba observando con aire desafiante, y se negó a obedecer.

—Os ruego que me perdonéis, madre, pero no voy a mover un dedo por salvarlo. Ojalá se muera.

Su madre frunció el entrecejo tan sólo un instante; pensándoselo mejor; sonrió y dijo que si Henrietta tenía intención de «acogerse bajo la protección» del señor McEvoy, los dos podían partir de inmediato con su bendición; además debían hacerlo antes de que Russecks recobrar el conocimiento; a continuación, para sorpresa de Ebenezer y McEvoy, añadió unas palabras, que musitó rápidamente en francés, siendo el poeta el único capaz de captar la expresión *dispense de bans* y el adverbio *bientôt*. Henrietta se ruborizó cual virgen y repuso, en un francés más claro, que aún cuando tenía motivos para pensar que en realidad McEvoy la admiraba *à la point defiançailles*,^[46] no tenía intención de hacerse su amante en tanto no tuviera un mejor conocimiento referente a la posición que ocupaba en la vida.

—De momento —siguió diciendo en inglés—, tengo la intención de quedarme aquí con vos y compartir vuestras desdichas, aunque maldita si voy a hacer nada por apresurar la llegada de las mismas.

—¡Bien dicho! —añadió McEvoy—. Y tampoco voy a echar a correr como una rata antes de que se despierte el gato. Es mi intención montar guardia a la puerta de su cámara con esta espada, si vos me lo permitís (y, si no, en el lindero del bosque), y el instante en que le ponga encima a Henrietta su iracunda mano, será el último que pase en este mundo, o si no, el último que pase yo.

—No tengo fuerzas para llevarlo yo sola —imploró la señora Russecks a Ebenezer—. Os suplico que me ayudéis, señor.

Como se sentía en parte responsable del estado en que se hallaba el molinero, Ebenezer convino en ello. El breve intercambio de palabras que tuvo lugar en francés le había aturdido extrañamente la cabeza, tanto que apenas oyó las protestas de los

demás, hasta que Mary dio en decir, cuando ya salían del molino:

—¿De dónde procede tan gentil preocupación por la salud de ese condenado, Roxie? ¡En cierta ocasión lo abandonaste, dejándolo a merced de una muerte segura!

—Entonces aprendí la lección —repuso la señora Russecks—, de lo contrario, jamás lo habría salvado. Si lo hubieran arrojado a los tiburones, pareceme que también mi vida habría tocado a su fin.

Entre la taberna y el molino habíanse congregado una serie de lugareños deseosos de ver en qué acababa la pelea; cuando avistaron al derrotado molinero prorrumpieron en vítores, por lo que la señora Russecks les envió a Mary, a fin de que les advirtiera que su regocijo era en cierta medida prematuro. El resto de la comitiva ingresó en la casa; Henrietta y McEvoy quedáronse en el zaguán, en tanto la señora Russecks y Ebenezer transportaban su carga hasta la alcoba del amo. El molinero no dio señal ninguna de ir a recobrase del coma en que se hallaba, ni siquiera cuando su esposa Le lavó y vendó la herida.

—Voy a vendarle la cabeza y haré llamar a un médico —dijo, suspirando—. Si vive, que viva; si muere, que muera. Sea como fuere, estoy en deuda con vos por haber satisfecho mis deseos. Hizo una pausa, pues reparó en el semblante distraído del poeta—. ¿Echáis algo en falta, señor?

—Es pura curiosidad —respondió Ebenezer—. Si os juzgáis deudora mía, estimada señora, os suplico saldéis la deuda contestando a una pregunta osada: ¿fuisteis vuestra hija y vos capturadas en cierta ocasión por un pirata que responde al nombre de Pound?

La alarma de la mujer aclaró la respuesta. Miró a Ebenezer con nuevos ojos y dijo, maravillada:

—Sí, pero ¿cómo no se me ocurrió antes? Vuestras ropas maltrechas y la historia del naufragio... Pero si hace casi seis años que nos capturasteis cuando íbamos a Saint Mary procedente de Jamestown... ¿Cómo es posible que lo recordéis?

—No, señora, yo no soy ningún pirata —rio Ebenezer—, ni lo fui nunca; de lo contrario, pocas probabilidades habría de que siguiera siendo virgen, ¿no os parece?

La señora Russecks se sonrojó.

—Mas sin duda que no se habla de nuestra ignominia en Inglaterra y vos no sois oriundo de la provincia. ¿Cómo es que conocéis la historia?

—Es más famosa de lo que os imagináis —dijo el poeta, burlón—. Os juro que se la oí contar a mi tutor en la diligencia de Plymouth.

—¡Señor, no me inflijáis un oprobio aún mayor! ¡Decid la verdad!

Ebenezer le aseguró que eso era precisamente lo que había hecho.

—Mi tutor es un individuo extraño y formidable que ha estado tanto en el castillo de proa de Tom Pound como en el gabinete de Isaac Newton; en la hora presente sigo sin saber si en el fondo es un bellaco o un filósofo. En busca suya y de un hermano

salvaje que tiene vine hasta aquí, por razones de tanto peso que la sola posibilidad de mencionarlas me estremece, y tan apremiantes..., pero en fin, muy pronto lo juzgaréis por vos misma, cuando os las haya explicado. Al hombre del que hablo, estimada señora, le prestasteis en cierta ocasión un gran servicio, bien que sin vos saberlo, y en consideración a tal servicio él os salvó la vida y el honor, que corrían peligro a manos de los piratas. ¿No habéis oído hablar nunca de Henry Burlingame?

La señora Russecks se sonrojó aún más; echó una ojeada para asegurarse de que ni su marido ni la pareja que se encontraba en el zaguán habían oído nada, y cerró la puerta de la alcoba. Ebenezer pidió disculpas por su falta de cortesía e imploró perdón invocando la gran urgencia de su misión, añadiendo que, sin ningún género de duda, Henry Burlingame (nombre verdadero del salvador y *quondam* amante de la dama, según le dio a entender a ésta) no le habría referido a nadie aquella historia, amén de que había manifestado opiniones en grado sumo caballerosas y llenas de afecto para con la señora Russecks y su hija. La esposa del molinero, incómoda, volvió a mirar en dirección a la puerta.

—Permitidme que os tranquilice aún más —dijo Ebenezer—. No tenéis por qué inquietaros respecto del honor de Henrietta. McEvoy no sabe nada de esto.

—A buen seguro que ya ha debido averiguar que mi hija no es virgen, si vamos a eso —dijo con crudeza la señora Russecks—. Es menester, empero, que os diga, sir... *Benjamín*..., pese a ser un punto huero por lo que al honor respecta, y aunque a nosotras no nos confiera mérito ninguno, que vuestro tutor es en materia de amor un sujeto sobremanera singular, tanto es así que jamás tuve noticia de nada semejante ni antes ni después, por lo que, muy posiblemente, os hayáis hecho una idea equivocada de nuestra aventura...

Ebenezer bajó la vista, azorado, y reconoció que, en efecto, había llegado a conclusiones erradas por lo que a tal asunto se refería (y no sólo en lo tocante a las dos damas de que entonces se hablaba), hasta que, hacía bien poco, le había sido revelada la curiosa verdad sobre Burlingame.

—¡Vive Dios, señora, que no es poco lo que tengo que contaros! ¡La búsqueda de Burlingame, en la cual vos misma desempeñasteis un papel nada desdeñable! ¡La trascendental misión que me ha sido encomendada, en la cual bien pudiera ser que desempeñarais de nuevo algún papel! ¡Ah, la vida es un dramaturgo prodigioso y desvergonzado que a diario trama coincidencias que Chaucer jamás hubiera osado imaginar, y urde complicaciones que a Boccaccio le habrían parecido en exceso enmarañadas!

La señora Russecks se mostró de acuerdo con aquella apreciación y manifestó su disposición a escuchar la historia en su totalidad una vez hubiera hablado a solas con Henrietta, a fin de ahorrarle a su hija alarmas innecesarias.

—Paréceme que mi marido aún tardará en ser peligroso, y por muy importante

que sea la búsqueda que os traéis entre manos, estoy segura de que podrá esperar hasta mañana. Vuestra relación nos proporcionará una amena velada, sir Benjamín.

—¡Ah! Entonces ¿podemos por fin dejarnos de pseudónimos? —Audazmente, Ebenezer rodeó con el brazo la cintura de la señora Russecks—, ni yo soy sir Benjamín Oliver ni McEvoy es el comisionado de Su Majestad para los molinos de viento y de agua de la provincia. ¿No habéis oído a Mary llamarme «señor poeta»?

Ebenezer notó que la esposa del molinero se ponía rígida y le apartaba el brazo, por lo que supuso que aquella familiaridad no era de su agrado; a fin de encubrir su azoramiento, fingió creer que era su vocación poética lo que molestaba a la dama.

—¿Conque un poeta es menos atractivo que un caballero? ¿Y si por ventura ostenta el pomposo título de *Laureado de Maryland*?

La señora Russecks apartó la vista.

—Sustituís un disfraz por otro —dijo, concisamente.

—¡Os juro que no es así! Yo soy Ebenezer Cooke, antaño pretendiente al título de *Laureado de Maryland*.

Más que escéptica, la mujer del molinero parecía molesta.

—¿Por qué me mentís? Da la casualidad de que sé a ciencia cierta que en este mismo instante el *Laureado de Maryland* vive en Malden con su padre, y no guarda con vos el menor parecido.

Ebenezer se rio, bien que un tanto desconcertado por aquella actitud.

—No me sorprende nada que ciertos malvados hayan contratado a otro par de impostores; los motivos que les mueven siguen siendo para mí causa de terror, pero ya me he acostumbrado a sus métodos. Miradme a la cara, mi querida Roxanne: os juro por cuanto me es querido que yo soy Ebenezer Cooke, de Saint Giles in the Fields y Malden.

La señora Russecks, demudada la color, lo miró con incredulidad.

—Vive el cielo, ¿y si resultara que nosotras...? —Se dirigió a la puerta, apoyó la mano en el pomo y cayó al suelo tan inconsciente como su marido.

15. PROCURANDO CUMPLIR SUS MÚLTIPLES OBJETIVOS, EL POETA CONOCE A UN MARIDO SALVAJE QUE HA PERDIDO EL SALVAJISMO Y A UNA ESPOSA INGLESA QUE DE INGLESA YA NO TIENE NADA

Henrietta y McEvoy acudieron presurosos a la llamada de Ebenezer y, con la ayuda de Mary Mungummory, acostaron a la señora Russecks en la alcoba de Henrietta. Cuando, un poco después, la reanimaron con sales amoniacaes, exigió por mediación de Mary que Ebenezer se fuera de la casa inmediatamente y que nunca regresara.

—¡Valiente cuco estáis hecho, Eben! —dijo McEvoy en son de mofa, aunque la exigencia lo tenía tan desconcertado como a los demás—. ¿Qué habéis intentado en esa alcoba?

—¡Juro por Dios que no he hecho nada! —protestó el poeta—. Mary, tened la bondad de decirle que al punto me iré, pero que es menester que sepa en qué le he ofendido y que imploro su perdón.

Mary partió con el recado, y cuando volvió dijo que la señora Russecks, amén de negarse a explicar los motivos de su exigencia, negábase a prestar oídos a toda disculpa.

—Ha dicho: «Ese hombre no ha hecho nada malo, pero no puedo soportar su presencia en mi casa». Tales fueron sus palabras. Que el diablo me lleve si jamás he visto nada semejante, ¿y tú, Henrietta?

La muchacha convino en que aquel apasionamiento tan poco razonable era por completo ajeno al carácter de su madre.

Ebenezer suspiró.

—Muy bien; en ese caso he de irme al punto y buscar dónde alojarme. Os ruego que no penséis mal de mí, señorita Russecks, así como que procuréis averiguar qué se oculta tras todo esto, pues no hallaré descanso en tanto no lo sepa y pueda repararlo. —Ebenezer siguió diciendo que por la mañana buscaría el medio de llegarse hasta Tobacco Stick Bay; tanto si coronaba con éxito su doble misión como si fracasaba, pronto regresaría a Church Creek con la profunda esperanza de encontrar a la señora Russecks lo bastante aplacada, si no para perdonarlo, al menos para que explicase qué *faux pas* había dado—. Es mejor que vos os quedéis aquí —díjole a McEvoy—. Si vamos los dos, Billy Rumbly pudiera sentirse amenazado.

—¿Habéis dicho *Billy Rumbly*? —preguntó Henrietta.

—Eso ha dicho —afirmó Mary—, pero te tienes que tragar la curiosidad hasta que McEvoy y yo podamos contarte la historia. —Dirigiéndose a Ebenezer, dijo—: Debéis perdonar a la pobre Roxie, señor Cooke; esta tarde preñada de desdichas ha

podido con ella. En cuanto a mañana, debéis permitirme que os lleve en la carreta. Ardo en deseos de ver a Billy Rumbly por razones que pueden ayudar a convencerlo de que abrace nuestra causa.

Ebenezer aceptó agradecido su ofrecimiento y un préstamo de dos libras esterlinas, pues había agotado sus recursos. Encomendole a Mary que le informara inmediatamente de cualquier cambio que se operara en la actitud de la señora Russecks o en el estado en que se encontraba el molinero, y luego se fue. Caminó a solas hasta la taberna, muy turbado de ánimo, y los lugareños que se habían quedado para tener noticias de lo ocurrido lo recibieron casi como a un héroe. Cuando Ebenezer anunció que de momento Russecks no daba señales de haber mejorado, saludaron la nueva con mal disimulado regocijo, y el mismo tabernero, que trabajaba al servicio del molinero, insistió en que el poeta cenara y durmiera por cuenta de la casa.

Durante la colación, Ebenezer caviló acerca del extraño comportamiento de la señora Russecks. La única teoría que se le ocurrió capaz de explicar, por una parte, que aquella mujer tuviera conocimiento del estado de cosas reinante en Malden, y, por otra, la reacción violentamente adversa que tuvo al oír su nombre, teoría no del todo imposible, era que Russecks estuviera aliado con William Smith, el tonelero, y con el capitán Mitchell en el siniestro tráfico de vicio que ambos practicaban. Al cabo, logró reunir el valor necesario para abordar al tabernero.

—Escuchad, amigo, ¿habéis oído hablar de un tal Eben Cooke, el cual se autodenominaba Laureado de Maryland?

—¿Eben Cooke? —Al tabernero se le iluminó el semblante—. Y tanto que sí, señor; es el fulano que lleva la casa de putas del Puntal de Cooke junto con Bill Smith.

El poeta sintió una punzada en el corazón; al parecer, su deducción entrañaba una cierta dosis de verdad.

—Sí, ése mismo. Pero nunca le habéis puesto la vista encima, ¿no?

—A decir verdad, sir Benjamín, sólo lo he visto una vez, unos días después de que...

Ebenezer frunció el ceño, pues había estado a punto de revelar su identidad.

—¿Decís que lo habéis visto?

—Sí, señor, así es, sólo una vez, en el mismísimo lugar donde os encontráis vos ahora. Era un tipo de aspecto normal; no tenía nada de especial. La gente decía que andaba buscando a una moza que se había escapado de Malden (una de esas perdidas, ya sabéis), aunque debo confesar que a mí no me mencionó el asunto. —El tabernero sonrió aviesamente—. Andaba tras de la Virgen, todos lo sabíamos muy bien, y si hubiera venido unos días antes, le habríamos indicado el rumbo. Pero para entonces ella era ya la señora de Rumbly, por si no lo sabíais, y a ver quién se atrevía a llevarlo

junto a la mujer de Billy, aunque no sea más que una simple puta. Tuvo suerte de no dar con sir Harry...

En defensa de la caracterización que había hecho de la señorita Bromly, la cual Ebenezer había cuestionado, el tabernero reafirmó su convencimiento de que se trataba de una prostituta fugada de Malden. El poeta no insistió en llevarle la contraria, tanto porque no deseaba enojar al tabernero como porque se le había ocurrido súbitamente una idea alarmante: ¿sería posible que a fin de cuentas la Virgen de Church Creek no fuera la señorita Bromly sino la pobre Joan Toast? Ciertos rasgos de la historia constituíanse en argumentos favorables a dicha idea: la eficaz defensa que de su castidad había hecho la muchacha (¿por ventura no le había propuesto Joan, la noche que él la abandonó, que llevaran juntos una vida de célibes en Londres?); el aire de independencia que la rodeaba y su entereza de ánimo (la cual en modo alguno hacía pensar en la pusilánime señorita Bromly); el hecho incomprensible de que confundiera a Billy Rumbly con Henry Burlingame, y, ¡ay!, el que fuera finalmente seducida por un indio. Pero acaso el detalle más revelador de todos fuera aquel momento de histeria en el cual la señorita Bromly insistió en que se llamaba Anna Cooke: que Joan, loca de desesperación, se identificara no sólo en la taberna sino en su fuero interno con la persona cuyo anillo llevaba, persona respecto a la cual, muy probablemente, habría llegado a sentirse celosa en grado sumo..., aquello le parecía a Ebenezer que tenía la fuerza de la certidumbre, y ante aquel golpe, su conciencia se resentía.

Pero su objetivo inmediato, por trivial que resultara en comparación, hacía necesario dejar para más adelante aquellas reflexiones. Ebenezer, cambiando de idea, decidió no revelar su verdadera identidad y se encaminó hacia su destino por una ruta diferente.

—En realidad no me interesa Eben Cooke; tan sólo quería comprobar si erais o no hombre de mundo, por decirlo así. Ahora bien, yo soy forastero en esta provincia, amigo mío, pero dicen que los solteros no tienen más necesidad de dormir solos aquí que en Londres, merced a una serie de alegres establecimientos como Malden. Así que no tiene nada de raro que me pregunte si una casa tan acogedora como ésta...

Dejó que el tabernero terminara la frase; sus ojos destellaban malicia; sin embargo, el interpelado hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, mala suerte, sir Benjamín; sir Harry jamás consintió que se cociera nada semejante en el lugar por temor a que alguno se pasara de listo y le diera a Henrietta tratamiento de ramera.

El poeta abandonó su teoría a regañadientes..., bien que un tanto aliviado porque la posada no fuera en realidad un lupanar, pues de lo contrario no se le ocurría cómo habría podido desdecirse de sus pesquisas.

—De todos modos, no quiero haceros creer que no pueda uno encontrar

entretenimiento en Church Creek —siguió diciendo el cantinero—. ¿Qué tal si os dijera que la dama a quien debéis dirigiros es la misma que os trajo aquí este mediodía?

—¡No!

—¡Os lo juro! —El tabernero sonrió con aire triunfal—. Se llama Mary Mungummory, la puta ambulante de Dorset. Es una especie de madre superiora, vos ya me entendéis, y me juego el precio de admisión a que ella puede dar con el modo... ¡Esta sí que es buena! *¡Hablando del rey de Roma!*

Ebenezer siguió la dirección de la mirada, de aquel hombre y vio que Mary acababa de entrar en la estancia y miraba en torno a sí con aire de preocupación. El poeta se hizo notar, y cuando Mary se acercó a la mesa, el posadero se disculpó, la saludó cordialmente y dijo, guiñando un ojo, que sir Benjamín tenía que discutir ciertos asuntos con ella.

—Fingí haber confundido esta posada con una casa de lenocinio —explicó Ebenezer en cuanto pudieron hablar, y le contó brevemente la hipótesis que se le había ocurrido y cómo la misma se le había venido abajo.

—Os habría ahorrado esa fantasía con que tan sólo me lo hubiérais preguntado —dijo Mary—. ¡Os doy mi palabra, señor Cooke, de que no sé qué se ha adueñado de la pobre Roxie!

—Así pues, ¿se encuentra peor?

—¡Prima hermana de los orates!

En cuanto al molinero, siguió diciendo Mary, no estaba ni mejor ni peor que antes, pero lo que es la señora Russecks, lejos de haber recobrado la compostura tras la partida de Ebenezer, estaba cada vez menos razonable y más fuera de sí: le daban ataques en los que sucesivamente rompía a soltar improperios, lloraba o se sumía en la apatía; los intentos de Mary por distraerla contándole historias de Henry Burlingame y Billy Rumbly no habían servido más que para provocar en ella nuevos accesos; a la misma Henrietta le había soltado una andanada de gritos y la había echado de la alcoba.

—Páreceme que no habéis sido vos quien la ha descabalado —aseveró Mary—; de lo contrario, ¿por qué habría de tratar tan mal a Henrietta? Lo que es más, parece estar tan irritada consigo misma como con los demás; se mesa los cabellos, se araña las mejillas y maldice el día en que nació. No, señor Cooke, estoy más convencida que nunca de que está trastornada como consecuencia de todo lo que ha pasado hoy. No hay más misterio; pero tengo miedo de que esta noche se le aflojen los goznes y ya nunca se recupere.

Ebenezer no estaba muy convencido de aquello, mas no era capaz de ofrecer una hipótesis más plausible. Pidió dos vasos de cerveza y cuando Mary hubo terminado de referir a los demás parroquianos las novedades que tenía, le habló de su firme

creencia de que la Virgen de Church Creek era en realidad Joan Toast. En un principio Mary se mofó de aquella idea, luego, escuchó con asombro, perplejidad y preocupación crecientes.

—No se me ocurre nada para rebatiros —acabó por admitir—, aunque no acierto a ver por qué le dio por el nombre de *Meg Bromly*. Claro que vale tanto como cualquier otro, digo yo.

—¡Estoy convencido de que es ella! —afirmó el poeta, y le asomaron lágrimas a los ojos—. Voto a tal, Mary, ¿qué desgracia no he atraído sobre esa muchacha? ¡Pluguiera a Dios que esta misma noche pudiera acudir junto a ella e implorar su perdón!

¡Pluguiera a Dios que...!

Detúvole una expresión de horror que apareció en el semblante de Mary; al igual que ocurriera con el tabernero, en tanto el poeta hablaba, miró por detrás de él, y vio entrar a alguien. Su reacción inspiraba terror. A Ebenezer se le puso carne de gallina.

—¿Es Harry Russecks? —musitó.

—¡Por Cristo bendito! —gimió Mary, y, esperándose lo peor, Ebenezer se dio la vuelta para verlo por sí mismo. El recién llegado no era Harry Russecks, sino un caballero de corta estatura al que los demás parroquianos se levantaban para saludar. Al poeta le dio un vuelto el corazón; movió los labios para exclamar «¡Henry!» y justo a tiempo cayó en la cuenta de que aquel hombre no era el Burlingame de «Nicholas Lowe», sino el de Saint Giles, quince años más viejo y tostado por el sol de Maryland: es decir, que no era Burlingame para nada...

—¡Es mi Charley Mattassin que ha vuelto de entre los muertos! —dijo Mary en voz alta.

—No, Mary —susurró Ebenezer—. ¡Es Billy Rumbly!

Todos los presentes se extrañaron de la reacción de Mary. El mismo Rumbly interrumpió sus saludos y se quedó mirando con una sonrisa de intriga. Dos amigos suyos murmuraron algo, mas él los ignoró y se acercó a la mesa del poeta; allí, sonriente aún, le hizo una leve reverencia a Ebenezer y dijo, dirigiéndose a la mujer del rostro color ceniza:

—Os ruego que me disculpéis, señora, pero es menester que sepa si habéis pronunciado el nombre de Charley Mattassin hace un instante.

Ebenezer reparó en que su voz tenía el mismo timbre que la de Burlingame, aunque su acento era más continental que inglés.

—¡Sois la viva imagen de vuestro hermano! —repuso Mary, y rompió a llorar desconsoladamente. Los demás parroquianos se acercaron a ver qué pasaba; Billy Rumbly les solicitó cortésmente que se lo permitieran averiguar por sí mismo, y ellos se retiraron.

—¿Puedo tomar asiento, señor? Os lo agradezco. Ahora veamos, estimada señora.

—Os ruego que me permitáis que os lo explique, señor —se aventuró a decir Ebenezer—. ¡Es una felicísima coincidencia que hayáis aparecido aquí esta noche!

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Billy Rumbly—. En cuanto a explicaciones, puede que no sean necesarias: mi querida señora, ¿es posible que vos seáis Mary Mungummory?

El asombro de Mary dio inmediatamente paso al temor.

—Señor Rumbly, no me juzguéis con severidad; yo os juro...

—... ¿que no tenéis nada que ver con la muerte de Mattassinemarough? Permitidme que sea yo quien jure, señorita Mungummory, que nadie sino el propio Mattassin es responsable de la muerte de Mattassin. Acabó consigo mismo, soy consciente de ello, y pese a todos los ataques con que quiso mostrar una pasión de signo contrario, sé que murió con vuestra imagen grabada en el corazón. —Rumbly sonrió—. Mas decidme, ¿cómo sabíais que soy hermano suyo? ¿Tan sólo en virtud de que existe un cierto parecido entre nosotros?

Mary estaba aún demasiado impresionada como para ser capaz de elaborar una respuesta coherente, de modo que Ebenezer dijo:

—El trampero Harvey Russecks nos refirió la historia de vuestras aventuras, señor...

—¡El buen Harvey! ¡Todo un caballero! Entonces estáis al tanto de que antes yo respondía al nombre de Cohunkowprets, el Pico de Ganso; no obstante, eso no lo explica todo.

—Mi cometido explicará lo que falta —dijo Ebenezer—. He venido a Church Creek expresamente para transmitir un recado de parte del *tayac* Chicamec.

Por vez primera Billy Rumbly perdió un tanto la compostura: frunció el entrecejo y los ojos le destellaron de un modo que al poeta se le heló la sangre, tantas veces había visto aquel destello de ira en la mirada de Burlingame.

—No me interesan los recados del *tayac* Chicamec —dijo, y en su voz había peligro.

—Puede que así sea —concedió inmediatamente el poeta—, no obstante debo deciros que como caballero no podéis negaros a escucharme. ¡Os juro que las vidas de todos los hombres, mujeres y niños de esta provincia están en vuestras manos!

Billy Rumbly fijó la atención en el vaso de cerveza que le trajo el tabernero; su cólera parecía haberse transformado en testarudez.

—Habláis de la guerra que se avecina. Yo en eso no pienso.

Ebenezer había previsto aquella dificultad; suspiró, como resignado ante la terquedad del indio.

—Muy bien, señor, no abusaré más de vuestra bondadosa naturaleza. Tan sólo confío en que mi amistad con vuestro hermano Burlingame le haga ser más razonable que vos.

Aquel comentario surtió el efecto deseado: Billy cogió a Ebenezer de la mano y se le quedó mirando boquiabierto, como si no osara dar crédito a sus oídos.

—¿Qué cruel estratagema de mi padre es ésta?

—La estratagema es mía, señor, y tiene por fin convencerlos de que oigáis cuanto tengo que decir respecto de unos cuantos asuntos urgentes, no obstante lo cual, cuanto he dicho es cierto. Como ya tuve el placer de decirle al *tayac* Chicamec, vuestro hermano menor, Henry Burlingame III, no ha muerto ni desaparecido; fue tutor mío en Inglaterra por espacio de seis años y en estos momentos no se halla demasiado lejos de este lugar. —A pesar de que tenía miedo de enojar a aquel hombre, el cual lo intimidaba bastante a su vez, las tremendas responsabilidades que tenía contraídas le hicieron perder la paciencia a Ebenezer—. ¡Maldita sea, señor, deponed vuestro escepticismo! Mi causa es la de la humanidad, no la de Chicamec. ¿Conocéis este anillo? Sí, es el anillo de Quassapelagh. Me lo dio por salvarle la vida allá en los acantilados. Ah, ¿os han contado la historia? Entonces sabréis que la persona que dejé a su servicio también me debe la vida. Se trata de un esbelto esclavo negro que responde al nombre de Drepacca, y tengo entendido que era amigo vuestro. ¿Pensáis acaso que vengo a rogaros que salvéis la vida de mis compañeros poniéndoos al frente de esa rebelión monstruosa? Vengo a proponer un plan, señor, no a suplicar; un plan que sea la salvación tanto de ingleses como de ahatchwhoops. —Ebenezer hizo una pausa a fin de recobrar el control y concluyó, en tono más sosegado—: Lo que es más, deseo hablar con vos de caballero a caballero con respecto a vuestra esposa, la cual tengo razones para suponer que es una mujer a la que tengo en muy alta estima; y si luego de todo esto seguís precisando más pruebas de mis buenas intenciones, sabed que podemos hablar aquí largo y tendido sin temor a que nos interrumpa vuestro enemigo, el molinero Russecks, pues en estos momentos se encuentra a las puertas de la muerte tras el enfrentamiento que sostuvo con mi compañero y conmigo a primera hora de la tarde.

Billy Rumbly estaba atónito.

—¡Santo cielo, señor, me dejáis sin aliento! ¡Mi padre, mi esposa, mi hermano, a quien hace tantísimo tiempo que perdí..., todo mi mundo lo habéis echado a dar vueltas! —Rumbly se rio—. Está claro que os entendí mal y os pido humildemente disculpas, señor...

—Cooke, Ebenezer Cooke, de Malden. —El poeta sintió alivio al ver que aquel nombre al parecer no significaba nada para Billy Rumbly.

—Señor Cooke. —El indio le estrechó la mano cordialmente—. Quisiera dejar claro desde el primer momento que, pese a que todos los chismorreos avalan lo contrario, mi esposa me es tan cara como decís que lo es para vos, y el estado en que se encuentra (del cual entiendo que estáis al tanto) es causa de muy grave preocupación para mí. A decir verdad, fue con ánimo de pedirle consejo a la señora

Russecks sobre el asunto por lo que vine hoy a este lugar... ¡Loado sea Dios por ello!

Mary, que para entonces había logrado dominar sus emociones, explicó que la señora Russecks se encontraba indispuesta y se excusó a fin de volver junto al lecho de la enferma.

—Si seguís con la intención de visitar a la señora Rumbly —le dijo a Ebenezer—, saldremos a primera hora de la mañana.

—No —protestó Billy Rumbly—, es menester que seáis huésped mío esta noche, señor, y que me habléis de estos portentos a placer. ¡No consentiré ninguna otra cosa! Y en cuanto a vos, Mary Mungummory, si verdaderamente habéis de iros ahora, presentadle mis respetos y condolencias a la señora Russecks y decidle que consultaré con ella en otra ocasión; no obstante, es menester que vos y yo hablemos muy pronto de Mattassin... ¿Mañana tal vez? ¡Tengo mucho que contar y mucho que preguntar!

Demasiado embargada por la emoción como para ser capaz de hablar, Mary logró hacer una especie de gesto de reconocimiento y salió de la taberna. Billy se quedó mirándola muy atentamente hasta que se hubo ido, y luego meneó la cabeza.

—¡Me juego algo a que fue hermosa en tiempos! E incluso ahora, a pesar de todo... No diré que la entiendo a ella, señor Cooke; pero creo que entiendo muy bien a mi hermano. —Rumbly se volvió hacia el poeta, sonriendo—. Y bien, señor, ¿qué decís? Si el asunto concerniente a mi mujer no es un duelo por su afecto, partamos al punto hacia Tobacco Stick Bay; son tan sólo cuatro millas de carretera, y me espera un magnífico tiro de caballos. ¡Asombroso lo de mi hermano!

Ebenezer estaba encandilado. No se había percatado del gran desasosiego que le hacía sentir la perspectiva de encontrarse con Billy Rumbly hasta que la amabilidad del mismo despejó aquella inquietud. Era como volver a ver a Henry Burlingame tras una separación larga y desalentadora..., pero a un Burlingame que era formidable sin ser ambivalente, cuya benevolencia no entrañaba equívocos; en resumidas cuentas, el Burlingame alegre y resuelto que acudiera a salvarlo a Magdalene College. Todavía le quedaba pendiente a Ebenezer la tarea de convencer a Billy Rumbly de que salvara a Bertrand y al capitán Cairn, y también resolver el problema, más peliagudo, de qué hacer con Joan Toast; pero en presencia de Billy Rumbly, ante su ánimo principesco y su energía cortés, Ebenezer no podía sentir pesimismo, cuanto menos, desesperación. Antes al contrario, su espíritu desmayado reanimose; el ardor de la gratitud, el calor de los sentimientos bienintencionados que mutuamente se inspiraban, hicieron ruborizarse. Cuando se puso el abrigo, Billy Rumbly (que no se había quitado el suyo) comunicó a los parroquianos que la conmoción padecida por la señorita Mungummory había obedecido a una simple confusión de identidad: lo había confundido con su hermano Charly Mattassin, aquel pobre descarriado a quien ahorcaron por el asesinato de Mynheer Wilhelm Tick y familia. Ebenezer

sorprendiose de la franqueza de aquel hombre, mas al parecer Billy conocía bien a su público; aunque la revelación les causó sorpresa, sus murmullos parecían encerrar más consideración que hostilidad.

—Y ahora —dijo Billy— tras haber bendecido a las esposas de los presentes con un poco de habladurías, permitidme que os bendiga con un trago.

Cuando se hubieron distribuido las bebidas entre sus admiradores parroquianos, Billy procurose además una barrica para el carromato, diciendo que no podía dejarse de celebrar el día en que sir Harry se rompió la crisma. Su manifestación se vio rubricada por una serie de *hurras* estentóreos, y cuando los dos hombres dieron las buenas noches y se montaron en la carreta de Billy, Ebenezer se sintió envidiado por cuantos se hallaban en la taberna.

Hicieron un breve alto en el molino, donde puso a McEvoy en contacto con el que era el objeto de la misión que les había sido encomendada y fue informado de que así como la señora Russecks por fin había logrado conciliar el sueño, la condición del molinero no había experimentado cambio alguno; luego partieron en dirección oeste por un sendero oscuro y estrecho. Hacía una noche tranquila y muy fría; por entre los árboles el poeta acertó a divisar el gran triángulo que conforman Deneb, Vega y Altair, aunque las constelaciones a la que pertenecían quedaban fuera de su vista.

—El viajecito es como media hora —dijo Billy—. Si se me permite pedirlo, ahorradme el recado de mi padre hasta más tarde, a fin de que pueda sopesar la sustancia del mismo a solas. Sin embargo, es preciso que me habléis de ese caballero que afirma ser mi hermano; asimismo paréceme que haríamos bien en hablar sin trabas acerca de mi esposa antes de llegar. Pero un momento: no osemos tratar asuntos de tanto peso con la garganta seca; lo primero que hemos de hacer es cobrarnos la virginidad de doña Barrica.

—¡Voto a tal —dijo Ebenezer riéndose— que no parecéis mero hermano de Henry Burlingame, sino su gemelo! ¡Cuántas veces he ardidado en deseos de oír las noticias que guardaba para mí, o bien era yo quien se las había de dar a él, y no hubo sino sentarse y dar cuenta de un plato de lomo de cerdo antes de verme satisfecho!

Probaron el contenido de la barrica, y el buen ron blanco de Jamaica le escaldó las entrañas al poeta, muy a su sabor. Bien tapados llevaban el indio y él el regazo, lo cual, junto con el ron y la ausencia de viento, hacíanles sentirse tan a gusto como si corriera el mes de abril y no los últimos días de diciembre. Los caballos trotaban solazadamente por el sendero helado, y las ruedas del carro crujían y chirriaban con agudo son, grato al oído. Ebenezer dejábase mecer el cuerpo con el vaivén de los muelles; antes parecía aterradora la labor de tener que referir una vez más la historia de la búsqueda de Burlingame, así como las intrincadas vicisitudes de su propia historia, pero en aquellas circunstancias antojósele grata tarea. Sin hacer alusión a sus dudas, reservas, asombros y decepciones, refirió cómo el capitán

Salmon había rescatado a Burlingame; refirió luego sus años mozos como marinero, bardo gitano y estudiante de Cambridge; su labor docente en Saint Giles in the Fields y el afecto que le cobraron los gemelos; sus aventuras en las provincias en calidad de agente político y pirata involuntario; cómo salvó a la señora y señorita Russecks; sus vanos intentos por averiguar su ascendencia y cómo el poeta resolvió, hacía muy poco, aquel misterio.

—La cuestión —aseveró hacia el final de su relación— es averiguar quién hubo entre sir Henry y Henry III, y cómo es que mi amigo tiene la piel tan blanca como la de cualquier inglés, siendo así que ni en el Diario íntimo de sir Henry ni en la *Historia secreta* del capitán John Smith se menciona a ninguna lady Burlingame. Ni siquiera ese último fragmento de la *Historia*, al que vuestro pueblo denomina *Libro de los diablos ingleses*, resuelve dichas cuestiones, ya que cualesquiera vástagos de sir Henry y Pokatawertussan necesariamente habrían de ser una mezcla de sangre inglesa y ahatchwhoop, como de hecho ocurre con el *tayac* Chicamec.

—Tal y como yo alcanzo a entenderlo, sigue habiendo tanto misterio como antes —confesó Billy—. Sin embargo, no me cabe la menor duda de que ese hombre es en verdad hermano mío. ¡Milagroso!

—Sí, y no menos milagrosa es la casualidad que me dio la clave del asunto.

Ebenezer refirió la visita que efectuó junto con Burlingame al jesuita Thomas Smith, el cual los entretuvo contándoles la historia del padre FitzMaurice.

—Cuando examiné los baúles del padre Joseph, que conservaba el *tayac* Chicamec en su casa, y averigüé que el rey se había desposado con la hija de aquel mártir, hallé la respuesta: conforme a la ley del promedio, aquella misión debía engendrar no sólo ejemplares como vos, que tenéis la sangre mezclada, al igual que vuestros progenitores, sino también vástagos de pura raza india y pura raza inglesa en números iguales. En una palabra, Mattassin y Henry Burlingame.

—¡Qué gran regalo me habéis hecho! —exclamó Billy, contenidamente—. ¡Un hermano con el que reemplazar al pobre Mattassin! ¡Estaré eternamente en deuda con vos, señor! Pero ¿qué ocupación tiene en la actualidad él que tantas tuvo en el pasado, y cómo podría encontrarlo? Porque me propongo dar con él de inmediato, ya sea en el Cambridge de Maryland o en el Cambridge de Inglaterra.

Teniendo presente que érale inminente pedirle ayuda a Billy, Ebenezer respondió que Burlingame aún seguía implicado en grado sumo en la política de la provincia en calidad de agente de lord Baltimore, en cuyo servicio había arriesgado la vida innumerables veces, siempre en aras de la justicia. Resultaba difícil considerar contrarrevolucionario a un hombre que se había pasado recientemente a la causa de John Coode (y que, por lo que Ebenezer sabía, pudiera ser él mismo el archirrebelde de los insurrectos), mas el poeta hízose el razonamiento de que había más probabilidades de que Billy Rumbly diera su aquiescencia a un plan del cual pensara

que obtendría la aprobación del hermano perdido.

—En cuanto a su paradero actual, no estoy seguro, pues fija su residencia allá donde lo lleva la causa de la civilización. Mas mis ansias de encontrarlo no son menos urgentes que las vuestras, pues sé muy bien que se jugaría la vida a fin de evitar una masacre. —Al llegar a aquel punto, aunque había prometido pasar por alto la historia, no pudo resistir la tentación de hablar de las peligrosas circunstancias en las que averiguó que se fraguaba un ataque, así como de las condiciones que puso Chicamec al rescate de Bertrand y del anciano capitán de barco—. Quiere que un hijo suyo dotado con la fuerza de Quassapelagh y Drepacca acaudille a los ahatchwhoops en la insurrección. Yo elevo mis plegarias para que o vos o Henry, si no ambos, le engañéis en nombre de la paz y de la buena voluntad; ocupad vuestro lugar como rey de los ahatchwhoops y utilizad vuestra influencia para bien del hombre de piel roja, negra o blanca por igual. No estaría de más, a mi parecer, con tal de que vos...

—¡Ah, señor, vuestra promesa, vuestra promesa! —Billy alzó una mano—. Ocupémonos ahora del asunto de mi esposa. Antes de que mencionéis qué os interesa, ¿puedo dar por supuesto que conocéis la historia de nuestro... *galanteo*?

—Sí, me la contaron Harvey Russecks y Mary Mungummory, a quienes se lo había contado la esposa de sir Harry.

—Ambas son fuentes excelentes. Entonces no hay duda de que sabéis que comparto vuestra alarma respecto de la degradación que la señorita Bromly se ha infligido a sí misma. No soy todavía cristiano ni tampoco ciudadano de la provincia conforme a la ley, señor, y por consiguiente no puedo casarme con ella como es debido y como yo deseo. Pero ella no quiere nada fuera del simple rito ahatchwhoop que ejecuté, el cual ni yo ni las leyes de Maryland consideramos válido por ser inglesa una de las partes.

—¿Entonces en realidad no es vuestra esposa salvo según el espíritu del derecho consuetudinario?

Billy reconoció que desgraciadamente así era.

—Reconozco abiertamente lo que ya sabéis: que estaba dispuesto a raptarla y violarla conforme al ancestral modo ahatchwhoop. Me oculté en la arboleda que queda cerca del molino de sir Harry y la atraje a la ventana por medio de ciertos ruidos, y entonces me dejé ver. Esto se hace a fin de aterrorizar a la víctima, mas lejos de desmayarse, la señorita Bromly acercóseme sin que nadie la moviera a ello, y cuando me apresté a atacarla..., pues bien, baste con que os jure que no fue menester ataque ninguno: vínose conmigo por propia decisión, y por propia decisión conmigo sigue. Más aún, pese a todas mis presiones por lograr que viva como cumple a una dama, hase transformado en salvaje, o peor aún, en un ser embrutecido que ni habla ni se compone. ¿Os han ido con cuentos de que la torturo junto al fuego? Yo os juro que por mi voluntad no le dañaría ni un cabello, pero en algún lugar ha oído decir que

los maridos indios practican la costumbre de atar a las esposas indóciles junto a una hoguera de maderas no del todo secas, a fin de curarles el mal humor, y ella me obliga a atarla y ahumarla del mismo modo, tras colocarla al fuego.

Ebenezer hizo un chasquido con la lengua.

—¡Ay, pobre mujer!

Billy lo miró detenidamente e hizo restallar las riendas.

—Tengo razones para contaros estas cosas, amigo mío. Me imagino que se habrán despertado sentimientos contrarios a la señora Bromly y a mí: por cuanto sé, pese a vuestro aire cordial, bien pudierais ser su hermano o su prometido, que viene con ánimo de vengar su rapto. Ella nada me ha dicho de su vida y relaciones anteriores.

No era su intención, siguió diciendo Billy, dar a entender que estaba exento de toda responsabilidad en aquel asunto, independientemente de cuál pudiera ser el pasado de la señorita Bromly, él, en su ignorancia, habíala asaltado en la taberna de Russecks y deliberadamente propúsose consumir ulteriormente su violación; no era imposible que el estado en que se hallaba la muchacha obedeciera a que hubiera perdido el equilibrio como consecuencia de la conmoción causada por sus ataques. Sin embargo, le profesaba un gran amor, la quería bien y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mejorar su condición o por hacer frente a sus responsabilidades.

Tan desarmado se sintió Ebenezer ante la actitud franca y amistosa de aquel hombre que, aunque la idea de la degradación de Joan le dolía hasta tal punto que se le saltaban las lágrimas, fue incapaz de encolerizarse con quien la había raptado.

—Hombres más virtuosos que yo podrán pedirnos cuentas —acabó por decir—. Tan sólo contestadme a esto: ¿la muchacha lleva alguna clase de anillo?

—¿Anillo? Sí, tiene uno, el cual besa y maldice alternativamente, pero del que jamás habla. Es una especie de sello de plata: paréceme que debieron diseñarlo para ahuyentar a los malos espíritus, pues en el sello aparece inscrita la palabra *ban* o *bane*:^[47] BANNE.

Por un momento, Ebenezer se quedó desconcertado; luego reconoció el anagrama de Anne B. Billy simplemente había empezado por la letra equivocada.

—¡Ah, Dios mío, lo que me temía! Soy algo más que el prometido de esa muchacha, señor Rumbly; soy su marido y vine aquí, entre otras razones, para rescatarla de vuestras garras. No obstante, estoy convencido de que tenéis menos culpa de lo que os imagináis. Yo soy, más que ninguna otra persona, el responsable del lamentable estado en que se halla Joan Toast (tal es su verdadero nombre, no Meg Bromly), y si verdaderamente la amáis y os compadecéis de ella, sois vos quien debiera castigarme a *mí*, y no al contrario.

Totalmente disipada la sensación de bienestar que antes tuviera, Ebenezer puso a Billy al corriente de la historia de su relación con Joan Toast y le habló de la

extraordinaria injusticia de que la había hecho objeto, la cual creía causa de su huida de Malden y del maltrecho estado en que se hallaba.

El indio atendió con sumo interés y simpatía.

—Debéis perdonarme si la pregunta es impropia, señor —dijo, cuando el poeta hubo concluido—. Creo haberos oído decir que pese a haberos casado con esa mujer, seguís siendo virgen, ¿no es así? ¡Notable! Y, sin embargo, pareceme que disteis a entender que la señorita Toast, o señora Cooke (¿qué tratamiento debe darle un caballero?), en fin, que tal vez no hayáis sido vos el único que ha gozado de su compañía y que hubo algunos que, digámoslo así, no se mostraron tan delicados respecto a su honor como vos... ¿Es eso correcto o he interpretado mal vuestras palabras?

Ebenezer sonrió.

—No es menester andarse con melindres, señor. En Londres ejercía de puta.

—Ya veo —musitó Billy, mas su semblante ceñudo daba a entender que no se sentía enteramente satisfecho con respecto a la cuestión—. ¿Y naturalmente estáis completamente seguro de estas cosas?

El poeta no fue capaz de suprimir un rasgo de humor lúgubre.

—Es posible que para vos sean nuevos los usos de las damas cultivadas, señor: una ramera inteligente puede estar prostituyéndose hasta llegar a las mismas puertas del infierno y allí venderle a Lucifer la primicia de su virginidad.

—No me digáis. Y, sin embargo, el anillo pudiera ser prueba de que... —Rumbly, vagamente perplejo, dejó la frase sin concluir—. Bueno, se acabaron las especulaciones. Allí está mi cabaña.

El sendero los condujo fuera del bosque, llevándolos hasta un amplio y despejado campo que al norte limitaba con una ensenada de estrechos márgenes. Del lado que quedaba más cerca del agua veíanse una cabaña tenuemente iluminada y varias dependencias. Cuando hubieron dejado las caballerías en el establo y se acercaban a la casa, Ebenezer empezó a ponerse cada vez más nervioso ante la perspectiva del encuentro con Joan Toast; la conducta más honorable, decidió, era simplemente presentarse ante ella, humildemente y sin excusas, y dejarle la iniciativa.

Cuando llegaron al escalón que daba a la puerta, Billy Rumbly se detuvo y le puso al poeta una mano en el hombro.

—Entendámonos bien, amigo mío: supongo que tenéis la intención de llevaros a mi, quiero decir, a vuestra esposa..., y que tenéis intención de quitármela por su propio bien.

—Tal es mi intención —admitió Ebenezer.

—¿Por la fuerza si fuera necesario?

—Ni voy armado ni soy dado a la violencia, señor; mi única arma es la persuasión, y no hay grandes probabilidades de que ella se muestre siquiera dispuesta

a escucharme. Tampoco estáis vos obligado a invitarme, dadas las circunstancias; no voy a plantearos ningún conflicto.

Billy rio entre dientes.

—¡Sois una persona noble! Muy bien, pues; en vista de que los dos amamos a esa mujer, y en vista de que los dos nos sentimos responsables de su situación, pongamos por encima de toda consideración personal el que ella mejore de estado; le hablaremos por separado y dejaremos la elección en sus manos. ¡Tal vez después de escucharnos se desentienda de los dos!

Ebenezer se mostró de acuerdo, nuevamente cautivado por el grado de civismo que su anfitrión había adquirido en tan poco tiempo, y los dos entraron en la cabaña. Una vela solitaria ardía con luz temblorosa cerca de la puerta, y en el hogar estaban acabándose de consumir los últimos trozos de carbón; la habitación estaba oscura y fría.

—¡*Yehawkangrenepo!* —dijo Billy, y explicó en voz baja—: Me obliga a llamarla por ese nombre. ¡*Yehawkangrenepo!*

Entonces se oyeron unos gruñidos y alguien que estaba tumbado en un banco de alto respaldo situado junto al fuego se movió. La mujer se incorporó, de espaldas a la puerta, y empezó a frotarse los ojos y a rascarse el pelo, que era oscuro y estaba enmarañado. Llevaba un traje recto, hecho jirones y muy sucio; no paraba de gruñir y rascarse todo el cuerpo como si fuera un simio espulgándose. Ebenezer se sintió desfallecer a la vista de aquel lamentable espectáculo. La criatura volvió a rascarse la cabeza, al tiempo que se levantaba del banco. La luz de la vela centelleó brevemente en su anillo de plata. El destello fue apenas perceptible, pero cegó completamente al poeta, que olvidó su resolución. Corrió hacia ella y se arrojó a sus pies.

—¡Joan Toast! ¡Vive el cielo, cuánto mal os he causado!

Al oír su voz, la muchacha se quedó boquiabierta; cuando le vio acercarse a ella dio un grito y se agarró al respaldo del banco buscando apoyo. Y entonces fue Ebenezer quien se puso a gemir y dar traspies, pues pese a lo muy cambiado que estaba su aspecto, pese a la débil y temblorosa luz de la vela y a que las lágrimas tornaban borrosa su visión, cuando la mujer se dio la vuelta, el propietario vio que la amante de Billy Rumbly no era ni Joan Toast ni la señorita Meg Bromly, sino su hermana Anna.

16. PROPÓNESE UNA GENERALIZACIÓN SUMAMENTE VAGA RESPECTO DE LA CONSERVACIÓN DE LA ENERGÍA CULTURAL, Y DEMUÉSTRASE CON LA AYUDA DE LA RETÓRICA Y DE LA INADVERTENCIA

Ya fuera por la falta de costumbre o por lo súbito de la sorpresa, tras el grito inicial, Anna volvió a perder la voz. Hermano y hermana fundiéronse en un franco abrazo, inmensamente aliviados por haberse vuelto a encontrar, mas no bien húbose satisfecho Ebenezer del nombre de Anna y explicado al perplejo Billy Rumbly entre sollozos y sorber de mocos que aquella mujer no era su esposa sino su hermana gemela, notó que ella se ponía rígida entre sus brazos. Al punto su memoria se abandonó a las cosas terribles que le había contado Burlingame, así como a la historia de su galanteo con el príncipe ahatchwhoop, que ahora cobraba un aspecto aterrador. El abrazo tornose enojoso. Ebenezer no trató de retenerla cuando Anna lo empujó para zafarse, y se desplomó sobre el banco, bañada en lágrimas.

—¿En verdad es vuestra hermana? —demandó Billy.

El poeta asintió.

—Es preciso que tratéis de entenderlo —dijo, hablando con dificultad—. Este es un momento doloroso para los dos... Todavía no lo puedo explicar...

—Ya habrá tiempo —dijo Billy—. De momento mi compañía es un estorbo para todos; me despediré ahora y volveré para el desayuno.

—¡No! —Anna recuperó la voz súbitamente. Las lágrimas habían abierto surcos por entre la suciedad de sus mejillas—. Este hombre es mi marido —le dijo a Ebenezer.

—Así es —musitó el poeta—. Soy yo quien debe irse.

—No lo permitiré —dijo Billy con firmeza—. Cualquiera que sea la diferencia que os separa, se trata de un asunto familiar y es menester que sea resuelto. En todo caso, ya hace tiempo que tenía intención de dormir en el granero: tengo motivos para sospechar que hay un ladrón que se dedica a hurtar allí últimamente. —El pretexto era poco convincente, mas no fue cuestionado. Billy apoyó la mano cariñosamente en la cabeza de Anna—. Te suplico que salves las barreras familiares con ánimo de perdonar y buena voluntad; es muy de lamentar que un hermano y una hermana no se quieran. ¡Vamos, alza la vista! Y en cuanto a vos, señor: ya estoy en deuda con vos por haber hecho que esta mujer recupere el habla, y más que agradecido por haberme permitido pagaros con la misma moneda el regalo que me habíais hecho dándome un hermano. Tan sólo os ruego que recordéis los términos de nuestro acuerdo: por la mañana habéis de darme las nuevas de la isla de Bloodsworth, y ya veremos qué

conviene hacer con arreglo a cada cosa.

Anna dejó caer la cabeza y no dijo nada; Ebenezer, a su vez, aunque azorado por su falta de ánimo para protestar, sentía tales deseos de hablar en privado con su hermana que consintió en que Billy aderezara el fuego de la cabaña y partiera luego al lúgubre granero. Apenas si se atrevía a mirar a Anna; el pensar en la condición en que se hallaba hízole llorar. Durante algún tiempo siguieron sentados cada uno en un extremo del banco, mirando fijamente el fuego, de tanto en tanto sorbiéndose los mocos o enjugándose las lágrimas.

—¿Has estado en Malden? —aventurose a decir él por fin. Con el rabillo del ojo vio que ella hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Me encontré a un tal Spurdance en el muelle de Cambridge...

—Entonces estás al tanto de mi desgracia. Y seguramente también habrás conocido allí a mi... esposa, puesto que llevas de nuevo tu anillo. —Ebenezer sintió un dolor en la garganta; derramó nuevas lágrimas y se volvió hacia Anna, presa de una gran emoción—. Me vi obligado a casarme con ella, de lo contrario habría perecido durante la aclimatación, como le ocurrió a tu madre; mas no fue obra suya, Anna; no debes pensar mal de ella. Ciertamente, es una ramera, pero me siguió hasta Maryland por amor... —Una vez más, titubeó al recordar la afirmación de Burlingame en el sentido de que idéntico motivo había impulsado a Anna—. Por causa mía tiene sífilis y es esclava del opio; ha padecido indignidades inimaginables por estar conmigo; cuando estuve enfermo me procuró cuidados hasta que recobré la salud, y jamás me reclamó nada..., ni siquiera mi castidad, ¡te lo juro! Su único deseo, cuando se hubo perdido todo, era que huyéramos juntos a Londres, para allí vivir como hermano y hermana hasta que sus males acabaran con ella. Y yo, Anna..., yo traicioné a esa santa mujer del modo más despreciable que imaginar quepa. ¡Huí solo! ¡Yo la abandoné para que muriera privada de cuidados! ¡Es a mí a quien debes despreciar, no a la pobre Joan Toast!

—¿Despreciar? —Anna parecía sorprendida—. ¿Cómo podría despreciaros a ninguno de los dos, Eben? Perdiste Malden por medio de engaños; el honor y la necesidad exigieron que te casaras. ¡Ojalá no hubieras abandonado a esa mujer..., no hay nada peor que estar solo!

Tras aquel comentario, Anna se vio obligada a hacer una pausa momentánea. Luego, expresándose con cuidado y rehuendo la mirada de su hermano, le preguntó por qué no estaban ya en Londres. ¿Sabía que ella se encontraba en Maryland? ¿Era consciente de que había estado enamorada de Henry Burlingame por espacio de doce años y que había acudido a Maryland con la esperanza de casarse con él? ¿Se daba cuenta de que eran las terribles noticias de Bertrand junto con las del señor Spurdance y las de Joan Toast, así como que ya desesperaba de encontrar jamás a Henry o a su hermano, unido al terrible golpe de que la asaltara un salvaje que tenía un parecido

milagroso con Burlingame, lo que la había llevado al estado en que se encontraba? Anna se deshizo en lágrimas de vergüenza. Ebenezer le cogió la mano, mas no intentó responder a sus preguntas.

—Repetir mi historia me llevaría varias horas —dijo con dulzura— y estos dos últimos días he referido diversas partes de la misma a diversas personas, de modo que estoy harto de contarla. ¡A fe mía, Anna, que es mucho lo que hay que decir! Recuerdo que lloraste cuando pasamos la primera noche separados, y dijiste que ya nunca estaríamos tan unidos como antes... ¡Entonces ni por asomo vi la plena trascendencia que encerraba aquel comentario! Ahora no son las horas ni las habitaciones lo que nos separa; es como si nos halláramos en la cima de sendas montañas gemelas, separadas por un abismo. Lo salvaremos antes de irnos de esta cabaña, aunque se precise una semana de explicaciones... ¡Cuánta caballerosidad la de Billy por concedernos unas horas para que demos con el principio! Pero creo que sería mejor que empezaras por contarme qué pasó entre tú y Joan. ¿Cuál es el estado de cosas en Malden, ahora que papá está allí? El menor detalle de mi historia bien puede precisar una hora para glosarlo.

A modo de ejemplo indicó que el parecido entre Billy Rumbly y Henry Burlingame no era más milagroso que el que pueda haber entre cualesquiera hermanos. Anna enmudeció de sorpresa y luego imploró más información, pero Ebenezer se mostró inflexible.

—Por favor —dijo—, ¿es que no has visto a Henry? Es menester que sepa estas cosas antes de empezar.

—No —suspiró Anna—, ni lo ha visto nadie de Cambridge ni de Saint Mary, su nombre les es desconocido.

Y resignándose al aplazamiento de sus preguntas, Anna habló de su inmensa soledad en Saint Giles, de su creciente temor respecto de que Burlingame lograra descubrir jamás su ascendencia (descubrimiento que, según contó ella, había puesto el tutor como condición previa a la boda), y de cómo por fin adoptó la resolución de abandonar a su quejumbroso padre, reunirse con Ebenezer en Malden y o bien convencer a Burlingame de que desistiera en sus pesquisas o bien ayudarlo del modo en que le fuera posible.

Al llegar a aquel punto, Ebenezer se interrumpió, volvió el rostro hacia su hermana y dijo:

—¡Queridísima Anna; no te sientas avergonzada en presencia de tu hermano! El puente que hemos de tender ha de sostenerse sobre los pilares del amor y la sinceridad; de lo contrario se desplomará. —El amor que tenía en mente al hablar así era el que supuestamente sentía su hermana hacia él, respecto del cual parecía a Ebenezer imperativo alcanzar un acuerdo desde el principio; sin embargo, recordó súbitamente la aseveración de Burlingame, conforme a la cual la propia Anna, como

mucho, sería vagamente consciente de la extraña obsesión que padecía, y muy posiblemente enteramente ajena a la misma. El desconcierto de su mirada parecía confirmar dicha aseveración—. Me refiero a algo que sólo importa una vez que se toca una cuestión que Henry juzgó necesario compartir conmigo de modo enteramente confidencial y... —No fue capaz de seguir; Anna se sonrojó tanto como él y se tapó los ojos con la mano.

—Y tú eres consciente de que mi esposo se parece a él hasta en los menores detalles —dijo—. En resumidas cuentas, no soy menos virgen que tú ni más inocente.

—¡No hablemos más de ello! —imploró Ebenezer.

—Sólo una cosa más. —Anna retiró la mano y miró a su hermano seriamente. Ebenezer tuvo la certeza de que iba a confesar su pasión contra natura (perspectiva de lo más alarmante por cuanto que abrigaba la sospecha, fuertemente respaldada por Burlingame, de que él la compartía en cierto modo); sin embargo, dijo que no debía juzgarla ingenua con respecto a Henry Burlingame. ¿Acaso no se había percatado ella muy bien de que le causaba un grandísimo placer ver a los dos hermanos juntos? ¿Acaso su tutor no la había turbado en incontables ocasiones entregándose a disquisiciones amorosas sobre todos los seres, desde los espárragos silvestres hasta los perros de caza de ambos sexos?—. Paréceme que es más fácil conocer al prójimo que a uno mismo —dijo—. Pocas cosas del carácter de Henry me son desconocidas. —Anna sonrió por primera vez y un súbito recuerdo hízola enrojecer—. ¿Quieres que me atreva a contarte algo que él no quiso decirte? Le pregunté, antes de que os fuerais los dos de Londres, por qué le concedías tanta importancia a tu virginidad, en tanto que yo ardía en deseos de acabar con la mía. Y además le dije que de haber estado tú en su lugar, ambos le pondríamos fin a nuestra inocencia.

Ebenezer se revolvió, incómodo.

—Respondiome —siguió diciendo Anna, sin dejar de observar el semblante de Ebenezer— que albergabas en tu pecho una pasión secreta e intensa hacia una mujer que el mundo te negaba, y que preferías seguir siendo virgen antes que tener que escoger a otra.

—Eso es verdad hasta cierto punto —reconoció el poeta—. Aunque no fue tanto el mundo quien me negó a Joan Toast como John McEvoy y...

—Un momento, no he terminado. He de confesar, Eben, que lo que me dijo Henry me inspiró unos celos desmedidos, aunque yo sabía que cada uno de nosotros acabaría casándose. Como siempre habíamos estado tan unidos... En fin, que le pregunté el nombre de la dama que había dejado tan honda huella en tu corazón, así como por qué no se lo habías confiado a tu querida hermana, que antes siempre conocía tus menores caprichos y pensamientos. Harry repuso que tú mismo apenas eras consciente de la identidad de aquella mujer, pero que aún cuando así fuera, la fuerza de la costumbre te sellaría los labios, por cuanto que el objeto de tu pasión

era... ¡tu hermana!

Ebenezer se puso muy rígido.

—¿Henry dijo eso? ¡Vive Cristo, la iniquidad de ese hombre no conoce límites! ¿Sabes, Anna, que me dijo eso mismo con respecto a ti? Me había enterado de tu relación con él, ¿sabes? Eso fue antes de averiguar que era impotente..., y estaba inflamado de cólera y envidia...

Cortó la frase a la mitad, pero lo que la misma implicaba pendía claramente entre los dos. La habitación se colmó al punto de tensión y azaramiento de un orden diferente al que habían sentido hasta entonces; la postura que guardaban en el banco hízoseles súbitamente engorrosa; bajo el pretexto de ir a rascarse una pierna, Anna retiró la mano que tenía debajo de la de Ebenezer y apartó la vista.

—Bueno —dijo, y viose obligada a aclarar la garganta. Diríase que hay una semilla de mostaza de verdad en lo que nos dijo Henry.

Durante un tiempo no fueron capaces de hablar. El silencio era doloroso, mas Ebenezer no acertaba a ver el modo de acabar con él. Por suerte, Anna acudió en su ayuda: con voz suave y resuelta, como si no hubiera mediado digresión ninguna, prosiguió la relación del viaje que había iniciado en Saint Giles, indicando sin más comentarios que el motivo del mismo había sido reunirse con Henry Burlingame. Al poeta se le iluminó el corazón.

—No sabía nada de lo que había hecho desde 1687, cuando tú y yo abandonamos Londres. Entonces, la primavera pasada, se me acercó como más tarde contigo en la diligencia de Plymouth, bajo el disfraz del coronel Peter Sayer. Cuando por fin estuve segura de cuál era su verdadera identidad, me contó sus aventuras en las provincias, su descubrimiento de ciertas referencias relativas a la existencia de un homónimo suyo en Virginia, y las intrigas políticas de las que era partícipe.

Ebenezer interrogó detenidamente a su hermana con respecto al último punto y le confesó sus dudas acerca de que Burlingame abrigara buenas intenciones hacia él y, lo que era muchísimo más importante, sus celos en cuanto a la bondad de la causa de lord Baltimore y la maldad de la de Coode. Hízosele entonces preciso suspender el orden de su agenda y hablar de que Henry se había hecho pasar tanto por Charles Calvert como por John Coode, así como de que había abandonado la causa del primero para pasarse a la del segundo; de que Bertrand Burton estaba convencido de que Burlingame era John Coode; de que había pruebas que daban a entender que Coode, lord Baltimore, Burlingame y el mismo Andrew Cooke —o una combinación de todos ellos— estaban implicados en el deplorable tráfico de prostitutas y opio del que Anna había oído hablar a Benjamín Spurdance, y por último, de las sospechas del propio Ebenezer en cuanto a que ni Baltimore ni Cooke existían salvo cuando Burlingame se hacía pasar por ellos, o, caso de que existieran, era, por decirlo así, en abstracto, sin hallarse implicados y puede que incluso perfectamente ignorantes de

los planes y causas que se les atribuían.

Anna escuchó con interés, mas no dio grandes muestras de sorpresa por el comportamiento de Burlingame.

—Con respecto a si lord Baltimore y John Coode son seres reales o imaginarios —afirmó—, yo no puedo decidirlo, bien que resulta difícil creer que una suposición tan extendida no entrañe cierta verdad. Tampoco puedo decir a ciencia cierta si los dos se hallan enfrentados o coaligados, ni si son enemigos en lo tocante a ciertos asuntos y aliados en lo tocante a otros, ni cuál de los dos tiene la razón de su parte. Tengo, sin embargo, motivos para pensar que si Henry tiene algún interés genuino por estos asuntos, sus simpatías no están a favor de ninguno de esos hombres; ni tampoco hay verdadera contradicción en que se declare primero a favor de uno y luego a favor de otro. El hombre a quien en realidad admira y sirve, según creo, es el gobernador Nicholson.

—¡Nicholson! —exclamó Ebenezer en son de burla—. No se sabe de qué lado está, por lo que he oído decir: no es papista, y sin embargo luchó a favor de Jacobo en Hounslow Heath; fue lugarteniente de Edmund Andros, y las diferencias entre uno y otro llegaron a tanto que aún siguen despreciándose. Lord Baltimore lo eligió para que recayera sobre él el nombramiento de gobernador real, pensando que Nicholson compartía sus simpatías, mas a pesar de que Nicholson parece interesado en que se proceda judicialmente contra Coode, gobierna como si lord Baltimore no existiera, lo cual, ni que decir tiene, no puede hacer.

A medida que iba dándole forma verbal a sus objeciones, Ebenezer iba convenciéndose de la plausibilidad de las nuevas hipótesis de Anna, hasta que los argumentos que él daba empezaron a parecerle pruebas a favor de lo que decía ella. Muy pronto, Burlingame le había confesado que se proponía enemistar a Coode y Andros con Nicholson, al objeto de que saliera beneficiado Baltimore..., es decir, «los dos extremos contra el medio». Pero en realidad ¿no era Nicholson el hombre que se hallaba en el medio y Baltimore el extremista? Por todo lo que se decía de su impaciencia para con soñadores y radicales, de su terquedad, temeridad, irascibilidad y eficacia, el carácter de Nicholson parecía mucho más propicio a ganarse las simpatías de Burlingame que no el de Charles Calvert. Además, aun no siendo idealista, Nicholson era (ahora que Ebenezer reflexionaba sobre ello) quizá la única persona influyente que había hecho algo a favor de la causa de la cultura y el refinamiento, por ejemplo, en las plantaciones: había fundado el colegio universitario de William y Mary durante su ejercicio como vicegobernador de Virginia, y había proclamado la intención de fundar una institución similar en Anne Arundel, a expensas del erario público. Incluso los aspectos menos encomiables de su personalidad (por ejemplo, su origen bastardo y la oscura vena erótica que le hacía mantenerse alejado de las mujeres y había dado lugar a toda clase de rumores, desde

que se prostituía hasta que se entregaba a prácticas contra natura) Ebenezer imaginó enseguida que podían resultarle atractivos a Burlingame. En resumidas cuentas, lo que empezó como refutación, acabó como queja:

—¿Y por qué no pudo Henry contarme todas estas cosas igual que te las contó a ti?

—No me corresponde contestar por él —dijo Anna con ánimo tranquilizador—, pero recelaba de tu entusiasmo, Eben, tanto si se trataba de la virginidad como si del nombramiento de lord Baltimore. Ya sabes cuánto le gustaba ejercer de abogado del diablo en Saint Giles; con Henry nunca se puede estar seguro de lo que piensa.

Poco consuelo le proporcionó aquella explicación al poeta, mas conservó la calma en tanto Anna prosiguió con la historia de su travesía hasta Saint Mary y cómo allí descubrió que Bertrand se hacía pasar por el Laureado de Maryland, cosa que Ebenezer le había oído contar previamente al mismo Bertrand.

—Me vi obligada a bajar a tierra en Church Creek —decía— y procurarme un pasaje en carromato hasta Cambridge, desde donde tenía intención de seguir viaje hasta Malden; pero cerca del muelle de Cambridge vi a un mendigo viejo y miserable trabado en conversación con una mujer desaseada, y pese a no tener ni idea de quiénes eran, casualmente advertí que la mujer llevaba este anillo...

—¡Ah, Dios mío!

—Se lo estaba mostrando al mendigo, y cuando éste se rio del mismo, la mujer se encolerizó y exclamó: «¡Que se os lleven los demonios, Ben Spurdance! ¡Con todo y con ello ese hombre es mi marido y todavía no sabemos si ese villano se lo ha llevado para acabar con él!».

Cuando reconoció el anillo como suyo, dijo Anna, comprendió por lo que le había dicho Bertrand que aquella mujer de tan lamentable aspecto debía de ser su cuñada, y la alusión a que unos villanos se habían llevado a Ebenezer la alarmó sobremanera. Acercóse entonces a la pareja y presentose, lo cual dio lugar a que la mujer, pese a que acababa de defender a Ebenezer, lo vilipendiara, tildándolo de cobarde, mendaz y alcahuete, tras lo cual arrojó el anillo a los pies de Anna y fuese, diciendo que debía regresar a Malden antes de que el nuevo maestro de las putas, Andrew Cooke, se personara en busca de ella. Aquella noticia, junto con el testimonio del señor Spurdance, según el cual Ebenezer había abandonado a su esposa para regresar a Inglaterra en compañía de otro caballero, hicieron que Anna perdiera el sentido; el señor Spurdance la reanimó y le refirió el estado de cosas imperante en Malden: que el tonelero William Smith había transformado el lugar en una guarida donde se daban cita los más diversos vicios; que el día anterior había arribado al lugar, en compañía de un grupo de forasteros, el amo Andrew, muy preocupado por el paradero de su hija y muy alterado por la noticia de que había perdido la heredad, y cuando vio cómo estaban las cosas en realidad, se encolerizó tanto que le sobrevino una suerte de

apoplejía. Estuvo una temporada confinado en el lecho, donde se pasó el tiempo maldiciendo a la humanidad en general, aunque no estaba claro si en realidad no podía recuperar la heredad ni si su ira respondía a la mala situación por la que atravesaban sus asuntos; de modo semejante, tampoco se sabía si se hallaba involucrado, ni en qué modo, en las actividades del capitán William Mitchell.

Ebenezer negó con la cabeza:

—¡Diantre! ¿En qué parará todo esto? —El poeta describió las circunstancias que rodearon el juicio celebrado en el Tribunal de Cambridge, durante cuyo transcurso cediera inocentemente el Puntal de Cooke, y explicó que el otro hombre que abordó el *Pilgrim* junto con él era el mismo Burlingame—. Mas mi historia debe aguardar a que la tuya toque a fin, pues nos lleva hasta Billy Rumbly y la razón por la que me encuentro aquí. ¿Qué hiciste entonces? ¿Volver a Church Creek?

—Sí —dijo Anna—. No me atrevía a aparecer por Malden en tanto no supiera más cosas sobre la posición de papá, y tampoco me atrevía a seguir a Cambridge, pues sin duda él acabaría enterándose. Supliqué al señor Spurdance que no dijera que me había visto y él me prometió mantenerme al tanto de cuanto averiguara, pues estaba no poco interesado por el Puntal de Cooke. Me instalé entonces en Church Creek, bajo el nombre de Meg Bromly, con la esperanza de saber, antes de que se me acabara el dinero, si era seguro ir a ver a papá o, de no ser así, dar con algún indicio que me descubriera el paradero de Henry. —Al final de su historia deshízose una vez más en lágrimas—. El resto lo sabes...

Ebenezer hizo cuanto pudo por consolarla, aunque él también distaba mucho de estar tranquilo. El descubrimiento de que Ebenezer y Burlingame no se habían perdido para siempre hizo que Anna se sintiera sumamente avergonzada del estado en que se hallaba, al cual la había llevado una desesperación sin límites. Por otra parte no estaba dispuesta a repudiar a Billy Rumbly.

—Debes tener presente —dijo Ebenezer— que no es tu marido ni a los ojos de Dios ni a los de la ley de Maryland; ni siquiera lo es conforme a las costumbres de los ahatchwhoops, puesto que la unión no se ha consumado.

—Pues me casaré con él como es debido —repuso Anna—. En cuanto al asunto de la consumación, en nuestro caso sería andarse con melindres.

Ebenezer manifestó el gran afecto que le profesaba a Billy, mas afirmó que por cuanto que el estado en que se encontraba Anna en el momento de elegirlo ni mucho menos podía calificarse de responsable, no estaba moralmente obligada a mantener aquella relación.

—El propio Billy así lo entiende: el «acuerdo» al que le oíste aludir consiste en que él y yo convinimos en que eras libre de irte o quedarte, conforme tuvieras a bien elegir. Y Henry, a fin de cuentas...

No siguió adelante con el tema, consciente de que pisaba terreno resbaladizo. Y,

tal y como se temía, aunque Anna prefirió no recordarle que el afecto por ella profesado a Burlingame era de naturaleza ambigua, dijo sin rodeos:

—Me he comprometido con Billy, Eben. ¿Querías obligarme a romper el compromiso? Si alguna vez nos separamos, será a instancias tuyas, no mías; seré tan buena esposa como me resulte posible.

En extremo mortificado, Ebenezer no dijo más; pero el motivo de la misión que le había llevado originariamente a Church Creek le pareció súbitamente más crucial que nunca. Como a pesar del cansancio era improbable que ninguno de los dos lograra conciliar el sueño, Ebenezer propuso ir a buscar a Billy al granero y pasar el resto de la noche exponiéndole la difícil situación en que se hallaba, así como los planes que tenía. La afirmación de que había innumerables vidas en peligro bastó para que Anna diera su aprobación a la propuesta e insistiera en ser ella quien fuera a por Billy.

No regresó enseguida. Ebenezer pasó el incómodo intervalo suspirando junto al fuego. Entre la miríada de reflexiones a que se abandonó hubo varias que reconoció que eran de índole celosa, aunque no fue capaz de apartarlas de sí. ¿Por qué, a fin de cuentas, se oponía a que Anna se casara con Billy Rumbly, quien al parecer tenía todas las virtudes y ninguno de los vicios de su hermano?

Cuando por fin hizo aparición la pareja, Billy se apresuró a estrecharle la mano.

—Vuestra presencia ha logrado lo que yo no conseguí jamás —dijo, presa de una gran emoción—. Pase lo que pase, amigo mío, siempre os bendeciré por haber hecho que esta mujer sea ella misma.

Billy movía la cabeza de un lado para otro, admirado ante el espectáculo que ofrecía Anna lavándose la cara y las manos en una palangana al tiempo que deploraba el estado en que se encontraban su cabello y sus ropas. Ahora que su amante era una inglesa como las demás, su presencia y la de Ebenezer parecían intimidar a Billy, que propuso prepararles algo de comer y sintióse muy azorado cuando Anna dijo con insistencia que hacer la comida no era labor propia de un marido.

El desconcierto de Billy despertó el regocijo y la simpatía de Ebenezer.

—Vive Cristo, Anna, ¿qué se puede hacer con esta maldita costumbre de celebrar una comida antes de cada conversación?

La ausencia de maldad de su burla surtió un efecto mágico: rieron los otros y Billy se sintió un tanto más a gusto; sacáronse pipas; descubriose una botella de vino en una alacena. De un humor excelente, cenaron costillas y bebieron moscatel. Anna relató con gran vivacidad, en honor de Billy, las partes más sobresalientes de la conversación nocturna, y aunque sus palabras hicieron que Ebenezer se preguntara con más curiosidad que nunca por el motivo que retuvo a su hermana fuera durante tanto tiempo, los dos hombres no dejaron de mirarla con ojos amorosos mientras estuvo hablando.

—¡Anna Cooke de Saint Giles in the Fields! —exclamó Billy, maravillado—.

¡Necesito algo de tiempo para acostumbrarme!

La humildad (casi torpeza) de la voz y modales del indio conmovieron sobremanera al poeta; abandonó, por indigna, la idea de hablarle a Billy del amor de Anna hacia Burlingame. A fin de desviar su atención de aquel punto, Ebenezer se planteó la cuestión de si en el seno de un grupo se conserva la «energía cultural», por decirlo así, tal y como ocurre, según el maestro Newton, con la energía física en el seno del universo. ¿Habría, se preguntaba el poeta, alguna ley de compensación, por nadie prevista, conforme a la cual un aumento de refinamiento por parte de Billy reducía a Anna al bestialismo, a la par que una mejora por parte de ella conllevaba un necesario rebajamiento para él? Llegó a la conclusión de que muy posiblemente así fuera, y perdió interés por la cuestión. En cuanto estuvo consumida la cena y encendidas las pipas, Ebenezer suspiró y dijo:

—Es la hora más placentera que he pasado desde que partí de Londres, mas se trata de un placer culpable: mientras yo estiro las piernas aquí y McEvoy le hace la corte a su nueva amante, dos rehenes garantes de nuestras vidas tiemblan en una choza de la isla de Bloodsworth. —Miró a Billy, buscando su aprobación—. Con vuestro permiso, amigo mío, os expondré mi asunto ahora.

Billy se encogió de hombros de un modo tan parecido a como lo hacía Burlingame que a Anna le tembló la copa de vino que tenía en las manos.

—Parece que puedo predecirlo —dijo, y le explicó fríamente la situación a Anna, concluyendo con la historia de su ascendencia y el destino de sus dos hermanos—. Mi padre es muy anciano —acabó diciendo— y no puede competir en fortaleza e influencia con Drepacca y Quassapelagh. Además de lo cual ha sido doblemente desdichado con sus hijos, los cuales no sólo están condenados a no perpetuar su linaje, sino que además parecen destinados a volver la espalda a su propio pueblo y aspirar a alcanzar las mismísimas estrellas. —De nuevo dirigiéndose a Ebenezer, dijo—: Si se me permite que aventure otra suposición, vos y vuestros acompañantes caísteis no sé cómo en manos de mi padre, y vos salvaste la vida prometiendo devolverle al hijo que tanto tiempo hacía que había perdido, o bien al que perdió más recientemente, o incluso a ambos, para que uno o los dos llevaran a los ahatchwhoops a la batalla. ¿Es así?

—Así es —admitió el poeta—. El *tayac* Chicamec se siente en extremo agraviado por vuestra defección, mas lo que nos salvó fueron las noticias que le di de Burlingame. Si no es demasiado audaz por parte mía el hablar de tales asuntos, vuestro abuelo, sir Henry, dio en cierta ocasión con algún medio expedito de superar sus defectos, por cuanto que logró engendrar a vuestro padre en Pokatawertussan; ahora Chicamec cree que al igual que el defecto de sir Henry le fue transmitido a sus hijos, acaso también les haya sido transmitido su remedio mágico...

—El rito de la berenjena sagrada —reconoció Billy con una sonrisa—. A mí no

me parece sino una vulgar superstición. En todo caso, no sé nada de ello... ¡Mala suerte!

—No, pero tal vez lo sepa vuestro hermano Henry, según lo cree Chicamec, puesto que uno y otro tienen la misma sangre y pigmentación de la piel.

—Se cual fuere ese misterio de las berenjenas mágicas —dijo Anna despreocupadamente—, si posee el efecto que has dicho, Henry Burlingame no está mejor enterado del mismo que Billy. —Al instante percatóse del desliz en que había incurrido y púsose de color carmesí.

—Sí, eso está muy claro —añadió apresuradamente Ebenezer—, de no ser así a estas alturas ya tendría mujer e hijos, ¿no?

Pero al parecer a Billy no se le había escapado lo que implicaba el comentario de Anna. No dijo nada (entre otras cosas porque Ebenezer no le dio ocasión para ello), mas su talante tornóse pensativo, incluso ensimismado. Ebenezer lamentó el desliz no menos que Anna, pues se percató de que perjudicaba de antemano a la petición que estaba a punto de formular. No obstante, siguió hablando con desenvoltura, como si nada hubiera cambiado, tan sólo evitando en la medida de lo posible hacer ninguna alusión a Burlingame.

—Ahí radica lo dificultoso de mi situación —dijo— tal y como lo habéis supuesto: si no le entrego a Chicamec a su hijo en un plazo de treinta días (a estas alturas ya son menos), desmembrarán y quemarán en la hoguera a los pobres Bertrand y capitán Cairn..., y a mí también, pues juré volver si fracasaba en mi intento y tengo intención de hacerlo.

—Yo ya no soy ahatchwhoop —musitó Billy—. Si hubiera querido suceder a mi padre no le habría abandonado. Tampoco veo qué se gana trocando las vidas de vuestros amigos por las de todos los blancos de la provincia.

—En cualquier caso habrá guerra —insistió el poeta—, sólo que Chicamec no tendrá potestad para llevarla adelante. No me propongo darle un buen general, sino impedir la guerra en sí.

A esto Billy respondió, con mayor brusquedad aún, que a pesar de ser un desertor, no había llegado al extremo de traicionar a su pueblo.

—No es traición lo que tengo en mente —protestó Ebenezer, nada contento con el rumbo que tomaban las cosas—. Mi plan no consiste en traicionar a los ahatchwhoops, sino en salvarles la vida...

Billy se erizó.

—¿Por ventura pensáis que vuestra maltrecha milicia puede rivalizar con Quassapelagh y Drepacca? ¡Para este verano la cabellera del gobernador penderá del techo de la choza de mi padre!

—¡Por favor, señor, escuchadme hasta el final! Si Drepacca firma un tratado con monsieur Casteene y los indios desnudos, no quedará un solo inglés en América,

después de lo cual no les costará trabajo hacer otro tanto con los franceses; eso lo concedo. Mas yo no abogo por la causa inglesa: se trata de la causa de la humanidad, de la civilización frente al abismo de lo salvaje. Pensad en lo siguiente, señor: lo que vos habéis adquirido en quince días, costó más de dos mil años erigirlo; es un dulcísimo licor, ¿no es cierto? Y, sin embargo, la mixtura a partir de la cual se ha destilado ha supuesto dos docenas de siglos cuajados de afanes y desdichas. Pues ¿qué? ¿Os proponéis por ventura beber hasta hartaros y luego arrojar lejos de vos la botella, mientras vuestro pueblo se muere de sed? Yo reconozco que los ingleses os han tratado mal, mas expulsarlos equivale a que de nuevo os sumerjáis en las tinieblas.

Billy no respondió.

—Pues bien, he aquí mi plan —dijo Ebenezer con resignación—. Estando en el poblado de vuestro padre percibí que existía una gran rivalidad entre Quassapelagh y Drepacca; para ellos Chicamec no era más que una figura emblemática, por decirlo así, y contendían entre sí por dominar el triunvirato. Pero el caso es que ninguno de los dos reúne los requisitos precisos para ser emperador, ¿no os parece? Quassapelagh cuenta con la lealtad de los indios, mas pese a todas sus virtudes, le falta inteligencia y diplomacia; Drepacca es un individuo brillante, pero, sin embargo, tiene poca fuerza...

—Sois un observador sagaz —admitió Billy—. Tienen suerte de que el *tayac* Chicamec sea viejo, porque tiene a su favor el ingenio y el número.

—¡Precisamente! —exclamó—. ¡Pero es viejo y en ello radica nuestra oportunidad! Vos sois hijo suyo y habéis heredado tanto su genio como su influencia; si abdicara en favor vuestro no os costaría ningún trabajo sembrar la discordia entre Quassapelagh y Drepacca. Sois el único de los tres capaz de gobernar en solitario. Y a fe mía, Billy, ¡qué bendición podéis ser para vuestro pueblo! Seguiríais teniendo en las manos el poder de declarar la guerra y ello sería tan público y notorio que cualquier gobernador que estuviera en sus cabales pondría fin a la opresión actual; la violencia daría paso a una negociación honrada y entonces nuestros dos pueblos podrían beneficiarse de lo mejor de cada cultura...

—¿Y por qué no apeláis a vuestro buen amigo Burlingame en lugar de a mí? —le interrumpió Billy—. Puede que a vuestra hermana se le ocurra algún medio sutil de convencerlo.

—¡Ay, querido Billy! —exclamó Anna—. Todavía no he tenido ocasión de explicar...

—Naturalmente que voy a apelar a Burlingame —dijo Ebenezer, interrumpiendo—, mas no para que se presente ante Chicamec. En primer lugar, es inglés por crianza y por su aspecto; es ajeno a vuestro pueblo y jamás lograría ganar su confianza; en segundo lugar, se halla próximo al gobernador Nicholson y ejerce una gran influencia

en las provincias; puede ser más beneficioso a vuestra causa en Anne Arundel que en la isla de Bloodsworth. —Ebenezer buscó a la desesperada nuevos argumentos—. ¡Diantre, Billy, no tendríais que vivir allí siempre! Una vez asegurada vuestra posición, no habrá necesidad de que vuestro pueblo se oculte; podréis gobernar desde aquí y llevar la vida que lleváis ahora. En cuanto a Anna, ya he dicho...

—Basta —ordenó Billy y se levantó del banco—. Esta casa pertenece a Harvey Russecks, no a mí, y esta mujer colijo que pertenece a mi hermano.

—¡Un momento! —imploró Anna—. ¡No te dejaré!

—Pues sígueme al poblado de Chicamec —dijo Billy con frialdad—. Las mujeres ahatchwhoop te harán, pedazos. —Inclinose ante Ebenezer—. Os felicito, señor, por haber alcanzado los dos objetivos que os habíais propuesto: ahora vuestra hermana comprende que no es india y yo que no soy inglés. Dentro de muy pocos días regresaré a la isla de Bloodsworth.

Anna estalló en lágrimas.

—¡No, aunque ya no seas inglés, estás obligado a reconocerme como legítima esposa!

—En cuanto a ese tema, señorita Cooke, el código de los ahatchwhoops es muy claro: el *tayac* puede tomar cuantas concubinas extranjeras le plazcan, pero la sangre de su esposa debe estar libre de mancha. Buenas noches.

Ebenezer le suplicó que no se fuera, pero Billy (que ahora exigía que le llamaran Cohunkowprets) se mostró inflexible.

—Se acerca la aurora y aún hemos de dormir —dijo—. Me pasaré el día de hoy ordenando las pertenencias de mi amigo; mañana regresaré a Church Creek y de allí iré a la isla de Bloodsworth.

Tras prohibir a Anna que lo siguiera, salió de la cabaña, momento en el que a la mujer le sobrevino un acceso de llanto, durante el que no paró de maldecir su descuido. En cuanto a Ebenezer, sus sentimientos eran encontrados: por una parte, lamentaba sinceramente que Billy se hubiera sentido tan herido en su orgullo, y le preocupaba que ello pudiera dar al traste con su estratagema; no obstante, y con un peso mayor que el de aquellas consideraciones, estaban su alegría por haber encontrado y, en un sentido, rescatado a su hermana, además de que, al parecer, había coronado con éxito la misión de salvar las vidas de sus compañeros. No fue tarea fácil apaciguar la desazón de Anna, mas se vio asistido en ello por la fatiga que ambos tenían; tras lo que parecieron horas de conversación tranquilizadora, cuando despuntaba la primera luz grisácea, Anna dormía, tendida en el banco.

17. HABIENDO HALLADO A UN PARIENTE INESPERADAMENTE, EL POETA ESCUCHA LA HISTORIA DEL CASTILLO INVULNERABLE Y HALLA OTRO

Toda la tarde y parte de la noche pasáronla Ebenezer y su hermana tratando por todos los medios de recuperar la amistad de Billy, mas aun cuando su acritud parecía haber tocado a fin, éste mantúvose firme en su postura y virtualmente ignoró su presencia en tanto se ocupaba de diversos menesteres en la cabaña. No era su taciturnidad el único cambio experimentado por Billy: de la noche a la mañana habíase desprendido de su atuendo europeo y vuelto al indio. Había trocado las vestiduras inglesas por una pelliza y calzones de piel de ciervo (asimismo, Anna, cuando se hubo despertado, mudó el hábito andrajoso por un vestido propiamente inglés); sus movimientos hacían pensar más en un leñador que en un plantador; incluso su piel parecía haberse oscurecido como por arte de magia, al igual que la de Anna se había aclarado literalmente merced a la diligencia con que se había restregado. Fue un día difícil, y Ebenezer saludó con alivio la caída de la noche, momento en que Billy se recogió nuevamente en el granero, y Anna y él se pasaron horas hablando tumbados en sus jergones, de modo muy parecido a como solían hacerlo durante la infancia. A la mañana siguiente Billy clausuró la cabaña y las demás dependencias, enjaezó las caballerías y condujo a los hermanos en silencio hasta Church Creek. No quiso adentrarse personalmente en la pequeña población, sino que se detuvo a una distancia de un cuarto de milla de la posada.

—Esperaré aquí durante una hora solar —anunció; eran las primeras palabras que pronunciaba en dos días—. Quedaos con vuestra hermana y enviadme a vuestro compañero si queréis a los rehenes con vida.

En vano, protestó Ebenezer, diciendo que le había prometido a Chicamec regresar en persona, que Anna estaría perfectamente a salvo en compañía de la señora Russecks caso de que el molinero no se hubiera recuperado del todo, y que enviar a McEvoy en su lugar le haría parecer y sentirse cobarde.

—Ya habéis desperdiciado un minuto de vuestra hora —comentó Billy, y se dio la vuelta; cuando Anna se despidió no ofreció respuesta alguna.

Ebenezer tenía la intención de acercarse a la aldea con cautela por temor a que Harry Russecks anduviese en pie, ocupándose de su negocio, mas en llegando a la posada divisó a McEvoy y a un considerable número de personas congregadas a plena vista en el cementerio anejo a la iglesia. Anna ocultó el rostro tras una bufanda a fin de que no reconocieran en ella a la Virgen de Church Creek, y juntos acercáronse a los congregados.

—¡Eben! —exclamó McEvoy cuando lo reconoció—. ¡Cristo bendito, cuánto me alegro de volver a verte! ¡Tenía miedo de que ese salvaje te hubiera matado por haberle robado a su esposa! —Vio a Anna y palideció—. ¿Eres tú, Joan? —susurró.

Ebenezer sonrió.

—El viaje ha sido más pródigo en sorpresas de lo que yo me esperaba, John: su esposa no era Joan Toast sino mi hermana Anna, que ya no es esposa suya.

—¡Cómo! ¡Cielos!

—No hay tiempo para explicarlo ahora. —Ebenezer observó la actividad que había en torno a la puerta de la iglesia—. Puesto que no te ocultas, colijo que sir Harry sigue postrado en cama.

—No, Eben, ya no —dijo McEvoy seriamente—. ¡Llegas justo a tiempo de asistir a su funeral!

—El molinero —dijo—, jamás se recobró del estado de coma, y expiró la noche siguiente a la caída. La señora Russecks ya no estaba histérica, mas se mostraba indiferente hasta la inanidad; no se sabía a ciencia cierta si había comprendido bien lo sucedido. Henrietta estaba, naturalmente, abatida por la reacción de su madre, mas los lugareños sentíanse abiertamente aliviados por haberse librado del tirano.

—Comparto sus sentimientos —dijo Anna con emoción—. ¡Era una bestia! Aunque lo siento por la señora Russecks y por Henrietta, que tan amablemente se portaron conmigo. ¿Dónde están ahora, señor McEvoy?

McEvoy repuso que se encontraban en el interior de la iglesia, donde estaba a punto de dar comienzo el funeral, y sugirió que los tres pasaran también adentro.

—Tú deberías entrar —díjole Ebenezer a Anna—, pero tú y yo tenemos asuntos más urgentes que tratar, John: Billy Rumbly nos está aguardando tras aquella vuelta del camino para que vayamos con él a la isla de Bloodsworth. No osemos retrasarlo.

Anna se excusó e hizo lo que su hermano le decía, y Ebenezer le explicó la situación a McEvoy con la mayor rapidez posible.

—No podemos sino rezar para que Billy haga cuanto esté en su mano a fin de evitar la guerra —dijo al concluir—, mas entre tanto debemos rescatar a Bertrand y al capitán.

—Sí, pero ¿y luego, Eben? ¿Adónde vamos desde allí?

—Anna jura que Henry Burlingame es el lugarteniente del gobernador Nicholson —repuso el poeta—. Tanto si es así como si no, paréceme que debiéramos encaminarnos a Anne Arundel con toda premura para informar al gobernador de la insurrección que se avecina. Luego ya no sé.

Ebenezer vaciló, sin saber bien cómo abordar el asunto del ultimátum de Billy, pero McEvoy le quitó el tema de las manos.

—Sería mejor que sólo fuera uno de nosotros, Eben, y que el otro se quedara aquí. Ayer nos llegaron rumores de que un famoso pirata llamado Every o Avery va

camino del punto más interior de la bahía y se dedica al saqueo a fin de procurarse provisiones. No hay muchas probabilidades de que se allegue a un lugar tan distante de mar abierto, mas los hombres están armados y las damas van a precisar de cierta protección. Además, tú querrás estar con tu hermana, ¿no?

—Ah, John...

—¡No, ni una sola palabra! Ya sabes lo mucho que me pesa el deberte la vida, Eben; concédeme esta oportunidad de mitigar un tanto la deuda.

Ebenezer suspiró y confesó que no se hallaba en condiciones de protestar por cuanto que Billy parecía haberle cobrado ojeriza. Prometió cuidar de Henrietta y juró que si los rehenes no llegaban salvos en el plazo de cuatro días se personaría con la milicia de Maryland en la isla de Bloodsworth. McEvoy decidió partir sin más demora, Ebenezer lo acompañó hasta la carreta de Billy y regresó al cementerio.

A pesar de la agitación reinante entre los aldeanos, los días siguientes fueron felices y casi tranquilos para Ebenezer y Anna. A decir verdad, el miedo a los piratas (fundado en el anuncio, hecho por el gobernador Nicholson, de que el *Phansie*, que era el buque de Avery, alias «Ben el Largo», y el *Josiah*, que era el bergantín del capitán Day, habían sido avistados en aguas de Maryland) resultó ser una bendición disfrazada. Por una parte, el rumor de que había corsarios entregados al saqueo mantuvo a todo el mundo encerrado en casa gran parte del tiempo, lo cual, junto con el acontecimiento de la muerte de Harry Russecks, le ahorró a Anna un sinfín de importunidades; por la misma razón Ebenezer no tenía ninguna necesidad de seguir haciéndose pasar por sir Benjamín Oliver ni tampoco de revelar su verdadera identidad. Por otra parte, aun cuando Henrietta, pese al abatimiento en que le había sumido la noticia del peligroso cometido que había de desempeñar McEvoy, estaba encantada de volver a ver a «la señorita Bromly», de quien enseguida se hizo amiga inseparable, y aun cuando Anna y Mary Mungummory (que también era huésped de la casa) se llevaban a las mil maravillas, a la señora Russecks parecía seguir turbándola sobremanera la presencia de los gemelos; a Ebenezer le daba la sensación de que muy posiblemente no los hubiera aceptado en calidad de huéspedes de no haber insistido las otras dos mujeres en que era necesaria una protección masculina.

La conducta de la señora Russecks era extraña y contradictoria; en presencia de los hermanos mostrábase reservada e incluso abiertamente hostil, pero en cuanto salían de la casa veíasela inquieta por su seguridad y cuando comprobaba a su regreso que ningún pirata los había apresado, experimentaba un enorme alivio. Al parecer, el miedo originario de Eben (que la señora Russecks lo aborrecía por el papel que había desempeñado en la caída del molinero) tenía escaso fundamento; la mujer aceptó las condolencias que Eben y Anna le expresaron por la pérdida sufrida, aunque reconoció que todo el mundo, incluyéndola a ella, salía ganando con el deceso de sir Harry, e insistió en que ni Ebenezer ni McEvoy eran en lo más mínimo responsables del

mismo. Por otra parte, escuchó casi con irritación el relato que hizo el poeta de las peregrinaciones desde el mes de abril, y en cierto momento, cuando estaba refiriendo la alegría que experimentó al reunirse con su hermana, abandonó la estancia.

—No acierto a entenderlo —dijo Anna entonces—. Antes parecía tan contenta, y ahora... ¡Es como si nuestra presencia le causara dolor!

—No, hija —dijo Mary Mungummory, riendo entre dientes—. Ya hace mucho tiempo que he dejado a Roxie por imposible; es un misterio. Sólo Dios nuestro Señor sabe de qué modo le ha afectado la muerte de sir Harry. ¡En primer lugar, todavía tiene que explicarme a las claras por qué se casó con ese bruto!

—Debemos tener paciencia —dijo Henrietta—. Intenta perdonarla, Anna.

—No; es a nosotros a quienes hay que perdonar —protestó Ebenezer—. Vuestra madre es una persona juiciosa, y cualquiera que sea la afrenta que le hemos infligido, a buen seguro que no es ninguna bagatela.

Henrietta sonrió.

—Puesto que convenimos en que se trata de un misterio, modifiquemos la máxima a fin de adaptarla al caso: *Rien comprende c'est pardonner, n'est-ce pas?*^[48]

Y ahí quedó el asunto, aunque el poeta veía una ambigüedad turbadora en el proverbio.

A modo de retribución póstuma por su servicio, los lugareños decidieron que la tumba de sir Harry permaneciera por siempre en el anonimato; con el consentimiento de la señora Russecks, que expresó la intención de trasladarse a Anne Arundel en un futuro próximo, dismantelaron la maquinaria del molino de agua, y en lugar de una lápida de granito con su correspondiente inscripción, señalaron el lugar de descanso colocando a la cabeza y a los pies sendas ruedas de molino sin ornato alguno. Henrietta, aun cuando no ocultaba la alegría que le ocasionaba el haberse librado del despotismo de su padre, visitó dócilmente la tumba cada día de aquel período, a menudo acompañada de los gemelos. La señora Russecks no iba con ellos, alegando miedo a los piratas; para salir de la casa veíanse obligados a quitar la tranca que había en la puerta, y no bien habían salido, la señora Russecks volvía a colocarla en su lugar; a fin de entrar, cuando regresaban daban tres golpes y decían un santo y seña. La mayoría de los habitantes del lugar, a los cuales refiriera sir Harry muchas veces la historia de sus padecimientos a manos del capitán Pound, habían adoptado asimismo precauciones semejantes; al regresar del camposanto veíanse casas cuyas ventanas todas habían sido cegadas con tablones, y según contó Henrietta, algunas gentes habían claveteado todas las puertas de la casa salvo una que mantenían sólidamente atrancada.

Ahora bien, a Ebenezer costábale trabajo creer que los piratas fueran a remontarse río arriba tan lejos de Chesapeake, y tampoco había oído contar jamás que hubieran saqueado toda una población de las provincias inglesas; no obstante, pesaba mucho

sobre él la responsabilidad de defender una casa ocupada exclusivamente por mujeres (tanto más por cuanto que no tenía más armas que el viejo alfanje de sir Harry), amén de que la sensación general de alarma era contagiosa. Así pues, al tercer día de su visita, estando tomando el té en compañía de Anna, Henrietta y Mary Mungummory, el poeta propuso seguir el ejemplo de los vecinos.

—A fin de cuentas en esta casa sólo hay un hombre y una sola espada; si los piratas efectivamente vinieran aquí podrían llegar hasta nosotros a través de dos puertas y una docena de ventanas.

Por algún motivo la propuesta causó el regocijo de Henrietta.

—Así nuestra casa se convertiría en un castillo invulnerable, ¿no es cierto?

—Pues casi, si os place verlo así. Decidme, Henrietta, ¿tan cómico es que me preocupe por la seguridad de todos?

—No, Eben, no se trata de eso. Lo cierto es que nuestra familia vivió en el pasado episodios que guardaban relación con castillos invulnerables; de no haber sido así, mi madre no sería huérfana y puede que jamás hubiéramos llevado el nombre de Russecks.

Aquel comentario suscitó la curiosidad de todos los presentes, que exigieron oír la historia.

—Es que he prometido no hablarles de la historia de mi familia a Ebenezer y Anna... —Henrietta sonrió maliciosamente y susurró—: Pero como mamá está dormida faltaré a mi juramento: es una historia maravillosa.

Subió al piso de arriba de puntillas, entró en la alcoba de la señora Russecks y regresó diciendo que su madre seguía profundamente dormida.

—Eso sí, no tengo ni idea de por qué todo esto se ha convertido de repente en un secreto tan oscuro, pero cuando Eben nos dejó y se fue a casa de Billy Rumbly, mamá me hizo prometer que no diría nada de su familia en presencia de él. Como a mí ni en sueños se me ocurriría contrariar sus deseos es menester que me juréis guardar el secreto. ¿Lo juráis?

Hiciéronlo, sumamente divertidos por tanta trapisonda, y Henrietta, adoptando aires de fabuladora, empezó a contar lo que denominó la *Historia del castillo invulnerable*, diciendo así:

—Erase una vez que vivía en París cierto conde llamado Cecile Edouard, el cual tuvo la mala ocurrencia de nacer en el seno de una familia de hugonotes...

Ebenezer frunció súbitamente el ceño.

—Decidme, Henrietta, ¿habéis escuchado alguna vez la historia...?

—¡Ta, ta, ta! —reconvínole la muchacha—. ¡Diantres, Eben, sois el Laureado de esta maldita provincia y sabéis perfectamente que sólo a un zopenco se le ocurriría interrumpir una historia!

El poeta se rio y retiró la pregunta, mas su expresión siguió siendo pensativa.

—Ya iba a llegar a lo del escándalo familiar —dijo Henrietta con regusto—. A *maman* no le importaría que supierais esto; se lo ha oído contar a otras gentes bastantes veces, a fin de mortificar a papá cuando él alardeaba de nobleza. Lo cierto es que aunque sabemos que monsieur Edouard era un conde auténtico, la historia había extraviado su linaje, y entre los deudos y servidores de Edouardine corría un rumor escandaloso...

—¡Vive Dios, estaba en lo cierto! —exclamó Ebenezer. La agitación le hizo medio levantarse del asiento y luego volverse a sentar, mientras le bailaban las facciones—. Decidme, Henrietta, ¿ese hombre era vuestro..., vamos a ver..., vuestro abuelo? ¿Y ese castillo se encontraba aquí, en el condado de Dorset, no muy lejos del Puntal de Cooke?

Henrietta fingió desesperación.

—¡Anna, de verdad te digo que hay que hacer algo con tu hermano! ¿Qué más dará que hayáis oído el argumento? —le preguntó a Ebenezer—. Dido conocía la historia de Troya, pero tuvo la educación suficiente como para escuchársela dos veces a Eneas sin interrumpirle con preguntas fastidiosas.

—Pero vos misma no os dais cuenta...

—¡Anna, deteno o no digo ni una palabra más!

Para entonces todo el mundo se estaba riendo de la frustración de Ebenezer y de la falsa cólera de Henrietta, incluso el poeta.

—Muy bien —dijo este último—. Me contendré. Mas debo advertiroslo: si vuestro cuento acaba donde yo pienso, añadiré un estrambote que lo dejará chiquito.

—Haréis muy bien, y puede que gane el que mienta mejor. Mas ¿vais a jurarme que no volveréis a interrumpirme so pena de oírme recitar mis poesías caso de que lo hagáis? Bien, pues entonces volvamos al escándalo familiar. He dicho que corría la especie de que la madre de Cecile era judía, aunque no era rica, sino una vulgar lavandera, o criada que prestaba sus servicios en una casa de la nobleza romana. En la misma casa vivía un griego que antaño había sido tutor de los hijos del *márchese*, aunque había acabado de lacayo por causa de su depravación; cuentan que dejó preñada a la judía antes de que lo despidieran y que ulteriormente conquistó al mismo *márchese*, convenciéndole de que criara al bastardo de la criada como si fuera su propio hijo, allá en el *palazzo*.

Al llegar a aquel punto Henrietta señaló que la historia no arrojaba luz alguna sobre la metamorfosis de monsieur Edouard, que de romano pasó a parisiense; de católico, a hugonote y de hijo natural, a miembro de la nobleza. No obstante, insistió la relatora, las extrañas peculiaridades de la historia tenían un inequívoco sabor a verdad. En cuanto a los misteriosos cambios de estado, añadió malévolamente, ¿no era por ventura el mismísimo gobernador Nicholson hijo bastardo del duque de Boston, y no había experimentado por añadidura metamorfosis de fe y lugar no

menos asombrosas?

—Sea cual fuere su origen —siguió diciendo—, sabemos a ciencia cierta que no se trataba de un hipócrita ni de un mártir; cuando los hugonotes siguieron padeciendo persecución, incluso después del edicto de Nantes, nuestro hombre se negó a hacerse papista, y huyó de París a Londres, donde se enroló en el ejército de Oliver Cromwell. *Maman* dice que luchó con bravura en diversas campañas, aunque no recuerda cuáles. En todo caso dejó de servir al lord Protector en 1655, tan bruscamente como se había unido al mismo, y entonces se vino a Maryland. —Henrietta suspiró—. Y ahora nos topamos con un punto flaco de mi *Eduardíada*, sobre el cual sin duda saltará Eben: cuando un héroe como es debido, cual Ulises o Eneas, emprende una travesía marítima le sobrevienen un sinfín de dificultades, pero Cecile (a pesar de que efectivamente navegó de este a oeste como es obligación de todo héroe) tuvo una travesía exenta de incidencias. En algún momento de su pasado debió de amasar una fortuna, pues fletó tres naves cargadas de muebles, alfombras, labores de herrería, vajillas, cuberterías y toda suerte de bagatelas y fruslerías destinadas a la casa que pensaba erigir en las plantaciones. Lo que es más, llevó consigo a su esposa Sophie y al resto del personal doméstico: quince criadas y *maman*, junto con el hijo único de ésta, que contaba siete u ocho años de edad. La provincia tenía tan sólo veintiocho años de existencia por aquel entonces, y no cabe duda de que nunca había visto a un Creso como mi abuelo. En 1659 el lord propietario le cedió seiscientos acres de terreno a orillas del Choptank, y él cruzó la bahía junto con su séquito e impedimenta a fin de construir una casa.

Ebenezer sacudió la cabeza asombrado, aunque no por causa del relato de Henrietta.

—No, Eben, es menester que aguardéis, tal y como habéis prometido —dijo—. Lo que habéis oído no es sino el prefacio; la historia propiamente dicha comienza ahora:

»Había entre los criados de monsieur Edouard: un individuo conocido tan sólo por el nombre de Alfred, el cual era criado personal de su amo desde hacía más tiempo del que nadie recordaba. Decíase que el tal Alfred conocía a Cecile más íntimamente que la misma madame Edouard, y que su amo lo aborrecía. Cecile no era tan necio como para no conocer su propio carácter, mas su posición permitíale castigar a los demás por causa de sus defectos; no obstante, no osaba deshacerse de su criado, no sólo por lo mucho que sabía Alfred de él, sino también porque el sirviente, pese a lo humilde de su posición, estaba al parecer dotado de una inteligencia y previsión fuera de lo común. Así pues, monsieur jamás dejaba de seguir los consejos de su criado, por cuanto que, al igual que tantos otros, era lo bastante avisado como para reconocer el buen criterio de los demás, bien que él no lo poseía; no obstante, el pobre Alfred recibía mal pago por sus servicios, pues a cada ocasión

que su amo seguía su consejo, aumentaba el resentimiento que contra él albergaba.

»Así pues, Cecile entregose a la labor de erigir su casa con premura y entusiasmo portentosos. Llevó consigo a Edouardine una barcaza llena de carpinteros, ebanistas, albañiles e incluso vidrieros, ello a pesar de que los espejos y vidrios de los ventanales aún estaban en camino, procedentes de Londres. En el plazo de seis meses, en tanto la familia y los trabajadores vivían en cabañas, erigiose un imponente edificio de madera, el cual constaba de una gran sección central y dos alas laterales. De ordinario, un ejército semejante habría podido construir aquel edificio con mayor rapidez, pero se dio la circunstancia de que se apoderó de monsieur Edouard un portentoso miedo a los salvajes; una y otra vez daba en interrumpir la construcción de su casa y ponía a los hombres a levantar una empalizada que circundaba el terreno, o les mandaba arrancar árboles, o bien erigía terraplenes destinados a contener los ataques de los indios. Hasta qué punto eran numerosos o beligerantes los salvajes de los alrededores nadie lo sabía por aquel entonces, pero lo cierto es que en algún momento Alfred habría hecho bien en indicarle a monsieur que aquellas defensas eran inadecuadas. Empero, como he señalado anteriormente, tratábase del criado perfecto; jamás osó dar consejos sin que le fuera demandado, y en cuanto a Cecile, hallábase demasiado absorto en la construcción de empalizadas, terraplenes y lunetas como para cuestionarse la utilidad de las mismas. A decir verdad, de tanto en tanto avistábanse indios por los alrededores, y aunque los motivos que los movían bien pudieran no tener nada más siniestro que la curiosidad, con todo y con ello su mera presencia bastaba para que a Cecile le diera por erigir más almenas, troneras y matacanes.

»Cuando por fin estuvo la casa acabada, a falta solamente de los cristales de las ventanas, monsieur, en compañía de Sophie y de Alfred, se subió a una barca y ordenó a un segundo criado que remara unos centenares de yardas mar adentro a fin de contemplar Edouardine desde el ángulo más noble.

»—Y bien, Sophie... —demandó monsieur (mi intención al inventarme estos coloquios es aumentar el interés, siempre que el Laureado no tenga nada que objetar) —, pues bien, Sophie —demandó—, ¿qué dices de mi Edouardine?

»Y madame Edouard respondió:

»—Es muy bonito, *mon cher*.

»—¡Bonito, dices! (¿No os lo imagináis poniéndose tan bermejo como papá y a Sophie bajando la vista?). ¡Bonito, dices! *C'est magnifique! Sans pareil!* ¡Y mi *palissade!* ¡Vamos, es que somos invulnerables! —Y entonces exigió saber si también a Alfred le parecía Edouardine meramente *beau*.

»—La casa es soberbia, monsieur —le oigo decir a Alfred muy sosegadamente—. Es en verdad elegante.

»—¿Eh? ¿Eso crees? ¡Eso es más adecuado!

Ebenezer, Anna y Mary Mungummory aplaudieron a Henrietta por su vivaz imitación del conde y su tímido ayudante de cámara.

»—Pero si monsieur se fija bien...

»—¿Cómo, cómo? ¿Que me fije en qué?

»—Pienso en los indios salvajes, monsieur...

»—¿Ah, conque piensas en ellos? ¿Has oído, Sophie? ¡Nuestro Alfred piensa en los *sauvages*! ¿Y supones que yo pienso en otra cosa, idiota? ¡Pocas posibilidades tienen de abrir brecha en mi empalizada!

»—Ninguna en absoluto, monsieur; pero mucho me temo que no tendrían ninguna necesidad de hacerlo.

»—¿Y por qué, si tienes la bondad? ¿Acaso imaginas que tienen artillería?

»Entonces Alfred debió de aclararse la garganta y decir cortésmente:

»—Tengo entendido, señor, que estos salvajes, en los asedios, usan flechas incendiarias. Pese a que habéis arrancado los árboles, muy bien podrían (si piensan en ello) quedarse en el bosque y desde allí disparar las mentadas flechas, que pasarían por encima de la empalizada y alcanzarían la casa..., la cual, irremisiblemente, se incendiaría, puesto que es de madera. Monsieur se vería obligado a utilizar numerosos hombres a fin de atajar el fuego, con lo que la empalizada quedaría pobremente defendida: tardaríamos poco en tener a los indios encima. Siempre en el supuesto, claro está, de que sean hostiles.

»—¡Ridículo!

»—Me imagino que Cecile debió de estar a punto de dar de bofetadas a su ayuda de cámara por haber mencionado semejante posibilidad. No obstante, al día siguiente, los carpinteros, que ya se disponían a regresar a la ciudad de Saint Mary, vieron que se les necesitaba por espacio de tres meses más, al objeto de volver a construir la casa que acababan de terminar. Además su nueva labor nada tenía que ver con la carpintería, sino que consistía en poner ladrillos. Primeramente, monsieur envió una expedición a que explorase las playas en busca de arcilla; cuando dieron con un buen yacimiento, a la mitad los puso a cavar, modelar y fogear, en tanto la otra mitad preparaba argamasa y colocaba los ladrillos manufacturados. En realidad lo que hizo fue erigir una casa nueva, tapando con ladrillos la estructura de madera y dejando las puertas y ventanas en sus lugares originarios. En lugar de tres hicieron falta cuatro meses para completar la tarea, y durante aquel período avistáronse indios con mayor frecuencia, aisladamente o por parejas. Incluso *maman* recuerda la mansión terminada como algo formidable.

»Cuando se hubo colocado el último ladrillo, monsieur Edouard congregó a todos sus trabajadores y a la servidumbre delante de la casa. Unas semanas antes, uno de ellos (pronto volveré a hablar de él: trátase de un redencionista inglés tan celoso de los favores de su amo que había trocado el nombre de James por el de *Jacques*) había

hallado en el bosque cercano un arco salvaje y unas flechas, y entonces Cecile le indicó que adosase un nudo resinoso al astil de una de las flechas, cerca de la punta, y que le prendiese fuego, conforme a lo que se creía que hacían los indios.

»—Ahora disparad —le ordenó a Jacques—. Disparad la flecha contra la casa, *s'il vousplait*.

»El redencionista apuntó y, como no era mal tirador, alcanzó la enorme casa, que se hallaba a unos treinta pies de distancia. La flecha rebotó en los ladrillos y cayó a tierra.

»—*¡Voilà!* —le vociferó Cecile a Alfred en el oído—. ¿Pueden hacernos daño ahora?

»—No lo veo muy probable, monsieur. Siempre y cuando los salvajes tengan cuidado de apuntar sólo a las paredes estamos tan seguros como la Bastilla.

»—¿Qué nueva necesidad se te ha ocurrido ahora?

»—Caso de que dispararan desde el bosque, como sin duda harían, no les quedaría más remedio que apuntar hacia arriba, tanto más por cuanto que las flechas incendiarias son muy pesadas. La razón nos dice que una trayectoria elevada muy posiblemente haría que las flechas cayeran en el tejado, y el tejado sigue siendo de madera.

»Por unos instantes Cecile no fue capaz de articular palabra, y el arquero, que tenía envidia del puesto que ocupaba Alfred, se ofreció a poner a prueba aquella teoría; pero Cecile cogió violentamente el arco y despachó a los presentes, tildándolos de zotes y haraganes. Al día siguiente los hombres recibieron la orden de salir a buscar pizarra con el fin de recubrir el tejado.

»Ahora bien, se da la circunstancia de que no hay ni una sola lasca de pizarra en todo Dorset; los hombres se pasaron días y días rastreando la campiña y las orillas de los ríos, y todo lo que descubrieron fueron indios que se dedicaban a cazar en distintos lugares. Informaron alegremente de la presencia de los mismos a su amo, el cual se atemorizó tanto que apenas si osaba traspasar los límites de su empalizada, y no respiraba sino para maldecir a Alfred. Por fin monsieur ordenó a los operarios que taparan el picudo tejado con ladrillos planos, de amplia superficie. Debido al aumento de peso los pares del tejado empezaron a combarse; hízose preciso apuntalarlos con postes hechos a partir de troncos enteros. Para llevar a cabo tal tarea fue necesario un mes de ingentes molestias, pues hubo que levantar zonas del suelo y trasladar paredes, a fin de colocar los postes. Una vez concluida, la casa ofrecía un aspecto a todas luces seguro, bien que un tanto *grotesque*; fue durante aquel período que los trabajadores le dieron el nombre de *el castillo*, en son de burla, y monsieur Edouard, por una vez más halagado que molesto, rebautizó su propiedad con el nombre de *la ciudadela*. De nuevo congregáronse todos delante de la entrada principal y Jacques fue obligado a disparar otra flecha incendiaria, apuntando al tejado. La flecha dio

contra los ladrillos, rodó por la pendiente y quedó en una cornisa, donde se extinguió.

»—¿Y bien, señor? —preguntó Cecile, y nadie respondió. Alfred apartó la mirada.

»—Te ordeno que digas la verdad so pena de ser azotado. ¿Es mi castillo invulnerable? ¡Mi Jacques disparará adonde quieras!

»—Los azotes no son de mi gusto, monsieur.

»—Entonces es menester que le ordenes disparar.

Me imagino que Jacques estaría tan contento que casi no acertó a prender la flecha.

»—Por una ventana —musitó Alfred—, cualquier ventana... —Y señaló con el brazo las dos hileras de ventanas correspondientes a cada piso de la casa.

»—¡Hijo de puta! —exclamó Cecile, y esta vez, cuando cogió el arco intentó atizarle a Alfred, que de no haberse apartado de un brinco, a buen seguro habría acabado con una brecha en el cráneo. Dispersose la concurrencia y aquella noche azotaron por vez primera a Alfred desde que la familia Edouard había abandonado París, por consejo suyo. Durante la semana siguiente enladrilláronse todas las ventanas de la planta baja y las del primer piso quedaron reducidas a aberturas que semejaban troneras. La ausencia de aire y de luz hacían insoportable la vida en el piso inferior, mas Cecile sentíase tan seguro en su fortaleza que de hecho estaba sonriente cuando convocó por tercera vez a todos, a fin de que fueran testigos de su triunfo sobre el criado.

»—¿Se me ha olvidado algo?

»—Nada, señor, que yo vea.

»—¡Ajá! ¿Habéis oído, *mes amis*? Monsieur Alfred me asegura que estoy a salvo. Creo que ya no os retendré por más tiempo. Aprestaos a partir.

»—Ah, monsieur, yo no los licenciaría.

Cecile retorció el brazo al ayuda de cámara.

»—¡Ah, conque no los licenciarías! ¿Eh? ¿Y le está permitido a tu pobre amo saber por qué?

»—Cuando los trabajadores se hayan ido, monsieur, sólo quedaréis vos y la servidumbre para defender la casa: cuatro hombres por puerta. Pero los salvajes, caso de que les dé por atacarnos, nos atacarán por todos los flancos...

»—¡Azotad a este hombre! —exclamó Cecile, y Jacques y los demás se lo llevaron a rastras. Entonces el supervisor de los trabajadores inquirió si sus hombres eran libres de irse—. ¡Idiota! —tronó Cecile—. ¡Sellad las entradas, todas salvo una, y en ésa poned dos trancas!

»Las modificaciones finales duraron un día y sin arriesgarse a consultarle nada más a Alfred, Cecile envió a los trabajadores de vuelta a la ciudad de Saint Mary, donde no hay duda de que seguirán contando la historia de sus curiosos trabajos. En

cuanto se hubieron ido, monsieur entró en el castillo, examinó las tres puertas selladas con ladrillo a fin de asegurarse de que no había ninguna grieta sin tapar, comprobó que los dos enormes travesaños corrían bien a lo largo de los rieles y subió por la oscura escalera al salón. Todas las estancias habitables quedaban, por fuerza, en el piso superior; tan sólo Cecile dormía abajo, alejado de las rendijas de las ventanas. Mandó llamar a Alfred.

»—¿No te parece que es placentero saberse enteramente a salvo de los ataques de los salvajes?

»Alfred callaba.

»—¡Maldita sea, habla de una vez! ¿Acaso no moramos en una fortaleza de todo punto invulnerable?

»Alfred se dirigió a una de las aberturas y contempló el exterior.

»—¡Respóndeme! ¡Si hay alguna grieta en mis defensas (y naturalmente que no la hay), te ordeno que me lo digas, de lo contrario por Nuestro Señor que te haré desollar vivo!

»A Alfred le daba miedo apartarse de la ventana; sin embargo, dijo:

»—Hay una, señor.

»Cecile se levantó de la silla de un salto.

»—¡Pues dime cuál es!

»—Preferiría no hacerlo, monsieur, puesto que no tiene remedio.

»—¡Has perdido la razón! —musitó monsieur Edouard—. ¡Sí, ahora me doy cuenta! ¡Dices estas cosas para atormentarme! ¡Quieres verme sumido en la pobreza! ¡Ahora comprendo tu plan!

»De nuevo le exigió que hablara, pero Alfred no osaba abrir la boca. En aquel momento se oyó un ruido junto a la puerta principal: alguien entró; los dos hombres oyeron que volvían a correr los travesaños y luego subían la escalera con paso sigiloso. Monsieur Edouard estuvo a punto de desmayarse.

»—¡Hay salvajes en la casa! ¿Cómo haremos para escapar?

Alfred dijo, con aire de disculpa:

»—Donde hay muchas salidas hay muchas entradas, monsieur. Pero donde hay sólo una entrada, no hay salida.

»Entonces se oyó decir a madame Sophie con voz meliflua desde la escalera:

»—¿Cecile? ¿Quieres hacerme el favor de decirle a Alfred que eche los travesaños? A mí me resulta difícil correrlos.

»Su esposo no contestó, y Sophie, que estaba acostumbrada a sus desplantes, bajó enseguida las escaleras. Entretanto, Alfred había vuelto junto a la tronera, y entonces monsieur Edouard, con el corazón todavía palpitante, acercósele sigilosamente por detrás y lo agarró por los hombros. El criado era viejo y enclenque; el amo era robusto y de mediana edad; a pesar de que la abertura no era ni mucho menos

espaciosa, Cecile tardó poco en hacer pasar por ella a su ayuda de cámara, y Alfred se espachurró la cabeza contra la terraza de ladrillo nuevo que quedaba abajo.

»—Se cayó —anunció Cecile a los ocupantes de la casa, poco después, y nadie le hizo ninguna pregunta. Aquella noche monsieur trasladó su lecho del primer piso al ático, inmediatamente debajo del tejado y allí, pese a la escasa ventilación, se recogió contento, junto a los grandes y trabajados puntales. Abajo, donde dormía la servidumbre, la única puerta quedó asegurada por los dos travesaños. Jacques, el nuevo ayuda de cámara, le aseguró a su amo que su persona era de todo punto invulnerable, y Cécile durmió profundamente.

Henrietta pronunció la última frase con los ojos cerrados y la voz sardónica y susurrante. Hubo una pausa y entonces Anna exclamó:

—¿Ese es el final, Henrietta?

La muchacha fingió sorpresa.

—¡Pues claro! Es decir, la *historia* acaba así. ¿Qué podría añadir Homero? En cuanto a los hechos que siguieron, es bastante curioso, pero resultan un tanto decepcionantes. El castillo ardió hasta los cimientos no mucho tiempo después. El fuego se inició en el interior; mi abuelo y mi abuela perecieron en el incendio. A *maman* la salvó Jacques, que al decir de algunos fue el causante del incendio; dióle cobijo en su casa hasta que se casó con papá, e hizo pasar por tío de ellas hasta el día en que murió. ¿No sois del parecer que los castillos debieran durar más tiempo?

Los tres oyentes alabaron la historia en sí y el modo en que la refirió Henrietta; Ebenezer, muy particularmente, estaba conmovido por la combinación de espíritu, belleza e ingenio de que hiciera gala la narradora, y sintióse sorprendido de descubrir entre sus sentimientos una cierta envidia hacia McEvoy.

—Ha sido una historia muy bien contada —dijo—, y tan aguda como las de Esopo. ¡Abrid las puertas de par en par y que entren los piratas!

Henrietta le recordó que había prometido superarla, y el poeta adoptó un tono más grave y serio.

—Es tarea que emprendo con placer por cuanto os acerca a Anna y a mí más de lo que pudiera hacerlo la amistad jamás.

—¡Diantre, pues desembucha! —Anna también lo miraba con intriga.

—¡Es la jugada más inusitada y feliz que nunca hayan efectuado los dados del azar! —dijo Ebenezer—. ¡Vuestra madre, Henrietta, es la misma persona a quien en cierta ocasión salvó nuestro padre de perecer ahogada en el río Choptank! Fue... fue nuestra ama de cría luego de que nuestra madre muriese en el parto, al igual que ocurrió con el vástago de ella, y hasta el cuarto año de nuestra vida, cuando mi padre nos llevó a Inglaterra, fue para nosotros una verdadera madre. —Ebenezer concluyó la revelación con lágrimas en los ojos.

—¡Santo cielo! —susurró Mary—. ¿Es eso cierto? —Anna y Henrietta se

cogieron de las manos y se miraron asombradas.

Ebenezer asintió.

—Sí, es cierto, y puede que ello arroje alguna luz sobre los cambios de actitud de la señora Russecks hacia nosotros. Mi padre me contó la historia justo antes de que yo partiera: el tío de Roxane (es decir, el canalla de Jacques) debió de ser hombre de temperamento muy parecido al de sir Harry, pues la custodiaba del mismo modo que fue custodiada Henrietta, y cuando la naturaleza, como suele, debilitó las defensas de aquel hombre, él se deshizo de Roxanne, dejándola morir de hambre. —Ebenezer refirió rápidamente lo que le contara Andrew del rescate, así como los insólitos términos del contrato de servidumbre firmado por Roxanne—. Al morir mi madre se propagó el falso rumor de que Roxanne se había hecho amante de mi padre —concluyó diciendo—. En parte se fue del Puntal de Cooke a Londres por darles a los calumniadores con su mentira en las narices. Recuerdo que me contó que el tío de Roxanne fue a verla, pidiéndole disculpas y rogándole que permitiera a la muchacha volver con él; al parecer había arreglado un matrimonio conveniente para ella.

Henrietta hizo una mueca de dolor.

—¡Con papá!

Mary meneó la cabeza y suspiró.

—Sí —afirmó el poeta—. El tal Jacques, a todas luces, estaba en deuda con Harry Russecks y esperaba saldarla de tal modo. No cabe duda de que no se precisaba el consentimiento de Roxane, pero ella me dijo, no hace mucho, que le había cobrado aborrecimiento a todos los hombres y que en efecto, se había casado con sir Harry a fin de mortificar a su propio sexo y así alimentar su odio. Estaba muy apegada a Anna y a mí, y debió de sentirse abandonada en un sentido...

—En todos los sentidos. —Desde la escalera del zaguán llegó la voz de la señora Russecks, tras la cual apareció ella en persona. Ebenezer levantose al punto de la silla y pidió disculpas por hablar indiscretamente.

—No sois culpable de nada —dijo la señora Russecks, buscando con la mirada a su hija, que estaba detrás de Ebenezer.

—Tú eres quien ha obrado mal, Henrietta, por sacar a relucir historias de colegiala...

No siguió hablando porque Henrietta corrió llorando a abrazar a su madre, a quien pidió perdón; no obstante, era notorio que la emoción de la muchacha no obedecía a que estuviera contrita por su falta, sino a la compasión y ternura que le inspiraba lo que acababan de contarle. La señora Russecks la besó en la frente y dirigió por vez primera la mirada, a un tiempo llena de inquietud y dolor, hacia los hermanos gemelos; fue capaz de controlar sus sentimientos hasta que Anna también se apresuró a abrazarla, momento en que exclamó:

—¡Angelitos míos! —Y rompió a llorar.

Alzose entonces un coro general de llantos y durante unos minutos no se oyó ningún otro ruido en el molino. Abrazáronse los unos a los otros presas de un sentimiento que Ebenezer, que fue el primero en hablar, definió concisamente una vez hubo pasado lo peor de la marejada, mientras todos se sorbían los mocos en privado.

—*Sunt lacrimae rerum*^[49] —dijo, enjugándose las lágrimas.

Pero no se habían terminado las sorpresas de aquel día. Cuando la señora Russecks hubo satisfecho momentáneamente su apetito de abrazar a los gemelos, y tras disculparse por su pasada altivez (absteniéndose, al igual que Ebenezer, de hacer ninguna alusión al inocente intento por parte de ella de seducir al poeta, así como a la seducción de que fue objeto por parte del presunto amante de Anna, Burlingame, cosas cualesquiera de ellas que podrían haber bastado para explicar su actitud), sentóse con ello a la mesa donde tomaban el té y díjole a Ebenezer:

—Has cumplido tu promesa de superar la historia de Henrietta con un estrambote, Eben (¡vive Dios, cómo es posible que mis niños hayan crecido tantísimo!); mas con todo creo que puedo arrebatarte el premio con un añadido de mi cosecha. Para empezar ese chisme falso y malévolo relativo a vuestro padre y a mí, en verdad que era un chisme, y por ende, malévolo, pero no era falso. Por espacio de tres años, tras la muerte de la pobre Anne (que era la madre de ellos, Henrietta), Andrew y yo no dejamos de llorarla juntos. Pero al cuarto año (¡a fe mía que entonces ya amaba a aquel hombre y en vano albergaba esperanzas de casorio!), al cuarto año convertime en efecto en su amante. ¡Os suplico que me perdonéis!

Los gemelos volvieron a abrazarla y dijeron que no había nada que perdonar.

—Todo lo contrario —dijo Ebenezer lúgubrementemente—, a quien hay que perdonar es a mi padre. Ahora comprendo a qué os referíais cuando dijisteis que os habían abandonado en todos los sentidos.

—No —dijo la señora Russecks—, hay más... —Alzó la vista con dolor hacia Mary cuyo semblante cambió, pasando de la reflexión ceñuda a la comprensión.

—¡Ay, Dios mío, Roxie!

La señora Russecks hizo un gesto de asentimiento.

—Lo has adivinado, querida amiga. —Aspiró aire por la nariz, tendió las manos por encima de la mesa y estrechó entre ellas las de Henrietta, mirando fijamente a su hija mientras hablaba—. Dos veces en mi vida me he enamorado de un hombre. El primero fue Benjy Long, un lindo granjero que vivía cerca del tío Jacques: a él le entregué mi virginidad cuando contaba dieciséis años de edad, y concebí un hijo suyo; hízose a la mar cuando yo no me atreví a contrariar los deseos de mi guardián, y hasta el día de hoy jamás he vuelto a saber de él; aún sigue viva la huella que dejó en mi corazón, ¡aunque quién sabe si ahora estará gordo y casado o si habrá muerto hace ya mucho! —La mujer sonrió brevemente y luego tornó a entristecerse—. ¿Cómo probaros que el tiempo no cura la necedad? Infinitas veces, luego de que

Andrew me abandonara, y cuando padecía los malos tratos de Harry, rezábale a mi buen Benjy, como si fuera Dios, y hasta esta hora me da un vuelco el corazón cuando un extraño llama a la puerta... —Le dirigió una sonrisa a Ebenezer—. ¡Sobre todo si se da a sí mismo el nombre de sir Benjamin!

—¡Ay, Dios mío, perdonadme! —imploró Ebenezer. La señora Russecks dio a entender con un gesto que no había nada que perdonar y volvió a centrar la atención en Henrietta—. Aquel fue mi *primer amor*. Andrew fue el otro, y con mucho, el más intenso, pero el solo hecho de pensar en él casi me hace enloquecer... —Hizo una pausa para recomponerse—. Permitidme que lo exprese así, queridos míos: este segundo amor fue en esencia el primero, salvedad hecha de dos importantes diferencias. Una, como ya sabéis, es que mi enamorado me abandonó... —Oprimió las manos de su hija—. La otra es que en esta ocasión el vástago sobrevivió.

18. EL POETA SE PREGUNTA SI EL CURSO QUE SIGUE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD CONSISTE EN UN AVANCE, UN DRAMA, UN RETROCESO, UN CICLO, UNA ONDULACIÓN, UN VÓRTICE, UNA ESPIRAL DEXTRÓGIRA O LEVÓGIRA, UNA MERA CONTINUIDAD O VAYA USTED A SABER. APÓRTASE CIERTO NÚMERO DE PRUEBAS, BIEN QUE DE NATURALEZA AMBIGUA Y POCO CONCLUYENTE

El significado que entrañaba el último comentario hecho por la señora Russecks dio lugar a una nueva ronda de abrazos plenos de gozo y sentimiento. La señora Russecks pidió disculpas a Ebenezer y Anna por haberles transferido el resentimiento que en sí albergaba, y ellos pidiéronle a su vez disculpas por el comportamiento tan poco caballeroso observado por su padre hacía veintitantos años; Henrietta le pidió a su madre perdón retroactivo por todas las ocasiones en las que le había increpado el haberse casado con Russecks, y recíprocamente, Roxanne le pidió perdón por haberla concebido fuera del vínculo matrimonial, así como por la doble afrenta que suponía haberla sometido a los malos tratos de sir Harry y haberle hecho creer que era hija suya. Incluso Mary fue incluida, pues aquel secreto tan bien guardado había ocasionado algunos malentendidos por parte de ambas en el transcurso de su larga amistad con la esposa del molinero. Como no había vino en la casa, una vez todos hubieron terminado con los abrazos y las confesiones, llevose a ebullición otra tetera con fines celebratorios y, alternando entre la timidez y las muestras de afecto, los nuevos parientes estuvieron hablando hasta bien entrada la noche. Pese a sus proclamas de odio hacia Andrew Cooke, Roxanne se mostró asaz curiosa respecto de la vida que llevó éste en Inglaterra, así como de la ocupación altamente discutible que desempeñaba en aquellos momentos; además, aquella noche, Anna y Henrietta, que dormían juntas, debieron de efectuar un intercambio de confianzas total, pues a la mañana siguiente observó Ebenezer con sorpresa que hablaban con entera libertad de Henry Burlingame. Durante el desayuno los tres jóvenes daban muestras de un humor risueño: Ebenezer intercambió versos hudibrásticos con Henrietta, y descubrió que ésta tenía verdadero talento para la sátira; Anna manifestó estar completamente despreocupada respecto de su futuro; por lo que a ella se refería, consideraba que Roxanne también era su madre, y se quedaría tan contenta si jamás volviera a ver Malden ni a su padre. Roxanne y Mary la miraban henchidas de gozo y de vez en cuando se enjugaban las lágrimas con el reborde del mandil.

A media mañana se adoptó la resolución de que las Russecks se fueran con los Cooke a la ciudad de Anne Arundel en cuanto McEvoy regresara de la isla de Bloodsworth; allí Roxanne y Henrietta se quedarían hasta que se efectuara la venta de las propiedades del molinero, tras lo cual ellas (y, conforme apuntó recatadamente Henrietta, tal vez también McEvoy) se embarcarían rumbo a Inglaterra, a fin de emprender una nueva vida. Ebenezer le llevaría al gobernador Nicholson el urgente mensaje que había de transmitirle y, si la situación lo propiciaba, solicitaría una restitución gubernativa de sus propiedades fundada en el hecho de que las estaban utilizando para llevar a cabo actividades subversivas y perjudiciales para el bienestar de la provincia; si la solicitud no daba fruto o si su padre se mostraba implacable, Anna y él abandonarían asimismo Maryland en calidad de miembros de la familia de Roxanne. Ebenezer procuraría encontrar trabajo en Londres; Henry Burlingame y Joan Toast, aunque los gemelos los tenían muy presentes en su ánimo, quedaron provisionalmente excluidos de sus planes, por cuanto que el paradero del primero y la actitud de la segunda eran cosas inciertas.

Se les levantó todavía más el ánimo merced a la aparición, poco después del mediodía, de McEvoy y Bertrand, los cuales anunciaron que el capitán Cairn los aguardaba en su embarcación, dispuesto a llevarlos a cualquier parte del mundo. McEvoy besó ardientemente a Henrietta, así como a su madre, y Bertrand abrazó a su amo, mudamente agradecido.

—¿Qué os imagináis? —McEvoy se reía—. ¡Pues los muy bandidos se pensaban que los íbamos a dejar plantados! Cuando me vieron entrar en compañía de Pico de Ganso se creyeron que me habían vuelto a capturar y empezaron a denostarte. —Se le iluminó el rostro un instante y en tanto Bertrand afirmaba estar encantado de ver que Anna estaba sana y salva, McEvoy le dijo confidencialmente al poeta—: Los que lograron sacarnos con vida fueron Dick Parker y los otros. Nuestro amigo Billy Rumbly se había vuelto completamente salvaje y quería que se nos diera muerte allí mismo.

Ebenezer suspiró:

—Lo que me temía. Supongo que encenderá aún más los ánimos de los ahatchwhoops.

—Sí, —McEvoy mostró un nuevo anillo de hueso de pez como el que había salvado a Ebenezer—. Chicamec me dio esto por haber recuperado a su hijo, y Dick Parker le dio otro igual a Bertrand, pero yo no daría un céntimo por la protección que nos pueda brindar cuando llegue la guerra, y ahora que maese Cohunkowprets está al timón, la tenemos más encima que antes. Tengo intención de embarcarme y dejar esta desdichada provincia en el mismo instante en que tenga listas mis cosas, y Henrietta se viene conmigo aunque tenga que raptarla.

McEvoy se sonrojó debido a que su comentario coincidió con una pausa de la

conversación general, por lo que todo el mundo lo oyó.

—Espero que no tenga necesidad de tomar tales medidas —dijo Ebenezer riéndose—. ¡Aparte de que no es probable que te consienta que trates a mi hermana con tan poca caballerosidad!

El poeta procedió a dejar a su compañero sin habla, dándole las nuevas de su parentesco con Henrietta y los planes que tenía el grupo para el futuro inmediato.

—¡Juro y afirmo, Eben, que me asustas! —Miró a Henrietta con temor—. ¡No, creo que más vale que la robe lo antes posible, no vayas a descubrir que también soy hermano tuyo!

Una vez concluido el capítulo de saluciones, la señora Russecks sugirió que se enviara a Bertrand a por el capitán, a fin de que cenara con ellos y ayudara a protegerlos de los piratas, contra cuya rumoreada presencia había adoptado la población aquella actitud de defensa. El criado se alarmó grandemente con la última revelación, pero McEvoy desdeñó la idea.

—Si hubiese piratas por los alrededores, los hubiesen capturado ya. El nuestro era el único barco a la vista entre el estrecho de Limbo y Church Creek. En todo caso, lo más probable es que el capitán no esté a bordo; tenía intención de reclutar una tripulación que supiese más de navegar que Bertrand y yo.

Todo el mundo, menos Bertrand y la señora Russecks, se sumó a McEvoy en cuanto a minimizar la amenaza de piratería, y cuando durante la cena Mary se ofreció a ocuparse del cierre del molino y de la venta de la fonda (propiedad esta última por la que manifestó tener cierto interés), el grupo resolvió largar velas y poner rumbo a la ciudad de Anne Arundel aquella misma tarde, a ser posible.

—No obstante —señaló Roxane—, no puedo evitar el echarme a temblar cuando pienso en los piratas. Todos los aquí presentes, salvo Mary, hemos sido capturados por corsarios en una ocasión, y hemos recibido un trato cruel, logrando escapar por los pelos: no es probable que tengamos tanta suerte la segunda vez.

—Sí —convino el poeta—. Pero por lo mismo es menos que probable que una catástrofe semejante le acontezca al mismo grupo de personas dos veces en la vida.

Siguió hablando y, en parte movido por una ironía bienintencionada, y en parte, a fin de alejar de la mujer aquellos temores, expuso diversas teorías de la historia: la del retroceso, sostenida por Dante y Hesíodo; la dramática, sostenida por los hebreos y por los padres cristianos; la del progreso, sostenida por Virgilio; la cíclica, sostenida por Platón y Ecclesiasticus; la ondulatoria, e incluso la del vórtice, hipótesis mantenida, según Burlingame, por un oscuro neoplatónico, miembro del Christ's College, el cual creía que los períodos cíclicos de la historia íbanse haciendo cada vez más breves, de tal modo que en algún momento impredecible del futuro el universo se volvería rígido y estallaría, al igual que sucedió con el ave legendaria denominada *ouida* (eso decía Burlingame), de la que se decía que volaba trazando círculos cada

vez menores hasta que acababa por desaparecer en el seno de su propia esencia.

—El auténtico y verdadero partidario de la teoría cíclica —afirmó Ebenezer— no debería tener miedo de que los piratas volvieran a capturarlo, pues su teoría volverá a librarlo de las garras de los mismos, al igual que ocurrió en la primera ocasión; si uno teme que lo vuelvan a capturar y le den muerte, es claro que cree que el curso que siguen las cosas constituye una especie de espiral descendente... Si el giro de la misma es a diestras o a siniestras, es algo que no puedo determinar sin meterme en nuevas indagaciones.

A fuerza de aquellas y otras hazañas igualmente sofisticadas, sosegóse la señora Russecks; tras la cena subieron al carromato de Mary los arcones y baúles de las mujeres y Afrodita los llevó, cruzando primero la desolada aldea y siguiendo luego hasta un desembarcadero que había río abajo, donde estaba amarrada la embarcación del capitán Cairn.

—¿Hola, dónde está el capitán? —preguntó Ebenezer.

—Dijo que le esperaríamos a bordo si tenía problemas para encontrar tripulantes —dijo McEvoy—. ¡Parece que en esa aldea va a tener problemas para encontrar una sola alma!

Cuando hubieron trasladado la impedimenta del carro a la cubierta, Mary Mungummory le dijo a Ebenezer, guiñándole un ojo, que al haber fracasado el objeto de su viaje a Church Creek, también ella se veía en la necesidad de buscar tripulación. Si tenía éxito, dijo, al cabo de unos días su recorrido habitual por el condado daría con ella en el Puntal de Cooke, donde prometió abogar por el poeta ante Joan Toast, preguntar por el paradero de Henry Burlingame y llevar las noticias a la ciudad de Anne Arundel. Deseos un éxito total en su embajada ante el gobernador, por el bien de ella misma, amén del de los emisarios, y tras un intercambio de despedidas sumamente cariñosas (sobre todo, con Roxanne, Henrietta y Ebenezer), volvió sendero arriba camino de la aldea.

Ebenezer echó un vistazo a aquella cubierta que le era familiar.

—¡Gracias a Dios que hace buen tiempo; mi último viaje a bordo de esta nave fue angustioso! —Entonces reparó en que Bertrand, que había estado anormalmente tranquilo a lo largo de todo el día, parecía estar completamente abatido, por lo que preguntó en son de burla si había visto al moro Boabdil entre los mirtos.

—¡Diantre, señor! —quejose el criado—. Casi prefiero volver con Tom Pound antes que andar de viaje por Maryland.

—¿Por qué, a qué viene eso?

Bertrand repuso que aunque sentía una deuda de gratitud eterna para con su amo por haberle sacado de la isla de Bloodsworth, entre otras cosas, aquello era saltar de la sartén al fuego, pues sin duda alguna el coronel Robotham iba a darle muerte no bien descubriera que la señorita Lucy no se había casado con el Poeta Laureado ni

muchísimo menos; sino con un criado cuyo astrolabio ya se había cobrado el azimut de la constelación de la dama.

—Has cometido una gran injusticia con esa moza —admitió Ebenezer—, mas yo no soy el más indicado para reprochártelo, y el coronel mismo dista mucho de estar libre de culpa. Paréceme que un matrimonio llevado a cabo bajo una impostura semejante puede anularse incluso después de que se haya consumado, aparte de que no tengo miedo de que Lucy reclame Malden; pero me da pena esa pobre mujerzuela, que ha sido engañada dos veces teniendo una criatura en las entrañas. Naturalmente que es asunto tuyo; sin embargo, me habría gustado... ¡Cuerpo de Cristo!

Desde la popa de la nave, adonde había llevado McEvoy a las damas, a fin de que aguardaran el regreso del capitán, llegó un tumulto de gritos, chillidos y maldiciones. Ebenezer apresuróse a ir allí para hacer averiguaciones y viose frente a un hombre que salió del minúsculo camarote; las piernas del poeta empezaron a temblar y Bertrand se postró en cubierta; era un hombre gordo y de baja estatura, vestido de negro de la barba a las botas, que llevaba una pistola en una mano y un bastón de ébano en la otra.

—¡Vaya, ésta si que es buena! —dijo aquel sujeto, maravillado—. ¡Venid a ver a quién está aquí, capitán Scurry!

Su acompañante apareció por entre las velas de popa, también blandiendo una pistola y apoyándose en un bastón.

—¡Bacalaos, capitán Slye, tenemos una tripulación del demonio para que le haga compañía a nuestro piloto! —Acercóse más y sonriole malignamente a Ebenezer—. ¡Capitán Slye, pero si es el mismo bribón que se ensució los calzones en El Rey de los Mares!

—El mismo —dijo Slye—. Y ese cobardica que está ahí atrás es nuestro amigo el falso Laureado, que nos engaño para conseguir un viaje en la diligencia de Plymouth.

Los dos regocijaronse del modo más desagradable que imaginar quepa por haberse topado casualmente con tres viejos conocidos, pues ya habían reconocido en McEvoy al redencionista que tanto les había importunado durante su última travesía. El capitán Cairn, con el rostro demudado, se presentó en cubierta cuando se lo ordenaron, de modo que todo el grupo se congregó en el combés del navío.

—¡Que Dios me perdone! —exclamó el capitán, dirigiéndose a Ebenezer—. ¡Salí a buscar una tripulación y me cayeron encima estos bandidos!

—¡Vamos, vamos —le recriminó el capitán Scurry—, así no se habla de los compañeros de barco, señor! Nuestro amigo el capitán Avery se encuentra fondeado al abrigo de la isla de James y necesita un piloto para remontar la bahía, y como el capitán Slye y yo vamos navegando rumbo al sur, le prometimos buscarle uno.

—¿Qué os proponéis hacer con nosotros? —preguntó Ebenezer.

—¿Qué? —repitió el capitán Slye—. Ah, pues bien, señor, puesto que sois el

Laureado de Maryland..., ah, ¿conque creíais que vuestro amigo John Coode no os iba a traicionar, eh? ¿Y qué os parecería si os dijera que no se trataba para nada de John Coode, sino tan sólo de uno de sus lugartenientes? ¿Pensáis que no iba yo a reconocer al padre de mi esposa? ¡Mirad cómo tiembla! ¡Pareceme que no tardará en ensuciarse los calzones! Entonces ¿qué vamos a hacer con esta alegre compañía, capitán Scurry?

El aludido rio para sus adentros.

—Pues podríamos comérmolos vivos para la cena, capitán Slye, o si no le podríamos meter a cada uno una bala en la barriga...

—Dejad a las mujeres en tierra —dijo el poeta—. No tenéis ninguna disputa pendiente con ellas.

El capitán Scurry admitió que aparte de no tener ninguna disputa pendiente con ellas, tampoco sentía el menor apetito hacia ninguna mujer del planeta, pero no iba a imponer sus gustos personales al capitán Avery y su tripulación, los cuales habían efectuado una larga travesía oceánica y no era probable que se negaran a degustar el bocado de tres damas tan apetitosas. Propúsole al capitán Slye alojar a todo el grupo en la bodega, excepción hecha del capitán Cairn, para luego ponerlo a disposición de los piratas.

Como no había tenido experiencias previas con corsarios, Anna Cooke parecía sumamente desconcertada por lo que estaba ocurriendo, pero Roxanne y Henrietta se abrazaron y redoblaron sus lamentos. A todas las súplicas de los secuestrados respondían con una sonrisa desdeñosa, y los prisioneros fueron obligados a descender a la exigua sentina de la embarcación, que estaba a oscuras y hedía a ostras. McEvoy, en un esfuerzo por consolarla, abrazó a Henrietta, y Ebenezer hizo otro tanto con Anna; Bertrand y la señora Russecks tuvieron que afrontar sus terrores sin ayuda, y es menester hacer constar como mérito de la última el que no hiciera una sola mención a la teoría de que la historia era una espiral descendente, la cual pesaba grandemente sobre la angustiada conciencia del poeta. Por encima de sus cabezas oyeron que Slye y Scurry acordaron trasladar la embarcación de Church Creek hasta Fishing Creek, no fuera que algún habitante del lugar oyera las quejas de los prisioneros, pero decidieron aguardar a que anoheciera antes de bajar por el pequeño Choptank, camino de la cita que tenían con el capitán Avery.

Largo tiempo pasaron aguardando, presas de una desesperación tan oscura y sin salida como la prisión en que se hallaban. Luego, cuando se puso en marcha la nave, Anna empezó a lloriquear, y su hermano sintióse movido a decir:

—¡Cuán desdeñable es la felicidad! ¡Cuánto la desprecio! Interludios como el que hemos tenido estos últimos días... ¡Diantre, es como un oasis en el desierto de la vida! El viajero desconfía de su suerte; abatido por las desgracias que ha pasado, desanimado por las que aún le aguardan, descansa intranquilo; los días son como

piedrecillas que le caen en el estómago; el agua se vuelve inmunda cuando entra en contacto con su lengua. Así le acontece a quien con la fantasía le asigna un propósito al viaje; pero en el camino que recorreremos el que no es *Peregrino*, es por fuerza vagabundo. ¡Y ay de los que tenemos menos condiciones! Para nosotros todo es un martirio sin causa, *ananabasis*, y cuando el azar nos concede una tregua, le respondemos con ira, en lugar de gratitud. ¡Mostradme a un hombre feliz que no sea necio o no esté dormido!

Si sus compañeros comprendieron aquel apostrofe, no le dieron respuesta. Anna propuso que las tres mujeres acabaran con sus vidas a la primera ocasión que se les presentase, antes de sufrir una violación masiva por parte de los piratas.

—No se trata de que prefiera la muerte a la deshonra —explicó—. Mi virginidad nada significa para mí, pero como, sin duda, nos matarán a continuación, prefiero morir ahora y acabar de una vez. Si Eben no me estrangula, me propongo arrojarme al agua en el momento en que nos suban a cubierta.

—Vamos, muchacha. —La señora Russecks se burlaba al otro lado del oscuro recinto—. ¡Aleja esas ideas de tu linda cabeza! ¿Te imaginas que Henrietta Y yo nos hubiéramos quitado la vida cuando nos capturó el capitán Pound? ¡No estaríamos aquí hoy!

Hubo una carcajada general, bien que lúgubre, como respuesta a la ironía inintencionada que encerraba, aquel comentario, mas la señora Russecks insistió en que todo (incluso diez años ejerciendo como concubina de mar) se podía soportar en tanto hubiera esperanzas de mejorar a la postre.

—No sabemos a ciencia cierta que tengan intención de darnos muerte —dijo—. ¡Vive el cielo, si ni siquiera nos han violado todavía!

Como percibiera que la resolución de Anna principaba a flaquear, Ebenezer abundó en aquella idea.

—¿Te acuerdas de cuando leíamos a Eurípides con Henry, que rechazamos *Las Troyanas* sin reservas? Decíamos que Hécuba era un espantajo autocompasivo y Andrómaca o una cobarde o una hipócrita. «Si tanto quiere a su Héctor, ¿cómo consiente que el sinvergüenza de Pirro la tenga como puta suya? ¿Por qué no se quita la vida y salvaguarda el honor de la familia?». ¡Qué moralistas tan implacables son los niños! Pero yo te digo, Anna, que ya no condeno a esa mujer. Ensalzamos a los mártires; son nuestro ejemplo y nuestra vergüenza; pero ¿quién de entre los que hemos caído correrá a abrazarlos? Digo más: Andrómaca nos da una gran lección; sus lágrimas son una acusación contra el circo ensangrentado de la lascivia del hombre; sus suspiros acallan las voces de un millar de héroes, y su resignación convierte a la Hélade en una feria de las vanidades.

El propio Ebenezer no estaba tan convencido de aquel argumento como esperaba que lo estuviera Anna. No podía menos de considerar una cobardía el suicidarse sólo

para librarse del dolor, aunque entendía aquel tipo de cobardía; por otra parte, el suicidio por honor, al igual que el martirio, le hacían sentirse incómodo. Los mártires, parecían, tenían algo de antinatural, pues la vieja naturaleza desconoce códigos y causas; desde aquel punto de vista, Andrómaca, al igual que Ecclesiasticus, parecía como el más sofisticado de los moralistas, en tanto que los héroes de todo cuño semejaban locos o borrachos. Con todo la misma falta de naturalidad, la *hubris*, por decirlo así, del heroísmo en general y del martirio en particular era su cualidad más atractiva. Aceptado que la Tierra, como gustaba de decir Burlingame, es «una mota de polvo que surca la noche», los pasajeros de la misma que perecían en aras de un sueño que encerraba un valor resultaban valerosos, desafiantemente humanos. Morir, jugarse la vida, incluso alzar un dedo por cualquier causa, equivalía a llevar en la lanza el gallardete del propósito, según consideró el poeta, y conllevaba la misma alta locura que entrañaba el arremeter contra los molinos manchegos.

Pero si sus palabras no eran del todo sinceras, su propósito sí que lo era, y como se dio cuenta de que sus argumentos habían hecho mella en Anna, volvió sobre ellos al cabo de varias horas, cuando la nave se puso de nuevo en marcha, presumiblemente rumbo a la isla de James.

—Te ruego que pienses tan sólo en una cosa; dejando a un lado la razón, ¿hay algo en este mundo que tú valores? Suponiendo que estuviéramos a salvo en Anne Arundel, ¿qué desearías?

—Unos años de paz —repuso Anna sin titubear—. De nada me sirve tener propiedades o incluso un marido, puesto que..., puesto que me es negado Henry. ¿Qué pueden importarme esas cosas después de lo que ha ocurrido? Con el tiempo tal vez me resulten atractivas nuevas metas, pero en estos momentos lo único que deseo es vivir en una paz absoluta.

Ebenezer se removió.

—¡También mi corazón ambiciona eso mismo! Mas basta, no tiene sentido: si en esta vida hay algo que tiene valor para nosotros no debemos cejar en el intento de alcanzarlo.

Notó que Anna temblaba.

—¡No vale la pena el precio!

—Tampoco hay otra opción.

Las lágrimas humedecieron las manos de Anna.

—Si es menester que sufra, entonces modifico mi deseo: ¡ojalá fuéramos los dos únicos habitantes de la Tierra!

—¿Adán y Eva? —Al poeta le ardía el rostro—. Así sea; pero también debemos ser Dios y erigir un universo que sostenga nuestro Edén.

Anna le oprimió la mano.

—Lo que quiero decir —dijo él— es que debemos aferrarnos a la vida y

mantenernos alerta para escapar en cuanto sea posible...

Anna negó con la cabeza.

—Muy pronto te pasarán a cuchillo y te arrojarán a los peces, y yo... ¡No, Eben! La hora presente es todo nuestro futuro y esta negra oquedad, nuestro único Edén. Muy pronto nos arrebatarán la inocencia...

Ebenezer sintió la mirada de su hermana.

—¡Dios Santo!

En aquel instante llegó un grito desde arriba, y luego otro, lejano, a modo de respuesta; había tenido lugar el encuentro.

—¡Apresúrate! —exclamó Anna.

El poeta gimió.

—Debes perdonarme...

Anna profirió un grito y cayó de manos y rodillas en el suelo de la bodega; unos minutos después, cuando levantaron la trampa y bajaron una luz por la escalerilla, Ebenezer vio que Anna temblaba en brazos de la señora Russecks.

—En fin —dijo el portador del fanal—, lamento estropear la juerga, pero el capitán Avery quiere hablar con los seis aquí presentes en cubierta. Está dispuesto a torturar a las damas inmediatamente si no subís con prontitud y civismo, señores.

Tras un momento de duda, los prisioneros accedieron, apremiados por Henrietta y la señora Russecks. Había caído la noche y se había levantado un viento frío y poderoso, procedente del oeste; pese al tumulto reinante en su cabeza, Ebenezer quedó sorprendido cuando reparó en que la embarcación no estaba anclada, sino «encadenada» al barco pirata, cuyas luces se divisaban a varios centenares de yardas de distancia. Slye y Scurry habían constituido una pequeña partida de gente y los prisioneros recibieron la orden de quedarse en pie en medio del barco en tanto éste reanudaba la navegación. El poeta sintió que se le aliviaba el corazón: ¿sería posible que no fueran a trasladarlos a la otra nave?

El capitán Cairn, que pasó a su lado, confirmó su esperanza:

—Tengo que pilotar para el capitán de esta gente —murmuró—; he de remontar las aguas de la bahía procurando evitar que detecten el barco y lo capturen.

No pudo decir más porque los piratas lo mandaron a popa a largar la escota mayor. Los capitanes Slye y Scurry se despidieron de los prisioneros con una sonrisa despectiva y partieron en un bote camino de su propia nave, la cual presumiblemente estaba al abrigo de la isla junto con el *Phansie* del capitán Avery. La oscuridad impedía que Ebenezer viera a su aprehensor, el cual ordenó desde el timón de la chalupa a uno de sus dos lugartenientes que se ocupara de la vela del foque y al otro (un joven barbado, rubio y macilento que tenía más aspecto de rústico que de pirata) que vigilara a los prisioneros. Cuando Ebenezer hizo ademán de ir a pasar el brazo por encima de los hombros de Anna, ésta retrocedió como si se tratara de un pirata.

—Apártate de ahí, gracioso —le amenazó el guardián—. Déjanos ese trabajito a nosotros.

Las mujeres se agruparon al pie del mástil; las dos más jóvenes seguían gimiendo y lloriqueando, pero la señora Russecks, al ver que todavía no les iba a acontecer ninguna desgracia, recobró la compostura necesaria para abrazar y reconfortar a ambas. Fuera lo que fuere lo que el capitán tenía en mente, era obvio que no se trataba de nada tan apremiante como el capitán Scurry (que había convocado a los prisioneros, haciéndoles salir de la bodega) les había hecho creer; por espacio de más de una hora, los tres hombres permanecieron mudos y temblorosos delante de las pistolas de sus centinelas, en tanto la chalupa se deslizaba rumbo al norte recorriendo un amplio brazo de mar que formaba la bahía en aquel punto. Se había levantado viento, y el mar estaba bastante picado; hacia el este, unas nubes ligeras ocultaban la luna. Por fin junto al timón se oyó una voz que decía:

—Muy bien, señor Shannon, llevad a los prisioneros a proa.

Temeroso de lo que pudiera aguardarle, Ebenezer sintió vivos deseos de besar a Anna por última vez; vaciló y acabó decidiendo no arriesgarse a disgustar al centinela, aunque mientras se dirigía a proa no dejó de reprocharse su timidez. La tenue luz de la bitácora permitía ver al capitán Cairn, que gobernaba tenso el timón, y el rostro del célebre Ben Avery «el Largo», un sujeto de ojos tristes y cara de perro, de aspecto nada feroz, que lucía una modesta barba morena y bigotes curvos.

—Buenas noches, caballeros —dijo, sin apenas apartar la vista de la brújula—. No os retendré mucho tiempo. ¿Diríais que la nave está de través, capitán Cairn?

—A estribor de popa —masculló el capitán—. Si no damos con tierra, pronto oiréis la rompiente a sotavento.

—Excelente. —El capitán pirata arrugó la frente y le dio una calada a la pipa—. ¡Sí, ahí está la rompiente; sois un piloto inusualmente capaz, capitán Cairn! Bien, caballeros, tan sólo tengo una pregunta que formular... ¡Ah, maldito sea este tabaco! —Chupó con fuerza de la boquilla hasta que las ascuas brillaron con amarillo fulgor—. Ya está. Es una pregunta muy sencilla, caballeros, a la que podéis responder de uno en uno, empezando por el alto: ¿sois o habéis sido alguna vez un marinero avezado?

El pirata al que llamaban señor Shannon hostigó a Ebenezer con el cañón de la pistola, pero el poeta no necesitaba de apremios para responder; tenía el corazón tan encendido como las ascuas de la pipa de su aprehensor, pues el aire caballeroso del mismo hacía concebir esperanzas.

—No, señor, yo sólo soy un pobre poeta que no tiene más habilidad que la de hacer rimas ni más tesoro que mi querida hermana, que allí veis, y por cuyo honor daría yo la vida. ¿Me está permitido pedir os de caballero a caballero que me deis vuestra palabra de que esas damas no van a padecer ningún daño?

—Señor Shannon, preguntadle al segundo caballero.

El centinela empujó a Bertrand con la pistola.

—No, amo, ante Dios digo que no soy marinero ni ninguna cosa en esta vida más que un simple criado que maldice la hora en que nació.

—Muy bien —suspiró el capitán Avery, aún observando la bitácora—. ¿Y vos, señor?

—Esta es la tercera vez que piso un barco, señor —dijo con prontitud McEvoy—. La primera hícelo en calidad de redencionista, cuando me secuestraron en Londres Slye y Scurry; la segunda fue esta mañana, en calidad de pasajero de este mismo barco. ¡Os juro que no sé distinguir la popa de la bodega de proa!

—Ingeniosamente expuesto —dijo el capitán Avery con tono aprobatorio—. En tal caso parece que no podré enrolos como tripulantes míos. Señor Shannon, ¿queréis tener la bondad de escoltar a estos gentiles caballeros para que salten por el coronamiento?

Ebenezer púsose tan tieso como si le hubiera dado un ataque, y Bertrand hincose de rodillas; incluso el capitán Cairn pareció tardar un segundo en comprender lo que se había dicho. El guardián señaló con una de sus pistolas hacia el coronamiento y empujó con la bota al tembloroso sirviente.

—Hay una isleta a sotavento —comentó el capitán Avery—. Con un poco de suerte y el empuje del mar tal vez lo logréis. Contad hasta cinco, señor Shannon, y pegad un tiro a los caballeros que se retrasen.

—Uno —dijo el señor Shannon—. Dos.

McEvoy soltó un sonoro juramento y se quitó las botas.

—Adiós, Eben —dijo—. ¡Adiós, Henrietta! —Saltó por la borda y cayó al mar por la popa.

—Tres.

El señor Shannon sonreía mientras los dos que quedaban se quitaban también las botas. Desde el mástil oyose una inquisitiva voz femenina, mas la pregunta se la llevó el viento. Bertrand soltó un último gemido y saltó por la borda dando una voltereta.

—Cuatro.

Ebenezer avanzó presuroso hacia el coronamiento. Esperanzado, aunque no había ninguna esperanza, lanzó una voz hacia el capitán pirata, que estaba de espaldas a él.

—¿Tengo vuestra palabra, señor, con respecto a las damas?

—Os doy mi palabra de que pienso refocilarme con vuestras damas y darles un repaso del bauprés al yugo —dijo Ben Avery «el Largo»—. Os doy mi palabra de que todos y cada uno de los miembros de mi tripulación gozarán de ellas hasta hartarse, señor, y cuando hayan acabado, os doy mi palabra de que haré pedacitos a vuestra hermana para que sirva de rancho marino, para lo cual la pondré en salazón y la dejaré a secar a sotavento. Señor Shannon, disparad ya.

De haberle concedido diez segundos más, tal vez Ebenezer hubiera echado a correr, dispuesto a morir junto a Anna, pero bajo el impulso de aquella orden repentina, lo que hizo fue saltar de cualquier modo por la borda y darse de narices con el agua helada. El triple impacto de la amenaza, la caída y el frío a punto estuvo de privarlo de sentido; sobreviniéronle náuseas de angustia; tosió, expeliendo agua salada de la garganta, y tras unos momentos de frenética indeterminación, acertó a ver la luz de la chalupa, que se alejaba, perdiéndose en la oscuridad. Las olas lo agitaban y golpeaban; limitarse a flotar, como hiciera una vez que pasó por un trance similar, habríale hecho perecer de frío en breve plazo. Orientándose por la nave y la dirección que seguían las olas, empezó a chapotear hacia la isla, que al parecer quedaba hacia el este.

—¡Hola! —voceó, e imaginó oír una respuesta en el viento. Se le vino a las mientes un pensamiento tan paralizante como las frías aguas de la bahía: ¿y si al fin y al cabo no había isla ninguna? ¿Y si Ben Avery «el Largo» les había hecho concebir aquella esperanza a modo de chanza cruel? En todo caso, si efectivamente había una isla, tendría que estar cerca, de lo contrario era hombre muerto; los sucesivos golpes de mar empujaronle en la dirección adecuada mas reducían a la mitad la efectividad de sus movimientos, y la baja temperatura le dificultaba la respiración.

Unos minutos después infundiole valor la certidumbre de un grito que alguien profirió delante de él:

—¡Por aquí! ¡Estoy tocando fondo!

—¿McEvoy? —gritó con alegría.

—¡Sí! ¡Sigue nadando! ¡No cejes! ¿Dónde está Bertrand? ¡Bertrand!

Delante de donde estaba el poeta, un tanto hacia la derecha, oyose otra respuesta; no mucho después, los tres hombres jadeaban y temblaban juntos, en una oscura playa de guijarros.

—¡Alabado sea Dios, es un milagro! —exclamó Bertrand—. ¡Dos veces arrojados al mar por los piratas y dos veces salvados en una isla oceánica! ¡Me da la sensación de que si andamos un poco por la playa nos volveríamos a encontrar a Drakepecker!

Pero McEvoy y Ebenezer sentíanse demasiado apesadumbrados por la situación en que habían quedado las mujeres como para alegrarse de su propia suerte. El poeta consideró que sería mejor no decir nada de la amenaza final del capitán Avery, ya que tampoco podían hacer nada para impedirle que la llevara a cabo; aun así, McEvoy juró dedicar el resto de su vida a buscar al pirata con el fin de darle muerte.

En comparación con el aire que azotaba sus propias ropas mojadas, las aguas de la bahía resultaban tibias.

—Tenemos que ponernos al abrigo del viento y encender una hoguera —dijo McEvoy.

—No tenemos medios para ello —señaló Ebenezer con desánimo. Ahora que se había salvado él, toda su mente ocupábanla el destino de Anna y el último encuentro que tuvo con ella; sintió deseos de haber muerto ahogado.

—Entonces erijamos un refugio antes de que nos helemos —dijo McEvoy.

Presurosos, dirigiéronse a donde acababa la playa y propiamente empezaba la isla, que parecía distar unos centenares de yardas; allí encontraron pinos de escasa altura, unos cuantos arbustos de mirto y mucho monte bajo, pero no gran cosa que pareciera adecuada para la construcción de un refugio; tampoco la maleza servía de protección frente al viento.

—¡D-diantre, señores, m-mirad allí! —exclamó Bertrand, tiritando de frío—. ¡Es una luz!

Efectivamente, por encima de las aguas, hacia el este, brillaba lo que parecían ser las ventanas iluminadas de una casa. Era difícil calcular la distancia, pero a menos que fuera muy pequeña, pensó McEvoy, quedaría a tres o cuatro millas. A pesar de la objeción planteada previamente por Ebenezer, McEvoy dijo que debían hacer una hoguera enseguida, aunque fuera necesario prender fuego a toda la isla, para así llamar la atención y que fueran a rescatarlos; si no, antes del amanecer, habrían muerto.

—Vamos a rastrear la isla —propuso—. Si no encontramos nada mejor, pues bueno, excavaremos una trinchera con las uñas y nos enterraremos juntos tapados con ramas de hoja perenne. Creo que debiéramos hacer cabriolas con las piernas y aspavientos con los brazos.

Decidieron emprender la búsqueda conjuntamente a fin de utilizar lo antes posible lo que eventualmente pudieran encontrar. Uno por la playa, otro por los matorrales y otro por donde la vegetación era más tupida, fueron avanzando en dirección norte por la orilla de sotavento de la isla. Mas su búsqueda era al parecer en vano: los palos que encontraban estaban humedecidos y aunque hubieran estado secos a nadie se le habría ocurrido ningún modo de ignición. Además, la vegetación iba escaseando a medida que se aproximaban al norte de la isla, que, a lo que parecía, tenía sobre poco más o menos una milla de longitud.

No muy lejos de ese lugar, Bertrand, que había buscado por los arbustos, díjoles que acudieran prestos a contemplar un nuevo milagro.

—Mirad aquí. ¡Casi me rompo los dedos del tropezón!

A sus pies vieron una forma negra y alargada que, una vez la examinaron más de cerca, resultó ser un bote varado.

—¡Voto a tal! —exclamó McEvoy, metiéndose a gatas en el interior, a fin de examinarlo—. ¡Si hasta hay un remo! ¡Ha debido arrastrarlo hasta aquí la tormenta!

—Dudo que sirva para navegar —advirtió Ebenezer, al tiempo que reparaba en que en el casco había varias pulgadas de agua acumulada—. Aunque podríamos

usarlo como refugio.

—No —protestó McEvoy—. Tal vez esté estanco, Eben, de lo contrario habría perdido el agua, ¿no? Yo creo que lo mejor es tratar de llegar hasta aquella luz. Pero un momento..., sólo disponemos de un remo.

—Hay un truco: amarrándolo a popa y moviéndolo hacia los lados se consigue avanzar... —dijo, con muchas dudas, Ebenezer—. Pero ¡vive Cristo, John! ¿Estás oyendo ese estruendo? ¡Parece el océano! ¡Nos hundiremos en cosa de cinco minutos!

—Pero si lo logramos, nos salvamos —le recordó McEvoy—. Si nos quedamos aquí puede que fenezcamos congelados antes del amanecer, e incluso no siendo así, ¿quién nos dice que nos rescatarán por la mañana?

Sopesaron brevemente las dos opciones y una tercera consistente en que uno de ellos fuera en busca de ayuda para los demás.

—Hacen falta un hombre al remo y otro achicando —opinó Bertrand—. Más vale morir juntos que por separado. ¿No creéis, señores?

—Entonces yo digo que es mejor perecer juntos por ahogamiento que no por congelación —dijo McEvoy—. ¿Tú qué dices, Eben?

El poeta dio un respingo y al ver la torva sonrisa con que McEvoy acompañó la pregunta se dio cuenta de que ésta era deliberada. Por un instante olvidose del terrible frío; estaba ante una mesa de Locket's; las miradas de Ben Oliver, Dick Merriweather, Tom Trent y Joan Toast habíanse unido a la de McEvoy, inmovilizándolo; de nuevo, al igual que entonces, sintió sobre sí el peso de tener que tomar una decisión, y aquel peso tiraba de él en todas direcciones como si fuera un pellejo tendido en un curtidero. Fue un instante extraño: tenía la misma sensación que debe de apoderarse del alpinista experimentado cuando vuelve a despeñarse del mismo risco del que cayera antaño, logrando sobrevivir por poco margen; luego de aquello coronó sin temblar muchos otros riscos, todos más formidables que el primero, pero aquél hace que la sangre se le vuelva agua...

Con cierto esfuerzo, Ebenezer alejó de sí aquel recuerdo.

—Yo digo que procuremos llegar a la casa. Tenemos el viento y las olas a favor, y para bien o para mal habremos terminado en cosa de una hora.

Pese a lo lúgubre que era el comentario final, hízoles ponerse en movimiento. Dieron vuelta al bote, a fin de vaciarlo de agua, arrastráronlo hasta la orilla y pusiéronlo a flote. El razonamiento de McEvoy resultó acertado; el agua acumulada había mantenido cerradas las junturas de la sobrequilla y de los tablones del casco. A sugerencia de Ebenezer, que había aprendido algo del arte de remar, Bertrand y McEvoy se pertrecharon cada uno con la mitad de una plancha de madera que habían encontrado en la playa, a fin de ayudar en la labor de exonerar el agua que, a buen seguro, iban a acumular, así como para ayudar a impedir que el minúsculo bote

escorara entre golpes de mar.

Aunque la verdad es que en aquellos momentos a Ebenezer le preocupaba poco su propia seguridad, la responsabilidad pesaba mucho en el corazón del poeta. Sabía poquísimamente de lo que estaba haciendo, y sin embargo los otros llevaban a cabo sus indicaciones, de las cuales dependían sus vidas, como si él fuera el capitán Cairn. Mas por exigua que fuera su pericia marinera, al parecer era superior a la de Bertrand y McEvoy. Y por grande que fuera el peso de la responsabilidad, ya no le resultaba ajeno: se enfrentaba al mismo sosegadamente, como quien recibe a un antiguo oponente que nos es conocido, y se preguntaba si tal vez se le había endurecido últimamente la sensibilidad, al igual que las frecuentes laceraciones encallecen las manos del aprendiz de albañil.

—Paréceme que sería mejor que os sentarais los dos delante, a fin de mantener alta la popa. Si remar desde atrás no resulta, palearemos al modo salvaje.

Subiéronse a bordo, tiritando con violencia pues se habían vuelto a mojar. Ebenezer pudo avanzar con el remo cosa de cien yardas, en tanto el agua no se hizo profunda; luego fue preciso encajar el remo entre los toletes del yugo y empezar a remar desde popa. Por suerte, la primera milla, sobre poco más o menos, estaba al abrigo de la isla; la calma relativa del agua le dio ocasión de adquirir el punto de destreza necesario para lanzar la paleta del remo de modo que podía coger impulso sin perder el propio remo. Pero enseguida dejaron la isla demasiado atrás, de modo que ya no les brindaba protección; la mar ululante se encrespaba a popa, de la base a la cresta de las olas había tres, cuatro y hasta cinco pies; cuando los alcanzaba una ola parecía como si el bote titubeara, intimidado, y luego lo arrastraran hacia atrás, como llevado por la resaca. Ebenezer contenía la respiración. ¡Estaba seguro de que un golpe en la popa daría al traste con ellos! Pero en el último momento la popa subía muy alto y el bote se echaba hacia delante, apoyado en la cresta; la exigua obra muerta desaparecía; el agua desbordaba ambas regatas; Bertrand y McEvoy achicaban como posesos a fin de mantenerse a flote. Entonces la ola los rebasaba y el bote parecía deslizarse hacia atrás, derecho a hundirse en las fauces de la siguiente ola. Cada ola traía consigo el terror; parecía impensable que pudieran sobrevivir a su paso, y cuando en virtud de algún milagro lo lograban, no tenían ni un segundo de tregua. La labor del timonel era singularmente ardua y truculenta: aun cuando el movimiento neto del bote tenía en realidad siempre un sentido de avance, cada vez que se aproximaba un nuevo golpe de mar, daba la sensación de que se retrocedía; en lugar de remar a popa, Ebenezer veíase obligado a usar el remo a modo de timón, a fin de impedir que el bote escorara, además de lo cual tenía que poner rumbo hacia atrás, debido a que el agua avanzaba con mayor velocidad que el bote. Sólo en la cúspide de la ola podía dar un par de golpes de remo, aunque no podía prolongarlo mucho, pues de lo contrario el bote se precipitaría dando guiñadas a la depresión que

antecedía al paso de la ola. Poco tardaron los hombres en enmudecer, desmoralizados; esforzábanse como posesos, y cuando la luna rompió por entre una capa de nubes ligeras, iluminó tres semblantes asustados que miraban con los ojos muy abiertos al monstruo que se abatía sobre ellos.

El regreso quedaba descartado, pues aun cuando algún dios le diera la vuelta a la barca, no les era posible avanzar hacia sotavento. Sin embargo, al cabo de lo que pareció una hora (en realidad quizá no fuera más de veinte minutos) de esfuerzos frenéticos, merced a los cuales lograban siempre salvarse por los pelos, la luz que tenían delante no parecía estar más cerca que antes. Peor aún, parecía haberse desplazado inequívocamente en dirección norte. Fue Bertrand el primero en reparar en aquel hecho angustioso, lo cual le hizo hablar por vez primera en muchos minutos.

—¡Dios Santo! ¿Y si es un barco y no hay tierra en muchas millas a la redonda?

McEvoy adelantó una hipótesis alternativa.

—A lo mejor el viento se ha desplazado un poco hacia el noroeste. Puede que tengamos que caminar unas cuantas millas por la costa.

—Existe una posibilidad más feliz aún —dijo Ebenezer—. Apenas me atrevo a abrigar semejante esperanza... ¡Pero un momento! ¿Oís un ruido?

Cesaron en sus afanes a fin de escuchar y casi los derriba la ola siguiente.

—¡Sí, es un rompiente! —exclamó Ebenezer, jubiloso—. Ni nosotros ni la luz hemos cambiado de posición; lo que pasa es que la tenemos casi encima.

Lo que quería explicar era que a pesar de que desde que salieran de la isla habían mantenido el rumbo fijo hacia la luz en la medida de lo posible, el rumbo quedaba un poco al sur de aquélla; desde una distancia de cuatro o cinco millas, el error (que acaso fuera de unos cientos de pies) era demasiado exiguo como para reparar en él, pero cuando la tuvieron muy cerca, el ángulo que formaban el rumbo y la posición de la luz tendía a incrementar en casi noventa grados. Antes de que le diera tiempo a elaborar sus elucubraciones, sin embargo, una ola mayor de lo normal elevó sobremanera la popa, escorando el bote hacia babor y sacando el remo de los toletes.

—¡Vamos a quedar escorados! —advirtió el poeta.

Los otros paleaban sin sentido con las planchas de madera. Ebenezer colocó de un golpe el remo entre los soportes e intentó enderezar la popa orientando firmemente el «timón» hacia babor, como había aprendido a hacer durante los retrocesos. Pero su acción quedó desfasada, pues ya la cúspide de la ola los había rebasado, dejando el bote momentáneamente sin rumbo en una depresión entre dos olas: el movimiento del remo era de hecho un golpear desde popa, y tuvo el efecto de escorar aún más la barca. La ola siguiente los alcanzó en el cuarto de estribor, ladeándolos completamente e inundando de agua la parte posterior del bote; la ola que vino a continuación, que medía cinco pies de altura y tenía la cresta espumante, dioles de lleno al sesgo, dando con los tres hombres una vez más en las heladas aguas de

Chesapeake. Sin embargo, en esta ocasión la tortura fue breve: al punto hicieron pie en un fondo de algas y lodo, y vieron que estaban a una decena de pies de la orilla. Avanzaron como pudieron, siendo derribados repetidas veces por olas que les rompían a la altura de las caderas, y cuando por fin ganaron la playa, apenas eran capaces de tenerse en pie.

—¡Hemos de darnos prisa! —acertó a decir McEvoy—. ¡Todavía podemos morir congelados!

Con la mayor rapidez posible, dando tumbos y jadeando, anduvieron orilla arriba, camino de su almenara, ahora claramente reconocible; tratábase de las ventanas iluminadas de una casa de grandes proporciones. No lejos de la misma, allá donde la playa lindaba con el césped que rodeaba la casa, había un pino alto, a cuyo pie veíase un conspicuo objeto de color blanco, una gran piedra vertical. A Ebenezer se le puso carne de gallina.

—¡Dios mío! —exclamó, y haciendo acopio de sus últimas fuerzas salió a todo correr y abrazose a la tumba. La débil luz lunar bastaba para leer la inscripción:

Anne Bowyer Cooke
1645-1666
Hasta ahora el Señor
ha tenido a bien ayudarnos

Los otros se le acercaron por detrás.

—¿De qué se trata?

Ebenezer no volvía la cabeza.

—Mi viaje ha concluido —dijo llorando—. He cerrado el círculo. Eso es Malden; id y salvaos.

Atónitos, leyeron la inscripción y cuando hubieron visto que las súplicas no servían de nada, apartaron a Ebenezer de la lápida por la fuerza. Una vez de pie no opuso resistencia, pero parecía haber perdido hasta el último ápice de energía.

—Si no me hubiera dado a luz —dijo, señalando la lápida— esa mujer estaría viva hoy, y mi hermana estaría con ella, y mi padre sería un caballero plantador de tabaco, y los tres vivirían felices en esa casa.

Bertrand estaba demasiado próximo a la congelación como para ser capaz de dar una respuesta, suponiendo que se le hubiera ocurrido alguna, pero McEvoy (que asimismo tiritaba de la cabeza a los pies) cogió al poeta del brazo, llevóselo aparte y dijo:

—Vamos, es como el pecado del padre Adán, el cual todos llevamos dentro; es algo que nunca pedimos, pero ahí está, y si optamos por vivir no nos quedan más narices que vivir con él.

Ebenezer estaba habituado a ver Malden bullendo de actividades deplorables después del anochecer, pero en aquel momento sólo parecía estar ocupado el salón; el

resto de la casa, así como los terrenos circundantes y las dependencias externas (el poeta, temeroso y avergonzado, echó un vistazo en dirección al secadero de tabaco) estaba a oscuras. Mientras avanzaban por el césped desierto camino de la puerta principal, que daba al suroeste, en línea recta hacia la tumba, detrás de la cual se divisaba la bahía, McEvoy, sin duda tanto por darse ánimos a sí mismo como para brindarle consuelo a Ebenezer, dijo, castañeteándole los dientes, que el hecho de que sólo hubiera una luz encendida era buena señal: indudablemente, ello significaba que Andrew había puesto la casa en orden y que estaba en compañía de su nuera, a la espera de noticias de su hijo pródigo. Se alegraría sobremanera cuando los viera a los tres; les daría ropa y comida e inmediatamente se despacharían avisos de alarma para que interceptaran a Ben Avery «el Largo» en la ciudad de Anne Arundel.

—Alto. —Ebenezer sacudió la cabeza—. Semejantes fábulas duelen mucho cuando se hace frente a la verdad.

McEvoy le soltó el brazo, irritado.

—¡He aquí al virgen! —exclamó—. ¡Incapaz de pensar en otras pérdidas que no sean las tuyas! ¡Echa a correr y muérete en aquella tumba!

Ebenezer sacudió la cabeza: quería explicarle a su ofendido compañero que no sólo sufría por sus propias pérdidas, sino también por las de McEvoy, por las de Anna, las de Andrew, e incluso, las de Bertrand (por el estado general de cosas, en resumidas cuentas, del cual se consideraba responsable), y que el dolor de haber perdido algo no es nada comparado con el dolor que entraña el ser responsable de la pérdida. Quería explicar que los caídos sufren como consecuencia de la caída de Adán; pero, además, ser consciente de que es así (y aquel conocimiento habíaselo proporcionado a Adán el hecho mismo de la caída), ¡cuánto sufrimiento le habrá causado! Pero el frío y la desesperación habían hecho demasiada mella en él como para que ensayara semejantes filosofías.

Llegaron a la casa.

—Sería mejor que echáramos un vistazo por la ventana antes de llamar —dijo Bertrand—. ¡Vive Cristo! ¿Qué me dirá el amo Andrew, él que me envió para que fuera vuestro consejero?

Acercáronse a la ventana del salón a través de la cual se veía luz, y desde allí oyeron una risa masculina y voces que conversaban.

McEvoy llegó primero.

—Unos hombres jugando a la baraja —informó, y entonces su semblante revistió una expresión de súbito dolor—. ¡Santo Dios! ¿Es posible que ésa sea la pobre Joan?

Bertrand se acercó presuroso y se apostó junto a McEvoy.

—Sí, ésa es la porquera, y el de la peluca es el amo Andrew, pero... —Entonces también él dio muestras de desasosiego—. ¡Por el cuerpo y la sangre de Cristo, amo Eben! ¡Es el coronel Robotham!

Pero para entonces Ebenezer había llegado al alféizar y podía contemplar por sí mismo aquellos y otros prodigios mucho más asombrosos. Joan Toast, tan maltrecha y fustigada por sus males que tenía aspecto de leprosa demente, iba cojeando con una jarra de cerveza en la mano, en dirección a una mesa circular cubierta por un tapete verde, situada en el centro del salón, en derredor de la cual había cinco caballeros jugando a las cartas: el abogado, médico y ministro evangélico Richard Sowter, que fumaba en pipa e invocaba a diversos santos como testigos del malísimo juego que le había tocado; el tonelero (y comerciante) William Smith, que sonreía majestuosamente, contemplando la mesa, mientras le indicaba a Joan Toast con la boquilla de la pipa que llevara el vaso a Andrew Cooke; el corpulento y sanguinario suegro de Bertrand, coronel George Robotham, del condado de Talbot, que parecía preocupado por algo que nada tenía que ver con la partida de *lanterloo*,^[50] el mismísimo Andrew Cooke, más delgado y envejecido que la última vez que lo viera Ebenezer, aunque la mirada más penetrante que nunca, el cual sujetaba los naipes con la mano buena, la izquierda, y horadaba a los demás con mirada de águila vieja, como si no fueran sus adversarios, sino sus presas, y por último, el más terrible de todos, a la diestra del brazo tullido de Andrew, gastando bromas a costa de sus propias cartas con el mismo desenfado que si estuviera en Locket's: Henry Burlingame, que todavía se hacía pasar por el personaje que él llamaba Nicholas Lowe, de Talbot.

—Muy bien, caballeros —afirmó el tonelero, luego de dar una mano de cartas a los otros cuatro jugadores—. Creo que comparto la fortuna del señor Sowter.

—Decidlo al revés —indicó Burlingame—, y vuestras palabras encerrarán más verdad que poesía cuando estemos ante los tribunales.

Sowter movía la cabeza, fingiendo desesperación.

—¡Por el gorrión de santo Domingo, vecinos! Si nuestro caso fuera la mitad de endeble que este error judicial, no llegaríamos con él más allá de las letrinas del juzgado, voto a tal.

—Como sabemos todos muy bien, el que no tiene que ir muy lejos sois vos —dijo Burlingame con moderado sarcasmo—, puesto que lo único que hay que discutir en realidad es la cuantía de vuestro soborno.

—Ah, muchachos, vamos —dijo Andrew Cooke—. ¡Tanto hablar de sobornos y errores y judiciales alarma al coronel! —Dirigió una sonrisa sardónica al coronel Robotham—. Os ruego que perdonéis la excesiva franqueza de mi hijo: es un famoso defecto del chico, como a buen seguro habrá observado vuestra hija.

Al otro lado de la ventana, Bertrand se quedó boquiabierto.

—¿Habéis oído eso, amo Eben? ¡Ha llamado hijo suyo a ese individuo! ¡A un completo desconocido!

—Algo no va bien —convino McEvoy—, pero todos parecen bastante pacíficos. —Sin más demora empezó a dar golpes en los cristales—. ¡Hola! ¡Hola! ¡Dejadnos

pasar o somos hombres muertos!

—¡No, por Cristo! —exclamó Bertrand, pero era demasiado tarde; los sobresaltados jugadores volviéronse hacia la ventana.

—¡Por las burbujas de la sangre de san Genaro!

—Ve a ver, Susan —ordenó con calma el tonelero, y Joan Toast dejó la jarra en el aparador.

—Ebenezer, hijo mío —dijo Andrew Cooke—, ve a por tu pistola.

Burlingame dejó las cartas boca abajo encima del tapete y fue a hacer lo que le habían dicho.

Joan Toast abrió la puerta y asomó un farol al exterior.

—¿Quién es? —preguntó con apatía.

—¡Corred! —musitó Bertrand, y echó a correr por el césped.

McEvoy se apartó de la ventana y se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—¿Tú qué dices, Eben? —susurró—. ¿No sería mejor que nos largáramos corriendo?

Mas el poeta ni se movió ni respondió, por la sencilla razón de que desde que posó los ojos en la extraña asamblea del salón habíase quedado sin habla y paralizado, de nuevo presa de aquel estado de su juventud que salvaguardaba el escudo de su virginidad y su coraza de Laureado; y cuando por añadidura vio que su padre (¡increíble!) llamaba a Burlingame «hijo mío» y «Ebenezer», quedóse al punto helado tal y donde estaba, mas no por causa del viento de la bahía, sino por la negra brisa que en tres ocasiones anteriores de su vida (en Magdalene College, en Locket's y en el dormitorio de Pudding Lane) había llegado susurrando, procedente del abismo, helándole los huesos.

—¿Quién es? —repitió Joan.

McEvoy salió de detrás de Ebenezer y adelantó un paso a fin de que la luz que salía por la ventana del salón le iluminara el rostro.

—Soy yo, Joan Toast —dijo con incertidumbre—. Somos Eben Cooke y John McEvoy.

Joan emitió un ruido y se agarró a la jamba de la puerta; el farol le resbaló de la mano, cayó al suelo y apagose. A sus espaldas, procedente del vestíbulo, llegó una voz de hombre.

—¡Qué demonios!

—Puede que a fin de cuentas sea mejor que huyamos —sugirió McEvoy. Pero Ebenezer, que ya ni siquiera temblaba, seguía transfigurado, en la postura original.

19. EL POETA DESPIERTA DE SU SUEÑO INFERNAL PARA SER JUZGADO EN VIDA POR RADAMANTO

Siglos y siglos parecíale a Ebenezer haber morado en el reino de Lucifer, donde, como penitencia por su lujuria y su orgullo, había padecido una doble tortura: consistía la primera en que a cada poco trasladábanlo de las llamas eternas al hielo del Cócito, cuyas aguas helaban las alas del mismísimo rey de los infiernos; la segunda, menos frecuente pero más dolorosa, consistía en ver cómo se confundían y entremezclaban ante sus propios ojos los rostros de Joan Toast y de su hermana Anna. Inclinábase Joan ante él y veía su semblante intacto y pleno de vida, como en Londres; su vestido estaba limpio, la sífilis habíase esfumado; la mirada tenía luminosa y tierna... A decir verdad, no era aquél su semblante, sino el de Anna Cooke. Entonces, estando aún contemplando el rostro de su hermana, principiaban a enrojecer los ojos, volvíanse vidriosos; los dientes corrompíanse en las encías y la carne llagábase de pústulas..., hasta que por fin, cara y presencia correspondían a Joan Toast. Así, de tanto en tanto, volvía a reanudarse el ciclo. Aquellas metamorfosis dejaban al poeta invariablemente sin aliento; asfixiábase y daba en gritar y azotarse los miembros entre las llamas o contra el hielo, balbuciendo blasfemias tan oscuras como aquellas palabras de Plutón: *Papè Satan aleppe*. No es, por tanto, difícil imaginar la alegría que se adueñó de él cuando por fin abrió los ojos y vio a su hermana, libre de toda mutación, sentada junto al lecho donde yacía, leyendo un libro. La misma magnitud del alivio que sentía hacía imposible expresarlo; al punto durmiese profundísimamente, sin soñar.

Cuando despertó por segunda vez era más dueño de su corazón; comprendió que había estado enfermo y delirando durante algún tiempo (no sabía si un día o un mes), y que ya se le había pasado la fiebre. Alegrose infinito de ver que su hermana seguía velando por él, junto al lecho, pues ahora tenía fuerzas para hablarle:

—¡Queridísima Anna! ¡Qué buena eres por cuidarme...!

No siguió hablando, porque su hermana, llorando de alegría, se alzó de la silla y corrió a abrazarlo, y porque súbitamente reparó en lo increíble que era el que su hermana estuviera allí, sana y salva, a juzgar por las apariencias.

—Vive el cielo, ¿dónde estoy? —susurró—. ¿Cómo es posible que estés aquí?

—¡Es una historia extraordinaria! —dijo Anna entre sollozos—. Estás en casa, en Malden. ¡Alabado sea Dios porque has vuelto a la vida! —Sin soltarlo, llamó a través de la puerta, que estaba abierta—: ¡Roxanne! ¡Deprisa, ven! ¡Eben se ha despertado!

—¿Roxanne, también? —Ebenezer cerró los ojos, procurando reunir fuerzas.

—¡Estás débil, pobrecito! Madre mia, si supieras cuántísimo lloré cuando me enteré de lo que había hecho el capitán Avery y las ganas que tenía de morir contigo y el miedo que me daba que fallecieras aquí en Malden y echaras a perder el milagro.

¡Ay, Dios mío! ¡Es demasiado! ¡Es para no contarlo!

Del zaguán llegaron la señora Russecks y Henrietta, ninguna de las cuales ofrecía muestras de que el suplicio pasado hubiera hecho mella en sus personas. Una vez hubo remitido la alegría inicial, el poeta conoció bajo qué circunstancias lograron escapar las tres mujeres.

—Fue por intervención divina, ni más ni menos —dijo sencillamente la señora Russecks—. ¿Cómo explicarlo de otro modo? Ben Avery «el Largo» es el Benjamín Long de Church Creek, mi primer amante, al que hace tantísimo tiempo que perdí.

Nada más despachar a los tres prisioneros varones, dijo la señora Russecks, el corsario convocó a popa a las tres mujeres, con ánimo de cumplir la promesa hecha de gozar de ellas, pero resultó que todo cuanto hubieron de padecer fueron unas cuantos comentarios soeces, pues cuando Avery oyó su nombre de pila y, tras una nueva pregunta, su apellido del soltera, el capitán cambió radicalmente de actitud; pidió disculpas por haber arrojado a los hombres por la borda, expresó la esperanza de que llegaran salvos a la isla de Sharp y, arriesgando la vida, cambió de rumbo y enfiló hacia la desembocadura del Severn, donde se despidió de ellas y regresó a su buque, dejando que el capitán Cairn, en solitario, las llevara a Anne Arundel.

—No tenemos la certeza absoluta de que fuera Benjamin Long —admitió Henrietta—. Se negó a contestar a las preguntas de mamá. Mas de no ser así, no acierto a explicarme su conducta...

—Pues claro que era mi Benjy —dijo la señora Russecks—. Mi muchachito huyó camino de la mar hace treinta años, y se hizo pirata. No lo confesó por pura vergüenza.

La señora Russecks, con actitud tranquila, consideraba indiscutible aquel extremo, y a pesar de la abrumadora improbabilidad de que pudiera darse una coincidencia semejante, Ebenezer hubo de admitir que no se le ocurría ninguna hipótesis capaz de explicar más razonablemente el súbito acceso de caridad experimentado por Ben Avery «el Largo». Incorporándose en el lecho, abrazolas a todas una a una (a su hermana repetidamente), y luego volvióse a tumbar, exhausto. Ahora sabía que su estancia en el infierno había tenido una duración de cuatro días, durante los cuales habíase debatido entre la vida y la muerte; McEvoy y Bertrand también hubieron de guardar cama, como consecuencia de los efectos de la intemperie, aunque no habían llegado a perder la conciencia. El primero ya se había recuperado por completo, pero Bertrand, a quien no encontraron en el granero hasta la mañana siguiente, seguía aún grave.

—¡Gracias a Dios que están vivos! —exclamó Ebenezer—. ¿Que es de papá, de Henry Burlingame y del tonelero? ¿Son ellos los que están hablando abajo? —Y era verdad que de las estancias del piso de abajo llegaban voces de hombre. Al parecer, estaban discutiendo.

—Sí —dijo Anna—. El caso es que están todos bajo arresto domiciliario en tanto no se resuelva el asunto de nuestra heredad. El gobernador Nicholson está muy alarmado por lo de la rebelión y el tráfico de opio, y ha impuesto una especie de ley marcial en el Puntal de Cooke, a la espera de que te recuperaras. Entretanto, todo el mundo acusa a todo el mundo y nadie sabe qué título de propiedad es el que tiene validez.

En cuanto llegaron a Anne Arundel, siguió explicando la hermana del poeta, el capitán Cairn las acompañó a casa del gobernador, a quien sacaron de la cama pese a lo tardío de la hora, informándole de cuanto pudieron recordar entre todos respecto a su secuestro, las actividades que se estaban llevando a cabo en la isla de Bloodsworth y el comercio del vicio, que, al parecer, tenía su cuartel general para regir en Malden. Gracias a que mencionaron los papeles del capitán John Smith y a que el capitán Cairn gozaba en Saint Mary de una buena reputación como honrado ciudadano, el gobernador Nicholson creyó a pies juntillas lo que le dijeron. Envió dos pinazas armadas con la misión de dar persecución al *Phansie* del capitán Avery, y el presidente del Consejo en persona, sir Thomas Lawrence, partió al Puntal de Cooke en compañía de las damas, con un poder del gobernador que lo autorizaba a actuar como representante suyo en cualesquiera asuntos relacionados con el bienestar de la provincia.

—¡Madre mía! —dijo Henrietta, riéndose—. ¡Menudo ajeteo hemos pasado desde entonces!

Andrew Cooke, dijo, habíase llevado unas cuantas sorpresas seguidas, todas tan grandes y ambivalentes que durante un tiempo llegose a temer por su cordura: en primer lugar, la alegría que le supuso encontrar a Ebenezer con vida trocose inmediatamente en cólera y no poco embarazo, esto último debido a que había jurado a cuantos quisieron oírle que Nicholas Lowe, a quien en realidad había conocido hacía tan sólo quince días, y a quien había dicho que Ebenezer había muerto, era el verdadero Ebenezer Cooke, y que el supuesto Laureado de Maryland que había hecho cesión del Puntal de Cooke era un grandísimo impostor. Imagínese como hubo de componer su desmayo cuando, más tarde, en el plazo de veinticuatro horas, se enteró de que su «hijo» era al parecer un agente de alto nivel al servicio del gobernador; a Anna habíala capturado y liberado el célebre Ben Avery «el Largo», y (tal vez fuera esto lo más desconcertante de todo) su hija había venido en compañía de su antigua amante Roxanne Edouard y de una joven de la que se decía que era hija natural suya.

—Amén de estos portentos —dijo Henrietta— está pendiente de menudencias como la insurrección de la isla de Bloodsworth. ¡A decir verdad, hermano Eben, tenemos por padre a un individuo asaz curioso!

—¡Henrietta! —reprendióle la señora Russecks—. Deprisa, vamos a decirle a sir Thomas que el señor Cooke ha vuelto en sí y que pronto estará lo bastante fuerte

como para hablar con él. —Besó al poeta maternalmente—. ¡Gracias sean dadas a Dios!

A Anna todo aquello le parecía muy divertido.

—No hay quien entienda a Henrietta —díjole a Ebenezer cuando se quedaron de nuevo a solas; Roxanne le ha advertido que no nos llame *hermano* y *hermana* y que no hable de papá como de su padre, pero ella de todos modos lo hace, con ánimo de provocarlo.

»Según confesión de la propia Roxanne —dijo Anna— cuando Andrew la dejó en 1670 no sabía que llevaba en las entrañas un hijo suyo; ella se abstuvo de decírselo, pues no quería que él se casara por obligación, de modo que su dolor se vio redoblado cuando nuestro padre se la devolvió a «su» tío en Church Creek.

»Pero sí que la quería. ¡Tendrías que haber visto la cara que puso cuando aparecimos! Le dio tan gran alegría de verla que apenas tuvo ojos para mí; todavía se sentía avergonzado por haberla abandonado... ¡A fe mía que se sentía crucificado de vergüenza! Ni una sola vez puso en tela de juicio que Henrietta fuese hija suya, aunque hace varios días pasó de andar pidiéndole perdón a todo el mundo a soltar denuestos indiscriminados, tildándonos a todos de buitres y ladrones y acusándonos de querer arrebatarle Malden. Es un espectáculo lamentable, Eben; debemos perdonarlo.

Anna parecía cambiada tras su última experiencia; al igual que antes, en su rostro había huellas de cansancio y abatimiento; su voz, empero, y sus modales, reflejaban una serenidad que era nueva, una capacidad para aceptar cosas difícilmente aceptables..., cabía hablar de beatitud. Al igual que la señora Russecks, Anna hacía pensar a Ebenezer en alguien que ha vivido recientemente un milagro, una visión o una experiencia de gracia mística. El recuerdo de su última conversación con Anna, mantenida en la bodega del barco del capitán Cairn, hizo que se le subiera la sangre a la cara; avergonzado, cerró los ojos y le oprimió la mano a su hermana. Anna le devolvió el apretón como si estuviera leyendo nítidamente su pensamiento y, con voz sosegada, siguió diciendo que, a pesar de la frialdad con que Roxanne recibió las muestras de contrición de Andrew, y a pesar de que decía que Benjamín Long, o Ben Avery «el Largo», era el único hombre que jamás ganara de veras su corazón, Henrietta y Anna convenían en que la señora Russecks no había perdido en modo alguno el afecto que sintiera hacia el padre de las muchachas, sólo que era lo bastante discreta como para no concederle precipitadamente el perdón.

Ebenezer sonrió y meneó la cabeza. Estaba sumamente débil, aunque notaba que el bálsamo de la buena suerte obraba mágicamente en él, afanándose por devolverle la salud.

—¿Y qué pasa con Henry y contigo, Anna? —inquirió.

Anna agachó la vista.

—Hemos hablado... —dijo—, así, sin mirarnos a los ojos. Cuando aparecí en compañía de Roxanne y Henrietta se mostró tan confundido como papá. Se alegró de encontrarnos bien, y tiene muchas ganas de verte. Le dije en privado cuanto pude acerca de su padre y sus hermanos, y le hablé de tus temores respecto a la seguridad de la provincia; ni que decir tiene que arde de curiosidad y no puede esperar a que llegue el momento de ir a la isla de Bloodsworth (ya sabes cómo es Henry), pero no quiere hacerlo sin antes haber hablado contigo. Hemos hecho promesa de no revelar su identidad, ya sabes, hasta sir Thomas le llama «señor Lowe», y papá cree que es el mejor sujeto de la provincia. En teoría es amigo tuyo, lamenta tu pérdida y está de acuerdo en ayudar a papá a recuperar Malden. Sospecho que durante algún tiempo los tres nos sentiremos incómodos..., y es que nuestra situación es bastante difícil. — Anna reprimió una lágrima, aspiró por la nariz y alegró el tono de voz—. Los demás se llevan bien y están encantados, o por lo menos, resignados: Henrietta y John; Roxanne y papá; incluso Bertrand y Robotham han hecho una especie de tregua: el coronel todavía asegura que Bertrand es el Laureado y le insta a que reclame Malden y evite el escándalo, y en cuanto a Lucy, pobrecilla, no le falta demasiado para salir de cuentas y se echa a temblar ante la idea de dar a luz a un bastardo. Los Robotham saben muy bien que sus derechos son fraudulentos y que son tan culpables como Bertrand, pero están desesperados y el último se niega a confesar por miedo a que el coronel lo mate por mentiroso. Es una comedia espléndida.

Ebenezer oyó voces agitadas en el piso de abajo: habían anunciado su recuperación.

—Cuéntame que es de mi esposa —imploró, y vio que Anna procuraba en vano ocultar la desazón que le causaba aquel término, que él había escogido deliberadamente.

—No le queda mucho tiempo de vida...

—¡No! —Ebenezer se incorporó y buscó apoyo en un codo—. ¿Dónde está, Anna?

—Veros a ti y a McEvoy fue excesivo para ella —dijo Anna—. Se desmayó en el vestíbulo y hubo que llevarla a la cama... Otro de los grandes momentos de papá, como bien puedes figurarte, fue cuando se enteró de que Joan era tu mujer (si él mismo le había pagado seis libras), y otro fue cuando supo que no se trataba de Susan Warren, sino de la misma mujer que habías conocido en Londres. Jura que la unión no es válida y no para de echar pestes; mas, pese a todo, no ha arremetido contra ella, aunque sea porque Henry...

—¡Da igual! —dijo Ebenezer, con insistencia; oíase a un grupo de gente que subía las escaleras—. ¡Deprisa, Anna, te lo suplico! ¿Cómo se encuentra Joan?

—El desfallecimiento fue la gota que colmó el vaso —repuso Anna con gravedad—. Su... su *enfermedad social* no ha mejorado, así como tampoco su necesidad del

diabólico opio, ni tampoco su estado general de salud, que ha mucho tiene quebrantada, desde que iba al secadero de tabaco. El médico la ha examinado y dice que es una mujer moribunda.

—¡Vive Dios! —gimió el poeta—. ¡He de verla enseguida! ¡Moriré antes que ella! —Haciendo caso omiso de las protestas de Anna, logró salir del lecho, mas no bien se hubo incorporado, sintió un mareo y cayó de espaldas sobre la almohada—. ¡Pobre desdichada! ¡Mil veces santa, desdichada y mártir!

Interrumpió bruscamente sus lamentos la conmoción causada por los visitantes, a cuya cabeza iba Henrietta Russecks. Los primeros en entrar fueron su padre y Henry Burlingame.

—¡Querido Eben! —exclamó Henry, apresurándose a cogerle las manos—. ¿Qué aventuras son éstas por las que me habéis abandonado? —Alzó la cabeza, mirando a Andrew, que estaba al otro lado del lecho, un tanto incómodo—. Vamos, decidme la verdad, señor Cooke: ¿es mal hijo quien salva una provincia?

Ebenezer sólo logró sonreír; ocupaban su corazón sentimientos asaz intensos y diversos como para que fuera capaz de dar una respuesta. Él y su padre miráronse en medio de un silencio doloroso.

—Lo siento en el alma, padre —principió a decir al cabo de un rato, pero enseguida se quedó sin voz.

Andrew puso la mano derecha en la frente de Ebenezer (era aquél el primer gesto de solicitud que registraba la memoria del poeta).

—Ya te lo dije una vez en Saint Giles, Eben: es privilegio del mal hijo pedir perdón y obligación del mal padre concederlo. —Y dirigiéndose en general a los ocupantes de la estancia, anunció—: El muchacho tiene aún fiebre. Exponed la cuestión y acabemos, sir Thomas.

Entraron en la alcoba otros tres hombres: Richard Sowter, el coronel Robotham y un caballero de aspecto distinguido que lucía una peluca blanca y tendría unos cincuenta y tantos años, y que hizo una leve reverencia en respuesta a Andrew y Ebenezer.

—Thomas Lawrence, señor, del Consejo del Gobernador —dijo—, es un gran honor conocerlos. Os pido disculpas por alterar vuestro descanso y recuperación, tan merecidos, pero nadie sabe mejor que vos la gravedad y urgencia del asunto que nos ocupa...

Ebenezer indicó con un gesto de la mano que no eran menester disculpas.

—Mi hermana me ha puesto al corriente de vuestro cometido, por lo que doy gracias a Dios y al gobernador Nicholson. Nos amenaza un peligro mucho mayor de lo que nadie sospecha, señor, y cuanto antes lo afrontemos, tanto mejor para todos.

—Excelente. Entonces permitidme que os pregunte si os sentís lo bastante fuerte como para entrevistaros esta tarde con el gobernador Nicholson y conmigo.

—¡Nicholson! —exclamó Sowter—. ¡Por el serrucho de san Simón, señores!

Las palabras del presidente del Consejo también parecieron desasosegar a Andrew y al coronel Robotham.

Sir Thomas hizo un gesto de asentimiento.

—El señor Lowe, aquí presente, me ha comunicado que el gobernador partió hacia Oxford ayer y que, habiendo sido informado del rescate del señor Cooke, se propone trasladarse a Malden el día de hoy. Le esperamos en cualquier momento. ¿Qué decís, señor?

—Estoy a su entera disposición y ardo en deseos de comunicarle lo que sé —dijo Ebenezer.

—Muy bien. ¡La provincia está en deuda con vos, señor!

—Un momento... —El coronel Robotham estaba completamente rojo; sus ojos redondos posábanse inquieta y sucesivamente en Ebenezer, Andrew y sir Thomas—. No pongo en duda que este mozalbete sea un héroe y que ha de discutir asuntos de gran envergadura con el gobernador; no es mi deseo parecer preocupado por instancias egoístas ni dar la impresión de que no me siento agradecido para con los colaboradores secretos de Su majestad, cuyo trabajo les exige adoptar nombres falsos...

—¡Ya basta, George! —dijo Andrew, cortante—. El señor Lowe puede ser agente del gobernador, del rey Guillermo o del papa, por lo que yo sé, pero este muchacho es mi hijo Eben y no hay más que hablar. Que el cielo me perdone por haberme confabulado con el señor Lowe a fin de engañaros a todos. ¡Loado sea Dios por haberme devuelto a mi hijo, arrebatándoselo a la muerte, con Malden o sin Malden!

—Basta —ordenó sir Thomas—. Os recuerdo, coronel, que la provincia está no poco interesada por esta propiedad; inicialmente he venido aquí a investigar lo que pasa. Si el gobernador lo desea, tal vez podamos celebrar hoy mismo una audiencia en la que se trate este asunto, ahora que el señor Cooke está con nosotros. —A continuación sir Thomas recordó a todos los presentes, y especialmente a Richard Sowter, que nadie estaba autorizado a salir de la casa en tanto no se zanjara la cuestión.

—¡Por el órgano de santa Cecilia! —protestó Sowter—. ¡Es una violación del *habeas corpus*! ¡Os llevaremos a los tribunales, señor!

—Estáis en vuestro derecho —replicó sir Thomas—. Entretanto no salgáis del Puntal de Cooke: el señor Lowe se ha puesto en contacto con el mayor Trippe y desde esta mañana hay soldados patrullando la heredad.

La noticia causó general sorpresa; el coronel Robotham se atusó el bigote, y Sowter invocó a los santos Higinio y Policarpo en vista de la arbitrariedad de aquellos dignatarios públicos. Entonces sir Thomas pidió que todos dejaran la estancia salvo Anna, que se había establecido como enfermera de su hermano, y «el

señor Lowe», el cual dijo que por razones de fuerza mayor no debía apartarse del lecho del testigo principal ni un solo instante. Andrew se mostró reacio a irse.

—Tenemos muchas cosas que decirnos —díjole Ebenezer con ánimo consolador— y muchos años para decírnoslas. En estos momentos estoy medio muerto de hambre y sueño.

—Voy a decir que te suban un caldo —masculló su padre, y salió.

Ebenezer suspiró.

—Es menester decirle enseguida quién eres, Henry; estoy hartísimo de falsas identidades.

—Se lo diré —prometió Burlingame—, ahora que sé quién soy. ¡A fe mía que es un milagro, Eben! No puedo aguardar el momento de ponerle las manos encima al libro de mi padre... ¿Cómo lo llamaste? ¡El *Libro de los diablos ingleses*! ¡Rey de los ahatchwhoops! ¡Es un milagro! —Burlingame alzó el índice con aire de pedagogo y dijo, sonriendo—: Pero todavía no, Eben; aún no es conveniente que lo sepa. Mi plan consiste en ir a la isla de Bloodsworth en cuanto sea posible (mañana, si zanjamos hoy la cuestión que tenemos pendiente) y hacer cuanto esté en mi mano por apaciguar a mi padre, Chicamec, y a mi hermano..., ¿cómo se llama?

Ebenezer sonrió a su pesar ante el entusiasmo característico de su tutor.

—Cohunkowprets —dijo—; significa *Pico de Ganso*.

—¡Cohunkowprets! ¡Espléndido nombre! Después volveré aquí, le haré la corte a tu hermana y le pediré su mano a mi buen amigo Andrew. Si consiente en ello le diré quién soy y renovaré la petición; si no, seguiré mi camino y nunca le importunaré con la verdad. ¿Os parece bien a los dos?

Ebenezer miró a su hermana, aguardando a ver qué respondía. Para él era evidente que las conversaciones privadas entre Anna y Burlingame habían versado sobre temas más íntimos que el *Libro de los diablos ingleses*; tenía la certeza de que Henry estaba al tanto de todo lo que había ocurrido no sólo entre Anna y Billy Rumbly, sino también entre Anna y él. Ella contuvo la respiración, sacudió la cabeza, bajó la vista y quedóse mirando la colcha.

—Es algo tan fútil, Henry... ¿Qué puede salir de ello?

—Pero ¿cómo puedes mostrarte escéptica después del milagro de que Eben haya descubierto mi linaje? Dale tiempo para que sea capaz de volver a tenerse en pie y me resolverá el otro misterio que queda: la magia de la berenjena sagrada o cómo se llame. —Burlingame dejó las chanzas y añadió, seriamente—: No hace mucho tiempo que le propuse a Eben que nos fuéramos a vivir los tres juntos a una casa de Pensilvania; puesto que la naturaleza ha decretado que yo sea un ser frustrado, y puesto que las convenciones prohíben la atracción que sentís, ¿qué daño hay en que compartamos nuestras frustraciones? Vivamos como hermanas de la caridad en nuestro modesto convento... Sí, yo os convertiré a la cosmofilia, mi nueva religión

para buscadores de la verdad frustrados, y juntos nos inventaremos centenares de ejercicios espirituales...

Burlingame siguió hablando en el mismo tono hasta que Ebenezer y Anna se vieron obligados a reírse, con lo que la tensión reinante entre ellos desapareció momentáneamente. Pero Anna no quería comprometerse a aceptar aquella propuesta.

—Ocupémonos de las cosas paso a paso; lo primero es volver de la isla de Bloodsworth con vida, con el cuero cabelludo intacto y sin que nos hayan convertido ellos a su religión; después veremos qué hacemos con nosotros mismos.

—¿Cómo acabó tu búsqueda de John Coode? —le preguntó Ebenezer a Burlingame.

—¡Ah, amigo mío, tienes que perdonarme muchas cosas! ¿Cómo excusarme por haberte engañado tantas veces sin alegar que no creo en la inocencia? Y decir eso es agraviarte aún más...

—Ya no —asegurole Ebenezer—. ¡A estas alturas mi inocencia es una cuestión de rigor técnico! ¿Pero qué fue de Coode? ¿Resultó ser el salvador que tú pensabas?

Burlingame suspiró.

—Jamás di con él.

Su intención, dijo, era establecerse como lugarteniente de Coode (bajo la personalidad de Nicholas Lowe), para averiguar qué parte de verdad encerraban ciertos rumores entonces en boga, conforme a los cuales Coode estaba organizando a esclavos e indios desafectos con ánimo de instigar otra rebelión que tendría lugar antes de que Nicholson pudiera emprender acciones legales por las pruebas encontradas en el *Diario de la Asamblea de 1691*. Pero en Saint Mary, la mañana siguiente a la misma noche de tormenta que había dado con Ebenezer en la isla de Bloodsworth, Burlingame se topó con el mismísimo Andrew Cooke, el cual, pensó, habíase trasladado de casa del capitán Mitchell a la orilla oriental. Por medio de un discreto interrogatorio, averiguó que Andrew había conocido al coronel Robotham en casa del capitán Mitchell, y cuando oyó al coronel referirse a Ebenezer como «mi yerno de Saint Mary», apresuróse a hacer indagaciones no bien se hubo repuesto de la sorpresa.

—Pues bien, amigo mío —siguió diciendo Burlingame—. No sabía qué pensar; me pasé la noche buscándote en vano y al final me enteré de que el capitán Cairn se había hecho a la mar al anochecer en compañía del Laureado de Maryland y de un individuo largo y flaco, y todos pensaban que se habían ahogado durante la tormenta. Tu padre había descubierto cómo estaban las cosas en Malden y estaba desquiciado porque había perdido la heredad y a sus dos herederos.

Viendo que lo más probable era que Ebenezer hubiera muerto o desaparecido durante la tormenta, Burlingame se presentó a Andrew bajo la identidad de Nicholas Lowe, «fiel amigo del Laureado», y aseveró luego que había sido él quien se hiciera

pasar por Ebenezer a fin de proteger la huida de su amigo. Aquella noticia redobló la cólera de Andrew; por unos momentos Burlingame creyó que le iba a atacar allí mismo (en la taberna de Vansweringen). Por lo tanto, a fin de apaciguarlo, consolarlo un tanto de las pérdidas sufridas y, al mismo tiempo, ponerse en una situación que le permitiera enterarse mejor de las noticias relacionadas con los gemelos, y asimismo llevar a cabo sus complejos intereses, Burlingame hizo una ingeniosa propuesta: seguiría haciéndose pasar por hijo de Andrew; juntos irían al Puntal de Cooke, afirmarían que tanto el donante de Malden como el marido de Lucy Robotham eran impostores y así refutarían a un tiempo las reclamaciones del coronel y del tonelero.

—Así que nos presentamos aquí, codo con codo, como excelentes amigos y, salvedad hecha de una visita infructuosa a Church Creek, la cual tenía por fin comprobar qué había de cierto en cierto rumor llegado a mis oídos... ¿Ya conocéis la historia? ¿No os parece irónica? Pues bien, salvedad hecha de esa visita, digo, aquí hemos estado hasta la fecha aguardando a saber algo de ti o de Anna. En cuanto a la propiedad, Andrew y yo amenazamos a Smith y Sowter, y ellos a su vez nos amenazaron a todos nosotros; empero, nadie osaba acudir a los tribunales por miedo a perder los calzones, tan enmarañado está el caso, o ser acusado del tráfico de putas y opio. Qué tiene que ver el viejo Andrew con ello, si es que tiene algo que ver, eso no lo sé.

—¿No eres tú John Coode? —preguntó Anna, medio en serio.

Henry se encogió de hombros.

—Lo he sido, alguna vez que otra; también fui Nicholson en una ocasión por espacio de medio día, y tres rameras mattawomans ni siquiera se percataron de ello. Pero puedo jurar una cosa: aun cuando me resulte difícil pensar que individuos tan famosos sean entes pura y absolutamente ficticios, hasta este momento no le he puesto la vista encima ni a Baltimore ni a Coode. A lo mejor son lo que dicen los rumores: diablos y semi-dioses, independientemente de quién sea lo uno o lo otro; o tal vez no sean más que simples zopencos, como nosotros mismos, que hemos acabado siendo seres legendarios, dentro de unos límites razonables; o puede que no sean nada al margen de los cuentos y los rumores.

—Si eso último es verdad —dijo Ebenezer—, el cielo sabe que tendrían mucha vida. Cuando pienso en el peso y el poder que tienen tales ficciones en comparación con la triste sombra que soy yo, que he sido víctima de tantas supercherías y falsificaciones, pareceme que aquéllas tienen diez veces más sustancia.

Burlingame sonrió con aire aprobatorio.

—¡Mi pupilo ha estado en escuelas donde hay mejores tutores que el que tuvo antaño! En todo caso, Francis Nicholson existe, y no es ni Coode ni Calvert, y considera a Nick Lowe el mejor espía que conoce. Sería indiscreto hacerme más preguntas.

Ebenezer tenía aún algunas cuestiones en mente, pero en aquel momento la cocinera (en quien reconoció a la misma ramera parisiense que lloró durante su boda) le trajo un caldo de carne y Burlingame aprovechó la ocasión para disculparse.

—Debo ocuparme de que no asesinen al gobernador en vuestra heredad, queridos míos. —Anna dióle un leve beso en la boca, con toda naturalidad, como el esposo besa a la esposa, y luego, para sorpresa del poeta, besole también a él en la frente, como un padre a un hijo o, en latitudes más dadas a las demostraciones de afecto, como un hermano a otro—. ¡Gracias sean dadas a Zeus todopoderoso porque estás de nuevo entre los vivos! —musitó—. ¿No te dije en cierta ocasión que se originaría una gran conmoción cuando llegara el momento de tu caída?

Ebenezer protestó con una sonrisa, aduciendo que, pese a encontrarse indiscutiblemente maltrecho y arruinado, todavía no podía contársele oficialmente entre los caídos, ni tampoco parecía probable que jamás fuera a engrosar las filas de los mismos. Burlingame respondió con su característico encogerse de hombros y fuese.

—El cielo sabe que los demás problemas que tenemos son mucho más graves —dijo Anna con un suspiro—, pero no puedo dejar de preocuparme por ese hombre y las relaciones que mantenemos los tres.

—¿Quieres casarte con él? —preguntó su hermano.

Anna también se encogió de hombros.

—¿Para qué? Puedo irme con él, al igual que hice con su hermano, y vivir en pecado. —Aquella frase era tan inapropiada, dadas las circunstancias, que los gemelos hubieron de sonreír. Pero entonces Anna movió la cabeza y dijo—: Lo que más miedo me da es que no regrese de la isla de Bloodsworth.

Aquella idea dejó a Ebenezer sorprendido.

—¿Tienes miedo de que Billy Rumbly acabe con él por celos? No se me había ocurrido.

—No —dijo Anna—. Por muy formidable que sea Billy, no es rival para Burlingame, y ahí radica el peligro.

Ebenezer comprendió lo que quería decir su hermana y se estremeció pensando ¡cuán leves y restringidos eran los vínculos que ataban a Henry a la civilización occidental (por no decir nada del colonialismo inglés)! Su inteligencia e intereses eran enormemente más complejos, hasta el punto de que los valores de aquella civilización resultaban provincianos en comparación con los suyos. ¿Acaso no había ejercido ya de pirata y había sido agente de sabe Dios qué conspiración satánica? ¿No había exprimido toda suerte de perversiones, extrayendo las virtudes en ellas encerradas, y señalando a Ebenezer que el hombre siente una fascinación perenne por la violencia, la destrucción y la rapiña? No era en modo alguno inconcebible el que, independientemente de cuáles fueran sus intenciones en aquellos momentos,

Burlingame decidiera quedarse en la isla de Bloodsworth a fin de unir su ingenio a los de Drepacca y Quassapelagh, y con tres adversarios tan astutos y poderosos (eso sin mencionar a John Coode ni al sombrío monsieur Casteene), ¡que Dios se apiadara de las colonias inglesas de América!

El caldo obró maravillas e hízole recuperar bastante las fuerzas; cuando lo hubo terminado, envió a Anna con el encargo de que le transmitiera a Joan Toast su arrepentimiento y le suplicara la concesión de una entrevista.

—Se niega —le comunicó Anna un minuto después—. Dice que no tiene nada contra mí y que sólo desea morir sin tener que soportar el ver a otro hombre. Ya ni siquiera el doctor Sowter puede acercarse a ella.

Como siempre que le daban nuevas de ella, Ebenezer sintió una punzada de vergüenza en el corazón. No obstante, consideró que era una buena señal el hecho de que Joan al menos no se hubiera hundido en la apatía; «donde hay beligerancia», díjole a Anna, «hay vida», y en tanto su esposa siguiera con vida él no perdería la esperanza, no ya de obtener su perdón, al cual no tenía derecho, sino de demostrar en presencia de ella lo miserable que había sido por haberla abandonado. Entretanto mandó llamar a McEvoy, quien tras condolerse por el estado en que se encontraba Joan, y tras mucho mover la cabeza, admirado por la milagrosa coincidencia que suponía la identidad de Ben Avery «el Largo» (lo cual, dijo, venía a corroborar la afirmación hecha por Ebenezer de que la vida es un dramaturgo desvergonzado), y congratularse porque las damas se hubieran salvado, le ayudó a bajar las escaleras e ir hasta la cámara que el irlandés compartía con Bertrand Burton.

—El pobre desgraciado se escondió (¿no lo sabíais?) porque tenía miedo de que el coronel Robotham y tu padre le midieran el trasero, y como Joan perdió el conocimiento en el vestíbulo y tú te quedaste frío como el mármol, y como había tanto ajetreo y conmoción, no lo encontraron hasta la mañana siguiente, medio muerto de frío. Aun así tenían intención de instalarlo con la servidumbre, pero el señor Lowe y yo los convencimos de que le pusieran una cama en mi cuarto. Me temo que el frío se le ha metido muy adentro al pobre diablo.

Encontraron al criado despierto, aunque no había recuperado la salud ni mucho menos. A pesar de que la fiebre le teñía las mejillas de un rojo nada natural, éstas ofrecían un aspecto demacrado y macilento; tenía la nariz más afilada que nunca, curvada a la altura del puente cual la de un semita; los ojos, redondos y abultados como siempre, aparecían apagados tras el pico, y recordaban los de un búho enfermo. Al igual que hiciera Burlingame cuando vio a Ebenezer postrado, el poeta se precipitó hacia el lecho de su criado.

—¡Pobrecillo! ¡Jamás debiste alejarte de nosotros!

Bertrand sonrió aviesamente.

—Jamás debí alejarme de Pudding Lane, señor —dijo; su voz era mitad graznido,

mitad susurro—. Más le habría valido a vuestro criado plantar cara a Ralph Birdsall que dedicarse a jugar a los Laureados y los consejeros, por muy bien que se le dé. Sin embargo, ¿a qué nos lo pasamos de lo lindo el día que fuimos los dioses de Drakepecker y nos creímos que habíamos encontrado la ciudad de oro?

Ebenezer quiso protestar y decirle a su criado que estaba expresándose como si estuviera a las puertas de la muerte, mas no lo hizo por temor a que sus palabras fueran consideradas proféticas.

—En verdad que fue un día espléndido —convino—. Y volveremos a tener muchos días así, Bertrand, tú y yo. —Ebenezer aseguró a su criado que Andrew y él no sentían sino solicitud por su enfermedad y que todos hacían votos porque tuviera una pronta recuperación—. En cuanto al coronel, tiene sobrados motivos para estar furioso, y la situación de Lucy es bastante lamentable, pero bien sabe el cielo que se lo han buscado ellos solos. En todo caso, no te van a poner la mano encima. Recupérate, hombre, y dame consejos, o si no, déjame que te lleve de vuelta junto a Betsy Birdsall.

Pero no había manera de hacerle cambiar de humor al criado: exhaló un suspiro y de modo incoherente por causa de la fiebre empezó a decir cosas ininteligibles sobre la Osa Mayor, la ratafia y las argucias de las muertes. Primero expresaba con toda lucidez contrariedad por no haber adivinado el plan de Betsy Birdsall, que consistía en salvarlo a él privando a su marido de la hombría, y casi sin tomar nuevo aliento daba en decir desvaríos sobre Cíbola, las Islas Afortunadas y la Tierra Hundida de Buss.

—Tenéis que reconocer —dijo con malicia en un momento dado—, que se me daba muy bien representar el papel de poeta...

—No es que se te diera bien —dijo Ebenezer, llorando—. ¡A fe mía que eras un verdadero genio!

Bertrand dio de nuevo en delirar, y a instancias de Anna, los dos hombres salieron de la estancia y dejaron que se ocuparan de él la hermana del poeta y la señora Russecks. Ebenezer regresó a su habitación con ánimo de dormir un poco. Tras ello, y luego de ingerir un refrigerio más consistente que el primero, declaró estar en condiciones de presentarse ante Dios mismo, si era menester.

—Entonces voy a decir que hagan subir al gobernador Nicholson —repuso Burlingame—. Llegó mientras estabas durmiendo y ha mandado a todos a tomar viento fresco, negándose a oír una sola palabra sobre este lugar sin haber hablado antes contigo. Pero yo tomé la determinación hacerle esperar hasta que hubieras terminado de comer.

A pesar de la inquietud que le causaba el encuentro con el gobernador, Ebenezer no tuvo más remedio que sonreír.

—¿Te he dicho que tu hermano tiene el mismo hábito enloquecedor que tú?

—¡Pero eso es portentoso! ¡No puedo aguardar a que concluya este asunto tan engorroso para correr a su encuentro!

Tras aquel ambiguo comentario, Henry fue al piso de abajo; regresó muy poco después, precedido de Francis Nicholson, gobernador real de la provincia de Maryland, un hombre de tan corta estatura y robusta constitución como Burlingame, bien que era una docena de años mayor y tenía el estómago un tanto voluminoso. Los calzones de terciopelo granate, la gran peluca francesa, la escrupulosa manicura y el rostro sonrosado revelaban al *dandy*; pero su mandíbula poderosa, su mirada penetrante y la brusquedad de sus modales denegaban toda afectación. Entró en la habitación a grandes pasos, sin pedir permiso, apoyose pesadamente en su bastón de mango plateado y a través de los lentes examinó al paciente con una mezcla de inquietud, curiosidad y escepticismo, como si Ebenezer fuera una de las ballenas varadas a cuya explotación tenía derecho en virtud de una encomienda real, y no estuviera muy seguro de si la grasa que tenía valía la pena despellejarla. Burlingame estaba de pie junto a él, con aire divertido; sir Thomas Lawrence alcanzó a los demás jadeando y cerró la puerta tras de sí.

—Os deseo muy buenas tardes, Vuestra Excelencia —dijo Ebenezer.

—¡Más os vale, pardiez! —exclamó el gobernador. Era de ademanes secos, mas no descorteses, y unió su risa a la de los demás—. ¡Conque éste es el Laureado de Charles Calvert del que tanto hemos oído hablar!

—No, Vuestra Excelencia, nunca fue un título honrado...

—El gobernador está de broma —interrumpió sir Thomas—. El señor Lowe ya nos ha puesto al tanto de las circunstancias que rodearon vuestro nombramiento, y nos ha hablado de las diversas peripecias e imposturas que habéis tenido que soportar.

—Además no es mala idea —dijo Nicholson—, bien que me juego algo a que Baltimore lo hizo tan sólo por jugar con la idea de ser rey. Pero dadme tiempo a que pueda fundar mi propio colegio universitario en Annapolis (así denomino yo a la ciudad de Anne Arundel); basta con que me concedáis un año para construir allí una escuela, y tanto si les gusta a estos zopencos de medio pelo como si no, dentro de poco tendremos en Maryland más de un libro editado aquí. Sí, y puede que entonces haya un poeta que encuentre algo que cantar, ¿no crees, Nick?

—Yo diría que sí —repuso Burlingame, y cuando el gobernador volvió a preguntarle, añadió que había trabado contacto con cierto impresor de Virginia y que, de acuerdo con las directrices de Nicholson, le había ofrecido un sueldo, a fin de apartarlo de Andros y lograr que se estableciera en Maryland. Durante algún tiempo dio la sensación de que Ebenezer había sido olvidado, pero, sin transición ninguna, el gobernador se volvió hacia él (de hecho cabría decir que se volvió contra él, tan formidable era la expresión habitual de aquel hombre) y exigió saber sin demora los detalles de aquella «fantástica historia de esclavos y salvajes». Al principio su

aparente escepticismo intimidó al poeta (Ebenezer dio comienzo a la historia receloso y balbuciente, casi dudando él mismo de la veracidad de lo que decía), pero enseguida descubrió que la incredulidad del gobernador no era más que un rasgo de afectación.

—¡Absurdo! —dijo Nicholson cuando le dijeron que Drepacca se hallaba en comunicación con los jefes indios del norte, pero una sombra de preocupación cayó sobre su frente sonrosada; cuando dijo que la historia del verdadero nombre y ascendencia de Burlingame no era más que «un montón de mentiras y fraudes con más mierda de la que cabe en un culo», Ebenezer acertó a traducir adecuadamente aquellas obscenidades, interpretándolas como «el milagro más diabólico que jamás he escuchado». En resumen, aunque el gobernador aprovechaba cada pausa que hacía el poeta en su relación para hacer protestas de incredulidad extrema, Ebenezer sabía en su fuero interno, al igual que lo sabía Burlingame, que Nicholson lo aceptaba todo al pie de la letra, no sólo los grandes peligros que entrañaban la conspiración negro-india y el tráfico de rameras y narcóticos, sino también otros detalles, como el comercio ilícito de redencionistas que practicaban Slye y Scurry, las depredaciones a las que se dedicaba el «guardacostas» de Andros, Thomas Pound (averiguación ésta que le hizo frotarse las manos, disfrutando anticipadamente de los apuros que iba a hacer pasar a su rival), y el doble juego del capitán del *Poseidón*, Meech, cuyos servicios, irónicamente, había contratado Nicholson recientemente con el encargo de que utilizara la barcaza *Speedwell*, de propiedad provincial, para atacar a quienes se dedicaban al comercio ilegal.

—¡Dulce Madre de Cristo! —barbotó al final—. ¡Vaya un nido de víboras y lobos que me ha tocado gobernar! —Entonces se dirigió a sus lugartenientes—. ¿Qué decir, caballeros? ¿Os parece si ponemos rumbo a las Barbados y dejamos esta pútrida provincia a merced de los paganos? ¡Y vos, vos, canalla! —Apuntó con el bastón a Burlingame—. ¡Os hacéis pasar por un digno caballero de Talbot y resulta que sois un maldito príncipe salvaje! ¡Voto a tal! ¡Voto a tal!

Burlingame le guiñó un ojo a Ebenezer. Durante algunos instantes el gobernador Nicholson se paseó por la alcoba dando grandes zancadas y apuñalando las maderas del suelo con el bastón. Al cabo detúvose y lanzó una mirada furibunda al presidente del Consejo.

—Y bien, maldita sea, Tom, ¿podemos procesar a Coode, sí o no?

—Será un bribón menos del que ocuparse, y entonces podremos atender la cuestión de dotar de armas a la milicia. —Aparte, le confesó a Ebenezer—: Si sale a la luz la verdad, se sabrá que tenemos mejores pertrechos debajo de los calzones que en los arsenales.

Sir Thomas le pidió su opinión a Burlingame y Su Excelencia le echó una regañina por recurrir a las soluciones de «un espía de piel roja».

—Podemos procesarlo en cuanto demos con él, señor —afirmó Burlingame—, mas será menester que escojamos a los jueces con cuidado, y aun así puede que no salga demasiado mal parado. —Burlingame explicó que todavía faltaba por recuperar un fragmento del *Diario de la Asamblea de 1691*, la evidencia incriminatoria de más peso que había contra Coode y los «protestantes asociados»; aunque cabía presumir que fuera de escasa relevancia respecto de la historia de su ascendencia (tratábase de una parte del *Diario íntimo de sir Henry Burlingame*, que refería, según diera vagamente a entender William Smith, cómo huyeron los ingleses del emperador Powhatan), como prueba, el documento podía tener una importancia ciertamente capital—. Está en posesión de ese tonelero palurdo que se encuentra en estos momentos en el piso de abajo —concluyó diciendo—, el cual no se desprendería del mismo ni por dinero ni por amor. No obstante, aún estamos a tiempo de arrebatárselo por medio de amenazas, y después de echarle un vistazo, podemos emprender la búsqueda del reverendo general Coode.

—No hay cuidado —musitó Nicholson—, nos haremos con él antes de que acabe el día. Si he de padecer una muerte violenta a manos de los paganos, quiero ocuparme de que Coode llegue al infierno antes que yo.

—Hay una cuestión más preocupante —dijo Burlingame—. Sabéis tan bien como yo que si los negros y los salvajes se lo proponen, pueden dar muerte a todos los blancos de América antes de que llegue la primavera, sobre todo si disponen de tres o cuatro buenos generales.

Personalmente, dijo, en todo caso su intención era acudir a la isla de Bloodsworth en cuanto le fuera posible y presentarse ante el *tayac* Chicamec y Cohunkowprets; con toda probabilidad dudarían de su identidad, pues no tenía modo de probarla, pero si merced a algún milagro lo creían, procuraría neutralizar a su hermano y enemistar a Quassapelagh y Drepacca. La intriga y la facción, estaba convencido de ello, eran las únicas armas que podían salvar a los ingleses en tanto se hiciera más fuerte su posición en América.

—No llegaréis vivo ni al final del preámbulo —dijo con desdén Nicholson—. Esos brutos son lentos, pero no tan necios como para inclinar la cerviz ante el primer inglés que se presente diciéndoles que es su rey.

—Ah, bueno, pero es que no se trata de un papel que pueda representar *cualquier* inglés. No quiero dar a entender que esté en posesión de ningún talento especial, señor..., todo lo contrario, para representar este papel es preciso tener un defecto singularísimo, ¿verdad que sí, Eben? —Burlingame procedió a describir con extraordinaria franqueza el defecto congénito que había heredado de su abuelo sir Henry Burlingame, defecto que se proponía usar a modo de credencial en la isla de Bloodsworth.

El gobernador sintió primero estupefacción, luego lástima y por último, un

vulgar regocijo; afirmó, sin embargo, que seguramente la estratagema fracasaría si uno solo de entre los indios estaba dotado de amor propio y escepticismo. («¿Pensáis por ventura que Ulises se habría andado con escrúpulos de haberle parecido oportuno hacer de Sinón un eunuco?» —inquirió—). Pero al menos de momento no le era posible hacer una propuesta mejor. Volvióse hacia Ebenezer y, por una vez sin trazas de mal humor en el semblante ni en los ademanes, preguntó:

—¿Tenéis algo más que decirme, muchacho? ¿No? Entonces que Dios os bendiga por el valor que poseéis y que os recompense por las penalidades que habéis pasado; si tenéis de poeta la mitad de lo que tenéis de hombre, merecéis ser Laureado de un feudo mejor que Maryland.

Y tras haberse permitido aquella vulnerable incursión en el terreno de los sentimientos, se retiró, recuperando la firmeza de carácter antes de que Ebenezer acertara a encontrar palabras con que expresar su gratitud.

—Muy bien, Tom, pues entonces quiero que todo fulano y fulana del lugar se presenten en el salón, salvedad hecha de ese pobre diablo que ha enloquecido por causa de la fiebre. Vamos a celebrar, aquí y ahora, un juicio en toda regla, al igual que hacía Charlie Calvert cuando las cosas se ponían aburridas, y vamos a decretar quién tiene derechos legales sobre esta propiedad antes de que salga la luna.

—¡Muy bien, señor! —repuso sir Thomas—. Pero es mi deber recordaros lo que el juez Hammaker...

—¡A Hammaker me lo paso por el culo, para que se vaya enterando! —exclamó el gobernador, y Ebenezer no pudo menos de recordar una historia calumniosa que le refiriera Bertrand en cierta ocasión—. Vamos, moveos, Nicholas, muchacho... ah, no, ¿cómo os llamáis ahora? ¿Henry? ¡Vive Cristo que es un nombre adecuado para un Maquiavelo castrado! Henry Burlingame, tocad a rebato y que los feligreses se presenten para ser juzgados. ¡Tom hará el papel de Minos y yo seré Radamanto!

20. EL POETA DA COMIENZO A SU JORNADA EN EL TRIBUNAL

Comoquiera que la cuestión de la propiedad de Malden era, al menos desde hacía varios días, la predominante en el ánimo de todos, no pasó mucho tiempo sin que el gobernador Nicholson convocara un Tribunal extraordinario en el salón principal de la casa. Hallábanse presentes todas las partes interesadas, incluyendo al menos una que, al parecer, hubiese preferido hallarse en otro lugar: conforme se había informado, dos soldados de caballería de la milicia del condado de Dorchester habían interceptado a William Smith en la playa, no lejos de la casa, y el embarazo que se pintó en su cara contradecía su aseveración de que tan sólo quería que le diera un poco el fresco. Los dos jueces ocuparon sus lugares ante la mesa de tapete verde, de espaldas al fuego del hogar, y situaron a los demás en un amplio semicírculo dispuesto en derredor de ellos; Henry Burlingame, pertrechado de papel y plumilla, sentábase a la siniestra de Nicholson, frente a sir Thomas, y observaba a la concurrencia con aire divertido.

Ebenezer, que se había tomado la molestia de vestirse para la ocasión, sentábase en un brazo del sillón que ocupaba Anna, el cual se encontraba situado en el extremo derecho del semicírculo (mirando desde el lugar donde se hallaban los jueces); aunque ni que decir tiene que era su deseo que los derechos de titularidad sobre el Puntal de Cooke le fueran devueltos a su padre, todas sus antiguas inquietudes habían sido desplazadas de su ánimo por las revelaciones y acontecimientos del pasado reciente; la agitación de que era presa obedecía meramente a que vivía anticipadamente los hechos. En consonancia con el sosiego que últimamente la caracterizaba, Anna trajo consigo la calceta, labor que parecía absorber por entero su atención; se hubiera podido pensar que no tenía el menor interés por ver a quién le era adjudicada la heredad. A su diestra sentábase Andrew Cooke, que fumaba de su pipa tan ininterrumpida y fieramente que las volutas de humo no parecía expelerlas por la boca sino por los poros. De vez en cuando miraba a sus hijos con gran preocupación, como si se temiera que pudieran esfumarse ante sus ojos o transformarse en otras personas; luego clavaba la mirada en la mesa con aire de impaciencia y daba tragos de ron, que Nicholson ordenó que fuera servido a todos.

Ni una sola vez volvió la vista hacia el sofá de cuero que tenía tras de sí, y en el cual estaban sentados Roxanne Russecks, Henrietta y John McEvoy. Corría el rumor, según le dijera Anna a Ebenezer, de que los viejos amantes se habían reconciliado. Ninguno de los dos hablaba directamente del asunto (Roxanne hacía protestas de eterna devoción hacia la memoria de Benjamín Long, y Andrew hacía otro tanto respecto de la memoria de Anna Bowyer Cooke), mas, a pesar de su serenidad, advertíase en la mujer del molinero una vitalidad desusada; sus ojos castaños

brillaban con fuerza y ella daba siempre la sensación de estar riéndose para sus adentros de alguna chanza privada. En cuanto a Andrew, cuando su hija le aseguró que ni ella ni Ebenezer consideraban que un segundo matrimonio fuera una afrenta a la memoria de su madre, mostróse sobremanera confundido y aconsejó a Anna que se buscara un compromiso para ella antes de hacer disposiciones para el de él. Ebenezer no había reparado hasta entonces en que su padre no era a fin de cuentas ningún carcamal, sino que andaría por los cincuenta y cinco, sobre poco más o menos (no le llevaba a Burlingame, verbigracia, más años de los que Burlingame les llevaba a los gemelos), y seguía teniendo un aspecto muy viril, pese a la barba gris, el brazo tullido y la reciente falta de salud.

Junto a Roxanne, en el centro del grupo, sentábanse Henrietta y McEvoy, los amantes recién reunidos, acerca de los cuales no corría rumor ninguno: no mantenían en secreto lo que sentían y todo el mundo daba por supuesto el pronto anuncio de su compromiso. A su diestra, en la otra ala, estaban Richard Sowter, William Smith, Lucy Robotham y el coronel, su padre, en dicho orden; estaban todos sentados menos el coronel Robotham, que, con el rostro enrojecido, como siempre, no paraba de moverse por detrás de la silla ocupada por su hija, en cuya mirada leíanse contrariedad y vergüenza. El tonelero lanzaba miradas furibundas hacia sus zapatos, y de vez en cuando asentía con impaciencia a lo que le decía en voz baja Sowter; jamás miraba a Ebenezer ni al miliciano; este último vestido con tela escocesa y con el mosquete en posición de alerta, había sido ascendido por Nicholson a la categoría de ujier hacía cinco minutos.

A falta de martillo, el gobernador golpeó el borde de la mesa con el bastón.

—Muy bien, maldita sea, se inaugura la sesión. Nick Lowe, amigo que goza de nuestra confianza, ha ingeniado un código inteligente para anotar cuanto se diga, por cuya razón tenemos a bien nombrarlo secretario de este Tribunal.

Ebenezer vio que la situación le brindaba varias oportunidades.

—Con la venia de Vuestra Excelencia... —dijo.

—De venia nada —le interrumpió Nicholson—. Pronto tendréis tiempo de sobra para decir lo que queráis.

—Es con referencia al secretario —insistió Ebenezer—. En vista de la extraordinaria complejidad del asunto que nos ocupa, en relación con el cual tanta importancia tiene la cuestión de las identidades, paréceme que sería oportuno establecer un firme principio desde el primer momento: que este Tribunal no lleve a cabo ninguna actuación ni escuche testimonio alguno si no es bajo la verdadera y fidedigna identidad de todos los implicados, a fin de que no quepan dudas sobre la legalidad de los procedimientos. A tal fin solicito de Vuestra Excelencia que efectúe el nombramiento y haga prestar juramento al secretario designándolo por su verdadero nombre.

Comprensiblemente, la propuesta alarmó a Anna, y a los demás (sobre todo, a Andrew) los dejó perplejos; pero tanto Nicholson como sir Thomas advirtieron claramente la estrategia del poeta, que quería establecer un precedente favorable a su caso, y con un leve gesto de asentimiento, Burlingame aprobó la segunda intención de Ebenezer.

—Sin lugar a dudas es el procedimiento más adecuado —convino Nicholson, y dijo a la sala—: Sépase que Nicholas Lowe es el *nom de guerre*, valga la expresión, de nuestro buen amigo; así pues lo nombramos secretario del Tribunal designándolo por su verdadero nombre, Henry Burlingame III... ¿Lo he dicho bien, Henry?

Burlingame confirmó la identificación merced a un nuevo gesto de asentimiento, pero tenía, al igual que los gemelos, la atención puesta en Andrew Cooke, que se puso blanco cuando oyó mencionar el nombre.

—¡Cuerpo de tal! —McEvoy, ajeno a la situación, se reía—. ¿De verdad que eres tú, Henry? ¡En estos tiempos no paran de suceder milagros! ¿Has oído, Henrietta?

Henrietta hízole callar; Andrew, trabajosamente, se había puesto de pie y lanzaba miradas fulminantes hacia Burlingame.

—¡Pongo a Dios por testigo...! —empezó a decir Andrew Cooke, y hubo de efectuar una pausa y tragar saliva varias veces, en un esfuerzo por contener la emoción—. ¡Te veré en el infierno, Henry Burlingame...!

Dio un paso hacia la mesa, Ebenezer se adelantó y le cogió del brazo.

—Sentaos, padre; no tenéis nada que reprocharle justamente a Henry, ni lo habéis tenido nunca. Es a mí a quien tenéis que reprender, no a Henry y Anna.

Andrew clavó una mirada de incredulidad en el rostro de su hijo y luego en la mano que lo retenía, pero no hizo ademán de seguir adelante.

—Sí, calmaos, Andrew —dijo la señora Russecks—. En este asunto vos sois el demandado, no el demandante. Además, quien practica el engaño poco derecho tiene a quejarse de que lo engañen.

—¡Estoy completamente de acuerdo! —dijo el coronel Robotham, y se aclaró la garganta, incómodo, pues Henry lo miraba de un modo extraño.

Nicholson golpeó la mesa con el bastón, decretando orden.

—Enseguida se resolverán las diferencias entre las distintas partes —dijo—. Tomad asiento, señor Cooke.

Andrew hizo lo que se le ordenaba; Ebenezer se inclinó y le musitó algo al oído; Anna le dio a su hermano unos golpecitos de admiración en la mano. Ebenezer tenía aún el pulso acelerado, pero un gruñido de Burlingame le infundió nuevos ánimos. Un momento después, sin embargo, fue él quien se echó a temblar: la cocinera francesa presentose en la puerta, susurros un recado a los milicianos que le impedían la entrada y estos se lo transmitieron al gobernador. Al parecer, el mensaje constaba de dos partes: la primera la recibió con un gesto de asentimiento, la

segunda, con una maldición.

—Os placará saber, madame Russecks —anunció—, que vuestro amigo el capitán Avery nos ha dado esquinazo y se encuentra ahora camino de Filadelfia, donde estoy seguro de que hallará un puerto acogedor y no andará escaso de compañeros.

Roxanne repuso que ni el afecto que antaño le profesara a Ben Avery «el Largo» ni la reciente deuda de gratitud que con él había contraído le impedían ver la maldad que encerraban sus actos de piratería; le agradecería a Su Excelencia que recordara que fue ella quien informó acerca del paradero de Avery, así como que no la azorase con insinuaciones referentes a una relación que no existía.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Andrew.

Ebenezer y Anna intercambiaron miradas de sorpresa, y el gobernador, impresionado al parecer por el carácter de Roxanne, hizo un gesto de disculpa.

—Otro sí se me comunica que uno de nuestros inválidos ha solicitado comparecer ante todos, y siendo así que el señor Burlingame considera que dicha persona es testigo importante en lo que concierne a varios extremos, ruego al señor secretario que ayude al ujier a traer aquí a esa mujer antes de dar comienzo a la sesión.

Andrew, Roxanne, Henrietta y John McEvoy miraron con aire de gravedad a Ebenezer, cuyos rasgos eran presa de su característica agitación. Por espacio de unos instantes el poeta temió que le sobreviniera un nuevo ataque de inmovilidad, pero cuando vio a Joan en brazos de sus escoltas, como si fuera una pobre desdichada a quien trajeran inconsciente de alguna mazmorra, el poeta saltó del brazo del sillón en el que se apoyaba.

—¡Ay, Dios mío!

Los hombres pusieron en pie, entre murmullos. Andrew tocó en el brazo a su hijo y se aclaró la garganta un par de veces para infundirse valor. Era en verdad una visión inquietante: el rostro y las ropas de Joan estaban libres de suciedad (Anna y Roxanne habíanse ocupado de ello), pero la enfermedad había hecho estragos en el rostro; los dientes estaban en condiciones deplorables y sus ojos (aquellos ojos castaños que en Lockett's brillaban magníficos) estaban enrojecidos y apagados. Joan no era de más edad que Henrietta Russecks, pero la enfermedad, junto con el burdo camisón de lana y lo enmarañado que tenía el pelo, dábanle aspecto de hechicera o de vieja loca. A la vista de aquel espectáculo, McEvoy dejó escapar un gemido; Lucy Robotham se tapó los ojos; Richard Sowter, incómodo, aspiraba aire por la nariz, y su cliente se negaba sencillamente a mirar. Siendo así que Joan estaba demasiado enferma como para sentarse derecha, la pusieron en el diván, envuelta en mantas, junto a Henrietta, cuya solicitud daba a entender que McEvoy no había tenido secretos con ella.

Hasta que no la hubieron colocando en el diván, Joan no se percató de la presencia del angustiado Ebenezer, a quien se quedó mirando fijamente.

—¡Que Dios me asista y me perdone! —dijo el poeta. Hincándose de rodillas ante el diván, llevose la mano de Joan a los labios, oprimiósela y se echó a llorar.

—¡Orden! ¡Orden! —exigió Nicholson—. Podéis sentaros junto a vuestra esposa si así os place, señor Cooke, pero nunca zanjaremos este asunto si no se inaugura la sesión. Cualesquiera que sean los males que os haya infligido ese hombre, señora Cooke, es evidente que está arrepentido. ¿Deseáis cambiar vuestro lugar por el de la señora Russecks o seguir donde estáis?

—*Si los deseos fueran de mantequilla, los mendigos tendrían dientes* —repuso Joan; mas, aunque el proverbio era cáustico, su voz era débil y ronca—. Jamás me ha ido peor que cuando lo único que tenía para cenar eran mis deseos.

—Entonces obrad como os plazca, señor Cooke —dijo el gobernador—. Pero deprisa.

La señora Russecks llevó a Ebenezer al sitio que había desocupado, a la cabecera de Joan, y tomó para sí la silla que le ofreció Andrew Cooke, que miraba muy serio a su hijo. Ebenezer retuvo entre las suyas la mano inerte de Joan, que no alcanzaba a verlo; el poeta no era capaz de mirar a los presentes, aunque oía el ruido que hacían las agujas de Anna al tejer; aquel ruido se le metía dentro, horadándole como un clavo.

—Y ahora —dijo Nicholson secamente—, confío en que podamos seguir con nuestro asunto. Señor secretario, tened la amabilidad de tomar juramento a Andrew Cooke y dad comienzo al acta.

—Ese hombre no me toma juramento —afirmó Andrew—. Prefiero jurar ante el diablo.

—Todo aquél que se niegue a comparecer y prestar juramento —dijo, amenazador, Nicholson— pierde automáticamente el derecho a reclamar sus míseras propiedades.

Andrew prestó juramento a regañadientes.

—Protesto, Vuestra Excelencia —dijo Sowter—. El testigo no ha levantado la mano derecha.

—¡Al cuerno la protesta! —respondió el gobernador—. Tan imposible le es levantar la mano como a Henry el órgano viril, como cualquiera que no sea un bellaco o un cabeza de chorlito puede ver perfectamente. Y ahora sentaos, señor Cooke. Considerando que todos los aquí presentes tienen algún interés en el caso, y siendo así que no disponemos de un palacio de justicia adecuado para verlo, yo declaro todo este salón estrado de los testigos. Vuestras mercedes pueden responder desde el asiento.

—Pero por las rótulas de santa Rosalía, Vuestra Excelencia —protestó Sowter—. ¿Quién es el demandado y quién el demandante?

Al objeto de dilucidar aquel extremo, el gobernador evacuó brevemente consultas

con sir Thomas Lawrence, el cual procedió a anunciar que, debido a la inusitada complejidad de las reclamaciones y alegatos, el proceso daría comienzo bajo la forma de encuesta preliminar, para pasar a la celebración del juicio en cuanto se aclararan los cargos.

—Es lo que solíamos hacer bajo la jurisdicción del lord propietario —dijo, manteniéndose firme en su opinión. Sowter no planteó más objeciones, ni siquiera cuando Nicholson, como si quisiera ponerlo a prueba, adoptó la extraordinaria medida de tomar juramento a todos los presentes a la vez, obligándolos a cogerse de la mano y formar una cadena que empezaba por Burlingame, el cual sostenía la Biblia en alto mientras los demás recitaban a coro.

—Así pues, señor Andrew Cooke... —Nicholson consultó un documento que tenía ante sí—. ¿Debo entender que el día 5 de marzo de 1622; adquiristeis este terreno, entonces propiedad de un tal Thomas Manning y de Grace, su esposa, por la suma de siete mil libras de tabaco, y que subsiguientemente erigisteis esta casa?

Andrew confirmó los detalles de la transacción.

—¿Y es cierto que desde 1670 hasta el pasado mes de septiembre gobernó la propiedad en nombre vuestro un tal Benjamín Spurdance?

—Sí.

—¿Dónde está ese Spurdance? —le preguntó Nicholson a Burlingame—. ¿No debería estar aquí?

—Estamos tratando de dar con él —dijo Henry—. Al parecer se ha esfumado.

Entonces Andrew atestiguó, como respuesta a las preguntas del gobernador, que el primero de abril, cumpliendo órdenes suyas, Ebenezer se había embarcado en Plymouth para hacerse cargo de la plantación, y que por motivos de conveniencia, hábale otorgado a su hijo plenos poderes notariales.

Y entonces él, el pasado mes de septiembre, ante el Tribunal Territorial de Cambridge, libremente y de su grado, cedió graciosamente el Puntal de Cooke a William Smith.

—Y tanto que lo hizo, por el buen san Wenceslao —dijo Sowter con firmeza—. Vuestra Excelencia tiene en su poder el documento que lo prueba.

—¡Fue engañado! —dijo Andrew—. No tenía ni idea de que se hablaba de Malden, y lo que es más, no gozaba de autoridad para disponer de la propiedad.

—No alcanzo a ver por qué —arguyó Sowter—. ¿Qué asunto puede ser más pertinente en un plantador que disponer de su plantación?

En aquel punto el coronel Robotham se sumó a la batalla.

—¡Toda la cuestión está fuera de lugar, Vuestra Excelencia! El individuo que le cedió el Puntal de Cooke a Smith era un grandísimo impostor, tal y como el mismo señor Cooke ha reconocido. En todo caso la reclamación de mi hija tiene carácter prioritario: el verdadero Ebenezer Cooke perdió la propiedad en una apuesta cruzada

a bordo de un buque contra el reverendo George Tubman el pasado mes de junio. Tubman, a su vez, le entregó a mi hija el título de propiedad antes de que fuera perpetrado este otro engaño.

—¡Y un culo pelado! ¡Mentira! —exclamó Sowter; Andrew mostróse de acuerdo. Nicholson se puso en pie y golpeó el suelo con el bastón.

—¡Eso es más que suficiente, maldita sea! ¡La encuesta preliminar ha concluido! El anuncio dejó estupefacto incluso a Burlingame.

—¡Pero si apenas ha empezado! —protestó Andrew—. ¡Todavía no habéis oído nada!

—Os vais a abstener de hablar cuando no os corresponde —dijo el gobernador— o haré que os saquen de la sala de juicios. Dijimos al principio que nada más dar claramente con el acusado se pondría fin a la encuesta preliminar y daría comienzo el juicio. La encuesta ha concluido.

Andrew sonrió.

—Entonces estáis de acuerdo en que yo soy el verdadero demandado y que les cumple a estos ladrones probar sus falsos alegatos.

—De eso nada —respondió Nicholson—. El demandado soy yo..., es decir, la provincia de Maryland. Nos confiscamos la casa y los terrenos conjuntamente, maldita sea, y les cumple a los demás demostrar por qué no deberíamos retenerla en nombre de Su Majestad.

—¿En qué os fundáis? —demandó Sowter—. ¡Esto es una burla de la justicia!

Nicholson dudó hasta que Burlingame, a quien era obvio que la decisión le parecía de perlas, le susurró algo al oído.

—Es por el bien de la provincia y de las plantaciones de Su Majestad en América —dijo entonces—. Se ha alegado que esta casa es un centro de tráfico del vicio, y se ha alegado asimismo que dicho tráfico está en manos de elementos sediciosos y traidores a la provincia. En tanto que gobernador tenemos perfecto derecho a confiscar una propiedad de traidores y presuntos traidores en tanto siga pendiente el juicio donde se encausarán los cargos que se les imputan.

—¡Por el curtidero de san Severo! Si no hay ningún cargo contra nadie.

—Muy cierto —convino el gobernador—. Sería injusto formular acusaciones tan graves en un Tribunal especial sin que haya una vista. En resumidas cuentas, que todos los aquí presentes quedan sometidos a arresto domiciliario acusados de sedición en tanto se celebra la vista del caso, y no habrá vista en tanto que hayamos resuelto la cuestión de la titularidad de esta heredad.

El mismo sir Thomas estaba a todas luces desconcertado.

—¡No existe precedente! —se quejó el coronel.

—Al contrario —dijo Nicholson con aire triunfante—. Es la misma treta que utilizó el juez Holt para que el rey Guillermo le arrebatara a Baltimore la encomienda

de Maryland.

La confiscación fue oficialmente proclamada con toda prontitud: sir Thomas, de juez, pasó a ser asesor de la defensa; Andrew, William Smith y Lucy Robotham fueron designados demandantes en conjunto, y así se declaró abierto el caso *Cooke et al. contra Maryland*.

—¡Voto a tal! —dijo el gobernador, riéndose—. ¡Esta muestra de jurisprudencia va a ser recordada!

Entonces decretó que en primer lugar prestara declaración el coronel Robotham, en calidad de asesor de Lucy, por cuanto que su reclamación era anterior a las demás. El coronel, sumamente incómodo, refirió los pormenores de los juegos celebrados a bordo del *Poseidón*; la apuesta final, efectuada con anterioridad a la captura del Laureado, en virtud de la cual, el título de propiedad del Puntal de Cooke pasó a manos del reverendo George Tubman, del municipio de Port Tobacco; el matrimonio del reverendo Tubman con Lucy (posteriormente anulado por su carácter bígamo); la adquisición por parte de Lucy del título de propiedad del Puntal de Cooke, y por último, su matrimonio con el Laureado mismo.

Nicholson gruñó.

—Ahora me doy cuenta, coronel Robotham, de que sois un hombre responsable, a pesar de que en tiempos estuvisteis al servicio de Coode y del gobernador Copley; de no haberos considerado amigo de la justicia, jamás os habría nombrado juez del Tribunal del Almirantazgo. Sois un hombre honrado y por ende justo: honráis a esta desdichada provincia...

—Os doy las gracias, señor —musitó el coronel—. El cielo sabe que no tengo más deseo que el de que se haga justicia.

—Entonces echadle un vistazo a ese fulano flaco que está en el diván y reconoced que de esposo de vuestra hija tiene lo que yo, y además no es el sujeto que apostó contra George Tubman.

—Jamás dije que lo fuera —protestó el coronel—. El mismo Andrew Cooke ha declarado ante todos nosotros...

—Conocemos sus declaraciones mendaces —interrumpió Nicholson— y sabemos tan bien como vos por qué decía que Henry era hijo suyo.

Aquel extremo lo reconoció abiertamente el coronel Robotham.

—Creyó que su hijo había muerto y albergaba la esperanza de engañarme por medio de un impostor. Pero con la venia de Vuestra Excelencia, yo pienso, señoría, que si un hombre es capaz de renegar de su hijo muerto, otro tanto haría si estuviera vivo, y no una vez, sino dos y hasta tres. Lo que yo pienso, señoría, es que cuando ese hombre averiguó que su hijo había perdido la heredad apostada, se confabuló con el señor Lowe (o Burlingame, o como se llame) con ánimo de defraudarnos; y entonces, cuando mi pobre yerno hizo aparición junto con sus compañeros y el señor

Burlingame se vio obligado a revelar su identidad, el señor Cooke, sin ningún escrúpulo, sobornó a ese pobre sirviente, pidiéndole que se hiciera pasar por el Laureado. Puedo aportar numerosos testigos del *Poseidón*, los cuales identificarán al marido de mi hija como Ebenezer Cooke, y a ese bellaco embaucador como su criado; y jurarán, como ahora lo hago yo, que en reiteradas ocasiones usurpó el cargo de su amo.

El gobernador movía la cabeza de un lado para otro.

—Me temo muy mucho, George, que tu yerno se encuentra en el piso de arriba, y que él es el criado usurpador. Pese a lo mucho que deploro tal escándalo, y aunque me compadezco de ti por tener que soportar la carga de una hija casquivana, estoy enteramente convencido de que este sujeto es el verdadero Eben Cooke. Además de los testimonios de su padre, su hermana y Henry Burlingame, tengo en mi poder una declaración jurada, firmada por Bertrand Burton, el hombre que yace en la alcoba de arriba, que el señor Burlingame tuvo la previsión de obtener antes de que la fiebre pudiera con ese pobre diablo. Voy a leerla en voz alta y luego la pasaré a fin de que todos puedan examinarla.

Nicholson procedió a leer una confesión firmada por Bertrand en la que se citaban las diversas ocasiones en que el criado se hizo pasar por Ebenezer, así como la apuesta cruzada con Tubman y su matrimonio fraudulento con Lucy Robotham. A pesar de que Ebenezer no podía más, aquel gesto de arrepentimiento le llegó al corazón.

—¡Se trata de un engaño más! —objetó el coronel—. Se han aprovechado del delirio de un moribundo para alcanzar sus fines.

—No, George —dijo Nicholson, gentilmente—. La verdad es que ese hombre es un criado que se llama Bertrand Burton.

—¡Ay, demontre! —gimió Lucy. La señora Russecks se apresuró a reconfortarla.

—¡Dios, cuerpo de tal! —El coronel apretó los puños y barbotó—: ¡Contemplad a mi hija, señoría! ¡Fraudulenta o no, la unión ha sido consumada!

—Sin duda de ningún género —convino el gobernador—. Paréceme que ningún Tribunal de Maryland pondría en cuestión el matrimonio a menos que vuestra hija solicite la anulación, prerrogativa a la que tiene sin duda alguna derecho. Pero su marido es Bertrand Burton, y no Eben Cooke, y este Tribunal le niega todo derecho sobre la heredad de Malden, ni por vía matrimonial ni por la de los falsos papeles de Tubman. ¿Has tomado nota de eso, Burlingame?

Henry indicó que así era. Andrew y Richard Sowter sonrieron ampliamente en vista de la derrota del coronel; también Ebenezer, aunque es cierto que se compadecía sobremanera del padre y de la hija, sintió alivio al ver que por lo menos uno de los contendientes quedaba fuera de combate. El gobernador hizo saber al coronel que era libre de irse o de quedarse, conforme tuviera a bien.

—Partiré en este instante —dijo el coronel, presa de una violenta emoción—, no sea que cometa un asesinato en la persona de ese libertino que yace en el piso de arriba. ¡Que Dios le perdone!

Adecuadamente hospitalario, ahora que la disputa se había zanjado a su favor, Andrew se ofreció a acompañar a los Robotham hasta su coche, pero el coronel rechazó aquella cortesía y se fue de la estancia, escoltando a su hija, que iba llorando.

—En fin —dijo Nicholson, aspirando aire por la nariz—. ¿Y ahora puedo dar por sentado que estamos todos de acuerdo acerca de quién es Eben Cooke y quién no? Excelente. Entonces, por lo que concierne a la disputa entre el señor Smith y el señor Andrew Cooke, paréceme que se sustenta sobre tres cuestiones primordiales; una cuestión legal, una cuestión de hecho y una segunda cuestión legal, en dicho orden. ¿El poder notarial de Eben Cooke le autorizaba a disponer de esta heredad? De ser así, ¿dispuso de la misma a sabiendas de lo que hacía o no? Y caso de que no lo hiciera a sabiendas, ¿es de todos modos válida la cesión a ojos de la ley? Ahora, caballeros, pido a vuestras mercedes que se hagan estas preguntas a sí mismos.

Andrew pidió la palabra y alegó que aunque en efecto no había ninguna cláusula en la comisión de su hijo que le prohibiera específicamente disponer de la heredad, nadie en sus cabales podría cuestionar que tal era el espíritu que animaba el documento. ¿Por qué iba a poner él a su hijo de aprendiz con Peter Paggen, al objeto de que el joven Cooke se familiarizara con el comercio de las plantaciones si tenía la intención de deshacerse de sus propiedades de Maryland? Pero, añadió Andrew, por si alguien era lo bastante quisquilloso como para poner en duda sus intenciones, presentaba como prueba una transcripción de su testamento, redactado en 1693, en el que cedía el Puntal de Cooke a sus hijos, a partes iguales. ¿Hacía aquello pensar al Tribunal que tenía intención de que su hijo dispusiera de la heredad? Andrew concluyó su declaración sumamente indignado y con el rostro enrojecido. Cuando hubo terminado, Roxanne hizo un gesto de asentimiento que ponía de relieve su fe en la justicia de aquellos argumentos y le pasó a Andrew un pañuelo de lino para que se enjugara la frente.

—Con la venia de Vuestra Excelencia —dijo Sowter cuando le correspondió el turno de palabra—, mi cliente acepta de buen grado la intención expresada por Andrew Cooke; no albergamos la menor duda respecto de que el joven no tenía instrucciones de disponer del Puntal de Cooke. Pero por el buen san Abdón, señoría, la cuestión tiene que ver con el criterio de autoridad, no con las instrucciones recibidas; sostengo que si la comisión del joven señor Cooke le autorizaba legalmente a disponer de la propiedad, la cuestión de la sanción paterna es irrelevante.

El gobernador se frotó la nariz y suspiró:

—El Tribunal conviene en ello...

A continuación, Sowter obtuvo una concesión por parte del Tribunal: si en el

ejercicio del gobierno de la heredad Ebenezer hubiera estimado oportuno alquilar, vender o ceder una pequeña parte de la misma, una acción así habría sido plenamente autorizada por la expresión «todo lo relacionado con la propiedad», puesto que, a fin de cuentas, el mismo tabaco en función de cuya venta existía la plantación era parte integrante de la heredad; inferir del texto de la comisión cualesquiera limitaciones arbitrarias sería un flagrante absurdo.

—Si el señor Eben Cooke tenía derecho a vender una sola hoja de tabaco —concluyó Sowter—, tenía derecho a vender toda la heredad.

A modo de refutación, Andrew sostuvo que una interpretación tan libre de la expresión «todo lo relacionado con la propiedad», equivalía de hecho a contradecirla, pues si el apoderado disponía de toda la heredad, en virtud de aquel mismo gesto disponía también del poder notarial.

—¡Que es lo que, de hecho, hizo! —rio Sowter—. ¡Jamás hemos discutido eso! Nicholson consultó con Burlingame y sir Thomas.

—Mucho me temo —dijo luego— que el Tribunal debe fallar a favor del señor Sowter en lo tocante a la primera cuestión. Es práctica común entre los capataces que están en posesión de un poder notarial el hacer cesión de parcelas de la heredad a los firmantes de contratos de servidumbre, por ejemplo, a fin de cumplir con su parte del contrato... Según su recuerdo, el señor Spurdance y el señor Smith tenían un litigio por una cuestión así en el Tribunal de Cambridge. Y a pesar de que los apoderados tienen por costumbre consultar con los propietarios antes de llevar a cabo una transacción de envergadura, en ausencia de cláusulas que estipulen lo contrario, este Tribunal está obligado a dictaminar que Eben Cooke tenía poder legal para disponer de toda la heredad de considerarlo oportuno.

Aquello fue un golpe fuerte para Andrew. Ebenezer se conmovió cuando advirtió que en la mirada que le dirigió su padre había más desazón que cólera.

—En cuanto a la segunda cuestión —siguió diciendo torvamente Nicholson—, permítaseme cerciorarme de si existe alguna diferencia de opinión. Señor Cooke, si no me equivoco, sostenéis que el muchacho le cedió su legado al señor Smith sin saber lo que hacía.

—Sí —dijo Andrew—. El mismo Eben jurará que es así, al igual que... —vaciló, reacio a pronunciar el nombre de Burlingame— el secretario de este Tribunal y esta desdichada dama con la cual el señor Smith obligó a mi hijo a contraer matrimonio. Ambos fueron testigos de la cesión. Además, Vuestra Excelencia puede consultar las actas del Tribunal Territorial, período de sesiones del pasado mes de septiembre...

—Ya lo he hecho —dijo el gobernador—. Señor Sowter, ¿es vuestra intención disputar la cuestión de hecho o reconocéis que el autor de la cesión no era consciente de la naturaleza de la misma?

—No tenemos en mente disputar ese hecho —repuso Sowter—. No obstante...

—No; ahorrádmme vuestros *no obstantes* por el momento, señor. Así pues, prosigo: Ebenezer Cooke tenía pleno derecho, en tanto que apoderado de Andrew, a hacer cesión del Puntal de Cooke a William Smith, mas todas las partes convienen en que lo hizo sin saber que era su propia heredad lo que cedía. Ahora solicito de Ebenezer Cooke que describa con detalle las circunstancias que rodearon la cesión, y luego habremos acabado con tan engorroso asunto.

El poeta soltó la mano de Joan el tiempo necesario para hacer lo que le pedían; rememoró con cuanta claridad pudo los detalles de su viaje a Cambridge en compañía de Henry Burlingame; la disputa que sostuvieron respecto de las relaciones existentes entre justicia e inocencia; la indignación que se apoderó de él ante la conducta observada por el Tribunal del juez Hammaker; su intervención en el caso *Smith contra Spurdance* y las diversas estipulaciones del veredicto emitido.

—Era una afrenta a la justicia que yo, inocentemente, quise reparar —concluyó diciendo—. Sin embargo, cuando me arrebataron la inocencia comprendí que lejos de reparar la afrenta había perpetrado una injusticia: no sólo cedí lo que no me correspondía ceder (quiero decir, desde un punto de vista ético), sino que al hacerlo causé la ruina de un hombre bueno y fiel, Ben Spurdance; e, indirectamente, al darle esta casa a William Smith para que hiciera de ella un antro del vicio, causé la ruina de muchas personas, por lo que pido a Dios que me perdone.

—Entiendo —Nicholson sonrió ladinamente—. ¿Y puede el Tribunal inferir que la estimación que hacíais del valor de la inocencia ha experimentado en consecuencia una cierta revisión?

Aunque sabía que la pregunta no tenía nada de maliciosa, Ebenezer no fue capaz de devolver la sonrisa.

—Puede el Tribunal inferirlo —repuso sosegadamente, y volvió a ocupar su asiento. Pocas veces había sentido un desaliento mayor: ahora que le acechaban tantos peligros, tenía además ocasión de contemplar los daños causados por su inocencia. Apenas reparó en el hecho de que fue Joan quien le cogió la mano aquella vez; lanzó una mirada a hurtadillas en dirección a su hermana, y sus ojos pesarosos pusieron de relieve que el gesto no le había pasado desapercibido.

A continuación, Nicholson solicitó que Andrew Cooke y Richard Sowter expresaran su postura preliminar respecto a la cuestión de la validez de la cesión.

—Alego tres cosas, señor —declaró Andrew—. Sostengo en primer lugar que el juez Hammaker carecía de autoridad para delegar funciones en mi hijo, el cual no es docto en leyes, y por consiguiente, la sentencia impuesta a Spurdance fue ilegal; en segundo lugar, aun cuando la sentencia fuera legal, la cesión no lo fue, pues se hizo sin conocimiento de causa, y en tercer lugar, aun cuando se dictamine que una cuestión inocente tiene carácter obligatorio, no se han cumplido las condiciones estipuladas por mi hijo. Es decir, a Smith se le ordenó que le buscara esposo a Susan

Warren, que supuestamente era hija suya; pero yo sostengo, señoría, que su matrimonio con mi hijo carece de validez, y ello, por dos razones: la primera, que se casó con ella coaccionado, y la segunda, que la esposa no se llama Susan Warren, sino Joan Toast. No habiéndose satisfecho las condiciones estipuladas, debe revocarse la cesión.

Pese a que le había dejado impresionado la persuasión con que había expuesto el caso su padre, a Ebenezer le había alarmado sobremanera la última argumentación.

—¡Dejadme hablar, Vuestra Excelencia! —imploró.

—Ahora no —dijo Nicholson—. Tiene la palabra el señor Sowter.

Entonces Sowter declaró que tenía la intención de demostrar primero, apoyándose en un precedente legal, que el juez Hammaker tenía derecho, bajo circunstancias especiales, a delegar efectivamente su autoridad judicial, puesto que de hecho jamás renunció enteramente a la misma; dicho de otro modo, lo que había hecho fue concederle a Ebenezer el privilegio de dictar una sentencia que ulteriormente fue ratificada por él, con lo que adquiriría carácter legal, pero que muy bien podría haber anulado; verdaderamente, lo que había hecho Hammaker fue efectuar una consulta, del mismo modo que muchas veces los jueces consultan a un experto, el cual constituye una tercera parte desinteresada, antes de dictaminar acerca de un pleito civil dificultoso (además, añadió, dirigiéndose a Andrew en un aparte, era preciso reconocer que Ebenezer era parte desinteresada; por lo demás, la cesión se hizo a sabiendas y no era fácil cuestionarla). En segundo lugar se proponía demostrar por medio de la razón e invocando otro precedente legal, algo que ninguna persona familiarizada con los errores judiciales cuestionaría: que un contrato legal, legalmente firmado, tiene carácter obligatorio, siendo responsabilidad de los signatarios conocer las cláusulas del mismo. Además, equivaldría a burlarse de la justicia afirmar que la ruptura de contrato perpetrada por Ben Spurdance era más punible que la perpetrada por los señores Cooke e hijo; si en opinión del Tribunal Territorial de Cambridge, a William Smith le correspondía todo Malden (menos un acre y medio) como compensación por los agravios sufridos, entonces no cabía dudar que le seguía correspondiendo, aunque de hecho fuera el caballero Cooke y no el pobre Spurdance el propietario. Además era oportuno recordar al Tribunal que también Spurdance tenía un poder notarial, y por lo tanto actuaba en nombre de Andrew cuando privó al tonelero de su justa recompensa. En cuanto a esa débil casuística relativa al matrimonio...

—Con la venia de Vuestra Excelencia —Burlingame le interrumpió al llegar a aquel punto—, me he quedado sin tinta. —Le mostró a Nicholson el papel en el que había estado transcribiendo los testimonios—. ¿Veis que me he visto obligado a dejar la intervención del señor Sowter a medio escribir? Suplico a Vuestra Excelencia permiso para pertrecharme de otro tintero y una plumilla mejor.

Al principio la expresión del gobernador era de impaciencia, al igual que la de Sowter y la de Andrew Cooke, pero en el semblante de Burlingame había algo (en lo que también reparó Ebenezer, pero no Sowter, a quien se lo impedía la posición que ocupaba) que le indujo a examinar la página de testimonios.

—Vaya, Henry, es un fastidio, pero no tiene remedio. Además me atrevería a decir que no soy el único de los presentes que ha recibido una citación de la dama Naturaleza. —Nicholson golpeó el borde de la mesa con el bastón y se puso en pie—. Este Tribunal levanta la sesión por espacio de media hora, o algo así. Se puede abandonar la sala, mas no la casa.

21. EL POETA GANA SU HEREDAD

Tan pronto como el Tribunal hizo una pausa, Richard Sowter y William Smith retiráronse a otra estancia; Burlingame, lejos de ir a por tinta, admitió despreocupadamente que tenía el tintero medio lleno, pero que había mandado al miliciano a por más, a fin de guardar las apariencias.

—¿Por qué nos habéis engañado? —demandó Andrew—. ¡Protestó enérgicamente!

Burlingame se encogió de hombros.

—Para salvar la dote de Anna —dijo, malévolamente—. No quería perder mi parte del Puntal de Cooke.

—No, Henry —le reconvinó Anna—. Calma.

—Contigo hablaré enseguida, señorita —dijo Andrew, amenazador—. En este momento...

—En este momento nos encontramos en una situación crítica, señor —intervino el gobernador Nicholson—, y no disponemos de mucho tiempo para trazarnos un plan.

—¿Situación crítica? ¡Tonterías! ¡Ya habéis oído mis argumentos!

—Sí, y también la refutación de Sowter, que no os deja ni una bacinilla en que orinar. Tropo vulgar que me recuerda... —Hizo una reverencia a las damas y se excusó.

—No, señor —le apremió Burlingame—. Es importante que vos también lo oigáis.

—Ah, ah... —Nicholson negaba con el índice—. Os recuerdo que nos hemos constituido en Tribunal legal y que popularmente se cree que los jueces debieran ser imparciales.

—Y otro tanto los secretarios —añadió gravemente Andrew—. Ganaré el caso sin vuestra ayuda, señor Burlingame.

—¡Vuestro caso me importa un pito! —exclamó Henry—. ¡Me importa poco quién sea el dueño de esta inmundicia como a Ebenezer o a vuestra hija! Lo que me preocupa es la provincia.

—¿Eh? —El gobernador se detuvo al llegar a la puerta—. ¿Cómo es eso Henry?

Burlingame congregó a todos los hombres en derredor del tapete para cambiar impresiones.

—Se trata de ese fragmento del Diario de la Asamblea —anunció—. Todos los presentes salvo vos, señor Cooke, somos conscientes de la naturaleza e importancia del mismo... Tan sólo voy a pedir os que aceptéis la palabra de Su Excelencia en cuanto a que sin ese documento que obra en poder de Bill Smith podemos perder un caso de envergadura muy superior al que nos ocupa, y puede que de paso perdamos

toda la provincia de Maryland. Si disponemos de todo el diario no por ello habremos atrapado a nuestro hombre, pero al menos podremos procesarlo.

—Así es, en efecto, señor —le aseguró Nicholson a Andrew—. Pero ¿a qué viene esto, Henry?

Burlingame sonrió.

—Hemos oído la declaración del señor Cooke y la del señor Sowter, señor, y vos sabéis tan bien como yo que en estos momentos el señor Cooke ha perdido todos los puntos.

Andrew protestó enérgicamente en contra de aquella opinión, y Nicholson le recordó a Burlingame que era una falta de ética pedirle a un juez que se comprometiera antes de que se hubieran completado los alegatos. Su sonrisa, empero, daba a entender, por lo menos a ojos de Ebenezer, que tal vez la argumentación de Andrew no fuera ni mucho menos tan contundente como el poeta había pensado.

—Paréceme que debería haceros saber, señor —díjole Ebenezer a su padre— que no tengo la menor intención de anular mi matrimonio, al margen de las circunstancias que lo rodean. Soy responsable de la situación de Joan... —Al llegar aquí acalló las protestas de McEvoy con un gesto de la mano—. No, John, la responsabilidad es mía, y no volveré a abandonar a esa mujer ni a cambio de mil Maldens.

En vano señaló su padre que se trataba de una prostituta enferma y moribunda; en vano pasó de la ira a los razonamientos, de los razonamientos a las súplicas y de las súplicas nuevamente a la ira. Ebenezer se mantuvo inflexible.

—¡Pues entonces no hay más que hablar! ¡Cásate por segunda vez con esa puta cuando hayamos ganado el caso y vete al cuerno! ¡Tan sólo te pido permiso para salvar Malden para así poder cedértelo!

Ebenezer se vio atrapado entre dos responsabilidades antagónicas y no veía el modo de reconciliarlas. Fue un momento doloroso, hasta que Burlingame acudió a rescatarlo.

—En todo caso es algo que queda fuera de lugar, caballeros —dijo Henry—. Si Sowter tiene sesos en su cabeza de ladrón convendrá en que el matrimonio es falso (perdóneme, Eben, es mejor que tu padre sepa que la unión nunca fue consumada). Pero la cláusula que exigía su celebración es falsa por idéntica razón: Joan Toast no es Susan Warren, y Susan Warren no es hija de Bill Smith, y no hay más que hablar. En cuanto al resto de los argumentos, hacen agua por todas partes. A Sowter le costará poco apoyarse en precedentes jurídicos. ¿Estáis de acuerdo, Tom? Ahora no sois juez.

Sir Thomas Lawrence reconoció que la argumentación de Andrew parecíale vulnerable, y la de Sowter, relativamente sólida, pero añadió que a su juicio el señor Cooke había pasado por alto la mejor línea de ataque.

—Si yo fuera asesor vuestro —le dijo a Andrew—, invocaría el carácter *extremo*

del dictamen del Tribunal Territorial, no la legalidad del mismo. Admitid que Spurdance se había equivocado, pero solicited que se aligeren los daños..., por ejemplo, que se vuelva a los términos originales que figuran en el contrato de servidumbre de Smith, más las costas y una compensación por las molestias.

Burlingame negaba con la cabeza.

—No percibís el problema, Tom. ¡No queramos que gane Sowter, pero tampoco nos atrevemos a consentir que pierda!

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Por la mejor razón posible, señor —repuso Burlingame sosegadamente—. Sir Thomas, vos y yo sabemos muy bien que este Tribunal tiene de legal lo que un lupanar.

Ebenezer expresó su asombro, y Andrew acusó abiertamente a Burlingame de prevaricación, pero sir Thomas se ruborizó y el gobernador Nicholson, incómodo, lanzaba miradas en derredor.

—¡Ah, bueno, bueno, Henry! —Sus miradas furibundas recorrían la estancia—. Estoy dispuesto a reconocer que no es esto lo que hacen los gobernadores todos los días, pero ya está hecho, maldita sea. ¡Dudo que nuestro amigo Sowter apele a los lores comisionados!

—Estoy seguro de que no lo va a hacer —convino Henry—. Pero cuando el juez Hammaker sepa que os habéis sentado en este salón una tarde y que le habéis dado la vuelta al dictamen del Tribunal Territorial, podéis tener la certeza de que *él* sí que armará ruido en Londres. ¡Y a Andros le va a encantar oírlo!

—¡Ya basta! —gruñó Nicholson—. Está sobradamente claro. Su tono no presagia nada bueno de cara a las expectativas de Andrew.

—¡Por la sangre de Cristo! —exclamó aquel caballero—. ¡Quisiera recordar a vuestras mercedes que mi voz suena con tanta fuerza como la de Hammaker ante los lores comisionados! ¡Si este Tribunal no tiene capacidad jurídica, no ganáis nada dictaminando en contra de mí!

—Muy cierto —convino Burlingame con una sonrisa—, ahora que os hemos mostrado lo que hay que hacer. Además tenemos tanto interés por el resto del Diario íntimo como por Malden, si no más. Sowter sabe que la posición de su cliente no es sólida (el intento de huida de Smith así lo prueba), pero también sabe que existe alguna relación entre los Cooke y yo. No está seguro de pisar terreno firme, sobre todo en lo referente a los cargos de sedición y fomento del vicio, y me da la impresión de que el único motivo por el que defiende a Smith es que quiere tener mayor capacidad negociadora cuando llegue el momento de las componendas.

Nicholson estaba que echaba humo, y no dejaba quieto el bastón.

—¡Podías haber dicho todo esto antes de la constitución del Tribunal!

—Habría sido prematuro —dijo Burlingame—. Ya nos hemos quitado de en

medio al coronel, y por otra parte teníais perfecto derecho a confiscar provisionalmente el Puntal de Cooke. De he hecho, ha sido una jugada muy buena.

—¡Muy generoso!

—Mas no os atreváis a retener la propiedad durante demasiado tiempo bajo ese pretexto, ni tampoco os atreváis a entregársela a ninguna de las dos partes por decreto. Por eso os aconsejé que interrumpierais la sesión.

Nicholson se enjugó la frente.

—¡Que el diablo se lleve a todos los leguleyos y a sus libros de leyes! ¡Qué gran provincia tendríamos sin ellos! ¿Y ahora qué hacemos?

Burlingame se encogió de hombros.

—¿Qué hacen todos los buenos letrados cuando no pueden ganar un caso? ¡Llegamos a un acuerdo fuera de los tribunales!

—¡Alto! —advirtió Ebenezer—. Aquí están.

Richard Sowter y William Smith llegaban, procedentes de la estancia contigua. El tonelero parecía en efecto no estar seguro del terreno que pisaba, mas a su asesor veíasele tan despreocupado como siempre.

—¿Habéis encontrado un poco de tinta, señor secretario? ¡Espléndido! ¡Por san Leovigio, sería una lástima que no quedara constancia de la elocuencia del señor Cooke!

El grupo que estaba alrededor de la mesa se dispersó. Tras reparar con cierta sorpresa en que Anna se había trasladado al diván y se hallaba absorta en una conversación con Joan, Ebenezer regresó con su padre al lugar que ocupara anteriormente. Tan desanimado estaba Andrew por el cariz que tomaban los acontecimientos que no opuso resistencia cuando su hijo lo cogió del brazo y lo condujo gentilmente a su asiento.

—Con la venia de Vuestra Excelencia —dijo Sowter—, ¿puedo proseguir con mi declaración?

Burlingame, según advirtió Ebenezer, había conferenciado en voz baja con el gobernador y sir Thomas Lawrence. Ahora se volvió a sentar y le guiñó un ojo a Ebenezer como si no hubiera nada de que preocuparse.

—No podéis —masculó Nicholson.

El semblante de Sowter se ensombreció.

—¡Vuestra Excelencia!

—El Tribunal dictaminará sobre la reclamación presentada por vuestro cliente en otro momento —dijo el gobernador—. Por ahora voy a hacer que los dos seáis trasladados a la cárcel de Anne Arundel. Se os acusa de conspiración, sedición y alta traición, y después de lo que Tim Mitchell, aquí presente, me ha dicho, confío plenamente en veros colgados antes de fin de año.

La sorpresa hizo que incluso el hosco tonelero se pusiera en pie.

—¡Tim Mitchell!

—Sí, caballeros —Burlingame sonreía—. El orgullo y la alegría del capitán Billy, hasta que apareció su verdadero hijo.

Mientras hablaba tenía las manos ocupadas, y su aspecto se transformó mágicamente. La peluca empolvada desapareció y fue reemplazada por una corta cabellera de pelo negro; de la boca extrajo Burlingame un curioso artilugio que resultó tener tres dientes artificiales. Lo más misterioso de todo, parecía capaz de modificar a voluntad la disposición de los músculos faciales: la curvatura de las mejillas y la parte ancha de la nariz cambiaron de forma a la vista de todos; la frente, habitualmente surcada de arrugas, tornose lisa; aparecieron patas de gallo, que antes no tenía. Por último, su voz hízose más grave y profunda; encogiose de tal modo que su estatura pareció menguar al menos dos pulgadas; la mirada adquirió una expresión más astuta. En el transcurso de unos segundos milagrosos, Nicholas Lowe se había convertido en Timothy Mitchell.

—¡Cuerpo de tal! —exclamó sir Thomas Lawrence, y el mismo gobernador (aunque era de suponer que tenía que haber presenciado anteriormente metamorfosis similares de su agente) no paraba de mover la cabeza.

—¡Esto es una página de Ovidio! —exclamó, maravillado, Ebenezer. Los demás manifestaron su asombro mediante expresiones similares, salvo Smith y Sowter, que se habían quedado mudos.

—Y ahora, señor Smith —dijo Burlingame torvamente—, me da la impresión de que sabéis muy bien en qué apuros os veréis si testifico contra vos... De no ser así, os doy permiso para que consultéis con el señor Sowter, que os hará compañía en la cárcel por los desafueros que ha cometido.

El tonelero parecía estar dispuesto a recurrir a la violencia, pero Sowter hizo un gesto de resignación con la mano.

—¿Convenís en que os tenemos cogidos? ¡Espléndido! Entonces escuchadme con mucho cuidado: es mi intención sacar a la luz, a fin de emprender acciones legales, la cuestión del tráfico de opio y rameras que ha servido para financiar todos los daños causados por John Coode, y puede que también por Baltimore. Todo aquel que tenga la menor relación con ello (Burlingame miró a Andrew y sonrió) tendrá que comparecer ante la ley, ostente el cargo que sea...

—¡Por la peluca de san Luis, hombre! —se lamentó Sowter—. ¡Llevadnos a la cárcel y acabemos, pero ahorradnos vuestras pías monsergas!

—Paciencia, Dick. —Henry alzó el dedo índice—. Son los preámbulos de la negociación. Basándose en la fuerza de mi declaración, Su Excelencia ha cursado instrucciones a sir Thomas para que instruya procedimientos contra Coode, Bill Mitchell y cuantos traidores de entre los suyos se dediquen al comercio de rameras... con la posible excepción de vuestras mercedes.

Smith aguzó la vista y a Sowter se le puso expresión calculadora mientras Burlingame les ofrecía retirar los cargos contra ellos a cambio del fragmento del Diario íntimo que obraba en poder del tonelero, en cuyo reverso se creía que habían sido transcritas las confiscaciones y procedimientos llevados a cabo por Coode durante el breve período que ejerció el cargo. El tonelero mostróse al punto partidario del trueque, pero Sowter lo refrenó.

—¡Piensa en las consecuencia, Bill! —le advirtió—. ¿Crees que llegaríamos vivos a fin de mes si Coode se enterara de que has hecho entrega de los papeles? Además me da toda la impresión de que Su Excelencia debe de concederles una gran importancia, puesto que nos hace semejante ofrecimiento; ya conoces el dicho: *De donde salen once peniques es fácil sacar un chelín.*^[51]

—Ujier, lleváoslos —dijo bruscamente Nicholson—. Siento desilusionarte, Henry, pero no estoy dispuesto a seguir regateando con traidores sólo para conseguir el diario de tu abuelo.

—¡Alto! —exclamó Sowter al punto—. ¡Os entregaremos esos malditos papeles! Tan sólo dadnos una garantía por escrito...

Nicholson sacudió la cabeza.

—No soy tan necio.

—¡Vaya día! Entonces, señor, al menos esto: si John Coode nos da muerte no obtendremos ningún provecho; dadnos un salvoconducto para ir a Virginia y los papeles son vuestros.

De nuevo Burlingame conferenció en voz baja con el gobernador y sir Thomas.

—Su Excelencia me aconseja que os autorice un salvoconducto —afirmó Henry—, pero no en los términos de nuestro primer acuerdo. Os sacaremos de Maryland por la mañana a condición de que Smith renuncie a toda reclamación sobre esta heredad.

—¡Que Dios os bendiga, señor! —exclamó Andrew.

—¡Demontre! —protestó Sowter—. ¡Nos estáis exprimiendo!

Nicholson sonrió.

—Y tampoco os llevaremos a Virginia, sino a Pensilvania. Ya tengo bastantes enemigos en Virginia.

—¡Cómo mienten los que os tildan de papista! —exclamó William Smith—. ¡Ni siquiera sois un gentil como es debido!

Sowter suspiró.

—No tenemos elección, Bill. Ve a por los papeles y yo redactaré la escritura de traspaso.

El resto de la concurrencia celebró la noticia con vítores: Anna y Ebenezer se abrazaron, aliviados; Andrew se disculpó con rigidez ante Burlingame y encomió su estrategia, al igual que hicieron Nicholson, sir Thomas y John McEvoy; Roxanne y

Henrietta observaban con aire aprobatorio. Tan sólo Joan Toast permanecía apática, y la imagen que ofrecía nubló la alegría de Ebenezer.

El tonelero salió de la estancia, escoltado, y regresó con un rollo de papeles amarillentos, que Burlingame recibió con avidez. El y sir Thomas le echaron un vistazo al reverso y dictaminaron que era prueba suficiente, una vez combinado con el *Diario de la Asamblea de 1691*, para instruir proceso contra Coode y sus asociados. Luego, mientras Sowter, sir Thomas y el gobernador discutían los detalles relativos al traspaso de Malden y al transporte de los dos hombres bahía arriba, hasta Pensilvania, Burlingame llevose aparte a Ebenezer.

—¿Te acuerdas de la historia que te conté camino de Plymouth? —preguntó agitado—. La que refería cómo Powhatan capturó a sir Henry y al capitán John Smith.

Ebenezer sonrió.

—Cerraron algún pacto lascivo acerca de la hija del rey, según recuerdo, pero jamás supimos en qué paró aquello. ¿Eso es el resto de la historia?

—Sí, paréceme que tenemos completo el cuento. Vamos a leerlo mientras Tom y el gobernador atienden a esos bellacos.

Y en aquel punto y hora, pese a la agitación reinante en la estancia, leyeron juntos el segundo y último fragmento del *Diario íntimo de sir Henry Burlingame*, que comenzaba donde acababa el primero: presentando al autor y al capitán Smith cautivos en el poblado del emperador Powhatan, aguardando el amanecer, a cuya hora el capitán tenía el compromiso de jugarse la vida (y la de los suyos) poniendo a prueba su capacidad de hacer lo que el más capaz de los jóvenes de la aldea había encontrado imposible: librar a Pocahontas de su virginidad.

Nuestra vigilancia encomendaron a dos centinelas fornidos (*había escrito Henry*) con el encargo de que atendieran a todos nuestros deseos e nos mataran si procurábamos escapar. Mi capitán entonces principió a regalarme con relatos interminables e lúbricos que hablaban de la variedad e diversidad de doncellas que dábanse en tierras exóticas y que por él habían sido desfloradas, hasta que hárteme e fingí dormir. Empero vigilele secretamente durante la noche toda.

Al filo de la medianoche, creyéndome profundamente dormido, levantose el capitán del lecho (el cual, como el mió, no era sino jergón inmundado que en el suelo habían tirado) e llamó a un centinela. Tuvo entonces lugar un coloquio en voz baja, bien que no tanto que no pudiera yo captar la sustancia del mesmo. De tanto en tanto lanzaba miradas por ver si estaba yo dormido. Y estábalo para los incautos. Empero un ojo seguía teniendo medio abierto y de par en par las orejas, por lo que pude seguir su conversación asaz fácilmente. Smith dijo tener hambre, cosa que sorprendiome no poco, pues habíale visto comer durante el festín del emperador lo bastante como para que se alimentara toda la población de Jamestown un invierno. Demandó al punto fuérale llevada comida. El salvaje pocas ganas tenía de moverse, a lo que me pareció, y menos aún cuando mi capitán comenzó a decille que ansiaba yantar; a saber: una berengena (fruto al que algunos llaman *aubergine*)^[52] e fariña de maíz para condimentaba e agua para pasalla...

—¡Una berenjena! —musitó Burlingame.

Sostuvo que de aquella sola guisa preparaban los hombres blancos el fruto de la berengena. Lo cual yo sabía que

era falso.

El salvaje invocó lo avanzado de la noche y la estación del año, mas como mi capitán siguiera insistiendo (e otrosí sobornole con baratixas que llevaba en los pérfidos bolsillos), por fin consintió en robar una berengena e fariña del establecimiento vezino a la casa del emperador. Partió pues y estuvo ausente un tiempo, durante el cual mi capitán paseábase a grandes pasos por la choza, como hacen los hombres cuyo cónyuge está en trance de parto, sin olvidarse de comprobar, de cuando en cuando, que mi sueño era profundo e imperturbado.

Cuando regresó el salvaje con dos berengenas desecadas y un plato de fariña, amén de una jarra de barro con agua, mi capitán recompensole con un segundo dije y pidiole saliérase de la choza, si le plazía, y quedárase fuera, por cuanto que el hombre blanco (esto dixo) jamás preparaba la comida si no era en secreto. Hizo el salvaje lo que se le ordenaba, ansioso de contemplar sus tesoros, y una vez solo, mi capitán púsose al punto a laborar con la berengena del modo más extraño que jamás me ha sido dado contemplar. En verdad que era tal mi asombro que incluso al cabo de las semanas, ya en Jamestown, cada vez que me aplico a dejar constancia por escrito de aquesta historia en mi libro, cuéstate no poco convenzermene de que aquello fue cierto. Y es que de no habello presenciado con mis propios ojos, jamás hubiera creído fuera cierto sino lúbrica maquinación de alguna fantasía disoluta. Verdaderamente que no tienen fin y van mucho más allá del alcance de los hombres sobrios e continentes las prácticas e inmundas recetas de las personas lascivas, devotos de la carne que ponen a *Venus* y a *Baco* por encima de la casta *Minerva*, y se entregan con celo erudito al estudio de todas las tretas e oscuros refinamientos de lo carnal. Súbenseme los colores cuando me pongo a transcribillo en el papel, aun siendo éstas las páginas últimas del mi diario, en las cuales juro que jamás hombre ninguno posará la vista mientras yo tenga vida.

—¡Oye! —exclamó Burlingame—. ¡Falta el resto de la página y parte de la página siguiente! ¿Comprendes lo que tenemos aquí, Eben?

—¿Te refieres al asunto de la berenjena sagrada del que habló el *tayac* Chicamec? No es imposible que exista cierta relación...

—¡Estoy seguro de que la hay! Vive Cristo, ¿qué puede significar esto?

Siguieron leyendo, Burlingame con una expresión de avidez voraz, casi dolorosa, y Ebenezer empezando a sentirse incómodo.

Por tal razón (*la narración se reanudaba tras las interrupción*) sentime grandemente contrariado cuando en recobrando el sentido unas horas después descubrí que había alzado de facto el estado que denantes fingiera; a saber: un sueño profundo e imperturbable...

—¡Que Dios le maldiga! —exclamó Henry.

Interrumpió mi reposo el guarda e vigía salvaje; incorpóreme y vi que el sol era ya salido. Desde el exterior de nuestra choza llegaron hasta mis oídos los alaridos e berridos de numerosos salvajes, e colegí que habríanse congregado con motivo de la prueba lasciva que mi capitán debía de pasar con la princesa.

Mi capitán, cuando lo miré, estaba completamente vestido y no había rastro de la berengena ni eran aparentes otras cosas, por lo que pregúnteme si la escena que había presenciado durante la noche no habría sido una mera fantasía del sueño, como las que acontecenles a los hombres cuando la muerte está próxima dellos...

—Entonces lo presencié —opinó Ebenezer—, fuera lo que fuera. —¡Pero falta la página!

Es cierto (seguía diciendo el diario) que cuando salimos de la choza bajo la mirada de nuestros guardias salvajes e fuimos a la plaza pública, mi capitán mostraba cierta dificultad al andar, como si fuera reacio a mantener las piernas juntas; aquella deficiencia, empero, bien cabría atribuida al miedo (el qual es sabido que puede aflojar la sujeción que el hombre ejerce sobre sus riendas) tanto como al extraño comportamiento de la velada anterior. Y bien pudiera lo primero andar más cerca de la verdad, pues la escena que teníamos delante no

era en modo alguno reconfortante.

En derredor de la plaza, formando un círculo, alzábanse las gentes del poblado e vociferando de modo espantable. En el interior del gran círculo formábase otro menor, integrado por diez o doce visemperadores. Eran estos grandes e fornidos salvages, con plumas ornados e pintados que daba miedo vellos, e no tenían más atuendo que los ornamentos antes dichos, e brincaban e danzaban en derredor, profiriendo muy fieros alaridos e blandiendo los tomahawks. En el centro del círculo menor estaba sentado el emperador Powhatan, que elevábase por sobre la multitud en un solo asiento y, delante del, por cima de un altar de piedra, yacía Pocahontas, desnuda e sujeta con tiras de piel, presta a la celebración de los paganos ritos. Sin embargo de la crudeza de su postura la princesa no parecía estar ni un adarme alarmada, sino en su semblante dibujábase una grande sonrisa. De lo cual deduje que aquella envilecida manera de presentar a las doncellas a sus esposales debía ser uso común entre las salvages naciones, hasta tal punto que, comoquiera que es el hábito amo y señor de los hombres todos, incluso en su pagana pecaminosidad hallábanlo deleitable. Lo qual, no obstante, yo no cejaba de temblar tanto más por cuanto que en contemplando la considerable hombría de aquellos salvajes que no paraban de dar brincos completamente en cueros, y en recordando la modesta dotación de mi capitán (al cual pese a sus baladronadas, había yo visto en privado y no tenía sino una herramienta pobremente dotada para la ejercitación venérica), no veía esperanza ninguna de que él saliera bien dó aquellos habían fracasado. En verdad digo que de haber estado yo en su lugar no habría sido capaz de despertar siquiera exiguamente mi hombría, sabiendo que aquellos malignos *tomahawks* estaban prestos a romperme la crisma al primer signo de deficiencia.

No bien nos hobieron visto redoblose la conmoción entre los salvages reinantes. Las gentes que formaban el gran círculo daban voces e palmas, los visemperadores salvages, brincos e saltos, e incluso Pocahontas contoneábase en lo alto del pedestal, cuyos movimientos, considerando la manera en que estaba atada ponían de relieve una inusitada flexibilidad de extremidades y presteza para afrontar lo que viniere.

Así pues condujéronnos al círculo menor e colocáronnos ante el altar de *Venus* (cuya contemplación arrasó mis mejillas de rubor), y entonces los salvages echaron mano a mí capitán e de un empellón baxáronle los calzones. Desde donde yo me hallaba, que era detrás dél, contemplaba una vista harto poco deleitosa, mas los salvajes que tenía mi capitán ante sí, todos súbitamente depusieron su clamor. El emperador dióle a los sus ojos sombra, protegiéndose con la mano del sol matinal, para así mejor ver aquello, e Pocahontas, maguer sus ligaduras (las cuales atábanla tan firmemente como aquellas otras que *Vulcano* ingenió para sujetar a su infiel esposa), digo, pues, que Pocahontas casi se quebranta el cuello de tanto mirar, e la lúbrica sonrisa que denantes dibuxolo con la boca, habíase ahora esfumado por completo.

Entonces mi capitán volvióse por ver si yo seguía cerca dél, e por fin contemplé la causa de tanto asombro, así como los efectos del mágico trajinar de la anterior noche, cuya relación llevaríame a traspasar los límites todos del buen gusto e la decencia, y cuyo ocultamiento lleva de necesidad a traicionar la verdad y a dexar lo que a continuación acaesció envuelto por el velo del misterio. Para acabar, pues, diré que la verga de mi capitán alzábase completamente erecta, y lo que denantes fuera más causa de conmisericación que de asombro, habíase verdaderamente transformado en una máquina temible; tal era la virtud de aquella diabólica decocción que, ahora que el miembro del capitán estaba presto para la arremetida no medía de largor punto menos de once pulgadas e casi alcanzaba los tres de diámetro. ¡En verdad que era un arma digna de los dioses! Además de lo qual tenía una color fogueada por toda su superficie e despedía aroma a clavo e vainilla e parecía tan recio e duro como la piedra donde la victima inminente del mismo yacía. Elevose de entre el populacho un estruendo formidable; los visemperadores que, a no dudallo, eran los antiguos pretendientes de la princesa, hincáronse al punto de hinojos, e parecía que oraban; el emperador dio un respingo en su alto asiento desalentado por el destino que a su hija aguardaba; y en cuanto a la propia Pocahontas, perdió el sentido e parecía muerta.

Sin demora, de un salto puso mi capitán manos a la obra, de la qual no quiero decir sino aquesto: Oh, misericordiosa, en verdad misericordiosa Providencia, pues que quiso tener a la doncella privada de sentido en tanto mi capitán obraba lo que denantes nadie hiciera. E hízolo además con tal desmesura que al poco el emperador imploró pusiese fin a la prueba, por temor a que su hija partiera desta vida. Declaró victorioso a mi capitán, anuló el decreto de muerte que sobre nosotros pesaba, dispersó a los reunidos e hizo que llevaran a Pocahontas a su casa, donde por espacio de tres días debatíose entre la vida e la muerte. Aderezose luego un banquete en honor nuestro, durante el cual Powhatan expresó la intención de desposar a su hija con mi capitán, puesto que ningún salvage de su tribu podía rivalizar con él en virilidad. Mi capitán declinó el ofrescimiento, con lo que adueñose del emperador la cólera, e habría ordenado que nos devolvieran a nuestra choza de no ser porque mi capitán ofresciose a instruille en aquel misterio merced al cual había efectuado en sus partes tamaño incremento. Aquello satisfizo sobradamente al emperador, quien ya debía haberse olvidado desde hacía mucho

tiempo de aquella vanidad. Nos llevábamos con el emperador a las mil maravillas cuando por fin zarpamos rumbo a Jamestown con una tropa de salvajes encargados de ayudarnos durante la travesía.

A lo largo de la jornada, como cabe imaginar, mi capitán no dexó de pavonearse e fanfarronear sin tasa. Decíame que yo estaba en deuda con él de por vida, por cuanto que su hazaña habíamos salvado a los dos; amenazó con matarme de algún modo oscuro e cobarde si se me ocurría ir aireando por Jamestown el modo en virtud del cual alcanzamos la salvación. Poco podía yo protestar, pues era muy cierto que habíame salvado, pero aquel fruto era amargo de ingerir por cuanto obligábame a soportar sus jactancias e baladronadas sin proferir queja alguna. En resumidas cuentas, cumplíame fingir que yo había sido retenido junto a Opecanough y que mí capitán había acudido en solitario a presencia del emperador. Otrosí fue tan osado que me mostró una relación escrita donde se refería cómo salvó a Pocahontas, cuya relación pensaba incluir en su mendaz Historia; aquella versión no hacía mención ninguna de la infamante desfloración de la princesa, sino meramente daba a entender que la doncella había sucumbido al porte viril y hermoso rostro de mi capitán. Así pues yo debía fingir que creía en aquella farsa burlesca y fue ello mismo lo que hame movido, con la esperanza de así apaciguar mi angustiada consciencia, a llevar a cabo aquesta relación verdadera en mi diario, en cuyas páginas ruego a Dios jamás pose mi capitán sus lúbricos ojos.

Aquí concluía el *Diario íntimo de sir Henry*, excepción hecha de una acotación final, fechada varias semanas después de su regreso a Jamestown, y tan sólo unos meses antes de que se enrolara en la fatídica expedición que remontó la bahía de Chesapeake.

Marzo de 1608. Habiéndose por fin restablecido plenamente su salud, Pocahontas, la hija del emperador, está siempre a las puertas de la ciudad, en compañía de su séquito, inquiriendo por mi capitán. Este la rehúye en la medida de lo posible, bien que en ausencia della dedícale las más altas loas e alabanzas.

Es la verdad que mi capitán teme que su sucia aventura salga a la luz, e yo sospecho que su ánimo hállase desgarrado, incapaz de decidirse entre la resistencia a desposarse con la princesa (merced a lo qual haríala mujer de honra) y el deseo de volver a saciar su lujuria. Pues aunque es cierto que el solo sonido de su voz hace que se me revuelvan las tripas, tanto aborrezco a ese hombre, él, empero, no puede guardar para sí su lúbrica proeza, sino que vese precisado de contármela en secreto al oído, y decirme que la de Pocahontas es la más succulenta flor que él jamás ha deshojado, etcétera.

En cuanto a la princesa, aún sigue a las puertas de la ciudad, triste e pesarosa, y le envía al capitán, por mediación de sus servidores, cestas tejidas a mano en las que se contienen enormes berengenas desecadas...

—¡Cuerpo de Cristo! —exclamó Burlingame al llegar al final—. ¡Vuestra Excelencia, mirad esto!

Nicholson sonrió desde la mesa del tapete verde, donde estaba dando término a su transacción con Sowter.

—¿Nuevas pruebas contra Coode, no es eso?

—¡Coode que se vaya al cuerno! —repuso Burlingame—. ¡Leed esto, señor! ¡Trata del misterioso asunto de la berenjena, del que antes os hablé! ¡Vive Dios, ojalá viniera también la receta! Se trata de algún encausto o afrodisíaco, ¿no te parece, Eben? Lo del tono fogueado de la piel hace pensar en flogosis..., pero, pardiez, ¿en qué consiste el truco? ¡Si lo supiera podría salvar esta provincia miserable!

—¡Espacio, que no te sigo! —protestó Nicholson, tan perplejo como los demás, salvo Ebenezer, pero cuando le explicaron qué contenía el diario, su semblante adquirió expresión de gravedad—. Aun así, sería una aventura arriesgada —dijo, aludiendo a la propuesta de que Burlingame fuera en embajada a la isla de

Bloodsworth—, pero si esta treta de la berenjena sagrada los confunde...

—¡Me puede salir bien! —insistió Burlingame—. ¡Si tuviera la receta, este fin de semana sería rey de los ahatchwhoops! ¡Smith! Nicholson abordó al intrigado tonelero. ¿Dónde está la parte que falta de estos papeles? ¡Os juro que no saldréis vivo de la provincia sin que la recuperemos!

Para sorpresa de Ebenezer, antes de que el tonelero pudiese expresar su perplejidad, habló Joan Toast por vez primera.

—Es inútil amenazarlo —dijo—. No tiene idea de lo que queréis ni de dónde encontrarlo. Yo robé esas páginas y tengo intención de quedármelas.

Burlingame, Nicholson y sir Thomas le imploraron que hiciese entrega de los párrafos que faltaban, o que al menos revelara la treta empleada por el capitán John Smith para resultar vencedor en Virginia; explicaron la gravedad de la situación reinante en la isla Bloodsworth y la estrategia pensada por Henry para anticiparse a la insurrección..., mas no sirvió de nada.

—¡Miradme! —exclamó la muchacha con amargura—. ¡Contemplad los frutos de la lujuria! ¡Desflorada a los doce años, sifilítica a los veinte, muerta a los veintiuno! ¡Maltratada, destruida, violada y traicionada! En el mejor de los casos el destino de la mujer es la desdicha, ¿pensáis por ventura que voy a dar a conocer esa receta mortífera para empeorar las cosas?

En vano juró Burlingame no emplear jamás la fórmula de Smith con propósitos carnales, sino sólo con el fin de probar su identidad ante los ahatchwhoops.

—*Cuando el diablo está enfermo es capaz de prometer meterse a monje* —contestó Joan—. Llegará un momento en que ansiaréis que Anna os dé un hijo, o cualquier otra mujer... ¡Ni siquiera estoy dispuesta a prepararos yo esa vil sustancia!

—¡Entonces en efecto se trata de una poción! —exclamó Henry—. ¿O se trata de alguna suerte de emplasto?

Nicholson dio un bastonazo en el suelo.

—¡Es menester que lo sepamos, muchacha! ¡Dadnos un precio!

Joan se rio.

—¿Pensáis que se puede sobornar a los muertos? No, señor, ya bastante daño hace la *gran sanguijuela macho* por sí sola cuando muere. Aunque un momento...

—De pronto su expresión tornose sagaz, como la de Sowter—. ¿Decís que os dé un precio?

—Dentro de unos límites razonables, claro —afirmó el gobernador—. Lo que pidáis ha de pertenecernos, a fin de que podamos otorgarlo.

—Muy bien, pues —afirmó Joan—. Mi precio es Malden.

—¡No! —exclamó Andrew.

—¡No, por favor! —imploró Ebenezer, para quien hasta aquel momento, la conversación había sido tan embarazosa como para Anna.

—Es un precio alto —comentó Burlingame, mirándola con curiosidad.

—No por perpetrar tan alta traición contra mi sexo —respondió Joan.

Entonces incluso McEvoy se sumó al coro de objeciones.

—¿Pero qué quieres hacer con la heredad, muchacha? —preguntó gentilmente—. De nada te sirve ya. Si hay alguien a quien quieras mantener, tal vez el gobernador pueda ocuparse de ello.

Joan volvió el rostro hacia el irlandés y su expresión se suavizó, bien que no su determinación.

—Sabes tan bien como yo que no hay nadie, John. ¿Por qué lo preguntas? ¿Será posible que te hayas olvidado del principio fundamental del proxeneta? *A una puta se le puede preguntar el precio, pero no sus razones.* Mi precio es la escritura de propiedad del Puntal de Cooke con carácter definitivo; o lo tomáis o lo dejáis.

Nicholson y Burlingame intercambiaron una mirada.

—Hecho —dijo el gobernador—. Redacta los papeles, Tom.

—¡No, por mi fe! —exclamó Andrew—. ¡Va contra la ley! ¡Cuando Smith retiró su reclamación, el título revertió a mí!

—En absoluto —dijo Burlingame—. Revertió a la provincia.

—¡Maldito seáis! ¿A favor de quién estáis?

—A favor de la provincia, por el momento —respondió Henry—. Esas páginas valen por dos Malden.

Andrew amenazó con apelar a los lores comisionados, pero el gobernador no se dejó intimidar.

—Pocas veces he pisado terreno más firme que ahora —dijo—. Cuando adopto una media que persigue la salvación de la provincia podéis apelar al mismo rey, y buena suerte, para lo que vais a salir ganando. ¿Dónde están los papeles, señora Cooke?

Hasta el momento en que oyó aquella forma tan poco familiar de dirigirse a ella, Ebenezer no atisbaba ni por asomo qué motivos podrían animar a Joan. Entonces, de repente, aunque lo único que tenía era un presentimiento, notó que el corazón se le henchía; un hormigueo le recorrió el espinazo.

—¿Dónde están los vuestros? —demandó ella a modo de respuesta, y se negó a moverse en tanto sir Thomas no le hiciera entrega del título de propiedad sobre el Puntal de Cooke. Entonces buscase sosegadamente bajo el corpiño y extrajo un papel firmemente plegado que, después de dárselo a Burlingame para que lo desdoblara, resultaron ser las tres páginas que faltaban del diario.

—¡Diantre, Eben, mira esto! —exclamó Henry—. Joan, ¿puede mirar?

—No soy quién para prohibírselo —dijo la muchacha, sombríamente, y pareció sumirse en su anterior apatía.

Primeramente (*decía el fragmento*) vertió cierta cantidad de agua en el plato de fariña e amasó la mixtura con los

dedos hasta formar una espesa pasta. Puso luego la vasija que contenía el restante agua junto al fuego que el salvaje, en un gesto asaz cristiano, tuvo a bien aderezar para protegernos del frío. Cuando vio que el agua principiaba a levantar vapor y formar burbujas, extrajo del bolsillo (el qual en verdad que debía de ser harto espacioso) diversos ingredientes e agregolos a la pasta. Destos sólo acertaré a nombrar unos pocos, pues no osé descubrirle a mi capitán que mi sueño era fingido; mas luego hube de saber por vía de sus presunciones que tratábase de una receta grandemente preciada para determinado propósito (respecto del qual era yo todavía inocente) por los moros negros del África, de quienes habíalo aprendido. A saber: una cantidad de *madera endurecedora* (es decir, la corteza de aquel árbol, *nux vómica*, de donde obtienen brucina y estrícina los boticarios), dos o tres pimientos secos (que los moros negros denominaban *zozos*), una docena de semillas de pimienta, y otros tantos clavos enteros, uno o dos granos de vainilla, a fin de darme fragancia. Al mismo tiempo hirvió una segunda decocción de agua mezclada con unas gotas de aceite de malva, con un fin que no acerté a imaginar. Conviene decir que todas aquellas distintas hierbas y especias solía llevarlas sobre su persona, no sólo para empleallas en aquella ocasión, sino también al efecto de sazonar sus comidas, pues al cabo de años de luchar contra los moros, aprendió a apreciar los sabores picantes; por cuya razón siempre pedía a los capitanes de navío que le trajeran aquellas especias cuando tocaran puerto en las Indias.

Una vez hobo hecho la pasta y hervía el agua de ambas vasijas, mi capitán ocupose de tajar la berengena, e hízolo de modo harto singular. Pues es costumbre entre las gentes sugetar la berengena e cortalla de un extremo a otro, haciendo finas rodajas. Empero mi capitán extrajo un cuchillo del cinturón y hendió el fruto en sendas mitades, dividiéndolo longitudinalmente. Excavó luego una honda oquedad en cada mitad de tal guisa que cuando juntábalas encajaban como las mitades de un molde de fierro, y el efecto era una honda cavidad cilíndrica en el centro, de tal vez hasta tres pulgadas de diámetro y siete u ocho de longura, pues era una berengena de tamaño inusitado. Todo aquello observándolo yo con curiosidad creciente, mas teniendo siempre cuidado de que no se descubriera que simulaba dormir.

Luego de haber estado cociéndose cierto tiempo los extraños brevajes, retirolos mi capitán del fuego. El primero, en el qual derramara las especias, agitolo y mezclolo con la pasta, hasta que ésta adquirió una consistencia que semejava escayola. Desnudose luego y ante mis intrigados ojos levó las manos al miembro, echando hacia atrás la parte que los hijos de Israel tienen por costumbre ofrecer a Jehová, dejando al aire el bálano carnal. Teniendo así desnudo el miembro (al qual los poetas comparan con la serpiente que tentó a Eva en el paraíso), aplicole la escayola y encajolo entrambas mitades de la berengena. Ansí dejolo por espacio de varios minutos, a pesar del grande dolor que necesariamente había de sentir, por causa de todas la especias y demás cosas picantes que en la receta había. Su rostro retorcíase e contorsionábase como si hubiera expuesto directamente al fuego la verga, e cuando por fin quitose la berengena e lavose los restos de escayola con la poción de aceite de malva, pude apreciar fácilmente que tenía en verdad chamuscadas sus partes. Además parecía reacio a tocarse por miedo al dolor que pudiere sobrevenille.

Ahora bien, aunque era aquél un espectáculo que distaba mucho de ser edificante para un hombre de recta conciencia y altas virtudes morales, intereseme sobremanera en él, tanto en razón de mi natural curiosidad como para mesurar por mí mesmo los abismos de depravación en que era capaz de sumirse mi capitán. Y es que al buen cristiano puede serle grato el someterse al estudio de la perfidia, para así congratularse (ello sin desembocar en orgullo pecaminoso) con el contraste entre el mal y la propia rectitud. Ello por no decir nada de una verdad de la que han dado testimonio Agustín e otros padres de la Iglesia: que la virtud verdadera no se sustenta en la inocencia sino en el pleno conocimiento de las artes sutiles de los dimoños.

Así concluía el fragmento, tras el cual sir Henry caía en un sueño involuntario del que era bruscamente despertado.

—¡Ya puedo hacerlo! —musitó Burlingame—. ¡Es cuanto necesito!

Ebenezer apartó la mirada, alterado no sólo por la narración, sino por otras imágenes más inmediatas. Reparó en que también Anna, aunque ella no había leído el diario, era consciente del significado del mismo: tenía la mirada gacha y las mejillas incendiadas.

—Pues muy bien —dijo el gobernador, levantándose de su asiento—. Creo que nuestra misión ha concluido, Tom. Llévate de mañana a esos bergantes en mi barco y

ocúpate de que los trasladen a Pensilvania.

Los demás también se movieron.

—¡Bueno, maese Laureado! —Sowter sonreía con sorna al otro lado de la estancia—. ¡Se acabó la partida y seguís tan pobre como san Gil!

Andrew soltó una maldición y Nicholson, incómodo, arrugó el entrecejo.

—Os equivocáis, Dick Sowter —dijo Joan desde el diván. Al punto todos se volvieron hacia ella.

—Me queda poco tiempo de vida —dijo—, y cuando la esposa muere sus propiedades pasan a ser del marido.

Andrew se quedó boquiabierto.

—¡Por vida de! ¿Has oído eso, Eben?

Todos menos Sowter y Smith se regocijaron cuando la muchacha desveló sus razones. Ebenezer corrió a abrazarla y Andrew lloró de alegría.

—¡Muchacha espléndida! ¡Roxanne, esta mujer es una santa!

Pero Joan apartó el rostro.

—Sólo subsiste un peligro, que yo alcance a ver —dijo—. Como ya he dicho aquí hoy, un falso matrimonio como el nuestro puede ser declarado nulo, y mi donación disputada ante los tribunales..., puesto que aún ha de ser consumado.

El silencio se adueñó de los presentes; los gemelos retrocedieron, espantados.

—¡Santo cielo! —susurró Roxanne, y cogió a Andrew del brazo. Burlingame estaba fascinado.

El tonelero se rio desabridamente.

—¡Cuerpo de tal! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Habéis oído a la moza, Sowter? ¡Es la auténtica ramera de Babilonia, y Cooke tiene que holgar con ella para recuperar su heredad! ¡Oh, ja! ¡Yo no la tocaba ni con un tallo de tabaco!

—Hijo mío... —A Andrew le costaba trabajo dirigirse a su hijo—. Tiene... la enfermedad social, ya sabes..., y aunque Malden me es tan cara como mi propia vida, nunca te juzgaría mal si tú...

—Un momento —interrumpió Burlingame—. Te contagiará la sífilis, Eben, pero no morirás por ello, creo yo: a lo mejor son simplemente unas malas purgaciones y no el mal francés. Pardiez, muchacho, estando en juego Malden...

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Carece de importancia, Henry. Cuanto ha hecho Joan, lo ha hecho por mí, por causa de nuestro desventurado amor. Ahora poco se me da de mi legado, salvo que es mi deber ganarlo. Lo que ansío es *expiar* mis culpas: la redención de los pecados que he cometido contra esa muchacha, contra mi padre, contra Anna, incluso contra ti, Henry...

—¿Qué pecados? —protestó Anna, situándosele al lado—. ¡De todos los hombres del planeta, Eben, eres el más libre de pecado! ¿Qué crees que arrastró a Joan a

recorrer medio globo, padecer los horrores que ha padecido, sino esa cualidad que hay en ti y que me ha impedido buscar a otros hombres y casi hace a Henry caer en extraños extravíos...? —Enrojeció, dándose cuenta de que había hablado demasiado—. Eres el mismo espíritu de la inocencia —acabó diciendo, sosegadamente.

—Ese es el crimen de que se me acusa —replicó su hermano—, el crimen de la inocencia, cuyo peso han de soportar los que alcanzan la sabiduría. Ese es el verdadero pecado original que todos llevamos en el alma cuando nacemos: Adán no lo *aprendió*, sino que *tenía* que aprenderlo..., en una palabra, que era inocente.

Sentóse en el borde del diván y cogióle la mano a Joan.

—En cierta ocasión yo me confesé de ese pecado ante esta muchacha y luego lo enmendé abandonándola. Pase lo que pase, me alegro de tener una segunda oportunidad de ser absuelto.

—¡Diantre! —dijo McEvoy—. ¿Te propones hacerlo?

—Sí.

Anna le echó las manos alrededor del cuello y rompió a llorar.

—¡Cuánto te quiero! Viviremos los cuatro aquí, y si Henry no se queda en la isla de Bloodsworth... —Le falló la voz; Burlingame la apartó del diván, gentilmente.

Ebenezer le besó la mano a Joan hasta que la muchacha volvió hacia él los ojos macilentos.

—Estás cansada, Joan.

Ella cerró los ojos.

—No te puedes imaginar cuánto.

Ebenezer se levantó, aún sosteniéndole la mano.

—Todavía no estoy lo bastante fuerte como para llevarte a nuestra cámara... —Miró en derredor, torpemente, mientras las facciones le bailaban. Todas las mujeres lloraban; los hombres o movían la cabeza, como McEvoy y el gobernador, o hacían muecas, como Andrew, o estaban ceñudos y resentidos, como Smith y Sowter.

—¡Reclamo el honor! —exclamó Burlingame, rompiendo el hechizo. Todos se movían, tratando de encubrir el azoramiento general: Andrew y John McEvoy se dedicaron a reconfortar a sus mujeres; sir Thomas y el gobernador juntaron sus papeles y pidieron tabaco; Smith y Sowter, acompañados del ujier, salieron de la estancia.

Burlingame alzó a Joan en brazos.

—¡Buenas noches a todos! —dijo, alegremente—. ¡Andrew, decidle a la cocinera que mañana queremos un desayuno nupcial! —Mientras la conducía hacia el zaguán añadió, riéndose—: ¡Ved cuán lejos llegan los caídos para aumentar su número! Ven, Anna, esta misión requiere una dama de compañía.

Anna se ruborizó, cogió a Ebenezer del brazo y los gemelos subieron las escaleras en pos de su tutor, que iba riéndose para sus adentros.

—¡Pues muy bien! —decía la voz de su padre en el salón—. ¡Hay mucho que beber, damas y caballeros! —Y dirigiéndose a la invisible criada que estaba en la cocina, dijo—: ¿Grace? ¡Grace! ¡Voto a tal, Grace, traenos una barrica de ron!

CUARTA PARTE: EL AUTOR SE DISCULPA ANTE SUS LECTORES: EL LAUREADO COMPONE SU EPITAFIO

Con el fin de evitar que cierta variedad enojosa de anticuarios de mente retorcida alegue que el autor de esta larga historia se ha permitido la licencia de jugar con Clío, su musa, con mayor desenvoltura y apresuramiento de los que jamás osó hacer gala el capitán John Smith, el cronista da por adelantado tres valiosas respuestas, que expone en orden de relevancia decreciente. Conviene en primer lugar recordar, como hizo notar el propio Burlingame, que, en mayor o menor medida, todos vamos inventando nuestro propio pasado sobre la marcha, obedeciendo a los dictados del capricho y del interés; los acontecimientos de los tiempos ya pasados son en el momento presente arcilla que, querámoslo o no, todos estamos condenados a modelar. Así es como el ser nos hace a todos positivistas. Más aún, la mentada Clío era ya una ramera taimada y con el cuerpo cubierto de cicatrices cuando el autor dio con ella; con gente de su estirpe, hácese precisa la habilidad del más sutil de los sofistas, si se quiere dirimir quién seduce y quién es seducido. Pero si a pesar de todo, la tribuna pública lo encuentra culpable de haber realzado las escasas virtudes de las que pudiera jactarse nuestra ramera, entonces el autor súmase con placer a la más grata compañía que cabe imaginar, la de sus camaradas de fornicio, entre cuyas filas se encuentran los más egregios representantes de la poesía, la prosa y la política; el ser condenado por semejante Tribunal y bajo semejante acusación, digámoslo sumariamente, honra por igual al artista y al producto de su arte, que alcanzan así un honor del mismo orden y magnitud que el ser incluido en el *Index librorum prohibitorum*^[53] o vetado por los guardianes de la moral establecida.

Esto por lo que se refiere a las pretensiones antagónicas de la realidad y la imaginación, las cuales el artista, al igual que el gobernador Nicholson, puede atropellar con notoria impunidad. Sin embargo, cuando las reclamaciones de los litigantes afrontan una cuestión de forma más que de sustancia, se plantea un dilema del que pocos narradores escapan indemnes. Tal es la difícil situación en que se encuentra en estos momentos atrapado el autor, como bien puede juzgar quien esto lee.

Las peripecias de Ebenezer han sido contadas; las leyes del dramatismo no exigen más que su aceptación de las condiciones impuestas por Joan Toast, cuyas diversas repercusiones están claras. Lo demás es baladí: las escaleras que cuando sube llévanlo a la cámara nupcial, condúcenle cuando las baja por la veloz pendiente del desenlace. Sin embargo, desde un punto de vista histórico, queda tanto por contar — todo ello basado en débiles datos y una sólida fantasía— que al autor no le queda más remedio que, a riesgo de recibir unas buenas *cornadas*,^[54] reanudar la narración,

confiando en que el lector esté lo bastante interesado por el destino de los gemelos, su tutor, Bertrand Burton y todos los demás como para saciar la curiosidad a expensas de la forma...

El convencimiento de Andrew Cooke (expresado innumerables veces en el transcurso de la noche, mientras daban cuenta de la barrica, y luego por la mañana, durante el desayuno nupcial) de que sobre los problemas de todos se había puesto el sol para siempre, y cuando volviera a salir, haríalo no sólo sobre una familia más próspera y feliz, sino también sobre una provincia más noble y venturosa, no coincidió (¡ay!) ni mucho menos con los avatares históricos. A decir verdad, con la posible excepción de William Smith, tonelero, y del capitán Mitchell, traficante de opio (quienes no mucho después desaparecieron del escenario amparados por Clío, sin que se haya vuelto a saber nada de ellos hasta el día de la fecha), no puede decirse que la vida de ninguno de nuestros personajes llevara la impronta de la dicha; algunos, no se puede negar, llevaron a partir de entonces una vida mucho más sosegada; a otros, sin embargo, fueles peor, y unos cuantos tuvieron un fin harto prematuro.

Tom Tayloe, por ejemplo, el corpulento tratante de siervos, fue librado de su propia servidumbre en Malden en cuanto prometió no formular acusación ninguna contra McEvoy; habría cabido esperar que su experiencia lo llevara a comercios menos deshonrosos, pero al cabo de una semana estaba nuevamente dedicado a la venta de redencionistas por todo el condado de Talbot, y unos años después murió estrangulado en la isla de Tilghman por una de las personas en quienes había invertido su dinero, un gigante escocés que compartía plenamente la pasión de McEvoy por la libertad, pero ninguno de sus muchos recursos. No fue más afortunado Ben Spurdance, «el hombre que no tenía nada que perder»: Andrew lo descubrió en la cárcel de Annapolis, cumpliendo condena por un hurto sin importancia, y lo devolvió a su antiguo cargo de capataz de los campos de tabaco del Puntal de Cooke, pero el vagabundeo y la desesperación lo habían debilitado tanto que, al invierno siguiente, una fiebre intermitente lo despojó de lo único que no había perdido aún.

Del coronel Robotham, que sucumbió a la misma enfermedad el mes de abril de 1698, cabría decir que la vida no le adeudaba más años; pero ¿quién no se lamentará de que al final de su viaje se topara no con la desgracia (que cuando es completa puede ser tan reconfortante como el triunfo), sino con el oprobio? Colaborador de la revolución del 89 y miembro del Consejo Provincial durante el ejercicio de los dos gobernadores reales de Maryland, huyó cobardemente a Inglaterra, en compañía de otros cuatro estadistas tan versátiles como él en 1696, cuando Nicholson procesó judicialmente a su antiguo superior. Para mayor humillación, Lucy nunca encontró marido. Su retoño, una niña, nació como había sido concebida, fuera del vínculo

matrimonial, y lo crió la viuda del coronel en la heredad de éste. La propia Lucy fue alejándose progresivamente de la respetabilidad: tras abandonar a su hija, vivió en Port Tobacco sin ocultar su condición de querida de su seductor, el reverendo señor Tubman, hasta que en 1698 dicho caballero y su colega, el reverendo Peregrine Cony, fueron suspendidos de sus cargos por el obispo, acusados de embriaguez habitual, juego y bigamia. De la vida que llevó ella a partir de entonces nada se sabe a ciencia cierta, pero resulta descorazonador saber que en la taberna de Russecks (la cual cuando se pusieron a la venta los bienes de Roxanne, fue adquirida por Mary Mungummory, que se ocupaba de su gestión junto con Harvey Russecks) hubo una prostituta joven que gozó de cierta fama entre los tramperos del bajo Dorset en virtud de «la osa que le adornaba la grupa». ¿Es posible que pudiera tratarse de una Osa Mayor configurada por pecas?

Por lo menos el coronel se ahorró la ardua labor de conseguir una segunda anulación matrimonial para su hija, por cuanto que la misma fue viuda antes de madre. El pobre Bertrand, tras aquella hora de lucidez final ante Ebenezer, sumiose en un prolongado delirio, en el transcurso del cual aceptó ser adorado por el «buen san Drakepecker», fue nombrado Laureado de la isla de Brandon, y dedicose a desflorar harenes poblados de Betsys Birdsall y Lucys Robotham. Cayó luego en coma; Burlingame y un médico trataron en vano de hacerle recuperar la conciencia, y tres días después murió en su lecho de Malden. Ebenezer se entristeció profundamente con su muerte, no sólo porque se sentía hasta cierto punto responsable de la misma, sino también porque las penalidades que habían padecido juntos habíanle hecho concebir un profundo afecto por su «consejero»; no obstante, al igual que la escarlatina puede curar a un hombre de los «vapores», así el dolor que causó en Ebenezer la pérdida de Bertrand viose eclipsado por otra mucho más dolorosa, que tuvo lugar a renglón seguido: Joan Toast, como todo el mundo esperaba, sucumbió antes de rendir el año (la segunda noche de noviembre, para ser exactos), mas no acabaron con ella ni el opio ni la sífilis. Sin estos dos males, a buen seguro que habría sobrevivido; la sífilis y el opio derrumbáronla y dejáronla desaborlada, pero el *coup de grâce* (merced a una de esas monstruosas ironías de la vida que en cierta ocasión llevaron a Ebenezer a decir que la vida era como un dramaturgo que carece de pudor) lo recibió cuando dio a luz una criatura. Esta es la historia:

Tras aquella velada en cuyo transcurso Joan recuperó el Puntal de Cooke para dárselo a Ebenezer (y acabar con nuestra historia), tuvo lugar un éxodo general cuyo punto de partida fue Malden. El gobernador Nicholson, sir Thomas Lawrence, William Smith y Richard Sowter hiciéronse al día siguiente a la mar, rumbo a Anne Arundel, y los milicianos se fueron cada uno por su lado; Burlingame se quedó hasta que no le fue posible hacer más por Bertrand, tras lo cual partió, solo, a la isla de Bloodsworth, con la promesa de volver en primavera y casarse con Anna, unión que

gozaba del consentimiento del padre de la muchacha. John McEvoy y Henrietta, a quienes Andrew también impartió sus bendiciones, contrajeron matrimonio poco tiempo después en el salón de Malden (para gozo lacrimógeno de la cocinera parisiense) y zarparon rumbo a Inglaterra en cuanto fue legalizado el testamento de sir Harry; además, en contra de las suposiciones generales, Roxanne se fue con ellos, bien porque su antiguo amor por Andrew no bastó para borrar el agravio sufrido, bien porque se consideraba demasiado entrada en años como para meterse en nuevos compromisos, bien porque su vida con el bruto del molinero le había dejado huellas muy profundas, bien por alguna razón más difícil de colegir. Andrew los siguió, dejando Malden al cuidado de su hijo y de Ben Spurdance, y a los gemelos les fue grato suponer que Roxanne, al fin y al cabo, tenía intención de casarse con su padre, aunque no sin antes pagarle con la misma moneda. No obstante, si efectivamente Andrew albergaba esperanzas de acabar rindiéndola, éstas no se vieron nunca satisfechas: con los beneficios obtenidos de la venta de sus propiedades, Roxanne se dedicó a viajar por Europa en compañía de su hija y de su yerno. McEvoy hizo gestiones para estudiar música con Lotti en Venecia, mas al parecer acabó perdiendo interés por el arte de la composición; Henrietta y él llevaron una vida desocupada y sin descendencia hasta 1715, fecha en que el matrimonio, junto con Roxanne y otras cincuenta almas, se embarcó en el Pireo, a bordo del *Duldoon*, con destino a Cádiz, sin que jamás se volviera a saber de ellos.

Así pues, en primavera todo el mundo se había ido de Malden salvo los gemelos y Joan Toast, y una apacible rutina se adueñó de la vida en la heredad. Ebenezer contrajo efectivamente la enfermedad de su esposa, y aunque era virtualmente incurable, logró mantenerla controlada por medio de ciertas hierbas y fármacos que le había proporcionado Burlingame antes de irse, de modo que, al menos de momento, tan sólo padecía unas ligeras molestias. Después de las dos primeras semanas, Joan estaba demasiado delicada de salud para poder mantener relaciones físicas con su marido. Los tres ocupaban la mayor parte del tiempo entre la lectura, la música y otras actividades apacibles. Los gemelos estaban tan unidos como en Saint Giles, con la única diferencia de que su relación era tácita; los aspectos oscuros y heterodoxos que encerraba el afecto que se profesaban, y que tanto los había alarmado en el pasado reciente, los ignoraban como si jamás hubieran existido; a decir verdad, un simple espectador de la vida que llevaban habría podido muy bien llegar a la conclusión de que todo había sido una invención de la fantasía de Burlingame; pero un observador más sofisticado (o más cínico, si se prefiere) habría alzado una ceja al ver cómo se regodeaba Ebenezer cuando confesaba sus antiguas dudas respecto de la buena voluntad de Henry y el entusiasmo con que ahora proclamaba que Burlingame era «más que un amigo; incluso más que un futuro cuñado: es mi *hermano*, Anna, sí, y lo ha sido desde el primer momento». Y ese mismo cínico ¿acaso no se habría

permitido una sonrisa al ver la tímida devoción que le profesaba Anna a la inválida Joan, a quien ayudaba a lavarse y vestirse cada mañana?

Pasó el equinoccio. En abril, fiel a su palabra, apareció Burlingame en Malden, convertido en ahatchwhoop a los ojos del mundo por su atuendo y su peinado, y anunció que, gracias al espectacular efecto de la berenjena mágica (la cual, debido a la época del año, sustituyó por una calabaza india, su expedición había sido en gran medida un éxito; estaba inequívocamente enamorado de su recién hallada familia, y sumamente impresionado por Quassapelagh y el capaz Drepacca, cuyas relaciones, añadió, había deteriorado satisfactoriamente. Confiaba en poder aventajarlos, pero no estaba tan seguro con respecto a su hermano: Cohunkowprets, sediento de sangre, tenía la ventaja de que su piel era cobriza, y el problema de su derrocamiento se complicaba debido al gran cariño que le profesaba Burlingame. Su trabajo, concluyó diciendo Henry, aún no estaba terminado; había sembrado las semillas de la disensión, pero después de casarse con Anna se vería en la obligación de volver a la isla durante el verano, a fin de cultivarlas adecuadamente.

Su aparición rompió el plácido tenor de la vida en Malden. Anna había ido poniéndose cada vez más nerviosa, desde la llegada de la primavera, y ahora parecía estar al borde de la histeria: no era capaz de estarse quieta en su asiento ni permitía un momento de sosiego en las conversaciones; su estado de ánimo era tan mudable como la faz de las aguas de Chesapeake, sólo que en Anna los cambios eran más frecuentes y menos predecibles; un comentario escabroso (como cuando Ebenezer dijo que había visto unas calabazas indias en la cabaña que tenía Spurdance en la heredad) bastaba para hacer que saliera de la habitación llorando, y otras veces le daba por gastarle bromas nada gratas a su hermano a costa de la infección que padecía, y daba en especular, haciendo gala de un mal gusto deplorable, sobre los efectos que podía tener el emplasto de berenjena sobre la misma. Burlingame observaba su comportamiento con gran interés.

—¿De verdad que te quieres casar conmigo, Anna? —preguntó por fin.

—¡Naturalmente! —dijo ella con énfasis—. Pero he de reconocer que prefiero aguardar hasta el otoño, cuando hayas acabado para siempre con los salvajes.

Henry le dirigió una mirada a Ebenezer.

—Como quieras, amor mío. Entonces creo que me iré mañana. Como se suele decir *cuanto antes se parte, antes se regresa*.

A Ebenezer le habría resultado en extremo difícil mantenerse ajeno a lo que sucedió en el intervalo entre esta conversación, que tuvo lugar durante el desayuno, y la partida de Burlingame, veinticuatro horas después; la misma determinación con la que desterró aquel pensamiento de su mente (con lo cual logró que volviera a ella de modo recurrente, cada vez con mayor fuerza) inclina a creer que era consciente de aquella posibilidad: la súbita necesidad que tuvo de ayudar a Spurdance a

inspeccionar las plantaciones inclina a creer que lo aprobaba; y el hecho de que no fuera capaz de dormir aquella noche, ni siquiera con algodón en los oídos y tapándose con la almohada, inclina a creer que sospechaba qué había ocurrido. Anna no salió del dormitorio a la mañana siguiente, y el poeta se vio obligado a despedir a su amigo en nombre de los dos.

—El otoño se me antoja infinitamente lejos —comentó por fin.

Henry sonrió y se encogió de hombros.

—No para los que ya han caído —respondió—. Adieu, amigo mío, pareceme que a la postre acabará por cumplirse la profecía del papa Clemente.

Aquellas fueron las últimas palabras que dirigió al poeta, no sólo aquel día y aquella estación, sino siempre. Más avanzado el día, Anna afirmó tener miedo de que Burlingame se quedara con los ahatchwhoops toda la vida, y mucho tiempo después (en 1724), confesó que había sido ella quien le había pedido que no volviera, pues quería dedicarse, literal y exclusivamente, a cuidar de su hermano. En todo caso, a menos que fuera efectivamente verdad cierta fantasía de los últimos años de Ebenezer, jamás volvieron a ver a su amigo ni supieron nada de él. Ya fuera por obra de sus esfuerzos o no, la gran insurrección no se materializó, aunque en 1696 parecía algo tan inminente que Nicholson aumentaba las penas por sedición casi cada mes; incluso los leales piscataways, que habían dado de comer a los primerísimos colonos, en 1634, estaban tan alterados (había quien decía que era obra de Andros, el gobernador de Virginia) que abandonaron sus poblados del sur de Maryland y se trasladaron a las montañas del oeste con su emperador (Ochotomaquath), donde o bien murieron de hambre, pues eran más agricultores que cazadores, o se asimilaron a las tribus del norte. Las cinco grandes naciones, gracias a los esfuerzos de monsieur Casteene, el general Frontenac y tal vez también Drepacca, dejaron a los ingleses y se pasaron todos a las filas francesas; sin duda alguna, las masacres de Schenectadys y Albany se habrían visto multiplicadas en las provincias inglesas de no haber estado divididos los grandes conspiradores de la isla de Bloodsworth. El mismo hecho de que Nicholson jamás reuniera fuerzas con ánimo de lanzar un ataque contra la isla da a entender que el gobernador mantenía contacto con Henry Burlingame y que tenía depositada en él una gran fe; hacia finales de siglo el lugar era un conjunto inhabitable de ciénagas, al igual que hoy día. Es de suponer que los ahatchwhoops, bajo el mando que fuera, emigraron a Pensilvania, al igual que los nanticokes, y que durante algún tiempo se sumaron a las cinco naciones. Sobre los destinos finales de Quassapelagh, Drepacca, Cohunkowprets y Burlingame, la historia guarda silencio.

Mas pese a la partida del extraordinario amigo de los gemelos, la vida en Malden jamás recobró su antigua serenidad. Anna estaba siempre muy nerviosa; más adelante, en el mes de mayo, hízose patente que durante la breve cohabitación que mantuvieron tres meses antes, Joan Toast había quedado embarazada de su marido. El

asunto era sin lugar a dudas grave, pues si el feto sobrevivía hasta el momento del parto, éste acabaría a buen seguro con la vida de la madre, y en cualquier caso, el niño nacería contagiado; así pues, pese al súbito y apasionado deseo de ser padre que se adueñó de él, y que sentía con una intensidad que lo asustaba, Ebenezer se vio obligado a elevar plegarias, pidiendo que tuviera lugar un aborto espontáneo. Pero no sólo sus plegarias no obtuvieron respuesta, como si se tratara de un castigo por haberlas formulado, a mediados del verano Anna confesó que también ella se encontraba en estado de buena esperanza, y fueron precisos todos los recursos retóricos del poeta para convencerla de que no pusiera fin a su vida.

—¡Soy... soy una *mujer caída*! —se lamentaba Anna, fascinada por el término—. ¡Enteramente cubierta de oprobio!

—Así es —decía Ebenezer, conviniendo en ello—. ¡Y otro tanto se puede decir de mi desde que llegué a Maryland! ¡Es menester que desposemos tu vergüenza con la mía, de lo contrario te seguiré a la tumba!

Así fue como Anna quedó relativamente recluida en Malden, mientras entre la servidumbre y los plantadores vecinos corrían libremente las historias más escandalosas. En una ocasión Ebenezer regresó de Cambridge con el rostro de color ceniza y dijo:

—Dicen que yo os he dejado embarazadas a las dos.

—¿Qué esperabas? —repuso Anna—. No saben nada de Henry, y es poco verosímil que el señor Spurdance sea mi amante.

—¿Pero por qué *yo*? —exclamó Ebenezer—. ¿La gente es tan mal pensada por naturaleza? ¿O es que Dios nos castiga cubriéndonos de oprobio como si efectivamente hubiéramos hecho lo que...?

Anna sonrió lúgubrementemente al ver a su hermano tan afectado.

—¿... lo que siempre nos ha hecho sonrojarnos con tan sólo soñarlo? Puede que sí, Eben; pero de ser así su sentencia tiene numerosos precedentes. Es la duda universalmente extendida entre salvajes y campesinos, los cuales se preguntan si los gemelos de sexo opuesto no habrán pecado en el útero. ¿Te parece que iba a ser fácil que nos consideraran inocentes ahora?

Pero al parecer no existe ignominia, por monstruosa que sea, a la que uno no se acabe acostumbrando con el paso del tiempo: nadie iba de visita a Malden, y las relaciones de Ebenezer con la servidumbre y con los trabajadores de la plantación se tornaron formales, pero ni él ni Anna volvieron a hablar de suicidio, ni siquiera cuando empezó a ser evidente que Burlingame no iba a regresar. En noviembre murió Joan Toast, así como la niña que dio a luz, pues el feto nació en una posición tan mala que hubiera acabado incluso con una mujer mucho más fuerte. Desolado, Ebenezer enterró los dos cadáveres a orillas de la bahía, junto a su madre. En enero Anna salió de cuentas: el breve parto dio comienzo a altas horas de la noche, y en ausencia de

asistencia profesional, dio a luz un varón sano con la ayuda de Grace (que tenía cierta experiencia como comadrona) y del poeta mismo. Como era muy remota la posibilidad de que Andrew Cooke fuera a regresar alguna vez a Maryland o que una tercera persona le fuera a contar el escándalo, Ebenezer pensó que lo mejor era no empañar la vejez de su padre con la verdad. En lugar de ello, escribió diciendo que pese a haber expirado al dar a luz, el niño (a quien habían dado el nombre de Andrew III) de Joan había sobrevivido y se ocupaba de su crianza Anna. No es necesario decir que el anciano no cupo en sí de gozo.

Aquella invención, una vez arraigada, ejerció un profundo efecto sobre Ebenezer y su hermana. Pese a la vergüenza que sentía, Anna parecía sobremanera dispuesta a la maternidad, en cuerpo y ánimo: durante los meses de embarazo adquirió gran lozanía; el parto fue fácil; sus pechos estaban ahora rebosantes de leche, y por más que se lamentaba, el hijo era su mayor alegría, como era ella para él. Los cuidados maternos que prodigaba la habían robustecido, y tenía las mejillas llenas de color. Al niño le impusieron en efecto el nombre de Andrew, y empezaron a pensar en irse de Malden para siempre en cuanto fuera factible «por el bien del niño...».

Pero esto nos lleva al final de la historia, y será menester hacer una digresión momentánea antes de llegar al mismo si queremos conocer el destino del archimalvado John Coode, el del despierto gobernador que lo procesó, así como la gran cruzada que lanzó lord Baltimore a fin de recuperar se cédula de propiedad sobre Maryland, que le había sido confiscada por el rey Guillermo.

Vamos, pues, con Coode, de quien Nicholson decía que era «un Ferguson en miniatura en lo tocante al ejercicio del gobierno, y un seguidor de Hobbes, en materia de religión»: ya en noviembre de 1694, estando Ebenezer enfermo y languideciente en Malden, el gobernador solicitó un informe sobre las apropiaciones de fondos públicos hechas por Coode, tras lo cual lo acusó, entre otros delitos, de haber aceptado una donación ilegal por valor de cuatro mil libras de tabaco, efectuada por la Cámara Baja como pago a los servicios prestados durante la rebelión; de haber robado las actas de sus tribunales de justicia criminal correspondientes a 1691; de haber malversado fondos públicos por la cantidad de quinientas treinta y dos libras, dos chelines y nueve peniques en calidad de presidente de la Sociedad Protestante (ello sin mencionar otras cuatrocientas libras en calidad de recaudador general del Potomac y otras setecientas más en letras de cambio como recaudador del río Wicomico); de haberse hecho pasar por cura papista y por reverendo anglicano; de haber conspirado contra el rey y contra el gobernador a un tiempo, y de haber blasfemado contra el Padre, contra el Hijo y contra el Espíritu Santo. En julio de 1696, basándose en la fuerza de las pruebas recientemente obtenidas, Nicholson instruyó proceso contra Coode y tomó declaración a diversos funcionarios y ciudadanos respecto de las diversas acusaciones, por lo que la presa huyó a Virginia,

donde se acogió a la protección de Andros. Desde allí (según los rumores, ya que pocas personas afirmaban haberlo visto con sus propios ojos) estableció contacto secreto con sus gentes, en especial con Gerard Slye y Sam Scurry, al primero de los cuales le pidió que publicara una «relación de cargos» contra Nicholson, para hacérsela llegar a los lores de la judicatura de Londres. En dicha relación se formulaban contra el gobernador toda suerte de acusaciones, desde que era papista hasta que ejercía prácticas contra natura, pasando por el asesinato de un tal Henry Dentón, secretario del Consejo y «testigo material de sus fechorías». A pesar de los problemas que tuvo con los corsarios en la bahía, con los franceses en las fronteras y con los indios en toda la provincia, amén de las diversas epidemias y epizootias a las que hubo de enfrentarse, Nicholson logró fundar durante su ejercicio un colegio universitario en Anne Arundel (que había cambiado su nombre por el de *Annapolis*), defenderse de las acusaciones de Slye y, por último, en el verano de 1698, dio la orden de que zarparan dos buques con una dotación total de cien hombres y el encargo de apresar a Coode y Slye, que operaban en el río Potomac. Fue capturado el menos importante de los dos, y llevado ante la justicia, y lo primero que hizo fue alegar que actuaba coaccionado por su superior; pero el propio Coode eludió la trampa.

Resulta doloroso comprobar que al llegar a aquel punto estas cuestiones le fueron quitadas de las manos al enérgico gobernador. En una acción que tenía por fin resolver numerosos problemas de una sola vez, Su Majestad nombró a Nicholson gobernador de Virginia en sustitución de su viejo rival, sir Edmund Andros (que había perdido el favor real por sus ataques contra el doctor Blair, miembro del William and Mary College), el cual fue degradado, pasando a ocupar un gobierno de escasa entidad en las Antillas. En enero de 1699 (1698 según el calendario antiguo) tuvo lugar la transferencia, y casi simultáneamente se tuvo noticia de que Coode había regresado triunfalmente al condado de Saint Mary. Hubo quienes dijeron que se había equivocado al juzgar a Nathaniel Blackiston, sucesor de Nicholson y sobrino del cuñado del propio Coode, puesto que de hecho Blackiston lo arrestó en mayo de aquel mismo año; otros sostenían que semejante rasgo de ingenuidad era impensable en un conspirador tan astuto. Se trataba de mera colusión, afirmaban estos últimos y su cinismo parece justificado si se tiene en cuenta que en julio del año siguiente Coode fue perdonado y puesto en libertad a petición propia, y en 1708 se le autorizó fehacientemente el ejercicio profesional de la ley en el Tribunal del condado de Saint Mary. Hubo otro punto de vista menos cínico y más sutil, y fue el que le expuso Ebenezer Cooke a su hermana por aquel entonces: no se había encontrado ni rastro ni se había oído la menor alusión al capitán Scurry, señaló el poeta, desde que dio comienzo el juicio contra el capitán Slye. ¿No era perfectamente posible que el hombre arrestado y perdonado bajo el nombre de Coode fuera el mismo Scurry, tanto

si era cierto que estaba en convivencia con Blackiston como si no? Ebenezer así lo creía y, consiguientemente volvía a una cuestión más elemental: ¿existía de hecho el «verdadero» John Coode al margen de sus diversas apropiaciones de personalidad, o se trataba de una mera ficción, obra de sus supuestos colaboradores y que tenía por fin desviar sus responsabilidades, al igual que los financieros incorporan entidades de responsabilidad limitada cuya finalidad es respaldar sus aventuras comerciales?

Sea como fuere, se sabe que John Coode no alcanzó jamás los grandes objetivos que se le atribuyeron, como tampoco los alcanzó el tenebroso personaje que supuestamente era el otro polo de la moral, lord Baltimore..., al menos mientras vivió, y es que, por muy ambiguos que fueran los procedimientos y motivos de Charles Calvert, suponiendo que tal personaje existiera (y suponiendo que Burlingame no diera una visión distorsionada del mismo), es de suponer cuando menos que tenía un extraordinario interés por recuperar los derechos de propiedad que su familia tuviera sobre Maryland. Dado esto por supuesto, lord Baltimore debió de morir en 1715, doblemente decepcionado, pues no sólo estaba Maryland bajo la autoridad del sexto gobernador real, sino que su hijo y heredero, Benedict Leonard Calvert, había abjurado del catolicismo a favor de la Iglesia de Inglaterra dos años antes, a expensas de su renta anual de cuatrocientas cincuenta libras. Fue, no obstante, aquella misma defección, lo que dio lugar a un cambio rápido y dramático en la fortuna de la familia: Charles Calvert murió el veinte de febrero, y el descastado Benedict Leonard se convirtió en el cuarto lord Baltimore; pero menos de dos meses después, el cinco de abril, fallecía el propio Benedict, y heredó el título su hijo de dieciséis años, que también se llamaba Charles. Ahora bien, el quinto lord Baltimore no sólo era protestante al igual que su padre, sino que era por añadidura un cortesano apuesto y disoluto, tan respetado en la casa real por sus habilidades como proxeneta y conspirador que con el tiempo llegó a ser nombrado camarero del príncipe de Gales. Con tal despliegue de méritos a su favor, le llevó exactamente un mes lo que su abuelo no logró en veinticinco años; en mayo de 1715, Su Majestad Jorge I le devolvió la cédula de propiedad de Maryland, con los privilegios monárquicos originarios casi intactos.

Estas maravillas, piensa el autor, son de por sí evidencia suficiente para declarar a doña Clío convicta del cargo de desvergüenza que en cierta ocasión formulara contra ella nuestro poeta. ¿Qué puede uno pensar si no cuando ve a este mismo joven Baltimore ofrecerle en 1738 a Ebenezer Cooke un legítimo nombramiento que lo acredita como Poeta Laureado de Maryland? «¡Por Hécuba!», como solía decir nuestro poeta. O, a la manera de sus híbridas metáforas: ¡hundamos la farsa en sus profundidades finales y que se oiga caer el telón!

En primer lugar, es menester que el lector sepa que tras el estallido de inspiración que le llevó, durante su convalecencia en Malden, el invierno de 1694, a componer no

la prometida *Marylandíada*, sino una exposición en verso hudibrástico de los males que le habían acaecido, Ebenezer no volvió a escribir poesía por espacio de treinta y cuatro años. Dirimir si aquella esterilidad obedeció a la pérdida de la virginidad, a que no estaba satisfecho de su talento, a ausencia de inspiración, a un cambio de personalidad o a alguna otra causa más sutil sería empresa vana y presuntuosa, pero lo cierto es que Ebenezer se quedó tan atónito como lo hará el lector cuando tuvo conocimiento de que precisamente en el transcurso de aquellas décadas su fama de poeta había ido en constante aumento. Uno se acuerda del manuscrito en que atacaba a Maryland, y que Ebenezer se llevó consigo cuando huyó vergonzantemente de Malden y confió, vía Burlingame, al capitán del *Pilgrim*. Por aquel entonces temía por la seguridad del manuscrito y le pidió a Burlingame garantías de que el capitán haría entrega del mismo a un impresor de Londres; pero, inmerso en la vorágine de acontecimientos que tuvieron lugar a continuación, se olvidó por completo del poema y, cuando, tras el bautizo de Andrew III, la vida dejó de asirle con tanta fuerza por la garganta, tan sólo sentía una curiosidad desinteresada por saber qué había sido del poema.

Su leve curiosidad se vio gratificada en 1709, cuando su padre le envió un ejemplar de *El plantador de tabaco*, impreso por Benjamin Bragg, en el Signo del Cuervo, Paternóster Row. El capitán del *Pilgrim*, explicaba Andrew en carta adjunta, había hecho entrega del manuscrito a otro impresor, el cual, como no preveía beneficios en la publicación, lo hizo circular a título de curiosidad. Con el tiempo cayó en manos de los señores Oliver, Trent y Merriweather, quienes, cuando reconocieron que era obra de su amigo, despertaron tal ola de curiosidad que el impresor decidió correr el riesgo de publicarlo. A aquellas alturas, sin embargo, el asunto había llegado a oídos de Benjamín Bragg, que afirmó tener derechos prioritarios sobre el poema, basándose en el hecho de que su autor todavía tenía una deuda pendiente con él, a saber, el mismísimo papel donde había sido escrito el poema. Tuvo entonces lugar un intercambio de amenazas mitigadas, merced a las cuales logró Ben que su rival renunciara a los derechos sobre el manuscrito, del cual sacó una edición a seis peniques el ejemplar. El primer resultado, decía Andrew en la carta, fue una vehemente declaración del tercer lord Baltimore, en la que negaba haber nombrado a Ebenezer Cooke (que le era absolutamente desconocido), Laureado de Maryland, ni ninguna otra cosa, tras lo cual repudiaba cuanto decía el poema. Incluso corrieron rumores de que cuando el rey estimara oportuno devolverle su provincia, el lord propietario tenía intención de incoar un pleito contra el poeta, acusándolo de difamación; sin embargo, con el paso del tiempo, cesaron los rumores, pues aquel mismo año empezaron a aparecer noticias favorables al poema. Andrew incluía una en su carta: *Un cambio renovador que se aparta de los habituales falsos panegíricos que versan sobre las plantaciones...*, decía un fragmento,... admirable

verso hudibrástico..., afilado ingenio..., lo que sale perdiendo lord Calvert lo sale ganando la poesía...

—¡Qué halago para tu vanidad! —dijo Anna con júbilo al leer aquello—. ¡Mejor dicho, a fe mía que es todo un honor, Eben!

Pero su hermano, aunque estaba sorprendido por la notoriedad que había adquirido repentinamente, no estaba impresionado. De hecho, aquellos comentarios parecían importunarle más que agradarlo.

—¡Es un fatuo de baja estofa! —exclamó—. ¡En ningún momento habla de la *verdad* del poema! ¡No lo escribí para darle lustre a mi nombre, sino para empañar el de Maryland!

Sin embargo, en el transcurso de los años siguientes, *El plantador de tabaco* gozó de una popularidad constante entre las gentes de letras de Londres, bien que no era la clase de popularidad que hubiera deseado su autor. Los críticos lo consideraban un buen ejemplo de la clase de farsa satírica entonces en boga; elogiaban la rima y el ingenio; aplaudían las caracterizaciones y lo grotesco de la acción..., pero ni uno solo se tomaba en serio el poema. De hecho, un escritor, al comentar la ira de lord Baltimore, observaba lo siguiente:

Es curioso que *Baltimore*, que tanto empeño pone en convencernos de la elegancia de su antiguo palatinado, trate tan mal al primer poeta salido del mismo, siendo así que el poema que milord desprecia es la primera prueba palpable del refinamiento de *Maryland*. Verdaderamente no es mala plantación la que da a luz ingenios tan deleitosos como el del señor Cooke...

Tales espaldarazos contrariaban y agostaban al poeta, que no aceptaba una sola palabra de lo que se decía sobre él. En 1711, cuando expiró el viejo Andrew y Ebenezer se vio obligado a acudir a Londres al objeto de legalizar el testamento de su padre, consintió en que lo agasajaran convino e invitaran a cenar Bragg y Oliver, que era socio del primero en la imprenta (Tom Trent, según le dijeron, había renunciado a la poesía y a la Iglesia establecida para hacerse jesuita; Dick Merriweather, luego de haberle hecho la corte a la muerte en un centenar de odas y sonetos jamás publicados, logró seducir a la dama de las tinieblas con tanto éxito que, por fin, un día que su caballo se encabritó y lo arrojó al adoquinado, su enamorada transformó en abrazo eterno lo que él había concebido como mero galanteo); no obstante, Ebenezer prestó oídos sordos a las súplicas de sus amigos, que querían que escribiera una continuación del poema intitulada *Denuestos del plantador* o bien *El plantador se venga*.

La verdad sea dicha, poco le quedaba que decir en verso. De cuando en cuando se le ocurría un estrofa mientras trabajaba en la heredad, pero los tumultuosos días y tranquilos años que dejó atrás, o bien le habían embotado el estro o bien le habían aguzado las facultades críticas; acabó por considerar que *El plantador de tabaco* era un trabajo sin arte, impregnado de una melancolía torpe, cuajado de alusiones oscuras

y banalidades onerosas, o meramente afectadas, y ninguna de sus ocurrencias ulteriores le pareció digna de la pluma. En 1717, tras decidir que cualesquiera obligaciones que hubiera tenido para con su padre las había satisfecho sobradamente, vendió su mitad del Puntal de Cooke a un tal Edward Cooke (el mismo cornudo cuya identidad adoptó en cierta ocasión Ebenezer para escapar del capitán Mitchell), y Anna la suya al mayor Henry Trippe, de la milicia de Dorset; aunque «su» hijo Andrew III era por aquel entonces un hombre de veintiún años y había soportado todas las ofensas que conforme cabía presumir iba a infligirle el escándalo de su nacimiento, los hermanos se trasladaron primero a Kent y posteriormente, al condado denominado príncipe Jorge. Para afianzar su economía, Ebenezer (que por entonces acababa de rebasar la cincuentena) desempeñaba diversos cometidos en calidad de ayudante de Henry y Bennett Lowe, recaudadores generales de la provincia, con los cuales se asoció (cosa que al autor le apena referir) debido a que estaba convencido de que un hermano de los Lowe, Nicholas, era en realidad Henry Burlingame. Dicho sea que Anna no se permitió el compartir aquel espejismo: Nicholas Lowe no guardaba el más remoto parecido con su homónimo encarnado por Burlingame, ni con ninguna de las personalidades adoptadas por el antiguo tutor de los hermanos, aunque era de la misma edad y altura que éste, poseía un curioso ingenio y una amplia educación, e incluso de vez en cuando desplegaba lo que sólo cabe calificar de tendencias «cosmófilas». Además, respondía a todas las alusiones o veladas preguntas de Ebenezer con una sonrisa malévola o incluso encogiéndose de hombros... ¡Pero no! Al igual que Anna, nos resistimos a caer en la tentación de una *folie á deux*: la edad le hace chocchar a nuestro héroe, como a tantos otros. ¡Y no hay más que hablar!

En 1728 sucedieron dos cosas con las que nuestra historia toca a su fin. Llevaba el viejo Charles Calvert trece años bajo tierra, por lo que no pudo paladear, como lo hizo nuestro poeta en su sexagésimo segundo año, la última ironía relacionada con *El plantador de tabaco*: que el poema tuvo precisamente el efecto que esperaba obtener Baltimore por medio de una *Marylandíada*, y exactamente el opuesto al que pretendía su autor. Maryland, en parte debido al famoso poema, adquirió a principios del siglo XVIII una reputación de refinamiento y gracia comparables a las que disfrutaba Virginia, por lo que una serie de familias excelentes sucumbieron a la tentación de establecerse allí. En reconocimiento de aquel hecho, el quinto lord Baltimore (aquel joven disoluto y diletante al que hemos hecho alusión anteriormente) se sintió movido a escribir una carta al anciano poeta, de la cual bastará con citar el siguiente fragmento:

Mi abuelo y homónimo, pese a las indiscutidas virtudes que le adornaron, no estaba familiarizado con las artes, y viendo frustrado el propósito por el que os nombrara originariamente Laureado (cosa de la que Nos estamos convencidos, a pesar de que él ulteriormente lo negara), fue incapaz de percibir el valor del don que le hacíais a Maryland. Nosotros por la presente estimamos y tenemos a bien, después de que una generación ha

puesto de relieve los méritos de vuestra obra, que aceptéis de hecho, bien que tardíamente, el cargo y título al que ha ya mucho os habéis hecho acreedor, es decir, el de Poeta Laureado de la provincia de Maryland...

A Ebenezer el gesto le hizo meramente sonreír, y cuando su hermana le sugirió que lo aceptara, efectuó un gesto negativo con la cabeza:

—No, Anna, el clima de Maryland no le sienta bien a los poetas, y mi talento no es lo bastante resistente como para vivir allí. Que Baltimore le conceda el título a alguien cuya pluma lo merezca; por lo que a mí respecta, paréceme que no volveré a cantarle a la musa.

Pero aquel mismo año Ebenezer presenció la muerte de Nicholas Lowe, la cual afectó tanto al poeta (debido al engaño en que vivía) que rompió su palabra y su largo silencio para publicar en la Gaceta de Maryland una Elegía a la muerte del honorable caballero Nicholas Lowe, la cual contenía diversas alusiones a los ambivalentes sentimientos que albergaba hacia dicho caballero. Después de ello, bien fuera porque sintió una maduración de su talento, o meramente porque cuando se rompe un voto, al igual que cuando se pierde la inocencia, se incurre en algo irreparable de lo que más vale sacar ventaja (al lector le cumple decidir al respecto), el poeta no dejó la pluma; en 1730 sacó a la luz la tan esperada secuela de su poema, a la que intituló *El tabaco redivivo o espejo del plantador*, que, ay, no obtuvo el éxito del original; al año siguiente publicó otra sátira, la cual se ocupaba de la rebelión que encabezó Bacon en Virginia, así como una edición revisada y censurada de *El plantador de tabaco*. En la primavera de 1732, a la edad de sesenta y seis años, sucumbió, víctima de una especie de angina, y cuando su amada hermana (que había de seguirlo no mucho después), estaba ordenando sus cosas, descubrió entre sus papeles un epitafio que, aunque no está fechado, el autor supone que es su última obra, y la transcribe en atención a los eruditos interesados:

Aquí descansa un afectado actor
que en su día escribiera *El plantador
de tabaco*, y por ello fue elogiado.
Mi consejo es que Cristo sea tu precio:
no busques el consuelo de la gloria,
la Fama es prostituta ahíta de escoria,
con ella nunca yogues, no seas necio.

Ebenezer Cooke, Gentilhombre, Poeta Laureado de Maryland

Desgraciadamente, sus herederos no estimaron oportuno immortalizar a su antepasado con tal inscripción, y en lugar de ello grabaron en su tumba alguna pamplina de rigor. Sin embargo, o su advertencia tuvo eco o bien el poeta estaba en lo cierto cuando se lamentaba de que el aire de Maryland (o en todo caso, el de Dorchester) le sienta mal a la delicada musa, pues, al menos que el autor sepa, los pantanos de aquellas tierras no han visto nacer a ningún poeta después del caballero Ebenezer Cooke, Laureado

de la provincia.



JOHN SIMMONS BARTH. Cambridge, 1930). Novelista, cuentista, crítico y ensayista estadounidense cuyo estilo paródico, satírico y complejo en las construcciones narrativas se inserta en el movimiento posmoderno surgido en Estados Unidos en la década de 1960.

Creció en Maryland, se graduó en la Universidad Johns Hopkins en 1952, enseñó en la de Pensilvania y luego pasó a la de Nueva York, como profesor de inglés. Sus dos primeras novelas, *La ópera flotante* (1956) y *Fin del camino* (1958), son aún obras de corte realista, más o menos convencionales dentro de los postulados modernos, pobladas por personajes que arrastran el sin sentido de sus vidas, la falta de utilidad de sus acciones, así como sus relaciones con otras personalidades menos conscientes.

Con la novela *El plantador de tabaco* (1960) abandonó la estética anterior, utilizando el lenguaje no como reflejo de la realidad o de la historia en desarrollo, sino como parodia del estilo de la novela inglesa del siglo XVIII, mediante el empleo de la sátira, la burla y la picaresca para describir los personajes y el ambiente de la época en Maryland. Las posibilidades virtuales de la computación e Internet influyeron en su nueva estética.

Su libro de cuentos *Perdido en la casa encantada* (1968) se considera el documento artístico de la literatura posmoderna: uno de los relatos, por ejemplo, consiste en una página con señales para que el lector la corte con una tijera, construyendo así su propia historia. El cuento que da título al libro es una fábula de

espejos donde el lector percibe la ambigüedad de la historia narrada.

En 1972 publicó el volumen *Quimera*, en el que prosigue sus juegos metaficcionales de comentarios dentro de la propia narración, y en 1978, una novela experimental, *Letters*. En la década de 1980 volvió a una forma más ortodoxa de narrar, de la que son ejemplos la novela *Sabático* (1982) y el volumen *The Tidewater Tales* (1987).

Notas

[1] Personajes de Robin Hood. <<

[2] *Volpone, o el Zorro*, obra de Ben Johnson (1572-1963). <<

[3] Áreas del Atlántico donde las aguas son tan tranquilas que las embarcaciones se veían obligadas a aligerar el peso para aprovechar los vientos. Lo último que arrojaban al mar eran los caballos. <<

[4] Thomas Hobbes. <<

[5] *Merryweather*: tiempo alegre (tiempo atmosférico). [N. del T.] <<

[6] Andy: diminutivo de Andrew. [N. del T.] <<

[7] Se refiere a la sífilis. <<

[8] Título de una famosa balada del Renacimiento. <<

[9] *The Act of Supremacy* o Ley de Supremacía establecía al rey como cabeza de la Iglesia, frente a la Iglesia Católica Romana. <<

[¹⁰] En inglés, *roundhead*: se refiere a los puritanos de Cromwell, que llevaban el pelo corto y no usaban peluca para distinguirse de los partidarios de Carlos I. <<

[11] *All's Well That Ends Well* es el título de una obra de Shakespeare. [N. del T.] <<

[12] Acción legal en uso en aquella época, por la que se obligaba a una persona a demostrar en virtud de que derecho o patente (*warrant*) ejercía un cargo público o un derecho de propiedad. <<

[13] Se refiere a la Revolución Gloriosa (1688-89). <<

[14] Procedimiento legal de la época que obliga al sujeto a testificar por qué no se debe ejecutar una orden contra él. <<

[15] «El derecho es aquello que complace a los príncipes». [N. del T.] <<

[16] «Bachiller en Artes». [N. del T.] <<

[17] *Flebilis Ino, perfidus Ixion*: «la llorosa Ino, el pérfido Ixión». [N. del T.] <<

[18] Lete: el río del olvido, en el Hades. [N. del T.] <<

[19] «Quieres ser mi sacacorchos? ¿Eh? ;Quieres barrenarme antes de que te mate?». [N. del T.] <<

[20] «Taladra mi pequeño corcho...». [N. del T.] <<

[21] *The General Story of Virginia, New England ant the Summer Isles* (1964) <<

[22] Jacobus Arminius fue un teólogo protestante. <<

[23] *Rem in rem*: «en algo de lo mismo». [N. del T.] <<

[24] Era costumbre de la época tener en los barcos una lámpara que se mantenía encendida durante las horas en que estaba permitido fumar. [N. del T.] <<

[25] *Roanoke* son conchas de molusco que los indios de Virginia usaban como moneda. *Wompompeag* son abalorios. <<

[26] *Drakepecker*, literalmente, significa «pato picoteador». [N. del T.] <<

[27] Famoso poema de Milton L'Allegro. No es un soneto. <<

[28] En español en el original. [N. del T.] <<

[29] La escalera, el potro y las tablillas son formas de tortura que aparecen en español en el original. [N. del T.] <<

[30] «¿Por qué voy a matar a un hombre tan leal a la santa causa?». [N. del T.] <<

[31] «He dicho que habéis demostrado vuestra fidelidad y también vuestra sabiduría; no confío en Nicholson más que vos. ¡Vamos, el diario!». [N. del T.] <<

[32] «¡Registrad a este hombre, por si va armado, y después dadme el diario!» [N. del T.] <<

[33] —Hablamos una lengua más dulce —dijo Burlingame, sonriendo—. No tengo órdenes escritas de Baltimore, ni las quiero. Admitiréis que no es él la única fuente de autoridad. En cuanto a mis credenciales, las llevo siempre encima. —Se desabrochó la camisa y mostró las letras m c tatuadas en la piel del pecho—. ¿No son éstas conocidas de Thomas Smith?

—¿El señor Casteene? —exclamó el padre Smith—. Sois el señor Casteene. —Como vos sois jesuita —dijo Henry—, y yo puedo hacer más de lo que Baltimore sueña para limpiar este sitio de protestantes ingleses. ¡Vivan Jacobo y Luis, y dadme el dichoso diario!

—Sí, señor —dijo encantado el cura—. ¡Desde luego os daré el diario ahora mismo!
[N. del T.] <<

[34] «Permitidme contemplar este libro maravilloso, por el que he arriesgado mi vida». [N. del T.] <<

[35] El *lanterloo* es un juego de cartas. <<

[36] *Errare humanun est*: «errar es humano». *Fiat justitiam ruat caelum*: «que el cielo haga caer la justicia». [N. del T.] <<

[37] *¡Ecce signum! ¡Finem respice!*: «¡He ahí la señal! ¡Vuelve la vista atrás y contempla el final!». [N. del T.] <<

[38] *Non sequitur*: «no se sigue», literalmente; quiere decir «no tiene nada que ver», «no hay relación entre una cosa y otra». [N. del T] <<

[39] *Ius est id quod cliens fecit*: «el derecho es aquello que el cliente ha hecho». [N. del T.] <<

[40] *Boite seche*: literalmente, «caja seca», y en su sentido figurado, «coño seco». [N. del T.] <<

[41] *Aussi moi*: «también a mí». [N. del T.] <<

[42] *Plimouth* es la grafía arcaica que utiliza el autor [N. del T.] <<

[43] *Cantinières*: «cantineras», en el sentido de mujeres que seguían a los ejércitos para saciar las distintas necesidades de los soldados. [N. del T.] <<

[44] «*Chickenneck*» significa «cuello de pollo». [N. del T.] <<

[45] El vocablo *Cohunkowprets* significa «pico de ganso». En inglés, pico se dice *bill*, que, como Billy, es diminutivo de William. Ganso, en inglés, es *goose*. De ahí, William Goose. Si a *goat* (cabra) se le antepone *billy*, el significado es «cabrón» (Billy Goat). Por último, Rumbly procede de *rumble*, que significa «retumbar», «tronar». [N. del T.] <<

[46] *Dispense de bans y à la point defiançailles: «dispensa de amonestaciones» y «al punto de comprometerse».* [N. del T.] <<

[47] *Ban* significa «prohibir», «impedir». [N. del T.] <<

[48] *Rien comprendre c'est pardonner, n'est-ce pas?*: «No entender nada es perdonar, ¿verdad?». [N. del T.] <<

[49] *Sunt lacrimae rerum*: «son las lágrimas por las cosas». [N. del T.] <<

[50] El *lanterloo* es un juego de cartas. <<

[51] Un chelín son doce peniques. [N. del T.] <<

[52] En inglés hay dos vocablos para designar la berenjena, *eggplant* y *hubergine*, este último termino es importado del francés. [N. del T.] <<

[53] Índice de libros prohibidos por la Iglesia Católica. <<

[54] En español en el original. [N. del T.] <<